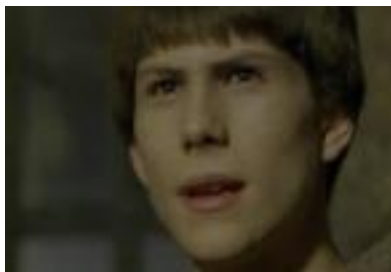


INDICE

Don Domingo de don Blas	2
El Anticristo	68
El desdichado en fingir	133
El dueño de las estrellas	209
El examen de maridos	280
El semejante a si mismo	391
El tejedor de Segovia	464
Ganar amigos	532
La amistad castigada	596
La crueldad por el honor	662
La cueva de Salamanca	734
La culpa busca la pena y el agravio la venganza	802
La industria y la suerte	867
La manganilla de Melilla	944
La prueba de las promesas	1011
La verdad sospechosa	1081
Las paredes oyen	1157
Los empeños de un engaño	1230
Los favores del mundo	1299
Los pechos privilegiados	1382
Mudarse por mejorarse	1451
Quien engaña mas a quien	1522
Quien mal anda en mal acaba	1592
Todo es ventura	1662



Don Domingo De Don Blas

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

(No hay mal que por bien no venga)

(Advertencia: Respetamos en este texto la lectura del manuscrito que, por la fecha en la que fue escrita, tiene mucha prioridad. En los pocos casos cuando el original no es claro o cuando contiene un error obvio, hemos optado por uno de los textos impresos. Todas estas correcciones se encuentran aquí entre corchetes cuadrados).

Personas que hablan en ella:

- **Don JUAN Bermúdez, galán**
- **Don DOMINGO de Don Blas**
- **El Príncipe don GARCÍA**
- **Don RAMIRO, viejo grave**
- **El REY don Alfonso III, viejo**
- **BELTRÁN, criado de don Juan Bermúdez, gracioso**
- **NUÑO, criado de Don Domingo de Don Blas**
- **MAURICIO, criado**
- **Doña LEONOR, dama**
- **Doña COSTANZA, dama**
- **INÉS, criada**
- **Un SOMBRERERO**
- **Un SASTRE**
- **Un GENTILHOMBRE**
- **CRIADOS**

ACTO PRIMERO

Salen don JUAN, con unas llaves, y BELTRÁN

JUAN: La casa no puede ser
más alegre y bien trazada.

BELTRÁN: Para ti fuera extremada,
pues vinieras a tener
pared en medio a Leonor;
mas piden adelantados
por un año cien ducados
y estás sin blanca, señor.

JUAN: Yo pierdo mil ocasiones
por tener tan corta suerte.

BELTRÁN: Pues ya no esperes valerte
de trazas y de invenciones.

No hay embuste, no hay enredo
que puedas lograr agora
porque todos ya en Zamora
te señalan con el dedo,
de suerte que me admiró
que no temiese el empeño
de sus llaves, cuando el dueño
de la casa me las dio.

JUAN: Nada me tiene afligido
como ver que he de perder
a Leonor, después de haber
sus favores merecido,
y después que me ha costado
tanta hacienda el festejarla,
servirla y galantearla.

BELTRÁN: Con eso me has [acordado]
una bien graciosa historia
que has de oír aunque esté triste.
Bien pienso que conociste
a Pedro Núñez de Soria.

JUAN: En Castilla le traté
y era hombre amable y gustoso.

BELTRÁN: Ése, pues poco dichoso,
tan pobre en un tiempo fue
que por alcanzar apenas
para el sustento, jugaba
la mohatra y adornaba
todo de ropas ajenas.

Riñó su dama con él
y, en un cuello que traía,

ajeno como solía,
hizo un destrozo crüel.

El dueño, cuando entendió
la desdicha sucedida,
a la dama cuellícida
fue a buscar, y así la habló:

"Una advertencia he de haceros
por si acaso os enojáis
otra vez, y es que riñáis
con vuestro galán en cueros;
que cuando la furia os viene,
el vestido le embestís,
haced cuenta que reñís
con cuantos amigos tiene."

JUAN: Bueno es el cuento; mas di,
¿a qué propósito ha sido?

BELTRÁN: ¿Pues aún no lo has entendido?
Estás tú sintiendo aquí
el dinero que has gastado
en celebrar a Leonor,
y lo pudieran mejor
sentir los que lo han prestado.

JUAN: ¿Era mi hacienda tan poca
que no puede entrar en cuenta?

BELTRÁN: No; pero deja que sienta
cada cual lo que le toca.

JUAN: ¡Qué bien sabes discurrir
contra mí!

BELTRÁN: ¿Puedes culpar,
pues que te ayudo a pecar,
que te ayude a arrepentir?

JUAN: Entra, y mira si a Leonor
puedo hablar, y aquí te espero.

BELTRÁN: No sé cómo, sin dinero,
puede durarte el amor.

Vase BELTRÁN. Sale NUÑO

NUÑO: (Ésta se alquila y parece **Aparte.**

a medida del intento,
si es tan buena de aposento
como la fachada ofrece.

El dueño debe de ser
éste que a la puerta está
con las llaves; bien será,
si agora la puedo ver,

llevar de ella relación.
Quiero hablarle.) Caballero,
para cierto forastero
quisiera, si es ocasión,

ver esta casa.

JUAN: Es muy cara;
que han de darse adelantados
por un año cien ducados.

NUÑO: No importa; que no repara
mi dueño, que mucho más
puede dar en interés
si es a su gusto.

JUAN: ¿Y quién es?

NUÑO: Don Domingo de Don Blas.

JUAN: ¿De Don Blas?

NUÑO: Sí.

JUAN: ¿Qué apellido
tan extraño!

NUÑO: Extraño y nuevo
es sin duda; mas me atrevo
a apostar que el más lucido,
linajudo caballero
de este reino le tomara,
como el nombre le importara
lo que importa al forastero.

JUAN: Si no os llama algún cuidado
que requiera brevedad,
lo que apuntáis me contad
y dejaréisme obligado.

NUÑO: Es dar gusto granjería
tan hidalga, que, supuesto
que tanto mostráis en esto,
a mayor costa lo haría.

Cuando en las ardientes fuerzas
y en los juveniles bríos
del ya anciano rey Alfonso,
que guarde Dios largos siglos,
España gozaba triunfos
y el moro hallaba castigos,
siendo su cuchilla asombro
de pendones berberiscos,
don Blas, hidalgo tan noble
cuanto el que más presumido
en León de ilustre sangre
cuenta blasones antiguos,
le fue a servir en las talas
que al moro extremeño hizo,
llevando en su compañía
por soldado a don Domingo,
que era su sobrino. Y era,
aunque fue don Blas su tío
valiente cuanto ninguno,
su emulación su sobrino.
Llegaron a saquear
a [Mérida], donde quiso

la suerte que le tocase
de un moro alfaquí tan rico
la casa a don Blas, que el oro
que halló en ella satisfizo
la sed con que despreciaba
de la guerra los peligros.
A su vida y su ventura
llegó el plazo estatüido,
quedando por heredero
de sus bienes don Domingo,
mi señor, a quien tenía
obligación por sobrino,
y amor por su educación;
que le [crió desde niño].
Cuatro mil ducados fueron
de renta, de los que hizo
un vínculo en su cabeza,
hacienda que en este siglo
ilustrara a un gran señor,
con estatuto preciso
de que el nombre de Don Blas
tomase por apellido
cualquiera que el mayorazgo
por derecho sucesivo
herede, por evitar
las injurias del olvido
[en] origen de su nombre.
[Ya] de su estado os he dicho;
agora os he de contar
su condición, por serviros.
En la guerra, cuando pobre,
nadie mejor satisfizo
la obligación de su sangre.
Nadie fue con los moriscos
más audaz, ninguno fue
al trabajo más sufrido
o la peligro más valiente;
mas después, que se vio rico,
sólo a la comodidad,
al gusto del apetito,
al descanso y al regalo
se encaminan sus designios,
tanto que "el acomodado"
se suele llamar él mismo.
Y, en orden a ejecutar
este asunto, es tan prolijo
el discurso de las cosas
que por no cansaros digo
que ni basta a referirlas
el más elegante estilo,
ni el ingenio a imaginarlas,

ni a sumarlas el guarismo.
JUAN: Ni es el asunto muy necio,
ni es muy bobo don Domingo
que pienso que, si pudieran,
hicieran todos lo mismo.
Pero las llaves tomad.
Ved la casa; que imagino
que le ha de agradar, si acaso
no le descontenta el sitio.
NUÑO: Antes, por ser retirado,
es conforme a sus designios.

Vase [NUÑO]

JUAN: ¡Ah, vil Fortuna! ¡Con otros
tan liberal y conmigo
tan [avara]! Pues, por Dios
que he de ver si mi artificio
puede vencer tus rigores
pues estoy ya tan perdido
que ni me espantan los [daños]
ni me enfrenan los peligros.
¿Qué tenemos?

Sale BELTRÁN

BELTRÁN: Nada.
JUAN: ¿Cómo?
BELTRÁN: Ni Leonor ha parecido,
ni Inés, ni doña Costanza.
JUAN: No importa; que agora aspiro
a otro intento a que pudiera
ser estorbo habernos visto.
Tú, retírate Beltrán;
que conviene que conmigo
no te vean.
BELTRÁN: ¿Hay tramoya?
JUAN: Y tan buena que imagino
que estas fiestas me ha de ver
en la plaza tan lucido
Leonor, que como hoy favores
le merezca desatinos.
BELTRÁN: Si no ruedas.
JUAN: No por eso
el mérito habré perdido.
Antes importarme puede;
porque si sólo el peligro
es medio para obligar,
más obliga el daño mismo.

Pero vete ya; que importa.
A este zaguán me retiro.

Vase [BELTRÁN]. Salen LEONOR e INÉS a la celosía.

LEONOR: ¿Que está don Juan en la calle?

INÉS: Tus ojos te lo dirán.

LEONOR: ¡Qué cuidadoso galán!
Inés, ¡quién pudiera hablalle.

INÉS: De esta espesa celosía
puede, con verle, tu amor
descansar; que mi señor
está en casa, y no sería
delito que perdonara,
pues su condición crüel
conoces ya, si con él
hablando acaso te hallara.

LEONOR: De sujeción tan penosa,
¿cuándo libre me veré?

INÉS: Cuando la mano te dé.

LEONOR: Nunca seré tan dichosa.

Sale NUÑO con las llaves y dáselas a don JUAN.

NUÑO: La casa he visto, y no creo
que puede hallarla mejor
don Domingo, mi señor.

JUAN: Pues si iguala su deseo,
el efecto importaría
abreviar, porque a Zamora
llegó con su gente agora
el príncipe don García,
y perderá la ocasión
si de ésta gozar desea.

NUÑO: Hasta que con él me vea
y le haga relación
de la casa, solamente
la dilación puede ser,
y de la que le he de hacer
no dudo que le contente.

JUAN: ¿Dónde vive?

LEONOR: ¿Si ha comprado
don Juan esta casa, Inés?

JUAN: La posada sé, y después
que la noche haya ocultado
al sol, porque las regiones
gocen su luz del ocaso,
le buscaré; y por si acaso
no dan mis ocupaciones

lugar, irá un escribano
de quien mis negocios fío
y que tiene poder mío
y correrá por su mano
el concierto y la escritura,
y se le podrá entregar
el dinero.

NUÑO: ¿Ha de llevar
señas?

JUAN: Persona es segura.
Pero lo que entre los dos
hemos tratado será
lo que por señas dará.

NUÑO: Así queda.

JUAN: Adiós.

NUÑO: Adiós.

Vanse [los dos]

INÉS: Bien se ha visto en el concierto
que es suya.

LEONOR: Sin duda es
más rico don Juan, Inés,
que [cuenta] la fama.

INÉS: Es cierto,
[pues después] que al viento ha dado
tantas libreas y galas,
dorando al amor las alas
con que vuela a tu cuidado,
posesión de tal valor
ha comprado, que pudiera
para que a gusto viviera,
estimarla un gran señor.

LEONOR: Yo, en efecto, si a don Juan
doy la mano, soy dichosa.

INÉS: Claro está; que, siendo esposa,
de hombre tan rico y galán,
noble y que te quiere bien,
la ventura de tu empleo
excederá a tu deseo,
y más, gozando de quien
tan enamorada estás.

LEONOR: Ese es el punto mejor;
porque, si falta el amor,
sobra todo lo demás.

Vanse. Salen el PRÍNCIPE y RAMIRO

PRÍNCIPE: La Reina, mi madre, ha sido
quien me ha puesto esta intención,
y para la ejecución

su favor me ha prometido;
que mi padre le ha obligado,
con su condición esquiva,
a fabricar vengativa
esta mudanza de estado.

Demás de que en mis intentos
tendré el favor popular
de mi parte, por estar
de mi [padre] descontentos
por tantas imposiciones
como a pagar les obliga.

Y para la oculta liga
previene sus escuadrones
Nuño Fernández, el Conde
de Castilla, suegro mío.
Y así, pues de vos me fío,
si vuestra fe corresponde,
como suele, a la afición
y amistad que me debéis,
presto en mis sienes veréis
la corona de León.

RAMIRO: (¡Cielos! ¡Esta tempestad **Aparte**
de inquietudes y cuidados
a los términos cansados
les faltaba de mi edad!

Mas, ¿qué he de hacer? Hoy García
[es] sol que empieza a nacer,
y el Rey se ve ya esconder
en el sepulcro del día.

Poder y resolución
tiene el Príncipe, y si quiero
resistirle, considero
mi muerte en su indignación.

Del rey don Alfonso estoy
mal satisfecho; y García,
pues que de mí tanto fía
y tan su privado soy,
pondrá en mi mano el gobierno
del reino y, con su poder
y mi industria, podré hacer
mi casa y mi nombre eterno.

Pues, ¿qué tiene que dudar
quien aspira a tanto bien?
Aventure mucho quien
mucho pretender ganar.)

Quien reconoce deberos
lo que yo, siendo obediente
y callando solamente,
señor, ha de responderos.

Sólo os advierto fiel
que tengo de plata y oro

acumulado un tesoro
si importa serviros de él.

PRÍNCIPE: No es el saberme obligar
en vuestra fineza nuevo.

RAMIRO: Ofreceros lo que os debo
no es obligar, sí es pagar.

PRÍNCIPE: Pues, Ramiro, una memoria
con cuidado habéis de hacer,
de cuantos me puedan ser
para alcanzar la victoria.

Importante es. No olvidéis
hombre que por principal
o por su mucho caudal
poderoso imaginéis.

Y a estos tales, porque quiero,
para poder confiarles
mis pensamientos, ganarles
las voluntades primero,

los convidad de mi parte
para estas fiestas que agora
tengo de hacer en Zamora;
que la estimación es arte
de obligar, y de este modo,
pues yo entro en ellas, obligo,
igualándolos conmigo,
los nobles y al pueblo todo.

Las inclinaciones ganó
honrando las fiestas yo,
porque siempre deseó
príncipe alegre y humano.

Y después iré, Ramiro,
declarando a cada cual,
hombre rico y principal
la novedad a que aspiro.

Mas advertid que de suerte
ha de ser que me asegure
del que resistir procure
o su prisión o su muerte
antes que pueda el secreto
publicar; y así, escuchad
como la seguridad
encamino de este [efeto].

A cada cual mandaré
que en un puesto de Zamora
vaya a esperarme a deshora,
y de allí le llevaré
a vuestra posada, donde
prevendréis para este intento
un retirado aposento;
porque si no corresponde
a mi gusto, ha de quedar

preso en él, y vos seréis
su alcaide, porque estorbéis
que nadie le pueda hablar
hasta conseguir mi intento.

RAMIRO: Así se asegura todo;
porque mi casa de modo
es copiosa de aposento,
que cuantos en la ciudad
nobles son, guardar pudiera
sin que jamás lo entendiera
la mayor curiosidad.

PRÍNCIPE: Esto quede así, y agora
sabed que porque no obligo
a nadie más por amigo
que a vos, Ramiro, en Zamora,
me ha hecho su intercesor
don Juan Bermúdez, que esposo
quiere ser, por ser dichoso,
de vuestra hija Leonor.

Ya sabéis que es tan valiente,
tan noble y emparentado,
que nadie para el cuidado
de la novedad presente
puede importar a los dos
más que don Juan.

RAMIRO: Es verdad,
pero...

PRÍNCIPE: Don Ramiro, hablad;
que ninguno más que vos
es mi amigo, ni hay a quien
no deba yo preferiros.

RAMIRO: ¿Bastará, señor, deciros
que a Leonor no le está bien?

PRÍNCIPE: Bastará; mas quedaré
quereloso, con razón,
de entender que la ocasión
no confiáis de mi fe.

RAMIRO: Pues ya con apremio tal
a decirla me condeno;
que aunque es de mí tan ajeno
hablar de ninguno mal,
cesa aquí la obligación
de reparar en su ofensa,
pues va en ello mi defensa
y vuestra satisfacción.

Sepa, señor, vuestra Alteza,
que, de quien es olvidado,
don Juan ha degenerado
de suerte de su nobleza
que por su engañoso trato
y costumbres es agora

la fábula de Zamora,
y atiende tan sin recato
sólo a hacer trampas y enredos,
que ya faltan en sus menguas,
para murmurarle lenguas
y para apuntarle dedos.

Pródigamente gastó
innumerable interés
suyo en fiestas, y después
que su hacienda consumió
fue en la ajena ejecutando.
Lances de poca importancia,
pero como la ganancia
o el gusto le fue cebando...

El error que perdonó
más afrentoso y horrible,
lo dejó por imposible,
que por vergonzoso no.

Y como le da osadía
la experiencia, que ha mostrado
que por ser tan respetado
por su sangre y valentía,
ninguno de sus agravios
justicia pide ni espera,
antes, la queja siquiera
aun no se atreve a los labios.

Tanto la rienda permite
a su malicia, que de él
sólo está seguro aquél
que no tiene qué le quite.

¿Éste es, señor, el esposo
que dar queréis a Leonor?

PRÍNCIPE: El probara mi rigor
si no fuera tan dichoso
que conviniese a mi intento
agora no disgustarlo;
pero, si llego a lograrlo,
dará público escarmiento.

RAMIRO: Eso está bien advertido,
como también lo será
que supuesto que nos da
con proceder tan perdido
aviso tan declarados
de lo poco que podéis
fiaros de él, no le deis
parte de vuestros cuidados.

Demás que a la majestad
del Rey, vuestro padre, ha sido
tan afecto y le ha servido
siempre con tanta lealtad
que es muy cierto, si se fía

de él vuestra Alteza, que es dar
contra sí mismo lugar
dentro del pecho a una espía.

PRÍNCIPE: Mi norte habéis de ser vos.
Seguiré vuestro consejo.

RAMIRO: Como leal, como viejo
y amigo os le doy.

PRÍNCIPE: Adiós,
y empezad luego, Ramiro,
que importa lograr los días.

RAMIRO: Confiad; que como mías,
señor, vuestras cosas miro.

Vase

PRÍNCIPE: Yo he perdido un gran soldado
en don Juan. ¿Quién entendiera
que tan ciegamente hubiera
su noble sangre infamado
un hombre de tal valor?
En abriendo el pecho al vicio,
el más pequeño resquicio
da puerta franca al error.

Sale don JUAN

JUAN: (Ya don Ramiro salió **Aparte**
y ya la ventura mía
es cierta, pues don García
por su cuenta la tomó.)
De mi ventura, señor,
las gracias os vengo a dar
pues no la puedo dudar
siendo vos mi intercesor.

PRÍNCIPE: Aseguraros podría
mi amor y vuestra lealtad;
mas la ajena voluntad
no está, don Juan, en la mía.
De cuanto he podido hacer
vuestra amistad me es deudora;
mas Ramiro por agora
no está de ese parecer.
pero perder no es razón
la confianza por esto;
que en cosas tales, no presto
se toma resolución.

Mucho alcanza la porfía.
De vuestra parte obligad
vos, don Juan, su voluntad

que yo lo haré de la mía.

Vase

JUAN: Ya me falta la paciencia.
¡Que ni mi sangre y valor,
ni del Príncipe el favor
conquisten sus resistencia!
Veme pobre, y es avaro.
¡Ah, cielos! ¡Que el interés
oscurezca así a quien es
por su linaje tan claro!
Pues Leonor ha de ser mía
--¡vive Dios!--a su pesar,
Medio no me ha de quedar
que no intente mi porfía.
Ciego estoy y estoy perdido,
y ya la resolución
llegó a la imaginación
que mil veces he tenido.

Sale BELTRÁN.

BELTRÁN: ¿A solas estás hablando,
señor?

JUAN: Sí, Beltrán, que el fuego
de la rabia en que me anego
del pecho estoy exhalando.
Don Ramiro ha resistido
a la intercesión que ha hecho
por mí el Príncipe.

BELTRÁN: Sospecho
que tuya la culpa ha sido;
que si luego que llegaste
a Zamora la pidieras,
cuando de tantas banderas
victorioso en ella entraste,
y cuando a tu calidad
igualaba tu riqueza,
sin que hubiese a tu nobleza
hecho la necesidad
olvidar su obligación,
y dar, en tales abismos
a tus enemigos mismos
lástima y a tu opinión,
no te negara la Leonor
don Ramiro.

JUAN: ¿Agora das
en predicarme.

- BELTRÁN: Estás
 engañado. Esto es, señor,
 discurrir; que yo no soy
 tan necio, que predicando
 culpara tus vicios cuando
 de la misma tinta estoy.
- JUAN: Que lo erré, Beltrán, es cierto;
 mas, por fineza mayor
 quise alcanzar por amor
 lo que pudo por concierto.
 Mostróse al principio dura
 Leonor, y quedar corrido
 temí si no era admitido
 y así quise mi ventura
 asegurar, y en su pecho
 vencer la dificultad
 antes que la voluntad
 de su padre; ya está hecho.
 Ya no hay remedio. Ya estoy
 en tan miserable estado,
 que del empeño obligado,
 de un abismo en otro doy.
 Ya ni la opinión me enfrena,
 pues la tengo tan perdida,
 ni puede ofender mi vida
 más mi muerte que mi pena.
 Y así no me ha de quedar
 pues no queda qué temer,
 piedra alguna que mover
 y [resuelvo] ejecutar
 un desatinado intento
 que hasta agora he reprimido,
 puesto que me lo ha ofrecido
 mil veces el pensamiento.
- BELTRÁN: Dilo si te he de ayudar,
 como en lo demás, en él.
- JUAN: Si Ramiro tan crüel
 me desprecia, es por estar
 él tan rico y verme a mí
 tan pobre; porque su avara
 condición sólo repara
 en el interés. Y así,
 de esto es sólo empobrecerle
 el remedio. ¡Vive Dios,
 que hemos de trocar los dos
 fortuna, y que he de ponerle
 y ponerme en tal estado
 que me ruegue con Leonor!
- BELTRÁN: ¿Cómo? Que el medio, señor
 si es posible, es extremado.
- JUAN: Nada el medio dificulta;

que en la opinión no reparo.
Cuanto tesoro el avaro
en cofres de hierro oculta
robarle una noche quiero.

BELTRÁN: Tal modo de remediar
llaman en Castilla echar
la sogá tras el caldero.

JUAN: Yo, Beltrán, he resistido
cuanto pude este deseo;
mas agora que me veo
ya tan del todo perdido,
he de aliviar mis cuidados
a costa de más excesos.

BELTRÁN: Mas ¿qué será vernos presos
por ladrones declarados?

JUAN: ¡Calla! ¿Quién se ha de atrever
a mi sangre y mi valor?

BELTRÁN: Claro está. Yo soy, señor,
solo quien ha de correr
ciento de rifa, que soy
lo más delgado.

JUAN: Eso fuera
si seguro no te diera
el amparo que te doy.

BELTRÁN: Y si las desdichas mías
lo ordenasen de tal suerte
porque hay en efecto muerte,
que te alcance yo de días,
dime, ¿qué será de mí?

JUAN: Tan funesta prevención
no es digna de la afición
que de tu pecho creí,
pues en mi mal se declara.

BELTRÁN: ¿Mis burlas tomas de veras,
sabiendo que si murieras
por seguirte me matara?
Ordena cómo ha de ser
y en las obras daré muestras
de mi fe.

JUAN: Llaves maestras
para el efecto has de hacer.

BELTRÁN: Eso es fácil.

JUAN: Ya el lucero
de la noche empieza a dar
luz por el sol. Ve a cobrar
de don Domingo el dinero.

BELTRÁN: Pagarálo de contado;
que poca maña sería
que él esté en Zamora un día
sin habérsela pegado.

Vanse. Salen MAURICIO y un SOMBRERERO con un sombrero largo de noche en la mano

MAURICIO: Don Domingo, mi señor,
saldrá agora.

SOMBRERERO: Saber quiero
si le agrada este sombrero
que ni de hechura mejor
ni lana más bien obrada
en Zamora le hallará
según pienso.

MAURICIO: Él sale ya.

Sale don DOMINGO en cuerpo, sin sombrero y sin golilla

SOMBRERERO: Ved si la horma os agrada
de este sombrero.

DOMINGO: Primero
se ponga el suyo.

SOMBRERERO: Sí, haré,
pues lo mandáis.

DOMINGO: ¿Yo mandé
hacer coraza o sombrero?

SOMBRERERO: No hubiera desagradado
a ninguno sino a vos;
que es pintado. ¡vive Dios!

DOMINGO: Pues no le quiero pintado,
sino a mi gusto y de lana.

SOMBRERERO: Éste es el uso que agora
está válido en Zamora.

DOMINGO: Ésa es razón muy liviana.
Cualquier uso, ¿no empezó
por uno?

SOMBRERERO: Sí.

DOMINGO: Pues, ¿por qué
si uno basta, no podré
comenzarle también yo?
¿Que me ponga queréis vos,
debiendo ser el sombrero
para no cansar, ligero,
uno que pese por dos?

El vestido ha de servir
de ornato y comodidad;
pues si basta la mitad
de este sombrero a cumplir
con el uno y otro intento,
¿para qué es bueno que ande,
si me lo pongo tan grande,
forcejando con el viento;
y si en una parte quiero
entrar que es baja, obligarme

a descubrirme o doblarme,
o topar con el sombrero?
El vestido pienso yo
que ha de imitar nuestra hechura
por si nos desfigura,
es disfraz que ornato no.

Muy bajo y nada pesado
labrad otro; que no quiero
comprar yo por mi dinero
cosa que me cause enfado.

SOMBRERERO: Creed que acertar querría
a daros gusto.

Vase.

DOMINGO: Alumbrad.

¡Hola! ¿Qué hacéis? ¡Acabad!

MAURICIO: Mira que esa cortesía
del límite justo pasa.

DOMINGO: ¿Qué me debe a mí, Mauricio,
el que vive de su oficio
y va a comer a su casa?

MAURICIO: Sólo en la comodidad
te juzgaba diferente
de los demás.

DOMINGO: Solamente
lo soy en eso, es verdad;
mas por ella soy cortés.

MAURICIO: ¿En qué lo fundas?

DOMINGO: Advierte,
honrando yo de esta suerte
con lo que tan fácil es,
las voluntades conquisto,
y mil veces asegura
de una grave desventura
a un hombre el estar bienquisto.

Dime tú, ¿no podrá ser
que viniendo yo a deshora
por las calles de Zamora,
me quiera alguno ofender
con ventaja, y al rüido
acaso llegara quien
por cortés me quiera bien
y con su espada atrevido,
de tan fiera tempestad
me librare?

MAURICIO: Ser podría.

DOMINGO: ¡Mira si la cortesía
viene a ser comodidad!

Mauricio, el más necio engaño

es, pudiendo, [no] ganar
corazones con gastar
un sombrero más al año;
que si obligar voluntades
la mayor riqueza es,
riesgos busca el descortés,
y el cortés seguridades.

MAURICIO: Sentencias son.

DOMINGO: Así nuestro
que no es tema todo en mí.
¿Quién es?

Sale un SASTRE

MAURICIO: El sastre está aquí.

DOMINGO: Cúbrase el señor maestro.

SASTRE: Así estoy bien.

DOMINGO: Nunca fue
el replicar cortesía.
¿Cúbrase por vida mía!

SASTRE: Porque lo mandáis lo haré.

DOMINGO: ¿Qué es menester?

SASTRE: La medida
de la capa.

DOMINGO: Llegad, pues.

SASTRE: ¿Queréisla así?

Tómale la medida hasta el tobillo

DOMINGO: ¿Hasta los pies?

¿En qué tengo yo ofendida
el arte que ejercitáis,
que con medida tan larga,
a que sustente una carga
de paño me condenáis?

La capa que el m s curioso
y el más grave ha de traer
modesto adorno ha de ser
y no embarazo penoso.

Puesto a caballo, la silla
apenas ha de besar.

Al suelo no ha de tocar
si pongo en él la rodilla.

Si la tercio, cuando me es
forzoso sacar la espada,
de este lado derribada
no ha de embarazar los pies;
y si la quiero tomar
por escudo, de una vuelta

que se dé sola, revuelta
en el brazo ha de quedar.

Que si es larga, sobre el daño
que en la dilación ofrece,
mientras la cojo, parece
que estoy devanando paño.

SASTRE: Siendo así, ¿no ha de pasar
de la espada?

DOMINGO: Así ha de ser;
vos tendréis menos que hacer
y yo menos de pagar.

Alumbrad, ¡hola!

SASTRE: Allá fuera
hay luz y excedéis en esto.

DOMINGO: No me vestiréis tan presto
si rodáis por la escalera,
y así mi negocio hago.

Vase el SASTRE.

DOMINGO: Dime las partes, Mauricio,
de esa casa.

MAURICIO: El edificio
es nuevo.

DOMINGO: Me satisfago
si el riesgo pasó primero
de sus humedades otro,
porque ni domar el potro
ni estrenar la casa quiero.

MAURICIO: Habitado ha sido.

DOMINGO: Pasa
adelante.

MAURICIO: Cuartos tiene
bajo y alto.

DOMINGO: No conviene
para mi gusto esta casa;
que en bajo quiero vivir,
porque, en habiendo escalera,
no me atrevo a salir fuera
por no volverla a subir.

MAURICIO: El remedio es fácil. Vive
en el bajo tú y tu gente
en el alto se aposente.

DOMINGO: ¿Y qué gusto me apercibe
un almirez al moler
y un lacayo al patear?

MAURICIO: ¿Pues hay más que condenar
lo que viniere a caer
sobre tu vivienda?

DOMINGO: Di;

¿Qué es condenarlo?
MAURICIO: Tenello,
para no servirse de ello,
cerrado, se llama así.
DOMINGO: Condenado, ¿he de pagarlo?
MAURICIO: Claro está.
DOMINGO: Pues saber quiero,
¿en qué pecó mi dinero
que tengo de condenarlo?

*Sale NUÑO, [con barba negra crecida y antojos y
escribanías], y BELTRÁN.*

NUÑO: El escribano está aquí
que viene a hacer la escritura
si te agrada por ventura
aquella casa que vi.
DOMINGO: Señor secretario, venga
en buen hora.
BELTRÁN: Apenas soy
escribano.
DOMINGO: Yo le doy
lo que es muy justo que tenga.
Portugués debe de ser.
BELTRÁN: Pues, ¿por qué?
DOMINGO: De lo prolijo
de la barba lo colijo.
BELTRÁN: Es luto por mi mujer.
DOMINGO: ¿Viudo está?
BELTRÁN: Desdichas mías
me dieron tan triste estado;
que nunca el bien ha durado.
DOMINGO: Quien gozó tales dos días
que envidia pueden causar,
hace mal en enlutarse.
BELTRÁN: ¿Cuáles son?
DOMINGO: El de casarse
uno, y otro el de enviudar.
BELTRÁN: Por eso lo siento así.
DOMINGO: ¿Por qué?
BELTRÁN: Porque se han pasado.
DOMINGO: No es del todo desdichado:
el del casamiento, sí
pasó; que el de la viudez
no verá la noche oscura
mientras no quiera, pues dura
hasta casarse otra vez.
BELTRÁN: Vamos al negocio ya,
que el tiempo en vano se pasa.
DOMINGO: Hazme, Nuño, de la casa

relación.

NUÑO: El sitio está
de la ciudad retirado.

DOMINGO: Está bien; que es fastidioso
el ruido, y no forzoso
ha de ser, sino buscado.
Y el que variar desea,
la alcanza con eso todo,
pues que vive de ese modo
en la ciudad y en la aldea.

NUÑO: Hasta agora no hay labrado
más de lo bajo.

DOMINGO: Eso es bueno.

NUÑO: Tiene un jardín.

DOMINGO: Lo condeno
si no está muy retirado;
que, si está cerca, es forzosa
la guerra de los mosquitos;
y los pájaros con gritos
cuando sale el alba hermosa
me atormentan los oídos.
Otros oyen su armonía;
mas yo, por desdicha mía,
sólo escucho los chillidos.

NUÑO: Pues, señor, bastantemente
está del cuarto distante
el jardín.

DOMINGO: Pasa adelante.

NUÑO: Hay una famosa fuente.

DOMINGO: Enfados no habrá mayores,
si está en el patio primero;
que es eterno batidero
de muchachos y aguadores.

NUÑO: Libre está de estos enfados
y, conforme a tus intentos,
muy lejos los aposentos
que han de habitar los criados.

DOMINGO: Ése es un gentil aliño
de una casa; que, aunque fuera
hijo mío, no sufriera
llorando a la oreja un niño,
cuanto más el de un criado.
Nuño, tal gusto me ofrece
esa casa, que parece
que yo mismo la he labrado.

Pero dime, ¿hay herrador
cerca de ella? ¿Hay carpintero?
¿Hay campanario? ¿Hay herrero?
¿Hay cochera?

NUÑO: No, señor.

DOMINGO: Haced la escritura. Entrad,

y el dinero os contaré.

BELTRÁN: (Sin contar lo tomaré **Aparte**
aunque falte la mitad;
que temo que ha de entender,
si me detengo, la flor).

NUÑO: Un advertencia, señor,
de aquel barrio te he de hacer,
que te puede ser molesta,
en que agora he reparado;
que hay muchos perros.

DOMINGO: ¡Qué enfado!
Mas cómprame una ballesta;
que el fastidio que escucharlos
me pudiera a mí causar,
les pienso yo, Nuño, dar
a sus dueños con matarlos;
porque según imagino
la comodidad ordena
que no sufra yo la pena
que puedo echar al vecino.

Vanse

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salen LEONOR y CONSTANZA

LEONOR: De suerte, Constanza, estoy
que me falta el sufrimiento.

CONSTANZA: En tan justo sentimiento
ningún consuelo te doy.

LEONOR: Pensar que podrá el temor
hacerme sufrir su ausencia
ni que tendrá mi obediencia
jurisdicción en mi amor
es engaño conocido.
Prima, don Juan me ver
o moriré; que no está
en nuestra mano el olvido.

CONSTANZA: No hay consejo que le cuadre

a quien se abrasa de amor;
pero si es cierto, Leonor,
lo que te ha dicho tu padre
de don Juan, ¿será razón
que el furor te desenfrene
y te pierdas por quien tiene
tan perdida la opinión?

LEONOR: ¡Ay, prima! No has penetrado
de mi padre los intentos.
Trazas son y fingimientos;
que [fabrica] su cuidado
los delitos con que afrenta
a don Juan por no [casarme];
que tanto llega a dañarme
su condición avarienta,
que por no apartar de sí
el dote que de él espero.
¡A su guardado dinero
tiene más amor que a mí!
[Esta, prima, es la ocasión;
que don Juan no puede ser
que deje de proceder
conforme a su obligación.]

CONSTANZA: ¿Qué delito no se espera
de la vil necesidad?
Si he de decirte la verdad
no es ésta la vez primera
que a don Juan le han imputado
en mi presencia en Zamora
más excesos que tú agora
a tu padre has escuchado.

LEONOR: ¡No puede ser, no, Constanza!
Hablada vienes sin duda
de mi padre, y en su ayuda
solicitas mi mudanza;
que está don Juan tan sobrado,
aunque por servirme ha sido
pródigamente perdido,
que estas casas ha comprado
que pared en medio están,
en que don Domingo habita.
¡Mira tú si necesita
de hacienda ajena don Juan!

CONSTANZA: Puede ser, mas yo te digo
lo que de la fama oí,
y de que lo cuenta así
al tiempo doy por testigo.

LEONOR: Mi suerte le habrá imputado
[falsas culpas; que bastó,]
Constanza, quererle yo
para ser tan desdichado.

Sale INÉS

INÉS: Don Domingo de Don Blas
licencia aguarda, señora.

LEONOR: ¡Eso me faltaba ahora!

CONSTANZA: Antes, prima, porque estás
disgustada, será bien
divertirte; que mil cosas
de él me han contado gustosas.

LEONOR: Ha dado en quererme bien
y aunque tiene calidad
y es muy rico y nada necio,
por figura le desprecio;
porque la comodidad
con tan cuidado procura
que en esta vida no tiene
otra atención, y así viene
el extremo a ser locura.

CONSTANZA: Por eso mismo, Leonor,
pues como dices te adora,
le hemos de probar ahora
y ver si en él al amor
la comodidad prefiere.
¿Qué arriesgas en ello, puesto
que no volverá tan presto
tu padre?

INÉS: Y yo, si viniere
te daré aviso.

LEONOR: Entre, pues;
que no reparo en si es justo,
siendo, Constanza, tu gusto.
Ponte a esa ventana, Inés.

*Salen NUÑO y don DOMINGO, con capa hasta la espada, sombrero muy
bajo y de muy poca falda, y valona sin golilla.*

DOMINGO: Ya con razón colegía,
de tardarse la licencia,
que entrar a vuestra presencia,
señora, no merecía.

LEONOR: Fue forzoso; si ha tardado
la respuesta, perdonad.

DOMINGO: No ha sido incomodidad;
que la aguardaba sentado.

LEONOR: (Mira si de sus extremos **Aparte.**
se olvida, prima.)

DOMINGO: Y agora,
si dais licencia, señora,

será bien que nos sentemos;
que yo no apruebo el decir
que debemos enseñarnos
a estar en pie y a cansarnos
para poderlo sufrir
cuando es fuerza; porque, ¿a qué
pueden a mí condenarme,
si es fuerza, más que a cansarme
entonces y estarme en pie?
Y pudiendo no llegar
jamás la fuerza, el enfado
habré sin fruto pasado
que me pudiera excusar.

CONSTANZA: No lo funda mal.

DOMINGO: (Leonor, **Aparte.**

Nuño, es bizarra y esy bella;
pero la que está con ella
no me parece peor.)

NUÑO: (¿Si mudas el pensamiento?) **Aparte.**

Siéntanse, quedando LEONOR en medio

DOMINGO: Por si habéis imaginado,
de haberos yo visitado,
que fue todo atrevimiento
del amor por quien suspiro,
sabed que, viniendo agora
de fuera, supe, señora,
que fue el señor don Ramiro,
vuestro noble padre, a verme;
y yo, con esta ocasión,
pagando mi obligación,
de ella he querido valerme
para entrar donde os ofrezca
sacrificios mi cuidado;
porque, ya que no pagado,
contento al menos padezca.

CONSTANZA: (Prima, en la comodidad **Aparte**
le prueba.)

LEONOR: Nunca entendiera
que tan atrevido fuera
ni, con tanta libertad
siendo la primera vez
que me habléis, se declarara
vuestro amor; que cara a cara
y con tanta desnudez,
quien dice su voluntad
más que enamora, desprecia.

DOMINGO: No os espantéis; que se precia
de desnuda la Verdad.

Y como ya mis enojos,
mirándoos, dije algún día,
me pareció que no había
de hablar siempre con los ojos.

Y al fin, deciros mi amor,
puesto que abrasarme veo,
era mi mayor deseo;
y así tuve por mejor
que, atrevido a declararlo,
sufráis vos mi atrevimiento,
que padecer yo el tormento
que me daba el desearlo.

LEONOR: Según esto, ¿vuestro antojo
preferís a mi respeto,
y hace en vos mayor efeto
vuestro gusto que mi enojo?

Basta. Por hoy pasará
el haberos yo escuchado
y haberme vos visitado
con esta ocasión que os da
la obligación que decís
que a mi padre le pagáis;
pero quiero que advertáis
si en mi afición proseguís
que tan difícil conquista
en mi esquivez emprendéis
que apenas alcanzaréis
una palabra, una vista,
sin que para merecellas
más veces el alba os halle
dando quejas en mi calle
que contéis al cielo estrellas.

CONSTANZA: (Aquí es ello!) **Aparte.**

DOMINGO: No entendéis,
según colijo, Leonor,
el fin a que [aspira] amor
pues tal condición ponéis.

Cuando paguéis mi cuidado
tras de tanto trasnochar,
¿qué fruto podéis sacar
de amante tan serenado?

Si os han de tocar mis daños,
¿no es mejor quererme agora
cuando tengo yo, señora,
más salud y menos años?

LEONOR: No os juzgué tan material.

DOMINGO: Por dicha, ¿será cordura
que en material hermosura
busque yo gusto mental?

Pienso que yerra el camino
quien trueca un orden tan llano.

Lo humano quiere a lo humano,
lo divino a lo divino.

Y al fin, porque mis intentos
entendéis, en vuestro amor
gustos pretendo, Leonor,
que no pretendo tormentos.

Mirad, pues si es acertado
que negocie mi esperanza
placeres en confianza
con pesares de contado.

Cuando miro un pretendiente
que con mucho afán procura
la comodidad futura
despreciando la presente,

le digo, "Necio ambicioso,
contra tus intentos pecas,
pues buscas el bien y truecas
lo cierto por lo dudoso.

¿Sabes tú que gozarás
lo porvenir que apercibes?
Acomoda lo que vives
y no lo que vivirás."

Y así, Leonor bella, advierto,
aunque aspiro a tal favor,
que el bien presente menor
prefiero al mayor incierto.

Hoy vivo. ¿Esperanza? Es vana
la de [mañana, y no doy]
las certidumbres de [hoy]
por las dudas de mañana.

LEONOR: Quien no quiere padecer
no merecerá jamás.

DOMINGO: Atormentarse no más,
¿Es medio de merecer?
¿No hay regalos? ¿No hay servicios?
¿No hay fiestas? ¿No hay galanteos?
¿No merecen los deseos?
¿No obligan los beneficios?
¿Por fuerza he de trasnochar?
¿Qué me hubiera a mí importado
haber dos veces pagado
esa casa, si el estar
a la vuestra tan cercana
no ha de excusar que me halle,
como decís, en la calle
tantas veces la mañana?

LEONOR: ¿Dos veces la habéis pagado?

DOMINGO: Un ladrón, un embustero,
un sutil Caco, el dinero
cobró de mí adelantado,
no siendo suya, de un año;

y otra vez se la pagué,
porque de ella me agradé,
al dueño.

Levántase LEONOR con furia

LEONOR: (Cierto es mi daño **Aparte.**

Cierta es de don Juan la afrenta;
testigo soy de ella yo,
y con esto confirmó
cuanto de él la fama cuenta.)

Idos, con Dios, idos presto,
don Domingo de Don Blas.
No quiero escucharos más
que me habéis muerto.

Vase [LEONOR]

DOMINGO: (¿Qué es esto? **Aparte.**

Que me juzga considero
ya su esposo, bien lo arguyo
pues que siente como suyo
el gasto de mi dinero.)

Decidla que tal cuidado
no le dé mi desperdicio,
porque siendo en su servicio,
daré por bien empleado
mucho más. Entrad, entrad.

CONSTANZA: Sí, diré; mas sin creer
que lo haréis, que [os puede] ser
de alguna incomodidad.

DOMINGO: Engañada estáis, por Dios,
que el gasto más opulento
hiciera yo muy contento
por cualquiera de las dos.

CONSTANZA: ¿Por mí también?

DOMINGO: La beldad
que en vos miro lo merece.

ONSTANZA: Querer a dos os parece,
sin duda, comodidad.

Vase [CONSTANZA]

DOMINGO: Sábeme, Nuño, quién es
esta dama.

NUÑO: Tu intención
conozco en tu condición.
Saberlo es fácil de Inés.

Vase [NUÑO]

INÉS: Mi señor viene.

DOMINGO: Saldré
a recibirle. Favor
fue sin duda que Leonor
lo sintiese, si no fue
de condición recatada
el disgusto que mostró,
sintiendo que gaste yo
por no quedar obligada.

Sale RAMIRO

RAMIRO: ¿Vos en mi casa, señor
don Domingo?

DOMINGO: Haber sabido
que primero he merecido
de vos el mismo favor
fue causa de anticiparme
a pagar mi obligación
por saber si es la ocasión
tener algo que mandarme.

RAMIRO: El príncipe don García
para las fiestas que agora
trata de hacer en Zamora
a convidaros envía.
Ésta la ocasión ha sido
de buscaros.

DOMINGO: Tal favor
del Príncipe mi señor,
¿cuándo yo le he merecido?
Yo acepto de buena gana
lo que a mí me está tan bien;
mas vos haced que me den
a la sombra la ventana.

RAMIRO: ¿Qué ventana? Estáis errado;
cañas habéis de jugar.

DOMINGO: ¿Eso llamas convidar?
Errado habéis el recado.
Convidar dice, Ramiro,
fiesta en que tengo de holgarme;
que habiendo yo de cansarme
no es convite sino tiro.

RAMIRO: Pues también a torear
de parte suya os convidó.

DOMINGO: ¿En qué le tengo ofendido
que quiere verme rodar?
Apenas capaz me hallo
de gobernar sólo a mí,

¿e iré a gobernar allí
al toro, a mí y al caballo?

No hay cosa de que me asombre
con más razón que del uso
que la ley del duelo puso
entre una fiera y un hombre.

Si a mi posada viniera,
Ramiro, el toro a buscarme,
aun entonces el vengarme
puesto en razón estuviera;
mas si yendo yo a buscallo,
no estando de él ofendido,
el toro es tan comedido
que hiere sólo al caballo,

y no a mí, ¿por qué el crüel
[fuero del duelo me obliga
a que arriesgado le siga
y me acuchille con él?]

Si a un hombre, que tanto vale
como valgo, determino
desafiar, un padrino
que las armas nos iguale
al campo llevo conmigo.

¿Y he de reñir con la espada
contra fuerza aventajada
siendo un bruto mi enemigo?

Doy pues que llego a matallo.
¿Es bien que arriesgue la vida
un hombre a vengar la herida
que un toro le dio a un caballo?

Entre dos hombres jamás
pongo paz por no arriesgarme.
¿Y un caballo ha de obligarme?
¿Vale por ventura más?

El peligro de la vida
quiero dejar, y dejar
la desdicha de rodar,
la pena de la caída.

¿Hay cosa más desairada
que un hombre medio aturdido,
bañado en polvo el vestido
y con la gorra abollada,

esforzarse y no acertar
con la guarnición, turbado
el color, y rodeado
de mil pícaros, buscar
el toro, los acicates
arando el suelo, y formando
rayas, quizá procurando
escribir sus disparates?

Si a estos gustos me convida,

el Príncipe me perdone.
Quien la vida a riesgo pone
donde no le va la vida,
hace muy gran necedad.
Siempre que a nadar entré,
Ramiro, fue haciendo pie
hacia la profundidad,
con gran tiento caminando;
y cuando el agua sentí
al pecho, luego volví
hacia la orilla nadando.
No he de arriesgar con los toros
la vida; que no arriesgara
más si vencer me importara
un ejército de moros.

RAMIRO: Al Príncipe lo diré
de esa suerte.

DOMINGO: Más compuesta
le podéis dar la respuesta.
Decidme, ¿cuánto podré
gastar yo para lucir
estas fiestas?

RAMIRO: Mil ducados.

DOMINGO: Luego os los traerán contados.
Con ellos quiero servir
a su alteza, que sospecho
que está con necesidad;
y así mi comodidad
resultará en su provecho
y en mi disculpa; que entiendo
que más gusto le he de hacer
[con] dárselos sin caer
que con gastarlos cayendo.

Vase [DOMINGO]

RAMIRO: [Injusto] nombre os ha dado
la fama que loco os llama;
que mejor puede la fama
llamaros desengañado.

Vase [RAMIRO]. Salen don JUAN y BELTRÁN

BELTRÁN: De allí salió. Yo le vi.

JUAN: ¿Ramiro le admite ya,
y la licencia le da
que jamás yo merecí?
Él lo codicia, Beltrán,
para esposo de Leonor.

¡Ah, don Ramiro! ¿Es mejor
don Domingo que don Juan?
BELTRÁN: Para serlo basta ser
él más rico; bien lo fundo
puesto que no tiene el mundo
más linaje que "tener."
JUAN: La riqueza importa poco
si de loco la opinión
la deslustra.
BELTRÁN: Socarrón
le llamo yo, que no loco.
JUAN: [Beltrán], yo resuelvo entrar
a hablar a doña Leonor;
si es el que dice su amor,
las obras lo han de mostrar.
Si es firme su pensamiento,
si por esposo me quiere,
deme la mano, y no espere
que de su padre avariento
la insaciable condición
a don Domingo la entregue,
y a mi amor con esto niegue
el cabello [la] Ocasión.
BELTRÁN: ¿Pues mudas ya parecer,
señor?
JUAN: ¿Cómo?
BELTRÁN: ¿No decías
que a don Ramiro querías,
robándole, empobrecer,
para que él mismo te ofrezca
a doña Leonor, así
haciéndote rico a ti
lo mismo que le empobrezca?
JUAN: Sí, Beltrán; mas el postrero
ese remedio ha de ser,
si de otra suerte vencer
la dificultad no espero.
Y por lo menos agora
me conviene averiguar,
para poderlo estorbar,
si don Domingo la adora,
y gozar su mano espera
por premio de inesperanza;
por si una vez la alcanza,
tarde el remedio viniera.
BELTRÁN: Él viene allí.
JUAN: Pues yo quiero
agora notificarle
mi amor, Beltrán, por quitarle
estorbos al bien que espero.

Salen don DOMINGO y NUÑO

DOMINGO: ¿En fin, se llama Constanza
 la que estaba con Leonor
 y es su prima?

NUÑO: Sí, señor.

DOMINGO: Es hermosa.

NUÑO: La mudanza
 colegí de tu cuidado
 en mandándome informar.

DOMINGO: Mudanza no has de llamar
 a la que es razón de estado.

 Nuño, quien sólo un caballo
 tuviere y sólo un amor
 será esclavo del temor
 de perderlo o de cansallo.

 Querer sin apelación
 es forzosa tiranía,
 y el amor que desconfía
 crece con la emulación.

 Tenga Leonor a sus ojos
 quien castigue su rigor
 y yo al lado de Leonor
 quien mitigue sus enojos.

 No me pareció Constanza
 menos que su prima bella.
 En Leonor pondré y en ella
 igualmente mi esperanza.

 La que me quiera he de amar;
 la que no, no he de querer;
 que en esto, corresponder
 quiero más que conquistar.

NUÑO: Bien harás si te permite
 el amor esa elección.

DOMINGO: No permito a la pasión
 yo jamás que me la quite.

 Un papel le llevarás
 luego a Constanza.

NUÑO: Si amor
 tienes a entrambas, señor,
 entrambas las perderás.

JUAN: Si muy de prisa no vais,
 señor don Domingo, oíd
 una palabra.

DOMINGO: Decid;
 que lo que vos importáis,
 señor don Juan, lo primero
 ha de ser.

JUAN: Nadie en Zamora,
 según es público, ignora

que por la belleza muero
de doña Leonor, la hermosa
hija de Ramiro; y siendo
yo quien soy, con causa entiendo
que es obligación forzosa
de cualquiera caballero
no oponerse a mi afición.

DOMINGO: Digo que es obligación
y que de mi parte quiero
cumplirla; que, aunque es verdad
que yo su amor pretendía
porque el vuestro no sabía,
preferir la antigüedad
es cortesano respeto.
(Nada pierdo, pues Constanza
me obligaba a esta mudanza.)
Y así olvidarla os prometo.
¿Queréis más?

Aparte.

JUAN: Fío de vos
que lo haréis.

DOMINGO: Como quien soy
de ello la palabra os doy.

JUAN: Dios os guarde.

Vanse don JUAN y BELTRÁN

DOMINGO: Guárdeos Dios.

NUÑO: ¡Qué fácil y qué sin pena
la dejás!

DOMINGO: No era [cordura]
reñir por una hermosura
que tiene achaque de ajena.
Si en esto culparme quieres,
es necesidad conocida;
porque no hay más de una vida,
Nuño, y hay muchas mujeres.

Vanse. Salen don JUAN y BELTRÁN

BELTRÁN: Este estorbo ha ya cesado;
mas, ¿cómo te entraste así?
¿Quieres que te encuentre aquí
Ramiro?

JUAN: Desesperado
y sin paciencia me veo;
o a Leonor he de perder
o obligarla a resolver
a dar fin a mi deseo.

BELTRÁN: Esto es hecho; ya Leonor

está aquí.

Sale LEONOR

LEONOR: Don Juan, ¿qué intento
os ha dado atrevimiento
de entrar en mi casa?

JUAN: Amor,
tormento, rabia, despecho,
furia, desesperación;
que no sufre la pasión
ya la prisiones del pecho.
En los peligros son años
los puntos de dilaciones;
[breves determinaciones]
remedian eternos daños.
Resuelto vengo, Leonor.
Ramiro a mi voluntad
se opone; mas si es verdad
que me queréis, y el amor
ha conformado a los dos,
mostradlo aquí, que os advierto
que o sin vos volveré muerto
o vivo, Leonor, con vos.

LEONOR: Mientras batallan, don Juan,
dos contrarias calidades,
las mismas contrariedades
materia a sus fuerzas dan;
mas, en llegando a vencer
una de ellas, la vencida,
cuanto más pierde la vida,
más fuerza aumenta al poder,
incentivo a la venganza,
materia a la actividad
de la opuesta calidad
que de ella victoria alcanza.
Así el amor que os tenía,
mientras a las persuaciones
de tantas murmuraciones
que os infaman resistía,
en ellas mismas hallaba
ocasión de estar más ciego,
y la resistencia el fuego
de mi pecho acrecentaba;
mas, al fin, con tal violencia
verdades claras, que son
noche de vuestra opinión,
vencieron mi resistencia;
que cuanto fue de quereros
más incentivo el amor,

tanto es materia mayor
agora de aborreceros.
¿Mi pecho ha de preferir,
mi afición ha de estimar,
mis ojos han de mirar,
mis oídos han de oír,
a quien deslustra su fama
con una y otra bajeza,
y su natural nobleza
con sus costumbres infama?
¿Y a quien ya causarme enojos
tan poco llega a temer,
que no recela poner
sus afrentas a mis ojos,
pues la más vecina casa,
--porque ni él pueda negar
sus infamias, ni ignorar
pudiese yo lo que pasa--
no siendo suya, ha arrendado
para que en su afrenta vil,
Caco embustero y sutil,
atrevido el engañado
le llamase en mi presencia
sin saber que me ofendía?
¿La mano pretende mía
quien da tan franca licencia
de murmurar su opinión?
Teniendo yo por marido
a quien tanto la ha perdido,
¿mereciera estimación?
¿Ni aun de vos? No soy tan necia
que quiera darme a entender
que estimará a su mujer
quien su mismo honor desprecia.
Idos de aquí, persuadido
a que ya de vuestro amor
sólo me queda el dolor
de haberos favorecido.

Vase [LEONOR]

JUAN: ¡Espera! ¡Escucha, señora!
BELTRÁN: Es por demás.
JUAN: ¡Ay de mí!
 ¿Posible es que tal oí?
BELTRÁN: ¡Estamos buenos agora!
JUAN: ¿Esto, rigurosos cielos,
 en mis desdichas faltaba?
 ¿Mi pena no me bastaba?
 ¿No me sobraban mis celos?
 De los mismos desvaríos
 que en lisonja de tu amor

cometí, ingrata Leonor,
¿haces desméritos míos?

BELTRÁN: ¡Siempre, vive Dios, temí
este fin!

JUAN: Pues, ¿quién pensara
que ya que Leonor culpara
los yerros que cometí,
no hubiera, al menos en cuenta
del descargo recibido,
ver que yo no haya temido,
por servirla más, mi afrenta?

BELTRÁN: [Bien lo pudiera entender
quien la fabulilla vieja
supiera de la corneja;
que ha mucho ya que por ser
tan común nadie contó,
y de puro no contada
es de muchos ignorada,
y así he de contarla yo
porque el caso se acomoda
y tú, para disculpar
a Leonor, la has de escuchar.
Asistir quiso a la boda
del águila, mas se halló
la corneja tan sin galas
que adornó el cuerpo y las alas
de varias plumas que hurtó
a otras aves, de manera
que apenas llegó a las bodas
cuando conocieron todas
sus plumas, y la primera
el águila la embistió
a cobrarlas con tal furia
que para la misma injuria
ejemplo a las otras dio.
--¡Detente! ¿Qué rabia es ésta?
--dijo la corneja-- Advierte
que sólo por complacerte
y por venir a tu fiesta
más brillante las hurté.
Y el águila respondió,
--Necia, ¿por ventura yo
pudiera culpar tu fe,
siendo tu fortuna escasa,
cuando galas no trujeras,
o con las tuyas vinieras,
o estuviéste en tu casa?
Y al fin, como tñ saliste
castigado del desdén
de Leonor, salió también
corrida, desnuda y triste.

¡Y pluguiera a Dios que dieran
siempre con igual rigor
esta pena al mismo error!
Que yo sé bien que advirtieran,
menos falsos, más de cuatro,
que, con ajeno vestido,
el aplauso han merecido
del púlpito y del teatro.]

JUAN: Lo hecho, [Beltrán] ya está hecho;
lo que resta es remediar
lo porvenir y dejar
este agravio satisfecho
de don Domingo que habló
tan libremente de mí
a doña Leonor.

BELTRÁN: Si a ti
Caco sutil te llamó,
¿qué nombre dará a Beltrán
que echó la llave al enredo?

JUAN: Muy presto sabrá, si puedo,
cómo ha de hablar de don Juan.

*Vanse y salen don DOMINGO, quitándose capa y espada y
NUÑO y MAURICIO, de noche*

MAURICIO: Señor, si quieres cenar
es hora ya.

DOMINGO: Majadero,
hora es cuando yo quiero.
El tiempo ha de señalar
el reloj, que no dar leyes;
que en esta puntualidad
contra la comodidad
tengo lástima a los reyes.

El manjar me sabe más
cuando yo lo he menester,
y no tengo de comer
porque comen los demás.

El uso común dispuso
hora en esto señalada,
voluntaria, no forzada.
No ha de obligarnos el uso.

Bastará que nos lo acuerde;
que quien antes de tener
hambre se pone a comer,
no sabe lo que se pierde.

Dime, dime, ¿recibió
el billete?

NUÑO: Recibióle,
y no sin gusto.

DOMINGO: ¿Y leyóle,
 Nuño amigo?
NUÑO: Y le leyó.
DOMINGO: ¿Y qué respondió Constanza?
NUÑO: La respuesta fue muy corta.
DOMINGO: ¿Y qué fue?
NUÑO: Callar.
DOMINGO: No importa;
 vida tiene mi esperanza.
 Nuño, no camina mal
 a su puerto mi deseo,
 si aquel epigrama creo
 que hizo de Nevia Marcial.
 "Escribí, no respondió
 Nevia; luego dura está.
 Mas pienso que me querrá
 pues lo que escribí leyó."
 Haz que me den de cenar,
 Mauricio, agora; que agora
 que tengo yo gana, es hora.

Vase MAURICIO

NUÑO: ¿Qué poco tardó en llegar!
DOMINGO: Lo que faltaba tardó,
 que es gana, y su nombre infiere
 que viene cuando ella quiere
 y no cuando quiero yo.

Sale MAURICIO

MAURICIO: Un mancebo, al parecer
 ilustre, que te ha buscado
 esta tarde con cuidado,
 dice que te quiere ver.
DOMINGO: ¿Qué me querrá?
MAURICIO: Yo sospecho
 que un papel te viene a dar.
DOMINGO: ¿Papel antes de cenar?
 ¡Oh, qué disgusto me has hecho!
 Carta o billete jamás
 me des en tal ocasión;
 que me quita la sazón
 el cuidado que me das.
 Entre; que ya lo has errado
 con darme las nuevas de él
 y no me dará el papel
 más disgusto que el cuidado.

Sale un GENTILHOMBRE con un papel. Dalo a don DOMINGO. Él toma una luz y lee aparte

GENTILHOMBRE: Éste en secreto mirad;
que a su dueño he de llevarle
la respuesta.

Lee

DOMINGO: "En vuestra calle
esta noche me aguardad
luego que su sombra fría
ocupe de nuestro polo
el término, y venid solo.
El príncipe don García."
(¡El Príncipe! Letra es ésta **Aparte.**
de su mano. Que aguardar
no tenéis, donde es callar
y obedecer la respuesta.)
¡Hachas, hola!

GENTILHOMBRE: ¿Adónde vais?

DOMINGO: A acompañaros iré
como debo.

GENTILHOMBRE: No saldré
yo de aquí si no os quedáis.

DOMINGO: Servir es obedecer,
y no obliga a quien porfía.

Vase el GENTILHOMBRE

El príncipe don García
mi persona ha menester.
Sacadme presto una espada,
una cota y un broquel.
(Si he de ir acaso con él **Aparte.**
a alguna ocasión pesada
es cordura ir prevenido.)

NUÑO: ¿No quieres cenar, señor?

DOMINGO: En tocando al pundonor,
Nuño, de todo me olvido.
Siempre vivo a lo que estoy,
según mi sangre, obligado;
que por ser acomodado
no dejo de ser quien soy.

NUÑO: Es la cota muy pesada;
no la sufrirás, señor.

DOMINGO: En tocando al pundonor,
Nuño, no me pesa nada.

Saca MAURICIO las armas

NUÑO: ¿Es acaso desafío?
DOMINGO: Nada me has de preguntar.
MAURICIO: ¿Hémoste de acompañar?
DOMINGO: Solo he de ir.
NUÑO: De ti confío
que de todo bien saldrás.
DOMINGO: En tocando al pundonor,
Nuño, revive el valor
y muere en mí lo demás.

***Vanse. Salen BELTRÁN, con un billete,
y don JUAN, de noche.***

JUAN: Entra, Beltrán, y el billete
le entrega en su propia mano.
BELTRÁN: Pienso que es intento vano,
porque su opinión promete
que a estas horas acostado
estará ya; que la fama
como sabes, no le llama
sin causa "el acomodado."
Y si esta misma razón
considero, desconfío
de que acepte el desafío;
porque de su condición,
señor, presumir es justo
que por respuesta ha de dar
que no suele trasnochar
para cosas de más gusto.
Y si acaso es tan cobarde
como lo colijo de él,
sólo servirá el papel
de avisarle que se guarde.
JUAN: Dices bien.
BELTRÁN: Señor, espera,
que una luz llega al zaguán.
JUAN: Él sale fuera, Beltrán.
BELTRÁN: ¡Y solo! ¿Quién tal creyera?
La llave a la puerta ha echado
por de fuera.
JUAN: Quiero hablalle.
BELTRÁN: Su cuidado está en su calle,
pues en ella se ha parado.

Sale don DOMINGO, de noche

JUAN: Ya tengo más ocasión
que a la venganza me obligue;
que esto muestra que prosigue
la comenzada afición
de Leonor.

BELTRÁN: Infieres bien.

DOMINGO: (Gente viene. ¿Si será **Aparte.**
Éste el Príncipe?) "Quién va?

JUAN: Señor don Domingo, quien
os buscaba con cuidado.

DOMINGO: ¿Es don Juan?

JUAN: Sí.

DOMINGO: Ya me habéis
hallado. ¿Qué me queréis?

JUAN: No es lugar acomodado
éste para lo que os quiero.
Solos al campo los dos
salgamos; que allí con vos
tengo un negocio.

DOMINGO: Yo espero
una precisa ocasión
en este mismo lugar,
a que no puedo faltar.
Decidme aquí la razón
que tenéis de sentimiento
que os obligue a desafío;
que sí, como yo confío,
es injusto el fundamento,
con desengañaros, quiero
no faltar yo a la ocasión
que espero, y la obligación
que de sacar el acero
nos pondrá el haber salido
al campo excusar, supuesto
que si os engañáis en esto,
no me doy por ofendido.

JUAN: Porque sé que la ocasión
de mi agravio es verdadera,
la diré; que si pudiera
esperar satisfacción
la callara hasta salir
al campo; que el aguardar
satisfacción es mostrar
poca gana de reñir.

Vos, cuando a Leonor hablasteis
porque arrendado os había
esta casa sin ser mía,
"Caco sutil" me llamasteis.

DOMINGO: Nunca la verdad negué.

JUAN: Ésta es la ofensa que quiero

que sustente vuestro acero.

DOMINGO: Luego, ¿porque os igualé
al sutil [Caco], ofendido,
don Juan, me desafiáis?

JUAN: Siendo quien sois, ¿no juzgáis
cuán grande ese agravio ha sido?

DOMINGO: Pues, el pensamiento mío
según eso me engañaba.

JUAN: ¿Cómo?

DOMINGO: Porque yo esperaba
de Caco este desafío.

JUAN: ¡Que os atreváis de ese modo
a agraviarme!

DOMINGO: Si a reñir
al campo hemos de salir,
reñiremos sobre todo.

JUAN: Vamos, pues; que no permite
mi enojo más dilación.

DOMINGO: Ni a mí cierta obligación
que de este puesto me quite,
como he dicho, por agora.
Y así, porque yo no sé
cuánto en él me detendré,
señalad el puesto y hora
para mañana, y veréis
que salgo, como quien soy,
a buscaros. De ello os doy
la palabra.

JUAN: No saldréis
que el ser tan acomodado
arguye poco valor.

DOMINGO: En tocando al pundonor,
estás, don Juan, engañado.

Conmigo el valor nació,
las fuerzas he de adquirir;
que ellas han de conseguir
lo que el valor emprendió.

Y cuanto más me acomodo
cuando inquietudes no tengo,
tantas más fuerzas prevengo
a mi valor para todo.

Y sólo advertiros quiero
que podéis echar de ver
cuánto me va en no perder
lo que en esta calle espero,
pues dilato la venganza
del agravio que me hacéis
en mostrar que no tenéis
de mi valor confianza.

JUAN: Ya según exageráis
que os importa no salir

de esta calle, a colegir
vengo que me quebrantáis
la palabra; porque aquí,
¿qué puede, sino el amor,
deteneros, de Leonor?

DOMINGO: Nunca a lo que prometí
falté, y reservo también
ese agravio al desafío.

JUAN: No tiene paciencia el mío.
Aguardar no me est bien
ocasiones dilatadas
cuando me importa vengarme.

DOMINGO: Pues si no podéis sacarme
de la calle a cuchilladas,
es vana vuestra porfía.

BELTRÁN: ¿Qué esperamos?

JUAN: El acero
no saques tú; que no quiero
reñir con superchería.

Acuchíllanse

DOMINGO: No importa; hábil como a dos,
basto solo cuando llego
a sacar la espada.

BELTRÁN: (¡Fuego, **Aparte.**
rayo, furia es! Vive Dios!
En Cantalapedra ha dado
don Juan. Pero, ¿quién pensara
que a todo se acomodara
tan bien el acomodado?)

JUAN: ¡No vi tan valiente acero
jamás!

DOMINGO: Don Juan, gente viene
y advertid que no os conviene,
si es acaso quien espero,
que os halle en esta ocasión
que ya lograr no podéis,
y no es bien que me estorbéis
que cumpla mi obligación
sin fruto; y, pues os mostré
con tanto valor agora
que mañana el puesto y hora
que me señaláis iré,
señaladle, y cese aquí
la cuestión; que me daréis
a entender, si no lo hacéis,
que medroso ya de mí,
queréis que esta gente sea
medianera entre los dos.

JUAN: Bien decís, y así con vos
se ver , como desea,
mi pecho. A esta misma hora
mañana, esperadme aquí,
porque evitemos así
sospechas, y de Zamora
solos y juntos los dos,
a la estacada saldremos
que entonces señalaremos.

DOMINGO: Yo os aguardo.

JUAN: Adiós.

DOMINGO: Adiós.

Vase [DOMINGO]

BELTRÁN: Valor tiene.

JUAN: Vivo o muerto
he de salir de cuidado.

BELTRÁN: Huélgome que hayas sacado
mi blanca de este concierto.

Vanse

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen don JUAN y BELTRÁN, de noche y con linternas

BELTRÁN: Si así te vas quitando inconvenientes,
por hambre vencerás a don Ramiro.

JUAN: A ejecutar la inclinación aspiro
de que he tenido impulsos tan valientes,
que, cuando otros motivos no tuviera,
es cierto que lo hiciera
sólo por ver cumplido este deseo
de que sin rienda fatigarme veo.

BELTRÁN: En errar o acertar esta jornada
te va a ser César esta noche o nada.

JUAN: Siempre ayuda al osado la Fortuna.

BELTRÁN: Y en esto pienso yo, sin duda alguna,
que los mismos doblones

que entramos a robar, con avisarnos
a voces donde están, han de ayudarnos
por salir de tan lóbregas prisiones;
pues, según don Ramiro los encierra,
no sirve de moneda agora el oro
más que cuando ocupó, inútil tesoro,
el centro oscuro en su nativa tierra.

JUAN: Comencemos la empresa; que Morfeo
sepulta en las corrientes del Leteo
los humanos sentidos.

BELTRÁN: Envidia tengo a los que están dormidos;
que de sueño me tienen alcanzado
las noches que nos hemos desvelado
buscando a don Domingo inútilmente.

JUAN: El cobarde temió.

BELTRÁN: ¡Que tan valiente
riñendo aquella noche se mostrase,
y que después trocarse
tanto en temor el brío,
que no sólo faltase al desafío,
pero se haya ocultado
de suerte que la industria y el cuidado
y el desvelo haya sido
en buscarle perdido!

JUAN: ¿Qué más venganza quiero? ¿Pude darle,
Beltrán, mayor castigo que obligarle
a vivir escondido y temeroso?

BELTRÁN: Él, pienso yo, que ha sido el victorioso,
pues estará, conforme a su costumbre,
dondequiera que esté, sin pesadumbre,
puesto en acomodarse su cuidado
mientras los dos nos hemos desvelado.

***Don JUAN alumbra y BELTRÁN va sacando
llaves y abriendo***

JUAN: Vengan las llaves.

BELTRÁN: Pruebo la primera
en el postigo; si estampada en cera
la original se hubiera fabricado
nos sacara más presto de cuidado.

JUAN: Lo mismo es ser maestra.

BELTRÁN: El efecto lo muestra
pues no le han resistido
las guardas y la puerta se ha rendido.

JUAN: Entremos pues pisando lentamente,
porque somos perdidos si la gente
de Ramiro despierta.

BELTRÁN: Paso para su cuarto es esta puerta.

JUAN: Ábrela pues, Beltrán; que es avariento

y en los que están detrás de su aposento,
por guardarlo mejor, tendrá en tesoro.

Abre

BELTRÁN: Las llaves pienso que habilita el oro.

JUAN: Pasemos adelante
porque en el aposento más distante
del de Ramiro hemos de entrar primero;
que hay menos riesgo y tiene por ventura
la distancia mayor por más segura.

BELTRÁN: Éste en el corredor es el postrero.
Alumbra. Ésta no cabe.
La cerraja es pequeña. Menor llave
es menester. Entró como en su casa.

JUAN: Entra muy quedo.

BELTRÁN: Aquí no hay nada.

JUAN: Pasa
al otro más adentro.

BELTRÁN: Mas, ¿qué fuera
que Ramiro tuviera
debajo de su cama su dinero?

JUAN: No está seguro allí. Robarlo espero.

BELTRÁN: ¿Y si despierta y defenderlo intenta?

JUAN: Será su vida precio de mi afrenta.

*Sale don DOMINGO en jubón, sin espada. Sacan las espadas don
JUAN y BELTRÁN*

DOMINGO: ¿Quién es?

JUAN: Sentidos somos.

DOMINGO: Don Ramiro,
¿a matarme venís?

JUAN: ¿Qué es lo que miro?
¿No es don Domingo?

BELTRÁN: ¡Él es, por Dios!

JUAN: Cobarde!
¿Así a Leonor pusisteis en olvido?
¿Así vuestra palabra habéis cumplido
que, porque nada pueda disculparos
en el mismo delito vengo a hallaros?

DOMINGO: Escuchadme, don Juan.

JUAN: ¿Desafiado
no salisteis al campo, y por sagrado
la misma casa donde
aumentáis mis ofensas os esconde?
¿Ésta era la ocasión que os [impedía]
salir al campo a fenecer la mía?
¡Para romper la fe que prometisteis,

para más agraviarme me pedisteis
treguas y dilaciones!
Juzgad vos vuestra culpa, y las razones
que tengo de mataros y vengarme.

DOMINGO: ¡Tened! Nada arriesgáis en escucharme,
pues sin armas me veis con que os lo impida.
No es, don Juan, en defensa de mi vida
lo que deciros quiero.
Más importa que yo. Pues caballero
sois, no os importa menos. Esto os pido,
y tened el acero prevenido
porque interrumpa con rigor violento
su primer movimiento,
para vengar, don Juan, vuestros agravios,
los últimos acentos de mis labios.

JUAN: Tan encendida furia
me provoca a vengar de vuestra injuria,
que tengo de escucharos
sólo por dilataros
la pena de esta suerte;
que del castigo es término la muerte,
y la venganza, es cierto
que la siente el morir, no el haber muerto.

DOMINGO: Ved pues, don Juan, primero
este papel, que quiero

Dale un papel. Don JUAN lo lee

que me sirva de carta de creencia,
porque no pongáis duda en la evidencia
de lo que he de contar.

JUAN: Yo lo he leído,
y la firma conozco de su Alteza.

DOMINGO: La noche, pues, que vos de mí ofendido,
para satisfacer la injuria vuestra
del campo libre a la marcial palestra
provocasteis mi acero, en cumplimiento
de este que ves preciso mandamiento,
al Príncipe aguardaba
en aquel puesto y hora.
Mirad, don Juan, agora
si con razón juzgaba,
siendo la suya ley tan poderosa,
más que la vuestra ocasión forzosa.
Llegó su Alteza, pues, de cuyo intento
no sólo no tenía
el indicio menor, mas no podría,
aunque muchos tuviera,
pensar jamás que tan extraño fuera.
"Venid," me dijo el Príncipe, "conmigo."

Yo obedezco, y le sigo
y en llegando a la puerta
de Ramiro paró y en un momento,
siendo una seña suya el mandamiento,
la vi, don Juan, abierta.
Entramos y Ramiro, su privado,
con paso recatado
y silencio confuso,
en este sitio en que me halláis nos puso.
Solos aquí los tres, rompió su Alteza
a los labios el sello,
y dijo... No podréis, don Juan, creello,
pues yo, aunque reconozco su fiereza,
cuando intentos oí tan atrevidos
pensé que se engañaban mis oídos
y agora al referiros esta historia
crédito apenas doy a la memoria.
"Ya sabéis," dijo, "que mi padre Alfonso,
de este nombre el tercero,
Rey de León, el ya cansado acero
al ocio rinde y en la vaina olvida,
como quien ve el ocaso de su vida,
cuando contra las huestes sarracenas
el juvenil orgullo basta apenas.
También sabéis que su caduca mano
del reino intenta gobernar en vano
el timón, que de fuerza necesita
que con Neptuno y Aquilón compita;
y así yo, porque espero
sucederle en el reino, y considero
que es mejor prevenir inconvenientes
que daños remediar ya sucedidos,
resuelvo trasladar de la persona
de mi padre a mi frente la corona
sin aguardar su muerte. Prevenidos
tiene ya en mi [favor] sus escuadrones
Castilla; facilitan prevenciones
de la Reina mi madre mis intentos;
y mis vasallos todos, mal contentos
de Alfonso, me aseguran;
y cuantos ricos, nobles, poderosos
esta ciudad conoce, deseosos
del bien común, conmigo se conjuran;
y éste fue de llamaros el intento,
para que, haciendo el mismo juramento
que los demás, conmigo
quedéis por aliado y por amigo."
Nunca, don Juan, pensara
que la lealtad dormida
en ocios de la vida
con tan ardiente furia despertara

a una voz halagüeña,
que el daño esconde cuando el premio enseña.
¿Veis cómo en sus entrañas
el alquitrán oculta disimulan,
cuando en las cumbres que al Olimpo emulan
ostentan blanca nieve, las montañas
que dan tumba a la vida y al deseo
del soberbio sacrílego Tifeo;
y si es entonces de centella breve
concitado el azufre, espesa nube
de fuego y humo a las estrellas sube
y es ceniza después cuanto fue nieve,
dando el asombro tantos escarmientos
cuanto el estruendo espantos a los vientos?
Pues el incendio veis, y veis la furia
con que mi pecho reventó a la injuria
de la lealtad que guarda mi nobleza
a mi Rey natural; que, aunque es su Alteza
primogénito suyo y la corona
espera de León, mientras no herede
con legítimo título, no puede
presumir que no toca a su persona
tan bien como a la mía
la obligación de súbdito y vasallo.
Antes, si la piedad ha de juzgallo,
es más culpable en él la alevosía;
que, conspirando otro vasallo, sola
la fe quebranta que a su rey le debe,
y él a su padre y a su rey se atreve.
Y si en la edad anciana
de Alfonso funda la razón tirana
de anticipar la sucesión, en eso
fundo yo más la culpa de su exceso;
porque si tan vecina
la muerte de su padre considera,
¿por qué no espera lo que presto espera?
¿Por qué la ley humana y la divina
quiero violar, anticipando el [plazo]
que ya limita de la Parca el brazo?
Al fin, don Juan, yo respondí, yo hice
lo que podéis pensar del que esto os dice,
en que ni la amenaza de la muerte
me halló menos leal o menos fuerte.
O ya fuese piedad, o ya cautela
permitirme la vida
su Alteza, que recela
que mi lealtad le impida,
con publicarlo, su atrevido intento,
me entregó a la prisión de este aposento
que Ramiro visita
solo, y el alimento cotidiano

él me ministra con su propia mano.
Éstos mis casos son, ésta mi historia;
y pues el cielo permitió que os vea,
el medio y la ocasión cual fuere sea,
volved, don Juan, volved a la memoria
los timbre heredados
de vuestros altos ínclitos pasados.
Despierte en el leal heroico pecho
el valor, a despecho
de los divertimientos que dormido
con engañoso halago lo han tenido.
[Proponga ejemplo, emulación pretenda
al valor vuestro el mío;
pues en regalos sepultado y frío,
no hay riesgo, no hay trabajo que no emprenda.
No hay muerte que me espante
cuando fui cera ya siendo diamante
en advirtiendo que manchar intenta
el cristal puro de mi honor la afrenta
de la sangre leal. El fuego ardiente
que al nacer informó, don Juan valiente,
no apaga jamás; sólo se oculta
cuando el vicio en cenizas se sepulta;
y en vos, si oculto yace, yace vivo
entre los yerros el valor nativo.
Produzca, pues, incendios cuando el viento
de la traición, con animoso aliento,
de vuestra sangre incita la centella,
pensando hallar en ella
de fuego que vivió muerta ceniza.
No la naturaleza
en quien principio halló vuestra nobleza,
se rinda a la costumbre advenediza;
mostrad, librando al Rey, que los errores
que han desmentido en vos vuestros mayores,
no de la inclinación fueron defectos,
sino del ocio vil propios efectos,
y que, de la ocasión solicitado
sois el mismo que fuisteis.
Gozad esta ocasión, pues os la ha dado
tan oportuna el cielo,
de cobrar la opinión, pues la perdisteis.
Ponga un lustroso velo,
don Juan, a los borrones que os afean
esta hazaña leal, para que vean
los émulos en ella restauradas]
las glorias adquiridas y heredadas.

JUAN: Basta. Callad. Si no queréis que el pecho,
que ya a tantos fervores viene estrecho,
reviente en vivas voces,
cuando requieren casos tan atroces

antes, para el castigo que yo ordeno,
del rayo el golpe que la voz del trueno.
Dadme esos brazos, pero no los brazos,
que no merezco tan heroicos lazos.
Esas plantas me dad porque mi boca
imprima en ellas agradecimientos
de los nobles y altivos pensamientos
a que vuestra elocuencia me provoca.
¡Ah, ilustre caballero!
¡Oh, en el honor y la lealtad primero!
¿Qué espíritu divino,
qué aliento celestial a vuestros labios
consejos dicta en mi favor tan sabios
que no sólo a mi ciego desatino
dan arrepentimiento
pero sin el castigo el escarmiento?
Por vos gané lo que por mí he perdido.
Seré muriendo el que naciendo he sido.
En la misma nobleza que he heredado
otra vez vuestra lengua me ha engendrado.
Y pues con esto no igualarse pruebo
lo que de vos me quejo a lo que os debo,
ya olvido los agravios
que con razón me hicieron vuestros labios;
que, si yo fabriqué mi propia mengua,
yo, que la causa os di, os moví la lengua.
Amigo os llamo ya; que fuera necio
si en tal ganancia recatara el precio.
Y juro, por lograr vuestra fineza,
que he de trazar al punto prevenciones
[que impidan los intentos de su Alteza
de que me da evidentes presunciones],
fuera del justo crédito que os debo,
gran copia de soldados castellanos
que ocupan ya los muros zamoranos.

DOMINGO: Partid, don Juan; que yo, porque a su Alteza
no demos ocasiones,
faltando yo de aquí, de recelarse,
prevenirse y guardarse,
preso me he de quedar; que esfuerzo tengo
con que a mayores males me prevengo
por salir con la empresa. Mas decidme,
¿cómo entrasteis aquí?

JUAN: Pasos errados
a fines me trujeron acertados.
No os puedo decir más, y adiós, amigo;
que yo a libraros o a morir me obligo.

DOMINGO: Librad al Rey, como de vos se espera,
don Juan; que poco importa que yo muera.

Vase [DOMINGO]

JUAN: Ve cerrando las puertas,
porque hallarlas abiertas
a don Ramiro no le dé recelos.

BELTRÁN: ¿Y el hurto queda en ciería?

JUAN: Ya los cielos
mi inclinación mudaron,
que al fuego de lealtad me acrisolaron;
de que vengo a entender que, porque hubiese
quien de Alfonso los daños impidiese
permitieron mi error porque se vea
que mal no sufren que por bien no sea.
Si tú vas convertido, yo admirado
de ver tan valeroso acomodado.

*Vanse. Salen el PRÍNCIPE, don RAMIRO, NUÑO y
MAURICIO*

PRÍNCIPE: ¿Fueron, Ramiro, a llamarle?

RAMIRO: No puede [tardar], señor.

PRÍNCIPE: Quiero con este color
prenderle sin enojarle;
que habiendo tanta razón,
pues con uno y otro indicio
se comprueba el maleficio,
para ponerlo en prisión.
No podrá don Juan culparme
y con esto de su acero,
por ser tan valiente, quiero
en mi intento asegurarme.
Porque llegado al efecto
tanto por no haberle dado
[noticia de mi cuidado]
como por ser tan afecto
a mi padre, él solamente
a estorbarlo bastará.

RAMIRO: Es verdad, y así ser ,
señor, prevención prudente
que, al resolver su prisión,
de sentimiento le deis
indicios, y le mostréis
piedad en la ejecución.

PRÍNCIPE: Él viene ya.

Sale don JUAN

JUAN: Gran señor,
¿qué me manda vuestra alteza?

PRÍNCIPE: Lo que por vuestra nobleza
está sintiendo mi amor.

Mas es fuerza que limite
la justicia a la piedad.
Don Juan, a Nuño escuchad.
Tú, lo que has dicho repite.

NUÑO: Una tarde, habrá seis días,
don Domingo, mi señor,
de visitar en su casa
a don Ramiro salió;
y aquella misma, don Juan,
que celoso por Leonor
según lo mostró el efecto
de esta visita, quedó,
después de haber declarado
a don Domingo su amor,
le pidió de no estorbarle
la palabra, y él la dio.
Despidiéronse, y la noche
siguiente, cuando el reloj
una menos de las horas
que la dividen contó,
un gentilhomme la vez
tercera, porque otras dos
aquella tarde le había
buscado ya, le llevó
un papel de desafío
sin duda, de que el color
todo mudado, y las armas
que para salir pidió,
el recato y el secreto
y decirme que al honor
le importaba salir solo,
dieron clara información.
Partióse al fin, y el cuidado
que nos causaba el amor
que a nuestro dueño leales
tenemos Mauricio y yo,
no tuvo en una ventana
hechos Argos a los dos,
por seguirle con los ojos,
ya que con las plantas no.
Vimos que, habiendo salido,
y debajo de un balcón
de don Ramiro parado
don Domingo, se llegó
uno de dos que en la calle
le aguardaban, que, en la voz
y en las razones que oír
el silencio permitió
de la noche, era don Juan;

y habiendo hablado los dos
un rato, el desnudo acero
fin a la plática dio;
y acuchillándose entrambos
con destreza y con valor,
dieron a la calle vuelta;
y con esto los perdió
de vista nuestro cuidado,
sin que de esta confusión
nos pudiésemos librar
con salir en su favor;
porque él, al salir de casa,
por de fuera la cerró,
recelando que a seguirle
nos obligara su amor.
Nunca después de este caso
le vimos, ni de él halló
vivo o muerto un breve indicio
la diligencia mayor.
Y así, pues tantos convencen
a don Juan de que él le dio
la muerte, y de que el cadáver
oculta con intención
de ocultar el homicidio,
os suplicamos, señor,
que le obliguéis a sacarnos
de tan triste confusión.

PRÍNCIPE: Con lo que habéis escuchado
sólo os puedo decir yo
que os pongáis en mi lugar
y juzguéis vos mismo a vos.
Con indicios tan vehementes
que casi evidentes son
mal guardará la justicia
privilegios al amor;
y así, mientras la verdad
no se averigüe, en prisión
es fuerza, don Juan, que estéis.

JUAN: (¿Qué he de hacer? ¡Válgame Dios! **Aparte.**
Si callo y deajo prenderme
pongo a riesgo la ocasión
de librar al rey Alfonso;
si declaro que los dos
tienen preso a don Domingo,
por entendido me doy
de sus alevos intentos
y es el peligro mayor;
mas de la misma verdad
he de vestir la ficción.)
Como disteis un oído
a la culpa, dad, señor,

otro al descargo.

PRÍNCIPE: Decid;
que nada en esta ocasión,
según os estimo, puede
hacerme gusto mayor
que tenerla de mostraros
en mi piedad mi afición.

JUAN: Pues, preguntadle a Ramiro
por don Domingo, señor;
que él en su casa le oculta.

RAMIRO: ¿Qué decís?

PRÍNCIPE: ¡Válgame Dios!

*Hablan a excusa de los criados
[el PRÍNCIPE y don RAMIRO]*

RAMIRO: ¿Quién de caso tan secreto
noticia a don Juan le dio?

PRÍNCIPE: ¿Si sabe ya mis intentos?

JUAN: (Turbados están los dos.) **Aparte.**

PRÍNCIPE: Don Juan, ¿cómo lo sabéis?

JUAN: Lo que el criado contó
es verdad mas remitimos
del caso la conclusión
para la noche siguiente,
porque aquella lo estorbó
gente que a la calle vino.
Demás que cierta ocasión
que le importaba, me dijo
que aguardaba, y me pidió
don Domingo que cesase
por entonces la cuestión;
y más por averiguar
la sospecha que me dio
de que la ocasión sería
verse con doña Leonor
que por hacerle ese gusto
consentí la dilación.
Y así, apartándome de él,
tuvo, aunque es ciego el Amor,
tantos ojos como celos,
y en la oscura confusión
de la noche, oculto vi
que don Domingo llegó
y otro con él a la puerta
de don Ramiro, y los dos,
después de hacer una seña
que la puerta les abrió,
entraron dentro; y con esto
acrecentando el furor

de mis celos, como quien
el agravio averiguó,
a la venganza resuelto
le aguardaba; y de los dos
salió el que le acompañaba,
pero don Domingo no.
Aunque allí me halló esperando
del aurora el resplandor,
ni en cuantas vueltas al cielo
ha dado después el sol,
ha vuelto a pisar la calle;
que nunca de ella faltó
una centinela mía;
y así es llana presunción
supuesto que tal exceso
no es creíble de Leonor,
que don Ramiro le oculta,
temiendo la ejecución
de mi brazo vengativo;
que le toca este temor
como interesado en ello,
porque es más rico que yo
don Domingo, y lo querrá
para esposo de Leonor.

PRÍNCIPE: (Por su engaño y mi ventura **Aparte**
gracias a los cielos doy.)
Escuchad, Ramiro.

JUAN: (Bien **Aparte.**
disfracé con la invención
la Verdad, y el rostro feo
les hice ver del Temor.)

Habla aparte a RAMIRO el PRÍNCIPE

PRÍNCIPE: En albricias de que ignora
la causa de la prisión
de don Domingo don Juan,
quiero, Ramiro, que vos
con su engaño os conforméis,
para evitar la ocasión
de apuntar esta materia.

RAMIRO: Mucho más caro, señor,
hubiera comprado el vernos
libres de esta confusión.

En voz alta

Don Juan ha dicho verdad.
PRÍNCIPE: Pues, sabiendo lo que yo

estimo a don Juan, Ramiro,
no habéis tenido razón
en no excusarme el disgusto
que el que yo le di me dio.
De veros libre de culpa,
don Juan, tan alegre estoy,
que el pesar que recibí
agradezco. Idos con Dios,
y advertid que son mañana
las fiestas.

JUAN: Pienso, señor,
que no podré entrar en ellas.

PRÍNCIPE: No han de hacerse sin vos;
no lo dejéis por dinero,
don Juan, pues lo tengo yo.

JUAN: (En vano obligarme intenta.) **Aparte**
Mil años os guarde Dios.
No es ése el impedimento.

PRÍNCIPE: ¿Pues cuál?

JUAN: Pensar con razón
que me culparéis vos mismo
si tan poco siento yo,
valiendo a Ramiro tanto,
haber perdido a Leonor.

Vase [don JUAN]

PRÍNCIPE: Sentido está de perder
vuestra hija.

RAMIRO: Culpas son
de sus costumbres.

NUÑO: ([¿Qué es esto?]) **Aparte**
¿Cómo su Alteza dejó
ir libre a don Juan?)

PRÍNCIPE: Los pechos
podéis sosegar los dos,
que vuestro dueño está vivo
y seguro, y [tomo] yo
su vida y seguridad
por mi cuenta.

NUÑO: ¿Qué temor
podrá oponer sus tinieblas
a la luz que nos dais vos?

*Vanse. Salen don JUAN y BELTRÁN con botas y
espuelas*

JUAN: Vengas, amigo Beltrán,
mil veces en hora buena.

BELTRÁN: Hora que es fin de la pena
que da el ansioso batán

de una posta endemoniada,
buena se puede llamar.
JUAN: ¿Qué hay del Rey?
BELTRÁN: Ya en el lugar
estuviera, si la entrada
no le impidiera el rüido
y el alboroto que oyó,
que efecto lo receló
del rebelión prevenido;
y así vine por espía
perdida con un criado
suyo, que volvió, informado
de que el estruendo nacía
de los toros, a avisarle,
y yo a ti, porque ya el sol
se esconde al suelo español
y podemos ya esperarle.

JUAN: Loco me tiene el contento.

BELTRÁN: ¡Oh, cómo tu carta obró!
Apenas la recibió
cuando en juvenil aliento
sus años vi renovarse.
Postas mandó prevenir,
y sólo tardó en partir
lo que ellas en ensillarse.
Todo el caso le conté,
y le dije que el quedarte
a prevenir por su parte
las cosas, la causa fue
de que tú mismo en persona
la nueva no hayas llevado;
y viene tan obligado
que te dará su corona.

JUAN: ¡Oh, qué gran gusto me has hecho,
y a qué buen tiempo ha venido!
Pero ya siento rüido
en el zaguán.

BELTRÁN: Yo sospecho
que llegó Su Majestad.

Salen el REY, con botas y espuelas, y dos criados

REY: ¡Don Juan, amigo!

JUAN: Señor,
dadme esos pies.

REY: Al amor
que debo a vuestra lealtad
los brazos, don Juan, prevengo.

JUAN: Como rey, señor, me honráis.

REY: Las órdenes que me dais

he guardado, y así vengo
a apearne con secreto
en vuestra casa.

JUAN: Ha importado
no despertar el cuidado,
para impedir el efeto,
al príncipe, don García;
y del remedio dudara
si solamente tardara
vuestra Majestad un día.

REY: ¿Cómo?

JUAN: Sin número son
los castellanos que esconde
Zamora; que ayuda el Conde
en esta conspiración
a su Alteza, que hoy ha hecho
estas fiestas por ganar
el aplauso popular;
y así con razón sospecho
que, porque la dilación
no mitigue esta alegría,
ha de querer don García
abreviar la ejecución.

REY: ¡El mismo que yo engendré
es mi mayor enemigo!
Matarlo será el castigo
si culpa engendrarlo fue.

JUAN: Vamos; que ya de la oscura
noche el silencio, señor,
nos llama.

REY: Vuestro valor
el remedio me asegura.

JUAN: En casa de su privado,
Ramiro, le prenderéis
sin riesgo; que le hallaréis
sin defensa y descuidado;
que nunca el alba repite
lisonjas de su belleza
al mundo sin que su Alteza
en su casa le visite.

Y yo sin dificultad
os la haré franca, señor;
que los medios de mi amor
sirven hoy a mi lealtad.

REY: Tanto, don Juan, me obligáis,
que está mi poder cobarde
al premiaros.

JUAN: Dios os guarde.
Sólo os pido que advirtáis
que, adorando yo a Leonor,
puede vuestra Majestad

hacer que por mi lealtad
haga esta ofensa a su amor,
pues que de la alevosía
que a su padre ha de infamar,
la mancha la ha de alcanzar.

REY: Eso está por cuenta mía,
como lo demás, don Juan,
que os tocare.

BELTRÁN: Yo entro ahí.

REY: No me olvidaré de ti.

BELTRÁN: Mil siglos vivas.

JUAN: Beltrán,
advierte que has de llevar
una espada que le des
a don Domingo.

BELTRÁN: No es
su valor para olvidar.

JUAN: No temo, juntos los dos,
todo el resto de Zamora.

Hablando aparte con su amo

BELTRÁN: Contempla, señor, agora
la providencia de Dios.
¿Quién pensara que las llaves
que hicimos para robar
nos vinieran a importar
para negocios tan graves,
y que hubieran remediado
peligros de tanto peso
un hombre que es tan travieso
y otro tan acomodado?

JUAN: No hay suceso que no tenga
prevención en Dios, Beltrán.

BELTRÁN: Por eso dijo el refrán:
"No hay mal que por bien no venga."

*Vanse. Salen el PRÍNCIPE, RAMIRO, LEONOR y
CONSTANZA con luces.*

PRÍNCIPE: Esto habéis de hacer por mí.
Ya sabéis que la persona
de don Domingo merece,
por su sangre generosa,
por su valor y sus partes,
pues como veis, las abona
vuestro padre, que le deis,
Leonor, la mano de esposa,
y advertid que es lo que os pido

lo que a todos nos importa
puesto que no conocemos
otro más rico en Zamora
en quien poder emplearos;
y porque a los dos nos consta
que os tiene amor, pretendemos
que tal prenda le disponga
a conformarse conmigo
en cierto intento que agora
sabréis, pues de publicarse
ya el peligro no lo estorba,
pues la ejecución aguarda
sólo la primera aurora.

LEONOR: Yo lo hiciera, mas Constanza
es con él más poderosa.

PRÍNCIPE: ¿Cómo?

LEONOR: Después que la vio,
a mí me olvida, y la adora.
Dilo, prima.

CONSTANZA: Si un papel
suyo verdades informa,
yo soy dueño de su amor.

PRÍNCIPE: Si es así, Constanza, goza
la ocasión, y nuestro intento
tu blanca mano disponga.

CONSTANZA: Si ha de obedecer el pecho,
no ha de responder la boca.

PRÍNCIPE: Llamadle, pues, don Ramiro.

Vase don RAMIRO

LEONOR: No pienso que es fácil cosa
hallarle; que ha algunos días
que su familia le llora
ausente o muerto.

PRÍNCIPE: Mi imperio
es, Leonor, quien le aprisiona
en tu casa.

Salen RAMIRO y don DOMINGO

DOMINGO: ¿Qué me manda
vuestra Alteza?

PRÍNCIPE: El alba hermosa
en mis sienes ha de hallar
de este reino la corona.
Para nada os puede ser
la obstinación provechosa.
En una balanza os pongo

la mano de la que adora
vuestro pecho y mi amistad,
y os pongo la muerte en otra.
Escoged y resolveos.

DOMINGO: No es la vez primera agora
que a mi lealtad amenazas
despreciadas acrisolan.
Constanza es premio que estimo,
y por la propuesta sola
obligado cuanto puedo,
pongo en vuestros pies la boca;
pero con tal condición,
ni me importó ni me importa;
que no vivirá con gusto
quien ha de vivir sin honra.
Ésta es mi resolución.

PRÍNCIPE: Y la mía que proponga
vuestra cabeza mañana
escarmientos a Zamora.

DOMINGO: Muriendo ha de sustentar
la voz de Alfonso mi boca.

Salen el REY y criados

REY: Y yo la vida de quien
con lealtad tan generosa
defiende a su rey.

RAMIRO: ¿Qué es esto?

PRÍNCIPE: ¡Perdido soy!

Salen don JUAN y BELTRÁN

BELTRÁN: ¡Aquí es Troya!

REY: Dadme esa espada, García.

PRÍNCIPE: Señor, yo...

REY: [Si me provoca]
vuestra obstinación, seré,
aunque sois mi sangre propia,
enemigo que se venga
y no padre que perdona.

JUAN: Don Domingo...

DOMINGO: Amigo mío.

JUAN: Tomad esta espada.

DOMINGO: Agora
llueva el cielo conjurados.

RAMIRO: (De una vez la vida y honra
he perdido.)

Aparte.

PRÍNCIPE: ¿Qué he de hacer
sin defensa?

Da la espada el PRÍNCIPE

REY: No se logran,
Príncipe, intentos impíos
que el cielo y la tierra enojan.
Al castillo de Gauzón
llevad presa la persona
del Príncipe.

PRÍNCIPE: Si a morir
me lleváis, vuelen las horas;
que, a quien desdichado vive,
da la vida la muerte sola.

Llévanlo.

CONSTANZA: Temblando estoy.

LEONOR: Yo estoy muerta.

RAMIRO: Si a la mano poderosa
de un príncipe...

REY: Don Ramiro,
callad. No dañe la boca
con disculpas a quien sé
que no han culpado las obras;
que don Juan de la lealtad
de vuestro pecho me informa,
y que vos le descubristeis
del Príncipe la alevosa
intención, por él a mí
me avisara; y así agora,
porque dar premio a los dos
de este servicio me toca,
el de don Juan ha de ser
darle a Leonor por esposa,
y dos villas, las que él mismo
en todo mi reino escoja;
y el vuestro, daros por hijo
a quien mi privanza goza,
y a quien debéis mi amistad,
y a quien, como veis, os honra.

JUAN: (¡Qué prudencia!) **Aparte**

BELTRÁN: (¡Qué cordura!) **Aparte**

DOMINGO: (¡Con qué buen medio la nota **Aparte**
de la infamia le ha excusado
porque no toque a la esposa
de don Juan la mancha misma!)

RAMIRO: Con ganancia tan notoria,
en vuestras plantas, señor,
humilde pongo la boca,
y a don Juan los brazos doy.

JUAN: ¿Habéis conocido agora
si soy bueno para amigo?

RAMIRO: Fuerza es ya que me conozca
obligado, y a Leonor
en ser vuestra venturosa.
Dadle la mano.

LEONOR: Segura
os la doy pues os mejora
Su Majestad la fortuna
que mejoraréis las obras.

JUAN: Por ganarte me perdí;
ya te he ganado, señora;
con que es fuerza que a quien soy
y a quien eres corresponda.

REY: Don Domingo, ¿qué aguardáis
cuando hazaña tan heroica
tan obligado me tiene?

DOMINGO: Señor, vuestras plantas solas
piden por merced mis labios
y a Constanza por esposa.

REY: Si basto, Constanza, yo
a alcanzarlo, de ambas bodas
seré padrino.

CONSTANZA: Señor,
yo me confieso dichosa.
Ésta es mi mano.

BELTRÁN: ¿Qué hacéis?
Mirad que no se acomoda
don Domingo, quien se casa.

DOMINGO: Quien alcanza el bien que adora,
pues cumple ardientes deseos,
comodidades negocia.

BELTRÁN: Agora faltan las mías,
si tenéis en la memoria,
gran señor, vuestra promesa.

REY: Piensa tú lo que te importa
según tu estado; que a mí
me importa pedir agora
perdón, porque tenga fin
esta verdadera historia.

Fin de la comedia

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

El Anticristo

Personas que hablan en ella:

- **El ANTICRISTO**
- **ELÍAS FALSO, viejo**
- **Tres JUDÍOS**
- **BALÁN, judío pastor, gracioso**
- **El PATRIARCA, judío viejo**
- **Un MORO**
- **Un GENTIL**
- **Dos CRISTIANOS**
- **Un HERMANO de Sofía, cristiano**
- **Un CAMINANTE, judío**
- **ELÍAS, profeta verdadero, viejo**
- **ELIAZAR, judío viejo**
- **SOFÍA, dama cristiana**
- **La MADRE del Anticristo**
- **Una EGITANA, dama**
- **Una LÍBICA, dama**
- **Una ETIOPISA, dama**
- **Una JUDÍA**
- **Un ÁNGEL**
- **GENTE**
- **MÚSICA**

ACTO PRIMERO

*Tocan cajas, y salen ELÍAS FALSO, viejo, y JUDÍOS 1, y
y otros, soldados y bandoleros*

JUDÍO 1: Capitán, ¿dónde nos llevas
por estos campos desiertos?
Siendo robar nuestro oficio,
¿qué pretendes en un yermo,
de peñas fuerte provincia,
de fieras fecundo reino,
tanto de tesoros pobre,
cuanto avaro de sustento?

ELÍAS FALSO: Misterios son celestiales,
valerosos galileos,
los que mis plantas conducen
por estos incultos cerros.
Esta noche, cuando al alba
el matutino lucero
anunciaba, cuando son
más verdaderos los sueños,
Fobétor, pálido hermano
de Fantases y Morfeo,
de córnea puerta a mis ojos
visión, que es cierta, ha propuesto.
Vi salir del mar hinchado
una bestia, cuyo aspecto
daba terror a la tierra,
guerra amenazaba al cielo.
Era admirable, de horrible,
sin semejanza ni ejemplo
en cuantas fieras y monstruos
han dado nombre a los tiempos.
Corvas uñas le formaba
y agudos dientes el hierro,
con que deshace coronas,
pisa y despedaza centros.
Su portentosa cabeza
era armada de diez cuernos,
cuyas puntas amenazan
diez diferentes imperios.
A la Asiría Babilonia
llegó el Decacornu horrendo,
y allí en medio de los diez
otro germinó pequeño.
Éste ilustraban dos ojos
como de hombre, y en acento
humano hablaba una boca
en él horribles misterios.
Luego le vi, transformado

en un bello infante tierno,
al terrenal paraíso
trasladarse con secreto.
Allí de espíritus puros
fue educado, y le dio el leño
de la vida inmortal vida,
y profundas ciencias ellos.
Súbitamente creció
a hermoso y fuerte mancebo,
y a su rostro, de los diez
se ocultaron los tres cuernos,
y los siete que restaban,
a su grandeza sujetos,
se humillaron a su nombre
y a su voz se estremecieron.
Postréme a la majestad
de su venerable aspecto,
y él, admitiéndome humano,
así me dijo severo,
"Yo soy el rey, yo el mesías
prometido a los hebreos;
reinaré en Jerusalén,
reedificaré su templo;
Betzaida y Corozáin,
ciudades bellas un tiempo,
y agora apenas humildes
reliquias de lo que fueron,
en sus desiertos me albergan.
Elías, búscame en ellos
al instante que a la vida
te restituyas del sueño;
y para que se acredite
esta visión en tu pecho,
te imprimo mi caracter
en la diestra con mi sello."
Dijo, y en obscura sombra
se resolvió; y yo al momento
desperté, y en esta palma
hallé el caracter impreso.
Miralde y veréis en él

Muestra en la palma de la mano derecha esta señal, "P"

de tan notables portentos
las infalibles señales,
los indicios verdaderos.
Marchemos, pues, presurosos
adonde ha querido el cielo
dar efeto a sus promesas
y cumplir sus juramentos,

dando al suelo su mesías,
libertad a los hebreos,
su rey a Jerusalén,
y redentor a su pueblo.

JUDÍO 1: Capitán famoso, guía;
no busques a esos portentos
más crédito del que tú
les has dado con creerlos.

ELÍAS FALSO: Vamos, pues.

JUDÍO 2: Allí un pastor
de ovejas guarda un apero.

ELÍAS FALSO: Será estrella que nos guíe
en el mar de estos desiertos.

*Tocando cajas se van. Salen el ANTICRISTO,
vestido de yerba, y su MADRE, de pieles*

MADRE: Hijo de maldición, ya, ¿qué afrentoso
título habrá que a tu maldad no cuadre?
¿No te bastó ser parto incestuoso
del que, siendo tu abuelo, fue tu padre,
sin que lascivo agora, en amoroso
lazo te unieses a tu misma madre?
Mas al tribu de Dan, que Dios maldijo,
y a padre tal, correspondió tal hijo.

ANTICRISTO: ¿Qué dices, madre? Vuelve a pronunciallo.
¿Yo del tribu de Dan? ¿Yo de mi abuelo
hijo soy?

MADRE: ¿Qué te admiras de escuchallo?
Tu inclinación, opuesta al mismo cielo,
¿no te declara bien, si yo lo callo,
que dio nefanda unión tal monstruo al suelo?
Mas tu origen escucha, pues me obliga
tu delito y mi pena a que lo diga.

Manzer hebreo, dogmatista injusto
en Babilonia, obscuro decendiente
de Dan, movido de venéreo gusto
en su hermana Sabá, de Horeb ausente
virgen esposa, con rigor robusto
logró violento su apetito ardiente,
cometiendo en un acto deshonesto
fuerza, adulterio, estupro y torpe incesto.

Yo, desdichada, de este grave exceso
concepto fui. ¡Pluguiera al cielo santo
que el informe embrión fatal suceso
al reino trasladara del espanto,
antes que organizado el mortal peso,
del alma se informara para tanto
escándalo del mundo, pues naciendo
di ocasión a delito más horrendo!

Crecí, y el lustro apenas vio tercero
la verde primavera de mis años,
cuando el mismo Manzer, sensual y fiero,
posponiendo los suyos y mis daños,
en mi amor abrasado, contra el fuero
de padre natural fabrica engaños,
con que no pueda justa resistencia
librarme de su bárbara violencia.

Solo se encierra el agresor lascivo
y dogmatista infiel conmigo un día;
y cuando justamente yo concibo
que a religiosa acción me prevenía,
el que debiera serme ejemplo vivo
de pura honestidad, la hipocresía
desnudó, y las divinas leyes, junto
con mi virginidad, violó en un punto.

Tú fuiste de tu abuelo, padre y tío,
abominable incestuoso efeto;
en mi vientre creció el agravio mío
a publicar por fuerza mi secreto;
y en el parto infeliz el hecho impío
le confesé a mi madre, a quien Aletó,
Tisífone y Megera, ardientes furias,
a vengar provocaron sus injurias.

Del execrando insulto dio noticia
tu abuela y tía al patriarca hebreo;
admirase el delito, y la malicia
misma se ofende de un error tan feo,
no alcanza en sus arbitrios la justicia
igual castigo a tan nefando reo,
y queda al fin, muriendo apedreado,
sediento de más pena su pecado.

Yo, que en el parto peligroso y fuerte
tuve opuesta a Lucina, previniendo
por dicha, sabia astróloga, la suerte
que daba a luz un monstruo tan horrendo,
el golpe evité apenas de la muerte,
del trance apenas escapé tremendo,
cuando rendida al sueño, ¡que pluguiera
al cielo santo que el eterno fuera!

Soñé que en cambio de pequeño infante,
breve centella al mundo producía,
que dilatada en término distante,
voraz incendio al cielo se atrevía;
y en veloz precipicio, en un instante,
Faetón segundo, al suelo decendía,
llenando, si de llamas, de escarmientos
cuanta ocupan región los elementos.

Sacra deidad en esto me aparece,
oculta en su luz misma, y "crece," dijo,
"prodigioso, feliz infante, crece

a dilatar al término prolijo
del Aquilón el cetro que te ofrece,
y tú, dichosa madre de tal hijo,
de Babilonia sal, y en Galilea
asilo de los dos el yermo sea."

Aquí cesó, y la noche en su confuso
silencio la escondió; y restituyendo
a mis sentidos la razón el uso,
escuché de mi padre el fin horrendo.
Y así, obediente ya a lo que dispuso
la deidad, de mi patria vine huyendo
aquí, donde Betzaida un tiempo ha sido,
donde Corozain tuvo su nido.

Aquí empecé a educarte, y aquí el hado
te anticipó en un término sucinto
en estación pueril cuerpo esforzado,
y en tierna infancia racional instinto;
pues apenas hubiste saludado
en el trópico al sol el curso quinto,
cuando tu brazo persiguió las fieras,
cuando voló tu ingenio a las esferas.

Yo, que advertí, curiosa a tus intentos,
perversa inclinación en tus acciones,
por excitarte honrosos pensamientos
y por templarte locas presunciones,
te propuse en historias escarmientos,
te previne en engaños persuasiones,
mintiéndote que clara descendía
del tribu de Judá la sangre mía.

Mas pues fue mi cuidado tan perdido
en tu proterva y dura resistencia,
que habiéndote en mil ciencias instruído
no sé cuál soberana inteligencia,
no sólo no te enmiendas, pero ha sido
para que con más furia y más violencia
corras a los delitos más atroces,
y en torpe incesto de tu madre goces.

¡Plega al Dios de Israel, vestiglo fiero,
que en tu ciega maldad te precipites,
y dando efeto a mi soñado agujero,
tanto los cielos en tu daño irrites,
que pues soberbio imitas al lucero,
despeñado Luzbel, también lo imites,
dando en abismos de tormento eterno
compasión y terror al mismo infierno!

ANTICRISTO: Di más, repite, multiplica, aumenta
odios, injurias, iras, maldiciones;
que deleitosamente se apacienta
mi obstinación en tus execraciones.
Lo justo sólo aflige y atormenta
mis pensamientos, mis inclinaciones;

porque no sólo de pecar me agrado,
mas me agrado también de haber pecado,

Si tan malo nací, si tan nocivo
genio asistió a mi concepción primera,
a ti te culpa, culpa al hado esquivo,
que me informó de condición tan fiera.

De ti nací, por culpa tuya vivo.
Acusa a tu descuido, que debiera
a un hijo de tan torpe ayuntamiento
fabricar en la cuna el monumento.

Mas ya que la malicia de la suerte
e indignación del cielo me ha estorbado
para nefanda vida justa muerte,
librando tu suplicio en mi pecado,
la información postrera intento hacerte
de la dura ocasión que me ha obligado
al execrando exceso en que contigo
ejecuté mi gusto y tu castigo.

Esa oculta, divina inteligencia,
que de mi infausto nacimiento el día
te presentó en fantástica apariencia
centella en mí que incendios producía,
esa misma que en una y otra ciencia
ha informado de suerte el alma mia,
que excediendo los límites humanos,
me atrevo a los secretos soberanos;

ésa misma me ha dado tanto imperio
en cuanto el padre de Faetón circunda
del más alto de luces hemisferio,
a la región de sombras más profunda,
que, del poder de Dios en vituperio,
produce Telus y Neptuno inunda,
Vulcano da calor y aliento Eolo
al albedrío de mi gusto solo.

Lucifer o Plutón el cetro horrible
ha renunciado en mí del hondo infierno,
tanto que no hay espíritu invisible
que al suyo no anteponga mi gobierno.
No hay cosa a mis intentos imposible;
émulo soy de aquel poder eterno
que a conocer me obliga la justicia,
si no a reconocerle la malicia.

Con este, pues, de fuerzas más que humanas,
y más que humanas ciencias fundamento,
a obscurecer verdades soberanas
se eleva mi obstinado pensamiento.
En falsas leyes y opiniones vanas
anegaré la tierra, el mar y el viento,
intimando que yo soy el mesías
que prometeron tantas profecías.

Bien sé que no lo soy; bien que lo ha sido

Jesús, que es hombre y Dios; mas yo, que al suelo
por tipo, cifra, epílogo he nacido
de la maldad mayor que ofendió al cielo,
para serlo es forzoso haber sabido
esta verdad pues si el confuso velo
de la ignorancia me opusiese a ella,
fuera yo menos malo en ofendella.

Pues como a ejecutar tan alto intento,
acreditar me importa que me ha dado
de Judá el tribu claro nacimiento,
según fue por Jacob profetizado,
quiero matar contigo el argumento
de la sangre de Dan que en ti he heredado,
porque no deje mi rigor prescrito
de cometer también este delito.

Resuelto al parricidio detestable,
por ser a Jesucristo en todo opuesto,
te quise hacer del todo abominable,
cometiéndote contigo torpe incesto;
que fue su madre virgen inviolable
después y antes del parto, y yo con esto
incestuosa madre vine a hacerte
en la cuna, en el parto y en la muerte.

Éste es mi fin, éste mi intento ha sido;
y Elías ya, caudillo galileo,
de soñadas visiones conducido,
se acerca a dar principio a mi deseo;
porque a su lengua por mi imperio asido
un espíritu impuro del Leteo,
dará a entender que es el profeta Elías,
precursor destinado del Mesías.

Y para acreditar que es mi venida
del paraíso, en que mi engaño fundo,
cual ves, de hierba me adorné tejida;
que así al principio me ha de ver el mundo.
La línea ya a tu edad estatuída
llegó; parte a las ondas del profundo,
de mis crueldades víctima primera.
Quien tal hijo parió, a sus manos muera.

Mátala y échala en una sima

MADRE: ¡Ay de mí y ay de ti!

ANTICRISTO: Tú, sima obscura,
 en quien este cadáver deposito,
 guarda en tu investigable sepultura
 mi origen siempre oculto y mi delito;
 que simulada luz de virtud pura
 desde este punto ostento y acredito,
 porque dé la engañosa hipocresía

principio a mi tirana monarquía.

Vase el ANTICRISTO. Salen ELÍAS FALSO y los demás JUDÍOS, y BALÁN

BALÁN: Ésta es, conforme las señas
que me dais, la tierra, hebreos,
que buscan vuestros deseos.
Término son estas peñas
que con el cielo compiten,
de las dos ciudades bellas,
a quien del tiempo las huellas
aun reliquias no permiten.
Esas aguas cristalinas
que veis de la sierra al fin,
bañan de Corozain
las ya invisibles ruínas;
y éstas, que muestra el bermejo
terreno hacia el Aquilón,
llanto de Betzaida son,
si otra edad fueron espejo.

ELÍAS FALSO: Ésta es la misma región,
éste el valle, el monte, el prado,
que en el sueño me ha enseñado

*Parece el ANTICRISTO en lo alto, los ojos en el
cielo, y una bandera roja en la mano, con esta señal negra
en ella, "P"*

la soberana visión.

Aquí el sagrado mesías
ha de estar... Mas, galileos,
ya el cielo a nuestros deseos
les cumplió las profecías.

Veis allí suspenso al viento
el redentor prometido,
el mismo joven que ha sido
previsto en mi pensamiento.

JUDÍO 1: Las mismas señales muestra
de tu soñada visión.

JUDÍO 2: Y el carácter que el guión
enseña en la mano diestra,
es el que en la tuya vemos.

JUDÍO 3: El aire pisa eminente.
Con milagro tan patente,
¿qué más probanza queremos?

Arrodíllanse

ELÍAS FALSO: ¡Salve, Josué divino,

que del Jordán las aguas divididas
das seguro camino
a tantas libertades oprimidas!

JUDÍO 1: ¡Salve, nuevo Josef...

JUDÍO 2: Isac..

JUDÍO 3: Elías!

ELÍAS FALSO: ¡Salve, David...

JUDÍO 1: Profeta...

JUDÍO 2: Rey...

JUDÍO 3: Mesías!

Baja por tramoya

ANTICRISTO: Vuestras voces, que volaron,
hebreos, a mis oídos,
a revocar mis sentidos
del seno de Dios bastaron.

Absorto miraba en él
los archivos del misterio
con que por mí al cautiverio
quiere dar fin de Israel.

Yo soy la misma visión
que dio a tu vista y oído
libre y despierto sentido
en somnolenta prisión.

¡Oh, capitán valeroso!
Yo el mismo que te mandé
buscarme; yo el que estampé
el carácter misterioso,
que en este guión demuestro,
en tu mano; que has de ser
de mi venida y poder
voz, precursor y maestro.

Tu nombre lo significa,
que desde tu concepción
la divina prevención
a esta empresa te dedica.

Parte a Babilonia, pues,
y en ella intrépidamente
publica de gente en gente
estas verdades que ves;

que allí le dispone el cielo
la infancia a mi monarquía.

De allí la potencia mía,
propagada a todo el suelo,

vencerá cuantos estima
soberbios reyes el mundo,
desde el centro más profundo
al más elevado clima;

que la bestia que has soñado

que salió del hondo abismo,
es símbolo, es iconismo
de este siglo y de este estado.

De miembros la variedad
figura diversas leyes,
y los diez cuernos, diez reyes
que imperan en esta edad;
y el que empezando a nacer
tres de ellos aniquiló,
soy yo, que a tres reyes yo
he de quitar el poder
siendo mi fama veloz
tan espantosa a los siete,
que a mi imperio los sujete
sólo el eco de mi voz.

ELÍAS FALSO: De maravilla tan alta
soy testigo, y valor tengo
con que a morir me prevengo;
pero, ¿cómo, si me falta
fuerza para defendella,
ciencia para acreditarla,
me envías a predicarla
por precursor tuyo y della?

ANTICRISTO: No temas, en mí confía;
que para tan justa hazaña
espíritu te acompaña,
sabio paredro te guía,
que de infusa enciclopedia
te dotará, y elocuentes
tus labios, los diferentes
idiomas de Asiría y Media
sabrán, y cuantos Babel
vio en su ciega confusión.

Dale la bandera

Lleva este santo pendón,
y a cuantos debajo de él
se alisten, selle la diestra
esta cifrada señal,
que mi blasón celestial,
que es Cristo, en sus notas muestra.

Parte ya, sonante trompa
de mi verdad y mi voz,
y en virtud mía, veloz
tu cuerpo los aires rompa.

ELÍAS FALSO: Ya crecen las fuerzas mías,
y ya en divinos alientos
mi voz sonará en los vientos:

*Baja una nube de campana, y cógelo dentro, y
llévale a lo alto*

hombres, ya vino el mesías.

Vase ELÍAS FALSO

BALÁN: ¿Quién hay que no se alborote
con lo que está sucediendo?
¡Voto a mí, que va rompiendo
el aire como un virote!

JUDÍO 1: ¡Gracias a Dios, que este día
vio ya el pueblo de Israel!

BALÁN: Señor, en efeto, ¿es él
el verdadero Mejía?

ANTICRISTO: Sí, Balán.

BALÁN: ¿Mi nombre sabe?
El demonio se lo dijo.

ANTICRISTO: ¿Dúdaslo?

BALÁN: Ya lo colijo
que en quien tanto poder cabe
que endivina el pensamiento,
y sin conocerme, el nombre
me sabe, y arroja un hombre
como bala por el viento,
es el divino Mejía
prometido al pueblo hebreo.

ANTICRISTO: ¿Créeslo así?

BALÁN: Así lo creo.

ANTICRISTO: Pues con esta empresa mía
que en la mano te retrato,
quedas por mío.

*Pega la palma de la mano derecha con la de BALÁN, y él muestra
en ella esta señal, "P"*

BALÁN: ¿Qué es esto?
¡Voto a Moisés, que me ha puesto
en la mano un garabato
que borrarlo es por demás!

ANTICRISTO: Pues tan constante ha de ser,
como en ella el caracter,
en ti la fe que me das.
Parte, y entre los pastores
de tu comarca pregona
lo que has visto en mi persona;
y si gozar mis favores
pretendieres, me hallarás

en Babilonia.

BALÁN: ¿Un pastor
haces tú predicador?
Pero dime, ¿cómo estás,
si de lejía te dan
el nombre, de árbol vestido?
Que a mí más me has parecido
un figurón de arrayán
de algún jardín.

ANTICRISTO: Hasta aquí
en el paraíso he estado,
y el mismo traje he tomado
del lugar en que viví.

Vosotros, venid conmigo,
y ya desde hoy renunciad
el delito y la impiedad.
Seguid la senda que sigo
de lo justo, porque aquí
para dar colmado empleo
a cuanto os pida el deseo,
os basta seguirme a mí.

Daré al lascivo bellezas,
manjares daré al glotón,
al ambicioso, opinión,
al codicioso, riquezas.

justicia haré al ofendido,
al triste consolaré,
al doliente sanaré,
levantaré al abatido;

que yo vengo a hacer dichosa
la familia de Israel,
y el cautiverio crüel
en libertad deliciosa

le cambiaré de tal suerte,
que vuelto ya en cielo el suelo,
sólo dé ventaja al cielo
en la excepción de la muerte.

Vase el ANTICRISTO

BALÁN: ¿Manjares daré al glotón?
Esta partida me toca.
¡Albricias!, tripas y boca;
no me ha de quedar capón,
si no canta, que el profundo
no emboque por la garganta;
porque un capón que no canta,
¿de qué sirve en este mundo?

Vase BALÁN. Sale SOFÍA, con manto, y

su HERMANO

HERMANO: De prodigiosos portentos
está turbada la tierra
de Asiría, y agora al fin
ese crinado cometa
que acompañando al lucero
en el oriente se muestra,
y en su elevación mayor
discurriendo las esferas,
mira en opuesto cenit
la Babilonia caldea,
denota horribles sucesos.

SOFÍA: Y es lo bueno que hacen fiesta
de salir a verle al campo.

HERMANO: No es costumbre al mundo nueva.
Por esta puerta que al alba
mira derramando perlas,
a verle sale la gente;
ya su concurso comienza.
Alégrate, hermana mía,
pues sólo porque diviertas
tus tristezas te he traído;
y el Éufrates en sus hierbas
te ofrece alfombras, Sofía,
porque descanses en ellas.

SOFÍA: ¿Cómo podré descansar
en medio de tantas penas,
cuando tan graves prodigios
amenazan a la iglesia?
Poderoso sois, mi Dios;
volved por vos; que la tierra
otra vez os crucifica
y os previene injurias nuevas.

Salen dos JUDÍOS

JUDÍO 1: Los astrólogos, ¿qué han dicho,
Tobías, de este cometa?

JUDÍO 2: Mudanzas de monarquías
por él y por las estrellas
pronostican; mas yo pienso
que la venida nos muestra
del mesías.

Sale un MORO

MORO: Enojado
sin duda está con la tierra
Mahoma, pues con portentos

nos aflige y amedrenta.

Sale un GENTIL

GENTIL: ¡Ah, Júpiter soberano!
Si te ofenden los que niegan
tu deidad, en ellos solos
muestren tus rayos sus fuerzas.

Alborótase SOFÍA

SOFÍA: ¡Ay de mí!

HERMANO: ¿Qué es esto, hermana?

SOFÍA: ¿No miráis una culebra
en el camino? ¿No veis
una ceraste en la senda,
que el pie le muerde a un caballo,
que un hombre en su espalda lleva,
a quien ciñe una corona
de diez puntas la cabeza?

HERMANO: (Sin duda ha perdido el seso.) **Aparte**

SOFÍA: Hombre, rey, monarca, César,
tente bien.

HERMANO: ¡Qué gran desdicha!

SOFÍA: ¡Qué miserable tragedia!
Por las ancas del caballo
de espaldas ha dado en tierra.

*Sale ELÍAS FALSO en el aire, con el
guión en la mano*

ELÍAS FALSO: Babilonia, Babilonia,
cumplió el cielo sus promesas.
Ya el soberano Mesías
pisa la dichosa tierra.
Ya del tribu del Judá
la sagrada decendencia
dio monarca redentor
a la oprimida Judea.
Ese que al oriente nace
radiante y claro cometa,
estrella pronosticada
por la sibila Cumea,
dice en su luz su verdad,
y en sus rayos, que a diversas
regiones del orbe miran,
testifica su potencia.
Yo soy el profeta Elías,

que para lucero de ella
en el paraíso ha tanto
que Dios de morir reserva.
Yo le vi con estos ojos,
yo con estas manos mismas
le toqué; yo precursor
de su inefable grandeza,
de sus milagros os hago
testimonio, pues no llega
mi mayor admiración
a su menor excelencia.
Hombres, hombres, ¿qué aguardáis?
Prevenid, que ya se acerca
sobre las nubes del cielo
el mesías a la tierra,
los oídos a su voz,
los pechos a su obediencia,
los caminos a sus pies,
la corona a su cabeza.

Desparece por el aire

SOFÍA: Mientes, infernal serpiente.

JUDÍO 1: Divino aliento, profeta
soberano, ¿adónde vas?

Vase

MORO: ¿Por qué huyes? ¡Vuelve, espera!

Vase

JUDÍO 2: Todo es horrores el cielo.

Vase

GENTIL: Toda es asombros la tierra.

Vase

SOFÍA: ¡Aguarda, espíritu falso,
que del imperio de penas
vienes a turbar el mundo
con tan espantosas nuevas!
¡No huyas! ¡Vuelve, cobarde!

¡Ven; que una mujer te espera
para probarte que mientes,
y miente esa horrible bestia
que del abismo profundo
sale a contrastar la Iglesia!
Mas yo, que soy el soldado
más humilde que en defensa
del crucífero estandarte
ofrece el pecho a la guerra,
he de vencerle y poner
el pie sobre su cabeza.

HERMANO: (Sagrado aliento la inspira, **Aparte**
y mi fe con tales muestras,
la que por loca lloraba,
por profetisa venera.)

*Vanse. Salen el PATRIARCA judío, viejo, y
tres JUDÍOS*

PATRIARCA: ¿Cómo es posible, si está
escrito en las profecías
que ha de venir el mesías
de los reyes de Judá;
y en Babilonia poseo
yo, por derecho heredado
de este tribu, el principado
del pueblo de Dios hebreo;
y hasta agora no he tenido
más de una hija, que en flor
fue despojo del rigor
de la muerte, haber venido
el prometido mesías?
Ilusión ha sido, hebreos;
que acreditan los deseos
engañosas fantasías.

Sale ELÍAS FALSO

ELÍAS FALSO: Patriarca babilonio,
¿Por qué con dudas ofendes
los misterios que no entiendes,
si el más claro testimonio
de la verdad que sustento
es no ser comprendida
su soberana venida
del humano entendimiento?
¿Ha de nacer el mesías
según orden natural?
Del redentor celestial,

del hijo de Dios, ¿querías
que los misterios arcanos
que muestran su potestad,
la corta capacidad
de los discursos humanos
comprenda? Siendo todo
milagro de su poder,
pues lo es tan grande el nacer,
¿por qué no ha de serlo el modo?
Si lo impugnas, porque en él
ha de trasladar tu muerte
el cetro judaico, advierte
que en vano al Dios de Israel
te opones... Mas ya los vientos
en veloz cándida nube
leve surca y fácil sube,
y acordes los elementos,
rompen las regiones mudas
con sonoras corcheas,
porque en su obediencia veas
lo que en tu ignorancia dudas.

***Sale el ANTICRISTO. Baja en nube por tramoya el ANTICRISTO
vestido como primero, y entre tanto cantan esta copla***

MÚSICA: "*¡Gloria a Dios en las alturas
y en la tierra paz y amor,
pues hoy desciende el Criador
a redemir las criaturas!*"

***Sale de la nube y arrodillase delante del
PATRIARCA***

ANTICRISTO: ¡Salve, oh, tú, de Jesé estirpe dichosa,
de cuya fértil generosa vara
nació purpúrea flor, cándida rosa!
¡Salve, salve otra vez, progenie clara
de Judá, que león produce al suelo
a conquistar del orbe la tiara!
¡Salve mil veces, venturoso abuelo
de este, si humilde, celestial mesías,
de este, si hijo de Dios, en mortal velo!
Conoce efetos ya las profecías,
celebra ya mercedes las promesas
que el cielo cumple en tus felices días.
Dame la mano.

PATRIARCA: ¿Mano mortal besas
tú, de Dios hijo, y redentor del mundo?
Negando estás lo mismo que confiesas.

ANTICRISTO: En justa ley esta obediencia fundo;
que eres mi abuelo, y rey del pueblo hebreo;
y en tanto que mis sienes no circundo
de la corona que en las tuyas veo,
yo así, pues vengo a ser obedecido,
lo mismo dogmatizo que deseo.
Y porque ya tu edad del concedido
término toca el límite postrero,
aplica a mis acentos el oído,
que el gran misterio declararte quiero,
Joás, con que de Dios omnipotente,
soy hijo, y por abuelo te venero.
Tu hija Ester, que en lustro floreciente
al túmulo lloraste trasladada,
fue del que miras sol, cándido oriente.
No muerta, no, mas viva transportada
fue por mi padre a aquel fecundo suelo,
habitación de Adán mal conservada.
Allí, en admiración de tierra y cielo,
sin obra de varón, le dio al mesías
su claustro virginal humano velo,
según por inspiradas profecías
la sibila Sambete lo predijo,
según los vaticinios de Isaías.
"Concebirá una virgen clausa un hijo,"
cantó el profeta; que la mente hebrea
inclusa en la dicción "clausura" dijo.
¿Quién, pues, será tan ciego que no vea
la verdad del pronóstico en su efeto,
que el pueblo de Israel tanto desea,
pues a tu hija virgen el secreto
sepulcro fue clausura, porque fuera,
oculto en ella, yo de Dios conecto?
Si no te vences, contumaz, pondera,
que afirma lo que niegas, obediente
solio a mis plantas, la más alta esfera;
o pida tu protervia resistente
el cuerpo de tu hija, que dormido
diste a la tumba, que le llora ausente;
y verás, Patriarca, convertido
el precioso tesoro en sombra vana,
y en cenotafio el que sepulcro ha sido;
que ya dichosa Ester, en soberana
mansión, por digna madre del mesías,
al alma junta la porción humana.
Mas ya el último instante de tus días,
de mí preconocido, es testimonio
que te acredita las verdades mías.

PATRIARCA: Yo muero. Éste es--¡oh, pueblo babilonio!--
el triunfante David que ya venero,
rey desde el indio suelo al macedonio.

Éste es de Dios el hijo verdadero,
por quien dan a Israel las profecías
el libre estado que gozó primero.

Agora ya, Señor, tu siervo envías
en paz, conforme a la palabra tuya,
pues que vieron mis ojos al Mesías.

Cae muerto

ELÍAS FALSO: Murió: ¿quién hay que tu poder no arguya?

JUDÍO 1: ¡Viva el rey de Israel, y al pueblo hebreo
la libertad preciosa restituya!

ANTICRISTO: Hoy su línea tocó vuestro deseo,
hoy pondrá en la cerviz más impaciente
la vencedora planta el galileo;
que hoy en solío real y en eminente
trono ocupando el cetro y la corona,
mi nombre volará de gente en gente.

ELÍAS FALSO: El cielo mismo tu poder pregona.

Sale SOFÍA

SOFÍA: Torrente de Flegetón,
que en llamas abrasadoras,
opuesto al cielo, pretendes
inundar las cinco zonas;
símbolo de la maldad,
en quien cifra y epiloga
todo su imperio el infierno,
Lucifer sus fuerzas todas,
¿qué nueva torre fabricas,
qué nueva máquina formas
contra el poder de los cielos
en la región babilonia?
¿Con qué engaños te acreditas?,
¿Piensas tú que el mundo ignora
que eres aquel Belial,
que en proféticas historias
con soberanos impulsos
anunciaron tantas bocas
de santos vaticinantes
y de sibilas hariolas?
¿Piensas tú que ha de ocultarse
que tus artes engañosas
por nigrománticos pactos
tan raros portentos obran?
Y si la vecina muerte
de tu Patriarca agora
anunciaste, fue dictando

el pronóstico a tu boca
el demonio, cuya ciencia
angélica es poderosa
a colegir de la vida
por los humores las horas.
Pues apercibe tus fuerzas,
y en tus conjuros invoca
cuantos espíritus fueron
ya luces, y ya son sombras.
Cuantos ya precipitados,
por soberbios, de la gloria,
niegan arrepentimientos
cuando escarmientos informan;
que esta mujer flaca, humilde,
a quien la verdad exhorta,
contra ti publica guerras,
y enemistades pregona.

ELÍAS FALSO: ¡Loca mujer!

ANTICRISTO: ¡Deteneos!

¡No la ofendáis, si está loca...

(Aunque la defiende más
que por loca, por hermosa.

Ya mis lascivos deseos
ciegamente me provocan
a gozar de su belleza;
mas acreditar me importa
con simulada piedad
y mansedumbre engañosa
hasta confirmar mi imperio;
que después las riendas todas
soltaré a mis apetitos.)
Mujer, mi piedad perdona
injurias a tu ignorancia.

Vete en paz, que en breves horas
darán luz a tus tinieblas
mis hazañas milagrosas,
pues de mi ciencia y poder
no habrá centro que te esconda.

JUDÍO 1: ¡Qué piedad!

JUDÍO 2: ¡Qué mansedumbre!

ELÍAS FALSO: Bien en su misericordia
se ve que es hijo de Dios.

SOFÍA: En vano a la paz me exhortas,
cuando el cielo me destina
para oponerme a tu gloria.

ANTICRISTO: En vano tú a mi poder,
como al fuego árida estopa,
como frágil barca al mar,
como tierna flor al Bóreas,
oposición solicitas.

SOFÍA: El cielo dará a mi boca

Aparte

tanta fuerza en las palabras,
que me admires vencedora.
ANTICRISTO: Quitaré a tu lengua yo,
dándote pena piadosa,
las articuladas voces,
porque mi deidad conozcas,
y porque desdigas muda
lo que parlera pregonas.
Desde aquí a tu entendimiento
niegue obediencia la boca,
hasta que rendida ofrezcas
holocaustos a mi gloria.

*Quiere SOFÍA responder, y hace señas
de muda*

ELÍAS FALSO: Su lengua has encarcelado.
¿Cómo agora no blasonas?

*Hace SOFÍA la cruz con los dedos y
pónesela en la boca, y vase*

JUDÍO 1: Con la cruz sella los labios,
y de vencida, furiosa
se parte de tu presencia.

JUDÍO 2: Testimonio dan tus obras
de tu poder soberano.

ANTICRISTO: (Si no me venciese hermosa **Aparte**
o la que poderoso venzo.)

Tocan cajas

TODOS: ¡Viva el rey de Babilonia!

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen el ANTICRISTO, vestido de rey judío, y ELÍAS FALSO,

y acompañamiento de JUDÍOS, con MÚSICA

ELÍAS FALSO: Ya de Babilonia tienes
el cetro; ya la corona,
de ese cielo breve zona,
ciñe tus heroicas sienas.

Manda, ordena, y tus deseos
tengan el colmo debido,
pues tienen ya conocido
tu gran poder los hebreos,
y pues te dan los paganos,
dejando sus ritos viles,
la obediencia, y los gentiles
desprecian sus dioses vanos.

El cristiano solamente
te resiste pertinaz;
mas, pues no estima la paz,
pruebe tu brazo valiente.

ANTICRISTO: Con su injusta sangre, Elías,
vertida en furiosa guerra,
se esculpirán en la tierra
las ciertas verdades mías.

Mi capitán general
te nombro. Ejércitos mueve
que al mundo en término breve
den terror universal.

Lo primero que has de hacer
es que se publique un bando
en que determimo y mando
que a cuantos mi caracter
en la diestra o en la frente
no trajeren, desde luego
se prohíbe el agua y fuego
y el comercio de la gente.

Tras esto a Egipto camina
con numeroso escuadrón,
y al rey de aquella región
a sangre y fuego arruina.

Al de Libia y Etiopia
sujeta, destruye y mata;
que de gente, de oro y plata
y de naves tanta copia
te daré, que al duro encuentro
de tus armas tiemble el mundo;
pues ya del mar el profundo,
y ya de la tierra el centro,
me rinden cuanto en sus venas
tesoro el sol ha engendrado,
y cuanto han depositado
nafragios en sus arenas.

ELÍAS FALSO: Voy a obedecerte.
ANTICRISTO: Parte
poderoso en nombre mío.
ELÍAS FALSO: Pues en tu poder confío,
las armas llevo de Marte.

Vase

ANTICRISTO: Agora que mis portentos,
por la fama dilatados,
aseguran mis cuidados
y acreditan mis intentos,
comiencen mis apetitos
y acabe mi hipocresía.
Tú serás, bella Sofía,
la primera en mis delitos;
que la beldad peregrina
de tu rostro soberano
me dice que soy humano,
pues me vences por divina.

Sale un JUDÍO alborotado

JUDÍO: Santo y celestial mesías,
¿cómo tu poder consiente
que en Babilonia...?
ANTICRISTO: Detente.
Ya sé que de un falso Elías,
que contra mí se levanta,
las nuevas a darme vienes.
JUDÍO: Si tan alta ciencia tienes,
y si tienes fuerza tanta,
que entiendes los pensamientos,
¿por qué tu deidad permite
que un hombre desacredite
libremente tus intentos?
ANTICRISTO: (Contra éste, que a mi poder, **Aparte**
como está profetizado,
hace el cielo reservado,
engaños me han de valer.)

Amados vasallos míos,
y mis aseclas leales,
no os perturbe esta tormenta,
que es permisión de mi padre.
Como sin virtud no hay premio,
y no hay virtud sin contrastes,
pues el lustre a la vitoria
de la resistencia nace,

la Providencia divina
ordena que se levante
este vil pseudoprofeta
a desmentir mis verdades,
porque así los que me crean,
vitorioso premio alcancen;
que no merece la fe
donde la duda no cabe.
Contra el verdadero Elías,
mi precursor, éste al aire,
falso y engañoso, tiende
belicosos estandartes;
con diabólicos prestigios
acredita falsedades,
y a mi poder soberano
opone mágicas artes.
Armaos, pues, de fortaleza;
y pues con avisos tales
os hago ya prevenidos,
no os perturbe ni os engañe.
Resista a sus persuasiones
quien tenga valor constante;
cierre a su voz los oídos
quien se conociere frágil,
que yo en esta guerra quiero
vencerle, mas no estorbarle;
antes a mis gentes mando
que ni le prendan ni maten,
tanto porque el resistirle
os dé méritos más grandes,
cuanto por obedecer
la voluntad de mi padre.

JUDÍO 1: ¿Qué persuasiones, qué engaños,
qué nieblas, qué obscuridades
opondrán horrible noche
al sol que en tu oriente nace?

JUDÍO 2: Ya el hipócrita fingido
ante tus ojos reales
se presenta.

ANTICRISTO: Tanto emprenden
ambiciosas falsedades.

JUDÍO 1: Todo el pueblo le acompaña.

ANTICRISTO: (Mi crédito en este trance **Aparte**
corre gran riesgo. Valedme,
espíritus infernales.)

Salen ELÍAS, con saco y barba larga, y GENTE

ELÍAS: No vengo a disuadirte, monstruo horrendo,
tu nefanda intención, tu enorme empresa,

pues para emporio del mayor delito
desde tu concepción estás precito;
si bien al peso igual de tu malicia,
porque de Dios conozcas la justicia,
te ha dado entendimiento y ciencia tales,
que en discernir los bienes de los males
ninguno te aventaja, y aunque en vano,
un custodio te inspira soberano.

No vengo, no, a intimar a tus mentiras
la guerra que les mueven mis verdades;
pues fuera de que a ti no son secretas
las voces de sibilas y profetas,
la impura inteligencia te lo ha dicho,
que al oído te dicta los ausentes
casos, como futuros contingentes,
falsa ocasión que contra la infinita
verdad te ensoberbece y acredita.

Mas véngote a probar, en la presencia
del pueblo que me escucha, la evidencia
de que fue Jesucristo, Dios y hombre
el verdadero celestial mesías;
y eres tú la ceraste, la culebra,
el Belial, la bestia Decacornu,
en que los santos padres han previsto
al hijo del pecado, al Anticristo,
que el contrario de Cristo significa,
según el griego idioma lo publica;
porque no excuse la ignorancia al mundo
en aquel grande y espantoso día,
universal de fuego cataclismo,
cercano ya, en que el hijo de Dios mismo
a dar eternos premios y escarmientos
descenderá en los hombros de los vientos.

ANTICRISTO: Hipócrita engañoso, aunque podía
castigar con tu muerte tu osadía,
te permito que vivas, y permito,
porque me dé más glorias, tu delito.

ELÍAS: Bien sabes tú que soy el mismo Elías
que, en el carro de fuego arrebatado
por Dios, y al paraíso trasladado
con el profeta Enoch, que en el oriente
evangeliza ya de gente en gente,
destinado he vivido tantos años
para propugnador de tus engaños.
Y sabes tú que exentos de tu furia
hemos de predicar Enoch y Elías
mil y docientos y setenta días,
veinte menos de aquellos que tu mano,
según Daniel, gozará el cetro humano.
Y así te has prevenido, como adviertes
la fuerza de tan claras profecías,

haciendo precursor a un falso Elías,
a quien, siendo un ladrón de Galilea,
un diabólico espíritu infundiste,
que le ministra, siendo poco sabio,
ciencias al pecho y sílabas al labio.
Y por la misma causa has simulado,
viendo que el ofenderme es imposible
hasta al plazo por Dios estatuído,
que la vida me das, y cauteloso
finges que es permisión lo que es forzoso.

ANTICRISTO: "Enviaré," dice Dios por Malaquías,
"a vosotros mi gran profeta Elías
antes del día grande y espantoso
del Señor." ¿Negarás que en mi se cumple
a la letra este oráculo divino,
pues a Asiría llegó el tesbite Elías
por precursor de las grandezas mías,
y luego vine yo a imperar al suelo,
dando horror mi venida a tierra y cielo?

ELÍAS: El grande y espantoso día es sólo
el que, abrasado el uno y otro polo,
dará el Señor en el postrer jüicio
su premio a la virtud, su pena al vicio.
Explicado lo ves por Sofonías,
que apellida de Dios el día grande
y horrible, al mismo en que dará a la tierra
en diluvios de fuego, mortal guerra.
Si de ti lo interpretas, y el mesías
te nombras, ¿cómo pudo Malaquías
llamar horrible al día venturoso
cuya venida la nación hebrea
para su redención tanto desea?
"Por quien nació la luz," dijo Isaías.
Y el mismo, "Veis aquí el niño pequeño
que por persona no será tenido;
no clamará, de nadie será oído,
y ni triste será ni turbulento.
Tu manso rey vendrá sobre un jumento
a ti, Sión, y en la presencia suya
te alegrarás, porque será un cordero
que de misericordia tendrá el solio.
Por él verán los ciegos, y los mudos
hablarán, limpiaránse los leprosos,"
y dirá hablando a los fascinorosos
misericordia sí, no sacrificio
quiero, conforme lo predijo Hoseas.
Y si más clara impugnación deseas,
¿por él no dijo el santo Jererías,
"De mí aprended, que soy humilde y manso,
y en las almas tendréis paz y descanso"?
¿Cómo concuerdas, pues, los atributos

de humilde y manso, de cordero y niño,
que da salud y libertad y vida,
con ser horrible al mundo su venida?

ANTICRISTO: El día grande y horrible

al de mi feliz venida
llamó el profeta; y ser yo
el deseado mesías
no implica, pues he de ser
cordero con quien me siga,
y león con quien me ofenda,
como Jacob lo adivina;
y esta misma distinción
responde a las profecías,
que niño manso y humilde
y piadoso me apellidan.
Isaías, ¿no lo prueba,
pues tras las palabras mismas
que dicen, "Ni clamará
ni será su voz oída",
dice luego, amenazando
las gentes mis enemigas,
"Saldrá cual fuerte guerrero,
y clamando en voces vivas,
sus contrarios vencerá"?
Y Jacob, ¿no lo confirma,
pues con la presa y despojo
de la guerra me convida?
Y para que te convenzas,
escucha las profecías
que alegar puedes por ti,
en mi favor construídas.
"No faltará en Judá el cetro,"
dice Jacob, "hasta el día
que venga el que ha de enviarse";
y ves que fue poseída
por trece lustros y un año
la corona en Palestina
del efraimita Josué,
y Moisés, que fue levita;
y estuvo en quince jüeces
después su aristocracia
tres siglos, sin que entre tantos
fuesen de judaica línea
más que Abesán y Otoniel,
hasta Saúl benjamita,
antes que viniese al mundo
el que tú llamas mesías.
Luego en él no se cumplió
lo que Jacob profetiza.
Que será la expectación
de las gentes vaticina

Jacob. Luego mi grandeza
y majestad significa.
"Nacerá de madre virgen,"
a Acaz le dijo Isaías,
y Ester virgen fue mi madre,
por más engaños que finjas.
"Los reyes de Arabia y Tarsis
y Sabá," dice el psalmista,
"le ofrecerán dones." Presto
cumplirán lo que publica,
ofreciéndome sus cetros
Etiopía, Egipto y Libia.
Donde dice, "Fue mi precio
treinta argentos," Zacarías,
habla de Josef, en ellos
vendido a los madianitas;
que de Jesús no se puede
entender la profecía,
pues por ellos su persona
fue presa, mas no cautiva.
"Mis pies y manos rompieron,
y sobre las ropas mías
echaron suertes." Aquí
bien se ve que habla el psalmista
de los tormentos que dio
rabioso a los israelitas
Faraón, cuando en tirano
imperio los oprimía.
Las hebdómadas setenta
dirás que fueron cumplidas,
dando a cada una siete años,
en el que llamas mesías;
mas también verás que han sido
cumplidas en mí, si aplicas
a cada una siete tiempos;
pues no hay razón más precisa,
si hebdómada dice siete
tiempos, de ser entendida
de siete años, que de siete
siglos, lustros, meses, días.
Prometió Dios restaurar
el templo, y que triunfaría
por siempre Jerusalén;
y esto los tuyos lo explican
en el místico sentido;
pero si con mi venida
el literal se ejecuta,
¿no es vana la alegoría?
No respondo a las expresas
respuestas de las sibilas,
porque se sabe que son

apócrifas y fingidas.
Pues la ceraste de Dan
falsamente se me aplica,
si yo de Judá descendo,
aunque pese a tus mentiras.
Siendo así, ¿con qué invenciones
tus engaños acreditas,
buscando a expresos sentidos
místicas alegorías?

ELÍAS: ¿Con sofisticas nieblas imaginas
verdades, falso, obscurecer divinas,
cuando lo vemos todo ejecutado
a la letra en Jesús crucificado?
"No faltará," dice Jacob, "el cetro
en la gente judaica, hasta que venga
el que se ha de enviar." Y él nació el día
que en Herodes gentil pasado había
el cetro; y si otras veces, como alegas,
faltó del tribu de Judá, a lo menos
siempre lo tuvo la nación judía;
que de ella habló en común la profecía.
La sibila Cumea le predijo
dos letras consonantes, y vocales
cuatro a su nombre, cuya suma haría
ochocientos y ochenta y ocho, y todo
en Jesús se cumplió del mismo modo,
pues le llama "Iesous" el griego idioma;
y hablando de él la misma expresamente
por las primeras letras de sus versos,
dice así, "Jesucristo, Dios y hombre,
Salvador, Cruz," pronóstico sagrado
que nuestra redención ha epilogado.
"Dones le ofrecerán, dice el Psalmista,
de Arabia y Tarsis y Sabá los Reyes."
Los tres lo hicieron; y si en ti lo entiendes
por el de Libia, Egipto y Etiopia,
das a la letra explicación impropia.
"Sanará los dolientes, los demonios
expelerá, sosegará los mares,
y en desierto lugar cinco millares
de personas tendrán, por obra suya,
con solos cinco panes y dos peces
manjar bastante," dijo la Erictea.
"En el Jordán recibirá el bautismo,"
escribió la de Cumas; y bien sabes
que mil antiguos testimonios graves
aprueban las sibilas. "Fue mi precio
treinta dineros," dijo Zacarías;
esto no habla en Josef, que fue vendido
en veinte; y por dejarte concluído,

el campo de Isaías anunciado,
¿no fue en los treinta de Jesús comprado?
Y si Cristo no fue vendido en ellos,
el Profeta los llama precio, y fueron
precio, pues su persona fue entregada,
y fue su entrega en ellos apreciada.
"No le conocerán." dice Isaías,
"Oiránle, y no le oirán; y aunque le vean,
no le verán los mismos que desean
oírle y verle; humilde y despreciado
padecerá por el común pecado;
y en medio de tormentos y de agravios,
cual mansa oveja, no abrirá los labios,
y al patíbulo irá como el cordero."
Y la sibila, "Feliz el madero
en que Dios mismo se verá pendiente."
Pues en ti, falso, ¿cómo verificas
este silencio, cuando notificas
al mundo a voces tu tirano imperio?
¿Qué es del suplicio? ¿Dónde está el madero
en que pendiente estás, manso cordero?
"Mis pies y manos taladraron," dice
el Psalmista, "y mis ropas dividieron,
y echaron suertes por mis vestiduras."
¿Y adúlteras tan claras escrituras?
¿Cuándo en ellas se ve que al pueblo hebreo
diese estas penas el egipcio imperio,
si bien los oprimió su cautiverio?
La inmolación de Cristo prometida
a Daniel en la hebdómada setenta,
¿no fue en la muerte de Jesús cumplida,
pues dando a cada hebdómada siete años,
son cuatrocientos y setenta y ocho
los que distó de la promesa el día
de la pasión del Hijo de María?
Pues, ¿cómo quieres que por siete lustros
o siglos cada hebdómada se cuente,
si una hebdómada dice siete tiempos,
y es el tiempo del sol una medida;
y así es fuerza que hebdómada interprete
siete cursos del sol; y así, o de siete
años se ha de entender, o siete días,
que son las dos medidas naturales
que terminan sus giros celestiales?
¿Por qué, pues, gente adúltera y malvada,
cumpliéndose en Jesús las profecías,
contumaces negáis que es el mesías?
Si porque eternidad prometió al templo
y que a Jerusalén triunfante haría
por largos siglos, y la veis opresa,
y el templo desde entonces destruído,

no lo entendéis; que en místico sentido
habló, no literal, llamando templo
a la iglesia, y la patria soberana
Jerusalén de la nación cristiana.
Y si de esto dudáis, bien lo ha probado
su imperio al mundo en siglos dilatado;
bien claramente lo mostró Isaías
cuando a Sión le dijo del mesías,
"A ti vino la luz, y cuando al mundo
tiniebla cubrirá caliginosa
tú sola en su esplendor serás hermosa."
No habló el profeta, pues, con frases tales,
de luces y tinieblas materiales.
Si prometió en el Génesis al mundo
Dios el mesías, que al dragón profundo
hiciese guerra, y al divino imperio
restituyese a Adán del cautiverio
a que le sujetó el primer pecado,
¿no está con esto sin cuestión probado
que hablando del imperio del mesías,
no hablan del temporal las profecías?
Pues siendo así, progenie miserable,
¿por qué le aborrecéis? ¿Porque es amable?
¡Trocad la mansedumbre de un cordero
a la crueldad de un lobo carnicero!
Pues éste, no os engañe, incestuoso
hijo fue de Manzer, que apedreado,
en castigo murió de su pecado.
Éste a su madre Abá, a quien torpemente
gozó, vil matricida, en una obscura
sima le dio en Betzaida sepultura.
Éste, de Dan stirpe, falsamente,
de Judá se publica descendiente.
Pero cuando lo fuera, ¿por ventura
ignoran vuestros locos desvaríos
cuanto há que falta rey a los judíos?
¿Por ventura ignoráis que el patriarcato
que su mentido abuelo poseía,
por cumplir de Jacob la profecía,
es oficio comprado al rey persiano,
y que estando sujetos a su mano
maquináis trazas de verdad ajenas,
y rey fingís al que es virrey apenas?
¿No está profetizado que vendría
este monstruo, en estando el Evangelio
en todo el universo predicado?
Pues veislo aquí a la letra ejecutado.
Ciegos, ¿no veis cumplir a Enoch y a Elías,
contra su falsedad, las profecías?
El imperio romano dividido
en diez coronas, ¿no lo veis cumplido?

La torre de Nembroth y su soberbia
contra el cielo atrevida, ¿no es figura
de que en esta ciudad su monarquía,
como lo veis cumplido, empezaría?
"Hablará y obrará cosas terribles
contra el Excelso." ¿Quién habrá que crea
que el Excelso llamó a quien no lo sea
en la verdad, Daniel? ¿No dice luego,
"Contra el Dios de los dioses grandes cosas
hablará el mismo?" Pues, ¿qué loco engaño
ciegos os lleva a vuestro propio daño?
Al que se opone a Dios--¡oh, pueblo hebreo!--
¿queréis tener por sumo corifeo?
Volved, abrid los ojos. Dios me envía
a ser de tanta noche claro día.
En tiempo estáis; mirad que se avecina
del universo la fatal rüina,
pues después de la muerte de este fiero
Anticristo, cuarenta y cinco días,
según las soberanas profecías,
justiciero y terrible, no clemente,
no ya cordero, mas león rugiente,
dará por siglo en duración eterno
de Dios el Hijo el cielo o el infierno.

JUDÍO 1: Calla.

JUDÍO 2: Señor, ¿por qué escuchas
argumentos de un sofista?
Permite que con su muerte
castiguemos su osadía.

ANTICRISTO: Dejalde; que ya os he dicho
que es importante su vida,
porque den a mis verdades
más resplandor sus mentiras.

Vase

JUDÍO 1: Tu piadoso sufrimiento
en permitirle que viva
te acredita vencedor.

Vase. Tocan chirímias

TODOS: ¡Viva el rey, viva el mesías!

Vanse

ELÍAS: Generación depravada,

rebelde y adulterina,
pues no merecéis piedad,
sentiréis de Dios la ira.
El austro os niegue sus lluvias,
y en las regiones de Asiría
no fructifiquen los campos;
el sol, con llamas estivas,
os dé abrasados alientos;
el mar y las fuentes frías
sangre os ofrezcan por agua,
y escojáis en las fatigas
de pestilentes contagios
la muerte por medicina,
hasta cuando, arrepentidos
de tan loca apostasía,
la penitencia merezca
lo que pierde la malicia.

*Vase. Salen BALÁN y un CAMINANTE
judío, por lo alto de un monte*

CAMINANTE: Ya de Babilonia veo
los muros; ésta es aquella
ciudad más grande y más bella,
gloria del poder caldeo.

BALÁN: El que a su refugio viene
del mundo estará seguro.

CAMINANTE: Veinte leguas tiene el muro
de circunferencia, y tiene
de altura cincuenta estados,
y doce de latitud;
tanto, que en la planitud
de su cumbre emparejados
van seis carros, y de Belo,
que ésta es mayor maravilla,
la torre tiene una milla
desde el chapitel al suelo.

BALÁN: Aquí reina ya el mesías,
según publica la fama;
mas del sol la ardiente llama
en las regiones más frías
nos da fuego en vez de aliento,
y ya la sed y la hambre
rompen el delgado estambre
de mi vida. No me siento
con fuerzas para poder
llegar a pie a la ciudad.

CAMINANTE: Pues en esta soledad,
¿qué remedio puede haber?
Que yo también desmayado
apenas muevo los pies.

BALÁN: En esta señal que ves,

Muéstrale la palma de la mano

el poder tengo cifrado
del mesías, para hacer
milagros a imitación
de los suyos. La ocasión
llegó en que me ha de valer.
Volando iré por el viento;
ven, llevaréte conmigo.

CAMINANTE: Vuela tú; que ya te sigo.

BALÁN: ¿Tú tienes por fingimiento
estos milagros que intento?
Presto verás tu castigo.
..... [-igo]
..... [-ento]

CAMINANTE: Válgate el cielo.

*Arrójase BALÁN de la sierra al teatro
como para volar*

BALÁN: ¡Ay de mi!
El mesías no es mesías;
decidlo vos, piernas mías,
pues por creerle os perdí.

CAMINANTE: ¿Estás vivo?

BALÁN: Vivo estoy
desde la cintura arriba.

CAMINANTE: Si me da esta sierra esquivada
senda, a socorrerte voy.

Vase por arriba

BALÁN: ¿Qué demonio me ha engañado
para fiarme de ti?
Tener alas entendí,
y sin piernas he quedado.

*Salen SOFÍA, con saco y una cruz y un libro,
y su HERMANO y otro CRISTIANO*

HERMANO: ¡Gracias a Dios que este suelo
en su inculta soledad
nos libra de la crueldad
de ese enemigo del cielo!

CRISTIANO: Ponderando voy confuso

de esta bestia los portentos;
porque impedir los acentos,
quitar de la lengua el uso,
 como veis, a vuestra hermana
solamente con querer,
muestra divino poder,
fuerza arguye soberana.

Muéstrale SOFÍA el libro abierto

HERMANO: Ella la dificultad
 ha entendido, y vuestra duda
 disuelve, por estar muda,
 con escrita autoridad.

Lee

CRISTIANO: "Tratado del juicio final, por el
 maestro fray Nicolás Díaz, de la Orden
 de Predicadores."

Abre otra parte

"Dice San Pablo que la venida del
Anticristo ha de ser según la obra de
Satanás, porque los demonios le
ayudarán, y mediante su ministerio
hará muchas cosas que parecerán
milagros."

 Parecerán, dice. Infiero
de aquí, que no lo han de ser.
Pues si ha hecho su poder
milagro tan verdadero
 en vuestra hermana, a quien muda
vemos, sobrenatural
fuerza, arguye efeto igual.

HERMANO: Ya responde a vuestra duda.

Ella abre el libro por otra parte, y lee el CRISTIANO

CRISTIANO: "Santo Tomás dice que son milagros
 los que se hacen fuera de la orden de
 la naturaleza criada; y cuando vemos
 alguna cosa que no conocemos, lo
 tenemos por milagro, y no lo es; y
 así serán los que hará el Anticristo

con poder del demonio."

HERMANO: De modo que puede hacer
cuanto los demonios pueden;
y aunque sus obras exceden
nuestro modo de entender,
no son milagros, pues son
hechos por virtud criada;
y así, puede estar ligada
por oculta aplicación
de algún demonio, la lengua
de mi hermana.

CRISTIANO: ¿Es de creer
que le dé tanto poder
Dios al demonio en su mengua,
y más contra los cristianos?

HERMANO: Si, porque en esta ocasión,
para su persecución,
le ha desatado las manos.

Ella abre por otra parte el libro, y lee el CRISTIANO

CRISTIANO: "Dice San Juan, 'Le desatará al fin
del mundo, y por todo él ha de ir a
engañar.'"

Si los prodigios son tales
que engañan nuestros sentidos,
¿en qué han de ser conocidos
por efectos naturales?

HERMANO: En que está profetizado
que han de serlo; y así, quiso
hacer Dios con este aviso
que no tuviese el pecado
de creerle, justa excusa
en la ignorancia.

CRISTIANO: Mi pecho
del todo habéis satisfecho.
Huyó la noche confusa.

BALÁN: Ya el cielo se ha lastimado
de mi mal. ¡Ah, pasajeros!
Si a piedad puede moveros
un pobre perniquebrado,
socorred las ansias mías.

HERMANO: ¿Qué caso te ha sucedido?

BALÁN: De Galilea he venido
en demanda del Mesías
y en su virtud intenté
ser ave que el viento nada,

y de tal pajarotada
cual un corchete ladé.

*Hácele señas SOFÍA apuntando
al cielo*

HERMANO: Lo que vais buscando vos,
venimos los tres huyendo.

*Dice SOFÍA por señas que "no," y pone
la cruz en la boca*

BALÁN: ¿Que haga pinos? No te entiendo.
¿Qué eres alguacil de Dios?
¿Que calle o que me darás
con la cruz?

HERMANO: Su intento ignoras.
Lo que dice es que si adoras
la cruz, luego sanarás.

BALÁN: Déme primero salud,
y luego la adoraré.

HERMANO: En faltándote la fe,
no obrará en ti su virtud.

BALÁN: Yo lo he de hacer, pues porfías.
Por ventura esa señal
me libraré de este mal
que me dio la del mesías.
Yo la adoro y la venero.

Besa la cruz, y levántase dando saltos

¡Cielo santo! Bueno y sano
estoy! Vuélvome cristiano,
y abrenuncio el embustero
por quien me vi en tal trabajo.

Disparan dentro truenos

Mas, ¡qué fiera tempestad!
CRISTIANO: ¡Qué truenos!

Vase como a ciegas

HERMANO: ¡Qué obscuridad!

Vase como a ciegas

BALÁN: El cielo se viene abajo.

Anda como a ciegas

De una en otra peña doy;
todo me aflige y espanta.
¡Valedme vos, mujer santa,
pues por vos cristiano soy
y al Anticristo he negado!

Sale El ANTICRISTO

ANTICRISTO: ¡Ah, traidor!

BALÁN: ¿Quién es?

ANTICRISTO: Infiel,
quien castigará crüel
lo que blásfemo has pecado.
¿No sabes tú que por mío
mi caracter te imprimí?

BALÁN: Ya te conozco. ¡Ay de mi!

ANTICRISTO: Pues, ¿cómo, infame judío,
tan fácil y desleal
me has quebrantado la fe?

BALÁN: Porque con la cruz cobré
lo que no con tu señal.

ANTICRISTO: Todas fueron trazas mías
por probar tu pecho impío.

BALÁN: Pues vuélvome a ser judío,
y adórote por Mesías.

ANTICRISTO: Y ya con eso perdona
tu delito mi piedad.
Parte luego a la ciudad
y lo que has visto pregona.

BALÁN: Voy; mas prueba, si te agrada,
los tuyos más blandamente
que perniquebrar la gente
es tentación muy pesada.

ANTICRISTO: (Ésta es, Amor, la ocasión; **Aparte**
que a solas quise intentar
gozarla, por no arriesgar,
si no venzo, mi opinión.)
Hermosa enemiga mía,
en cuyo claro arrebol
miro al alba, admiro al sol,
siendo yo quien le da al día.

Enamorado y atento

a tu honesta presunción,
por conservar tu opinión
quité la luz, turbé el viento.
Verte sola fue el intento
de tan tenebroso horror;
porque si a mi ciego ardor
no fuere tu pecho ingrato,
no me quite tu recato
lo que me diere tu amor.

Ningún testigo tendrás
del bien, si llego a alcanzarlo,
sino a mi, que he de estimarlo
como a quien vida le das.
Mi esposa y reina serás
si das premio a fe tan pura.
Goza pues de la ventura
que te consagra mi amor,
y no pierda tu rigor
lo que gana tu hermosura.

Bien lo puede el amor mío
por humilde merecer,
pues renuncio mi poder
en manos de tu albedrío.
Encender tu pecho frío,
no forzarlo, es mi intención;
muerte me dé tu afición,
y no tu ofensa trofeo;
que corre con mi deseo
parejas tu estimación.

¿Dónde, pues, ibas, señora,
dando a tan áspero clima
los tiernos pies que lastima,
que tierno mi pecho adora?
No hay del ocaso a la aurora
de mi poder donde huyas;
y de esto quiero que arguyas
cuán en vano te condenas
a solicitar mis penas
tan a costa de las tuyas.

A glorias trueca tormentos,
tanto mal a tanto bien,
y serás reina de quien
es rey de los elementos.
Rompe los mudos acentos;
que si, por mostrarte allí
mi poder, les impedí
a tus órganos la acción,
por mostrarte mi afición
se la restituyo aquí.

¿No respondes? ¿Tu rigor
sella tus hermosos labios,

y castigas los agravios
de mi poder en mi amor?
Mira, mi bien, que el favor
pido que puedo tomar.
Resuélvete, pues, a dar
lo que no tomo pudiendo,
y obligarás concediendo
lo que no puedes negar.

SOFÍA: Callaba por no ejercer
facultad que tú me das;
hablo porque pensarás
que callar es conceder.
Ni tu amor ni tu poder,
bárbaro, torpe, blasfemo,
me obligan; que en el supremo
Dios confiada y constante,
que es más fuerte y más amante,
ni uno estimo ni otro temo.

ANTICRISTO: ¡Qué ciega estás! ¿Defenderte
piensas de mí, cuando ves
que el mundo tiembla a mis pies,
sirve a mis manos la muerte?

SOFÍA: Más invencible y más fuerte
que entrambos es mi albedrío.

ANTICRISTO: ¿No has visto ya el poder mío?

SOFÍA: Su fuerza conmigo es vana.

ANTICRISTO: ¿No eres mujer?

SOFÍA: Soy cristiana.

ANTICRISTO: ¿No eres flaca?

SOFÍA: En Dios confío.

ANTICRISTO: Válgate ese Dios conmigo,
en que tu ignorancia fía.

*Quiere abrazarla, y aparece ELÍAS por tramoya, y arrebatada
a SOFÍA y llévala*

SOFÍA: ¡Valedme, Jesús!

ELÍAS: Sofía,
no temas; Dios es contigo.
Huye este monstruo enemigo;
parte a Sión, que ha de ser
campo donde has de vencer
mayor guerra.

Vanse

ANTICRISTO: ¡Ardientes furias!
vengad estas injurias,

o miente vuestro poder.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Salen al son de chirías, el ANTICRISTO, vestido majestuosamente de rey; ELIAZAR saca unas llaves doradas en una fuente, y preséntaselas de rodillas al ANTICRISTO.

Acompañamiento de JUDÍOS, ELÍAS FALSO y BALÁN

ELIAZAR: Éstas gran monarca, son
las llaves de la ciudad,
que os da, de la libertad
que os debe, la posesión.

Alegre ya en vuestro imperio,
celebra Jerusalén
el principio de su bien
y el fin de su cautiverio.

Libia, Eñiopia y Egipto
de vuestro poder vencidas,
han pagado con las vidas
de su protervia el delito;
y así, más manso y piadoso
Jerusalén os merece,
pues voluntaria os ofrece
lo que pedís riguroso.

ANTICRISTO: Más son vuestras mis vitorias
--¡oh, palestinos!--que mías,
pues en mí viene el Mesías
a restaurar vuestras glorias.

De presidente el oficio
en Jerusalén te doy.

ELIAZAR: Los pies te beso.

ANTICRISTO: Desde hoy
da principio al edificio
del templo, con prevención
de que en grandeza, hermosura,
riqueza y arquitectura
exceda al de Salomón.

ELIAZAR: A servirte me consagro,

tanto, que el templo ha de ser
milagro de tu poder,
siendo tu poder milagro.

Vase. El ANTICRISTO habla aparte a ELÍAS FALSO

ANTICRISTO: Tú, capitán, parte al monte
Hermón y Tabor, y en él
hallarás a la crüel
Sofía, que a su horizonte
da luz, habitando oculta
sus cuevas con mil cristianos.
Tiemble al rigor de tus manos
la aspereza más inculta.
Prende, martiriza y mata
los rebeldes en mi injuria;
sólo reserve tu furia
a aquella enemiga ingrata,
cuyos divinos despojos
me dan tormentos injustos;
y de regalos y gustos
venga obligada a mis ojos.

ELÍAS FALSO: Parto a servirte.

ANTICRISTO: En los llanos
hallarás de Magedón,
para la persecución
y muerte de los cristianos,
los ejércitos valientes
de Gog y Magog, sujetos
a ejecutar mis preceos
con innumerables gentes.
Si perdonas una vida,
mi rigor has de probar.

ELÍAS FALSO: De sangre ha de ser un mar
la gruta más escondida.

Vase

ANTICRISTO: (Ya que el mar, la tierra y viento **Aparte**
me obedecen, y a los reyes
del universo mis leyes
son preciso mandamiento,
vuele mi soberbia al cielo,
usurpar su gloria intente,
y por dios omnipotente
en templos me adore el suelo.
El dios Maozín ha de ser
mi nombre, cuya grandeza
significa fortaleza,

majestad, gloria y poder.

 Mi estatua el sagrado asiento
ocupará en el altar
que un tiempo se vio ocupar
del arca del Testamento.

 Mas--¡ay de mí, cuánto es vana
mi soberbia majestad,
pues vence a mi potestad
el valor de una cristiana!

 Pues, ministros del infierno,
hoy me la habéis de entregar,
o tengo de confesar
a Jesús por Dios eterno.

 Cumplidme este deseo,
o con feroz precipicio
arruinaré el edificio
que en mí ha fundado el Leteo.

 Quiero divertir en tanto
con mis concubinas bellas
mis pesares; quizá en ellas
tendrán engañoso encanto
 las ardientes ansias mías.)

Balán...

BALÁN: Señor...

ANTICRISTO: Mis mujeres
llama.

BALÁN: Con tales placeres
gentil plaza es ser mesías.

Vase

ANTICRISTO: (¿Posible es, cuando me veo **Aparte**
señor de toda la tierra,
que me den tan mortal guerra
una mujer y un deseo?)

*Salen LÍBICA, ETIOPISA y EGITANA muy galanas, cada una en su
traje, y BALÁN, ojeándolas*

BALÁN: ¡Ox!

ANTICRISTO: ¿Qué es eso?

BALÁN: Penetrallo
pudieras, pues adivinas;
pues ojeo estas gallinas
al lugar donde está el gallo.
 Goza las glorias de Egipto,
las de Libia y Etiopía,
si no es que la misma copia
te empobrece el apetito;

aunque yo, a decir verdad, de
los humanos placeres
en nada más que en mujeres
apetezco variedad.

ANTICRISTO: Sentaos, hacedme regalos,
decidme amores.

Asiéntanse, y el ANTICRISTO se recuesta en sus faldas

BALÁN: (¡Qué vicio! **Aparte**
A las damas da el oficio
de los galanes. ¡Qué palos!
A un mancebo muy lascivo
otro día en aconsejar
que se casase, por dar
remedio a un ardor tan vivo;
que casándose se impiden
las furias que el amor cría;
y él respondió, "Yo lo haría;
mas, amigo, no me piden.")

A la EGITANA

ANTICRISTO: ¡Qué bellas manos!
EGITANA: Si en ellas

solas pusieras tu amor,
las hiciera ese favor
tan dichosas como bellas.

BALÁN: (¿Celos? Advertiros quiero, **Aparte**
pues tan cercano se ve
de damas, que nunca fue
comedor el cocinero;
y a quien abunda de amores
lo mismo ha de suceder;
que sin llegar a comer,
se sustenta de favores.)

ANTICRISTO: Líbica hermosa, ¿por qué
no me regalan tus manos?

LÍBICA: Tus méritos soberanos
hacen cobarde mi fe.

ANTICRISTO: Amor olvida el respeto;
atrévete; que aunque soy
Dios omnipotente, estoy
en humanado sujeto.

Cuando de carne vestí
mi impasible majestad
trasladó la humanidad
sus condiciones en mí,
y así goce tu belleza

el favor que te asegura;
pues me abato a tu hermosura,
levántate a mi grandeza.

BALÁN: (¿Dios omnipotente dijo? **Aparte**

Blasfema o desvaría;
que hasta agora no decía
sino que era de Dios hijo.
Él se debe de entender;
Balán, no más argumentos,
que entiende los pensamientos,
y conocéis su poder.)

ANTICRISTO: ¿Por qué, Etiopisa gentil,
callas tanto?

ETIOPISA: Está corrido,
opuesto y obscurecido
el ébano entre el marfil.

ANTICRISTO: También el amor emplea
sus glorias en tu color.

BALÁN: (También apetece amor **Aparte**
engendros de taracea.)

ANTICRISTO: (¡Oh, cuán en vano, Sofía, **Aparte**
engañó mi pensamiento!
Cuanto divertirme intento,
crece más la pena mía.)

Balán, los músicos llama.

BALÁN: (Eso sí; no haya sentido **Aparte**

ocioso... Aunque haber pedido
músicos tu gusto infama,
cuando entre damas te miro;
pues da en sus bocas hermosas
consonancias más gustosas
una palabra, un suspiro,
que conformes y acordados,
aunque suspendan los vientos,
los más süaves acentos
de cien músicos barbados.)

Vase BALÁN

EGITANA: ¿Qué melancólicas penas
afligen tu corazón?

ANTICRISTO: Misterios divinos son.

Salen BALÁN y MÚSICOS

BALÁN: Tus barbudas Filomenas
están aquí.

ANTICRISTO: Celebrad
mi majestad y grandeza.

EGITANA: Dar alivio a tu tristeza
queremos todas. Cantad
al mesías alabanzas,
y seguirán de las tres
vuestros acentos los pies
en consonantes mudanzas.

ANTICRISTO: Mi nombre es el dios Maozín;
su gloria habéis de cantar.

BALÁN: Yo ayudaré, por no estar
de mirón en el festín.

Bailan las tres mujeres y BALÁN

MÚSICA: *Todo el suelo es paraíso,
el tiempo todo es abril,
el aire todo es aromas,
toda la suerte feliz.
La naturaleza humana
se atreve ya a presumir
de inmortal y de divina,
pues que mira unido a sí
al dios Maozín.*

*Ya los hñíos de Judá,
de Rubén y Benjamín,
libertad eterna gozan
en su nativo país.
Del cielo cesó la ira,
y el cautiverio dio fin,
dando efeto a las promesas
del rey profeta David
el dios Maozín.*

ANTICRISTO: Bueno está.

BALÁN: Pues si está bueno,
no te muestres tan feroz,
porque de Dios una voz
es para la tierra un trueno.

ANTICRISTO: (¿Nada me remedia? ¡Nada **Aparte**
tiempla mis ardientes males!
Pues, ministros infernales,
vuestra fuerza es limitada,
pues no se extiende a vencer
la frágil naturaleza
de una femenil flaqueza,
vuestro engañoso poder
renunciaré; yo confieso...

*Aquí sale SOFÍA muy adornada, que es
el DEMONIO en su figura*

ANTICRISTO: Mas, ¡qué miro! ¿No es Sofía?

Adorada gloria mía,
humilde la tierra beso
que en cielo vuelven tus plantas.
¡Oh, espíritus invisibles,
pues que vencéis imposibles,
a vuestras deidades santas
doy holocaustos, y adoro
vuestro poder por inmenso,
y en humo líquido encienso
os daré en altares de oro.

SOFÍA: (Con ese fin he tomado **Aparte**

fantástica semejanza
de Sofía. Tu esperanza
lograrás, aunque engañado,
para que las fuerzas mías
acredite en ti el engaño,
pues así reparo el daño
que despechado emprendías.)

Gran monarca soberano
de cuanto visita el sol,
desde el oriente español
hasta el antípoda indiano,
vencido me han tus hazañas,
pues si das de tu verdad
dudas con la novedad,
con el poder desengañas.

Tuya soy, perdón te pido,
y debe ser perdonado
el que, si ofendió engañado,
satisface arrepentido.

ANTICRISTO: Basta, señora, no más;
no disculpes tu rigor,
pues cuanto ha sido mayor,
tanta más gloria me das.

EGITANA: (¿Hay tal rabia?) **Aparte**

LÍBICA: (¿Hay tales celos?) **Aparte**

ETIOPISA: (¿Hay tal furia?) **Aparte**

ANTICRISTO: ¿A qué aguardáis?
Dejadnos solos.

Sale ELÍAS

ELÍAS: No os vais;
que no permiten los cielos
que ni un mentiroso daño
sufra en su opinión Sofía,
dado que tan presto había
de llegar el desengaño.

Vestiglo vil del infierno
ese simulado bulto,
es el mismo a quien das culto,
espíritu del Averno.

De tu amenaza oprimido,
de tu reducción medroso,
cuerpo te rinde engañoso,
rostro te ofrece mentido;
 porque habiendo satisfecho
en él tu ardiente afición,
su nefanda obstinación
prosiga tu iniusto pecho;
 que en áspera soledad
entre el Hermón y el Tabor,
huye Sofía tu amor,
no su muerte o tu crueldad.

ACTO TERCERO

SOFÍA: Mientes, profeta engañoso.

ANTICRISTO: Y, ¿qué importa que no mienta?

Con lo que impedir intenta
mi pensamiento amoroso,
 aumenta más mi apetito;
que si lo que dice creo,
tanto es mayor mi deseo
cuanto es más grave el delito.

Y tú, porque no pretendas
más a mi gusto oponerte,
hoy quiero hacer que en tu muerte
mi poder inmenso entiendas.

 ¡Ah, de mi guarda! Prended
este profeta fingido,
y en cárcel dura oprimido
con cuidado le poned,
 de donde afrentosamente
salga a morir.

ELÍAS: El decreto
con que a morir me sujeto
es de Dios omnipotente;
 que del martirio el laurel
me destina por tu mano;
y ya tu pueblo tirano
ha puesto en prisión crüel
 a Enoch, porque a nuestras almas

les des tú, que nos condenas,
si en la vida iguales penas,
en la muerte iguales palmas;
mas advierte bien, precito,
que dentro de veinte días
en las regiones impías
pagarás tanto delito.

ANTICRISTO: ¡Llévadle ya! Si tan fuerte

Llévanle JUDÍOS

es ese Dios que acreditas,
¿por qué en su virtud no evitas ya
mi imperio y ya tu muerte?
¿Qué importan tus prevenciones,
o qué confianzas cobras,
cuando desmienten tus obras
lo que mienten tus razones?
Nada temo; yo soy Dios,
y mi poder me asegura.
Tú, mi adorada hermosura,
ven, y daremos los dos
envidias al mismo amor.

SOFÍA: ¿Dudas ya que soy Sofía?

ANTICRISTO: No puede ser mi alegría
si eres Sofía, mayor.

Y si demonio encarnado,
tampoco puedo tener
más gloria que cometer
tan detestable pecado.

Vase el ANTICRISTO y SOFÍA

BALÁN: ¿Hay más temerario hecho?

LÍBICA: ¡Qué gran confusión!

Vase

EGITANA: ¡Qué horror!

Vase

ETIOPISA: Temblando está de temor
el corazón en el pecho.

Vase

BALÁN: ¡Que oyendo que el diablo es,
tan atrevido le embista,
sin remitirlo a la vista,
de las uñas de los pies!
De temor pierdo el sentido.
Si es demonio que ha tomado
cuerpo de viento formado,
¿cómo no lo ha conocido
con su poder el mesías?
¿Si dice que es dios Maozín?
Y si es Sofía, ¿a qué fin
hizo esta invención Elías?
Extraña es la confusión
y el peligro en que me hallo,
pues no va en averiguallo
menos que la salvación.
Iréme al monte Tabor,
y si en él hallo a Sofía,
de la profesión judía
dejaré el perdido error
con tan claro testimonio,
y de este lascivo huiré;
que seguro no estaré
de quien no lo está un demonio.

*Vase. Tocan cajas a batalla; SOFÍA, con
espada desnuda y un saco*

SOFÍA: Ea, cristianos valientes,
mostrad esfuerzo y valor,
pues el cielo os da favor
contra estas pérfidas gentes.
Los campos de Magedón
cubren sin número armados
de Gog y Magog soldados;
no temáis; que pocos son
a la espada de dos filos
que profetizó San Juan;
que la orilla del Jordán
dará sagrados asilos
contra la tirana furia
al pueblo de Dios amado.
Hoy de su intento obstinado
tendrá castigo la injuria;
hoy les darán monumento
de ese río las riberas;
pasto serán de las fieras,
y de las aves sustento.

Salen un soldado CRISTIANO, acuchillando a ELÍAS FALSO, y al lado del CRISTIANO un ÁNGEL con túnica blanca manchada de sangre, y una espada desnuda levantada en alto

CRISTIANO: No huyas, falso Profeta.
ELÍAS FALSO: ¡No huyo, viles cristianos,
de vuestras cobardes manos!
Divina virtud secreta
de esa visión celestial
que en vuestro favor asiste,
y blanca túnica viste
esparcida de coral,
con espada refulgente,
destruye las fuerzas mías.
¿Dónde está, santo mesías,
tu poder omnipotente?
Si has de ayudarme, ¿qué esperas?

Sale el ANTICRISTO por tramoya

ANTICRISTO: Aquí estoy; pierde el temor;
que para darte favor
vengo penetrando esferas
de Jerusalén aquí.
SOFÍA: Abominable Anticristo,
hoy el laurel que conquisto
tengo de alcanzar de ti.
ANTICRISTO: ¡Ah, Sofía! ¡Ah, injusto infierno!
¡Que de sujeto fingido
gocé al fin, y fue vencido
de una mujer el Averno!
ELÍAS FALSO: No hay humana resistencia;
vencido soy.

Vanse el ELÍAS FALSO y el CRISTIANO. Pónese el ÁNGEL al lado de SOFÍA

SOFÍA: ¡Enemigo,
prueba tus fuerzas conmigo!
ANTICRISTO: ¿Qué divina inteligencia
te acompaña, fiera ingrata,
que librando rayo ardiente
en la espada, solamente
con la amenaza me mata?
SOFÍA: Aquí de mi religión
conocerás la verdad.

Cae el ANTICRISTO, y SOFÍA le pone el pie en la cabeza

ANTICRISTO: ¿Qué mágica potestad
tienes, horrible visión,
que así de temor helada
muere en mí la sangre mía?

SOFÍA: Mira aquí la profecía
de San Juan ejecutada,
para pena y confusión
de tus intentos tiranos.

VOCES: ¡Victoria por los cristianos! **Dentro**

SOFÍA: De tu loca obstinación
conoce el yerro infeliz,
vencido de una mujer
que te ha podido poner
el pie sobre la cerviz.

ANTICRISTO: ¡Ah, infierno! ¿Injuria tan fuerte
sufrés?

SOFÍA: No tiene el infierno
fuerzas contra Dios eterno.

ANTICRISTO: Dame, cristiana, la muerte
para más afrenta suya.

*BALÁN saca un sombrero y un bonete, y cuando dice que se vuelve
judío se pone el bonete, y cuando cristiano, el sombrero*

BALÁN: (¿Qué es lo que miro? Ni vos **Aparte**
sois mesías ni sois Dios.
Cristiano soy.

SOFÍA: Que yo huya
la palma que me ha de dar
el martirio de tu mano,
no es bien. Levanta, inhumano,
que yo no te he de matar,
sino el aliento sagrado
del Señor, siendo al castigo
de tus blasfemias testigo
el pueblo que has engañado.

ANTICRISTO: Hechizos cristianos son
los que turbarme han podido;
pero ya que de mi ha huído
esa encantada visión,
conocerás la verdad
de mi infinito poder.

SOFÍA: Quien te ha podido vencer
me rinde a tu potestad
para mi mayor vitoria.

ANTICRISTO: A Jerusalén irás
conmigo, y allí darás
fin a tu vida o mi gloria.

Cógela el ANTICRISTO por tramoya, y vuelan ambos

BALÁN: ¡Ay, que la lleva! Del viento
 es lisonja, si no azote,
 el Géminis pajarote,
 signo ya del firmamento.
 Vencióla al fin: desvarío
 será dejar de creer
 en quien tiene tal poder
 Pues vuélvome a ser judío.

Pónese el bonete

 Por entrambas partes veo
 milagros, y siendo así,
 en la ley en que naci
 con más disculpa me empleo.

*Sale un soldado CRISTIANO, a lo gracioso, con la
 espada desnuda*

CRISTIANO: ¡Ah, judío! ¿Aquí estáis vos?
BALÁN: Si en estar aquí te ofendo,
 ni estoy aquí ni pretendo
 estarlo. ¡Tente, por Dios!
 Que si tu valiente mano
 muestra tan airado brío
 contra mí por ser judío,
 vesme aquí vuelto cristiano.

Pónese el sombrero

CRISTIANO: No está el serlo en el vestido.
BALÁN: Yo vine de la ciudad
 sólo a saber la verdad
 para quedar reducido.
 Admite este buen deseo.
CRISTIANO: Pues ya no lo dejarás
 por eso; que viendo estás
 el vitorioso trofeo
 que dio a tan pocos cristianos
 el cielo contra el rey Gog,
 que de gentes de Magog
 cubrió estos montes y llanos.
 Demás que la inmensidad
 de santos cristianos puede

hacer que probado quede
tu engaño y nuestra verdad.

BALÁN: También hay santos judíos.

CRISTIANO: Son muy pocos.

BALÁN: Pues hagamos
una apuesta. Refiramos
tú los tuyos, Yo los míos,
y por cada santo quite
un pelo al otro, y con esto
se convenza el que más presto
quede pelado.

CRISTIANO: Ya admite
la apuesta mi confianza;
que según los santos son
sin cuenta en mi religión,
de vencer tengo esperanza.

*A cada santo que nombra cada uno, arranca un pelo
de la cabeza al otro*

BALÁN: Vaya. Moisés.

CRISTIANO: San Gonzalo.

BALÁN: Quedo; que quitaste dos,
según me ha dolido. Amós.

CRISTIANO: Los doce apóstoles.

BALÁN: ¡Malo!
¿Doce? Josué.

CRISTIANO: San Gil.

BALÁN: Jacob y sus hijos son,
trece.

CRISTIANO: San Millán.

BALÁN: Aarón
y Josef.

CRISTIANO: Las once mil
vírgenes.

*Aquí le arranca a BALÁN una cabellera
que ha de traer, y queda con un casco de calabaza, como pelado*

BALÁN: ¡Triste de mi
¡Que de una vez me has pelado!
Vencido y calvo he quedado.

CRISTIANO: Conviértete, pues vencí.

BALÁN: ¿Puede un calvo ser cristiano?

CRISTIANO: Sí.

BALÁN: Pues quien a serlo empieza,
¿no recibe en la cabeza
el bautismo?

CRISTIANO: Caso es llano.

BALÁN: Luego en un calvo no hay traza
de bautizarse.

CRISTIANO: ¿Por qué?

BALÁN: Porque lo que en él se ve,
no es cabeza, es calabaza.

CRISTIANO: ¿Dilatas tu muerte así?
Cumple lo que has prometido
o te mato.

BALÁN: Fui vencido,
haré lo que prometí.

CRISTIANO: Ven, y el agua del Bautista,
del Jordán recibirás.

BALÁN: De una vez hecho me has
ser cristiano y calvinista.

Vanse. Salen ELÍAS FALSO y ELIAZAR

ELÍAS FALSO: El caso fue más tremendo
que refiere humana historia.
¡Perder tan cierta vitoria!

ELIAZAR: ¿Y cómo escapaste?

ELÍAS FALSO: Huyendo.
Nuestro mesías y yo
escapamos solamente
de tan infinita gente
como el cristiano mató.

ELIAZAR: No son indicios, Elías;
probanzas son infalibles
las que muestran imposibles
los intentos del mesías.

No puedes negar que están
a la letra ejecutadas
las cosas profetizadas
por aquel cristiano Juan
en su *Apocalipsi*; y sabes
que desde los mismos días
que el que llamáis falso Elías
con maldiciones tan graves
amenazó a los judíos,
la tierra negó el tributo
y espinas rindió por fruto,
sangre por agua los ríos.

Vi que por el mandamiento
del rey, muerto Enoch y Elías,
habiendo estado tres días
para público escarmiento
sus cadáveres helados
en la plaza, resurgieron
y gloriosos ascendieron
a los asientos sagrados.

Veo que la fuerte mano
del rey, que ser Dios blasona,
libró apenas su persona
del breve campo cristiano.

Pues siendo así, ¿no es locura
pensar que tiene poder
de Dios, y pudo vencer
a su Creador la creatura?

ELÍAS FALSO: Cierra los labios, blasfemo.

Salen el ANTICRISTO y JUDÍOS

ANTICRISTO: ¿Cómo, Eliazar? ¿Tú me afrentas,
y apóstata ciego intentas
negar mi poder supremo?

ELIAZAR: Pues, ¿cómo cuatro cristianos,
si tanto poder alcanzas,
vencen nuestras esperanzas
y hacen tus intentos vanos?

Si eterna tranquilidad
a los tuyos prometiste,
y del cielo descendiste,
si es lo que dices verdad,
a hacer dichosa a Israel;
o mentiste, o no has cumplido
lo que nos has prometido;
pues permitiste, crüel,
que en tantas gentes, los dos
solos hayáis escapado.
Luego nos has engañado
y si engañas, no eres Dios.

ACTO TERCERO

ANTICRISTO: ¿Penetras tú los secretos
jüicios que me han movido
a que no hayan conseguido
mis promesas sus efetos?

¿Es nuevo en Dios prometer
según las cosas presentes,
y por nuevos accidentes
los efetos suspender?

Cuando de aquella penosa
prisión de Egipto sacó

su pueblo, ¿no prometió
darle la tierra dichosa;
y después, por incurrir
en necia desconfianza,
la promesa y la esperanza
se resolvió a no cumplir?

Pues, ¿qué sabes tú si aquí
cuanto pueblo fue vencido,
fue por haber incurrido
en delitos contra mí?

ELIAZAR: Pública fue allí la ofensa
que esa pena mereció;
y aquí tu pueblo murió
peleando en tu defensa.

ANTICRISTO: Calla, no me arguyas más.
Llevadle y dadle la muerte;
apóstata, de esta suerte
mi poder conocerás.

ELIAZAR: En mi sangre bautizado,
a Jesús confesaré,
y dichoso moriré,
ya que viví desdichado.

Llévanle

ANTICRISTO: Parte a ejecutar, Elías
en él y en cuantos cristianos
me ofenden, los más tiranos
tormentos, las más impías
penas que inventó el romano,
el scita y el macedón;
a Fálaris, a Nerón,
a Decio y a Diocleciano
pide cuantos instrumentos
fabrican dolor tan fuerte,
que aun más allá de la muerte
puedan pasar los tormentos.

ELÍAS FALSO: Voy a vengar tus enojos.

ANTICRISTO: Si es que mis pesares sientes,
de suplicios diferentes
forma un jardín a mis ojos.

*Vase ELÍAS. Sale SOFÍA, con una
corona en la cabeza, como loca*

SOFÍA: ¡Qué buena cosa es reinar!
¡Hola! ¡Postraos! ¿No me veis
coronada? Pues, ¿qué hacéis,
que no llegáis a besar

a vuestra reina la mano?
ANTICRISTO (Sin duda ha perdido el seso.) **Aparte**
¿Eres reina?
SOFÍA: ¡Bueno es eso!
La esposa vuestra, ¿no es llano
que es reina?
ANTICRISTO: Si a ti te agrada,
seré tu esposo.
SOFÍA: Pues, ¿quién
no querrá en Jerusalén
ser del mundo respetada?
Dadme la mano.
ANTICRISTO: Y la vida.
SOFÍA: ¡Ah, falso! ¡Ah, vil Anticristo!

Arroja la corona

Si eres Dios, ¿cómo no has visto
que es mi locura fingida?
Si los pensamientos ves,
¿cómo te he engañado en esto,
pues tu corona me he puesto
para arrojarla a mis pies?
No han sido, no, dudas mías
las que en esto he averiguado,
porque yo, nunca he dudado
tus falsas hipocresías;
mostrarles quise a tus gentes
que eres ceraste infernal,
diabólico Belial,
y que en cuanto dices, mientes.
JUDÍO 1: ¡Que esto sufra!
JUDÍO 2: Muchos son
los desengaños que veo.
JUDÍO 3: Todo el reino galileo
duda ya de su opinión.
ANTICRISTO: (Corrido estoy: ¿qué he de hacer? **Aparte**
Que a gozarla con violencia
no se atreve mi impaciencia,
con tenerla en mi poder,
temiendo que en su favor
obre otro milagro el cielo
con que me quite en el suelo
el crédito y el honor.)
Por lo que adoro tus prendas,
sufro, mi bien, tus agravios,
y a trueco de ver tus labios,
no me ofende que me ofendas.
Mas si has llegado a creer
que me engañaste, es error;

lisonja fue de mi amor,
no falta de mi poder.

Como Dios, vi que intentabas
engañarme, y que tendrías
gran contento, si creías,
mi gloria, que me engañabas;
y así lo fingí por darte
ese gusto, aunque engañado;
y agora que lo has gozado,
he vuelto a desengañarte.

SOFÍA: ¡Qué falsa sofisteria!

ANTICRISTO: Deberás a mi afición
el arriesgar mi opinión
por no arriesgar tu alegría.

SOFÍA: ¿Por qué me obligas en vano,
cuando es el mortal suplicio
el único beneficio
que espero yo de tu mano?
Si obligarme es tu intención
dame ya el martirio; advierte
que se apresura tu muerte
y perderás la ocasión.

Sale el JUDÍO 4

JUDÍO 4: Ya Eliazar perdió la vida
invocando a Jesucristo.

ANTICRISTO: Y ya en el infierno ha visto
su ignorancia desmentida.

SOFÍA: ¡Oh, mil veces venturoso
tú, que a gloria celestial
trocaste vida mortal!

ANTICRISTO: ¿Quieres ver qué tan dichoso?
Traed aquí la cabeza
de ese caduco liviano.

Vanse el JUDÍO y otros

SOFÍA: Remedios pruebas en vano
en cristiana fortaleza.
Si derribas las estrellas,
si haces que cuantos montes
ven terrestres horizontes
truequen asientos con ellas;
si al sol das obscuro velo,
si del impíreo al profundo
la ley alteras del mundo;
si aniquilas tierra y cielo,
siempre me verás más fuerte,

más invencible y constante;
que no hay portento que espante
a quien no espanta la muerte.

ANTICRISTO: Sin tantos prodigios, presto
he de verte arrepentida.

Sacan JUDÍOS a BALÁN con astillas entre los dedos

BALÁN: ¿Qué importa perder la vida,
perros judíos?

ANTICRISTO: ¿Qué es esto?
Balán, ¿así prevaricas?

JUDÍO 1: En el cristiano delito
incurrió, contra el edito
de las leyes que publicas;
y cercano ya al instante
de su muerte, dio en decir
que importaba descubrir
cierto secreto importante
a tu persona, y así
le he traído a tu presencia.

BALÁN: Tú sin duda mi sentencia
pronunciaste, porque en mí
se venga a verificar
lo que los niños decían
y por consejo tenían;
que habías de atormentar,
dividiendo de este modo
las uñas sutiles puntas.
Mas si los tormentos juntas
que ha inventado el mundo todo,
bien lo fundó el que afirmaba
que éste no perdonarías;
y presumo que sabías
el contento que me daba
el rascarme, y has querido
darme en el mismo instrumento
de mi contento el tormento.
Y agora se ve cumplido
lo que un discreto decía;
y era que estaba admirado
de que no fuese pecado
cosa que tanto sabía.

ANTICRISTO: Acaba, llégate y di
el secreto entre los dos.

BALÁN: Pues, ¿cómo, si tú eres Dios,
hay secreto para ti?
Mamola. Éste es el secreto
que descubrir he intentado
a tanto pueblo engañado.

ANTICRISTO: (¿Ya me pierden el respeto **Aparte**
 hasta los rudos villanos?)
 ¡Muera ese vil!

BALÁN: Mis deseos
 cumples así.

ANTICRISTO: ¡Deteneos!
 Que de sus yerros cristianos,
 antes que llegue a la muerte,
 le quiero desengañar.

*Parece la cabeza de ELIAZAR sobre un bufete, y debajo de él
 ha de hablar ELIAZAR*

JUDÍO 1: La cabeza de Eliazar
 es ésta.

ANTICRISTO: ¡Oh, tú, cuya suerte
 es ya de engaños ajena,
 y aunque en ciega obscuridad
 sin velo ves la verdad
 bien comprobada en tu pena!
 Rompe las horribles bocas
 del infierno en virtud mía,
 e inspira en tu lengua fría
 los desengaños que tocas.

SOFÍA: ¿Qué importará que en virtud
 del pacto por ti asentado
 con el príncipe dañado
 de la infernal multitud
 preste voz a esta cabeza
 algún espíritu impuro
 forzado de tu conjuro,
 para que mi fortaleza
 venzas?

ANTICRISTO: Si en tu Dios confías,
 muestre su poder en ti,
 y haz que esta cabeza aquí
 niegue que soy el mesías.

SOFÍA: Yo no he menester señales,
 ni a mi Dios quiero tentar.
 Dios es Dios, y puede obrar
 lo que importa en casos tales.

ANTICRISTO: ¿Ves cómo tu falsedad
 tu recelo testifica?
 Habla ya, Eliazar, publica
 el engaño o la verdad.

Habla la cabeza

ELIAZAR: Jesucristo es Dios eterno,

hijo de Santa María.

ANTICRISTO: (Esto merece quien fía **Aparte**
en promesas del infierno.
¿Al mejor tiempo me falta
su favor?)

BALÁN: Rabia, Anticristo;
que tus engaños se han visto.

SOFÍA: ¡Gracias por merced tan alta
os doy, mi Dios!

JUDÍO 1: ¿Que consientas
que te venza una mujer?

JUDÍO 2: Mucho dudo tu poder,
pues sufres tales afrentas.

ANTICRISTO: Perros, ¿vosotros también
blasfemáis las glorias mías?

JUDÍO 3: Si eres rey, dios y mesías,
remedia en Jerusalén
plaga tan universal;
que la tierra niega el fruto,
las fuentes dan por tributo
púrpura en vez de cristal.

ANTICRISTO: (Mucho mengua mi opinión.) **Aparte**

Sale el JUDÍO 4

JUDÍO 4: Si eres Dios, ¿cómo has sufrido,
de dos cristianos vencido,
la ruina y perdición
de tus gentes? En la guerra
de Gog tres hijos perdi.
La vida les vuelve aquí;
diré a voces que yerra
quien piensa que no le engañas.

Sale una MUJER judía

MUJER: No eres Dios; tu lengua miente,
pues permites que a tu gente
le penetre las entrañas
la lepra. Dame salud,
o adoro el nombre cristiano.

ANTICRISTO: Dejadme, pueblo liviano.
¡Qué presto vuestra virtud,
que probar he pretendido
con estos golpes, mostró
en el oro que ostentó,
el plomo vil escondido!

Sale ELÍAS FALSO

ELÍAS FALSO: Señor, ¿qué haces? ¿Qué esperas,
que a yerros tan excesivos,
de tus rayos vengativos
no pueblas ya las esferas?
Ejecutando tu imperio
con tormentos inhumanos
en los rebeldes cristianos,
llenaron el hemisferio
que los cerca, sus encantos
de música y resplandor;
y con esto el ciego error
del pueblo los llama santos
a voces; y sin que tema
el castigo de tu ira,
todo a ser cristiano aspira,
todo tu deidad blasfema,
negando que eres mesías;
convencidos de que vieron
que a los cielos ascendieron
gloriosos Enoch y Elías.

ANTICRISTO: (Ya se declara mi daño, **Aparte**
ya acabó mi monarquía;
mas no acabará en un día.
Con el imperio el engaño
fingir quiero que, ofendido
de la tierra, subo al cielo,
y en otra región del suelo
viviré desconocido.)
Ya de los hombres, Elías,
llegó la pena postrera.

TODOS: ¡Muera el Anticristo! ¡Muera! **Dentro**
¡Muera el fingido mesías!

ANTICRISTO: Pueblo protervo y maldito,
¿puede morir mi deidad?
Declárese mi crueldad,
pues se declara el delito.
Adúltera y depravada
generación, pues el suelo
no me merece, del cielo
parto a la eterna morada
de donde mi ardiente furia
hará que el rebelde y ciego
mundo a diluvios de fuego
pague en cenizas mi injuria.
Tú, profeta precursor,
con mi poder en la tierra
prosigue mi justa guerra
en defensa de mi honor;
y ofrece aquí a mi partida

sacrificios soberanos,
quitando a esos dos cristianos
la infame incrédula vida.

ELÍAS FALSO: En tu presencia muriendo
pagarán su loco error.

SOFÍA: En vuestras manos, Señor,
el espíritu encomiendo.
Con fortaleza recibe
la muerte, Balán.

BALÁN: La puerta
de los cielos miro abierta.
No muere quien a Dios vive.

***Mata ELÍAS FALSO a SOFÍA y a BALÁN. El ANTICRISTO sube por
tramoya, y en lo alto parece un ÁNGEL con espada desnuda,
y dale un golpe, y cae el ANTICRISTO; ábrese un escotillón
del teatro, y por él entran el ANTICRISTO y ELÍAS FALSO,
y salen llamas***

ÁNGEL: Bárbaro, ¿quién como Dios?

Dale el golpe

JUDÍO 1: ¡Ay de mí! De las Olivas
el monte se abrió, y en vivas
llamas sepultó a los dos.

TODOS: Dios eterno es Jesucristo.

JUDÍO 1: Todo el mundo adorará
su nombre. Y ésta será
la historia del Anticristo,
según la interpretación
que a los profetas han dado
los doctores. Al senado
pide el poeta perdón,
pues en materias tan altas
y que están por suceder,
ni en él es mucho caer,
ni en vos perdonar sus faltas.

Fin de la comedia

El Desdichado En Fingir

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Personas que hablan en ella:

- **ARSENO, galán**
- **PERSIO, galán**
- **EL PRÍNCIPE DE BOHEMIA, galán**
- **JUSTINO, viejo**
- **CLAUDIO, criado del Príncipe**
- **ROBERTO, criado del Príncipe**
- **ARNESTO, hijo de Justino**
- **TRISTÁN, criado de Persio**
- **SANCHO, criado de Arseno**
- **PEREA, escudero de Celia**
- **ARDENIA, dama**
- **CELIA, dama**
- **INÉS, criada de Ardenia**
- **CRIADOS**
- **GUARDA**
- **UN PAJE**
- **UN CORREO**

ACTO PRIMERO

ARSENO, con botas y espuelas; ARDENIA, teniéndolo

ARDENIA: ¿Por qué te quieres partir,
y que yo sin alma quede?
ARSENO: Con un príncipe, ¿quién puede,
Bella Ardenia, competir?
ARDENIA: El príncipe para mí
Tú solamente lo eres.
ARSENO: Bien conozco las mujeres.
ARDENIA: Y yo, fementido, a ti;
Que por partirte condenas
Sin culpa mi firme pecho.
ARSENO: ¡Qué dellas en vano han hecho
juramento de ser buenas!
ARDENIA: No habrán arresgado el bien
que yo, Arseno, al quebrantallo.
ARSENO: Al que más merece, hallo
que lo quebranten más bien.
ARDENIA: Pues dime, ¿qué puede haber
que te dé satisfacción?
ARSENO: Tener de ti posesión.
ARDENIA: Será en siendo tu mujer.
ARSENO: ¿Cuándo tanto bien aguardo?
ARDENIA: Estorbos deja pasar.
ARSENO: No sufre tanto aguardar
el vivo fuego en que ardo.
ARDENIA: Mi fe que vivas pretende
si alarga la conyuntura,
porque no estará segura
vida que a un príncipe ofende.
ARSENO: Si tú quieres, lo ha de estar.
ARDENIA: Si él me quiere, no lo está.
ARSENO: ¿Pues cuándo no te querrá?
¿Eres tú para olvidar?
ARDENIA: El tiempo es bastante medio
para apagar mayor llama.
ARSENO: Al fin de la que me inflama
el aguardar no es remedio.
ARDENIA: Pues mira tú lo que quieres.
ARSENO: Sal de tu tierra conmigo.
ARDENIA: Perderé mucho contigo;
que es de livianas mujeres.

ARSENO: Lo que alcanza mi porfía,
¿puede conmigo infamarte?

ARDENIA: Puede al menos avisarte
de que con otro lo haría.

ARSENO: No siendo tu amor menor,
no culpará tu fineza.

ARDENIA: Si la fineza es bajeza,
no la disculpa el amor.

ARSENO: Si cuando tanto me ama
tu pecho, al honor te mides,
¿cómo al Príncipe no impides
que te destruya tu fama?

ARDENIA: ¿Qué ofende su pretensión
A quien bien su honor defiende?

ARSENO: Al príncipe que pretende
da el mundo la posesión.

ARDENIA: Si solo su intento daría,
¿Quién podrá impedir su intento?

ARSENO: ¿Ves cómo mi pensamiento,
enemiga, no se engaña?

ARDENIA: ¿Por qué no se engaña?

ARSENO: Es llano;
que al fin ha de ser vencida
la mujer que es pretendida.

ARDENIA: ¿Luego nadie espera en vano?

ARSENO: Nadie, si intentar le dejan.

ARDENIA: ¿Y mil mujeres diamantes,
de quien sus firmes amantes
en, las historias se quejan?

ARSENO: Vencieron porque no dieron
a los intentos lugar,
y a recibir y escuchar
sin manos y sordas fueron.

ARDENIA: Si en eso no más consiste,
vencedora me verás.

ARSENO: Contradiciéndote vas.

ARDENIA: ¿Cómo?

ARSENO: ¿Agora no dijiste
que quién le podrá estorbar
al Príncipe tal intento?

ARDENIA: Llamo intento al pensamiento,
no a la obra de intentar.

ARSENO: Si entra el Príncipe en tu casa,
mal puedes no darle oído.

ARDENIA: Sí yo tuviera marido,
no pasara como pasa.

ARSENO: Si merecerte pensara,
presto marido tuvieras.

ARDENIA: Seráslo como tú quieras.

ARSENO: Quiero, aunque el vivir costara.

ARDENIA: Pues mientras a eso los cielos
muestran ocasión y día,
aun darse traza podría
para asegurar tus celos.

ARSENO: Dime cuál.

ARDENIA: Pensarla quiero,
Arseno mío, más bien.
Con la, noche oscura ven;
que a la ventana te espero,
y pensada la tendré.
Vete agora; que vendrá
Mi padre de fuera ya.

ARSENO: Queda a Dios.

ARDENIA: ¿Vendrás?

ARSENO: Vendré.

*Vanse y salen PERSIO y TRISTÁN, de noche,
con una linterna encendida*

TRISTÁN: ¿Tan enamorado estás,
y en verla te estrenas hoy?

PERSIO: Tan enamorado estoy,
y una vez la vi no más.

TRISTÁN: A purgar pienso que vienes
aquel delito pasado.

PERSIO: ¿Cuál delito?

TRISTÁN: Haber burlado
a Celia.

PERSIO: Donaire tienes.
¿De qué sacas que a pagar
delitos pasados vengo,
si sabes, Tristán, que tengo
Dichosa estrella en amar?

TRISTÁN: Es verdad--mas eso ha sido
cuando rico; hoy no lo estás,
y así dorar no podrás
vos virotes a Cupido.

PERSIO: En la conquista presente
dinero no es menester,
que es muy rica esta mujer,
sino dicha solamente.

TRISTÁN: ¿Que es muy rica?

PERSIO: Un su vecino
largo de eso me ha informado
y que es de linaje honrado.

TRISTÁN: ¿Y dura tu desatino?

PERSIO: Y aun se aumenta mi esperanza.

TRISTÁN: ¿Y aun se aumenta? ¡Ay de ti triste!

Parece que ayer naciste,
pues tu experiencia no alcanza
que para vencer la rica
es menester más tesoro;
que es como pimienta el oro,
que al que más come más pica.

PERSIO: Poco se pierde en probar.

TRISTÁN: Dios lo haga.

PERSIO: ésta es la casa.

Alumbra, a ver lo que pasa.

TRISTÁN: Déjate de enamorar,
y intenta, si te parece,
una plaza de criado.

PERSIO: Calla, necio; que al osado
la Fortuna favorece.

TRISTÁN: También de empresas como éstas
he visto, y tú habrás oído,
que algún osado ha salido
con muchos palos a cuestras.

PERSIO: Eso suele suceder
al vil que alturas pretende,
que a la calidad ofende
solamente en pretender;
mas siendo yo caballero,
mi amor a Ardenia no ultraja,
pues sabes que más ventaja
no me lleva que el dinero.

TRISTÁN: Como de ser a no ser
es la ventaja, y lo fundo
en que sólo tiene el mundo
un linaje, que es tener.

PERSIO: La ventana abren, Tristán.

TRISTÁN: ¿Quieres llegar?

PERSIO: No; que quiero
espíar y ver primero
por dónde estas cosas van.

Pongámonos en espía,
veremos qué amantes tiene.

Quien a sí no se previene,
incierto sus pasos guía.

Nunca el médico ordenó
el remedio sin tomar
el pulso.

TRISTÁN: Bien puedo dar
testimonio de eso yo.

PERSIO: ¿Cómo?

TRISTÁN: Fui a llamar un día
para un enfermo un doctor,
y él, sin saber el dolor
o enfermedad que tenía,

me dijo, "Mientras se ensilla
mi mula, mancebo, id,
y que le sangren decid;
Que yo voy luego."

PERSIO: La silla
De su mula merecía
tal doctor.

*Salen ARDENIA, a la ventana con un papel, e
INÉS. PERSIO y TRISTÁN, en la calle*

ARDENIA: Con este enredo
Pienso, Inés, que guardar puedo
del Príncipe la honra mía,
y asegurar a mi bien.

INÉS: A mucho te obliga amor.

TRISTÁN: Ya hay penitentes, señor:
cubre esa linterna bien.

PERSIO: No temas que vernos pueda.

*Salen ARSENO y SANCHO, de noche. ARSENIA e INÉS, a la
ventana; PERSIO y TRISTÁN, retirados*

ARSENO: Solitaria noche mía,
dejadme ver a mi día.
Sancho,. en esa esquina queda,
y avisa en viniendo gente;
que es un príncipe el contrario.

SANCHO: El es caso temerario,
que un pobre soldado intente
a un gran príncipe oponerse.

*Apártase SANCHO, y llégase a la
ventana ARSENO*

ARSENO: Ardenia...

ARDENIA: Arseno...

ARSENO:
Señora,
aquí un alma que os adora
en su gloria llega a verse.

ARDENIA: Escucha.

*Hablan en secreto y habla TRISTÁN aparte a
su amo*

TRISTÁN: Ve lo que pasa.
Llega a enamorar, señor.
Por dicha hallará tu amor
desocupada la casa.

PERSIO: ¡Bien lo entiendes!

TRISTÁN: Bien lo entiendo.

PERSIO: Agora empieza a crecer
la esperanza de tener
el dulce fin que pretendo.
Su liviandad y mudanza
han de admitir mi cuidado,
y esta liviandad me ha dado
de que otras hará, esperanza.

TRISTÁN: No es una mujer liviana
por un amor.

PERSIO: Es verdad;
mas, doncella, ¿es liviandad
que a tal hora dé ventana?

ARDENIA: Con esta traza, señor,
Tu recelo se asegura.

ARSENO: Es sin igual mi ventura,
Y muestras, mi bien, tu amor.

PERSIO: (Yo quiero pasar, Tristán, **Aparte**
y tanta gloria estorbarle,
y ver de camino el talle
de este dichoso galán.)

TRISTÁN: ¿Pues piensas dalle en la cara
con la luz?

PERSIO: Sí; que ése ha sido
el fin de habella tenido
encendida.

TRISTÁN: Pues prepara
la espada; que sucedió
alguna vez--yo lo vi--,
por dar con la luz así,
gran pesadumbre

PERSIO: Ya yo,
Desde que me enamoré,
la espada, el pecho, la vida,
tengo a todo apercebida.

TRISTÁN: Ya yo mi espada tenté.

ARDENIA: Gente viene. Ese papel

*échale un papel y cae al suelo, y no lo
levanta ARSENO*

toma, y sí algo se te olvida
de la traza referida,

escrita va toda en él.

Estima el renglón postrero,
que es la firma de mi amor.

SANCHO: Que viene gente, señor.

ARSENO: Adiós.

ARDENIA: Mañana te espero.

Quítanse de la ventana ARDENIA e INÉS

ARSENO: (Si me han visto aquí parado, **Aparte**
y es del Príncipe esta gente,
tengo la muerte presente...
pero ya el remedio he hallado.)
Caballeros...

PERSIO: ¿Qué mandáis?

TRISTÁN: (¿No lo dije yo?) **Aparte**

ARSENO: Querría
que me deis, por cortesía,
si muy de prisa no vais,
esa luz para buscar
cierto papel que he perdido,
y ha rato que en vano ha sido
sin ella el quererlo hallar.
Saquélo revuelto a un lienzo,
y aunque sé que aquí cayó,
no sé dónde lo llevó
el viento.

PERSIO: (A enredar comienzo. **Aparte**
De Ardenia es este papel,
y que he de cogerlo fío
en mi industria; que este mío
haré que lleve por él.)

*Saca un papel y finge que lo levanta del suelo, y
dalo a ARSENO*

En una ocasión tan buena
me huelgo de haber llegado,
y de haberos aliviado,
hallando el papel, la pena.
Veislo aquí.

ARSENO: Dios haga bien
a vuestras cosas y a vos.

PERSIO: Dios os guarde.

ARSENO: Guárdeos Dios.

PERSIO: Tristán, vamos.

ARSENO: Sancho, ven.

SANCHO: Vamos, y lleva estudiado

lo que a Celia has de decir;
que es tarde y ha de reñir.
ARSENO: Diré que jugando he estado.

Vanse ARSENO y SANCHO

TRISTÁN: ¿No nos vamos, pese a mí?

PERSIO: ¿Dio la vuelta?

TRISTÁN: Ya la dio,
Y las diera mejor yo
En la cama ya que aquí.
Advierte que canta el gallo,
y te tengo que negar
si otra vez vuelve a cantar
y acostado no me hallo.
¿No ves que no tengo amor,
y me hiela el menor frío?

PERSIO: El fuego del amor mío
puede a entrambos dar calor,
escucha un cuento gracioso.

TRISTÁN: ¿Qué buscas?

PERSIO: Este papel;

Levanta el papel que le echó ARDENIA

que uno mío di por él
a aquel galán venturoso.
TRISTÁN: ¿Para qué?
PERSIO: Ya lo verás.
Ten y alumbra.

*Da la linterna a TRISTÁN, y él
alumbra, y PERSIO abre el papel y lee*

TRISTÁN: ¿Pues aquí
quieres leer?
PERSIO: Tristán, sí;
no sufre el deseo más.
ésta es letra de mujer,
y Ardenia dice la firma.
Lo que sospeché confirma.
Oye.
TRISTÁN: Comienza a leer.

Lee

PERSIO: "Yo tengo un hermano en Roma veinte
años ha, llamado Arnesto, a quien de edad

de cinco llevó Roberto, hermano de mi Padre, yendo a servir al cardenal Coloma de mayordomo. Este hermano dirás que eres, y que te vienes por haber muerto nuestro tío; que los muchos años de ausencia, la mudanza de niño a hombre, y la corta vista de mi viejo padre aseguran el no ser conocido; y con esto viviremos seguros del Príncipe, dándome primero palabra de esposo, que desde luego te doy de esposa. Tu Ardenia."

TRISTÁN: ¿Qué le dices al papel?

PERSIO: Digo, Tristán, que mañana cumpliré de buena gana lo que ordena Ardenia en él.

TRISTÁN: ¿Cómo?

PERSIO: Mañana he de ser hermano de la que adoro, y ella, su casa y tesoro han de estar en mi poder.

Yo ¿no soy recién venido A esta corte? Pues di, ¿quién fingir puede esto más bien, o ser menos conocido?

¡Vive Dios, que he de engañalla, Tristán, con su mismo engaño

TRISTÁN: Es atrevimiento extraño.

PERSIO: Sígueme, ayúdame y calla.

TRISTÁN: él es mucho aventurar.

PERSIO: ¿Yo no tengo este papel della firmado? Pues él de todo me ha de sacar.

Tres mil ducados tendré de renta desde mañana; y de mi querida hermana, si puedo, al fin gozaré.

TRISTÁN ¿De modo que, a buena cuenta, este papel te ha valido gozar de la que has querido, y gastar tres mil de renta?

¡Oh más que santo papel, que escribió un ángel hermoso!

¿Cuál fue el papel venturoso Que diste al galán por él?

PERSIO: Verélo; pero seguro puedes tener confianza de que no ha sido libranza.

Recorre los papeles de la faltriquera

TRISTÁN: Ni privilegio de juro.
PERSIO: ¿Sabes cuál era? Un romance
en que a Montano escribía
la historia de Celia y mía.
TRISTÁN: Suma el recibo y alcance.
El poeta eres primero
que por coplas enriquece.
Mas ¿sabes qué me parece?
PERSIO: ¿Qué?
TRISTÁN: Que llevas mal agüero
en que principio haya dado
a este caso la poesía.
PERSIO: Calla, necio: ¿en la porfía
del vulgo ignorante has dado?
TRISTÁN: Llegado nos ha al mesón
La plática sin sentir.
PERSIO: Esta noche no hay dormir.
TRISTÁN: ¿Pues qué?
PERSIO: Estudiar la lición.
TRISTÁN: ¿Qué lición?
PERSIO: Este papel
de memoria has de tomar;
que mañana se ha de dar
a mi padre cuenta dél.
TRISTÁN: ¿Ya es tu padre?
PERSIO: Ya lo es,
Y ya soy Arnesto yo.
TRISTÁN: ¿No Persío ni Julio?
PERSIO: No.
TRISTÁN: Con éste en seis meses, tres
nombres ya mudado habrás.
El uno, de Celia huyendo;
el otro, a Ardenia siguiendo.
PERSIO: Dudo en cuál acierto más.

Vanse. Salen ARSENO, SANCHO, y CELIA, con una luz

ARSENO: Para venir descontento
de perder lo que tenía,
¿es bueno, por vida mía,
Celia, este recibimiento?
CELIA: ¡Y dar, es bueno también,
amargos días con celos,
Negras noches con desvelos
y con sospechas, a quien
con su hacienda os ha entregado

la libertad, como veis!

ARSENO: No muy de balde lo hacéis
con quien palabra os ha dado
de marido.

CELIA: ¿Y qué diez mil
ducados de renta gano
con alcanzar vuestra mano,
sino ese cuerpo gentil?

ARSENO: Pues si tan poco ganáis
en que yo la mano os dé,
la palabra os soltaré,
si también me la soltáis.

CELIA: Cuando veis que me he empeñado
¡eso de vos a oír vengo!
¿Conocéis que amor os tengo,
y arrojáis confiado?

ARSENO: Pues si me tenéis amor,
sufridme, así Dios os guarde;
que venir un poco tarde
no es agora tanto error
para levantar tal fuego.
Idos, señora, a acostar;
que yo tengo que rezar,
y a veros entraré luego.

CELIA: (En celos mi pecho arde.) **Aparte**

Vase CELIA

ARSENO: ¿Entróse ya?

SANCHO: Ya se ha entrado;
Pero por Dios que has andado
--Y perdóname--cobarde. . .
Si has de ir mañana a vivir
con la que adorando estás,
¿Por qué, di, perdido has
esta ocasión de reñir
y descompadrear del todo?

ARSENO: Por Dios, que me ha acobardado
ver que me tiene obligado
Celia por tan noble modo.
Tú sabes la gran pobreza
con que a esta corte llegué;
de Celia me enamoré,
pagó mi fe con firmeza,
dile de esposo palabra,
y sólo sobre esa prenda
me da su casa y hacienda:
esto ¿en qué piedra no labra?

SANCHO: Pues ¿y Ardenia?

ARSENO: Ardenia, amigo,
es el bien de mi memoria,
es el centro de mi gloria
y el claro norte que sigo.

SANCHO: ¿Ha de ser tu esposa?

ARSENO: Sí,
aunque muriese por ella.

SANCHO: Pues, ¿y Celia?

ARSENO: Entretenella
como lo hice hasta aquí.
¿Sabes ya lo que has de hacer
Mañana?

SANCHO: Que he de alquilar
dos mulas y he de buscar
dos maletas, y has de ser
Arnesto, y vienes de Roma;
que eres hijo de Justino,
y de Roberto sobrino,
que del cardenal Coloma
en el servicio murió.

ARSENO: Diestro estás; mas por ver muero
deste papel lo postrero
que mi Ardenia me mandó
que estimase, por ser firma

Desdobra el papel

de su amor. ¡En verso viene!
¿Esta gracia también tiene
mi bien?

SANCHO: Su ingenio confirma.

Lee

ARSENO: "Oid, amigo Montano,
Los sucesos de un poeta. . ."

*Sale CELIA, que se asoma a la puerta a espiar. Se quedan
ARSENO y SANCHO, sin verla*

CELIA: (No sosiega el alma inquieta. **Aparte**
Ved si me recelo en vano.
Un papel está leyendo.)

ARSENO: Ni estilo ni letra, amigo,
son de mujer.

SANCHO: Yo tal digo.

ARSENO: ¿Qué puede ser?

SANCHO: No lo entiendo.
CELIA: (Celos me dan cruda guerra.) **Aparte**
SANCHO: Lee algunos versos más.

Lee

ARSENO: "En seis meses que ha no más
que Dios me trajo a esta tierra. . ."
SANCHO: Señor, el caso he entendido.
allá dejaste el papel.
Y éste tomaste por él.
ARSENO: Eso lo cierto habrá sido.
SANCHO: No importa, pues diestro estás
en la traza que traía.
ARSENO: Lo postrero no sabía,
que es lo que estimaba más.
CELIA: (¡Qué consultas! ¡Qué debates!) **Aparte**
ARSENO: Amigo Sancho, ¿qué haremos
para que el papel hallemos?
SANCHO: ¿Es hora que de eso trates?
CELIA: (Ya no lo puedo sufrir.) **Aparte**

Sale CELIA y se dirige a Arseno

Traidor, ¿son éstas las horas
en que rezas y en que adoras?

Quítale el papel

ARSENO: ¿Vuévesme ya a perseguir?
CELIA: He de leer el papel,
o la vida ha de costarme.
ARSENO: Si con eso has de dejarme,
toma y abrásate en él.
¿Pensabas que era billete
de dama?
CELIA: Yo lo veré.
SANCHO: Sin razón tu enojo fue.
CELIA: ¿Osaís hablarme, alcahuete?

Lee

"Oid, amigo Montano,
los sucesos de un poeta.
En seis meses que ha no más
que Dios me trajo a esta tierra.

Libre y descuidado andaba,
Cuando en Dios y en hora buena
Con una dama encontré. . ."
Arseno, ¿qué dama es ésta?
ARSENO: El papel lo dirá. Lee.

Lee

CELIA: "De buen talle, cara y prendas.
Al fin, toda me agradó."
Y tú, di, ¿agradaste a ella?
ARSENO: El papel lo dirá. Lee.

Lee

CELIA: "Informéme de quién era. . ."
Yo juro que no te quede,
Arseno, por diligencia.
"Y que era doncella supe. . ."
¿Qué se te da que lo sea?
Dáale, como a mí, palabra.
ARSENO: Celia, por Dios, que estás necia.
¿Cómo sabes que soy yo
de quien este papel reza?
CELIA: El papel lo dirá. Leo.
"Y que era su nombre Celia."
ARSENO: ¿Cómo?
CELIA: ¡Pues ya anda mi nombre
en coplas, señor! ¿No vieras
que habiendo de ser tu esposa,
es bien que buen nombre tenga?
ARSENO: ¿No hay más Celias que tú?
CELIA: No,
para Arseno no hay más Celias;
y concurren muchas cosas
para que negar no puedas.

Habla SANCHO aparte a ARSENO

SANCHO: Señor, ¿qué puede ser esto?
ARSENO: Un confuso mar me anega.

Lee

CELIA: "Sabe Dios que temblé todo
a la palabra doncella;

mas al fin acometí,
que mi antigua maña es ésta."

Habla ARSENO aparte a SANCHO

ARSENO: Sancho amigo, vive Dios,
que este papel es de Ardenia,
que ha sabido ya esta historia,
y así la venganza ordena.

Lee

CELIA: "Fui admitido, entré en su casa,
rica, adornada y compuesta.
ra su guarda una tía,
Julia en nombre, en años vieja."
¿Hay más Celias que yo, Arseno?
¿Cómo agora no lo niegas?
¿No reza de ti el papel?

ARSENO: (¡Que así me castigue Ardenia!) **Aparte**

Lee

CELIA: "Era una vieja Creusa
lo que llaman de honor dueña,
criadas Celia y Dorísta,
y el escudero Perea,
un gato manso de Roma
y una perrilla faldera."
¿También era fuerza darle
cuenta de estas menudencias?

ARSENO: (¿Quién tan por menor habrá
informado de esto a Ardenia?) **Aparte**

Lee

CELIA: "A pocos días y lances
Amor a los dos concierto
a futuro casamiento:
¿Qué no hará quien desea?"
¿De manera que el deseo
de gozarme os hizo fuerza,
y no el merecerlo yo?

ARSENO: (¡Que Ardenia esto también sepa!) **Aparte**

Lee

CELIA: "Dímonos los dos palabras,
que son no costosas prendas,
y para engañar las bobas,
industriosas alcahuetas."
¡Bien descubristis vuestro pecho!
¿Y vos me vendéis nobleza?
Al fin, ¿que habéis de engañarme?
No ha de ser de esa manera;
que hay Dios, leyes y justicia.

ARSENO: (¿Quién no pierde la paciencia?) **Aparte**

CELIA: ¿Este pago dan los hombres
Tras de tantas obras buenas?
¿De esto sirve el regalaros
con mi casa y con mi hacienda?
Si mi honor os entregara,
¡buena quedara de necia!

ARSENO: ¿No dice más el papel?

CELIA: Sí dice; pero ¿qué enmienda
puede tener lo que ha dicho?

Quítale el papel ARSENO y lee

ARSENO: Deja que todo lo lea;
Que estoy loco, y quiero ver
Qué es lo que en el fin se encierra. . .
(Que por firma de su amor **Aparte**
Estimar me mandó Ardenia.)

Lee

"Al fin, sobre mi palabra
me dio, lo que llaman ellas
su honra, y lo que solemos
llamar la flor los poetas."
¡Yo, Celia, no te he gozado!
Esto de otro dueño reza.

CELIA: En lo que mi queja fundo
¿quieres fundar tu defensa?
Si te alabas sin gozarme,
si me gozaras, ¿qué hicieras?

ARSENO: Bien lo riñes. Mas aguarda;
que va adelante la letra.

Lee

"En habiéndole gozado,
conocí la diferencia
que hay del dudoso deseo
a la posesión quieta.
Canseme, y a pocos días
;a dejé burlada y necia."
¡Yo, Celia, no te he dejado!

CELIA: Escribes lo que hacer piensas.

Lee

ARSENO: "Y para vivir seguro
de que me siga y me prenda,
me he mudado el propio nombre."
¿Yo he mudado el nombre, Celia?
Esto otras historias toca.
Ya cobro nuevas sospechas.

CELIA: En mi casa eres, Arseno,
y no sé si fuera de ella
te lo has mudado.

ARSENO: Bien dices.

Lee

"Y el que antes Persio era. . ."

CELIA: (¡Ay Dios!) **Aparte**

ARSENO: Pues ¿qué Persio es éste
que colores diferencias?

CELIA: Si. . .

ARSENO: No tienes que alegar;
que ésta no es la vez primera
que de este Persio he oído
murmurar algo en tu ofensa.
Quien esto de sí sabía,
¿Con tan animosa lengua
me ofendía y agraviaba,
como si razón tuviera?

CELIA: Tú, falso, tú por dejarme
estos engaños ordenas.

ARSENO: ¿Que aún animas tus enredos?
Una mujer ¿qué no intenta?

Sale PEREA

PEREA: ¡Cuando ya los gallos cantan,
anda esta casa en pendencias!
¿Qué es esto, Sancho? ¿Qué es esto?

SANCHO: Es el demonio, Perea.
Oíd y ved y callad.
PEREA: Eso me mandó mi abuela.

Lee

ARSENO: "Agora me llamo Julio.
Éstas son, señor, las nuevas
que os puede dar este amigo
de esta corte de Bohemia."
CELIA: (¡Ah Persio! ¿No te bastara **Aparte**
hacerme sola una ofensa?)
ARSENO: Celia, quédate con Dios,
y haga el cielo que te veas
desde tu Persio vengada.
Yo no trato de mi afrenta;
yo te perdono mi agravio,
y sólo en su recompensa
te pido que desde aquí
ni me sigas ni me quieras.
Donde acaso me encontrases,
cual sí no me conocieras,
ni me mires con tus ojos,
ni me nombres con tu lengua.
CELIA: ¿Dónde te vas a estas horas,
Arseno? Señor, espera.
Hola, Perea, tenedlo:
No dejéis que abra las puertas.
SANCHO: En eso no se pondrá,
si quiere vivir Perea.
PEREA: Pues ve; que quiero vivir
Como si agora naciera.

*Vanse. Salen PERSIO y TRISTÁN, de camino, y
JUSTINO. Después, ARDENIA e INÉS*

JUSTINO: Vengáis muy enhorabuena,
hijo de mi corazón;
que llegáis con ocasión
que aliviáis mucho mi pena.
La muerte de vuestro tío,
mi hermano, en el alma siento;
pero vuélvela en contento
el gozaros, hijo mío.

Sale ARDENIA

ARDENIA: ¿Que vino mi hermano Arnesto?
 Al cielo mil gracias doy.
PERSIO: (¡Cuán otro que piensa, soy!) **Aparte**
TRISTÁN: (¡Aquí es Troya!) **Aparte**
ARDENIA: Mas ¿qué es esto?
JUSTINO: Dale a tu hermana los brazos.
PERSIO: Hermana del alma mía,
 ¿posible es que llegó el día
 de gozar de estos abrazos?
ARDENIA: (¡Cuán otros los esperaba!) **Aparte**

Sale INÉS

INÉS: ¿Que vino ya mi señor?
TRISTÁN: (Ya yo también tengo amor.) **Aparte**
INÉS: (Mas no es el que yo pensaba.)
 ¿Qué es esto, señora?
ARDENIA: Es
 lo que mi suerte ha ordenado.
 Mí hermano, que hoy ha llegado
 porque hoy me dañaba, Inés,
 menester es dar aviso
 a Arseno de lo que pasa.
INÉS: ¿Cómo o dónde, si su casa
 jamás declararnos quiso?
TRISTÁN: (Todo el mundo se entristece.) **Aparte**
INÉS: Si él tardara más de un día
 otro hospedaje hallaría.
ARDENIA: Dios lo quiere así.
PERSIO: Parece
 que os habéis entristecido.
 Si es porque mal talle tengo,
 a ser vuestro hermano vengo,
 que no vengo a ser marido.
 Hasta aquí mí condición,
 hermana, no la sabéis,
 en sabiéndola, veréis
 que alegraros es razón.
 En mí no es de esa manera;
 que tal me habéis parecido,
 que mejor a ser marido
 que a ser hermano viniera.
JUSTINO: No te espantes, hijo Arnesto
 de lo que en tu hermana ves;
 que es condición, y en un mes
 no le veo alegre el gesto.
 Entra agora a descansar,
 y mientras otra se aliña,
 mi cama o la de esa niña

reposo te pueden dar.
PERSIO: En vuestra cama será;
que si no me da mi hermana
la vista de buena gana,
menos la cama dará.

Vase JJUSTINO

INÉS: Háblale; que algún indicio
cobrará contra tu fama.
ARDENIA: Ardenia, su vista y cama
están a vuestro servicio;
y no os espante si así,
con ser mi hermano, me extraño;
porque para mí es extraño
lo que en mi vida no vi.

Vase

PERSIO: Bien lo entiendo.
TRISTÁN: ¡Bueno va!
¡Vive Dios que la han tragado!
PERSIO: ¿Ves como el haber hallado
ventura en buscarla está?

Vase

TRISTÁN: ¿Oye, señora doncella?
en mi amo a su señora
le vino un hermano agora;
en mí, ¿qué le viene a ella?
INÉS: Parece que me viene. . .
TRISTÁN: ¿Qué le viene?
INÉS: Un majadero.
TRISTÁN: Por ser eso lo primero
que me habla, perdón tiene,
porque de los desposados
la primera es necedad.
INÉS: ¡Desposados! En verdad
que estábamos remediados.
¿No ven qué honrado marido?
TRISTÁN: ¿Oye? En tocándome en eso,
saldré de medida y seso.
mas yo la culpa he tenido;
que si yo no me abatiera
y a una vil mozueta hablara,
ni se me desvergonzara,
ni el respeto me perdiera.

Mas no sabe quién yo soy.
INÉS: ¿Qué más que un criado eres?
TRISTÁN: Poco sabéis las mujeres.
Mas por ser criado, ¿estoy
de la estimación privado?
INÉS: ¿Qué la quita si es o no?
TRISTÁN: Y el que a todos honra dio,
que fue Adán, ¿no fue criado?
INÉS: ¡Qué gracioso desvarío!
TRISTÁN: Pero dejando esto, dama,
¿tenéis aliñada cama
al cansado cuerpo mío?
INÉS: Una os tengo acomodada.
TRISTÁN: Si es la vuestra, sí será.
INÉS: A tal señor mal vendrá
la cama de una criada;
mas yo por fiadora salgo
de que os ha de venir bien
ésta que os prevengo.
TRISTÁN: ¿Quién
dormir suele en ella?
INÉS: Un galgo.

Vanse. Salen ARSENO y SANCHO, de camino

SANCHO: Al fin ello se ha de hacer.
ARSENO: Echada la suerte está.
SANCHO: A la puerta estamos ya.
Alto; toco a acometer.
ARSENO: ¡Nombre de Dios! Imagino,
por las señas, que es aquí.

Sale TRISTÁN

TRISTÁN: ¿Quién llama? ¿Quién está ahí?
ARSENO: ¿Vive aquí el señor Justino?
TRISTÁN: Aquí vive.
ARSENO: ¡Gloria a Dios!
¡Oh casa, que lego a verte!
TRISTÁN: ¿Quién sois, que entráis de esa suerte?
SANCHO: Quien os puede echar a vos.
TRISTÁN: ¿Echar a mí?

Sale JUSTINO

JUSTINO: Pues, ¿qué es esto?
ARSENO: ¡Padre y señor de mi vida!

Dadme es mano querida.
JUSTINO: ¿Quién sois vos?
ARSENO: Vuestro hijo Arnesto.
JUSTINO: ¿Cómo?
TRISTÁN: (Tristán, ¿qué aguardáis? **Aparte**
Quiero avisar a mi amo.)

Vase

ARSENO: ¿Cómo, cuando padre os llamo,
de esta suerte os extrañáis?
Si os enojáis, padre mío,
porque sin licencia vengo,
llana la disculpa tengo
con la muerte de mi tío.
Murió Roberto, y por eso. . .
JUSTINO: ¿Estáis loco?
ARSENO: ¿Ya debiera
un hijo de esta manera
recibido. . .
JUSTINO: Pierdo el seso.

Salen PERSIO y TRISTÁN

PERSIO: ¿Sois vos, señor, por ventura,
Arnesto el recién venido?
ARSENO: Yo soy.
PERSIO: ¿Y qué os ha movido
a emprender tan gran locura?
ARSENO: ¿Quién sois vos, que de esa suerte
me habláis en mí casa a mí?
PERSIO: Arnesto soy, que nací,
traidor, para daros muerte.
ARSENO: Vos mentís, y en este acero
veréis qué sangre lo mueve.

*Sacan las espadas y
acuchíllanse*

JUSTINO: Hijo, tente.
PERSIO: ¡A tal se atreve
un embaidor embustero!

Salen ARDENIA e INÉS

ARDENIA: ¡Ay triste de mí! ¿Que es esto?

ARSENO: Si mi padre no estuviera
de por medio, yo os dijera
si soy embaidor o Arnesto.

JUSTINO: ¡Es el Príncipe!

*Salen el PRÍNCIPE, CLAUDIO, y
criados*

PRÍNCIPE: El ruido,
pasando yo por ahí,
me llamó. ¡Espadas aquí!
¡Desvergonzado! ¡Atrevido!
Ya que a ésta cana cabeza
el decoro le perdéis,
viles, ¿no respetaréis
esta divina belleza?
Dad las armas. Viejo honrado,
¿esto pasa en vuestra casa?

JUSTINO: Esto, gran príncipe, pasa
en casa de un desdichado.
Oye y el cuento sabrás.

Habla el PRÍNCIPE aparte a [JUSTINO]

SANCHO: Señor, ¿qué habemos de hacer?

ARSENO: Ya se erró, no hay que escoger.
Lo que el caso enseñe harás.

ARDENIA: Llégate a mí Arseno, Inés,
Y con recato le di
que ya que sucedió así,
sufra y no diga quién es;
que todo cuanto suceda,
como él con vida quede,
al fin remediarse puede
si a mí la vida que queda.

PERSIO: Tristán, hoy has de mostrar
cuánto por amarme pones.

TRISTÁN: Aunque muera, serán nones.

PRÍNCIPE: Caso digno de admirar.

JUSTINO: Veinte años que han pasado
sin vello, cosa es bien clara
que la imagen de su cara
en mi memoria han borrado;
y también como ha crecido
de niño a hombre en la ausencia,
de los dos la competencia
determinar no he podido.

PRÍNCIPE: Es atrevimiento extraño

de uno de los dos.

CLAUDIO habla aparte con el PRÍNCIPE

CLAUDIO: Señor,
este hombre tiene amor
a Ardenia, si no me engaño;
que mil veces lo he encontrado
paseando por aquí;
y aunque antes nunca entendí
esto que te he declarado,
con lo que hemos visto agora
mi cierta sospecha crece.

PRÍNCIPE: Y pues ella me aborrece,
¿quién duda que a éste adora?
Eso, Claudio, que has pensado
es muy fácil de creer,
que es galán, ella mujer,
ciego amor, yo desdichado.
¿Qué haré, que estoy sin seso?
Estoy por darle la muerte.

CLAUDIO: Yo temo que desafortunadamente
se empeore este suceso;
Que obligarás de este modo
a Ardenia, si lo ha querido,
a decir que es su marido,
y perderásla del todo.

PRÍNCIPE: Claudio, aconséjame pues.

CLAUDIO: Escucha mi pensamiento.

A INÉS

ARSENO: Que haré su mandamiento
Responde a mi Ardenia, Inés.

SANCHO: Inés, por ti me he perdido.

PRÍNCIPE: Cuádrame tu parecer.

Vase CLAUDIO

JUSTINO: Fácil es, señor, saber
cuál de los dos ha mentado.

PRÍNCIPE: Eso está ya declarado;
que el que esta noche llegó
he visto otras veces yo
en corte, y me han informado
de que es un loco de atar.
Y así del remedio déjalo

trato.

Sale CLAUDIO con un cordel

CLAUDIO: Aquí tienes cordel.
TRISTÁN: Tormento nos quieren dar.
PRÍNCIPE: Atad a ese loco presto.
ARSENO: ¡A mí! ¿Por qué tal rigor?
Advertid, padre y señor,
Que soy vuestro hijo Arnesto.
PRÍNCIPE: ¡Mirad si su tema dura!
SANCHO: ¡Arnesto, de esta manera

Atan a ARSENO

nunca de Roma viniera
para tanta desventura!
PRÍNCIPE: ¿Quién es éste?
TRISTÁN: Su criado.
PRÍNCIPE: ¡Triste dél! Ataldo presto.
CLAUDIO: De su amo, según esto,
la enfermedad le ha tocado.
TRISTÁN: Señor, pues ves lo que pasa,
pon tu barba a remojar.
PRÍNCIPE: Estos dos has de llevar
y entregarlos en la casa
de los locos. El cuidado
encarga de su salud.
TRISTÁN: ¡Qué cristiandad! ¡Qué virtud!

A CLAUDIO

PRÍNCIPE: Escucha.
ARDENIA: (Aún me he consolado **Aparte**
Pues va donde le veré
y hacerle podré regalo.
PRÍNCIPE: Un saco muy roto y malo
haz que a éste se le dé,
y que lo pongan en parte
que todo el mundo lo vea,
porque esto en Ardenia sea
a que lo aborrezca parte.
CLAUDIO: Haré tu mandado. Andad.
ARSENO: Príncipe, un agravio tal
no es de tu pecho real;
mas valdrá al fin la verdad.

**CLAUDIO y algunos criados del PRÍNCIPE se
llevan a ARSENO y SANCHO**

PRÍNCIPE: Arnesto, vedme mañana;
que esta noche pensaré
algo que daros, con que
regaléis a vuestra hermana.
PERSIO: El cielo guarde, señor,
vuestra mano liberal.
JUSTINO: Es al fin mano real.
PERSIO: (El a Ardenia tiene amor.) **Aparte**
PRÍNCIPE: Quedad, Ardenia, con Dios,
y del hermano gocéis
los años que merecéis.

Vase

ARDENIA: Para serviros a vos.
PERSIO: (En celos quedo abrasado.) **Aparte**
JUSTINO: Entraos, Arnesto, a acostar,.
ARDENIA: Inés, venme a desnudar.
TRISTÁN: (De buena hemos escapado. **Aparte**

Vanse

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sale PEREA, y luego, CELIA

PEREA: ¡Jesús! ¿Quién creyera tal?
¡Ah pobres enamorados!
¡Cuán ciegos y despeñados
buscan el último mal!

Sale CELIA

CELIA: Perea, ¿de dónde bueno?
¿Qué hay de nuevo? ¿Habéis corrido
la ciudad? ¿Habéis tenido
rastros del traidor Arseno?

PEREA: Con razón lo habéis llamado
rastros, porque aunque lo hallé
a él mismo, de lo que fue
el rastro sólo ha quedado.

CELIA: Hablad claro.

PEREA: Ya me aclaro.
Digo que sé donde está
Arseno.

CELIA: Decílo ya.

PEREA: No sin causa me reparo,
Porque no son muy sabrosas
las nuevas que dél he hallado.

CELIA: Pues ¿qué son? ¿Hase casado?

PEREA: No más que con dos esposas.

CELIA: ¿Dos?

PEREA: Y está con ellas preso.

CELIA: ¿Luego no soy sola yo
a la que Arseno engañó?

PEREA: ¡Qué bien lo entendéis! No es eso.

CELIA: Pues ¿qué? No lo dilatéis.

PEREA: Sosegad el pecho inquieto;
que donde está, yo os prometo
que seguro lo tenéis.

CELIA: ¿Está muerto?

PEREA: Vivo y fuerte
Está; no es ése su mal,
mas otro tan general
a todos como la muerte.

CELIA: ¡Qué flema, viejo, tenéis,
cuando cólera rebozo!
¡Oh, muera yo con un mozo!

PEREA: Y aún con él vivir querréis.

CELIA: No quiero saberlo ya.
Idos de aquí. ¡Qué pesado!

PEREA: Ya lo digo, aunque forzado.
Arseno, señora, está
adonde cuantos nacieron
son llamados con razón,
y los escogidos son
los que menos merecieron;
y estos escogidos pocos
son en serlo desdichados,
Porque viven encerrados
en la casa de los locos.

CELIA: ¿Agora estamos en eso?
PEREA: Y en eso está Arseno agora.
CELIA: ¿Estáis sin seso?
PEREA: Señora,
bien pudiera estar sin seso,
pues que vi sin él a Arseno,
de toscó sayal vestido,
tras una reja oprimido,
todo de prisiones lleno.
CELIA: ¿Qué decís?
PEREA: La verdad digo.
CELIA: ¿Burlaisos?
PEREA: No, por San Pablo.
Cuando en cosas graves hablo,
¿suelo burlarme contigo?
CELIA: ¡Oh mal haya el que escribió,
Arseno, el papel que ha sido
la causa de haber perdido
vos el seso, y a vos yo!
Salió de mi casa Arseno
lleno de rabia y pesar;
debióse el triste de andar
toda la noche al sereno;
y de celos del suceso
del papel, de no dormir,
de imaginar y sentir,
perdió el desdichado el seso.
¡Mal haya tanto celar!
¡Ay de ti y ay de mí triste!
Mas mira bien si lo viste;
que te pudiste engañar.
PEREA: En vano remedios pones.
No me engañé; porque allí
también a Sanchillo vi
con su saco y sus prisiones.
CELIA: ¿Qué hay en mi mal que no crea?
¿Puedo yo velle y hablalle?
PEREA: Tan cerca está de la calle,
que nadie sin que lo vea
por ella podrá pasar;
que yo por eso lo vi,
que pasando por allí,
acaso volví a mirar.
CELIA: ¿Cómo me detengo tanto?
Vamos, dadme el manto luego.
PEREA: ¡Ved si tiene tasa el fuego!
CELIA: ¡Hola! Acabad. Ese manto.

*Vanse. Sale ARSENO, a una reja, con saco de loco.
Después SANCHO, [tambié con saco de loco]*

ARSENO: Bien se echa de ver, fortuna,
Cuán ciega tus dones das,
pues al que merece más
te muestras más importuna.

Bien se echa de ver, Amor,
tu niñez y seso poco,
pues que castigas por loco
a quien te sirve mejor.

SANCHO: Triste vida es la de un loco,
que está todo el día holgando,
solamente imaginando.

ARSENO: ¿Trabájase en eso poco?

SANCHO: Solamente revolver
pensamientos en su oficio,
que al que tenga más juicio
bastarán a enloquecer.

Y tú ¿qué piensas, señor?
Mas puesto que loco estás,
mis locuras pensarás.

ARSENO: Sí; que pienso en el amor.

SANCHO: Lleve el diablo el cieguecillo,
hijo de vil ramera.
¿Tiénete de esta manera,
y porfías en seguirlo?
Al demonio es parecido
el que vive enamorado,
más perdido y más penado,
y menos arrepentido.

ARSENO: ¿Qué me importa ya olvidar
la causa, si el daño siento?

SANCHO: No dar a la causa aumento;
que crece de imaginar.

Da en pensar en otra cosa;
y pues que locos estamos,
una locura escojamos
más útil y más gustosa.

¿Sabes qué tema sospecho
que hará olvidar cualquier mal?

ARSENO: ¿Qué tema? Di.

SANCHO: Decir mal
de todo cristiano a hecho;
que puede un discreto dar
mil juicios, por tener
licencia para poder
hartarse de murmurar.

Por el Príncipe empecemos;
que, pues por locos nos dio,
de su mano nos firmó

la licencia que tenemos.
Tras él su padre ha de ir,
luego todos los humanos;
sólo de los escribanos
no me atreveré a decir.

ARSENO: ¡Ay, Sancho, que de mi mal
divertirme en vano quieres!

SANCHO: ¡Lleve el diablo a las mujeres. . .
y aun a quien las quiere mal!

Salen ARDENIA e INÉS, con manto

INÉS: ¿Veslo?

ARDENIA: Sí, y no me está bien
tan presto, Inés, encontrase;
que es muy cerca de la calle,
y cuantos pasan lo ven.

INÉS: Fácil lo remediarás
con el administrador.

SANCHO: Pues yo también tuve amor
a Inés. . .

INÉS: (¿Tuve amor no más?) **Aparte**

SANCHO: Y vive Dios, que después
que padezco esta mancilla,
si no es para maldecilla,
no me he acordado de Inés.

INÉS: (¿Así, traidor? Pues callad, **Aparte**
que vos me la pagaréis.)

ARSENO: Ojos, ¿qué es esto que veis?
Alma, decid la verdad.

ARDENIA: ¿Tan poco en mi fe te fías,
que dudas de esta fineza?

ARSENO: No dudo por tu firmeza,
mas por las desdichas mías.

ARDENIA: Todas las puedes creer,
y no que te falte yo,

ARSENO: Pues para mí, si esa no,
¿qué desdicha hay que temer?

ARDENIA: Ésta que pasando estás.

ARSENO: Ésta es gloria para mí;
que los tormentos por ti
deseo, mi bien, no más.

ARDENIA: ¡Ay, señor! que desta suerte
causártelos no querría;
mas es tal la dicha mía...

ARSENO: Di que es el no merecerte.

ARDENIA: El no haberme ya alcanzado
prueba tu merecimiento.

ARSENO: Con ese mismo argumento

no merecerte he probado,
pues alcanzo el bien de verte;
y es llano, porque ¿quién fuera
tan dichoso que te viera,
habiendo de merecerte?

ARDENIA: Tú, que para más pesar,
a ambas cosas has llegado,
porque de esta suerte el hado
te tiene más que quitar. ARSENO:
quite, condéneme a loco;
que todo, mi Ardenia, es poco
si duran tu fe y tu vida.

Atormente, alargue, impida,

ARDENIA: Infórmente mis intentos
de mi fe, mas no los casos;
que mi desdicha los pasos
impide a mis pensamientos.

Mi vida no es muy segura;
que como solo el morir
de ti me ha de dividir,
témolo de mi ventura.

Demás de que el verte así
es insufrible tormento.

ARSENO: Mi bien, si así estoy contento,
¿Por qué te dueles de mí?

ARDENIA: ¿Cómo no ha de atormentarme
El caso de Arnesto?

ARSENO: En eso
no te quejes del suceso,
pues que pudiste avisarme.

ARDENIA: ¿Cómo, si yo no sabía
tu casa, que por tu mal
me has callado desleal?

ARSENO: Estar pudiera en espía
a tu puerta o tu ventana
quien me diera aviso de ello.

ARDENIA: Inés sola pudo hacello,
y ésa desde la mañana
hasta que entraste aguardó;
llamóla entonces Arnesto,
y aunque quiso volver presto,
antes el mal sucedió.

Al fin la desdicha mía
todo lo supo ordenar,
pues que pudo hacer llegar
a Arnesto en tan fuerte día.

ARSENO: No te aflijas; que no mucho,
Pues te veo, se ha perdido.

ARDENIA: En eso mi fe ha podido
más que el hado con quien lucho.

ARSENO: ¿Cómo aquí a venir te atreves

estando tan fresco el caso?
¿De tu hermano no haces caso?

ARDENIA: Eso y más e mi fe debes.

Mi padre a misa salió,
tras él a besar la mano
al príncipe fue mi hermano,
y tras él a verte yo;

Aunque el tormento que saco
de verte así es de tal suerte,
que más quisiera no verte.
¡Tantos hierros, tanto saco!

SANCHO: Pues, Inés, ¿no nos hablamos?

¿De qué nace la hinchazón?
¿No te ha dado comezón
el oír a nuestros amos?

Que yo te juro que a mí
me la ha dado de manera,
que a un loco amores dijera,
si no te tuviera aquí.

Inés, ¿qué es esto? Después
que de este modo me tienes,
¡Me lo pagas con desdenes
y con berrinches, Inés!

¿No te dueles de este saco
que me han vestido por tí?
¿Todavía estás así?
¡Oh, lleve el diablo al bellaco
que por tu amor se arresgó,
y de esta suerte se ve!
También yo enojarme sé.
Aguarde que la hable yo.

ARDENIA: Con el administrador
alcanzallo todo espero;
que si algo puede el dinero,
yo lo tengo, y tengo amor.

Saldrás con la noche oscura
a verme; pero de día
tu vida importa y la mía
que prosigas tu locura.

Aquí estarás regalado. . .
¿No lo has sido estos dos días?
Y en cuenta dos joyas mías
al mayordomo he enviado.

ARSENIO: Bien se ha portado conmigo.

ARDENIA: Así te habrás de pasar
aasta que a más dé lugar
el Príncipe mi enemigo.

SANCHO: Pues ¿no me ruegas? ¿Qué es esto?
mas ya, Inés, ya te entendí.
El mozo anda por ahí

del recién venido Amesto.

CELIA, con manto, tapada; y PEREA

PEREA: ¿Veislo ya, señora?

CELIA: Sí,
¡y ojalá que no lo viera!
¡Ah traidor!

PEREA: Mas ¿si no fuera
esta locura de ti?

A INÉS

ARDENIA: Cúbrete; que tiende el paso
hacia acá esta rebozada.

A ARSENO

SANCHO: Celía es ésta.

ARSENO: Importa nada;
que ya sabe Ardenia el caso.

CELIA: Lleguemos; que no hay cordura
para poder sufrir esto.

SANCHO: (Acá viene. Ello habrá presto
en todos harta locura.

CELIA: Dios guarde a vuestasmercedes.

ARDENIA: Y a vuesamerced.

CELIA: No pocos,
según veo, son los locos
a quien prenden estas redes.
¡A un furioso aprisionado
tan en seso se visita!
O no es cuerda la visita,
o no es loco el visitado.
Dél lo visto me da indicio
que fue fuerza enloquecer;
porque, ¿a quién tanta mujer
no le quitará el juicio?

A ARDENIA

INÉS: Celos son éstos.

ARDENIA: Yo rabio.

INÉS: ¿Por qué callas?

ARDENIA: ¿Soy mujer
baja para responder?

INÉS: Yo, si quieres. . .
ARDENIA: Cierra el labio.
CELIA: Mas lo que en este suceso
me causa admiración, es
que quieran dél más, después
de haberle quitado el seso.
Aunque si las ha engañado,
como a alguna que yo sé. . .
ARSENO: Parad; que hasta aquí callé
porque habéis de fuera hablado;
mas ya decís que sabéis;
y antes que lleguéis a erraros,
será justo refrenaros;
que temo que os despeñéis.

A ARSENO

SANCHO: Perdidos somos: gran tiento
has menester en hablar;
que Ardenia se ha de enojar.
ARSENO: ¿De qué, sí sabe este cuento?
Celia, yo estoy admirado
de ver que cara tengáis
para hablar como me habláis
tras el suceso pasado;
mas vuestro proceder loco
a darme a entender comienza,
o que no tenéis vergüenza,
o que me tenéis en poco.
Y ¡ojalá que el no estimarme
os mueva a que así me habléis,
pues si en poco me tenéis
estáis cerca de dejarme!
Haceldo; que os está mal
seguir a un loco, ¡por Dios!
Válgame, Celia, con vos
este estado, este sayal.
Dejadme: ¿qué pretendéis?
¿Déboos algo? Y si os debiera,
sólo estar preso pudiera;
ya lo estoy: ¿qué más queréis?
Dejadme: a Persio seguid;
que os es más cierto deudor.
ARDENIA: (Celos le pide. ¡Ah traidor!)
SANCHO: Has hablado como el Cid.
CELIA: Ni engaños ni fingimientos,
ni del papel la invención
han de impedir mi razón,
ni han de mudar mis intentos.

Aparte

Y si por cumplir acaso
con las que os han escuchado,
de ese modo habéis hablado,
yo os sabré atajar el paso;

CELIA: Ni engaños ni fingimientos,
ni del papel la invención
han de impedir mi razón,
ni han de mudar mis intentos.

Y si por cumplir acaso
con las que os han escuchado,
de ese modo habéis hablado,
yo os sabré atajar el paso;
que pues vos tan claro hablastes,
yo también claro he de hablar;
que a otra no habéis de engañar
del modo que me engañastes;
que sabrán las que han oído
las culpas que me ponéis,
que palabra me tenéis
dada de ser mi marido.

ARDENIA: ¿Qué tengo que esperar más?
Vamos.

ARSENO: ¡Señora!. . .

ARDENIA: No creas
ni que ya jamás me veas,
ni que me verás jamás.

ARSENO: Vuelve, escucha. . .

ARDENIA: Indicio fuera
de quererte perdonar.

Vanse ARDENIA e INÉS

ARSENO: ¿Por qué me quieres matar
Sin oírme? --Vuelve, espera.--
Celía, demonio, mujer
vete, déjame. --Señora,
vuelve.-- Vete, engañadora.
¿Qué esperas? ¿Qué hay más que hacer?
Vete; que ya, fiera arpía,
de la boca me has quitado
el más sabroso bocado.
¡Ay, perdida gloria mía!

Vase

CELIA: Voyme, traidor, desleal,
voyme, y os prometo a Dios
de no acordarme de vos

sino para haceros mal.

Vamos.

SANCHO: Para no volver.

CELIA: En San Juan me dejaréis,
Perea, y os volveréis
a seguir esa mujer.

Procurad velle la cara,
y sabed su casa y nombre.

Vanse CELIA y PEREA

SANCHO: Si empieza a caer un hombre,
hasta el postrer mal no para.

¡Buenos, Celia, nos dejáis!
¡Buenos quedamos por vos!
Presos, sin blanca y ajenos
De todo humano favor.
Pensaba yo que durara
la prisión como empezó,
al comer, cualque gallina,
al cenar, cualque capón.
Espantástenos la caza.
Perdió por vos mi señor
a Ardenia, y a vos por ella,
y a Inés por entrambas yo;
y ya nos será forzoso
comer la endeble porción
de un loco, que quien la vea
dirá que otra vez sirvió.
Comeremos hormiguillo,
mar donde nunca alcanzó
sólo un grano de avellana
el loco más nadador.
¡Luego habrá mudar camisa!
Ya me considero yo
hecho de aquestos ejidos
el ganadero mayor.
De todas estas desdichas
vos, Celia, la causa sois.
¡Plega a Dios, fiera celosa,
que no os lo perdone Dios.

Vase. Salen PERSIO y TRISTÁN

TRISTÁN: ¿Ya eres justicia, señor?

PERSIO: Ya soy justicia, Tristán.

TRISTÁN: Y según las cosas van,

presto serás la mayor.
¡Plega a Dios que años sin cuento
te dure tanta ventura!
que yo no juzgo segura
dicha con tal fundamento.

PERSIO: Calla. Atrévete a acabar.
Ya que a emprender te atreviste,
pues la mayor parte hiciste
de la obra en comenzar.

TRISTÁN: Bien me atrevo; mas recelo
cuando alzas torres al viento,
como no es firme el cimiento,
verlas todas en el suelo;
 que de tu parte en engaño
se fundan, pues descubierto
quien eres, mira si es cierto
que fabricas por tu daño;
 pues el Príncipe, bien ves,
si tanta merced te hace,
que de amor de Ardenia nace,
y mudable el amor es.

PERSIO: Todo puede prevenirlo
buen ingenio y buen cuidado:
mi engaño va bien fundado,
nada puede descubrirlo.

 Cartas de Arnesto a Justino
no pueden llegar jamás,
pues tú siempre en casa estás
a impedilles el camino.

TRISTÁN: Sí; mas si Arnesto viniera
por ser ya muerto su tío,
como escribe. . .

PERSIO: Al poder mío
pienso que no se opusiera,
 porque ¿de dónde tendría
el dinero que conviene
para el pleito, si el que tiene
su padre está a cuenta mía?
 pues no teniéndolo, ¿cúya,
Tristán, la vitoria fuera?

TRISTÁN: ¿Y si él dineros trujera
de Roma?

PERSIO: Aun no fuera suya;
 que estoy informado y cierto,
por las cartas que he leído,
de los negocios que ha habido
entre Justino y Roberto;
 y la letra contrahago
de Arnesto, que es un buen modo
de asegurarme.

TRISTÁN: Con todo,
Señor, no me satisfago;
 que es la verdad enemigo
muy fuerte. Y si a eso vinieras,
sospecho que no tuvieras
al Príncipe por amigo;
 que mal gusto le ha de hacer
el cuidado con que miras
por Ardenia, y la retiras
de donde la pueda ver.

PERSIO: Ya, Tristán, a Arnesto escrito
tengo, en nombre de su padre,
que estarse en Roma le cuadre;
con que esos lances evito:
 demás de que pienso dar
muy presto fin a este enredo,
Porque ya sufrir no puedo
tanto mudo desear.

 no puedo abstenerme ya
del agua estando sediento;
que es tanto más el tormento
cuando el bien más cerca está.

 Mil veces he acometido,
con la licencia de hermano,
sólo a tocarle la mano
y ninguna me he atrevido.

 Así mis glorias limita,
Tristán, el amor crüel,
y aquella licencia que él
me debiera dar, me quita.

 Así estoy de amor y miedo
como al que soñar sucede
con el toro, que ni puede
moverse ni estarse quedo.

 Pues descubrirle quien soy
y mi afición, es perderme;
que es forzoso aborrecerme,
pues causa a sus penas doy.

TRISTÁN: Tiempo, lugar y ventura
muchos hay que la han tenido,
pero pocos han sabido
gozar de la coyuntura.

 Quien el dolor que padece
ha dicho a su dama bella,
si una Ocasión se le ofrece
y no se atreve a cogella,
no tener otra merece;
 mas quien, como tú, procura
mover una peña dura

que ha de extrañar tu intención,
aguarde con la Ocasión
tiempo, lugar y ventura.

Regálala francamente;
que con la más rica es
el dar un medio valiente,
en requebrarla cortés,
en servilla diligente;

y después que le hayas sido
amante, galán, marido
mejor que hermano, has de usar
de una traza que en amar
muchos hay que la han tenido.

Cuéntale una y otra historia
de Amor, que lleve encubierta
su dulzura, gusto y gloria;
que el apetito despierta
de estos bienes la memoria.

De este modo entra Cupido;
a esta traza has de ir asido.
Muchos alcanzar pudieran,
si el orden guardar supieran;
pero pocos han sabido.

Tras de la historia de amor
meterás la deshonesto,
que le dé un lascivo ardor;
que en la materia dispuesta
entra la forma mejor.

Y si en la plática dura,
detenida en su dulzura,
por más que a lo honesto excedes,
¡allí es Troya! Entonces puedes
gozar de la coyuntura.

PERSIO: Diestro estás: por Dios, que invidio
Lo que de arte de amar sabes.

TRISTÁN: Ni me invidies ni me alabes,
Sino al ingenioso Ovidio,
de quien lo dicho aprendí;
que, aunque en servir he parado,
mi latincillo he estudiado.
Mas Ardenia viene aquí.

PERSIO: Escóndete donde veas
si sigo bien tu lición;
que hoy tendrá fin mi pasión.

TRISTÁN: Mira que prudente seas;
que entrar su padre podría,
y fuere un trance crüel.

PERSIO: Si entrare, en este papel

Muéstrale uno

fundo la disculpa mía.

***Vanse y escóndanse detrás de una
cortina. Sale ARDENIA***

ARDENIA: (Quien tiene amor mal sosiega, **Aparte**
y menos quien da en celar,
y menos quien a tocar,
cual yo, un desengaño llega.)

PERSIO: Señora. . . Ardenia. . . ¿Qué es esto?

Háblala turbado sin llegar a ella

(¿Qué dudo? ¿Qué hay que temer? **Aparte**
¿No soy hombre? ¿No es mujer?
¿No me tiene por Arnesto?
¿Qué hay que esperar?)

ARDENIA: (Ay, Arseno, **Aparte**
cuán injusta pena llevo!)

A TRISTÁN

PERSIO: ¿No es bueno que no me atrevo
a llegar, Tristán?

TRISTÁN: No es bueno.

¿Eres potro de Gaeta
más cobarde cada día?

PERSIO: Crece más la cobardía
cuanto más amor me inquieta.

A ella

Hermosa hermana, ¿qué hacéis?

ARDENIA: ¿Yo? Nada.

PERSIO: ¿En que imagináis?

ARDENIA: En nada.

PERSIO: Pienso que estáis
triste, hermana.

ARDENIA: ¿En qué lo veis?

PERSIO: En esas cortas respuestas
y ese semblante severo;
y aunque os doy lugar primero

entre las damas honestas,
casi llego a sospechar
que os da pena este tirano
de Amor.

ARDENIA: ¿Es celarme, hermano?

PERSIO: Es sentir vuestro pesar,
bella Ardenia, hermana mía,
porque no sé qué otra cosa
a una dama tan hermosa
puede dar melancolía;
porque si cosas queréis
que el dinero alcanzar pueda
nada en gozallas os veda,
pues por vuestro me tenéis.
pues de sangre, de belleza,
de gracia y de discreción,
cosas que debidas son
sólo a la naturaleza,
no sois tan pobre, que en nada
invidiosa de otra estéis;
antes pienso que podéis
ser de todas invidiada.
Y así saco, Ardenia hermosa,
por forzosa consecuencia
que es de amor esa dolencia.

ARDENIA: No me faltaba otra cosa.

PERSIO: Si ésa te falta, imagina
que serás discreta mal;
que es fuego Amor, que el metal
dél entendimiento afina.
Conmigo es el argumento
que tiene fuerza mayor,
que quien tiene mucho amor
tiene mucho entendimiento.
¿Qué sutilezas no enseña
el Amor, qué discreciones,
qué agudezas, qué invenciones,
a un rudo, a un bruto, a una peña?
¿Quién en fiestas y torneos
entre todos se señala,
sino el amante que iguala
las obras con los deseos?
En los brutos animales,
si en ello adviertes, verás
de lo que oyéndome estás
mil evidentes señales.

TRISTÁN: (¡Qué bien sigue mis liciones!) **Aparte**

PERSIO: ¿Dónde hay más dulces despojos
que un mirarse, y por los ojos
leerse los corazones?

¿Dónde hay el bien de un favor
en recibirse y en darse?
¿Un celar, un enojarse,
un reñir de puro amor?

Tómale la mano

¿Un juntar palma con palma
y los dedos entre sí
trabados, decirse así
dos mil requiebros del alma?
¡Dulce bien, grata alegría!
¡Oh! ¡Quién con términos claros
pudiera significaros
lo que siente el alma mía!
Que como esta mano veis
que está en vuestra mano bella,
viérades mi alma en ella,
pues en ella la tenéis,
viérades cómo en el pecho
secreto me martiriza
tanto fuego, que en ceniza
me tiene todo deshecho.
Pues no será sinrazón
que con la nieve que toco
tiemble por la boca un poco
el fuego del corazón.

Bésale la mano

ARDENIA: ¡Jesús! ¿Son veras?
PERSIO: ¿Por qué
 no lo han de ser? Veras hablo.
ARDENIA: ¡Ay, Dios!, ¿si le tienta el diablo?
TRISTÁN: (Más sabe que le enseñé.) **Aparte**
ARDENIA: Suelta la mano.
PERSIO: Sería
 de juicio poco sano,
 teniendo el bien en la mano,
 soltarlo, señora mía.
ARDENIA: ¿Estás loco?
PERSIO: Loco estoy.
ARDENIA: ¿Qué intentas?
PERSIO: Dame esos brazos.
ARDENIA: Primero me harás pedazos.
 ¿Sabes que tu hermana soy?

Suelta la mano

PERSIO: No entiendes el fin que llevo.
Sé que eres hermana mía;
mas ser mi dama fingía.
(A aclararme no me atrevo.) **Aparte**

ARDENIA: A fe que estuve turbada.

PERSIO: Haz, Ardenia, lo que hicieras
si tú la que adoro fueras
o esquivada o enamorada,
lo que tú escogieras.

ARDENIA: Bien,
deja eso.

PERSIO: ¿El esquivo modo
tomas? Pésame; que todo
se irá en vencer tu desdén.
Mas vaya.

ARDENIA: No hay que cansarte;
que no quiero ser tu dama.

PERSIO: ¿A quien como yo te ama,
tan dura podrás mostrarte?
¿No conoces, gloria mía,
que a un amor tan excesivo
no es bien mostrar pecho esquivo,
siquiera por cortesía?

ARDENIA: Digo que no quiero ser
tu dama.

PERSIO: El amor ofendes
más leal.

ARDENIA: ¡Si no me entiendes!

TRISTÁN: (Si no te quiere entender.) **Aparte**

PERSIO: La fe más firme desechas
que vio jamás el Amor
y el más constante amador
que empozoñaron sus flechas
si la afición que te muestro
pagaras, señora mía,
¿qué bien el mundo tendría
que igualase con el nuestro?
Si te esquivas de esa suerte
por mi poco merecer,
sabe que está por nacer
quien haya de merecerte.
Y si alguno ha de alcanzarte
de cuantos por ti padecen,
entre los que no merecen,
nadie me iguala en amarte.
Mas de amor tan excesivo,
hermosa esquivada, confieso

Bésale la mano

Que en esta mano que beso,
sobrado premio recibo.
¡Pues qué si con lazo estrecho
juntando a tu pecho el mío,
venciase tu hielo frío
con el fuego de mi pecho!

Vala a abrazar

ARDENIA: Arnesto, aparta. ¿Qué intentas?
¿Son veras éstas? Desvía.
PERSIO: ¡Oh qué bien, hermana mía,
una esquivia representas!
Resiste, Ardenia querida,
no con muy firme desdén;
mas resiste como quien
se huelga de ser vencida.
ARDENIA: Deja ya ese antojo vano.
PERSIO: Que no es vano, mi bien fío,
puesto que es del amor mío
el objeto soberano.
ARDENIA: (El hilo vuelve a tomar. **Aparte**
No hay quien lo saque de amor.)
PERSIO: Al paso de tu rigor
va creciendo en mí el amar.
ARDENIA: (¿Cómo le podré decir **Aparte**
que el disgusto que le enseñó
no es fingir que le desdeño,
mas no querello fingir?)
Digo, Arnesto, que no quiero
tratar de esto.
PERSIO: ¡Tal rigor!
ARDENIA: Que no quiero ser tu amor
fingido ni verdadero.
PERSIO: Bien excedes en dureza
a las más duras mujeres,
pues ni aun fingiendo me quieres
pagar mi extraña firmeza.
ARDENIA: ¿No me entiendes?
PERSIO: Bien te entiendo. . .
(Mas no te quiero entender.) **Aparte**
Dices que no quieres ser
amor mío, ni aun fingiendo;
y no sé tan bella dama
por qué ha de ser tan crüel,
ni en la boca de la miel

nacer la amarga retama.

Mas un abrazo, mi bien.

ARDENIA: Aparta. Mal me conoces.

Mira que daré mil voces.

PERSIO: Eso es muy propio también;

mas fuera bien que dijeras

"daré mil voces," sin dallas,

porque pueden escucharlas

y pensar que son de veras.

ARDENIA: Y pensarán lo que es;

que de estas cosas no gusto,

ni siendo mí hermano, es justo

que estas liciones me des.

PERSIO: Y si no fuese tu hermano

yo sino un firme galán

que por tí muero, ¿serán

estas liciones en vano?

Si hubiera fingido yo

ser tu hermano, y no lo fuera,

Ardenia, ¿esperar pudiera

que me quisieras, o no?

Dime, ¿parézcote bien?

¿Mi modo te satisface?

¿Mi talle y rostro te aplace,

y mí condición también?

ARDENIA: (¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto? **Aparte**

Casi por creer estoy

que no es Arnesto; mas hoy

sabré si es galán o Arnesto.)

PERSIO: Habla.

ARDENIA: (Yo lo he de engañar.) **Aparte**

Digo que si tú no fueras

mihermano, señor, pudieras

que yo te amase esperar;

que esa gentileza y cara,

ese talle y discreción

y apacible condición

¿a qué peña no obligara?

Yo te confieso, señor,

que mil veces te he mirado

y dicho, "¡Ojalá que el hado

así me diese el amor! "

PERSIO: Pues si quiso conformar

el cielo nuestros intentos,

vayan fuera fingimientos.

¿Qué tengo más que esperar?

Señora, no soy tu hermano;

que aunque a gran dicha tuviera

serlo, gran desdicha fuera

perder lo que agora gano.

Mi gloria, tu amante soy.
Ya pongo en tus manos bellas
mi vida y honor. Por ellas
he de ser o no ser hoy.

No porque soy forastero
te estará mi sangre mal;
que donde soy natural
soy notorio caballero.

Deeto te satisfarás,
Ardenia, cuando tú quieras.
Dame esos brazos: ¿qué esperas?
Dentro de casa tendrás
entre tanto a tu galán,
con que de tu edad florida
goces, Ardenia querida,
sin temer el qué dirán.

Dame, vida por quien muero,
las primicias de mi amor.

ARDENIA: Detente. Aparta, traidor.

PERSIO: Acaba.

ARDENIA: Tente, embustero.

PERSIO: ¿Para qué fingiendo vas
contra lo que has confesado?
Ya, mi bien, me he declarado
y tú declarada estás.

No tengo ya que temer;
aguardar fuera ignorancia.

ARDENIA: Es muy larga la distancia
desde el decir al hacer.

PERSIO: La lengua siempre interpreta
lo que siente el corazón.

ARDENIA: Tal vez declara intención
contraria de la secreta.

Por saber si eras Arnesto,
Aquello fingí, traidor.

Da voces

¡Padre! ¡Señor! ¡Ah Señor!

PERSIO: (En gran peligro estoy puesto.) **Aparte**

ARDENIA: ¡Así, traidor, embustero!. . .

TRISTÁN: (El viejo viene. Esta vez **Aparte**
nos han de apretar la nuez. . .
pero remediallo espero.)

Llégase a ellos

Famoso el picón ha estado.

ARDENIA: ¡Picón!
TRISTÁN: Yo digo, señora,
 que eres sabia; mas agora,
 vive Dios, que la has tragado.

Sale JUSTINO, quedándose a la puerta

JUSTINO: (A Ardenia escucho alterada.) **Aparte**
ARDENIA: Malas burlas son, Arnesto.
TRISTÁN: Mi señor viene.
JUSTINO: ¿Qué es esto,
 muchachos?
PERSIO: Señor, no es nada.
 De entre hermanos son pendencias.
JUSTINO: ¿Sobre qué?
PERSIO: Ahí fue una porfía. . .
 ¿Qué es cansarte? Es niñería.
 Todas son impertinencias.
JUSTINO: Vete, niña, a tu labor.
ARDENIA: (Mi sospecha se ha aumentado.) **Aparte**

Vase

PERSIO: Si la causa te he callado
 de esta pendencia, señor,
 ha sido porque mi hermana
 no se despeche, sabiendo
 que no sólo yo lo entiendo;
 mas te digo que es liviana.
 Mas si palabra me das
 de hacerte de ello ignorante
 con ella, un caso importante
 al honor nuestro sabrás.
JUSTINO: Di; que callar prometo.
PERSIO: éste en la manga tenía;
 yo quitársela quería;

Saca el papel

resistíome, y en efeto
 se lo quité. Mira en él
 si nuestro honor ha ofendido,
 porque noticia he tenido
 que es de un galán el papel.

Lee

JUSTINO: "Con tu papel, gloria mía,
fue mi contento de suerte,
que como un pesar da muerte,
pensé morir de alegría.
Pase el casi eterno día;
llegue la noche, en que veo,
según en tu papel leo,
que para hablarte hay lugar;
que iré, si en, tanto esperar
no me mataré el deseo.

--Tuyo."

PERSIO: ¿Qué dices señor?

JUSTINO: Que es mujer tu hermana, Arnesto,
y ¡ay de aquél que tiene puesto
en una mujer su honor!

PERSIO: Si tú me hubieras creído
no corriera a nuestra cuenta
esta liviandad y afrenta,
sino a la de su marido.

JUSTINO: Otra vez he dicho ya
que a nuestro Príncipe es justo
no dalle tan gran disgusto,
porque de amor ciego está.
Esto fue mientras creía
que mi honor no peligraba
y que tu hermana miraba
como yo por la honra mía;
mas ya, Arnesto, que la veo
tan cerca de ser perdida,
aunque se pierda la vida,
dar vida al honor deseo.

*Salen ARDENIA e INÉS, escondidas tras
una puerta*

ARDENIA: Lo que entre los dos platican
escuchemos desde aquí;
que las sospechas en mí
por puntos se multiplican.

*[TRISTÁN le habla a PERSIO al
oído*

TRISTÁN: Señor, ¿en qué has de parar?
¿Dónde va tu pensamiento?

PERSIO: Presto verás lo que intento.

Connmigo la he de casar.

JUSTINO: Pues ¿quién te parece a ti,
de los mozos de la corte,
que para este caso importe?

PERSIO: Un forastero está aquí,
que es principal, es altivo
y es prudente, aunque es mancebo:
su nombre es Persio, y le debo
no menos que el estar vivo.

INÉS: Así se llamaba aquél
de quien Arseno pidió
celos a Celia.

PERSIO: Al fin yo
quisiera casar con él
a mi hermana. . .

ARDENIA: (Muerta soy.) **Aparte**

PERSIO: ...porque sé que no le pago,
si lo que digo no hago,
la obligación en que estoy.
Demás de que es conveniente
al recato que tenemos;
que al Príncipe le diremos
que es un cercano pariente;
que no siendo conocido,
será fácil de creer,
lo que no pudiera ser
si fuera de aquí el marido.
¿Qué dices?

JUSTINO: Que es singular
en todo tu entendimiento.
Trátalo luego.

PERSIO: Al momento
a Persio voy a buscar.

Vase JUSTINO

TRISTÁN: Señor, yo no lo entiendo.

PERSIO: Oye la traza:
He de decir que Persio se ha partido
a su tierra, y que yo voy a alcanzarlo.
Írme así a mi patria, donde en nombre
de Persio, pues lo soy, ante escribano
a Justino enviaré poder bastante
para que con mi Ardenia me despose.
Vendré, descubriréme y gozaréla.

ARDENIA: (¿Qué hablarán en secreto?) **Aparte**

TRISTÁN: Mucho alcanza
quien ama.

PERSIO: Hoy salgo de un confuso abismo.

TRISTÁN: Hoy eres el tercero de ti mismo.

Vanse PERSIO y TRISTÁN. Salen ARDENIA e INÉS

INÉS: ¿De qué es el llanto, señora?

ARDENIA: Cuando tales cosas ves,
¿A quien tiene amor, Inés,
le preguntas de que llora?

INÉS: ¿Tienes amor todavía
a Arseno?

ARDENIA: ¡Qué necia estás!

INÉS: Juraste no verle más,
por lo de Celia, aquel día.

ARDENIA: Jurélo; mas en aumento
el amor va de hora en hora.

INÉS: Pues si crece amor, señora,
Da remedio a tu tormento.
Cásate con él: ¿qué esperas?

ARDENIA: ¿Cómo, Inés? ¡Con un traidor,
que a otra mujer tiene amor!

INÉS: Celosa lo consideras.
Si primero a Celia amó
que viniese a conocerte,
y luego que llegó a verte,
a Celia por ti olvidó;
si ella lo sigue amorosa,
y él desdeñoso resiste,
como tú misma lo viste,
sin razón estás quejosa.

ARDENIA: Bien has dicho. Ya revoco
mi sentencia. Quiero verlo.

INÉS: Es verdad que para hacerlo
habías menester muy poco.

ARDENIA: Para el administrador
quiero escribir un papel.

INÉS: ¿Y qué has de decir en él?

ARDENIA: Que al que causa mi dolor
deje esta noche venir
a verme, y le llevarás
un presente.

INÉS: Bien harás
en eso.

ARDENIA: Voy a escribir.

Vanse

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen el PRÍNCIPE, CLAUDIO, y ROBERTO

CLAUDIO: Toda la noche, señor,
triste has andado. ¿Qué es esto?
Si deseas, ¿quién podrá
cumplir mejor sus deseos?
Si tienes sospechas, ¿quién
las puede aclarar más presto?
¿Quién dar muerte a quien le ofende,
si por dicha tienes celos?

PRÍNCIPE: Ya es tiempo de declararos,
amigos Claudio y Roberto,
la causa de mi tristeza
y de tantos sentimientos.
Ya sabéis que ha tiempo largo
que de amor de Ardenia muero,
y que cada día estoy
de ser querido más lejos;
pues tras esto ha dado agora
su hermano, ese ingrato Arnesto,
en quitarla de mis ojos
y en impedir mis deseos.
Después que él de Roma vino,
en vano a su casa vengo
mil veces, pues que ninguna
mi querida Ardenia veo.

CLAUDIO: No sé yo de qué te quejas,
teniendo la culpa de ello,
en no haber ejecutado
por fuerza ya tus deseos;
que aunque Ardenia es principal,
mucho honor ganara en ello.

PRÍNCIPE: Que me quiera es mi intención,
del modo que yo la quiero.
Si la fuerzo, perderá
amor su mejor efeto;
y pues para enamorarla
el verla ha de ser el medio,

y éste me impide su hermano.
Esta noche muera Arnesto.
Los dos lo habéis de matar
en el oscuro silencio
de esta noche. Ved que os fío
un caso de tanto peso;
ya sabéis cuánto me va
de gusto y aun honra en ello.
Haceldo como debéis,
y quede a mi cargo el premio.

CLAUDIO: Para dar la muerte a un hombre,
¿has menester ofrecernos
premio? Dame que él parezca;
que yo te lo daré muerto.

PRÍNCIPE: Ya le dije que esta noche
viniese solo a este puesto
a esperarme hasta las doce,
y si dentro de este tiempo
al puesto yo no llegase,
no esperase más. Ya entiendo
que son las doce.

CLAUDIO: Ya cantan
maitines en los conventos.

PRÍNCIPE: Pues ya es forzoso que venga
a la calle: esperaréislo,
y haréis lo dicho; que yo
no me quiero hallar en ello;
que si sale por ventura
o llega gente al suceso,
no quiero ser conocido.

CLAUDIO: Los dos te le mataremos.

Vase el PRÍNCIPE

ROBERTO: ¡Ved en qué término va
esta privanza de Arnesto!

CLAUDIO: Es propio bajar más presto
quien más levantado está;
mas tratad de apercebir
la espada.

Salen ARSENO y SANCHO, de noche

ARSENO: Aquí has de quedar,
y si alguien viene, avisar.

SANCHO: Ya sé que me he de dormir;
pero si la puerta ves
abierta, avisarme has;

que una palabra no más
quiero entrar a hablar a Inés.
ARSENO: Di cuál, porque a ti te toca
velar esta noche fuera.
Yo se la diré.
SANCHO: Quisiera
ponérsela yo en la boca.
ARSENO: Quédate y haz lo que digo.
No me repliques.
SANCHO: Ya callo.

Vase

ARSENO: ¡Gracias a Dios que me hallo
a vista del bien que sigo!

A ROBERTO

CLAUDIO: A la puerta se ha parado
de Justino.

ROBERTO: él es. Lleguemos.

CLAUDIO: Tente, espera. No matemos
por yerro a algún desdichado.

Sepamos si es él. --¿Quién va?

ARSENO: (Del Príncipe es esta gente,
que celoso y diligente
la calle guardando está.

Aparte

Con decir que soy Arnesto,
la sospecha perderán,
y la calle dejarán,
por no descubrirse, presto.

CLAUDIO: ¿No responde?

ARSENO: No me obligan
temores a responder;
que yo soy quien puedo hacer
que los dos quién son me digan.
Que soy Arnesto.

CLAUDIO: Y es él
a quien buscamos los dos.
¡Muera!

ROBERTO: ¡Muera!

Sacan las espadas y danle

ARSENO: ¡Aquí de Dios!
Muerto soy. ¡Traición crüel!

Cae

CLAUDIO: Gente viene.
ROBERTO: Bien se ha hecho.
Escapemos por aquí.

Vanse los dos. Sale SANCHO

SANCHO: Paz, hidalgos.
ARSENO: ¡Ay de mí!
SANCHO: Que éste es mi señor sospecho.
ARSENO: ¡Sancho!
SANCHO: ¡Señor!, ¿hante herido?
ARSENO: De una estocada a traición. . .
Pienso que hasta el corazón
cota y todo me han metido
y en el rostro siento sangre.
SANCHO: Un cirujano o barbero
buscaré.
ARSENO: Vamos, primero
que del todo me desangre.
SANCHO: ¿Estás tú para venir?
ARSENO: Probaré.

Levantándole

SANCHO: Esfuérate y vamos.
¡Ved para qué trasnochamos!
Más nos valiera dormir.

Vanse. Salen CELIA, con manto y PEREA

PEREA: ésta es la casa.
CELIA: Ya pasa
de medida mi dolor;
que promete gran valor
Señora, de tan gran casa.
A Ardenia tengo de ver.
Sola entraré; que con vos
podrán conocerme.
PEREA: Adiós.

Vase. Salen PERSIO, de camino, y TRISTÁN

PERSIO: Ya sabes lo que has de hacer
en esta ausencia.

TRISTÁN: Señor,
no tienes que tener miedo,
pues que yo velando quedo.

CELIA: (éste ¿no es Persio? ¡Ah traidor! **Aparte**
¡Ved dónde vine a encontrarse)

PERSIO: Mas ¿qué querrá esta mujer?

TRISTÁN: No tiene mal parecer.

CELIA: (Yo reviento: quiero hablalle.) **Aparte**

Persio vil, traidor, sin ley,
sin cristiandad, sin honor,
sin vergüenza, sin temor
ni respeto a Dios ni al Rey,
¿pensabas, te persuadías,
.....[-eras]
vivir sin que al fin vinieras
a pagar lo que debías?
Aunque el nombre te mudaras
¿qué importa, si el rostro no?
Aunque también se mudó,
pues que tiene ya dos caras.
¿pensabas toda tu vida
poderte de mí esconder?
¿No conoces el poder
de una mujer ofendida?
¿De eso pensabas valerte?
ingrato, ¿no consideras
que aunque de mí te escondieras,
al fin te ha de hallar la muerte?

PERSIO: Oye, Celia.

CELIA: No hay que oír
tras lo que he llegado a ver.

PERSIO: (Mucho grita esta mujer. **Aparte**
Quien soy ha de descubrir.)

No des voces.

CELIA: La razón
y verdad no tienen miedo,
y así nunca hablaron quedo.

PERSIO: Confieso mi obligación.
Yo pronuncio mi sentencia,
Celia, y te quiero pagar.

*Sale JUSTINO, que se queda acechando desde la
puerta de su casa*

JUSTINO: (¿Qué será este vocear?
Aparte

Con Arnesto es la pendencia.
PERSIO: ¿Quieres más?
CELIA: Sí quiero más;
que esa fácil confesión
me da clara presunción
de que engañándome estás.
PERSIO: Pues ¿qué quieres?
CELIA: Que me des
mano de esposo primero
que te partas.
PERSIO: Darla quiero;
mas cuando partirme ves,
ése es mucho apresurarte.
CELIA: ¿Qué menos priesa me dabas
cuando me solicitabas?
PERSIO: Nunca yo quise estorbarte
lo que te importase.
CELIA: Nada
te puede tanto importar
como casarte.
PERSIO: Lugar
habrá tras esta jornada,
que no se acaba hoy el mundo.
CELIA: Más que eso temiendo estoy;
que empiezas engaños hoy.
PERSIO: En sola verdad me fundo.
Luego mi esposa serás
que vuelva, Celia, con vida.
CELIA: ¿Qué sé yo si es la partida
para no volver jamás?
Que eres, Persio, forastero.
No me trates de partirte.

Aparte PERSIO y TRISTÁN

TRISTÁN: (Temo que ha de descubrirte
Celia.)
PERSIO: (Remediallo espero.)
Celia, forastero soy,
Y yo te lo dije así,
porque, aunque dentro nací
de la corte, donde estoy,
desde niño muy pequeño
siempre anduve fuera de ella;
mas vecino soy en ella.
De esta casa soy el dueño.
De Bohemia soy justicia
y del Príncipe privado.
CELIA: ¿Que ésta es tu casa? (En cuidado **Aparte**)

me ha puesto cierta malicia.)

¿Casado estás?

PERSIO: Viendo voy
por dónde, Celia, caminas.
Apostaré que imaginas
que con mi hermana lo estoy.

CELIA: ¿Quién es tu hermana?

PERSIO: Es mi hermana
de quien tú celosa estás,
y un viejo que aquí verás,
mi padre. Ya la mañana
aprieta pasando va.
Queda a Dios.

CELIA: No hay que tratarme
de partirme ni engañarme.

PERSIO: Pesada estás, Celia, ya.

CELIA: Necía fuera si partir
te dejara.

PERSIO: ¡Bueno fuera
que por ti no me partiera!

CELIA: Yo te lo podré impedir
Que al Príncipe pediré
justicia.

PERSIO: Pide y verás
cuán tarde la alcanzarás,
cuando de tu parte esté.

CELIA: Sí el poder llevas contigo,
conmigo la razón llevo.

PERSIO: Ni lo que pides te debo,
ni para casar conmigo
Eres igual.

Vase

CELIA: Mal conoces,
Persio vil, a quien te habla.

Vase tras él

TRISTÁN: (Nuestra perdición entabla **Aparte**
con llamallo Persio a voces.)

JUSTINO: (La causa de la rencilla **Aparte**
no pude entender del todo;
mas con Tristán tendré modo
para poder descubrilla.

TRISTÁN: (El viejo es éste. él ha oído **Aparte**
todo cuanto aquí ha pasado.)

JUSTINO: ¿Oísme, mancebo honrado?

TRISTÁN: (Cierta mi sospecha ha sido. **Aparte**
JUSTINO: Llegaos acá.
TRISTÁN: Ya me llego.

Hácele entrar en casa y éntrase JUSTINO también

JUSTINO: Hoy es, galán, vuestro día.
¿Hay mayor bellaquería?
TRISTÁN: (Visto nos ha todo el juego.) **Aparte**
JUSTINO: ¡Hola!

Sale INÉS

INÉS: ¿Señor?
JUSTINO: Al momento
vayan a traerme aquí
un verdugo.
INÉS: Harélo así.

Vase

TRISTAN: (Él me quiere dar tormento.) **Aparte**
Yo, señor, ¿en qué he pecado?

Sale ARDENIA

ARDENIA: Padre, ¿qué es esto?
JUSTINO: Hija mía,
una gran bellaquería
de que agora me he informado.
TRISTÁN: (él sabe ya todo el cuento
por lo que Celia habló aquí.)
Señor, si no hay culpa en mí,
¿Por qué me has de dar tormento?
Si Persio, mi señor, ciego
por tu hija, fingió ser
Arnesto para tener
modo de aplacar su fuego;
y a mí, que soy su criado,
que callase me mandó;
siendo su criado yo,
¿qué peco en haber callado?
JUSTINO: (¡Jesús, Jesús! ¡Qué maldad! **Aparte**
Más descubro que pensaba.)
ARDENIA: (La sospecha en que yo estaba **Aparte**
ha venido a ser verdad.)

JUSTINO: ¿Que éste es Persio?
TRISTÁN: Sí, señor.
 Persio es su propio nombre.
JUSTINO: ¿Quién habrá que no se asombre?
 ¿Que a tal se atreva un traidor?
 Pues ¿cómo Persio quería
 con Persio, Ardenia, casarte
 siendo él mismo?
TRISTÁN: Industria y arte
 no falta al que el Amor guía.
 Va a su tierra con intento
 de enviarte su poder
 para que puedas hacer
 con tu hija el casamiento;
 y en haciéndolo, venir
 y descubrirse.
ARDENIA: ¡Oh engaños
 de Amor!
JUSTINO: Enredos extraños
 he venido a descubrir.
 ¡Ved de un engaño el rigor!
 ¡Que el hijo que yo engendré
 preso entre locos esté,
 y regalado un traidor!
TRISTÁN: Yo, señor, ¿en qué incurrí,
 que me quieres castigar?
 ¿Puedes por dicha culpar
 la fidelidad en mí?
 Esta mujer que has oído
 que con mi señor riñó,
 era Celia, a quien gozó
 con palabra de marido.
 Burlóla, y ella, agraviada,
 vino y habló lo que oíste;
 mas yo, desdichado y triste,
 no tengo culpa de nada.
ARDENIA: (¿Que Celia con él riñó **Aparte**
 porque burlado la había?
 ésta es la historia que un día
 Arseno a Celia tocó.
JUSTINO: Este caso ha menester
 prudencia y reportación.
ARDENIA: (Llegó, Arseno, tu ocasión. **Aparte**
JUSTINO: ¿Dónde vive esta mujer,
 esta Celia?
TRISTÁN: Vive allá
 junto a San Justo y Pastor
JUSTINO: ¿Cuánto ha que este traidor
 de Persio en la corte está?
TRISTÁN: Siete meses puede haber.

JUSTINO: ¿Es noble?
TRISTÁN: Nadie imagino
que es mejor que él.
JUSTINO: ¿A qué vino
a Bohemia?
TRISTÁN: A pretender,
Señor, una compañía
en la jornada que ha hecho
a Hungría el Rey.
ARDENIA: (Mas sospecho **Aparte**
yo que a pretender la mía.
JUSTINO: Ahora bien, mancebo, entrad,
entrad en este aposento,
porque hasta el fin de este cuento
no habéis de ver claridad.
TRISTÁN: Pues, señor. . .
JUSTINO: No repliquéis.
TRISTÁN: No replico.

Vase

JUSTINO: Así procuro
vivir en paz, y seguro
de que otra vez me engañéis.

Le encierra

JUSTINO: ¿Que maldad tan insolente
pase en mi casa, y que vos,
Ardenia?
ARDENIA: Testigo es Dios
que de ella estoy inocente.
Es verdad que sospechar
estos engaños debía
por lo que intentó aquel día
que nos viste pelear;
pero tan grande insolencia
¿quién la pudiera creer?
JUSTINO: Pues ¿de qué vino a nacer
entonces vuestra pendencia?
ARDENIA: De que después de tratarme
gran rato en cosas de amor,
con engaños el traidor
quiso llegar a abrazarme.
Resistí, y me declaró
ser extremo de amor ciego.
Di voces y él dijo luego

que era burla, y creílo yo.

JUSTINO: ¡Jesús! ¡Qué engaños trazaba!
Pues díjome entonces él
que por quitarte un papel
de tu galán peleaba.

ARDENIA: ¡Yo papel, y yo galán!

JUSTINO: Y aun el papel me mostró,
que dijo que te quitó.

ARDENIA: Pienso que lo vio Tristán.
Él, padre, el testigo sea.

JUSTINO: No es menester; yo lo creo;
que supuesto lo que veo,
no hay engaño que no crea.

ARDENIA: No fue vana mi tristeza,
el día que en casa entró.
arece que me avisó
la misma Naturaleza.

JUSTINO: Ya me acuerdo que aquel día
melancólica estuviste.

ARDENIA: Y él lo notó, y le dijiste
que era ya costumbre mía;
y cuando mi hermano entró,
el triste preso inocente,
mi alma naturalmente
en viéndolo se alegró.

JUSTINO: Dijo el Príncipe que había
vístolo en esta ciudad
antes de allí, y en verdad
que yo también juraría
que lo encontré en esta calle
alguna vez.

ARDENIA: Pudo ser;
mas velo, señor, a ver;
que pudo acaso obligalle
alguna ocasión a estar
encubierto algunos días,
y por dicha te podrías
tú y el Príncipe engañar.
Ser dos hombres parecidos
no es suceso más extraño
que salir de un mismo paño
semejantes dos vestidos;
y al fin para cualquier caso
será el hablarle cordura.

JUSTINO: Voy a hacerlo.

ARDENIA: (A mi ventura **Aparte**
hoy abre Fortuna el paso.)

***Vanse. Salen el PRÍNCIPE, CLAUDIO, y
ROBERTO***

CLAUDIO: En diciendo "soy Arnesto,"
sin dejalle que la espada
sacase, de una estocada
di con él en tierra presto.

ROBERTO: Pues de un revés que le di
al tiempo que iba cayendo,
todos los sesos entiendo
que por tierra esparcí.

PRÍNCIPE: ¿Al fin murió?

CLAUDIO: Murió al fin,
y muriera el mundo todo,
si su muerte fuera modo
de dar a tus males fin.

PRÍNCIPE: (¡Oh loco Amor! ¡Oh deseos! **Aparte**
¿Dónde me habéis de llevar?
¡Que yo, que ejemplo he de dar,
cometa casos tan feos!)

PERSIO, con botas y espuelas

PERSIO: Déme, señor, vuestra alteza
los pies.

PRÍNCIPE: ¡Arnesto! ¿Qué es esto?

ROBERTO: (Claudio, por Dios que es Arnesto.)

CLAUDIO: (Sana tiene la cabeza.)

PERSIO: ¿Qué novedad es, señor,
que vos me hayáis recibido
demudado, enmudecido,
y perdida la color?
¿Qué es esto? ¿Qué confusión
es ésta?

PRÍNCIPE: (Disimular **Aparte**
importa.) Si os doy lugar
dentro de mi corazón,
Arnesto, cuando de mí
quereros partir mostráis,
decid, ¿por qué os espantáis
de ver que el color perdí?

PERSIO: Con favor tan excesivo,
casi me he llegado a holgar
de daros este pesar
por la gloria que recibo;
que tanto dais en subirme,
Que he venido a conseguir
Más bien con querer partir
Que alcanzara con partirme.
A un negocio me partía

que a mi padre le importaba;
pero el lugar que dejaba,
Príncipe, no lo sabía.

Ya lo sé: ya no me voy;
que nada puede importarme
tanto como no apartarme
de la presencia en que estoy.

PRÍNCIPE: No, Arnesto; partid, amigo,
partid. ¿Cuándo volveréis?

PERSIO: Con que licencia me deis,
que no he de partirme digo.

(No temo yo que la dé: **Aparte**
que ver sola a Ardenia quiere.)

PRÍNCIPE: ¿Y si licencia no os diere?

PERSIO: Lo que mandarais haré.

PRÍNCIPE: Partid; mas con condición
os mando partir, Arnesto,
que habéis de volveros presto.

PERSIO: (¡Qué bien fingida afición!)

Aparte

PRÍNCIPE: Y mientras dura el camino,
ya os doy de la hacienda mía
cien escudos cada día.

(Con esta traza imagino **Aparte**
hacerle que por gozar
más la renta, más se tarde.)

PERSIO: Mil años el cielo os guarde.

PRÍNCIPE: Con eso os quiero obligar
A daros priesa a volver,
porque no me empobrezcáis.

PERSIO: Cuanto vos, Señor, me dais
Se queda en vuestro poder.

Vase

PRÍNCIPE: ¿Qué os parece? ¿Es éste el muerto?
¿Burlaisos de mí? Estoy loco.
¡Que me tengáis en tan poco,
que mintáis al descubierto!

CLAUDIO: Oye, señor.

PRÍNCIPE: ¡Vive Dios,
desleales!

CLAUDIO: De otra suerte
nos trata, y oye, o la muerte
nos da, Príncipe, a los dos.

Sé que lo que yo conté
es verdad. Eslo tan pura
Como ser la noche oscura;
Lo demás yo no lo sé.

Él, de cobarde y turbado,

se nos fingió muerto allí.
La herida que le di
lo cogió muy bien armado.

Por arte del demonio
tan presto de ella sanó,
o otro que ser él fingió
pagó el falso testimonio.
O algún demonio tomó
cuerpo y nombre y voz de Arnesto
para hacerme que con esto
pierda la paciencia yo.

Pero no hay mucho perdido,
ni tú sin remedio estás
porque haya una noche más,
por yerro, Arnesto vivido.

PRÍNCIPE: Vuelve. ¿Dónde vas?

CLAUDIO: Librarme
de esta obligación querría
antes que se pase el día,
porque no pueda engañarme.

PRÍNCIPE: Bueno está: ya yo te creo.
Basta; que ya se pasó
la ocasión, y él se ausentó
que es lo mismo que deseo.

Sale JUSTINO

JUSTINO: Déme los pies vuestra alteza.

PRÍNCIPE: ¡Oh Justino amigo!, alzá.
¿Qué hay por acá? ¿Hay novedad?

JUSTINO: ¡Hay tanta!

PRÍNCIPE: ¿Qué es la tristeza?
¿Tiene salud vuestra hija?

JUSTINO: Tiénela al servicio vuestro.

PRÍNCIPE: Cuando tan vuestro me muestro,
¿cosa ha de haber que os aflija?
Hablad, Justino, ¿qué es esto?

JUSTINO: Es, señor, mi desventura.
Oíd.

Háblale bajo

ROBERTO: (Cualque travesura **Aparte**
será de su hijo Arnesto.

PRÍNCIPE: ¿Qué decís?

JUSTINO: Información
tengo muy bastante de eso.
A su mozo tengo preso,

que hizo llana confesión;
y de Celia, una mujer
con quien él antes trató,
me informé muy largo yo
antes que os viniese a ver.

PRÍNCIPE: ¿Hay tan gran atrevimiento?
(Y más si acaso sabía **Aparte**
que yo a Ardenia pretendía.)
De ira y enojo reviento.
A Arnesto me has de prender,
Roberto: alcánzalo luego;
que me abraso en vivo fuego.

JUSTINO: Partid hacia Cutember,
donde él nació; que allá va.

PRÍNCIPE: Revienten por los ijares
los caballos que llevares.

ROBERTO: No temas que se me irá.

Vase

JUSTINO: Sólo resta que le deis
libertad a mi hijo preso,
a quien por falta de seso
entre los locos tenéis.

PRÍNCIPE: Justino, yo no querría
que ése fuese otro traidor.

JUSTINO: ¡Jesús! Arnesto es, señor,
como es claro el sol y el día.

PRÍNCIPE: Hágase lo que queréis;
que cuando Arnesto no fuera,
quitaros yo no pudiera
que por hijo lo adoptéis.
Claudio, con Justino id,
y haced que a Arnesto le den
luego libertad.

JUSTINO: Con bien,
años sin cuento vivid.

Vanse JUSTINO y CLAUDIO. Sale un PAJE

PAJE: Licencia aguarda que des
un correo.

PRÍNCIPE: Siempre la tiene
el que con mensajes viene.

Sale un CORREO con un pliego

CORREO: Dadme, señor, vuestros pies.
Ésta os envía el cardenal
Julio Coloma, y conmigo
salud y paz.

PRÍNCIPE: Es mi amigo.
CORREO: Es vuestro siervo leal.

Lee

PRÍNCIPE: "La noticia que en todos los reinos
hay del justiciero valor de vuestra
alteza, me da confianza para suplicarle
me haga justicia. Arnesto, hijo de
Justino, cortesano de vuestra alteza,
dio muerte a un sobrino mío, de lo
cual lleva el portador los recados.
Prospera Dios los años de vuestra alteza,
etc."

PRÍNCIPE: (La nueva que en esta leo **Aparte**
da gran fuerza a mi esperanza,
da principio a mi venganza,
y fin dará a mi deseo;
que hoy en Ardenia he de ver
mudanza de su rigor,
si a su hermano tiene amor.)
Ven, sabrás lo que has de hacer.

*Vanse. Salen JUSTINO, ARSENO, con banda de
herido, y SANCHO*

JUSTINO: Volvedme a abrazar, Arnesto.
ARSENO: Al cielo mil gracias doy.
JUSTINO: Llamad a Ardenia.

Salen ARDENIA e INÉS

ARDENIA: Aquí estoy,
dulce hermano... Mas ¿qué es esto?
¿Estáis herido?
ARSENO: No es nada.
ARDENIA: No me parece a mí poco.
SANCHO: Por tirar a otro, un loco
le dio acaso una pedrada.
ARSENO: Mas ya, hermana, que me toca
vuestra mano, en su virtud

Tengo cierta la salud.
SANCHO: (Si guardaremos la boca.) **Aparte**

Sale CLAUDIO, con guardas y un papel

CLAUDIO: Dios os guarde.
JUSTINO: Claudio amigo,
¿Qué hay pues?
CLAUDIO: A decirlo voy.
¿Sois vos Arnesto?
ARSENO: Yo soy.
CLAUDIO: Sed preso y venid conmigo.
ARSENO: ¡Preso! ¿Por qué?
CLAUDIO: No lo sé:
Mándalo el Príncipe así
por éste suyo.
ARDENIA: ¡Ay de mí!
¿Cuándo libre te veré?
ARSENO: Obedecer es razón.
Vamos. Padre, hermana mía,
quedaos a Dios.
JUSTINO: ¿No podría
saber por qué es la prisión?
CLAUDIO: No lo sé.
JUSTINO: ¿En qué habéis pecado,
hijo?
ARSENO: Pues que preso voy,
sin duda culpado soy.
JUSTINO: Sólo en nacer desdichado.

Vanse ARSENO, CLAUDIO y los guardas

ARDENIA: Pues, señor, ¿cómo os quedáis?
Id a saber la ocasión
de este rigor y prisión.
JUSTINO: Voy a saberlo.

Sale el CORREO

CORREO: No vais;
que yo la causa os diré,
y si el remedio queréis,
de mi mano lo tendréis.
JUSTINO: Yo vuestro esclavo seré.
CORREO: Yo, señor Justino, he sido
quien hasta aquí desde Roma
por el cardenal Coloma

a este negocio he venido.

y es el caso que tenía
el Cardenal un sobrino
y una sobrina, imagino
que más hermosa que el día.

Arnesto dio en requebrarla,
en oír la dama bella;
celoso el hermano de ella,
hablando una vez los halla.

El mozo, airado y crüel,
a Arnesto quiso dar muerte,,
pero trocóse la suerte,
y dióselo Arnesto a él.

Arnesto huyendo escapó,
y sentido el Cardenal
de una desventura tal,
mil espías despachó.

Al fin vino a su noticia
que estaba en Bohemia Arnesto,
y con los recados de esto
me envió a pedir justicia.

Éste, pues, señor Justino,
es el caso.

JUSTINO: Y mi ventura.

CORREO: No es vuestra suerte muy dura,
puesta pena imagino
que ha de parar en contento.

JUSTINO: Lo que empezó con azar,
¿cómo en bien puede parar?

CORREO: Si parare en casamiento;
Que yo aquí traigo poder
de la hermana del difunto,
y con él lo traigo junto
del Cardenal, para hacer
el perdón, si da la mano
vuestro hijo a la doncella.

JUSTINO: Arnesto, amigo, en tenella
por mujer, gana y yo gano.

Vamos al punto a tratallo.

Hija, encomiéndalo a Dios.

ARDENIA: Dios vaya, padre, con vos.

Vanse JUSTINO y el CORREO

ARDENIA: Inés, confusa me hallo.

Ves aquí que es ya forzoso
descubrirse de esta suerte
Arseno, o sufrir la muerte,
o ser de esta dama esposo.

INÉS: Muchos engaños requiere
 el sustentar un engaño.

SANCHO: De todos el menor daño
 será si la mano diere.
 Salga agora de prisión;
 que después se tratará
 del remedio.

ARDENIA: Bien está.

SANCHO: Hecho una vez el perdón
 por parte del Cardenal,
 se descubrirá tu hermano;
 que estar escondido es llano,
 y dará remedio al mal,
 ratificando lo hecho
 por Arseno mi señor,
 pues a Julia tiene amor,
 que con mi dueño sospecho
 que es ninguno el casamiento.

ARDENIA: Vamos de rebozo presto,
 Inés, a ver qué hay en esto;
 que se acaba el sufrimiento.

SANCHO: Lástima tengo de ti.

Vanse. Sale ARNESTO, de peregrino

ARNESTO: Ya se cumplió mi deseo.
 Gracias al cielo que veo
 la casa donde nací.
 Antes de entrar saber quiero
 en qué estado están las cosas.

Sale SANCHO

SANCHO: ¡Ah mujeres perniciosas!

ARNESTO: Haced limosna a un romero.

SANCHO: Perdonad.

ARNESTO: Hanme informado
 que el dueño de aquesta casa
 no tiene la mano escasa,
 y que es muy rico y honrado.

SANCHO: No está para eso agora.

ARNESTO: ¿Por qué no está para eso?

SANCHO: Lleváronle agora preso
 su hijo Arnesto, y lo adora,
 y allá fue loco por ver
 si acaso puede librallo.

ARNESTO: (¿Qué es esto? ¿Otro Arnesto hallo?) **Aparte**
 ¿Y vísteislo vos prender?

SANCHO: Por mi desdicha lo vi.
Vos pudistes encontralle,
si venis por esa calle.

ARNESTO: ¿Y sabéis la causa?

SANCHO: Sí.
Dicen que porque allá en Roma
dio muerte a cierto sobrino
de un cardenal, que imagino
que se llama tal Coloma.

ARNESTO: Y al fin, decidme, ¿en qué punto
está el caso?

SANCHO: En remediallo,
dicen, que con desposado
con la hermana del difunto;
porque la moza ha enviado
poder aquí para ello.

*Vanse. Salen ARNESTO, SANCHO, por un lado y por
otro, el PRÍNCIPE, JUSTINO, CLAUDIO y el CORREO*

ARNESTO: Y el Arnesto ¿quiere hacello?

SANCHO: A palacio hemos llegado
donde lo sabremos presto;
mas claro está que querrá,
pues enamorado está.

ARNESTO: (Callaré, y veré el fin de esto; **Aparte**
que estoy confuso y perdido.)

SANCHO: A buen tiempo hemos llegado.

PRÍNCIPE: ¿Arnesto hase conformado
en eso?

JUSTINO: Señor, ha sido
grande su exceso en amar
a Julia, hermana del muerto.
Está loco del contento.

Hablan aparte CLAUDIO y el PRÍNCIPE

PRÍNCIPE: (¡Que no me pude vengar **Aparte**
de este honrado que celaba
tanto su hermana de mí!)

CLAUDIO: (Quizá se ocultaba así
hasta ver en qué paraba.)

PRÍNCIPE: (Crecerá de mi crüel
Ardenia la resistencia.)
Venga luego a mí presencia
Arnesto.

CLAUDIO: Yo voy por él.

Vase. Salen CELIA, con manto, y PEREA

CELIA: Gran príncipe de Bohemia,
poderoso, noble, sabio,
de agraviados vengador,
defensor de desdichados,
Celia soy, de ilustre sangre,
como de infelices hados;
que la desdicha y nobleza
nacen al mundo de un parto.
Quedé huérfana de padres,
doncella de aquellos años
que bastaran a obligar
a que procurase estado;
cuando un Arnesto, un traidor
fingido, engañoso y falso,
hijo de ese noble viejo
que atento me está escuchando
mudándose el propio nombre,
y fingiendo ser extraño
de esta corte, dio en hablarme.
Y yo, necia, en escuchallo.
Al fin, de ser mi marido
me dio palabra, y debajo
de ella, señor, le entregué
lo que de vergüenza callo
cansóse de mí, y dejóme
sin honor y sin amparo.
Justo castigo de quien
fió lo que vale tanto.

PRÍNCIPE: ¡Hay tal desvergüenza!

CELIA: Hoy
sé que a prenderle has mandado,
y por las causas que digo
vengo a ti, de ti me valgo.

PRÍNCIPE: ¿Qué dices de esto, Justino?

JUSTINO: Que todo lo que ha contado
me consta a mí que es verdad,
y más se espera de un falso.

PRÍNCIPE: Pues si vos, que parte sois,
así lo habéis confesado,
no es menester más probanza.

JUSTINO: Yo en esto ¿qué parte alcanzo?

PRÍNCIPE: Mocedades son, Justino.
No os enojéis con él tanto.

JUSTINO: Ved, señor, que no es mi hijo
de quien está Celia hablando,
sino del que fingió serlo.

CELIA: Yo de vuestro hijo hablo.

***Salen ARSENO, CLAUDIO, y ARDENIA e INÉS, con
mantos***

CLAUDIO: Aquí está Arnesto.
ARSENO: Aquí estoy.
Sujeto a vuestro mandado.
CELIA: (¡Válgame Dios! Según esto **Aparte**
Persio es el Arnesto falso;
pero pues éste es Arnesto,
y también éste me ha dado
palabra, lo cierto escojo.)
ARDENIA: (Más mal hay del que pensamos.) **Aparte**
PRÍNCIPE: ¿Es éste, Celia, el mancebo
de quien habéis querellado?
CELIA: ¿Sois vos Arnesto?
ARSENO: Yo soy
Arnesto.

CELIA: Pues de vos hablo.
JUSTINO: ¡Hay mayor bellaquería!
por Dios, señor, que es engaño.
CELIA: Yo probaré lo que he dicho.
PRÍNCIPE: ¿Qué haremos en este caso,
Justino? Acá dio palabra,
allá dio muerte a un hermano;
allá no puede casarse
por estar acá obligado;
si acá se casa, a la muerte
de que allá le han hecho cargo
no hay remedio sin morir.
¿Qué tengo de hacer? Miraldo.
ARSENO: Señor, si me das licencia,
tengo fácil el descargo.
PRÍNCIPE: Di pues.
ARSENO: No puedo negar
que palabra a Celia he dado;
mas antes que yo la diese,
debajo del mismo trato
la gozó Persio, yo no;
y yo me ofrezco a probarlo.
ARDENIA: (¡Cielo!, ¿en qué ha de parar esto?) **Aparte**
JUSTINO: Ya, señor, Persio ha llegado.

Sale PERSIO

PERSIO: (¿Persio dijo? Ya se saben **Aparte**
Mis enredos: ¡triste caso!

¿Qué ha de ser de mí) Señor,
dadme los pies.

PRÍNCIPE: Oh villano!
Aparta. ¿Cómo te atreves,
tras los enredos pasados,
a llegarte a mí?

PERSIO: Señor. . .

PRÍNCIPE: No muevas, traidor, los labios.

PERSIO: Disculpa tengo si escuchas.

PRÍNCIPE: Moverás nuevos engaños.

PERSIO: En ese papel de Ardenia

Da un papel al PRÍNCIPE

fundo todo mi descargo;
que cuanto he fingido fue
por ella misma ordenado.

PRÍNCIPE: Llamad a Ardenia.

ARDENIA: (¿Qué es esto?) **Aparte**
Aquí estoy a tu mandado.

PRÍNCIPE: Mira si es tuya esa letra.

ARDENIA: No niego que es de mi mano.

PRÍNCIPE: Pues tú, Ardenia, según esto,
y no Persio, es el culpado.
Toma y lee ese papel.

Da un papel a ARDENIA

ARDENIA: (¡Vil hermano!) **Aparte**

JUSTINO: (¡Ah tristes años, **Aparte**
por una liviana hija
tan sin razón afrentados!)

PRÍNCIPE: ¿Qué respondes?

ARDENIA: Yo respondo
que aunque dije que mi mano
hizo esta letra, señor,
lo que dice Persio es falso;
porque, por el Dios que adoro,
a quien por testigo traigo,
que a Persio tal no escribí.

PRÍNCIPE: Pues ¿a quién, Ardenia?

ARDENIA: Es llano
que Persio me falseó
la letra y esto ha inventado.

JUSTINO: Y no es nuevo en él, señor;
que yo lo hallé peleando
con Ardenia cierto día
sobre pedirle un abrazo;

y fingió conmigo que era
por quitarle de la mano
un papel de su galán.

PERSIO: El amor doy por descargo.

PRÍNCIPE: Escucha, Persio. Ya ves
que estoy con causa enojado,
y si la verdad me niegas,
ha de costarte muy caro.
¿Conoces a esta mujer?
¿Sabes, Persio, que la has dado
la palabra de marido?

PERSIO: No puedo, señor, negarlo.

PRÍNCIPE: Escucha, Celia. Ya Persio
llanamente ha confesado
que te debe la palabra.

CELIA: Y lo demás es engaño.

PRÍNCIPE: Dad, Persio, la mano a Celia.

CELIA: Eres príncipe cristiano.

Danse las manos

PRÍNCIPE: El romano mensajero,
del poder que tiene usando,
la mano, por Julia ausente,
le dé a Arnesto.

ARDENIA: Dalda, hermano.

ARNESTO: Aguarda; que yo he de ser
quien tengo de dar la mano
a Julia, que soy Arnesto.

JUSTINO: ¡Otro Arnesto, cielo santo!

ARNESTO: Estos papeles de Julia
harán lo que digo claro.

*Muestra unos papeles, y míralos el
CORREO*

CORREO: Ésta es su letra y su firma.

ARSENO: Ya no es tiempo de negarlo.

PRÍNCIPE: ¿Qué decís de esto?

ARSENO: Señor,
Arseno soy castellano.
Pasé a Italia, donde supe
que tu padre, a quien aguardo
victorioso, encaminaba
contra el húngaro su campo.
Vine a pretender servirle,
no pude alcanzar un cargo,
quedéme aquí, enamóreme

de Ardenia, y ella mostrando
corresponderme, trazó
que fingiese ser su hermano.
Fingílo, señor, y he sido
en fingir tan desdichado
como tú has visto; y de todo
doy el amor por descargo.

PRÍNCIPE: ¿Qué respondes a esto, Ardenia?

ARDENIA: Respondo que a tales casos
obliga a una mujer noble. . .
(un príncipe enamorado)
. . .y ese papel que tenía
Persio, escrito es de mi mano
para Arseno.

PERSIO: Y yo por él
otro le di por engaño.

ARDENIA: Y con la licencia tuya
y de mi padre y hermano,
Arseno es esposo mío.

PRÍNCIPE: (Arrojóse ya. Echó el fallo. **Aparte**
¡Ah!, mujer al fin. Por vida
de la corona que aguardo,
de no verte más la cara.)

AI CORREO

Dad vos por Julia la mano
a Arnesto.

ARNESTO: La mano doy.

JUSTINO: Hijo, dadme a mí los brazos,
y el desdichado en fingir
acabe aquí sus trabajos.

Fin de la comedia

El Dueño De Las Estrellas

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

- **LICURGO, galán**
- **El REY de Creta, galán**
- **TEÓN, galán**
- **PALANTE, cortesano**
- **TELEMO, criado**
- **CORIDÓN, gracioso, villano**
- **DORISTO, villano**
- **LIDORO, villano**
- **BATO, villano**
- **POLIDORO, cortesano**
- **Un ALCAIDE**
- **SEVERO, viejo grave**
- **TELAMÓN, criado de Licurgo, que adopta el nombre de Danteo**
- **CRINEO, escudero**
- **DIANA, dama, hija de Severo**
- **MARCELA, dama**
- **MENGA, villana**
- **VOZ del oráculo**
- **CRIADOS**
- **VILLANOS**
- **MÚSICOS**

ACTO PRIMERO

Salen al son de chirimías el REY, SEVERO y PALANTE, que sacan pendientes del cuello una medallas doradas. Arrodíllanse ante el altar

REY: Delfica gloria, refulgente Apolo,
del cielo cuarto ilustrador eterno,
a quien los hados concedieron solo
de la luz la tiara y el gobierno;
que desde Arturo al contrapuesto polo,
y desde el alto impíreo al hondo infierno
con tus piramidales rayos miras,
mientras el carro de diamante giras;
pues Júpiter ordena soberano
que yo en la edad de joven floreciente
el cetro mueva en la inexperta mano
que dilata su imperio en el oriente;
tu vaticinio, que jamás es vano,
ciego me alumbre y tímido me aliente.
El orden de reinar en paz me explique,
y en mí y en mi corona pronostique.

VOZ: Pide a Licurgo el árbol venturoso. **Dentro**

Cubren el altar y tocan chirimías

SEVERO: Aquí cesó el oráculo febeo.

REY: Su respuesta me deja más dudoso.
Su fin no entiendo, y sus palabras creo.

SEVERO: Interpretarlo, pues, será forzoso,
para cumplir, señor, vuestro deseo.

REY: Diga Palante qué misterio esconde,
según su voto, lo que el dios responde.

PALANTE: Yo entiendo, gran señor, que Apolo ordena
que de Licurgo el espartano imites
la vida singular, de ciencias llena,
porque el bien de tu reino facilites.

REY: Tu explicación, Palante, es muy ajena
de la verdad, si la razón admites;
que el cargo de reinar no me reserva
tiempos que dar al culto de Minerva.

PALANTE: Yo quedo convencido, y ya deseo
que vuestra alteza la sentencia obscura
explique del oráculo febeo.

REY: De este reino cretense la ventura
el santo vaticinio, según creo,
pronostica, y del todo la asegura,
si las leyes traslado a este hemisferio,

- que dio Licurgo al espartano imperio.
- PALANTE: Gran rey de Creta, no a tu ingenio agudo
hay ciego enigma, frase no secreta.
- REY: ¿Qué decís vos, Severo?
- SEVERO: Que no pudo
a la respuesta del mayor planeta
darse otra explicación.
- REY: Pues yo no dudo,
si vuestro gran saber nos la interpreta,
que la entendáis mejor. Decid, Severo.
- SEVERO: Obedeceros, no enmendaros, quiero.
"Pide a Licurgo el árbol venturoso",
dijo el dios, y mi lengua así lo explica:
No hay árbol para un reino más dichoso
que el de la oliva, porque paz publica;
pues pedirlo a Licurgo el luminoso
Apolo manda, claro significa
que si de él gobernáis acompañado,
aseguráis la paz de vuestro estado.
Que si, como decís, Febo quisiera
que mandase guardar vuestro estatuto
las leyes que él dio a Esparta, no dijera
que le pidáis el árbol, sino el fruto.
El árbol dijo; y si esto se pondera,
del mismo causador es atributo,
y de Licurgo mismo la persona
la oliva vendrá a ser de esta corona.
- REY: Yo quedo de las dudas satisfecho.
Vos habéis sus misterios penetrado.
- SEVERO: Lo que mandastes, gran señor, he hecho.
Mi explicación pedistes, yo la he dado;
mas no por esto presumió mi pecho
mejor que vos haberlo interpretado;
que aunque en hacerlo os haya obedecido,
a vuestro parecer estoy rendido.
- REY: Si os sujetáis a mí como discreto,
porque soy vuestro rey, Severo amigo,
a vuestro parecer yo me sujeto,
que de vuestra prudencia soy testigo.
Sin duda es ése el celestial decreto,
y a su precisa ejecución me obligo;
sólo ya resta agora saber dónde
esa oliva de paz la tierra esconde.
- SEVERO: Tu venturoso reino es quien merece
igual tesoro, si verdad pregona
alguna vez la fama, y enriquece
tan estimable piedra tu corona;
pero mudado el nombre, le oscurece
villano traje la real persona;
que graves causas de piadoso celo
tanto le ocultan a su patrio suelo.

REY: Pues si con otro nombre en traje rudo
 su luz eclipsa en ásperas montañas,
 ¿quién le hallará?

SEVERO: La humana industria pudo
 vencer dificultades más extrañas.

REY: Ya con la vuestra conseguir no dudo
 más altas y difíciles hazañas.

SEVERO: Mi ingenio, si gustáis, no dificulta
 desvanecer la nube que le oculta.

REY: De los servicios grandes que habéis hecho,
 Severo noble, a mi real corona,
 éste será el mayor.

SEVERO: En su provecho
 del clima helado a la abrasada zona
 no hay conquista imposible, que mi pecho
 no se atreva a emprender. Vuestra persona
 mil lustros viva; que al momento parto
 a obedecer al dios del cielo cuarto.

REY: Partid, y para gastos del camino
 lo que queráis pedid al Tesorero.

SEVERO: Júpiter os prospere.

Vase SEVERO

PALANTE: Yo imagino
 que ha trazado esta ausencia de Severo
 en favor de tus ansias tu destino;
 que sin su amparo fácilmente espero
 que de su hija goces.

REY: ¡Ay, Palante!
 amado espero, y desespero amante.

*Vanse los dos. Salen por una parte TEÓN, y
CRIADOS con MENGA; y por otra CORIDÓN con una olla*

CORIDÓN: ¡Menga! ¡Ah, Menga! (¡Qué embebida **Aparte**
 le está escuchando! Yo vea
 casado, prega a los cielos,
 a quien me casó con ella.
 Cuando os traigo la comida
 con tanto amor, que pudiera
 obligar a un duro mármol,
 ¿me estáis vos haciendo ofensa?
 ¡Ea, de esta vez la abraza!
 ¡Voto a tal, si no tuviera
 embarazadas las manos...!)

TEÓN: No tiene el mundo riquezas,
 si es que tesoros cudicias,
 que a tu hermosura no ofrezca.

CORIDÓN: (Él habla, y ella le escucha. **Aparte**
Concertada esta la fiesta.)
TEÓN: Dame los brazos, serrana.
CORIDÓN: (Si llega a brazos con ella, **Aparte**
mi mujer caerá debajo;
que tiene muy pocas fuerzas.)
MENGA: Ved que vendrá mi marido.
CORIDÓN: (¡Ay, que la abraza!) **Aparte**
TEÓN: No temas.
CORIDÓN: (Mas que he de quebrar la olla, **Aparte**
Menga, si tanto me aprietas.
Tengo de ver en qué para.
La mano le toma, y Menga
lo sufre. Quiebro la olla.

La arroja

Por Dios, que no ha de comerla.
Mas he de ver en qué para.
¡A su aposento la lleva!
No puede parar en bien.

Vanse TEÓN y MENGA

¡Lacón, Lacón!

Sale LICURGO, de villano

LICURGO: ¿Que voceas?
CORIDÓN: ¡Favor, que achaques de ciervo
me amenazan la cabeza!
LICURGO: ¿Pues cómo?
CORIDÓN: Ese pasajero
a mi mujer me requiebra.
LICURGO: Si tú, que eres su marido,
no lo estorbas, ¿cómo intentas
que yo me encargue de hacerlo?
CORIDÓN: Yo só, Lacón, una bestia,
y no hacen caso de mí.
LICURGO: Tú eres su marido, llega;
que siéndolo, bastará
a estorbarlo tu presencia.
CORIDÓN: Pues venid vos a ayudarme.
LICURGO: Yo iré contigo. No temas;
que la razón te acompaña.
CORIDÓN: ¡Ah, mujer!

Salen MENGA y TEÓN

CRIADO 1: Villano, espera.

Hablan aparte MENGA y TEÓN

MENGA: Éste es mi esposo.

TEÓN: Yo haré
que mi gente le entretenga.
¡Detened ese villano!

CRIADO 1: Está haciendo la cuenta
para pagar la posada.
No estorbéis.

CORIDÓN: ¿Y para hacerla
estorbo?

CRIADO 1: Sí.

CORIDÓN: Pues errarse
querran contra mí en la cuenta.
Mire, señor, de cebada...

TEÓN: ¡Villano, aparta!

CORIDÓN: Esta hacienda
está a mi cargo, y yo soy
quien ha de dar cuenta de ella.

TEÓN: ¡Echadle a palos!

CORIDÓN: ¿Que me echen
a palos? ¿Qué tierra es ésa?

CRIADO 1: Esto es palos.

Aporréanlo

CORIDÓN: ¡Ay de mi!
Palos es muy mala tierra.

LICURGO: ¡Tened! No le maltratéis,
tras hacerle tanta ofensa,
que no es justo castigar
en él vuestra culpa misma.

CRIADO 1: Este villano está loco.

CRIADO 2: Morir sin duda desea.

CRIADO 1: No conoce de Teón
la cólera y la fiereza.

CRIADO 2: Presto probará sus manos,
si prosigue lo que intenta.

LICURGO: ¿De qué tirano crüel,
de qué barbaro se cuenta
que a los ojos del marido
emprenda cosas tan feas?

TEÓN: ¿No veis qué puesto en razón
es el villano?

LICURGO: A las fieras

oprime su fuerte yugo.
TEÓN: Sin duda enojarme intentas.
LICURGO: Yo lo que es justo pretendo.

Da un bofetón a LICURGO

TEÓN: Pues, villano, aunque lo sea,
ni te opongas a mi gusto,
ni a mi grandeza te atrevas.
LICURGO: Coridón, dame ese tronco;
que con él verá esta sierra
la venganza de este agravio
con sangre escrita en sus penas.

***Quítale a CORIDÓN el bastón, y
ríñen; y vanse retirando TEÓN y sus CRIADOS***

MENGA: ¡Ay de mí! ¿Qué puedo hacer?
CORIDÓN: ¡Buena la habéis hecho, Menga!

Vase MENGA

CRIADO 1: ¡Tente, villano!
TEÓN: ¿Qué hacéis?
¡Matadle!
CORIDÓN: ¡Aquí de la aldea!
¡Acudid todos, mancebos,
que a mí, para las pendencias,
desde que quebré la olla,
se me han quebrado las fuerzas!

Salen TELAMÓN y algunos VILLANOS

CRIADO 1: Libra, señor, tu persona;
que el número se acrecienta
de villanos.
TEÓN: Mientras subo
a caballo, su violencia
resistid.

Vase TEÓN

LICURGO: ¿Huyes, cobarde?
VILLANO: ¡Mueran los criados, mueran!
LICURGO: No mueran. ¡Tened, amigos!
Que no es justo que padezcan

del delito de su dueño
ellos sin culpa la pena;
antes, pues por él sus vidas
como leales arriesgan,
merecen premio, y a mí
me obligan a su defensa.
Id en paz; y porque acaso
los mancebos de esa aldea,
que alborotados concurren,
ni os impidan ni os ofendan,
os acompañe Danteo.

Señalando a TELAMÓN

CRIADO 1: Estatuas merece eternas
tal prudencia en ofendido,
y en villano tal nobleza.

Vanse los CRIADOS

LICURGO: Danteo, escucha.

Habla aparte a TELAMÓN

Al descuido
con disimulo y cautela,
del nombre te has de informar
del que me hizo esta ofensa;
que yo no se lo pregunto,
porque con eso les diera
recelos de mi venganza,
y de mi intento sospechas.

TELAMÓN: No volveré sin saberlo.

Vase TELAMÓN

CORIDÓN: Por Dios, Lacón, gran paciencia
habéis tenido en quitarnos
de las manos esta presa.

LICURGO: Si se escapó el ofensor,
venganza fuera de bestia
quebrar la furia en la capa.

CORIDÓN: Antes fuera justa empresa,
pues hacerme quiso toro,
que yo en vengarme lo fuera.

Vanse todos. Salen SEVERO, con gabán, y

TELEMO

SEVERO: En este desierto prado,
ciudad de plantas y flores,
hoy todos los labradores,
según he sido informado,
de las vecinas aldeas
concurrerán a celebrar
fiestas, que, del luminar
más claro, llaman febeas.

TELEMO: Ya bajan mil por el monte.

SEVERO: (Hoy goza buena ocasión **Aparte**
mi artificiosa invención,
si es por dicha este horizonte
el depositario mudo
del sabio Licurgo.) Atiende,
Telemo.

TELEMO: ¿Qué mandas?

SEVERO: Tiende
en este desierto rudo
todas mis mercaderías.

TELEMO: El juicio he de perder.
¿Que hayas dado en mercader
tú, que este reino regías?

SEVERO: Cuando consiga el efeto,
aprobarás la mudanza;
y en tanto que no se alcanza,
obedece y ten secreto.

Hacen dentro ruido de baile de villanos

TELEMO: ¡Qué regocijados vienen
los villanos!

SEVERO: Dan al día
holocaustos de alegría.

TELEMO: El seso en las plantas tienen.

SEVERO: Débenle de celebrar
también sus fiestas a Baco.

TELEMO: Mientras yo la tienda saco,
puedes tú verlos bailar.

***Salen LICURGO, CORIDÓN, LIDORO, BATO,
VILLANOS y MÚSICOS, cantando al son del villano, y
bailando. Estén SEVERO y TELEMO, que tiende en el teatro
varias cosas, como espadas, guitarras, libros y vestidos, y lo
demás que se nombra adelante. Cantan los MÚSICOS***

MÚSICOS: "Sacrificios soberanos
dan a Febo los serranos.

*Hoy las humildes aldeas
celebran glorias febeas,
dando al dios que luz envía,
por un año sólo un día,
y de millares de frutos
voluntades por tributos.
Por los bienes recibidos,
devotos y agradecidos
los serranos, hoy le dan
sacrificios a Titán."*

LICURGO: ¿Tú no bailas? ¿Qué tristeza,
Coridon, la tuya es?

CORIDÓN: Para menear los pies
pesa mucho la cabeza.

LICURGO: ¿Al fin se desapareció
tu mujer?

CORIDÓN: Si, desde el día
que el cortesano queria...
--ya entendéis--se me escondió.
Pero tras este pesar
otro, Lacón, muy mayor
me aflige.

LICURGO: ¿Y es?

CORIDÓN: Un temor.

LICURGO: ¿De qué?

CORIDÓN: De que la he de hallar.

LIDORO: Hora es ya de comenzar
las pitias fiestas y juegos.
Fuertes, valerosos griegos,
¿hay quién me apueste a luchar?

CORIDÓN: Luchemos los dos, Lidoro.

LIDORO: ¿Yo con vos? ¡Guarda!

CORIDÓN: ¿Teméis?

LIDORO: Si, Coridón; que tenéis
tanta fuerza como un toro.

CORIDÓN: Y si es pulla, que no valga.
¡Mal haya quien me casó!

BATO: A correr apuesto yo.
Si alguno se atreve, salga.

CORIDÓN: Quien se atreva hay en el prado.
Corramos, Bato, los dos.

BATO: No, con vos no, porque vos
correréis como un venado.

CORIDÓN: ¿Otra vara? Mas, ¿qué tienda
es ésta de varias cosas?

SEVERO: Baratas son y curiosas.

CORIDÓN: ¡Quien tuviera mucha hacienda
para comprarlas!

Sale TELAMÓN

LICURGO: Danteo,
 en buen hora hayas venido.

Hablan aparte LICURGO y TELAMÓN

TELAMÓN: A tu ofensor he seguido;
 mas fue vano mi deseo.

 Recatáronse de mí
 de suerte, que en tres jornadas,
 ni en caminos ni posadas
 nombrarle jamás oí.

 Volverme al fin me mandó;
 pero ya que su recato
 me ocultó el nombre, un retrato
 de una dama permitió
 su descuido a mi deseo
 guardarle, que puede ser
 que contigo venga a hacer
 lo que el hilo con Teseo.

 Por dicha sera instrumento
 para salir de esta duda.

LICURGO: Con el tiempo y con su ayuda
 espero lograr mi intento.

 Pagaráme el bofetón
 aquella mano atrevida;
 que el cielo me dará vida,
 y mi cuidado ocasión.

CORIDÓN: En mi vida me agradó
 cosa como este vestido
 Mas si Menga se me ha ido,
 ¿para qué le quiero yo?

BATO: A un manso darle podrá
 esta esquila presunción.

LIDORO: Compradla vos, Coridón.

CORIDÓN: ¿Otra vara? ¡Bueno va!

Vanse BATO, LIDORO y CORIDÓN

MÚSICOS: "*Sacrificios soberanos*
 dan a Febo los serranos."

Vanse los VILLANOS y los MÚSICOS

LICURGO: Agora quiero llegarme,
 que está solo el mercader;
 que espada habré menester,

pues que trato de vengarme.
TELAMÓN: Compra también para mí.
LICURGO: Viejo honrado, el claro Febo
os guarde.
SEVERO: Y a vos, mancebo.
¿A que os inclináis aquí?
Algo comprad.

LICURGO toma una espada y tiéntala

LICURGO: Eso quiero.
Paréceme que esta espada
está bien aderezada,
y mal templado el acero.
SEVERO: Pues ved ésta, que al dios Marte
adornar pudiera el lado.

Toma LICURGO otra y tiéntala

LICURGO: Pudiera, a no estar pasado.
SEVERO: (No sois bisoño en el arte.) **Aparte**
¿No os contentará ninguna?
LICURGO: Con todo, pienso comprar
estas dos. ¿Que os he de dar?
SEVERO: Costaros ha cada una
seis monedas.
LICURGO: Porque veo
que os pusistes en razón,

Dale dineros, y las espadas a TELAMÓN

no os replico. Tú al meson
las lleva al punto, Danteo.

Habla aparte a TELEMÓN

Escóndelas. Nadie vea
la prevención hasta ver
el efeto.
TELAMÓN: (Así ha de hacer **Aparte**
el que vengarse desea.

Vase TELAMÓN

SEVERO: Ved si queréis otra cosa.

LICURGO mira libros

LICURGO: Estos libros, ¿de quién son?

SEVERO: Las leyes con que Solón
a Atenas hizo dichosa,
son éstas.

LICURGO: A no haber sido
el reino con él ingrato
en favor de Pisistrato,
ambicioso y presumido,
fuera más dichosa Atenas.

SEVERO: Él fue, sin ajeno agravio,
el legislador más sabio.

LICURGO: Ligeramente condenas
los demás, y es imprudencia.

SEVERO: (Parece que lo ha sentido.) **Aparte**
Pues decid, ¿quién le ha podido
hacer jamás competencia?
Que Licurgo puede ser
estrella en comparación
del claro sol de Solón.

LICURGO: (¡Qué arrojado mercader!) **Aparte**
Más sabréis de mercancías
que de leyes.

SEVERO: Imprudente
fuera en fundar solamente
en mi opinión mis porfías.
A muchos sabios he oído
asentar esto por llano;
y dicen mas, que tirano
Licurgo a su patria ha sido
en las leyes que le dio.
Los efetos lo probaron,
pues apenas las juraron,
cuando de su patria huyó,
porque no le compelieran
a derogallas, y es cierto
que no se hubiera encubierto
si justas sus leyes fueran.

LICURGO: Quien tal piensa se ha engañado.
(A cólera me ha movido.) **Aparte**

SEVERO: (¿El color habéis perdido?) **Aparte**
¿La ira os ha demudado
cuando injurias escucháis
de Licurgo, y con pasión
natural inclinación
a letras y armas mostráis?
Hallé a Licurgo, vencí,
logré mi intención; que mal
puede la sangre real

no dar resplandor de sí.)
Ya el encubrirme es en vano.
¿Conocéis esta medalla?

Muéstrale la del pecho

LICURGO: Conocerla y respetalla
por su dueño soberano
es fuerza, y a vos por ella.
SEVERO: Puesto que debéis saber
que es ley el obedecer
a quien mereció traella,
venid al punto conmigo.
LICURGO: ¿Dónde me queréis llevar?
SEVERO: El rey de Creta a llamar
os envía, su orden sigo.
LICURGO: (¡Dioses! ¿Si me ha conocido? **Aparte**
El vicio es Ulises griego.
La propia pasión el fuego
descubrió, y haber caído
no es mucho en descuido tal;
que, ¿quién prevenir pudiera
tal cautela? ¿Quién creyera
que en el grosero sayal
viniera encubierto así
el engaño cortesano?
El resistir es en vano;
mas negaré, pues de mí
no tiene ciertos indicios.)
¿Qué puede querer, señor,
el rey a un vil labrador?
SEVERO: Secretos son los juicios
de los reyes. Vos callad
y obedeced.
LICURGO: Justa ley
es la voluntad del rey.
Ya le obedezco; guíad.

Hablan aparte TELEMO y SEVERO

TELEMO: ¿Esto sólo ha pretendido
tu disfraz?
SEVERO: Si, hasta que esté
en la corte encubriré
el haberle conocido.

Vanse todos. Salen DIANA y MARCELA

MARCELA: A la mitad ha llegado
de su curso tenebroso
la noche negra. Al reposo
rinde, Diana, el cuidado.

DIANA: Hasta que venga mi hermano
Polidoro, estando ausente
mi padre, no es conveniente
entregarme al sueño vano.

MARCELA: El rey le llamó, y ya ves
que las cosas de palacio,
como son graves, de espacio
mueven los pesados pies.

DIANA: Eso mismo es, mi Marcela,
despertador del cuidado;
que a mi pecho enamorado
cualquier novedad desvela.
Como por el rey, amiga,
me abrasa el amor tirano,
haber llamado a mi hermano
a mil discursos me obliga;
y así, mientras temo y dudo
entre esperanza y deseo,
no verás que de Morfeo
me entregue al silencio mudo.

Sale CRINEO

CRINEO: Palante, señora mía,
te quiere hablar.

DIANA: ¿Quién?

CRINEO: Palante
cierto recado importante
dice que con él te envía
tu hermano. ¿Abriréle?

DIANA: Aguarda,
que estando mi padre ausente
y mis hermanos, decente
no será.

MARCELA: ¿Qué te acobarda?

DIANA: Mi justo recato.

MARCELA: Es vano;
que salvoconducto tiene
el mensajero que viene
con licencia de tu hermano.

DIANA: Bien dices. Abrirle puedes.

Vase CRINEO

MARCELA: A la mujer que es honrada,

no la tienen tan guardada
inexpugnables paredes
como su propio valor.
Viviendo tú como debes,
nunca de escrúpulos leves
temas ofensa en tu honor.

*Salen el REY y PALANTE, de noche. Hablan aparte
los dos*

REY: Sola con su prima está.
PALANTE: Bien tu dicha lo ha dispuesto.
REY: Bella Diana...
DIANA: ¿Que es esto?
¿Es el rey?
REY: Sí, rey es ya
quien de tan altos despojos
dueño se puede llamar,
y se llega a coronar
de los rayos de tus ojos.
DIANA: ¿Quién, Palante, esperarías
de vos tal engaño?
PALANTE: Es ley
la obediencia de mi rey.
REY: Si hay culpa aquí, toda es mía.
DIANA: Bien, recelando mi daño,
resistió mi corazón;
tú, prima, fuiste ocasión.
MARCELA: ¿Quién previniera este engaño?
REY: ¿Qué es esto? ¿En qué demasías
se fundan estas querellas?
Mira, Diana, que de ellas
van ya naciendo las mías.
Cuando yo, tan satisfecho,
tan firme y tan confiado
del amor que me has mostrado
con favores que me has hecho,
me desvelo en fabricar
engaños y fingimientos,
con que a nuestros pensamientos
no impida el tiempo y lugar
tu hermano, a quien descuidado
en mi antecámara tengo,
mientras yo, mi gloria, vengo
tan secreto y recatado
a gozar de la ocasión
que yo estimo y tú deseas,
si no es que mudable seas,
o fingida tu afición;
¿te afliges, riñes y alteras,
y con desdén tan extraño
te ofendes del mismo engaño

que pensé que agradecieras?
DIANA: Supremo Rey, no te espante
en mi recato este efeto;
que bien cabe en un sujeto
ser honrada y ser amante.

Lo que no puede caber,
según natural razón,
en un mismo corazón,
es el amar y ofender.

Tú, pues con exceso igual
procuras mi deshonor,
o no me tienes amor,
y siendo así, me está mal
arriesgar por ti mi fama;
o si tu pecho es fiel,
dos contrarios miro en él
que a un tiempo me ofende y ama.

Y si es así, no te espante,
si ofender y amar en ti
cabén, que quepan en mí
ser honrada y ser amante.

REY: En venirme a ver, no creo
que te ofendo; antes pensaba,
señora, que te obligaba;
que si el amor es deseo
de gozarse, y mis despojos
dices que adora tu amor,
¿no es tu lisonja mayor
el presentarme a tus ojos?

DIANA: No es lisonja, si con daño
de mi honor y fama ha sido;
y prueba el haber venido
a verme con tal engaño
que mi ofensa conocías;
que es muy claro que no usaras
de cautela si pensaras
que en ello gusto me hacías.

REY: No concluye esa razón.
La mujer de amor más ciega
quiere parecer que llega
forzada a la ejecución;
y así yo, que el tuyo creo,
por servirte te he engañado,
pues con eso he disculpado
y cumplido tu deseo.

Si amarme juran tus labios,
y si has visto mis finezas,
¿por qué en vanas sutilezas
fundas injustos agravios?

De livianos devaneos
no nazcan necias venganzas;

logremos las esperanzas
de tan ardientes deseos.
¡Dame esos brazos...!

DIANA: Advierte...
REY: ...que la ocasión vuela y pasa.
DIANA: ...que eres...
REY: Quien por ti se abrasa.
DIANA: ...que soy...
REY: Quien me da la muerte.

Licencia a todo me has dado,
pues que tu amor me declaras;
y si tú honesta reparas,
yo resuelvo confiado.

Y con justa causa emprendo
el fin que el amor desea,
pues aunque airada te vea,
no he de pensar que te ofendo.

DIANA: (Resuelto está. ¿Que he de hacer? **Aparte**

Tiene ocasión, tiene amor...
Mas para guardar mi honor,
la industria me ha de valer.)

¿Que importa que finja enojos
y recatos de mi fama,
cuando de mi amor la llama
brotando está por los ojos?

Ciega de amante me veo;
que la mujer que ha llegado
a declarar su cuidado,
rendida está a su deseo.

Vencido está ya el honor,
prostrada la honestidad.
Perdone esta libertad
mi obligación a mi amor.

Mas esta resolución
que a tal exceso me mueve,
puesto que al honor se atreve,
no aventure la opinión.

Dispongámoslo de modo
que mis criados, señor,
no entiendan mi deshonor,
porque no se pierda todo.

Oye, Marcela. La casa
con tal recato y cuidado
dispón, que ningún criado
pueda entender lo que pasa.

MARCELA: Fiarlo puedes de mi.

Vase MARCELA

DIANA: Tú permite que un momento

prevenga en este aposento
albergue digno de ti,
y que asegure el secreto;
porque en el estar podría
alguna criada mía,
que de este amoroso efeto
parlero testigo sea,
y la quiero retirar.

REY: Nunca pretende infamar
quien como noble desea.

Mas abrevia, que es eterno
un punto sin tu presencia.

DIANA: Los instantes de tu ausencia
trueco yo a siglos de infierno.

Vase DIANA

PALANTE: Mil veces dichoso amante
quien tal bien llegó a alcanzar.

REY: Ya, ya me puedes llamar
dichoso, ya rey, Palante.

Sale MARCELA

MARCELA: La gente está como pudo
pintarla vuestro deseo;
que en las aguas del Leteo
la baña el silencio mudo.

REY: ¡Ay, Marcela amiga! Piensa
que mi agradecido pecho,
de este gusto que me has hecho
no halla justa recompensa.

Sale DIANA, con una espada desnuda

DIANA: Escúchame, rey, primero
que des un paso adelante,
si no quieres que el camino
te impida un mar de mi sangre.

*Pone la guarnición de la espada en el suelo,
y punta al pecho*

REY: ¿Que es esto? Di, ya te escucho.

DIANA: Del soberano linaje
ya de dioses, ya de reyes,
se originó el de mi padre.

De esto no hay por qué te traiga
testimonios, tú lo sabes;
que la estimación lo prueba
con que siempre le trataste.
Conmílite de tu efigie
le hiciste, precioso esmalte
de su pecho, heroica insignia
que gozan solos tus grandes.
Hoy la plata de sus canas
que te obedecen leales,
del oro de esta corona
ornara el sagrado engaste,
si diesen puerta en su pecho,
cuando eras pequeño infante,
a tiranas ambiciones
sus invencibles lealtades.
Y no sólo huyó las sienas
a las insignias reales,
mas las defendió en las tuyas
tan a costa de su sangre,
y con tal valor, que en Grecia
no hay región que no pagase
mares de púrpura humana
a sus líquidos corales.
Si de su valor te olvidas,
esos despojos de Marte,

Mira adentro

aunque mudos, lo pregonen,
y aunque enemigos, lo alaben;
dígalo este blanco acero,
que en mil batallas campales
o fue de Júpiter rayo
o fue de la muerte alfanje.
Y si estas memorias pierdes,
y quieren tus ceguedades
que sus pasadas vitorias
presentes premios no alcancen,
dígalo agora su ausencia,
pues por servirte, y por darle
paz a tu reino, y cumplir
los decretos celestiales,
partió a buscar a Licurgo,
sin que estorben su viaje
de su senectud prolija
caducas debilidades.
Y cuando a su casa ilustre
deben por hazañas tales
cercar murallas de acero,

cerrar puertas de diamante.
Ingrato tú las ofendes,
tirano tú las combates,
injusto tú las quebrantas
y engañoso tú las abres;
y barbaramente opuesto
a las leyes naturales,
debiéndole tu honor,
el suyo quieres quitarle.
¿Qué troglodita inhumano,
scita crüel, duro alarbe,
qué bruto habita los yermos,
qué fiera los montes pace,
que ingratos al beneficio,
a quien les obliga agravien,
a quien les defiende ofendan,
y a quien les da vida maten?
Si eres rey, guarda justicia;
si eres hombre, no quebrantes
de la razón imperiosa
el poderoso dictamen.
Si con amor te disculpas,
¿no fuera exceso más grave
darme la mano de esposo
que hacer injuria a mi padre?
Y si abrasado reservas
libertad para enfrenarte,
y no ser mi esposo, siendo
conformes las calidades;
también la tendrás, si quieres
ser justo, para forzarte
a no atropellar ingrato
obligaciones tan grandes.
Que yo no te adoro menos,
y aunque es la mujer más frágil,
opongo el freno de honrada
a las espuelas de amante;
y así, o revoca tu intento,
y sin que esa línea pases
que de tus injustos pies
besa las extremidades,
a tu palacio te vuelve,
o verás que al mismo instante
que para acercarte a mí
un movimiento señales,
sobre esta espada me arrojó,
y que a recibirte sale
mi vida, y que sacrifico
a mi honestidad mi sangre;
que ejemplo soy de matronas,
que doy a mi honor quilates,

a las historias mi nombre,
y a mi fama eternidades.

MARCELA: (¡Gran valor!) **Aparte**

PALANTE: (¡Gran fortaleza!) **Aparte**

REY: (¡Determinación notable!) **Aparte**

Diana hermosa...

DIANA: No tienes
que persuadirme. Ausentarte
sólo ha de ser la respuesta,
si no quieres que me mate.

REY: ¡Plugiera a los dioses santos
que pudieran quebrantarse
los pactos que con Atenas
hizo la paz inviolables!
No debes tú de ignorar
que cuando en fuegos marciales
Creta y Atenas ardían,
fue condición de las paces
que con recíprocas suertes
eternamente se casen
entre sí de los dos reinos
los reyes y los infantes.
Conspirarán contra mí
mis gentes si despertase,
quebrantando estos conciertos,
nuevos incendios de Marte.
Perdiera el reino y a ti,
y tú a mí; y temores tales
la mayor gloria me quitan
que el dios de amor puede darme.

DIANA: Pues si a tu razón de estado
atiendes tú, no te espantes
de que yo atienda a la mía.

REY: Sí, pero...

DIANA: ¡Tente! No pases
adelante, o me doy muerte.

REY: Ya vuelvo atrás. No derrames
de esa caja de cristal
los animados granates.
¡Ah, enemiga de ti misma!
¿Tanto pueden tus crueldades?
¿Más que darme vida a mi,
quieres, ingrata, matarme?
¿Con tu muerte me amenazas?
¡Ah, inhumana, qué bien sabes
que de mi amor no pudiera
otro que mi amor guardarte!
Amor con amor pelea.
¿Quién vio más estrecho lance?
Uno me manda que vivas,
y otro muere por gozarte.

DIANA: El segundo es imposible
que su pretensión alcance;
y dar efeto al primero
es vencerte y obligarme.
REY: ¡Ay de mí! ¿Qué puedo hacer?
¡Perder la Ocasión!

Hablan aparte el REY y PALANTE

Palante,
no esperando que otra ofrezca
el cabello, es fuerte trance.
PALANTE: Pues goza de ésta, y no temas
que por mas que te amenace
con su muerte, la ejecute.
REY: ¿Que arriesgue me persuades
lo que perdido una vez,
no es posible remediarse?
¿Temerlo no es desvarío,
pues la ves resuelta, y sabes
que a mujer determinada
cualquier imposible es fácil?
PALANTE: Pues encomiéndalo al tiempo.
Rey eres. No han de faltarle
a tu poder ocasiones.
REY: Eso es forzoso.
DIANA: ¿Qué haces?
Resuélvete ya. Resuelve
o el partirte o el matarme.
REY: Venciste, ingrata, venciste.
Vive, y logra tus crueldades;
mas no esperes otra vez
que tus favores me engañen.
Ya no soy tuyo, Dñana;
ya ni me nombres ni canses
con papeles y recados;
que si de Amor las verdades
se conocen en las obras,
tu falsedad declaraste,
pues a todo lo que dices,
contradice lo que haces.
Y pues náufrago mi amor
del mar de tu engaño sale,
le darán presto otros brazos
dulce puerto en que descanse.
DIANA: Eso no. ¡Detente, espera;
que es eso también matarme!
REY: Porque te quiero te matas,
¡y te mato con mudarme!
DIANA: Como honrada te resisto,

y te celo como amante.

REY: ¿Luego quieres que te tenga
firme amor?

DIANA: O que me mates.

REY: ¿Sin deseo ni esperanza?

DIANA: Sólo quiero que le guardes
decoro a mi honestidad.

REY: ¿Cómo puede amor guardarle?
¿Permites la causa, y niegas
sus efectos naturales?

DIANA: Eso quiero que te deba
la estimación de mis partes.

REY: Portentos pides.

DIANA: Amor
es dios y milagros hace.

REY: Hacerlos quiero por ti;
que tus honestas crueldades,
aunque me ofenden, me obligan.

DIANA: ¡Eso sí que es obligarme!

REY: Tuyo seré eternamente,
sin que los límites pase
de tu honestidad mi amor.

DIANA: En mí verás un diamante.

REY: Guárdente, mi bien, los dioses.

Vase el REY

DIANA: Los dioses, mi bien, te guarden.

Vase DIANA

PALANTE: ¡Válgate Dios por mujer,
tan honrada como amante!

Vase PALANTE

MARCELA: ¡Válgate Dios por galán,
tan firme como cobarde!

Vase MARCELA

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salen el REY y PALANTE

PALANTE: Ya para ver a Diana,
con su portero Crineo
he dispuesto tu deseo.

REY: No hay ya resistencia humana
contra tanto amor, Palante.

PALANTE: Pues mucho aventurar.

REY: Más quiere, amigo, alcanzar
que vivir un ciego amante,
y si con ella me veo,
yo lo trazaré, de suerte
que amenazas de su muerte
no me impidan mi deseo.

Sale SEVERO

SEVERO: Ya, poderoso señor,
los testigos que he buscado
de Esparta, han certificado
ser Licurgo el labrador,
y él viene ya convencido
a tu presencia real.

REY: Severo, a servicio igual
siempre os seré agradecido.
A recibirle conmigo
salid todos.

SEVERO: ¿Tanto honor
quieres hacerle, señor?

REY: Por muchas veces me obligo
a igualarle a mi persona.
Sangre real como yo
tiene; en Esparta gozó,
si yo en Creta, la corona;
y aunque un hombre humilde fuera,
por sí mismo lo merece;
porque de razón carece
quien a un sabio no venera.

*Sale LICURGO, de galán, y DANTEO, de
galán también*

LICURGO: Vuestra majestad me dé,
 señor, su mano real.

REY: Como amigo y como igual,
 gran Licurgo, os la daré.
 Tomad asiento.

LICURGO: Yo os pido
 que advirtáis que es exceder
 honrarme tanto, si a ser
 vasallo vuestro he venido.

REY: En vos, Licurgo, hasta aquí
 miro un huésped, cuya mano
 poseyó el cetro espartano.
 Con razón os trato así.
 Cuando merezca la mía
 que a besarla os humilléis
 por vasallo, lo seréis,
 y mudaré cortesía,
 aunque no la estimación.

Asiéntanse

LICURGO: En tan verde adolescencia
 vuestra madura prudencia
 excede a la admiración.

REY: Ya os habrá dicho Severo
 la ocasión que me ha obligado
 a buscaros.

LICURGO: Informado
 de todo estoy.

REY: Pues yo espero
 que advirtiendo que es de Apolo
 voluntad, la cumpliréis,
 y en vuestros hombros tendréis
 el gobierno de este polo,
 suponiendo que los dos
 seremos una persona.
 En mí ha de estar la corona,
 pero mi poder en vos.
 Conmigo habéis de asistir,
 leyes habéis de poner.
 Yo la pluma he de mover,
 vos la mano al escribir.
 Así cumpliré el decreto
 de Apolo, y mi reino en mí
 tendrá un rey justo; y así
 erraré como discreto,
 pues es forzoso afirmar
 que es acto menos errado
 errar siendo aconsejado,

que no siéndolo acertar.

LICURGO: Señor, aunque obedeceros
es fuerza, ya por el dios
que lo ordena, ya por vos,
que sois rey, el proponeros
es forzoso las urgentes
dificultades que veo
opuestas a ese deseo,
con graves inconvenientes
que resultan.

REY: Ya tardáis
en proponerlas. Decid;
que saberlas quiero.

LICURGO: Oíd,
pues que licencia me dais.

Después que la Parca airada
quitó en sus lustros primeros
a Polidectes, mi padre,
de la fuerte mano el cetro
de la que hoy se llama Esparta,
Lacedemonia otro tiempo,
reino que en sus territorios
incluye el Peloponeso,
mi hermano mayor Eunomo
sucedió, como en el reino,
en la desdicha también
de perderle en años tiernos.
Yo, ignorando que en su esposa
dejase oculto heredero,
de su corona real
preste el oro a mis cabellos;
mas dentro de pocos meses
el postumo infante el cielo
al mundo dio, y yo leal
a su cabeza el imperio.
Fui legítimo tutor
del rey mi sobrino, haciendo
leyes, destruyendo abusos,
dando castigos v premios;
mas como el ardiente potro
huye el no gustado freno,
o como sacude el yugo
el no domado becerro,
los vasallos, que tenían
antes más libres los cuellos,
comenzaron a sentir
de la rectitud el peso;
pero yo, que prevenido
y cauto, conocí en ellos
impulsos de conspirar

y privarme del gobierno,
con ánimo de poder
derogar mis justos fueros,
volviendo a su libertad,
pedí a un engaño el remedio;
y fingiendo que en un caso
de grande importancia al reino,
iba a Pitia a consultar
el oráculo de Febo,
les pedí que me jurasen
guardar mis justos decretos
hasta que al suelo de Esparta
volviese del sacro templo;
que entonces les prometía
hacer estatutos nuevos,
y moderar a su gusto
los rigurosos derechos.
Ellos, que la brevedad
consideraron del tiempo
y del caso a que partía,
juzgaron grande el provecho,
fácilmente persuadidos,
lo juraron, y con esto
me partí; y llegando a Pitia,
consultado el dios de Delos,
me respondió que eran justas
mis leyes, y sólo el tiempo
que durasen duraría
la tranquilidad del reino.
Yo, atento al bien de mi patria,
porque no salga, volviendo,
de la obligación precisa
que le puso el juramento,
determiné no volver
a verla jamás, haciendo
con mi eterna ausencia
en ella mis estatutos eternos.
Esto me obligó a mudar
el nombre, el traje y el suelo,
y habitar en una aldea,
para vivir más secreto.
Éstos, señor, son mis casos.
Ya habréis entendido de ellos
cuán graves inconvenientes
resultan de obedeceros.
Cuidadosos los de Esparta
me buscan, ya con intento
de vengarse del engaño
que los tiene tan opresos,
ya con ansia de cumplir
el solícito deseo

de derogar mis sanciones
sin romper su juramento.
Si en Creta os sirvo, es forzoso
que en acelerado vuelo
las nuevas lleve la fama
a los espartanos pueblos.
Sabiéndolo, han de pedirnos
que me entreguéis, y el hacerlo
en vos fuera gran bajeza,
y gran destrucción en ellos.
No hacerlo ha de desnudar
la espada a Marte sangriento,
porque han de intentar las armas
lo que no alcancen los ruegos.
Y así, de lo que intentáis
para la paz de este imperio
ha de resultar la guerra
del espartano y el vuestro.
Fuera de esto, si mi patria
lleva tan mal mis decretos,
¿cómo sufrirá la vuestra
las leyes de un extranjero?
Porque los vasallos quieren
rey activo, no supuesto,
y siempre les es odioso
legislador forastero.
Y si los inconvenientes
que mi lengua os ha propuesto
son tan graves, los que faltan
no me atemorizan menos;
que es bien que sepáis,
señor, si los futuros sucesos
alcanza por las estrellas
el humano entendimiento,
que pronostican las mías
que he de verme en tanto aprieto
con un rey, que yo a las suyas,
él quede a mis manos muerto.
En esto mismo conforman
mil astrólogos que han hecho
recto examen de su influjo
en mi triste nacimiento;
que esto me obligó también
a que en el campo desierto,
de las cortes habitase
y de los reyes tan lejos.
Ved, pues, si será cordura
ponernos, señor, a riesgo
de que en los dos ejecuten
esta amenaza los cielos.
Ved cuantas dificultades

contradicen vuestro intento.
Temedlas, pues sois humano,
y evitadlas, pues sois cuerdo;
que puesto que vos sois rey,
y yo el que ha de obedeceros,
a mí toca el dar avisos,
y a vos el dar mandamientos;
a mí proponer los daños,
a vos poner los remedios;
a mí toca el advertiros,
y a vos toca el resolveros.

REY: Honor de Lacedemonia,
los inconvenientes veo
que proponéis; mas a todos
opongo el heroico pecho.
Si los de Esparta intentaren
cobraros, yo defenderos;
que contra sus fuertes armas
valor y soldados tengo.
Ni temo que por la paz
que alcanzar por vos pretendo,
como decís, me amenace
la guerra de entrambos reinos;
que Febo lo ordena, y sabe
lo que importa; y por lo menos
es cierto este bien presente,
y ese mal futuro, incierto.
Que mis vasallos rehusen
de un hombre extraño el gobierno
no importa, pues es mi mano
la que ha de tener el freno.
Los astrólogos jüicios
ni los estimo ni temo;
que siempre he juzgado yo
ilusorios sus agüeros.
Y cuando la ciencia alcance
alguna evidencia en ellos,
a la razón justamente
doy más poderoso imperio;
que ni vuestra virtud puede
mover contra vos mi acero,
ni contra mí en vuestra sangre
caber traidor pensamiento.
Y cuando vuestras estrellas
os inclinasen a efetos
tan injustos, vos sois sabio,
y el que ha merecido serlo
es dueño de las estrellas;
y así con razon resuelvo
que sus más fuertes influjos
os están a vos sujetos.

Y en resolución, Apolo,
cuya ciencia, cuyo cetro,
preconociendo, gobierna
lo presente y venidero,
así la paz me promete.
Yo le obedezco, y le dejo,
pues él gobierna las causas,
a su cuenta los efectos.

LICURGO: Escuchándoos he quedado
con justa causa suspenso
de que a mí me elija Apolo
para que a vos dé consejos;
que según prudente os miro,
que os eligiera os prometo,
si trocáramos estados,
para gobernar mi reino;
y aunque a daños más enormes
me arriesgara, ya los trueco
gústosamente a la dicha
de servir a un rey tan cuerdo.

Levántase

Dadme la mano, pondréla
en mis labios, porque en ellos
la señal dichosa imprima
de leal vasallo vuestro.

Arrodillase

REY: Yo os la doy, a mi fortuna
tan obligado, que pienso
que tomo agora con ella
posesión del mundo entero.

LICURGO: Yo os juro por cuantos dioses
desde el Impíreo al Averno

*Bésale la mano y levántase, y queda
en pie y descubierta*

rigen, de seros vasallo
leal, firme y verdadero.
REY: Agora de la Fortuna
un clavo a la rueda he puesto.
Agora a Creta le he dado
firme paz y nombre eterno.
Gobernador general
os hago, y en vos delego

toda la soberanía
que yo en mis vasallos tengo.
Derogad costumbres, usos,
ordenanzas y decretos;
juzgad causas, haced leyes,
dad castigos y dad premios;
y para daros en Creta
la mayor honra que puedo,
conmílte de mi efigie
quiero, gran Licurgo, haceros.

A PALANTE

Dadme una medalla.

Vase PALANTE

LICURGO: Honráis,
 como quien sois, a los vuestros.

***Vuelve PALANTE con una salvilla y en ella una medalla como la
del REY y SEVERO, con su colonia; tómala el REY y arrodíllase
LICURGO***

REY: Con tal varón la milicia
de Creta ilustrar pretendo.
Tres calidades publica
esta señal en el pecho:
sangre que goce de reyes
el heroico parentesco;
puro honor, cuyo cristal
no haya enturbiado el aliento;
y servicios que hayan sido
en utilidad del reino.
Ésta da jurisdicción,
da autoridad y respeto,
y da superioridad
en los nobles y plebeyos.
Mas advertid que es preciso
estatuto, que en sabiendo
de los méritos, la sangre
o el honor de algún defeto,
o en incurriendo en infamia,
o en caso de valer menos,
con escarmiento afrentoso
os la han de quitar del pecho.
Esto supuesto, la efigie
recebid.

LICURGO: Señor, teneos;
que segun los institutos
que referís, no merezco
la insignia, pues hasta agora
ningún servicio os he hecho;
y no es bien, si a administrar
vengo justicia, que el premio
no merecido alcanzando,
la quebrante yo el primero.

REY: Haber querido servirme
es hazaña que agradezco
más que si por vos ganara
con una vitoria un reino.

LICURGO: Sólo os he dado hasta aquí
un vasallo en mí, y ya de ello,
con el rey que en vos me dais,
premiado estoy con exceso.
La estimación que de mí
hacéis vos, no es para el pueblo
satisfación, ni por ella
prueba mis merecimientos;
que habrán en Creta mil nobles
dado a marciales aceros
propria y enemiga sangre,
sin alcanzar este premio;
y no es bien, cuando intentamos
ganar el común afecto,
que yo por vos cause invidias,
y vos por mi sentimientos. Y
así es fuerza suplicaros
que suspendáis este intento
hasta que yo justifique
a su ejecución los medios.

REY: Mi voluntad, como en todo,
también os resigno en esto;

Deja la medalla

que pues por sabio os conozco,
son leyes vuestros consejos.

LICURGO: (Hasta que la mano corte
que dejó en mi rostro impreso
mi agravio, no ha de adornar
tan alta insignia mi pecho.)

Aparte

REY: Empezad pues a ejercer

Dale una sortija

la potestad que os cometo.

Éste es mi sello real;
por él han de obedeceros.
Cuatro cosas de mi parte
os encargo: lo primero,
que de darme desengaños
no os acobarde el respeto;
lo segundo, que no tengan
exencion ni privilegio
para vivir libremente
mis criados ni mis deudos;
lo tercero, que a mujeres
en sus flaquezas y yerros,
y más si fueren casadas,
miréis con piadoso pecho;
lo cuarto, que a los ministros
de justicia tan severo
castiguéis, que den al mundo
universal escarmiento;
porque de todos estados
públicos suplicios veo,
y de éste jamás lo he visto,
y persuadirme no puedo
que de ello la causa sea
ser todos justos y rectos;
mas que, o ya en los superiores
engendra el tratar con ellos
amistad, y disimulan
con la afición sus excesos,
o ellos también son injustos,
y con recíprocos miedos,
porque callen sus delitos,
no castigan los ajenos.

LICURGO: Lo que me encargáis, señor,
cumpliré.

REY: Empezad con esto
a mandar; que vos sois rey,
y yo fui privado vuestro.

Vanse el REY, PALANTE y SEVERO

TELAMÓN: En fin, ¿no eres ya Lacón,
sino Licurgo?

LICURGO: Yo soy
ya Licurgo, y tú desde hoy
vuelves a ser Telamón.

TELAMÓN: ¿Puédote dar parabién

de tan súbita privanza?

LICURGO: ¡Ay de mi! Que esta mudanza,
amigo, no es para bien.

TELAMÓN: ¿Aun amas la soledad?
LICURGO: Mayor pena me importuna;
 y pues en cualquier fortuna
 me fue firme tu amistad,
 no es exceso que te cuente,
 Telamón, mis nuevos males;
 que si bien pasiones tales
 debe encubrir el prudente,
 si ellas me vencen, verás
 que las tuve en su vitoria;
 si las venzo, de la gloria
 de ello testigo serás.
 ¿Conoces este retrato?

Muéstrale uno

TELAMÓN: Éste es el mismo, señor,
 que llevaba tu ofensor.
LICURGO: Pues por éste llamo ingrato
 al tiempo; éste es de mi mal
 la nueva ocasión crüel.
TELAMÓN: ¿Cómo?
LICURGO: ¿Conoces por él
 su divino original?
TELAMÓN: Paréceme...
LICURGO: ¿Cómo dudas
 en conocer que es Dïana
 la que da luz soberana
 y lengua a estas sombras mudas?
TELAMÓN: Digo, señor, que es así;
 mas vive tan retirada,
 tan secreta y recatada,
 que sola una vez la vi,
 aunque te hospeda en su casa.
LICURGO: Ella, pues, es la ocasión
 que con nueva confusión
 ya me hiela y ya me abrasa.
TELAMÓN: ¿Qué me dices? Que a tu labio
 niega crédito el oído.
 ¿Tú enamorado?
LICURGO: Perdido.
TELAMÓN: Pues, ¿de qué sirve ser sabio,
 si no vence tu cordura
 esa pasión que te ciega?
LICURGO: ¡Ay, Telamón! Cuando llega
 la pasión a ser locura,
 pierde su imperio el saber;
 que falta al entendimiento
 la razón, y no esta exento
 el sabio de enloquecer.

Mira cuál es la mudanza
de mi estado, que mi honor
oprime de mi ofensor
la no alcanzada venganza;
y no contentos los cielos
de que me aflija mi injuria,
a mi corazón la furia
añade de amor y celos.

De la que adoro el retrato
llevaba el que me ha ofendido,
señal de que no le ha sido
el original ingrato.

¡Juzga, pues, cuál estará
un noble pecho agraviado,
celoso y enamorado!
¡Qué bien a Creta dará
leyes justas quien sujeto
vive a tan fuertes pasiones!

TELAMÓN: Sí; mas tales ocasiones
son el toque de un discreto.

Y advierte que yo imagino
que esto que así te entristece,
es en lo que favorece
más tu intención el destino,
pues con esto te mostró
senda conocida y llana
para saber de Dïana
quién es el que te ofendió.

LICURGO: Si; mas ese medio, piensa
que puede dañarme a mí,
pues Dïana podrá así
venir a saber mi ofensa;
y no será acuerdo sabio
intentarlo, porque quiero
que se publique primero
la venganza que el agravio;
demás de que será error
mis deseos declarar
hasta saber qué lugar
goza en ella mi ofensor.

Pero ya mi pensamiento
halló un remedio.

TELAMÓN: ¿Qué cosa
puede haber dificultosa
a tu claro entendimiento?

LICURGO: La venganza que deseo
alcanzaré, y de Dïana
la belleza soberana
será de mi amor trofeo.

Si por tales casos voy
precipitado a la muerte,

yo no voy, no; que mi suerte
es de quien forzado soy.

Y si de ella violentados
mis pies, dan erradas huellas
vencer puede las estrellas
el sabio, mas no los hados.

*Vanse los dos. Salen SEVERO, con una carta, DIANA
y MARCELA*

SEVERO: Tu hermano me escribe aqui
que el retrato que llevó
tuyo, Diana, perdió
en el camino; y así
para que pueda tratar
tu casamiento, es forzoso
que de tu trasunto hermoso
el pincel se vuelva a honrar.

DIANA: Manda avisar al pintor.

SEVERO: Ruego a los dioses que de él
haga el oficio el pincel,
más que de Apeles, de amor.

Vase SEVERO

DIANA: Y yo que me pinte fea,
pues por otro amante muero,
y será el pintor primero
que agraviando lisonjea.
¿Qué dices, Marcela mía,
de mi desdicha?

MARCELA: ¡Ay de mi!

DIANA: ¿No respondes, prima? Di,
¿qué fiera melancolía
te aflige? ¿A mí la pasión
me ocultas que te lastima?
¿De cuándo aca no es tu prima
dueño de tu corazón?

MARCELA: ¡Ay, Diana! Que ya es tal
el incendio que hay en mí,
que al mundo, no sólo a ti,
será notorio mi mal.

¡Nunca hubiera la invención
de tu padre hallado medio
de traer en el remedio
de Creta mi perdición!

Este Licurgo prudente,
éste, cuyo nombre y fama
hallo ya con lenta llama
dispuesto mi pecho ardiente,
tan del todo me ha rendido

con la vista, que me veo
sin fuerza contra el deseo,
sin valor para el olvido.

DIANA: No te aflijas. Rostro hermoso,
talle, calidad y honor
tienes; con que él de tu amor
se tendrá por venturoso.

MARCELA: Si la suerte es importuna,
no sirve para alcanzar,
merecer; que en un altar
están Amor y Fortuna.

Si hubiera yo visto en él
un indicio de esperanza,
no quisiera más bonanza
en tempestad tan crüel.

Mas es sin fruto poner
mis méritos a sus ojos;
que o no entiende mis enojos,
o no los quiere entender.

DIANA: Declárale tus pasiones.

MARCELA: No he de incurrir en tal mengua;
que a lo que dice tu lengua
contradican tus acciones.

Yo te he visto enamorada
tan recatada, que fuera,
aunque por mí no lo hiciera,
por tí sola recatada.

Callando el mal que padezco,
me pienso, prima, vencer,
contenta sólo con ver
lo que alcanzar no merezco.

Y asi aumenta mis enojos
saber que se ha de mudar
hoy a palacio, y privar
de su presencia mis ojos.

Mas él viene.

DIANA: Si tú quieres,
yo le diré tu dolor.

MARCELA: Tú sabes bien del amor
el imperio en las mujeres;
yo te he declarado ya
mis amorosas fatigas;
no pido que se las digas,
pero no me pesará.

Vase MARCELA. Sale LICURGO

LICURGO: De vuestro padre, Diana,
supe que mandáis llamar
un pintor para ilustrar

con vuestra luz soberana
sus sombras; y como gana
tanto en ello la color,
pincel y mano, el pintor,
indignamente dichoso,
ha hallado en mí un envidioso,
de tal bien competidor.

Y así, traigo permisión
de Severo para ser
yo quien merezca ofender
esa rara perfección;
que si en vuestra formación
excedió Naturaleza
su poder y su destreza,
ni ella misma se igualara
cuando a la vuestra intentara
igualar otra belleza.

Sale MARCELA al paño, escuchando

MARCELA: (¡No fuera yo tan dichosa, **Aparte**
que esto me dijera a mí!
¡Apenas amante fui,
cuando empiezo a estar celosa!)

DIANA: Ya me tengo por hermosa,
pues retratarme queréis.
Mas decidme, ¿vos sabéis
el arte de la pintura?

LICURGO: Pronosticó mi ventura
este suceso que veis;
y como costumbre ha sido
de las personas reales
en ejercicios iguales
gastar el tiempo perdido;
yo, que de Esparta he nacido
infante, al pincel le di
las horas que no perdí,
pues si en ello consumiera
un siglo, aun no mereciera
el rato que logro aquí;
y así, señora, he enviado
por pinceles y colores.

DIANA: Cuando las cosas mayores
del reino os han encargado,
¿perderéis tiempo ocupado
en esta facción liviana?

LICURGO: Ni siempre ha de estar, Dána,
tirante al arco la cuerda,
ni hay tiempo que no se pierda,
sino el que con vos se gana.

MARCELA: (¿Hay tormentos más crueles?) **Aparte**

Sale TELAMÓN, con recado de pintar

TELAMÓN: Como mandaste, señor,
he traído de un pintor
los colores y pinceles.

LICURGO: Si de Timantes y Apeles,
Protógenes y Aceseo
los trujeras, aquí creo
que no osaran linear,
porque aun no puede igualar
a la verdad el deseo.

Hablan aparte TELAMÓN y LICURGO

TELAMÓN: Ya te has puesto en la estacada.
¿Qué intentas? ¿Cómo saldrás
de ello airoso, si jamás
has dado una pincelada?

LICURGO: La invención tengo pensada.
Hoy pretendo averiguar
quién me ofendió, y quien llevar
su retrato mereció;
y pues que le tengo yo,
con él la pienso engañar.

A DIANA

Tomad asiento, Diana,
y un rato prestad paciencia,
y a la vista la licencia
que por el oficio gana;
y pues de tan soberana
hermosura al resplandor
me atrevo, diré mejor,
si en vos miro un sol divino
que de águila me examino
mucho más que de pintor.

DIANA: Ya, Licurgo, poco fiel
mi retrato considero,
si ha de ser tan lisonjero
como la lengua el pincel.

LICURGO: Antes yo, cuando con él
emprendo tan gran locura,

Asiéntanse

porque de beldad tan pura
mejor dibuje los rayos,
doy primero estos ensayos
con la voz a la pintura.

DIANA: Comience, pues, la destreza
del pincel a bosquejar;
que yo os lo quiero pagar,
pintándoos otra belleza,
a quien la naturaleza
con perfección celestial
ha dado desdicha tal,
que amante vuestra, procura
que en vos haga mi pintura
lo que no su original.

Hace LICURGO que la retrata

LICURGO: (Ésta es sin duda Marcela, **Aparte**
en cuyos ojos he visto
sentimientos que resisto.)
No la pintéis; que recela
mi mano, cuando os pincela,
ofender vuestra hermosura;
que si de ajena figura
atiendo a la relación,
dará la imaginación
colores a la pintura.

MARCELA: (¿Aun este medio el Amor **Aparte**
no me concede? ¡Ay de mí!
Quitarme quiero de aquí
por no ver más mi dolor.

Vase MARCELA

DIANA: (Cerró esta puerta el rigor; **Aparte**
ventura, tiempo y lugar
puede Marcela aguardar;
que es oficio el ser tercero
de discretos, y no quiero
ser necia yo en porfiar.)

¿Qué es esto? ¿En qué os suspendéis?

LICURGO: Pesaroso y ofendido
de no haberos advertido
lo que más estimaréis.
Aunque mujer, bien sabréis
que a las estrellas sujetos,
les resultan los efectos

a las humanas acciones
según las disposiciones
de sus mudables aspetos.

Y así, por mas agradaros
yo, que sé sus movimientos,
saber quisiera qué intentos
os mueven a retrataros;
que puedo al dibujo daros
en tal signo y hora tal,
que obligue a quererlos mal
sólo el verlo; y en tal punto,
que quien mirare el trasunto
adore el original.

TELAMÓN: (A averiguar su intención **Aparte**
cuerdamente la ha guiado.)

DIANA: Si pudiera mi cuidado
deklararos...

TELAMÓN: (Telamón **Aparte**
estorba en esta ocasión:
solos los quiero dejar.

Vase TELAMÓN

LICURGO: Bien os podéis declarar.
Solos estamos; y aquí
es hacerme ofensa a mí,
y daño a vos, el callar.

DIANA: Siendo quien sois, mi intención,
Licurgo, fiar os puedo,
demás que me quita el miedo
ser tan fundado en razón.
De mi padre es pretensión
darme un esposo extranjero
que no conozco; y yo muero,
viendo que fuerza ha de ser
a quien no he visto querer,
y entregarme a quien no quiero.

Mi hermano Teón partió
a efetüar el contrato
que aborrezco, y mi retrato
para este intento llevó.
Escribe que le perdió
en el camino, y envía
por otro, y así, querría
que en él pongáis fuerza tal,
que a no amar su original
obligue la imagen mía.

LICURGO: (¿Que su hermano fue el autor **Aparte**
de mi afrenta? ¡Santos cielos!
¿Cuando escape de mis celos

doy en desdicha mayor?
¿Que es hermano mi ofensor
de mi querida Diana?
¿Hay suerte más inhumana?
Mas ya es fuerza, corazón.
Yo he de matar a Teón,
y he de gozar a su hermana.)
¿Es Teón un joven fuerte,
airoso y robusto?

DIANA: Sí.

LICURGO: En el camino le vi.
(¡Ah, dioses! Cierta es mi muerte. **Aparte**
Cese el retrato). La suerte

Levántanse

por las estrellas, primero
que le dé colores, quiero
consultar; que he perder
yo la vida, o no ha de ser
vuestro esposo el extranjero.

DIANA: El bosquejo me enseñad.

LICURGO: No será intento discreto,
pues aun después de perfeto,
ofenderá esa beldad;
antes, pues a la verdad
no ha de igualar, fuera acción
más cuerda que a imitación
de Timantes, mi pincel
le pusiera el velo que él
al rostro de Agamenón.
A solas retocaré
el dibujo, y no os espante;
que en viendoos, al mismo instante
en el alma os retraté,
y trasuntaros podré,
después que una vez os vi,
mejor que de vos, de mí;
que a vos puede el tiempo ingrato
midaros, y no al retrato
que en mi memoria imprimí.

DIANA: ¡Qué bien sabe vuestro labio
hacer lisonja! Si todo
lo sabéis del mismo modo,
justamente os llaman sabio.

LICURGO: Advertid que hacéis agravio
con eso a vuestra beldad.

DIANA: Adiós, Licurgo, y mirad
que espero alegre y segura
que ha de ser vuestra pintura

medio de mi libertad.

LICURGO: Yo lo haré, como al que hacello
la vida importa.

DIANA: ¿La vida?

LICURGO: Juzgarla podéis perdida,
si yo no salgo con ello.

DIANA: Pues error será emprendello.

LICURGO: El desistir no es valor.

DIANA: Perderos será peor.

LICURGO: Por ganaros lo pretendo.

DIANA: Basta; que vais excediendo
los límites de pintor.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen SEVERO y MARCELA

SEVERO: Declárate.

MARCELA: (Pues no alcanza **Aparte**
remedio al mal que padece
mi amor, la venganza empieza
donde acaba la esperanza.)
Digo que mires, señor,
con cuidado por Diana.

SEVERO: ¡Ah, dioses! ¿Pues es liviana?

MARCELA: Licurgo le tiene amor.
Mira, pues, si es de temer
que un hombre que tanto sabe,
aunque de honesta se alabe,
la llegue al fin a vencer.

SEVERO: ¿Sábeslo bien?

MARCELA: Lo que digo
he visto, no imaginado.

SEVERO: A agradecerte el cuidado
que mi honor te da, me obligo;
mas con recato, Marcela,
me avisa de todo.

MARCELA: Fía
que tu causa, como mía,

justamente me desvela.
(O vengada me he de ver,
Licurgo, o perder la vida;
que es una tigre ofendida,
despreciada la mujer.)

Vase MARCELA

SEVERO: ¿Que medio más acertado,
si el rey me obliga a vivir
celoso, para eximir
mi pecho de este cuidado,
que al espartano valor
darle a Diana? Él pondrá
al rey freno, y correrá
por cuenta suya su honor.
Diréle mi pensamiento,
sin darme por entendido
de que su amor he sabido,
hasta descubrir su intento.

Sale un ESCUDERO

ESCUDERO: Licurgo viene, señor,
a visitarte.

Vase el ESCUDERO

SEVERO: Ya veo
efetos de su deseo.

Sale LICURGO

¡Oh, gran Licurgo! Mi amor
queréis sin duda pagar,
pues a tan graves cuidados
como os están encargados,
el tiempo hurtáis, para honrar
esta casa.

LICURGO: Graves son;
mas ninguno puede ser
más importante que hacer
lo que es tanta obligación.

SEVERO: Cuando llegastes partía
yo a lo mismo.

LICURGO: Haber llegado
a tiempo que ese cuidado

os excuse, es dicha mía.

SEVERO: ¿Qué hay de Esparta?

LICURGO: Lo que ya
de mí estaba prevenido.
Al rey de Creta ha pedido
mi persona.

SEVERO: Claro está
que el rey no ha de concederlo.

LICURGO: Cortésmente respondió,
y en mil razones fundó
el excusarse de hacerlo.

Pero decidme, Severo,
si os obligaba a buscarme
tener algo que mandarme.

SEVERO: Trataros, Licurgo, quiero
un negocio que a los dos
por dicha será importante.

LICURGO: Para importarme, es bastante
sólo importaros a vos.

SEVERO: Supuesto, pues, que sabéis
mi estado y mi calidad,
y que la honesta beldad
de Diana visto habéis,
tengo, Licurgo, por llano
que nada nos puede estar
mejor a los dos que honrar
la suya con vuestra mano.

A mí, por el gran aumento
que en ello a mi casa dais,
y a vos, porque aseguráis
vuestro principal intento
de que no pueda cobraros
jamás Esparta, supuesto
que a Creta ponéis con esto
precisa ley de ampararos;
que os tendrá, el que es principal,
como a deudo, obligación,
y los que plebeyos son,
amor como a natural;
y de otra suerte no espero,
si Esparta nos hace guerra,
que sacrifique esta tierra
sus vidas a un extranjero.

LICURGO: De vuestros merecimientos
y de mis obligaciones
ofensas son las razones
y agravios los argumentos.

¿Qué causa más poderosa,
qué efeto más soberano,
que gozar la blanca mano
de vuestra Diana hermosa?

Dejad que el suelo que toca
vuestra heroica planta bese,
para que en él os confiese
el bien que gano, mi boca

SEVERO: ¡Tened, Licurgo! No hagáis
tal extremo.

LICURGO: Estoy tan loco,
que daros el alma es poco
por la mano que me dais.

SEVERO: Nuestro contento es igual;
pero con tal ha de ser,
que en el pecho os he
de ver antes la efigie real
 que de Diana gocéis;
porque el no haberla aceptado,
a sospechar ha obligado
que en el honor padecéis
 algún defeto; y no quiero
que a mis deudos ofendamos
con lo mismo que intentamos
para obligarlos.

LICURGO: Severo,
 Eso es justo. (¿Qué he de hacer? **Aparte**
¡Oh, fuerte contradición!
Si antes doy muerte a Teón,
a su hermana he de perder;
 pues si recibir intenta
mi pecho antes de vengarme
la efigie, será arriesgarme
a que, sabida mi afrenta
 antes que tenga ocasión
mi venganza, de ese modo
la pierda, y lo pierda todo.
¿Quién vio mayor confusión?
 Mas un remedio me ofrece
el Amor.)

SEVERO: ¿Qué os suspendéis?
 Decidme, ¿qué resolvéis?

LICURGO: La gloria que no merece,
 teme perder mi cuidado;
y así, porque aseguremos
los dos lo que pretendemos,
un medio justo he pensado,
 y es que la mano me dé
luego mi Diana hermosa;
mas la posesión dichosa
no alcance yo hasta que esté
 en mi pecho la real
insignia.

SEVERO: Así me aseguro.
 Esponsales de futuro

y pacto condicional
han de ser.

LICURGO: Así se alcanza
todo, pues ni mi afición
sin cumplir la condición
puede lograr su esperanza,
ni cumpliéndola perdella.

SEVERO: Pues hablar quiero a Diana;
que aunque tanto en ello gana,
es bien tratarlo con ella.

LICURGO: Y yo, porque en mi favor
la sentencia consigáis,
voy a hacer, mientras la hablais,
sacrificio al dios de amor.

Vase. Sale DIANA

DIANA: (Mal sosiega un agraviado. **Aparte**
Prometió no amarla el rey,
mas la palabra no es ley
en un firme enamorado.
Si lo es, él prometió
antes no olvidarme a mí;
pues, ¿como él, mudable así,
quebranta la que me dio?)

SEVERO: Hija...

DIANA: Señor...

SEVERO: Pues te veo
siempre a mi tan obediente,
sin que prólogos intente
has de saber mi deseo.
Dueño ha de ser de tu mano
Licurgo, pues no llegó
a efeto lo que trató
en Licia Teón, tu hermano.

DIANA: ¿Que dices?

SEVERO: Que yo le he dado
el sí de tu casamiento,
obligado de tu aumento,
y en tu obediencia fiado.

DIANA: (¡Ay de mí!) **Aparte**

SEVERO: Pues, ¿no te agrada?

DIANA: (Pero si el rey me desprecia, **Aparte**
ya soy de constante necia,
y necia de porfiada;
que si mi mal inhumano
remedio no ha de alcanzar,
resuelto ya el rey a dar
a la de Atenas la mano;
pues sin esperanza peno,

¿qué agravio de su mudanza
me dará mayor venganza
que verme en poder ajeno?)

SEVERO: ¿Qué dices?

DIANA: Pues es forzoso
que te saque de ese empeño,
Licurgo será mi dueño.

SEVERO: No hay padre mas venturoso.
Al punto voy a pedir
licencia al rey.

Vase SEVERO

DIANA: Si la da,
mudado del todo está,
y no tengo que sentir,
y al menos hará a su olvido
un recuerdo así mi amor;
que no hay más despertador
que celos, de amor dormido.

Sale MARCELA

MARCELA: (El recelo me desvela, **Aparte**
y me atormenta el cuidado.)
Prima mía, ¿qué has tratado
con tu padre?

DIANA: ¡Ay, mi Marcela!
Mi muerte y la tuya ha sido.
A Licurgo me mandó
dar la mano.

MARCELA: ¡Triste yo!
¿Qué dices?

DIANA: Que no he podido
excusarle. La mudanza
del rey me pudo obligar;
que ya, ¿qué puede esperar
quien perdió tal esperanza?

Vase DIANA

MARCELA: ¡Ay de mí! Donde busqué
el remedio, le perdí;
mas del ingrato y de ti,
si puedo, me vengaré.

Vase MARCELA. Salen el REY y PALANTE

PALANTE: La pena que te fatiga
has remediado con dar
licencia para casar
con Licurgo a tu enemiga.
Cobra esperanza; que puesto
que, abrasada en tu afición,
te niega la posesión
sólo por su estado honesto,
casada tendrá, señor,
libertad más atrevida
para arrojarse, vencida
de tu firmeza y su amor.

REY: Es verdad; mas ofender
a Licurgo también siento.

PALANTE: El remediar un tormento
que te da muerte, ha de ser
lo primero en ti, señor.

REY: La resistencia que he hecho
sabes tú; mas es mi pecho
humano, y es dios Amor.
Mas él viene.

Sale LICURGO

LICURGO: Vuestra Alteza
me dé los pies.

REY: Levantad,
Licurgo amigo, y gozad
por mil siglos la belleza
de Diana.

LICURGO: Para ser
vasallo más natural
de esta corona real,
le doy la mano.

REY: El poder
de Creta habéis aumentado.
¿Cuándo se hará el casamiento?

LICURGO: Severo partió al momento
a su quinta, con cuidado
de disponer lo que importe;
que allí se han de efetüar
las bodas, por evitar
la ostentación de la corte.

REY: Es prevención importante.
¿Tenéis qué comunicar?

LICURGO: A solas os quiero hablar.

REY: Déjanos solos, Palante.

Vase PALANTE

LICURGO: De las leyes que he pensado
que al buen gobierno convienen
de este reino, algunas vienen,
señor, en este traslado.

REY: ¿Queréis luego publicarlas?

LICURGO: Consultar las voluntades
del pueblo en las novedades
es el modo de acertarlas;
porque el vulgo interesado,
que tiene el caso presente,
descubre el inconveniente
que el superior no ha alcanzado;
y el que emprende novedad
de importancia, antes de hacer
esta experiencia, a perder
se arriesga la autoridad;
que revocar brevemente
lo que ha mandado, es mostrar
que es liviano en revocar,
o fue en mandar imprudente.

REY: Bien decís.

LICURGO: Esta razón
me ha obligado a divulgarlas
antes que mandéis guardarlas.

REY: Decidlas, pues.

LICURGO: Éstas son.

Lee

"Que los plebeyos, en llegando a edad de diez y ocho años, den cuenta del oficio que tienen para sustentarse, y hallándolos ociosos, sean condenados a las obras públicas."

REY: Rigor y dificultad
tiene esa ley.

LICURGO: Nadie ignora
que es de los vicios autora,
gran señor, la ociosidad.

Principio es de la pobreza
del reino, y lo que destruye
los miembros, le disminuye
el poder a la cabeza.

Y siendo este mal tan grave,
la ley no os parezca dura;
que un gran daño no se cura
con medicina süave.

REY: Adelante.

Lee

LICURGO: **"Que los nobles que en llegando a veinte y cuatro años de edad no hubieren servido tres en la guerra, no gocen las exenciones hasta servirlos."**

Esto es fundado en razón.
Reconozca la nobleza,
puesto que de Marte empieza,
su original profesión.

Allí se aumenta el valor,
se aprende el trabajo, y hecho
a peligros, pierde el pecho
a la Fortuna el temor.

Y así, cuando más dormida
esté en la paz vuestra tierra
estará para la guerra
ensayada y prevenida.

REY: Proseguid.

Lee

LICURGO: **"Que muriendo el rico casado sin hijos, deje a su consorte, si fuere pobre, la congrua sustentación por lo menos hasta las segundas bodas."**

REY: Eso es justo.

LICURGO: Es caso fuerte
que el que fallece no impida
el deshonor de la vida
que más ha de honrar su muerte.

Y que obligue de este modo
a que del todo empobrezca
su esposa, porque enriquezca
algun extraño del todo;
y una breve cantidad
negar en sus bienes quiera
a quien quiso que tuviera
en sus hijos la mitad.

REY: Está bien.

Lee

LICURGO: **"Que los extranjeros que quisieren avvicindarse en este reino, gocen desde**

**luego de las preeminencias de vecinos
y naturales."**

REY: ¿Cuál es el fin de esa ley?

LICURGO: Que vuestras fuerzas aumente;
que la copia de la gente
hace poderoso al rey.

REY: De la gente amiga y propia
se entiende; que de la extraña,
antes sospecho que daña
y es peligrosa la copia.

LICURGO: La extraña, señor, se hace
tan propia por la amistad,
el trato y la vecindad,
como la que en Creta nace;
porque a darle el tiempo viene
hijos y caudal en ella;
y no hay más patria que aquella
donde tales prendas tiene.

REY: Proseguid.

Lee

LICURGO: **"Que los oficios de justicia no tengan
situado en la real hacienda estipendio
cierto, sino que a cada ministro se le
señale según la calidad y necesidad del
oficio y la persona."**

Éste es, señor, provechoso
arbitrio a mi parecer;
que el rico no ha menester
más premio que el cargo honroso;
y el pobre, a quien congruente
sustento señalaréis,
si enriqueciere, sabréis
que ha sido lícitamente.

Ni por esto es de temer
que quien sirva ha de faltar;
que es poderoso el mandar,
y es hechicero el poder.

REY: Proseguid.

Lee

LICURGO: **"Que los afrentados por delitos
dañosos a la república no sean desterrados
del lugar en que los afrentaron, antes
obligados a vivir en él."**

REY: No entiendo vuestra intención.
LICURGO: Demos que en Creta se afrente
alguno por maldiciente,
por embustero o ladrón.
El desterrarlo es hacer,
en lugar de castigarlo,
su negocio, y enviarlo
a otro lugar a ejercer
con más daño su maldad;
pues el ignorar su trato
quita a la gente el recato,
y a él le da libertad.
Luego donde fue afrentado
hará el ser ya conocido
al pueblo más prevenido,
y a él mas escarmentado.

REY: Basta por hoy. Las demás
veré, Licurgo, otro día.
(¿Cuándo, ardiente pena mía, **Aparte**
el rigor mitigarás?)

Hablan dentro CORIDÓN y un CRIADO

CORIDÓN: Hemos de hablarle.
CRIADO: Serranos,
tened respeto, aguardad.
CORIDÓN: Óiganos su majestad.

Sale PALANTE

PALANTE: Una turba de villanos
que a Teón y sus criados
hasta palacio han traído
presos, romper han querido
las puertas, alborotados,
por hablarte.

REY: Entren.
PALANTE: Serranos,
entrad.

*Salen CORIDÓN y VILLANOS que traen atados a
TEÓN y sus CRIADOS, y TELAMÓN*

CORIDÓN: Señor prepotente,
este mancebo insolente
por los pueblos comarcanos
muchas hermosas doncellas
y casadas esforzó,

y a muchos hirió y mató
que quisieron defendellas.
A remediar este mal
nos juntamos, y dormiendo
le agarramos; mas sabiendo
que es persona principal,
castigar su gran malicia
muesos alcaldes no osaron,
y a vos mismo nos mandaron
que pidiésemos josticia.

VILLANOS: ¡Josticia, señor!

REY: Los pechos,
 labradores, sosegad.
Yo haré justicia; fiad
que iréis todos satisfechos.

TEÓN: ¿Dónde está mi padre, amigo?

PALANTE: A su quinta se partió.

TEÓN: Haz avisarle; que yo,
 como prendieron conmigo
 mis criados, he llegado
 antes que la nueva aquí.

PALANTE: Harélo al punto; que a mí
 también tu afrenta ha tocado.

Vase PALANTE

REY: (Aunque es la hermosa Diana **Aparte**
a mis penas tan crüel,
ni he de castigarlo a él,
por no ofender a su hermana,
ni, si acaso su malicia
merece pena, es razón
que con injusto perdón
dé quejas de mi justicia.
A Licurgo encargaré
su causa; que él, por mostrar
más rectitud, ha de usar
más rigor; y así daré
a mi Diana ocasión
de aborrecerle). Escuchad
los villanos, y juzgad
vos la causa de Teón,
Licurgo.

LICURGO: ¿De un deudo mío
 queréis hacerme jüez?

REY: Sí; que pretendo esta vez
 conocer de quién me fío.

LICURGO: A obedeceros me obligo...
(Que el tiempo me enseñará **Aparte**
lo que he de hacer.)

Vase el REY. Hablan aparte LICURGO y TELAMÓN

TELAMÓN: Puesto está
en tus manos tu enemigo.
LICURGO: Disimular nos conviene;
no nos conozca Teón.
CORIDÓN: ¡Cielos! ¿No es éste Lacón? **Aparte**
¡Ved la braguedad que tiene!)
Lacón.
TEÓN: ¿Qué escucho?
TELAMÓN: ¡Ah, villano! **Aparte**
CORIDÓN: ¡Oh! Luego pierde el jöicio
el roín puesto en oficio.
¡Qué presomido y que vano
está ya el que en una venta
paja y cebada ha medido!

A TELEMÓN

LICURGO: Coridón me ha conocido,
y ha de publicar la afrenta
que de Teón recibí.
Remédialo, Telamón.
TELAMÓN: Ya has hablado, Coridón;
no tienes qué hacer aquí.
¡Sal fuera!
CORIDÓN: Escochadme.
TELAMÓN: ¡Cierra
los labios, o te echaré
a palos!
CORIDÓN: No; que ya sé
que es Palos bellaca tierra.

Vase CORIDÓN

TEÓN: ¡Ah, dioses. Yo soy perdido; **Aparte**
que es Licurgo al que mi mano
en el traje de villano
injustamente ha ofendido.)
Advertid que soy Teón,
hijo del noble Severo.
LICURGO: Yo mismo llevaros quiero,
pues lo sois, a la prisión;
que el decoro he de guardar
a vuestra sangre debido.
TEÓN: Que antes me escuchéis os pido;
que a solas os quiero hablar.

LICURGO: Dejados solos.
TELAMÓN: Serranos,
despejad!
VILLANO 1: Él le dirá
mil enredos.

Vase el VILLANO 1

VILLANO 2: O querrá
por dicha untarle las manos.

*Vanse los VILLANOS, y TELAMÓN se lleva a los
criados de TEÓN*

LICURGO: Ya estamos solos; hablar
podéis.

TEÓN: Licurgo; no hay cosa
de la sangre generosa
mas digna, que perdonar.
No por haber merecido
el gobierno y la privanza,
hagáis injusta venganza
en un preso y oprimido,
pues a mi padre debéis
el poder y la opinión
que de un villano Lacón
os levantó donde os veis.

LICURGO: Mi poder teméis en vano
que mi afrenta venga aquí.
Si cuando la recibí
era Lacón un villano,
ya soy Licurgo, Teón,
y no es cordura pensar
que Licurgo ha de vengar
las injurias de Lacón.
Antes ninguno pudiera
juzgaros, esto fiad
de mí, que a la libertad
más presto que yo os volviera.

TEÓN: Con esto iré a la prisión
seguro de mi ventura.

LICURGO: En Licurgo, está segura;
pero guardáos de Lacón.

Vanse los dos. Salen CORIDÓN, DORISTO y VILLANOS

DORISTO: Coridón, ¿de qué estás triste?
¿Es por Menga?

CORIDÓN: No, Doristo;
 Que de enviudar y heredar
 ninguno se ha entristecido.

DORISTO: ¿Es porque dicen que vienen
 de Esparta los enemigos
 a darnos guerra?

CORIDÓN: Tampoco.

DORISTO: Pues di, ¿qué te ha sucedido?

CORIDÓN: Estó a matar con Licurgo.
 ¡Que haya mandado que el vino
 se venda sólo en boticas!
 Yo he de perder el juicio.

DORISTO: ¿El vino en boticas?

CORIDÓN: Sí.
 ¿Quién vio mayor desatino?
 Diz que dicen los doctores
 que es dañoso, y han querido
 que a quien ellos ordenaren,
 lo den a gotas.

DORISTO: ¿El vino
 a gotas?

CORIDÓN: Sí, el vino a gotas,
 y el agua nos dan a ríos.
 ¡Pobre vino! ¿Que será
 verlo encerrado en un vidrio
 entre las aguas infames
 de Lonfrancos y Colillos?
 Pues no ha de pasar así.
 Rebelémonos, Doristo;
 demos guerra a las boticas,
 demos libertad al vino;
 que para esto yo hallaré
 mil mosqueteros amigos.

DORISTO: ¡Viva el vino y muera el agua!
 Pero la fuente del Pino
 es ésta, donde Licurgo
 nos mandó aguardar.

CORIDÓN: ¡Que quiso
 que para aguardarle fuese
 una fuente de agua el sitio!
 ¡Puh! ¡Mal hayas, enemiga
 del gusto, licor maldito,
 que el cielo te echa de si,
 y por la tierra corrido,
 arrastrado y despeñado,
 llegas al mar fugitivo!

Salen LICURGO y TELAMÓN, de villanos

LICURGO: Aquí estan ya los villanos.

CORIDÓN: ¿No sabéis lo que imagino?
 Que es gran borracho Licurgo,
 y con esta traza quiso
 tener modo de poder
 hartarse él solo de vino.

TELAMÓN: De ti murmuran.

LICURGO: Pensión
 es del buen gobierno. Amigos,
 los dioses os acompañen.

CORIDÓN: ¡Oh, Lacón! ¿Nos has oído?

LICURGO: No.

CORIDÓN: ¡Mal año, si lo oyeras!

LICURGO: ¿Qué fuera?

CORIDÓN: Lo dicho, dicho.

LICURGO: ¡Bueno a fe!

CORIDÓN: Lacón, decid,
 ¿cómo estáis tan presomido
 en siendo Licurgo?

LICURGO: Es ésa
 obligación del oficio.

CORIDÓN: Pues sos agora Lacón,
 remediad esto del vino.

LICURGO: Después trataremos de eso.
 Agora entre estos alisos
 os esconded, y callando,
 que importa a un intento mío,
 seguid el orden que os diere
 Telamón.

CORIDÓN: Esto del vino...

Vanse los VILLANOS

LICURGO: Retirémonos; que siento pasos.

Salen un ALCAIDE y TEÓN

ALCAIDE: Ya estáis en el sitio
 donde aguardarle os mandó
 vuestro padre.

TEÓN: Alcaide amigo,
 vuestro esclavo soy.

ALCAIDE: Adiós,
 que yo me vuelvo a mi oficio.

Vase el ALCAIDE

LICURGO: Ya Teón está en el puesto.

TELAMÓN: Declárame tus designios.

LICURGO: Del alcaide confié
este engaño y he traído
esos villanos a ser
de mi venganza testigos,
pues lo fueron de mi afrenta;
y aunque puede el ofendido
tomar la justa venganza
con ventaja, el valor mío
quiere matar cuerpo a cuerpo
en el campo a mi enemigo.
Tú con esos labradores
atiende al marcial conflicto,
sin moveros hasta verme,
o vencedor o vencido;
y si acaso fuere yo
el muerto, este papel mío

Dale dos papeles

darás al rey; que por él
le perdono este delito;
y éste a mi esposa Diana,
cuya mano he merecido,
y es para la posesión
esta venganza el camino.

TELAMÓN: Pues ya le diste la mano,
dar muerte a su hermano mismo
es gran crueldad.

LICURGO: Esto es ser
honrado, no vengativo.
Calla y vete.

TELAMÓN: Yo obedezco,
y que has de vencer confío;
que el valor y la razón
y el amor llevas contigo.

Vase TELAMÓN

TEÓN: Gente viene. ¿Si es mi padre?
Mas, ¿no es Licurgo el que miro?
¡Oh, hermano!

LICURGO: ¡Ten! Que no soy
sino Lacón, tu enemigo.
El villano que agraviaste
soy yo; Licurgo es marido
de tu hermana; él dio palabra
de librarte; ya lo hizo;
mas, "guárdate de Lacón,"
Licurgo también te dijo.

Ni de él te puedes quejar,
pues te dio tan cuerdo aviso,
ni de Lacón, que agraviado,
cuerpo a cuerpo en desafío
toma tan justa venganza.

TEÓN: Presto verás que mis bríos
de tan loca bizarria
te dejan arrepentido.

Acuchíllanse

LICURGO: Cuanto más es tu valor,
mayor fama dara al mío.

*Vanse combatiendo. Vuelven los VILLANOS y
TELAMÓN; CORIDÓN, con piedras, y DORISTO*

CORIDÓN: ¡Pese a tal, y con qué furia
se dan los dos enemigos!
¡Por Júpiter, que semejan
a dos celosos novillos!

TELAMÓN: No os mováis.

CORIDÓN: Deja siquiera
que arroje este mendrugillo
al bellaco de Teón;
mas ya en el suelo rendido,
ha dado a todos venganza.

TELAMÓN: Ya tiene justo castigo.

CORIDÓN: ¡Que tenga tanto valor
quien es contrario del vino!

Sale LICURGO

LICURGO: Ya, serranos, que mi afrenta
vistes, también habeis visto
mi venganza, y ya os he hecho
justicia de sus delitos.

CORIDÓN: Y--¡voto al sol!--como honrado.

LICURGO: Oye, Telamón, amigo.

Habla aparte a TELEMÓN

En la más profunda sima
oculta el cadáver frío,
y antes que el caso publiquen,
lleva a mi casa contigo
estos villanos, y en ella

estén presos y escondidos;
que hasta que mi esposa goce,
no ha de saberse que he sido
homicida de su hermano;
antes fingiré que vivo
y libre está por mi industria.

TELAMÓN: Bien haces.

LICURGO: Seguid, amigos,
a Telamón, y guardad
secreto en lo que habéis visto
hasta que os avise.

CORIDÓN: Vamos;
mas puesto que es vuestro oficio
deshacer agravios, otro
deshaced.

LICURGO: ¿Cuál?

CORIDÓN: El del vino.

*Vanse. Sale el REY, leyendo una carta, y
PALANTE*

REY: ¡Ah, Fortuna vil! Ya veo
que sólo mi mal ordenas;
Ya la princesa de Atenas
habita al campo Leteo,
Palante.

PALANTE: ¿Hay nueva más triste?
¿La princesa es muerta?

REY: Sí;
su padre lo escribe así.

PALANTE: Tu cara esposa perdiste,
y en ella el reino de Atenas.
El cielo te es enemigo.

REY: Pues esa pérdida, amigo,
no es la ocasión de mis penas,
sino el haberlo sabido
cuando ya Licurgo alcanza
lo que pierde mi esperanza;
orden de mi suerte ha sido.

Diana fuera mi esposa,
si yo esta nueva tuviera
antes que a Licurgo hiciera
digno de su mano hermosa.

Pues, difunta ya la hija
del de Atenas, no le queda
otra que impedirme pueda
que dueño a mi gusto elija.

PALANTE: Pues se perdió esa ocasión,
ya lo que importa es buscar
remedio para aplacar

tu ardiente y ciega pasión;
que en esto tan de tu parte
está Marcela, que creo
que has de cumplir tu deseo,
pues ella se ofrece a darte
en su cuarto mismo entrada;
y a Licurgo fácilmente
puedes hacer que se ausente.

REY: ¿Cómo? Di.

PALANTE: Pues publicada
la enemistad, el de Esparta
viene talando tu tierra,
por general de esta guerra

le nombra, y haz que se parta
a impedirle el paso.

REY: Amor
me ciega; disculpa tengo.

PALANTE: El remedio te prevengo,
como quien ve tu dolor.

REY: No en vano en mi corazón
el lugar primero tiene
tu amistad.

PALANTE: Licurgo viene.

REY: Daréle luego el bastón.

Salen LICURGO y TELAMÓN

LICURGO: Ya que servicios he hecho,
señor, en Creta, y cumplido
con la ley, que ilustre os pido
la efigie real mi pecho.

REY: Siempre vos en mi opinión
la tuvistes merecida.

LICURGO: Siglos cuente vuestra vida.

REY: La medalla y el bastón
saquen luego.

PALANTE: Voy, señor.

Vase PALANTE

REY: Del espartano poder
sólo os podrá defender,
Licurgo, vuestro valor;
y así os hago de esta guerra
general, porque partáis
a encontrarlo, y le impedáis
hacer mas daño en mi tierra.

LICURGO: Vuestra voluntad real es ley.

Vuelve PALANTE con una medalla y un

bastón

PALANTE: Ya está aquí el bastón
y efigie.

REY: La obligacion
en que esta heroica señal
os pone, vuelvo a explicaros;
ser leal, y en mi defensa
morir, no sufrir ofensa
de vuestro honor sin vengaros.

LICURGO: Por los dioses celestiales
juro cumplirlo.

REY: Tomad
la medalla, pues, y honrad
los comíletes reales.

Pónesela al cuello

LICURGO: Dadme esos pies soberanos
por tal merced.

REY: Recebid
el bastón, y hoy os partid
a enfrenar los espartanos.

LICURGO: ¿Hoy, señor?

REY: Para marchar
mi gente esta prevenida;
Creta es por vos oprimida,
y vos la habéis de librar.

Vanse el REY y PALANTE

LICURGO: Nunca la Fortuna airada
dio ventura sin pensión.
Hoy tu dulce posesión
alcanzo, esposa adorada,
y es hoy partirme forzoso.
¡Qué noche tan diferente
que esperaba, tendré ausente
de tu tálamo dichoso!

TELAMÓN: No te aflijas. ¿Qué jornada
puede el ejército hacer
hoy, que no puedas volver
a gozar tu esposa amada
esta noche facilmente?
Para que no sepa el rey
que has quebrantado la ley,
desamparando su gente,
podrás ausentarte della

cuando el sueño la sepulte,
y volver cuando se oculte
en el mar la última estrella.

LICURGO: Bien has dicho; pero acá
importa la prevención
y el secreto, Telamón:
a cuyo efeto será
el quedarte tú forzoso,
para que tengas la puerta
al punto que llegue, abierta;
porque ni mi dueño hermoso
lo ha de saber hasta hallarme
en sus brazos.

TELAMÓN: Quede así.

LICURGO: Telamón, sólo de ti
pudiera en esto fiarme.

Vanse los dos. Sale MARCELA

MARCELA: De celosa pasión locos desvelos,
¿que excesos, que delitos no han causado?
De amor y celos y desdén forzado,
dejó su luz hermosa el dios de Delos.
La misma Juno, que en los altos cielos
trono ocupa de estrellas fabricado,
¿qué yerros, qué locuras no ha intentado
con la furia de amor, desdén y celos?
¿Que mucho--ay triste!--si pasiones tales
tienen tanto poder en quien alcanza
el cetro de los dioses celestiales,
que humana yo, perdida la esperanza,
intente, para alivio de mis males,
con amor, celos y desdén, venganza?

Sale DIANA

DIANA: Marcela, ¿quién me podrá
igualar en desventura?

MARCELA: Es pensión de la hermosura.

DIANA: Partióse mi esposo ya
a la guerra, y la crüel
suerte que al rey me ha quitado,
aun quiere darme penado
el bien que me dio por él.

MARCELA: (¿Quejas das al ofendido?) **Aparte**
Presto volverá a gozarte
con mil despojos de Marte.

DIANA: ¡Ay prima! Que ha sucedido
uno y otro mal agüero;

que cuando al partir me dio
los brazos, se le cayó
del lado el bruñido acero;
y al instante que salía
por la sala, del ingrato
rey mi enemigo el retrato,
que sobre el umbral pendía,
sobre sus hombros cayó;
y al poner en el estribo
el pie, furioso y esquivo
el caballo resistió.

MARCELA: Agüeros son evidentes
de un gran mal. (Dé mi venganza **Aparte**
temores a tu esperanza.)
Con justa causa lo sientes.
Tus penas alivie el cielo;
que yo te quiero dejar,
porque al triste suele dar
la soledad mas consuelo.

DIANA: No puede en males tan fieros.
MARCELA: (Hoy me vengo: yo he de abrir **Aparte**
al rey la puerta, y cumplir
esta noche los agüeros.

Vase MARCELA

DIANA: Dioses, si vuestra deidad
de mí se venga ofendida,
dar fin a mi triste vida
será piadosa crueldad;
pero si no os ofendí,
pues de justos os preciáis,
dadme el bien que me dais,
volvedme el que perdí.

Vase DIANA. Salen el REY y PALANTE, de noche

PALANTE: Tu gloria verás cumplida
esta noche, pues Marcela
en servirte se desvela.

REY: O mi tormento o mi vida
tengan fin.

PALANTE: La seña haré.

REY: ¡Ay, amigo! ¡Loco estoy!

Asómase MARCELA a una ventana

MARCELA: ¿Es Palante?

PALANTE: Sí.
MARCELA: Ya voy.

Vase MARCELA

REY: O venceré o moriré.
PALANTE: Otra ocasión no te queda,
si ésta no sabes gozar.
REY: Por fuerza pienso alcanzar
lo que por amor no pueda.
Piérdase el reino, Palante,
y el mundo, pues yo me pierdo;
que es imposible ser cuerdo
el que es verdadero amante.
PALANTE: Ya está a la puerta Marcela.

Sale MARCELA

MARCELA: Entrad.
REY: Marcela querida,
tuyo es mi reino y mi vida.
MARCELA: (¿Qué no hará quien ama y cела?) **Aparte**
Seguidme.

Vanse todos por una puerta y vuelven por otra

REY: Porque a mi intento
ayude la soledad,
solo los dos me dejad
en llegando a su aposento.
MARCELA: Bien dices; que con testigos
nunca una mujer honesta
se atreve. Su puerta es ésta.
REY: Pues dejadme solo, amigos.
MARCELA: Por si lo sintiere acaso
Severo, será importante
que, o para avisar, Palante,
o para impedirle el paso,
estemos en centinela
en su cuarto.
PALANTE: Ya te sigo.
MARCELA: (Éste es, Licurgo, el castigo **Aparte**
de no estimar a Marcela.)

*Vanse MARCELA y PALANTE. Corren una
cortina; parece DIANA sentada a un bufete con luces, y la
pluma caída de la mano, como que se ha quedado dormida*

REY: Escribiendo está mi dueño,
 como divino, inhumano.
 Parece que de la mano
 le quitó la pluma el sueño.
 Favor a un engaño pido,
 pues la ocasión me convida.

Mata las luces y llégase a ella

DIANA: ¿Quién es?
REY: Esposa querida,
 tu esposo soy, que he venido
 a verte secretamente.
DIANA: ¡Hola! ¡Una luz!
REY: ¡Calla, calla!
 Que antes, mi bien, el matalla
 fue prevención conveniente
 por no ser sentido así;
 que es contra ley ausentarme
 del campo, y sólo fiarme
 pudiera en esto de ti.

Salen LICURGO y TELAMÓN, de noche, a oscuras

LICURGO: ¡Dioses! ¿Qué escucho?
TELAMÓN: ¿No digo
 que la puerta sentí abrir?
DIANA: Pues habiendo de venir,
 Licurgo, a verte conmigo,
 ¿no me avisaras?
REY: No fuera
 tan dichoso aquí mi amor;
 que aquél es gusto mayor,
 esposa, que no se espera.
LICURGO: Aquí hay engaño y traición.
 ¡Presto, una luz!
TELAMÓN: Voy por ella.

Vase TELAMÓN

REY: Cojamos, esposa bella,
 el copete a la Ocasión;
 que son breves los momentos
 que mis dichas te merecen.
DIANA: (¡Ay de mí! No me parecen **Aparte**
 de Licurgo estos acentos.)
 Deja primero, señor,

que una luz vaya a traer.
REY: A riesgo quieres poner
mi gusto, vida y honor;
porque despertar podrás
a quien publique mi exceso.
DIANA: (Mucho resiste, y con eso **Aparte**
crece mi sospecha más.)
REY: Ven, esposa.
DIANA: (El rey parece.) **Aparte**
LICURGO: (¡Lo que tarda Telamón!) **Aparte**
REY: No se pase la ocasión
que breve instante me ofrece.
DIANA: (Él es sin duda.) **Aparte**
¿Qué intenta
tu engañoso y falso amor?

Sale TELAMÓN, con luz

REY: ¿Qué es esto?
LICURGO: ¡Muera el traidor

Saca la espada

que se ha atrevido a mi afrenta!

REY: ¡Detente; que soy el rey!
LICURGO: ¿El rey?

Detiénese

REY: ¡El rey!
LICURGO: ¿Quién pudiera
atreverse, sino un rey,
a hacer a Licurgo ofensa?
Esa puerta, Telamon,
cierra al momento; no venga
quien la más heroica hazaña
me impida que historias cuentan.
REY: ¿Matarme quieres, traidor?
¿Que al fin fueron las estrellas
en un sabio poderosas,
y en su pronóstico ciertas?
DIANA: (¡Ay de mí! ¡Qué confusión!) **Aparte**
LICURGO: Rey, lo que pudieron ellas
es darme ocasión tan fuerte
con mi valor y tu ofensa,
pero no a la ejecución
obligarme; y porque veas

que el sabio, aunque más le inclinen,
es dueño de las estrellas,
oye, y verás brevemente
que con una hazaña mesma
las venzo y cobro mi honor,
aunque imposible parezca.
Ni es razón, pues ya he besado
tu mano real, que mueva
a darte muerte el acero,
aunque vida y honor pierda;
ni es razón que tú me mates
por gozar mi esposa bella,
ni que tirano conquistes
con tal crueldad tal afrenta;
ni que yo afrentado viva
es razón; que aunque mi ofensa
fue intentada sin efeto,
no ha de examinar quien sepa
que con mi esposa te hallé,
mi disculpa; y lo que intentan
los reyes, ejecutado
el vulgo lo considera;
ni es razón, ni yo lo espero,
que tus gentes ya, en defensa
de un extranjero afrentado,
sufran de Esparta la guerra;
ni es razón que yo a mi patria
por su mismo daño vuelva,
si en no derogar mis leyes
consiste su paz eterna.
Pues para que ni te mate,
ni me mates, ni consienta
vivo mi infamia, ni Esparta
me cobre, ni oprima a Creta,
yo mismo dare a mi vida
fin honroso y fama eterna,
porque me llamen los siglos
el dueño de las estrellas.

Arrójase sobre su espada y cae muerto

DIANA: ¡Detente, esposo!

REY: ¡Licurgo,
detente! ¡Llamad apriesa
quien la injusta ejecución
impida a la muerte fiera!

DIANA: Ya no hay remedio. ¡Ay de mí,
viuda, cuando esposa apenas!

Salen SEVERO, PALANTE y MARCELA

SEVERO: ¿Qué es esto, dioses?

REY: La hazaña
mayor que el mundo celebra.
Él mismo se dio la muerte,
de su lealtad y mi ofensa
forzado. Licurgo amigo,
Diana, si así consuelas
tu muerte, será mi esposa;
que no hay otra recompensa
de esta hazaña.

SEVERO: Ya expiró.

REY: Diana, porque no seas
un punto viuda por mí,
tuyo soy, mi mano es ésta.

SEVERO: En vos resplandecen juntas
la justicia y la clemencia.
Dale la mano, Diana.

DIANA: Que a ti y al rey obedezca
es forzoso.

TELAMÓN: Ya lo es
también, Severo, que sepas
que Licurgo dio a Teón,
en venganza de una afrenta
que del recibió, la muerte.

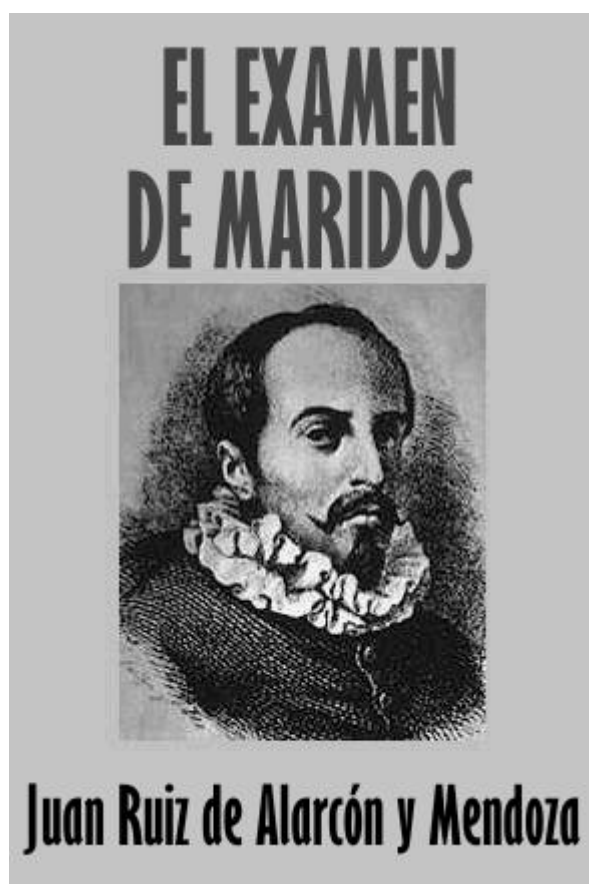
SEVERO: ¿Qué es lo que dices?

REY: No es ésta,
Severo, cuando mis bodas
celebro, ocasión de quejas.
Háganse luego a Licurgo
las funerales obsequias,
y un epitafio en su mármol
diga, "Aquí a su fama eterna
dio principio, y tuvo fin
el dueño de las estrellas."

Fin de la comedia

EL EXAMEN DE MARIDOS

Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza



Personas que hablan en ella:

- El conde CARLOS, galán
- El MARQUÉS don Fadrique, galán
- El conde don JUAN, galán
- El conde ALBERTO, galán
- Don GUILLÉN, galán
- Don Juan de CUMÁN, galán
- La marquesa, Doña INÉS, dama
- MENCÍ, su criada
- Doña BLANCA de Herrera, dama
- CLAVELA, su criada
- OCHAVO, gracioso
- BELTRÁN, escudero viejo
- HERNANDO, lacayo
- Don FERNANDO, viejo grave

ACTO PRIMERO

Salen Doña INÉS, de luto, y MENCÍA

MENCÍA: Ya que tan sola has quedado
con la muerte del Marqués
tu padre, forzoso es,
señora, tomar estado;
que en su casa has sucedido,
y una mujer principal
parece en la corte mal
sin padres y sin marido.

INÉS: Ni más puedo responderte,
ni puedo más resolver,
de que a mi padre he de ser
tan obediente en la muerte
como en la vida lo fui;
y con este justo intento
aguardo su testamento
para disponer de mí.

Sale BELTRÁN de camino

BELTRÁN:: Dame, señora, los pies.

INÉS: Vengas muy en hora buena,
Beltrán, amigo.

BELTRÁN: La pena
de la muerte de; Marqués,
mi señor, que esté en la gloria,
me pesa de renovarte,
cuando era bien apartarte
de tan funesta memoria;
mas cumplo lo que ordenó

cercano al último aliento:
en lugar de testamento
este pliego me entregó,
sobrescrito para ti.

Dale un pliego

INÉS: A recibirle, del pecho
sale, en lágrimas deshecho

Abre el pliego

el corazón. Dice así:

Lee

"Antes que te cases, mira lo que haces."

MENCÍA: ¿No dice más?

INÉS: No, Mencía.

BELTRÁN: Su postrer disposición
cifró toda en un renglón.

INÉS: ¡Ay, querido padre! Fía
que no exceda a lo que escribes
mi obediencia un breve punto,
y que aun después de difunto
presente a mis ojos vives.

Y vos, si el haber nacido
en mi casa, y si el amor
que del Marqués, mi señor,
habéis, Beltrán, merecido;
si la firme confianza
con que en vuestra fe y lealtad
resignó su voluntad
aseguran mi esperanza,
sed de mi justa intención
el favorable instrumento,
con que de este testamento

disponga la ejecución.
Sólo de vuestra verdad
he de fiar el efecto;
y la elección del sujeto,
a quien de mi libertad
entregue la posesión,
de vos ha de proceder,
y obligarme a resolver
sola vuestra información.

BELTRÁN: No tengo que encarecerte
mi obligación y mi fe,
pues ellas, según se ve,
son las que pueden moverte
a hacerme tu consejero.

INÉS: Venid conmigo a saber,
Beltrán, lo que habéis de hacer;
que elegir esposo quiero
con tan atentos sentidos
y con tan curioso examen
de sus partes, que me llamen
el "examen de maridos."

Vanse. Salen don FERNANDO y el conde

CARLOS

FERNANDO: Pensar que sólo sois vos
dueño de su voluntad,
y, según vuestra amistad,
una alma vive en los dos,
de vos me obliga a fiar
y pedir os una cosa,
que, por ser dificultosa,
podréis vos sólo alcanzar.

CARLOS: Si como habéis entendido,
don Fernando, esa amistad,
conocéis la voluntad
con que siempre os he servido,
seguro de mí os fiáis,
pues ya, según mi afición,
sólo con la dilación
puede ser que me ofendáis.

FERNANDO: Ya pues, Conde, habréis sabido
que el Marqués a Blanca adora.

CARLOS: De vos, don Fernando, agora
solamente lo he entendido.

FERNANDO: Negaréisio como amigo
y secretario fiel
del Marqués.

CARLOS: Jamás con él
he llegado, ni él conmigo,
a que de tales secretos
partícipes nos hagamos;
o sea porque adoramos
tan soberanos sujetos,
que, con darle a la amistad
nombre de sacra y divina,
aun no la juzgamos digna
de atreverse a su deidad;
o porque el celo y rigor
de esta amistad es tan justo,
que niega culpas del gusto
y delitos del amor;
o porque de ese cuidado
vivimos libres los dos,

y en lo que os han dicho a vos
acaso os han engañado.

FERNANDO: No importa para el intento
haberlo sabido o no;
ser así y saberlo yo
es la causa y fundamento
que me obligó a resolverme
a que de vuestra amistad,
nobleza y autoridad
en esto venga a valerme.

Y así, supuesto, señor,
que si el Marqués pretendiese
que Blanca su esposa fuese,
no me encubriera su amor,
pues, si sus méritos son
tan notorios, se podría
prometer que alcanzaría
por concierto su intención;
de aquí arguyo que su amor
sólo aspira a fin injusto,
y quiere alcanzar su gusto
con ofensa de mi honor.

Vos, pues, de cuya cordura,
grandeza y valor confío,
remediad el honor mío
y corregid su locura;
que en los dos evitaréis
con esto el lance postrero,
pues lo ha de hacer el acero
si vos, Conde, no lo hacéis.

CARLOS: Fernando, bien sabéis vos

que, por no sujeto a ley
el amor, le pintan rey,
niño, ciego, loco y dios.
Y así, en este caso, yo,
si he de hablar como discreto,
el intentarlo os prometo,
pero el conseguirlo no;
que por locura condeno
que se prometa el valor
ni poder más que el Amor,
ni asegurar hecho ajeno.
Mas esto sólo fiad,
pues de mí os queréis valer:
que el Marqués ha de perder
o su amor o mi amistad.

FERNANDO: Esa palabra me anima
a pensar que venceréis;
que sé lo que vos valéis
y sé lo que él os estima.

CARLOS: No admite comparación
nuestra amistad; mas yo sigo
en las finezas de amigo
las leyes de la razón:
en esto la tenéis vos,
y de vuestra parte estoy.

FERNANDO: Seguro con eso voy.

CARLOS: Dios os guarde.

FERNANDO: Guárdeos Dios.

***Vase don FERNANDO. Salen el MARQUÉS y
OCHAVO***

OCHAVO: Él es un capricho extraño.

MARQUÉS: ¿Examen hace, curiosa,
de pretendientes?

OCHAVO: ¡Qué cosa
para los mozos de hogaño!

MARQUÉS: Conde...

CARLOS: Marqués...

MARQUÉS: Escuchad
el más nuevo pensamiento
que en humano entendimiento
puso la curiosidad.

CARLOS: Decid.

A OCHAVO

MARQUÉS: Vuelve a referirlo
con todas sus circunstancias.

OCHAVO: Perdonad mis ignorancias,
pues de mí queréis oírlo.

La sin igual doña INÉS,
a cuyas divinas partes
se junta ya el ser marquesa
por la muerte de su padre,
abriendo su testamento,
con resolución de darle
el cumplimiento debido
a postreras voluntades,
halló que era un pliego a ella
sobrescrito y que no trae
más que un renglón todo él,
en que le dice su padre,
"Antes que te cases, mira lo que haces."
Puso en ella este consejo
un ánimo tan constante

de ejecutarlo, que intenta
el capricho más notable
que de romanas matronas
cuentan las antigüedades.
Cuanto a lo primero, a todos,
gentilshombres y pajes
y criados de su casa,
orden ha dado inviolable
de que admitan los recados,
los papeles y mensajes
de cuantos de su hermosura
pretendieran ser galanes.
Con esto, en un blanco libro,
cuyo título es "Examen
de maridos," va poniendo
la hacienda, las calidades,
las costumbres, los defetos
y excelencias personales
de todos sus pretendientes,
conforme puede informarse
de lo que la fama dice
y la inquisición que hace.
Estas relaciones llama
"consultas", y "memoriales"
los billetes, y "recuerdos"
los paseos y mensajes.
Lo primero, notifica
a todo admitido amante
que sufra la competencia
sin que el limpio acero saque;
y al que por esto, o por otro

defeto, una vez borrarle
del libro, no hay esperanza
de que vuelva a consultarle.

Declara que amor con ella
no es mérito, y sólo valen,
para obligar su albedrío,
propias y adquiridas partes;
de manera que ha de ser,
quien a su gloria aspirare,
por elección venturoso,
y elegido por examen.

CARLOS: ¡Extraña imaginación!

MARQUÉS: ¡Paradójico dislate!

OCHAVO: ¡Caprichoso desatino!

CARLOS: (¡Ah, ingrata! ¿Qué novedades **Aparte**
inventas para ofenderme,
y trazas para matarme?

¿Qué me ha de valer contigo,
si tanto amor no me vale?

¿Posible es, crüel, que intentes,
contra leyes naturales,
que sin amor te merezcan
y que sin celos te amen?)

MARQUÉS: Ya, con tan alta ocasión,
imagino en los galanes
de la corte mil mudanzas
de costumbres y de trajes.

CARLOS: La fingida hipocresía,
la industria, el cuidado, el arte
a la verdad vencerán.

Más valdrá quien más engañe.

Ochavo, déjanos solos,
que tengo un caso importante
que tratar con el Marqués.

OCHAVO: Si es importante, bien haces
en ocultarlo de mí,
que cualquiera que fiare
de criados su secreto,
vendrá a arrepentirse tarde.

Vase OCHAVO

MARQUÉS: Cuidadoso espero ya
lo que tenéis que tratarme.

CARLOS: Retóricas persuasiones
y proemios elegantes
para pedir, son ofensas
de las firmes amistades;
y así, es bien que brevemente
mi pensamiento os declare.

De don Fernando de Herrera
la noble y antigua sangre,
ni puede nadie ignorarla
ni ofenderla debe nadie;
y el que es mi amigo, Marqués,
no ha de decirse que hace
sinrazón, mientras un alma
ambos pechos informare.

Una de tres escoged:
o no amar a Blanca, o darle
la mano, o dejar de ser
mi amigo por ser su amante.

MARQUÉS: Primero que me resuelva
en un negocio tan grave,

los celos de mi amistad,
que al encuentro, Conde, salen,
me obligan a que averigüe
mis quejas y sus verdades.

¿Cómo, si de ajena boca
supistes que soy amante
de Blanca, no tenéis celos
de que de vos lo ocultase?

CARLOS: Porque los cuerdos amigos
tienen razón de quejarse
de que la verdad les nieguen,
mas no de que se la callen;
y así, de vuestro silencio
no he formado celos, antes
os estoy agradecido,
que presumo que el callarme
vuestra afición fue recelo
de que yo la reprobese,
porque no consienten culpas
las honradas amistades.

Y así, Marqués, resolveos
a olvidalla o a olvidarme,
que la razón siempre a mí
me ha de tener de su parte.

MARQUÉS: Puesto, Conde, que el más rudo
el imperio de Amor sabe,
con vos, que prudente sois,
no trato de disculparme.

Dar la mano a doña Blanca
no es posible, sin que pase
el mayorazgo que gozo

al más cercano en mi sangre;
que obliga de su erección
un estatuto inviolable
a que el sucesor elija
esposa de su linaje.

Yo, pues, antes de escucharos,
viendo estas dificultades,
procuraba ya remedios
de olvidarla y de mudarme;
y ha sido el mandar lo vos
el mayor, pues es tan grande
mi amistad, que lo imposible
por vos me parece fácil.

CARLOS: Supuesto que no hay finezas
que a la vuestra se aventajen,
os las prometo a lo menos
mi agradecimiento iguales.

Y adiós, Marqués, porque quiero
dar al cuidadoso padre
de Blanca esta feliz nueva.

MARQUÉS: Bien podéis asegurarle
que no hará la muerte misma
que esta palabra os quebrante.

CARLOS: Cuando no vuestra amistad,
me asegura vuestra sangre.

***Vanse. Salen el conde CARLOS y el conde ALBERTO,
por una parte, y por otra el conde don JUAN***

JUAN: ¡Conde!

ALBERTO: ¡Don Juan!

JUAN: Con hallaros
en esta casa me dais

indicios de que intentáis
de marido examinaros.

ALBERTO: Dado que no tengo amor,
por curiosidad deseo
de este examen de himeneo
ser también competidor.

Mas lo que pensáis de mí
por el lugar en que estoy,
de vos presumiendo voy,
pues también os hallo aquí.

JUAN: Siendo en tan alta ocasión
de méritos la contienda,
pienso que quien no pretenda
perderá reputación.

Sale don GUILLÉN

GUILLÉN: ¡Copiosa está de guerreros
la estacada!

ALBERTO: ¡Don Guillén!
¿Sois opositor también?

GUILLÉN: Con tan nobles caballeros,
si es que aspiráis a eligidos,
fuerza es probar mi valor;
que si es tal el vencedor,
no es deshonra ser vencidos.

ALBERTO: ¡Que en novedad tan extraña
diese la Marquesa hermosa!

GUILLÉN: Por ella será famosa
eternamente en España.

JUAN: Al fin, quiere voluntades
a la usanza de Valencia;
que sufran la competencia

sin celos ni enemistades.

ALBERTO: Nueva Penélope ha sido.

Sale OCHAVO

OCHAVO: (¡Plega a Dios no haya en la corte **Aparte**

algún Ulises que corte

en cierne tanto marido!)

JUAN: Beltrán sale aquí.

ALBERTO: Y él es,

según he sido informado,

el secretario y privado

de la hermosa doña Inés.

OCHAVO: Y a fe que es del tiempo vario

efecto bien peregrino

que, no siendo vizcaíno,

llegase a ser secretario.

Sale BELTRÁN

BELTRÁN: (Al cebo de doña Inés **Aparte**

pican todos, que es gran cosa

gozar de mujer hermosa

y un título de marqués)

ALBERTO: Señor Beltrán, la intención

de la Marquesa, que ha dado,

como a los pechos cuidado,

a la fama admiración,

causa el concurso que veis;

Quiere darle un papel

mis partes y calidades

son éstas, y son verdades

que presto probar podréis.

JUAN: Éste mis partes refiere.

Quiere darle otro papel

BELTRÁN: La Marquesa mi señora
saldrá de su cuarto agora;
que veros a todos quiere.

A ella dad los memoriales;
porque informarse procura
de la voz, la compostura,
y las partes personales
de cada cual por sus ojos.

OCHAVO: Es prudencia y discreción
no entregar por relación
tan soberanos despojos.

BELTRÁN: Ella sale.

Compónense todos

OCHAVO: (Gusto es vellos **Aparte**
cuidadosos y afectados,
compuestos y mesurados,
alzar bigotes y cuellos.

Parécenme propriamente,
en sus aspectos e indicios,
los pretendientes de oficios,
cuando ven al Presidente.

Mas, por Dios, que es la criada
como un oro.)

Salen Doña INÉS y MENCÍA

¡Oye, doncella!

MENCÍA: ¿Qué quiere?

OCHAVO: El amor por ella
me ha dado una virotada.

MENCÍA: Aun bien que hay en el lugar
albítares.

OCHAVO: Pues, traidora,

¿tan bestia es el que te adora,
que albéitar le ha de curar?

ALBERTO: Puesto que el alma confiesa
que no hay méritos humanos
que a los vuestros soberanos
igualen, bella Marquesa,
si alguno ha de poseeros,
hacer esto es competir
con todos, no presumir
que he de poder mereceros;
y a este fin he reducido
mis partes a este papel,
humilde como fiel.

Dale un memorial

INÉS: (¡Qué retórico marido!) **Aparte**

Yo atenderé como es justo
a vuestros méritos, Conde.

OCHAVO: (Como rey, por Dios, responde **Aparte**
ella es loca de buen gusto.)

JUAN: Yo soy, señora, don Juan
de Guzmán. Aquí veréis

Dale un papel

lo demás, si en mí queréis
más partes que ser Guzmán.

INÉS: (¡Qué amante tan enflautado!) **Aparte**

Yo lo veré.

OCHAVO: (¡Linda cosa **Aparte**

la voz sutil y melosa
en un hombre muy barbado!)

GUILLÉN: Don Guillén soy de Aragón,
que si por amor hubiera

de mereceros, ya fuera
mi esperanza posesión.

Dale un memorial

Éste os puede referir
mis méritos verdaderos,
pocos para mereceros,
muchos para competir.

INÉS: (¡Qué meditada oración!) **Aparte**

Yo veré el papel.

OCHAVO: (¡Qué bien **Aparte**

trajo el culto don Guillén
la tal contraposición!)

INÉS: Con vuestra licencia, quiero
retirarme.

ALBERTO: Loco estoy.

Vase

JUAN: Libre vine y preso voy.

Vase

GUILLÉN: Por vos vivo y sin vos muero.

Vase

INÉS: Tened esos memoriales.

Dalos a BELTRÁN

Mas, ¿qué busca este mancebo?

OCHAVO: Por ver capricho tan nuevo

me atreví a vuestros umbrales;

y aunque de esta mocedad

y paradójico intento

os alabe el pensamiento,

tengo una dificultad,

y es que en vuestros pretensores

me han dicho que examináis

lo visible, y no tratáis
de las partes interiores,
en que muchas veces vi
disimulados engaños,
que causan mayores daños
al matrimonio; y así
quiero saber qué invención
o industria pensáis tener,
o qué examen ha de haber
para su averiguación.

INÉS: ¿No hay remedio?

OCHAVO: Uno de dos
en dificultad tan nueva:
recibir la causa a prueba,
o encomendárselo a Dios.

INÉS: De buen gusto es la advertencia.

¿Queréis otra cosa aquí?

OCHAVO: Un nuevo amante, por mí,
Marquesa, os pide licencia
para veros e informaros
de sus méritos; que puesto
que a todos la dais, en esto
quiere también obligaros.

INÉS: ¿Quién es?

OCHAVO: Señora, el Marqués
vuestro deudo.

INÉS: Ya ha ofendido
su valor, pues ha pedido
lo que a todos común es.

OCHAVO: Tiene el ser desconfiado
de discreto; y le parece,

Marquesa, que aun no merece
ser de vos examinado.

INÉS: Pues yo no sólo le doy
licencia, pero juzgara
por agravio que no honrara
el examen.

OCHAVO: Pues yo voy
con nueva tan venturosa;
y tanto vos lo seáis,
pues cual sabia examináis,
que no elijáis como hermosa.

Vanse doña INÉS y BELTRÁN

Y tú, enemiga, haz también
un examen; y si acaso
te merezco, pues me abraso,
trueca en favor el desdén.

MENCÍA: ¿Bebe?

OCHAVO: Bebo.

MENCÍA: ¿Vino?

OCHAVO: Puro.

MENCÍA: Pues ya queda reprobado;
que yo quiero esposo aguado.

Vase

OCHAVO: ¡Escucha! En vano procuro
detenerla. ¡Bueno quedo!

¡Vive Dios, que estoy herido!

Pero si mi culpa ha sido
beberlo puro, bien puedo
no quedar desesperado.

Aguado soy, que aunque puro
siempre beberlo procuro,

siempre al fin lo bebo aguado,
pues todo, por nuestro mal,
antes de salir del cuero,
en el Adán tabernero
peca en agua original.

***Vase. Salen doña BLANCA Y CLAVELA con
mantos***

CLAVELA: Pienso que no te está bien
mostrar al Marqués amor,
porque es la contra mejor,
de un desdén, otro desdén.
Si su mudanza recelas,
tu firmeza te destruye,
porque al amante que huye,
seguirle es ponerle espuelas.

BLANCA: Ya que pierdo la esperanza
que tan segura tenía,
saber al menos querría
la ocasión de su mudanza;
y por esto le he citado,
sin declararle quién soy,
para el sitio donde estoy.

CLAVELA: Él vendrá bien descuidado
de que eres tú quien le llama.

***Salen el MARQUÉS y OCHAVO, por otra
parte***

OCHAVO: Su hermosura y su intención
son tan nuevas, que ya son
la fábula de la Fama;
y al fin, no sólo te ha dado
la licencia que has pedido,

pero se hubiera ofendido
de que no hubieras honrado
el concurso generoso
que al examen se le ofrece.

MARQUÉS: Locura, por Dios, parece
su intento; mas ya es forzoso
seguir a todos en eso.

OCHAVO: Un aguacero cayó
en un lugar, que privó
a cuantos mojó, de seso;
y un sabio, que por ventura
se escapó del aguacero,
viendo que al lugar entero
era común la locura,
mojóse y enloqueció,
diciendo, "En esto, ¿qué pierdo?
Aquí, donde nadie es cuerdo,
¿para qué he de serio yo?"
Así agora no se excusa,
supuesto que a todos ves
examinarse, que des
en seguir lo que se usa.

MARQUÉS: Bien dices, que era el no hacerlo
dar al mundo qué decir.

Pero quiérote advertir
de que nadie ha de entenderlo
hasta salir vencedor;
porque si quedo vencido,
no quiero quedar corrido.

OCHAVO: Mármol soy.

MARQUÉS: Este temor

me obliga así a recatar,
aunque mi pecho confía
que doña Inés será mía
si me llevo a examinar.

BLANCA: ¿Que doña Inés será vuestra,
si a examinaros llegáis?

MARQUÉS: ¡Oh Blanca! ¿Vos me escucháis?

BLANCA: Quien tanta inconstancia muestra
como vos, ¿tiene esperanza
de que saldrá vencedor,
siendo el defecto mayor
en un hombre la mudanza?

¿De qué os admiráis? Yo fui,
yo fui la que os he llamado,
viendo que con tal cuidado
andáis huyendo de mí,
para saber la ocasión
que os he dado, o vos tomáis,
para que así me rompáis
tan precisa obligación;
y de vuestros mismos labios,
antes que os la preguntara,
quiso el cielo que escuchara
la ocasión de mis agravios.

MARQUÉS: Blanca, no te desenfrenes;
escucha atenta primero
mi disculpa, y después quiero
que, si es razón, me condenes.

Cuando empezó mi deseo
a mostrar que en ti vivía,
ni aun la esperanza tenía

del estado que hoy poseo.
Entonces tú, como a pobre,
te mostraste siempre dura;
que el oro de tu hermosura
no se dignaba del cobre.
Heredé por suerte; y luego,
o fuese ambición o amor,
mostraste a mi ciego ardor
correspondencias de fuego.
Mas la herencia, que la gloria
me dio de tu vencimiento,
fue también impedimento
para gozar la victoria;
porque estoy, Blanca, obligado
a dar la mano a mujer
de mi linaje, o perder
la posesión del estado.
Esta ocasión me desvía
de ti pues, según arguyo,
ni rico puedo ser tuyo,
ni pobre quieres ser mía.
Perdida, pues, tu esperanza,
si otra doy en celebrar,
es divertirme, no amar;
es remedio, no mudanza.
Así que, a no poder más,
mudo intento; si pudieres,
haz lo mismo; que si quieres,
mujer eres, y podrás.

Vase

BLANCA: ¡Oye!

CLAVELA: Alas lleva en los pies.

OCHAVO: (¡Cielos, haced que algún día **Aparte**
pueda yo hacer con Mencía
lo que con Blanca el Marqués!)

Vase

BLANCA: Desesperada esperanza,
el loco intento mudad,
y de ofendida apelad
del amor a la venganza.

¡Por los cielos, inconstante,
ya que tu agravio me obliga,
que has de llorarme enemiga,
pues no me estimas amante!

¡A tus gustos, tus intentos,
tus fines, me he de oponer!

¡Seré verdugo al nacer
de tus mismos pensamientos!

CLAVELA: De cólera estás perdida;
loca te tiene el despecho.

BLANCA: ¡Sierpes apacienta el pecho
de una mujer ofendida!

Vanse. Sale el conde don JUAN

JUAN: De tus ojos salgo ciego
y abrasado, Inés hermosa,
cual la incauta mariposa
busca luz y encuentra fuego.

Sale el conde CARLOS

CARLOS: (¿Aquí está el conde don Juan? **Aparte**
¡Todo el infierno arde en mí!)
Conde, de hallaros aquí
ciertas sospechas me dan

de que pretendéis entrar
en el examen.

JUAN: Pues ¿quién
no aspira a tan alto bien,
sí méritos lo han de dar?

CARLOS: Quien supiere que a la bella
Inés ha un siglo que quiere
Carlos.

JUAN: Si quien lo supiere,
Conde, no ha de pretendella,
de esa obligación me hallo
con justa causa excluido,
porque nunca lo he sabido.

CARLOS: ¿No basta, pues, escuchallo
aquí de mí, si hasta agora
la he servido con secreto,
justo y forzoso respeto
del que estima a la que adora?

JUAN: No basta a quien se ha empeñado
sin saberlo: a no empezar
podéis con eso obligar;
mas no a dejar lo empezado.

CARLOS: Esta espada sabrá hacer
que sobre decirlo yo
para dejarlo.

JUAN: Y que no
ésta sabrá defender;
y esto en el campo, no aquí;
que es sagrado este lugar.

CARLOS: Allá os espero mostrar
el valor que vive en mí.

Sale doña INÉS

INÉS: ¿Qué es esto? Conde don Juan,
conde Carlos, ¿dónde vais?

CARLOS: Solamente a que entendáis
los excesos a que dan
ocasión vuestros antojos.
Venid.

JUAN: Vamos.

INÉS: ¡Detenéos,
que mal logrará deseos
quien obliga con enojos!
Sabiendo que es lo primero
que he advertido en este examen
que no ha de entrar en certamen
quien por mí saque el acero,
¿cómo aquí con ofenderme,
queréis los dos obligarme,
pues que pretendéis ganarme
con el medio de perderme?

El fin de esta pretensión
¿consiste en vuestro albedrío?
¿Es vuestro gusto, o el mío,
quien ha de hacer la elección?
Sufra, pues, quien alcanzarme
procure, la competencia,
o confiase en mi presencia
que no pretende obligarme.

JUAN: No hay más ley que vuestro gusto
para mi abrasado pecho.

CARLOS: Y yo, Inés, aunque a despecho
de un agravio tan injusto

como recibo de vos,
me dispongo a obedeceros.

INÉS: De no sacar los aceros
me dad palabra los dos.

CARLOS: Yo por serviros la doy.

JUAN: Yo la doy por obligaros;
que a morir, por no enojaros,
dispuesto, señora, estoy.

Vase el conde don JUAN

CARLOS: ¡Ah, Marquesa! ¡A Dios pluguiera,
pues os cansa el amor mío,
fuese mío mi albedrío
para que no os ofendiera!
¡Pluguiera a Dios que pudiera
poner freno a mis pasiones
el ver vuestras sinrazones!
Que cuando el amor es furia,
los golpes que da la injuria
rematan más las prisiones.
Apaga el cierzo violento
llama que empieza a nacer;
mas en llegando a crecer,
le aumenta fuerzas el viento.
Ya estaba en mi pensamiento
apoderado el furor
de vuestro amoroso ardor;
y a quien llega a estar tan ciego,
cada agravio da más fuego,
cada desdén, más amor.

INÉS: Basta, Conde; que llenáis
de vanas quejas el viento,

si de vuestro sentimiento

la ocasión no declararéis.

¿De qué agravios me acusáis?

CARLOS: El preguntarlo es mayor

ofensa y nuevo rigor,

pues para que os disculpéis

de vuestro error, os hacéis

ignorante de mi amor.

¿Podéisme negar acaso

que dos veces cubrió el suelo

tierna flor y duro hielo

después que por vos me abraso?

El fiero dolor que paso

por vuestros ricos despojos,

aunque a encubrir mis enojos

el recato me ha obligado,

¿no os lo ha dicho mi cuidado

con la lengua de mis ojos?

¿No han sido mi claro oriente

vuestros balcones, y han visto

que ha dos arios que conquisto

su hielo con fuego ardiente?

Si os amé tan cautamente,

que apenas habéis sabido

vos misma que os he querido,

ésa es fineza mayor,

pues, muriendo, vuestro honor

a mi vida he preferido.

Pues cuando, tras esto, dais

licencia a nuevos cuidados,

para ser examinados

porque el más digno elijáis,
¿cómo, decid, preguntáis
a un despreciado y celoso
de qué se muestra quejoso?

Cuando por amante no,
por mí ¿no merezco yo
ser con vos más venturoso?

INÉS: Negarlo fuera ofenderos;
pero vos me disculpáis,
y con lo que me acusáis
pienso yo satisfaceros.

Si entre tantos caballeros
como al examen se ofrecen
vuestras partes os parecen
dignas de ser preferidas,
ellas serán elegidas,
si más que todas merecen.

Mas si acaso el propio amor
os engaña, y otro amante,
aunque menos arrogante,
en partes es superior,
ni es ofensa ni es error,
si en mi provecho me agrada,
de vuestro daño olvidada,
que el que es más digno me venza;
que de sí misma comienza
la caridad ordenada.

CARLOS: Y de amar vuestra beldad
¿cuáles los méritos son?

INÉS: Amar por inclinación
es propria comodidad.

Si presa la voluntad
del deseo, se fatiga
porque el deleite consiga,
del bien que pretende nace;
y quien su negocio hace,
a nadie con él obliga.
Demás que, si amarme fuera
conmigo merecimiento,
no sólo vuestro tormento
obligada me tuviera;
que no tantos en la esfera
leves átomos se miran,
ni en cuanto los rayos giran
del sol claro arenas doran,
cuantos más que vos me adoran,
que menos que vos suspiran.
Pero, supuesto que amarme
no me obliga, imaginad
que cumplir mi voluntad
es el modo de obligarme.
El más digno ha de alcanzarme;
si vuestros méritos claros
esperan aventajaros,
en obligación me estáis,
pues por una que intentáis,
dos vitorias quiero daros.
Corta hazaña es por amor
conquistar una mujer;
ilustre vitoria es ser
por méritos vencedor.
De mí os ha de hacer señor

la elección, no la ventura.

Si no os parece cordura
el nuevo intento que veis,
al menos no negaréis

que es de honrada esta locura.

CARLOS: En fin, ¿que en vano porfío
disuadiros ese intento?

INÉS: Antes que mi pensamiento,
se mudará el norte frío.

CARLOS: Pues yo de todos confío
ser por partes vencedor;
mas ved que en tan ciego amor
mis sentidos abrasáis,
que si en la elección erráis,
no he de sufrir el error.

Mirad cómo os resolvéis,
y advertid bien, si a mí no,
que merezca más que yo
a quien vuestra mano deis;
pues como vos proponéis
que vencer, para vencederos,
tantos nobles caballeros,
son dos tan altas vitorias,
son dos afrentas notorias
las que recibo en perderos.

Yo entrenaré mi pasión
si es más digno el más dichoso,
obediente al imperioso
dictamen de la razón;
pero siendo en la elección
vos errada y yo ofendido,

¡vive Dios que al preferido
ha de hacer mi furia ardiente
teatro de delincuente
deL tálamo de marido!

INÉS: Pensad que si no vencéis,
no habéis de quedar quejoso;
que será tal, el dichoso,
que vos mismo lo aprobéis.

CARLOS: Cumplid lo que prometéis.

INÉS: Tal examen he de hacer,
que a todos dé, al escoger,
qué envidiar, no qué culpar.

CARLOS: Pues, Inés, a examinar.

INÉS: Pues, Carlos, a merecer.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salen BLANCA: y CLAVELA: con mantos

BLANCA: Yo la he de ver, y estorbar
cuanto pueda su esperanza;
que el amor pide venganza
si llega a desesperar;
y pues no me vio jamás
la Marquesa, cierta voy
de que no sabrá quién soy.

CLAVELA: Resuelta, señora, estás,
y no quiero aconsejarte.

BLANCA: Ella sale.

CLAVELA: Hermosa es:
con razón la luz que ves
puede en celos abrasarte.

BLANCA: Cúbrete el rostro, y advierte
que los enredos que emprendo
van perdidos, en pudiendo
este viejo conocerte.

Salen INÉS y BELTRÁN

BELTRÁN: Ya del marqués don Fadrique
el memorial he pasado;
y si verdad ha informado,
no dudo que se publique
por su parte la vitoria.

INÉS: Pues, Beltrán, con brevedad
de lo cierto os informad,
porque es ventaja notoria

la que en sus méritos veo,
y si verdaderos son,
mi sangre o mi inclinación
facilitan su deseo.

BELTRÁN: Él es tu deudo; y, por Dios,
que fuera bien que se unieran
vuestras dos casas, e hicieran
un rico estado los dos.

Doña BLANCA habla aparte con CLAVELA

BLANCA: Primero el fin de tus años,
caduco enemigo, veas.

CLAVELA: La ocasión es que desees.

BLANCA: Comiencen, pues, mis engaños,
y advierte bien el rodeo
con que mi industria la obliga
a rogarme que la diga
lo que decirle deseo.

Alto

No vengo a mala ocasión,
cuando de bodas tratáis,
pues feliz anuncio dais
con eso a mi pretensión.

INÉS: ¿Quién sois y qué pretendéis?

BLANCA: Soy, señora, una criada
de una mujer desdichada,
que por dicha conocéis.

Lo que pretendo es mostraros
joyas de hechura y valor,
con que pueda el resplandor
del mismo sol envidiaros.

Tratado su casamiento,

las previno mi señora;
y habiendo perdido agora,
con la esperanza, el intento
de ese estado, determina
tomar el de religión;
y viendo que la ocasión
de casaros se avecina,
según publica la fama,
me mandó que os las trajese,
porque, si entre ellas hubiese
alguna que de tal dama
mereciese por ventura
ser para suya estimada,
por el valor apreciada,
aunque pierda de la hechura
mucho parte, la compréis.
INÉS: Las joyas, pues, me mostrad.

Saca una cajeta de joyas

BLANCA: Su curiosa novedad
pienso que codiciaréis.
De diamantes jaquelados
es ésta.

INÉS: No he visto yo
mejor cosa.

BLANCA: Ésa costó
mil y quinientos ducados.
Pero ved estos diamantes
al tope.

INÉS: La joya es bella:
el cielo no tiene estrella
que dé rayos más brillantes.

BLANCA: Con más razón esta rosa,
esmaltada en limpio acero,
compararéis al lucero.

INÉS: Venus es menos hermosa.

Quien tales joyas alcanza
muy rica debe de ser.

BLANCA: Tanto, que por no perder
de una mano la esperanza,
las diera en albricias todas;
y sé que le pareciera
corto exceso a quien supiera
con quién trataba sus bodas.

Mas son pláticas perdidas.
De lo que importa tratemos.

CLAVELA: (¡Por qué sutiles extremos **Aparte**
busca el medio a sus heridas!)

INÉS: Ya de curiosa me incito
a saber quién fue el ingrato;
que vuestro mismo recato
me despierta el apetito.

CLAVELA: (Ya están conformes las dos.) **Aparte**

BLANCA: Si saberlo os importara,
Marquesa hermosa, fiara
más graves cosas de vos.

INÉS: A quien trata de casarse
y a quien, como ya sabréis,
hace el examen que veis,
temerosa de emplearse
en quien, como el escarmiento
lo ha mostrado, si se arroja,
a la vuelta de la hoja

halle el arrepentimiento,
¿no importa saber con quién
quiso esa dama casarse,
y para no efetiarse
la causa que hubo también?
Si, como me certifica
vuestra misma lengua agora,
la que tenéis por señora
es tan principal y rica,
¿presumís que entre los buenos
que opuestos agora están
a mi mano, ese galán
que ella quiso valga menos?
¿Quién duda sino que está
a este mi examen propuesto
él también? Pues, según esto,
no poco me importará
saber quién fue, y cuál ha sido
tan poderosa ocasión
que el efeto a la afición
de esa dama haya impedido.
Decídmelo, por mi vida,
y fiad que me tendréis,
si esta lisonja me hacéis,
mientras viva, agradecida.

BLANCA: Si he de hacerlo, habéis de dar
la palabra de; secreto.

INÉS: Como quien soy lo prometo.

BLANCA: Solas hemos de quedar.

A BELTRÁN

INÉS: Dejadnos solas.

BELTRÁN: (Quien fía **Aparte**
secretos a una mujer
con red intenta prender
las aguas que el Nilo envía.)

A CLAVELA

BLANCA: La industria verás agora
con que la obligo a querer
al Conde, y a aborrecer
al Marqués, si ya lo adora.)

Vase BELTRÁN y habla desde el paño

BELTRÁN: Pues nada encubre de mí,
los secretos que después
me ha de contar Doña Inés
quiero escuchar desde aquí.)

INÉS: Ya estamos solas.

BLANCA: Marquesa,
a quien haga más dichosa
el cielo que a la infeliz
de quien refiero la historia,
sabed que ese Conde Carlos,
ése cuya fama asombra
con los rayos de su espada
las regiones más remotas,
ese Narciso en la paz,
que por sus partes hermosas
es de todos envidiado,
como adorado de todas,
en esta dama, de quien
oculta el nombre mi boca,
por obedecerla a ella
y porque a vos no os importa,

puso, más ha de tres años,
la dulce vista engañosa,
pues a sus mudas palabras
no corresponden las obras.
Miró, sirvió y obligó,
porque son muy poderosas
diligencias sobre partes,
que solas por sí enamoran.
Al fin, en amor iguales
y en méritos, se conforman,
que si él es galán Adonis,
es ella Venus hermosa;
y porque a penas ardientes
dichoso término pongan,
declarados sus intentos,
alegres tratan sus bodas.
Entonces ella previno
éstas y otras ricas joyas,
como hermosas desdichadas,
malquistas como curiosas;
y cuando ya de Himeneo
el nupcial coturno adorna
el pie, y en la mano Juno
muestra la encendida antorcha;
cuando ya, ya al dulce efeto
falta la palabra sola
que eternas obligaciones
en breve sílaba otorga,
al Conde le sobrevino
una fiebre, si engañosa,
su mudanza lo publica,

su ingratitud lo pregona;
pues desde entonces, fingiendo
ocasiones dilatorias,
descuidadas remisiones
y tibiezas cuidadosas,
vino por claros indicios
a conocerse que sola
su mudada voluntad
los desposorios estorba.
Ella, del desdén sentida
y de la afrenta rabiosa,
pues hechos ya los conciertos,
quien se retira deshonor,
llegó por cautas espías
a saber que el Conde adora
otra más dichosa dama;
no sé yo si más hermosa,
porque con tanto secreto
su nuevo dueño enamora,
que viendo todos la flecha,
no hay quien la aljaba conozca.
Con esto, su cuerdo padre,
por consolar sus congojas,
a las bodas del Marqués
don Fadrique la conhorta;
mas cuando de su nobleza
y de sus partes heroicas
iban nuevas impresiones
borrando antiguas memorias,
vino a saber del Marqués
ciertas faltas mi señora,

para en marido insufribles,
para en galán fastidiosas;
y aunque parezca indecente
el referirlas mi boca,
y esté, de que han de ofenderos
los oídos, temerosa,
el secreto y el deseo
de serviros, y estar solas
aquí las tres, da disculpa
a mi lengua licenciosa.

Tiene el Marqués una fuente,
remedio que necios toman,
pues para sanar enferman,
y curan una con otra.

Tras esto, es fama también
que su mal aliento enoja,
y fastidia más de cerca
que él de lejos enamora;
y afirman los que le tratan
que es libre y es jactancioso
su lengua, y jamás se ha visto
una verdad en su boca.

Pues como en el verde abril
marchita el helado Bóreas
las flores recién nacidas,
las recién formadas hojas,
así mí dueño, al instante
que de estas faltas la informan,
del amor en embrión
el nuevo concepto aborta;
y con la misma violencia

que al arco la cuerda torna,
cuando, de membrado brazo
disparada, el viento azota,
de su Conde Carlos vuelve
a abrasarse en las memorias,
sus perfecciones estima
y sus desdenes adora.
Mas viendo, al fin, su deseo
imposible la vitoria,
pues son, cuando amor declina,
las diligencias dañosas,
despechada, muda intento,
y la deseada gloria
que no ha merecido deja
a otra mano más dichosa;
pues podrá quien goce al Conde
alabarse de que goza
el marido más bizarro
que ha celebrado la Europa.
INÉS: Cuanto puedo os agradezco
la relación de la historia;
y a fe que me ha enternecido
la tragedia lastimosa
que en sus amantes deseos
ha tenido esa señora.
BLANCA: Tenéis, al fin, sangre noble.
Mas, ¿qué decís de las joyas?
INÉS: Que me agradan, mas quisiera,
para tratar de la compra,
que un oficial las aprecie.
BLANCA: No puedo aguardar agora;

si gustáis, volveré a veros.

INÉS: Será para mí lisonja;
que vos no me enamoráis
menos que ellas me aficionan.

BLANCA: A veros vendré mil veces,
por ser mil veces dichosa.

Aparte doña BLANCA y CLAVELA

CLAVELA: Bien se ordena tu venganza.

BLANCA: Ya he sembrado la discordia.
Pues soy despreciada Juno,
¡muera Paris y arda Troya!

Vanse las dos

INÉS: ¡Hola Beltrán!

BELTRÁN: ¿Qué me quieres,
señora?

INÉS: Al punto partid,
y con recato seguid,
Beltrán, esas dos mujeres.
Sabed su casa, y de suerte
el seguirlas ha de ser,
que ellas no lo han de entender.

BELTRÁN: Voy, señora, a obedecerte;
y fía de mi cuidado
que lo que te han referido
averigüe; que escondido
su relación he escuchado.

Vase

INÉS: Hasta agora, ciego Amor,
libre entendí que vivía.
Ni tus prisiones sentía,
ni me inquietaba tu ardor.

Pero ya, ¡triste!, presumo
que la libertad perdí;
que el fuego escondido en mí
se conoce por el humo.
Causóme pena escuchar
los defetos del Marqués,
y de amor sin duda es
claro indicio este pesar.
Cierto está que es de quererle
este efeto, pues sentí
las faltas que dél oí
como ocasión de perderle.
Presto he pagado el delito
de seguir mi inclinación
y de hacer en la elección
consejero al apetito.
No más Amor; que no es justo
tras tal escarmiento errar;
esposo, al fin, me ha de dar
el examen, y no el gusto.

Sale el MARQUÉS

MARQUÉS: (Corazón, ¿de qué os turbáis? **Aparte**

¿Qué alboroto, qué temor
os ocupa? Ya de amor
señales notorias dais.
¿Quién creyera tal mudanza?
Pero, ¿quién no la creyera,
si la nueva causa viera
de mi dichosa esperanza?
Perdona, Blanca, si sientes
ver que a nueva gloria aspiro;

que en Inés ventajas miro,
y en ti miro inconvenientes.)
Mi dicha, Marquesa hermosa,
ostenta ya, con entrar
a veros sin avisar,
licencias de vitoriosa;
que le ha dado a mi esperanza,
para tan osado intento,
el amar, atrevimiento,
y el merecer, confianza.

INÉS: (Ya empiezo a verificar **Aparte**
los defetos que he escuchado,
pues a hablar no ha comenzado,
y ya se empieza a alabar.)

Mirad que no es de prudentes
la propria satisfacción,
y más donde tantos son
de mi mano pretendientes;
y quien con tal osadía
presume, o es muy perfeto,
o si tiene algún defeto,
en que es oculto se fia;
y es acción poco discreta
estar en eso fiado,
que a la envidia y al cuidado,
Marqués, no hay cosa secreta.

MARQUÉS: Bien me puede haber mentido
mi proprio amor lisonjero;
pero yo mismo, primero
que fuese tan atrevido,
me examiné con rigor

de enemigo, y he juzgado
que puede estar confiado,
más que el de todos, mi amor.
De mi sangre no podéis
negarme, Inés, que confía
con causa, pues es la mía
la misma que vos tenéis.
De mi persona y mi edad,
si pesa a mis enemigos,
vuestros ojos son testigos.
No mendigáis la verdad.
En la hacienda y el estado
ilustre en que he sucedido,
de ninguno soy vencido,
si soy de alguno igualado.
Mis costumbres, yo no digo
que son santas, mas al menos
son tales, que los más buenos
me procuran por amigo.
De mi ingenio no publica
mi lengua la estimación;
dígalo la emulación,
que ofendiendo califica.
Pues en gracias naturales
y adquiridas, decir puedo
que los pocos que no excedo
se jactan de serme iguales.
En las armas sabe el mundo
mi destreza y mi pujanza.
Hable el segundo Carranza,
el Narváez sin segundo.

Si canto, suspendo el viento;
si danzo, cada mudanza
hace, para su alabanza,
corto el encarecimiento.
Nadie es más airoso a pie;
que, puesto que del andar
es contrapunto el danzar,
por consecuencia se ve,
si en contrapunto soy diestro,
que lo seré en canto llano.
Pues a caballo, no en vano
me conocen por maestro
de ambas sillas los más sabios,
pues al más zaino animal
trueco en sujeción leal
los indómitos resabios.
En los toros, ¿quién ha sido
a esperar más reportado?
¿Quién a herir más acertado,
y a embestir más atrevido?
¿A cuántos, ya que el rejón
rompí y empuñé la espada,
partí de una cuchillada
por la cruz el corazón?
Tras esto, de que la fama,
como sabéis, es testigo,
sé callar al más amigo
mis secretos y mi dama,
y soy--que esto es lo más nuevo
en los de mi calidad--
amigo de la verdad

y de pagar lo que debo.

Ved, pues, señora, si puedo

con segura presunción

perder en mi pretensión

a mis contrarios el miedo.

INÉS: (¡Qué altivo y presuntuoso! **Aparte**

¡Qué confiado y lozano

os mostráis, Marqués! No en vano

dicen que sois jactancioso.)

Bien fundan sus esperanzas

vuestros nobles pensamientos

en tantos merecimientos;

mas a vuestras alabanzas

y a las partes que alegáis,

hallo una falta, Marqués,

que no negaréis.

MARQUÉS: ¿Cuál es?

INÉS: Ser vos quien las publicáis.

MARQUÉS: Regla es que en la propia boca

la alabanza se envilece;

mas aquí excepción padece,

pues a quien se opone toca

sus méritos publicar,

por costumbre permitida;

que mal, si sois pretendida

de tantos, puedo esperar

que los mismos, que atrevidos

a vuestra gloria se oponen,

mis calidades pregonen,

si está en eso ser vencidos.

Decirlas yo es proponer,

es relación, no alabanza;
alegación, no probanza,
que ésa vos la habéis de hacer.

Hacelda; y si fuere ajeno
un punto de la verdad,
a perder vuestra beldad
desde agora me condeno.

INÉS: Mucho os habéis arrojado.

MARQUÉS: La verdad es quien me alienta.

INÉS: (¿Cómo puede ser que mienta **Aparte**

quien habla tan confiado?

¡Cielos santos! ¿Es posible

que tales faltas esconda

tal talle, y no corresponda

lo secreto a lo visible?)

Tales los méritos son

que alegáis vos, y yo veo,

que si, como ya deseo

y espero, la relación

verifica la probanza

que rigurosa he de hacer,

desde aquí os doy de vencer

seguridad, no esperanza;

porque inclinada me siento,

si os digo verdad, Marqués,

a vuestra persona.

MARQUÉS: Ése es

mi mayor merecimiento.

¿Qué más plena información

de méritos puedo hacer,

señora, que merecer

tan divina inclinación?
Si en ése que tú me das,
Marquesa, a todos excedo,
está cierta que no puedo
ser vencido en los demás.

Sale BELTRÁN

BELTRÁN: Llegada es ya la ocasión
en que es forzoso probarlos.

MARQUÉS: Beltrán, ¿cómo?

BELTRÁN: El Conde Carlos,
con la misma pretensión,
ha publicado, en servicio
de la Marquesa, un cartel,
y desafía por él
a todo ilustre ejercicio
de letras y armas a cuantos
al examen se han opuesto.

MARQUÉS: (¡El Conde! ¡Cielos! ¿Qué es esto? **Aparte**

El Conde sólo, entre tantos
amantes, basta conmigo
a obligarme a desistir;
que no es justo competir
con tan verdadero amigo.

Mas ya por opositor
al examen me he ofrecido,
y nadie creará que ha sido
la amistad, sino el temor,
el que muda mi intención.

Pues, amigo, perdonad,
si prefiero a la amistad
las aras de la opinión.)

INÉS: Marqués, parece que os pesa
y que os han arrepentido
las nuevas que habéis oído.

MARQUÉS: Lo dicho, dicho, Marquesa.

La suspensión que habéis visto

nació de que amigo soy

del Conde; mas ya que estoy

declarado, si desisto,

lo podrá la emulación

a temor atribuir;

y es forzoso preferir

a la amistad la opinión;

demás que vuestra beldad

es mi disculpa mayor,

si por las leyes de amor

quebranto las de amistad.

INÉS: Pues bien es que comencéis

a vencer, yo a examinar;

aunque no pienso buscar,

si al Conde Carlos vencéis,

otra probanza mayor.

MARQUÉS: Si vos estáis de mi parte,

ni temo en la guerra a Marte,

ni en la paz al dios de amor.

Habla aparte a BELTRÁN

INÉS: ¿Habéis sabido, Beltrán,

la casa?

BELTRÁN: Ya la he sabido.

INÉS: ¡Oh, cielos! ¡Hayan mentido

nuevas que tan mal me están!

¡Que las señales desmienten

defetos tan desiguales!

BELTRÁN: No des crédito a señales,
si las dej; Marqués te mienten.

Vanse

MARQUÉS: ¿De una vista, niño ciego,
dejas un alma rendida?

¿De una flecha, tanta herida

y de un rayo, tanto fuego?

¡Loco estoy! Ni resistir

ni desistir puedo ya;

todo mi remedio está

sólo en vencer o morir.

Sale el conde CARLOS

CARLOS: Marqués amigo, ¿sabéis
el cartel que he publicado?

MARQUÉS: Y me cuesta más cuidado
del que imaginar podéis.

CARLOS: ¿Por qué?

MARQUÉS: En vuestro desafío
tenéis por opositor
a vuestro amigo el mayor.

CARLOS: El mayor amigo mío
sois vos, Marqués.

MARQUÉS: Pues yo soy.

CARLOS: ¿Qué decís?

MARQUÉS: Cuanto me pesa
sabe Dios. Con la Marquesa
declarado, Conde, estoy;
después de estarlo he tenido
nuevas de vuestra intención;
si, salvando mi opinión

y sin que entiendan que ha sido
el desistir cobardía,
puedo hacerlo, vos el modo
trazad, pues siempre es en todo
vuestra voluntad la mía;
que, pues por vos he olvidado,
tras de dos años de amor,
a doña Blanca, mejor
de este tan nuevo cuidado
se libraré el alma mía;
aunque, si el pecho os confiesa
lo que siente, la Marquesa
ha encendido en sólo un día
más fuego en mi corazón
que doña Blanca en dos años.
Mas libradme de los daños
que amenazan mi opinión
si desisto de este intento,
y veréis si mi amistad
tropieza en dificultad
o repara en sentimiento.
CARLOS: Culpados somos los dos,
Marqués, igualmente aquí;
que el recataros de mí
y el recatarme de vos
en esto, nos ha traído
a lance tan apretado;
que uno y otro está obligado
a acabar lo que ha emprendido.
MARQUÉS: Yo no soy culpado en eso;
que no quise publicar

mi intento por no quedar
corrido de mal suceso;
y con esta prevención,
que pienso que fue prudente,
a doña Inés solamente
declaré mi pretensión.
Y sabe Dios que mi intento
fue quererme divertir
de doña Blanca y cumplir
vuestro justo mandamiento.
Y el cielo, Conde, es testigo
que, aunque en el punto que vi
a la Marquesa perdí
la libertad, fue conmigo
de tanto efeto el oír
que érades también su amante,
que de mi intento al instante
determiné desistir;
mas ella, que no confía
tanto de humana amistad,
lo que fue fidelidad
atribuyó a cobardía;
y ésta es precisa ocasión
de proseguir: que si es justo,
Conde, preferir al gusto
la amistad, no a la opinión.
CARLOS: Con lo que os ha disculpado
me disculpo: yo, ignorante
de que fuédeses su amante,
el cartel he publicado.
No puedo con opinión

de este empeño desistir;
que no lo ha de atribuir
a amistad la emulación.

MARQUÉS: Eso supuesto, mirad,
Conde, lo que hemos de hacer.

CARLOS: Competir, sin ofender
las leyes de la amistad.

MARQUÉS: Tened de mí confianza,
que siempre seré el que fui.

Vase

CARLOS: Y fiad que no haga de mí
la competencia mudanza.

¿Cuándo, ingrata doña Inés,
ha de cesar tu crueldad?

Cuando ya, por mi amistad,
mudaba intento el Marqués,

¿le obligaste al desafío,
por darme pena mayor?

¿Qué le queda a tu rigor
que emprender en daño mío?

Sale BELTRÁN

BELTRÁN: ¡Famoso Conde!

CARLOS: ¡Beltrán!

¿Qué hay del examen?

BELTRÁN: Señor,
hoy de todo pretensor
los méritos se verán.

CARLOS: ¿Qué ha sentido la Marquesa
del cartel que he publicado?

BELTRÁN: La gentileza ha estimado
con que vuestro amor no cesa

de obligarla.

CARLOS: Su rigor

a lo menos no lo muestra.

BELTRÁN: No os quejéis; que culpa es vuestra

conquistar ajeno amor,

ingrato a quien os adora

y por vos vive muriendo.

CARLOS: ¿Qué decís, que no os entiendo?

BELTRÁN: La Marquesa, mi señora,

lo sabe ya todo: en vano

os hacéis desentendido.

CARLOS: ¡Decid, por Dios! ¿Qué ha sabido?

Del secreto os doy la mano,

si es que os recatáis por eso.

Solos estamos los dos.

BELTRÁN: Ha sabido que por vos

pierde doña Blanca el seso.

CARLOS: ¿Qué doña Blanca?

BELTRÁN: De Herrera,

la hija de don Fernando.

CARLOS: Lo que os estoy escuchando

es ésta la vez primera

que a mi noticia llegó.

BELTRÁN: ¡Bien, por Dios!

CARLOS: Él es testigo

de que la verdad os digo.

BELTRÁN: Pues, que lo sepáis o

no, por vos vive en tal

tormento y en tanto fuego abrasada

Blanca, que desesperada

quiere entrarse en un convento.

CARLOS: ¿Por mí?

BELTRÁN: Por vos.

CARLOS: Mirad bien
que os engañáis.

BELTRÁN: Ni yo dudo
quién sois, ni engañarse pudo
quien lo dijo.

CARLOS: ¿Pues de quién
lo sabéis que no podía
engañarse?

BELTRÁN: Helo sabido
de una criada, que ha sido
de quien ella más se fía.

CARLOS: Otra vez vuelvo a juraros
que he estado ignorante de ello.

BELTRÁN: Bien puede, sin entendolo
vos, doña Blanca adoraros;
que esas partes fortaleza
mayor pueden sujetar,
y ella de honesta callar,
ciega de amor, su flaqueza,
que sólo os puedo decir
que quien me lo dijo fue
con circunstancias que sé
que no me pudo mentir.

CARLOS: (¿Puede ser esto verdad, **Aparte**
cielo santo? Puede ser,
que en antojos de mujer
no es ésta gran novedad.
Pero no, el Marqués ha sido
su amante. Mentira es.

Pero bien pudo el Marqués
amarla sin ser querido.
¿Cómo me pudo tener
tanta afición sin mostralla?
Pero como honesta calla,
si adora como mujer.
¿Cómo mi amor la conquista
sin comunicar con ella?
Pero la honrada doncella
tiene la fuerza en la vista.
Marquesa, si esto es verdad,
al cielo tu sinrazón
ofende, y me da ocasión
de castigar tu crueldad.
Será de mí celebrada
Blanca, principal y hermosa.
Quizá pagarás celosa
lo que niegas confiada.
Mas, ¿qué haré? Que el desafío
me tiene empeñado ya.
El mismo ocasión me da
para el desagravio mío:
yo haré que tu confianza,
si el cielo me da vitoria,
donde espera mayor gloria,
me dé a mí mayor venganza.)
Adiós, Beltrán.
BELTRÁN: Conde, adiós.
CARLOS: Mi pretensión ayudad.
BELTRÁN: Ya sabéis mi voluntad.
CARLOS: Confiado estoy de vos.

Vase

BELTRÁN: Lo que manda la Marquesa
comencemos a ordenar.

*Pone papeles sobre un bufete, y recado de escribir
y un libro*

¡Cielos! ¿En qué ha de parar
tan dificultosa empresa?

Sale CLAVELA con manto

CLAVELA: (Dicen que un loco hace ciento **Aparte**
y ya, por la ceguedad
de Blanca, en mí la verdad
del refrán experimento.

Oblígame a acreditar
su enredo con otro enredo.

Éste es Beltrán. Aquí puedo
su intención ejecutar.)

Suplícoos que me digáis
dónde hallaré un gentilhomme
de esta casa, cuyo nombre
es Beltrán.

BELTRÁN: Con él estáis.

CLAVELA: ¿Vos sois?

BELTRÁN: Yo soy.

CLAVELA: Buen agüero
del dichoso efeto ha dado,
haberos luego encontrado,
a lo que peditos quiero.

BELTRÁN: ¿En qué os puedo yo servir?

CLAVELA: Es público que se casa
la señora de esta casa.

Dicen que ha de recibir

más criadas y quisiera,
pues tanto podéis, que fuese,
para que me recibiese,
vuestra piedad mi tercera;
que ni por padres honrados,
ni por buena fama creo
que desprecie mi deseo.
En labores y bordados
hay en la corte muy pocas
que me puedan igualar;
si me pongo a aderezar
valonas, vueltas y tocas,
no distingue, aunque lo intente,
la vista más atrevida,
si son de gasa bruñida
o de cristal transparente;
y si de lo referido
pretendéis certificaros,
será fácil informaros
de la casa en que he servido;
que su madre del Marqués
don Fadrique es buen testigo
de las verdades que digo.

BELTRÁN: (Esta ocasión, cielos, es **Aparte**
la que buscar he podido,
para informarme de todo
lo que pretendo.) ¿De modo
que habéis, señora, servido
a la Marquesa?

CLAVELA: Diez años.

BELTRÁN: ¿Por qué causa os despidió

de su servicio?

CLAVELA: (¡Cayó **Aparte**
en la red de mis engaños!)

Si os he de decir verdad,
me habéis de guardar secreto.

BELTRÁN: Decid; que yo os lo prometo.

CLAVELA: Conquistó mi honestidad
su hijo el Marqués de suerte
que me despedí por él,
y por eximirme de él
tuviera en poco la muerte.

BELTRÁN: ¿Por qué? Decid.

CLAVELA: Yo me entiendo.

BELTRÁN: ¿No lo fiaréis de mí?

(La verdad descubro aquí.) **Aparte**

CLAVELA: (¡En el lazo va cayendo!) **Aparte**

No es oro todo, Beltrán
lo que reluce. Secretos
padece algunos defetos,
aunque le veis tan galán,
que da vergüenza el contarlos.

¡Mirad qué será el tenerlos!

BELTRÁN: ¿Y no puedo yo saberlos,
supuesto que he de callarlos?

CLAVELA: Pues os he dicho lo más,
y pues pretendo obligaros,
tengo de lisonjearos
diciéndoos lo que jamás
mis labios han confesado.

Tiene el Marqués una fuente;
y el mayor inconveniente

no es éste de ser amado.

BELTRÁN: ¿Pues cuál?

CLAVELA: En una ocasión
que me halló sola, en los lazos
me prendió de sus dos brazos,
y en la amorosa cuestión,
a mis labios atrevido,
con su aliento me ofendió
tanto, que me mareó
el mal olor el sentido.

Por esto y por la opinión
que tiene de mentiroso,
hablador y jactancioso,
tomé al fin resolución
de resistir y de huir
el ciego amor que le abrasa
por mí; y así de su casa
me fue forzoso salir.

BELTRÁN: Decidme, ¿cómo os llamáis?

CLAVELA: Es mi nombre Ana María.

BELTRÁN: ¿Dónde vivís?

CLAVELA: Una tía
me alberga; mas pues tomáis
mi cuidado a cargo vos,
al mío queda el buscaros.

BELTRÁN: Importa no descuidaros.

CLAVELA: Dios os guarde.

BELTRÁN: Guárdeos Dios.

CLAVELA: (Fuerza es que al fin se declare **Aparte**
la verdad; mas haga el daño
que hacer pudiere el engaño,

y dure lo que durare.)

Vase

BELTRÁN: Con tan clara información,
las faltas son ciertas ya
del Marqués, y perderá
por ellas su pretensión.

Sale doña INÉS

INÉS: ¿Tenéis, Beltrán, prevenidos
los memoriales?

BELTRÁN: Dispuestos
están como has ordenado.

INÉS: Pues llegad, llegad asientos.
Sentáos, Beltrán. El examen
en nombre de Dios empiezo.

**Siéntanse al bufete con un libro y
memoriales**

BELTRÁN: Este billete, señora,
es de don Juan de Vivero.

INÉS: Breve escribe. Dice así,

Lee

"Si os mueven penas, yo muero"
Esto de muero es vulgar;
mas por lo breve es discreto.

BELTRÁN: Hecha tengo su consulta.

INÉS: Decid.

Lee en el libro

BELTRÁN: "Don Juan de Vivero,
mozo, galán, gentilhombre,
y en sus acciones compuesto;
seis mil ducados de renta;
galiciano caballero.

Es modesto de costumbres,

38

aunque dicen que fue un tiempo

a jugar tan inclinado,

que perdió hasta los arreos

de su casa y su persona;

pero ya vive muy quieto."

INÉS: El que jugó jugará;

que la inclinación al juego

se aplaca, mas no se apaga.

Borralde.

BELTRÁN: Ya te obedezco.

INÉS: Proseguid.

BELTRÁN: Éste es don Juan

de Guzmán, noble mancebo.

Dale un papel a INÉS

INÉS: ¿No es éste el que ayer traía

una banda verde al cuello?

BELTRÁN: Ése mismo.

INÉS: Pues yo dudo

que escape de loco o necio;

que preciarse de dichosos

nunca ha sido acción de cuerdos.

Lee INÉS

"En tanto que el máximo planeta en giro veloz illustre el orbe, y sus piramidales rayos

iluminan

mis vítreos ojos...".

¡Oh, qué fino mentecato!

BELTRÁN: ¡Y qué puro majadero!

INÉS: ¡A una mujer circunloquios

y no usados epitetos!

BELTRÁN: ¿Quieres oír su consulta?

INÉS: No, Beltrán; borralde presto,

y al margen poned así:

Escribe BELTRÁN en el libro

"Éste se borra por necio.

No se consulte otra vez,

porque es falta sin remedio".

BELTRÁN: Ya está puesto. El que se sigue

es don Gómez de Toledo,

que la cruz de Calatrava

ostenta en el noble pecho.

Hombre que anda a lo ministro,

capa larga y corto cuello,

levantado por detrás

el cuello de ferreruelo,

el paso compuesto y corto,

siempre el sombrero derecho,

y un papel en la pretina;

maduro en años y en seso.

INÉS: Apruebo el seso maduro,

maduros años no apruebo

para en marido, Beltrán.

BELTRÁN: Es maduro, mas no es viejo.

INÉS: Va la consulta.

BELTRÁN: Es Hurtado

de Mendoza.

INÉS: ¿De los buenos?

BELTRÁN: De los buenos.

INÉS: Será vano.

BELTRÁN: Es pobre.

INÉS: Serálo menos.

BELTRÁN: Tiene esperanza de ser
de una gran casa heredero.

INÉS: No contéis por caudal propio
el que está en poder ajeno;
y más donde el morir antes
o después es tan incierto.

BELTRÁN: Pretende oficios.

INÉS: ¿Pretende?

¡Triste de él! ¿Tenéis por bueno
para mi marido a quien
ha de andar siempre pidiendo?

BELTRÁN: Un virreinato pretende.

INÉS: ¿Virreinato cuando menos?

¡Mirad si digo que es vano!

BELTRÁN: Tiene, para merecerlo,
innumerables servicios.

INÉS: A maravedís los trueco;
que méritos no premiados
son litigiosos derechos.

BELTRÁN: Sólo entre sus buenas partes
se le conoce un defeto.

INÉS: ¿Cuál?

BELTRÁN: Es colérico adusto.

INÉS: ¡Peligroso compañero!

BELTRÁN: Mas dicen que aquella furia
se le pasa en un momento,
y queda apacible y manso.

INÉS: Si con el ardor primero
me arroja por un balcón,
decidme, ¿de qué provecho,
después de haber hecho el daño

será el arrepentimiento?

BELTRÁN: ¿Borrarélo?

INÉS: Sí, Beltrán;

que elegir esposo quiero

a quien tenga siempre amor,

no a quien siempre tenga miedo,

BELTRÁN: Ya está borrado. Consulta

Lee en el libro

de don Alonso...

INÉS: Ya entiendo.

BELTRÁN: Éste tiene nota al margen,

que dice. "Merced le han hecho

de un hábito, y no ha salido.

Consultésemme en saliendo".

INÉS: ¿Ha salido?

BELTRÁN No, señora.

INÉS: Harta lástima le tengo.

Beltrán, el que hábito pide,

más pretende, según pienso,

dar muestra de que es bienquisto,

que no de que es caballero.

Adelante.

BELTRÁN: Don Guillén

de Aragón se sigue luego,

de buen talle y gentil brío;

sobre un condado trae pleito.

INÉS: ¿Pleito tiene el desdichado?

BELTRÁN: Y dicen que con derecho;

que sus letrados lo afirman.

INÉS: Ellos, ¿cuándo dicen menos?

BELTRÁN: Gran poeta.

INÉS: Buena parte,
cuando no se toma el serlo
por oficio.

BELTRÁN: Canta bien.

INÉS: Buena gracia en un soltero,
si canta sin ser rogado,
pero sin rogar con ello.

BELTRÁN: En latín y griego es docto.

INÉS: Apruebo el latín y el griego;
aunque el griego, más que sabios,
engendrar suele soberbios.

BELTRÁN: ¿Qué mandas?

INÉS: Que se consulte,
si saliere con el pleito.

BELTRÁN: El que se sigue es don Marcos
de Herrera.

INÉS: Borrardo luego;
que don Marcos y don Pablo,
don Pascual y don Tadeo,
don Simón, don Gil, don Lucas,
que sólo oírlos da miedo,
¿cómo serán si los nombres
se parecen a sus dueños?

BELTRÁN: Del marques napolitano
la consulta te refiero.

INÉS: Beltrán, títulos de Italia
son moneda de otro reino,
y no quiero yo marido
que ande con los caballeros
de España sobre llamarle
señoiía, siempre a pleito.

Voluntarias señorías
son forzosos sentimientos,
que hay hidalgo presumido,
de montañés abolengo,
que por darles a los tales
con la merced, por momentos
se les hará enconradizo.

BELTRÁN: Bórrolo, pues, y te leo
los méritos y consulta
del conde don Juan.

INÉS: Ya entiendo.

BELTRÁN: Es andaluz, y su estado
es muy rico y sin empeño,
y crece más cada día,
que trata y contrata.

INÉS: Eso
en un caballero es falta;
que ha de ser el caballero
ni pródigo de perdido,
ni de guardoso avariento.

BELTRÁN: Dicen que es dado a mujeres.

INÉS: Condición que muda el tiempo.

Casará y amansará
al yugo del casamiento.

BELTRÁN: No es puntual.

INÉS: Es señor.

BELTRÁN: Mal pagador.

INÉS: Caballero.

BELTRÁN: Avalentado.

INÉS: Andaluz.

BELTRÁN: Es viudo.

INÉS: Borralde presto;
que quien dos veces se casa,
o sabe enviudar o es necio.

BELTRÁN: El Conde Carlos se sigue.
Éste tiene gran derecho,
que es noble, rico y galán,
y de muchas gracias lleno.

INÉS: Sí; mas tiene una gran falta.

BELTRÁN: ¿Y cuál es?

INÉS: Que no le quiero.

BELTRÁN: ¿Borrarélo?

INÉS: No, Beltrán,
ni lo borro ni lo apruebo.

BELTRÁN: Sólo el Marqués don Fadrique
resta ya. Sus partes leo.

INÉS: Decidme; ¿qué información
hallastes de los defetos
que aquella mujer me dijo?

BELTRÁN: ¡Que son todos verdaderos!

INÉS: ¿Que son ciertos?

BELTRÁN: Ciertos son.

Levántase derribando el bufete

INÉS: Pues borralde... Mas, ¡teneos!
No le borreís; que es en vano,
entre tanto que no puedo,
como su nombre en el libro,
borrar su amor en el pecho.

Vase

BELTRÁN: Con las tablas de la ley
diste, señora, en el suelo.

No hallarás perfeto esposo;

que caballo sin defeto,
quien lo busca, desconfía
de andar jamás caballero.

FIN DEL ACTO

SEGUNDO

ACTO TERCERO

Dentro ruido de cascabeles y atabales. Salen

HERNANDO por una puerta, y por otra OCHAVO

HERNANDO: ¡Vítor el Conde Carlos! ¡Vítor!

OCHAVO: ¡Cola!

¡El Marqués don Fadrique, vítor!

HERNANDO: ¡Mientes!

OCHAVO: Lacayo vil, ¿tu lengua niega sola

lo que afirman conformes tantas gentes?

HERNANDO: Tú, como infame, mientes por la gola;

que no han sido los votos diferentes

en dar al Conde Carlos la vitoria.

OCHAVO: El premio nos dirá cúa es la gloria.

HERNANDO: Más entiendes de vinos que de lanzas.

Llevóse el Conde Carlos la sortija

dos veces, ¿y te quedan esperanzas

de que a tu dueño la Marquesa elija?

OCHAVO: ¡Triste, que ni el primero punto alcanzas

de vinos ni de lanzas! No colija

tu pecho de eso el lauro que te ofreces;

que el Marqués la ha llevado otras dos veces

HERNANDO: El Conde, por ventura, en el torneo,

¿en todo no ha quedado ventajoso?

OCHAVO: ¿Estás loco, o te miente tu deseo.

¿El premio no llevó de más airoso

el Marqués, mi señor?

Miran adentro

HERNANDO: Al Conde veo

que el premio dan.

OCHAVO: No estés presuntuoso;
que otro dan al Marqués.

HERNANDO: ¿Hay tal sentencia?
¡Que igualen tan notoria diferencia!

OCHAVO: Juzgólo el Almirante, y corresponde
a quien es.

HERNANDO: Será un necio quien replique.

OCHAVO: Su premio guarda en la urna blanca el Conde

HERNANDO: Y el suyo le presenta don Fadrique a la Marquesa.

OCHAVO: Gran misterio esconde,
y rabio por saber qué signifique.

En balcón blanco, que al del alba imita,
blanca urna en que los premios deposita.

HERNANDO: A su tiempo dirá. La fiesta ha dado
fin; la Marquesa deja la ventana.

OCHAVO: Y ya nuestros dos dueños han dejado
sus dos caballos.

HERNANDO: Hoy el Conde gana
la vitoria del bien que ha deseado.

OCHAVO: Hoy goza de su prenda soberana
el Marqués.

HERNANDO: Ellos vienen.

OCHAVO: Pues veamos
cómo se hablan agora nuestros amos.

*Salen el conde CARLOS y el MARQUÉS,
aderezados de sortija el conde de blanco, y el MARQUÉS de
verde*

CARLOS: Marqués, mil norabuenas quiero daros
del aire, de la gala y bizarría
con que corrido habéis. Pudo invidiaros

en todo el mismo autor del claro día.

MARQUÉS: El alabarme, Conde, es alabaros;
lisonja es vuestra la lisonja mía,
que si a vos sólo merecí igualarme,
gusto que os alabéis con alabarme.

OCHAVO: ¡Qué honrado competir!

CARLOS: Fue la sentencia
como de tal señor.

MARQUÉS: El Almirante
honra como quien es.

OCHAVO: ¿Quién competencia
tan noble ha visto en uno y otro amante?

CARLOS: Marqués, pediros quiero una licencia.

MARQUÉS: Si soy vuestro, y no tiene semejante
la amistad que profeso yo teneros,
sólo os puedo negar el concederos.

¿Licencia puedo dar a quien de todo
es dueño, a quien gobierna mí albedrío?
Tomalda, Conde, vos; que de ese modo
os puedo dar lo que tenéis por mío;
y para daros a entender del todo
cuánto soy vuestro y cuánto en vos confío,
si sin pedirla no queréis tomarla,
yo, sin saberla, tengo de otorgarla.

CARLOS: Sólo quiero saber...

MARQUÉS: No digáis nada,
o mi amistad de vos será ofendida.

CARLOS: ¿Amáis a la Marquesa?

MARQUÉS: No es amada
en su comparación de mí la vida.

CARLOS: ¿Y Blanca?

MARQUÉS: Es ya de mí tan olvidada,
que aun haberla querido se me olvida.

CARLOS: Con eso tomo la licencia, amigo.
Hago lo que mandáis, y no os lo digo.

Vanse el conde CARLOS y HERNANDO

OCHAVO: Por Dios, señor, que has andado
tan gallardo y tan lucido,
que la invidia ha enmudecido,
la soberbia te ha invidiado.
Bien puede el Conde alabarse
de ser vencido.

MARQUÉS: Eso no;
ni pude vencerlo yo,
ni quien lo juzgó engañarse.

OCHAVO: Eso sí; que es señal clara
de los nobles corazones
igualar en las razones
las espaldas con la cara.

MARQUÉS: Al cuarto de doña Inés
hemos llegado.

OCHAVO: Ella viene.

*Salen doña INÉS, BELTRÁN y
MENCIA*

INÉS: ¡Ah, cielos! ¿Qué imperio tiene **Aparte**
en mi albedrío el Marqués,
que en viéndole, mi deseo
pone al instante en olvido
las faltas que dél he oído,
por las partes que en él veo?)

MARQUÉS: Huélgome, hermosa señora,
que abreviaréis la elección,

pues dos solamente son
los que os compiten agora;
porque a los demás, vencidos,
la suerte los excluyó.
El Conde Carlos y yo
quedamos para eligidos.
Iguales nos han juzgado
en la sortija y torneo.
No sé yo si su deseo
igual a con mi cuidado;
sé que si me vence a mí
en la gloria que pretendo,
tengo de mostrar, muriendo,
lo que amando merecí.
INÉS: No importa, Marqués, que vos
y el Conde solos quedéis
para abreviar, cuando veis
que el ser iguales los dos
me pone en más confusión;
porque en muchos desiguales,
más fácil que en dos iguales
se resuelve la elección.
Pero ya prevengo un medio
con que me he de resolver.
(Dilaciones son, por ver **Aparte**
si el tiempo me da remedio.)
OCHAVO: ¿Cuándo, enemiga Mencía,
tu dureza he de ablandar?
¡Que no te quieras casar!
Sólo en mi daño podía
tan gran novedad hallarse;

pues para darme querella,
eres la primer doncella
que no rabia por casarse.

MENCÍA: Sí quiero; mas no te quiero.

OCHAVO: Pues si por mí no lo acabo,
puédalo el llamarme Ochavo;
que eres mujer, y es dinero.

MENCÍA: (¡Que no puedo yo librarme **Aparte**
de este amante porfiado!

Mas sí puedo. De su enfado
una burla ha de vengarme.)

¿Diré, Ochavo, la verdad?

OCHAVO: Díla, si es en mi favor.

MENCÍA: Tu amor pago con amor.

OCHAVO: ¿De veras?

MENCÍA: Mi voluntad
esta noche ha de dar fin
a tu firme pretensión.

OCHAVO: ¿Mas qué tenemos? ¿Balcón,
o puerta falsa, o jardín?

MENCÍA: No tanto lo que desea
mi ciego amor dificulta.

Ese tafetán oculta,

Ochavo, una chimenea.

Escóndete en ella, agora
que en plática están los tres
divertidos; que, después
que se acueste mi señora,
yo, que soy su camarera,
saldré a esta cuadra, y tendrás
de lo que oyéndome estás

información verdadera.

OCHAVO: Al paso que se desea,
se duda y se desconfía.

Obedézcote, Mencía,
y doyme a la chimenea.

Vase

MARQUÉS: ¿Los ingenios intentáis
examinarnos?

INÉS: Si iguales
los méritos corporales
a los del alma juzgáis,
erráislo; y se precipita
la que así no se recata;
que con el alma se trata,
si con el cuerpo se habita.

MARQUÉS: ¡Ay, mi bien! Que no lo siento
porque me causa temor;
que en las alas de mi amor
volará mi entendimiento.

Siéntolo, Inés, porque veo
que son todas dilaciones,
solicitando ocasiones
de no premiar mi deseo.

Mirad que muero de amor.

INÉS: ¡Qué mal, Marqués, lo entendéis!

Las dilaciones que veis
son sólo en vuestro favor;
que nadie en mi pensamiento
os hace a vos competencia;
sólo está de mi sentencia
en vos el impedimento.

MARQUÉS: ¡Declárate! ¿Así te vas?

INÉS: Basta, Marqués, declararos
que ni puedo más amaros
ni puedo deciros más.

Vase doña INÉS con MENCÍA

MARQUÉS: ¡Cielos! ¿Qué es esto? Sacad,
Beltrán, de esta confusión
mi afligido corazón.

BELTRÁN: Sabe Dios mi voluntad;
mas hame puesto preceto
del silencio doña Inés,
y no querréis vos, Marqués,
que os revele su secreto.

MARQUÉS: (De la vil emulación **Aparte**
sin duda nace este engaño,
y puede más en mi daño
la envidia que la razón.
Mas, ¿por que, enemiga ingrata,
me matas con encubrirlo?
Matárasme con decirlo,
pues el callarlo me mata.)

Vase el MARQUÉS

BELTRÁN: Sáquenos con bien los cielos
de intento tan peligroso.

Sale INÉS

INÉS: ¿Fuese?

BELTRÁN: Corrido y quejoso,
ardiendo en cólera y celos.
Y tiene, por Dios, razón,
si atenta lo consideras;
que declararle pudieras

de su daño la ocasión.

OCHAVO se asoma al paño y escucha

INÉS: Bien lo quisieran mis males;
pero nadie, si es discreto,
dice al otro su defeto;
y los del Marqués son tales,
que la vergüenza no deja
referirlos, y es más sabio
intento excusar su agravio,
que satisfacer su queja.

Escucha OCHAVO desde el paño

OCHAVO: (¿Qué serán estos defetos?) **Aparte**

INÉS: Decid: ¿quién, si en la opinión
del Marqués al mundo son
sus defetos tan secretos
que eso le da confianza,
le dirá faltas tan feas?

BELTRÁN: Yo, señora, si deseas
no dar causa a su venganza.

Porque tener una fuente
es enfermedad, no error;
de la boca el mal olor
es natural accidente,
el mentir es liviandad
de mozo, no es maravilla,
y vendrán a corregilla
] la obligación y la edad.

Éstos sus defetos son;
pues él los pregunta, deja
que yo mitigue su queja
y aclare su confusión.

OCHAVO: (¡Hay tal cosa!) **Aparte**

INÉS: Mal sabéis

cuánto amarga un desengaño.

Aunque remediéis su daño

con eso, le ofenderéis;

que aun los públicos defetos

hace, quien los dice, ofensa.

¿Qué será si el Marqués piensa

que los suyos son secretos?

Si son ciertos, la razón

con que le dejo verá,

o el tiempo descubrirá

la verdad, si no lo son;

que a esto sólo mi cuidado

con la dilación aspira.

BELTRÁN: Señora, si ella es mentira,

¡lindamente la han trazado!

INÉS: ¿Qué ocasión a la criada

de Blanca pudo mover

a mentir?

Vase doña INÉS

BELTRÁN: Toda mujer

es a engañar inclinada.

Vase BELTRÁN

OCHAVO: ¿Esto pasa? ¿Que escondido

tanto mal tenga el Marqués?

¿Que lo sepa doña Inés,

y yo no lo haya sabido?

¿Quién puede haber que lo crea?

¿Que de mentiroso tiene

opinión?... Mas gente viene;

vuélvome a la chimenea.

Vase. Salen BLANCA y CLAVELA, a la ventana

CLAVELA: ¿Qué querrá tratar contigo
el Conde Carlos?

BLANCA: Él es,
como sabes, del Marqués
don Fadrique fiel amigo,
y decirme de su parte
alguna cosa querrá.

CLAVELA: ¿Si está arrepentido ya
de mudarse y de agraviarte?

BLANCA: No vuela con tanto aliento
mi esperanza.

CLAVELA: Pues, señora,
¿quieres saber lo que agora
me ha dictado el pensamiento?

BLANCA: Dilo.

CLAVELA: El Conde te ha mirado
en la sortija y torneo
tanto, que de algún deseo
me da indicio su cuidado.

BLANCA: ¿Eso dices, cuando ves
que es doña Inés su esperanza?

CLAVELA: ¿No hay en el amor mudanza?

BLANCA: Siendo amigo del Marqués,
¿he de creer que pretende
las prendas que él adoró?

CLAVELA: Si ya el Marqués te olvidó,
con amarte, ¿qué le ofende,
supuesto que es tan usado
en la corte suceder

el amigo en la mujer
que el otro amigo ha dejado,
sin que esta ocasión lo sea
para poder dividirlos?

Que dicen que esos puntillos
son para hidalgos de aldea.

BLANCA: Presto el misterio que esconde
su venida y su intención
conoceré. Hacia el balcón
viene un hombre.

CLAVELA: Será el Conde.

Sale el conde CARLOS, de noche

CARLOS: (Amor, como son divinos, **Aparte**

son tus intentos secretos,
pues dispensas tus efectos
por tan ocultos caminos.
¿Quién pensara que la fama
de que a Blanca doy cuidado,
hubiera en mí despertado
tan nueva amorosa llama,
que funde ya mi esperanza
en ella su dulce empleo,
y prosiga mi deseo
lo que empezó mi venganza?
De amar es fuerte incentivo
ser amado; que el rigor
mata el más valiente amor
y apaga el ardor más vivo.
Mas ya Blanca en su balcón
me espera. ¡Qué puntual!
Es fuego el amor, y mal

se encubre en el corazón.)

¿Es Blanca?

BLANCA: ¿Es Carlos?

CARLOS: Soy, señora mía,
el hombre más dichoso
de cuantos ven la luz del claro día;
si bien estoy quejoso
del tiempo que el recato me ha tenido
oculto el alto bien que he merecido.

BLANCA: No os entiendo.

CARLOS: Señora,
baste el silencio, baste el sufrimiento;
dos años basten ya que el pensamiento,
sin producir acciones,
ardiendo reprimió vuestras pasiones.

BLANCA: Hablad; que menos os entiendo agora.

CARLOS: En vano es, Blanca, ya vuestro recato.
Declararos podéis; no soy ingrato.

BLANCA: Vos, Conde, os declarad.

CARLOS: Cuando la fama
publica ya, partera,
que el sol ha iluminado
dos veces ya los signos de su esfera,
después que arde en mi amor vuestro cuidado
y que os obliga la desconfianza
de ser mi dulce esposa, a la mudanza
del secular al religioso estado,
¿os preciáis de secreta y recatada,
porque tal gloria goce yo penada?

Hablan aparte doña BLANCA y

CLAVELA

BLANCA: Este daño resulta de mi engaño.

CLAVELA: No es, si ganas al Conde, mucho el daño.

CARLOS: ¿Por ventura teméis que el pecho mío

no os corresponda, Blanca? ¿Por ventura

--demás que esa beldad os asegura

la vitoria del más libre albedrío--

no os han dicho mis ojos,

mis colores, divisas y libreas,

mis ardientes enojos?

En lo blanco y lo verde, ¿quién no alcanza

que di a entender que es Blanca mi esperanza

¿No adorné en la sortija y el torneo

de blanco una ventana? ¿Y puesta en ella

no vistas la urna breve,

émula de la nieve,

mostrando por enigmas mi deseo,

poniendo en ello del marcial trofeo

los premios que gané, con que mostraba

que a esa blanca deidad los dedicaba?

En las cañas, ¿mi adarga en campo verde

no llevaba una blanca,

cuya letra en el círculo decía,

"Trueco a una Blanca la esperanza mía"?

Tras esto, ¿yo no vengo ya rendido?

Pues, mi bien, ¿qué os impide o qué os enfrena

de sacarme y salir de tanta pena?

Hablan aparte CLAVELA y doña BLANCA

CLAVELA: Goza de la ocasión, señora mía;

que rabio ya por verte señoría.

BLANCA: (¿Qué recelo? ¿Qué dudo? **Aparte**

¿Con qué medio mejor la suerte pudo

disponer mi remedio y mi venganza?
¡Pague el Marqués mi agravio y su mudanza!)
Conde, ya llegó el tiempo que mi pecho,
de las verdades vuestras satisfecho,
descanse de sus penas;
que si llegaba el fuego a las almenas
antes de ser pagado,
¿qué será cuando veo
que el vuestro corresponde a mi deseo?

CARLOS: ¿Que alcanzo tanta gloria?

BLANCA: Ha mucho que gozáis esta vitoria.

Mas, Conde, gente viene, y es muy tarde.

Tratadlo con mi padre, y Dios os guarde.

Vanse doña BLANCA y CLAVELA

CARLOS: Adiós, querida Blanca. ¡Amor, vitoria!

¿Qué gracias te daré por tanta gloria,
pues en un punto alcanza
mi amor de Blanca amor, de Inés venganza?

Sale el MARQUÉS, de noche

MARQUÉS: ¿Es el Conde?

CARLOS: ¿Es el Marqués?

MARQUÉS: ¡Vos tan tarde, Conde, aquí?

CARLOS: Sí, que os solicito así,
la dicha de doña Inés.

MARQUÉS: ¿Cómo?

CARLOS: La mano le doy,
si vos licencia me dais,

MARQUÉS: Al cuello me echáis,
Conde, nuevos lazos hoy;
pues aunque el amor cesó,
la obligación del deseo

de su merecido empleo
viva en el alma quedó.
Pues en tan noble marido
mejorada suerte alcanza,
no se queje su esperanza
de que mi mano ha perdido.

CARLOS: (Esto es bueno, ¡para haber **Aparte**
dos años que a mí me adora
doña Blanca!) Nadie agora
os queda ya que temer.

MARQUÉS: ¡Ay de mí, Conde, que es vano
vuestro cuidado y el mío,
cuando alcanzar desconfío
de la Marquesa la mano!

Que de sus labios oí
--ved si con causa lo siento--
que estaba el impedimento
de alcanzarla sólo en mí.

No dijo más la crüel.
Conde, solo estáis conmigo,
mi amigo sois, y el amigo
es un espejo fiel.

En vos a mirarme vengo.
Sepa, yo, Carlos, de vos,
por vuestra amistad, por Dios,
¿qué secreta falta tengo,
que cuando a mí se me esconde,
la sabe Inés? ¿Por ventura
de mi sangre se murmura
alguna desdicha, Conde?

Habladme claro. Mirad

que he de tener, ¡vive Dios!

si esto no alcanzo de vos,

por falsa vuestra amistad.

CARLOS: Estad, Marqués, satisfecho,

que a saberlo, os lo dijera;

y si no es la envidia fiera

la que tal daño os ha hecho,

el ingenio singular

de Inés me obliga a que arguya

que ésa es toda industria suya,

con que intentando no errar

la elección, os obligó

a que os miréis y enmendéis,

si algún defeto tenéis

que vos sepáis, y ella no.

Mas si de vuestra esperanza

marchita el verdor lozano

la envidia infame, esta mano

y este pecho a la venganza

tan airado se previene,

que el mundo todo ha de ver

que nadie se ha de atrever

a quien tal amigo tiene.

MARQUÉS: Bien sabéis vos que os merece

mi amistad esa fineza.

CARLOS: Ya la purpúrea belleza

del alba en perlas ofrece

por los horizontes claros

el humor que al suelo envía.

MARQUÉS: Aquí me ha de hallar el día.

CARLOS: Fuerza será acompañamos.

MARQUÉS: No, Conde; que estos balcones
de Inés quiero que me vean
solo, y que testigos sean
de que en mis tristes pasiones
aguardo aquí solo el día,
solo por más sentimiento,
que la pena y el tormento
alivia la compañía.

Vos es bien que os recojáis.

Descansad, pues sois dichoso.

CARLOS: Mal puedo ser venturoso
mientras vos no lo seáis.

*Vase el conde CARLOS. Sale OCHAVO, en lo
más alto del corredor, tiznado*

OCHAVO: ¡Gracias a Dios que he salido
ya de esta vaina de hollín!
¡Ah, vil Mencía! Tu fin
burlarme en efeto ha sido.

Al tejado menos alto
de uno en otro bajaré,
porque dé; al suelo dé
menos peligroso salto.

MARQUÉS: (Parece que sobre el techo **Aparte**
de Inés anda un hombre. ¡Cielos!
¿Qué será? ¡Ah, bastardos celos,
qué asaltos dais a mi pecho!
¿De Inés puede ser manchada
tan vilmente la opinión?
No es posible. Algún ladrón
será, o de alguna criada
será el amante. Verélo;

que parece que procura,
disminuyendo la altura,
bajar de uno en otro al suelo.)

OCHAVO: (De aquí he de arrojarme al fin, **Aparte**
que es el postrer escalón.
¡Válgame en esta ocasión
algún santo volatín!)

Salta al teatro y tiéndese, y el

MARQUÉS *pónele la espada al pecho*

MARQUÉS: ¡Hombre, tente y di quién eres!

OCHAVO: ¡Hombre, tente tú!, que a mí,
si me ves tendido aquí,
¿qué más tenido me quieres?

MARQUÉS: ¿Es Ochavo?

OCHAVO: ¿Es mi señor?

MARQUÉS: Díme, ¿qué es esto?

OCHAVO: No es nada.

Burla ha sido, aunque pesada;
mas son percances de amor.

MARQUÉS: ¿Cómo?

OCHAVO: Esa crüel Mencía
esta noche me ha tenido
entre el hollín escondido,
y vino al romper del día
diciendo que su señora
su intento había sospechado,
y que con ese cuidado
se estaba vistiendo agora
con su gente, para ver
la casa; yo, que me vi
en tal peligro, salí

como bala, por poder
librarme, por el cañón
de esa ahumada chimenea.

MARQUÉS: ¡Por Dios, que estoy porque vea
tu atrevida pretensión
la pena de tu locura!

¿De casa que me ha de honrar
te atreviste a quebrantar
la opinión y la clausura?

OCHAVO: El amor me ha disculpado;
y basta, señor, por pena
haber, perdiendo la cena,
toda una noche esperado,
y haber el refrán cumplido
de "si pegare, y si no,
tizne", pues que no pegó,
y tan tiznado he salido.

MARQUÉS: Necio, no estoy para oír
tus gracias.

OCHAVO: ¡Yo sí, Marqués,
para decirlas, después
que sin cenar ni dormir
toda la noche he velado!

Mas siempre los males son
por bien, pues por el cañón
no cupiera a haber cenado;
y el descuento está bien llano
que de este trabajo tuve,
pues de no cenar, estuve
para saltar más liviano.

Demás, que lo que he sabido

esta noche me ha obligado
a dar por bien empleado
cuanto mal me ha sucedido.

MARQUÉS: ¿Cómo?

OCHAVO: ¿Lo que algún contrario
tuyo ha sabido de ti,
encubres, Marqués, de mí,
tu amigo y tu secretario?
¿Fuente tienes, y la cura
otro que yo?

MARQUÉS: ¿Fuente yo?

OCHAVO: ¿Doña Inés lo sabe, y no
Ochavo?

MARQUÉS: ¡Hay tal desventura!

¿Eso han dicho a doña Inés?

OCHAVO: Ten paciencia; que otras cosas
más ocultas y afrentosas
le han dicho de ti, Marqués.

MARQUÉS: Acaba, dílas.

OCHAVO: A enfado
dice, señor, que provoca
el aliento de tu boca.

¡Mira tú a quien has besado
sobre ahíto y en ayunas,
o después de comer olla,
ajos, morcilla, cebolla,
habas verdes o aceitunas!

MARQUÉS: ¡Hay tal maldad! Cosas son
que trazan envidias fieras.

OCHAVO: ¡Dichoso tú, si pudieras
dar de ellas información

de lo contrario a tu ingrata!

Mas esto es nada, señor;

lo que falta es lo peor,

y lo que más la recata.

MARQUÉS: El veneno riguroso
me da de una vez.

OCHAVO: Pues, ¿quieres
sabello? Hanle dicho que eres
hablador y mentiroso.

MARQUÉS: ¡Cielos! ¿Qué furias son éstas
que en mí ejecutan sus iras?
¿Qué traiciones, qué mentiras,
con tal ingenio compuestas,
que es imposible que de ellas
darle desengaño intente?

OCHAVO: En fin, ¿tú no tienes fuente?

MARQUÉS: ¿Quieres que en vivas centellas
te abraze mi furia?

OCHAVO: No;
mas, señor, si son mentiras,
efeto son de las iras
que en doña Blanca encendió
el ser de ti desdeñada;
porque, según entendí,
quien esto dijo de ti,
fue de ella alguna criada.

MARQUÉS: La vida me has dado agora;
que el remedio trazaré
fácilmente, pues ya sé
de estos engaños la autora.

OCHAVO: Pues vámonos a acostar,

en pago de tales nuevas.

MARQUÉS: (Por más máquinas que nuevas, **Aparte**
Blanca, no te has de vengar.)

Vanse OCHAVO y el MARQUÉS. Salen
doña INÉS, BELTRÁN: y MENCÍA

INÉS: Hoy es, Beltrán, ya forzoso
dar fin a mis dilaciones.

BELTRÁN: No te venzan tus pasiones.

Haz al Conde venturoso,
pues en partes ha excedido
a todos.

INÉS: Hoy mi sentencia,
si no es que en la competencia
de ingenios quede vencido,
le da el laurel vitorioso.

MENCÍA: Yo pienso que ha de venir
toda la corte a asistir
al certamen ingenioso.

INÉS: Así tendrá la verdad
más testigos, y el deseo
con que acertar en mi empleo
y cumplir la voluntad
de mi padre he pretendido,
notorio al mundo será.

Salen el conde CARLOS, don JUAN, don GUILLÉN
y don Juan de CUMÁN y el conde ALBERTO

ALBERTO: Aunque del examen ya
doña Inés nos ha excluido,
no es bien que nos avergüence.

La fiesta podemos ver;
que en elección de mujer

el peor es el que vence.

GUILLÉN: Yo, a lo menos, no he tenido
a infamia el ser reprobado.

JUAN: Yo, por no verme casado,
no siento el haber perdido.

*Salen el MARQUÉS y el conde CARLOS por otra
parte, y OCHAVO*

CARLOS: ¿Que tal quiso acreditar
la envidia?

MARQUÉS: (Pues ha de ser **Aparte**
doña Blanca su mujer,
decoro le he de guardar
en callarle que ella ha sido
quien con celosa pasión
se valió de esta invención.)

Una mujer me ha querido,
con las faltas que escucháis,
desacreditar.

CARLOS: Marqués,
daros pienso a doña Inés,
pues vos a Blanca me dais.

MARQUÉS: Tracémoslo, pues.

CARLOS: Dejad
ese cargo a mi cuidado,
que al efeto se ha obligado.

MARQUÉS: Ejemplo sois de amistad.

*Salen doña BLANCA, con manto, y don FERNANDO
por otra parte*

FERNANDO: ¿No sabré a qué fin pretende
que nos hallemos aquí
el Conde?

BLANCA: Él lo ordena así.

Déjale hacer, que él se entiende;
de su palabra confía.

FERNANDO: De tu esposo me la ha dado.

BLANCA: Pues piensa que esto ha trazado
para mayor honra mía.

MARQUÉS: Ya están en vuestra presencia
los dos de quien vuestro examen
al ingenioso certamen
remite, Inés, la sentencia.

CARLOS: Sólo falta proponer
la materia o la cuestión,
en que igual ostentación
de ingenios hemos de hacer.

INÉS: Generosos caballeros,
en cuyas nobles personas
piden iguales coronas
las letras y los aceros,
den objeto a la cuestión
vuestras mismas pretensiones,
porque con vuestras razones
justifique mi elección.

MARQUÉS: Proponed, pues.

INÉS: Escuchad.

Uno de los dos--no digo
cuál, que no es justo--conmigo
tiene más conformidad;
mas éste, a quien me he inclinado,
padece algunos defetos
tan graves, aunque secretos,
que acobardan mi cuidado;

y por el contrario, hallo
al otro perfeto en todo,
pero yo no me acomodo
con mi inclinación a amallo;
y así, ha de ser la cuestión
en que os habéis de mostrar,
si la mano debo dar
al que tengo inclinación,
aunque defetos padezca,
o si me estará más bien
que el que no los tiene, a quien
no me inclino, me merezca.
Cada cual, pues, la opinión
defienda que más quisiere,
y la parte que venciere
merecerá mi elección,
juzgando la diferencia
cuantos presentes están,
pues con esto no podrán
quejarse de mi sentencia.

CARLOS: (Al Marqués se inclina Inés, **Aparte**
yo soy el aborrecido.

Ya el ingenio me ha ofrecido
el modo con que al Marqués
la palabra que le he dado
le cumpla.) Yo, con licencia
vuestra, en esta diferencia
defiendo que el que es amado
debe ser el escogido.

MARQUÉS: (¡Cielos!, mi causa defiende **Aparte**
el Conde; mas él se entiende.

La mano me ha prometido
de Inés; confiado estoy,
que es mi amigo verdadero.
Con su pensamiento quiero
conformarme.) Pues yo soy
de contrario parecer,
y definiendo que es más justo
no seguir el propio gusto,
y al más perfeto escoger.

INÉS: (Entrambos se han engañado; **Aparte**
que el Conde sin duda entiende
que le quiero, pues defiende
la parte del que es amado;
y el Marqués, pues la otra parte
defiende, piensa también
que es aborrecido. ¡Oh, quién
pudiera desengañarte!)

CARLOS: Los fundamentos espero
que en favor vuestro alegáis,
Marqués.

MARQUÉS: Digo, pues gustáis
de que hable yo primero.

El matrimonio es unión
de por vida; y quien es cuerdo,
aunque atienda a lo presente,
previene lo venidero.

El amor es quien conserva
el gusto del casamiento;
amor nace de hermosura,
y es hermoso lo perfeto;
luego debe la Marquesa

dar la mano a aquél que, siendo
más perfeto, es más hermoso,
pues haber de amarlo es cierto.

De aquí se prueba también
que aborrecer lo perfeto
y amar lo imperfeto es
accidental y violento;
lo violento no es durable.

Luego es más sabio consejo
al que es perfeto escoger
--pues, dentro de breve tiempo,
trocará en amor constante
su injusto aborrecimiento--
que al imperfeto querido,
si luego ha de aborrecerlo.

Semejantes a las causas
se producen los efetos,
ni obra el bueno como malo,
ni obra el malo como bueno.

Luego un imperfeto esposo
un martirio será eterno,
que, al paso de sus erradas
acciones, irá creciendo.

Y no importa que el amor
venza los impedimentos,
quite los inconvenientes,
y perdone los defetos;
pues nos dice el castellano
refrán, que es breve evangelio,
que "quien por amores casa,
vive siempre descontento."

El gusto cede al honor
siempre en los ilustres pechos;
y las mujeres se estiman
según sus maridos. Luego
su gusto debe olvidar Inés,
pues tendrá, escogiendo
al perfeto, estimación,
y al imperfeto, desprecio.

Indicios da de locura
quien pone eficaces medios
para algún fin, y después
no lo ejecuta, pudiendo.

La Marquesa doña Inés
este examen ha propuesto
para escoger al más digno,
sin que tenga parte en ello
el amor. Luego si agora
no eligiese al más perfeto,
demás de que no cumpliera
el paternal testamento,
indicios diera de loca,
nota de liviana al pueblo,
que murmurar a los malos
y que sentir a los buenos.

ALBERTO: ¡Bien por su parte ha alegado!

JUAN: ¡Fuertes son los argumentos!

GUILLÉN: Oyamos agora al Conde,
que tiene divino ingenio.

CARLOS: Difícil empresa sigo,
pues lo imperfeto defiendo;
pero si el amor me ayuda,

la vitoria me prometo.
Si el amor es quien conserva
el gusto del casamiento,
como propuso el Marqués,
con eso mismo lo pruebo;
que amor para la elección
ha de ser el consejero,
pues del buen principio nace
el buen fin de los intentos.
Y no importa que el querido
padezca algunos defetos,
pues nos advierte el refrán
castellano que lo feo,
amado, parece hermoso,
y es bastante parecello,
pues nunca amor se aconseja
sino con su gusto mesmo.
Aristóteles lo afirma;
Séneca y Platón dijeron
que el amor no es racional
que halla en el daño provecho,
y halla dulzura en lo amargo
San Agustín; según esto,
si en el matrimonio tiene
el Amor todo el imperio,
su locura es su razón,
y es ley suya su deseo.
Lo que él quiere es lo acertado,
lo que él ama es lo perfeto,
lo hermoso, lo que él desea,
lo que él aprueba, lo bueno.

El temor de que después
venga Inés a aborrecerlo,
no importa, que eso es dudoso,
y el amarle agora es cierto.
Para amor no hay medicina
sino gozar de su objeto.
Dícelo en su carta Ovidio,
y en su epigrama Propercio.
Crece con la resistencia,
según Quintiliano; luego
si Inés no elige al que adora,
no tendrá su mal remedio;
antes irá cada día
con la privación creciendo.
Pensar que el aborrecido
vendrá a ser, por ser perfeto,
después amado, es engaño;
que no llega en ningún tiempo,
según Curcio, a amar de veras
quien comenzó aborreciendo.
El amor dice Heliodoro
que no repara en defetos;
la antigüedad nos lo muestra
con portentosos ejemplos.
Pigmaleón, Rodio, Alcides,
a unas estatuas quisieron;
Pasifé a un toro, y a un pez
el sabio orador Hortensio;
Semíramis a un caballo,
a un árbol Jerjes, y vemos
al que dio nombre al ciprés,

de amor de una cierva, muerto.
Pues, ¿qué defetos mayores
que éstos, por quien los sujetos
son incapaces de amor,
pues no puede hallarse en ellos
correspondencia, por ser
en especie tan diversos,
que el mismo amor que intentó
mostrar en estos portentos
su poder, quedó corrido
más que glorioso de hacerlos?
Luego amando la Marquesa
al que padece defetos,
y más sabiéndolos ya,
no se mudará por ellos.
Si ignorándolos le amara,
en tal caso fuera cierto
que el descubrirlos después
le obligara a aborrecerlo;
y por esto mismo arguyo
que no sólo, aborreciendo
agora al perfeto Inés,
no podrá después quererlo,
mas antes, si lo quisiera
agora, fuera muy cierto
aborrecerlo después;
y de esta suerte lo pruebo.
Ovidio dice que amor
se hiela y muda si aquello
no halla en la posesión
que le prometió el deseo;

pues hombre perfeto en todo
no es posible hallarse.
Luego aunque Inés amase
agora al que tiene por perfeto,
lo aborreciera después
que con el trato y el tiempo
sus defetos descubriera,
pues nadie vive sin ellos.
Quien ama a un defetüoso,
ama también sus defetos
tanto, que aun le agradan
cuantos le semejan en tenerlos.
Luego es en vano temer
que se mude Inés por ellos.
Que "amar lo imperfeto es
violento, y lo que es violento
no dura", el Marqués arguye.
Lo segundo le concedo,
lo primero no; que sólo
es a amor violento aquello
que no quiere, y natural
lo que pide su deseo.
Que "el malo obra como malo,
y obra el bueno como bueno,
y de las malas acciones
nace el aborrecimiento",
dice el Marqués. Es verdad;
pero como el amor ciego
aprueba la causa injusta,
aprueba el injusto efeto.
Que las mujeres se estimen

por sus maridos, concedo;
pero en eso, por mi parte,
fundo el mayor argumento;
que quien con mujer se casa
que confiesa amor ajeno,
estima en poco su honor.
Luego, amando al imperfeto
Inés, fuera infame el otro,
si quisiera ser su dueño;
luego ni él puede admitirlo,
ni la Marquesa escogerlo.
Que "quien por amores casa,
vive siempre descontento",
según lo afirma el refrán,
dice el Marqués; y es muy cierto,
cuando por amor se hacen
desiguales casamientos;
pero cuando son en todo
iguales los dos sujetos,
no hay, si el amor los conforma
más paraíso en el suelo.
Decir que no cumple así
el paternal testamento
es engaño; que su padre
sólo le puso precepto
de que mire lo que hace.
Ya lo ha mirado, y con eso
su voluntad ha cumplido.
Que no consigue el intento
del examen si no escoge
al de más merecimientos,

sin atender al amor,
según Inés ha propuesto,
es verdad; pero se debe
entender del amor nuestro,
no del suyo; que con ella
es la parte de más precio
ser de ella amado, y no ser
amado el mayor defeto.

Luego, si elige al que quiere,
ni dará nota en el pueblo,
ni qué decir a los malos,
ni qué sentir a los buenos.

ALBERTO: ¡Vítor!

JUAN: ¡Vítor!

GUILLÉN: ¡Venció el Conde!

ALBERTO: Sus valientes argumentos
vencieron en agudeza,
en erudición y ejemplos.

BELTRÁN: Todos declaran al Conde
por vencedor.

INÉS: Según eso,
ya es forzoso resolverme,
aunque me pese, a escogerlo.

Venciste, Conde; mi mano
es vuestra.

BLANCA: ¡Qué escucho, cielos!

FERNANDO ¿Esto hemos venido a ver,
Blanca?

CARLOS: (Agora, que ya puedo **Aparte**
ser su esposo, he de vengarme,
y ha de ser un acto mesmo

fineza para el Marqués,
y para ella desprecio.)
Marquesa, engañada estáis;
porque vos habéis propuesto
que la parte que venciere
ha de ser esposo vuestro.
Pues si mi parte ha vencido,
y es la parte que definiendo
la del imperfeto amado,
él ha de ser vuestro dueño.
Yo sé bien que no soy yo
el querido, y sé que ha puesto
la invidia vil al Marqués
tres engañosos defetos.
Y porque os satisfagáis,
escuchadme aparte.

Hablan en secreto

MARQUÉS: (¡Cielos! **Aparte**
No hay más tesoro en el mundo
que un amigo verdadero.)

BLANCA: (Yo soy perdida, si aquí **Aparte**
se declaran mis enredos.)

***Doña INÉS y el conde CARLOS hablan
aparte***

INÉS: Ésas tres las faltas son
que me han dicho.

CARLOS: Pues mi ingenio
las inventó... (Esta fineza **Aparte**
deba el Marqués a mi pecho)
por vencerle y por vengarme
de vos; y ya que mi intento

conseguí, pues que la mano
me ofrecéis, y no la quiero,
como noble, restituyo
al Marqués lo que le debo.
Y para que a mis palabras
deis crédito verdadero,
baste por señas deciros
las tres faltas que le han puesto
y que ha sido una mujer
la que tales fingimientos
os dijo por orden mía.

INÉS: Es verdad. La vida os debo.

CARLOS: Pues dad al Marqués la mano.

Ya, Marqués, se ha satisfecho
doña Inés de que la invidia
os puso falsos defetos.
Yo defendí vuestra parte,
y fui vencido venciendo.
Dalde la mano; que yo bien
he mostrado que tengo
puesta en Blanca mi esperanza
con las colores y versos
y divisas de las cañas,
de la sortija y torneo.

BLANCA: Yo me confieso dichosa.

MARQUÉS: Sois mi amigo verdadero,
y vos mi esposa querida.

INÉS: Cuando os miro sin defetos,
¿cómo, Marqués, os querré,
si os adoraba con ellos?

OCHAVO: El examen de maridos

tiene, con tal casamiento,
dichoso fin, si el Senado
perdona al autor sus yerros.

El Semejante A Sí Mismo

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Personas que hablan en ella:

- **CELIO, hermano de Julia**
- **Don RODRIGO, viejo grave**
- **SANCHO, gracioso**
- **GUILLÉN, escudero**
- **Don JUAN de Castro, galán**
- **LEONARDO, galán**
- **Don DIEGO de Luján, galán**
- **GERARDO, galán**
- **Doña ANA, dama**
- **JULIA, dama**
- **INÉS, criada de doña Ana**

ACTO PRIMERO

Salen don JUAN, LEONARDO y SANCHO

JUAN: ¡Hermosa vista!
LEONARDO: Un abril
 goza en sus puertas Sevilla.
JUAN: Es octava maravilla.
LEONARDO: Ya la fama cuenta mil,
 porque a las siete del mundo
 no hay quien la suya no aumente.
JUAN: Al Escorial justamente
 le dan lugar sin segundo.
SANCHO: Yo sé siete maravillas
 nuevas, que con más razón
 dignas de este nombre son.
JUAN: Quiero oíllas.
SANCHO: Yo decillas.
 La primera, si se mide
 con las antiguas, por tres
 puede valer.
LEONARDO: ¿Y cuál es?
SANCHO: Una mujer que no pide.
JUAN: Si es de Madrid la mujer.
SANCHO: Es segunda maravilla
 un caballero en Sevilla
 sin ramo de mercader.
 La tercera es justamente
 un calvo alegre de sello,
 y que no arrastre el cabello
 desde el cogote a la frente.
 La cuarta, una doncellita
 que no casarse desea.
 La quinta, una mujer fea
 que los años no se quita.
 Por sexta quiero contar
 un bien contento soldado;
 y por séptima, un casado
 que le pese de enviudar.
 La octava es un mercader
 sin achaques de logrero;
 un oficial de barbero
 sin guitarra en que tañer;
 una dama que se alegra
 con agua pura la faz;

un marido mozo en paz
con cuñados y con suegra;
sin un San Pedro y San Pablo
la iglesia de alguna aldea,
y un tahir que no desea
tal vez que le lleve el diablo.

JUAN: Basta, que el número crece.

LEONARDO: Si veras hemos de hablar,
una quiero yo contar
que las demás obscurece.

JUAN: Ya mucho en sabella gano,
pues vos así la alabáis.

LEONARDO: Pues es, porque la sepáis,
el desagüe mexicano.

SANCHO: Hable cristiano, señor.

LEONARDO: México, la celebrada
cabeza del indio mundo,
que se nombra Nueva España,
tiene su asiento en un valle
toda de montes cercada,
que a tan insigne ciudad
sirven de altivas murallas.
Todas las fuentes y ríos
que de aquestos montes manan,
mueren en una laguna
que la ciudad cerca y baña.
Creció este pequeño mar
el año que se contaba
mil y seiscientos y cinco,
hasta entrarse por las casas;
o fuese que el natural
desaguadero, que traga
las corrientes que recibe
esta laguna, se harta;
o fuese que fueron tales
las crecientes de las aguas,
que para poder beberlas
no era capaz su garganta.
En aquel siglo dorado
--dorado, pues gobernaba
el gran marqués de Salinas,
de Velasco heroica rama,
símbolo de la prudencia,
puesto que por tener tanta,
después de tres virreinos
vino a presidir a España--
trató este nuevo Licurgo,
gran padre de aquella patria,
de dar paso a estas crecientes

que rüina amenazaban;
y después de mil consultas
de gente docta y anciana,
cosmógrafos y alarifes,
de mil medidas y trazas,
resuelve el sabio virrey
que por la parte más baja
se dé en un monte una mina
de tres leguas de distancia,
con que por el centro de él
hasta la otra parte vayan
las aguas de la laguna
a dar a un río arrogancia.
Todo es uno el resolver
y empezar la heroica hazaña.
Mil y quinientos peones
continuamente trabajan.
En poco más de tres años
concluyeron la jornada
de las tres leguas de mina,
que la laguna desagua.
Después, porque la corriente
humedeciendo cavaba
el monte, que el acueducto
cegar al fin amenaza,
de cantería inmortal
de parte a parte se labra,
que da eterna paz al reino
y a su autor eterna fama.

JUAN: Tan insigne maravilla
muy justamente se alaba
por la primera del mundo.

SANCHO: ¿Que la bellaca del agua
quiso alzarse con la tierra?
Pues el vino, ¿dónde estaba?

LEONARDO: Trazando cómo a su costa
se efetuase esta hazaña;
que dos reales impuestos
en cada azumbre de él, daban
cada año cien mil ducados,
que en el desagüe se gastan.

SANCHO: Mienten todos los gallinas,
los bellacos y bellacas
que osaren decir que el vino
debe dar tributo al agua.
¿Hacer al vino pechero
para que a su costa se hagan
al agua, de cantería
camino por donde salga?
¿A una infame parricida

que quiso anegar su patria?
¿Que no la pueden sufrir
los montes en sus entrañas?
¿Que anda, como la culebra,
toda la vida arrastrada?
¿Que con el pecho por tierra
besa los pies a las parras?
¿Que, como el diablo, del cielo
huyendo, a la tierra baja,
el invierno tiritando
y el verano abuchornada?
¿La que es tan vil, que se vende
por dos cuartos una carga,
en que pluguiera a los cielos
que el vino la remedara?
¿La que ha quitado más vidas,
más haciendas...?

JUAN: Sancho, basta.

SANCHO: ¿Qué males ha hecho el vino?

¿Quién en Indias ni en España
ha recibido mal de él,
que de esa suerte le tratan?

JUAN: Sancho, no tienes razón,
que antes su nombre levantan
con decir que hizo a su costa
desterrar a su contraria.
Un gran príncipe, ¿no suele
hacerle cortar la cara,
dar de palos, desterrar
a su costa a quien le enfada?
Pues en esto, di, ¿quién pierde?
Quien lleva la cuchillada
o los palos o el destierro;
que quien lo pagó, antes gana,
pues quedando vitorioso,
compra el gusto y la venganza.

SANCHO: ¡Bien hayas tú, pues en ti
tan buen abogado halla
el santísimo licor!

JUAN: ¿Piensas, bufón, que me agrada
que digas de él, tanto bien?

SANCHO: Otros tienen dos mil faltas,
y yo tengo ésta no más.

JUAN: ¿Y el amor?

SANCHO: Si amor es tacha,
no hay quien valga por testigo.

JUAN: Aquesto, del juego, ¿es nada?

SANCHO: ¿Qué ha de hacer un hombre honrado
mientras a su amo aguarda?
¿No es peor ponerse en corro

con la cuadrilla lacaya
a no dejar honra en pie
de sus amos ni sus amas?

JUAN: Por asegurar la mía,
quiero agora que te vayas;
que hablar queremos a solas.

SANCHO: ¿De mí no haces confianza?

JUAN: Parecidome has lacayo
de comedia, pues extrañas
que yo no te comunique
los secretos de importancia.
Al lacayo que más sabe
basta escucharle sus gracias,
si pueden serlo aprendidas
entre el mandil y almohaza.

SANCHO: Almoházame más quedo,
si pudieras.

JUAN: Vete, acaba.

SANCHO: Iránse; que no son bestias,
puesto que con bestias tratan.

Vase SANCHO

LEONARDO: Ya estamos solos. Decid,
don Juan amigo, la causa
de habernos quedado así.

JUAN: ¡Ay, amigo de mi alma!
¿Tenéis amor?

LEONARDO: ¡Pese a tal!
¿De ahí comienza la maraña?
Amor y mala ventura
en todas partes se hallan;
mas yo agora vivo libre,
de que doy a Dios mil gracias.
Vos sabéis que Julia un tiempo
en prisión tuvo mí alma;
mas dio su inmortal desdén
muerte a mi amor y esperanza.

JUAN: Con eso puedo seguro
comunicaros mis ansias;
que de vuestra libertad
nace el fin de mi desgracia.

LEONARDO: ¿Cómo?

JUAN: ¿Atrevéisos por mí
a partir una jornada?

LEONARDO: Ya mi amistad ofendéis.

JUAN: Es larga.

LEONARDO: Aunque sea tan larga
que al antípoda visite,

Libia ardiente o Scitia helada.

JUAN: Es hasta el Pirú.

LEONARDO: Es un paso;
pero, porque alegre vaya,
¿voy con vos, don Juan?

JUAN: Sin mí.

LEONARDO: El no veros me acobarda,
mas anímame el serviros.
Dadme los brazos.

JUAN: Y el alma.

LEONARDO: Quedaos a Dios.

JUAN: ¿Dónde vais?

LEONARDO: ¿Mandáis que al Pirú me parta,
y preguntáis dónde voy?
A embarcarme parto.

JUAN: Basta.

LEONARDO: El amigo verdadero
asi obedece.

JUAN: No estaba
dudoso de esta fineza;
pero, ¿sin saber la causa
y el fin os vais a embarcar?

LEONARDO: El de daros gusto basta.

¿Qué tengo más que saber,
si me mandáis que me vaya?
Que de resistir da indicios
quien examina las causas.
Pensé que era vuestro gusto
sólo que yo me ausentara
y hasta el Pirú no parase,
y a ejecutarlo empezaba.

JUAN: Dios os guarde. Mas misterio
tiene jornada tan larga;
que no apartara de mí
un amigo tan del alma,
si de otro fiar pudiera
lo que hoy mi pecho os encarga.

LEONARDO: Dadme pues esa instrucción.

JUAN: Si me dais paciencia...

LEONARDO: Vaya.

JUAN: Ya sabéis que cortó el alfanje fiero
de la parca la vida de mi tío.

Dejó una hija, vida por quien muero.

Mi padre, duro ya padrastro mío,
quedó por curador de su sobrina,
si no es el darlo a un ángel desvarío.

Trájola a nuestra casa; que imagina
guardarla más así. ¡Necio quien guarda
la pólvora, y al fuego la avecina!

Como al ser muy hermosa y muy gallarda
el trato se llegó, de Amor el fuego
en abrasar mi pecho poco tarda.

Vime abrasado apenas, cuando luego,
por no perder las mañas de tirano,
conmigo usó las suyas el dios ciego;
que por esto un filósofo, no en vano,
pintaba al niño rey, de rosas llena
una, y llena de espinas otra mano.

Que mi enemigo padre--¡dura pena!--
que en estos galeones parta a Lima
a cobrar cierta herencia me condena.

O entiende los amores de mi prima,
y por emparentar con otra gente,
para mi esposa el viejo no la estima,
o la codicia vil, que más ardiente
reina en la sangre de la edad más fría,
le ha obligado a mandarme que me ausente.

Vime con esto tal, que el alma mía...
Tal, que la vida... Tal...Sólo quien sabe
de amor, podrá saber cuál me vería.

Mas pintan al Amor con alas de ave,
por la velocidad del pensamiento
del que ha vencido su furor süave.

Mil engaños fabrico en un momento;
y al fin uno resuelve que la fama
quite al griego Sinón, y a mí el tormento.

Viviré con mi padre y con mi dama,
sin ser del uno u otro conocido;
que se atreve a emprender tanto quien ama.

Tengo en Madrid un primo, que ha venido
poco ha de Flandes, tras de ausencia larga;
don Diego de Luján es su apellido.

Pues a éste escribo de mi vida amarga
el estado. Él, no deudo, sino amigo,
de mi remedio hasta morir se encarga.

Vuélvole yo a escribir, y al fin le digo
el engaño que trazo, con que entiendo
ejecutar esta intención que sigo.

Y porque la sepáis, es que fingiendo
mi primo y yo que somos parecidos,
esta opinión con cartas extendiendo,

ordené que mi primo con fingidos
deseos de ver esta semejanza,
de la fama que echamos procedidos,

escribiese a mi padre que si alcanza
lugar, a verme se vendrá a Sevilla,
antes que yo de aquí haga mudanza;

que a cuantos nos conocen, maravilla
que diferencia no hay de mi sujeto

al suyo, que hombre pueda distinguilla.

A éste ayudó otro engaño bien discreto.

Por suyo le envió un retrato mío
que a don Diego envié para este efeto.

Yo lo mismo a su padre, que es mi tío,
le escribo; y en lugar de mi retrato
el de don Diego con la carta envió.

Con esto, yo en mi casa alegre trato
mi jornada y dispongo mi partida;
que importa en engañar este recato.

Mi ropa está ya toda apercebida,
fletado en galeón matalotaje,
yo os juro tal, que a navegar convida.

Partiremos los dos a este viaje;
despediréme, en Cádiz embarcado,
de Sancho, mis amigos y linaje;

entregaráse al viento el leño alado;
veránme en él partir; con que del todo
nadie podrá creer que me he quedado;
y después, con un barco, tendré modo
que salga al mar por mí; con el dinero
dos mil dificultades acomodo.

Volveré aquí secreto, donde espero
dentro de un mes mi primo, que con plaza
de criado será mi compañero,

y con su nombre iré donde me abraza
mi padre por don Diego, y mi querida,
sin saber que soy yo, mi cuello enlaza.

Vos, mi Leonardo, amparo de mi vida,
a Lima iréis, tomando el nombre mío,
pues no es vuestra persona conocida.

Llevaréis mis papeles. Ya me río
de veros hecho yo; mas vos, hermano,
yo sois por la amistad, no es desvarío.

Cobraréis esta herencia; y porque vano
no nos salga el intento, daros oso

en blanco muchas firmas de mi mano
para que así a mi padre sospechoso
vuestras cartas le quiten la sospecha
que darle yo de mí será forzoso.

Yo en tanto, sí el dios ciego no desecha
un corazón en quien intentos tales
pudo engendrar su venenosa flecha,
conquistaré la causa de mis males.

LEONARDO: ¿De manera que has fingido
para quedarte, don Juan,
que a don Diego de Luján,
tu primo, eres parecido,
y don Diego le envió
a tu padre tu retrato

- por suyo?
- JUAN: Y el mismo trato
usé con su padre yo,
que le he enviado por mío
el retrato de don Diego,
su hijo y mi primo.
- LEONARDO: ¿Luego
no te conoce tu tío?
- JUAN: Nunca mi tío me vio,
ni mi padre vio a mi primo.
- LEONARDO: Vuestro raro ingenio estimo
por el mejor que nació.
Mas decídmelo, ¿con qué intento
a vuestra prima engañáis,
y no le comunicáis
este sutil pensamiento?
- JUAN: Aunque con firmeza extraña
me muestra mi prima amor,
tengo indicios y temor
de que me miente y engaña;
y así, quiero, convertido
en don Diego, pretendella,
y ver si el amor en ella
es verdadero o fingido.
- LEONARDO: Para eso, ¿no era mejor
echarle otro pretendiente?
- JUAN: No es ese medio prudente;
que puede cobrarle amor,
y el probarla de ese modo
es perderla; mas así
si me trueca a mí por mí,
en casa se queda todo.
Que si da, habiendo creído
que soy don Diego, en quererme,
sabré que puede ofenderme
sin saber que me ha ofendido.
- LEONARDO: Pues decídmelo ¿para qué
queréis a don Diego al lado?
- JUAN: Para que más engañado
mi padre y el suyo esté;
que así el enredo que he hecho
tendrá más fuerza, y en él
tendré un amigo fiel
con quien descansa mi pecho.
- LEONARDO: Decís muy bien.
- JUAN: Cien doblones
en letra le remití
para el gasto.
- LEONARDO: Siempre así
lográis vuestras intenciones.

JUAN: Si soy rico, ¿he de perder
por escaso mi remedio?
Es un poderoso medio
ser liberal, de vencer.

LEONARDO: Vitoria tan merecida
no es dudosa.

JUAN: Yo la espero
con vuestra ayuda.

LEONARDO: Yo quiero
apercebir mi partida.

JUAN: Dos mil escudos os doy
para la costa.

LEONARDO: No es eso
tratarme bien.

JUAN: Yo os confieso
que atrevido y corto soy;
mas para Lima me da
mi padre crédito abierto.
Ése llevaréis, que es cierto,
con que estéis a gusto allá
lo que dure la cobranza.

LEONARDO: Voy corrido y obligado.

JUAN: La vida es poco haber dado
a quien la da a mi esperanza.

Vase LEONARDO

JUAN: Aumento de la próspera fortuna
y alivio en la infeliz, maestra llave
que con un natural secreto sabe
dos voluntades encerrar en una;
del humano gobierno la coluna,
ancla segura de la incierta nave
de la vida mortal, fuero süave
que en paz mantiene cuanto ve la luna,
es la santa amistad, virtud divina
que no dilata el premio de tenella,
pues ella misma es de sí misma el fruto.
A quien naturaleza tanto inclina,
que al hombre que vivir sabe sin ella,
sabe avisar el animal más bruto.

Sale SANCHO

SANCHO: ¿Acabó el secreto ya?

JUAN: ¿Quién os mete en eso a vos?

SANCHO: (Extraño está, vive Dios, **Aparte**
después que al Pirú se va.

Después que se parte a Lima
está de tal condición,
que ni le hallo sazón
con azúcar ni con lima.)

¿De Sancho no fía ya?

JUAN: Sancho amigo, no convino.

SANCHO: ¿Sancho amigo y no con-vino?
Pues sin vino, ¿qué será?

JUAN: ¿Vuelves a dar en tu tema?

SANCHO: Y tú en la tuya darás,
pues que con tu prima estás

JUAN: Con el fuego que me quema.

Mas leyendo viene, ¡cielos!
¿Si es billete?

*Sale doña ANA, leyendo una carta, sin ver a
don JUAN y SANCHO*

SANCHO: (Ap. Rayos echa. **Aparte**
La centella de sospecha
dio en el polvorín de celos.)

Don JUAN habla aparte a SANCHO

JUAN: Matalla o matarme es poco.

SANCHO: Ya escampa. Dime, señor,
¿cuál te parece peor
emborracharse, o ser loco?

JUAN: ¡El diablo, picaro!...

Dale

SANCHO: ¡Ay, Dios,
que me ha derribado un diente!

Don JUAN quita el papel a doña ANA

JUAN: ¡Suelta, falsa!

ANA: ¡Primo, tente!
¿Siempre hemos de andar los dos,
sin ocasión, en cuestiones?
No obligas con ese trato.

SANCHO: (Enamora como gato **Aparte**
a gritos y mordiscones.
Yo le conocí más tierno;
mas después que al Pirú va,

tan desesperado está,
que pienso que va al infierno.

Lee don JUAN la carta

- ANA: De tu primo el de la corte
es una carta.
- JUAN: Yo estimo
que te conozca mi primo,
y que escribirte le importe.
- ANA: Necio, mira el sobreescrito.
¿Dice a tu padre?
- JUAN: Sí dice.
- ANA: ¡Gracias a Dios, que no hice
en leerla algún delito!
Don Juan, para sospechar,
cualquier indicio disculpa;
pero sábetelo que es culpa
reñir sin averiguar.
- JUAN: ¿Qué tienes tú que leer
lo que el otro escribe aquí?
- ANA: Sobre un bufete la vi;
está abierta, y soy mujer.
¿También me riñes por eso?
- JUAN: Su estilo, ¿te ha enamorado?
- ANA: Por cierto que estás pesado,
don Juan, o falta de seso.
- JUAN: Que ha de vacar, te parece,
mi plaza en tu amor partiendo,
y papeles andas viendo
para ver quién la merece.
- ANA: ¿Y bastaráme a obligar
ver una carta?
- JUAN: Doña Ana,
con ocasión más liviana
suele una mujer amar.
- SANCHO: A ese propósito quiero,
por si puedo apaciguaros,
de mi mocedad contaros
un suceso verdadero.
Yo, mis señores, tenía
un Juan Lobo por amigo.
Llévelo una vez conmigo
a ver cierta moza mía.
El tomó aparte lugar,
mientras yo hablaba a mi amor
lo que el discreto lector
podrá allá considerar.
Mi moza al Lobo le echaba

los ojos de cuando en cuando,
la paciencia ponderando
con que aguardándome estaba.

Y al fin de él se enamoró;
y la causa fue, en efeto,
sólo que él se estaba quieto
mientras no lo estaba yo.

JUAN: Sancho, por un leve indicio
condenan al desdichado.

ANA: Siempre, don Juan, te has quejado
en tu fortuna, de vicio.

Confiésote que leí
la carta con gusto, primo,
y aun más, que a su dueño estimo
porque se parece a ti;

que dice que es tan extraña
la semejanza que Dios
quiso poner en los dos,
que a tus amigos engaña,
y le hablan todos por ti.

JUAN: (Mi intención va obrando ya.) **Aparte**
Es mi primo. No será
mucho parecerme así.

SANCHO: Ser dos hombres parecidos
no es suceso más extraño
que salir de un mismo paño
semejantes dos vestidos.

JUAN: Pero si alguno mirara
a don Diego en mi presencia,
no dudo que diferencia
grande entre los dos hallara.

Y ya que el cielo de ti
ha ordenado que me aparte,
huelgo, mi bien, de dejarte
este retrato de mí.

Él me escribe que vendrá
a verme cuan presto pueda.
Ya la armada nos lo veda,
que para salir está.

A mi padre le he pedido,
si algo en él mi ruego vale,
que lo aposente y regale
por serme tan parecido.

Lo mismo contigo intento,
que si en memoria de mí
le regalas, irá en ti
siempre mi amor en aumento.

Esto se entiende con tal
que lleves tiento y recato.
No venga a echar el retrato

de casa al original.

Porque de don Diego el fuego
nunca en ti halle lugar,
siempre a don Juan has de hablar,
aunque te hable don Diego.

Y así, mientras no te veo,
engañarán tus enojos
con el retrato los ojos,
con la esperanza el deseo.

ANA: ¡Ay, Dios! ¿Quién tendrá paciencia,
mi don Juan, para escuchar
sin deshacerse en llorar,
estos preceptos de ausencia?

JUAN: ¿Lloras?

ANA: Pregunta si vivo
cuando te ausentas.

JUAN: Confieso
que no esperé tal exceso
de tu corazón esquivo.
No llores, si no procura
tu llanto, señora, así
que alegre parta de tí,
pues pruebo así mi ventura.

Cesen de llorar las perlas
en ese campo de rosa.
Advierte que, de invidiosa
la aurora para cogerlas,
más presto amanecerá
y dará prisa a los días,
con que de mis alegrías
el fin se anticipará.

No todo ahora lo llores;
deja qué llorar después.
No adelanten, pues me ves,
el tormento los temores

Reserva para la ausencia
algo de tanto dolor,
porque suele un gran sudor
ser el fin de la dolencia.

ANA: ¡Plega a Dios, dueño querido,
si en tu ausencia tengo vida,
que viva yo aborrecida
de un adorado marido!

¡Plega a Dios!...

SANCHO: Basta de plegas,
que viene, señor, el viejo.

JUAN: Al tiempo la prueba de
de esas finezas que alegas.

Vanse doña ANA y don JUAN

SANCHO: ¡Plega a Dios!...¡Ah, enamorados!
 Cuando empiezan a plegar,
 plegarias pueden prestar
 al día de los finados.

Sale INÉS

INÉS: ¿Qué es de don Juan?

SANCHO: ¡Buena es ésa!

 Inés, más cuerdo me pinta.

 ¿Para qué buscas la pinta,
 si se va todo en la presa?

INÉS: ¿Quién es la pinta?

SANCHO: Don Juan.

INÉS: ¿Y la presa?

SANCHO: Yo lo soy,
 pues siempre delante voy.
 Mas dime. ¿En qué estado están
 las penas de que me ausento?

INÉS: ¿Te ausentas?

SANCHO: ¡Bueno, a fe mía!

 ¿Olvidado se te había?
 Señal de gran sentimiento.

INÉS: ¿Al fin te vas al Pirú?

SANCHO: (Aquí es Troya.) **Aparte**
 Cierto es ya.

INÉS: ¿Qué me has de enviar de allá?

SANCHO: Enviaréte a Bercebú.
 ¡Ved con qué llanto recibe
 las nuevas tristes de ausencia!
 ¡Notad cómo de paciencia,
 para sufrir se apercibe!
 Tal es ya la tiranía
 de aqueste género infame,
 que el eco de vengo es "dame,"
 y el eco de voyme "envía."
 ¿No hay al vengo un bien venido?
 ¿No hay al voyme un vuelve presto?
 Pinten a amor, según esto,
 salteador descomedido.
 ¿Apenas vi la mujer,
 cuando se lo he de pagar?
 O no tengo de jugar,
 o en viéndola he de perder.
 ¿Cómo en viéndola? Y aun antes.
 Allegáos a una tapada,
 y antes de mostraros nada,
 pedirá cintas y guantes.

"¿Qué me has de enviar?" ¡Qué bien!
El amor más firme cae.
¡Aun no me dijera trae,
que es un disfrazado ven!
"Envía" es "quédate allá."
¡Mal haya el necio que fía
en ellas, quien les envía,
quien les trae, y quien les da!

¡Oh, terribles agravios,
atar la bolsa y desatar los labios!

Vase SANCHO

INÉS: Aguarda, Sancho, detente,
 atiende a mi triste llanto.
Ya lloro, ya no te pido,
si con pedir te he enojado.
Como a las Indias te partes,
quise pasar este trago
con tratar de las riquezas
que esperaba de tus manos.
"¡Oh, terribles agravios!"

Mas, ¡oh, mayor simpleza!
¡Atas la bolsa y pidesme firmeza.

Vase INÉS. Salen LEONARDO y GUILLÉN

GUILLÉN: Leonardo, aguardad aquí;
 avisaré a mi señora.

Vase GUILLÉN

LEONARDO: ¿Que Julia me llame agora?
 Yo vengo fuera de mí.
 Cuando no la vi en mil días
 huyendo su resistencia,
 y están con la larga ausencia
 las cenizas de amor frías,
 ¿de llamarme se ha acordado?
 Cuando estoy tan de partida,
 ¿quiere por la despedida
 resucitar mi cuidado?
 Mas no es de amor el llamarme
 que tan dichoso no soy.
 Sabrá que a las Indias voy,

y algo querrá encomendarme.

Mas ella viene, el ruido
de sus pasos me ha turbado,
la sangre toda se ha helado,
y el corazón encendido.

¡Cuan tarde la fuerza pasa
de amor que fue verdadero,
pues con el soplo primero
se descubre tanta brasa!

Sale JULIA

JULIA: Señor Leonardo, ¿era ya
tiempo de vernos los dos?

LEONARDO: Eso preguntadlo a vos.

JULIA: Por mí respondido está,
pues a llamar os envió.

LEONARDO: Y por mí también pues nuestro,
viniendo al mandado vuestro,
que eso está en vuestro albedrío.

JULIA: Dicen que a las Indias vais.

LEONARDO: Si no me mandáis quedar.

JULIA: Si mandarlo ha de bastar,
yo os mando que no os partáis.
El estilo perdonad;
que lo hice por cogeros
la palabra.

LEONARDO: A no entenderos,
nueva especie de crueldad,
con mascara de favor,
queréis en mí ejecutar.

JULIA: ¿Cómo?

LEONARDO: Mandarme quedar
después de tanto rigor,
es sólo--hablemos verdades,
pues para partir estoy--
porque os falta, sí me voy,
materia a vuestras crueldades.

Mas no, Julia. Ya arrojé
del cuello una vez el yugo,
ya libre la ropa enjugo
que del mar de Amor saqué.

Ya no más comprar enojos
a costa de merecer;
no más la vida exponer
a vuestros leves antojos.

Huístes cuando os seguía;
cuando huyo me seguís.
Esto que agora sentís,

sentí yo, Julia, algún día.

Mas hoy, por mayor vitoria,
quiero hurtar con esta ausencia
el cuerpo a vuestra inclemencia
y el alma a vuestra memoria.

JULIA: ¡A fe que reñís con brío!
Ya os imagináis vengado.
¡Necio vos, que habéis echado
toda la fuerza en vacío!
¿Quién os dijo que el pediros,
Leonardo, que no os partáis,
es porque pena me dais,
porque os amo, con partiros?
Mi prima doña Leonor,
que ha dado en guereros bien,
me pidió, por ser yo a quien
vos tuvístes tanto amor
--si fue verdad el tenerlo--
que os pidiese que os quedéis;
que por mí, merced me haréis
mucho mayor en no hacerlo.

LEONARDO: Basta ya, que es desvarío
anticipar el desdén;
y no amándoos yo, también
dais ese golpe en vacío.
Ni penséis que haber errado
el tiro me da pesar,
que doy por bien el errar
a truco de haber tirado.
Pues os mostré mí intención
vengado de vos me siento,
que os ha ofendido el intento,
cuando no la ejecución.
¡Y ojalá que modo hallara
para poderme quedar!
Que sólo a daros pesar,
vive Dios que me quedara.

JULIA: Por lo menos aprobáis
mi rigor; que mal hiciera
si a un villano amor tuviera;
que lo sois, pues os vengáis.

LEONARDO: No atribuyáis a venganza
no haberos obedecido,
que sabe Dios que ha nacido
sólo de desconfianza.
Pensé que el verme huir
despertaba vuestro amor
y temí vuestro rigor
en volviéndoos a seguir;
que si no, ¿qué mayor gloria,

qué más Indias puedo hallar,
tras tanto amor, que alcanzar
de vuestro desdén vitoria?

Que no tan fácil afloja
al arco la cuerda Amor.

JULIA: Ya me parece, señor,
que vais volviendo la hoja.

LEONARDO: Negar lo que os he querido
es negar olas al mar.

JULIA: Leonardo, ¿qué más negar
que negarme lo que os pido?

LEONARDO: No fue negar, fue temer
vuestro inhumano rigor.

JULIA: ¿No hay mudanzas en amor,
Leonardo? ¿No soy mujer?

LEONARDO: A esperar mudanzas yo,
¿qué no hiciera, Julia mía?

JULIA: Pues haz lo que digo, y fía
que ya el desdén se acabó.

LEONARDO: ¿Qué dices?

JULIA: Lo que has oído.
La palabra te cogí.

Ésta me coge tú a mí.

LEONARDO: ¡Ah, crüel! ¿Qué te ha movido
a fingir esta mudanza?

JULIA: Si no te he dicho verdad,
no halle mi amor piedad
ni mi deseo esperanza.

LEONARDO: Cuando fue razón, señora,
nunca te pude ablandar;
y sin ella, ¿he de pensar
que te has ablandado agora?

JULIA: ¡Ah, Leonardo! Poco entiendes
de condición de mujer.
¿No es harta razón saber
que ausentárteme pretendes?

Cuando preso te tenía,
dormía el alcaide Amor;
mas fue su despertador
el saber que el preso huía.

No sé qué mudanza en mí
hizo esta nueva en un punto,
que con ella todo junto
arderme y helarme vi.

Como ceniza escondió
mi fuego la confianza,
y fue un soplo tu mudanza
que la brasa descubrió.

No me castigues agora
porque mi amor te he negado,

que yo también he ignorado
lo que mi pecho te adora.

Tu misma ausencia me muestra
que me es tu presencia grata.
¡Triste yo, que a quien me mata,
vengo a tener por maestra!

No malogres tu esperanza
por castigar mi rigor;
que si muere el vengador,
es locura la venganza.

¿Callas? ¿Qué puedo esperar?
En gran peligro estoy puesta,
porque dudar la respuesta
es especie de negar.

Habla ya. ¿Qué te suspendes?

LEONARDO: ¡Ay, mi Julia!

JULIA: ¿Qué te aflige?
Si no crees lo que dije,
con las obras...

LEONARDO: No me entiendes.

JULIA: Habla, pues.

LEONARDO: Amor crüel
siempre da el placer penado
A don Juan de Castro he dado
la palabra de ir con él
al Pirú, y la he de cumplir,
aunque me cueste la vida,
que ya la juzgo perdida,
pues de ti me he de partir.

JULIA: Soltará don Juan, si puedo,
la palabra a ruego mío.

LEONARDO: No intentes tal desvarío
que pensará que es enredo
y que he mudado intención.

Sale don JUAN

JUAN: Como ya os queréis partir,
habréis venido a pedir
a Julia su bendición.

JULIA: Y vos que me le lleváis,
por mi maldición vendréis.

JUAN: Con Leonardo os quedaréis,
Julia, si de ello gustáis.

JULIA: Sí gusto.

JUAN: Aquesa ley sigo.

LEONARDO: Julia, advierte que me ofendo.
Don Juan, mirad que no entiendo
que me tenéis por amigo.

JUAN: Muere mi comodidad
donde la vuestra comienza.
LEONARDO: No quiera Dios que en mí venza
el amor a la amistad.
JUAN: Si la amistad os incita
a atropellar vuestro bien,
a mí la misma también
hace que no lo permita;
y estando en esta igualdad,
vuestro amor ha de vencer.
LEONARDO: Lo que he dicho pienso hacer.
Yo sé la necesidad
que de mí, don Juan, tenéis.
JUAN: Podré, Leonardo, buscar
quien vaya en vuestro lugar.
LEONARDO: Es tarde, no lo hallaréis.
JULIA: Ya, Pues don Juan te la suelta,
no alegues obligación,
ni niegues que tu intención
está a vengarse resuelta.
Véngate. Véte, enemigo;
que yo...
LEONARDO: Oye, Julia, querida,
si no dejas en ti la vida,
trágueme el mar por castigo.
Si no...
JULIA: Juramentos deja;
las obras, Leonardo, creo.
LEONARDO: Satisfacerte deseo.
JUAN: Julia con razón se queja.
LEONARDO: Vos me apretáis sin razón
a no acudir a lo justo...
JUAN: Lo justo es de Julia el gusto.
LEONARDO: Lo justo es mi obligación.
JULIA: Don Juan la suelta.
LEONARDO: Es así;
mas en este lance estrecho,
lo que él por cortés ha hecho,
no me desobliga a mí.
JULIA: ¡Falso!

Sale GUILLÉN

GUILLÉN: Señora, tu hermano.
JULIA: Don Juan, para vos apelo.
JUAN: No os pudiera dar el cielo
jüez más de vuestra mano.

Salen CELIO y GERARDO

CELIO: ¡Señores! ¿En esta casa?
JUAN: A despedirnos de vos
hemos venido los dos.
JULIA: Don Juan, que a las Indias pasa,
viene a despedirse, y da
muestra de su noble pecho.
CELIO: Pues, ¿y Leonardo?
JULIA: Sospecho
que hasta Cádiz con él va.
LEONARDO: Y desde Cádiz a Lima.
JULIA: (¡Ah, falso!) **Aparte**
CELIO: El viaje sea
con la dicha que os desea
el que como yo os estima.
JUAN: Para serviros. De vos
me alcance nueva dichosa,
Julia, de que sois esposa
de quien os merezca.
JULIA: Adiós.
LEONARDO: Adiós, Celio.
CELIO: Adiós, Leonardo.
LEONARDO: Julia, quiera Dios que os vea
como mi pecho desea.
JULIA: Dios os guarde.
GERARDO: (En celos ardo.) **Aparte**
JULIA: (¡Quitadme la vida, cielos!) **Aparte**

Hablan aparte GERARDO y JULIA

GERARDO: Óyeme, Julia traidora.
JULIA: (Esto me faltaba agora.) **Aparte**
¡Suelta!
GERARDO: ¡Escucha!
JULIA: ¡Oh, rabia!

Vase JULIA

GERARDO: ¡Oh, celos!

Vanse CELIA, GERARDO y GUILLÉN

JUAN: Solos estamos. Ya puede
declararse vuestro intento.
LEONARDO: Quien ama porque me ausento,
no amará cuando me quede.

JUAN: ¿Estimáisla?
LEONARDO: El alma mía
 vuelve a adorar su belleza.
JUAN: Quedaos a gozarla.
LEONARDO: ¿Empieza
 otra vez vuestra porfía?
 Yo he de partir, vive Dios,
 que quiero probar así
 su firmeza para mí
 y mi amistad para vos.

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

*Salen don RODRIGO, doña ANA e INÉS.
SANCHO, de camino*

SANCHO: Mi señor y yo y Leonardo,
 que partimos de aquí el lunes,
 a Cádiz llegamos jueves
 cuando el sol sus rayos cubre.
 Hospedónos don Fernando,
 ramo de tu sangre ilustre,
 que en regalos y larguezas
 con sus esperanzas cumple.
 Sábado, cuando del alba
 las negras reliquias huyen,
 y en el oriente se bordan
 de rubí y oro las cumbres,
 da fuego la capitana
 a una pieza, cuya lumbre
 sale entre el humo y centellas
 como entre rayos y nubes.
 ¡Leva! Respondieron todos;
 todos a embarcarse acuden;
 y la arenosa ribera
 de gente al punto se cubre.
 Allí acudimos también,
 cada cual saltando sube
 en los caballos marinos

que el mar con remos discurren.
Llegamos al galeón;
los ojos y oídos puse
en faenas y zalomas
que a los bisonños confunden.
Hablando con mi señor
hasta las diez me detuve,
encargándome las cosas
que de su edad se presumen;
cuando otra pieza de leva
me obliga a que desocupe,
despedido de mi dueño,
la nave, y la tierra busque;
que la capitana, apenas
con el trueno el rayo escupe,
cuando al viento dan las velas
la ligera pesadumbre.
Sobre su popa el heroico
general don Lope, lustre
de Diez, Aux y Armendárez,
la cruz y el pecho descubre;
aquel a quien juzgan todos
por sus hechos y costumbres
digno que en cargos más graves
nuestro santo rey le ocupe,
pues tantas veces del mar
sujetó las inquietudes,
y ha hecho que flotas llenas
de plata a España tribute.
Parte pues la capitana,
haciendo al sol que se turbe
con el humo de las piezas,
los mosquetes y arcabuces.
Tras ella, la de tu hijo
al costado restituye
las anclas, y dando velas,
rompe los vidrios azules.
Arrimado al bordo de ella
mi señor, mirando estuve
apartarse poco a poco
de los puertos andaluces.
Las lágrimas me impedían;
pero mi lealtad no sufre
que le deje de mirar.
Seguíle con lo que pude,
hasta que con la distancia
las especies se confunden,
y cada nave parece
breve reliquia de nube.
Volvíme con esto a casa

y mi partida dispuse,
y el mismo día salí
de Cádiz entre dos luces.
Llegué a dormir a Sanlúcar,
donde por mi daño supe
que el lunes corrían toros
por cierto gusto del duque.
Quedéme a verlos allí.
Llegan los toros el lunes;
yo, haciendo del forastero,
por toda la plaza anduve.
Aojóme alguna diabla,
pues cuando a esperar me puse
al primer toro, arremete,
y antes que el cuerpo le hurte,
por esta nalga me coge,
y tal golpe me sacude,
que con el cuerno me hiere,
con el topetón me aturde.
Halléme detrás, volviendo
del éxtasis en que estuve,
con un agujero más
contra natural costumbre,
desatacado y sin blanca,
que los que al remedio acuden,
primero las faltriqueras
que las heridas descubren.
Tres semanas he gastado
en que la herida me curen
y así tan tarde, señor,
las nuevas y cartas truje.

Toma las cartas don RODRIGO, y doña ANA llora

RODRIGO: Dios lo lleve en salvamento.

SANCHO habla aparte con doña ANA

SANCHO: Por más que llore tu amor,
ha llorado mi señor
por cada lágrima ciento.

ANA: ¿Qué te dijo?

SANCHO: Ya verás...
Quien va tan enamorado...
De ti me encargó el cuidado
siete mil veces y más.
Al subir, al apear,
en el camino, en la venta,

al comer, al hacer cuenta,
en el río y en el mar,
a la noche, a la mañana,
al caer, al tropezón
el amén de la oración
era, "¡Mira por doña Ana!
Por eso te hago quedar,
Sancho, en España", me dijo.
Y a la verdad no me aflijo;
que no estoy bien con el mar.

Llora doña ANA, y SANCHO se dirige a INÉS

Mientras lee don Rodrigo
y mientras llora doña Ana,
hablemos los dos, tirana.
Di, ¿en qué estado estoy contigo?
¿Has dado a alguno la fe,
que en dicke se me adelante,
pues en dos años de amante
sólo pellizcos llevé?
Habla. No estés descortés,
ya que esquivas.

INÉS: ¿No decías
que a las Indias te partías?

SANCHO: ¿Pues que más Indias que Inés?

Por mostrarte el disparate
que era a las Indias partir,
a un poeta he de pedir
que tu belleza retrate.
Será el cabello el metal rubio,
y el blanco la frente,
una perla cada diente,
y cada labio un coral.

Pues, según esto, si ves
a pie quedo en tu belleza
cifrada tanta belleza,
di, ¿que más Indias que Inés?

Salen don JUAN, mudado de vestido, y don DIEGO, de camino

JUAN: Dame, señor, esos pies.

RODRIGO: ¿Es don Juan?

ANA: ¿Es mi don Juan,
o don Diego de Luján,
que su semejanza es?

JUAN: Don Juan soy.

SANCHO: ¡Cielo sagrado!

¿Don Juan? ¿Como puede ser?
Yo mismo lo vi perder
de vista en el mar salado.

JUAN: Y arribar, ¿es maravilla?

RODRIGO: Si eso hubiera sucedido,
la nueva hubiera venido
antes que vos a Sevilla.

JUAN: Tan destrozado y tan roto
el galeón, arribamos
a Lisboa, que escapamos
por ser Dios nuestro piloto;
y como imposible vi
volverme a embarcar, tomé
postas al punto, y llegué
antes que la nueva aquí.

RODRIGO: Abrázame. ¡Gloria a Dios,
que del riesgo te ha librado!

ANA: Con bien vengáis, primo amado.

JUAN: ¡Prima mía!

ANA: ¿Que sois vos?

SANCHO habla aparte a INÉS

SANCHO: En la cara y habla él es;
mas helo desconocido
en cuanto tiene vestido,
y en la barba y todo, Inés;
que don Juan no es tan barbado.
Si es don Diego de Luján
y se nos finge don Juan,
presto le verás pescado.

A don JUAN

Da los brazos, bien venido,
a Fileno.

JUAN: ¡Mi Fileno!...

SANCHO: ¿Yo soy Fileno? ¡Oh, qué bueno!
¡Vive Dios, que lo he cogido!
Soy Armindo.

JUAN: Quise yo
hacerme erradizo, Armindo,
para picarte.

SANCHO: ¡Oh, qué lindo!
¿Armindo? Otra vez cayó.
¡Voto a mí, que no es don Juan!

DIEGO: Descubrióse la invención.

JUAN: Perdonad este picón
a don Diego de Luján.

RODRIGO: ¿Qué decís?

JUAN: Tuve deseo
de ver si tan parecido
como lo han encarecido
soy a don Juan, y ya veo,
pues a su padre he engañado,
que del todo le parezco.

RODRIGO: Pues muy poco os agradezco
el picón, que fue pesado.

Mas aun dudo todavía
si sois don Diego o don Juan.

JUAN: Estas cartas lo dirán,

Dale unas cartas

que mi señor os envía.

RODRIGO: Y en verdad, si no me olvido,
que el retratillo que acá
recebí de vos, está
con ese mismo vestido.

JUAN: Es verdad.

Lee don RODRIGO

ANA: (¡Triste de mi!) **Aparte**

SANCHO: ¡Qué bravo conocimiento!

En viéndole, en un momento
dos mil diferencias vi.

Habla SANCHO aparte a INÉS

¿No lo echas de ver, Inés?
¿No ves que éste es agobiado
y es un poco más delgado
y tiene mayores pies?

Ya del engaño me río.
En mil cosas no conviene.
Míralo bien; que éste tiene
una cara de un judío.

Pues el criado ¿no es feo,
Inés? Narciso me llamo.
Por Dios, si es judío el amo,
que el criado es fariseo.

INÉS: Sancho, no lo miras bien;
que el criado es muy pulido.

SANCHO: ¡Ta, ta! ¿Bien te ha parecido?

Dios perdone a Sancho, amén.

RODRIGO: Vos, don Diego de Lujan,
vengáis muy enhorabuena,
que aliviáis toda la pena
de la ausencia de don Juan.

Que según le parecéis,
en vos a él mismo lo veo;
y así en Sevilla deseo
que mucho tiempo os estéis.

En el cuarto de mi hijo,
sobrina, hospeda a don Diego;
que le regales te ruego,
como don Juan te lo dijo.

Y a descansar os entrad.
¡Válgame Dios! En mi vida
vi cosa tan parecida.

Vanse don RODRIGO e INÉS

JUAN: Prima, los brazos me dad.

ANA: ¿Otra vez?

Abrázale

JUAN: Pues a don Diego,

¿habéiselos dado vos?

SANCHO: (¡Bravo resistir, por Dios! **Aparte**

¿Otra vez? Y dalos luego.)

Habla SANCHO a doña ANA

Ya sabes que he de escribir
a mi señor cuanto hicieres.

ANA: Es su retrato; ¿qué quieres?

No le pude resistir.

Habla don JUAN a don DIEGO

JUAN: ¡Ved qué presto me abrazó,

don Diego! ¡Que fácil, cielos!

DIEGO: Pues ¿qué queréis? ¿Tener celos
de vos mismo?

JUAN: ¿Por que no?

Si me abraza por don Diego,
¿no me ofende por don Juan?

DIEGO: Si es don Diego de Luján
su primo, decidme, os ruego,
¿por qué concebís temores
de que a su primo abrazó?

JUAN: También soy su primo yo,
y trata conmigo amores.

ANA: ¿Don Diego?

JUAN: Prima querida

ANA: ¿Sobre qué riñe con vos
el mozo? (¡Válgame Dios,
qué cosa tan parecida!)

JUAN: El que veis, doña Ana, es
mi igual en sangre y cordura;
sólo le excedo en ventura.

SANCHO: ¡Oh, si oyera aquesto Inés!

JUAN: Por esto siempre le he dado
la puerta franca en mi pecho;
que sus méritos lo han hecho
compañero, de criado.
De vos le llegué a decir
que vencéis a vuestra fama,
y el por una ausente dama
celos me empezó a pedir.
Yo, por vuestra perfección,
repliqué que dejaría
mi casa por mejoría.
Juzgad quién tiene razón

ANA: Ninguno, a mi ver, la alcanza.
Vos no, porque no hay belleza
que disculpe la flaqueza
de una ligera mudanza;
ni el, porque de eso os refrena;
que a un criado le es más justo
mirar de su dueño el gusto
que la obligación ajena.

JUAN: De vuestra sentencia apelo;
que no debe condenarse
la mudanza, si el mudarse
es desde la tierra al cielo.
En el cielo, con firmeza
el alma tiene su asiento,
y el amor anda violento
hasta la mayor belleza;
y como no es igualada
la vuestra, al punto que os vi
le dije a mi amor, "Aquí
es vuestra eterna morada;
aquí vivo, agua fenece
cualquier pasada memoria."

SANCHO: Y aquí comienza la historia.

Aparte

Quien no parece, perece.

Habla SANCHO aparte a doña ANA

ANA: No le escuches más, doña Ana.
¡Vete de aquí! ¡Qué cansado!

Habla don JUAN a don DIEGO

JUAN: Que la estorbe le ha pesado.
¡Vive el cielo, que es liviana!

DIEGO: Vos, celoso impertinente.

ANA: (No me hartó de miralle. **Aparte**

La cara, la voz, el talle,
todo es mi querido ausente.

No le quisiera dejar,
que hasta en esto le parece.
Mas Sancho en sospechas crece,
y es forzoso...) A descansar
os entrad.

JUAN: Prima querida,
imposible es ya sin vos.

ANA: ¿Lisonjas? (¡Válgame Dios! **Aparte**
¡Qué cosa tan parecida!)

Vase doña ANA

JUAN: Adiós.

SANCHO: (Sal quiere este huevo; **Aparte**
Y a fe que la ha menester
para no dañarse.)

JUAN: A ser
vuestro enemigo, mancebo,
no pudierais procurar
mi pena con más cuidado.
Decid, ¿en qué os he agraviado?
(Su lealtad he de probar.) **Aparte**

SANCHO: Todos con razón desean serviros.

JUAN: Seamos amigos,
y de la amistad testigos
aquestos doblones sean.
Y decidme, ¿qué razón
os mueve a guardar así
mi bella prima de mí?

SANCHO: (¿A quién no dobla un doblón? **Aparte**
¿Qué fuerza hay contra el dinero?
¿Qué escudo contra un escudo?
Hará el oro hablar a un mudo,

hará callar a un barbero.)

Don JUAN dale una moneda a SANCHO

JUAN: (Ya está vencida esta guarda, **Aparte**
pues las dádivas recibe;
el honor de ausente vive
lo que el embestille tarda.)

SANCHO: Si la verdad os confieso,
tiene don Juan mi señor
a doña Ana tanto amor,
que va por ella sin seso;
y así en esta ausencia quiso
darme esta carga pesada
de que sea sin su espada
ángel de este paraíso.

JUAN: (¡Ved qué presto ha confesado, **Aparte**
de la dádiva contento!
Lo que en otros el tormento,
el contento en él ha obrado.
Ya las finezas no dan
estimación ni ventura.
Andar al uso es cordura;
viva quien vence es refrán.)
Yo estoy presente. Ayudad
mi pretensión amorosa,
y la esperanza dudosa
trocad por cierta amistad.
A ella también la enojáis
y no será inconveniente
perder un amigo ausente,
si dos presentes ganáis.
Don Juan no sabrá su ofensa;
si la sabe y le perdéis,
recibiéndoos yo, tendréis
de este daño recompensa.

ANCHO: Pardiez, que con tal sermón
convirtáis al gran Sofí.
Digo, señor, que por mí
se logre vuestra intención;
que yo no os pienso impedir,
sino admitir la amistad
que me ofrecéis y mirad
si en más os puedo servir.

JUAN: ¡Ah, perro infame!

SANCHO: ¡Señor!...

JUAN: Don Juan soy: ¿de qué te admiras?

SANCHO: ¿Qué dices?

JUAN: Vil, ¿así miras

por tu lealtad y mi honor?

Mataréte.

DIEGO: El sufrimiento
importa.

SANCHO: Escucha y verás,
aunque tan airado estás,
que ha sido bueno mi intento;
que al punto te conocí
y viendo que te ocultabas,
por ver si te declarabas,
te quise probar así.

DIEGO: Bastante disculpa ha dado.

SANCHO: ¿Yo por don Diego, ni el rey,
había de quebrar la ley
que debo a leal criado?

¡Mal año para don Diego!

JUAN: Si los doblones tomaste,
¿a ayudar no te obligaste
a don Diego?

SANCHO: No lo niego;
mas iba con intención
de tomarlos y engañarle,
que en traición es bien pagarle
a quien compra con traición.

JUAN: ¡Ah, vil, traidor, embustero!

SANCHO: ¿Otra tenemos

JUAN: ¡Mirad
a quién ofreció amistad
un honrado caballero!
Don Diego soy de Luján.

SANCHO: ¡Arre acá! ¡Por vida mía!
¿Mas que dura todo el día
soy don Diego y soy don Juan?

JUAN: Don Diego soy; que por ver
si eras falso, me he fingido
don Juan.

SANCHO: ¿Luego no he entendido
que don Juan no puede ser?
Yo mismo le vi embarcar,
y como negarte vi
ser don Diego, quise así
obligarte a declarar.

JUAN: ¡Buena excusa!

DIEGO: ¡Lindo enredo!

JUAN: Al menos no hay quien no vea
que o Luján o Castro sea,
fiarme de ti no puedo.

SANCHO: O seas Castro o Luján,
te sirvo, pues por ti niego
a don Juan si eres don Diego,

a don Diego si don Juan.
Pero si en sirviendo al uno
en otro has de convertirte,
por ninguno he de servirte
por no ofender a ninguno.

Vase SANCHO

DIEGO: Con la vuestra habéis salido,
que al fin queda ya asentado
que sois yo.

JUAN: Quien no ha intentado,
don Diego, no ha conseguido;
Mas--¡ay, primo!--consolad
mi desventura, que muero.
¡Ved al combate primero
lo que tiembla la lealtad!
¡Ved qué presto se rindió
aquesta guarda! Y doña Ana,
¡qué fácil y que liviana
mis requiebros escuchó!

DIEGO: El que prueba a la mujer,
indicios de necio da.

JUAN: A la que es su mujer ya,
mas no a la que lo ha de ser.

DIEGO: Don Juan, ¿no fuera mejor
descubrirte a nuestra prima,
y pues que tu amor estima,
gozar en paz de su amor?

Duda de la más leal,
si das en probarla así;
mira no diga por ti
que escarbaste por tu mal.
¿Para qué es bueno probarla
si te ha de pesar al fin,
pues aunque salga rüin
no has de poder olvidarla?

JUAN: Si pretendiéndola yo,
indicios de fácil da,
de guardarla servirá,
cuando de olvidarla no;
que mejor es conocella,
aunque me pese, y guardarla,
que descuidado gozarla
y perder mi honor por ella.

Sale INÉS

INÉS: Si deseáis descansar,
todo ya está prevenido.
(No vi mozo más pulido.) **Aparte**

DIEGO: (Ella me ha dado en mirar.) **Aparte**

INÉS: Y el agua para los pies
con romero y rosa en ella.

JUAN: ¿Tanto regalo, doncella?

INÉS: No me llamo sino Inés.

JUAN: Pues, hija Inés, de los dos,
te encargo más mi criado
que a mí.

INÉS: Yo tendré cuidado
(Que me lo da más que vos.) **Aparte**
Las camas a ambos están
convidando.

JUAN: Como hermosa,
sois prevenida.

INÉS: (¡Que cosa **Aparte**
tan parecida a don Juan!)

Vanse todos. Salen GERARDO y JULIA

GERARDO: Óyeme, Julia.

JULIA: Gerardo,
que no me canses te pido.

GERARDO: ¡Qué bravamente has sentido
esta ausencia de Leonardo!

JULIA: Si la siento o no la siento,
tu curiosidad condena;
que si no siento tu pena,
¿qué te va en mi sentimiento?

GERARDO: Vame, señora, que oías,
cuando él estaba presente,
más humana y más paciente
las tristes querellas mías;
mas después que él se ausentó,
tanto me has aborrecido,
que más parece que he sido
el que me he ausentado yo.

JULIA: Si eso, Gerardo, conoces,
no te canses, por tu vida.

GERARDO: Yo os gozaré, fementida,
aunque os pese.

JULIA: Daré voces.

GERARDO: Amor me quita el temor.
El resistir es en vano.

JULIA: ¿Qué es esto? ¡Favor, hermano,
que está en peligro mí honor!

Sale CELIO, con la espada desnuda

CELIO: ¿Qué es esto, traidor Gerardo?

GERARDO: ¡Suelta, falsa! Celio, atiende;
que es tu hermana quien te ofende,
y que yo el honor te guardo.

Desenvaina

JULIA: ¡Hermano!

GERARDO: Déjame hablar;
no intentes algún enredo.

JULIA: Ya del tuyo tengo miedo.
Por fuerza intentó manchar
mi honor aqúeste enemigo.

GERARDO: Jesús ¡Ved si temí en vano
su engaño! Escuchadme.

JULIA: Hermano,
la verdad es la que digo.
Con capa de tu amistad
entra en tu casa a agraviarte.

Vase JULIA

CELIO: ¡Traidor!

GERARDO: Antes de arrojarte,
oye y sabrás la verdad.
Julia... Mas no has de creer
lo que te quiero contar,
y así es lo mejor callar,
si el hablar no ha de valer.

CELIO: Habla.

GERARDO: (¿Qué engaño diré? **Aparte**
créaslo o no lo creas,
pues que saberlo deseas,
la verdad del caso fue
que yo he tratado de amor
con Julia lícitamente,
con el respeto decente
a tu amistad y a su honor.
Pues, como velo, he hallado
que un don Diego de Luján,
de aquél tu amigo don Juan
de Castro, primo y traslado,
la visita y la enamora,
y aun ella le hace favor.
Yo, celoso, de su amor

vine a despedirme agora.
Ella que o siente mi ausencia,
o que sentirla fingía,
por los brazos me tenía
reportando mi impaciencia;
y como me resolví
a dejarla y ausentarme,
dio en que había de levantarme
--para detenerme así--
que le soy, Celio, deudor
de su honor, y así la hallastes
diciendo cuando llegastes
que peligraba su honor,
y a mí procurando de ella
desasirme y, ausentarme.
Ésta es verdad. No hay culparme.
Julia es honrada doncella;
amarla no fue traición;
celarla serviros fue.
Mirad si queréis que os dé
más clara satisfacción.

CELIO: Porque la sabré tomar
si no has sido verdadero,
me reporto agora, y quiero
la verdad averiguar.
Envaina y vete.

GERARDO: (Amor ciego, **Apartee**
¿por qué me tratas así?
¿Que una vez que me atreví,
llegase su hermano luego?
Mas no está mal enmendado
si prosigo la invención.)

Vase GERARDO

CELIO: ¡Oh; pesada obligación
de honor de mujer fiado!

Vase CELIO. Salen don JUAN y SANCHO

JUAN: Si Inés no te quiere a ti
y a Mendo sí, yo no entiendo
lo que puedo hacer.

SANCHO: Yo si.

JUAN: Dilo.

SANCHO: Despedir a Mendo,
o despedirte de mí.

JUAN: Mendo es mi antiguo criado,

y le estoy muy obligado.

SANCHO: También yo a don Juan lo estoy,
y por servirte, ves hoy
que esa ley he quebrantado.

JUAN: Mi criado, ¿en qué pecó,
si Inés en quererle dio?

SANCHO: ¡Muy buena excusa me dan!
Dime: ¿en qué pecó don Juan
para que le ofenda yo?
Sana el mal que me lastima,
o estorbaré tu cuidado.
Mira si tu pecho estima
conservar ese criado
mas que el amor de tu prima.

Vase SANCHO

JUAN: ¡Qué confusiones, que daños
acarrear los engaños!

Sale don DIEGO

DIEGO: ¿Qué hacéis, primo?

JUAN: Estoy, don Diego,
viendo batir mi sosiego
de mil tormentos extraños.
Sancho acaba de intimarme
que os despida, o me despida
de que él haya de ayudarme
en mi amor.

DIEGO: ¡Bien, por mi vida!
Ambos han dado en matarme.
Sancho con celos, y Inés
con amores.

JUAN: Pensión es
que paga vuestro buen talle.

DIEGO: Menester es acallalle.

JUAN: De eso hablaremos después,
porque la casa es aquésta
de Julia, y darle quisiera
una carta que me cuesta
dos mil ducados.

DIEGO: Espera;
que grave, hermosa y compuesta
sale de casa una aurora.

JUAN: El sol amanece agora
al mundo.

Sale JULIA, con manto y GUILLÉN

JULIA: ¡Señor don Juan!
JUAN: Don Diego soy de Luján,
 su primo; y si sois, señora,
 Julia, qué deciros tengo.

JULIA: Julia soy. Decid, si es breve,
 porque temerosa vengo
 de una lengua, que se atreve
 contra el honor que mantengo.

JUAN: De Leonardo recibí
 esta carta para vos,

Dale la carta

 y en la que me escribe a mí
 me dice...

JULIA: Don Diego, adiós,
 que no es eso para aquí.
 Vedme despacio.

JUAN: Sí haré,
 si hay orden.

JULIA: Yo la daré.

*Vase JULIA con GUILLÉN, y vala siguiendo
don DIEGO*

JUAN: ¡Hola, Mendo! ¡Mendo! ¡Ah, Mendo!
 Absorto la va siguiendo.
 ¡Vuelve, Mendo!

Vase don JUAN

DIEGO: Volveré **Dentro**
 al infierno, de la gloria.

Salen don JUAN y don DIEGO

DIEGO: ¡Válgame Dios! ¿Que vi?
 Muerta estaba la memoria,
 y ha resucitado en mí
 toda la pasada historia.

JUAN: ¿Qué tenemos?

DIEGO: No os asombre;

que cuando así siente un hombre,
no es con fundamento vano.
Julia, ¿no tiene un hermano,
Celio?

JUAN: Ese mismo es su nombre.

DIEGO: Oíd lo que ordena Amor,
lo que puede el tiempo oíd,
las mudanzas de Fortuna
y mis desdichas, al fin.
Ya sabéis, primo don Juan,
que tan niño a Flandes fui,
que ni en dos años después
espada pude ceñir.
En tanto que no podía
militar en su país,
al gran archiduque Alberto
entré de paje a servir.
A mi señora la infanta
servía Julia gentil,
muerte airada para todos,
vida sólo para mí;
que con favores y prendas
dio en hacerme tan feliz,
que envidiado justamente
de toda Flandes me vi.
O lo hizo la ocasión,
o mi buen talle, o vivir
juntos, o ser niños ambos,
o que dichoso nací,
o que mi crüel fortuna
lo quiso ordenar así,
porque después la caída
tuviese más que sentir;
pues cuando más descuidado
gozaba un hermoso abril
en su rostro de azucena,
rosa, clavel y jazmín,
más de amores de seis años,
llegó la nueva infeliz
de que su hermano mayor
murió sin hijos aquí.
Celio heredó el mayorazgo,
que en premio de hazañas mil,
pretendiendo una jineta
estaba entonces allí.
A gozar en paz su renta
se determinó a venir,
trayendo consigo a Julia,
y el alma que yo le di.
Para seguirla tracé

--que Amor es niño sutil--
mil embustes, mil enredos;
mas con ninguno salí;
que el Archiduque, mi dueño,
no mal servido de mí,
como conoció la causa,
supo el efeto impedir.
Despedímonos los dos.
No digo lo que sentí;
entiéndalo el que ha probado
lo que es amar y partir.
Dímonos firmes palabras...
¿Dímonos, dije? Mentí.
Yo las di firmes, que Julia
las dio de mujer al fin.
Partió; y cuando yo tenía
vencida mi suerte vil,
pues para poder librarme
de mi dueño tuve ardid;
cuando ya para seguirla,
sobre un verde borceguí
calcé doradas espuelas,
alas de un bayo rocín,
llega la fama parlera
con una nueva infeliz,
de que la parca crüel
dio a los dos hermanos fin.
Dicen que un soberbio río,
por parecer cielo así,
pasando Dïana y Febo,
nunca los dejó salir.
¡Pensad vos cuál quedaría,
quedándome vida a mí,
imaginando sin ella
mi adorado serafín!
Mudé parecer con esto;
fui a la guerra a servir,
donde en seis años de tiempo
pasé de tormentos mil.
Alcancé licencia, y vine
a pretender a Madrid,
a servir a Sevilla,
y a ver a mi dueño aquí.
Juzgad agora si es mucho
que me enloquezca el sentir,
hallando a mi Julia viva,
y siendo el mismo que fui.

JUAN: El caso es tan singular
que no admiro vuestro exceso;

que no hayáis perdido el seso
me puede más espantar.

Diérais un gran parabién,
a ser bien hallarla agora,
cuando ya a Leonardo adora
después de un largo desdén.

DIEGO: Callad, por Dios. ¡Qué rigor!

JUAN: ¿Qué queréis? Verdades digo,
y aquel es mejor amigo,
que desengaña mejor.

Y Leonardo, que hasta Lima
por darme gusto partió,
que la guarde me encargó;
que más que el alma la estima.

DIEGO: ¿Y qué que os la haya encargado?
¿Guardarla de mí queréis?

JUAN: Vos, primo, en eso veréis
a lo que estoy obligado.

DONDIEGO: Excusa tenéis conmigo.

JUAN: Y con Leonardo os la doy.

DIEGO: Yo primo y amigo soy,
y Leonardo sólo amigo.

JUAN: Por eso mismo sospecho
que debo más al ausente,
pues no siendo mi pariente,
tal fineza por mí ha hecho.

DIEGO: Pues yo en ser pariente
fundo de mi fineza la alteza;
que en un pariente fineza
es cosa nueva en el mundo;
pero de amigos la fama
mil ejemplos nos ha dado.

JUAN: ¿Cuenta que alguno ha dejado
por un amigo su dama,
como Leonardo por mí?

DIEGO: Yo mi ser mismo he dejado,
pues por ser vuestro criado
dejo de ser el que fui.

Si el ausentarse estimáis,
yo también por vos lo hiciera,
si en ello, primo os sirviera.

JUAN: Eso mismo me negáis,
que es lo que os pido; y sospecho
que veis que me es conveniente.

DIEGO: No me pedís que me ausente,
que es lo que Leonardo ha hecho,
sino que mi dama dé
por vos a un ajeno gusto;
y esto, ni pedirlo es justo,
ni él lo hará, ni yo lo haré

JUAN: No os pido yo qué la deis,
mas que me dejéis guardarla.

DIEGO: Lo mismo será que darla,
dejar que me la quitéis.

JUAN: Mi palabra he de cumplir.

DIEGO: Y yo también cumpliré
la que os he dado, que fue
de ayudaros a fingir
lo que fingís; y la vida
pondré porque consigáis
el fruto que deseáis,
don Juan, de vuestra querida.

Mas si queréis que permita
que guardéis a Julia vos,
quitaré el alma, por Dios,
a quien el alma me quita.

Vase don DIEGO

JUAN: ¡A qué de engaños se obligan
los que emprenden un engaño!
¡Y qué de daños, de un daño
es forzoso que se sigan!

La fe y palabra que di
he de guardar a Leonardo;
y don Diego, si la guardo,
cobra enojo contra mí.

Ambos me piden razón,
y estoy de ambos obligado;
bastárame mi cuidado
sin verme en tal confusión.

Sale INÉS

INÉS: Señor, ¿qué le hiciste a Mendo
que va tan descolorido?

JUAN: Por tu causa le he reñido.

INÉS: ¿Por mi causa? No te entiendo.

JUAN: Roguéle que te quisiera,
porque tu gusto procuro;
mostróse a mis ruegos duro,
y enojéme de manera
que lo despedí de casa.

INÉS: Vuelva a tu gracia, señor.

JUAN: No trates de eso.

INÉS: Su amor
en vivo fuego me abrasa.
Si dura su despedida,

de mi amistad te despide.
JUAN: Inés, otra cosa pide.
INÉS: Cuando me niegas la vida,
¿qué otra cosa he de pedirte?
Esto quiero merecer.
JUAN: Ahora bien, yo lo he de hacer,
amiga Inés, por servirte.
INÉS: Pues más has de hacer por mí.
JUAN: Dilo.
INÉS: Casarlo conmigo.
JUAN: A alcanzarlo no me obligo;
a solicitarlo sí.
INÉS: No agradezco la intención,
si no acabas lo que pido.
JUAN: Si ves que lo he despedido
por esa misma ocasión,
no fuerza ni el mismo cielo
una libre voluntad.
INÉS: Por esa dificultad
a tu autoridad apelo;
que él te estima de manera,
que sólo tu gusto adora;
y pues yo con mí señora
hago oficio de tercera,
mis intentos encamina,
porque en no haciéndolo, digo
a mi señor don Rodrigo
que requiebras su sobrina.

Vase INÉS

JUAN: Mucho tiembla este edificio;
todos contra él se conjuran,
todos quitarme procuran
la paciencia y el juicio.

Sale doña ANA

ANA: (¡Cuán en vano resistí **Aparte**
ciega deidad, a tu fuego!
¡Válgate Dios por don Diego,
qué fuerza tienes en mí!
¿Qué estrella o astro tan fuerte
en mi sangre predomina,
que sin remedio me inclina,
desde que te vi, a quererte?
Perdóname esta mudanza,
don Juan; que si me ha rendido

don Diego, la flecha ha sido
que me hirió, tu semejanza.)

Primo...

JUAN: Doña Ana querida...

ANA: ¿En qué, triste imagináis?

JUAN: En la pena que me dais,
mal pagada y bien sufrida;
en mi esperanza perdida
de vencer vuestra dureza;
en la sin igual belleza
que, su costumbre excediendo,
porque yo viva muriendo,
puso en vos Naturaleza.

Pienso de don Juan la gloria
y desdicha de don Diego,
pues a mi presente ruego
vence su ausente memoria;
el discurso de la historia
por donde a tormento igual
la disposición fatal
ha encaminado mi suerte,
y al fin, que sólo la muerte
es remedio de mi mal.

ANA: ¿Tanta desesperación?

JUAN: ¿Obliga a menos acaso
ver, cuando vivo me abraso,
vuestra helada condición?

ANA: Los desdenes, primo, son
el bien del que al fin alcanza;
más hermosa es la bonanza
después de la triste historia,
y tanto más la vitoria
cuanto menos la esperanza.

JUAN: Si la esperanza me diera
sólo un cabello a que asirme,
ni en venturoso ni en firme
a nadie ventaja diera.

ANA: Nunca alcanza quien no espera.

JUAN: Mal espera un desdeñado,
que mira desconfiado
sus méritos desiguales.

ANA: A quien escuchan sus males,
no muera desesperado.

Hace ademán de marcharse

JUAN: Volved, declaraos, mi gloria.
No os impida la vergüenza;

si mi bonanza comienza
después de tan triste historia,
no me neguéis la vitoria.
Si mi amor os ha vencido,
que no os recatéis os pido;
que indicios daréis, doña Ana,
de noble, y no de liviana,
con favor tan merecido.

ANA: No sé qué os diga, don Diego.

JUAN: Yo si sé qué me digáis.
Decid, mi bien, que pagáis
con fuego mi dulce fuego.

ANA: Lo que con la boca niego,
confieso con las acciones,
que de amorosas pasiones
son verdaderos despojos;
que palabras de los ojos
las forman los corazones.

Desde el punto que me vi,
don Diego, en vuestra presencia,
no sé qué correspondencia
dentro del alma sentí.
No sé cómo me perdí;
que con tal resolución
me acometió la pasión,
que lo que os he resistido,
un raro milagro ha sido
de mi honesta obligación.

JUAN: ¿Podré decir que eres mía?

ANA: Que lo soy, mil veces digo.

JUAN: ¿Y don Juan?

ANA: Tendrá castigo
quien de su bien se desvía.
Mucho en sus méritos fía
quien hace tan larga ausencia;
demás de que la experiencia
enseña en esta mudanza,
que por ser tu semejanza
halló en mí correspondencia.

JUAN: Cierra el labio, fementida,
fácil, mudable, traidora,
embustera, engañadora,
falsa, liviana, fingida,
mar de vientos combatida,
de inconstante parecer,
flor que comienza a nacer,
humo leve y hoja inquieta,
pluma en el aire, cometa,
rayo, demonio, mujer.
Don Juan soy, que no don Diego;

que cuanto ves he trazado
por verme desengañado
por saber que estaba ciego.
¿Tan presto se apagó el fuego
que tan sin piedad ardía?
Las lágrimas que vertía
tu pecho, ¿en tan poco precio
tuviste? ¡Mal haya el necio
que en llanto de mujer fía!

ANA: Oye.

JUAN: Ya no hay invención
que te valga.

ANA: ¿No me oirás?

JUAN: Tus engaños probarás.

ANA: Probaré tu sinrazón.
Tú con aquesta ficción has
procurado engañarme
y en la firmeza tentarme;
y yo, que esto he conocido,
castigar así he querido
el delito de probarme.

JUAN: No; que fueron las que oí,
finezas muy verdaderas.

ANA: ¡Y como que eran de veras,
don Juan, pues las dije a ti!

JUAN: A don Diego hablaste en mí.
Aquéste fue tu conceto.

ANA: A ti las dije, en efeto,
que Diego o que Juan te nombres;
que las mudanzas de nombres
no varían el sujeto.

Ese cuerpo y alma ha sido
el que quiero, y el que amé;
pues a ti, ¿cómo podré
contigo haber ofendido?

JUAN: Habiéndome aquí querido,
siendo Castro, por Luján.

ANA: Pues si en los nombres están
las causas de tanto fuego,
pídale al nombre de Diego
celos el nombre de Juan.

Mas tú, pues tú mismo eres,
que Diego o que Juan te nombres,
ni te enloquezcas ni asombres
con sutiles pareceres.
Mas pues apretarme quieres,
yo he de castigarte así;
y digo que desde aquí
por remate verdadero,
si eres don Juan, no te quiero,

y si eres don Diego, sí.
Y porque con brevedad
salga de este desvarío,
voy a decirle a mi tío
que pruebe esta falsedad.

JUAN: Oye, y sabrás la verdad.

ANA: No hay que oír.

JUAN: ¡Aguarda, prima!

ANA: Si eres don Diego, te estima
mi amor; no tengas recelo;
mas si don Juan, ¡vive el cielo
que te has de partir a Lima!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen don JUAN y CELIO

JUAN: Don Diego soy de Luján.

CELIO: Don Diego, a no haber sabido
que le eres tan parecido,
te tuviera por don Juan.

JUAN: Su primo y traslado soy.

CELIO: Otro en Flandes conocí
bien diferente de ti.

JUAN: De ése tuve cartas hoy,
porque es mi primo también.
En Madrid pretende oficios.

CELIO: ¿Con dineros?

JUAN: Con servicios.

CELIO: Dios le dé paciencia.

JUAN: Amén.

*Salen doña ANA e INÉS, asomándose a una
puerta, sin ser vistas de don JUAN y CELIO*

ANA: Celio entró descolorido.

INÉS: A la muerte igual lo vi.

ANA: Escuchémoslos de aquí,

que un grande mal he temido.
CELIO: ¿Conócesme?
JUAN: Oído he
 que es, tu nombre Celio.
CELIO: ¿Sabes
 que soy de los hombres graves
 de Sevilla?
JUAN: Bien lo sé.
CELIO: ¿Sabes que una hermana tengo
 hermosa?
JUAN: Decirlo he oído.
CELIO: Pues ésa la causa ha sido
 porque a visitarte vengo,
 porque me han dicho de ti
 que en mi ausencia la visitas.
 Si casarte solicitas,
 háblame, don Diego, a mí;
 mas si a deshonrarme vas,
 ni vuelvas más a mi casa,
 ni más por mi calle pasa,
 y seguro vivirás.
ANA: ¡Ah, vil, traidor!
INÉS: No te asombres,
 señora, de que don Diego
 haga como todos.
ANA: ¡Fuego
 en el mejor de los hombres!
JUAN: En vuestra casa no he entrado
 después que en Sevilla entré;
 que miente, sustentaré,
 quien lo contrario ha informado.
 Con esto, y daros aquí
 la palabra de no entrar,
 os podéis asegurar
 de aquí adelante de mí.
CELIO: No tengo más que pedirlos.
JUAN: Celio, lo que os debo os doy.
CELIO: De vos obligado voy,
JUAN: Y yo lo quedo a serviros.
 (Con esto no ofenderé **Aparte**
 a Leonardo, ni a don Diego.)

*Vase CELIO. Doña ANA e INÉS, todavía
está asomadas a una puerta, sin ser vistas de don JUAN*

ANA: (Yo me abraso en vivo fuego.) **Aparte**
 Inés, ¿qué haré?
INÉS: Yo, ¿qué sé?
 Ningún consejo te doy,

que en amor es necesidad.
ANA: De mi agravio la verdad
por ti quiero saber hoy.
Mientras yo de mi tormento
hablo con mi primo aquí,
entra por detrás de mí
a esconderte en su aposento.
Aunque sin comer estés
tras su pabellón un día,
lo que habla con Mendo, espía
cuando estén solos, Inés.

INÉS: Harélo. Ponte delante,
porque yo también pretendo
saber quién es este Mendo
desdeñoso y arrogante,
que tanto huele a señor.

*Vase INÉS. Doña ANA, se adelanta
hacia don JUAN*

JUAN: Prima querida...
ANA: Enemigo,
ya no finjas mas conmigo,
de mil maneras traidor;
todo embustes y quimeras,
ya don Diego, ya don Juan,
ya descortés, ya galán,
ya ficciones y ya veras;
o don Diego o don Juan seas,
¿aquí que disculpa tienes,
pues conmigo te entretienes,
traidor, y a Julia deseas?
Acabóse tu invención
sufrir más es desvarío.
Hoy, falso, sabrá mi tío
tu cautelosa intención.
Sabrá que quiebra don Diego
del hospedaje la fe;
otra vez te amenacé,
y me detuve a tu ruego,
o a tu engaño, que es más cierto,
pues que finges que me quieres.
Bien sé que don Diego eres.
Las cartas lo han descubierto,
que de tu padre recibes.
Yo misma las he leído.
Si piensas que te he querido,
ciego y engañado vives.
A don Juan quiero, y a ti,

por retrato verdadero
te quiero... ¡Que no te quiero,
y sí te quiero, ay de mí!

Déjame, que el sentimiento
me tiene tal, enemigo,
que ni siento lo que digo,
ni sé decir lo que siento.

Vase doña ANA

JUAN: ¡Aguarda, falsa, traidora!
¿Tanto celas a don Diego,
y quieres fingir que el fuego
de don Juan te abrasa agora?
¡Triste de mí! Si fiado
en tu lealtad, me ausentara,
al primero que llegara
hubieras mi amor trocado.
Necio el que espera firmeza
en la mujer y en el mar.

Sale SANCHO

SANCHO: ¿Nunca nos han de faltar
quebraderos de cabeza?
Cada vez reñís así,
y os vuelvo a ver juntos luego.
Allá en la corte, don Diego,
cierto galán conocí,
que con su dama rifaba
y juraba de no vella
cada mañana, y con ella
cada noche se acostaba.
Con aquesta pesadumbre
seis años vivido habían,
de suerte que ya reñían
por no perder la costumbre.
Si os tenéis amor, en fin,
y una puerta adentro estáis,
¿por qué causa siempre andáis
como Sancho y su rocín?

JUAN: Si ella me tuviera amor...

SANCHO: ¡Plugiera al cielo que así
me lo tuviera el Sofí!

JUAN: Inés, ¿no fuera mejor?

SANCHO: Dame que yo un bajá fuera,
que con el Sofí privara;
que a fe que Inés me adorara...

JUAN: Fueras moro, y no lo hiciera,
porque Inés a Cristo adora.

SANCHO: Es verdad; ¿mas que mujer
por mandar y por tener
no será mil veces mora?
Porque el poeta, no en balde
haber dicho, consider, :
"a los moros por dinero,
y a los cristianos de balde."
Aunque en su trato inhumano
lo postrero falta ya;
que si un cristiano no da,
no quieren ver a un cristiano.
La que ves más recatada,
es cristiana solamente
aquello que es conveniente
para no morir quemada.
La que ir a misa desea
el domingo de mañana,
no lo hace por cristiana,
mas porque el galán la vea.
Yo con más de alguna trato,
de oro y seda, punta y punto,
que si el Credo le pregunto,
se queda en Poncio Pilato.
La que vieres repasar
en el rosario las cuentas,
no reza, sino hace cuentas
de lo que te ha de pescar.

JUAN: Satírico Sancho, estás.

SANCHO: ¿Pues cuándo yo--¡mal pecado!--
de ese pie no he cojeado?

JUAN: Como pecas, pagarás,
que el que la culpa comete,
la pena quiere llevar.

SANCHO: Es hablar, sin murmurar,
lo que beber sin luquete.

JUAN: Buen plato, pero costoso,
suele comer quien murmura.

SANCHO: Dime: ¿qué hay de Mendo?

JUAN: Jura
que por él no estés celoso,
por más que Inés lo persiga.

SANCHO: Entretenerme deseas
con promesas.

JUAN: Porque veas
a lo que Mendo me obliga,
éntrate en ese aposento;
verás, si con él me enojo.

SANCHO: No haya lo de hacer del ojo

y hablarse con fingimiento;
que todo lo sé entender.
JUAN: Él viene: escóndete, acaba.

Entra SANCHO en el cuarto de don JUAN. Sale don DIEGO

JUAN: Ya, Mendo, te deseaba.
DIEGO: Lo que mandas vengo a ver.
(De alguien está temeroso, **Aparte**
pues que Mendo me ha nombrado.)
JUAN: ¿Sabes, Mendo, cómo ha estado
Celio conmigo celoso?
DONDIEGO: ¿Celoso? Cuéntame de eso.
¿Y de quién lo está?
JUAN: De mí.
DIEGO: ¿Pues que le han dicho de ti?
JUAN: Lo que, si acaso confieso,
parará en broquel y cota,
dijo...

Bajan la voz

SANCHO: Yo, una por una,
di en el barril de aceituna,
y en el pipote y candiota.
¡Qué buen vino, pese a mí!

Bebe

Ya al menos este camino
no se pasará sin vino.
¡Linda estocada le di!
Desde aquí quiero espiar.
Mejor estaré arrimado,
que me siento algo pesado.
Pero quiéreme asentar,
porque así estaré mejor,
pues que lo mismo han de darme.
No será malo acostarme;

Échase detrás de un pabellón

que se anda alrerror
cuanto mirro. Cerraré
los ojos. Sueño enemigo,
¿qué tienes que hacer conmigo?

Duérmese

JUAN: Con ésto contento fue.
DIEGO: Y yo también lo he quedado,
porque cumplí mi deseo,
pues de guardarla te veo
con eso desobligado.

Ronca SANCHO

JUAN: Deja esta conversación,
y atiende a aqueste rüido.

Pasan al cuarto de don JUAN

DIEGO: Sanchillo es, que está dormido
detrás de tu pabellón.
JUAN: ¡Oh, qué vigilante espía!
Escondióse donde ves,
a ver cómo por Inés
yo en su favor te reñía.
DIEGO: ¿Qué haremos? No será malo
fingir que tropiezo en él.
JUAN: Que le duela.

*Pisa don DIEGO a SANCHO, y él despierta, se
levanta y saca a INÉS, tirando de detrás de la cortina*

SANCHO: ¡San Miguel,
San Onofre, San Gonzalo,
San Custodio, San Mamés,
San Inocente, San Pablo!
¡Favor, que me lleva el diablo!
INÉS: No soy, Sancho, sino Inés.
SANCHO: ¡Jesús me libre de mal!
JUAN: ¡Despierta!
SANCHO: ¡Dios sea conmigo!
DIEGO: ¿Qué tienes? Di.
SANCHO: Ya lo digo.
Soñaba el juicio final.
JUAN: ¿Y qué viste?
SANCHO: Decir quiero
las cosas que allí pasaban.
Sobre un tribunal estaban
un sastre y un escudero,

que venían a juzgar
a los vivos y a los muertos.

JUAN: ¡Qué terribles desconciertos!

SANCHO: No se puede eso negar;
pues, ¿quien habrá que no crea
que es juicio universal
la lengua de un oficial
mientras hace la tarea?

¿Y qué vida, buena o mala,
de un escudero se guarda,
mientras a su dueño aguarda
con otros en la antesala?

Pues como llamar quisiesen
los dichos dos a juicio,
usaron de un artificio
porque todos acudiesen,
vivos y muertos, al son;
y fue advertencia discreta; que
en lugar de la trompeta,
tañeron con un doblón.

Al punto que el son oyeron,
no quedó muerto en la huesa;
es verdad que más apriesa
las mujeres acudieron.

Las almas, era de ver
cómo a sus cuerpos volvían;
unas los desconocían
y no quisieran volver;
otras buscan diligentes
un hueso que les faltaba...
Una vieja me mataba
preguntando por sus dientes.

A un gordo bodegonero
una nalga le faltó,
y al fin la mitad halló
en casa de un pastelero.

Una dama del deleite,
que anegada muerto había,
su cara desconocía
porque estaba sin afeite;
y al fin fue carilavada
la tal señora a juicio;
otra fue, por beneficio
de las moscas, descarada;

que la hubieron de comer
con el gusto de la pasa.
Estando en aquesto, pasa
arrastrando una mujer
con ambas piernas quebradas,
que eran las del mal ladrón;

que él, con su antigua afición,
se llevó las de ella hurtadas.

Quejóse en palabras tiernas;
los jueces que la oían,
dijeron, "Todas habían
de tener así las piernas."

Aquí se dejó esta queja,
por ver con furor insano
a un ladrón y un escribano
riñendo por una oreja;
mas quitólos de cuidados
el sastre, que para sí
la aplicó, dejando así
a entrambos desorejados.

"Todas las ha menester
el sastre," dijo un poeta;
mas por la gracia discreta
le mandaron parecer.

Súpose que eran sus galas
solamente murmurar,
y mandáronlo quemar
entre cien comedias malas.

Mas él, que no se desdeña
a truco de hablar, de arder,
dijo, "¡Malas han de ser!
A fe que no falte leña."

A cierta dama de coche
acusaron de que había,
con uno a quien no quería,
dormido toda una noche.

Ella dijo, "Aunque sin gana,
la pasé bien con pensar
en lo que me había de dar
el hombre por la mañana."

Condenáronla a juntar
por siempre, para escarmiento,
a un hombre de mal aliento,
muy amigo de besar.

El demonio rehusaba
llevarla al reino profundo,
diciendo que acá en el mundo
más fruto de ella sacaba;

mas dijo otro resabido,
"Llevarla es más acertado,
que ninguno la ha gozado
que no se haya arrepentido."

Salió una doña María,
mujer de un noble tendero,
y mandóla el escudero
llamarse Mari-García.

Quiso, a poder de aderezo,
una vieja niñear,
y mandáronla azotar
con cien años al pescuezo.

Un glotón, con mano franca
gastaba sólo en comer,
y pusieronlo en poder
de un ama de Salamanca.

A una que por desconciertos
en ramera vino a dar,
la condenaron a andar
cargada de perros muertos.

A un viejo que tiñe y pinta
las canas por varios modos,
condenaron a que todos
le echasen de ver la tinta.

A un colérico, en quien junto
el decir y hacer nació,
por pena se le mandó
que hiciese medias de punto.

A cierta vieja que amantes
trataba de concertar,
condenaron a tratar
con soldados y estudiantes.

Uno que por imprudencia
se casó mozo, llegó,
y éste sólo se salvó,
por llevarlo con paciencia.

Tras éste a mí me llamaron,
en hora mala, a juicio,
y por este negro vicio
de beber, me condenaron
a que un demonio aguador
me echase unas angarillas.
Sentílas en las costillas,
y desperté del dolor.

Como a Inés tan cerca vi,
aun despierto voceaba
que el demonio me llevaba,
que es lo mismo para mí.

INÉS: Aquí por diablo me cuentas,
y por ángel cuando quieres.

SANCHO: Pues que te adoro, ángel eres,
y eres diablo, pues me tientas.

JUAN: La señora Inés, ¿qué hacia
detrás de mi pabellón?

DIEGO: Amores de Sancho son
los que me traen en espía.

INÉS: Mejor lo quemen.

DIEGO: Amén.

SANCHO: Menos amenes en mí,
señor Mendo, que hay aquí
hombre que es hombre de bien.
JUAN: Bueno está.
SANCHO: Sí, bueno está.
JUAN: Declare Inés lo que hacía.
INÉS: A Sancho vi que venía,
y como en seguirme da,
quise de él librarme así.
SANCHO: ¡Linda invención, vive Dios!
La verdad es que los dos
nos escondimos allí
porque Mendo no nos viera,
de quien se recata Inés.
DIEGO: La verdad sin duda es.
INÉS: Miente el lacayo.
SANCHO: Embustera,
no te disculpes en vano.
JUAN: Dadme espada y capa.
INÉS: Miente
el vil.
JUAN: Basta.

Don JUAN habla aparte con Sancho

Lindamente
te puse a Inés en la mano.
SANCHO: Y lindamente con Mendo
la revolví yo también.

Don JUAN habla aparte con don DIEGO

JUAN: Yo reviento. Primo, ven;
que estoy por hablar muriendo.
INÉS: Mendo...
DIEGO: ¿Para qué me llama?
¿Quiere contar la fingida
lo que ha soñado, metida,
con Sancho, tras de la cama?
INÉS: ¿Así me he de ver tratar,
lacayo infame, por vos?
Traidor, como creo en Dios,
que me la habéis de pagar.

Vanse todos. Salen JULIA, con una carta, y GUILLÉN

JULIA: Guardad, Guillén, la puerta

en tanto que repaso
esta carta. No venga Celio acaso.
GUILLÉN: Puedes vivir de mi cuidado cierta.

Vase GUILLÉN

JULIA: Triste esperanza muerta,
que sólo vives ya para matarme,
¿dónde quieres llevarme
siguiendo un bien que huye presuroso,
y funda en ir huyendo su vitoria,
yendo donde es forzoso
que el tiempo y la distancia en su memoria
borren el nombre mío?
¡Oh, loco desvarío
del que a amor obedece,
que siempre lo difícil apetece!

Lee el papel. Salen don DIEGO y GUILLÉN

GUILLÉN: Venís a muy buen tiempo; que a Leonardo
de responder acaba,
y yo, mientras lo escrito repasaba,
la puerta, por si viene Celio, guardo.

DIEGO: (En vivos celos ardo.) **Aparte**
Haced lo mismo agora,
mientras doy mi embajada a Julia.

GUILLÉN: Mendo,
que presto concluyáis os encomiendo.

Vase GUILLÉN. Don DIEGO quita la carta a JULIA

DIEGO: ¡Ah, mudable, traidora!

JULIA: ¿Qué es esto? ¿Quién se atreve de esta suerte? Hola!

DIEGO: Llama, crüel; que ya deseo
ver mi temprana muerte.
¿Conócesme?

JULIA: ¡Jesús! ¿Qué es lo que veo?
¡Don Diego de Luján!

DIEGO: ¡Tente, liviana;
detén la mano, adúltera, enemiga,
que menos inhumana
algún tiempo me diste
bañada en llanto triste,
y ya por otro ausente se fatiga,
firmando aquí mi agravio y tu mudanza!
¡Oh, cielo soberano!

¿Qué justa ley me impide la venganza
de una traidora mano?
Yo, sin delito, en fuego me consumo,
¿y quien tanto pecó no siente el humo?
¿Y las palabras, falsa, que me diste?
¿Y los santos testigos,
que en rompiendo la fe que prometiste,
te obligaste a tener por enemigos,
con abrazos atando el lazo fuerte,
diciendo, "Tuya soy hasta la muerte?"
¡Apenas conocías
a quien tú misma toda te debías!
Yo, que juzgué mis esperanzas muertas,
por tener nuevas de que no vivías,
de mis palabras ciertas
un punto no he rotpido,
¿y tú de tantas, una no has cumplido?
Hiciste, al fin mujer, como quien eres.
Para mujer te queda,
y como a mí, a Leonardo le suceda;
que sí sucederá, pues tú le quieres.

Vase don DIEGO

JULIA: Aguarda, vuelve, espera,
amor primero mío,
propietario señor de mi albedrío,
escúchame siquiera,
¿por que quieres que muera
sin oír mi descargo?
¿Qué inhumano jüez así condena?

Sale GUILLÉN

GUILLÉN: Dí, ¿qué es, Julia, la pena?
JULIA: A don Diego seguid.
GUILLÉN: ¿A qué don Diego?
JULIA: El que salió de aquí.
GUILLÉN: Cobra sosiego.
JULIA: Partid, Guillén, tras él. Sabed su casa.
GUILLÉN: Aplaca un poco el fuego que te abrasa;
 que el que salió de aquí se llama Mendo.
JULIA: ¡Oh, qué bien lo entendéis!
GUILLÉN: Yo no te entiendo.
 Don Diego de Luján, que de Leonardo
 te dio la carta, de este mozo es dueño.
 Mendo es su nombre propio.
JULIA: (0 éste es sueño, **Aparte**

o disfraz de que algún enredo aguardo.)

¿Sabéis adónde vive ese don Diego?

GUILLÉN: Don Rodrigo de Castro, que es su tío,
en su casa lo hospeda.

JULIA: (Dueño mío **Aparte**
de tu amoroso fuego,
puesto que fue el primero que en mis venas
derramó el niño ciego,
la brasa vive, aunque los largos días
muestran cubrirla de cenizas frías.
Contra razón condenas
a quien por ver perdida la esperanza
de volverte a cobrar, hizo mudanza;
mas ya que vuelvo a verte enamorado,
verás que fue el mudarme en esta ausencia,
del arco haber la cuerda desviado,
porque con más violencia
vuelva mi amor a su primero estado.)
Guillén, mañana cuando a misa vamos,
iré a casa de don Diego.

GUILLÉN: Tú pretendes
que en riesgo nos veamos.

JULIA: ¿Refrenarme procuras? No te entiendes;
que mientras más me aplacas, más me enciendes.

Vanse los dos. Salen CELIO y GERARDO

CELIO: Gerardo, yo no he podido
averiguar lo más cierto
en razón del desconcierto
en mi casa sucedido.

Mi hermana y don Diego
niegan ser lo que decís verdad;
mas yo, por vuestra amistad,
niego lo que ellos alegan;
y así, para que se eviten
pruebas y averiguaciones,
con quitar las ocasiones
es bien los daños se quiten.

Palabra de no llegar
a mi casa, entre los dos,
don Diego me ha dado; y vos
la misma me habéis de dar.

GERARDO: Vos pedís tanta razón,
que obrando he de responder;
sólo siento no poder
daros más satisfacción.

Siento que de mi lealtad
hayáis cobrado sospecha;

siento que quede deshecha
sin razón nuestra amistad.

CELIO: Eso no, Gerardo amigo;
puesto que no queráis vos,
amigos somos los dos,
haciendo vos lo que digo.

Si vuestra amistad es llana,
entre los dos ha de ser,
y así no habéis menester
entrar a ver a mi hermana.

Antes si, como mostráis,
estimáis el ser mi amigo,
con hacer esto que digo,
mas de nuevo me obligáis.

GERARDO: Pues tened seguridad
de que os tengo tanto amor,
que en mirar por vuestro honor
he de mostrar mi lealtad.

CELIO: Nunca, Gerardo, de vos
pensé menos.

GERARDO: Así muestro
en cuánto estimo el ser vuestro.

CELIO: Dios os guarde.

GERARDO: Guárdeos Dios.

Vase CELIO

GERARDO: Él vive, Julia enemiga,
que hecho un Argos, pues me abraso,
he de guardarte, y un paso
no has de dar que no te siga;
que he de hacer, si puedo, cierta
mi disculpa con tu hermano;
porque a don Diego, no en vano,
vi dos veces a tu puerta.

Pues me quitas la esperanza,
mi amor convierto en rigor;
que un desesperado amor
siempre apela a la venganza.

Vase GERARDO. Salen INÉS y SANCHO

INÉS: Ya, Sancho, de tu afición
y de tus ruegos me ofendo.
¿Que quieres? Yo soy de Mendo,
y le tengo obligación.

SANCHO: Inés esto mismo diera

a la mía calidad;
que, a no haber dificultad,
no tanto yo te debiera.

INÉS: Y Mendo, ¿qué sentiría,
di, si yo tu dama fuese?
¿Te holgaras de que te hiciese
tal ofensa la fe mía?

SANCHO: Inés, respondo que no;
pero yo no te pretendo
para que se huelgue Mendo,
sino para holgarme yo.

INÉS: Don Diego sale. No sea
que me halle Mendo contigo.

Vase INÉS

SANCHO: ¡Plega a Dios que por castigo
tan vieja en un mes te vea,
que tus callos desafíen
las conchas de las tortugas,
y el verano, en las arrugas
de tu cara, chinches críen!

Salen don JUAN y don DIEGO

JUAN: ¿Qué es esto, Sancho?

SANCHO: Señor,
Inés, que viven los cielos,
que a puro pedirme celos,
va despidiendo mi amor.

DIEGO: ¡Buena es ésta!

JUAN: Ya la entiendo.
¿Dónde vas?

SANCHO: De ti me aparto,
don Diego, porque estoy harto
de estos secretos de Mendo.

Vase SANCHO

JUAN: ¿Qué hay de Julia desde ayer?

DIEGO: ¿Qué ha de haber de ayer acá?

JUAN: ¿Pues qué? ¿No habéis vuelto allá
de ayer acá?

DIEGO: ¿Qué es volver?

JUAN: Tras de seis años de ausencia
no es mucho haberse mudado,
y más habiendo cesado

en vos la correspondencia.

DIEGO: Con que pensé que era muerta,
de eso la disculpa di.

Vuelve SANCHO

SANCHO: Señor, Julia viene aquí.

DIEGO: ¿Quién?

SANCHO: Julia. Ya está a la puerta.

Sale JULIA, con manto y GUILLÉN

JUAN: ¿Vos, señora, en esta casa?

Que me engaño se me antoja.

JULIA: Por las ventanas se arroja
quien en su casa se abrasa;
que estoy de suerte...

JUAN: Aguardad:

no sepan vuestros cuidados,
señora, nuestros criadas.
Sancho, Guillén, despejad.

SANCHO: Mendo, ¿por qué no se irá?
¿No tiene lengua también?

JUAN: No me repliques.

SANCHO: (Aun bien **Aparte**
que no queda Inés acá.)

Vanse SANCHO y GUILLÉN

JUAN: Con esto no temeré
que Sancho en esta ocasión
saque a luz nuestra invención.

DIEGO: Discreta advertencia fue.

JULIA: Yo, don Diego, no a rogarte
que te ablandes he venido;
que si reina en ti el olvido,
por demás es obligarte.

Vengo a dar satisfacción
de las culpas que me pones;
que tus groseras razones
ofendieron mi opinión.

Siete años ha que partí
de Flandes a esta ciudad,
sin alma y sin libertad,
porque la dejaba en ti.

En estos tan largos años,
ni aun de tu nombre he tenido
una nueva; de tu olvido,
¿qué más ciertos desengaños?

Como faltó esta esperanza,
admití nuevo cuidado;
buscar un desesperado
su remedio no es mudanza.

El señor que despedir
un criado resolvió,
no se ofende si él buscó
otro dueño a quien servir.

Baste que en llegando a verte
muestre mi correspondencia;
que todo en mí fue violencia
lo que no ha sido quererte.

Baste que el volverte a amar,
en cobrando mi esperanza,
muestre que de mi mudanza
fue causa el desesperar.

Sale SANCHO

SANCHO: Baste, que se está apeando
Leonardo en nuestro zaguán.

JULIA: ¿Qué Leonardo?

SANCHO: El que a don Juan,
mi señor, fue acompañando
a las Indias en la armada.

JULIA: Eso, ¿como puede ser?

SANCHO: Él te puede responder,
que ya llega.

JULIA: ¡Ay, desdichada!

JUAN: Julia, escóndete. No des
ocasión a algún exceso.

Vase JULIA

DIEGO: (Ya de celos pierdo el seso.) **Aparte**

Sale LEONARDO

SANCHO: Dame Leonardo, los pies.

LEONARDO: ¡Sancho!

SANCHO: ¿Y mi señor don Juan?

LEONARDO: Con salud va navegando.

SANCHO: Su traslado estás mirando,
que es don Diego de Luján.

LEONARDO: Dadme, don Diego, los brazos.

JUAN: Y el alma; que el no salir
al zaguán a recibir,

Leonardo, vuestros abrazos,
fue por pensar que burlaba
Sancho, que la nueva dio.

LEONARDO: El cielo santo ordenó
lo que imposible juzgaba.

JUAN: ¿Cómo?

LEONARDO: Salimos de la gran bahía
al favorable soplo del solano,
y perdimos de vista el mismo día,
interpuesta la mar, el suelo hispano;
ya quince veces plateado había
con sus rayos el sol al Oceano,
y nuestra armada sin peligro alguno
ara veloz los campos de Neptuno,
cuando llegada ya la fatal hora
de cesar mi viaje, una mañana
al tiempo que el crepúsculo a la aurora
tiende alfombras que pise de oro y grana,
una pena, crüel despertadora,
cambia en espinas la mullida lana,
y viendo que conmigo no me valgo,
huyo de mí y a la cubierta salgo.

Siéntome al bordo, solitario amante,
las piernas a la mar, la vista al cielo;
da un balance la nao, y en un instante
todo el costado entrega al blando hielo.
Yo triste, inadvertido navegante,
que este súbito daño no recelo,
como ni de un cordel estaba asido,
caigo, y soy en las ondas sumergido.

Al centro me llevó con la caída
del cuerpo grave el ímpetu violento,
y yo los brazos, a buscar la vida,
revuelvo con frecuente movimiento
mas la ligera casa, que impelida
volaba al pajaril del fresco viento,
cuando al aire salí del agua fría,
con la popa a mis voces respondía.

Trescientos hombres que iban en la nave
supo hacer sordos mi enemiga suerte,
o fue que el alba entre el licor süave
de las preciosas lágrimas que vierte,
mezcló el beleño de Morfeo grave,
haciendo oficio entonces de la muerte;
o fue que por caer a sotavento,
el camino a mi voz impidió el viento.

De vista la perdí. ¡Cuál quedaría!
Sin esperanza de remedio humano,
con votos y promesas todavía

apelo a Dios, cuya piadosa mano
a darme vida una fragata envía,
que de las islas pasa al suelo hispano.
Venme, y llegan los nobles pasajeros;
cógeme, vuelvo a España, y vengo a veros.

JUAN: Yo os doy un gran parabien
de que hayáis con bien venido.

Sale GUILLÉN, alborotado

GUILLÉN: ¿Tanto os habéis detenido,
Julia?

JUAN: ¿Qué es esto, Guillén?

GUILLÉN: Que se esconda mi señora,
que viene Celio.

JUAN: ¿Estáis loco?

Salen CELIO y GERARDO

CELIO: Matarla, Gerardo, es poco.

GERARDO: Mi verdad veréis agora.

GUILLÉN: (Aquí me quiero esconder.) **Aparte**

Vase GUILLÉN

LEONARDO: (Recelo alguna traición.) **Aparte**

JUAN: (Yo estoy en gran confusión.) **Aparte**

SANCHO: (Hoy esta Troya ha de arder.) **Aparte**

CELIO: Don Diego, mal habéis hecho
lo que hacer me prometistes,
pues la palabra que distes,
puesta la mano en el pecho,
de no inquietar a mi hermana,
habéis quebrado, que ha sido
hecho de hombre fementido,
de pecho y sangre villana.

JUAN: Celio, no es éste lugar
de castigar ese brío;
que es la casa de mi tío,
y la debo respetar.

Salid al campo, y tendréis
respuesta y satisfacción.

CELIO: ¡Tened! ¿Con buena invención
llevarme de aquí queréis?

Primero me habéis de dar
a Julia, a quien escondida

tenéis, don Diego; y la vida
después os he de quitar.
JUAN: ¿Qué decís? Que no os entiendo.
CELIO: No hay que negar, que a Guillén
 vi por mis ojos también
 entrarse de mí escondiendo.
 ¡Dadme a Julia, o vive Dios
 que ponga a esta casa fuego!
LEONARDO: Si es así, dadla, don Diego.
GERARDO: ¿Acá estáis, Leonardo, vos?
LEONARDO: Acá estoy.
GERARDO: Luego lo vi
 en viendo a Julia.
CELIO: Acabad.
 Salga aquí Julia, y pensad
 que no he de salir de aquí
 sin ella o sin vuestra vida.

Salen don RODRIGO, doña ANA e INÉS

RODRIGO: ¿Qué alboroto es éste, cielo?
ANA: Inés, gran daño recelo.
INÉS: (Yo estoy de temor perdida.) **Aparte**
RODRIGO: ¿Qué es esto, Celio? ¿En mi casa
 tantas voces y rüido?
JUAN: Mal informado ha venido.
CELIO: No os espante lo que pasa;
 oíd, señor don Rodrigo.
 Don Diego el honor me quita,
 que mi hermana solicita
 hasta tenerla consigo
 en vuestra casa escondida.
 Mirad si es ésta ocasión
 para cobrar mi opinión
 o perder aquí la vida.
RODRIGO: ¿Qué decís, sobrino?
JUAN: Niego
 lo que Celio, aquí ha afirmado.
GERARDO: El negar es excusado;
 que yo la vi entrar, don Diego,
 y hasta agora no ha salido.
JUAN: ¿Vos habéis sido la espía?
GERARDO: A mi honor le convenía,
 y por cobrallo lo he sido.
RODRIGO: Reportaos; que yo a buscarla
 entraré, y como quien soy,
 Celio, la palabra os doy,
 si la hallo, de sacarla,
 y de que don Diego aquí

vuestro honor os restituya
siendo Julia mujer suya.
CELIO: Fuerza es remediarlo así.

*Vase don RODRIGO. Doña ANA habla aparte a
INÉS*

ANA: ¿Qué te parece? El amor
de don Diego fue fingido.
LEONARDO: (¿Don Juan a Julia ha querido? **Aparte**
¡Vive el cielo que es traidor,
y a las Indias me enviaba
por poderla pretender!)
JUAN: (Demonio fue esta mujer. **Aparte**
Aquí mi invención acaba.)

Salen JULIA, don RODRIGO y GUILLÉN

RODRIGO: Salid, Julia, sin temor
conmigo...
JULIA: ¡Al cielo pluguiera
que sin la vida saliera!
RODRIGO: Que yerros son por amor.
GUILLÉN: (Guillén, vuestro fin llegó.) **Aparte**
ANA: (¿Que tal en el mundo pasa?) **Aparte**
CELIO: ¡Ved el honor de mi casa! ...
LEONARDO: (Pues que de mí se escondió, **Aparte**

sin duda no me buscaba.
Mi sospecha es verdadera;
pero callaré hasta el fin.)
JULIA: (En confusión estoy puesta.) **Aparte**
CELIO: ¿Negarás, don Diego, ahora
tu sinrazón y mi afrenta?
JUAN: Celio, si yo te ofendí,
yo satisfaré la ofensa;
pero si Julia ha venido
a mi casa a buscar nuevas
de Leonardo, que hoy ha vuelto
por gran milagro a esta tierra,
¿por qué quieres darme a mí
de este delito la pena?
CELIO: ¿Esto es verdad?
JULIA: Es verdad.
DIEGO: (Mil confusiones me anegan. **Aparte**
Don Juan por no descubrirse
toda mi ventura arriesga.)
LEONARDO: Pues dime, Julia traidora,

¿cómo tal engaño intentas?
¿Cómo de mí te escondiste,
si de mi buscabas nuevas?

JULIA: Por escuchar, escondida,
tu mudanza o tu firmeza.

CELIO: Dadle, Leonardo, la mano;
que en calidad ni en hacienda
Julia no os es desigual,
y así mi honor se remedia.

DIEGO: (Perdone don Juan; que ya
es dañosa la paciencia.)
Celio, cuanto aquí os han dicho,
es invención y quimera.
Julia vino a verme a mí.

Aparte

GERARDO: ¿Es gracia o locura aquésta?

DIEGO: Don Diego soy de Luján.
Ved si son gracias o veras.
Celio, bien me conocéis
de Flandes.

CELIO: Mis manos mismas
mejor que a vos no conozco.

DIEGO: Pues desde entonces, por letras,
por palabras, por favores
y por más forzosas prendas,
es vuestra hermana mi esposa;
que aquí la ocasión estrecha
a inventar lo que ha inventado,
a don Juan de Castro fuerza,
por proseguir el disfraz
con que quedó en esta tierra,
fingiendo ser yo en su casa--
trazas que el amor ordena.
Mas yo, viendo que perdía
si callara más, la prenda
que más estimo, y don Juan,
cuando muy mal le suceda,
tiene al fin el padre alcalde,
solté al silencio las prendas.

RODRIGO: ¿Que eres don Juan?

JUAN: Don Juan soy.

SANCHO: Parece, por Dios, comedia.

RODRIGO: Pues dime: ¿qué te ha obligado
a estos enredos que ordenas?

JUAN: Yerros son que amor disculpa.
Por no salir de esta tierra,
de mi prima emponzoñado
con amorosas saetas,
lo que has oído fingí;
y, ¡ojalá no lo fingiera,
pues su liviandad ha sido

- de este delito la pena!
- ANA: Don Juan, sin razón me culpas,
que con su persona mesma
no te puedo yo ofender.
Deja vanas sutilezas.
Con tu sujeto me dio
natural correspondencia
el cielo; mudarte el nombre
no muda naturaleza;
y así seguí ciegamente
la inclinación de mi estrella,
de que sacarás que a nadie
podré amar, que tú no seas.
Y ya que de hablar verdades
la ocasión forzosa llega,
sabe que desde aquel día
que don Diego en esta tierra
y en ésta tu casa entró,
supe de él, y más, quién era;
pero callélo, porque él
el secreto me encomienda;
y así siempre te he querido
por don Juan. Testigo sea
don Diego que está presente.
- DIEGO: (Mi prima es, ayúdala; **Aparte**
que con los ojos me pide
que con su engaño consienta.)
Doña Ana dice verdad,
don Juan; que os adora y precia
por don Juan. Dadle la mano,
que merece su firmeza.
- JUAN: Aunque el no haberme guardado
secreto haya sido ofensa,
de que no es mi bien mudable
os agradezco las nuevas;
y así la mano le doy,
si mi padre da licencia.
- RODRIGO: Mi sangre es también doña Ana;
verla amparada me alegra;
pero sin dispensación,
siendo tu prima, ¿qué intentas?
- JUAN: Yo la tengo negociada.
No duerme el que Amor desvela.
- CELIO: Parece que a concertar
vine yo las bodas vuestras.
- DIEGO: Con dar yo la mano a Julia
alcanzaréis parte de ellas,
si la merezco.
- JULIA: Yo gano.
- DIEGO: Tened, Leonardo, paciencia;

que en competencias de amor
es bien que el antiguo venza.

LEONARDO: Yo no lo puedo impedir,
puesto que en la mar soberbia
de religión hice voto,
sí Dios me librase de ella.

SANCHO: Gracias a Dios, sora Inés,
que ya no hay Mendo que tenga,
y que me dará la mano
de mujer, aunque no quiera.

INÉS: Antes quiero. Toca, Sancho.

SANCHO: ¿Topa, Sancho? ¡Buena es ésa!
¿Al casar me dices topa,
siendo Sancho? ¡Guarda fuera!

INÉS: Toca dije.

SANCHO: Toca, pues,
y acabe aquí la comedia.

Fin de la comedia

El Tejedor de Segovia

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Hablan en ella las personas siguientes:

*Pedro Alonso galan.
El Conde galan.
Garceran galan.
Don Juan Cortesano.
Fineo criado.
Camacho valenton.
Cornejo valenton.
Xaramillo valenton.
Vn bastonero.
Vn vejete.
Vn Caminante.
Vn Alguazil.
Vn villano.
El Rey viejo.
El Marques viejo.
Chichon gracioso.
Teodora Dama.
Doña Ana Dama.
Florinda Criada.*

Acto primero

Salen el Conde y Fineo, y otros criados de noche.

Fin. Esta que miras, Señor,
es la casa.

Cond. Humilde choça,
para hermosura que goza
los despojos de mi amor.

Fin. Tu, pues a honrarla te inclinas,
engrandeces su humildad
y su fortuna.

Cond. Llamad.

Fin. En efecto determinas
entrarla a ver?

Cond. Si, Fineo:
no sufre mas dilacion
esta amorosa passion,
en que me abrasa el desseo.

Fin. Mira a lo que te dispones,
siendo tu padre el priuado
del Rey, con mas cuydado
notan todos tus acciones.

Cond. Consejos me das perdidos,
quando estoy de amor tan ciego,
que si el alma toca a fuego,
solo tratan los sentidos
de librarse de la llama,
que en Etna conuierte el pecho,
sin atender al prouecho
a la razon ni la fama.

Bien se el lugar de que gozo,
y a lo que obliga essa ley:
mas quando esto sepa el Rey,
tambien sabe que soy moço.

A mi padre solo toca
el gouierno: y siendo assi
pues no soy ministro, en mi
no es tan culpable y tan loca
esta accion; que estando ciego,
por no dar que murmurar,
me obligue a no procurar
el remedio a tanto fuego.

Fin. De vna vista te cegò?

Cond. Tanto, que a no estar presente
en la audiencia tanta gente,
quando ella a mi padre hablò,

hiziera alli mi locura
estos excessos que ves,
y arrodillado a sus pies
adorara su hermosura.
Mucho hize, pues alli
tuue en prision mi desseo,
en confiança, Fineo,
de tu cuydado y de ti.
Mandète que la siguieras,
hizistelo, hasme informado
que aumenta su libre estado
el numero a las solteras.
Siendo assi, ni han de tener
por desigual este excesso,
ni se recela por esso
mi priuança y mi poder.

Fin. Si, mas pudieras, señor,
pues que no es muger de suerte,
hazer que ella fuesse a verte.

Cond. Que poco sabes de amor?
mira, en començando a amar,
a estimar tambien se empieça,
y al estimar la belleza,
se sigue el desconfiar.
En esta casa, Fineo,
vn Alcaçar miro ya;
la muger que dentro está,
es ya Reyna en mi desseo.
Apenas empeçè a amar,
quando començè a tener
por humilde mi poder,
por impossible alçancar.
Mira si podrè, Fineo,
mostrar desprecio en llamarla,
pues aun viniendo a buscarla,
pisa medroso el desseo:
llama.

Fin. Obedecerte quiero.

Da golpes Fineo.

Cond. Esso, Fineo, es seruir;
que el criado ha de aduertir;
mas no ha de ser consejero.

Sale Teodora a la ventana.

Teod. Quien es?

Fin. Vn hombre, que tiene,
bella Teodora, que hablarte.

Teod. De que parte?

Fin. De mi parte.

Teod. Y quien soys?

Fin. No me conuiene

- dezirlo a voces: Teodora
abrid la puerta, y sabreys
quien esoy.
- Teod.* Perdonar podeys;
porque es imposible agora. *Vase.*
- Fin.* Oye, ventanas y oydos
cerrò de vna vez.
- Cond.* Fineo,
o he de lograr mi desseo,
o he de perder los sentidos.
- Fin.* Pues, señor mal se conierta
estar loco y ser prudente;
entremos por fuerça.
- Cond.* Tente,
que pienso que abren la puerta.
- Fin.* Vn hombre sin capa es
el que sale.
- Chichon con vn jarro sin capa.*
- Cond.* Pues, Fineo,
examinarle desseo.
- Fin.* O el temor, o el interes
le haràn dezir la verdad;
hidalgo.
- A parte.*
- Chich.* Triste de mi,
la justicia estaua aqui:
quien es?
- Fin.* Quien puede, llegad.
- Cond.* A donde vas?
- Chich.* Yo, señor,
voy por vino, como ves,
para mi amo.
- Cond.* Quien es?
- Chich.* Pedro Alonso, vn Texedor,
de quien yo soy aprendiz.
- Cond.* Es galan de essa muger?
- Chich.* O lo es, o lo quiere ser.
- A parte.*
- Cond.* Ay hombre mas infeliz?
di tu nombre.
- Chich.* Yo me llamo Chichon.
- Cond.* Vete en hora buena.
- A parte.*
- Chich.* Pienso que ha de hazer la cena
oy mal prouecho a mi amo. *Vase.*
- Fin.* Que determinas, señor?
- Cond.* Que llames, fingiendo ser
este moço, entrar y hazer
que se vaya el Texedor;
y aun darle la muerte.

- Fin.* O cielos, mira.
- Cond.* A furia me prouoco;
si de amor estaua loco,
que será de amor y zelos?
vn hombre baxo ha de hacer
competencia a mi aficion?
- Fin.* Por essa misma razon
has de mudar parecer:
que dize cierto entendido
que no puede querer bien
a la muger, si tambien
no le enamora el marido.
Considera vn Texedor
muy barbado, que està agora
gozando de tu Teodora,
y perderàs el amor.
- Cond.* Considera tu vn abismo
en que peno ardiente y ciego,
y veràs como mi fuego
se aumenta con esso mismo:
llama, acaba, que ya el pecho
se abrasa en loco furor.
- A parte.*
- Fin.* O duro imperio de amor.
- Llama.*
- Sale Teodora a la ventana.*
- Teod.* Quien es? *Vase.*
- Fin.* Chichon, esto es hecho.
- Cond.* El rostro tendrè cubierto;
tu lo puedes disponer,
sin que me dè a conocer.
- Fin.* Es cordura; ya han abierto.
- Reboçase el Conde.*
- Cond.* Entremos pues.
- Salen Teodora con vn candil; Pedro Alonso en cuerpo con espada y broquel a lo valiente.*
- Teod.* Ay de mi; quien es?
- Fin.* No os alboroteys;
que amigos son los que veys.
- Ped.* Y que pretenden aqui,
caualleros, a tal hora,
teniendo dueño esta casa?
- Cond.* Ya la colera me abrasa.
- A parte.*
- Fin.* Que dexeys sola a Teodora.
- Ped.* Por Dios, hidalgos, que vienen
de mi muy mal informados:
aduiertan, si son honrados,
la poca razon que tienen.
Pues aunque me huuiera hallado
a caso aqui, me obligara,

teniendo barba en la cara,
y ciñendo espada al lado,
la ley del mundo a no hazer
semejante couardia;
pues si esta muger es mia,
y si mi esposa ha de ser,
como la puedo dexar,
sin morir primero yo?

Fin. Y quien tambien se empeñò,
començandolo a intentar,
como con su obligacion,
desistiendo agora dello,
cumplirà?

Ped. Rindiendo el cuello
al yugo de la razon;
pues es la hazaña mayor
vencerse a si.

A Fineo a parte.

Cond. Que te pones
a argumentos y razones,
quando estoy loco de amor?
Hazle al punto resolver
a que se vaya, sin dar
a mas replicas lugar.

Fin. Pedro Alonso, esto ha de ser.

Ped. No ha de ser.

Fin. Solo pudiera
responder assi vn señor,
mas no vn baxo Texedor.

Ped. Y solamente pidiera,
lo que aqui aueys intentado
tan contra razon y ley,
quien fuera vn tyrano Rey,
o vn muy gran desuergonçado.

Fin. Villano.

Teod. Triste de mi:
tened por Dios, escuchad.

Ped. Vive Dios.

A parte.

Cond. Mi autoridad
es ya menester aqui:

Descubrese el Conde.

Pedro Alonso, deteneos,
que estoy aqui yo.

Ped. Es el Conde?

Cond. El Conde soy.

Ped. Corresponde
a los heroycos trofeos
de vuestra sangre esta hazaña?

Cond. Basta, atreuido; que es esto?

a mi me hablays descompuesto?
que confiança os engaña?
y dos al punto.

Ped. Señor.

Cond. Y dos, villano; acabad.

Ped. Tratadme bien, y mirad
que soy, aunque Texedor,
tan bueno.

Dale el Conde vn bofeton.

Cond. Que atreuimiento!
esso me dezis a mi?
matalde.

Teod. Ay cielo.

Ped. Hasta aqui
ha llegado el sufrimiento.

Sacan las espadas.

Teod. Ay muger mas desdichada?

Cond. Muera.

Acuchillanse.

Ped. Presto aueys de ver
que no gouierna el poder,
sino el coraçon, la espada.

Vanse ellos.

Dentro vn criado.

Criad. Muerto soy.

Teod. Triste, que harè?

Chichon con el jarro.

Chich. Teodora, que confusion
y ruydo es este?

Teod. Chichon,
mi desdicha sola fue,
la que ha podido causallo;
lleuame al punto de aqui,
que ay gran mal.

Chi. Luego lo vi;
mas no pude remediallo:
adonde te he de lleuar?

Teod. A casa de algun amigo,
donde el rigor y el castigo
del Conde pueda euitar.

Chich. No se adonde; porque es cosa
de gran peligro poner
la moça en otra poder;
y el verte a ti tan hermosa
me dà mil desconfianças;
que estando a solas contigo,
no ay amigo para amigo,
las cañas se bueluen lanças;
mas Embaxador me llamo.

Teod. Bien dizes.

- Chich.* Alli segura
la desdicha, o la ventura
aguardaràs de mi amo.
- Teod.* Vamos.
- Chich.* Bien ayan, amen,
los primeros inuentores
de casas de Embaxadores
para vellacos del bien. *Vanse.*
- Salen Garceran preso y don Iuan.*
- D. Iu.* Digo, que a mi parecer
la verdadera ocasion
que os tiene en esta prision,
no es la que os dan a entender?
Causa tiene superior,
y para encubrilla, dan
al agrauio, Garceran,
que os hazen, esta color.
- Gar.* Ay de mi; que bien lo entiendo,
bien se, triste, que Clariana
es la causa soberana
del mal que estoy padeciendo.
Bien se que en tenerme aqui,
es el intento matarme;
porque siendo quien soy, darme
la carcel publica a mi
por prision; no se me esconde,
que es rigor, furia y vengança.
- D. Iu.* De su padre la priuanca
da tanta soberuia al Conde;
que sus zelosos enojos
quiere vengar como agrauios.
- Gar.* Hallè hechizos en los labios,
hallè encantos en los ojos
de aquella aldeana bella,
injuria del sol, robòme
el alma, don Iuan, hallòme
el Conde hablando con ella,
sus zelos y su aficion
dissimulo; mas al punto
le vi en el color difunto
de la cara el coraçon:
y quiere dar fin aqui
a sus zelos con mi vida,
bien lograda, si perdida,
bella Clariana por ti.
- D. Iu.* Garceran, essa fineza
es de cauallero andante:
lo preciso y lo importante
es mirar por la cabeça.
- Gar.* Como?

- D. Iu.* Buscando algun modo,
con esta borrasca, huyendo,
euiteys, que al fin viuiendo
se vence y se alcança todo.
- Salen por otra parte Pedro con grillos, y ganfiones en los pulgares, y Chichon.*
- Ped.* Sientelo mucho Teodora?
- Chich.* De suerte, que a ser de vino
sus lagrymas, diera a basto
a todos los retraydos.
- Ped.* Mal aya su pretension,
y mal ayan los seruicios
de su padre, que la hizieron
hablar para daño mio
al Marques; que alli el amor
del Conde tuuo principio.
- Chich.* Da en dezir que quiere hablar
por ti al Conde.
- Ped.* Tal ha dicho?
quiere comprar con mi ofensa
la gracia de mi enemigo?
Darele mil puñaladas,
viue el cielo, si aueriguo
que otra vez toma en la boca
su nombre.
- Chich.* Tienes juyzio?
quando te ves con ganfiones
las manos, los pies con grillos,
echas retos?
- Ped.* Luego tu
por ventura has entendido
que he de estar preso mañana?
- Chich.* Antes, señor, imagino
que saldras libre a dar higas
a todos tus enemigos;
mas daràslas con la lengua
hecho en el ayre razimo.
- Ped.* Calla, necio; traeme tu
dos cordeles y vn martillo,
que en casa del Embaxador
he de amanecer contigo.
- Chich.* Como?
- Ped.* No preguntes como;
traeme luego lo que pido,
Chichon, y no me repliques.
- Chich.* Voy por ello, y no replico.
- Vase.*
- Gar.* Esto me importa.
- D. Iu.* La vida
arriesgarè por seruiros,
pues dizen que la prision

es toque de los amigos. *Vase.*
Ped. Señor Garceran.
Gar. Que es esto
Pedro Alonso? que delito
tan graue hizistes, que estays
con ganfiones y con grillos?
Ped. No se lo ha dicho la fama?
Gar. No.
Ped. Pues anoche me hizo
cierto señor vn agrauio.
con la ventaja atreuido
de tres que le acompañauan;
mas mi buena suerte quiso
que dando muerte a los dos,
començasse su castigo:
y si el socorro les tarda,
hago en los demas lo mismo:
llouid luego sobre mi
mas justicia, que granizo
el Noto elado dispara
en el abrasado estio,
prendieronme, y sepultaron
mis pies en doblados grillos.
Pidieronme la patente
en su acostumbrado estylo
los presos aualentados
con priuilegio de antiguos,
mas yo con el remanente
del passado furor mio,
con vn mastil visitè
los sesos a quatro o cinco,
hasta que los bastoneros
acudieron al ruydo,
y echandome estas prisiones,
cessaron mis desatinos.
Gar. Caso estraño.
Ped. No se espante;
que vn hombre honrado ofendido
es vn toro agarrochado,
que en las capas vengatiuo
los rigores executa
que en sus dueños no ha podido:
pero, señor Garceran,
està vusted de peligro?
es mortal la enfermedad,
que a este sepulchro de viuos
le ha traydo?
Gar. Ya la vida,
segun son los males mios,
porque muera muchas vezes,

- me conserua mi destino.
- Ped.* Pues no se aflija; que yo,
si vusted quiere, me obligo
a ponelle en libertad,
antes que en blando rocío
bañe los campos el alua.
- Gar.* Burlays os?
- Ped.* Esto que digo,
cumplirè; su voluntad
me diga; y a cargo mio
dexe lo demas.
- Gar.* Dareys
la libertad a vn cautiuo,
la vida a vn muerto.
- Ped.* Pues calle,
y esta noche preuenido
me aguarde en la enfermeria.
- Gar.* Vuestro serà mi aluedrio
y mi vida, si de vos,
como dezis, la recibo;
y de mi podeys creer
que hiziera por vos lo mismo;
que me deueys aficion,
despues que os vi; porque miro
en vuestro rostro vna imagen
trasunto y retrato viuo
de aquel infeliz Fernando
Ramirez, que los dos fuymos
los amigos mas estrechos,
que han celebrado los siglos.
- A parte.*
- Ped.* Quien pudiera declarararte
secretos tan escondidos?
mas el secreto es forçoso,
donde es tan grande el peligro:
no es, el que en Madrid hallaron
muerto a puñaladas, hijo
del noble Beltran Ramirez,
el que en publico suplicio
muriò condenado, siendo
de Madrid Alcayde?
- Gar.* El mismo.
- Ped.* Dios descubra la verdad;
que la fama siempre ha dicho
que dieron muerte al Alcayde
inuidias, y no delitos.
- Gar.* Defendiendo essa verdad,
a dar la vida me obligo.
- Ped.* Soys noble, y creed que en mi,
si son mis hados propicios,

- no echeys menos a Fernando,
si me quereys por amigo.
- Gar.* Dello os doy palabra y mano.
- Ped.* Yo como deuo lo estimo.
- Salen por otra parte Camacho, Cornejo, y Xaramillo presos.*
- Cam.* Pues Pro Alonso lo dize,
y es su valor conocido
el saldrà con lo que intenta.
- Corn.* Camacho, lo mesmo digo.
- Xar.* Mas vale salto de mata,
que rogar a estos ministros
del infierno; el està aqui.
- Cam.* Hablemosle, Pedro amigo.
- Ped.* O Camacho.
- Cam.* Ya he tratado
con Comejo y Xaramillo,
por quien se gouernan todos
los brauos, vuestro designio:
mas de veynte estan dispuestos
a ayudaros y seguiros.
- Ped.* Pues libertad, camaradas,
que ayuda a los atreuidos
la fortuna; redimamos
el peligro con peligro,
que no han de estar tantos hombres
sujetos a dos puntillos
de vna pluma, que cortando
los vientos, ensayos hizo
para cortar de las vidas,
como la Parca, los hilos.
- Cam.* Lo mismo dezimos todos.
- Ped.* Solo me falta aduertiros
que busquen modo esta noche,
los que quieran conseguirlo,
de estar en la enfermeria.
- Cam.* Para los presos antiguos
no es dificil, porque tienen
oficiales conocidos.
- Corn.* Y los demas con achaque
de velar a Alonso Pinto,
que està muriendose, pueden
facilmente conseguirlo.
- Ped.* Tracelo al fin cada qual;
que yo, puesto que imagino
que es impossible, conforme
acriminan mis delitos,
que fuera del calaboço
me dexen esos ministros;
sino ay precisa ocasion;
con la traga que fabrico,

lo alcançarè; tiene alguno
de vosotros vn cuchillo?

Saca vn cuchillo Camacho.

Cam. Yo le tengo; veysle aqui.

Ped. Pues en la cabeça, amigo,
me dad vna cuchillada:
y fingiendo que he caydo
desta escalera, mi intento
con esse medio consigo,
pues luego en la enfermeria
me han de poner.

Cam. Peregrino,
aunque cruel, es el medio.

Ped. Antes piadoso, si cuito
con el de vn fiero verdugo
el inhumano suplicio;
acabad, que el golpe espero.

Dale vn golpe con el cuchillo en la cabeça, y Pedro dà dentro del vestuario vn golpe con el cuerpo como que cae.

Cam. Con vos agora exercito,
para escusar mayor daño,
de Cirujano el oficio.

Ped. Valgame el cielo. *Vase.*

Sale vn Bastonero.

Basto. Que es esso?

Cam. Pedro Alonso, que ha caydo
de essa escalera; mal ayan
tantos ganfiones y grillos.

Xara. Mejor es matar vn hombre.

Corn. La cabeça se ha rompido.

Basto. Lleuenlo a la enfermeria. *Vase.*

A parte.

Gar. Mas valor tiene escondido,
que de un Texedor se espera,
este hombre; y a no auer visto
mis ojos muerto a Fernando,
afirmara que es el mismo.

Cor. Demonio es el Texedor.

Cam. Tragola el señor ministro. *Vanse.*

Salen el Conde, y Fineo.

Fin. Gran escandalo ha causado
en Segouia este sucesso;
y es sin duda que auer preso
al Texedor te ha dañado.

Cond. Ni yo lo pude estoruar,
sin darme alli a conocer,
ni los zelos saben ser
hidalgos en perdonar.
Demas que es tan arrojado,
tan valiente y atreuido,

que libre y de mi ofendido
me pudiera dar cuydado.
Mejor està a toda ley,
donde pague su locura,
que si el pueblo me murmura,
como no lo sepa el Rey,
no importa, y su Magestad,
como sabes, no dà Audiencia
a nadie sin mi presencia;
y el amor y voluntad,
que me tiene, me aseguran
de los que a su lado estan,
pues solo gusto le dan,
los que darme le procuran;
fuera de que el Texedor,
que conoce mi poder,
se ha de enfrenar y temer
de la justicia el rigor;
si declara que el azero
osò contra mi empuñar,
pues esto le ha de dañar,
mas que el homicidio fiero
que cometìò.

Fin. Caso es llano.

Cond. Como està Claudio?

Fin. La herida
ha abierto puerta a la vida,
sino yerra el Cirujano.

Cond. Triste del.

Fin. Triste de Arnesto,
que sin confession pagò
pena que no mereciò;
mas dime, señor, con esto
hase aplacado el ardor
del solícito desseo
de Teodora?

Cond. No, Fineo,
que no es tan cuerdo mi amor;
yo la he gozar, o el llanto
me ha de matar, segun peno;
la flecha traxo veneno,
pues de vna vez pudo tanto.

Fin. Y Clariana que diria,
si esto supiesse?

Cond. De amor
es incentiuo el temor,
la seguridad lo enfria,
en nueua aficion me enciendo;
y no ay amor que posea,
que no trueque al que dessea,

el bien que està posseyendo.
Fin. Pues sino sientes perdella,
porque en Garceran, señor
te vengas con tal rigor
de hallarle hablando con ella?
Cond. Essa ha sido obligacion,
sino de amante, de honrado,
que en amar a quien he amado,
ofendiò mi estimacion.
Demas que entonces Clariana
era toda mi alegria,
que de Teodora aun no auia
visto la luz soberana.
Mas mi padre viene aqui,
parte al punto, y con recato
sabe de aquel dueño ingrato
a quien el alma rendi;
no bueluas, sin saber donde
se oculta el bien por quien muero.
Fin. Hallarla, señor, espero,
si el mismo centro la esconde.

Vase.

Sale el Marques.

Marq. Conde.

Cond. Señor.

Marq. Vos sabeys que soys señor?

Cond. Se alomenos

que vos lo soys, y que soy
vuestro hijo y heredero.

Marq. Pues no, no està en heredarlo,
sino en obrar bien, el serlo,
que desto solo resulta
la estimacion, o el desprecio.
Los señores son Iuezes,
y los Iuezes nacieron
para deshacer agrauios,
Conde, que no para hazerlos.
Que piensan vuestras locuras?
que esperan vuestros excessos,
sino que todos os pierdan
con justa causa el respeto?
Por vna muger humilde
con hombre, que tanto menos
vale que vos, la opinion
y vida poneys a riesgo?
Allà en hora mala, allà
con los Moros de Toledo,
que contra Segouia intentan
passar el neuado puerto,
mostrad esos fuertes brios;

que quien tiene noble el pecho,
 por su honor, por Dios, y el Rey,
 solo empuña el blanco azoro.
 Sabeys que el alto lugar,
 que os ha dado el que yo tengo,
 con el Rey, està a la embidia,
 y a la emulacion sujeto?
 Sabeys acaso que basta
 a la priuança vn cabello
 para tropeçar? sabeys
 que entropuçando, es muy cierto
 el caer, pues el priuado
 es arbol, a quien derecho
 las ramas que le rodean,
 son adornos lisongeros,
 y en començando a caer,
 las mismas que pompas fueron,
 son todas peso, que ayudan
 a derribarlo mas presto?
 no os lo estan diziendo a voces
 mil historias, mil exemplos?
 no vistas vos a Beltran
 Ramirez mandar el Reyno,
 y de la embidia despues
 en vn teatro funesto
 los rayos de su priuança
 en humo leue resueltos?
 Pues que confiança necia
 os dà loco atreuimiento
 para irritar con agrauios
 justas venganças del pueblo?
 Està el otro con su dama,
 y vos ayrado y soberuio,
 tras querersela quitar,
 le afrentays? pluguiera al cielo,
 que como su injusto agrauio
 vengò en dos criados vuestros,
 diera en vuestra misma vida
 el riguroso escarmiento.

Cond.

Señor.

Marq.

No me deys disculpas,
 emendad vuestros excessos;
 o por la vida del Rey,
 sino lo hazeys, de poneros
 en vn castillo, de donde
 no salgays, hasta que el tiempo
 cubriendoos de nieue el rostro,
 os tiemple el ardor del pecho. *Vase.*

A parte.

Con.

Con vn loco en vano son

amenazas ni consejos,
mientras no me restituyas,
hermosa Teodora el seso. *Vase.*

Salen todos los presos con luz, y Pedro con vn martillo, y cordeles en la pretina.

Ped. Agora, amigos, que ocupa
la noche en profundo sueño
nuestros contrarios, despierten
el valor nuestros intentos;
ay quien se atreua a romper
estos ganfiones? Cornejo,
Camacho, prouad las fuerças.

Haze fuerça Camacho para romper los ganfiones.

Cam. Romper el templado hierro
con la fuerça de las manos,
Pedro Alonso, es vano intento.

Ped. Que no quisiesse el Alcayde,
viendome herido y enfermo,
aliuiarme las prisiones!

Cam. A vn muerto le dareys miedo.

Prueua Cornejo.

Corn. Lo mismo es batir con balas
de cera, muros de azoro.

Cam. Pues querer romperlo a golpes
es malograr el desseo,
que es forçoso que al ruydo
despierten los bastoneros.

Ped. Pese a mi, si tengo dientes,
porque busco otro remedio?
dos dedos han de estoruar
que se libre todo el cuerpo?

*Muerdese los pulgares, y arroja dos vexiguillas de sangre, y saca las manos, y saca vn
lienço, y rompelo, y atase los dedos.*

Gar. Que aueys hecho?

Cam. Hase arrancado
los dos vltimos artejos
de los pulgares.

Gar. En vos
otro Scebola contemplo;
mas los grillos?

Ped. En los pies
no importa el impedimento,
que como yo pueda vsar
de las manos, no estoy preso;
dadme vn cuchillo.

Dale vn cuchillo.

Cam. Tomad.

Ped. Quien de la hazaña que emprendo,
desistiere, se imagine
con este a mis manos muerto.

Cam. Todos quieren ayudaros,

- seguiros, y obedeceros.
- Ped.* Pues, amigos, leuantad
de las camas los enfermos,
que poniendo vnas en otras,
hemos de llegar al techo.
Y rompiendole vna tabla
con este martillo, haremos
puerta, con que todos gozen
libres de prision el cielo.
Y estos cordeles despues
seran escalas del viento,
para baxar a la calle.
- Gar.* Comencemos pues.
- Ped.* Enfermo
no ha de quedar, aunque este
oleado ya, que dello
pueda hazer la relacion;
salga viuo, o quede muerto,
quien no pudiere seguirnos.
- Gar.* Noche, ayude tu silencio
contra injustas tyrantias
tan justos atreuimientos. *Vanse.*
- Salen Fineo, y Chichon.*
- Fin.* Los que a su prouecho estan
atentos, solo han de ser
lisongeros del poder,
viua quien vence, es refran.
El Conde mi dueño, amigo,
pierde por Teodora el seso,
ya lo sabes, y por esso
hablo tan claro contigo.
Ayer pusimos espías
en la carcel, que te vieron
con Pedro Alonso, y siguieron
tus passos, quando venias
a casa del Embaxador,
de que colegi que esconde
esta casa el sol, que al Conde
tiene abrasado de amor.
Ayudame a conquistar
la voluntad de Teodora,
y porque la clara Aurora
al mundo comiença a dar
luzes ya, si lo has de hazer,
llamala al punto, que quiero
hablalla, Chichon, primero,
que nadie lo pueda ver.
Y porque a obligarte empiece,
- Dale vna cadena.*
esta cadena te dè

señal de amor y fe,
que el Conde por mi te ofrece.

Chich. Por cierto que has predicado
tan eficaz, que imagino,
que si te oyera Caluino,
huuiera su error dexado.
Y el epilogo en vn toro,
en vn tigre hiziera efeto,
pues cerrò como discreto
la oracion con llaue de oro.
De tu palabra me fio,
y del valor y el poder
de tu dueño, para hazer
tal deslealtad contra el mio.
Mas pues oy ha de morir,
yo por no serle infiel,
aquí me despido del,
y al Conde empieço a seruir.

Fin. Y yo en su nombre, Chichon,
te recibo, que del tengo,
en orden a lo que vengo,
tan amplia la comission;
que lo que yo hiziere, dà
por hecho.

Chich. Llamemos pues
a este aposento que ves,
que en el aguardando està
Teodora del Texedor
los sucessos desdichados.

Sale Teodora a medio vestir.

Teod. Quien està aqui?

Chich. Dos criados
son del Conde mi señor.

Teod. Es Chichon?

Chich. Mi presuncion
a Chichon no te responde,
que despues que siruo al Conde,
me llamo ya don Chichon.

Teo. Al Conde sirues?

Chich. Teodora,
a ti deuo esta ventura,
tercero fue tu hermosura,
porque yo lo fuesse agora.
Si te admiras desto, fia
que no soy solo, al que ha dado,
para volar a priuado,
plumas la alcahueteria.
El Conde al fin mi señor,
que ciegamente te adora,
quiere hazerte gran señora,

de dama de vn Texedor:
Pedro Alonso ha de ser oy
despojo vil de vn verdugo.

Todos los presos.

Ped. Gracias a Dios, que le plugo
librarnos.

A parte.

Chich. Perdido soy,
que es Pedro; y si me ha escuchado,
me mata, infeliz Chichon;
heme aqui quitado el don,
y buelto al primer estado.

Teod. Es possible que te veo
libre ya?

Ped. Teodora, si.

A parte.

Fin. En gran riesgo estoy aqui. *Vase.*

Teod. Yo te abrigo, y no lo creo.

Ped. Amigos, ya que ha querido
con piedad tan generosa
el cielo, que a los intentos
los efectos correspondan,
conviene que consultemos
y resoluamos agora
el modo de conseruarnos
en la libertad preciosa.
Y aunque nos parezca estar
seguros aqui, pues gozan
las casas de Embaxadores
exempciones tan notorias;
suelen por razon de Estado,
ellos mismos dar permissio
de que estos fueros les rompan;
y mas siendo mi contrario
del Rey la priuança toda,
a quien el Embaxador
harà mayores lisonjas.
Por esto pues, y por ver
que es vna especie penosa
de prision el retraymiento,
pues la libertad estorua;
me parece que partamos
todos juntos de Segouia,
a donde nuestra hazañas
den materia a las historias.
Muchos somos, y seran
muchos mas, los que por horas
medrosos de sus delitos
a seguirnos se dispongan.
De los vezinos lugares,

o por fuerza, o por mañosa
 industria, los delinquentes
 sacaremos que aprisionan.
 Y de todos formaremos
 vn exercito, que ponga
 temor a enemigos huestes,
 seguridad a las propias;
 y ocupando a essa montaña
 la aspereza peñascosa,
 nos daràn muros y torres
 sus inexpugnables rocas.
 Saltearemos caminantes,
 y las poblaciones cortas
 saquearemos de dineros,
 de bastimentos y joyas;
 los agraviados podran
 vengarse, que es cierta cosa
 que el tiempo darà ocasiones,
 y la ventaja vitorias.

- Cam.* Yo soy de esse parecer.
- Corn.* Quien ay que no se disponga
 a seguiros?
- Xara.* Todos juntos
 en lo mismo se conforman.
- A parte.*
- Chich.* Bueno es esto; vine Dios
 que quieren echar la soga
 tras el caldero; Chichon,
 por aqui van a la horca.
- Ped.* Y vos, señor Garceran,
 que dezis?
- Gar.* Que a mi me importa
 proseguir otros designios,
 porque no soy dueño agora
 de mi libertad; que viue
 presa en la cadena hermosa
 del gusto de vna muger.
 Y pues del amor no ignora
 vuestro pecho el duro imperio,
 no dudo yo que conozca
 que es esta bastante causa.
 Pero ya que mi persona
 no os siga, creed que el alma,
 que se os confiessa deudora
 desta vida, eternamente
 su obligacion reconozca,
 y que si puede, algun tiempo
 os lo muestre con las obras.
- Ped.* De vuestra sangre lo fio.
- Gar.* Vuestras manos valerosas

- alcancen tanta ventura,
quanto valor las informa. *Vase.*
- Chich.* Yo, señor, que a nadie he muerto,
y me hallo bien en Segouia,
y entrè contigo a aprender
de tus manos texedoras
a gouernar lançaderas,
y no lanças: quiero agora
hazer cuenta; tu me has dado
tres ducados, que esto montan
tres meses que te he seruido:
hete quebrado vna holla,
dos platos, y vn orinal;
para esto compre a mi costa
los cordeles, y el martillo.
- Ped.* Traydor.
- Chich.* El furor reporta.
- Huye al paño.*
- Cam.* A la calle saliò huyendo.
- Chich.* Aqui soys muchos; si a solas
quieres reñir, en la plaga
te aguardo junto a la horca. *Vase.*
- Cam.* Segura estacada escoge.
- Ped.* Tratemos de lo que importa,
elijamos Capitan,
a quien todos reconozcan,
que sin cabeça no ay orden;
y sin orden es forçosa
la confusion y ruyna,
segun muestran las historias.
- Cam.* Quien, sino vos, lo ha de ser?
- Corn.* Quien puede auer, que se oponga
a vuestro valor?
- Xara.* Ya todos
por su Capitan os nombran.
- Ped.* Pues todos sobre esta cruz
Hazela con los dedos.
la derecha mano pongan,
y juren que me seràn,
pena de muerte afrentosa,
obedientes y leales.
- Ponen las manos sobre la cruz.*
- Todos.* Si juramos.
- Ped.* Falta agora
que busquemos arcabuzes,
espadas, broqueles, cotas,
preuengase cada qual,
como pueda; tu, Teodora,
que dizes desto?
- Teod.* Que irè

a las partes mas remotas
a tu lado, obscureciendo
la fama a las Amazonas.

Ped. O exemplo de la firmeza,
y de las mugeres honra,
como me cuestas me pagas;
y yo, si tu cara hermosa
me acompaña, me prometo
de todo el mundo vitoria;
amigos, a preueniros,
que no ha de alumbrar la Aurora
otra vez, sin que pisemos
de Guadarrama las rocas.

Cam. Vamos.

Todos. Vamos.

Ped. Yo harè presto
que tu y el mundo conozca,
Conde enemigo, el valor
del Texedor de Segouia.

Acto segvndo

Salen Pedro, Camacho, Cornejo, Xaramillo, Teodora, todos los bandoleros, con medias mascarar en las manos.

Cam. Ya, famoso Capitan,
son ochenta hombres valientes,
y armados, los que obedientes
a tu fuerte mano estan.

Corn. Vn exercito luzido
ha de ser tu compañía,
segun crece cada dia;
porque no ha de auer bandido,
agrauiado, o mal hechor,
que de seguirte no trate,
y mas cuando se dilate
la fama de tu valor.

Ped. Si quantos son delinquentes
me eligen por Capitan,
en numero excederàn
a las de Ciro mis gentes.
Pero, amigos, aduertid
que en la guerra es vencedor
mas el orden que el valor,
mas que la fuerça el ardid.
Y assi supuesto que es cierto,
que si publica la fama

que ocupan de Guadarrama
tantos soldados el puerto,
el Rey ha de preuenir
por prendemos tanta gente,
que a su exercito valiente
no podamos resistir.
Me parece que ocupeys
toda la sierra esparzidos,
en esquadras diuididos,
cinco a cinco, y seys a seys.
Distantes en proporcion
que vnos a otros oyays,
porque ayudaros podays,
si lo pide la ocasion.
De suerte que en qualquier lance
solos parezcan aquellos
que basten, a que con ellos
lo que se emprenda se alcance.
Que demas que es importante
para que senda, o vereda
no quede, por donde pueda
escaparse vn caminante:
mientras se entiendan que son
pocos los nuestros, ni haran
caso dello, ni pondran
cuydado en nuestra prision.

Cam.

Està bien considerado.

Ped.

En la sierra demas desto
hemos de elegir vn puesto
de nadie jamas pisado,
donde reparos formeys
contra la nieue y el viento,
y a comun alojamiento
todos de noche os junteys.
Las mugeres alli ocultas
del regalo cuydaràn
de todos, y alli se haràn,
como importa las consultas.

Cam.

Aguardad, que viene alli
vn caminante.

Ped.

Pues dos
salgan, Camacho con vos
al camino, y traelde aqui.

Cam.

Vamos los tres.

Vanse Camacho, Cornejo, Xaramillo.

Ped.

Los demas
se retiren; tu, Teodora,
hallaste bien salteadora?
pero acostumbrada estàs
a presas de mas valor;

preguntaselo a tus ojos,
a quien rinde por despojos
almas y vidas amor.

Teod. Mi firme fe has agraviado,
mi bien, con pregunta y gual;
que no se me atreue el mal,
mientras gozo de tu lado.

Ponense las mascararas todos, sale Camacho.

Alg. Quitadme, si soys humanos,
la hazienda, mas no la vida;
aduertid que la crueldad
infama la valentia.

Salen Cornejo, Xaramillo, y vn Alguazil de camino.

Cam. Ande, y calle.

Ped. Di, quien eres?

Alg. Alguazil por mi desdicha.

A parte.

Cam. Pues tus manos me prendieron,
mejor diràs por la mia;
pero viue Dios, que agora
ha llegado tu visita.

Ped. Que ay en la Corte de nueuo?

Alg. Solo agora se platica
del Texedor Pedro Alonso.

Ped. Que dizen del?

Alg. Mil mentiras,
que en vna verdad embueltas
la fama las acredita.

Ped. El es vn gran delinquente.

Alg. Ni las edades antiguas,
ni las presentes han visto
mayor vellaco en Castilla.

Cor. La hoguera en que ha de abrasarse,
su misma lengua fabrica.

Ped. Tratan de prendello? haze
diligencias la justicia?

Alg. Dos mil ducados promete,
a quien entregare viua
su persona.

Ped. Es vano intento,
que yo he tenido noticia,
que a ampararse de los Moros
ha passado a Andaluzia;
sino hazen mas preuenciones,
segura tiene la vida.

Alg. Dan agora mas cuydado
las banderas Berberiscas,
que en Toledo se aperciben,
para hazer guerra a Castilla.

Ped. Y tu agora a que lugar,

- y a que negocio caminas?
Algua A informarme con secreto,
si Garceran de Molina
está escondido en Madrid,
el Conde don Iuan me embia.
- Ped.* Que dinero lleuas?
Alg. Poco.
Ped. Pues no has hurtado estos dias?
Alg. Anda muy corto el oficio,
que está la Corte perdida,
solo delinquen los pobres,
no peca la gente rica,
que la corrige y ajusta,
no la virtud, la auaricia.
Por no arriesgar el dinero,
no ay agrauio que riña;
en los pleytos se conciertan,
en las mugeres varian.
Y si hallamos con su dama
alguno por su desdicha,
por no incurrir en la pena,
antes muere que reincida.
Decimas nunca se logran,
que si alguno determina
executar, luego ay ruegos,
conciertos y tercerias.
Y al fin las mas simples aues
viuen ya con tal malicia,
que son los que menos caçan,
los paxaros de rapiña.
- Ped.* Pues yo he de ganar perdones,
con quitarte lo que quitas:
no ocultes solo vn real,
que te costará la vida.
- Da lo que dize.*
Alg. En este pequeño bolso
esta cadena y sortija
os doy todo quanto lleuo.
- Corn.* Venga la capa y ropilla
presto.
- Desnudase.*
Alg. De muy buena gana.
Cam. Y despues dello la vida.
Vale a dar vna puñalada.
Ped. No le mates.
Cam. Este fue
la ocasion de mis desdichas,
que el me prendio.
- Ped.* Si su oficio
exerciò como justicia,

ni te hizo agrauio en prenderte,
ni con razon le castigas.

Cam. No basta ser Alguazil?

Ped. No basta; antes me fastidian
los que de oficio aborrecen
a los ministros: por dicha
no ha de auerlos? no han de ser
hombres? acaso querias
que no aya algunos que prendan,
donde ay tantos que delinquan?
Si los basta a malquistar
el oficio que administran,
que informacion en su abono
pretendes mas conocida,
que conseruarse entre tantos
enemigos, quien tendria
de la culpa mas venial
mil mortales Coronistas?
vete, amigo.

Cam. Solo quiero
que cortarle me permitas
vna oreja.

Ped. Ni vn cabello;
en hazañas mas altiuas
ha de emplear el valor,
quien anda en mi compañía.

Cam. Basta que lo quieras tu.

Alg. Los años del Fenix viuas:
pero ya que la piedad
tan noblemente exercitas,
dame solo con que coma
de aqui a Madrid.

Cam. Pues la vida
le dexamos, parta luego,
sin pedir mas demasias:
essa vara de virtud

Dale la vara.
su necessidad redima;
que quien le dexa las vñas,
no le quita la comida.

Vase el Alguazil.

Sale vna villana cantando.

Vil. La muger flaca y vieja
con muchos huessos,
es vn juego de bolos
en su talego.

Cam. Tente, villano.

Vil. Si tengo, mas no tengo.

Ped. Assi estaràs
mas seguro; a donde vas?

- Vil.* De ver a vna hermana vengo,
que en Guadarrama fue nouia,
y bueluome a mi lugar.
- Ped.* De donde eres?
- Vil.* Del Villar,
aldea que de Segouia
està dos leguas al pie
de esta sierra.
- Ped.* Ay en tu aldea
alguien que estimado sea
por rico?
- Vil.* Señor, no se
que estimen ningun borrico
mas que el de Bras Chaparron,
porque es brauo garañon.
- Ped.* No digo, sino hombre rico.
- Vil.* Hombre rico? en vna aldea
que riqueza puede auer?
soldemente vna muger,
en cuya aficion se emprea
todo polido çagal,
por su aliño y hermosura,
en el lugar se murmura
que tiene mucho caudal
de joyas.
- Cam.* Y essa villana es casada?
- Vil.* Señor, ella,
ella dize que es donzella.
- Cam.* Como es su nombre?
- Vil.* Clariana.
- Ped.* Con quien viue?
- Vil.* Soldemente
la acompaña vna criada.
- Cam.* Esta es presa acomodada,
para que mi gusto aumente:
robemos esta muger,
Capitan.
- Ped.* Pues ya la quieres?
- Cam.* Donde faltan las mugeres,
que regalo puede auer?
- Ped.* Dizes bien.
- Cam.* Este villano
seruir nos podrà de guia.
- Ped.* Ya esconde el Autor del dia
en el humedo Oceano
su hermoso luziente coche:
partiendo luego llegamos
a tiempo que nos valgamos
del silencio de la noche.
- Cam.* Vamos.

Ped. Villano, guiad a vuestra aldea.
Vil. Esta vez,

Clariana, tu donzella
 tien de dezir la verdad. *Vanse.*

Salen el Conde y Fineo.

Cond. Assi he traçado, Fineo,
 el remedio de mi daño.

Fin. Con que rigor tan estraño
 te aflija vn loco deseo?

Cond. No se que hechizo beui
 por los ojos tan violento;
 que del todo en vn momento
 quedè por ella sin mi.
 Yo estoy al fin sin remedio;
 y tal me llego a sentir;
 que entre gozalla, o morir
 es impossible dar medio.

Fin. Hagase pues lo que ordenas.

Vase.

Cond. Entre Chichon, y engañemos,
 puesto que no la alcancemos,
 con la esperança mis penas.

Sale Chichon.

Chich. A jurar de tu criado
 vengo con tal presuncion,
 que temo que este Chichon
 ha de rebentar de hinchado.

Cond. A recebirte me obliga,
 ver que me tienes amor:
 de donde eres?

Chich. Yo, señor,
 soy natural de barriga.

Cond. Pues ay lugar de esse nombre?

Chich. Que ignorante dello estès
 me admira; barriga es
 la primera patria del hombre,
 della se etymologiza
 mi nombre; y el caso fue;
 que Mencia (en gloria estè)
 siendo donzella castiza,
 dio vn tropeçon, y fue tal
 la cayda, que aunque dio
 sobre vn colchon, le quedò
 en el vientre vn Cardenal.
 Creciò despues la hinchaçon;
 y a quien saber pretendia
 la ocasion, le respondia
 Mencia que era vn Chichon.
 En efeto me pariò;
 y la vezindad con esto,

- viendola sana tan presto,
y que el Chichon era yo.
Con risa y murmuracion,
apuntandome, dezia;
helo el Chichon de Mencia,
y quedoseme Chichon.
- Cond.* Donayre tiene.
- Chich.* Señor,
oy empieço a ser feliz,
pues que salgo de aprendiz,
y aprendiz de vn Texedor,
que el alma tengo cansada,
de estar por corto interes
siempre con manos y pies
baylando la rastreada.
- Cond.* Sabes ya, pues te dispones
a seruir, a que te obligas?
- Chich.* A mal premiadas fatigas,
y a mal pagadas raciones;
a andar fino y puntual
vn mes o dos, y passados,
como los demas criados
dezir de ti mucho mal.
- Cond.* Yo se que tu no lo haràs,
que mi priuado has de ser.
- Chich.* Que partes me han de poner
en el lugar que me dàs.
- Cond.* Mi aficion te lo promete.
- Chich.* Priuado sin merecello?
señores, del pie al cabello
me tengan por alcahuete,
pues Teodora ya ha volado.
- Cond.* Esse fue vn liuiano antojo,
de quien ya me causa enojo
la memoria, y no cuydado;
en caso mas graue agota
tu ingenio me ha de valer.
- Chich.* Manda pues,
- Cond.* Tu has de prender
al Texedor y a Teodora.
- Chi.* Guarda la gamba.
- Cond.* En la sierra
con otros facinorosos
son salteadores famosos,
y atemorizan la tierra.
- Chich.* Yo he de prenderlos?
- Cond.* Dos mil
ducados Segouia da,
y el Rey por mi te darà
vna vara de Alguazil;

que a su Magestad assi
haràs, Chichon, gran seruicio,
al Reyno vn gran beneficio,
y vna gran lisonja a mi.

Chich. Si la fama te ha informado
a caso que soy valiente,
por Dios que la fama miente,
que soy muy considerado.
Que aya quien riña, teniendo
vn gaxnate, vn coraçon,
quatro lagartos, que son
tan delicados, que en viendo
el mas meñique agujero
en qualquier dellos la vida,
a las veynte por la herida
dexa el triste cuerpo guero?
Pues luego es fuerte la malla
del pellejo; aqui me acabo
de acouardar, con vn nabo
puede el mas flaco passalla.

Cond. Con industria lo has de hazer,
que no con fuerça, Chichon;
que esta ha sido la ocasion
que me ha mouido a escoger
tu persona; que supuesto
que has sido tu su criado,
de ti estarà confiado,
y estriua el engaño en esto.

Chich. Si en esso consiste, fia
de mi ingenio y mi lealtad.

Cond. Oye pues.

Sale vn Page.

Pag. Su Magestad
aguarda a vuesseñoria. *Vase.*

Cond. Quedate aqui; que despues
te lo dirè mas despacio.

Vase.

A parte.

Chich. Confusiones de Palacio,
turbados mueuo los pies;
que apenas tus puertas vi,
quando mi ciega ambicion
tropieça en vna traycion
contra el dueño a quien serui:
mas porque traycion la llamo,
si es forçoso a toda ley
hazer lo que manda el Rey,
y el Conde que ya es mi amo?
Bien me puede el Texedor
perdonar, si por dos mil,

y vna vara de Alguazil,
y priuar con tal señor:
sus obligaciones dexo;
que en mucho menos que yo
Iudas a Christo vendio;
es verdad que era vermejo. *Vase.*

Salen Doña Ana y Florinda de labradoras con luz de noche.

An. Florinda, de suerte estoy,
que me falta el sufrimiento.

Flo. En tan justo sentimiento
ningun remedio te doy.

An. Despues de tanta firmeza,
tan repentina mudança?
despues de tanta esperança,
tan desdeñosa tibieza?
cosas son.

Flor. Que assi se enfria
en medio de querer bien
vn hombre? mal aya, amen,
la muger que en ellos fia.

Sale

Sale Garceran de labrador a parte.

Gar. Como mi amor la dessea
hallo la puerta: ò verdad,
quietud y seguridad
de la vida del aldea!
Agora, gloria mia,
que de llegar a verte
traxo esta noche el venturoso dia,
no temo ya la muerte;
antes muera yo aqui, si he de perderte.

Ana. Que es esto? es Garceran?

Gar. Es quien la vida
solo ganada, si por ti perdida,
consagra a tu hermosura,
principio de mi mal y mi ventura.

Ana. Garceran, vn amor correspondido
con bastante disculpa es atreuido:
mas si desengañado
de que no puede ser jamas pagado,
haze de los peligros tal desprecio,
afecto es temerario, impulso necio.

Gar. Por esso es amor loco,
que no ama mucho, quien arriesga poco.

Ana. Essa es fineza vana;
que ni galan os quiero,
ni esposo querreys ser de vna villana.

Gar. De mi amor verdadero.

Florin. Passos siento, señora.

Ana. Ay de mi, si es el que mi pecho adora?

yo triste soy perdida;
 mirad por mi opinion y vuestra vida.
 A esse obscuro aposento
 os entrad; que a la huerta
 sale del vna puerta.

Gar. Por tu opinion consiento
 que saque pies aqui mi atreuimiento.

Ana. Presto.

A parte.

Gar. Porque dilatas, suerte dura,
 la vida, a quien abreuias la ventura.

Retirase al paño.

Ana. Quien es? ay desdichada.

Salen Pedro y sus compañeros con las mascararas puestas.

Ped. Las voces enfrenad, o dura espada
 las matará en el pecho.

Ana. Quien soys? que pretendey?

Ped. Eres Clariana?

Ana. Yo soy.

Cam. Venga la llaue de tus joyas.

Ana. Da, Florinda, las llaues al momento.

Vase Florinda con Camacho.

A parte.

Gar. O ladrones infames! mas que intento?
 si guardan el decoro a su belleza,
 no pierda la opinion por la riqueza,
 pues es fuerça perdella,
 si saben que a tal hora estoy con ella.

A parte.

Ped. Que miro? viue el cielo, si viuiera
 doña Ana, que dixera
 que es la misma que veo:
 pero no puede ser, porque a mis ojos
 rindio a la muerte palidos despojos.

Sale Camacho con vn cofrecillo y Florinda.

Cam. Ya estan aqui las joyas y el dinero.

Ped. Las dos agora, sin mouer los labios,
 o veran de la muerte el rostro fiero,
 caminen.

Garceran mete mano.

Gar. A muger hazeys agrauios?
 a vn serafin humano
 el respeto perdeys?

Meten mano todos, detienenlos Pedro.

Ped. Tened amigos,
 es Garceran?

Gar. El mismo soy.

Ped. La mano
 que de amistad os di; no ha de ofenderos;
 embaynad los azeros.

- Gar.* Quien es, el que conmigo
vsa de tal nobleza?
- Ped.* Vuestro amigo;
conoceysme?
- Descubresele a parte; buelue a ponerse la mascara.*
- Gar.* Si, Pedro; que no oluida
a quien le ha dado libertad y vida,
quien tiene noble el pecho.
- Ped.* Pues, Garceran, dezidme, es por ventura
Clariana la ocasion de vuestros daños?
es esta la hermosura,
de que os resultan males tan estraños?
- Gar.* Bien muestra el mismo caso
que es el fuego Clariana, en que me abraso.
- Ped.* Pues aduertid que el Conde no Perdona
traça ni diligencia
en orden a prender vuestra persona,
que en la sierra he encontrado yo estos dias
diferentes espias
contra vos despachadas
a las tierras vezinas y apartadas;
si como, por gozar la luz hermosa
en que se ha de abrasar la mariposa,
os tiene de Clariana el amor ciego
preso al mismo peligro al mismo fuego:
huyd de la prision y de la pena,
y lleuad con vos mismo la cadena:
robemos a Clariana:
casi cien hombres tengo ya valientes
a mi imperio obedientes;
que mi fama acrecienta cada dia
mi fuerte compañia:
si dellos y de mi quereys valeros
del Conde injusto y aun del mundo todo
es facil en la sierra defenderos.
- Gar.* Si como me està bien vuestro consejo,
se conformasse en el Clariana hermosa,
que suerte mas dichosa?
su gusto es, Pedro amigo,
ley de mi voluntad, norte que sigo.
- Ped.* Tieneos amor?
- Gar.* Si mi aficion pagara,
que desdichas llorara?
- Ped.* En pena pues de su rigor injusto,
rinda a la fuerça, lo que niega al gusto;
proponelde el intento,
y redimid la vida y el tormento.
- Gar.* Hermosa prenda mia,
perdona, si vn amor, que desconfia
de ablandar tu esquiueza,

- conquista con agrauios su belleza;
connmigo he de lleuarte.
- Ana.* Que dizes, Garceran?
- Gar.* Digo que muero;
y pues que desespero,
señora, de obligarte,
ni te admires, ni culpes la fe mia,
si emprendo por viuir tal grosseria.
- Ana.* Primero en mil pedaços
me veràs diuida, que en tus braços.
- Ped.* Ello ha de ser al fin, Clariana hermosa,
y donde la eleccion no se permite,
en vano estàs dudosa.
- Ana.* Vos soys amante, Garceran? vos noble?
de que rustico roble
las entrañas teneys? que bruto ofende
al mismo dueño que obligar pretende?
que vitoria, que palma
lleua el amor injusto
de voluntad sin gusto,
alma sin voluntad, cuerpo sin alma?
y si sabeys de honor, como lo fio
de vuestra ilustre sangre, porque el mio
con tan infame accion quereys quitarme?
ofenderme es amarme?
- Ped.* Tu resistencia es vana;
que honor ha de tener vna villana,
que no de ilustrado,
teniendo por galan tal cauallero?
- Ana.* Y si por dicha el traje os ha engañado,
y le ygualo en nobleza, acaso espero
que de mi condolidos
deys a mi mal piadosos los oydos?
- A parte.*
- Ped.* Valgame Dios, con mil sospechas lucho;
habla, que ya te escucho
inclinado a ampararte, si mereces
en lo que ocultas, mas que en lo que ofreces.
- A parte.*
- Ana.* Rompa aquí los candados el secreto,
si solo ya el librarne
de tan estraño aprieto
consiste en declararme;
oyd pues, que yo espero,
si las entrañas no teneys de azero,
que han de mostrarse pias,
sino a mi sangre, a las desdichas mias.
Esta vil corteza,
este rudo traje,
nubes son del sol,

y del oro engastes.
No es la vez primera
que fieros combates
de fortuna obligan
a ocultos disfraces.
Mi nombre es doña Ana
Ramirez, mi padre
fue Beltran Ramirez,
de Madrid Alcayde.
Su infeliz historia
no es bien que os relate,
pues le dà la fama
eternas edades.
Escuchad la mia,
pues sola es bastante
a mouer a llanto
duros pedernales.
Quando la fortuna
con viento suaue
a mi ilustre casa
diò prosperidades.
El Conde don Iuan
diò en solicitarme,
señor con poder,
y galan con partes.
Mas mis resistencias,
puesto que le amasse,
nada desmintieron
a mis calidades.
Y assi con su firma
se obligò a casarse
connigo, por verme
a sus ruegos facil.
Diò la buelta entonces
la rueda mudable,
de aquella que ciega
sus dones reparte.
Muriò en el suplicio
mi inocente padre,
lamentable efeto
de la embidia infame.
Mi hermano Fernando,
de quien los diamantes
tiernamente lloran
el fin miserable,
teniendo noticia
de que era mi amante
el Conde, y temiendo
mi afrentoso vltraje,
porque en ningun tiempo

pudiesse gozarme,
venenos preuiene,
que mi vida acaben.
Piadoso me auisa
el mismo, a quien haze
secreto ministro
de tales crueldades.
Y conficionando,
para prepararme,
antidotos fuertes,
que su fuerza atajen.
El mortal licor
mi hermano me trae,
necia medicina
de calamidades.
Beuilo, y fingiendo
entre ansias mortales
despedir la vida,
pude asegurarme.
Que el al mismo punto
de mi casa parte,
a buscar la muerte
que Castilla sabe.
Yo con los temores
de infortunios tales
y con las afrentas
de mi ilustre sangre
la ficcion prosigo,
y para ocultarme,
de Madrid me ausento,
mudo nombre y traje.
Mas tan duras penas,
tan fieros desastres
a no amar al Conde
no fueron bastantes.
Antes lo aumentaron
las aduersidades,
buscando en sus bienes
remedio a mis males.
Que con pena y miedo,
sin honra y sin padres,
por vnico asilo
escogi a mi amante.
Reuelèle el caso,
de mi casa parte,
quando el daua al ayre,
llorando mi muerte,
quexas lamentables.
Con nuevas promesas
boluiò a asegurarme,

engaños agora,
si entonces verdades.
Y assi su poder
mi amor y mis males,
del honor y el alma
le hizieron Alcayde.
Mudose a Segouia
la Corte, y yo, en traje
de villana, sigo
mi adorado amante;
y el para poder
mas libre gozarme,
en esta aldehuela
quiso que habitasse.
Ya son siete Estios,
los que esos crystales
de la sierra han dado
licor a su margen,
despues que en promesas
paga mis verdades,
pena de quien fia
lo que tanto vale.
Estos son mis casos,
mi estado y mi sangre,
si a piedad os mueuen
desuenturas tales,
amparadme humanos,
o fieros matadme,
pues la muerte es puerto
de calamidades.

Ped. Que tu eres doña Ana?

Ana. Diganlo mis males.

Gar. No han visto los siglos
caso mas notable.

Ped. Que al Conde engañoso
tu honor entregaste?

Ana. Desdichas lo hizieron,
que no liuiandades.

A parte.

Ped. Que maquinas formas,
y que enredos hazes,
vil fortuna, solo
en mi mal constante,
para perseguirme?
estoy por sacarle
mi sangre del pecho;
mas bien es que trace
medios que a su honor
den remedios, antes
que a su error castigos;

podeys perdonarme
Garceran, que es fuerça
que a doña Ana ampare.

Gar. Lo mismo pretendo;
que a su hermano y padre
tuue obligaciones
y deui amistades
tan grandes, que dado
que es mi amor tan grande,
morirè, primero
que su ley quebrante.

Ped. Son correspondencias,
a quien soys, yguales;
tu, doña Ana hermosa,
escuchame a parte.

Apartanse.
A mi me han mouido
tus aduersidades,
como a quien se informa
de tu misma sangre.
Quien soy, es forçoso
que agora te calle,
defender tu honor,
pienso que es bastante
para prueua dello,
y para que aguarde
que este beneficio
con otro me pagues.

Ana. Si el honor te deuo,
no ay dificultades,
que por ti no vença.

A parte.
Ped. No es bien declararle
mi intento, que al Conde,
puesto que la agrauie,
adora, y no guarda
secreto vn amante.
Valgame la industria;
doña Ana, ampararme
del Conde pretendo,
para que el me alcance
con el Rey perdon
de las culpas graues,
a que me ha obligado
este oficio infame.
Y para este efeto
quiero que te encargues,
quando el venga a verte,
de hazer auisarme.
Que a sus pies prostrado,

no dudo, si sabe
que por prenda suya
hize respetarte,
que esta obligacion
como noble pague.

Ana. Corto premio pides
de merced tan grande;
pero dime, a donde
embiarè a auisarte?

Ped. En la cruz que al cerro
la cabeça parte,
me busque, o me espere,
quien lleue el mensaje;
y tenga en la mano
por seña este guante,

Dale vn guante.

que siempre a la vista
tendrè, quien le aguarde.

Ana. De mi obligacion
confiado parte.

Ped. Boluelde las joyas.

Ana. El ciclo te guarde;
y tu, Garceran,
pues mi historia sabes,
mi rigor perdona;
que ya que no amante,
quedo agradecida.

Vase, y Florinda.

Gar. Ruego a Dios que alcances
el fin que pretendes;
que el tiempo mudable
no borrarè las deudas
que tengo a tu sangre.

Ped. Si quieres pagallas,
y de los combates
que tu vida emulan,
intentas librarte;
huye los peligros,
y ven donde mandes
mi valiente esquadra.

Gar. Pues ya no ay que aguarde
mi abrasado amor,
fuerça es que me ampare
de ti y de tu gente.

Ped. Ven pues, que si valen
industria y valor,
presto pienso darte
de mi amistad firme
mas claras señaes.

Cam. Cornejo, por Dios

que echamos buen lance. *Vanse.*

Salen Chichon con otros dos. 1. 2. de salteadores.

Chich. En esta inculta aspereza
los auemos de encontrar.

1. Temo que te has de turbar.

Chich. Mal sabeys la sutileza
del ingenio de Chichon,
en engañar y fingir,
parias me puede rendir
el Griego astuto Sinon;
no me mandeys pelear,
que lo demas sabrè hazer.

2. A ti toca el disponer,
y a nosotros el obrar.

Chich. El enredo he ya traçado,
de suerte que me creyera
Pedro Alonso, aunque estuuiera
de nuestro intento auisado;
pero aguardad, que he sentido
entre estas peñas rumor.

Salen Camacho, Cornejo, y Xaramillo, con mascararas, apuntando con los arcabuzes.

Cam. Hidalgos, rindan las armas.

Chich. Esperad, que soy Chichon;
si es de vosotros alguno
Pedro Alonso mi señor,
todos somos de la carda,
todo viuiente es ladron;
descubrirse puede el rostro,
que de su fama la voz
traxo a los tres, a aumentar
el numero salteador.

Cam. Bien podemos descubrimos.

Quitanse las mascararas.

Chich. Es Camacho?

Cam. Si, yo soy.

Chich. Es Cornejo?

Cor. Y Xaramillo.

Chich. Y mi amo?

Cam. Aqui quedò
con su querida Teodora;
pero ya vienen los dos.

Salen Pedro, y Teodora de hombre.

Corn. Ya tenemos Capitan,
tres soldados mas.

Ped. Chichon,
en mis manos has caydo.

Chich. Si, mas fue por querer yo
hazer dellas fuerte escudo
contra la persecucion,
que por serte tan fiel,

mi cabeça amenaçò;
 pero conoce y recibe
 en tu amistad a los dos,
 que luego de nuestros casos
 te harè larga relacion.

1. Huyendo de la fortuna,
 vengo a ampararme de vos,
 por dar con tal Capitan
 al mismo infierno temor.

Chich. No tiene mas de seys muertes
 el amigo.

Ped. Seys?

Chich. Las dos
 en el campo cuerpo a cuerpo,
 y las quatro de antubion.

2. De vn poderoso enemigo
 la ventaja, no el valor
 me obliga a buscar defensa
 en vuestro fuerte esquadron.

Chich. El que ves, a vn mayorazgo
 le dexò, de vn bofeton
 hecha la boca Origuela,
 que toda la despoblò.

Ped. Con tan valientes soldados
 ya me juzgo vencedor,
 de quantos Reynos visita
 la luz hermosa del sol.

Chich. Es por dicha mi señora,
 la que miro?

Teod. Si, Chichon.

Chich. Quien se podrà defender
 de tan bello salteador?

Cantan dentro.

Musi. Ya se salen de Segouia
 quatro de la vida ayrada,
 el vno era Pedro Alonso,
 Camacho el otro se llama.
 El tercero es Xaramillo,
 y Cornejo es el que falta,
 todos quatro mata sietes,
 valentones de la fama.
 Rompiendo los embaraços,
 y quitandose las trauas,
 a pesar de guardianes,
 se escaparon de la jaula.
 Pidieron Embaxador,
 y dando salto de mata,
 fueron a ser gauilanes
 del cerro de Guadarrama.
 Despoblado està el bureo,

desierta queda la manfla,
 la xacarandina triste,
 y sin abrigo las hachas.
 Las plumas se han atutado,
 y aborrascado las varas,
 vnas recorren las cuevas,
 y otras escriuen las causas.
 Triste de aquel que agarraren
 los pescadores de caria,
 que al son de vna cuerda sola
 harà en el ayre mudanças.

Cantando.

Chich. Antes cieguen que tal vean,
 quantos oyen lo que cantas.

Ped. Este no nos tiene miedo,
 pues que por la sierra passa
 cantando seguramente.

Chich. No deue llevar blanca.

Ped. Salilde al passo los tres,
 y venga aqui, que me agrada
 el romancillo, y desseo
 escuchalle lo que falta;
 demas que me ha parecido
 correo de apie, y las cartas
 quiero ver, que me seran
 por ventura de importancia.

Vanse Camacho, Cornejo, Xaramillo.

Cam. Vamos.

Chich. El os ha sentido,
 y ya sus pies lleuan alas.

Ped. Seguilde, no le dexeys
 de alcançar, aunque a las faldas
 llegueys, que con sus crystales
 fertiliza Guadarrama;
 que pues huye tan ligero,
 y tan medroso se guarda,
 algo lleua de valor.

Chich. Hombre, eres liebre, eres cabra?
 eres pelota de viento?
 bolando las peñas passa,
 y del bote que dà en vna,
 tan ligero en otra salta,
 o que son de corço sus pies,
 o son los riscos de lana.

Ped. Hijos son del viento mismos
 los que le van dando caça;
 en vano escaparse intenta.

Chich. Ya, ni aun la vista lo alcança.

Ped. Mientras bueluen con la presa,
 concede, prenda del alma

- tu regaço a quien te adora.
- Teod.* Sentemonos, y descansa
vn rato de tantas penas,
y de vigalias tan largas.
- Sientase Teodora, y Pedro dexa el arcabuz, y recuestase en su regaço.*
- Chich.* Esta es la misma ocasion,
amigos, sus camaradas
van tan lexos, que no pueden
socorrerle; yo en la cara
le echarè este capotillo,
y vos quitalde las armas;
vos a Teodora tapad
la boca y amenazalda
con la muerte, si dà voces.
- I.* Bien has dicho, llega; acaba.
- Chich.* Animo pues, que yo tiemblo
desde el cabello a la planta;
que no podràs, vil codicia,
en la condiciòn humana?
- Llega con el capotillo en las manos.*
- Ped.* Que es esso, Chichon?
- Chich.* Señor,
contemplo que es dura cama,
la que te dà esse peñasco;
y assi pretendo que hagan
alfombra este capitolio,
sino colchon, tus espaldas.
- Ped.* No es menester; ya los riscos
me conocen, que son blandas
las peñas, a los trabajos
que me oprimen comparadas.
- Chich.* Que trabajos? has parido?
que en el mundo no me espanta
otro a mi.
- I.* Chichon, que es esto?
agora el valor te falta?
- Chich.* No os espanteys, que me ha echado
vnos ojos, que bastaran
a dar miedo al mismo infierno;
mas esta vez esta hazaña
se ha de acabar.
- Buelue a llegar como a echalle el capotillo en los ojos.*
- Ped.* Aun porfias, Chichon?
- Chich.* Señor, en la cara
te dan los rayos del sol,
y hazerte sombra intentaua.
- Ped.* O que oficioso que està!
de quando acà me regalas,
Chichon, con tanto cuydado?
- Chich.* Agora ay mas justa causa,

- que tu vida y tu salud
nos son de tanta importancia.
- Ped.* Dexa de cuydar de mi.
- Chich.* No puedo hazer lo que mandas,
que eres mi amparo.
- 1.* Chichon,
siempre al llegar, te acouardas?
- Chich.* Si, camaradas, que tiene
la muerte muy mala cara.
- 1.* Pues los dos le prenderemos,
y tu a Teodora.
- Chich.* Eso vaya,
que con ella bien me atreuo
a hazer singular batalla.
- Echanle los dos el capotillo en la cara, y atanle las manos atras con la cuerda del arcabuz, y Chichon a Teodora.*
- Ped.* A traydores.
- Te.* Que es aquesto?
- Chich.* Es tu muerte, sino callas.
- 1.* No resista, sino quiere
que le abramos puerta al alma.
- 2.* Atalde las manos, presto.
- 1.* Este es el fin de quien anda,
Pedro Alonso en tales passos.
- Chich.* Perdonad, que el Rey lo manda.
- 2.* Atalde bien.
- 1.* Con la cuerda
del arcabuz enlazadas
sus manos, seràn de Alcides,
si la rompe, o se desata.
- 2.* Empiecen a caminar.
- 1.* Espuela serà esta daga,
si perezosos se mueuen.
- Chich.* Malos años, como brama!
paciencia, Pedro; que al fin
quien mal anda, mal acaba.

Acto tercero

Salen por vna puerta vn Passagero, y por otra vn Ventero vejete con vn velon encendido, ponelo sobre vna mesilla de venta.

- Pas.* Ventero, ha Ventero.
- Vent.* Necio, ya lo se.
- Pas.* Acà estamos todos.
- Vent.* Otro, que entraua en galeras

- a remar, dixo lo proprio.
- Pas.* Pepita.
- Vent.* En quien me maldize.
- Pas.* Aurà que cenar?
- Vent.* Vn rollo
de congrio no faltará.
- Pas.* Pullas a mi, purgatorio
de caminantes?
- Vent.* Espinas,
que no pullas, tiene el congrio.
- Pas.* Que santa sinceridad!
por esso os tienen por bouo.
- Vent.* El oficio lo requiere;
mas vos, que tan malicioso
hablays, quien soys?
- Pas.* Yo soy sastre.
- Vent.* Yo Ventero, vamos horros;
pero de donde venis?
- Pas.* De esse alcaçar sumptuoso,
a quien dan luziente espejo
buelto en crystal los copos.
que en el abrasado Estio
harta a la sierra esse arroyo.
- Vent.* Essa hermosa recreacion
es de Pedro de los Cobos.
- Pas.* Hase retirado a ella
melancolico y ansioso,
dizen que de hypocondria,
el Conde don Iuan; aunque otros
dizen que su padre assi
por traessuras de moço
le castiga, y he venido
a hablarle en cierto negocio.
- Salen Chichon, y sus compañeros. 1. 2 y Pedro, y Teodora, atadas las manos otras como los prendieron.*
- Chich.* Esta venta està dos leguas
de Segouia, en ella vn poco
descansaremos, y a la hambre
le demos algun socorro,
pues estamos ya seguros.
- 1.* Bien dizes.
- Chich.* Hoste, bon chorno.
- Vent.* Si aqui ay bochorno, en la sierra
no estareys tan caloroso.
- Chich.* Hoste.
- Vent.* Os quemo?
- Chich.* E qual que cosa, que manchar?
- Vent.* Azeite es proprio para manchar.
- Chich.* No me entiendes,
venterico de mis ojos,

- que te hablo en Italiano?
Vent. Pues hagase a zaga vn poco,
 que requebrarme, y hablarme
 Italiano, es peligroso;
 mas quien es, el de las manos
 atadas?
- Chich.* Es el demonio,
 el Texedor de Segouia.
- Vent.* Ha en hora mala; mas como
 no me pedistes albricias?
 que estoy de contento loco;
 ya està metido en la trena
- Canta, y bayla.*
 el valiente Pedro Alonso.
- Chich.* Loco està el viejo.
- Vent.* No es mucho,
 que ha mil dias que no como,
 que de temor no llegaua
 a esta venta vn hombre solo.
- 1.* Dadnos que cenar de albricias.
- Vent.* De vn cebon os darè vn lomo;
 en lo tierno Portugues,
 y Prouincial en lo gordo;
 que cara tiene el vellaco!
 hombre, dime, que demonio
 te engañaua?
- Chich.* No espereys
 que os responda mas que vn tronco,
 que en prendiendole, calò
 la visera, y cerrò el morro,
 y no ha hablado vna palabra.
- Vent.* Dezidme, quien es el otro?
- Chich.* Es vn camarada suyo.
- Vent.* Triste del, que es como vn oro;
 que digo? guardaos de hablar
 en Italiano a este moço. *Vase.*
- 1.* Mientras doy priessa a la cena,
 quedad de guarda vosotros. *Vase.*
 Pas. No me direys de que suerte
 pudistes prendelle?
- 2.* Todo
 lo alcança la humana industria;
 escuchad, y sabreys como.
- Ponense en corro a hablar 2. y Chichon, y el passagero, y llegase Pedro al velan, y quemase los lazos en el.*
- A parte.*
Ped. Dadme fauor, santos cielos,
 que mientras hablan, dispongo
 que el fuego deste belon
 me dè remedio piadoso,

aunque las manos me abrase:
que si las desaprisiono,
hechos ceniza los lazos,
han de hazer, del fuego propio
en que ellos se abrasen, rayos
con que a mis contrarios todos
fulmine mi ardiente furia:
elemento poderoso,
esfuerça la accion voraz
tu, que los humedos troncos,
los azeros, los diamantes
sabes conuertir en poluo:
ha pese a tu actiuidad:
todo me abraso, y no rompo
los lazos: fuego enemigo,
dante pasto mas sabroso
mis manos, que essas estopas,
que te suelen ser tan proprio,

Desatase.

alimento? ya estoy libre.
Agora si que quantos monstrros
de Egypto beuen las aguas,
pacen de Hyrcania los sotos,
se oponen a mi furor,
los harè pedaços todos.

Pas.

Dicha fue que le dexassen
sus camaradas tan solo,
para prenderle.

Chich.

Obra fue
de Dios, que ordenò piadoso,
que pague tan gran vellaco
tantos insultos y robos.

Saca Pedro la espada al passagero, y acuchillalos.

Ped.

Agora lo vereys, perros.

Chich.

Ay de mi! perdidos somos.

2.

Aqui del Rey.

Ponese Chichon al lado de Pedro.

Chich.

Ha gallinas,
a mi amo Pedro Alonso
os atreuistes? a ellos,
que a tu lado estoy.

Teod.

Socorro, cielos.

Dale a Chichon.

Ped.

Ha traydor.

Chich.

Assi
me pagas, quando me pongo
a tu lado?

2.

Muerto soy.

Vent.

Toca a la hermandad, Bartolo.

Vanse.

Salen el Conde, y Fineo de Campo.

Fin. Alegre noche.

Cond. A no estar
yo tan triste, alegre fuera,
mas las luzes de su esfera
no se pueden ygualar
en numero a mis pesares:
como ni a la causa dellos
se ygualan en rayos bellos
sus hermosos luminares.

Fin. Famosa recreacion
es esta de Cobos.

Cond. Buena,
si hiziesse vn punto mi pena
treguas con mi coraçon.

Fin. Quieres, Señor, que con juegos
te diuiertan los criados?
y que alumbrando estos prados
con luminarias y fuegos,
te entretengan?

Cond. No, Fineo:
antes al campo sali,
por dar mas lugar aqui
a que me mate el desseo.

Fin. No fuera malo traer
a Clariana de la aldea.

Cond. No la nombres, si dessea
tu priuança no perder
el lugar que en mi te doy,
todo lo que no es hablar
de Teodora, es aumentar
pena al infierno en que estoy.

Fin. El Moro dizen, señor,
que a Madrid tiene sitiado.

Cond. No me dieran mas cuydado
que sus flechas, las de amor?

Fin. Tambien publica la fama
que contra Segouia tiene
el mismo intento, y que viene
marchando hàzia Guadarrama.

Cond. A manos de amor he muerto,
y no temo a Marte ya.

Fin. El Rey dizen que saldrà
mañana a ocupar el puerto
para impedir el passo
a las Moriscas banderas.

A parte.

Cond. Ha Teodora, si supieras
quan ciegamente me abraso!

A parte.

Fin. Al fin es vana intencion,
 tocando vna y otra historia,
 diuertir de su memoria
 la enamorada passion:
 mas que luzes son aquellas,
 que en el valle resplandecen,
 y exalaciones parecen
 en el curso, sino estrellas.

Dentro gritando.

Vno. A la quinta.

Otro. Al valle.

Otro. Al prado.

Sale Pedro con le espada quebrada.

A parte.

Ped. Cielo santo, donde irè?
 como librarme podrè,
 de tanta gente cercado?
 imposible es resistir,
 que me ha llegado a faltar
 la espada para esperar,
 y el aliento para huyr.
 Si ay en vosotros piedad,
 si noble sangre os anima,
 si ageno mal os lastima,
 a vn desdichado amparad.

Cond. Quien soys?

Ped. Si teneys valor
 basta ser vn perseguido
 de mil contrarios, que os pido
 contra su furia fauor:
 si aueys de hazerlo, mirad
 que ayrados y temerarios
 se acercan ya mis contrarios.

Cond. En esse quinta os entrad,
 que yo os librarè.

Ped. Yo espero
 que sereys sagrado mio,
 sin saber de quien, me fio,
 por ser el lance postrero. *Vase.*

Salen el Ventero, el compañero I. de Chichon, y otros villanos con armas, hachones de paja, y Teodora atada, van a entrar por donde Pedro, y detienenlos el Conde, y asomase Pedro a la ventana.

Vent. O la tierra lo ha tragado,
 o en esta quinta se esconde,

Cond. Aguardad.

Vent. Quien es?

Cond. El Conde.

A parte.

Ped. Ay hombre mas desdichado?
 en manos de mi enemigo

- he dado.
- Cond.* Es Celio.
- I.* Señor,
Celio soy, que al Texedor
con toda esta gente sigo;
con Teodora le traía
preso, y haziendo pedaços
en essa venta los lazos,
que Alcides no rompería,
y sacando de la cinta
la espada a vn huesped, hiriendo
y matando, escapò huyendo:
y sino està en esta quinta,
es cierto que se ha librado.
- Cond.* Y Teodora?
- I.* Vesla aqui.
- A parte.*
- Ped.* Todo el infierno arde en mi.
- A parte.*
- Cond.* Pues la palabra que he dado,
le cumplirè al Texedor,
que soy noble, y pues alcança
a Teodora mi esperança,
ni mi amor, ni mi rigor
le quieren dar mas castigo.
El, sin ser visto de mi,
no ha podido entrar aqui,
quede Teodora conmigo,
y proseguid en buscallo.
- I.* Vamos. *Vase.*
- Vent.* A fe de ventero
de no dar a passagero
vino puro antes de hallalle.
- Vase y los villanos.*
- Cond.* Llega, que ofendido estoy,
Teodora, de estos laços
- Desatala.*
- presuman prender los braços,
cuyo prisionero soy.
- A parte.*
- Ped.* Que harè sin armas, zeloso,
y en poder de mi enemigo?
que aunque se mostro conmigo
tan noble, humano, y piadoso,
en ocultarme a la gente
que me sigue, ya cumpliò
la palabra que me diò:
y agora temo que intente
sus venganças en mi vida,
y en Teodora mis agrauios.

Cond. Mueve los hermosos labios,
no te muestres ofendida
de que te adore, y adierte
que está en mi poder tu amante:
y si resistes constante,
te he de obligar con su muerte
a olvidalle y a quererme,
y que al fin para vencer,
la fuerza me ha de valer,
sino puede amor valerme,
llama al Texedor, Fineo.

Fineo se va.

A parte.

Ped. Esto es hecho. *Vase.*

A parte.

Teod. Ay, dueño mio,
no librarte, es desuario,
del peligro en que te veo,
librete yo, que despues
sabre morir resistiendo:
no pienses, Conde, que ofendo
con el silencio que ves,
a la estimacion deuida
a tu amor y tu grandeza:
antes viendo mi baxeza,
auergonçada y corrida
de no auer antes tu amor,
como era justo, pagado,
y de auerte despreciado
por vn baxo Texedor,
negaua a la boca el pecho
atreuimiento de hablarte.

Cond. Si ya merezco ablandarte,
obligado y satisfecho
de tu resistencia estoy,
pues ella misma, la gloria
aumenta de la victoria.

Teod. No lo dudes, tuya soy.

Salen Pedro y Fineo, y otros criados.

A parte.

Ped. Tal escucho? ha vil muger,
ha mudable, ha fementida.

Cond. No la injurias, si la vida
tambien no quieres perder,
de la gente, que venia
siguiendote, prometi
librarte, ya lo cumpli,
y si agora tu osadia
la ofende, o me ofende, piensa
que puedo, sin quebrantar

mi palabra, executar
el castigo de mi ofensa.

Fin. Estad todos con cuydado,
que es demonio el Texedor.

Ped. Que nobleza, que valor
muestra el auerme librado
de mis contrarios, si aqui
deslustras essa piedad,
y executa tu crueldad
mas fiera vengança en mi?
que alabança solicitas
de la fe que me cumpliste,
pues si la vida me diste,
el alma en cambio me quitas?
mas no de ti, fementida,
de ti me quiero quejar.

A parte.

Teod. Temo que le ha de costar,
el injuriarme, la vida,
necio, di, que confiança
te ha dado a entender jamas
que yo no estimasse mas
cumplir la justa esperança
del Conde, que ser constante
a la fe de vn Texedor?
tan ciega estoy de tu amor;
que a vn gran señor, que es Atlante,
en que estriba dignamente
el peso desta corona,
prefiera la vil persona
de vn bandido delinvente?
conocete, presumido,
confiado, buelue en ti:
que el seguirte yo hasta aqui,
no amor, sino fuerça ha sido,
y assi el furor que te anima,
solo fabrica tu daño:
goza pues del desengaño,
y como a prenda me estima
del Conde ya, o viue el cielo,
si me buelues a injuriar,
que yo misma he de manchar
de tu infame sangre el suelo.

Ped. Tal escucho?

Cond. Que merezco
tan gran fauor de tus labios?

Ped. Ya con tan fuertes agrauios
mi misma vida aborrezco:
empieça a matarme, fiera,
que ya yo empieço a ofenderte:

y alegre aguardo la muerte,
como injuriandote muera,
vil, infame.

Sacan las espadas.

Cond. El sufrimiento
me falta ya, muera.

Teod. Conde,
tente, que no corresponde
a tu grandeza, esse intento,
que en vn rendido manchar
tu azero, no es honra tuya
y para mas pena suya
yo misma le he de matar;
dame essa espada.

Toma la espada a vn criado, y haze como que acomete a Pedro, y passase a el, y dale la espada, y vase.

Ped. Ha enemiga,
cielo santo, para quien
guardays los rayos?

Teod. Mi bien,
tomala, y porque no siga
mis medrosos pies el Conde,
la puerta defiende, en tanto
que en su tenebroso manto
la noche negra me esconde. *Vase.*

Cond. Ha engañadora!

Acuchillanse.

Ped. Huye, honor de mugeres.

Cond. Muera, muera, y seguilda.

Entranse retirando de Pedro.

Ped. Sino fuera
el que suele mi valor,
la pudierades seguir,
matandome a mi primero,
por la punta deste azero
al campo aueys de salir.

Cond. Furia del infierno es.

Ped. Presos aueys de quedar,
el passo he de assegurar
con las manos a los pies. *Vanse.*

Salen Garceran, Camacho, Cornejo, y Xaramillo.

Gar. Soldados, marchad a priessa,
agora, amigos, agora
de nuestro agradecimiento
den testimonio las obras.
Vuestro Capitan va preso
a cuyo valor deudoras
son las mas de vuestras vidas
del libre estado que gozan.
Agora pues a la suya

las sacrifiquemos todas,
porque a la ley de amistad,
como deuen, correspondan.
Apressuremos el passo,
que antes que llegue a Segouia,
espero restituyllo
a la libertad preciosa.

Cor. Viue Dios, que hemos de entrar,
aunque la Corte se ponga
en arma, a la carcel misma,
si la suerte rigurosa
impide que le alcancemos.

Gar. Entre las obscuras sombras
viene pisando la falda
de la sierra vna persona.

Cor. Vn hombre es solo, y a pie.

Gar. Llamemosle pues, que importa
informarnos del, si viene
por ventura de Segouia.

Sale Teodora.

Teod. Ay de mi! perdida soy.

Gar. Hombre, no huyas, reporta
el receloso temor,
y la turbacion medrosa.
Y dinos, si has encontrado,
y a donde llegara ahora
la gente que lleua preso
al Texedor de Segouia.

Teod. Engañame mi desseo?
o es Garceran?

Gar. Es Teodora?

Teod. Teodora soy.

Gar. Pues que es esto?
como vienes libre y sola?
que ay de Pedro?

Teod. Hàzia la quinta,
que al pie de la sierra borda
esse arroyo, que en las peñas
haze de cristal aljofar,
caminemos, que por dicha
vuestro socorro le importa:
y refiriendo os irè
en el camino su historia.

Gar. Vamos a priessa, mas dinos
si queda libre.

Dentro lexos.

Ped. Teodora.

Teod. Ay cielos! su voz es esta.

Ped. Teodora.

Mas cerca.

- Teod.* Suerte dichosa
libre está Pedro.
- Llamale.*
- Gar.* Otra vez
le llama, porque conozca
tu voz, y siga sus ecos.
- Teod.* Pedro.
- Cond.* Ya de entre las rocas
sale al camino.
- Gar.* Llegad,
que aquí vuestra esquadra toda
os aguarda.
- Sale Pedro con vna espada desnuda.*
- Ped.* Es Garceran?
- Gar.* Y vuestra gente.
- Teod.* Y Teodora. Dame los brazos.
- Cam.* Y a todos
los que en tu dicha se gozan.
- Gar.* Supimos de vn pasajero
que os lleuauan a Segouia
presos, y juntando al punto
vuestra quadrilla animosa,
partimos en vuestro alcance.
- Ped.* Mi valor me dio vitoria
de aquellos traydores viles,
que con industria aleuosa
me prendieron: y despues
me dio la vida Teodora,
honor de su patria, afrenta
de las Romanas matronas.
Al Conde, y a sus criados
dexo encerrados agora
en la quinta por defuera.
Amigos, si en la memoria
teneys lo que os he seruido,
en esta ocasion me importa
que vuestro agradecimiento
en los efetos se conozca.
- Gar.* La preuencion es agrauio,
la duda ofensa notoria
para quien la vida os deue.
- Cam.* No ay aqui quien no se oponga
por vos a la muerte misma.
- Cor.* Todos por vos se conortan
a dar guerra al mismo infierno.
- Xar.* Prueua tu gente animosa.
- Ped.* Seguidme pues.
- Gar.* Donde vamos?
- Ped.* A hazer que el mundo conozca
el valor que esconde el pecho

del Texedor de Segouia. *Vanse.*

Salen el Conde y Fineo.

Cond. Mal reposa vn agrauiado:
mal sossiega vn ofendido,
de auergonçado y corrido
no ha permitido el cuydado
a mis ojos vn momento
de sueño, que pueda tanto
vn hombre vil, cielo santo?
de tener vida me afrento.

Fin. Toda la noche, señor,
sin reposar, has passado.

Cond. Ojalà, que huuiera dado
fin a mi vida el dolor.
Ojalà, quando me veo
de vn vil Texedor vencido
mi vida huuiera dormido
el postrer sueño, Fineo.
Que vna muger me engañasse!
que vn hombre vil me venciesse!
que en mi poder le tuuiesse
y la ocasion no gozasse!
Ha cielo ayrado y cruel,
si os ofende nombre igual,
dadme ya el vltimo mal,
y os dirè piadoso en el.
Oy me matad, cielos, oy
me matad: haz preuenir
cauallos, en que partir
a la Corte, pues estoy
obligado a acompañar
al Rey, que oy parte a la sierra.

Vase Fineo.

Que hazañas harà en la guerra,
que Moros ha de matar
vn hombre, cuyo valor
con ventaja tan notoria
no pudo llevar vitoria
de vn humilde Texedor?

Sale Chichon entrapajada la cabeça con baculo macilento.

Chich. A besar llega tus pies
la sangrienta calauera
de tu criado: pondera
qual me viste, y qual me vès,
por cumplir tus intenciones.

Cond. Chichon.

Chich. Ya puedes passar
al plural del singular.
Llamame, señor, Chichones.
Preso el Texedor, y presa

Teodora, se desató
por Ensalmo: y empecò
a matarnos tan a priessa
las pulgas, que los venteros
de sangre de mis costillas
dieron en hazer morzillas
que coman los pasajeros.

Sale Fineo.

Fin.

Perdidos somos, señor,
que vn gran esquadron de gente
mascarada y diligente
ha cercado al rededor
la quinta: y poniendo guardas
a las puertas, con violento
furor, viene a tu aposento.

Cond.

Que temes? que te acobardas?
a mi quien se ha de atreuer?

Sale Pedro con toda su gente, con mascararas puestas, y doña Ana.

Gar.

Aqui està el Conde.

Chich.

Sin duda
es el Texedor, ayuda,
cielos, quierome esconder
tras la cama del Conde:
aqui pagareys, Chichon,
tarde, o presto a la traycion
el castigo corresponde. *Vase.*

Cond.

Hombres, quien soys? que quereys?
que con tan loca osadia
el respeto y cortesia
a mi grandeza perdeys?

Ped.

No admireys mi atreimiento,
que yo aqui para con vos
de la justicia de Dios
soy vn humano instrumento.
Y aunque vale tanto el nombre
que os dà el mundo, viene a ser,
en queriendole ofender
el mayor señor vn hombre.
Conoceys esta villana?

Cond.

Bien la conozco.

Ped.

Sabeys
que es esta muger que veys
en traje humilde, doña Ana
Ramirez, cuyo linaje
es yqual, si no mejor
que el vuestro? y que vuestro amor
la disfraça en este traje?
Dando a sus prendas perdidas,
por ser en vos empleadas,
esperanças engañadas,

- y promesas mal cumplidas.
Cond. Yo a doña Ana?
Ped. Yo no espero
aquí vuestra confession,
que plenaria informacion
basta a mouer el azero.
Dalde pues, Conde, al momento
la mano que le deueys,
o a vuestro suplicio hareys
teatro deste aposento.
- Al Conde.*
Fin. Sin duda es el Texedor
en la voz, y pues es vano
resistir; dale la mano.
Libra tu vida, señor,
del gran peligro que ves,
pues siendo obligado a ello
con violencia, el deshazello
sera tan facil despues.
- Cond.* Bien dizes, llega, doña Ana,
que felizmente se emplea
en ti mi mano, no sea
tan justa esperança vana.
- Ana.* Bien sabes, Conde y señor,
que quando no te obligara
tu palabra, y fe, bastara
a merecerte mi amor.
- Danse las manos.*
Cond. A tu firmeza es deuida
tan justa correspondencia.
- A parte.*
Ha enemiga, esta violencia
me pagareys con la vida:
mi mano es esta: ya soy
tu esposo.
- Ana.* Y yo venturosa,
pues doy la mano de esposa,
a quien mi vida y alma doy.
- Ped.* Dexadnos solos agora,
que al Conde tengo que hablar.
- A parte.*
Fin. Mas queda que aueriguar?
A parte.
Cond. Por ti, enemiga Teodora,
vengo a tan pesado lance.
- A parte.*
Ana. Pedir le querra sin duda
que con el Rey le dê ayuda,
para que perdon alcance.
Mas no le huiera ofendido,

si esta fuera su intencion
en medrosa confusion
lleuo anegado el sentido.

Vase, y todos quedan Pedro y el Conde.

A parte.

Cond. No espere suerte mejor,
quien desenfrenado yerra,

Haze Pedro que cierra las puertas.

vna y otra puerta cierra
por dentro el Texedor.
Al cielo tiene enojado
mi soberuio pensamiento,
pues con tal vil instrumento
mi altiuez ha derribado.

Quitase Pedro la mascara.

Ped. Conde, conoceansme?

Cond. Si,
y en vuestro valor osado,
antes de aueros quitado
la mascara, os conoci.

Ped. Quien soy?

Cond. Soys el Texedor
Pedro Alonso, no me oluido.

Ped. Aun no me aueys conocido,
miradme, Conde, mejor.

Cond. Por lo que dezis, pensara,
si pudiera ser, mirando
el retrato de Fernando
Ramirez en vuestra cara,
que erades el.

Ped. Si soy, Conde.

Cond. Valgame Dios; si ofendido
de mi el cielo ha permitido
que del sepulcro que esconde
vuestro cadauer elado,
que yo mismo vi entrar,
os leuanteys a vengar
vuestra hermana, ya he pagado
la deuda, y cobrò su honor
con la mano que le di;
que mas pretendeys de mi?

Ped. No quiero que mi valor
deslustreys, atribuyendo
a milagro soberano
las hazañas de mi mano;
y aunque justamente entiendo
que es el cielo, quien ordena
que yo os castigue, no estoy
muerto, Conde, viuo soy,
y ha de ser de vuestra pena

mi valor el instrumento.
Cond. Como es possible? yo mismo
os vi entregar al abysmo
de vn obscuro monumento.
Ped. Engaño fue, no verdad;
y porque no le quiteys
la gloria, que le deueys
a mi valor; escuchad.
Seys años ha que el diente venenoso
de la infernal embidia, que derrama
furia mortal y tosigo rabioso
contra el valor, virtud, nobleza, y fama,
a mi padre se opuso, que dichoso
fue mariposa a la luziente llama
de la gracia del Rey; pues hallò en ella
la causa de perderse, y de perdella.
La enemistad, la emulacion y el miedo,
que en sus contrarios la priuança cria,
(pues ni mi padre, pudo, ni yo puedo
faltar a la lealtad y sangre mia)
con el Moro Zeylan Rey de Toledo
a mi padre imputaron que tenia
suelo aleuoso, y la malicia pudo
vencer a la verdad el fuerte escudo.
Rindiò el cuello inocente al vil suplicio
el Alcayde leal; y quiso el cielo,
que pretendiendo por el mismo indicio
manchar de mi inculpada sangre el trato,
para ocultarme al capital juyzio,
me prestasse el temor alas, y velo
la sacra habitacion de Martin santo,
que aun duran las piedades de su manto.
Sabiendo pues alli que de mi hermana
era vuestro cuydado la belleza;
porque no la obligasse a ser liuiana,
Conde, o vuestro poder, o su flaqueza;
la quise atosigar, mas a doña Ana
preseruò la piedad y la destreza
del que el veneno fabricò, de suerte
que fingiendo morir, huyò la muerte.
Solo restaua hurtarme a la amenaza
y al golpe fiero de mi suerte dura;
y la necessidad me diò vna traça,
si bien horrible, por yqual segura;
que quando en sueño mas profundo enlaça
al viuiente mortal la noche obscura,
dandome mi temor atreuimiento,
doy a la execucion mi pensamiento.
A vna boueda llego, en que escondia
despojos de la muerte el Templo santo,

la fuerça aplico, y vna losa fria
puerta del hondo tumulto leuanto;
entro, y tentando por la cueua vmbria
poco diuersa al Reyno del espanto,
saco de su ataud vn cuerpo elado,
la misma noche en el depositado.

La mortaja quitè al cadauer yerto
y pusela mi propria vestidura;
y para que no fuesse descubierto
mi engaño, le deshize la figura
del rostro con heridas; y assi el muerto
traslado de su quieta sepultura
a la calle, y mi planta el campo pisa,
con sola su mortaja por camisa.

Hallando pues el sol el cuerpo frio
con mis vestidos llaues y papeles,
que en publicar que era el cadauer mio,
fueron tenidos por testigos fieles:
bolò la fama, y el desastre impio
enterneciò los pechos mas crueles,
y dandole en la tierra el comun puerto,
se assentò la opinion de que soy muerto.

Yo fugitiuo en curso acelerado
a Guadarrama caminé, y fingiendo
que he sido de ladrones salteado,
a la piedad Christiana me encomiendo
del Cura del lugar, que lastimado
de mi desdicha y desnudez, pidiendo
limosna al pueblo, me comprò vn vestido,
con que a Segouia parto agradecido.

Y antes de entrar en ella, despojado
de la barba, mi rostro desfiguro;
si bien antes la pena y el cuydado
me diò la nueua forma que procuro:
Pedro Alonso me nombro, y obligado
de la necesidad, su imperio duro
y mis desdichas euitè, siruiendo
a vn Texedor, cuyo exercicio aprendo.

Seys vezes las corrientes del Oronte
en yelo conuirtiò la inuernal bruma,
y la cabeça de esse altiuo monte
ornò la nieue de rizada espuma,
mientras gozaua yo en este Orizonte
suma felicidad y quietud suma,
como quien de la arena deste estado
miraua de ambicion el golfo ayrado.

De mi tranquilidad y mi ventura
se cansò la fortuna, y de Teodora
tomò por instrumento la hermosura
de la tormenta en que me anego agora:

conquistè su belleza, y con fe pura
paga el amor, con que mi fe la adora;
es noble, es bella, es firme, y yo dichoso
en la palabra que le di de esposo.

En esto estaua yo, quando los cielos
traxeron a Segouia el cortesano
tumulto, porque diesse a mis desuelos
fiera ocasion vuestro poder tyrano,
añadiendo a la rabia de mis zelos
y al agrauio feroz de vuestra mano
el de mi hermana, donde a cada ofensa
es sola vuestra vida recompensa.

Esta es mi historia, Conde, y satisfecho
con esto, de que viuo, y es humana
la fuerça de mi braço, y de mi pecho,
prodigio, no de sombra soberana;
sustentad los agrauios que aueys hecho,

Saca la espada.

y empuñando el azero, la tyrana
mano se muestra aqui tan atreuida,
como contra el honor, contra la vida.

Cond. Siendo, Fernando, de doña Ana hermano,
mostrays contra su esposo ayrado brio?

Ped. Ella cobrò el honor con vuestra mano,
y yo con vuestra muerte cobro el mio.

Cond. De vuestra afrenta el sentimiento es vano,
pues no agrauiò mi injusto desuario

Acuchillanse.

a Fernando Ramirez, sino a vn hombre
Texedor en oficio, y Pedro en nombre.

Ped. Este es el rostro mismo, en que la afrenta
de vuestra injusta mano se retrata;
si al Texedor la hizisteis, hazed cuenta
que el Texedor, y no Fernando, os mata;
este es el pecho, que ofender intenta
vuestro amor con mi esposa.

Cond. Si ella ingrata
resiste a mi aficion, en que os ofendo?

Ped. Al marido se ofende pretendiendo.

Cond. Muerto soy, cielo, justo es el castigo
de mis culpas, escucha, ya que muero;
yo contra ti y tu padre fuy testigo,
falso, Fernando, fuy, no verdadero:
orden fue de mi padre, que conmigo
y con el de la embidia el rigor fiero
tan grande fue; perdoname, pues eres
Christiano y muero. *Cae dentro.*

Ped. Perdonado mueres. *Vase.*

Sale Chichon tendido, o por debajo del paño.

Chich. Ya ha pasado la tormenta,

si doy credito al silencio;
quedito, si, ya se fue
el Texedor cauallero;
brauas cosas he sabido,
valgate el diablo por Pedro;
que eres Fernando Ramirez?
por Dios que lo dixè luego,
que Texedor tan valiente
ocultaua algun secreto;
ha, Conde, como vn atun
està tendido en el suelo;
pero la llaue le ha echado
por defuera al aposento;
triste de mi, que he de hazer
encerrado con vn muerto?
que gustosa compañía!
temblando estoy; yo confieso
que fuy siempre con los viuos
gallina, mas con los muertos
soy vn tatarà gallina.
Por esta ventana quiero
descolgarme, ya la turba
de los salteadores fieros
hàzia la sierra camina;
de las sabanas del lecho
del triste Conde podrè
hazer escalas al viento;
qua ay tan mal olor aqui,
que me atafago y mareo,
aunque no se de los dos
qual huele mal, yo o el muerto.

Vase.

Dentro ruydo de batalla de Moros, y Christianos, salen los bandoleros.

Ped.

Esta es la ocasion, amigos,
en que justamenete espero
que adore vn honroso fin
todos los passados yertos.
Vitorioso el Berberisco
sigue el alcance, y los nuestros
sin orden ya se retiran;
por mil valemos los ciento
en la sierra, donde estamos
exercitados y diestros;
acometamos en orden,
y la fuga repararemos
de los Castellanos; ea,
al Rey a la patria al cielo,
a quien viuiendo offendimos,
obliguemos oy muriendo.

Gar.

Con tan valiente caudillo

- y con tan honrado intento
serà vn rayo cada braço,
y vna peña cada pecho.
- Corn.* Acomete, Capitan,
que todos te seguiremos.
- Cam.* Restauremos lo perdido.
- Xara.* Acometamos; a ellos
- Salen el Rey, y el Marques armados, con las espadas en las manos.*
- Marq.* Toma vn cauallo, señor,
y salua tu vida.
- Rey.* A cielos,
defended la causa mia,
pues yo la vuestra defiendo.
- Ponense las mascararas los bandoleros.*
- Ped.* Bolued, bolued, Castellanos,
que no los Moros, el miedo
es, quien os vence y os sigue,
bolued, Santiago; a ellos.
- Vanse los bandoleros.*
- Rey.* Que esquadra es esta, Marques,
que con los rostros cubiertos
valerosamente embiste
contra el campo Sarraceno?
- Marq.* Fauor al cielo has pedido,
y te dà fauor el ciclo.
- Rey.* Bolued, soldados, bolued;
cobren los heroycos pechos
la reputacion perdida.
- Marq.* Ya sube el Moro sangriento
huyendo por los peñascos,
por donde baxò siguiendo.
- Rey.* Embestid, Marques, bolued
por mi honor y por el vuestro;
pues por vos y vuestro hijo,
que en vn lance tan estrecho
se ha ocultado, os obligastes
a pelear.
- Marq.* Sabe el cielo
que estoy de auerle engendrado
tan corrido, que desseo
morir, por no verle viuo,
y viuir, por verle muerto. *Vase.*
- Rey.* Partid, que yo de cansado
llamas doy, en vez de aliento;
y sobre esta dura peña
con la vitoria os espero.
- Dentro.* Vitoria, Castilla.
- Rey.* Gracias
os hago, señor inmenso,
que de las piedades vuestras

el tesoro aueys abierto.

Sale Chichon con la espada en la mano.

A parte.

Chich. Agora que por la sierra
suben los Moros huyendo,
seguro puedo salir
de entre las peñas, y quiero
participar de la gloria
de los vencedores perros,
de perros os bolueys liebres?
aguardad, que quiere hazeros
Chichon a todos Chichones.

Sale el Marques retirandose de Pedro, acuchillandose.

Marq. Quien eres, hombre?

Rey. Que es esto?

Marq. Que despues de auer vencido
los Moros, el fuerte azero
contra los Christianos buelues?

Ped. Solo contra ti lo bueluo;
Fernando Ramirez soy.

Rey. Que escucho?

Ped. A quien quiso el cielo
dar vida, porque mostrasse
las lealtades de mi pecho,
dandole vitoria al Rey,
y a ti el castigo sangriento
de los injustos agrauios,
que a mi padre, y a mi has hecho.

A parte.

Rey. Mysterios del cielo son;
no quiero oponerme al cielo.

Chich. El Texedor al Marques
le està dando pan de perro.

Marq. Muerto soy; tente, Fernando,
y pues ya muero, confiesso
que a ti y a tu noble padre
la vida y el honor os deuo;
testimonio os leuantè,
de la embidia vil efeto.

Rey. Basta, Fernando; deten,
pues lo confiessa, el azero.

Ped. Tu Magestad lo ha escuchado,
con esto estoy satisfecho,
y con que su hijo el Conde
ha confessado lo mesmo.

Chich. Dello soy testigo yo,
que debaxo de su lecho,
lo que refiere Fernando,
le vi confessar muriendo.

Ped. Yo, señor, le di la muerte,

por agrauios que me ha hecho,
que su injusta tyrania
me obligò a ser bandolero;
por el y su padre el mio
manchò el trato funesto,
y yo con astuto engaño
librè mi vida, poniendo
mis vestidos a vn cadauer,
con que mi muerte creyeron.
Quitò el honor a mi hermana,
y a mi esposa pretendiendo,
porque lo impedi, en mi rostro
imprimiò los cinco dedos.
Humilde pongo a tus pies
la cabeça, si merezco
pena, quando, siendo noble,
tan justamente me vengo.

Rey. Fernando, a vuestro valor
y al de vuestra gente deuo
la vitoria que oy alcanço;
y quando fueron los vuestros
delitos, y no venganças
tan justas, os diera, en premio
de hazaña tan valerosa,
en mi gracia el lugar mesmo
que os quitò la embidia; lleguen
vuestros soldados, que quiero
conocerlos y premiarlos.

Llegan todos.

Gar. Todos, gran señor, ponemos
a vuestros pies estas vidas,
que leales os siruieron.

Rey. Todos quedareys premiados
de vuestros heroycos hechos;
mas dezid, Fernando, viue
vuestra hermana?

Ped. En esse pueblo
traje aldeano la oculta;
pero ya con el contento
de la vitoria se acercan
los villanos, y con ellos
mi hermana y mi esposa a daros
la norabuena.

Todas.

Ana. Lleguemos
a besar los pies al Rey.

Ped. Llega, esposa, que ya el cielo
dio fin a nuestras desdichas,
y a tus firmezas el premio;
llega, hermana, y a su Alteza,

por la merced que me ha hecho,
besa las reales plantas.

Teod. Humildes besan el suelo,
que honran tus pies, nuestros labios.

Rey. Alçad, que honraros desseo
por esposa y por hermana
de Fernando.

Ped. Y yo con esso,
lo que ofreci Texedor,
cumplirè, Teodora, siendo
Fernan Ramirez, pues eres
de noble sangre, y les deuo
la mano el honor y vida
a tus firmes pensamientos;
y vos, Garceran, pues ya
veys sin mancha el claro espejo
de mi honor: y el de mi hermana
quedo restaurado, siendo
su esposo el Conde; la mano
le dad, si acaso os merezco
por cuñado.

Gar. Si doña Ana
quiere premiar mis desseos,
serà colmada mi dicha,
pues gano en vn punto mesmo
el mas verdadero amigo,
y el mas valeroso deudo.

Ana. Bien merece tanto amor
la mano y alma

Chich. Y con esto
puede Fernando, en albricias,
darme perdon de mis yerros.

Ped. Yo los perdono, con ser
tan grandes, por ver si puedo
obligar asi al Senado
a que perdone los nuestros.

Ganar amigos

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Hablan en ella las personas siguientes:

El Marques don Fadrique, galan.

Don Fernando de Godoy, galan.

Don Pedro de Luna, galan.

El Rey don Pedro el lusticiero.

Don Diego, galan.

Ricardo, criado.

Encinas, gracioso.

Vn Alguazil.

Vn corchete.

Vn escudero viejo

Doña Flor, dama.

Doña Ana, Dama.

Ynes, criada.

Acto primero

Salen doña Flor, y Ynes con mantos.

<i>D. Flor.</i>	Que dizes?	
<i>Yn.</i>	Digo, señora, que es el.	
<i>D. Flor.</i>	Desdichada soy: don Fernando de Godoy, cielos, en Seuilla agora?	5
	La fortuna me persigue; cubrete.	
<i>Yn.</i>	Ya es escusado; porque muestra su cuydado que conoce lo que sigue.	10
<i>Flor.</i>	Quando el Marques prometia, abrasado de amoroso, passar mi estado dichoso de merced a señoria, viene a ser impedimento	15
<i>Yn.</i>	de tanto bien don Fernando?	
<i>Flor.</i>	Pues porque lo ha de ser? Dando, pues ha de seguir su intento, ocasiones de zelar	20
	al Marques, y es cierta cosa que a su passion cuydadosa nada al fin se ha de ocultar: que aunque don Fernando es llano que amante secreto ha sido,	25
	el disgusto sucedido en Cordoua con mi hermano, fue publico en el lugar; y lo que entonces passò, para sospechar basto,	30
	sino para condenar. Y esto serà impedimento a la mano que procuro; que es el honor crystal puro, que se enturbia del aliento.	35
<i>Yn.</i>	Pues desengañalo luego, y pide que no te quiera a don Fernando.	
<i>D. Fer.</i>	Esso fuera poner a la mina fuego, y hazerle esparzir al viento secretos de amor desnudos; que ni son los zelos mudos,	40

	ni es sufrido el sentimiento.	
<i>Yn.</i>	El llega.	45
<i>Flor.</i>	Suerte inhumana, como me podrè librar?	
<i>Yn.</i>	En esta tienda ha de estar aguardandote doña Ana.	
<i>Sale doña Ana, con manto.</i>		
<i>Ana.</i>	Gracias a Dios que te veo; ya tu tardança acusaua.	50
<i>Flor.</i>	No imagines que me daua menos priessa mi desseo, pues que mi hermano, sabiendo que a verte, amiga venia?	55
<i>Ana.</i>	O, que cansada porfia!	
<i>Salen Don Fernando y Encinas.</i>		
<i>D. Fer.</i>	Hablarla agora pretendo.	
<i>Encin.</i>	Llega pues.	
<i>Flor.</i>	Ynes, procura, mientras hablo, entretener a doña Ana.	60
<i>D. Fer.</i>	Si el poder ygualesse a la hermosura, yo fuera, damas hermosas, esta ocasion por ygal venturoso y liberal.	65
<i>Encin.</i>	Ellas fueran las dichosas.	
<i>D. Fer.</i>	Mas puesto que no ay hazienda que yguale a tanta beldad, si lo merezco, tomad, lo que os firuays de la tienda.	70
<i>Encin.</i>	Que es esto? nunca te vi ser galan tan de prouecho; señora, milagro han hecho vuestras deidades aqui: pero segun tus estrellas que nunca dès han dispuesto: oy que tu quieres, apuesto que no lo reciben ellas.	75
<i>Yn.</i>	Doña Ana hermosa, no tiene Garcia el bufon?	80
<i>Encin.</i>	No me llamo sino Encinas.	
<i>A parte.</i>		
<i>Ana.</i>	La del amo con mas razon me entretiene. Sabrè al descuydo quien es; agradado me has de suerte, que estimara conocerte, porque algunos ratos des aliuio a tristezas mias.	85
<i>Encin.</i>	Harelo yo si te doy gusto en esso.	90

<i>Ana.</i>	Si, que soy sujeta a melancolias.	
<i>A parte.</i>		
<i>Encin.</i>	Oye pues, buena ocasion doy a mi señor con esto.	
<i>Yn.</i>	Lindamente se ha dispuesto.	95
<i>A parte.</i>		
<i>D. Fer.</i>	Dueño de mi coraçon.	
<i>Flor.</i>	Tu aficion, Fernando mio, proceda mas recatada; porque ni dessa criada, ni de essa amigo me fio.	100
<i>D. Fer.</i>	Ya con essa preuencion a hablarte lleguè, mostrando no conocerte.	
<i>Flor.</i>	Fernando, los nobles amantes son centinelas del honor de sus damas.	105
<i>D. Fer.</i>	Pues porque, si has conocido mi fe, me preuienes esso, Flor?	110
<i>Flor.</i>	Tu, Femando, eres testigo de lo que nos sucediò, cuando en Cordoua te hallò mi hermano hablando conmigo.	115
	Entonces para aplacar los bandos y desafios entre tus deudos y mios, prometiste no llegar a esta ciudad en dos años, donde en aquella ocasion, a empeçar su pretension, y acabar aquellos daños, mi hermano partio conmigo, por estar su Magestad de espacio en esta ciudad.	120
<i>D. Fer.</i>	Y tu Flor, eres testigo que mi palabra a despecho de mi paciencia he cumplido.	125
<i>Flor.</i>	Pues ya que tan noble has sido, no deshagas lo que has hecho.	130
<i>D. Fer.</i>	Como?	
<i>Flor.</i>	Ocasionando agora nueuos disgustos; y assi sola vna cosa por mi has de hazer, mi bien.	135
<i>D. Fer.</i>	Señora, no mandes que del amor que ydolatra tu hermosura, desista, y pide segura	

	el imposible mayor.	140
<i>Flor.</i>	Tu veràs en lo que pido, que encamino tu esperança.	
<i>D. Fer.</i>	Siendo assi, de tu tardança està mi amor ofendido.	
<i>Flor.</i>	Ya con el Rey sus intentos	145
	tiene en buen punto mi hermano; y de los suyos es llano que han de pender mis aumentos. Da fuerça a su pretension, y a su razon calidad,	150
	de mi honor y honestidad la diuulgada opinion. Y porque temo, y no en vano que han de causar tus passiones, al lugar murmuraciones,	155
	e inquietudes a mi hermano: quiero, que como quien eres, me prometas que jamas, Fernando, a nadie diràs que te quiero ni me quieres.	160
	Que viuiran en tu pecho secretas nuestras historias, solicitando tus glorias, o zeloso, o satisfecho, tan cauto y tan recatado,	165
	que en el mayor sentimiento solo con tu pensamiento comuniques tu cuydado. Esto le importa a mi honor, y a tu amor.	170
<i>D. Fer.</i>	Yo te prometo, como quien soy, el secreto, mi gloria, de nuestro amor. Estàs contenta?	
<i>Flor.</i>	Si estoy.	175
<i>D. Fer.</i>	Confias que cumplirè mi palabra?	
<i>Flor.</i>	Si, que se que eres sangre de Godoy.	
<i>D. Fer.</i>	Di pues agora, que estado tiene contigo mi amor?	180
<i>Flor.</i>	Dexalo a tiempo mejor; que estoy aqui con cuydado.	
<i>D. Fer.</i>	Di, como el vernos dispones entre essas dificultades?	185
<i>Flor.</i>	A conformes voluntades nunca faltan ocasiones: buscalas, que yo prometo hazerlo tambien.	
<i>D. Fer.</i>	A ti	190

	toca el traçarlas, y a mi el gozarlas con secreto.	
<i>Flor.</i>	Fernando, a Dios.	
<i>D. Fer.</i>	Flor, adierte en la firme fe que tengo tras tanta ausencia, y que vengo a Seuilla solo a verte.	195
<i>Flor.</i>	Yo soy la misma que fuy;	
<i>A parte.</i>	nunca, pluguiera a los cielos, vinieras a darle zelos al Marques, y pena a mi.	200
<i>A parte.</i>		
<i>D. Fer.</i>	Quien dize que las mugeres no son firmes? peñas son.	
<i>Ana.</i>	Doña Ana soy de Leon, si por ventura tuuieres, que eres forastero al fin, alguna necesidad, conoceràs mi verdad.	205
<i>Encin.</i>	Pon en mi boca el chapin.	
<i>Yn.</i>	Como aueys quedado?	210
<i>Flor.</i>	Ynes, el medio que pude dar, he dado, para euitar sentimientos al Marques.	
<i>Vanse las mugeres.</i>		
<i>Encin.</i>	Que tenemos?	215
<i>D. Fer.</i>	Nada.	
<i>Encin.</i>	Nada?	
<i>D. Fer.</i>	Ya no me trates jamas de doña Flor.	
<i>Encin.</i>	Bueno estàs; bien logramos la jornada.	220
<i>D. Fer.</i>	Al punto que entienda yo que nadie de ti ha sabido que algun tiempo la he seruido, ni la historia que passò en Cordoua pagaràs	225
<i>A parte.</i>		
	con la vida; assi el precepto executo del secreto.	
<i>Encin.</i>	Que lo diga Barrabas, supuesto que soy testigo de la furia de tu azero; y que sabes dar, primero que la amenaza el castigo. <i>Vanse.</i>	230
<i>Salen el Marques, y Ricardo de noche.</i>		
<i>Ricar.</i>	Sin seso estàs.	
<i>Marq.</i>	No es razon estar de contento loco,	235

	quando con mis mantos toco tan dichosa possession? Esta noche (ò santo cielo, permitid que llegue a vella)	240
	gozo de la flor mas bella, que dio primauera al suelo. Esta noche mis empleos logran su larga esperança, y mi firme amor alcança	245
	el fin de tantos desseos. En esta vida que bien puede ygualar a la gloria de conseguir la vitoria de vn dilatado desden?	250
<i>Ricar.</i>	O quien te viera, señor, libre destas mocedades!	
<i>Marq.</i> <i>Ricar.</i>	Agora me persuades? Iuzgo que fuera mejor, quando te ves tan priuado	255
	del Rey don Pedro, gozar de su fauor, y assentar el passo, tomando estado.	
<i>Marq.</i>	No, mientras viua mi hermano, Ricardo, a quien justamente	260
	por honrado, por valiente por discreto y Cortesano, como tierno padre quiero; no quiera Dios que casado a mi casa ni a mi estado	265
	solicite otro heredero. Yo tengo por Flor la vida, por Flor desprecio la muerte: mas si el amor de otra suerte con sus glorias me combida,	270
	sin que me case, no es justo quitar la herencia a mi hermano; que no siempre con la mano se deue comprar el gusto.	
<i>Sale don Fernando alborotado con la espada desnuda, y capa de color.</i> <i>D. Fer.</i>	Si soys nobles por ventura,	275
	mostrad los pechos hidalgos, en dar fauor a quien tiene todo el mundo por contrario. Dadme essa capa por esta,	
	cuyo color es el blanco	280
	que siguen mis enemigos, dareys vida a vn desdichado.	
<i>Marq.</i>	No es menester donde estoy: cauallero sossegaos.	
<i>D. Fer.</i>	Es el Marques don Fadrique?	285
<i>Marq.</i>	El mismo soy.	

<i>D. Fer.</i>	Vuestro amparo es puerto de mi esperança.	
<i>Marq.</i>	Contadme el caso; fiaros podeys de mi.	290
<i>D. Fer.</i>	Vn hombre he muerto; y el lugar alborotado cierra las puertas furioso, y ayrado sigue mis passos.	
<i>Marq.</i>	Fue bueno a bueno la muerte?	295
<i>D. Fer.</i>	Los dos solos desnudamos cuerpo a cuerpo las espadas, y el otro fue el desdichado.	
<i>Marq.</i>	Siendo assi, yo os librarè.	
<i>D. Fer.</i>	Prosperè Dios vuestros años.	300
<i>Sale la justicia con lanterna y vn corchete.</i>		
<i>Cor.</i>	Alli ay gente.	
<i>D. Fer.</i>	La justicia es aquella.	
<i>Marq.</i>	Reportaos; seguro estays.	
<i>Iusti.</i>	Essos hombres conoced.	
<i>Cor.</i>	Tenganse, hidalgos, a la justicia, quien es?	305
<i>Ricar.</i>	Escusad el lanternaço, que es el Marques don Fadrique.	
<i>Iusti.</i>	Vays, señor, tambien buscando a caso al fiero homicida de vuestro infeliz hermano?	310
<i>Mar.</i>	que dezis? mi hermano es muerto?	
<i>Iusti.</i>	Perdonadme, si os he dado con tal nueua tal pesar.	
<i>A parte.</i>		
<i>D. Fer.</i>	Que es esto cielos? hermano era del Marques el muerto? fauor pedi al agraiado?	315
<i>Marq.</i>	Como sucediò?	
<i>Iusti.</i>	Señor, dos testigos, que se hallaron presentes, dizen que vn hombre de color, estaua hablando a la ventana de Flor.	320
<i>Marq.</i>	Esto mas, crueles hados?	
<i>Iusti.</i>	Passò en aquella ocasion el sin ventura don Sancho: y sobre quitarle el puesto, y defenderlo el contrario, desnudaron las espadas, y cuerpo a cuerpo gran rato riñeron, hasta que el cielo diò permissio al triste caso.	325
	Huyò luego el homicida: mas fiad de mi cuydado que le tengo de prender,	330
		335

<i>D. Fer.</i>	sino se escapa bolando.	
<i>Marq.</i>	Aqui es mi muerte. Seguilde, y no dexeys, hasta hallarlo piedra alguna por mouer.	340
<i>A la Iusticia a parte.</i>		
<i>Corche.</i>	Señor, si yo no me engaño, las señas del delinquente tiene aquel, que recatado detras del Marques se esconde.	
<i>Iusti.</i>	Calla, necio, del hermano del muerto auia de ampararse?	345
<i>Cor.</i>	Indicios dan su recato, y el color de su vestido; que se pierde en preguntallo?	
<i>Iusti.</i>	Bien merecerè perdon, si por vengar vuestro agrauio, ofendo vuestro decoro: señor Marques, esse hidalgo que el cuerpo y el rostro esconde con sospechoso cuydado, puede saberse quien es?	350 355
<i>A parte.</i>		
<i>D. Fer.</i>	Perdido soy.	
<i>Marq.</i>	No està claro que no serà quien me ofende, pues que conmigo le traygo?	360
<i>A parte.</i>		
<i>D. Fer.</i>	Que nunca visto valor!	
<i>Iusti.</i>	Las señales me engañaron: disculpad mi inaduertencia: y porque pide este caso diligencia, perdonad, sino os quedo acompañando.	365
<i>Vase la Iusticia.</i>		
<i>A parte.</i>		
<i>D. Fer.</i>	Cielo santo, si querrà vengar el mismo a su hermano; y por esso me librò de la justicia.	370
<i>A parte.</i>		
<i>Ricar.</i>	Que extraño sucesso! que harà el Marques en lance tan apretado?	
<i>A parte.</i>		
<i>Mar.</i>	que mi hermano es muerto, y Flor fue la ocasion de mi agrauio! y que este fue el homicida! dexanos solos, Ricardo.	375
<i>A parte.</i>		
<i>Ricar.</i>	Auerselas quiere a solas;	

	temiendo voy vn gran daño. <i>Vase.</i>	
<i>A parte.</i>		
<i>Marq.</i>	O aduersa fortuna mia, ved los tormentos que passo; noche en que esperè alcançar de amor los bienes mas altos; de sentimientos me ahogo, quando de zelos me abraso: dissimulando tenerlos, me conuiene aueriguarlos.	380 385
<i>A parte.</i>		
<i>D. Fer.</i>	La espada y el coraçon apercibo a todo.	
<i>Marq.</i>	Hidalgo.	390
<i>D. Fer.</i>	Señor Marques.	
<i>A parte.</i>		
<i>Marq.</i>	Pierdo el seso; solos estamos.	
<i>D. Fer.</i>	Si estamos.	
<i>Mar.</i>	Vn hermano me aueys muerto.	
<i>D. Fer.</i>	Vn hombre he muerto, ignorando quien era, y agora supe que era, Marques, vuestro hermano.	395
<i>Marq.</i>	No os disculpeys.	
<i>D. Fer.</i>	No penseys que el temor busca reparos; que inuenta el respeto excusas, o la obligacion descargos: porque es verdad os la he dicho, de que a vos testigo os hago, pues despues de conoceros, a vos mismo os pedi amparo; para que sepays assi a lo que estays obligado.	400 405
<i>Marq.</i>	Si imaginays que os he dicho, no os disculpeys de indignado, y resuelto a la vengança, no doy lugar al descargo: engañaysos, aduertid, que en esso me hazeys agrauio, pues mostrays que aueys creydo que por el dolor me aparto de cumpliros la palabra, que os he dado de libraros: yo, os la di, y he de cumplilla.	410 415
<i>D. Fer.</i>	La tierra que estays pisando, serà el altar de mi boca.	420
<i>Marq.</i>	Cauallero, leuantaos; no me deys gracias por esto, supuesto que no lo hago yo por vos, sino por mi, que la palabra os he dado:	425

	quando os la di, os obliguè; cumplirla no es obligaros, que es pagar mi obligacion, y nadie obliga pagando.	430
	Desto procediò el deziros; no os disculpeys, por mostràros, que sin que escuseys la ofensa ni disculpeys el agrauio, basta, para que yo cumpla mi palabra, auerla dado.	435
<i>D. Fer.</i>	Exemplo soys de valor y de prudencia, y no en vano ocupays en la priuança del Rey el lugar mas alto.	440
<i>Marq.</i>	Dexad lisonjas, y agora supuesto que he de libraros, me dezid quien soys, y qual fue la ocasion deste caso? Que empeño teneys con Flor, para aueros obligado a defender el lugar de su ventana a mi hermano?	445
<i>D. Fer.</i>	No, señor, no me està bien, quando assi os tengo indignado, dezir quien soy; la ocasion ya la oystes, declararos della mas es impossible, que a Flor la palabra guardo,	450
<i>A parte.</i>	que del secreto le di; y aunque de zelos me abraso, no a romper obligaciones dan licencia los agrauios.	455
<i>Marq.</i>	Pues no es justo.	
<i>D. Fer.</i>	Yo os suplico, pues soys noble, que euitando mas dilaciones, cumplays la palabra que aueys dado: prometido aueys librarme; y a vos mismo os he escuchado, que el auerlo prometido basta para executarlo.	460
	Aduertid que no lo hazeys, en pidiendo nada en cambio, que ponerme condiciones es modo de quebrantarle.	465
<i>Marq.</i>	Es verdad, mas no os las pongo, que pidiendo, no obligando, preguntè, porque me importa saberlo, si a vos callarlo: y en prueua desto seguidme;	470
		475

	que aunque en mi valor fiado me lo querays dezir, antes que os lo escuche he de libraros. Ya os sigo.	480
<i>D. Fer.</i> <i>A parte.</i> <i>Marq.</i>	A Dios, que en vn noble, quando de zeloso rabio, y de lastimado muero, la palabra pueda tanto! <i>Vanse.</i>	
<i>Salen don Diego, doña Flor, y Ynes con luzes.</i>		
<i>D. Die.</i> <i>Flor.</i> <i>D. Die.</i> <i>Yn.</i> <i>A parte.</i> <i>D. Die.</i>	Flor. Hermano. Ynes. Señor. El cielo me dè prudencia, quando anegan la paciencia tempestades del honor: ni discurre el pensamiento, ni se por donde comience la aueriguacion, que vence al discurso el sentimiento.	485 490
<i>Flor.</i> <i>A parte.</i> <i>D. Die.</i> <i>Yn.</i> <i>D. Die.</i> <i>A parte.</i> <i>Yn.</i>	Confusa estoy. Entra, Ynes, en essa quadra. Señor. Entra y calla.	495
<i>D. Die.</i>	De temor mueuo sin alma los pies. <i>Vase.</i> Yo pensé, Flor, que los daños que otra vez tu huiandad ocasionò en la ciudad de Cordoua aurà dos años, de freno huuieran seruido, para no causar aqui la desdicha, que por ti, enemiga ha sucedido.	500 505
	Esta noche al mas experto de Europa, al mejor soldado, caro hermano del priuado del Rey por tu causa han muerto. Mira tu que fin espero del daño que ha sucedido; si es tan fuerte el ofendido, y es el Rey tan justiciero.	510
	No llores, Flor, que no es esso lo que agora ha de aplacarme; lo que importa, es declararme la verdad deste sucesso; porque sepa yo que medio	515 520

	tendrè para dar seguro preuencion a lo futuro, y a lo passado remedio.	525
	Solos estamos, aduerte, si a tan justa confession no te mueue la razon, que te ha de obligar la muerte.	
	No te refrene el temor, y piensa que en caso ygual, oye el medico tu mal, y tu culpa el Confessor.	530
	Mira, si negar intentas, que a informarme obligaràs de los criados, y haràs publicas nuestras afrentas.	535
	Y assi es mejor informarme secretamente de ti, y que se resuelva aqui lo que importe, que obligarme a vna gran demonstracion, si me doy por entendido, de que tu locura ha sido deste daño la ocasion.	540
<i>Flor.</i>	Hermano, a quien justamente pueden dar nombre de padre los honrosos sentimientos, que acompañan tus piedades; sabe (que aunque la verguença me enfrene, es preciso lance, quando amenaçan los daños, manifestar las verdades) sabe que desde aquel dia, dos años ha, que llegaste a esta excepcion de los tiempos, embidia de las ciudades.	550
	Pluguiera a Dios, que primero que mirasse y admirasse de sus altos edificios, los soberuios homenages.	555
	Pluguiera a Dios que primero que en la region de las aues contemplasse de fortuna, en la Giralda vna imagen.	560
	Pues qual diosa habita el cielo, y solo el viento mudable es la razon imperiosa, de su mouimiento facil.	565
	Pluguiera a Dios que primero que patentes sus vmbrales, diessen permisso a mis passos, y a su ruyna hospedaje,	570

	sus altos muros, siruiendo a su parayso de Angel,	575
	tumulo funesto diessen a mis obsequias fatales. Pues desde aquel mismo dia empeçaron a engendrarse deste incendio las centellas,	580
	deste daño las señales. Que apenas la vez primera vieron mis ojos sus calles, quando el Marques don Fadrique, esse castigo de Alarbes,	585
	esse honor de Castellanos, rayo de Turcos alfanges, esse espejo de las damas, y embidia de los galanes, a combatirme empeçò	590
	con medios tan eficaces, que ha vsurpado la opinion mi coraçon al diamante. Si al fin sus continuas quexas, si al fin sus bizarras partes	595
	correspondencia engendraron en mi pecho, no te espante; que por doña Ana te he visto de tu valor oluidarte, regar la tierra con llanto,	600
	romper con quexas los ayres: pues si eres hombre, don Diego, y la fuerça de amor sabes, de sus vitorias despojo, victima de sus altares;	605
	que mucho que vna muger contra su poder no baste? y mas si obligan temores, y esperanças persuaden? que el Marques, si amante humilde,	610
	conquistador arrogante	
<i>A parte.</i>	mezclaua, (esta falsa culpa le imputo, por disculparme) las amenazas crueles, a las promesas suaues;	615
	y el poder y la ambicion yualmente me combaten. Temo venganças injustas en mi opinion y en tu sangre, espero que a ser mi esposo	620
	le obliguen mis calidades; y al fin estas fuerças todas a empresa mayor bastantes	

a darle esta noche entrada
 pudieron determinarme. 625
 No te alteres, oye, hermano;
 que en caso tan importantes,
 no en ligeras confianças
 fundaua mis liuiandades.
 Preuenida me arrojaua, 630
 ordenando que ocupassen
 tres testigos de mi quarto,
 ciertos ocultos lugares;
 con intencion de pedirle
 palabra de esposo, antes 635
 que en la fuerça de mi honor
 le hizo el amor Alcayde.
 Y si la diesse, o mouido
 de su aficion y mis partes,
 o pretendiendo, fiado 640
 en el secreto, engañarme:
 tener testigos, con quien
 conuencerle y obligarle
 al cumplimiento; que puesto
 que su poder me acobarde, 645
 el Rey don Pedro es el Rey,
 y justicia a todos haze
 tan ygual, que ha merecido
 que el justiciero le llamen.
 Y si a su intento quisiesse, 650
 sin obligarse, obligarme,
 tener quien diesse socorro
 a mi resistencia fragil.
 Este fue mi pensamiento,
 y embuelta en cuydados tales, 655
 esta noche autora triste
 del lamentoso desastre,
 tutue abierta essa ventana,
 sin que vn punto della aparte
 la vista, esperando señas, 660
 y temiendo nouedades,
 quando hàzia la rexa vn hombre
 vi cuydadoso llegarse,
 cuyo recato atreuido
 me daua de amor señas. 665
 Pensè (desdichado engaño)
 que era el Marques; y al instante
 a hablarle llego, y apenas
 el engaño se deshaze;
 quando su infeliz hermano, 670
 que por el Marques amante,
 mas que hermano, fiel amigo
 ronda zeloso la calle,
 le llegò a reconocer,

	y sobre querer quitarle de la rexa, sus azeros dieron rayos a los ayres. El oculto pretendiente fue mas dichoso, que a nadie mas valiente que al difunto celebraron las edades. Esta es mi culpa; mi pena, o tu castigo me mate, pues que venturoso muere, el que desdichado nace.	675 680
<i>D. Dieg.</i>	Ay mas dura confusion? que aun son mayores mis males que pensè! que es el Marques, y no don Sancho, tu amante? De modo que tengo agora que librarte y que librarme, (demas de lo que amenaça vna desdicha tan grande) de la vengança furiosa, de los zelos que causaste al Marques, y de la ofensa que en pretenderte me haze? A Dios, que fuerças aurà, que con vida y honra saquen mi opinion de entre los braços de tantas aduersidades? no puede ser; pues valor heredado de mis padres, para tales ocasiones viue en el pecho la sangre; mas di, quien fue el homicida?	685 690 695
<i>Flor.</i>	Ni el rostro, ni la voz, ni el talle conoci.	700
<i>D. Dieg.</i>	Como es possible?	705
<i>Flor.</i>	Fueron breues los instantes del caso; lo mas te he dicho, y no ay para que callarte lo demas, si lo supiera; la verdad quiero negallos,	710
<i>A parte.</i>	que me adora don Femando, y me obliga, aunque me agrauie.	715
<i>D. Dieg.</i>	Como sabré que tu lengua me ha referido verdades, Flor?	
<i>Flor.</i>	Si el credito me niegas, Ynes y Alberto lo saben; Mas si prouança procuras mas secreta, por no darte por entendido; papeles	720

	del Marques guarda esta llaue,	725
<i>Dale vna llaue.</i>		
	que de la verdad que digo podrán mejor informarte.	
<i>D. Dieg.</i>	Muestra, y piensa que no rompe mi espada tu pecho infame, porque no digan que empieço	730
	por la muger a vengarme.	
<i>Flor.</i>	Si me triste fin desseas, no importa que no me mate tu espada que espada son de la muerte mis pesares. <i>Vanse.</i>	735
<i>Salen el Marques, y don Fernando.</i>		
<i>Marq.</i>	Ya os saquè de la ciudad; ya en este campo desierto alcança seguro puerto, por mi vuestra libertad. Y para poder seguir	740
	la derrota que os agrada, teneys postas en Tablada, barcos en Guadalquiuir. Y porque tengo aduertido que no pudo a intento ygual,	745
	lo subito deste mal hallaros apercebido. Porque no os impida acaso algo la necessidad, essas cadenas tomad,	750
<i>Dale dos cadenas.</i>		
	que os faciliten el passo.	
<i>D. Fer.</i>	Quando la ocasion que veys no me obligara a acetar, lo hiziera, por no agrauiar la largueza que exerceys;	755
	por mil modos dexays presa mi voluntad.	
<i>Marq.</i>	Ya he cumplido mi palabra.	
<i>D. Fer.</i>	Y excedido el efeto a la promesa.	760
	Ya pues que no me podeys oponer essa excepcion, pedir puedo con razon, que quien soys me declareys.	
<i>Marq.</i>	Que digays que os ha passado con mi hermano, y doña Flor, porque sepa mi valor a lo que estoy obligado.	765
	Que serà bien, pues por ella ha sucedido este mal, y soy la parte formal en seguilla, o defendella.	780

	Que entre los dos breuemente la causa aqui sustanciada, o la perdone culpada, o la disculpe inocente: assi aueriguo mis zelos,	785
<i>A parte.</i>		
<i>D. Fer.</i>	sin dar a entender mi amor. El nunca visto valor, de que os dotaron los cielos, por ygal engendra en mi el recelo y confiança; que amenaza la vengança, supuesto que os ofendi, quando mi pecho confia de que le tendreys tambien, para perdonar, a quien no supo que os ofendia. Y assi, o perdonad mi ofensa, Marques, o el no declararme, que ha de ser, el ocultarme de vos, mi mayor defensa.	790 795
<i>Marq.</i>	Ved que me aueys agraiuido, pues days en esso a entender que os engendra mi poder, y no mi valor, cuydado.	800 805
<i>D. Fer.</i>	Como?	
<i>Marq.</i>	Clara es la razon, en que este argumento fundo, que si las leyes del mundo piden la satisfacion, como fue la ofensa, es llano, que cuerpo a cuerpo los dos deuo vengarme, pues vos matastes assi a mi hermano.	810 815
<i>D. Fer.</i>	Es assi.	
<i>Marq.</i>	Pues si es assi: y que estamos hombre a hombre, querer ocultarme el nombre. quando os tengo a vos aqui, y dezir que dessa suerte, sino os quiero perdonar mi ofensa, pensays librar vuestra vida de la muerte; no es evidente prouança de que pensais que pretendo saber quien soys, remitiendo a otra ocasion mi vengança, pues si teniendos presente, pensays que no quiero aqui vengarme de vos por mi: days a entender claramente	820 825 830

	que os pretendo conocer, porque pueda en mi ofensor, lo que agora no el valor,	835
<i>D. Fer.</i>	hazer despues el poder? Vuestro valor solo ha sido, el que me obliga a ocultarme; que supuesto que librarne prometistes, he creydo	840
	que esta seguro mi pecho esta vez de vos aqui; pues se ha de entender assi la promesa que aueys hecho.	
<i>Marq.</i>	No, de mi palabra es essa muy larga interpretacion, conforme a la relacion se ha de entender la promesa. Vos dixistes que alterado os perseguia el lugar,	845
	del os prometi librar, y del os he ya librado. Y vos mismo agora aqui confessaste que he cumplido mi palabra, y excedido	850
	a lo que os prometi. Segun esto no ay razon, que declararos impida, si ha de quedar fenecida la causa en esta ocasion.	855
<i>D. Fer.</i>	En albricias de esso os quiero besar los heroicos pies porque si acaso, Marques aqui a vuestras manos muero, me sera mas conueniente,	860
	que viuir sobresaltado siempre del duro cuidado de vn conrario tan valiente. Y si os mato, a mi valor doy, quanto en la fama cupo,	865
	venciendo a quien nunca supo, sino salir vencedor: y pues ya no me està mal dezir mi nombre, yo soy don Fernando de Godoy,	870
	de Cordoua natural.	875
<i>Marq.</i>	En vuestro valor aduerto, la sangre que os ha animado.	
<i>D. Fer.</i>	Bien pienso que lo ha prouado quien a vuestro hermano ha muerto. Pues si con ygual hazaña os mato, dezir podrè, que en vna noche quebrè	880

	entrambos ojos a España. Con esto os he declarado lo que mandays.	885
<i>Marq.</i>	Resta agora que digays lo que con Flora y don Sancho os ha passado.	
<i>D. Fer.</i>	De vuestro hermano ya oystes, que por quererme quitar de vna ventana el lugar que ocupaua, le perdistes. En cuanto a Flor, lo primero pensad que jamas su honor	890
	sufriò la duda menor: luego como Cauallero y galan me dezid vos, si dado caso que fuera yo tan dichoso, que huuiera secretos entre los dos; diera, el descubrillos, fama a mi honor, si es, segun siento, inuiolable sacramento el secreto de la Dama.	895
<i>Marq.</i>	Pues si callar os prometo, el ser quien soy no me abona?	
<i>D. Fer.</i>	No ay excepcion de persona, en descubrir vn secreto; en vano estais porfiando.	900
<i>Marq.</i>	Aduertid que con callar me days mas que sospechar, que podeys dañar hablando, si al constante desuario en que days, de doña Flor os ha obligado el honor.	905
<i>D. Fer.</i>	No me obliga, sino el mio, ni temo que sospecheys de su honor por esso mal; que soys noble, y como tal la sospecha engendrareys. Y quando no, de no hablar nace sospecha dudosa, siendo tan cierta y forçosa la afrenta de no callar.	910
	Y porque mas adelante no passeys, mi pecho es en este caso, Marques, vn sepulcro de diamante.	915
<i>Marq.</i>	Ya no basta el sufrimiento, que añade la resistencia a los zelos impaciencia, y furias al sentimiento. Mas con esta espada yo	920
		925
		930

<i>Acuchillanse.</i>	el diamante romperè, y en vuestro pecho verè, lo que en vuestra boca no.	935
<i>D. Fer.</i>	A Marques, mucho valor pusieron en vos los cielos.	
<i>Abraçanse, y luchan.</i>		
<i>Marq.</i>	La espada animan los zelos, y el coraçon el dolor.	940
<i>D. Fer.</i>	Si os ygualo en valentia, vos en fuerça me excedeys.	
<i>Marq.</i>	No os espante, quando veys la razon de parte mia.	945
<i>Cae debaxo don Fernando.</i>		
<i>D. Fer.</i>	A cielos, vencido soy.	
<i>Marq.</i>	Dezid pues lo estays, agora, que os ha passado con Flora?	
<i>D. Fer.</i>	Resuelto a callar estoy.	
<i>Marq.</i>	Que os resoluëys en efeto, si con la muerte os obligo, a no dezirlo?	950
<i>D. Fer.</i>	Conmigo ha de morir mi secreto.	
<i>Marq.</i>	Leuantad, exemplo raro de fortaleza y valor, alto blason del honor, de nobleza espejo claro: viuid, no permita el cielo, que quien tal valor alcança, por vna ciega vengança dexe de dar luz al suelo.	955
	Para con vos quedo, bien con esto, pues si sabeys que se que muerto me aueys mi hermano, sabeys tambien que cuerpo a cuerpo os venci; y si ya pude mataros, hago mas en perdonaros, pues tambien me venço a mi.	960
	Para con el mundo nada satisfago, si aqui os diera muerte, pues nadie supiera que fue la autora mi espada; por el secreto que ofrece esta muda obscuridad, y en tanto que la verdad de mi ofensor se obscurece.	965
	No tengo yo obligacion de daros muerte, si bien la tengo de inquirir, quien hizo ofensa a mi opinion:	970
		975
		980

	guardaos, si viene a saberse que fuystes vos mi ofensor, porque en tal caso mi honor aurà de satisfacerse.	985
<i>D. Fer.</i>	Mientras no, para conmigo no solo estays perdonado, pero os quedaré obligado, si me quereys por amigo.	990
<i>Marq.</i>	De eterna y firme amistad, la palabra y mano os doy. Don Fernando de Godoy, y dos con Dios; y pensad, que puesto que ya la muerte de mi hermano sucediò, que mas que a mi quise yo: os estimo de tal suerte, que trueco alegre y vfano, a mi suerte agradecido, el hermano que he perdido, por el amigo que gano.	995 1000

Acto segvndo

Salen el Rey, y el Marques, y don Pedro.

<i>Rey.</i>	Marques, quando solicito consolaros deste mal, hallo que yo por ygal de consuelo necessito.	1005
	Vos perdistes vn hermano, yo vn amigo verdadero, por cuya lealtad y azero di terror al Africano.	1010
	Y aduertireys que no yerra la comparacion que he hecho, pues me defendiò su pecho, y mi hermano me haze guerra. Mas teneys del agressor noticia? que solamente la pena del delinquente darà aliuiio a mi dolor.	1015
<i>Marq.</i>	Hasta agora se ha ignorado el homicida; mas yo, puesto que ya sucediò el daño, y que està prouado que desnudaron los dos los azeros mano a mano,	1020

	y dar a mi triste hermano menos dicha quiso Dios.	1025
	Solo me holgara, señor, que el agressor pareciera, para que a vos os siruiera vn hombre de tal valor;	1030
	que quien a mi fuerte hermano cuerpo a cuerpo matar pudo, pondrà a esos pies, no lo dudo, todo el Imperio Otomano.	1035
<i>Rey.</i>	Y assi os pido que los dos le perdonemos aqui, dalde vos perdon por mi, que yo se le doy por vos. Hija de vuestro valor solo, y de vuestra amistad	1040
<i>Marq.</i>	es tal accion; leuantad, Cauallerizo Mayor. Pondrè, donde vos los pies, la boca.	
<i>Rey.</i>	Assi he començado a pagaros el soldado	1045
<i>Marq.</i>	que darne quereys, Marques. Tan recto os mostrays, señor, que aun los intentos pagays.	
<i>Rey.</i>	Y porque a mi cuenta hagays, a quien deui tanto amor, las obsequias funerales; las alcaualas os doy de Cordoua.	1050
<i>Marq.</i>	Hechura soy de essas manos liberales; pero dezidme, señor, si aueys perdonado ya el agressor.	1055
<i>Rey.</i>	Bien està.	1060
<i>Marq.</i>	Que justicia!	
<i>D. Ped.</i>	Que valor! mil años, Marques gozeys tanto fauor.	
<i>Marq.</i>	Mi fortuna, señor don Pedro de Luna, que es vuestra tambien sabeys.	1065
<i>Rey.</i>	Don Pedro, hazed preuenir la caça al punto; que intento diuertir mi sentimiento.	1070
<i>D. Ped.</i>	Voyte, señor, a servir. <i>Vase.</i>	
<i>Rey.</i>	Estamos solos?	
<i>Marq.</i>	Señor, solo està tu Magestad.	
<i>Rey.</i>	Siempre de vuestra lealtad	1075

	fue el secreto mayor, Marques; don Pedro de Luna, segun informado he sido, con mi fauor atreuido, y fiado en su fortuna, quebrantando la clausura de mi Palacio Real, entra a gozar desleal de vna dama la hermosura: pena de la vida tiene, mi justicia le condena; mas no executar la pena publicamente conuiene: que tiene deudos y amigos, sin numero, y de essa suerte, cobrara con vna muerte vuios muchos enemigos, quando por las dissenciones de mi hermano es tan dañoso ocasionar riguroso en mi Reyno alteraciones. Y assi yo os mando y cometo a esse valor y prudencia, que executeys la sentencia con breuedad y secreto.	1080
<i>Marq.</i>	Señor.	
<i>Rey.</i>	No me repliqueys; obedeced, y callad, conozco vuestra piedad, mi justicia conoceys, <i>Vase.</i>	1105
<i>Marq.</i>	Que justicia, que rigor, si bien se mira, consiente castigar tan duramente yerros causados de amor? para executar cruel de la pena, del que ha errado por amor, han señalado, a quien yerra mas por el. Valgale alomenos conmigo saber la fuerça de amor, ya que en su Alteza el rigor haze inuiolable el castigo: valgale, pecho, traçad como tengays ygualmente, ni piedad inobediente, ni executiua crueldad. Que entrambos fines consigo, si algun medio puedo hallar, con que dilate, sin dar enojo al Rey, el castigo: porque humane el tiempo en el	1110
		1115
		1120
		1125

	este riguroso intento, oponga otro impedimento a la execucion cruel: Ricardo.	1130
<i>Sale Ricardo.</i>		
<i>Ric.</i>	Señor.	
<i>Marq.</i>	Que dize desta desdicha el lugar?	
<i>Ric.</i>	Todo es sentir y llorar, sucesso tan infelice: ignorase el homicida; mas es publico que Flora fue del daño causadora.	1135
<i>Marq.</i>	Calla, Ricardo; en tu vida, sino quieres darme enfado, me nombres essa muger.	1140
<i>Ric.</i>	Que dizes?	
<i>Marq.</i>	Esto has de hazer.	
<i>Ric.</i>	Estàs agora enojado.	
<i>Marq.</i>	Resuelto, Ricardo, estoy; ni recado ni papel de essa liuiana infiel, me des ya.	1145
<i>Ric.</i>	A los cielos doy gracias por essa mudanga; que tu sabes que yo he sido quien siempre te ha persuadido que gozasses tu priuança, sin dar que dezir de ti; y ya que resuelto estàs, para que confirmes mas esse intento, escucha.	1150
<i>Marq.</i>	Di.	
<i>Ric.</i>	Otra vez dizen que diò en Cordoua, aurà dos años, ocasion a grandes daños doña Flor; porque la hallò su hermano, (que ya sabràs su mucho valor) hablando de noche con don Fernando de Godoy.	1160
<i>Marq.</i>	No digas mas; que tan antiguo es el mal! lo dicho dicho, Ricardo, no dexé este amor bastardo en mi la menor señal. Ya mi hermano desdichado es muerto, casarme quiero; daré a mi casa heredero, darè quietud a mi estado.	1165
<i>Marq.</i>	A doña Ynes de Aragon	1170
		1175

	quiere en palacio servir, que bien pueden divertir su belleza y discrecion el mas firme pensamiento;	1180
<i>Ricar.</i>	y si merezco su mano, nunca bien mas soberano alcançò el merecimiento. Bien haràs.	
<i>Marq.</i>	Para que entiendas que arrepentirme no aguardo; toma essa llaue, Ricardo,	1185
<i>Dale vna llaue.</i>		
	y los papeles y prendas de Flor entrega al momento al fuego.	1190
<i>Ricar.</i>	A servirte voy. <i>Vase.</i>	
<i>Marq.</i>	Lleue sus cenizas oy, pues lleua su amor, el viento.	
<i>Sale don Diego a parte.</i>		
<i>D. Die.</i>	Solo està: buena ocasion de hablarle es esta; los pies os beso, señor Marques. Señor don Diego.	1195
<i>Marq.</i>	Aunque son tiempos tales dedicados solo a sentir y llorar,	1200
<i>D. Die.</i>	no me dexan dilatar esta ocasion mis cuydados. No os encarezco, señor, lo que este caso he sentido, porque ambos hemos tenido ygal causa de dolor;	1205
	que vn hermano perdeys vos; yo vna hermana; a Dios pluguiera que de la perdida fuera ygal el modo en los dos.	1210
	Pues es cosa conocida que es mas pesada y mas fuerte, en quien es noble, la muerte del honor que de la vida. Y no se, quando os contemplo	1215
	de prudencia, de nobleza, de justicia y fortaleza muro fuerte, y viuo exemplo. Como es possible que fuy yo solo tan desdichado,	1220
	que quien a todos ha honrado, solo me deshonne a mi. Señor Marques, Flor causò la muerte de vuestro hermano: Pero vuestro amor liuiano	1225

	causa a mi deshonrra dio. Conozco vuestro poder, vos conoceys mi valor; del Rey los dos el rigor; mirad lo que aueys de hazer.	1230
<i>Marq.</i>	Señor don Diego, testigo es el cielo soberano, que de mi difunto hermano no pudo el dolor conmigo, lo que el pesar de auer dado	1235
	causa a que en su deshonor se hablasse de doña Flor, bien lo mostrò mi cuydado, pues primero la auisè que no hiziesse nouedad,	1240
	primero desta ciudad a la justicia encarguè que a vuestra casa guardasse las deuidas exempciones, y que en las informaciones	1245
	el noble de Flor callasse. Que del muerto hermano mio causa en mi de tal dolor me lleuasse el viuo amor a ver el cadauer frio.	1250
<i>D. Die.</i>	Confieso que esse cuydado os tengo que agradecer.	
<i>Marq.</i>	Ya sucediò, no ay poder que reuoque lo passado. Mi culpa yo os la confieso:	1255
	pero si de amor sabeys, no dudo que disculpeys con su locura mi exceso. Solo falta dar vn medio, con que vos tengays seguro	1260
	preuencion en lo futuro, y en lo passado remedio. Esso intento.	
<i>D. Die.</i>	Ceda pues	
<i>Marq.</i>	mi passion a vuestro honor, a vuestra amistad mi amor, mi gusto a vuestro interes.	1265
<i>A parte.</i>	Supuesto que yo conmigo no ver a Flor proponia, con lo que de balde hazia, quiero ganar vn amigo.	1270
	Yo os doy como cauallero palabra, no solamente de oprimir mi amor ardiente, y de que tendrà primero	

	nuevas de mi muerte Flor,	1275
	que indicios de mi cuidado;	
	mas de no admitir recado,	
	mensajero ni fauor,	
	que venga de parte suya;	1280
	y porque si nota ha dado	
	lo que mi amor le ha quitado,	
	mi poder le restituya.	
	Harè que su Magestad	
	tanto, don Diego, os aumente,	1285
	que hecho vn sol resplandeciente,	
	vuestra hermosa claridad	
	illustre a Flor, y en su llama	
	los rayos vuestros consuman	
	los vapores, que presuman	
	quitar la luz a su fama.	1290
<i>D. Die.</i>	Con esos dos medios voy	
	seguro, y soy vuestro amigo.	
<i>Marq.</i>	De cumpliros lo que digo,	
	otra vez palabra os doy.	
<i>D. Die.</i>	Pues porque os muestre mi pecho	1295
	quanto della se confia,	
	estos testigos tenia	
<i>Saca vnos papeles, y dase los.</i>		
	del daño que me aueys hecho.	
	Tomaldos, no quiera Dios,	
	si a vuestro valor me oblige,	1300
	que quiera yo mas testigo	
	que a vos mismo contra vos.	
<i>Marq.</i>	Pagarè essa confiança	
	con amistad verdadera.	
<i>D. Die.</i>	Y la vuestra, hasta que muera	1305
	viuirà en mi sin mudança. <i>Vanse.</i>	
<i>Sale Encinas.</i>		
<i>Encin.</i>		
	Valgate Dios, confusion	
	y embeleco de Seuilla.	
	Es possible que se encubra	
	don Fernando tantos dias,	1310
	sin que ni deudos ni amigos	
	del me ayan dado noticia.	
	Mas es la Corte, y en ella	
	estas mañas son antiguas:	
	vn hombre conozco yo,	1315
	que es tahur, y desde el dia	
	que aun desdichado inocente	
	en el garito emprestilla,	
	se va al de otro barrio, que es	
	como passar a Turquia:	1320
	curso en el, hasta pegarle	
	a otro blanco con la misma;	
	y va visitando assi	

	por sus turnos las hermitas. Y en acabando la rueda,	1325
	se buelue a la mas antigua, donde, como los tahures se trasiegan cada dia, o no va ya su acreedor, o el haze del que se oluida,	1330
	o tiene conchas la deuda, del tiempo largo prescrita.	
<i>Sale</i>		
<i>Sale don Fernando de Peregrino a parte.</i>		
<i>D. Fer.</i>	Encinas està a la puerta de Flor, y no pronostica, estar en ella seguro,	1335
	mal successo a mis desdichas: hidalgo.	
<i>Encin.</i>	Quien es?	
<i>D. Fer.</i>	Vn hombre, que saber de vos querria	1340
	si viuis en esta casa.	
<i>Encin.</i>	Señor, señor de mi vida, es possible que te veo?	
<i>D. Fer.</i>	Quedo, no me conocias?	
<i>Encin.</i>	Tu voz conociò el oydo, que no tu cara la vista, tanto el disfraz desfigura.	1345
<i>D. Fer.</i>	Huelgome, que algunos dias importa a ciertos intentos andar oculto en Seuilla.	1350
<i>Encin.</i>	No me diràs que te has hecho? assi te vas y me oluidas? a Encinas con la traspuesta? luego querràs que no diga de los Cordoueses mal?	1355
<i>D. Fer.</i>	Mal discurre, quando admiras mi ausencia y estos disfrazes; que en tanto que se auerigua quien fue del valiente hermano del Marques el homicida,	1360
	me he de ocultar, que auer sido yo amante de Flor, me indicia de culpado; y assi quiero que en este caso me digas lo que passa; que ay de Flor, y que se dize en Seuilla?	1365
<i>Encin.</i>	Como vino la mañana, y tu, señor, no venias, sali a buscarte, ofreciendo a Dios en hallazgo Missas.	1370
	Hallè toda la ciudad alborotada y sentida	

de la muerte de don Sancho;
 y que el vulgo discurria,
 ignorando el agressor: 1375
 si bien la fama publica
 que fue doña Flor la causa:
 de aqui tomò la malicia
 ocasion de diuulgar
 la que en Cordoua ella misma 1380
 dio por ti agora ha dos años
 a semejantes desdichas.
 Mas no por esto a su casa
 se ha atreuido la justicia,
 del lastimado Marques 1385
 preuencion bien aduertida,
 aunque della, y de no auer
 faltado algunos, que digan
 que el Marques mismo ayudò
 a escaparse al homicida, 1390
 y que ha pedido a su Alteza
 que de perdonar se sirua
 al delincente; ay algunos
 maliciosos, que colijan
 que quitaron a su hermano 1395
 por orden suya la vida,
 por zelos de doña Flor,
 conjetura que confirman
 las circunstancias, pues fue
 sobre hablalla la mohina. 1400
 Este es el punto, en que estan
 estas cosas; de las mias
 sabras que desesperado
 de no hallar de ti noticia,
 y apretado (Dios lo sabe) 1405
 de la pobreza enemiga
 me resolui; y oy de Flor
 vine a saber si sabia
 de ti, y pedir que socorra
 mi necesidad esquiua: 1410
 hallela triste, y hallè
 que su noble hermano auia
 tripulado los siruientes,
 del juego de amor malillas.
 Entrò don Diego, y hallome 1415
 con ella: mas no ay quien finja
 artificiosos remedios
 en desgracias repentinas,
 como la muger, al punto
 le dize Flor que yo auia 1420
 tenido, de que buscaua
 vn escudero, noticia,
 y entrè por estar sin dueño,

	a pedir que me reciba; conociome, que los dos en la edad poco entendida en Cordoua hizimos juntos mas de dos garçonerias. Y con esto quiso Dios, que, o nunca supo, o se oluida de que he sido tu criado, y el ser de su patria misma a justa piedad le mueue, y a recebirme le obliga: quedè por criado al fin de don Diego de Padilla, si tan suyo como deuo, tan tuyo como solia.	1425
<i>D. Fer.</i>	que el Marques pidio a su Alteza el perdon del homicida?	1440
<i>Encin.</i>	Assi dizen.	
<i>D. Fer.</i>	Gran valor,	
<i>A parte.</i>	por cuantos modos me obliga! y el Rey que le respondiò? Con seueridad esquiua dixo solo: bien està; ya conoces su justicia.	1445
<i>Encin.</i>		
<i>A parte.</i>		
<i>D. Fer.</i>	Bien està? pues no està bien. En fin es don Diego, Encinas, tu dueño?	1450
<i>Encin.</i>	Desde oy acà; mas tu Teniente dirias mejor, ya ves, fue forçosa la ocasion.	
<i>D. Fer.</i>	Que lo prosigas lo es tan bien, por euitar sospechas.	1455
<i>Encin.</i>	Bien aduertida preuencion.	
<i>D. Fer.</i>	Y porque salgas del empeño, en que estos dias te auràs puesto, essa cadena	1460
	<i>Dale vna cadena de las que le dio el Marques.</i> recibe.	
<i>Encin.</i>	Señor, es fina?	
<i>D. Fer.</i>	No lo parece?	
<i>Encin.</i>	En el pobre passa el oro por alquimia.	1465
<i>D. Fer.</i>	Si quien me la dio supieras, su valor no dudarias.	
<i>Encin.</i>	Fue muger?	
<i>D. Fer.</i>	No, sino vn hombre, a quien deuo la vida.	1470

<i>Encin.</i>	Como, señor?	
<i>D. Fer.</i>	Mas espacio quiere el caso; agora mira, si puedo, porque me importa, hablar a Flor.	1475
<i>Encin.</i>	No dezias que renunciavas su amor?	
<i>D. Fer.</i>	Y otra vez lo digo, Encinas; otro es mi intento.	1480
<i>Encin.</i>	Pues entra; que agora no ay quien lo impida, que no tienen mas criado que a mi; sal presto, y euita el peligro de su hermano; que yo me pongo en espia.	1485
<i>Vase.</i>		
<i>A parte.</i>		
<i>D. Fer.</i>	Ardiendo y temblando llego a mi adorada enemiga; que si mis zelos me enojan, su enojo me atemoriza.	1490
<i>Sale doña Flor a parte.</i>		
<i>Flor.</i>	Es possible que el Marques ni me vea ni me escriua? cielos, se venga zeloso? o agraiado se retira? que es esto? quien es?	1495
<i>D. Fer.</i>	Es, Flor, quien de lo que ser solia solo tiene la memoria, porque de infierno le sirua.	
<i>Flor.</i>	Es don Fernando?	1500
<i>D. Fer.</i>	Hasta agora, cruel no me conocias? tan del todo tu mudança de mi firmeza te oluida?	
	Es possible que en vn pecho a quien noble sangre anima, ya que la mudança cupo, quepa tambien la mentira? Falsa, porque me engañaste? porque el infelice dia que tras de tantos de ausencia lleguè mas firme a tu vista.	1505
	No me diste desengaños? que remedian, si lastiman, aprouechan, aunque ofenden, y aunque atormentan obligan. Hizieraslo, si me quieres, porque guardasse la vida; y sino, porque dexassen	1510
		1515

	de cansarte mis porfias,	1520
	fue mas cordura obligarme con tus palabras fingidas al peligro en que me viste, y a la desgracia que miras?	
	Mas como fueras ingrata?	1525
	como fueras enemiga? como muger, sino fueras contraria a la razon misma?	
<i>Flor.</i>	Basta, Don Fernando, basta, que te engañas, si imaginas, anticipando tus quejas, cerrar el passo a las mias.	1530
	Si tu me cumplieras, falso, la palabra prometida, mi fama y tu amor gozaran mas quietos y dulces dias.	1535
	El secreto me juraste, y al primer lance, perdida o la memoria, o la fe, me ofendes, y lo publicas?	1540
<i>D. Fer.</i>	Yo lo he publicado?	
<i>Flor.</i>	Si; que lo mismo es que lo digan las obras, que las palabras; tu lengua, aleue, podia	1545
	dezir mas claro tu amor, que lo dixo vengatiua tu espada, locos tus zelos, precipitadas tus yras?	
<i>D. Fer.</i>	Bien por Dios; lo que hize yo para obligar, desobliga? para disculpar las tuyas, finges, falsa, culpas mias?	1550
	Saquè la espada callando, puse a peligro la vida,	1555
	por no descubrirme, a quien conocerme pretendia, solo por guardarte assi el secreto, y tu lo aplicas a lo contrario? que clara se conoce tu malicia!	1560
<i>Flor.</i>	Euitaras el peligro, pues la resistencia vias que a mayor publicidad daua ocasion tan precisa;	1565
	dexaras el puesto, huyeras; que pues no te conocian, nada perdieras en ello.	
<i>D. Fer.</i>	Sin duda mi sangre oluidas; ser secreto prometi;	1570

	no couarde, que no auia de acetar, quien nacio noble, cosas que lo contradigan: no importa no conocerme; que yo a mi me conocia;	1575
	y la misma sangre noble es Fiscal contra si misma. Y si tu me conociste, que mas ocasion querias? ay mas mundo para mi?	1580
<i>Flor.</i>	ay mas honra? ay mas estima? Conmigo nada perdieras, si por mi opinion lo hazias.	
<i>D. Fer.</i>	Conocida era la fuga, la intencion no conocida: y accion, que es mala por si, en duda la aplicarias a lo peor, claro està, que conozco mi desdicha.	1585
	Y dada ya la sospecha de que tu amor merecia, quien contigo a tu ventana de noche hablaua, no miras que a nadie infamara mas, huyendo yo, que a ti misma;	1590
	pues con causa te acusaran de que a vn couarde querias? Ves mi razon? ves tu afrenta? ves como quedas vencida? ves como de culpas tuyas son falsas, las penas mias? tus engaños cometieron el delito que me aplicas; que a no tener otro amante, y a no dezir, fementida,	1595
	que eras quien fuyste, no huuiera sucedido esta ruyna.	1600
<i>Flor.</i>	Yo otro amante?	
<i>D. Fer.</i>	Y aun querido, que nadie, sin que le admitan, zeloso guarda la calle, furioso arriesga la vida.	1605
<i>Flor.</i>	Desdeñado vn poderoso conuierte el amor en yra:	
<i>D. Fer.</i>	En vano para conmigo falsas disculpas maquinas. Quedate por siempre, ingrata, liuiana, aleue, fingida, mudable, tirana, fiera tigre Hircana, y sierpe Libia,	1615
	quedate, que solo vine	1620

	a exalar las llamas viuas que de tu ofensa engendradas dentro de mi pecho ardián, con dezirte sola a ti tus infamias, tus mentiras, mudanças y liuiandades, ya que el ser quien soy me priua de romper con publicarlas la palabra prometida que yo ofendido la guardo, y tu obligada la oluidas. Y assi para no ver mas falsedades tan indignas de quien eres y quien soy, no me veràs en tu vida.	1625
<i>Quiere yrse.</i> <i>Flor.</i>	Vete, ocasion de mis males, vete, y los cielos permitan que ni el eco de tu nombre buelua otra vez a Seuilla.	1640
<i>D. Fer.</i>	Como, traydora? te huelgas que de tu amor me despida? mi nombre ofende tu oydo, y mi presencia tu vista? pues viue Dios que por esso, aunque arriesgara mil vidas, he de ser eternamente vna sombra que te siga, porque me vengue en lo mismo con que a vengança me incitas.	1645
<i>Flor.</i>	Pues yo, si en esso te vengas, sabrè hazer.	1650
<i>Sale Encinas.</i> <i>En.</i> <i>Flor.</i> <i>D. Fer.</i>	Señora, mira, que viene tu hermano. Ay triste, vete Fernando. Enemiga,	1655
<i>Encin.</i>	mi muerte y la tuya espero. Pues duelete de la mia: vete, señora, a tu quarto, y tu, señor, te retira a mi aposento.	1660
<i>Flor.</i>	Verè, antes que muera, algun dia que por tu causa no tenga alborotos y desdichas? <i>Vase.</i>	
<i>D. Fer.</i>	Y yo sin mudanças tuyas vere alguno?	1665
<i>Encin.</i>	Señor, mira, que llega don Diego.	
<i>D. Fer.</i>	Llegue, y a sus manos vengatiuas	1670

	muera yo, Encinas, primero que a las de su hermana viua.	
<i>Encin.</i>	Acaba, que a toda ley es bueno guardar la vida.	
<i>Vanse, y Salen doña Ana y Ynes.</i>		
<i>Ana.</i>	Hazete Flor soledad?	1675
<i>Yn.</i>	Mal pudo, señora mia, sentirla en tu compañía.	
<i>Ana.</i>	Pagas, Ynes, mi amistad.	
<i>Yn.</i>	Solo siento la tristeza que con mi ausencia padece.	1680
<i>Ana.</i>	A fe que no la merece.	
<i>Yn.</i>	Es pension de su belleza: pero ya viene el Marques.	
<i>Ana.</i>	Bien su palabra ha cumplido.	
<i>Sale el Marques.</i>		
<i>Marq.</i>	Alegre y desuanecido vengo a seruiros.	1685
<i>Ana.</i>	Los pies os beso por tal fauor.	
<i>Marq.</i>	Començad pues a mandarme; y si quereys obligarme, esse es el medio mejor.	1690
	Pedido me aueys que os vea; aduertid, doña Ana hermosa, que no ha de ser para cosa que muy difiçil no sea.	1695
<i>Ana.</i>	La nobleza y cortesia que en vos celebra la fama, porque es muger la que os llama, disculparà su osadia.	
	Y esso mismo me assegura que tendrà en esta ocasion efeto mi pretension y mi esperança ventura.	1700
	Señor Marques, doña Flor, en cuyo constante pecho inhumano estrago han hecho vuestra ausencia y vuestro amor.	1705
	Como os aueys retirado tan del todo de sus ojos, que aun no aliuia sus enojos de parte vuestra vn recado.	1710
	Està oprimida de suerte de pesar y sentimiento, que perdido el sufrimiento pide remedio a la muerte.	1715
	Yo, que estimo su amistad, y en vuestra nobleza fio, he tomado a cargo mio amansar vuestra crueldad.	

	Merezca vna vez si quiera veros el rostro, por ser vos noble, y ella muger, y yo, Marques, la tercera.	1720
<i>A parte.</i>		
<i>Marq.</i>	Ay Flor, bien saben los cielos que a tantos rayos de amor, a no resistir mi honor, no resistieran mis zelos. Di mi palabra: maldiga el cielo al necio imprudente, que con enojo presente a lo futuro se obliga. Señora, lo que pedis, a ser dificil lo haria: mas es por desdicha mia impossible.	1725 1730 1735
<i>Ana.</i>	Que dezis?	
<i>Marq.</i>	Digo.	
<i>Salen don Diego y Encinas desde el paño.</i>		
<i>Encin.</i>	Pues, señor, assi te cueles?	
<i>D. Die.</i>	Ya a la impaciencia se rindiò la resistencia; mas el Marques està aqui. En canta la piedra has dado. Quedo; pues no me han sentido, quiero aplicar el oydo; que a zelos toca el cuydado. Segun esto no os espante mi resolucion.	1740 1745
<i>Encin.</i>		
<i>D. Die.</i>		
<i>Marq.</i>		
<i>Ana.</i>	Señor.	
<i>Marq.</i>	Tratarme agora de amor, es ablandar vn diamante.	1750
<i>Ana.</i>	Acabad; cessen enojos, no puedan tanto los zelos.	
<i>A parte.</i>		
<i>D. Die.</i>	Por Dios que le ruega, cielos, tal vienen a ver mis ojos!	
<i>Marq.</i>	Doña Ana, en vano os cansays.	1755
<i>Ana.</i>	Rogado os endureceys? no a la sangre que teneys, la condicion conformays. Ello es cierto.	
<i>D. Die.</i>		
<i>Marq.</i>	Lo que os pido es, que no me trateys mas de essa materia.	1760
<i>Ana.</i>	Iamas me huiera yo persuadido, sino lo llegara a ver, y aun lo dudo, aunque lo toco, que con vos puedan tan poco	1765

	los ruegos de vna muger. No dareys, Marques, lugar a las disculpas si quiera?	1770
<i>Yn.</i>	Esto es justo.	
<i>Marq.</i>	Yo lo hiziera, si me pudiera mudar.	
<i>Ana.</i>	Maldiga Dios a don Diego, que a vna determinacion tan cruel dio la ocasion.	1775
<i>Encin.</i>	Oyes esto, señor?	
<i>D. Die.</i>	Luego el Marques por zelos mios la trata con tal rigor?	1780
	aora bien, ya que el amor no ayuda mis desuarios, a vn engaño me apercibo, con que, pues no soy dichoso, lo que no alcanço amoroso, alcançarè vengatiuo.	1785
	Aqui me importa que des a entender, que eres criado del Marques.	
<i>Encin.</i>	Esse cuydado me dexa, que facil es; que pues hasta aqui por tuyo no me conocen, saldrè con el, y assi passarè plaça de criado suyo.	1790 1795
<i>D. Die.</i>	Pues al punto que el se ausente, buelue a entrar, y de su parte estos doblones reparte Dale vn bolson. en la familia siruiente de doña Ana; y al que fuere mas cudicioso, diràs que el Marques le ofrece mas, porque esta noche le espere a la puerta de doña Ana; que a deshora quiere hablalle, y el secreto has de encargalle.	1800 1805
<i>Encin.</i>	No serà tu industria vana por mi parte.	
<i>D. Die.</i>	Bien de ti se lo que puedo fiar; yo quiero, por no causar sospechas, yrme de aqui, pues no me han visto. <i>Vase.</i>	1810
<i>Ana.</i>	Bien se que a doña Ynes de Aragon seruis ya.	1815
<i>Marq.</i>	Y en su aficion viue contenta mi fe;	

	mas con todo, si pudiera, os dexara mas gustosa.	1820
Ana.	Nunca os pedirè otra cosa, pues he errado la primera.	
Marq.	Que me dezis, perdon os pido, y que os quexeyes de essa suerte, si en mi pudiere la muerte, lo que vos no aueys podido. <i>Vase.</i>	1825
Ana.	Terrible rigor.	
Encin.	Ynes, quedate con Dios.	
Yn.	Aqui estauas, Encinas?	
Encin.	Si, que vine con el Marques.	1830
Yn.	Pues que? le sirues?	
Encin.	Y soy quien priua mas en su pecho.	
Ana.	Dime, Encinas, que se ha hecho don Fernando de Godoy?	1835
<i>Mete la cabeza Encinas en el vestuario.</i>		
En.	Que? me llama el Marques? si, ya voy; que presto me echò menos, juraralo yo, no viue vn punto sin mi; perdonad hasta otro dia. <i>Vase.</i>	1840
Ana.	Buen gusto tiene el Marques.	
Yn.	Siempre con señores es feliz la bufoneria. <i>Vanse.</i>	
<i>Sale don Pedro.</i>		
D. Ped.	Negocio tiene conmigo, quando le dà la aficion de doña Ynes de Aragon, en mi vn oculto enemigo? El la sirue, y yo en secreto la gozo, y he de callar; no se venga a sospechar el delito que cometo: gran tormento, mas el viene.	1845
<i>Sale el Marques.</i>		
Marq.	Señor don Pedro.	
D. Ped.	En cuydado, señor Marques, vn recado de parte vuestra me tiene: ay en que os sirua?	1855
Marq.	Creed que pago vuestra amistad, y fe con la voluntad que en todo me hazeys merced. Oy ha llegado vn correo, (ya lo sabreys) de Granada, de la muerte desdichada de don Miguel Carabeo,	1860
		1865

	nuestro General valiente: y al punto para ocupar tan importante lugar, hallè que era conueniente vuestra persona; mirad si os disponeys a acetallo, porque quiero consultallo luego con su Magestad.	1870
<i>A parte.</i>		
	Con este piadoso medio quiero dilatar su muerte, porque entretanto la suerte le disponga otro remedio.	1875
<i>A parte.</i>		
<i>D. Ped.</i>	Darme lo que yo no pido, no teniendole obligado, quando se que a nadie han dado cargo que no aya pedido; no es por bien: que fin tendrà en ausentarme el Marques? zelos no de doña Ynes, que oculto mi amor està. Mi poder y su mudança teme sin duda, alexarme quiere del Rey, por cortarme, el hilo de mi priuança: conozco la obligacion, Marques, en que me poneys, mas aduertid que dareys de quexas justa ocasion, dandome, lo que podran pretender mil Caualleros, cuyos valientes azeros terror a los Moros dan. Yo viuo alegre en mi estado, ni mas grande ni mas rico quiero ser; y assi os suplico me tengays por escusado.	1880
<i>A parte.</i>		
<i>Marq.</i>	Triste de vos, que os perdeys; esto al seruicio conuiene del Rey.	1905
<i>D. Ped.</i>	Sin numero tiene soldados, en quien podeys tambien como en mi, el baston emplear.	
<i>Marq.</i>	Dezid en quien?	1910
<i>D. Ped.</i>	En el señor de Baylen.	
<i>Marq.</i>	Parte a seruir a Aragon.	
<i>D. Ped.</i>	En don Sancho Marmolejo.	
<i>Marq.</i>	Lleua a Francia la embaxada.	

<i>D. Ped.</i>	En don Francisco de Estrada.	1915
<i>Marq.</i>	Està enfermo, y es muy viejo.	
<i>D. Ped.</i>	En don Fernando Manrique.	
<i>Marq.</i>	Ocupaciones forçosas son las suyas en las cosas, del Infante don Enrique.	1920
	Yo en fin lo he mirado bien, no me arguyays; acetad el cargo y mi voluntad; y aduertid que os està bien.	
<i>D. Ped.</i>	Mas parece que os conuiene a vos, segun me apretays.	1925
<i>Marq.</i>	En esso no os engañays; que quien es mi amigo, tiene, don Pedro, en mi coraçon tanta parte, que desseo	1930
	como propio, lo que veo que ha de aumentar su opinion.	
<i>D. Ped.</i>	Yo agradezco la amistad; pero os aduerto, Marques, que para mi no lo es.	1935
<i>Marq.</i>	O quien pudiera! mirad que os aconsejo.	
<i>D. Ped.</i>	No hableys	
<i>A parte.</i>	mysterioso; en su porfia	
	crece la sospecha mia:	1940
	y para que no os canseys, por vltimo desengaño, digo que estoy satisfecho de que traçays mi prouecho;	
	pero yo quiero mi daño.	1945
<i>A parte.</i>		
<i>Marq.</i>	Quanto resiste obstinado, tanto piadoso desseo remedialle; porque veo que yerra de enamorado.	
<i>D. Ped.</i>	Mandays otra cosa?	1950
<i>Marq.</i>	En esto pido solo que os mireys; y a Dios.	
<i>A parte.</i>		
<i>D. Ped.</i>	Pues vos me quereys quitar del dichoso puesto, en que con el Rey estoy, yo del vuestro os quitarè.	1955
<i>A parte.</i>		
<i>Marq.</i>	De la muerte os librarè, o no serè yo quien soy.	

Acto tercero

Salen don Diego, y Encinas de noche.

D. Dieg. Solo aquel, que tu hidalgo nacimiento,
tu fuerte corazón, tu entendimiento,
y honrado proceder, como yo, sabe,
confiara de ti caso tan graue. 1960

Encin. Tu confianza a mucho mas me obliga.
D. Dieg. Permita amor que mi intencion consiga. 1965

Encin. Estará puntual el Escudero;
que gran negociador es el dinero!
cercaronme al partir de los doblones,
como a la flor la vanda de abejones,
con cada escudo, que a qualquiera daua, 1970
vn ojo a los demas les faltaua;
mas este, a quien di parte de tu intento,
no vi miron de pintas mas atento;
verè si aguarda.

A parte.

D. Dieg. Ayuda, noche obscura, 1975
a quien vengarse de vn desden procura;
pues doña Ana al Marques adora, intento,
fingiendo serlo, entrar en su aposento,
donde, lo que no amor, me dè el engaño:
loco estoy, remediar quiero mi daño; 1980
y a quien le pareciere excesso graue,
no me condene, si de amor no sabe.

Sale vn Escudero.

Encin. Pues sabeys su poder, y su priuança,
tened de grandes premios confianza;
mas sabelde obligar. 1985

Escu. Como? la vida
en seruirle darè por bien perdida;
porque de liberal y agradecido,
tiene el nombre que nadie ha merecido.

Encin. Llegad. 1990

Escu. Es el Marques?

Encin. Si.

Escu. Señor mio, que me quereys mandar?

D. Dieg. De vos me fio, y vos fiad de mi.

Escu. Escusad rodeos, 1995
y prouad en mis obras mis desseos.

D. Dieg. Doña Ana està acostada?

Escu. Y recogidos todos en casa ya.

D. Dieg. Sin ser sentidos,
los dos hemos de entrar en su aposento. 2000

Escu. Que pretendey?

<i>D. Dieg.</i>	Sin preguntar mi intento, lo hazed para obligarme deste modo, que mi poder os sacara de todo.	
<i>Encin.</i>	Por el lo hazeys, y el mismo os assegura no repliqueys, que os busca la ventura.	2005
<i>Escu.</i> <i>A don Diego.</i>	Yo temo.	
<i>Encin.</i>	El carro gruñe, importaria vntarlo.	
<i>D. Dieg.</i>	Oy reparti quanto tenia, tienes dinero tu?	2010
<i>Encin.</i>	No tengas pena, suplir puede la falta esta cadena, que me dio vn amo, a quien servi primero.	
<i>Dale la cadena, y Don Diego al escudero.</i>		
<i>D. Dieg.</i>	Pagaros parte de mi deuda quiero; tomad.	2015
<i>Escu.</i> <i>A parte.</i>	A quien no vencereys? Callando venid.	
<i>D. Dieg.</i> <i>Encin.</i>	Las luzes matarè en entrando. Dios nos saque con bien.	
<i>D. Dieg.</i>	Si los criados vieredes por ventura alborotados, y quisieren entrar, vos en mi nombre los detened y amenaçad.	2020
<i>Escu.</i>	No ay hombre en esta casa, que por vos no muera.	2025
<i>En.</i> <i>Salen el Rey, y el Marques.</i>	Que engañado se hallara, quien lo hiziera. <i>Vanse.</i>	
<i>Marq.</i>	No puede en esta ocasion ocupar persona alguna, como don Pedro de Luna, de General el baston.	2030
	Que vistos y examinados los demas, en quien podeys empicalle, los teneys, donde importan, ocupados.	
	Y la valerosa espada de don Pedro solamente hasta a ceñiros la frente, con el laurel de Granada.	2035
<i>Rey.</i>	Las ordenes que yo os doy, executays dessa suerte?	2040
<i>Marq.</i>	Dispuesto a dalle la muerte, como aueys mandado, estoy; mas por la nueua ocasion os le consulto de nueuo.	
<i>Rey.</i>	Marques, la piedad aprueuo, condeno la remision.	2045
<i>Marq.</i>	Vos mandays que con secreto le mate, y bien podeys ver	

	que no es facil disponer con breuedad el efeto.	2050
	Y assi en mi la dilacion no nace de resistencia, mas de buscar con prudencia el tiempo a la execucion.	
	Fuera de que bien mirado, alguna vez el rigor de la justicia, señor, cede a la razon de estado.	2055
<i>Rey.</i>	Es assi.	
<i>Marq.</i>	Pues siendo assi, donde podrà la razon derogar la execucion, de la ley mejor que aqui? Con justa causa lo infiero, porque no es mas conueniente castigar vn delinquente, que ganar vn Reyno entero.	2060
	Demas de que no os priuays assi de cumplir con todo, que el castigo deste modo diferis, no perdonays.	2065
	Y pues que con ausentalle, el delinquir cessarà, allà aprouecha, y acà no daña el no castigalle.	2070
<i>Rey.</i>	Tiene en mi tanto valor ver en vos essa amistad; que se dà a vuestra piedad por vencido mi rigor.	2075
	Vaya don Pedro a Granada, goze el honroso baston, mas por vuestra intercession, que por su valiente espada.	2080
<i>Marq.</i>	Es el mas alto fauor, que de vuestra Magestad recebi jamas.	2085
<i>Rey.</i>	Alçad, mi mayordomo mayor.	
<i>Marq.</i>	Hechura soy vuestra.	
<i>Rey.</i>	Quiero teneros siempre a mi lado, que pues el mundo me ha dado renombre de justiciero.	2090
	Por merecerle mejor, sin que el excesso me dañe, es bien que en todo acompañe vuestra piedad mi rigor.	2095
<i>Sale don Pedro.</i>		
<i>A parte.</i>		

<i>D. Ped.</i>	En estando solo el Rey, le darè del caso cuenta, que pues derribarme intenta, la defensa es justa ley.	2100
<i>Marq.</i>	Don Pedro viene.	
<i>D. Ped.</i>	Los pies me dè vuestra Magestad.	
<i>Rey.</i>	Mi General, leuantad.	2105
<i>A parte.</i>		
<i>D. Ped.</i>	Que clara muestra el Marques su embidiosa emulacion!	
<i>Rey.</i>	Luego os partid a Granada, que importa alli vuestra espada.	
<i>D. Ped.</i>	Tomada resolucion, no ay replicar; mas cordura es mostrarme agradecido: de nueuo los pies os pido, donde hallè tanta ventura:	2110
<i>Dentro.</i>		
	detente, muger, aguarda.	2115
<i>Sale doña Ana con manto.</i>		
<i>Ana.</i>	Los oydos y las puertas ha de tener siempre abiertas vn Rey, que justicia guarda: Rey poderoso y sabio, recto, noble, Catholico, y prudente, castigo del agrauio, de la virtud amparador valiente; a quien, por ser tan justo y tan seuero, proprios y estraños llaman justiciero.	2120
	Yo soy, señor inuicto, doña Ana de Leon, que los blasones de mi estirpe acredito, con montañesas vandas y Leones; de aquel arbol soy rama; siempre en ellas fulminaron desdichas las estrellas,	2125
	Don Fernando de Castro assombro de las huestes Otomanas, que a Pyras de alabastro dà presuncion con sus cenizas vanas, me diò el ser y la dicha, que importuna mira el merecimiento la fortuna.	2130
	Su fin arrebatado me dexò sola en orfandad funesta, para elegir estado, no la prudencia, si la edad dispuesta; y assi mi juuentud poco entendida passaua en muda confusion la vida.	2135
	Quando no se que Signo, que aduersa Estrella, que Planeta ayrado para mi mal preuino	2140
		2145

que el Marques don Fadrique, esse, que al lado
 vuestro es Atlante desta Monarchia,
 me fuesse a visitar a instancia mia.
 Para vn intento ageno
 le llamè, bien lo sabe, quien creyera 2150
 que alli el mortal veneno
 de mi opinion y honestidad beuiera?
 bien dizen que la suerte està constante
 en tablas esculpida de diamante.
 Despidiose, encubriendo 2155
 su aleue intento, y ya determinado,
 para el delito horrendo
 se encomendò a la industria de vn criado,
 y por su astuta mano de los mios
 con dones conquistò los aluedrios. 2160
 Como es possible, como;
 quando ostentays la rigurosa espada,
 desde la punta al pomo
 de incessable suplicio ensangrentada,
 que incurra en mas culpable atreuimiento, 2165
 quien mas de cerca mira el escarmiento?
 Las cumbres ya del Polo
 pisaua de traycion la negra autora;
 y yo en mi lecho solo
 los rayos aguardaua de la Aurora, 2170
 bañandome las vrnas de Morfeo
 en las dulces corrientes del Leteo.
 Quando el Marques tyrano
 mis castas puertas abre, poco fuertes
 a su prodiga mano, 2175
 que esparze dones, y amenaza muertes
 a la familia vil, mientras dueño
 vuestra justicia asseguraua el sueño,
 Oculto de mi fama
 el robador en la tiniebla obscura, 2180
 llegò a mi honesta cama:
 ojalà fuera triste sepultura,
 y publicara la inscripcion sangrienta
 al mundo, antes mi fin, que yo mi afrenta!
 De sus braços apenas 2185
 senti el inusitado atreuimiento,
 quando con voces llenas
 de confusion, temor, duda, y tormento,
 pido fauor, pregunto quien me ofende;
 nadie responde, nadie me defiende. 2190
 Solo el Marques aleue
 en baxa voz; que al fin como traydora,
 timido aliento mueue;
 el Marques don Fadrique soy, señora,
 dixo; y porque a defensas me apercibo; 2195
 fuerças aplica a su furor laciuo.

	Yo a su apetito ciego culpo humilde, resisto valerosa, enternecida ruego, amenazo cruel, lloro amorosa,	2200
	vuestro rigor le traygo a la memoria, ultima apelacion de mi vitoria. Ni amenazas, ni quexas, ni ruegos penetraron solo vn grado, por las sordas orejas	2205
	al pecho en sus intentos obstinados; antes daua a su indomita violencia mas insano furor mi resistencia. Al fin su fuerça mucha, debil mi cuerpo, mi defensa poca	2210
	en la prolixa lucha al pecho aliento y voces a la boca negaron; lo demas, si es bien contarlo, la verguença lo dize con callarlo.	2215
	Luego el traydor Tarquino me dexò en cambio la tiniebla obscura; yo con el desatino de tan incomparable desventura, a tener el ladron tiendo los braços, y a vanas sombras doy y vanos abrazos.	2220
	Assi quedé llorando sin mi culpa el ageno desuario, la suerte blasfemando, que a vn tyrano poder sujeto el mio: solo ya el pensamiento en mi vengança,	2225
	solo en vuestra justicia la esperança. Iusticia, Rey, justicia; muestre tanto mas viuos sus enojos, quanto es mas la malicia	2230
	del que sus aras ofendio a sus ojos: pues vibra joue el rayo vengatiuo mas ardiente al peñasco mas altiuo. Prueue el desnudo azero este que al cielo se atreuio gigante;	2235
	y el nombre Iusticiero que en el delito despreciò arrogante: ya que no fue bastante a refrenallo, baste para vengarme y castigallo.	
<i>Marq.</i>	Por el sagrado laurel que os ciñe la frente altiua,	2240
	assi coronada viua infinitos años del, que es engaño y falsedad quanto ha dicho.	
<i>Ana.</i>	Podra ser,	2245
	gran señor, que su poder obscurezca mi verdad?	

<i>Rey.</i>	No, doña Ana, mi corona fundo, en tener la malicia refrenada, en mi justicia no ay excepcion de persona. A de mi guarda.	2250
<i>Marq.</i>	Creed, gran señor.	
<i>Rey.</i>	Marques, callad; en juyzio le acusad; en juyzio os defended.	2255
<i>Salen guardas.</i>		
<i>Guar.</i>	Que mandays?	
<i>Rey.</i>	Vaya el Marques preso al quarto de la torre.	
<i>A parte.</i>		
<i>D. Ped.</i>	La fortuna me socorre; moued, vengança, los pies. La ocasion tengo en la mano para acumularle agora, que el por los zelos de Flora hizo matar a su hermano.	2260 2265
<i>Marq.</i>	Como, doña Ana, ha cabido tan gran traycion en tu pecho?	
<i>Ana.</i>	Como a negar lo que has hecho, tyrano, te has atreuido?	
<i>Marq.</i>	Ella està loca.	2270
<i>Ana.</i>	El se fia en su poder.	
<i>Marq.</i>	Breualmente harè mi verdad patente.	
<i>Ana.</i>	Y yo prouaré la mia.	2275
<i>Vanse</i>		
<i>Salen Encinas de donado Francisco, y con antojos, y don Diego.</i>		
<i>Encin.</i>	Voy bueno?	
<i>D. Die.</i>	Encinas, aduierte si es tu deuda conocida, pues quando puedo mi vida assegurar con tu muerte. Tanto de tu pecho fio, que dexo en esta ocasion, en tu lengua mi opinion, y mi vida en tu aluedrio.	2280
<i>Encin.</i>	De hidalgos padres naci en Cordoua, tu lo sabes; y que de mil casos graues honrosamente sali. Fuera de que te assegura este disfraz y mi ausencia, si a tan dura contingencia viniessse mi desuentura, que me prendiessen, de mi puedes fiar, que primero	2285 2290

	mi pecho al verdugo fiero diera mil almas que vn si.	2295
<i>D. Die.</i>	La vida a entrambos nos va.	
<i>Encin.</i>	Gran yerro por Dios hiziste; como, di, no preueniste, lo que sucediendo esta?	2300
<i>D. Die.</i>	No pensè que resistiera doña Ana, quando emprendiò el engaño; antes crey que alegre talamo diera al Marques; vime en sus braços, toquè marfiles bruñidos, gustè labios defendidos. y gozè esquiuos abraços.	2305
	Creciò el apetito, el fuego, el furor, lo mismo hiziera, si la espada al cuello viera, o el amor no fuera ciego.	2310
<i>Encin.</i>	El fue bocado costoso: mas paciencia, y al reparo, que Adan lo comiò mas caro, y a la fe menos gustoso.	2315
<i>D. Die.</i>	Tu, mi hermana, y yo no mas sabemos que me has seruido, con que viuas escondido, estoy seguro y lo estàs.	2320
<i>Encin.</i>	Esso importa, y la manzilla cayga en el pobre Marques.	
<i>D. Die.</i>	Poderoso, Encinas, es, y saldrà al fin a la orilla.	
<i>Encin.</i>	Y la verdad le valdrà.	2325
<i>D. Die.</i>	Y a nosotros la prudencia, la industria, y la diligencia.	
<i>Encin.</i>	A Dios, que desta se va Fray Bartolo; hasta la buelta me arroja tu bendicion: mas escucha este pregon, que anda la Corte rebuelta.	2330
<i>Pregonan dentro.</i>		
<i>Preg.</i>	El Rey N. Señor promete dos mil ducados, a quien entregare pre so a Iuan de Encinas natural de Cor doua, y a el mismo, si se presenta re, con perdon de todos sus delitos, y manda que nadie le ampare ni encubra, pena de la vida. Mandase pregonar, porque, & c.	2335
<i>Encin.</i>	Que dizes del pregoncete, y de los dos mil?	2340
<i>D. Die.</i>	De prissa deue andar la pesquissa:	

	Encinas amigo, vete.	2345
<i>Encin.</i>	Dos mil ducados, y verme seguro desta aflicion? por Dios que es gran tentacion; muy cerca està de vencerme.	
<i>D. Die.</i>	Que es lo que dizes?	2350
<i>Encin.</i>	Si puedo pescar esta cantidad y viuir con libertad, quien me mete en tener miedo, andar retirado y solo,	2355
	fugitiuo, alborotado, bandido, y sobresaltado, hecho el hermano Bartolo? Señor, perdona; allà va	
<i>Haze que se desnuda.</i>		
	tu disfraz y tu dinero.	2360
<i>D. Die.</i>	Estàs loco? tente.	
<i>Encin.</i>	Quiero, pues Dios su mano me di, verme libre de pobreza y justicia.	2365
<i>D. Die.</i>	Esta es lealtad? esta es ley?	
<i>Encin.</i>	La caridad, señor, de si misma empieza.	
<i>D. Die.</i>	Yo te darè mucho mas, de mi hazienda.	2370
<i>Encin.</i>	Y el perdon de mi culpa?	
<i>D. Die.</i>	Del pregon te fias?	
<i>Encin.</i>	Pues que? diras que es engaño?	
<i>D. Die.</i>	Si.	
<i>Encin.</i>	En los Reyes la palabra es ley.	2375
<i>D. Die.</i>	No ay ley, Encinas, que obligue al Rey, porque es autor de las leyes. Quando en publico le obliga, empeña su autoridad:	2380
<i>Encin.</i>		
<i>Haze que se desnuda.</i>		
	resuelto estoy; libertad, libertad.	
<i>D. Die.</i>	Suerte enemiga, mirad de quien me he fiado; muera yo, pues indiscreto quise fiar mi secreto.	2385
<i>Encin.</i>	Lindamente la has tragado.	
<i>D. Die.</i>	Que dizes?	
<i>Encin.</i>	Tu confiança prouè con este picon.	2390
<i>D. Die.</i>	Muy pesadas burlas son: pero nunca tu mudança creî del todo.	

<i>Encin.</i>	Señor, tienen los pobres criados opinión de interesados, de poco peso y valor. Pese a quien lo piensa; andamos de cabeza los sirvientes? tienen almas diferentes	2395 2400
	en especie nuestros amos? Muchos criados no han sido tan nobles como sus dueños? el ser grandes, o pequeños; el servir, o ser servido;	2405
	en más o menos riqueza consiste sin duda alguna; y es distancia de fortuna, que no de naturaleza. Por esto me cansa el ver	2410
	en la Comedia afrentados siempre a los pobres criados, siempre huir, siempre temer; y por Dios que ha visto Encinas en más de cuatro ocasiones	2415
	muchos criados leones, y muchos amos gallinas.	
<i>D. Die.</i>	Bien dices, vete con Dios, y más peligro no esperes. <i>Vase.</i>	
<i>Encin.</i>	A Dios, que donde murieres, hemos de morir los dos. Oy han de ser restaurados en su opinión por mi fe los que sirven, oy seré un Pelayo de criados.	2420 2425
	<i>Sale Ynes con manto, y don Fernando.</i>	
<i>Yn.</i>	Oye, hermano?	
<i>A parte.</i>		
<i>Encin.</i>	Pese a mí; Ynes, y Fernando son.	
<i>Yn.</i>	Tenga.	
<i>D. Fer.</i>	Escuche, que pregon es el que se ha dado aquí? que importa sabello.	2430
<i>Yn.</i>	El es sordo, o tonto.	
<i>A parte.</i>		
<i>Encin.</i>	Que aya sido tan desdichado! perdido soy, si me conoce Ynes.	2435
<i>D. Fer.</i>	El cielo en el retrato a Encinas.	
<i>Encin.</i>	Aquesto es hecho.	
<i>A parte.</i>		
<i>Yn.</i>	Otra vez según sospecho,	2440

	esta cara he visto yo.	
<i>A parte.</i>		
<i>Encin.</i>	Acabose: el mismo diablo los traxo aqui; deste modo	
<i>Hazese Cruzes y vase.</i>		
	me escaparè; que del todo me han de conocer, si hablo.	2445
<i>Vase.</i>		
<i>D. Fer.</i>	Tenga.	
<i>Yn.</i>	Aguarde.	
<i>D. Fer.</i>	Tentacion deues de darle sin duda, pues haze la lengua muda, cruzes en el coraçon.	2450
<i>Yn.</i>	Yo tentacion?	
<i>D. Fer.</i>	Iuraria que era Encinas.	
<i>Yn.</i>	Yo tambien.	
<i>D. Fer.</i>	Mas a serlo, yo se bien que no se me encubriria.	2455
<i>Yn.</i>	Otro nos informarà.	
<i>D. Fer.</i>	Prosigue.	
<i>Yn.</i>	Hanle acumulado a la fuerça, que ha mandado matar su hermano, y està prouado que ya escondiò el mismo al fiero homicida: y aun dizen mas, que la vida al matador le quitò, para encubrillo.	2460
<i>D. Fer.</i>	Que engaño!	
<i>Yn.</i>	Apretado està el Marques, don Pedro de Luna es quien le ha hecho todo el daño, por ser su competidor en priuança.	2470
<i>D. Fer.</i>	No fue ya a Granada?	
<i>Yn.</i>	Ya estarà dando a los Moros temor.	2475
<i>D. Fer.</i>	Que notables estrañezas me cuentas?	
<i>Yn.</i>	Donde has estado, que esto ignoras?	
<i>D. Fer.</i>	Retirado me han tenido mis tristezas.	2480
<i>Yn.</i>	Si las ha causado Flor, muda intento por tu vida; que el Marques, aunque la oluida, es quien la abraza de amor.	
<i>D. Fer.</i>	Hasta agora pensé yo que era su hermano el amante de Flora.	2485
<i>Yn.</i>	Causa bastante	

	su muerte a esse yerro dio: y a Dios, que el tiempo no es mio, con las desdichas que ves.	2490
<i>D. Fer.</i>	Lo que en mi has tenido, Ynes, tendras siempre.	
<i>Yn.</i>	Assi lo fio. <i>Vase.</i>	
<i>D. Fer.</i>	Que hemos de hazer, coraçon, en vn tan confuso estado? el que la vida me ha dado, por mi culpa està en prision. A Flora perdi por el; mas el en que me ofendiò, si mi aficion ignorò? palabra de amigo fiel le di, y me dio, y ha cumplido el la suya; pues mi vida serà primero perdida, que yo en amistad vencido. <i>Vase.</i>	2495 2500 2505
<i>Salen el Rey, y el Secretario.</i>		
<i>Rey.</i>	Esto es justicia.	
<i>Secre.</i>	Señor, por indicios solamente ha de morir vn pariente vuestro de tanto valor?	2510
<i>Rey.</i>	No os dè necia confiança ser sus delitos dudosos, que contra los poderosos los indicios son prouança. Contra el Marques que testigo quereys vos que se declare, sin que el temor le repare de tan valiente enemigo?	2515
	Fuera de que muchos son los indicios y vehementes, y estos dos son accidentes que hazen plena informacion. Prueuase que el mismo dia a doña Ana visitò, que a su gente repartiò dineros, quando salia.	2520 2525
	La cadena, que al criado a abrir abligò la puerta, era suya, cosa es cierta, tres testigos lo han jurado. Demas desto le condena la publica voz y fama, tyrano el vulgo le llama, y a voces pide su pena.	2530 2535
	Que por mas justo que sea, siempre aborrece al priuado, y como ocasion ha hallado,	

	haze ley, lo que dessea. Iuzgad agora si quiero con razon y causa urgente, castigar vn delinvente, y quietar vn Reyno entero.	2540
<i>A parte.</i>	Para aclarar la verdad conuiene tanto rigor, y oy la experiencia mayor tengo de hazer; escuchad.	2545
<i>Habla al oydo al Secretario, y vase el Secretario.</i>		
<i>D. Ped.</i>	Vuestra Magestad me dè sus pies.	
<i>Rey.</i>	Don Pedro de Luna, que es esto?	2550
<i>Sale don Pedro, con vanderas Moriscas arrastrando, al son de caxas.</i>		
<i>D. Ped.</i>	Que oy la fortuna Africana os besa el pie. Supo el Moro de Granada la muerte del General don Miguel; mas por su mal	2555
	se le encubriò mi llegada: al campo, que sin cabeça juzgò engañado; embistiò animoso, mas venciò breuemente vuestra Alteza.	2560
	Vuestra es Granada, y su tierra; y assi yo a seruiros vengo en la paz, porque no tengo que hazer agora en la guerra.	
<i>Rey.</i>	Seruicio tan excessiuo con exceso me ha obligado, y assi con ygal cuydado a premiaros me apercibo. Y por justo galardón de la vitoria que gano	2565
	oy por vos, os doy la mano de doña Ynes de Aragon.	2570
<i>D. Ped.</i>	Es el premio sin medida.	
<i>Rey.</i>	Lo que en dote quiero daros, no menos ha de alegraros.	2575
<i>D. Ped.</i>	Ya lo espero.	
<i>Rey.</i>	Es vuestra vida.	
<i>D. Ped.</i>	Mi vida? como, señor?	
<i>Rey.</i>	Yd al Marques don Fadrique, y dezilde que os explique su piedad y vuestro error.	2580
<i>D. Ped.</i>	Vos no podeys declarallo?	
<i>Rey.</i>	Tanto a castigar me incito, que se, si nombro el delito, que no podrè perdonallo.	2585
<i>D. Ped.</i>	El Marques no lo dirà,	

	si fue entre los dos secreto, sin vn firmado decreto.	
<i>Rey.</i>	Este sello lo serà;	
<i>Dale vna sortija.</i>		
	y oy conocereys la fe, de quien aueys perseguido.	2590
<i>A parte.</i>		
<i>D. Ped.</i>	El Rey sin duda ha sabido que el Palacio quebrantè. <i>Vanse.</i>	
<i>Salen don Fernando, y doña Flor.</i>		
<i>D. Fer.</i>	Yo se, hermosa doña Flor, que al Marques tu pecho adora, no vengo a quexarme agora de tu mudança y su amor: que la desesperacion ha dado muerte al cuydado.	2595
<i>Flor.</i>	Nunca mas rayos ha dado de su luz tu discrecion.	2600
<i>D. Fer.</i>	Solo vengo a que me dè relaxacion del secreto que te ofreci, y te prometo darte libre a tu Marques.	2605
<i>Flor.</i>	Pues quando puedas libralle de la muerte de su hermano que le imputan, no està llano que es imposible escusalle la que espera condenado a ella ya, por el exceso de la fuerça?	2610
<i>D. Fer.</i>	Flor, en esso dexa el cargo a mi cuydado.	
<i>Flor.</i>	Si la libertad assi ha de conseguir, supuesto que nunca al fauor honesto, quando te quise, excedi: y que solo te encarguè que el amor nuestro callases, porque al Marques no estoruasses; que la mano que esperè, me diesse, y ya lo ha sabido, no ay en ello que perder; y assi puedes ya romper el secreto prometido.	2615 2620 2625
<i>D. Fer.</i>	Yo aceto la permission, que oy pienso al mundo mostrar, de que modo han de pagar los nobles su obligacion.	2630
<i>Flor.</i>	Bien ves si cumplo la mia, pues que pudiendo librallo con hablar, padezco y callo, por la que yo te tenia;	

	librale, y me pagaràs, lo que me deues, en esto. <i>Vase.</i>	2635
<i>D. Fer.</i>	De agradecido muy presto la prueua mayor veràs.	
<i>Sale don Diego a parte.</i>		
<i>D. Dieg.</i>	Encinas preso? yo soy perdido, confessarà sin duda; mas aqui està don Fernando de Godoy.	2640
<i>D. Fer.</i>	Con diligencia os buscaua, señor don Diego.	
<i>D. Dieg.</i>	Ay en que os sirua?	2645
<i>D. Fer.</i>	Oyd, y os dirè la ocasion que me obligaua; vos no deueys de ignorar del Marques el triste estado.	
<i>D. Dieg.</i>	No.	2650
<i>D. Fer.</i>	Pues la vida. me ha dado, y la vida le he de dar.	
<i>D. Dieg.</i>	Es justa correspondencia; pero yo que parte soy en esso?	2655
<i>D. Fer.</i>	Informado estoy, que el reuocar la sentencia que a muerte le ha condenado por la fuerça, està no mas de en prouarse que jamas Encinas fue su criado.	2660
	A mi me consta que el dia que el delito sucediò, a que Encinas ayudò, a vos, don Diego, os seruia, y me consta que aueys sido ciego amante de doña Ana; y assi es conjetura llana que vos lo aueys cometido.	2665
<i>D. Dieg.</i>	Quien dixere.	2670
<i>D. Fer.</i>	Detened el arrojado furor; y para prueua mayor de lo que digo, sabed que yo por mis ojos vi hablar a vuestro criado en habito disfraçado con vos mismo; y aunque alli con el disfraz me engañò, porque no estaua aduertido del caso, auerlo sabido, del engaño me sacò, Mirad lo que aueys de hazer, sin fiaros del secreto,	2675
		2680

	porque el Marques el efeto por vos no ha de padecer. Y mas quando ya ocultar no es possible vuestro exceso, pues està ya Encinas preso, y al fin lo ha de confessar.	2685 2690
<i>A parte.</i> <i>D. Dieg.</i>	Que he de hazer? la culpa es graue, noble y muger la ofendida, justiciero el Rey; perdida miro esta misera naue entre fieras tempestades è ineuitables vaxios, o terribles desuarios de amorosas ceguedades!	2695
<i>D. Fer.</i>	Don Diego, que os deteneys en discursos sin prouecho? disponed el noble pecho que tan sin remedio veys, haziendo en esta ocasion virtud la necessidad, a vna bizarra piedad, que os dè immortal opinion.	2700 2705
<i>D. Dieg.</i> <i>D. Fer.</i>	Como? Si os sentis culpado, pues encubrillo quereys en vano, quando sabeys que han preso a vuestro criado; antes que el venga, hazed vos, lo que yo; y en las historias borraremos las memorias de agena fama los dos.	2710 2715
<i>D. Dieg.</i> <i>D. Fer.</i> <i>D. Dieg.</i>	Que, lo que vos, haga? Si. Empeçaldo a disponer; que vos me podeys hazer, que no me està bien a mi?	2720
<i>D. Fer.</i> <i>D. Dieg.</i>	Pues venid conmigo. Voy; la fuerça haré voluntad.	
<i>D. Fer.</i>	De agradecida amistad claro exemplo al mundo soy. <i>Vanse.</i>	2725
<i>Salen el Rey, y vn Secretario en la ventana.</i> <i>Secre.</i>	Don Pedro entrò a visitar agora al Marques, señor.	
<i>Rey.</i>	Deste oculto mirador a los dos quiero escuchar; vos hazed lo que ordenè.	2730
<i>Secre.</i> <i>Rey.</i>	Voy al punto. <i>Vase.</i> La experiencia de la culpa, o la inocencia	

	del Marques con esto harè.	
<i>Salen el Marques, y don Pedro.</i>		
<i>Marq.</i>	Pues el sello me enseñays de su Alteza, su decreto obedezco, y el secreto os dirè que preguntays. Supo el Rey que desleal, don Pedro, en la noche obscura	2735 2740
<i>A parte.</i>	quebrantastes la clausura, de su Palacio Real. Y por causas que aduirtìò,	
	(estas no pienso dezille, que no es justo descubrilie, que su Magestad temiò) determinò su rigor daros la muerte en secreto; y assi cometiò el efeto de su intento a mi valor.	2745 2750
	Mas yo vuestro firme amigo piadoso empecè a traçar medios, para dilatar, hasta cuitar el castigo. Dios, que ayuda liberal la bien fundada intencion, quiso entonces que el baston vacasse de General: porque mi amistad fiel venciendo la voluntad	2755 2760
<i>D. Ted.</i>	vuestra y de su Magestad, os diesse la vida en el. Basta, no querays que el pecho me rompa el dolor extraño, antes que remedie el daño que sin razon os he hecho. Marques, quitadme la vida, que engañada os ha ofendido, y como viuora ha sido, de quien se la dà, homicida.	2765 2770
	Perdonadme, exemplo raro de valor y de piedad, simbolo de la amistad, de nobleza espejo claro. Gloria del nombre Español, perdonadme, que pensando que vuestro pecho, embidiando verme tan cerca del Sol: gozar de los rayos bellos de su fauor y priuança,	2775 2780
	maquinaua mi mudança, quando me apartaua dellos,	

	os he perseguido, tal es de la embidia el rigor, que della aun solo el temor es bastante a tanto mal.	2785
<i>Salen don Fernando, y don Diego, y doña Flor con manto.</i>		
<i>D. Fer.</i>	Esperad, que hablando estan, el y don Pedro de Luna.	
<i>D. Ped.</i>	Mas, ni tiempo, ni fortuna de vos, Marques, triunfaràn, si yo puedo; condenado estays a muerte, seuero rigor del Rey justiciero. Vos la vida me aueys dado, a vos os deuo el baston, y la alcançada vitoria, y por vos llego a la gloria de doña Ynes de Aragon; la vida y la libertad he de daros.	2790 2795 2800
<i>Marq.</i>	Para hazello, que imaginays?	
<i>D. Ped.</i>	Pues el sello tengo de su Magestad, sacaros de la prision quiero con el, y quedar yo en ella, para mostrar que es amistad, no traycion, por quien cometer ordeno tal error contra su Alteza.	2805
<i>A parte.</i>		
<i>Rey.</i>	Agradezco la fineza, si la deslealtad condeno.	2810
<i>D. Ped.</i>	Que dezis?	
<i>Marq.</i>	Que esse ha de ser mayor daño de los dos; que si quedays preso vos, yo, don Pedro, que he dehazer, sino a la misma prision boluerme para libraros, pues de otra suerte pagaros no podrè esta obligacion? demas que estoy confiado de que al fin ha de librarme mi inocencia, y ausentarme es confessarme culpado.	2815 2820
<i>D. Ped.</i>	No es, sino el golpe euitar que tan cerca os amenaça.	2825
<i>Marq.</i>	Pues dezidme vos, que traga del Rey me puede librar? no ha de boluer a prenderme, y desta culpa tendreys la pena sin que logreys	2830

	el fin de fauorecerme.	
<i>D. Ped.</i>	Pues no ay, Marques don Fadrique, otros Reynos, y està claro que alegre os dara su amparo el Infante don Enrique?	2835
<i>Marq.</i>	Don Pedro, no quiera el cielo, quando està toda la tierra ardiendo en continua guerra, que vaya yo a dar recelo y duda de mi lealtad, por huyr cierto castigo, buscando en Reyno, enemigo de mi Rey, la libertad.	2840
	No, muy mal lo aueys mirado, que menor inconueniente serà morir inocente, que viuir mal opinado.	2845
<i>A parte.</i>		
<i>Rey.</i>	Gran valor.	
<i>D. Ped.</i>	Que hareys, supuesto que oy, si el mal no se remedia, vuestra misera tragedia verà el teatro funesto.	2850
<i>Marq.</i>	Que? morir, si castigar sufre el cielo la inocencia.	2855
<i>Sale el Secretario, y doña Ana con manto.</i>		
<i>Secre.</i>	Mostrad, Marques, la paciencia, que el valor suele adornar; que al punto mande su Alteza, que pues vuestra culpa es llana, le deys la mano a doña Ana, y al verdugo la cabega.	2860
<i>A parte.</i>		
<i>Rey.</i>	Si resiste al casamiento, a vista ya de la muerte, de su inocencia me aduierte.	
<i>Marq.</i>	Morir, sin casarme, intento; llegue el verdugo inhumano a ser mi fiero homicida, que al cielo deuo la vida, mas no a doña Ana la mano.	2865
<i>Ana.</i>	Ay tal maldad?	2890
<i>Secre.</i>	Del suplicio ya los ministros aguardan.	
<i>Marq.</i>	Pues, Secretario, que tardan? vamos, hazed vuestro oficio.	
<i>D. Ped.</i>	Aguardad.	2895
<i>D. Fer.</i>	No quiera Dios que padezca vn inocente.	
<i>D. Dieg.</i>	Muera solo el delinquente.	
<i>Secre.</i>	Pues quien lo ha sido?	

<i>Iuntos.</i>		
<i>D. Die. D. Fer.</i>	Los dos.	2900
<i>D. Dieg.</i>	Yo ciego, loco, abrasado, fuy, doña Ana, el robador oculto de vuestro honor; Encinas fue mi criado, no del Marques; bien lo sabe don Fernando de Godoy, y Flora.	2905
<i>D. Fer.</i>	Testigo soy.	
<i>Flor.</i>	Yo tambien.	
<i>D. Fer.</i>	Y porque acabe esta ciega confusion, yo a Encinas di la cadena, por quien al Marques condena la vehemente presuncion; que el Marques me la diò a mi, la noche que yo a su hermano matè, que fue tan humano, quanto yo inhumano fuy. Pues no solo perdonè la ofensa, pero piadoso, magnanimo, y generoso, del peligro me sacò. Y tal su valor ha sido, que el cuchillo ya presente, antes morir inocente, que condenarme ha querido. Tanto le deuo, y assi me acuso yo, por pagalle muriendo por el, y dalle la vida que el me diò a mi. Yo matè a su hermano, yo, y la malicia ha mentido, quando informar ha querido de que el Marques lo ordenò. Yo le matè, culpa es mia, porque me quiso agrauiar, echandome del lugar que en la ventana tenia de doña Flor, a quien sigo tres años ha firmemente, si mal pagado, presente està solo a ser testigo; dezildo, Flor.	2910 2915 2920 2925 2930 2935 2940
<i>Flor.</i>	Esta es la verdad.	
<i>D. Fer.</i>	Pues confessamos, los dos culpados muramos, y no sin culpa el Marques. Gran valor.	2945
<i>Secre.</i>		
<i>A parte.</i>		

<i>Rey.</i>	Notable hazaña.	
<i>D. Ped.</i>	Libre estays, Marques.	2950
<i>Marq.</i>	No estoy; agora, don Pedro, soy con fineza tan estraña mas preso, que antes lo era del cuerpo, y del alma ya;	2955
	que es noble, y antes darà mil vidas, que consintiera que den la muerte a los dos, que por mi la vida ofrecen.	
<i>D. Ped.</i>	Ellos con razon padecen, y estays inocente vos.	2960
<i>Marq.</i>	Yo, don Pedro, solo veo que por mi se han ofrecido, esta deuda he conocido, y esta pagarles desseo.	2965
<i>D. Fer.</i>	Los dos somos los culpados.	
<i>D. Dieg.</i>	El que delinquiò, padezca.	
<i>A parte.</i>		
<i>Rey.</i>	De mi justicia amanezca, el Sol entre estos nublados. <i>Vase.</i>	
<i>Flor.</i>	Que pena!	2970
<i>Ana.</i>	Que confusion!	
<i>D. Fer.</i>	Señor Secretario, dad noticia a su Magestad desta nueva dilacion; y el en todo ordenarà lo que importe.	2975
<i>Marq.</i>	Deteneos.	
<i>Secre.</i>	Señor Marques, resolueos, que se passa el plazo ya, que para la execucion señalò su Magestad.	2980
<i>D. Ped.</i>	Yo voy a hablarle.	
<i>Sale el Rey.</i>		
<i>Rey.</i>	Aguardad.	
<i>Secre.</i>	El Rey.	
<i>D. Ped.</i>	Hazed relacion, Secretario, deste caso.	2985
<i>Rey.</i>	A todo he estado presente.	
<i>D. Ped.</i>	Sol de España, cuyo Oriente, no teme el obscuro Ocaso, vuestra grandeza mostrad; o en el publico trato dad la muerte a todos quatro, o a todos los perdonad.	2990
<i>Salen las Guardas.</i>		
<i>Guar.</i>	Entrad.	
<i>Rey.</i>	Que es esto?	2995
<i>Salen dos Guardas con Encinas, en habito de donado.</i>		

<i>Guar.</i>	Este es Iuan de Encinas, el criado que prender aueys mandado por el caso del Marques. O està loco, o finge estallo, que desde que le prendimos, solo a quanto le dezimos, nos dà por respuesta; callo.	3000
<i>D. Dieg.</i>	Yo estoy ya de tu lealtad, Encinas, bien satisfecho; mas ya niegas sin prouecho, dezir puedes la verdad; supuesto que ya mi error he confessado.	3005
<i>Encin.</i>	Con esso yo tambien, señor, confiesso que es don Diego, quien su honor le robò a doña Ana, y yo quien fingiendo ser criado del Marques, por su mandado los de su casa engañò.	3010 3020
<i>D. Fer.</i>	Di lo que sabes de Flor, y de mi.	
<i>Encin.</i>	Su amante has sido tres años, y no ha tenido mas que esperanças tu amor.	3025
<i>D. Ped.</i>	Assi està ya la verdad bien clara, señor, pues ves las disculpas de los tres, muestra en ellos tu piedad.	3030
<i>Flor.</i>	Perdona, amiga, a mi hermano, queda con honra y casada, y no sin ella y vengada.	
<i>Ana.</i>	Señor, dandome la mano don Diego, le doy perdon.	3035
<i>Marq.</i>	Yo de la muerte la doy a don Fernando, pues soy parte formal desta accion.	
<i>Rey.</i>	Caualleros valerosos, de España gloria y honor, en cuyos heroycos pechos quatro espejos mira el Sol. De justiciero me precio, no he de serlo menos oy, justicia tengo de hazer, y premiar vuestro valor.	3040 3045
	Al que es vnico en vn arte vtil a las gentes, diò la ley de qualquier delito por vna vez remission. Que el derecho preuenido	3050

	mas conueniente juzgo, conseruar el bien de muchos, que castigar vn error.	
	De vosotros pues qualquiera es tan vnico en valor, que niega a los mismos ojos credito la admiracion.	3055
	Pues qual arte puede dar a vn Reyno fruto mayor, que el valor; pues por los quatro miro ya en mi sujecion, las quatro partes del mundo? luego bien prueuo que os doy la libertad por derecho, y por justicia el perdon.	3060
<i>Marq.</i>	Dilate el cielo tu Imperio.	
<i>D. Fer.</i>	Dès a la embidia temor.	
<i>D. Ped.</i>	Celebre el tiempo tu nombre.	
<i>D. Dieg.</i>	Y la fama tu opinion.	3070
<i>Rey.</i>	Dad pues la mano de esposo, don Diego, a doña Ana, y vos escoged esposo, Flora, que la perdida opinion es justicia restauraros.	3075
<i>Flor.</i>	El Marques la causa diò a que en mi fama tocasse el vulgo murmurador; que a quien con poder pretende, le juzga en la posesion: y assi el es solo quien puede y deue ilustrar mi honor.	3080
<i>Marq.</i>	Por pagar assi a don Diego vuestro hermano, que ofreciò su vida por darme vida, sin esso, os la diera, Flor.	3085
<i>Encin.</i>	Y a mi me alcança la ley de lo del arte y valor?	
<i>Rey.</i>	Por ser vnico en lealtad, perdon merece tu error.	3090
<i>Encin.</i>	Y pues solo por seruiros, se ha desuelado el autor, siendo nobles, por justicia os puede pedir perdon.	

La Amistad Castigada

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Personas que hablan en ella:

- **El REY Dionisio, galán**
- **FILIPO, galán**
- **RICARDO, galán**
- **POLICIANO, galán**
- **DIÓN, viejo grave**
- **DIANA, hermana de RICARDO**
- **ELISA, criada de Diana**
- **AURORA, dama, sobrina del rey e hija de Dión**
- **CAMILA, criada de Aurora**
- **TURPÍN, criado de Dión**
- **Un CRIADO**
- **CABALLEROS**

ACTO PRIMERO

Salen el REY y FILIPO

REY: Filipo, no hay mal que iguale
 al que padeciendo estoy;
 perdido, Filipo, soy,
 si tu ingenio no me vale.

FILIPO: Gran Dionisio, rey segundo
 de este nombre, que has podido
 ser, por amado y temido,
 arbitrio solo del mundo;
 dime tu pena, señor,
 y si con la industria mía
 puede remediarse, fía
 de mi lealtad y mi amor.

REY: ¿Ha dado luz a tus ojos
 mi sobrina Aurora, hija
 de Díón?

FILIPO: Fue tan prolija
 la ausencia a que los enojos
 me desterraron de Egisto,
 que con tu padre privó,
 que jamás lo permitió.

REY: Bien se ve que no la has visto,
 pues ignoras la ocasión
 de tormento tan esquivo.
 Por ella y su padre vivo
 en la mayor confusión
 que contrarios pensamientos
 dieron a un pecho jamás.

FILIPO: ¿Cómo?

REY: Oye atento y sabrás
 mis dudas y mis tormentos.

 Este reino de Sicilia
 es, como sabes, sujeto
 a injustas conspiraciones
 y alevosos movimientos.
 Bien lo muestran las historias,
 pues en los pasados tiempos
 y presentes violentaron
 tantos tiranos el cetro;
 fuera de que tengo indicios
 de que ya traidores pechos
 secretamente conspiran

a privarme del imperio.
Dión es, cuñado mío,
tan poderoso, que debo
a su valor y prudencia
la corona que poseo,
y me la puede quitar;
pues llegado a rompimiento,
a la parte a que él se incline
la vitoria le prometo.
Es leal, mas si intentando
gozar a Aurora, le ofendo,
de su enojo y su venganza
mi cierta rüina temo.
Pues dejarlo de intentar
no es posible cuando muero,
aunque por ella aventure
cuanto valgo y cuanto puedo.
Fuera Aurora esposa mía
si fuese posible hacerlo;
pero tengo ya en Cartago
tratado mi casamiento,
en conformidad, Filipino,
de aquel forzoso concierto
que dio principio y firmeza
a las paces de ambos reinos.
Éstas, caro amigo, son
las olas en que me anego;
las confusiones son éstas
en que dudoso padezco.
De tu ingenio y amor fío.
Sólo tu amor y tu ingenio
de tan ciega tempestad
me pueden sacar al puerto.

FILIPO: Un engaño se me ofrece,
que es importante remedio
como a tu amor, al temor
que los traidores te han puesto;
y aunque no son los engaños
dignos de reales pechos,
en la guerra y el amor
es permitido usar de ellos.

REY: Di; que no importa romper
los más forzosos respetos;
que más importa mi vida.

FILIPO: Oye, pues, mi pensamiento.

***Hablan bajo. Salen DIÓN y POLICIANO, por
otra parte***

DIÓN: Policiano, no podía,

según vuestras partes son,
la suerte en esta ocasión
colmar la ventura mía
mejor, que dando la mano vos
a mi Aurora, de quien
he estimado que también
reconozca lo que gano.
Sólo falta que le pida
a su majestad licencia.

POLICIANO: Quien goza por su prudencia
privanza tan merecida,
noble Dión, como vos,
claro está que alcanzará
cuanto pretenda.

DIÓN: Aquí está
el Rey. Policiano, a Dios;
que a solas hablarle quiero.

POLICIANO: Como aguarda la sentencia
el preso, yo la licencia
en que está mi vida, espero.
(Perdona mi desvarío, **Aparte**
Diana; que el ofenderte
es violencia de la suerte,
no elección de mi albedrio.)

*Vase POLICIANO. El REY y FILIPO están
hablando aparte sin reparar en DIÓN*

FILIPO: Y cuando después Dión,
como puede suceder,
acaso venga a saber
que le tienes afición
a Aurora, dirás que ha sido
invención y fingimiento;
que pues importa al intento
que le juzguen ofendido
de ti, la traza mejor
que hallaste de acreditar
que le ofendes, fue mostrar
que con ilícito amor
solicitas la beldad
de tu sobrina, por ser
lo mas fácil de creer
de su hermosura y tu edad.

REY: De tu agudo entendimiento
es la traza.

FILIPO: Amor me guía.

REY: Él viene.

FILIPO: De mi confía
la ejecución de tu intento.

REY: Comienza, pues; que yo agora
principio al engaño doy
con Dión.

FILIPO: Al punto voy
a hablar de tu parte a Aurora.

REY: (Perdona, Dión amigo, **Aparte**
a mi obligación mi error;
que estando loco de amor,
no hablan las leyes conmigo.)

Vase FILIPO

DIÓN: Dame, gran señor, los pies.

REY: Los brazos os quiero dar.

DIÓN: En ellos he de aguardar
que una licencia me des.

REY: El pedilla vos la abona,
Desde agora os la concedo;
que nada negalle puedo
a quien debo la corona.

DIÓN: Pues bien puedo, en confianza
de tan crecido favor,
pedir albricias, señor,
de su cumplida esperanza
a Policiano, que a Aurora
por esposa me ha pedido.

REY: (A buena ocasión ha sido.) **Aparte**
Pariente, no es tiempo agora
de casarla; que repuna
a un intento que os diré
con que asegurar podré
firmezas de mi fortuna.

DIÓN: El serviros es, señor,
el primer intento mío.

REY: Escuchad, pues, lo que fío
de vuestra lealtad y amor.

Yo tengo, noble Dión,
indicios de que conspiran
contra mi corona algunos
poderosos de Sicilia.
Es quererlo averiguar
por términos de justicia
difícil y peligroso.
Difícil, porque no fían,
de quien no sepa guardarlo,
su secreto los que aspiran
a empresa de tanto peso;
demás que es cierto que estriban
en su poder los traidores;

y así es forzoso que oprima el
temor a los testigos
a que la verdad no digan.
El peligro es que, culpando
al inocente, podría
irritarse de la injuria
que en la sospecha reciba;
y así ha de ser la cautela
quien descubra su malicia,
y sola vuestra lealtad
el medio de conseguirla,
fingiendo que vos también
estáis a las cosas más
mal afecto; porque así
los que mi fortuna envidian,
si la esperanza de hallar
aplausos en vos los anima,
no dudarán descubriros
la traición que solicitan.
Y porque vuestra privanza
y vuestra lealtad obliga
a recelar que el engaño
de nuestra intención colijan,
iréis con tal prevención,
que vuestra prudencia finja
la ocasión con cada cual,
según el tiempo lo pida,
de estar quejoso de mí,
dando colores tan vivas
de verdad al fingimiento,
que el intento se consiga
de acreditar vuestro agravio;
que yo iré de parte mía
disponiéndolo también,
según viere que me dictan
los sucesos la ocasión.
Mas esta advertencia misma
lo ha de ser para que siempre
que llegue de ofensas más
la nueva a vuestros oídos
entendáis que son fingidas.
Claro estaba; pero al fin
esta prevención es hija
del cuidado con que vive
mi amistad agradecida.
Sólo me resta advertiros,
Dión, que el fin a que mira
este engaño, es conocer
la traición, no persuadirla;
porque si es cautela justa
la que el delito averigua,

no es justa la que ocasiona
a emprenderlo a la malicia;
y así habéis de procurar
descubrir la alevosía
con medios tan atentados
y razones tan medidas,
que sin irritar sepáis
quien es el que ya conspira
mas no quién conspirará,
si vuestro favor le anima;
que supuesto que sabéis
que no son crueldades más
las que el nombre de tirano
me han adquirido en Sicilia,
sino haber mi padre y yo
convertido en monarquía
su república, adornando
nuestras dos frentes altivas
de su laurel, reprimiendo
voluntades y osadías;
si cuando borrar pretendo
nombre que así me fastidia,
ocasionara delitos,
despertando alevosías,
la falsa interpretación
que al nombre tirano aplican
de crüel, justificara
en sus lenguas mi malicia.

DIÓN: De ingenio son más que humano
prevenciones tan divinas.
Pero, ¿qué ocasión halláis
en este intento, que impida
el casamiento de Aurora?

REY: Olvidado se me había,
por no ser el principal
asunto de él mi sobrina.
Precisa ocasion, pariente,
a dilatarlo me obliga.
Y es que me importa que sea
la mano de vuestra hija
freno de las voluntades;
que como todos aspiran
a sus bodas, tengo a todos
con una esperanza misma
deseosos de obligarme;
que mientras no se averiguan
los traidores, quiero así
que sus intentos reprima;
porque si dándola al uno,
los demás se desobligan,
recelo que llegue el daño

antes que la medicina.
DIÓN: Basta, señor, no replico;
que como el fin se consiga,
para asegurar la vuestra,
consagro alegre mi vida.

REY: Con esto a vuestra amistad
deberé otra vez la mía,
y su quietud y su rey
a vuestra lealtad Sicilia.

Vase el REY

DIÓN: Al fin la razón de estado
ha de vencer, que es forzoso,
a todo.

Sale POLICIANO

POLICIANO: ¿Soy ya dichoso,
Dión?

DIÓN: Soy yo desdichado.

POLICIANO: ¿Cómo? ¡Ay de mí!

DIÓN: La licencia
me negó su majestad.

POLICIANO: ¿Cuándo vuestra voluntad
ha hallado en él resistencia?

DIÓN: Agora.

POLICIANO: ¿Pues a Dión
se puede el rey oponer?
¿Ignora vuestro poder?
¿Olvida su obligación,
o mis méritos desprecia?
No penséis, con ser quien soy,
que tanto credito doy
a mi confianza necia,
que intente mi calidad
igualar con la de Aurora;
que nadie humano me ignora,
nadie la ignora deidad.

Mas si nadie la merece,
y alguno la ha de alcanzar,
¿quien mejor puede aspirar
al bien que su mano ofrece,
si ha abonado mi valor
vuestra elección, y si oí
de su hermosa boca un sí,
que es el mérito mayor?

DIÓN: Ni vuestro merecimiento
duda el rey, ni mi poder.

Causa debe de tener
bastante su pensamiento,
que ni entiendo ni examino;
que de ser examinado
hace al rey exceptuado
lo que tiene de divino.

Sólo entiendo, aunque tan mal
me esté, que su gusto es ley,
Policiano; que él es rey,
y yo vasallo leal.

Esto, en efeto, ha de ser.
Sabed sufrir, si sois cuerdo.

POLICIANO: Si gloria tan alta pierdo,
¿qué me queda que perder?
¿El rey a vuestros deseos
se ha de oponer ni a los míos?
Pues yo solo tengo brios
para hacerle...

DIÓN: Deteneos,
callad, no os precipitéis.
Tened, tened sufrimiento;
que sólo de vuestro intento
es dilación la que veis.

Aguardad, pues. (No quisiera **Aparte**
que, de la pasión vencido,
arrojado de ofendido,
en deslealtad incurriera;
que el rey me mandó poner
en lo que he de averiguar
medios para examinar,
no lazos para caer;
y así es conforme a razón
que cuando agraviar se ve,
yo la prevención le dé,
pues le he dado la ocasión.)

Vencibles dificultades
no son hados soberanos,
ni los motivos humanos
se informan de eternidades.

La causa que hoy os impide,
mañana puede cesar.
Si el dilatar no es negar,
quien dilata no despide.

Ser prudente es ser sufrido.
Advertid que os aconsejo,
como amigo y como viejo,
que ni excedáis ofendido,
ni atrevido os arrojéis;
porque si habláis libremente,
más que ganastes prudente,
impaciente perderéis;

que si nos toca a los dos
el daño, no os nuestro mal,
pues contra mí soy leal,
que lo seré contra vos.

POLICIANO: (Ni sabe el amor ser cuerdo, **Aparte**
ni el loco sabe temer.
Sicilla se ha de perder,
vive Dios, si a Aurora pierdo.)

Vanse los dos. Salen RICARDO y DIANA

RICARDO: Es sin remedio mi pena;
no hay consuelo en mi pasión.

DIANA: Ricardo, ¿cuál ocasión
tanto de ti te enajena?

RICARDO: ¡Ay, querida hermana! Aurora,
a quien adoro, la mano
de esposa da a Policiano.

DIANA: (¡Ah, traidor!) **Aparte**

RICARDO: Mira si llora
quien la pierde enamorado
justamente.

DIANA: ¿Luego está
hecho el casamiento ya?

RICARDO: No, pero está concertado;
que basta para perder
la vida con la esperanza.

DIANA: No se queje si no alcanza
quien no se atreve a emprender.

¿Quién hubiera más favor
que tú, Ricardo, alcanzado,
si te hubieras declarado?

¿Y más pudiendo tu amor
tenerme a mí por tercera,
pues tantas veces estoy
con ella, y sabes que soy
en su amistad la primera?

¿A quién la diera mejor,
si se la hubieras pedido,
que a ti su padre?

RICARDO: He querido
merecer de ella el amor
antes que el consentimiento
de Díón.

DIANA: Necio anduviste,
pues por concierto pudiste
dar vida a tu pensamiento.

RICARDO: Temí quedar desairado,
si de ella no era admitido;
que se arrepiente corrido

quien no alcanza declarado.

DIANA: Querer por amor vencerla
tu silencio disculpaba,
mientras no te amenazaba
el peligro de perderla;
 mas hoy que ve ya tu amor
malograr tu pensamiento,
mátete el atrevimiento,
si ha de matarte el temor.

 Hablando vas a ganar,
callando sólo a perder;
¿qué le queda que temer
al que ya se ve matar?

 El que llega a estar cercado
de ejército numeroso,
a los que huyó temeroso,
acomete despechado.

 Declara a Dión tu amor,
a Aurora tu sentimiento,
al rey tu amoroso intento,
y válgate su favor,
 pues le tienes obligado,
en tan urgente ocasión,
si se excusare Dión
con lo que tiene tratado;
 y si con esto los daños
que te amenazan no impides,
la guerra permite ardides,
y el amor perdona engaños.

 Con trazas y fingimientos
procura el bien que mereces;
y si tú, porque padeces
tormenta de pensamientos
 en el golfo de tus males,
no discurre, yo, que soy
mujer y en la arena estoy,
(¡Pluguiera a los cielos!), tales **Aparte**
 trazas y enredos, hermano,
sabré hacer, si lo permites,
que de la mano le quites
la esperanza a Policiano.

RICARDO: ¿Que permita es menester
lo que yo te he de rogar?
Diana, ¿puedo negar
lo que debo agradecer?
 Traza a tu gusto, dispón
mi remedio a tu albedrío.

DIANA: Pues déjalo a cargo mío,
Ricardo, y habla a Dión.

RICARDO: ¿Como lo piensas trazar?

DIANA: Pues que te fías de mí,

no me examines.

RICARDO: De ti
yo quiero todo fiar,
pues conoces, cuando estás
de mi tormento advertida,
que a tu hermano das la vida,
y a ti un esclavo te das.

Vase RICARDO

DIANA: ¿Así se pagan finezas?
¿Así se premian lealtades?
¿Así desmienten verdades
los que prometen firmezas?
¡Ah, traidor! ¡Ah, fementido!
¡Ah, engañoso Policiano!
¿A Aurora has de dar la mano
que a Diana has prometido?
No lo sufrirán los cielos;
primero te abrasarán
las llamas de este volcán
que arroja rayos de celos.

Sale ELISA

ELISA: ¿Qué es esto, señora?
DIANA: Es
pena, dolor, sentimiento.
Cuanto escuchas es tormento;
todo es rabia cuanto ves.
Ofensas me tienen loca,
muerta me tienen agravios;
la vida tengo en los labios,
el alma tengo en la boca.
En el pecho Mongibelos,
fieras en el corazón;
y en fin, tormentos que son
mayores, que tengo celos;
y para que en tantos daños
ni esperanza pueda haber,
no se contentan con ser
celos, que son desengaños.
Ese injusto, ese traidor,
ese crüel Policiano
a Aurora le da la mano
que debe a mi firme amor.
Mira, Elisa, si me ciega
con razón el sentimiento,
no llegando el sufrimiento

donde el sentimiento llega.
ELISA: ¿Quién creyera tal mudanza
de su firmeza jamás?
DIANA: Ven conmigo.
ELISA: ¿Adónde vas?
DIANA: A disponer la venganza,
ya que no el impedimento.
ELISA: No provoques el rigor
de Ricardo.
DIANA: De su amor
se valió mi atrevimiento
por que en Aurora le alcanza
igual desdicha, y así
a restaurar me ofrecí
con enredos su esperanza.
Vino en ello; y con color
de que remedio sus daños,
ha de tener por engaños
las verdades de mi amor.
ELISA: De esa suerte vas segura.
DIANA: Nada temo su crueldad;
que el amor es ceguedad,
y los celos son locura.

Vanse las dos. Salen FILIPO y TURPÍN

FILIPO: Advierte que me conviene
que me avises luego, en viendo
que viene Díón.
TURPÍN: Ya entiendo.
FILIPO: ¿Cómo?
TURPÍN: ¿No es fácil, si tiene
tanta hermosura mi ama?
FILIPO: Engañaste; que jamás
la he visto.
TURPÍN: Pues estarás
enamorado por fama;
que es muy señorial acción
a una famosa beldad
amarla por vanidad,
más que por propia afición.
Hombre conozco yo aquí
que lo tiene por oficio.
FILIPO: De poco seso da indicio.
Pero no sucede en mí
lo que piensas.
TURPÍN: O querrás
andar muy cauto conmigo.
Pues de tu mayor amigo
confiar no debes más

que de mí. Buen desengaño
puedo dar de mi sujeto.
No guarda mejor secreto
un ministro el primer año.

Criado de Aurora soy,
y eres tú del rey su tío
privado; y así confío
que si de tu parte estoy,
en cualquier caso podré
asegurarme del daño;
y en ti con esto es engaño
formar dudas de mi fe,
si yo te puedo servir.

FILIPO: Sobre un intento secreto
vengo a hablarla, y te prometo
que a podértelo decir,
duda en tu fe no pusiera.

TURPÍN: (Sólo por ver si le obligo **Aparte**
a ser liberal conmigo
le estoy sacando a barrera.)
¿No puedo saberlo al fin?

FILIPO: Imposible cosa es.

TURPÍN: Pues juro a Dios que después,
pues recelas que Turpín
no será buen secretario,
si sé que a Aurora deseas,
aunque más privado seas,
me has de tener por contrario.

FILIPO: Quede así, y haz lo que digo,
Turpín; que importa el cuidado.

TURPÍN: Entrar puedes confiado,
pues a tenerlo me obligo.
(Mal entiende mi deseo. **Aparte**
Doyle otro tiento.) Quisiera
que adviertas que no lo hiciera
sino por ti.

FILIPO: Yo lo creo.
Vete, vete.

TURPÍN: (¿Que obligaros **Aparte**
no es posible a mi intención?
Pues si viniere Dión
--¡vive Dios!--de no avisaros.)

*Vase TURPÍN. Salen CAMILA y AURORA, por
otra parte. Filipo se queda retirado*

CAMILA: En fin, ¿negó el rey, señora,
a tu padre la licencia?

AURORA: Mejor dirás la sentencia
contra la vida de Aurora;

pues contra mi gusto hiciera
estas bodas, de obediente
a mi padre solamente;
y confieso que si hubiera
declarado la afición
que tan secreta ha tenido,
y a los labios atrevido
las penas del corazón
Ricardo, pasara yo
con el más alegre vida;
que me tiene agradecida,
ya que enamorada no.

CAMILA: ¿Agora sales con eso?

AURORA: Nunca, antes que diera el sí
a Policiano, sentí
lo que agora te confieso;
pero después que llegué
a juzgarle esposo mío,
violentado mi albedrío,
de Ricardo comencé
a hacer más estimación,
y a pensar que hiciera empleo
mejor en él; que el deseo
despertó la privación.

CAMILA: ¿De suerte que no es amor
el que tienes?

AURORA: Comparado
con Policiano, he juzgado
que merece mi favor
Ricardo; pero sin eso,
aunque no me desagrada,
no me siento enamorada,
si obligada me confieso.
Mas, ¿quién está aquí?

CAMILA: Persona
parece de calidad.

AURORA: Su compuesta gravedad
sus nobles partes pregona.

CAMILA: ¿Qué querrá? ¿Y cómo ha llegado,
sin avisar, hasta aquí?

AURORA: Sepámoslo; que es ya en mí
la curiosidad cuidado.

CAMILA: A cualquiera puede dalle
cuidado y curiosidad.

AURORA: Y más si su calidad
se conforma con su talle.

FILIPO: (Del rey alienta el deseo **Aparte**
favorable la ventura,
pues dice ya esta hermosura
que es Aurora la que veo.)
Hasta saber el intento

de llegar adonde veis
sin licencia, no culpéis,
señora, mi atrevimiento;
que de la misma ocasión
echaréis de ver que ha sido
forzoso ser atrevido
para lograr la intención,
si no me engañan, señora,
los ojos, cuando asegura
la fama de esa hermosura
que sois la divina Aurora.

AURORA: Menos esa adulación,
soy Aurora, y ya deseo
de la novedad que veo
escucharos la ocasión,
y saber quien sois.

FILIPO: Yo soy
Filipo, del rey criado,
si valido, no privado;
porque a vuestro padre doy
solamente este lugar.

AURORA: Ya por fama os conocia,
y a mi piedad algún día
debieron más de un pesar
los que os hizo la Fortuna.

FILIPO: Ya ha cesado su rigor,
y ya con ese favor
no temo mudanza alguna;
que esa beldad... (Pensamiento, **Aparte**
¿dónde vuelas? ¿Dónde vas?)
...si he de decir lo demás
que causó este atrevimiento,
aparte habéis de escucharme,
porque el caso lo requiere.

AURORA: Por si mi padre viniere,
Camila, para avisarme,
pues su esquiva condición
conoces, ponte en espía
en esa ventana.

CAMILA: Fía
tu cuidado a mi atención.

Vase CAMILA

AURORA: Ya estamos solos, hablad.

FILIPO: Señora, si del Amor
no habéis probado el rigor,
al menos su ceguedad
por fama habreis entendido...
(Y ya, ¡triste yo!, la mía **Aparte**

con importuna porfía
mi corazón ha rendido.

Inútilmente pretendo
resistir; el rey lo erró
cuando de mí se fió;
que debiera, conociendo
tan soberanos despojos,
para evitar sus agravios,
dar comisión a los labios,
sin concederla a los ojos.)

AURORA: ¿Qué os suspendéis?

FILIPO: ¿Cómo puede
dejarse de suspender
quien os ha llegado a ver?
¿Cómo queréis que no quede
absorto, señora, en vos,
si es Dios la misma hermosura
cuando goza mi ventura
en la vuestra tanto Dios?

AURORA: ¿Es éste acaso el secreto
que tenéis que hablarme?

FILIPO: No:
aquí, señora, causó
vuestra beldad este efeto.
Otra, Aurora, es mi intención;
mas cuando son desiguales
los impulsos naturales
al poder de la razón,
no gobierna el albedrío;
que si en corrientes de plata
al caminante arrebató
bramando el furioso río,
de su jornada se olvida;
y sólo en peligro tal
con afecto natural
trata de escapar la vida.

Así yo, puesto que atento
a otro fin os entré a hablar,
en llegándoos a mirar,
con ímpetu tan violento
me vi anegar en abismos
de hermosura, que forzado
de su poder, y olvidado
de mis pensamientos mismos,
al deciros la ocasión
porque os vi, con furia loca
me arrebató de la boca
las palabras la pasión.

Y así, mi error perdonad;
que en el primer movimiento,
ni juzga el entendimiento,

ni elige la voluntad.

AURORA: (Tente, pensamiento mío; **Aparte**
que previene ya el temor
en halagos del amor
ofensas del albedrío.)

Injusta desconfianza
mostráis en tan justo efeto;
ni la hermosura es defeto,
ni es injuria la alabanza.

Y si el ver encarecida
su belleza tanto agrada
a la mujer, obligada
me juzgad, y no ofendida;
si no es ya que la intención
que declararme queréis,
es mi ofensa, y pretendéis,
temiendo mi indignación,
reprimirla; y prevenido,
con alabarme habéis hecho,
Filipo, prisión del pecho
la lisonja del oído.

FILIPO: No, señora; no el veneno
he querido disfrazar;
que en lo que os vengo a tratar
solicito gusto ajeno.

(Tan contra mí, que podéis **Aparte**
colegir, viéndome tal,
que es lo que me está más mal
que mi demanda otorguéis.)

Del rey bellísima Aurora,
vengo a vos por mensajero;
de su afición soy tercero,
y de que ciego os adora,
testigo, si es menester
para probar su afición
mas notoria información
que saber que os llegó a ver.

(¡Ah, cielos! Yo soy perdido; **Aparte**
que Aurora no se ha enojado.)

AURORA: (Engañóse mi cuidado. **Aparte**
¡Qué presto ha desvanecido
mi esperanza! Pero, ¿cuándo,
loco Amor, los gustos das
más firmes?) ¿No decis más?

FILIPO: ¿Que más?

AURORA: Estoy aguardando
a saber si es el intento
de mi tío ser mi esposo.

FILIPO: Él fuera en eso dichoso
mas tiene su casamiento
en Cartago ya tratado.

AURORA: ¿Luego pretende su amor
 su gusto en mi deshonor?
FILIPO: Es rey y está enamorado.
AURORA: Bien decís; lo mismo es
 enamorado que loco,
 y no muestra estarlo poco,
 pues prefiere el interés
 de su antojo a mi opinión.
 ¿No advierte el rey por ventura,
 cuando imprudente procura
 ofender con su afición
 de mi padre la nobleza,
 que aun hoy, aunque está
 gozando del cetro, le está
 temblando la corona en la cabeza?
 ¿Olvida...
FILIPO: (Albricias, Amor,
 que se ha enojado.
AURORA: ...que debe
 el honor a quien se atreve
 a ofender en el honor?
 ¿Así paga beneficios?
 ¿Así asegura lealtades?
 ¿Así obliga voluntades
 y recompensa servicios?
 ¿Así el nombre de tirano
 quiere borrar? ¿Y así intenta
 en el reino que violenta,
 acreditarse de humano?
 ¡Vive el cielo, si no enfrena
 tan mal advertido antojo,
 que ha de sentir en mi enojo
 de su locura la pena!
 ¿A Aurora, a Aurora se envía
 recado tan atrevido?
 ¿Y vos, vos habéis venido
 con tal vil mensajería?
 No sé de cual de los dos
 más ofendida me hallo;
 del rey, en imaginallo,
 o en decírmelo, de vos.

Vase AURORA

FILIPO: Mil veces en hora buena,
 bella Aurora, os enojad,
 pues asegura piedad,
 ese rigor, a mi pena.
 Nunca ha sido tan gustosa
 la furia, nunca se ha visto

el enojo tan bien quisto,
ni la ira tan hermosa.

No en vano, Amor, a tus aras
y al imperio de tus leyes
rinden sus cetros los reyes,
y los dioses sus tiaras;
no en vano, pues tales son
tus fuerzas, que en un momento
ciegas el entendimiento
y aprisionas la razón.

Loco estoy, estoy perdido,
y tan otro de mi estoy,
que ni conozco el que soy,
ni me acuerdo del que he sido.

Sólo ya mi entendimiento
juzga el bien mayor amar;
sólo discurre en buscar
remedios al mal que siento.

De mi ciego desvarío
el rey perdone el error,
pues da disculpas su amor,
y no escarmientos al mío.

Mi obligación he cumplido,
y aun hice más que debí,
pues tercero contra mí
de sus cuidados he sido.

Hasta aquí de mi lealtad
pudo extenderse la ley,
mas no a que el amor del rey
la ponga a mi voluntad..

Y más cuando Aurora aquí
se le mostró tan crüel
pues de los desprecios de él
mis favores colegí;

que mientras sus alabanzas
publicó mi suspensión,
dio su benigna atención
aliento a mis esperanzas;

y después se mostró airada
cuando el amor entendió
del rey, quizá porque vio
su imaginación burlada.

Claro está, pues por lo menos
estimó mis desvaríos
quien humana oyó los míos,
y enojada los ajenos.

Pues cuando yo he merecido
sus favores, y el rey no,
¿qué le ofendo en querer yo
ganar lo que él ha perdido?

Y puesto que el rey se ofenda,

¿qué me ha de costar? ¿La vida?
Menos la temo perdida,
que perder tan alta prenda.

Todo, para conseguir
tanto bien, lo he de emprender;
que no queda qué temer
al que se atreve a morir.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salen FILIPO y el REY

FILIPO: Tan resuelta, señor, y tan airada
rigores respondió a tus rendimientos,
que en el mar espumoso concitada
la furia de encontrados elementos
cuando turban la luz, el cielo ocultan,
confunden la región y el sol sepultan
espíritus del Austro, no amenazan
con tanto horror, con tan airado ceño,
funesto fin al naufragante leño,
como Aurora, si cabe por ventura
esta comparación en su hermosura,
duplicó furias, repitió rigores,
juzgando ofensas tuyas tus favores,
vuelto vulcanes de iras y de agravios
los que eran de coral hermosos labios,
noches de espanto y Etnas de centellas
las que eran más que el sol claras estrellas.
Tal la vi al fin, perdona el desengaño,
pues como ofende al gusto, evita el daño,
que yo he juzgado que tu pecho amante
bate con cera muros de diamante.

REY: ¿Cómo, Filipo, basta el sufrimiento,
siendo tanto mi amor, a mi tormento?
¿Como puedo vivir si a mis sentidos
tanto veneno das por los oídos?
No es posible, Filipo; la paciencia
me falta; no, no tengo resistencia

contra mí mismo. Sujetarme veo
del imperio tirano del deseo.
¿Qué importa la corona, qué la vida,
no siendo Aurora de mi amor vencida?
Todo lo he de arriesgar por obligarla,
todo lo he de perder por alcanzarla.

FILIPO: ¿Qué es esto? ¿Así, señor, de ti te olvidas?
¿Así excedes de ti, que así antepones
la ejecución de ilícitas pasiones
a tantas esperanzas concebidas
de tu prudencia, tu valor y seso,
cuando ha impuesto Sicilia el grave peso
de este reino en tus hombros solamente
por juzgarte filósofo prudente?

REY: Ya no lo soy Filipo, si lo he sido;
otro soy del que fui, porque he perdido
el ser y el alma, pues por ella agora
sólo me informo del amor de Aurora.
La ciencia filosófica, el prudente
discurso y el valor de los humanos
no evita los destinos soberanos,
no de los dioses el poder desmiente.
Amor es dios, la mano suya ha sido,
la flecha, Aurora, que mi pecho ha herido;
pues en mi rendimiento, ¿qué te admira,
donde es deidad la mano que me tira,
y porque del remedio desespere,
deidad también la flecha que me hiere?

FILIPO: (Resuelto está en mi daño.) **Aparte**

REY: El seso pierdo
nada puedo conmigo; que en un loco,
la ciencia y el valor importan poco.

FILIPO: Gran señor, no está lejos de su acuerdo
el loco que conoce su locura.
Procura divertir tu mal, procura
templarte; que al principio el accidente
obedece al remedio fácilmente.
Y si juzgas difícil la vitoria,
en la dificultad está la gloria;
que en lo que el mismo caso facilita,
ni se muestra el valor ni se acredita.
Remedios traza, ocupa el pensamiento,
divierte la memoria, que al tormento
ministra la materia; otros amores
merezcan tus cuidados y favores.
¿Es sola Aurora? ¿En sola su belleza
extremó su pincel naturaleza?
Muchas hay en Sicilia que a la hermosa
Venus de Adonis tienen recelosa,
y las puedes amar sin el delito
que contra Aurora, tu sobrina, intentas,

- pues afrentas tu sangre si la afrentas.
- REY: Eso todo es así, Filipo amigo;
mas no es así poderlo yo conmigo,
y más cuando celoso considero
que otro merece el bien que yo no espero.
- FILIPO: ¡Otro! ¿Como, señor?
- REY: Su hermosa mano,
de ella admitido, espera Policiano.
- FILIPO: (¡Ay de mí!) **Aparte**
- REY: Y ya la hubiera conseguido,
a no haberlo mis celos impedido.
- FILIPO: Bien has hecho, señor; no lo consientas;
nadie merezca lo que tú no alcanzas;
baste que el mal, enamorado, sientas
de no poder lograr tus esperanzas,
sin que celoso te dupliques penas,
viendo también logradas las ajenas.
Desdichado se llora el que no alcanza;
mas su tormento alivia la esperanza
de ver al fin premiada su querella;
que no alcanzar la gloria no es perdella;
mas quien su prenda ve en poder ajeno,
ése pérdida llora, ése el veneno
mortal traslada al corazón del labio.
Desdicha es no alcanzar, perder, agravio;
y quien llora perdido el bien que adora,
agravios ése, y no desdichas, llora;
el sentimiento de no ser querido
puede morir a manos del olvido;
mas el agravio de perder la gloria
apuesta con la vida en la memoria;
y así, aunque resolvieses no quererla,
para olvidalla importa no perderla.
- REY: Resuelto estoy. No gastes persuasiones
en lo que te aseguran mis pasiones;
que el curso arrebatado y la violencia
con que el celoso amor me precipita,
no de nuevos impulsos necesita.
Vuelve a mi bien, Filipo, y de mis males
le presenta evidencias, no señales;
por dicha mis tormentos repetidos
hallarán más piadosos sus oídos.
Procura persuadirla, y para vella
alcánzame licencia; que sin ella
el amor ciego que mi pecho anima,
teme el rigor cuanto el favor estima.
- FILIPO: Yo parto, gran señor, a obedecerte,
y asegurara el fin a tus pasiones
dichoso, si en mi lengua las razones
tuvieran, cuando así obligar me veo,
las fuerzas que en mi pecho mi deseo.

Vase FILIPO

REY: Si es efeto el amar de las estrellas,
en que no tiene parte el albedrío,
pedir que os inclinéis es desvarío,
Aurora, a lo que no os inclinan ellas.
Mas ya que de mi incendio a las centellas
ardientes vuestro pecho esté tan frío,
que no podáis sentir el dolor mío,
quered sentir al menos mis querellas.
Nunca, Aurora, en amantes mal pagados,
que a fuerza de los hados han querido,
vi que la libre voluntad no enferme,
Yo solo, a no quereros por mis hados,
os quisiera querer aborrecido;
¿por qué queréis, querida, aborrecerme?

Salen DIANA y ELISA, con mantos, por otra parte

DIANA: Vanos consejos me ofreces.
detenerme es por demás.
ELISA: ¿Tan ciega, señora, estás,
que contra ti te enfureces?
¿Qué ha de sentir de tu honor,
viendo que tanto lo sientes?
DIANA: De los dos inconvenientes
vengo a tener por menor
el arriesgar mi opinion,
que perder a Policiano.
ELISA: Donde reina amor tirano
es esclava la razón.
DIANA: Aquí está el rey. Llego, pues,
que en estar solo parece
que el cielo me favorece.
Dadle, gran señor, los pies
a Diana.
REY: Alza del suelo,
no agravies la estimación
que debo a tu perfección,
de que es imagen el cielo.
¿Qué exceso es éste, Diana?
DIANA: Es exceso de mi suerte,
que hasta en negarme la muerte
quiere mostrarse inhumana,
pues la que vive agraviada,
sólo en morir es dichosa.
REY: En viéndote tan hermosa,
te contemplé desdichada.

Mas a tu pena importuna
término puedes poner,
si acaso tengo poder
para vencer tu fortuna;
que a tus deudos he debido
la que gozo levantada.
Pedir puedes confiada,
pues prometo agradecido.

DIANA: ¿Quién sino vos, cuya real persona
quilates de valor, luz de nobleza,
rayos de ciencia añade a la corona
que dignamente os ciñe la cabeza,
sabe premiar servicios, si a premiarlos
es bastante en un rey el confesarlos?
¿Quién como vos remediará mis males,
si en mí, para que de ellos el olvido
llegue a borrar las últimas señales,
es bastante el haberlo prometido;
pues en quien puede como vos no pesa
el mismo efeto más que la promesa?
¿Y a quién abrieran mis quejosos labios
las secretas prisiones en que el pecho
vergonzoso ocultaba los agravios
que en mi opinión tan duro estrago han hecho,
sino a un rey que por noble y por discreto,
el remedio asegura y el secreto?
Produzca pues tan justa confianza
efetos libres de temor, y el daño
pronuncie con que paga mi esperanza
de Policiano el alevoso engaño,
que olvida acaso por desdicha mía
vuestro poder, cuando en el suyo fía.
El lustro apenas de mi edad tercero
me concedió de la razón el uso,
cuando él, traidor, amante lisonjero,
cautelas fabricó, medios dispuso,
mostró finezas, que a cualquier recato
el nombre dieran con razón de ingrato.
No se desmiente el cocodrillo tanto
en voz humana y en llorosa vena,
.....[-anto]
.....[-ena]
como él con quejas, lágrimas y amores
solicitó engañoso mis favores.
Y para dar el último combate,
si no a mi honestidad, a mi albedrío,
porque más mis rigores no dilate,
promete que ha de ser esposo mío.
¡Oh, necia la que da a la confianza
lo que puede negarle la mudanza!

Al fin les negoció la diligencia
crédito a sus ficciones de verdades,
y el crédito en mi amor correspondencia;
que si hay cómo obligar las voluntades,
es monstruo, no mujer, la que ha podido
ser esquivada al amor, si lo ha creído.

Pues teniéndole ya, ¿qué fortaleza
puede oprimir el encendido fuego?
Porque el mismo peligro en que tropieza,
el amante no ve, se llama ciego;
y así la fe de su promesa pudo
dar lengua en su favor al amor mudo.

Declaréme su amante, y como dueño
en público gozó correspondencias,
y menos el mayor, último empeño,
en mi amor se atrevió a tantas licencias,
que se puede atrever también el labio
más recatado a murmurar mi agravio.

Mi agravio, pues, os diga mi tormento,
publique sus traiciones su mudanza,
vuestras ofensas pruebe el loco intento
de poner en Aurora su esperanza,
y todo junto, gran señor, os diga
a lo que, siendo rey, todo os obliga.

REY: ¿Fe de esposo te dio?

DIANA: Si necesita
mi verdad de testigos...

REY: No, Dñana;
que tu misma querella te acredita,
pues no con causa y ocasión liviana,
arriesgando su fama, a excesos tales
se arrojan las mujeres principales.

Vete, Dñana, vete. No te vea
quien pueda murmurarte; y no permitas
más riendas al temor, pues te desea
lo mismo que agraviada solicitas,
agradecido un rey.

DIANA: Tales favores
aun no me dejan sombras de temores.

Vanse los dos. Salen RICARDO y TURPÍN

RICARDO: ¿Qué dices? Dame esos brazos.

TURPÍN: Cuando del bien que codicias
te he dado nuevas, albricias
esperaba, que no abrazos.

RICARDO: Esta piedra, en quien vencido

Dale una sortija

se ve el farol celestial,

no es premio, sino señal
de mi pecho agradecido.

TURPÍN: Esto han de hacer los amantes
para hacer hablar los mudos;
que escudos vencen escudos,
diamantes labran diamantes.

¿Qué secreto, que misterio
no sabrás con medio igual,
si la mano liberal
tiene en las almas imperio?

RICARDO: En fin, ¿que se han dilatado
las bodas?

TURPÍN: Y aun yo sospecho
que del todo se han deshecho,
según vi desesperado
a Policiano ofendido
querellarse de Dión.

RICARDO: Según eso la ocasión
mi esperanza no ha perdido.

TURPÍN: No la ha perdido; mas creo
que la vendrás a perder;
que quien no sabe emprender,
nunca logra su deseo.

Callando, ¿quién persuadió?
¿Quién venció sin intentar?
¿Quién obligó sin rogar?
¿Quien sin pedir alcanzó?

Aun con los dioses, que entienden
las humanas intenciones,
a fuerza de peticiones
negocian los que pretenden;
y al fin, para concluir,
oye una comparación.

Al tribunal del león
llegó una oveja a pedir
justicia de un carnicero
lobo, que un hijo le había
muerto, de dos que tenía;
y con el otro cordero
que vivo quedó, prostrada,
por darle más compasión,
ante los pies del león,
calló, un rato, o bien turbada,
o bien por encarecer
de esta suerte de su mal
el extremo; que es señal
de gran pena enmudecer.

Estaba hambriento el león,
y como calló la oveja,
no previno su queja,
no quiso su intención

entender; hízose bobo,
y fingiendo que pensaba
que el cordero le endonaba,
hizo lo mismo que el lobo.

La oveja, con agonía
balando, empezó al momento
a declararle el intento
con que allí venido habia;
mas él dijo, "No negaras
tanto la voz a los labios;
si era contar tus agravios
tu fin, al punto empezaras,
hablando, a informarme de ellos;
que en esto de corazones
sabemos más los leones
de comerlos que entendedlos."

Pienso que la fabulilla
viene a pelo. Habla a Dión,
dile a tiempo tu intención;
que es cierto que con decilla
a ocasión y con instancia
harás que tema tus quejas,
pues al menos no le dejas
la excusa de la ignorancia.

RICARDO: Bien dices; pero querría
hablar a Aurora primero;
porque declarar no quiero
sin su voluntad la mía.

TURPÍN: A mí también me contenta,
Ricardo, ese parecer;
que es vano trabajo hacer
sin la huéspedada la cuenta.

Ella sale, hablarla puedes.

RICARDO: Y su padre, ¿dónde está?

TURPÍN: Si vienes resuelto ya
a pedírsela, ¿qué excedes
en hablarla y pretendella?

RICARDO: Al fin, pues tengo ocasión,
me he de arriesgar con Dión,
por declararme con ella.

Vase TURPÍN. Sale AURORA

AURORA: ¿Quién está aquí?

RICARDO: Aurora hermosa,
no os retiréis. Aguardad,
y de cortés escuchad,
si no escucháis de piadosa.
Lo que la suerte dichosa

pródigamente me ha dado,
no lo niegue recatado,
señora, vuestro desdén;
advertid que el sol también
sale para el desdichado.

AURORA: Ricardo, hallaros aquí
sin haberme prevenido,
la justa ocasión ha sido
de haberme extrañado así;
y vos sin razón de mí
en esto os habéis quejado;
que si a verme habéis llegado,
siendo eso lo que intentáis,
más de atrevido ganáis,
que perdéis de desdichado.

RICARDO: ¡Cuán cierto me prometiera,
Aurora bella, el perdón,
a ser lengua el corazón
que mis males os dijera!
¡Cuán dichoso fin tuviera
la desventura que siento,
si supiera mi tormento,
siendo tantos sus rigores,
deciros cuántos temores
me cuesta este atrevimiento!

Mientras del mar enojado
y del viento a la violencia
se opone la resistencia
de la vela y el costado,
duerme en su esfera el cuidado;
mas en llegando a faltar
la esperanza de salvar
la vida en el roto leño,
rompen las voces el sueño,
los brazos hienden el mar.

Sepultado del vulcán
en las hondas cavidades,
sus ardientes calidades
disimula el alquitrán;
pero si fuego le dan,
rompe los profundos senos,
y los elementos, llenos
de su furia, se estremecen;
nubes y rayos parecen
las cenizas y los truenos.

Yo, en mi esperanza embarcado,
el mar de amor discurría,
y la materia escondía
de mi incendio mi cuidado;
mas ya los celos han dado
fuego al alma, y el dolor

de perder mi bien mayor
me anega, y a mi despecho
revienta la mina el pecho,
se arroja al agua el amor;
que viendo ya mis intentos
malogrados, dueño hermoso,
rompe el silencio medroso
en voces y atrevimientos.
Con mil mudos pensamientos
sin fruto vuestros despojos
adore; y ya mis enojos
a la lengua escucharéis,
señora, pues que os hacéis
desentendida a los ojos.

Como busca el ciervo herido
la fuente, y a sus cristales
les restituye en corales
lo que en perlas ha debido;
así yo, Aurora, he venido,
de Amor herido, a buscaros,
por ver si puedo obligaros
a remediar mis enojos,
pagando en llorar los ojos
lo que os deben en miraros.

Tened piedad de esta vida
que sola vos informáis;
si enamorada os negáis,
no os neguéis agradecida.
Permitidme, condolida,
que os pueda a Díón pedir;
que en negar o en permitir
sólo estriba, dueño hermoso,
o atreverme venturoso,
o desdichado morir.

AURORA: (Ni mi padre ha de querer, **Aparte**
ni el rey licencia ha de dar;
pues, ¿qué arriesgo en no negar?
¿Qué pierdo en agradecer?
Y cuando venga a tener
efeto el darle la mano,
¿amante esposo no gano,
contado entre los más buenos,
que a mis ojos por lo menos
es mejor que Policiano?

Algún tiempo sus intentos,
¿no hallaron en mis cuidados
si no gustos declarados,
agradados pensamientos?
Si se llevaron los vientos
la esperanza tan en flor
que vio en Filipo mi amor,

desengañada, ¿qué aguardo?
Dé la verdad a Ricardo
lo que le quito el error.)

RICARDO: Mucho me dais que temer;
ya llevo a desconfiar;
que es indicio de negar
el tardarse en conceder.

AURORA: Ricardo, no puede ser
el pecho que es noble, ingrato;
y del amoroso trato
conocida la verdad,
ocultar la voluntad
más es crueldad que recato.

La suspensión en mirar,
mil veces vuestros enojos
me ha dicho que por los ojos
sabe el corazón hablar.
No os ha dañado el callar;
antes en mi pensamiento
adelantó vuestro intento;
porque en los que amantes son,
es sobra de estimación
la falta de atrevimiento.

Y así, agora que a venceros
del celoso ardor llegastes,
por lo que en temer ganastes,
no perdéis en atreveros;
antes debo agradeceros
el haberos declarado,
pues no es de haberme estimado
indicio menos forzoso
el atreveros celoso,
que el temer enamorado.

Y así, os doy para tratar
esto a mi padre licencia;
que esto sólo en mi obediencia
os queda por conquistar.
Si lo llegáis a obligar,
dad por hecho el casamiento;
mas si a vuestro pensamiento
reducirlo no podéis,
vuestra suerte culparéis,
y no mi agradecimiento.

Vase AURORA

RICARDO: ¿Qué imperio puede tener
ya de la suerte el rigor
en quien tan alto favor
ha llegado a merecer?

No me queda que temer;
que pues me has favorecido,
aunque llegue a ver perdido
el bien que agora alcancé,
al menos no perderé
el haberlo conseguido.

Sale TURPÍN

TURPÍN: Pues, ¿qué tenemos? ¿Venciste?
RICARDO: Mi bien puedes celebrar.
TURPÍN: En albricias te he de
dar la sortija que me diste.

Acomete a darle la sortija

Tómala.
RICARDO: Bien las pediste,
yo te las debo.
TURPÍN: Si eres
tu tan liberal, que infieres
lo que no pensó Turpín,
no replico, porque al fin
ha de ser lo que quisieres.
Mas aquí viene Dión;
y pues hoy con tal ventura
has comenzado, procura
no perder esta ocasión.
RICARDO: Agora mi pretensión,
de Aurora favorecido
le diré más atrevido.

Sale DIÓN

DIÓN: ¡Ricardo amigo!
RICARDO: A buscaros,
noble Dión, para hablaros
en un negocio he venido.
DIÓN: Previsiones excusad,
si acaso estáis satisfecho
de la amistad de mi pecho.
RICARDO: Pues dais licencia, escuchad.

Hablan bajo

TURPÍN: (¡Mal haya, dijo un juglar, **Aparte**

de buen gusto y gracias lleno,
quien tiene dinero ajeno
y se acuesta sin cenar!

Y el que quiere ser esponja
de algún señor, ¡haya mal,
si no lo hace liberal
a costa de una lisonja!

Y, ¡mal haya el que perdió
la ocasión de enriquecer,
teniendo hermana o mujer
o hija hermosa! Aquí entro yo.

Cubra el siciliano suelo
de amantes de Aurora Amor;
que a todos igual favor
he de vender, ya que el cielo
dueño tan bello me dio;
porque nos hemos de hallar,
si el tiempo dejo pasar,
ella vieja y pobre yo.)

Vase TURPÍN

DIÓN: Cuando más exagereis
vuestros méritos conmigo,
lo menos, Ricardo amigo,
de lo que sé no diréis;
y así mi conocimiento
culpa vuestras prevenciones,
si multiplicáis razones
para esforzar vuestro intento.

(Mas--¡ay de mí!--la ocasión **Aparte**
es ésta de examinar
su lealtad, y ejecutar
de Dionisio la intención.

Fingir un agravio intento
con que la pueda cumplir,
como también excluir
de Ricardo el pensamiento.

Que Aurora dio la ocasión
a esta plática, y Aurora
ha de dar también agora
la materia a mi ficción.)

RICARDO: ¿Qué os suspendéis? Si la mano
me impide de Aurora bella
haber tratado con ella
casamiento a Policiano,
advertid...

DIÓN: Ricardo, no;
que puesto que aún no está hecho,
y tenéis mejor derecho,

pues a nadie estimo yo
tanto como a vos, no es eso
lo que impedimento os hace;
de más grave causa nace
nuestro daño; y os confieso
que es tan en agravio mío,
que en ella misma veréis,
cuando de mí la escuchéis,
cuánto de vos me confío,
y la amistad que a mi pecho
le debéis en declararme,
pues no dudo avergonzarme
por dejaros satisfecho.
El rey, después que es deudor
de la corona real
que goza, a mi amor leal,
pues por mi industria y valor
en el reino sucedió,
que su padre, contra el fuero
de la libertad, primero
tiranamente ocupó;
en Aurora, en su sobrina,
hija de su misma hermana,
ha puesto afición liviana,
y tirano determina
ejecutar sus deseos
en su deshonor. Ricardo,
este galardón aguardo,
y estoy tal, que...

RICARDO: Deteneos.
Si Aurora es del rey amada,
puesto que mi pecho sienta
menos la muerte, haced cuenta
que yo no os he dicho nada.

Vase RICARDO

DIÓN: ¡Ésta es fineza! ¡Esto es ser
vasallo noble y leal!
Nunca del cetro real
he cudiciado el poder
sino agora, porque hiciera
la demostración debida,
y la gloria merecida
por tal fineza le diera;
que es nobleza sin igual
y valor sin semejante
saber ser tan cuerdo amante
por ser vasallo leal.

Vaso DIÓN. Sale FILIPO

FILIPO: Ni en mi tengo ya poder,
ni me atrevo a declarar;
que declararme es mostrar
que al rey me atrevo a ofender;
y es al fin de Aurora tío,
y no es bien que me declare
mientras no me asegurare
de que estima el amor mío;
porque si no, mi deseo fuera
necio, si perdiera,
por la dicha que no espera,
la ventura que poseo;
y más debiendo temer
que Aurora, del pensamiento
combatida, habrá de intento
mudado ya; que es mujer,
y es amarle ya posible;
porque de un rey el amor
es fuerte conquistador
del pecho más invencible.
Segunda vez el ardiente
cuidado que al rey desvela
le diré, más por cautela
que por lealtad obediente,
para entender el estado
de su desdén o favor.
Ella sale. Dios de amor,
favorece mi cuidado.

Retírase. Salen AURORA y CAMILA

CAMILA: Oye un pensamiento mio.
AURORA: Dí.
CAMILA: ¿No debes recelar,
si llega a desconfiar
de tu amor el rey, tu tío,
que viendo su intento vano,
de parecer mudará,
y sin fruto no querrá,
ofender a Policiano?
Y en dejando de impedir
que te dé la mano, quedas
sin excusa con que puedas
a tu padre resistir.
AURORA: Claro está.
CAMILA: Pues si tu amor
no se inclina a Policiano,

muestra al rey el pecho humano,
y con fingido favor
 anima su pensamiento;
y pues así no lo alcanza,
conservando su esperanza,
conserva el impedimento.

AURORA: Consejo es bien advertido.

CAMILA: Sal, pues, que Filipo espera.

Vase CAMILA

AURORA: (¡Oh, si tan dichosa fuera, **Aparte**
que no me hubiera mentido
 el pensamiento primero!
¡Cuán gustosa le escuchara,
si amante me deseara,
y no me hablara tercero!)

Llégase FILIPO a AURORA

FILIPO: Aunque recelar debía,
bella Aurora, escarmentado
de vuestro rigor pasado,
que os enoje mi porfía,
 no os admiréis de que sea
importuno mensajero,
donde, pues os ve el tercero,
más que el amante granjea;
 si bien puedo colegir
mudanza en vuestra crueldad;
que es indicio de piedad
haberme querido oír.
 Segunda vez me ha mandado
el rey, señora, que os diga
del fuego que le fatiga
el solícito cuidado,
 y que le deis para hablaros
licencia; que no es menor
de enojaros el temor
que la gloria de miraros.
 Y que advirtáis que no hay cosa,
si no mudáis parecer,
imposible a su poder,
o a su amor dificultosa.
 Perdonadme, si os parece
que en decíroslo os ofendo;
que quien yerra obedeciendo,
errando no desmerece.

AURORA: Filipo, no sé qué os diga.

FILIPO: Yo sí sé qué me digáis.
Que ya del rey, pues dudáis,
estáis menos enemiga.

No me diréis declarada
mas que me decis dudosa,
pues es respuesta piadosa
no responder enojada.

AURORA: Ni es injuria ser querida,
ni permite la razón
no pagar la obligación,
si no amante, agradecida.

Ser amada es natural
lisonja, y nunca se ve
que a nadie, aunque mal le esté,
sepa la lisonja mal.

Y así, aunque al lance primero
respondí con pecho airado,
no os espante que haya obrado
el cuidado lisonjero

mudanza en mí, conociendo
que no es ofender amar,
y que no es justo pagar
a quien ama, aborreciendo.

FILIPO: (¡Ay de mí! ¡Perdido soy! **Aparte**

AURORA: Mas, ¿por qué busco razones,
Filipo, y satisfacciones
tan dilatadas os doy,
y me disculpo al hacer
lo que venís a rogar?
Disculpas pide el negar,
no las pide el conceder.

Al rey le decid...

FILIPO: (¡Ay, cielos!) **Aparte**

AURORA: ...que le pago.

FILIPO: ¿Qué decis?

AURORA: Parece que lo sentís.

FILIPO: (No saben callar los celos.) **Aparte**

No, señora. (¡Muerto soy!) **Aparte**

Antes el gusto de ver
el que el rey ha de tener
si tales nuevas le doy,
causa el efeto que veis.

AURORA: (¿De gusto mudáis color? **Aparte**

No. Yo os haré que al rigor
del tormento confeséis.)

Pues porque le deis cumplido
el contento, y le tengáis,
pues lo que el suyo estimáis
tanto habéis encarecido,

decidle, no solamente
que le estoy agradecida,

pero tan ciega y rendida
al amoroso accidente,
que esta noche ha de lograr
la licencia.

FILIPO: ¿Que decis?

AURORA: Parece que lo sentís.

FILIPO: (No puedo disimular.

Aparte

Partiréme sin hablarla;
que tan en los labios siento
la furia de mi tormento,
que no podre refrenarla
si los abro, y aun sospecho,
según el mal me atormenta,
que por los ojos revienta
el incendio de mi pecho.)

Quiere írse FILIPO

AURORA: ¿Sin hablar os despedís?

¿Qué es esto? Volved, mirad,
Filipo, que no es verdad
lo que he dicho.

FILIPO: ¿Que decis?

AURORA: Que nada al rey le digáis
de lo que me habéis oído;
que fue fingido.

FILIPO: ¿Fingido?

AURORA: Parece que os alegráis.

FILIPO: Parece que no os ofende
el ver que me alegre yo.

AURORA: A ninguno le pesó
de alcanzar lo que pretende.

FILIPO: Pues, ¿que intento conseguistes,
bella Aurora, en este efeto?

AURORA: Ver declarado un secreto
que encubrirme pretendistes.

FILIPO: ¿Qué secreto os he negado,
cuando serviros me toca?

AURORA: El que, a pesar de la boca,
los ojos han confesado.

FILIPO: Pues, ¿qué vistes en mis ojos,
que a mis labios contradiga?

AURORA: Pena de que el rey consiga
remedio de sus enojos.

FILIPO: Pues, Aurora, con razón
puedo sentir, siendo así,
que valga menos aquí
la verdad que la ficción.

Porque si pudo contigo
más credito conseguir

lo que te muestro al sentir,
que lo que al hablar te digo,
notorio agravio me has hecho
en responder falsamente
a lo que la boca miente,
y no a lo que siente el pecho.

AURORA: Luego es cierto lo que yo
de tu aspecto colegi.

FILIPO: ¿Quieres que diga que sí?

AURORA: ¿Y podrás decir que no?

FILIPO: Diré lo que tú gustares.

AURORA: ¿Es bien que yo, aunque te amara,
primero me declarara?

FILIPO: ¿Digo yo que te declares?

¿O pudo mi desvarío
prometerse por ventura
que ocultase tu hermosura
pensamiento en favor mío?

AURORA: ¿Tan poco fías de ti,
teniendo tanto valor?

FILIPO: Luego, ¿estimarás mi amor?

AURORA: ¿Quieres que diga que sí?

FILIPO: Si nadie te mereció,
¿quién será tan atrevido?

AURORA: Quien tan venturoso ha sido,
que se lo pregunto yo.

FILIPO: Según eso, Aurora, hablar
podemos claro los dos.
Yo te adoro.

AURORA: ¡Gloria a Dios,
que llegamos al lugar!

FILIPO: Desde el punto que te vi,
te sujeté el albedrío.

Este delito no es mío,
si es delito, tuyo sí;
que si con poder violento
me abrasó tu rostro hermoso,
el rendimiento forzoso
no fue libre atrevimiento.

Esto digo sólo, Aurora,
por disculpar el error
de haberte tenido amor,
sabiendo que el rey te adora;
que a no ser tal la ocasión,
en tus méritos se ve
que, como por fuerza amé,
amara por elección.

Mas no pienses que encubrí
hasta agora el amor mío
por temor del rey, tu tío;
por respeto tuyo sí;

que fuera, Aurora querida,
no tenerlo o no estimarlo,
si a precio de confesarlo,
no despreciara la vida.

Sólo temer tus enojos
mis labios tuvo oprimidos,
porque aun juzgaba atrevidos
los indicios de mis ojos.

Pero, como a tu grandeza
atreverme ofendería,
no mostrar que te quería
ofendiera tu belleza.

Y así de entrambos agravios
evite las ocasiones,
diciéndolo las acciones
y negándolo los labios;

que aunque decir mi tormento
es lisonja de tu gloria,
pues confieso la vitoria
que llevas del sufrimiento,

y es más fineza perderme,
publicando mi pesar,
que privarte con callar
de la gloria de vencerme,

refrene el atrevimiento,
viendo que no es recompensa
de tu más liviana ofensa
mi más grave rendimiento;

y callando mis cuidados,
por no ofenderte muriera,
si tu piedad no rompiera
al silencio los candados.

Ya los rompí, y tan dichoso
soy ya, que no me has oído
menos humana atrevido,
que me mirabas medroso.

Y así, Aurora, manda, ordena,
dispón de mí y de mi vida;
que en ventura tan crecida
que de seso me enajena,

ni discurre el pensamiento
más que para obedecerte,
ni más que para quererte
me ha quedado entendimiento.

AURORA: Filipo, tres voluntades
os pone amor que vencer;
que se precia de emprender
donde hay mas dificultades.

La de mi padre y la mía
y la del rey, todas tres
han de conformarse, o es

inútil vuestra porfía.

Dionisio me adora ciego,
y mi padre a Policiano
ha prometido mi mano;
yo, aunque en amoroso fuego
me abrase, sin su licencia
no me he de determinar;
mi padre no la ha de dar
si el rey hace resistencia.

Él, ya veis si la ha de hacer
pues sabeis su amor ardiente,
ved si tanto inconveniente
os atrevéis a vencer;
que de ellos dos granjeada
la voluntad, de la mía
no dudéis; que aunque debía
no responder declarada,
según la ley de mi estado,
fuera recato perdido,
tras lo que os he respondido
con haberos escuchado.

FILIPO: No hay cosa que yo no pueda,
pues tu favor merecí;
que de la Fortuna así
he puesto un clavo a la rueda.

AURORA: ¿Mi favor es tu fortuna?

FILIPO: Como es mi bien tu belleza.

AURORA: Si estriba en mí su firmeza,
no temas mudanza alguna
mientras no la merecieres.

FILIPO: Quien ama, no desobliga.
Pero, ¿que quieres que diga
al rey?

AURORA: Lo que tú quisieres.

FILIPO: ¿Y no lo que me ordenabas?

AURORA: Era engaño.

FELIPO: ¿Con que intento?

AURORA: Para ver si, del tormento
apretado, confesabas.

FILIPO: ¿Luego le aborreces?

AURORA: Sí.

FELIPO: ¿Y a Policiano?

AURORA: La mano
por mi padre a Policiano
contra mi gusto ofreci.

FELIPO: Luego, ¿solo soy dichoso?

AURORA: Solo alcanzas mi favor.

FELIPO: Pues perdone el rey; que Amor
es dios, y es más poderoso.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen el REY y FILIPO

REY: Ya me ha vencido el dolor.
Todo lo he de aventurar,
y la fuerza ha de alcanzar
lo que, no alcanza el amor.

FELIPO: (No lo sufrirán mis celos.) **Aparte**

REY: ¿Que dices?

FELIPO: Que su desdén
lo merece, pues a quien
con rayos de oro los cielos
coronaron la cabeza,
obliga cuando pretende;
y su gusto, cuando ofende,
honra la mayor belleza.
(Desmiente así su sospecha, **Aparte**
por hacer su intento vano,
sin que conozca la mano
de donde sale la flecha.)

REY: Pues muy presto pienso ver
sola a Aurora; que a Dión,
con la fingida ocasión
que te he dicho, quiero hacer
que a embarcarse parta luego;
que sintiéndome abrasar,
es fuerza pedir al mar
remedio de tanto fuego.

Sale POLICIANO

POLICIANO: (Hoy, bella Aurora querida, **Aparte**
me pierdo si no te gano;
que si no alcanzo tu mano,
¿para que quiero la vida?)

FILIPO: Policiano viene.

REY: A darme
quejas sin duda vendrá,

y ofendido me hallará
en lo que piensa culparme.

POLICIANO: Si los méritos, señor,
pueden dar atrevimiento,
si quejas el sentimiento
y cuidados el honor;
si cuando Aurora y Díón
su blanca mano me ofrece,
con impedirlo obscurece
vuestra alteza mi opinión,
no tendréis por desacato,
si quejoso me escucháis,
cuando indigno me juzgáis,
o yo os juzgo a vos ingrato.

REY: ¡Basta, basta, Policiano!

¿Callo yo, y quejáis vos?
¿Pretendéis pagar a dos
esposas con una mano?

POLICIANO: ¡Yo a dos esposas!

REY: ¡Callad!

Ni os disculpéis ni neguéis;
que otra vez me ofenderéis,
si me negáis la verdad.

Cuando vos con pecho ingrato
mi sangre habéis ofendido,
y cometéis atrevido
contra Aurora estelionato,
obligándole la fe,
por libre, que de otro dueño
conoce el forzoso empeño;
callando yo, que lo sé,
sólo el efeto os impido,
por huir la obligación
de hacer más demostración,
si me doy por entendido;

¿y mi silencio prudente
os da fuerza en la porfía,
y mi piedad osadía
para ser mas delincuente?

¿Sabéis que tiene a Diana
Ricardo, cuya lealtad,
opinión y calidad
tanto estimo, por hermana?

POLICIANO: Sí, señor.

REY: Pues, ¿por qué así,
contra la fe que debéis,
en Diana le ofendéis,
y en él me ofendéis a mi?

POLICIANO: Lícitas correspondencias
le debo sólo a su amor;

mas no excesos a su honor,
ni a su honestidad licencias.

REY: ¿No ofrecistes, Policiano,
ser su esposo?

POLICIANO: Aunque lo hubiera
prometido, señor, fuera
quererme obligar en vano,
no habiendo yo en confianza
de la promesa alcanzado
de ella más que haberle dado
palabras a mi esperanza.

Cuanto más que no la di,
de que es notorio argumento
saber que el último intento
del amor no conseguí;
porque, ¿cuál otra ocasión
me pudiera a mí obligar
a darla, sino lograr
en fe de ella mi afición?

REY: Bien decís; mas de vos quiero
saber sola una verdad.
¿Adorastes la beldad
vos de Diana primero,
procurando, enamorado,
obligarla y merecella,
o con sus favores ella
despertó vuestro cuidado?

POLICIANO: Yo primero su favor
pretendí, y en muchos días
no alcanzaron mis porfías
correspondencia en su amor.

REY: Basta. Con eso habéis dado
vos contra vos la sentencia;
que si su correspondencia
pretendió vuestro cuidado,
¿por que la pagáis tan mal
después que la conseguistes?
¿con qué fin pretendistes
mujer que es tan principal?
¿No es bastante, para haberos,
siendo quien es, obligado,
haberla vos empeñado,
con pretenderla, en quererlos?
Si en fe de vuestra nobleza,
obligación y valor,
dio crédito a vuestro amor
y pagó vuestra fineza,
¿por qué la desestimáis?
¿por qué lo que es razón
premiar como obligación,
como agravio castigáis?

¿Qué hiciéades ofendido
de despreciado? ¿Podéis
hacer más de lo que hacéis
obligado de querido?

Decís que cuando la mano
le prometiéades dar,
no llegándola a alcanzar
en fe de ello, fuera en vano.

Pésame de que en vos quepa
tan indigno pensamiento,
y quien es por nacimiento
tan noble y cortés no sepa
que en tocando en la opinión
de damas tan principales,
aun los intentos mentales
inducen obligación;

cuanto más habiendo sido
públicos vuestros amores,
y públicos los favores
que de ella habéis recibido;

pues en quien sois confiada
con razón, se declaró
quien recelar no debió
verse de vos engañada.

¿No es cierto que su opinión
en opiniones pusiera
si vuestra esposa no fuera,
pues el pueblo con razón
juzgara, puesto que vio
que ella os quiso y la quisistes,
que algún defeto supistes,
por donde no os mereció?

Mas yo quiero de Diana
olvidar la causa agora.

¿No es mi propia sangre Aurora?
Su madre, ¿no fue mi hermana?

Pues cuando a su casamiento
el pueblo con justa ley
por sobrina de su rey
debe universal contento,

¿será razón que su pecho
fastidien y sus orejas,
en el tálamo con quejas,
y con celos en el lecho?

Pudiendo escoger esposo
mi sobrina, Policiano,
¿queréis vos que dé la mano
a un marido litigioso?

Estando mi reino lleno
de hombres buenos, ¿será bien
que elija por dueño a quien

padece achaques de ajeno?

Dejad tan vana porfía,
y acudid, como es razón,
vos a vuestra obligación;
que yo acudiré a la mía.

POLICIANO: Señor...

REY: ¡Idos! Que irritáis,
con replicar, mis enojos,
y no volváis a mis ojos
sin que a Dïana le hayáis
cumplido esta obligación;
pues yo, con haberme dado
por entendido, he tomado
por mi cuenta su opinión.

POLICIANO: (¿Rómpenme el pecho, y los labios **Aparte**
me cierran? Pues no seré
yo quien soy, o tomaré
venganza de estos agravios.

Vase POLICIANO

FILIPO: (Ya de este competidor **Aparte**
me he librado.)

REY: ¿Qué os parece?

FILIPO: Que Policiano padece
con razón vuestro rigor.
Mas aquí viene Dión.

Sale DIÓN

DIÓN: Dadme a besar vuestra mano.

REY: Levantad, pariente, hermano.
No ofendáis mi estimación.

DIÓN: Señor, en conformidad
de aquel orden que sabéis,
en este papel veréis

Dale un papel

lo que he entendido.

REY: Mostrad.

DIÓN: No me queda diligencia
por hacer.

REY: De vos lo fío.

DIÓN: Y pues con el cargo mío
he cumplido, la licencia
que para casar a Aurora
os pedí, de vos espero.

- REY: (Desmentir sospechas quiero.) **Aparte**
Ya es fuerza, Dión, que agora
os declare la ocasión
de impedir que Policiano
dé a mi sobrina la mano.
Hasta aquí fue mi intención
callároslo, porque el darme
y el daros por entendido
de que a los dos ha ofendido,
fuera, pariente, obligarme
al castigo riguroso
de quien pretendo obligar,
cuando me importa ganar
voluntades, y piadoso
quiero el nombre de tirano
borrar, que el reino me da.
Y a vos, Dión, porque ya
el tiempo en que os veis, anciano,
pide esfuerzos a la vida,
y aumentárosla es más justo
íisonjeada en el gusto,
que en la opinión ofendida,
esta ocasión de enojaros
excusaros pretendí;
pero ya, porque de mí
no os quejéis, habré de daros
cuenta de ella. Policiano
tiene ofrecida a Dñana,
del noble Ricardo hermana,
la fe de darle la mano.
- DIÓN: ¿Que decís?
- REY: Mirad si ha sido
con empeño tan forzoso,
cuanto con ella engañoso,
con nosotros atrevido.
- DIÓN: De cólera tiemblo y ardo,
y tanto más me lastimo
por ella, cuanto la estimo
por hermana de Ricardo,
cuyos méritos podréis
colegir de esos renglones,
pues a las obligaciones
antiguas que le tenéis,
una fineza ha añadido,
con que os obliga a que agora,
tanto como por Aurora,
estéis por él ofendido.
- FILIPO: (Ya del todo mis recelos **Aparte**
no temen a Policiano.
¡Así del Amor tirano
del rey me libren los cielos!)

- REY: Esto supuesto, Dión,
 lo que os pido solamente
 es que, pues sois tan prudente,
 no os obligue esta ocasión
 a que al disgusto y pesar
 abráis las puertas del pecho;
 y estad de mi satisfecho,
 que cuidaré de buscar
 esposo a Aurora.
- DIÓN: Señor,
 sobrina es vuestra.
- REY: Conmigo,
 ser hija de tal amigo
 es la importancia mayor.
 Y agora sabed que el mar
 merece ya que mi esposa,
 segunda Venus hermosa,
 se dignase de surcar
 sus campos para traer
 a Sicilia al dios de amor.
- DIÓN: Con tales nuevas, señor,
 ¿qué pesar me puede hacer
 la Fortuna? Si yo os veo
 en tan venturoso estado,
 no le queda a mi cuidado
 por cumplir otro deseo.
- REY: Vos, pues que tanto estimáis
 mis dichas, quiero, Dión,
 que en hacer demostración
 de ello el primero seáis.
- DIÓN: La dilación en mandar
 tiene ya mi fe quejosa.
- REY: A recibir a mi esposa
 habéis de salir al mar.
- DIÓN: Pensad que en él se desata
 mi nave ya de la orilla,
 y con la nevada quilla
 hiende las ondas de plata.
- REY: ¿Cuándo partiréis?
- DIÓN: Al alba
 no hará el canto lisonjero
 de los pájaros, primero
 que yo a Neptuno, la salva.

Vase DIÓN

- REY: Bien mi intento se dispone.
FILIPO: Bien engañado le envías.
REY: Tengan fin las ansias mías,
 y la obligación perdone.

Sale TURPÍN

TURPÍN: De tu parte me han llamado,
y he venido, aunque dudé
si era como; si lo fue,
con volverme está acabado.

REY: Yo te he mandado llamar.

TURPÍN: Agora, señor, los pies,
no digo que me los des,
que ni me los has de dar,
ni a moverlos es razón
que pretenda yo obligarte,
para hacer yo de mi parte
lo que tengo obligación,
sino sólo que permitas
que ponga en ellos mi boca.

REY: Levanta.

TURPÍN: Lo que me toca,
y se usa en las visitas
de los reyes, he hecho ya;
agora te toca a ti
decirme a qué vengo aquí,
porque en el pecho me da
mil vuelcos el corazón
desde que oí tu recado,
y quisiera mi cuidado
salir de esta confusión;
que aunque puedo yo haber sido
rey también, al fin agora
me tiene la ciega autora
de las dichas abatido
a tan miserable estado,
que la gran desigualdad
que hay de mí a tu majestad,
me tiene, señor, turbado.

REY: ¿Tú puedes también, Turpín,
haber sido rey?

TURPÍN: ¿Pues no?

REY: ¿Satirízame?

TURPÍN: Si yo
fuera tan necio, ¿qué fin
mereciera de tu agravio?
En otra razón fundé
lo que dije; que pensé
que un filósofo tan sabio
como tú no la ignorara;
y más viendo que Platón
con una y otra lición
te ha dado opinión tan clara.

REY: De ti la quiero aprender.
TURPÍN: ¿Qué me has de dar si te venzo?
REY: Esta cadena.

Enséñale una cadena

TURPÍN: Comienzo
a argüir. ¿No pudo ser
que un rey muriese en la guerra,
y que su cuerpo perdido
fuese en tierra convertido
en el campo; y que esta tierra,
del sol y el agua dispuesta,
en yerba se convirtiese,
y que un carnero paciese
esta yerba, y que, digesta
con el calor, el carnero
en carne la convirtiera,
y que esta carne vendiera
a mi padre el carnicero,
y la comiese mi padre
y en sustancia la volviese,
y que esta sustancia fuese
la que me engendró en mi madre?
Pues ves aquí cómo yo,
sin que a ti te haya ofendido,
aquel rey puedo haber sido
que en la batalla murió.

REY: Vencísteme: la cadena
es tuya.

Dásela

TURPÍN: Vivas dichoso
más que un vecino enfadoso,
que un deseo, que una pena,
y más que una imposición;
más que un ministro cansado,
de quien tiene un desdichado
la futura sucesión.

REY: Vamos al caso, Turpín.
¿De la casa de Dión
eres portero?

TURPÍN: Rincón
no hay desde el principio al fin,
menos el cuarto de Aurora,
que no esté por cuenta mía
cerrarle al ponerse el día,
y abrirle al nacer la aurora.

REY: Una cosa que prometo
remunerarte has de hacer,
advirtiéndote que en tener
fidelidad y secreto
te va la vida.

TURPÍN: Tendré
en muda prisión los labios,
aunque siente como agravios
tus amenazas mi fe.

REY: Pues en partiendo Dión
al puerto, me vuelve a ver.
Diréte lo que has de hacer.

FILIPO: (No lograrás tu intención.) **Aparte**

TURPÍN: Yo lo haré; y traeré, si quieres,
dos argumentillos más.

REY: Y dos cadenas tendrás,
si en ellos me concluyeres.

Vanse todos. Salen AURORA y DIÓN

AURORA: Señor, ¿os partís?

DIÓN: Forzosa
causa me obliga a ausentar;
que el Rey me manda que al mar
salga a recibir su esposa,
y de plazo tengo sólo
las horas para partir
que ha de tardar en suplir
Diana la luz de Apolo.

AURORA: El rey, ya que no miró,
para que no os lo encargara,
vuestrós años, ¿no mirara
lo que he de sentirlo yo,
pues con vuestra ausencia
quedo sola y triste, padre mío?

DIÓN: Donde queda el rey tu tío
hacerte falta no puedo.

AURORA: (¡Bien lo entendéis! Si no hubiera **Aparte**
de causar tan graves daños,
sus intentos, sus engaños
y traiciones os dijera.)

DIÓN: Mas porque en la ausencia mía
sientas pena más liviana,
vendrá tu amiga Diana
a estarse en tu compañía;
que ya tengo la licencia
de Ricardo.

AURORA: Venturosa
fuera yo, si hubiera cosa
que me alivie en vuestra ausencia.

DIÓN: Breve ha de ser. Un aviso
quiero darte, que es forzoso.
Ya no puede ser tu esposo
Policiano; y el permiso,
que le daba esa esperanza,
de visitarte, ha cesado.

AURORA: (¡Qué buenas nuevas me has dado!) **Aparte**
¿De qué nace esa mudanza?

DIÓN: De que ha dado él engañoso
a otra principal señora,
segun he sabido agora
del rey, palabra de esposo.
Y de esto nació el negar
la licencia que pedí,
y me lo ocultó hasta aquí,
por no darme este pesar.

AURORA: ¡Oh, alevoso, fementido!
La cera ha vuelto en diamante;
que quien es tan mal amante,
¿cómo será buen marido?

Sale un CRIADO

CRIADO: Filipo te quiere hablar.

DIÓN: Entre Filipo; tu, Aurora,
retírate.

AURORA: (Él viene agora,
según pienso, a declarar
su amor; y mi padre es llano
que ha de estimarle el intento,
puesto que el impedimento
cesó ya de Policiano.
Solamente por vencer
nos queda ya el Rey, mi tío,
y de su esposa confío,
pues llega ya, que ha de ser
sol claro en la confusion
de la noche en que me veo.
Amor, pues das el deseo,
ayuda a la ejecución.)

Vase AURORA. Sale FILIPO

DIÓN: ¡Vos para entrar en mi casa
pedís licencia, Filipo!

FILIPO: No os espante que cobarde
venga quien viene a pedirlos;
si bien el venir a haceros,
Dión, el mayor servicio

- que humana amistad alcanza,
pudiera hacerme atrevido.
- DIÓN: Tanto de mí confiad
cuanto yo de vos confío,
y empezad con declararme
en qué puedo yo serviros.
- FILIPO: ¿Estamos solos?
- DIÓN: Sí estamos.
- FILIPO: Decidme, Dión amigo,
¿qué merecerá con vos
quien redima del peligro
de una afrenta vuestro honor
y el de Aurora?
- DIÓN: Que los mismos
que redime, se confiesen
esclavos de su albedrío.
- FILIPO: Pues supuesto que no puede
ya Policiano impedirlo,
prometed, no que por dueño
me tendréis, sino por hijo,
dándome a la bella Aurora;
y en cambio de ello me obligo
a haceros tal amistad,
con daros aquí un aviso,
que confeséis que el honor
vuestro y de Aurora redimo.
- DIÓN: Para que os la ofrezca yo,
¿es menester más designio
que darle esposo que tanto
por sus méritos estimo?
Ya sin esa condición
os la prometo, Filipo.
Libre estáis si no queréis
cumplirla.
- FILIPO: No; que ya es mío
con eso el honor de entrambos,
y hago mi negocio mismo.
Sabed que el rey al amor
de Aurora vive rendido.
Ciego está, loco la adora,
y todo cuanto os ha dicho
ha sido por dar color
de cautela al desatino,
por si acaso la verdad
supiésedes...
- DIÓN: ¿Qué Filipo?
¿Qué decís?
- FILIPO: Verdad, es ésta;
y haber mandado partiros,
no es porque rompe la reina
del mar los azules vidrios;

nuevas son que finge sólo
por ausentarnos Dionisio,
para dar ejecución
violenta a su amor lascivo,
porque honesta le resiste
Aurora, sin que impedirlo
pueda de vuestra presencia
la autoridad, prevenido
tiene a Turpín, y obligado
con dádivas, que del hilo
con que discurrió Teseo
el confuso laberinto,
a media noche ha de hacer
en vuestra casa el oficio.

DIÓN: ¡Válgame el cielo!

FILIPO: Mirad
si mi palabra he cumplido,
y si a vos y a Aurora he dado
el honor en este aviso.

DIÓN: ¡Ah, inhumano! ¿Así tu sangre
ofendes? ¿Más enemigo
te muestras de quien debieras
estar más agradecido?
La corona de Sicilia
te di; ¿y en agravio mío
ejecutas el poder
que me debes a mi mismo?
No lo sufrirán los cielos.
Yo os agradezco, Filippo,
cuanto debo y cuanto puedo
tan colmado beneficio.
De vuestra parte cumplistes
con enseñarme el peligro.
Idos con Dios, y dejad
el remedio a cargo mío.

FILIPO: Para todo me hallaréis
interesado por hijo,
y por amigo obligado.

DIÓN: De vuestro valor confío.

Vanse todos. Salen RICARDO, DIANA y ELISA

RICARDO: Porque la melancolía
de Aurora, en la soledad
de su padre, tu amistad
alivie en su compañía,
Dión me ha obligado, hermana,
a prometérselo. Avisa
los gentilhombres, Elisa;
que sale fuera Diana.

ELISA: Voy a servirte.

Vase ELISA

DIANA: Afición
 nos tiene a entrambos, y es justo
 hacer a Aurora ese gusto,
 y esa lisonja a Dión.

RICARDO: Agora, que hemos quedado
 solos, Dñana, me di
 una verdad; que de ti
 tantas querellas me ha dado
 Policiano, que presumo,
 viéndole furioso y ciego,
 que ha sido muy grande el fuego
 que ha levantado tal humo.

 Dice que con engañoso
 labio al rey has informado
 de que él, Dñana, te ha dado
 la fe y palabra de esposo.

 Dime, dime qué hay en esto;
 que estoy loco.

DIANA: Tente, hermano!
 Verdad dice Policiano;
 mas, ¿cómo olvidas tan presto
 que fuiste tú la ocasión?

RICARDO: ¿Yo, Dñana?

DIANA: Enamorado
 de Aurora y desesperado,
 ¿no me diste comisión
 de ejecutar cualquier medio
 que para alcanzar su mano
 fuese estorbo a Policiano,
 y a tu esperanza remedio?

RICARDO: Es verdad.

DIANA: Pues yo por eso
 el efeto le he impedido,
 como él dice. Luego has sido
 tú la ocasión de este exceso.

RICARDO: No, Dñana; que él a mí,
 aunque la palabra no,
 el amor me confesó,
 y que mereció de ti
 favores. Luego no ha sido
 fingido por mi cuidado
 lo que al rey has informado.

DIANA: ¿Digo yo que fue fingido?

RICARDO: Pues, ¿qué dices?

DIANA: Que al exceso

de hablar al rey me atreví,
por darte remedio así;
que si no fuera por eso,
aunque esta ofensa me ha hecho
Policiano, siempre el labio
reprimiera, y a mi agravio
diera sepulcro en el pecho.

RICARDO: ¿Que es verdad que se obligó
a ser tu esposo?

DIANA: Es verdad.

RICARDO: Y di, de tu honestidad
en fe de eso, ¿mereció
alguna prenda, Diana?

DIANA: Ninguna.

RICARDO: Verdad me di.

DIANA: Ya la he dicho.

RICARDO: (Mas ya aqui **Aparte**
la averiguación es vana,
pues haberle prometido
darle la mano bastó
para que le obligue yo.

Sale ELISA

ELISA: Todo está ya prevenido
si quieres salir, señora.

Vase ELISA

RICARDO: Vete, hermana.

DIANA: ¿No me ordenas
lo que acerca de tus penas
tengo de decir a Aurora?

RICARDO: Ni de esto que entre los dos
habemos tratado aquí
le has de tratar, ni de mí,
que será ofenderme.

DIANA: Adiós

Vase DIANA

RICARDO: ¡Que Diana me haya puesto
en lance tan apretado!
Que, ¿quien duda que ha gozado
algún favor deshonesto
quien la palabra le dio?
Claro está. Fuerza es que entienda
que quien le empeñó tal prenda,

mucho a deber le quedó.
¿No lo dice su mudanza?
¿Qué causa pudo tener
de olvidarla, sino haber
cumplido ya su esperanza?
¿Qué importa que ella lo niegue?
¿Qué importa que yo lo crea,
y qué importa que no sea,
si para que el mundo llegue
a sentir mal de su honor,
basta saber que le ha dado
la palabra, y que ha trocado
el suyo por otro amor?
Cuando no lo hayan sabido
otros, ¿no lo sabe ya
el rey? ¿No presumirá
lo mismo que he presumido?
¿Quién lo duda? Pues, ¿qué espero?
Para la resolución
consultar quiero a Dión,
que es mi amigo verdadero;
y su prudencia y valor,
pues fue también engañado,
dará, como interesado,
el consejo y el favor.

Sale DIÓN

DIÓN: Ricardo...
RICARDO: Noble Dión,
en este punto partía
a buscaros.
DIÓN: Dicha es mía
preveniros la intención.
¿Hay en qué de mí os serváis?
RICARDO: Lo que he de tratar con vos,
toca, Dión, a los dos.
DIÓN: Decid, pues; ¿en que dudáis?
RICARDO: Policiano, falso amante
de mi hermana, ser su esposo
le prometió, y engañoso...
DIÓN: No paséis más adelante.
Ya os entiendo, y ya sabía
el caso.
RICARDO: ¿De quién?
DIÓN: Del rey,
y sé, Ricardo, la ley
de vuestra amistad y mía.
A las once en punto iréis
esta noche, y por la puerta

del jardín mio, que abierta
para el efeto hallaréis,
os entrad en él; y allí
sabréis un caso, Ricardo,
con que dar venganza aguardo
a Diana, a vos y a mí.

RICARDO: Pues, ¿no os partís a embarcar?

DIÓN: De aquí a un hora.

RICARDO: ¿Que decís?
¿Cómo quedáis y os partís?

DIÓN: No me habéis de examinar,
si es que de mí os confiáis.

RICARDO: Nada reserva la fe
que os tengo. Digo que iré
al jardín, como mandáis.

DIÓN: (Con esto ya por hablar **Aparte**
en la corte no me queda
poderoso de quien pueda
mi pensamiento fiar.)

RICARDO: ¿Queda alguna prevención
por hacerme?

DIÓN: Que el secreto
importa.

RICARDO: Yo os lo prometo.

DIÓN: Con eso la estimación
veréis que tengo de vos
esta noche.

RICARDO: Y vos veréis
que en mí un amigo tenéis
siempre firme.

DIÓN: Adiós.

RICARDO: Adiós.

Vanse los dos. Sale POLICIANO, de noche

POLICIANO: Esta noche ha prometido
dar fin a la suspensión
de mi esperanza Dión,
y sin duda no ha sabido
el estorbo que a mi intento
Diana pretende hacer.
¡Oh, si llegase a tener,
antes que el impedimento
supiese, dichoso efeto
mi pretensión! Dios de amor,
si merezco tu favor,
sacrificios te prometo,
que tanta pompa a las claras
glorias de tu nombre aumenten,
que las víctimas afrenten
que en Chipre adornan tus aras.
Alguna hazaña previene

de mucho peso Dión,
según la ponderación
con que me habló. Gente viene.

Salen el REY y FILIPO, de noche, por otra parte

REY: Facilitólo Turpín
de suerte, que por logrado
celebro ya mi cuidado.

POLICIANO: (A la puerta del jardín **Aparte**
quiero llegar; que ya es hora.
Más holocaustos que al día
te daré, noche sombría,
si tú a mí me das a Aurora.

Vase POLICIANO

FILIPO: No dudo, pues te promete
Turpín que todas las puertas
de Aurora tendrás abiertas
hasta su mismo retrete,
que lograrás tu esperanza.
(Los cielos lo harán mejor.) **Aparte**

REY: De tan injusto rigor
justa será la venganza.
Lleguemos; que ya estará
Turpin aguardando. Haré
la seña.

Hace una seña. Sale TURPÍN

TURPÍN: (Esta seña fue **Aparte**
la que al Rey le di.) ¿Quién va?

REY: ¿Es Turpín?

TURPÍN: ¿Es el rey?

REY: Sí.

TURPÍN: La gente toda Morfeo
baña en ondas del Leteo.
Venid asidos de mí
por este espacio sombrío,
hasta la luz que buscáis,
y al instante que veáis
que con un engaño mío
abren una puerta, entrad;
que es la del cuarto de Aurora.

*Vanse todos. Sale por otra parte el REY, FILIPO, y
TURPÍN*

REY: ¿Estará acostada?
TURPÍN: Agora
se recogieron. Parad;
que ésta es la puerta.

Toca a una puerta. Asómase CAMILA

CAMILA: ¿Quién es?
TURPÍN: Turpín. Camila, abre y di
a Diana que está aquí
su hermano.

Vase CAMILA

REY: Ya abrió.

Éntrase el REY

FILIPO: Los pies
muevo sin alma.

Éntrase FILIPO

TURPÍN: Esto es hecho.
Colóse su majestad
mas desde esta oscuridad
veré si es la que sospecho

la diligencia que el rey
viene a hacer.

*Salen DIÓN, RICARDO, POLICIANO, y otros
caballeros*

DIÓN: Ya por los pasos
que sentí, y porque han abierto
también la puerta del cuarto
de Aurora, sin duda alguna
los traidores han entrado.

TURPÍN: (¡Válgame Dios! Pasos siento **Aparte**
y en baja voz con recato
hablan aquí. ¿Quién será?

DIÓN: Para averiguar el caso

apliquemos los oídos,
porque mejor informados
de su injuria y mi razón,
el castigo resolvamos.

AURORA: No os canséis, porque primero **Dentro**
me dejaré hacer pedazos,
que ofensa a mí honor.

DIÓN: ¿Oís?

TURPÍN: (¿Que es esto, Dios?) **Aparte**

POLICIANO: ¿Qué aguardamos?

Mil muertes merece quien
se atreve a haceros agravio.

DIÓN: De ayudarme a su castigo
me distes todos las manos,
sea quien fuere el agresor.

POLICIANO: ¿Eso dudáis?

RICARDO: (Recelando **Aparte**

estoy que es el rey, que ciego
mira de Aurora los rayos.)

POLICIANO: Mejor que vengar la afrenta
será prevenir el daño,
y ya merecio el castigo
con intentar el agravio.

TURPÍN: (¿Qué escucho?) **Aparte**

DIÓN: ¡Entremos!

*Sale AURORA, con una espada; el REY, retirándose; FILIPO, DIANA,
CRIADOS, con luces. Todos desenvainan*

AURORA: La vida
--¡vive el cielo!--he de quitaros.

DIÓN: Para vengar mis afrentas
no son menester tus manos.

Pónese AURORA al lado del REY

AURORA: ¡Tened, que es el rey mi tío!
¡No le matéis!

REY: (¡Cielo santo! **Aparte**
¡Perdido soy!)

DIANA: (Qué desdicha!) **Aparte**

REY: ¿Contra el rey habéis sacado
los aceros, desleales?

RICARDO: No lo digáis por Ricardo,

Pónese al lado del REY

que ignorante le sacó,

y morirá a vuestro lado.

TURPÍN: (La diligencia que el rey **Aparte**
quiso hacer, ha sido el diablo.)

FILIPO: (Por ninguno he de mostrarme, **Aparte**
hasta ver el fin del caso.)

POLICIANO: Quien a Dión se atrevió,
¿ha de vivir? ¿Qué aguardamos?
¡Muera!

DIÓN: ¡Muera!

AURORA: ¡Deteneos,
si estimáis mi vida en algo!

DIÓN: Pues, ¿tú defiendes, Aurora,
a quien intentó mi agravio?

AURORA: ¡Es rey nuestro y nuestra sangre,
y de mi amor obligado
cometió el error que veis!

POLICIANO: ¡Es tirano!

DIÓN: ¡Y es ingrato,
pues usa en afrenta mía
del poder que yo le he dado!

AURORA: Si el cetro le distes vos,
vos en cuanto a ser tirano
del reino, le disculpáis,
pues sois en eso el culpado.
Y si ingrato os ha ofendido,
el castigo que al ingrato
dé la ley, ejecutad.
Rey le hicistes; despojadlo
del cetro, pues que tenéis
los grandes de vuestra mano.
Pierda el beneficio quien
usa de él para agraviaros;
no reine quien reina mal;
no pueda quien ha mostrado
que con amor y poder
hará mañana otro tanto;
pero llegarle a quitar
la vida a quien es hermano
de mi madre y vuestra esposa,
al que erró de enamorado,
y en efeto a quien es rey,
nombre que le da tan alto
privilegio, que aun los ojos
del que esta más agraviado
le han de mirar con respeto,
con decoro han de estimarlo,
lo han de adorar por divino
y venerar por sagrado,
fuera querer vos ganar
el nombre que de tirano
culpáis en él; fuera haceros

malquisto, fuera mostraros
crüel, y fuera, en efeto,
ensangrentando las manos
en vuestro rey con la infamia
de traidor el lustre claro,
manchar de leal, que os dieron
tantos blasones pasados.
Si vuestro agravio intentó,
no ejecutó vuestro agravio;
antes deudor le quedáis,
pues esta ocasión ha dado
a los aumentos de fama
que en la resistencia gano;
y ni es razón ni equidad
ni justicia condenarlo
por no consumado error
a castigo consumado.

DIÓN: Basta, Aurora; tu piedad
tanto estimo cuanto alabo
tu lealtad y tu prudencia.
Lleve la pena de ingrato,
Dionisio; de la corona
pierda los hermosos rayos,
deponga el cetro real,
renuncie el reino, si acaso
no quiere más morir rey
que tener vida privado.

REY: Un medio solo escuchad.
A Aurora daré la mano.

FILIPO: (¡Bien lograra mis intentos!) **Aparte**

POLICIANO: No hay medio sino quitaros
o la corona o la vida.

DIÓN: Si no queréis obligarnos
a revocar la piedad
que la vida os ha dejado,
estimad lo que os ofrece.

FILIPO: ¿Qué dudas en acatarlo?

RICARDO: De todas las esperanzas
es morir último plazo.
Viviendo se alcanzan reinos,
pero no vidas reinando.
Guarda la tuya, señor,
pues esto ordenan los hados.

REY: (¡Ah, cielos! ¡Que una pasión **Aparte**
traiga a un rey a tal estado!
Paguemos, pues, el delito
y a la suerte obedezcamos,
satisfaciendo a Dión
con beneficio el agravio,
y haciendo virtud lo que es
forzoso para obligarlo.)

Nobles de Sicilia, puesto
que la ley al que es ingrato
condena a que restituya
el beneficio a las manos
que liberales lo hicieron,
y de ella observantes tanto
guardarla en todo queréis,
yo en todo también la guardo;
y así a Dión restituyo
la corona que él me ha dado,
y el cetro renuncio en él;
y con que queráis jurarlo
por rey, de fidelidad
el juramento os relajo
que me hicistes.

POLICIANO: ¿Quién mejor
merece nombre tan alto?
FILIPO: ¡Reine Dión!
TODOS: ¡Dión viva,
rey del suelo siciliano!
REY: Pues yo en su mano el primero

Bésale la mano, y todos

humilde pongo los labios.
FILIPO: Todos hacemos lo mismo,
y como a rey le juramos
fidelidad y obediencia.
DIÓN: Yo lo aceto, y a mis años
eternidades deseo
para que pueda pagaros
tantos excesos de amor.
RICARDO: (Yo, ¡triste! ¿Qué fin aguardo,
si en defensa de Dionisio
animoso movi el brazo
contra Dión?
FILIPO: (Ya mis dichas **Aparte**
han confirmado los hados.
REY: Ya sois de Sicilia rey.
DIÓN: Pues vos de ella desterrado
salid al punto, Dionisio.
REY: Señor...
DIÓN: Si partís callando,
mereceréis mi piedad.
REY: Pues callo, obedezco y parto,
ya que dan en mí los cielos
escarmiento a los ingratos.

Vase el REY

DIÓN: Filipo, ¿no le seguís?
FILIPO: ¿Qué aguardáis? La mano aguardo

 que prometido me habéis
 de Aurora...

POLICIANO: (¡Ay, cielos!) **Aparte**
FILIPO: ...en cambio

del aviso que os di.

DIÓN: En eso,
 Filipo, está vuestro daño;
 que ese aviso fue delito,
 pues me le distes violando
 de vuestro rey el secreto
 como alevoso vasallo.
 Y estribar en la palabra
 que entonces os di, es engaño;
 que entonces era Dión,
 y agora rey; y es en vano
 pretender que cumpla el rey
 lo que prometió el vasallo;
 antes como a rey me toca,
 pues ya lo soy, castigaros
 la amistad que allí me hicistes,
 quebrantando el fuero santo
 de lealtad. Idos al punto,
 sin replicar, desterrado...

AURORA: (¡Ay de mí!) **Aparte**

DIÓN: ...que fuera necio,
 si a quien conozco por falso
 y aleve, siendo yo rey,
 tener quisiera a mi lado.

FILIPO: ¡Ah, cielos! ¿Que pierdo a Aurora?
 Señor...

DIÓN: Partid. Contentaos
 con que os negocia la vida
 haber por amor errado;
 que olvidaré la piedad
 si otra vez movéis los labios.

FILIPO: A padecer justa pena
 de haberos servido parto.
 Será el primer beneficio
 que se ha visto castigado.

Vase FILIPO

AURORA: (Muera el mal en mi silencio, **Aparte**
 pues no puede remediarlo.

POLICIANO: ¡Gracias al cielo, Dión,
 que llegó ya Policiano

al puerto de su esperanza.
DIÓN: Aguardad. Llegad, Ricardo.
RICARDO: (Temiendo estoy su rigor. **Aparte**
DIÓN: Sólo merece la mano
 de Aurora vuestra lealtad.
RICARDO: ¿Qué decís?
POLICIANO: ¡Oh, cielo santo!
DIÓN: Tenga un rey por hijo a quien
 sabe ser tan buen vasallo.
 Ricardo es tu esposo, Aurora.
AURORA: (Al fin es menos el daño.) **Aparte**
 Yo soy vuestra.
RICARDO: Yo dichoso.
POLICIANO: Y yo solo desdichado.
 ¿Así me cumplís?
DIÓN: Callad,
 y agradeced que el engaño
 no os castigo, de querer
 ser su esposo, habiendo dado
 a Diana la palabra.
 Cumplidla luego, o su agravio
 satisfará vuestra vida.
POLICIANO: (Si a Aurora perdí, ¿que aguardo **Aparte**
 siendo fuerza obedecer?)
 Ésta, Diana, es mi mano.
DIANA: Bien sabéis que os la merezco.
DIÓN: Turpín...
TURPÍN: Señor... (Mi recado **Aparte**
 llevo yo agora.) Perdona,
 gran señor.
DIÓN: Merced te hago
 del oficio que tenías
 en mi cámara; que tanto
 quien a su rey obedece,
 aunque fuese por mi daño,
 ha merecido conmigo.
TURPÍN: Vivas tú hacia atrás los años,
 porque el tiempo te restaure
 lo que él mismo te ha quitado.
 Y a la amistad castigada
 demos fin con suplicaros,
 señores, que estos servicios
 no castiguéis como agravios.

Fin de la comedia

La Crueldad Por El Honor

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Personas que hablan en ella:

- **PEDRO** Ruiz de Azagra, galán
- **SANCHO** Aulaga, galán
- **Don RAMÓN**, galán
- **El señor de MOMPPELLER**, galán
- **NUÑO** Aulaga, viejo grave
- **ZARATÁN**, gracioso
- **La REINA** Petronilla, dama
- **Doña TEODORA**, dama
- **TERESA**, dama
- **BERENGUEL**, galán
- **El PRÍNCIPE** don Alfonso, niño
- **El CONDE** de Urgel, Viejo
- **BERMUDO**, viejo grave
- **INÉS**, criada de Teresa
- **MOLINA**, valentón
- **VERA**, valentón
- **Un TROMPETA**
- **Un SECRETARIO**
- **ACOMPañAMIENTO**
- **SOLDADOS**

ACTO PRIMERO

Sale ZARATÁN de caza, cojeando

ZARATÁN: ¡Ay! ¡Doy al diablo la caza;
 que él sin duda la inventó!
 ¡Ay! ¿Que pudiéndola yo
 cómodamente en la plaza
 de Zaragoza escoger,
 sin arriesgar por seguilla
 un cabello, una rodilla
 me venga al campo a romper?
 ¿Que tan a costa y despecho
 de su descanso, a la sierra
 se parta un hombre a dar guerra
 a un gazapo? ¿Qué me han hecho
 las liebres y los conejos?
 Como mujer es quien da
 en cazar, que a misa va
 siempre a la iglesia más lejos.
 Pues si la caza se estima
 por ser viva imitación
 de la guerra, esa razón
 la condena; que la esgrima
 a las pendencias imita,
 y se ve ordinariamente
 que en la blanca no es valiente
 quien más la negra ejercita;
 y quien más use en la sierra
 seguir el bruto cobarde,
 confío menos que aguarde
 a un enemigo en la guerra;
 que enseñarse a la conquista
 de quien no sabe aguardar,
 es enseñarse a extrañar
 enemigo que le embista.
 Dirá alguno, "Esa razón
 cesa en la caza del oso,
 que aguarda y es animoso,
 y mata de un pescozón."
 Yo digo que es loco error,
 por sólo gusto, arrojarse
 donde puede ser ahogarse
 el más diestro nadador;

que si me arriesgo en la sierra
a morir por enseñarme,
¿pueden a más condenarme,
si voy bisoño a la guerra?

Sale NUÑO, de peregrino, bien tratado

NUÑO: Dadle por Dios, caballero,
a este peregrino...

ZARATÁN: Bien
manifiesta serlo quien
no ve que soy escudero.
Mas, decidme, ¿en el olor
a un pobre no conocéis?
¿Qué me pedís? Si queréis
que con vos parta el dolor
de esta pierna, que en el choque
de una peña me mostró
cuánto con Dios mereció
la rodilla de San Roque,
tánto de él os puedo dar,
que claudicante quedéis;
y hacerme merced podéis,
pues que no os ha de estorbar,
aunque al patrón galiciano
os destinéis, peregrino,
puesto que anda en su camino
tanto el cojo como el sano.

NUÑO: ¡Ojalá posible os fuera
partir conmigo el dolor,
pues fuera en ambos menor,
si en los dos se dividiera!
Si no tenéis con qué hacer
la limosna que he pedido,
no importa; que no la pido
por haberla menester,
sino porque mendigar
prometí.

ZARATÁN: ¡Gracias a Dios,
que he visto un mendigo en vos,
que pida sin porfiar!

NUÑO: No sólo no os he de ser
importuno; mas me atrevo
a partir de lo que llevo,
si de ello os queréis valer.

ZARATÁN: ¿De dónde vino a Aragón
tan liberal peregrino?

NUÑO: De la Tierra Santa vino
a visitar al patrón

de España.

ZARATÁN: ¿Sois español?

NUÑO: En el reino donde el pie
estampo agora, gocé
la luz primera del sol;
y despierta esta ocasión
en mí un natural cuidado
de escucharos el estado
de las cosas de Aragón.

ZARATÁN: Todo en discordias se abrasa...
Pero mi dueño es aquél,
y podréis saberlo de él,
porque por sus manos pasa.

NUÑO: ¿Y quién es?

ZARATÁN: Es quien consagra
a la fama en las historias
con su valor mil vitorias;
es Pedro Ruiz de Aragón,
señor de Estela, y señor,
si méritos dan justicia,
del mundo.

NUÑO: Larga noticia
tengo de su gran valor.
Mas mientras llega, decid,
¿quién florece en la opinión
de las armas de Aragón?

ZARATÁN: Sancho Aulaga es nuevo Cid.

NUÑO: (¡Ay, hijo de mis entrañas!) **Aparte**

ZARATÁN: Y es de suerte, que "el valiente"
le llaman públicamente
las gentes propias y extrañas;
y a ser por su nacimiento
más alto, fuera el mayor
de Aragón.

NUÑO: (Vuestro valor **Aparte**
anima, Sancho, mi intento.

Nuño Aulaga, vuestro padre,
hijo, os viene a levantar
hoy al cielo, y a vengar
la afrenta de vuestra madre.)

¿No es hijo ese Sancho Aulaga
de un Nuño Aulaga, a quien muerte,
al lado de Alfonso el fuerte,
dieron los moros en Fraga?

ZARATÁN: Ése mismo.

NUÑO: Y, ¿qué se ha hecho
su madre?

ZARATÁN: Doña Teodora,
madre de Sancho, hasta agora,
por no haberse satisfecho

si su esposo es muerto o no,
seglar vive en un convento,
en cuyo recogimiento
Nuño Aulaga la dejó
cuando a la guerra partía.

NUÑO: (¿Que aún vives, mujer infame? **Aparte**
Querrá el cielo que derrame
tu sangre en venganza mía.)

Sale PEDRO Ruiz, de caza

PEDRO: (El divertirme atormenta **Aparte**
más el alma enamorada,
como la cuerda apartada
vuelve al arco más violenta.)
Zaratán.

ZARATÁN: Señor.
PEDRO: Rendido

de correr dejo el caballo.

ZARATÁN: Mientras voy a paseallo,
quedarás entretenido
con este honrado romero,
que desde la Tierra Santa
mueve la devota planta
a ver al patrón lucero
de Galicia; y yo me obligo
a que te ha de entretener,
porque es viejo sin toser,
y sin porfiar mendigo.

PEDRO: Su aspecto da a su persona
clara recomendación.

Vase ZARATÁN

PEDRO: ¿De dónde sois?

NUÑO: De Aragón
el reino ilustre corona
la ciudad que es patria mía.

PEDRO: ¿Cuánto ha que a Jerusalén
pasastes?

NUÑO: Canas se ven
donde juventud lucía
cuando de aquí me ausenté.
veintiocho inviernos han dado
hielo al río y nieve al prado
después que al Asia pasé.

PEDRO: ¿Luego bien sabréis lo cierto
de una dudosa opinión,

que divulga en Aragón
que está en el Asia encubierto
 el rey don Alonso, aquél
que habrá esos años sitió
a Fraga, y que se perdió
en la batalla crüel
 que tuvo allí con el moro?
Pues como no pareciese
vivo, ni muerto pudiese
hallarse, aunque un gran tesoro
 por él su reino ofreció,
se dijo que despechado,
corrido y avergonzado,
ocultándose, pasó
 a Jerusalén; y es cierto
si esto es verdad, pues ha tanto
que estáis en el suelo santo,
que no se os habrá encubierto.

NUÑO: Yo, señor Pedro Ruiz,
sé del caso la verdad,
porque con su majestad
me hallé en la guerra infeliz
 de Fraga; y si de sabella
os solicita el cuidado,
de esta corona el estado
me decid, en cambio de ella.
 Y no os canséis de que intente
alcanzar este favor,
que de la patria el amor
provoca naturalmente.

PEDRO: Daros ese gusto quiero;
que puesto que me cansara,
a mayor precio comprara
lo que escucharos espero.

Perdido el rey don Alonso,
después de estar desconformes
los grandes, se coronó
su hermano, Ramiro el monje,
que a la sazón era obispo
de Barbastro; y por que estorbe
las discordias de Aragón
con dichosos sucesores,
dispensó, a instancia del reino,
el Pontífice, y casóse
con la hermosa doña Inés,
hermana de Guillén, conde
de Potiers, viéndose junto
en solo un sujeto entonces
ser sacerdote y ser rey,

obispo, casado y monje.
Tuvo una hija heredera,
Petronilla, cuyas dotes,
siendo gloria de Aragón,
son admiración del orbe.
Diola, entre mil pretendientes,
por esposa a Ramón, conde
de Barcelona, y cansado
del tumulto de la corte,
de las armas y los años,
el monje rey, retiróse
a la iglesia de San Pedro
que en Huesca ilustró, con orden
de que a su yerno obedezcan,
sabio, si valiente joven.
Murió Ramiro; y agora,
cuando esperanzas mayores
daba que Alejandro al mundo
Ramón, al pie de los montes
Alpes, pasando a Turín,
de la muerte el fiero golpe
dio, con el fin de su vida,
principio a mil disensiones;
que aunque a su hijo, el mayor
de tres que dejó varones,
la sucesión por derecho
de la corona le toque,
el ser niño y ser su madre
moza y hermosa, corrompe
los ánimos más leales
con diversas pretensiones;
que unos de ambición vencidos,
otros heridos de amores
de la reina, otros leales
a su heredero, se oponen
entre sí, y el reino todo,
partido en bandos discordes,
corre a su fatal rüina
si el cielo no le socorre.
Éste es, en suma, el estado
de Aragón; éste el desorden
que ya ambición y ya amor
engendra en los pechos nobles;
y, ojalá quisiera el cielo
que las nuevas que disponen
darme vuestros labios,
diesen fin a casos tan atroces,
viviendo el anciano Alfonso;
pues aunque su edad estorbe
del brazo los fuertes bríos,

trajera a la obscura noche
de Aragón sol su prudencia,
su valor freno a los nobles,
sus canas respeto, y paz
su amor a estas disensiones.

NUÑO: (La Ocasión me da el cabello.

Aparte

Comiencen mis invenciones;
que si sólo por reinar
hay disculpa en ser traidores,
no es mucho que una corona
y una venganza os provoquen,
Nuño, a mayores engaños,
si los puede haber mayores.
La noticia de secretos
de Alfonso, y de sus facciones
la semejanza, que a muchos
ha engañado, y de los nobles
la división, y de Alfonso
la memoria, ya en los hombres
borrada del tiempo largo,
el efeto me disponen.
Ánimo, pues; que Fortuna
a los osados socorre.)
Gran Pedro Ruiz de Azagra,
si viviera y a la corte
de Aragón volviera Alfonso,
cuando divididos rompen,
a varios fines atentos,
la ley de lealtad los nobles,
no solamente recelo
que no hallara quien apoye
su parte, pero causara
más graves alteraciones.

PEDRO: Engañáisos; que yo solo,
cuando en su defensa tome
las armas, basto a enfrenar
los ánimos más feroces;
y de mi padre heredé
de servirle obligaciones,
que sus mercedes publican
y mi pecho reconoce.

NUÑO: Pues, Azagra, Alfonso vive.

PEDRO: ¿Qué decís?

NUÑO:, Que España esconde
su persona; y si ese brazo
en su favor se dispone,
y me hacéis pleito homenaje
de cumplirlo, os diré dónde.

PEDRO: Veis aquí mis manos. Hago,

*Pone las manos juntas PEDRO Ruíz entre las
de NUÑO*

como caballero noble,
pleito homenaje de ser,
si todo el mundo se opone,
vasallo leal de Alfonso,
y hacer que su reino cobre.

NUÑO: Pues, Pedro, yo soy Alfonso.

PEDRO: ¿Vos?

NUÑO: Yo soy. Si mis facciones
no reconocéis, por ser vos,
Pedro Ruiz, tan joven,
que érades pequeño infante
cuando de estos horizontes
me ausenté, clara probanza
podéis hacer cuando importe;
que ancianos hombres tendrá
el reino que me conocen;
y por agora este sello

Muéstralo

y esta sortija os informen,
testigos que he reservado
para tales ocasiones;
demás que el atrevimiento
de aspirar al regio nombre
es testimonio a quien ceden
las demás informaciones;
pues sólo puede emprender,
con peligro tan enorme,
la locura o la verdad
tan altivas pretensiones.

PEDRO: Ésa es la mayor probanza,
fuera de que los pintores,
que a las injurias del tiempo
y del olvido le oponen
en casi vivos retratos,
casi animados colores
me han informado de vos;
y aunque las canas lo estorben,
en lo demás son las señas
de vuestro rostro conformes;
y no me engañan del alma
los afectos y pasiones,
que alegres naturalmente,
por su rey os reconocen.

Dadme la mano.

Arrodillase. Sale ZARATÁN, al paño

ZARATÁN: ¿Qué miro?

NUÑO: Mis brazos es bien que os honren,
pues de los vuestros espero
que en mi trono me coloquen.

ZARATÁN: (¡Con qué respeto lo abraza!) **Aparte**

NUÑO: Agora resta dar orden
de vencer dificultades
e impedir alteraciones.

PEDRO: En mi tierra habéis de estar
en un castillo, de donde
las voluntades probéis,
conozcáis las intenciones
de los poderosos, antes
que entréis, señor, en la corte;
y dejad a cargo mío
lo demás.

NUÑO: De vuestro nombre
ha de sonar la grandeza
desde el sur a los Triones.
Vos habéis de ser el rey.

PEDRO: Permitidme, pues, que goce
de esta liberalidad;
y pues a quien se dispone
a perder por vos la vida
la podéis dar, no os enoje
que os pida aquí la palabra
de una merced, con que borre
de cuanto espero serviros
las justas obligaciones.

NUÑO: Pedid, pedid, si podéis
pedir a quien reconoce
que debe lo que ha de daros
a esos brazos vencedores.

PEDRO: Vuestra sobrina, señor,
Petronilla, cuyos soles,
cuanto con rayos abrasan,
ilustran con resplandores,
es un adorado Argel,
donde entre mil corazones
soy más que todos cautivo.
Bien sabéis que los señores
de Estela en España toda
superior no reconocen;
porque el servir a los reyes
de Aragón no los depone

de esta honrosa dignidad,
pues el seguir sus pendones
es voluntad, y no fuerza;
y siempre que la revoquen
y que su fuero renuncien,
gozarán sus exenciones.
Hacedme, pues, venturoso
con tan dichosa consorte,
pues con premiar mis servicios
remediaréis mis pasiones.

NUÑO: Si con mi sobrina os diera
la Europa toda por dote,
hiciera acertado empleo
en vos de prendas mayores.
Por mi parte os doy palabra
de que haré cuanto me toque
para que la mano os dé.

PEDRO: Y yo de que vuestro nombre
dilataraé con mis armas
a los confines del orbe.

Sale ZARATÁN

ZARATÁN: Ya el caballo ha descansado,
y presurosa la noche,
corona de negras sombras
las cabezas de los montes.

PEDRO: Tomad, señor, mi caballo;
partamos a Estela.

ZARATÁN: ¿Adónde?

PEDRO: Y en el camino sabré
vuestra historia.

NUÑO: (Pues dispones, **Aparte**
Fortuna, con los osados
ser pródiga de favores,
la más alta hazaña emprendo
que oyeron jamás los hombres.
De vasallo subo a rey;
favorece mis ficciones.

Vase NUÑO

ZARATÁN: ¡Oyan, oyan! ¿Sin hacer
un cumplimiento, se pone
en tu caballo, señor?

Éste, ¿es santo? ¿Es sacerdote?

PEDRO: Zaratán, no es sino el rey
don Alonso; no te asombres.

ZARATÁN: Por Dios, que lo dije luego.
Por adivino me azoten.
¿Mas que don Alonso es éste?
PEDRO: Pues, ¿cómo no le conoces,
si al momento lo dijiste?
ZARATÁN: Porque en su rostro y acciones,
entre el sayal descubría
los reales resplandores.
PEDRO: Dame tu caballo.
ZARATÁN: Y yo,
¿qué haré, señor, que de un golpe
estoy como grulla en vela?
PEDRO: Al fin de este espeso bosque
está un lugar. Allí haré,
Zaratán, que te acomoden.
ZARATÁN: ¿Y de aquí allá cojear?
Con las ancas me socorre

Vase PEDRO Ruíz

del caballo. A esotra puerta.
Ya caminan. ¡Ah, inventores
de la caza! ¿Esto es holgarse?
¿Por qué condenan los hombres
a galeras, si los pueden
condenar a cazadores?

Vase. Salen la REINA Petronilla y don RAMÓN

REINA: Por más, conde don Ramón,
que pretendiendo mi mano,
disculpe el amor tirano
vuestra justa pretensión,
con causa me maravilla
el ver vuestra poca fe.
Si doña Rica, que fue
emperatriz de Castilla,
y por muerte de su esposo
don Alonso, a Zaragoza
vino viuda, hermosa y moza,
espera haceros dichoso
dando efeto al casamiento
que con vos tiene tratado,
¿en qué razón ha fundado
la mudanza vuestro intento?
¿Qué dirá el reino de vos?
¿Qué dirá el mundo de mí,
si a Rica hacemos así

tan clara ofensa los dos?

RAMÓN: Petronilla, más hermosa
que el alba entre nieve y grana,
cuando siembra la mañana
de clavel, jazmin y rosa,
no condenéis rigurosa
a quien vive de amor preso.
Mi disculpa está en mi exceso,
y mi mérito en mi error;
que no es verdadero amor
el que no priva de seso.

Si por las partes hermosas
que en vos mi pecho venera,
animoso no emprendiera
hazañas dificultosas,
¿qué obligaciones forzosas,
qué méritos alegara?
Si en lo que dirán repara
vuestro rigor, no mi amor;
que prenda de tal valor
nunca puede costar cara.

REINA: Esos fundamentos son
en vos, porque amáis, bastantes;
que da ley a los amantes
el amor, no la razón;
pero yo, que sin pasión
lo miro, es bien que resista
a tan injusta conquista,
pues no puede disculparse
el que deja despeñarse
de un ciego, teniendo vista.

Hoy el reino y majestad
renunciar, Conde, pretendo
en mi hijo; y porque entiendo
que causa su tierna edad
discordias, acreditad
vuestro amoroso tormento,
dando favor a mi intento;
o pensaré que nació
de ambición del cetro, y no
de amor, vuestro pensamiento.

RAMÓN: Yo lo haré, si se mejora
con vos así mi partido;
mas no, si habiéndoos servido,
os he de perder, señora;
que mal puede el que os adora
en eso favoreceros,
si por sólo retraeros
del reino queréis privaros,

y ha de ser el ayudaros
instrumento de perders.

REINA: Basta; que no he menester
vuestro favor, don Ramón;
que a mí sola la razón
me basta para vencer.

RAMÓN: Tal vez suele no valer
sin las armas la justicia.

REINA: Advierta vuestra codicia
que, pues la razón me ayuda,
podrá más ella desnuda
que armada vuestra malicia.

Vase

RAMÓN: Mucho puede la ambición
apoderada en mi pecho;
pero mucho, a su despecho,
puede también la razón.
Si no hallo nueva ocasión
que mis intentos abone,
lo que la reina dispone
es forzoso consentir;
que solo no he de impedir
que el príncipe se corone.

Sale el CONDE de Urgel

CONDE: ¡Valeroso don Ramón!

RAMÓN: ¡Famoso conde de Urgel!

CONDE: En la tempestad crüel
que hoy amenaza a Aragón,
admira mi pensamiento
lo que de vos se publica,
y es que de la hermosa Rica
despreciáis el casamiento,
pretendiendo que la mano
os dé la reina. Ambición
contraria a vuestra opinión,
digna sólo de un tirano.

Don Ramón, su esposo, fue
vuestro tío; y es injusto
que a la razón venza el gusto,
y la ambición a la fe.

Mejor será que, cumpliendo
lo concertado, os caséis
con la emperatriz, y deis
favor a lo que pretendo;

pues con mi hijo casada
Petronilla, quedaría,
junta a su fuerza la mía,
la discordia refreriada.

RAMÓN: De lo que decís colijo
que no tanto a esa intención
os obliga mi opinión
como el bien de vuestro hijo.

Mas, ¿cómo, conde de Urgel,
habiendo solicitado,
tan público enamorado,
vuestro hijo Berenguel
a doña Teresa, hermana
del señor de Mompeller,
se muda, y quiere ofender
belleza tan soberana?

CONDE: Ésta es sólo intención mía,
no suya; que es cosa clara
que él por Teresa trocara
del mundo la monarquía.

RAMÓN: Con esa razón no cesa
la culpa; que yo he sabido
que Berenguel ha servido
con gusto vuestro a Teresa.

CONDE: Aunque yo estimé hasta aquí
también sus prendas hermosas,
la mudanza de las cosas
muda parecer en mí.

RAMÓN: Pues si os hace la mudanza
de las cosas que os mudéis,
y si a Teresa ofendéis
por mejorar la esperanza,
¿por qué os causa admiración
que yo, que a la reina adoro
y mi grandeza mejoro,
mude también intención?

CONDE: La diferencia colijo
fácilmente que os advierto;
que vos faltáis a un concierto,
y a una pretensión mi hijo.

Vos ofendéis a Ramón,
vuestro tío; y Berenguel
no puede llamarse infiel
por tan justa pretensión.

RAMÓN: Antes de eso mismo arguyo
mi justicia, porque, ¿quién
puede suceder más bien
a Ramón que un deudo suyo?

Si mi fe no corresponde
a lo que tratado había,

eso está por cuenta mía,
que no por la vuestra, conde.

Y en resolución, ya veo
mi pretensión declarada,
y ha de conseguir la espada
lo que ha emprendido el deseo.

CONDE: Pienso que estáis satisfecho
de lo que puede la mía,
y que está esta nieve fría
en mi rostro, y no en mi pecho.

RAMÓN: Yo os lo confieso y os digo
que no me pesa; que quiero,
ya que desnude el acero,
vencer valiente enemigo.

CONDE: Pues juntad los escuadrones
que os puede dar la Proenza;
que el conde de Urgel comienza
hoy a tremolar pendones.

RAMÓN: Urgel y Aragón empiece,
y el mundo, a armarse también;
que la guerra dirá quién
de Petronilla merece
la soberana beldad.

CONDE: Sí dirá; y a Dios pluguiera
que en vencersos estuviera
el vencer su voluntad.

Vanse. Salen TERESA e INÉS

TERESA: Dejadme de combatir,
olas de mis pensamientos;
que a tormentas de tormentos,
¿qué fuerza ha de resistir?
Pretende don Berenguel
ser mi esposo; no le quiero.
Estáme bien; que heredero
es del condado de Urgel.
En mi amor vive abrasado
Sancho Aulaga; no es mi igual.
Yo le adoro; estáme mal;
que aunque el ser tan gran soldado
le da justa estimación,
le falta la calidad.
¿Qué habéis de hacer, voluntad,
entre amor y obligación?

INÉS: Señora, los nobles pechos
a quien obliga el honor,
han de mostrar su valor
en los difíciles hechos.

De Berenguel la afición
sola merece tu mano.
Vence ese antojo liviano,
que ha de dañar tu opinión.

TERESA: No me atormentes.

INÉS: Teresa,

lo que te importa te digo.

(Por tus dádivas me obligo **Aparte**
a tan difícil empresa,

don Berenguel; y a tu intento
la has de ver al fin rendida,
aunque me cueste la vida
tan justo agradecimiento.)

Sale SANCHO Aulaga

SANCHO: Dulce enemiga mía,
más que crüel, hermosa,
emulación dichosa
del claro autor del día,
en cuya gran belleza
a sí misma venció naturaleza.

¿Es el ser inhumana
condición de divina?
¿Qué espíritu encamina
un alma tan tirana,
que igualmente procura
ser monstro de crueldad y de hermosura?

Adorar tu belleza,
¿es delito contigo?
Teresa, ¿qué castigo
previene tu dureza
a quien te aborreciere,
si le da tan crüel a quien te quiere?

De tus amantes quiero,
no los de ti contados,
mas de los olvidados,
contarme yo el postrero.
No te pese que sobre
entre el oro bermejo el pardo cobre.

TERESA: Sancho, las ocasiones
y causas diferentes,
según los accidentes
producen las acciones.
No siempre la esquivaza
nace de ingratitud y de dureza;
no siempre rinde fruto
el árbol cultivado,
ni siempre al mar hinchado
la fuente igual tributo,
por varios accidentes,

sin ser ingratos árboles ni fuentes.

¿Por qué me consideras
de tu amor ofendida,
si no arroja, perdida,
en las fieras más fieras
una flecha el dios ciego,
si el más duro metal ablanda el fuego?

De mi rigor aplica
a otra causa el efeto,
puesto que en un sujeto
contradicción no implica
tener correspondencia
y hacer a los intentos resistencia.

SANCHO: Si méritos procura
iguales tu persona,
Teresa, no hay corona
digna de tu hermosura;
si amarte ha de vencerte,
no tira flecha Amor que no me acierte.

Mas pues que ya te he oído
que a agradecer te obligas,
favor es que lo digas;
y aunque lo hayas fingido,
agradezco el engaño;
que es señal de desprecio el desengaño.

Con esto, ángel que adoro,
queda mi amor pagado.

TERESA: ¡Qué humilde enamorado!

SANCHO: ¡Qué debido decoro
a tu merecimiento!

Sólo con que me engañes me contento.

TERESA: ¡Qué cuerdamente obligas!

SANCHO: ¡Qué dulcemente matas!

TERESA: ¿De engañosa me tratas?

Bien mi rigor castigas.

SANCHO: Tan alta te imagino,
que pienso que aun de engaños no soy dino.

TERESA: Bien dices lo que sientes.

SANCHO: Bien siento lo que digo.

TERESA: (¡Ay, que luchan conmigo **Aparte**
impulsos diferentes
y en poner se desvela
freno el honor, donde el amor espuela!)

Mas ya, Sancho, pregona
en palacio el rüido
que el reino, prevenido
a darle la corona
al príncipe, se altera;
y yo soy de la reina camarera.

Adiós; que acompañalla

es fuerza.

SANCHO: Y lo es seguiros
con ansias y suspiros.

TERESA: (¡Triste de quien se halla **Aparte**
puesto al cuello el cuchillo,
y ni puede quejarse ni sufrillo!)

Vanse TERESA e INÉS

SANCHO: Mi sangre, no tan clara
como la tuya, creo
que enfrena tu deseo.
Hidalgo soy. Repara
que aunque soy escudero,
tengo valor con que ilustrarme espero.
Sancho Aulaga el valiente
me apellida la fama;
mi madre es noble rama,
de Laras descendiente;
mi padre, Nuño Aulaga,
murió al lado de Alfonso en lo de Fraga.
¿Quién, pues, fueron autores
de las casas que hoy mira
el sol en cuanto gira
llenas de resplandores,
sino los claros hechos
de sus primeros valerosos pechos?

*Salen la REINA, BERENGUEL, el CONDE de Urgel, BERMUDO, don RAMÓN,
el señor de MOMPPELLER, el PRÍNCIPE niño,
TERESA, teniendo la falda a la REINA, INÉS, y
ACOMPAÑAMIENTO. Siéntanse en el trono la
REINA a la derecha, y el PRÍNCIPE a la izquierda. Habla
BERENGUEL aparte INÉS*

BERENGUEL: Inés, en tu confianza
vive sólo mi afición.

INÉS: Cumpliré mi obligación,
y lograrás tu esperanza,
aunque me cueste la vida.

BERENGUEL: A mí me la das con eso.

INÉS: Obligada me confieso,
y he de ser agradecida.

REINA: Caballeros de Aragón,
gloria y honor de la Europa,
cuya fama atemoriza
las regiones más remotas;

hoy la majestad renuncio,
porque a la quietud importa
del reino, en mi hijo Alfonso,
sucesor de esta corona.

Pues que la sangre os obliga
y la lealtad os exhorta,
mostradlo en ser de mi parte
en una acción tan heroica.
Por ser Alfonso tan niño,
nadie a mi intento se oponga;
que al fin es varón, y rige
mejor el cetro la sombra
de un varón que una mujer;
cuanto más, que el reino goza
de consejeros prudentes
que asistan a su persona.

CONDE: La corona sí y el reino
podéis renunciar, señora;
mas no el gobierno, que a mí
por tantas causas me toca.

RAMÓN: Si alguno ha de gobernar,
¿quién habrá que se me oponga,
pues el ser quien soy y el ser
primo de Alfonso me abona?

BERMUDO: ¿Qué litigáis, si en Bermudo
el gobierno se mejora,
pues del difunto Ramón,
fui yo la privanza toda,
y los negocios traté
del reino, a quien más importa
quien sepa ya las materias,
que quien las aprenda agora?

MOMPELLER: Lo que propone mi padre
defenderá mi persona.
Señor soy de Mompeller,
y harán mis armas notoria
su justicia.

RAMÓN: Ya las mías
sus estandartes arbolan.

BERMUDO: El valor dará el derecho,
y el gobierno la vitoria.

REINA: ¿Qué gastáis en disensiones
el tiempo, si a mí me toca
el gobierno, pues de Alfonso
soy legítima tutora?

PRÍNCIPE: Esto es justicia. Ninguno
se atreva a mover discordias
por ser mi madre mujer
y por ser mi edad tan poca;
que soy el rey, y por vida

de la reina, mi señora,
que la cabeza a los pies
a quien replique le ponga.

CONDE: Sois niño, Alfonso.

RAMÓN: Las fuerzas
vuestras son, príncipe, cortas
para cortar mi cabeza.

BERENGUEL: Vos ignoráis, mas no ignora
las hazañas de Bermudo
la fama que las pregona.

SANCHO: (¡Ah! ¡No fuera igual mi estado **Aparte**
con el valor que me informa,
para poder responder
a tanta arrogancia loca!)

PRÍNCIPE: Niño soy; mas de mi padre
soy una animada copia,
y para empresas mayores
valor y fuerzas me sobran.

SANCHO: (Eso si. Mostrad, Alfonso, **Aparte**
la majestad española;
poned las palabras vos,
y remitidme las obras.)

Sale PEDRO Ruíz

PEDRO: Reina, príncipe, damas, caballeros,
soldados, cortesanos, ciudad, plebe,
la nueva más feliz vengo a traeros
de cuantas Aragón al tiempo debe.
Sosegad los espíritus guerreros;
que el cielo ya, que a compasión se mueve
de la discordia que de paz os priva,
por mí os presenta el ramo de la oliva.

El rey Alfonso el bueno, el sabio, el fuerte,
de quien en Fraga el reino agradecido
triste lloró la mentirosa muerte
--pues no fue muerto allí, si fue perdido--
es hoy por la piedad de nuestra suerte
al suelo de Aragón restituido;
sol, que a la noche de discordias tales,
de paz induce rayos celestiales.

Yo le vi por mis ojos, yo la mano
le besé; y aunque a mí no me he creído,
por ser tan mozo, de uno y otro anciano
de nuestra patria es ya reconocido.
Oculto tanto tiempo en el asiano
imperio estuvo, sin razón corrido
de lo de Fraga, sin mirar que parte
con la Fortuna las vitorias Marte.

Pero de haber por sí determinado
contra el voto del reino aquella empresa
y ser vencido, estando acostumbrado
a veinte y seis victorias, se confiesa
corrido tanto el rey, que despechado,
hasta el imperio cuyas plantas besa
el undoso Jordán corrió tan solo,
que aun a los ojos se negó de Apolo.

Él, pues, ha vuelto, si decirse puede
que ha vuelto aquél que Dios nos ha traído;
aquél por quien el cielo le concede
concordia al reino, en bandos dividido.
Y, pues él vivo no es razón que herede
su alteza el cetro, no ha de ser ungido
rey; a besar de Alfonso las reales
manos venid los que le sois leales.

REINA: ¿Qué nueva disensión, qué nueva guerra,
con máscara de paz y justo celo,
movéis, Azagra, y alteráis la tierra,
para irritar la indignación del cielo?
¿Alfonso vive? ¿Alfonso, a quien encierra,
muerto a lanzadas, el morisco suelo?
¿No lo dijeron lenguas, cuyos ojos
vieron triunfar la muerte en sus despojos?
Si no se halló el cadáver, ¿no fue cierto
que lo causó la copia innumerable
del escuadrón en la batalla muerto,
tragedia por mil siglos miserable?
¿Por qué, pues, en favor del vulgo incierto
acreditáis engaño tan culpable,
y por vengar un sentimiento vano,
a un traidor no dudáis besar la mano?

Vase PEDRO Ruíz

Pero no importa, no; el príncipe tiene
nobles amigos, deudos y aliados,
cuyo poder, cuyo valor enfrene
soberbios pechos, cuellos no domados.
¡Ea, conde don Ramón, no os enajene
de imitar vuestros inclitos pasados
de una venganza vil la ciega furia!
¡De Alfonso primo sois, vuestra es la injuria!

RAMÓN: Petronilla, viviendo vuestro tío,
que, pues lo afirma Azagra, es caso llano,
suyo es el reino, y no es agravio mío
besar a un rey legítimo la mano.

Vase

REINA: Noble conde de Urgel, de vos confío,
y de don Berenguel, que al vil tirano
castiguéis este engaño con la muerte.

CONDE: De esta corona es dueño Alfonso el fuerte;
yo soy su amigo, y tiene averiguado
que vive, Azagra, principal testigo;
y vos no me tenéis tan obligado,
que me oponga por vos a tal amigo.

Vase

BERENGUEL: A hacer lo que mi padre soy forzado.
Perdonadme, señora, si le sigo.

Vase

REINA: En vos, Bermudo, pongo mi esperanza.
BERMUDO: Y fui del fuerte Alfonso la privanza;
si, como afirma Azagra, y yo no dudo,
no es muerto, ya veréis a qué me obliga.

Vase

REINA: ¡Señor de Mompeller!
MOMPELLER: A don Bermudo,
que el ser me dio, señora, es ley que siga.

Vase, y síguele el acompañamiento

TERESA: ¡Padre, hermano, escuchadme!

REINA: ¿Tanto pudo
tan clara falsedad, suerte enemiga,
que quieran más los nobles a un tirano
que a un legítimo rey besar la mano?
Vos solo, Sancho Aulaga, habéis quedado;
ya sólo en vos se funda mi esperanza,
y bien me puede dar tan gran soldado
del vitorioso efeto confianza.

SANCHO: Si los nobles del reino os han faltado,
si os aflige, señora, su mudanza,
a mí me alegra; que mostrarles quiero
que os basta sin los suyos este acero.
Nombradme general, y suene Marte
el ronco parche y el clarín bastardo;

que presto adorará vuestro estandarte
el contrario más fuerte y más gallardo.

REINA: Un bastón me traed.

TERESA: Yo quiero darte,
si vuelves vitorioso, como aguardo,
de que tuya seré palabra y mano,
aunque pese a mi padre y a mi hermano.

SANCHO: Con dicha igual, del alba al occidente,
es la conquista fácil a mi acero.

REINA: El bastón recibid, Juntad mi gente,

Dásele

y partid; que triunfante ya os espero.

Vase

PRÍNCIPE: Abrazadme y partid, Sancho el valiente.

SANCHO: Besar humilde vuestras plantas quiero.
Prospera el cielo esa real persona.

PRÍNCIPE: De vuestra mano espero la corona.

Vase

TERESA: Sancho, el vencerme está en esta vitoria.

SANCHO: Y el vencer en vencer vuestra esquiveza.

TERESA: Adiós.

SANCHO: Dadme una prenda, cuya gloria
me dé valor y aumente fortaleza.

TERESA: De mi palabra os doy esta memoria.

Dale una banda

SANCHO: Con tal favor traeros la cabeza
prometo del fingido rey tirano,

Señala la mano izquierda y la derecha

en ésta, antes de daros esta mano.

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen NUÑO y ZARATÁN

NUÑO: ¿Que viene por general
 Sancho Aulaga contra mi?

ZARATÁN: La fama lo cuenta así.

NUÑO: (¿Quién vio confusión igual? **Aparte**
 ¿Mi hijo es contrario mío?
 A solas me importa hablarle;
 que para desengañarle
 aun de él mismo no me fío.)

ZARATÁN: Dicen que a la reina bella
 tu cabeza prometió,
 y a no defenderte yo,
 no diera un cuatrín por ella;
 fuera de que, a persuasión
 de mi dueño, a que los mandes
 vienen del reino los grandes
 todos a tu devoción,
 y obligados se confiesan
 tanto como agradecidos,
 pues los bandos encendidos
 con haberte hallado cesan;
 que para hacerse crüel
 guerra, juntaban sus gentes
 ya los dos condes valientes
 de la Proenza y de Urgel.
 Con estas nuevas, señor,
 Pedro de Azagra me envía
 a hacer la ventura mía
 con tus albricias mayor.

NUÑO: Yo te las prometo dar
 tan cumplidas, si me veo
 como en mi reino deseo,
 que a todos des qué envidiar;
 que agora bien podrás ver
 cuán pobre estoy.

ZARATÁN: ¡Triste yo,
 ¿No sabes cómo pintó
 cierto Apeles al poder?

NUÑO: ¿Cómo?

ZARATÁN: Pintólo poniendo
 sobre una rueda, cercado
 de gente, un rey coronado,

y luego escribió, queriendo
la gran distancia argüir
que hay del decir al hacer,
en la boca, prometer
y en el cerebro, cumplir.

NUÑO: No puede faltar un rey
a su palabra.

ZARATÁN: A lo menos
debes mirar que en los buenos,
señor, la palabra es ley;
y en diciendo un "yo lo haré"
aun entre gente que sea
muy común, es cosa fea
faltar la palabra y fe.

Mas ya también ha llegado
mi señor; que era mi posta
tan lerda, larga y angosta,
que por más que he procurado
picar, fue vano trabajo,
porque mis pies no la hallaban,
y uno a otro se picaban
mis talones por debajo.

*Salen PEDRO Ruiz, el CONDE de Urgel, BERMUDO, don
RAMÓN, y el señor de MOMPPELLER, todos de camino*

PEDRO: Deme vuestra majestad
la mano.

NUÑO: Tan bien llegado
seáis como deseado
habéis sido. ¡Levantad!

CONDE: En fe de lo que escuché
a Pedro Ruiz, creí
que sois Alfonso, y ya en mi
es evidencia la fe.

El conde de Urgel, señor,
que os conoció, os reconoce.

BERMUDO: El cielo quiere que goce
otra vez de vuestro amor,
Bermudo, vuestro privado,
que agradecido y leal,
tuvo de ese original
vivo en el alma el traslado.

RAMÓN: Don Ramón, señor, el conde
de la Proenza, a pediros
llega los pies; que en serviros
a su sangre corresponde.

NUÑO: ¡Levantad, conde de Urgel!
¡Don Bermudo, conde, alzad!

- CONDE: La mano también le dad,
señor, a don Berenguel,
mi hijo.
- BERMUDO: También la besa
el señor de Mompeller,
vuestro vasallo, que ser
mi sangre en esto confiesa.
- NUÑO: A todos mis brazos doy
con el alma, caballeros;
que me alegra tanto el veros
cuanto obligado os estoy.
¿Cómo queda mi sobrina?
- PEDRO: Con salud, señor, y hermosa;
mas contra vos rigurosa
de suerte, que ya camina
con un lucido escuadrón
su general Sancho Aulaga.
- NUÑO: No perdí el valor en Fraga,
aunque perdí la opinión.
- BERMUDO: Constante está en que perdistes
la vida allí.
- NUÑO: Si a vencella
no sois bastantes con ella
los que ya me conocistes,
de mi verdad mis hazañas
testimonio le darán.
- BERMUDO: Yo pienso que dejarán
las gentes propias y extrañas
las armas, si la opinión
llega, señor, a su oído
de que os han reconocido
los que respeta Aragón.
- NUÑO: Con ese fin es mi intento
a Sancho Aulaga escribir;
que quisiera no venir,
si es posible, a rompimiento;
que son al fin mis vasallos
los que tengo de vencer
y todos habéis de hacer
lo mismo, para obligallos
a reducirse, escribiendo
a los hombres principales
y a todos los oficiales
del campo; pues en sabiendo
que me habéis reconocido,
con tan clara información
luego de todo Aragón
he de ser obedecido.
- BERMUDO: Es sin duda.
- NUÑO: Pues entrad

a descansar y escribir;
que importa, para impedir
los daños, la brevedad.

BERMUDO: Obedeceros es ley.

PEDRO: Vamos, pues.

RAMÓN: Cuando no hubiera
otra probanza, creyera
por su piedad que es el rey.

BERMUDO: Y en la majestad así
lo muestra.

MOMPELLER: Forzoso es dar
luz el sol.

BERMUDO: No hay que dudar;
conózcolo como a mí.

NUÑO: Id, Zaratán, mientras hago
el despacho, a descansar;
que vos lo habéis de llevar.

ZARATÁN: Bien de contado te pago
de tu promesa el escote.
¡Plega a Dios que por bien sea,
y que al cumplillo, no lea
el rétulo del cogote!

Vanse. Sale SANCHO, abriendo un pliego y SOLDADOS

SANCHO: ¡Hagan alto!

SOLDADOS: ¡Hagan alto!

¡Pase la palabra!

SANCHO: Amigos,
cerca están los enemigos.
Descansad; no cojan falta
de fuerza nuestro escuadrón,
fatigado de marchar,
en que estriba el acabar
las discordias de Aragón.

Lee cartas

Ésta es de doña Teresa.
¡Ah, cielo! ¿Que merecí
que se acordase de mí?
Con tanto favor, ¿qué empresa
no acabaré, satisfecho
de mi venturosa suerte,
llevando contra la muerte
este papel en mi pecho?

Lee

"La Reina mi señora me mandó que os escribiese ratificando mi promesa, y os aseguro que me leyó el corazón de suerte, que en lo contrario no la obedeciera. No es mi intento agraviar vuestro valor con animaros, sino lisonjear vuestra ausencia con escribiros; si bien, como el deseo duda lo más seguro, el mio de efectuar el concierto es tanto, que llega a injuriar vuestro esfuerzo, temiendo que no cumpláis la condición, pues ya no cuido más, por el bien de la reina mi señora, de ver la cabeza de nuestro enemigo en vuestras manos, que por daros la mía.--Doña Teresa."

¡Oh, letras, que del pincel de un ángel fuistes formadas!
¡Vivid, vivid trasladadas al corazón, del papel!

La condición cumpliré;
la cabeza del tirano,
mi bien, te dará mi mano,
o la tuya perderé.

Lee

"Hijo, la importancia de la facción que os han encargado no es para fiarla sólo del poder humano; y aunque ni yo entiendo, ni Dios quiera que sea menester advertiros que recurráis al divino, el amor me obliga a hacerlo y animaros con que sepáis que en este convento no cesarán las rogativas mientras no cesare la guerra. Dios os traiga vencedor.-Vuestra madre, Doña Teodora de Lara."

Sale ZARATÁN, con botas y espuelas

ZARATÁN: Gran general, celebrado
en cuanto alumbró el lucero,
por indigno mensajero
vengo del resucitado.
Este pliego es para ti.

SANCHO: ¿Hasle visto?
ZARATÁN: Cuando vino
 en traje de peregrino,
 fui el primero que le vi.
SANCHO: Y, ¿qué te parece?
ZARATÁN: Nada.
SANCHO: No temas, dilo.
ZAPUTÁN: Que admira
 su presencia, y si es mentira,
 está, por Dios, bien trovada.
 Ya los grandes de Aragón
 le han reconocido, y creo
 que te escriben con deseo
 de que mudes intención,
 o a lo menos de que hablarte
 dejes de Alfonso, primero
 que en la batalla el acero
 ensangrientado airado Marte.
SANCHO: ¿A un traidor, necio, te atreves
 a nombrar Alfonso aquí?
 Si para nombrarlo así
 otra vez los labios mueves,
 --¡vive Dios--que en un madero
 te haga poner por traidor,
 sin que estorben mi rigor
 las leyes de mensajero!
ZARATÁN: ¡Mal haya mi boca, amén,
 que tal dijo! ¿Por ventura
 quien lo nombra así asegura
 que es rey de Aragón también?
SANCHO: ¿Que quiere el traidor hablarme?
 Sin duda engañarme entiende
 a mí también, o pretende
 con mercedes obligarme.
 Pues aunque es notorio error
 no negarles al encanto
 los oídos, fío tanto
 de mi lealtad y valor,
 que no sólo le he de oír,
 mas disuadirle su engaño;
 que también pretendo el daño
 de la batalla impedir,
 al reino todo molesta.
 A leer y responder voy;
 que al punto has de volver,
 Zaratán, con la respuesta.
ZARATÁN: Pues hablarle determinas,
 escribirle es excusado;
 que él, por verte, acelerado
 pisa las tierras vecinas.

Vase SANCHO

ZARATÁN: ¡Qué cerca del sacrificio
 me he visto! ¿Aulaga sois vos?
 Diablo sois. Líbreme Dios
 de un ruín puesto en oficio.
 Juntó cortes el león,
 estando enfermo una vez,
 para elegir un jüez
 a quien la juridición
 de sus reinos encargase.
 Los animales, atento
 a que es tan manso el jumento,
 pidieron que él gobernase.
 Tomó, al fin, la posesión;
 y por darle autoridad,
 junto con la potestad,
 sus uñas le dio el león.
 Parabién le vino a dar
 luego con grande alegría
 un rocín, que ser solía
 su amigo; y él, por usar
 del poder, dos uñaradas
 le dio al amigo inocente;
 y viéndose injustamente
 las carnes acribilladas,
 dijo llorando el rocín,
 "No tienes tú culpa, no,
 sino quien uñas le dio
 a un animal tan ruín."
 El león, airado y fiero,
 le quitó con el oficio
 las uñas, y al ejercicio
 le hizo volver de arriero.
 Pues, hombre que oficio empuñas,
 sabe templado ejercerlo,
 pues a tantos, por no hacerlo,
 has visto quitar las uñas.

*Vanse. Salen el CONDE de Urgel, BERMUDO, PEDRO
Ruiz, BERENGUEL, don RAMÓN, el señor de MOMPPELLER y
NUÑO, en cuerpo, con bastón*

CONDE: Señor, de mi parecer,
 pues se acerca temerario
 y presuroso el contrario
 es acierto recoger

vuestro campo a ese castillo,
 cuyo fuerte es tan seguro.
 Gaste su fuerza en el muro,
 y cáñese en combatillo.

BERMUDO: El mismo consejo sigo.

PEDRO: Otra sentencia es la mía,
 porque es mostrar cobardía
 y animar al enemigo.

RAMÓN: Prosigue en marchar, señor;
 que pues él viene a buscarte,
 el buscarlo tú ha de darte
 a ti opinión y a él temor.

NUÑO: Yo estoy cierto, caballeros,
 de que en llegándome a ver
 con Sancho, le he de vencer
 sin desnudar los aceros;
 fuera de que la probanza
 que en vuestras cartas verá
 el ejército, me da
 esa misma confianza:
 y así, no quiero mostrar
 cobardía en retirarme;
 que hacerlo, fuera indiciarme
 de culpado, y esforzar
 su mal fundada opinión.
 Buscarle es mejor intento,
 pues es el atrevimiento
 tan hijo de la razón.

*Sale ZARATÁN, con un
 pliego*

ZARATÁN: ¡Gracias a Dios que me veo
 de tu grandeza amparado!
 Y agradece este cuidado
 más al temor que al deseo.

*Da cartas al CONDE de Urgel, BERMUDO y don
 RAMÓN, y ellos leen*

 Aulaga responde en éstas
 a los tres; de los demás
 oficiales, Barrabás
 aguardara las respuestas;
 que en sabiendo vuestro intento
 el general, imagino
 que el mensajero en un pino
 fuera lisonja del viento.

 A ti no escribe, señor;
 que, como pides, a hablarte

se allana, por obligarte,
a desistir de tu error.

Lee

BERMUDO: "Yo sirvo como leal
a quien me ha dado el bastón,
y a quien sé que de Aragón
es señora natural.
Sancho Aulaga." Esto es, en suma,
lo que me responde aquí.
CONDE: Lo mismo me escribe a mi
RAMÓN: Y aquí trasladó la pluma
también las mismas razones.
NUÑO: A reducirle me obligo
en llegando a hablar conmigo.
Pero ya de sus pendones
se forma una selva inquieta
en el collado vecino.
PEDRO: Y de su campo imagino
que a hablarte viene un trompeta.

Sale un TROMPETA

TROMPETA: ¿Quién es aquí el que se llama
Alfonso, rey de Aragón?
PEDRO: ¿No lo publica el bastón,
cuando lo calle la fama?
TROMPETA: Sancho Aulaga, el general,
dice que un puesto señales,
donde entre los dos reales,
solos, en distancia igual
os podáis los dos hablar.
NUÑO: A la orilla de esa fuente
que de cristal transparente
tributaria corre al mar,
decid que solo le espero.
Al cuerpo del escuadrón
os retirad.
PEDRO: Aragón
con esto envaina el acero.

Vanse los señores y el TROMPETA

ZARATÁN: ¡Plega a Dios! Que es el vivir
linda joya, y barbarismo
buscarse un hombre a sí mismo

aderezos de morir;
que sin la guerra hay contrarios
para quien morir desea,
pues hay melón y lamprea,
mujeres y boticarios.

Vase

NUÑO: Ya viene Sancho. Deseo
que reste en ventura igual,
pues le veo general,
y rey de Aragón me veo;
y aunque venga a ver perdido
el bien que llevo a tener,
no puedo al menos perder
el bien de haberlo tenido.

Sale SANCHO Aulaga, en cuerpo, con bastón

SANCHO: Guárdete Dios; que aunque seas
fingido rey, en efeto,
para hablarte con respeto,
basta que el nombre poseas.
Esto supuesto, y que fío
que ni podrás engañarme,
ni con dones obligarme
a que del intento mío
desista, te vengo a oír.
Abrevia, pues; que a su Alteza
le prometí tu cabeza,
y hoy lo pretendo cumplir.

NUÑO: Engañado, Sancho, estás;
que a ti con desengañarte,
espero más obligarte
que engañando a los demás.
¡Ay, Sancho! ¡Quién no tuviera
de los campos enemigos
tantos ojos por testigos,
porque abrazarte pudiera
mil veces, hasta que el pecho,
de la sed y la impaciencia
de tan dilatada ausencia,
llegase a estar satisfecho!
No soy el rey, Sancho, no;
tu padre sí, Nuño Aulaga,
que en la batalla de Fraga
lloraste muerto, soy yo.

SANCHO: ¿Qué? ¿Qué dices?

NUÑO: No te alteres.
Mis casos, y la ocasión
escucha de mi intención.

SANCHO: Sin duda engañarme quieres
con el mismo desengaño.
¿Tú mi padre? ¿Mi valor
pudo engendrar un traidor
a su rey?

NUÑO: ¡Qué ciego engaño!
Si es lícito por reinar
ser traidor, ¿quién lo emprendiera
sino el que un hijo pudiera
de tal valor engendrar?
Por lo que te importa a ti,
atención sólo te pido,
y después de haberme oído,
haz lo que quisieres.

SANCHO: Di.

NUÑO: Doña Teodora de Lara,
si muy noble, bella mucho,
cautivó mis pensamientos
en mis juveniles lustros.
Cegóme el amor de suerte,
que no reparara el gusto
en los públicos defetos,
cuanto más en los ocultos.
No la igualaba mi sangre;
que aunque de hidalgo presumo,
dista un hidalgo escudero
de un hidalgo señor, mucho,
y ella era sangre de Laras;
pero mi riqueza supo
y mi industria conformar
con mis intentos los suyos.
Diome, al fin, la blanca mano;
y cuando el silencio obscuro
de la noche de mis bodas
invidiar mis dichas pudo,
a lastimarse empezó
de que cayese en un punto
desde las glorias de un cielo
a un infierno de disgustos,
pues conocí... ¡Qué vergüenza!
Aunque decirlo rehuso,
por ser importante al caso
a mi pesar lo descubro.
Conocí, al fin, en Teodora
de su honor perdido el hurto,
y que no era yo el primero

que amor en sus brazos puso.
¡Qué venganzas impacientes,
qué reportados discursos,
júzgalo tú, me tendrían
ya resuelto, ya confuso!
Al fin, por no publicar
mis afrentas, disimulo,
poniéndome el honor mismo
espuela y freno en un punto.
No por esto a perdonar,
sí a dilatar, me reduzgo
para mejor ocasión
la venganza que procuro.
El receloso cuidado
los ojos de Argos me puso,
aunque para ver mi ofensa
menester no fueron muchos.
Pues aun no el curioso examen
empecé, cuando descubro
que antes de darme la mano,
gozó de su amor el fruto
ése, que del rey privado
era entonces, don Bermudo,
padre del de Mompeller.
Vine al fin a hallarlos juntos
dentro de mi propia casa;
y aunque no en el acto injusto,
por los amores pasados
la presente ofensa juzgo;
y así, desnudé la espada
celoso; pero no pudo
la razón contra el poder,
contra muchos brazos uno.
Libróse al fin, y libróla,
y en un convento la puso.
Yo, que con el alboroto
vi publicarse en el vulgo
mi afrenta, pues aunque allí
no cometiese Bermudo
adulterio, la opinión
es del honor el verdugo;
como de su gran poder,
y el poco que tengo, arguyo
imposible la venganza,
cuanto despechado mudo,
a servir a Alfonso el fuerte
partí a la guerra que tuvo
en Fraga, sangrienta causa
de sus funerales lutos;
pues cuando se vio cercado,

con pocos hombres, de muchos,
las armas y sobrevista,
por pelear más seguro,
trocó su alteza conmigo;
mas no por esto al membrudo
brazo de un valiente moro
dejó de quedar difunto.
Yo, que rendido le veo,
en vano al socorro acudo;
y así le dieron mis brazos,
en vez de ayuda, sepulcro.
La real sortija y sello
le quité, y el golpe duro
de la muerte en un pegaso,
cuyos pies son alas, huyo;
que de esto y llevar sus armas,
su sobrevista y escudo,
y ser en el rostro y talle
un vivo traslado suyo
nació la opinión que aun hoy
afirma que no es difunto.
Yo, pues, aunque entonces
ya la nueva a la fama escucho
que tú, de quien a Teodora
dejé preñada, del mundo
la luz hermosa gozabas,
remotas regiones busco;
que me desterró mi afrenta,
más que tu amor me detuvo.
Al Asia paso, y el nombre
junto con la tierra mudo;
todo por trazar mejor
la venganza que procuro;
y agora, que de los años
me asegura el largo curso
el efeto de este intento,
y que del esfuerzo tuyo
las nuevas determinaron
mis vengativos impulsos;
viendo en mí de Alfonso el fuerte
tan verdadero transunto,
que a cuantos le conocieron
engañar mil veces pudo,
vuelvo a Aragón a emprender
el engaño que ejecuto,
cuyo buen fin la Fortuna
con discordias me dispuso.
Los más grandes de este reino
lo han creído ya, y por puntos,
cuantos lugares visito,

a mi obediencia reduzgo.
Hijo, lo más está hecho;
el provecho, Sancho, es tuyo.
A honrarte y vengarme aspiro;
poderoso es don Bermudo;
menos que por este medio
mi venganza no aseguro.
Tu amor y mi agravio han sido
de mi lealtad los verdugos;
mas mira si te es forzoso
ayudarlos, pues el uno
me obliga a justa venganza,
y soy tu padre, y te cupo
tanta parte de mi afrenta;
y por el otro procuro
acrecentarte hasta verte
rey de Aragón y del mundo.

Apartándose SANCHO de NUÑO

SANCHO: (¡Válgame Dios! ¿Es posible
que no es sueño lo que escucho?
¿Es verdad, sagrados cielos,
que es éste mi padre Nuño?
Mas, ¡ay de mí!, siendo yo
tan desdichado, ¿qué dudo?
¿Cómo desventuras tales
en mi suerte dificulto?
¿A quién la Fortuna airada,
sino a Sancho Aulaga, pudo
combatir con tantos vientos,
tan contrarios y confusos?
"Mi padre, su agravio, un reino,"
dicen bramando los unos;
"Mi palabra, mi lealtad,
mi obligación," los segundos.
Mi amor, que adoro a Teresa;
y mi honor, que el padre suyo
me pague de mi opinión,
muriendo, el agravio injusto.
Amor, que ya está el agravio
con el largo tiempo oculto,
y honor, que borrar la afrenta
sola la venganza pudo.
Temo que descubra el tiempo
que es éste mi padre Nuño;
mas el amor paternal,
la venganza y reino juntos

Aparte

dicen que mucho no alcanza
el que no aventura mucho.
Mas, ¿qué es esto? ¿Dónde vuelas,
precipitado discurso?
¿Reino dije? En mi lealtad,
¿cómo es posible que cupo
ni aun el primer movimiento
de tan detestable insulto?
Mas si ya cayó en mi padre
la mancha infame, ¿qué mucho
que peque la sangre mía
de los humores que tuvo
aquel de quien la heredé?
Mas no, Sancho, no disculpo
por la inclinación el yerro.
La sangre inclinaros pudo;
mas sobre ella al albedrío
dio el cielo imperio absoluto.
Ceda a la ley la ambición,
lo provechoso a lo justo;
sed leal; que si primero,
cuando mi pecho no supo
si era Alfonso el fuerte o no
el que a la reina se opuso,
estábades en servirla
tan firme, ya que no dudo
que se le opone un traidor,
y que es Alfonso difunto,
mi obligación se acrecienta,
sin que lo estorbe ser Nuño
mi padre; que así la ley
justamente lo dispuso.
Si es mucho lo que ganaba
siendo traidor, de eso arguyo
mi valor; que ser leal
perdiendo poco, no es mucho.
Si ser por reinar traidor
dijo que es lícito alguno,
fue cuando la tiranía
daba los cetros del mundo;
fue cuando idólatras pechos
no temieron ser perjuros;
fue cuando el vasallo al rey
natural amor no tuvo;
mas hoy, que la sucesión
les da derecho tan justo;
hoy, que el amor se deriva,
por legítimo transcurso,
de los padres a los hijos;
hoy, que del cristiano yugo

a cumplir los juramentos
obligan los estatutos,
¿cómo por reinar podrá
decir que es lícito alguno
ser traidor, sino quien tenga,
lejos del cristiano culto,
mucha ambición, poca ley,
sangre vil y pecho bruto?)

NUÑO: ¿Qué dudas? ¿Qué te suspendes?

SANCHO: Después de varios discursos
vengo a resolver que tú
es imposible ser Nuño.
Engaños son que fabricas;
porque quien tal hijo tuvo
como yo, incurrir en culpa
de infame traición no pudo,
ni ser liviana mi madre,
ni dado que del conyugio
la ley violase, dejara
de matar a don Bermudo
mi padre entonces, si fuera
rey del Ganges al Danubio;
y así, no sólo de intento,
por lo que has dicho, no mudo,
pero estoy en él más firme,
pues a ti mismo te escucho
que no eres Alfonso el fuerte;
con que ya del todo juzgo
sin escrúpulo mi intento,
y el de la reina más justo.

NUÑO: ¡Hijo...!

SANCHO: ¡No me llames hijo!

NUÑO: ¡Vive Dios, si no reduzgo
tu proterva obstinación,
que para castigo tuyo
he de publicar yo mismo
que soy yo tu padre Nuño!
La liviandad de Teodora
sabrá de mi boca el mundo,
por que así, muriendo yo
a las manos de un verdugo,
por padre y por madre seas
fábula infame del vulgo.

SANCHO: No importa, no; que mis hechos
sabrán desmentir los tuyos,
y mi valor tus engaños;
que nadie creará que pudo
sol que tanto resplandece
tener padres tan oscuros.
Y si a decirlo te anima

del tiempo el largo discurso,
también de los años yo
para negarlo me ayudo,
pues ya, aunque mi padre fueras,
no te conoce ninguno;
y así, o muda parecer,
puesto que yo no le mudo,
o apercibe a resistir
a mis soldados los tuyos.

NUÑO: Empeñado, Sancho, estoy.

SANCHO: Yo resuelto.

NUÑO: Yo procuro
tu aumento.

SANCHO: Yo tu castigo.

NUÑO: Yo soy tu padre.

SANCHO: Difunto
es mi padre. ¡Toca al arma!

NUÑO: ¿Al arma? Pues sepa el mundo
que soy...

SANCHO: ¡Tente, no lo digas!
¡Tente!

NUÑO: Si no te reduzgo,
he de publicar quién soy.

SANCHO: (¿A quién la Fortuna puso **Aparte**
en un lance tan estrecho?)

NUÑO: Si yo no soy padre tuyo,
¿por qué temes que lo diga?

SANCHO: Para dañarme eres Nuño;
mas no para obedecerte
en intento tan injusto.

NUÑO: Pues si no has de obedecerme,
que soy tu padre divulgo.

SANCHO: Pues si o yo he de ser traidor,
o tú decirlo, ¿qué dudo
en decirlo yo primero?
Sepa Aragón, sepa el mundo...

NUÑO: ¡Tente, por Dios, hijo! ¡Calla;
que no mi mal, sino el tuyo,
a refrenarte me obliga!

SANCHO: Pues si en entrambos es uno
el daño de publicarlo,
callemos entrambos, Nuño.
Conténtate con que pueda
esto con mi pecho el tuyo,
y deja que en lo demás
ejecute el fuero justo
de la lealtad. ¡Toca al arma!

NUÑO: ¡Toca al arma, y muera Nuño
que engendró su patricida!

SANCHO: Sabe Dios que lo rehuso;

pero la ley de lealtad
contra la sangre ejecuto.

Vanse. Salen SOLDADOS

SOLDADO 1: Esto es hecho.
SOLDADO 2: Es caso cierto;
que nunca al fin la verdad,
aunque corra tempestad,
deja de salir al puerto.
SOLDADO 3: Si los grandes, obligados,
se rinden a la razón,
¿qué ha de hacer todo Aragón?

Sale SANCHO

SANCHO: ¡Al arma, al arma, soldados!
SOLDADO 1: ¿Dónde vas?
SANCHO: Al arma toca.
SOLDADO 1: General, ¿quién ha de ser
el que te ayude a emprender
facción tan injusta y loca?
SANCHO: Si tengo en razón y en gente
ventaja, ¿qué resta ya?
SOLDADO 1: Tu campo te mostrará
que te engañas, brevemente.
¡Oye!
SOLDADO 4: ¡Viva Alfonso el fuerte! **Dentro**
SANCHO: ¿Qué es esto? ¿Quién ha causado
tal novedad?
SOLDADO 1: Informado
el campo de que su muerte
fue incierta, y que de Aragón
los más ancianos confiesan
ser él y su mano besan,
está ya a su devoción
toda tu gente.
SANCHO: ¡Mirad
que no es Alfonso, soldados!
SOLDADO 1: En casos tan comprobados
es locura, y no lealtad,
solo a todos resistir;
y es mejor, sin duda alguna,
sujetarte a la Fortuna
que inútilmente morir.
SOLDADO 4: ¡Viva Alfonso! **Dentro**
SOLDADO 1: Ya habrás visto
que es sin fruto tu desvelo

en resistir.

SANCHO: (Sabe el cie*lo **Aparte**
que me alegro, aunque resisto;
que es mi padre, y la razón
puede impedir los intentos,
pero no los movimientos
de tan natural pasión.)

SOLDADO 1: ¿Qué determinas?

SANCHO: Mil veces,
morir yo solo leal.

SOLDADO 1: Pues ya no eres general,
pues a tu rey no obedeces,
¡date a prisión!

SANCHO: ¡Qué traición!

SOLDADO 1: Sólo es traidor quien se opone
al rey.

Quítanle la espada, y préndenlo

SANCHO: (La lealtad perdone, **Aparte**
si me alegra la prisión.)

*NUÑO y BERMUDO, dentro; después, PEDRO Ruiz, el CONDE de Urgel,
BERENGUEL, el señor de MOMPPELLER, don RAMÓN y ZARATÁN*

NUÑO: ¡No le matéis! ¡Aguardad! **Aparte**

BERMUDO: ¡Tened! ¡No le deis la muerte, **Aparte**
soldados!

SOLDADO 1: De Alfonso el fuerte
viene ya la majestad,
de todos obedecida.

Salen

NUÑO: Amigos, la fortaleza
de mi reino y mi grandeza
fundo sólo en esta vida.

SOLDADO 1: Por su ciega obstinación
le hemos preso.

NUÑO: El general
sirve así como leal
a quien le dio su bastón,
y vosotros habéis hecho
también lo que os ha tocado;
mas cuando desengañado,
persuadido y satisfecho
de que soy Alfonso esté

Sancho, será su valor
tan constante en mi favor
cuanto en mi daño lo fue.

BERMUDO: Su vida, señor, te importa.

ZARATÁN: Ya, Sancho, no me daréis
añada, aunque os enojéis;
que el rey las uñas os corta.

NUÑO: Sancho, escucha.

Habla bajo con él

BERENGUEL: (Cuando vi **Aparte**
en palacio el postrer día
a Teresa, ¿no tenía
al cuello esta banda? Sí.

Ella es sin duda; ya son
ciertas mis sospechas. ¡Cielos,
venganza piden mis celos!
¡Yo buscaré la ocasión!

MOMPELLER: Padre, escucha. Si advertiste,
¿esta banda no tenía
al cuello mi hermana el día
que en el palacio la viste?

BERMUDO: Si mal no me acuerdo, es ella.

MOMPELLER: Pues con esto he confirmado
mi sospecha, y ha llegado
a ser rayo de centella.

Saca la daga

¡Vive Dios, que he de matarlo,
aunque lo defienda el rey!

BERMUDO: ¡Hijo, detente!

MOMPELLER: ¿Qué ley
padre, te obliga a librarlo?

BERMUDO: ¿No ves que el castigo hará
más pública nuestra afrenta?

MOMPELLER: Pues que su favor ostenta,
la afrenta es pública ya.

BERMUDO: Hijo, en negocios tan graves
daña el arrojado ardor.
Yo soy viejo, y tengo honor,
y sé lo que tú no sabes.

Mejor remedio pretendo.
Hasta agora lo perdido
es poco; por entendido
no te des; que yo me entiendo.

(Porque no pierda opinión **Aparte**

su madre doña Teodora,
es fuerza callar agora
de ampararle la ocasión.)

SANCHO: Daros la obediencia aquí
bien veis que me ha de dañar,
y dará qué sospechar,
senor, de vos y de mí;
pues me he rendido forzado,
y lo que he debido he hecho,
dejad que oculte mi pecho
el contento que me ha dado
veros ya rey de Aragón;
si bien os puedo afirmar
que a poderos estorbar
la tirana posesión,
venciera en mí la lealtad
a la sangre. Esto os confieso;
y así, pues me importa, preso
a la corte me llevad;
que pues ya es fuerza que os den
la corona, y la obediencia
la reina, tendré licencia
de obedeceros también
entonces, sin que argüir
me puedan de deslealtad.

NUÑO: Dices bien. ¡Preso llevad,
pues no puedo reducir
su proterva obstinación,
a Sancho Aulaga!

SANCHO: Primero
daré la vida al acero,
que a la reina de Aragón,
Petronilla, no obedezca
por legítima señora.

NUÑO: Ése es justo intento agora;
pero cuando ella me ofrezca,
después que me conociere,
la obediencia, mudarás
parecer o morirás.

SANCHO: Lo que Petronilla hiciere,
haré entonces disculpado.

NUÑO: A Zaragoza marchad.

Vase

PEDRO: (De rayos de tu beldad
me espero ver coronado
presto, Petronilla hermosa.

Aparte

Vase

RAMÓN: (Agora, enemiga fiera, **Aparte**
verás si Ramón te hiciera
con su mano venturosa.

Vase

CONDE: (Hijo, presto pienso hacerte, **Aparte**
Más que imaginas, dichoso.)

Vase

BERENGUEL: (¡Rabiando voy de celoso!) **Aparte**

Vase

ZARATÁN: Huélgome que ya la muerte
no me daréis tan resuelto;
que por mal considerado,
el león os ha humillado,
y pollino os habéis vuelto.

Vase

SANCHO: (Preso va, Teresa hermosa, **Aparte**
el que volver vencedor
te prometió. Tu favor
contra la suerte forzosa
poder, señora, no tiene;
aunque por este camino
mis intentos imagino
que la Fortuna previene.
Y tú, reina, pues he hecho
cuanto pude, ya cumplí
mi obligación; y si aquí
resuelve callar mi pecho
que es mi padre quien se opone
aleve a tu majestad,
sólo este error la lealtad
a un hijo suyo perdone.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Salen NUÑO y BERMUDO

NUÑO: Bermudo, ya que a mi imperio
Petronilla está sujeta,
con que en posesión quieta
me juzgo de este hemisferio,
 importa que la ocasión
evite; que donde está
la paz tan tierna, podrá
causar nueva alteración,
 Del reino los poderosos
mi privanza solicitan,
y ya contra mí se irritan,
de lo que os quiero envidiosos.
 Vos solo sois mi privado;
que por la antigua experiencia
estoy de vuestra prudencia
y lealtad bien informado;
 y así, para que gocéis
de mis favores, de suerte
que de la envidia y la muerte
yo esté seguro, y lo estéis,
 de modo, Bermudo amigo,
hemos de vernos los dos,
que ninguno sino vos
sepa que priváis conmigo.
 Así se consigue el fin
que pretendo y pretendéis.
En vuestra casa tenéis,
si bien me acuerdo, un jardín
 tan retirado, que allí,
señalando puesto y hora,
se podrá hacer lo que agora
tratamos; que desde aquí
 en palacio ni de día
ni de noche habéis de entrar
porque no os pueda encontrar
alguna envidiosa espía;
 pues la emulación no sabe
reposar; para este fin
me dad de vuestro jardín,

Bermudo amigo, una llave,
porque yo, en viendo dispuesta
la ocasión y que no pasa
gente, la goce.

BERMUDO: Mi casa
toda, gran señor, con ésta,
que es maestra, abrir podéis;

Dásela

porque de toda no dudo
daros llave, si en Bermudo
la del corazón tenéis.

NUÑO: Bien pueden finezas mías
a igual amor obligaros.

BERMUDO: ¿Qué días he de aguardaros?

NUÑO: Todos los festivos días
queden aquí señalados
para vernos.

BERMUDO: ¿A qué hora?

NUÑO: Cuando la estrellada autora
de yerros enamorados
haya hecho la mitad
de su curso. Mas primero,
como noble caballero,
la fe y palabra me dad
del secreto.

BERMUDO: Si el secreto
mi provecho no mirara,
el mandarlo vos bastara.
Como quien soy lo prometo.

NUÑO: Pues adiós; que ya los dos
podemos dar, con hablar
tanto a solas, qué envidiar.

BERMUDO: ¡Mil años os guarde Dios!
(Esto es ser rey, esto es dar **Aparte**
de justo y prudente indicios,
pues sabe premiar servicios,
y quejas sabe evitar.)

Vase

NUÑO: Enemigo, así el efeto
la mentirosa privanza
le dispone a mi venganza
sin peligro y con secreto.

Salen don PEDRO, SANCHO y ZARATÁN

- PEDRO: Poniendo en ejecución, s
ñor, vuestro mandamiento,
viene rendido y contento,
libre ya de la prisión,
Sancho, a daros la obediencia.
- SANCHO: Pues Petronilla os la dio,
a su ejemplo tengo yo
para lo mismo licencia.
Los labios pongo en la planta,
con que vuestra Majestad
venza el mundo.
- NUÑO: ¡Conde, alzá!
- SANCHO: Vuestra mano me levanta
con merced antes llegada
a alcanzar que a merecer,
para mostrar su poder
con hacer algo de nada.
- NUÑO: En un valiente soldado
no hay desmerecido honor;
y aún no he premiado el valor
y lealtad que habéis mostrado
en defensa y en servicio
de mi sobrina; y así,
hace, aunque fue contra mi,
el cumplir con vuestro oficio
que os quiera, estime y alabe;
que en la materia que digo,
sólo sabe ser amigo
quien ser enemigo sabe.
- PEDRO: Ya, señor, que vuestra alteza
con tan pródigos favores
ostenta los resplandores
de su poder y grandeza
a suplicaros me atrevo
que en lo que habéis prometido
los mostréis también.
- NUÑO: No olvido
lo mucho, Azagra, que os debo.
Presto veréis el efeto.
- PEDRO: Y presto seré dichoso,
si merezco ser esposo
de tan divino sujeto.
- NUÑO: Y porque empiece a premiar,
puesto que no satisfago
vuestros méritos, os hago
mi general de la mar.
- PEDRO: ¡Mil años os guarde el cielo;
que este brazo, habéis de ver

que ofrece a vuestro poder
todo el imperio del suelo!

Vase don PEDRO

ZARATÁN: Por lo que de esta merced
como a criado me toca,
pongo en vuestros pies mi boca;
que en este oficio creed
que nadie saldrá mejor
que mi dueño de su empeño;
que es tan buen señor mi dueño,
que no parece señor.

Mas yo, que tanto celebro
vuestra largueza y poder
¿hasta cuándo he de leer
el rétulo del cerebro?

NUÑO: Piensa tú qué puedo darte
que convenga con tu estado.

ZARATÁN: Yo soy, señor, inclinado
más a Minerva que a Marte.

Dame un gobierno, y verás
en Zaratán un Solón.

Y por si de mi opinión
poco satisfecho estás,

oye; que te he de mostrar
cuánto alcanza mi capricho;
que en Zaragoza se ha dicho
que pretendes reformar
leyes, costumbres y fueros,
y yo con este cuidado
estos puntos he pensado
que dar a tus consejeros.

Saca un papel y lee

"Primeramente, porque son los pleitos
peste de la quietud y las haciendas,
pague todas las costas el letrado
del que fuere en el pleito condenado;
pues temiendo con esto el propio daño,
dará al principio el justo desengaño;
y las partes con esto, no teniendo
quien en causas injustas las defienda,
menos pleitos tendrán y más hacienda.
Ítem, porque las frutas cuando empiezan
se venden caras y después baratas,
esto se haga al revés, pues es tan cierto

que están al empezar verdes y duras,
y después sazonadas y maduras.
Ítem, porque haber pocos oficiales
mecánicos y pocos labradores
encarece las obras y labores,
no se admitan sus hijos al estudio
de letras, ni por ellas a las plazas
de jüeces; pues si llegase un hijo
de un dispensero a serlo, es evidencia
que supuesto que es gato por herencia,
aunque esté del león puesto en la cumbre,
vuelve, en viendo el ratón, a su costumbre.
Ítem, que o no se prendan los que juegan,
o en los naipes se quite el dos de espadas,
porque tiene las gentes engañadas,
con lícencia del rey, publica; luego,
o quítenlo, o no prendan por el juego,
pues permites venderlos, y no ignoras que
no pueden servir los naipes de Horas.
Ítem, que no se impongan los tributos
en cosas a la vida necesarias,
mas sólo en las que fueren voluntarias,
en coches, guarniciones de vestidos,
en juegos, fiestas, bailes y paseos,
pues ninguno podrá llamar injusto
el tributo que paga por su gusto.
Ítem, su majestad venda las plazas
y oficios, pues habrá mil que las compren,
y llevar puede el precio con derecho
a quien da de una vez honra y provecho.
Ítem, que no destierren a las damas
de hombres casados, pues se irán tras ellas,
y tendrán sus mujeres, con su ausencia,
como dicen, tras cuernos penitencia.
Ítem, que no se ocupen los varones
en oficios que pueden las mujeres
ejercer; que un barbón que ser pudiera
soldado o labrador, no es bien que venda
hilo y seda sentado en una tienda.
Ítem, que cuando hay toros o otras fiestas,
los dueños de terrados los arrienden
abajo, porque arriba tiranizan
el precio, y les dan más que justo fuera
por no volver a andar tanta escalera.
Ítem, que a los que premias con oficios,
no aleguen el gozarlos por servicios,
pues al pedirlos, por merced los piden,
y no te han de obligar, pues se los diste,
con la misma merced que les hiciste.
Ítem, que pues por más que los persiguen,

nunca al fin se remedian los garitos,
como de naipes el estanco arriendas,
de gariteros los oficios vendas.
Ítem, porque no puede conseguirse
que no anden rebozadas las mujeres,
se tapen las rameras, pues con esto,
por su opinión, las otras, es muy cierto
que andarán con el rostro descubierto.
Ítem..."

NUÑO: Basta.

ZARATÁN: Sí, basta, si he mostrado
que soy para un gobierno acomodado.

NUÑO: Mil ducados te doy por los arbitrios.

ZARATÁN: ¡Vivas mil años! Voy por la libranza
para que firmes. El primero he sido
que por ser arbitrista ha enriquecido.

Vase

NUÑO: ¡Hijo, dame mil veces esos brazos;
que por gozarlos se abrasaba el pecho!

SANCHO: No menos deseaba yo estos lazos,
si bien la ley de la lealtad ha hecho
tan justa resistencia.

NUÑO: Todo ha sido
haber conmigo en opinión crecido.
Sabe que ya he trazado mi venganza;
en su mismo jardín he de dar muerte
a solas a Bermudo.

SANCHO: ¿De qué suerte?

NUÑO: Con esta llave, que me ha dado
él mismo para verle de noche con secreto;
que fingiendo que él solo es mi privado,
y quiero que lo encubra retirado
por no causar invidias, he dispuesto
vengar mi afrenta en su jardín, de suerte
que él solo sepa que le da la muerte
Nuño Aulaga en venganza de su agravio.

SANCHO: ¿Hete de acompañar?

NUÑO: De ningún modo;
antes, para evitar toda sospecha,
la noche que yo vaya a ejecutarlo,
a Petronilla has de asistir; y advierte
que te finjas con ella de mi suerte
y de la suya pesarosa. Empieza
a mostrarle afición; que hasta su alteza
de grado en grado pienso levantarte,
y con su mano su corona darte.

Vase

SANCHO: ¿Qué máquinas son éstas? ¿Qué combates,
temores, penas, dudas, confusiones?
¿Agora a tan constante amor te opones,
ciega ambición? ¿Agora de Teresa
quieres que olvide la adorada empresa?
Antes mi humilde estado lo impedía,
y agora, que mi dicha me levanta
a poder merecer belleza tanta,
¿tan nuevo pensamiento me divierte?
Mucho repugna a nuestra unión la suerte.
Mas no, Teresa, no; no hay más tesoro
ni reino que gozar el bien que adoro.
Tuyo he de ser. Mas ya el Amor me acusa
que no es tu fino amante el que no excusa
la muerte de tu padre. Mas se opone
respondiendo el honor que amor perdone.
Sólo muere el agravio en la venganza,
y el de mi padre con razón me alcanza.
Y pues has de ignorar que es padre mío
quien mata al tuyo, y cuando lo estorbara,
nada con tal fineza te obligara,
pues no puedes saberla, ¿qué me aflijo?
con ser amante cumplo y con ser hijo;
que ni a ti te está bien, si has de ser mía,
que a un hombre cuyo padre está afrentado,
la mano des antes de estar vengado.

Vase. Salen BERMUDO y TERESA

BERMUDO: ¿Qué fiera melancolía
es ésta? ¿Qué sentimientos,
afligen tus pensamientos,
querida Teresa mía?
¿No me dirás la ocasión?
Habla por tu vida. ¿A quién
puedes descubrir más bien
que a tu padre tu pasión?

TERESA: Señor, si el tormento mío
otro remedio tuviera,
si de mi mal estuviera
la ocasión en mi albedrío,
nada pudiera conmigo
obligarme a declarar
ni a decirte a mi pesar
lo que con vergüenza digo.
Desde el primero verdor

de mi juventud, me inquieta
con inclinación secreta
de Sancho Aulaga el amor.

No ser de mi calidad
lo tuvo en justa opresión;
que le debe esta atención
tu sangre a mi ceguedad;
mas hoy, que le miro honrado
de un título, y que la fama
Sancho el valiente le llama,
y que del rey es privado,
llega ya a ser elección
la que inclinación ha sido,
y en mi pecho ha consentido
con el gusto la razón;
y así...

BERMUDO: ¡Calla! ¿Puede ser
que así olvides que es tu padre
Bermudo, y que fue tu madre
señora de Mompeller?

¿Tú piensas que te he sacado
de palacio, aunque fingir
lo quise así, por vivir
de su inquietud retirado?

Pues no fue, no, la ocasión
ésta, sino haber sabido
que la reina ha consentido
de Sancho la pretensión.

¿Posible es que se te esconde
que es su ventura accidente,
y puede ser fácilmente
que ése que estimas por conde
vuelva a su primer estado,
y aunque del rey es querido,
llores mañana abatido
al que hoy celebras privado?

¿No adora don Berenguel
tu hermosura? ¿No es galán?
¿Mil títulos no le dan
los del condado de Urgel?

Pues, ¿qué locos pensamientos
te divierten? Vuelve en ti,
y lo que te he dicho aquí
mira con ojos atentos,

sin otros inconvenientes
que no puedo declararte;
¡que, vive Dios, de matarte
primero que tal intentes!

Vase

TERESA: ¿Que me matarás primero
que tal intente? ¿Qué importa?
Ningún temor me reporta
de morir, pues de amor muero.
 ¿A qué muerte, a qué delito
no me expondrá mi impaciencia,
si en la misma resistencia
se enfurece el apetito?
 ¡Vive el cielo, que he de ser
tuya, Sancho! Mi albedrío
no es de mi padre, que es mío,
y yo tengo de escoger
 esposo, si al mundo pesa.
Valor tienes, y yo amor,
y armada de tu valor,
no teme al mundo Teresa.

Sale INÉS

INÉS: ¿Qué es esto, señora?
TERESA: Inés,
justas impaciencias son,
con que mi ciega pasión
llega al extremo que ves.
 Toma el manto y busca luego
a Sancho Aulaga el valiente.
Dile que ya no consiente
más dilación tanto fuego;
 que a verme esta noche venga
por el jardín a las doce.
INÉS: Pues, ¿no adviertes...?
TERESA: Quien conoce
que es loco Amor, no prevenga
 peligros. Pues cierta estás
de lo que puede conmigo,
parte al punto; haz lo que digo
y no me preguntes más.

Vase

INÉS: Ésta es la misma ocasión,
Berenguel, que has deseado.
Liberal me has obligado
a ayudar tu pretensión.
 Pues de la noche asegura
la oscuridad nuestro intento,
logra de tu pensamiento
por engaño la ventura;

que Bermudo mi señor
cuando llegase a entenderlo,
pienso que ha de agradecerlo;
que es de tu parte en tu amor.

Vase. Salen MOLINA y VERA, de noche

MOLINA: ¿Hasta cuándo hemos de ser
estafermos de esta esquina?

VERA: Esto es merecer, Molina.
El que sirve ha menester
paciencia.

MOLINA: Vera, el estar
cada noche aquí en espía
hasta que nos echa el día
sin fruto, ¿no ha de cansar
a un mármol?

VERA: Don Berenguel
se entiende.

MOLINA: Quizá no entiende.
si él a Teresa pretende,
y ella se muestra crüel,
¿qué sirven estos extremos?
¿Hala de obligar a amalle
con que nosotros la calle
toda la noche guardemos?

Sale ZARATÁN, desatacándose apríesa

ZARATÁN: ¡Ah, despensero! ¡Mal haya
quien de Judas te ordenó!

MOLINA: ¿Quién va?

ZARATÁN: Quien se va.

MOLINA: ¿Quién?

ZARATÁN: Yo.

VERA: Aguarde.

ZARATÁN: Antes que me vaya,
dejad que me vaya.

MOLINA: Espere,
y ese enigma nos explique.

ZARATÁN: Luego vuelvo.

MOLINA: No replique.

ZARATÁN: Pues después, si el caso hediere,
perdonen.

VERA: Acabe, diga.

ZARATÁN: Zaratán soy, un criado
de Pedro de Azagra. Ha dado
su familia, que enemiga

es siempre del despensero,
en chupalle cierta bota
de un oloroso candiota...
¡Dejadme por Dios, que muero!

MOLINA: Prosiga.

ZARATÁN: Supo tan bien
probarlo el ladrón, que hinchó
la bota, y al vino echó
tal cantidad de hojasén,
que cuantos de ella bebimos
pagamos la reincidencia,
y conoce en la correnca
a los que en el hurto fuimos.
Envióme mi señor
a un recado; y el tal vino
tanto ha obrado en el camino,
que parezco medidor
de tierras, pues mis calzones
son testigos, que he dejado
cuantas calles he pasado,
señaladas de mojones.
Y porque el recado aguarda,
que yo llevo tan despacio,
Sancho el valiente en palacio,
que es esta noche de guarda
del príncipe, a la estafeta
le dad licencia los dos,
o soltaré--¡vive Dios!--
la lazada a la agujeta.

Vase

MOLINA: Por Dios, que es entretenido.

VERA: Graciosamente ha contado
su historia.

Sale BERENGUEL

BERENGUEL: Y yo me he alegrado,
amigos, de haberle oído
que es esta noche de guarda
Sancho.

MOLINA: ¡Señor! ¿Pues oiste
la plática?

BERENGUEL: Sí, y consiste
la ventura que me aguarda,
en eso. Llegad conmigo
a la puerta del jardín

de Teresa; que hoy el fin
de mi esperanza consigo
con un engaño que pudo
negociar el interés
con su camarera Inés,
por cuyo medio no dudo
que hoy he de tener venganza
de su desdén y el favor
de la banda, en que su amor
a Sancho le dio esperanza.

Sale INÉS a una puerta

INÉS: ¿Es Berenguel?
BERENGUEL: ¿Es Inés?
INÉS: Yo soy; mas, ¿qué gente es ésa?
BERENGUEL: Si pueden, sin que Teresa
lo entienda, entrar los que ves,
personas de pecho son;
y en cosas de tanto peso,
para cualquiera suceso
importa la prevención.
INÉS: Entren, más...

Vanse. Salen BERENGUEL, INÉS, MOLINA y VERA

INÉS: Quédense aquí
tras esta hiedra escondidos.
BERENGUEL: Estad siempre apercebidos.
MOLINA: Morir sabremos por ti.

*Arrímanse MOLINA y VERA, y van andando por el teatro INÉS y
BERENGUEL a obscuras y con recato*

INÉS: Teresa está en esta fuente.
Logra de tu amor el fin,
y no temas; que el jardín
dista espacio suficiente
de la casa, para dar
seguridad a tu intento.

Sale TERESA

TERESA: (Abrasado pensamiento, **Aparte**
ya no es tiempo de dudar
lo que habéis determinado

con amor.)
INÉS: Aquí, señora,
está el que tu pecho adora.
TERESA: ¡Sancho mío!
BERENGUEL: ¡Dueño amado!
TERESA: Todo esto sabe emprender
quien tiene amor.
INÉS: ¡Oye, tente;
que en el jardín siento gente!
TERESA: ¡Ay de mí! ¿Quién puede ser?
BERENGUEL: Pues mi valor te asegura,
pierde el temor.
TERESA: Los oídos
apliquemos escondidos
de este nido en la espesura.

Arrímanse a un lado. Salen BERMUDO y NUÑO

NUÑO: ¿Estamos solos, Bermudo?
BERMUDO: Tan solos, que de esta fuente
puede el raudal solamente
romper el silencio mudo.
VERA: (Dos hombres son: ¿quién serán?) **Aparte**
MOLINA: (O son griegos de esta Troya, **Aparte**
o se mueven por tramoya
las figuras de arrayán.)
BERMUDO: Aquí vuestra majestad
puede asentarse.
NUÑO: Bermudo,
asentaos.

*Siéntanse NUÑO y BERMUDO de suerte
que a sus espaldas estén TERESA, BERENGUEL e INÉS*

TERESA: (¿Qué caso pudo **Aparte**
causar tan gran novedad?
El rey y mi padre son.)
INÉS: (En grande peligro estamos.) **Aparte**
BERENGUEL: (Lo que platican oyamos **Aparte**
con silencio y atención.
NUÑO: Bermudo, ¿acaso tenéis
memoria de Nuño Aulaga?
BERMUDO: Sí, señor, y en lo de Fraga
con vos se perdió.
NUÑO: ¿Sabéis
el agravio que le hicistes
con su mujer, don Bermudo,
y que vengarse no pudo

por el poder que tuvistes?
BERMUDO: ¡Señor!... (No sé qué recelo **Aparte**
me ha dado mi corazón.)
NUÑO: Bermudo, a ofensas que son
cometidas contra el cielo,
 si el castigo se dilata,
 llega en la vida o la muerte.
Yo no soy Alfonso el fuerte;
Nuño Aulaga es el que os mata
 en venganza de su afrenta.

*Saca la daga y vale a dar, y arrójanse sobre
él TERESA y BERENGUEL, y tíenenlo*

TERESA: ¡Ah, traidor!
BERENGUEL: ¡Tente, traidor!
 ¡Molina! ¡Vera!

Llegan VERA y MOLINA

MOLINA: ¡Señor
BERMUDO: ¡Prendedle!

Atanlo

NUÑO: Aleves, ¿qué intenta
 contra el rey vuestra osadía?
BERENGUEL: ¡Todo lo habemos oído,
 Nuño Aulaga!
BERMUDO: ¡Rey fingido,
 llegó de tu muerte el día!
NUÑO: ¡Dádmela, ya que la suerte
 no me ha dejado vengar!
BERMUDO: ¡Tu vida pienso guardar
 a más afrentosa muerte!
 Mas, ¿quién es quien me ha librado
 de tal riesgo?
BERENGUEL: Berenguel.
TERESA: (¿Hay tal engaño?) **Aparte**
BERENGUEL: Por él
 tu padre el cielo ha guardado
 Delito ha sido de amor,
 que quise más descubrir,
 Bermudo, que consentir
 que os diese muerte un traidor.
 Todo ha sido engaño mío;

que Teresa está inocente.

BERMUDO: No es ocasión la presente
de averiguarlo, y yo fío
que satisfaceréis mi honor.

MOLINA: Atado está ya de suerte
que aunque fuese Hércules fuerte,
no se librara el traidor.

BERMUDO: Quede por agora preso
en mi casa.

NUÑO: ¡Ay, cielo santo!

BERMUDO: Llamad mi hijo, y en tanto
que de este extraño suceso
me parto con Berenguel
a dar a su majestad
cuenta, los dos os quedad
con mi hijo en guarda de él.

VERA: Vamos.

BERMUDO: Entrad.

BERENGUEL: ¡Ay, Teresa,
que gran ocasión perdí!

Vanse

NUÑO: (¡Hijo del alma, por ti **Aparte**
sólo de mi mal me pesa!

Llévanle

INÉS: (Aunque mi engaño ha importado **Aparte**
tanto, me quiero ausentar;
que la sogá ha de quebrar
al fin por lo más delgado.

Vase

TERESA: ¿Qué es esto, cielo, qué es esto?
¿En qué tanto os ofendí,
que de una vez contra mi
del todo os habéis opuesto?
Aquí de mi estado honesto
he perdido la opinión,
aquí perdió mi afición
de Sancho ya la esperanza,
pues tan infame mudanza
pone su padre en prisión.
Aquí se ha opuesto a mi amor
la obligación y el decoro,

pues mi padre es del que adoro
el enemigo mayor.
Hijo es Sancho de un traidor.
Perdíle, y perdí con él
la opinión, y a Berenguel,
que ha visto mi liviandad.
¡Cielo, la muerte me dad,
y seréis menos crüel!

Vase. Sale PEDRO Ruiz

PEDRO: ¿Posible es que Nuño Aulaga
tanto me pudo engañar?
Ya, ¿qué medio puedo hallar
que a la reina satisfaga?
 Por cómplice ha de tenerme
del engaño. Estoy corrido,
y en mi intento me he perdido,
con lo que pensé valerme.
 Si antes de esto endurecida
se mostraba a mi deseo,
¿qué espero cuando la veo
reina ya y de mí ofendida?
 A Murcia me he de pasar,
pues me convida el rey moro
con sumas de plata y oro,
y aquí no hay ya qué esperar
 sino agravios y venganzas.

Sale SANCHO

SANCHO: ¿Qué esperáis con esta vida,
Fortuna, de mí ofendida?
 ¿Qué quieren vuestras mudanzas
a quien le cansa el vivir?
PEDRO: Sancho, amigo, ¿adónde vais?
SANCHO: ¡Ay de mí! ¿Qué preguntáis
a un desdichado? A morir,
 a morir infamemente,
pues me dan padre traidor.
PEDRO: ¿Agora os falta el valor?
SANCHO: ¿Quién es fuerte, quién prudente
en caso tan desdichado?
PEDRO: No menos que vos lo siento,
pues en su alevoso intento
quedo también indiciado
 de cómplice; y así, quiero
pasarme a Murcia. Conmigo

os venid, Aulaga amigo;
que este brazo y este acero
ofrezco en vuestra defensa.
(Si a Murcia le llevo, fío **Aparte**
que con su valor y el mío,
de tu desdén y mi ofensa,
reina, me veré vengado.
A esto solamente aspiro.)

SANCHO: Por todas partes me miro
de inconvenientes cercado.
(¡Ay, grandeza! ¡Ay, opinión **Aparte**
¡Ay, padre! ¡Ay, Teresa mía!
Todo lo pierdo en un día.
Mas, ¿cómo de tu afición
me acuerdo, ingrata, crüel,
y en medio de tantas penas
a más dolor me condenas?
¡Que en el jardín Berenguel
tus brazos entró a gozar!)

Sale ZARATÁN

ZARATÁN: ¿Qué haces aquí tan de espacio,
Sancho Aulaga? Que en palacio
se acaba de publicar
la sentencia en que ha mandado
la junta al punto prenderte,
y al preso a afrentosa muerte
de horca vil han condenado.

SANCHO: ¿Qué dices?

ZARATÁN: Si no confías
que digo verdad en esto,
con las campanillas presto
lo dirán las cofadrías.

SANCHO: ¿Qué paciencia, qué valor
basta a combates tan fieros?
Los señores consejeros,
ya que al preso por traidor
a la muerte han condenado,
para que en horca no fuera,
¿no repararán siquiera
que por padre me le han dado,
aunque en ello el mundo miente?
¿No advirtieran que me llama
por mis hazañas la fama,
con razón, Sancho el valiente?
Azagra, mi pecho intenta
vuestro consejo seguir.
A Murcia vamos a huír
tanto agravio, tanta afrenta;

mas primero he de emprender
dos cosas con vuestro amparo,
pues con él, amigo, es claro
que no se me han de atrever.

PEDRO: En todo estad satisfecho
que a ese lado me tendréis.

SANCHO: Venid conmigo, y sabréis
lo que emprende un noble pecho.

Vanse

ZARATÁN: Mosca lleva; y aun yo he echado
también un lance gentil,
pues la merced de los mil
con esto en ciería se ha helado.

Mas hoy me llevo a vengar
del traidor. ¿Qué será ver
al que rey vimos ayer,
hoy colgado pernear?

¡Extrañas cosas se ven!
Guarde Alfonso el verdadero,
no parezca; porque infiero
que lo colgaran también.

Vase. Sale NUÑO, con prisiones y un SECRETARIO, con un papel

SECRETARIO: Ésta es la sentencia; agora
resta no más advertiros
que tratéis de apercebiros;
que ha de ser dentro de un hora.

Vase

NUÑO: Esto es hecho, corazón;
éste es, al fin, el trofeo
de un vengativo deseo,
y una alevosa ambición.

¡Ay, hijo del alma mia!
¿Es posible que ha de hacerte
infame mi infame muerte,
sin honra mi alevosla?

¿No tuviera yo con qué
darme la muerte, primero
que ponga el verdugo fiero
sobre mi cerviz el pie?

Sale SANCHO

SANCHO: (Mostrad agora, valor, **Aparte**
lo que el honor puede en mí.)

NUÑO: ¿Quién es?

SANCHO: (Ya estamos aquí. **Aparte**
venza el honor al amor.)
¡Padre!

NUÑO: ¡Hijo de mi vida!
¿Tal peligro has emprendido?

SANCHO: La autoridad me ha valido,
en acción tan atrevida,
de Azagra, y un despechado
no teme peligros, no.
Ya, padre, ya, ya llegó
al más miserable estado
que ha podido nuestra suerte,
pues cómplice me publican
vuestro, y a vos os dedican
a la más infame muerte;
y así, aunque ser he negado
vos Nuño, y que es testimonio
que inducidos del demonio
mis émulos han trazado,
he dicho, y a sustentarlo
en el campo he de ofrecerme,
es forzoso resolverme
antes, padre, a remediarlo,
que tan vil pena se llegue
a ejecutar; pues si os llama
Nuño y mi padre la fama,
me infama, aunque yo lo niegue.
Un hora de vida os resta,
de afrenta una eternidad;
con muerte oculta evitad
infamia tan manifiesta.
La ganancia es conocida;
que no es honrado el que intenta
no evitar siglos de afrenta
por lograr puntos de vida;
y no es bien que quien se llame
mi padre, y rey de Aragón
se vio, aguarde un vil pregón,
espere un suplicio infame.
Y así, porque ha de agradaros
este intento, según fío
de vuestro valor, el mío
viene sólo a presentaros
este puñal. Vuestra mano
redima su afrenta aquí,

si no queréis darme a mí
oficio tan inhumano.

NUÑO: No pienses que ha de excusarlo;
que a mí, para concluirlo,
te anticipaste en decirlo;
pero no en determinarlo.

SANCHO: Agora sí que has mostrado
que eres mi padre.

NUÑO: Y tu pecho
agora, con lo que ha hecho,
muestra que yo te he engendrado.

Tú has de ser ejecutor
de mi muerte; que no quiero
quitar, si a mis manos muero,
esta gloria a tu valor.

Pues queda así redimida
mi afrenta, celebre España
que dimos para esta hazaña,
el golpe tú, y yo la vida.

SANCHO: No, padre; pues que tenéis
valor en determinarlo,
teneldo en ejecutarlo
vos mismo; no me obliguéis
a tan inhumana acción.

NUÑO: No tenéis que resistir;
que con vos he de partir
la gloria de esta facción;
que la afrenta que en mi muerte
amenazaba a los dos,
en fama eterna yo y vos
trocaremos de esta suerte:
yo, con quitarme la vida
la mano más valerosa,
pues hace la muerte honrosa
el valor del homicida;
y vos con mostrar tan fuerte
pecho y heroico valor,
que le deis por vuestro honor
a vuestro padre la muerte.

SANCHO: ¡Señor!

NUÑO: No hay que replicar;
ya me ofende el resistir;
que, o aquí no he de morir,
o vos me habéis de matar.

Esto os mando cuando muero,
y con esta manda os pago
cuanto os debo, pues os hago
de tal hazaña heredero.

SANCHO: Pues estás determinado,
yo te obedezco; y si aquí

también no me mato a mí,
sólo es por verte vengado.
NUÑO: Sí, hijo; pues de tu madre
la ofensa y la de Bermudo
vengar tu padre no pudo,
vive a vengar a tu padre
y a ti. Pues se ha publicado
ya mi agravio, y ya te alcanza
la infamia, y a la venganza
quedas con esto obligado.
Mas de los ministros ya
siento el rumor. El acero
mueve... El abrazo postrero,
hijo, y la muerte me da.

*Abrázanse, y SANCHO levanta el brazo como
para darle, y se entran*

SANCHO: Un tan honroso rigor
alma tiene de piedad;
que es generosa crueldad
la crueldad por el honor.

*Vanse. Salen la REINA, el CONDE de Urgel,
BERENGUEL, BERMUDO, don RAMÓN, el PRÍNCIPE, el
señor de MOMPPELLER, TERESA y ACOMPAÑAMIENTO. La
REINA y el PRÍNCIPE se asientan en un trono; don
RAMÓN saca un pendón, y otros una corona y cetro en
una fuente*

REINA: Ya que el cielo ha permitido,
caballeros de Aragón,
que hayáis vuestra sinrazón
y mi razón conocido,
hoy renuncia mi persona
en el príncipe, que eterno
goce con paz el gobierno,
el reino, cetro y corona.

Pónele corona y cetro

¡Viva Alfonso, en voz altiva
repetid, rey de Aragón!
Y tremolad su pendón.

Tremolando el pendón

RAMÓN: ¡Viva Alfonso!
TODOS: ¡Alfonso viva!

Sale TEODORA, enlutada

TEODORA: Generosa Petronilla,
 rey Alfonso, cuya fama
 por la espada y por la pluma
 viva por edades largas,
 hoy, que la fiesta del día
 mercedes promete francas,
 llega humilde a vuestros
 pies doña Teodora de Lara.
 Perdonad si a esto se atreve
 la mujer de Nuño Aulaga;
 que es atrevido el dolor,
 loco el temor de la infamia.
 No pido su vida, no;
 que a tan injusta demanda
 ni se atreve mi deseo,
 ni se alienta mi esperanza;
 sólo pido que atendiendo
 a la opinión y a la fama
 de su mujer, a quien honra
 sangre ilustre de los Laras,
 y a los servicios de un hijo,
 cuya lealtad, cuyas armas
 son espejo y son asombro
 de gentes propias y extrañas,
 mudéis del castigo el modo
 y del suplicio la infamia;
 que ha de alcanzarme también,
 no estando también culpada.

Salen PEDRO Ruíz y SANCHO

SANCHO: ¡Calla, repórtate, escucha;
 que en vano querellas gastas,
 pues ni es vivo ya el que lloras,
 ni es el muerto Nuño Aulaga!
 Reina Petronilla, Alfonso,
 de quien Aragón aguarda
 que al número de los días
 se aventajen las hazañas,
 yo soy Sancho Aulaga, yo
 soy el que el Valiente llaman.
 Hoy soy el mismo que he sido

en las edades pasadas.
Yo soy aquél que os he dado
más ciudades... Más batallas
que vasallos heredastes,
he vencido con mis armas.
Yo soy, reina, yo, no sé
cómo la memoria os falta,
el que en este lugar mismo,
viendo que os desamparaban
los que presentes me escuchan,
solo desnudé la espada,
y solo ofreci la vida
a defender vuestra causa.
Yo soy el que solo a todos,
cuando en el campo besaban
la mano al traidor, a voces
dije, "¡Mirad que os engaña;
que es un traidor, y no Alfonso!"
Y a no quitarme las armas
del lado mi propia gente,
entonces ya mi contraria,
si no pudiera venciendo,
muriendo al menos, mostrara
que os era leal yo solo
cuando todos os faltaban.
Yo soy el mismo que preso
desprecié sus ameilazas,
y hasta que vos se la distes,
la obediencia le negaba.
Pues, ¿por qué vuestro consejo
solo a mí prender me manda?
Si le mueve el presumirme
cómplice de su tirana
traición ser mi padre Nuño,
donde hay evidencias tantas
en mi favor, ¿no se borra
esa presunción liviana?
Mienten cuantos entendieren
que en mi lealtad cupo mancha;
y se engaña don Bermudo,
y don Berenguel se engaña,
en afirmar que el traidor
es mi padre, Nuño Aulaga;
y en decir que de Bermudo
pretendió tomar venganza,
porque con doña Teodora
le ofendió, también se engañan;
pues es claro que ni ser
pudo mi madre liviana,
ni ser traidor ni afrentado

el padre de Sancho Aulaga.
Y si bien yace a mis manos
difunto ya, porque basta
que, aunque engañada, le nombre
padre de Sancho la fama
para que así le impidiese
del vil suplicio la infamia;
a Bermudo, a Berenguel
y al mundo con esta espada
les probaré cuerpo a cuerpo
que han sido sus lenguas falsas.
Concededme campo, Alfonso,
y señalad la estacada,
pues no lo podéis negar,
según los fueros de España.

BERMUDO: Basta, Sancho, que no puedo
aceptar, por muchas causas,
el desafío que intentas,
pues quieren probar tus armas
pues ni el traidor fue tu padre
ni fue tu madre liviana,
y definiendo yo lo mismo;
y pues murió Nuño Aulaga
con que del justo silencio
que mientras vivió casada
tu madre enfrenó mi lengua
por su honor, ya se desata.
Oye y sabe, y sepa el mundo,
que eres mi hijo. Palabra
le di esposo a Teodora,
y mereciendo gozarla,
ibas ya tú de dos meses
concebido en sus entrañas,
cuando yo, desvanecido
con el poder y privanza
que gozaba con Alfonso,
pude a callar obligarla
y a contentarse con ser
esposa de Nuño Aulaga.
Hallóme después con ella
Nuño una vez en su casa,
y creyendo injustamente
que Teodora le agraviaba,
que después que fue su esposo,
nunca a mis ardientes ansias
les dio el favor más pequeño,
sacó celoso la espada,
aunque sin fruto, y corrido
de no alcanzar su venganza,
se partió luego a la guerra;

y por ser su ausencia larga,
hasta el legítimo tiempo
le pudo ocultar la fama
el parto, y yo estos secretos,
por no ser cierto que en Fraga
muriese Nuño, hasta agora,
que su muerte y mi palabra,
tu valor y la opinión
de Teodora os desagruvan,
legitimándote a ti
con casarme, pues es tanta
la fuerza del matrimonio,
que este privilegio alcanza.

TEODORA: Mostráis vuestra gran nobleza.
La mano os doy con el alma.

SANCHO: Y yo os la beso; que nadie
hiciera tan justa hazaña
sino quien mi padre fuera.

MOMPELLER: A tu hermano, Sancho, abraza.

TERESA: Y a quien perdiendo un amante,
un tan buen hermano alcanza.

BERMUDO: Éste era el inconveniente
que dije que te callaba,
Teresa, de ser tu esposo...
Y del favor de la banda,
hijo, te impedi por esto
que intentases la venganza.
Y vos, Berenguel, pues ya
entendido habéis la causa
porque os dije que a Teresa
y a su opinión no dañaban
los favores que le hacía
a Sancho, pues es su hermana,
cumplid vuestra obligación.

CONDE: Lo que debes, hijo, paga.

BERENGUEL: Teresa, hacedme dichoso.

TERESA: Yo soy la que en ello gana.

PRÍNCIPE: Yo, en albricias de que Sancho
ve su opinión restaurada,
le confirmo las mercedes
que le hizo Nuño Aulaga.

REINA: Y vos, Ramón, pues es día
en que obligaciones tantas
se cumplen, cumplid también
a Rica vuestra palabra;
que yo, pues goza mi hijo
el cetro ya, retirada
vivir quiero en un convento.

RAMÓN: Ello es justo, y tú lo mandas.

PEDRO: Y yo, señora, pues pierdo

tan merecida esperanza,
me parto donde echéis menos
a Pedro Ruiz de Azagra.

ZARATÁN: Y yo, pues soy tan dichoso,
que entre tantos no me casan,
daré fin a la comedia,
si dais perdón a las faltas
de esta verdadera historia
que el docto padre Mariana
apunta en el libro onceno
de los Anales de España.

Fin de la comedia

Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza
La cueva de Salamanca

Figuras de la comedia

Don Diego, estudiante galan.
Don Iuan, galan.
Don Garcia, estudiante galan.
El Marques de Villena, galan.
Enrico viejo graue, estudiante.
Vn Teniente.
Chinchilla, corchete.
Alonso, ganapan.
Zamudio, estudiante gracioso.
Don Pedro, viejo graue.
Andres, criado de Enrico.
Doña Clara, dama.
Lucia, criada.
Ynes, que habla dentro.

Acto primero

Salen don Diego, de estudiante, y don Iuan, de noche.

D. Don Iuan, yo os prometo a Dios,
que me teneis enfadado,
que despues que sois casado
no se puede andar con vos.
Si ver mugeres ordeno,
ninguna tiene buen talle,
si andar denoche en la calle,
os haze mal el sereno.
Si al rio quiero salir,

la humedad es mal segura:
si traço vna traesura,
mirais a lo por venir.
Si colerico me veis,
entra luego el predicar,
y al fin, si riño, en lugar
de ayudarme, me teneis.
Pese a tal, don Iuan, con vos,
hazed tal vez lo que quiero,
o buscad vn compañero
hermano de Iuan de Dios.

I. Ello està muy bien reñido,
mas poca razon teneis,
pues, cuando soltero, veis
que nadie mas loco ha sido.
Que traessura intentastes,
en que yo quedasse atras?
en que pendencia jamas
a esse lado no me hallastes?
Que calle no passeè?
que noche fria dormi?
que muger con vos no vi?
o que espaldas no os guardè?
Mas ya no es tiempo de andar,
don Diego, sin mucho tiento,
que es vn yugo el casamiento,
que al mas brauo haze amansar.
Esto por vos no ha passado,
y medis, sin diferencia,
de vn soltero la licencia,
y obligacion de vn casado.

Die. Pues si estais tan conuertido,
no salgais denoche vn punto.

I. No se oluida todo junto:
el ser moço no he perdido.

D. Pues por vida de los dos,
que al gusto esta noche demos.

I. Por vos he de hazer estremos,
basta al fin quererlo vos.

D. Quien es este? *I.* Don Garcia.

D. No tengo vista. *I.* Esso es bueno:
quien no la pierde al sereno?

D. Predicaisme toda via?
Don Garcia. *G.* Quien và allà?

Sale don Garcia denoche.

- D.* Amigo. *G.* Don Diego hermano,
que hazeis? *D.* Passear en vano,
que donde don Iuan està
no ay tratar de traessura.
- G.* En santulon aueis dado?
- I.* Don Diego ha dado en pesado,
y la paciencia me apura.
Dezidme, si puedo hazer
mas, que prometer seguiros?
- D.* Que lagrimas, que suspiros
os costò esse prometer?
- G.* Como, alegrarnos tracemos,
o voyme. *I.* No os vais, Garcia,
que yo en todo, y hasta el dia
quiero seguiros. *G.* Que haremos?
- D.* Vamos a ver a Iuanilla.
- I.* A Iuanilla? hermosa pieça,
mal està con su cabeça
quien busca vna tarauilla.
- D.* Tan presto, don Iuan, quebrais
la palabra que aueis dado?
- I.* Digo, que errè, y que callado
irè donde vos querais.
- D.* Mariquilla la bocona,
no direis, que es bachillera.
- I.* No es mala, sino pidiera:
mas viue la socarrona
vieja? *D.* Que vieja? *I.* La madre.
- D.* Si. *I.* Pues yo no he de ir allà.
- D.* No digo yo! no hallarà
vna almena que le quadre.
- I.* Dezildo vos, don Garcia,
que a vuestro voto me ajusto.
- G.* Si he de declarar mi gusto,
gastar la noche querria
En cosa de mas cuidado.
- D.* Declaralda, que aqui estamos.
- G.* De que a la justicia hagamos
vna burla, estoy tentado.
- I.* Guarda. *D.* Hagamos. *I.* Esso no.
- D.* Dos le hemos de hazer, por Dios.
- I.* Digo, que se le hagan dos,
mas no -he de ayudaros yo.
- D.* Necio estais. *I.* Y vos sin sesso:
para que es bueno arresgarnos

quando podemos holgarnos,
sin temer vn mal successo?

G. En la burla que imagino
ningun peligro ha de auer.

I. Dezid, que tal puede ser,
que siga vuestro camino?

G. Ella al fin ha de ser tal,
que el Alguazil, y su gente
queden sin muela, ni diente,
y se hagan ellos el mal.

D. Buena, por Dios. *G.* Vn cordel
es menester. *D.* Que tan largo?

G. De seis braças. *D.* Del me encargo,
a esta tienda voy por el.

Vase.

I. Ho, para estas traessuras
que diligente es don Diego.

G. Moje el agua, queme el fuego,
y haga el mancebo locuras,
Y mas quando se grangea,
hazer que pague quien deue.

I. Si, mas si encima nos llueue?

G. No viua quien tal desea.

Sale don Diego con vn cordel.

D. El cordel teneis aqui.

I. Presto venis. *D.* Que quereis?
a caso a mal me tendreis,
boluer presto, ya que fui:
Que ha de hazerse? *G.* Atreuesar
vna calle. *D.* Ya os entiendo,
y luego vn fingido estruendo
de cuchilladas formar.

La justicia oye el ruido,
viene corriendo, y a Dios,
boca, y narizes. *G.* Y vos
en la traça aueis caido.

D. Pues a mi cargo la tomo,
que de mil que agudos veo
tengo increíble deseo
de ver vn Alguazil romo.

I. Temo, que le hemos de hazer
narizes nuevas de plata.

D. A aquel que mas se recata,
mas mal suele suceder.

G. En esta calle imagino,

que es mas cierta la justicia.
I. No carece de malicia,
esse pensar adiuino.

G. Porque? *I.* Porque dà a entender,
que declara el rostro, y talle
trae rondantes a esta calle.

A parte.

D. Con que el sesso he de perder.

G. Dos clauos quiero buscar.

D. Al engañoso artificio,
esta puerta no dà el quicio,
y esta esquina este pilar?

Atan el cordel atrauesando el vestuario, y dize don Garcia. A parte.

Gar. Quien pusiera, hermosa Clara,
como pongo este cordel,
vn muro, porque con el
nadie tu calle passàra.

Die. Repartidos nos pongamos,
y el que viere a la justicia,
a los otros dè noticia,
para que el ruido hagamos.

Repartense por el teatro, sale Zamudio corriendo vn tostador, y cae en el teatro, Alonso ganapan corre tras el, y cae, y abraçase con el y don Iuan llega dando de cintaraços a Alonso, el saca la espada, y se retira.

Gar. Yo me quedo en esta puerta,
id a aquella esquina vos.

Die. Yo me voy a essotra: a Dios,
y todo Christiano alerta.

Za. Esta os deuo. *Yn.* Alonso, acude
al ladron. *Al.* Sossiega, Ynes,
que no se me irà por pies.

Die. Rabias? *Za.* Tal santo te ayude.

Al. Iesus. *Die.* Otro nadador
por tierra. *Gar.* No caigas, cuero.

Al. Ya no puedo, majadero,
pagareisme el tostador,
O viue Christo, ladron,
que os mate. *Za.* Aqui del estudio.

Die. Esta voz es de Zamudio,
suelta, aparta, picaron.

Al. Aqui de Dios, que me matan.

Vase.

Die. Sacas la espada, y das voces?
perro, matarète a cozes.

Vase.

Iu. Las tres furias se desatan
Quando se enoja don Diego.

Gar. La que viene es la justicia.

Iu. Aquí es Troya

Chinchilla cae, y luego saca la espada, y entrase tras don Diego.

Ch. Ay tal malicia?
del vil oficio reniego,
Que me he roto vna rodilla,
tenganse al señor Teniente.

El Teniente tropieça.

Ten. Iesus.

Dentro.

Di. Picaro, detente.

Te. Echales mano, Chinchilla,
Pagarànme esta insolencia.

Ch. Denme las armas. *Di.* Corchete
apartate, o matarète.

Ch. Resistencia. *Te.* Resistencia.
Aquí del Rey.

Vase.

Sacan las espadas.

Gar. A ayudar
vamos, don Iuan, a don Diego.

Vase.

Iu. De tales burlas reniego.

Vase.

Busca piedras.

Za. Que no aya podido hallar,
Ya que espada no traia,
vna piedra por aqui,
que blandura! pese a mi,
de ahito? a fè que no es mia.

Vase.

Sale Enrico, viejo graue, con sotana, y ropa de leuantar y bonete, y tinta, y pluma, y papel, Andres su criado, en cuerpo con vn candil, pone vn bufete en medio del teatro, y el candil encima.

An. No es hora ya de dormir?
mira que las doze: son.

En. Primero, Andres, la licion
de mañana he de escriuir.
Dame assiento.

Sientase a escriuir.

An. Hazes agrauio
a tu edad, y a tu saber.

En. Siempre queda que aprender,

no ay hombre del todo sabio.
An. Quando saldras de pobreza
con trabajo semejante?
En. Quando salga de ignorante,
que el saber es gran riqueza.
No es el fin, Andres amigo,
del estudio, enriquezer,
fin del estudio es saber,
si esso alcanço, lo consigo.
El que riquezas procura,
con la fortuna las ha,
cuyo buen efeto està,
no en saber, sino en ventura.
Rico, eminente en saber
pocas vezes lo veràs,
saber pobre quiero mas,
que ignorante enriquezer.
Si ya en vn valle templado,
de verde pasto abundoso,
viste el cauallo vicioso,
rico en su bestial estado.
Tuuistele inuidia? no:
trocaràs con el tus bienes?
no, que en la razon que tienes
el cielo te mejorò.
Quando vn mayorazgo vés
destos que se vsan agora,
y que mas que tiene ignora,
no te dà lastima, Andres?

Salen don Diego con la espada desnuda y Zamudio.

Die. Si a caso teneis por donde
a la otra calle salgamos
los dos, a quien la justicia
viene siguiendo los passos,
Si teneis donde escondernos,
sed nuestro asilo y sagrado,
ya que por dicha esta puerta
a tal hora abierta hallamos.
La trauiessa mocedad
es autora destos casos,
perdonadlos, como cuerdo,
y amparadnos como honrado.
Don Diego soy de Guzman
y Zuñiga, justo amparo
dad a vn noble, si lo sois,

pero ya siento los passos.
Za. Pongamonos en defensa
de la puerta:

Ponese a escriuir Enrico.

En. Sossegaos:
don Diego, cobrad aliento,
que de libraros me encargo.

Za. Si vn momento os deteneis,
tarde querreis ayudarnos.

An. No os aflijais; que si quiere,
sabe el viejo hazer milagros.

Cae de lo alto vna nube como manga a raiz del vestuario, coge dentro a don Diego y el se mete en el vestuario y torna a subir la nube.

Za. Que es esto! valgame Dios,
que prodigio! el viejo es santo:
mas, señor, triste de mi,
de Zamudio no hazes caso?
Assi te vas y me dexas
en poder de tus contrarios?
no importa que a mi me prendan:
quiebre por lo mas delgado.
Viejo santo, santo padre,
yo me pongo en vuestras manos.

En. No temas.

Metese debaxo del bufete, la sobremesa besa el suelo: quitan vn escotillon del teatro, y hundese Zamudio, y tornan a poner el escotillon, entra el Teniente y Chinchilla, y gente con hachas encendidas.

Za. Deste bufete
me amparo. *An.* Estará debaxo
de vn bufete otro bufete.

Za. Bufetes ay muy honrados.

Te Guarden algunos la puerta,
los demas vayan cercando
esta calle alrededor,
que se iran por los texados.
Sois el dueño desta casa?

En. Yo soy, a vuestro mandado.

Te. Y este moço? *En.* Es mi siruiente.

Te Que es de vnos hombres que entraron
agora aqui? *En.* Hombres aqui?
corta es la casa, buscaldos.

Te. No ay mas aposentos? *En.* No.
En aqueste solo passo
con tanta anchura la vida,
como el Rey en sus palacios.

Te. Tiene ventana? *En.* Ninguna:
por la puerta el Sol sus rayos
le dà. *Te.* Luego no han podido,
si es que en esta casa entraron,
salir, sino por la puerta?

Ch. Yo los vi entrar no me engaño,
y hasta agora no han salido.

En. Mucho estudio, y muchos años
me han acertado la vista,
de modo, que auran entrado
sin verlos yo. *Te.* En viuo fuego,
de ira, y de enojo me abraso.

Quatro desnudas paredes
en vn tan pequeño espacio
nos los pueden esconder⁹

Ch. Señor, concluye este caso.
Suelo, paredes, y techo
de abaxo arriba boluamos.

Te. Metidos en las paredes
no han de estar, y si debaxo
deste bufete no estan,
no ay aqui donde buscarlos.
Alçad essa sobremesa
con las armas en las manos.

*Leuanta la sobremesa, y luego dexala caer, y tornase a poner Zamudio debaxo del
bufete.*

Ch. Tenganse al señor Teniente:
mas no ay aqui nadie. *En.* En vano
es, por Dios, vuestra porfia.
Toda la casa es vn palmo,
sin alazena, tabique,
boueda, cueba, o sobrado:
no ay colgaduras, que puedan
encubrir portillos falsos.
Derribad, romped, partid,
si a persuadiros no valgo,
que este testigo que dize,
que los vio entrar se ha engañado.
Como esta casa haze: esquina
a essotra calle, doblaron,
y la obscuridad disculpa
de sus ojos el engaño.

Te. Esta es la verdad, sin duda:
por ti se me han escapado,
Chinchilla, los delinquentes.

Ch. Por Dios, que parece encanto.

Te. Vamos, que no he de acostarme
hasta que los prenda.

Ch. Vamos.

Vase la justicia.

Sale de debaxo del bufete, y don Diego
del vestuario.

Za. Que se quema, so Teniente.

Die. Dadme los pies soberanos,
restaurador destas vidas.

En. Señor, con vuestro criado
aueis de hazer tal exceso?

Sale don Iuan con la espada desnuda.

Iu. Don Diego. *D.* Don Iuan hermano,
donde estuuistes? *Iu.* Seguro
de nuestros mismos contrarios,
escondido entre ellos mismos,
aguardè el fin deste caso,
Pero vos como escapastes?

Die. Por vn patente milagro
del varon que veis, diuino:

Iu. Razon es, que conozcamos
a quien tanto con Dios puede.

Die. Dezid quien sois, varon santo.

En. No soy, sino pecador:
mas si algun plazer os hago,
en dezir quien soy, sabreislo,
si ois vn pequeño rato.

En letras, y armas la nacion famosa,
Francesa, me dio ser, padres honrados,
sino de sangre tuue generosa,
que no jacto valor de mis passados:
propia virtud es calidad gloriosa,
paternas armas, timbres heredados,
armas son ciertas de su Autor primero,
vana opinion las passa al heredero.

En la niñez las Artes liberales
me dieron en Paris honrosa fama,
mas en la edad, Autora de los males,
que en el rostro el sutil bello derrama:
fueron mis trauessuras desiguales,
nacidas del amor de cierta dama,
causa de mi inquietud hasta obligarme,
de Francia, mis delitos a ausentarme,
Fuime de mar en mar, de tierra en tierra,

varias costumbres vi, varias naciones,
viuiendo ya en la paz, y ya en la guerra,
segun el tiempo hallè, y las ocasiones:
mas aunque mi locura me destierra,
lleuè conmigo mis inclinaciones,
que en qualquiera region, qualquiera estado
aprender siempre mas, fue mi cuidado.

Al fin topé en Italia vn eminente
en las ciencias varon, Merlin llamado,
procurè su amistad, y cautamente
a la estrecha lleguè de grado en grado:
el, que mi inclinacion y intento siente,
a mis letras, y ingenio aficionado,
conmigo liberal, del alma rica,
los mas altos tesoros comunica.

Aprendi la sutil Quiromancia,
profeta por las lineas de las manos,
la incierta judiciaria Astrologia,
emula de secretos soberanos:
y con gusto mayor, Nigromancia,
la que en virtud de caractères vanos
a la naturaleza el poder quita,
y engaña, almenos, quando no la imita.

Con esta a los furiosos quatro vientos
puedo imponer los montes cabernoso
arrancar de sus vltimos assientos
y sossegar los mares procelosos:
poner en guerra, y paz los elementos,
formar nubes, y rayos espantosos,
profundos valles, y encumbrados montes,
esconder, y alumbrar los Horizontes.

Con esta se de todas las criaturas
mudar en otra forma la apariencia,
con esta aqui ocultè vuestras figuras,
no obrò la santidad, obrò la ciencia
esta os ofrezco, con entrañas puras
a qualquier peligrosa contingencia,
ageno de interes, que bien me sobra
el que saco de hazer la buena obra.

En este, pues, que veis, alvergue chico,
donde vine a parar, por la noticia
desta Vniuersidad, passo tan rico,
quan libre de ambicion, y de codicia:
aqui mi ciencia a todos comunico,
que no, de lo que sé, tengo auaricia;

esto es, y vale. Enrico, solo queda
saber, si ay mas en que seruiros pueda.

Die. O prodigioso varon.
consuelo y amparo nuestro,
dichoso el caso siniestro,
que nos ha dado ocasion
de gozar de tal maestro.
Mas podeis os acostar,
Enrico, que el trasnochar
a vuestra edad no conuiene.

En. Vn colchon, y vn xergon tiene
mi cama, esso os puedo dar.

Die. Dormid en el, que os hará,
pues sin pena estais, prouecho:
porque a quien con tanta està
como nosotros, serà
campo de batalla el lecho.

Iu. Dormid, padre, que interes
de los tres guardaros es
el sueño mientras durmais,
pues que despierto guardais
vos las vidas de los tres.

Die. Dormid sin cuidado, o pena,
que gente somos segura.

Za. Y de presuncion tan buena,
que si a robar se auentura,
ha de ser alguna Elena.

En. No tampoco el tiempo ha sido,
que en Salamanca he viuido,
gran don Diego de Guzman,
que no aya a vos, y a don Iuan
de Mendoça conocido:

Quanto mas que desta casa
es segura guarnicion
el ser la fortuna escasa,
que el pobre sin riesgo passa
por delante del ladron,
Y assi hallastes a horas tales
de par en par mis vmbrales:
y porque por puntos salgo
a la calle a obseruar algo
de los cursos celestiales.

Die. Ydos, que es tarde, a acostar.

En. Pesame de no poder
a los tres acomodar.

- Die.* De lo que auemos de hazer
nos es forçoso tratar.
- En.* Desnudame, Andres.
- Vase.*
- An.* Patron,
hasta la matina.
- Vase.*
- Za.* Es hora
de dormir, que las tres son?
- Iu.* Estamos buenos agora,
don Diego? *Die.* Pues que? ay sermon?
- Iu.* No ha de auer, quando por vos
hemos venido los dos
a vn estado tan estrecho?
- Die.* Lo hecho, don Iuan, ya es hecho,
y bien hecho, viue Dios.
Como soltero reñistes,
no temais como casado.
- Iu.* En la ocasion me pusistes,
y en ella deue vn honrado
hazer como hazer me vistes,
No hallàrse en ella es ventura,
quitarse della, cordura,
y salir bien della, honor.
- Die.* Ha Dios, y que a mi sabor
he hecho esta trauessura!
De Alguaziles, y escriuanos,
a quien tanto aborrecia,
vengado estoy con mis manos.
- Za.* Tu les has dado vn buen dia
al Cura, y los Cirujanos.
- Die.* Lindamente le pegué
al bueno del escriuano:
como tan cerca lo hallé
a este lado, derribe,
Vn reuès. *Za.* Deten la mano,
Que la tienes muy pesada:
mas porque no dexas nada
a los demas, de la gloria?
que este braço la vitoria
te dio con vna pedrada.
- Iu.* Buenos estais; burla ha sido
lo que nos ha sucedido.
- Die.* El tratar de la vitoria,
y el celebrarla, la gloria

aumenta de auer vencido.
Iu. Que tratemos, serà bien,
de lo importante primero.
Die. Bien dezis. *Iu.* La voz deten,
que siento passos. *Za.* Aun bien,
que esta cerca el milagrero.
Iu. Passo adelante quien era.
Die. De buena gana riñera
con quien passò, viue Dios
que ya he descansado y vos,
don Iuan? *Iu.* Que tengais, quisiera,
Iuizio, por vida mia,
y ver lo que hemos de hazer.
Die. Podemos desde este dia
aprender Nigromancia,
y escondidos aqui, ver
El suceso deste cuento,
pues que con su encantamento
Enrico nos assegura
de ser presos. *Iu.* Es cordura,
pues que ya en este aposento
No han de boluer a buscarnos.
Die. Y este Frances puede darnos,
Y nosotros aprender
hechizos, para poder,
mudando formas, andarnos
Por la ciudad. *Iu.* Bien està.
otro capitulo và,
que en mi libro es el primero.
Za. Y el sueño a saber espero:
a quantas fojas està?
Die. Ha, quien te pudiera ver?
qual estaras, Clara mia.
si esto has llegado a saber?
Iu. Qual. estara mi muger!
Za. Qual estarà mi Lucia!
Die. Mas quien de vosotros vio
a don Garcia? *Iu.* Yo no.
Za. Yo lo vi de tres cercado,
hecho vn Marte de enojado,
mas no supe en que parò.
Die. Yo me duermo. *Iu.* Yo no velo.
Die. Donde falta el lecho blando,
a la juuentud apelo.
Za. Tendido en el duro suelo,

y el alma a Dios cuenta dando.

Vanse.

Salen don Pedro, doña Clara, y Lucia.

Pe. Hija yo voy a saber
este alboroto.

Vase.

Cl. Ven presto,
padre, que està indispuerto,
y temprano has de comer.

Lu. Todo el mundo està rebuelto,
herido el Corregidor,
muerto el Alguazil mayor,
el demonio anduuo suuelto.
Abrieron tanta cabeça
a Romero el escriuano,
derribaron vrìa mano
a Chispa, aquel buena pieça,
Que me prendio el otro dia:
bien aya quien le pegò
que de vn ladron me vengò:
està preso don Garcia,
Y yo sè, que en la prision
dà mas suspiros por ti,
que por verse preso a si.

Cl. Que impertinente aficion?
Pesame, que es camarada
de don Diego. *L.* Tu don Diego
fue, quien causò todo el fuego.

Cl. Que dizes? ay desdichada.
Don Diego? *L.* Como lo digo,
en la plaça lo oì contar,
la justicia anda a buscar
a el, y a don Iuan -su amigo.
Dizen, que el Corregidor,
por verse mas bien vengado,
a la Corte ha despachado
a pedir pesquissidor.

Cl. En que pudieron parar,
don Diego, tus trauessuras?
pero no, mis desventuras
esto deuen de causar.

Sale Andres con vn papel.

A parte.

A. Ella, por las señas, es:
oye, señora donzella?

L. Quien es? que quiere? A. No es ella
la sora Lucia? L. Y pues?
que la quiere el Sacristan?
A. La que veo es doña Clara?
L. Que, que sea? A. Linda cara:
de don Diego de Guzman
Traigo vn papel. L. Llegad luego,
pues venis a tan buen hora,
que esta sola mi señora.

Dà el papel a Clara.

A. Este te embia don Diego
de Guzman. Cl. Porte recibe:
donde queda? A. Ai lo veràs,
que yo no soy para mas.

Lee en secreto Clara.

Cl. Lleuaràs respuesta? A. Escriue,
Si quieres, y a ti, Lucia,
traigo vn recado tambèn.
L. Mas que es de Zamudio. A. Bien:
estos abraços te embia:
Llega, tomalos. que a fé,
que quando a mi me los dio
me holgué mucho menos yo,
que en dartelos me holgaré.
L. Hallòse en la resistencia?
salio herido? A. Bueno es esso:
no tiene tan poco sesso,
bien sale de vna pendencia.
Cl. Id, mancebo, en hora buena,
que aqui no teneis que hazer.
A. No escriues? Cl. No es menester.
A. Tened, dolor de mi pena,
Lucia, que por vos muero.
L. Dad a Zamudio vn recado.
A. Desdeñoso? L. Enamorado.
A. Buscad otro mensagero.
Vase.
L. Que te escriue? Ci. La locura
mayor, que en mi vida vi,
de ser preso, dize aqui,
que escapò por gran ventura:
Pero que verme desea,
y que esta noche vendra,
y avré de ir antes allà.
porque sin riesgo me vea,

Que es publico en el lugar,
que amor tiene en esta calle,
y en ella es cierto espialle.

L. Sabes donde lo has de hallar?

Cl. En este las señas leo
de la casa donde està.

L. Y tu padre? *Cl.* Amor darà
la industria, pues dà el deseo.

Vanse.

Salen el Marques, de camino, y don Diego, y don Iuan.

D. Possible es, que ayais venido,
ilustre luz de Giron,
a darla a vn pobre rincon,
a la del Sol escondido?

Es possible, que vn Marques
de Villena se ha dignado
de passar del rico estrado
a tanta humildad los pies?

M. Si tal me dezis, de vos
serà forçoso agrauiarne,
que bien puedo entrar, y honrarme
en casa en que estais los dos.

Que si tan ilustres pechos
encontrar aqui pensara,
sin otra ocasion trocara
por este los altos techos.
Mas dexando estas porfias,
si bien hijas de verdad,
porque son de la amistad
agenas las cortesias:

Dezir quiero la ocasion,
pues me la aueis preguntado,
porque esta casa he buscado.

D. Dezid, pues. *M.* Dadme atencion.

En esta Vniuersidad,
donde la sabia Minerua
oy tiene el sagrado culto,
de que està zelosa Atenas
Desde la puericia docil
a la ardiente adolescencia,
hize de mi sacrificio
a la Diosa de las letras.

Era en mi casa el segundo,
y aunque amante de las ciencias,
mucho mas me prouocaua

la milicia, que la Iglesia.
Partime a Italia, ambicioso
de las glorias de la guerra,
y al monstro en ciencias Merlin,
por mi dicha, encuentre en ella:
Aquel, que segun publican,
o verdades, o consejas,
lo concibio de vn demonio
vna engañada donzella,
Que esto puede hazer vn Angel,
si a vaso femineo lleva
el semen viril, que pierden
los que con Venus se sueñan.
Mas sigan esta question
los que siguen las escuelas,
que a mi no me toca aora
prouar sus naturalezas.
Merlin, el hijo del diablo,
su apellido comunera:
yo he pensado, que por ser
mas que humano a todas ciencias,
Yo soldado, aun no olvidado
de mi inclinacion primera,
con dadiuas, y con ruegos
gané en su pecho las puertas.
Enseñòme los efetos,
y cursos de las estrellas,
que el entendimiento humano
hasta los cielos penetra.
Las chiromanticas lineas,
con que en la mano a qualquiera
de su vida los sucessos
escriue naturaleza.
Supe la fisonomia,
muda, que habla por señas,
pues por las del rostro dize
la inclinacion mas secreta.
Sutiles eutropelias,
con que las manos se adiestran,
y a la vista mas aguda
engaña su ligereza.
De numeros, y medidas
las demonstraciones ciertas
por Matematica supe,
y supe por Arismetica.

Estudiè en Cosmografia
el sitio, la diferencia,
longitud, y latitud
de los mares, y las tierras.
Y por remate de todo
la Arte Magica me enseña,
de cuyo efeto las causas
no alcança la humana ciencia,
Pues con caracteres vemos,
y con palabras ligeras,
obra prodigios, que admira
la misma naturaleza.
En esto de que murio
mi hermano mayor, las nuevas
fueron causa, que de Italia
diesse a Castilla la buelta.
Fuime a viuir a la Corte,
que parecen bien en ella
las cabegas de las casas
a acompañar su cabeça.
La parlera fama alli
ha dicho, que ay vna cueua
encantada en Salamanca,
que mil prodigios encierra.
Que vna cabeça de bronze,
sobre vna Catedra puesta,
la Magica sobre humana
en humana voz enseña.
Que entran algunos a oirla,
pero que de siete que entran,
los seis bueluen a salir,
y el vno dentro se queda.
Yo, desta ciencia curioso,
incitado destas nuevas,
supe de la cueua el sitio,
y partime solo a verla.
La cueua està en esta casa,
sino mintieron las señas;
pero, que verdad dixeron
muestra el hallaros en ella.
Porque sino es por encanto,
impossible es, que cupieran
dos hombres, que son tan grandes,
en casa que es tan pequeña.
D. Gran don Enrique, jamas

para hazaña tan honesta
a Principe destos tiempos
vi calgarse las espuelas,
Trocar las fiestas, y gustos
al trabajo de las letras,
y el encanto cortesano
por vna encantada cueua.
Acción de Principe heroico,
accion en efeto vuestra,
que sois quien del gran Maestre
el valor, y sangre hereda.

M. Para quien viene a saber,
larga digression es essa.

D. Oid de la cueua, Enrique,
la relacion verdadera.

Retorica la fama, de figura
alegorica vsando, significa
la verdad de la cueua en la pintura.

Esta que veis obscura casa chica,
cueua llamò, porque su luz el cielo
por la puerta no mas le comunica.

Y porque vna pared el mismo suelo
le haze a las espaldas con la cuesta,
que a la Iglesia mayor leuanta el buelo

Y la cabeça de metal, que puesta,
en la Catedra dà en lenguaje nuestro
a la duda mayor, clara respuesta.

Es Enrico, vn Frances, que el nombre vuestro
el mismo de vagar, los mismos casos,
y el que tuuistes vos, tuuo maestro.

De Merlin, como vos, siguió los passos,
y al fin prodigo aqui de su riqueza,
de Magia informa juveniles vasos

Y porque excede a la naturaleza
fragil del hombre su saber inmenso,
se dize, que es de bronze su cabeça.

De siete que entran, que vno pague el censo,
los pocos, que de muchos estudiantes,
la ciencia alcançan declararnos pienso.

La falda ocupan muchos caminantes
al Apolineo monte, y pocos besan
las aras en la cumbre relumbrantes.

Enrico està en escuelas, que no cessan
en casi edad caduca sus intentos
de seguir el estudio, que professan.

En ellas oye humildes rudimentos
de las ciencias que ignora, y dà en su casa,
de las que sabe, claros documentos
En viendolo, vereis, que ha sido escasa
la fama en metaforicos pregones,
pues la verdad sus limites traspasa.
Dichosa España, que de dos varones
goza en vn tiempo tales dos Enricos:
seran de oy mas, sus celebres blasones.
Mas no conuienen Coronistas chicos
a grandes cosas, y hechos inmortales,
dexolo a estilos de caudal mas ricos.
Y porque ya sepais los desiguales
casos, que a choça tal nos han traido,
oid en breue suma largos males.
En cierta resistencia auemos sido
culpados, muertos huuu, y mas de nueue
acompañò el Corregidor herido.
Tocò a rebato, y la irritada plebe
en tal numero crece, que al espesso
graniço imita, que del cielo llueue.
Fuerça fue retirarnos, yo confiesso,
que me faltò el aliento, y ya seria
resistir, no valor, mas poco sesso.
Con alas gran caterva nos seguia,
aqui entrè perseguido, y con encanto
de sus ojos Enrico nos desvia.
Quedamonos aqui, porque entretanto
con sus Artes el viejo nos defienda,
que nos dà libertad el cielo santo.
Mas ay, que allà dexamos vna prenda,
don Garcia Giron vuestro pariente,
que al valor de esse pecho se encomienda.
Preso quedò en la lucha, y duramente
lo tienen en la publica aherrojado,
sin darle carcel a quien es decente.
Dizese, que a la Corte han embiado
por vn pesquisidor, yo a que lo impidan
por la posta a mis deudos vn criado.
Pero los cielos, que jamas oluidan
vn pecho de desdichas oprimido,
en vos con el remedio nos combidan
Pues a tal ocasion os han traido.

Ma. Don Diego, la explicacion
de la cueua que he buscado

extraño gusto me ha dado,
y puesto en obligacion.
Mas corrido me confieso,
de ver, que estè don Garcia,
Giron de la sangre mia,
en carcel publica preso.
A vn criado de mi casa
deuiera el Corregidor
hazer diferente honor,
ardiente furia me abrasa.
Rabiando està el alma mia,
amigos, ya por vengar
tan injusto agrauio, y dar
libertad a don Garcia.
Quedaos a Dios. *Die.* A el suplico,
que vida inmortal os dè.

Mar.

Luego a veros boluerè
y a gozar del sabio Enrico. *Vase.*

Die.

Que dezis? *Iu.* Que ya no dudo
de tener fin venturoso,
que medio mas poderoso
darnos la suerte no pudo.
A mi esposa es bien que escriua
destas nuevas vn papel.

Vase.

Die.

Bien es, que en mal tan cruel
este consuelo reciba.

Salen doña Clara con manto, y Lucia.

Cl.

Querido dueño mio.

Die.

Bien de mi pensamiento,
que exceso? que milagro? que portento
estoy viendo? es verdad, o desvario?
vn pequeño rincon triste, y sombrío,
cielo ya venturoso,
es del Sol mas hermoso,
que el que, por inuentor del claro dia,
tiranizo la humana idolatria?

Cl.

Ay mi bien, que te espantas?
tus excessos me obligan a este exceso.

Die.

Ho, feliz, que entre desdichas tantas
mas que amoroso conseguí trauiesso.

Cl.

Como escriuiste, que esta noche irias
a verme, dueño mio,
temi tus desuenturas, y las mias:
y assi, por cuitar tu desvario,

y mirar por tu vida, me he arrojado
a exceder de la esfera de mi estado.
Que desdichas son estas? que locuras?
tu me tienes amor si amor tuvieras,
tu inclinacion indomita oprimieras,
porque a mis penas duras
no diessen ocasion tus traessuras.

Die. No te aflijas, mi bien, que pues te veo,
nada queda que espere mi deseo.

Cl. Tu, señor, retraido?
don Diego de Guzman en vna cueua.
tan humilde escondido?

Die. No ya humilde la llames, pues ha sido
Oriente celestial de luz tan nueua.

Cl. En riesgo tan cruel, que determinas?
en trance tan estrecho,
que medios imaginas?
mira si pueden dar en tu prouecho
sangre mis venas, coraçon mi pecho.

Die. Solo tu sentimiento,
señora, es el que siento;
lo demas todo es nada.

Cl. Todo es nada, don Diego?
quando el lugar se abraçe en viuo fuego,
quando el Corregidor de vna estocada
vengança pide, ciego?
quando tres escriuanos
del rigor se lamentan de tus manos?
y el Alguazil mayor por vna herida
al cielo da las quejas, y la vida?

Die. Pues que es esso?

Cl. Que es esso? haràs que pierda el sesso.

Die. Ves essa resistencia?
essas heridas vès, vès essas muertes?
vès estas quejas? y contrarios fuertes?
heridas, y alborotos?

Cl. Ya los veo.

Die. Pues mucho mas me aflige mi deseo.
La vida has ofrecido
a remediar mis males.
para estos mas mortales
menos, mi bien, te pido.

Cl. Que bien las cosas mides!
menos me pides, y el honor me pides?
sin la mano querias

- gozar las prendas mias?
Die. Si a tu bien. dulce dueño, conduxesse,
que yo tu esposo fuese,
yo que mas bien queria?
mas ay, señora mia,
si miro en tu belleza
opuesta la fortuna
a la naturaleza.
si es la necesidad mas importuna,
quanto es mas la hermosura, y la nobleza,
y yo soy por igual pobre y honrado,
como sere tu esposo,
para verme, mi bien mas obligado,
y menos poderoso?
- Cl.* No estas enamorado,
que el niño Amor no alcança
tanta razon de estado
para burlar, ingrato, mi esperança
hallas tantas razones?
o que poco te ciegan tus passiones!
- Die.* Tu si, que a tu honor miras;
mientes, si dizes, que de amor suspiras:
en que deuda me pones,
si en reciproco trato de Imeneo
la execucion me vendes del deseo.
Vete, falsa, y no digas, que me quieres,
que no es amor amor interessado:
ya estoy desengañado,
que solo en lo que aora te he pedido,
prouar tu amor mi pensamiento ha sido,
que no verlo, enemiga, executado,
sin ser esposo tuyo,
y pues prouè tu falsedad, concluyo,
con que de aqui adelante
ni quiero ser tu esposo, ni tu amante.
- Cl.* Quedate, falso, tu, que pues arguyo
tu engaño de tu prueua cautelosa
no quiero ser tu amante, ni tu esposa.
- Vanse.*

Acto segvndo

Sale Zamudio Por vna puerta con vnas alforjas, y por otra don Diego en cuerpo con espada, de color.

Za. Yo sea muy bienvenido.

Die. Ya te estaua deseando:
como vienes? *Za.* Vengo andando.

Di. que has hecho? *Za.* Lo que he podido.

Die. humor traes. *Za.* Esta alforja
toda la prouança tiene
de lo que he hecho, que viene
de cartas hasta la gorja.
Y porque quien te escriuió,
sepas en termino breue,
ningun Principe te deue
la carta que recibio.

Die. Al fin al fin Caualleros.

Za. Todos los señores vi,
qualquier cosa harán por ti,
aunque toques en dineros.
Cartas de fauor dara
qualquier dellos a montones,
que como renunciaciones
las firman a resmas ya.
La grandeza, y el valor,
la cortesia, y nobleza,
la humanidad, y largueza
viue en ellos: mas señor,
Que trage es este? *Die.* El estado
lo requiere, en que me veo:
que ay de Madrid? que deseo
saber lo que te ha passado.

Za. Alla vi a tu doña Flor
buelta en plato. *D.* En plato? *Z.* Si,
que en la comedia la vi
Puesta en vn aparador.
Pero no sola esta ingrata
el aparador tenia,
que muchos platos auia,
y los mas dellos de plata.
Miraua yo desde el vanco
en los platos relumbrantes
de almendra y passa los antes,

los postres, de manjar blanco.
Tal fiesta ahí se celebra,
que halla qualquier combidado
platos de carne, y pescado,
como en Viernes de Ginebra.
Al salir se han de servir
los platos de la vianda,
que al entrar son de demanda,
y de vianda al salir.
Vieras, mirando a estos platos,
mil mancebitos hambrientos,
qual suelen mirar atentos
carne colgada los gatos.
Ellas no pueden sufrillo,
y por pagarse, también
de quantos abaxo ven
están haziendo platillo.
Su capitulo primero,
es, si vno regala, o no:
segundo, si regalò:
si regalarà, tercero.
Y con tal gasto, y espacio
siguen materia tan mala,
que en regala, o no regala,
gastan todo el cartapacio.
Mas como con lo que a ti
te ha sucedido estos días
no me atajas? *Die.* Diuertias,
Zamudio, mi pena assi.
Za. Como va de sentimiento
con doña Clara? Porfia
en su tema? *Die.* Toda via
apellida casamiento.
Si al de Ayamonte heredara,
no estuiera mal casado,
que don Pedro Maldonado,
padre de la hermosa Clara,
De los Caualleros es
de blasones mas felizes
Za. Missas de salud le dizes,
inmortal será el Marques.
En gran confusion te veo.
Die. Pues ya vna traça fabrico
con vn encanto de Enrico,
para lograr mi deseo,

Y venga lo que viniere.
Za. Y esso sin casarte? *Die.* Si.
Za. Pues, señor, cuerpo de mi,
todo lo pierde el que muere.
Con razon te determinas,
come, si hambriento te vès,
y mas que salga despues
a poder de melecinas.
Za. En esso me viera. *Die.* En que?
Za. En hablar como Lucia
dè fin a la pena mia,
sin que la mano le dè,
Que viue Dios, que no huuiera
en el mundo inconueniente,
ni imposible tan valiente.
que por vencer, no venciera.
Die.. Imitasme de este modo,
pues en no casarte dàs.
Za. Señor, si a la Corte vàs,
lo aborreceras del todo.
Die. Aqui se quede el amor,
que en su encanto diuertido,
de preguntarte me oluido,
si viene el pesquisidor.
Za. Ni ha sido nueuo, ni injusto,
que en el juuenil cuidado
quando el Consejo de Estado
fue primero que el del gusto?
Die. De lo importante tratemos.
Za. Hablaron al Presidente
qual tu amigo, y qual pariente;
mas pesquisidor tenemos.
Die. Que me dizes? *Za.* que no es hombre
el Presidente de ruegos,
vence a Romanos, y Griegos
de recto, y sabio, en el nombre.
Die. Y viene ya? *Za.* Atras quedò,
muy presto aqui lo tendras.
Die. Que buena nueua me das!
Za. Y mondo nisperos yo?
A ti, y al pesquisidor
traigo cartas por mitad,
para ti, las de amistad,
para el, las de fauor.
Pero dime, que se ha hecho

don Iuan. *Die.* Por ser, como vès,
esta cueua para tres
aposeno tan estrecho,
Y por estar de su casa
cerca la Iglesia mayor,
retraido alli, mejor
estos infortunios passa.

Za. Bien haze. *Die.* Quiero leer,
mas los dos Enricos son
los que vienen.

Salen el Marques, y Enrico con manteo, y sotana, y bonete.

En. La opinion
a verme os pudo traer:
Pero la verdad no puede
deteneros. *Mar.* Que humildad!
bien sè yo, que la verdad,
Enrico, a la fama excede.
Don Diego. *Di.* Señor, si dà
en honrar con su presencia
esta casa Vueselencia,
claro palacio la harà.
Y yo con visitas tales,
no solo no sentirè,
mas antes celebrarè
por venturosos mis males.

Mar. En vna carta lei
de las que a Lucilo escriue
el gran Seneca, que viue
el sabio dentro de si.
Al cayado, y la corona
en la choça, y el palacio
le sobra todo el espacio
que no ocupa su persona.
Y assi ni miro en grandeza,
ni en pequeñez de lugar,
porque está con respirar
contenta naturaleza.
Y yo esta cueua sombria
prefiero al palacio rico,
pues aqui de vos, y Enrico
se goza la compañía.
Que ay de negocios? *Die.* Señor,
la feliz nueua me dad,
si ha dado ya libertad
al preso el Corregidor.

Mar. Hasta aqui no lo han dexado
los Medicos visitar,
que importa assi, por estar
de la herida dessangrado.
En estando bien dispuesto
lo visitaré. *Die.* Conuiene
la diligencia, que viene
el pesquisidor muy presto.

Mar. Quien el mensagero ha sido
dessa nueua? *Die.* Este criado,
que oy de la Corte ha llegado.

En. Zamudio, que ya has venido?

Za. Si señor, y no creeria,
sin verlo, que preguntara
vna cosa que es tan clara,
quien sabe Nigromancia.

Die. Calla, bachiller. *Za.* En Artes
por Salamanca lo soy.

Mar. Segun lo que viendo estoy,
lo seras por todas partes.

Za. Los bachilleres aqui
en todas partes lo son,
que es desta escuela essencia.

Mar. No se perdera por ti.

Die. Perdonad, por vida mia,
a este grossero hablador,
que nunca a los de su humor
obligó la cortesia.

Za. Si antes que a la Corte fuera
de bufon me motejaras,
sin duda que me obligaras
a que vn desatino hiziera.

Mar. Que te obliga a reparar
despues que a la Corte has ido?

Za. Estar allá muy valido
todo medio de agradar.
La lisonja, y el gracejo
en las nubes, necedad,
el desengaño, y verdad,
la fineza, y buen consejo.

Die. Ya satirizas? detente,
no dês en murmurador.

Za. No me detengas, señor,
que viue Dios que rebiente.

M. Dexalde hablar. *Z.* No has estado

en la Corte, que por esso,
aunque en todo eres trauiesso,
eres en esto auisado.
Lleuòme vn amigo vn dia
allà a vna junta de hablantes
arrojados, y ignorantes,
y el vno dellos dezia:
Brauas joyas, y vestido
ha echado doña fulana,
mas es hermosa, y lo gana
con preceto del marido.
Codeò mi camarada,
y dixo El que hablando està
come de lo que le dà
vna hija emancipada.
Andar, dixo otro mocito,
el marido no haze bien,
porque en la Ley de Moysen
tal preceto no ay escrito.
Segunda vez codeò
mi amigo, y dixo: El moçuelo
lo sabe bien, que su abuelo
en Granada la enseñò.
Andar, otro reposado,
con vn suspiro profundo,
dixo: esos gozan del mundo:
ay del pobre, que es honrado.
Vi venir otro codazo,
mas escapeme, y sah,
porque a detenerme alli,
sacara molido el braço.
Die. Que la Corte sufra tal!
Za. Pues esto es mucho? vn Letrado
ay en ella tan notado
por tratante en dezir mal,
que en lugar de los rezelos
que dàn las murmuraciones,
siruen ya de informaciones
en abono sus libelos.
Y su enemiga fortuna
tanto su mal solicita,
que por mas honras que quita,
jamás le queda ninguna.
Die. Quando tuuiste lugar
de ver tanto? Za. Es menester

mucho tiempo, para ver
lo que nos ha de enfadar?
Ma. Al fin con la Corte vienes
enemistado? *Za.* No vengo,
que con su grandeza tengo
gran simpatia. *En.* Que tienes,
Zamudio, por simpatia?
Za. A caso para saber
traduzilla. es menester
estudiar Nigromancia?
Que falso estais! ya sabemos
que sois Magico, mas yo
lo soy tambien, y sino,
para prouarlo, apostemos,
Que sin quitarme de aqui,
y sin que el pulso me deis,
os digo donde teneis
vn dolor. *En.* Adonde?
Dale vn golpe Zamudio, y señala donde le da.
Za. Aì.
En. Pagareismela a fè mia.
Za. Aqui no os valio la ciencia.
Die. Majadero, la insolencia
no entra en la bufoneria.
Ma. No le riñais, que no vi
jamás tan raro sugeto.
Za. Soy tan raro, que os prometo
que se vio quando naci
Vn caso, que ni se vio
otra vez de Adan acà,
ni otra vez sucederà,
Ma. Y fue el caso? *Za.* Nacer yo.
Mamola. Die. Que grosseria!
Ma. Pagareisla por mi fè.
Die. Vete a descansar. *Za.* Si harè,
mas será viendo a Lucia.
Ma. Buenos nos dexas. *Za.* Señores,
contra estudiante gorrón,
salmantino socarrón,
non prestan incantatores.
En. Presto lo vereis. *Za.* Lucia.
Sale Lucia con manto, y vna canastilla cubierta, y vna bota.
Lu. *Zamudio. Di.* Mucho me holgara
que este arrogante prouara,
si vale Nigromancia

Ma. Contra gorrón Salmantino.
Vna burla le he de hazer
bien graciosa. *En.* Para ver
la que yo hazerle imagino
Os retirad a esta parte.

Die. Pues juntos de Magia veo
los dos Apolos, deseo
veros exercer el Arte.

Vanse los tres.

Za. Tanto ha podido la ausencia!

Lu. Tanto la ausencia ha podido,
que en mi coraçon ha hecho,
lo que no tantos seruicios!
La memoria, sin cessar,
luchando estaua conmigo
representando tus hechos,
y refiriendo tus dichos.
Al fin oi, quando passaste
por mi calle de camino,
te estaua embiando el alma
a la Corte mil suspiros.
Mas en viendote en achaque
de ir a xabonar al rio,
para merendar los dos
preuine este canastillo.
Vèn, porque a orillas del Tormes
Haga los peñascos frios
de mi firmeza, y mi gusto
mudos, y eternos testigos.

Za. Vamos, mi bien, entretanto
que a la ausencia sacrifico,
por lo que alcanço por ella
lo que en ella he padecido.
Harela estatua de barro,
pues no puedo de oro fino,
colgare vn gorrón de cera
en su templo, agradecido.
Que si vn Rey a las cebollas
altares, y templos ricos,
porque con ellas sandò
de unas quartanas, le hizo.
Mas lo merece la ausencia,
pues que por ella mitigo
las fiebres de mi deseo,
y de tu desden los frios.

Lu. A Tormes hemos llegado
sin sentir. Za. Forçoso ha sido,
que con buena compañía
no se sienten los caminos.

Pongase vn canal de dos peñas. La vna, que sirue de escotillon al tablado: en esta se sienta Lucia. La otra vara y quarta en alto, sobre la qual està formada vna peña de lienço hueca, y en ella está escondido vn leon. Descubre Lucia el canastillo, en cuya boca ha de estar vna tablilla de su tamaño, con pan y fruta, y tozino fingido: y en diziendo Zamudio, blasfemasti, etc., tornala a cubrir Lucia con el lienço y tira de vn cordelillo que ha de tener la tablilla con que se buelue, y queda hazía arriba carbon, que ha de estar fingido, assienta la canastilla, y toma Zamudio la bota, y al leuantarla para beuer, se la toman de dentro de la peña.

Lu. Debaxo deste peñasco
para estar mas escondidos,
a merendar nos sentemos.

Za. O peñasco, paraiso,
Donde estos postreros padres
tendran los primeros hijos.

Lu. Fruta de Toro te traigo,
pan de flor, pernil cozido,
Empieça a comer, Zamudio.

Za. Blasfemasti contra el vino,
que fuera de que el lugar
primero le es tan deuido,
El fuego ha de estar debaxo,
segun buenos aforismos,
para hazer el cozimiento.

Lu. Dizes bien. Za. Que huuiera sido
De nosotros, a no auer
tantos Moros, y Iudios?

Lu. Porque? Za. Porque si en el mundo
todos comieran tozino,
Y beuieran vino todos,
quien alcançara vn pellizco?
a la salud de los dos
encantadores Enricos.

Assi no puedan vengarse
de mis muecas sus hechizos:
que es esto? que es de la bota?

Lu. Yo que sè? Za. Tu la has cogido.

Lu. Buscala. Za. Valgame Dios,
hala tragado este risco?
las peñas suelen dar agua,
mas no suelen beuer vino.
Pues los dos estamos solos,

ya que la bota he perdido,
al pan, y tozino apelo:

Descubre el canastillo, y parece el carbon.
mas que es esto? viue Christo,
Que quanto estaua en la cesta
en carbon se ha conuertido.

Lu. Es esto encanto, Zamudio?

Za. Los Magicos imagino
Que andan por aqui, Lucia,
no tengas miedo, bien mio,
que almenos en las personas
no tiene fuerça el hechizo.

Va a abraçar a Lucia, y hundese, y cae el leon en su lugar, y abraçalo, y vase el leon.

Goze yo tus dulces braços,
que del encanto me rio:
valgame san Anastasio,
san Panucio, san Francisco,
San Hernando, san Gonçalo,
san Baltasar, san Cirilo,
valgame las Letanias.

Salen don Diego, el Marques, y Enrico.

En. Tente, Zamudio, que has visto?

Za. Guarda el leon. *En.* Que leon?

Die. Estremada burla ha sido.

Za. Adonde estoy? *En.* En mi cueua.

Za. No estaua agora en el rio?

En. Non prestan incantatores
Contra gorrón Salmantino.

Za. No imaginè que serian
los Magos tan vengatiuos;
pescar la merienda, vaya,
Y vaya ausentar el vino,
mas hazer brindis al gusto
para deleites laciuos,
y al tiempo de cierra España.
En su punto el apetito,
conuertir vna muger
en leon, y quando embisto
a tocar manos, y labios
Topar garras, y colmillos:
viue Dios que fue mal hecho,
y el inhumano que hizo
tal metamorfosis, fue,
No burlon, sino enemigo,
y para desagrauiarme,

- lo reto, y lo desafio.
- Mar.* Tente, que yo quiero hazer
Estas pazes con Enrico,
y porque salga el remedio
de donde el daño ha salido,
pues por hechizo perdiste
Tu dama, por vn hechizo
que he de enseñarte, la harás
que ciegue amor sus sentidos.
- Za.* Ha de auer otro leon?
- Die.* Esso es miedo. *Za.* Algun Iudio
tendra miedo a los encantos,
que yo creo en Iesu Christo.
- Mar.* Por la fè- de Cauallero
De cumplirte lo que digo,
si tienes animo tu.
- Za.* Poco sabes de Cupido,
mas animoso serè
Que el ingenio mas diuino
que se atreue a hazer comedias,
despues que se vsan los siluos.
- Mar.* Pues oye lo que has de hazer.
Oy dà capital castigo
la justicia a vn delincente,
y sus miembros diuididos
para publico escarmiento,
Han de ocupar los caminos,
pues como de su cabeça
quites dos dientes tu mismo,
verás rendida tu ingrata.
- Za.* Dientes tiene el artificio,
porque me puede agarrar
la justicia en el camino,
y ponerme donde siruan
Mis dientes a otros hechizos.
- Mar.* En esto yo te asseguro.
- Za.* Yo no. *Die.* No basta dezillo,
necio, el Marques de Villena?
- Za.* Es algun joyel de vidro
la vida, para arrojarla
a tan notorio peligro?
Dale vna sortija.
- Mar.* Seguro vàs, con que lleues
En el indice este anillo,
por la fè de Cauallero.

Za. Agora si te acredito,
que aunque tan poca se vè
En los nobles destos siglos,
es, porque toda a la casa
de Giron se ha retraido.

Vase.

Die. Que burla hazerle podeis
Tras lo que aueis prometido?

Mar. Veis todo lo que he jurado?
pues todo pienso cumplirlo,
y conseguir mi intencion:
Porque lo que yo le he dicho,
es. que irà seguro, y tiene
essa virtud el anillo,
y que si quita dos dientes
El mismo al cadauer frio,
verà rendida su ingrata:
yo cumplirè lo que digo,
si el los quita. Die. Pierda el necio
escarmentado los brios.

En. Solo despreciò las ciencias
quien no las ha conocido.

Vanse.

Sale vn verdugo con vn varal, y en la punta del vna cabeça mete el varal, que ha de ser de dos varas, en vn agujero en medio del teatro, y vase; Zamudio sale tras el.

Za. Verdugo de Barrabas,
Donde piensas dar conmigo?
ya de mi intento el castigo
en el cansancio me dàs.
La cabeça desdichada,
de su cuerpo diuidida,
despues de perder la vida,
adonde va desterrada?
Gracias a Dios, que te plugo
parar, que ya yo temia,
que por encanto me huìa
la cabeça, y el verdugo.
Mas no, su palabra ha dado
el Marques, y cumplirá
como Cauallero, y ya
sus verdades he tocado,
Pues que sin ser conocido,
ni aun visto, seguramente
por medio de tanta gente
la ciudad he discurrido.

Demonios son, viue Dios,
los Magos, yo lo confieso,
y sino me falta el sesso,
no mas burlas con los dos.
Ay, fregona, en que me pones!
mas quien, sino tu, podia
ser la Venus, mi Lucia,
deste Adonis de gorriones?
Solo estoy ya, camarada,
dos dientes me aueis de dar,
pues a mi me han de importar,
y a vos no os siruen de nada.
Abrid la boca.

El varal de la cabeça es barrenado hasta la boca, por debaxo del teatro pondra la boca en el barreno, de manera que salga la voz por la cabeça.

Cab. Ay de ti,
Zamudio. *Za.* Cielo, que es esto?
ay Zamudio, en que te has puesto?
no hablò la cabeça? si.
Humedo estoy de temor:
hechizeras animosas,
quien os da para estas cosas,
siendo mugeres, valor?
No en valde Enrico, me dixo:
si tienes animo tu,
del arte de Bercebu
los efetos me predixo.
Sin duda que es encantada
la cabeça, puede ser,
mas a mi que me han de hazer
todos los hechizos? nada.
Quexese, si se quexare,
por arte de encantamento,
que yo he de seguir mi intento,
Y tope donde topare.
Mas que sirue presumir
de valiente en ocasiones
tan fuertes, que los calçones
no me han de dexar mentir.
Animo, que lo peor
es, tener miedo a estas cosas,
que a no ser dificultosas,
que hazaña hiziera el valor?

Por el barreno del varal va vn hilo de poluora hasta la boca de la cabeça donde està vn cohete, danle fuego al hilo por debaxo del teatro, y en ardiendo tiran del varal, y hundese debaxo del teatro el, y la cabeça.

No lo dixes yo? ay de mi:
señora cabeça, digo,
que de todo me desdigo,
y como vn cuero menti.

Vase.

Sale doña Clara rompiendo vn papel, y Lucia.

Cl. Ya te he mandado, Lucia,
mil vezes, que no me mates,
ni dè recados, ni trates
de cosas de don Garcia.

Lu. Como preso està, pensè
que algo en el papel trataua,
que a su negocio importaua.

Cl. Buena excusa por mi fè:
Hazeste boba? pues sabe,
que el que vna vez malo ha sido
siempre por malo es tenido,
y para que esto se acabe,
De mi despedida estàs
desde el momento, Lucia,
que trates de don Garcia.

Lu. Señora no lo harè mas.

Cl. Vn hombre que es tan amigo
de don Diego me pretende?

Lu. El de don Diego no entiende,
que trata amores contigo.

A parte.

O amorosas variedades!
que reñidos se apartaron,
y que facil conformaron
otra vez las voluntades!

Cl. Es ya tarde? *Lu.* Las diez son:
quieres acostarte? *Cl.* Si,

Siluan dentro.

desnuda pienso que oì
vn siluo. *Lu.* Estos siluos son
de Zamudio. *Cl.* Hablalle quiero:
està mi padre acostado?

Lu. Jugando està embelesado,
los ojos en el tablero,
toda la imaginacion
en vn lance de axedrez.

- Cl.* Mire la dama esta vez,
que se le arrima vn peon.
Abre a Zamudio. *Lu.* Entrará?
o saldras al corredor?
- Cl.* Que entre Zamudio, es mejor,
porque llamarme podra
Mi padre, y no será bien,
que me halle fuera de aqui.
- Lu.* Bien dizes.
- Vase.*
- Cl.* Amor, por ti
tales excessos se vèn:
Por ti la honesta donzella
aumenta su opinion,
y el mas prudente varon
vida, y honor atropella.
El lince te sigue, ciego,
desnudo a Marte sujetas,
hieren al Sol tus saetas,
y vence al suyo tu fuego.
- Sale Lucia, y Zamudio disfrazado con vna nariz postiça.*
- Lu.* Entra quedo, y otra vez
me abraça, y di, como vienes
de la Corte? ay Dios! *Za.* que tienes?
- Lu.* Que es esto, justo luez?
- Quitase Zamudio el disfraz.*
- Za.* Buelua la piedra a su centro.
- Lu.* Todo te desconoci.
- Za.* El Frances me puso assi,
por si a la justicia encuentro,
Que al disfrazarme, juro,
con vn encanto que hazia,
que no me conoceria
la madre que me pario.
- Cl.* Zamudio. *Za.* Hermosa señora.
- Cl.* Vienes bueno? *Za.* Bueno, y tengo
mil cosas de donde vengo
que contar, no para agora.
Si ay lugar, manda a Lucia,
que passe del corredor
vn caxon, que mi señor
con este papel te embia.
- Cl.* Gusto esta nueva me ha dado,
jugando mi padre està,
passar sin riesgo podra,

sordo està de embelesado.

Vase.

Za. Que se passe vn año entero
vn viejo absorto en los lances,
cantando antiguos romances
a la orilla de vn tablero,
Diziendo, con mucha flema,
xaque, y tome mi consejo:
a huir, que viene Vallejo,
tenga, mire que se quema.
Pues que, si dà en señalar
con el dedo el axedrez?
pienso que a muerte otra vez
condena al Rey Baltasar.

Sale Lucia y vn ganapan con vn caxon de la estatura de vn hombre, ponelo en pie a raiz del vestuario.

Lu. Poned el caxon aqui.

Za. Quedo, no lo hagais pedaços.

Ga. Ni son de azero mis braços,
ni el de pluma, pese a mi.

Za. Id con Dios. *Ga.* Mande vuace
darnos para echar vn trago.

Za. Nunca yo dos veces pago.

Ga. Cuerpo de Dios, concerté
subir escaleras yo?
deualde las he subido,
quando me dé lo que pido,
iràse al infierno? *Za.* No.

Dale dinero Clara al ganapan.

Cl. Hablad mas baxo y tomad,
id con Dios, salga Lucia
con el:

Vase Lucia, y el ganapan.

nunca yo querria
por ninguna cantidad
Con gente baxa ruido.

Za. No es justo, que vn vellacon
salga assi con su intencion.

Cl. Siempre al fin queda vencido
El que pide del que dà,
vete a Dios, Zamudio amigo,
que es tarde. *Za.* El quede contigo.

Sale Lucia.

Lu. Vaste? *Za.* Quedaréme acá?

Lu. No sufrirá mi camilla

Za. ancas, Zamudio, que es corta.
Que no las sufra, que importa,
si tengo de ir en la silla?
Lu. Sin casamiento no admito
en mi cama combidado.
Za. Tu cama es vn buen bocado,
pero casarse es buen grito.
Lu. Pues quien ama, y esso niega,
tome lo que le viniere,
que si vn gorrón no me quiere,
mas de vn bonete me ruega.
Za. Pues que con tal condicion,
Lucia, te has de vender,
siempre te quieres boluer,
al abraçarte, en leon.

Vase.

Lu. Acabaste de leer?
Cl. Ya he leído. Lu. Que inuencion
es la de aqueste caxon?
Cl. Tanta priessa? Lu. Soy muger.
Cl. Oye pues, y no te espante
mi pensamiento atreuido,
que siempre el amor lo ha sido,
y sabes que soy amante.
Hame contado don Diego,
que en la cueua donde està
retraido ay vna estatua
con cabeça de metal,
Que por vn secreto aliento
de espiritu celestial
dissuelue, a quien le pregunta,
la mayor dificultad.
Dize el estado presente
de los que ausentes estan,
y de venideros casos
ciertos pronosticos dà.
Pues yo, que en vn punto tengo
de muger, curiosidad,
de enamorada, temores,
recatos de principal,
Para salir destas dudas,
la pretendo consultar,
y fingiendo otros intentos,
se la he pedido al Guzman.
El, como tiene en la mia

el Norte su voluntad,
oy la estatua me ha embiado,
que en este caxon està.
Y en este papel me embia
figurada vna señal
que formandola en su boca,
es, la que la obliga a hablar.
Dize, que quando la noche
aya hecho la mitad
de su curso, y las estrellas
vaya escondiendo en el mar,
Quien a solas la consulte
grandes misterios sabra,
y en particular en cosas
de amor, la cierta verdad:
Porque entonces esta Venus
Puesta en no se que lugar,
que es mas propicio al encanto,
que tanta fuerça le dà.
Esto contiene el caxon,
si tienes que consultar,
llega conmigo, y harè
la misteriosa señal.
Que me has de dexar, Lucia,
sola, si las doze dan,
que quiero de mis amores
saber en que han de parar.
Tendras animo, señora?
El amor me lo dará,
y tu? *Lu.* Para tales cosas
faltòle a muger jamas?
Ay alguna, que no tenga,
si ausente, o zelosa esta,
vn poco de echar las habas?
y vn mucho de conjurar?
El cedazillo el rosario,
que de esso les sirue ya!
el chapin, y la tixera,
espejo de agua, o cristal?
La candelilla, y sierpe
de cera, que bueltas dà
entre el agua, y fuego, y prendas
de la dama, y el galan?
Muger ay, que el ir a Missa
sola, gran miedo le da,

Lu.

Cl.

- y a media noche vn ahorcado
sabe a solas desdentar.
- Cl.* Cierra la puerta, Lucia,
no entre mi padre. *Lu.* Ya está
cerrada.
- Abren el caxon, parece vna estatua con la cabeça de color de metal.*
ay Dios, toda via
me da miedo su fealdad,
el cabello se me eriça,
frio de cession me dà.
- Cl.* Tambien estoy yo temblando,
si he de dezir la verdad,
pero ya estamos aqui.
- Hazele en la boca a la estatua vna señal como letra con el dedo.*
quiero hazerle la señal:
preguntale algo, Lucia.
- Lu.* Tu preguntarle podras,
que yo no sabrè, señora.
- Cl.* Confiessas tu necedad,
Que en nada se muestra vn sabio
como en saber preguntar,
y vn necio se manifiesta
preguntando mucho, y mal.
Mas pregunta, aunque te yerres.
- Lu.* Encomiendome a san Blas:
señora estatua, yo pido,
que me diga, como esta?
- Cl.* Que disparate. *Lu.* Escuchemos
la respuesta que nos da.
- Cl.* Auia de responder
a tan grande necedad?
Aun acà vn hombre ruin,
si se vè en alto lugar,
se indigna de que ninguno
le pregunte, como esta.
Y por no dar por respuesta,
que esta a su seruicio, harà
mas traças que vn estrangero,
mas trampas que vn natural.
Que quieres que te responda
esta cabeça. incapaz,
O por bronze, o por diuina,
de tener enfermedad?
Otra cosa le pregunta,
dificultosa. *Lu.* Ya và:

agora si, que has de ver,
señora, mi habilidad.

Dentro don Pedro.

Ola.

Cierra Clara el caxon.

Cl. Mi padre llamò,
vele presto a desnudar,
no se venga acá. *Lu.* Yo voy.

Cl. Cierra essa puerta tras ti,
y si pregunta por mi,
di, que ya durmiendo estoy.

Lu. Las doze dan, boluerè?

Cl. No tan presto, porque quiero
consultar sola primero
mi amor; yo te llamarè.

Lu. Tu miedo mi sangre enfria.

Cl. Estáte en el corredor,
que si me aprieta el temor,
te dare voces, Lucia.

Vase Lucia.

Amor, y desconfianza
juntos, sin duda han nacido,
que aun del amor ya creido
es fuerça temer mudança.
Perdona, don Diego mio,
que como tanto te quiero,
o firmezas desespero,
o verdades desconfio.
Mucho me obliga a creer
tu seruir, y porfiar;
mas no quererte casar
no dà menos que temer.
Y assi mi temor querria
saber en esta ocasion,
la verdad de tu aficion
O el engaño de la mia.

Abre el caxon, y sale del don Diego, que el caxon ha de tener la espalda tambien hecha puerta, que se abre hazia el vestuario, de suerte que la gente no lo eche de ver; y assi quando Clara cierra el caxon abren la puerta trasera, y quitan la estatua, y entra don Diego.

Ay, Dios. *Die.* Mi querida Clara,
no temas, don Diego soy.

Cl. Iesus. *Die.* Si contigo estoy,
que temes? muestra essa cara.
Si piensas, señora nua,

- que miente esta obscuridad,
para saber la verdad
muestra el rostro, y saldra el dia.
- Cl.* Eres don Diego, de veras?
- Die.* Pues quien otro puede ser
el que se atreua a emprender
por tu amor tales quimeras?
- Cl.* Dexame, encanto, o vision,
que eras duro bronze agora.
- Die.* Yo soy la verdad, señora,
que el bronze fue la ilusion.
Por estar aqui Lucia
aquella forma tomè,
porque solo desseè,
verte sola, gloria mia.
Que a este fin, mis ojos claros,
te escriui, que si quisieras
saber nueuas verdaderas
de amor, y misterios raros,
en passando la mitad
de la noche, sola hablaras
con la estatua. *Cl.* Muestras claras
de tu engaño y falsedad.
- Die.* Que no te he engañado creo,
pues que te vengo a mostrar
altos misterios de amar,
y verdades de vn deseo.
No son injustos, ni estraños,
señora, si bien lo mides,
en la guerra, los ardides,
y en el amor los engaños.
De que busque, no te enfades,
con vn engaño, lugar,
quien no lo puede alcançar
a fuerça de mil verdades.
- Abraçase con ella para forçalla.*
Perdoname, que no quiere
el amor que espere mas.
- Cl.* Ha don Diego, loco estás.
- Die.* Loco está, quien no lo fuere,
donde combida el amor
con tal gloria. *Cl.* Dare voces,
don Diego mal me conoces.
- Die.* Publica tu deshonor,
Que yo, aunque el mundo lo intente,

no puedo ser ofendido
del encanto preuenido.

Cl. Mal aya quien tal consiente.
Mas aunque el te ayuda tanto,
de la vitoria confio,
que sobre el libre aluedrio
no tiene fuerça el encanto.

Die. Tendranla mis fuertes braços.

Entranse peleando.

Cl. Viue Dios, que he de viuir
honrada, o he de morir
en ellos hecha pedaços.

Vanse.

Acto tercero

Salen don Diego, el Marques, y Zamudio.

Die. Señor Marques, no querria
que diesse todo el rigor
del juez pesquisidor
en el preso don Garcia:
Y ya que por vos soltarlo
el Corregidor no quiso,
o no pudo, es cuerdo auiso,
por bien, o por mal, librarlo,
Y venga lo que viniere.

Za. Todo saldra en la colada.

Mar. De esse braço, y esta espada
no ay hazaña que no espere.

Die. En vuestro valor me fio.

Mar. Pues ya en mandarme tardais,
que si vn amigo ayudais,
yo vn amigo, y deudo mio.

Die. Por Arte Magica intento,
que rompamos la prision.

Mar. Presta determinacion
dà presto arrepentimiento.
Rezelo del Rey la ira.

Die. Grandes hazañas, entiende,
que nunca bien las emprende
el que los peligros mira.
Y el Rey, llegado a rigor,
que tanto se ha de enojar?
tan gran delito es librar
a vn deudo suyo vn señor?
Tanta culpa, deshazer
el agrauio que le ha hecho
el Corregidor? sospecho,
que antes os dà a merecer.
Que delito ha cometido
contra su Rey don Garcia?
que traicion, o que heregia?
que Monasterio ha rompido?
De vna resistencia puede
hazer el Rey tanto caso?
no es cosa, que a cada passo
en todo el mundo sucede?

Y quando fuera mayor
su delito, y vuestro exceso,
cuerpo de Dios, para esso
os hizo Dios gran señor.

Mar. Si: mas los señores son
de la Republica espejos.

Die. Que intempestiuos consejos!
que cordura sin razon!
Llegar a viejo pensais,
sin ser moço, por ventura?
o para la edad madura
las mocedades guardais?
Pero no sois menester,
que yo, aunque pobre escudero,
basto solo, y solo quiero
tan justa hazaña emprender.
No de vuestro encantamento
pendiente el remedio està,
que el Frances me ayudará
para tan honrado intento.

Y quando no pueda tanto
yo con el Arte encantada,
tengo vn braço, y vna espada,
que pueden mas que el encanto.

Mar. Para darle libertad
mas cuerdo medio apercibo,
que serà cierto, si escriuo
sobre ello a su Magestad.
No de otra suerte, que son
en los mas grandes señores
mas culpables los errores:
esta es mi resolucion.

Vase.

Die. Que assi se me aya escusado
don Enrique? *Za.* Cuerdo es:
que dize del el Frances?

Die. Largamente ha disputado
De Arte Magica con el:
admirado el viejo està,
y despues de Merlin, dà
a don Enrique el laurel.

Za. Ay de mi, que lo he prouado,
y vi vna cabeça hablar,
mas acaba de contar
lo que auias començado.

Die. En que estauamos? *Za.* Dezias
de doña Clara el valor,
quando por fuerça, o amor
sujetarla pretendias.

Die. Yo, pues, con su resistencia
mas abrasado me vi,
como a la palma oprimida
el peso ayuda a subir.
Crece en la discorde lucha
el venereo ardor en mi,
y en ella el Marcial esfuerço,
sino tema mugeril.
Entre ruegos, y amenazas,
con estar tan ciego, vi
pintar los afectos varios
en su rostro vn vario Abril.
Ya el temor en las mexillas
esparze blanco jazmin,
ya la virginal verguença
vierte clauel carmesi.
Llora sudor de congoxa
el animado marfil,
que es todo el cuerpo a llorar,
si es toda la alma a sentir.
Las lagrimas perlas son,
que entre el diamante, y rubi
coge el cabello esparzido
en hilos de oro sutil.
Estos imitan los rayos,
que el Sol derrama al salir
sobre la escarcha de Enero,
o la floresta de Abril.
Quando con mis fuertes braços
ciño su cuerpo gentil,
enlaçados considero
a Venus, y Marte assi.
Mas con afectos trocados,
porque Venus està en mi
de amoroso, Marte en ella
de esfuerçada y varonil.
Quien vio la amorosa yedra
a vn muro de nieue asir?
o por arbol de diamante
trepar la halagueña vid?
Su honor opone à mi ruego,

a mi fuerça, el resistir,
a mi terneza, vn demonio,
a mi enojo, vn Serafin.
No sé que haga perdido,
medios prueuo mas de mil,
doile palabra de esposo,
juro, que la he de cumplir.
Quien pensara, que muger
que jura morir por mi,
en tal ocasion con esto
no diera a mis ansias fin?
No precio palabras, dixo,
que nunca, don Diego, vi
al que deseoso ofrece,
arrepentido cumplir.
Si ser mi esposo pensaras,
no huuieras venido assi,
que no busca malos medios
el que camina a buen fin.
Si has de casarte, no quieras,
que aya yo sido ruin,
y si me engañas, no quiero
quedar sin honra, y sin ti.
Y para acabar porfias,
yo me determino aqui
a no cumplir tu deseo,
o entre tus manos morir.
Con esto yo en tema el gusto,
y en furia el amor bolui,
y determinè forçar,
pues no pude persuadir.
Cogi mi Daphne en los braços,
menos la pude rendir,
que hecha vn globo de diamante,
tuuo sus fuerças en si.
En esto nos hallò el Alua,
y como la vi reir,
auergonçado, y vencido,
de la estacada sali.
Za. Que llamas, señor, vencido?
que dizes, auergonçado?
quien tan gran honra ha ganado?
quien tal vitoria ha tenido?
Si casandote pudiste
gozalla, y no te casaste,

la mayor palma alcançaste,
que a ti mismo te venciste.
Si el no podella vencer
por fuerça, te auergonçò,
cosa es, que nadie alcançò,
el forçar vna muger.
Propuso vn hombre el agrauio
de otro, que forçado auia
vna hija que tenia:
mas el juez, como sabio,
Su espada desembainada
al querellante le dio,
y el con la baina quedò,
y dixo: Embaina essa espada:
El juez aqui, y alli,
la baina apriessa mouia,
el, que acertar no podia
con la baina, dixo assi:
Como he de embainar la espada,
si la baina no està queda?
el dixo: Con esso queda
vuestra causa sentenciada.
Assi, que sino pudiste
este imposible alcançar,
consuelate con pensar,
que el de vencerte venciste.
Y piensas boluella a ver?

Die. Entre el agrauio, y la pena,
hallo, que es muger tan buena,
buena para mi muger.

Za. No hará poco, si te quiere
para marido, señor,
quando dà el pesquisidor
premio a quien te descubriere,
Y a quien te encubra, castigo.

Die. Quien essa nueua te ha dado?

Za. Oy assi se ha pregonado,
y està desuerte contigo,
Airado el Corregidor,
que por poderse vengar,
jura, que ha de auenturar
hazienda, vida, y honor.

Di. Pues guardese de don Diego,
que estoy restado. *Za.* Señor,
pienso que fuera mejor,

tomar las de Villadiego.

Vanse.

Sale don Garcia con prisiones.

Gar. Quando la noche a su amador Morfeo
tiende lasciua el amoroso braço,
y en su dulce regaço
pierde el cuidado, y logra su deseo,
de sus vrnas vertiendo, celestiales,
descanso igual a todos los mortales.
A mi de su licor parte no alcança,
todo de mis pesares ocupado,
el cuerpo aprisionado,
cautiua el alma agena de esperança,
pues nunca a Clara condolida veo,
ni aliuio en mi prision, ni en mi deseo.
Mas que subita luz tan a deshora
desta prision la obscuridad desvia?
si ya amanece el dia!
mas ni aqui llega el Sol, ni entra la Aurora
con modo por jamas vsado abiertas
de la carcel estan las duras puertas.

Salen don Diego, y Zamudio con vna hacha encendida.

Don Diego de Guzman no es el que veo?
cielos, el es, que dudo? amigo caro,
dezieme, quien tan raro
milagro obrò? es engaño del deseo?
como solos abris en horas tales
los dos tan libremente estos vmbrales?

Die. Ya que de vuestro deudo don Enrique
obra el fauor ha hecho tan estraña,
no ay impossible hazaña
a que el animo yo por vos no aplique,
que no he de estar yo libre, don Garcia,
y preso vos, mitad del alma mia.

Quitale las prisiones.

Sacad los nobles pies del hierro duro,
y gozareis del cielo la pureza,
que no a vuestra nobleza,
Giron, conforma el calabço obscuro.

Gar. O raro exemplo, eternamente cante
la fama al mundo, amigo tan constante.
Como la cera al Sol, en vuestra mano,
el hierro desconoce su costumbre,
no a bramadora lumbre,
no a golpe fuerte del feroz Vulcano

el metal pertinaz assi obedece.

Die. Tanto la humana ciencia resplandece.

Sale vn preso primero.

I. Que es aquesto, santo cielo?
don Diego es, por Dios, señor,
yo tambien, a tu valor,
del Corregidor apelo.

Die. Porque causa preso estàs?

I. Don Sancho se ha querellado,
de que en su casa me ha hallado
con vna hija suya. *Die.* Ay mas?

I. No mas. *Die.* Injusta querella
don Sancho de ti formò,
porque si ella te admitio,
la que le ha ofendido es ella:
Libre vas.

Vase 1.

Tu porque estàs
preso? dilo breuemente.

Sale vn preso segundo.

2. Porque matè vn maldiciente.

Die. Que buen gusto! libre vas.

Vase 2.

Y tu porque?

Sale vn preso tercero.

3. Di a vn cochero
essento vna cuchillada.

Die. Cosa tan bien empleada
la premiara yo primero.
Libre vas.

Vase 3.

Sale el Alcaide con llaues, y baston.

Al. Que es lo que estoy
mirando, cielos? abiertas
tan de par en par las puertas?

Die. Quien sois? *Al.* El Alcaide soy.

Die. Callad, si quereis viuir:
dadme de entradas el libro.

Al. Si desta con vida libro,
religioso he de morir.

Vase.

Gar. Don Diego, que es lo que hazeis?
todos los presos echais?
estais loco? no mirais
el riesgo a que nos poneis?

Die. En esto que veis he dado,
y mas, si pudiesse, haria,
porque quedeis, don Garcia,
del Corregidor vengado.

Za. Pague assi las obras malas,
y sepa con quien las ha,
que el cueruo no puede ya
ser mas negro que las alas.

El Alcaide saca vn libro lleno de poluora, ponelo sobre vn agujero pequeño del teatro.

Al. Este es el libro, señor,
que todo mi cargo encierra.

Die. Poneldo, Alcaide, en la tierra,
dezid al Corregidor,
Que don Diego de Guzman
le quiere dar a entender,
quanto le excede en poder,
que estas obras lo diran.
Que aya paz entre los dos,
y pida a su Magestad
mi perdon y libertad:

Dan fuego al libro por debaxo del teatro.

porque sino, viue Dios.
Que del modo que se abrasa
este libro, y con querer
solamente lo hago arder,
lo he de abrasar en su casa.

A parte.

Al. Assi lo harè: tan estraños
portentos quien los creerà?
o se acaba el mundo ya,
o sueño tales engaños.

Vase.

Sale Andres.

An. Gran don Diego, el fauor vuestro
pide ya, quien os le dio,
que el Corregidor prendio
a Enrico, vuestro Maestro.

Die. Que dizes? *An.* Que preso va.

Die. Oy verà, si grato soy,
libertad le he de dar oy,
o sin vida me verà.

Gar. Pues, don Diego, que intentais?

Die. Iuntar mis amigos luego,
y librallo a sangre, y fuego.

Vase.

Gar. De vn abismo en otro dais.

Za. Pues no es el menor abismo,
ver, que no se libre a si
Enrico, bien entra aqui:
Medico, cura a ti mismo.

An. Misterios diuinos son;
yo estoy temblando, Zamudio.

Za. No ay sino, aqui del estudio,
y ande el palo, y coscorrón.

Vanse.

Salen Clara, y Lucia.

Lu. Adonde va tu padre tan apriessa?

Cl. A remediar locuras de don Diego.
que anoche, dizen, que por vn encanto
las carceles rompio y a don Garcia
librò con los demas presos que avia.

Lu. Iesus. *Cl.* Pues oye mas, que esta mañana
en lugar de los reos que ha soltado
presos los querellantes se han hallado.

Lu. Será por Arte Magica. *Cl.* Tras esto,
porque prendio el Corregidor a Enrico,
tiene la escuela toda amotinada,
y a quitarsele va de mano armada.
Y assi partio mi padre cuidadoso,
de dar con el juez alguna traça
de remediar el daño que amenaza.

Salen don Pedro, y Enrico.

Pe. En esta corta casa, o sabio Enrico,
no el preso aueis de ser, sino el Alcaide.

En. Vuestra nobleza mi pesar aliuia.

P. Clara. C. Señor. *Pe.* regala al noble Enrico,
que es nuestro huesped. *E.* Vuestro humilde preso.

Pe. Y porque al punto ha de partir el propio,
que se despacha al Rey sobre estos casos,
y el Regimiento me encargó su carta,
para entrar a escriuir me dad licencia.

Vase.

En. Vuestro es el mando, mia la obediencia.

Cl. Qual, Enrico famoso, fue el sucesso
que os ha traído a nuestra casa preso?

En. Como el Pesquisidor, hermosa Clara,
me prendio, y el estudio amotinado,
resuelto a darme libertad marchaua,
salio al encuentro vuestro noble padre,
y para assegurarlos ofrecioles

de parte del juez, que me tendria
 en vuestra casa preso, mas seguro
 de su rigor, en tanto que a su Alteza
 se consulte el remedio destos daños.
 Don Diego de Guzman, que era el caudillo,
 en viendo a vuestro padre, respetòle,
 y el partido acetò, poniendo luego
 en el estudio, vniuersal sossiego.

Cl. Gracias doy a la suerte, que ha querido
 honrar mi casa. *En.* Mi ventura ha sido.

Cl. Y ya que en ella por mi dicha os veo,
 espero ver cumplido mi deseo.

En. Hablad, pues, bella Clara que no ay cosa,
 como vos la querais, dificultosa.

Cl. El gran poder que vuestra ciencia alcança,
 segun la fama, anima mi esperança.

En. Segura de mi fè podeis mandarme,
 que seruiros de mi, serà obligarme.

Cl. Que estado he de tener, saber querria?

En. Vn numero escoged. *Cl.* Escojo veinte.

En. Las seis son, casareis dichosamente,
 segun la judiciaria Astrologia.

Cl. Sabrè con quien? que solo el que desea
 el alma, harà, que venturosa sea.

En. Quereislo ver? *Cl.* Mi pecho se holgaria.

En. Venga vn espejo. *Cl.* Sacale, Lucia,

Vase Lucia.

sino es don Diego, cielo soberano,
 no quiero vida, no, para otra mano.

*Lucia saca vn espejo de dos tapas en la vna està la Luna sola y tras esta ay otra, que
 tiene debaxo vn retrato de don Diego, y entrambas salen y entran.*

Lu. El espejo està aqui. *En.* Mostralde, Clara.

Quita la tapa.

que veis agora en el? *Cl.* Mi misma cara.

En. Echalde vos la tapa.

Cierrale.

Cl. Ya la he echado.

En. Mirad hàzia el Oriente. *Cl.* Ya he mirado.

En. Formad vna B. encima con el dedo.

Cl. Ya la formè.

Corre la tapa, y la Luna primera, y queda la del retrato.

En. A quien veis en el agora?

Cl. Miro a don Diego, a quien el alma adora.

Lu. Que dices? *Cl.* Que a don Diego mismo veo.

Lu. Oh si viera tambien lo que deseo.

En. A quien quisieras ver? *Lu.* Solo querria ver a Zamudio.

Sale Zamudio.

Za. Mi señor me embia a saber como estás. *Lu.* Cielo, que es esto? como el encanto lo formò tan presto?

Cl. Mi padre ha escrito ya. *En.* al señor don Diego dezid, que con tan bella prisionera con gusto siglos mil preso estuuiera.

Vase.

Za. Vn recado te traigo a ti, señora.

Cl. Mi padre sale, es impossible agora.

Vase.

Za. Oyeme tu. *Lu.* Iesus. *Za.* Con que te espanto?

Lu. Con que no eres Zamudio, sino encanto.

Za. Loca estás. *Lu.* Suelta. *Za.* Estos fauores medro?

Lu. Encantada figura, vade redro.

Vase.

Za. Otra es esta, sin duda, mi Lucia, que me persigue Enrico toda via: mas en esto me dexa consolado, que si figura soy, soy encantado, y ay mas de veinte mil, si bien lo apuras, que sin ser encantados, son figuras.

Vase.

Salen el Marques, y don Garcia.

Gar. Que tenemos? *Mar.* Don Garcia, malas nueuas; doña Clara en su rigor se declara, y tanta fue mi porfia, Que siendo honesta donzella, a confessar la obliguè, que tiene puesta su fê en don Diego, y el en ella.

A este punto vi cerrado el puerto a vuestra intencion, que a don Diego no es razon, quando assi os tiene obligado, Ofender. *Gar.* A ingrata fiera.

Mar. Que dezis? *Gar.* que segun siento no poder seguir mi intento, de mejor gana estuuiera Con mi esperança en prision, que libre y desesperado, si la libertad me ha echado

en tan dura obligacion.
Mar. Al fin palabra le di,
tierno a su belleza y ruego,
de efetuar con don Diego
el casamiento. *Gar.* Ay de mi,
Que dezis? *Mar.* Tomó ocasion
de auerseme declarado,
y vime al fin obligado,
ya sabeis quan fuertes son
Con vn moço Cauallero
ruegos de hermosa muger.
Gar. Vos, señor, sabeis hazer
famosamente vn tercero.
Mar. Es oficio de discretos,
y sabeis que no lo soy.
G. que ay de nuestros pleitos? *M.* Oy
esperamos los efetos
De lo que al Rey escriuio
en lo que toca al motin.
Gar. Prometenos triste fin,
vuestra ciencia, Marques? *Mar.* No,
Mas dezidme, como os va
en esta Iglesia? *Gar.* Aunque soy
Christiano, palabra os doy,
que me va cansando ya.
Mar. Paciencia, que breuemente
ver el fin dichoso entiendo.
Gar. Quien lo dudarâ, teniendo
tal amigo, y tal pariente?
Sale vn correo con vn pliego.
Cor. Dame a besar esos pies
gran don Enrique. *Mar.* Mancebo,
bien venido: que ay de nueuo?
Cor. Suplicarte, que me des
De don Diego de Guzman
noticia, que lo he buscado,
y a quantos he preguntado
por el, en dezirme dan,
Que a ti venga a preguntallo.
Mar. Para que lo buscas? *Cor.* Quiero
dalle vna nueua, que espero
que no poco ha de alegrallo.
Mar. Dimela. *Cor.* Desde la Corte
por las albricias volando
he venido. *Mar.* Yo las mando,

- como la nueva le importe.
Estas gana, que despues
don Diego te las dara.
- Cor.* Con esse partido va:
don Diego de Guzman es
Marques de Ayamonte. *M.* Queda
muerto su tio? *Cor.* Murio.
- Mar.* Pesame del que faltò,
mas alegrame el que hereda.
Dame el pliego, y no le des,
hasta auisarte, la nueva.
- Cor.* Y si las albricias lleua
otro? *Mar.* Yo por el Marques
en su casa te prometo
el oficio mas honrado,
por mi ya las he mandado.
- Cor.* Digo, que tendre secreto.
Salen Zamudio, y don Iuan.
- Za.* Llegó anoche la respuesta,
y oy el juez ha mandado,
que en esta Iglesia mayor
se junten los Catedraticos
De la santa Teologia,
y que la lecion cessando,
toda la Vniuersidad
se halle presente al acto.
El intento no se sabe,
mas presto a sabello aguardo,
pues que ya a coger lugar
corre el pueblo alborotado.
- Iu.* Ya viene el pesquisidor,
y ya los Doctores sabios,
luz del mundo, honor de España:
a esta capilla me aparto.
- Salen don Diego, don Pedro, doña Clara y Lucia, tapadas.*
Tocan trompetas, y atauales, salen Enrico con capirote, y borla azul; el pesquisidor con capirote, y borla verde, o colorada, vn fraile Dominico, o Clerigo, con capirote, y borla blanca; sientase el pesquisidor en vna silla en medio, a su lado derecho el fraile en otra; y al izquierdo Enrico en vn vanco.
- Die.* Bien estaremos aqui.
- Mar.* A esta parte retirados,
para no ser conocidos.
- Pe.* Estais bien? *Cl.* A gusto estamos.
- Pes.* Sabiendo su Magestad,
que por la Magica ciencia

se causan tantos excessos,
por su prouision ordena,
Que en esta junta de sabios
se dispute, y se confiera,
si es licita, o no, la Magia,
y que fundamentos tenga,
Y esto en presencia de todos,
queriendo que todos vean
la verdad, para que aprueuen
su rigor, o su clemencia.
Proponed, pues, sabio Enrico,
argumentos en defensa
desta ciencia que enseñais.

Za. Famosa ocasion es esta
Para los hombres que saben.

En. Propongo desta manera:
Toda ciencia natural
es licita, y vsar della
es permitido; la Magia,
es natural, luego es buena.
Prueuo la menor: La Magia,
conforme a naturaleza,
obra, luego es natural?
la mayor assi se prueua:
De virtudes, y instrumentos
naturales se aproueche
para sus obras; luego obra,
conforme a naturaleza.
Probatur, obra en virtud
de palabras, y de yeruas,
de caractères, figuras,
numeros, nombres, y piedras,
Todas estas cosas tienen
natural virtud, y fuerça;
luego quien por ellas obra,
obra por naturaleza?
Virtud tienen las palabras,
que bien lo prueua la Iglesia,
que tantos milagros haze,
y Sacramentos con ellas,
Tienen con sus mismas cosas
natural correspondencia
los nombres que puso Adan;
luego virtudes encierran.
No boluer suele vn dormido

a vn tiro que el ayre atruena,
y al sonido de su nombre,
dicho muy quedo, despierta.
A los signos celestiales
los caractères semejan,
y ellos por la simpatia
les comunican su fuerça.
Como si en dos instrumentos
de vna consonancia mesma,
el vno tocan, el otro,
sin tocarle, tambien suena.
Como el Sol en los espejos
hiere, y su luz reberuera,
y como el eco nos buelue
las voces de entre las peñas.
Los numeros, quien no sabe
que tienen virtudes ciertas?
en la musica, la otava,
la sexta, quinta, y tercera,
Y sus compuestos dan gusto.
todos los demas dissuenan,
y la consonancia puede
hasta en los brutos, y peñas.
El numero septenario
honrò Dios, virtud encierra,
y tiene en contados dias
su crisis qualquier dolencia.
Quien no sabe que ay virtudes
en las piedras, y en las yeruas?
esto dexo por notorio,
con que bien prouado queda,
Que la Magia es natural,
pues lo son los medios della,
y con esto de que es justa,
se prueua la consecuencia.
Añado mas si a los brutos
dio el cielo virtudes ciertas:
al lobo, de enronquecer
al que mira, si antes llega,
Que el basilisco mirando
mate: al gallo que le tema
el leon: y el elefante
vn ratonzillo amedrenta,
Que mucho que estas virtudes
por arte, o naturaleza,

tenga el hombre, Rey de todos,
y criatura mas perfeta?
Demas desto, al primer padre
le dio Dios aquesta ciencia,
y a Salomon la infundio,
como mil santos lo prueuan.
Pues cosa mala por si,
no es possible, que la diera
Dios, fuente de sumo bien,
luego la Magica es buena.
Dixe:

Dentro.

Enrico, vitor. *Otro.* Vitor.

Otro. Cola. *Ot.* Mientes. *Ma.* Agudeza
tienen sus proposiciones.

Die. Es luz de nuestras escuelas.

Pes. Responda el señor Doctor.

El Teologo.

Doct. El cielo adiestre mi lengua.
Toda regla general
es peligrosa, y incierta.
Y vsando de diuisiones,
se declaran las materias:
la Magica se diuide
en tres especies diuersas,
Natural, artificiosa,
y diabolica; de aquestas
es la natural, la que obra
con las naturales fuerças,
Y virtudes de las plantas,
de animales y de piedras:
la artificiosa consiste,
en la industria, o ligereza
Del ingenio, o de las manos,
obrando cosas con ellas,
que engañen algun sentido,
y que impossibles parezcan.
Estas dos licitas son,
con que este modo no excedan;
mas con capa de las dos,
dissimulada, y cubierta
El demonio entre los hombres
introduxo la tercera,
que el mal que quiere engañar,
con mascara de bien entra.

Que no pudiera, viniendo
con la cara descubierta.
La diabolica se funda
en el pacto y conuenencia,
Que con el demonio hizo
el primer inuentor della:
prueuolo assi: Por virtud
de palabras esta ciencia,
Obra prodigios, que admira
la misma naturaleza;
luego los obra en virtud
del pacto implicito en ellas
Contraido del demonio.
Prueuase la consecuencia:
Ninguna cosa corrompe,
engendra, muda, ni altera,
sino tiene accion real,
para hazer en quien padezca.
Las Palabras no la tienen,
ni puede de cuerpos, y ellas
darse con tacto real;
luego ni cuerpos, ni essencias
alteran naturalmente;
luego es forçoso que tengan
fuerça sobrenatural,
no les ha dado Dios esta;
luego darsela el demonio,
es fuerça que se conceda:
Mas si en las mismas palabras
esta virtud estuuiera,
dichas por qualquiera, obraran
sin el arte, por si mesmas.
Como el yelo siempre enfria,
el fuego siempre calienta,
tal Vez a nuestro pesar,
por ser su naturaleza.
Es assi, que las palabras
que el Arte Magica enseña,
no obran sin la intencion
del que obrar quiere con ellas.
O sin mirar a tal parte,
baxar, o alçar la cabeça:
luego si obran, no es por si,
sino por virtud agena.
El argumento traído

de lo que en la santa Iglesia
pueden las palabras, haze
mi opinion mas verdadera,
Pues obran por la virtud
que la Magestad eterna
les dio, quando instituyò
sus Sacramentos en ella.
Luego no obràran por si,
si esta ley no les pusiera,
y en requerir la intencion
del que las dize se muestra
Que ellas no tienen por si
natural, virtud, ni fuerça,
en caractères, figuras,
lineas, señales, y letras.
Quien duda, que sus efectos
de aqueste pacto procedan?
Prueuolo: Dezis, Enrico,
que por lo que se semejan
A los signos celestiales,
reciben dellos su fuerça;
luego los signos mejor
essos efectos hizieran,
Obrando inmediatamente
en las humanas materias
no los hazen, sin que en ello
tal caracter interuenga.
Luego el caracter no obra
por celestial influencia:
demas de que aquestos signos
que figuramos de estrellas,
Son vn ente de razon,
no figuras verdaderas,
que ni ay escorpion, ni ay ossas,
y no avrá quien no conceda,
Que lo que no es, no puede
en lo que es tener agencia:
fuera desto, al caractèr
añade palabras ciertas
El Magico para obrar;
luego no està en el la fuerça.
Añado mas: Que virtud,
que actiuidad, que potencia
Tiene vn carácter inutil,
corta, linea, o breue letra,

para formar de repente,
nubes, truenos, valles, sierras:
Cosas que, sin mucho espacio,
no puede naturaleza?
luego si su modo exceden,
los obran algunas fuerças
Sobrenaturales; luego
diabolica inteligencia.
Los argumentos que Enrico
ha propuesto en su defensa
Son falsos, que en los espejos,
el eco, y consonas cuerdas
por percusiones reales
obra la naturaleza.
Que entre otras ciencias tuuiesen
Salomon, y Adan aquesta,
es verdad; pero tuuieron
las dos especies primeras,
Natural, y artificiosa:
mas la tercera se niega:
que tengan los animales
ciertas virtudes secretas,
Concedo; pero también
el hombre muchas encierra,
y la virtud natural
de las cosas no se niega.
Los numeros, y los nombres
son vna cosa discreta,
ni sustancia, ni accidente;
luego para obrar sin fuerças.
En la musica las voces
en tal numero consueñan,
mas no del numero nace
esta consonancia en ellas.
Y assi es forçoso afirmar
lo que muchos santos preuean
que es ilicita, pues obra
por el demonio esta ciencia.

Muchos

Victor, victor, victor, victor.

Otro.

Concluyòle, no ay repuesta.

Pes.

Que dize Enrico? *En.* Yo digo,
que tienen tanta agudeza
Los contrarios argumentos
que conuencido me dexan.

- Pes.* Segun esso, confessais,
que es Arte mala, y peruersa
La Magia? *En.* Assi lo confieso.
- Pes.* Oid, ilustre nobleza,
estudiosa juventud,
desta celebrada Atenas.
Como ser la Magia mala,
su dogmatista confiessa
esto que veis ha ordenado
su Magestad, porque vea
Esta escuela la justicia
con que estas artes condena,
porque assi no avrâ ya alguno
que la estudie, ni defienda.
Lo qual en todos sus Reinos
prohibe con graues penas,
con esto su Magestad;
teniendo esperança cierta,
De que en pechos tan leales
avrâ la deuida enmienda,
por mostrar el grande amor
que tiene a aquestas escuelas,
Todas las culpas passadas
del motin, y resistencia,
del rompimiento de carcel,
y el echar los presos della,
Perdona a los delinquentes,
y encarga, que en recompensa
desta merced, sus justicias
le respeten y obedezcan.
- Die.* Su Magestad, que Dios guarde,
y el cetro mil siglos tenga,
de vasallos haze esclauos,
con tan humana clemencia.
- Gar.* La hazienda, la sangre y vida,
le ofrezco yo en recompensa.
- Iu.* A vn Rey tan amable, y santo,
quien avrâ que no obedezca?
- Za.* Bailo, danço, brinco, y salto.
- En.* Viua el Rey edad eterna,
que obedecerle protesto.
- Pe.* Obra es de sus manos esta.
- Mar.* Nunca menos prometio
su santidad, y prudencia.
- Cl.* Parabien, don Diego, os doy

de la libertad. *Mar.* Y delta
el si deste casamiento,
yo por albricias merezca.
Die. Ya yo os he dicho, Marques,
que lo impide mi pobreza,
y esto es amor que le tengo.
Mar. Si solo topa en la hazienda,
aquessa palabra tomo:
Ved essa carta, que en ella
vereis, que ya no podeis
negar lo que Clara intenta;
Marques de Ayamonte sois.
Cl. Por muchos años lo seas.
Die. A ti toca el parabien,
tu eres, mi bien, la que heredas,
pues siendo Marques, soy tuyo,
Si tu padre da licencia.
Pe. Yo soy en ello dichoso.
Vusia pues, le conceda
a Zamudio, que le dè
La mano a su Camarera,
que pues casable se ha hecho,
no es mucho que yo lo sea.
Lu. Yo soy tuya. *M.* Y porque es justo,
Que el noble auditorio sepa,
porque dizen, que engaño
el gran Marques de Villena
al demonio con su sombra,
Oid, la razon es esta:
Como el Marques estudiò
esta diabolica ciencia,
tuuò el infierno esperança
de su perdicion eterna.
Mas murio tan santamente,
que engaño al demonio, y essa
es la causa porque dizen,
que con la sombra le dexa.
Dizen, que entregò su cuerpo
a vna redoma pequeña,
porque en vn sepulcro breue
incluyò tanta grandeza,
Que quiso hazerse inmortal,
dizen, porque su nobleza,
su saber, y christiandad,
alcançaron fama eterna.

Y con esto demos fin
a la historia verdadera
del principio, y fin que tuvo
en Salamanca la cueva,
conforme a las tradiciones
mas comunes, y mas ciertas.

**LA CULPA BUSCA LA PENA,
Y
EL AGRAVIO LA VENGANZA**

Ruiz de Alarcón

Personas que hablan en ella:

- Don SEBASTIÁN, galán
- Don FERNANDO, galán
- Don JUAN, galán
- Don DIEGO, viejo entrecano
- Don ANTONIO, viejo anciano
- MOTÍN, gracioso
- Doña ANA, dama
- INÉS, criada
- Doña LUCRECIA, dama
- JUANA, su criada
- Un CRIADO

ACTO PRIMERO

*Salen doña LUCRECIA y JUANA, con mantos;
doña ANA e INÉS, de casa*

ANA: Pues que tus plantas hermosas
 honran, Lucrecia, esta casa,
 o gran desdicha te mueve,
 o gran ventura me aguarda.
 Si esto supiera mi hermano,
 para abreviar las jornadas,
 alas fueran las espuelas,
 y pensamientos las alas.

LUCRECIA: ¡Ojalá, doña Ana mía,
 que de esto fuese la causa
 o ya tu ventura sola,
 o ya sola mi desgracia!
 Disgustos dan ocasión
 a mi forzosa demanda,
 que son en mí ejecuciones,
 y que en sí son amenazas.

ANA: Declárate, si no quieres

que me mate en la tardanza,
tu pena y mi confusión.

LUCRECIA: Escucha, y preven, doña Ana,
perdon a mis sentimientos,
si no piedad a mis ansias;
que para romper la neta
de los secretos del alma,
Da mi peligro disculpa,
y tu valor confianza.
Tres veces la sierra el mayo
ha calzado de esmeraldas,
y tres veces el enero
la ha coronado de plata
después que de mis favores
sediento don Juan de Lara,
bebiendo su llanto mismo,
ha mitigado sus llamas,
hasta que al fin su cuidado
vigilante, su constancia
invencible y su asistencia
ocasión ya de mi infamia,
merecieron mi piedad;
que una breve gota de agua,
repitiendo el golpe leve,
la más dura peña labra.
Llegaron a obligaciones
mis favores... de palabras,
digo; que nunca a las obras
se arrojó mi confianza;
que no admite galanteo
la que tiene sangre hidalga,
sino para dar la mano
a quien su favor alcanza;
y así, como a ser su esposa
mi pensamiento aspiraba,
obligarle quise amante,
no recatarle liviana.
Es verdad que aunque las prendas
que puse en su amor más caras
fueron honestos favores
y lícitas esperanzas,
mis cuidados y los suyos
las hicieron de importancia;
que de hablar a su albedrío
dieron motivo a la fama.
De este venturoso estado
seguro el amor gozaba,
cuando entre sombras oscuras
y entre conjeturas claras,
en su tibieza empecé

a conocer su mudanza;
y viendo que yo no había
dado a su rigor la causa,
pues le obligaba constante
cuando él mudable me agravia,
imaginé que la luz
de otra beldad le cegaba;
que nacen los celos cuando
nacen las desconfianzas.
Y así con esta sospecha,
pretendiendo averiguarla,
centinelas puse ocultas
a sus ojos y a sus plantas.
Supe que ellas te seguían,
supe que ellos te miraban,
que tus balcones contempla,
que tus puertas idolatra.
¡Ay de mí! No sé si diga
que supe también, doña Ana,
que merece tus oídos,
y tus favores alcanza...
No lo digo, no lo creo;
que fuera ofender a entrambas.
A mí, porque si viviera
creyéndolo, fuera infamia,
y a ti por haber tan poco
que aumentó a las lusitanas
corrientes del Tejo el llanto
de verte ausente las aguas.
Que cuando apenas los nombres
de las calles cortesanas
puedes saber, cuanto más
las noblezas de sus casas,
te ofendiera si creyese
que tan fácil confiabas,
a crédito de los ojos,
obligaciones del alma.
Mas porque haber yo estimado
su pensamiento es probanza
de sus méritos contigo,
el veneno y la triaca
te doy juntos, pues te enseño,
porque pises recatada,
entre las flores el áspid
de su condición ingrata.
Y así por lo que te toca,
te estará mejor, doña Ana,
escarmentar advertida,
que advertir escarmentada.
Por lo que toca a don Juan,

será en ti más digna hazaña
 dar castigo a sus engaños
 que premio a sus esperanzas;
 y por lo que toca a mí,
 te mostrarás más humana
 que en hacerle venturoso,
 en no hacerme desdichada.
 Tres años ha que me obliga,
 dos meses ha que me agravia,
 dos meses ha que te sirve,
 tres años ha que me infama.
 Piensa, pues eres discreta,
 mira, pues naciste honrada,
 de mi opinión el peligro,
 de mi razón la ventaja,
 el despecho de mi agravio,
 el exceso de mis ansias,
 la locura de mi amor,
 y de mis celos la rabia.

ANA: (Si dice verdad Lucrecia,
 la razón que tiene es clara,
 y de que dice verdad
 este exceso es la probanza;
 y no es bien, pues yo no estoy
 de don Juan enamorada
 sino solo agradecida,
 que marchite la esperanza
 de quien se abrasa por él,
 por quien a mi no me abrasa,
 ni que mi amante se nombre
 el que otra mujer engaña.)
 En cuanto a amarme don Juan,
 no mienten tus asechanzas,
 Lucrecia; en cuanto a que yo
 le favorezco, te engañan.
 Y aunque lo pudiera hacer
 y con disculpa, en venganza
 de que a mi hermano desdeñas,
 esto imagino que basta
 a que de mí te asegures;
 que no es tan poca arrogancia
 la de los méritos míos,
 que a un amante en quien se hallan
 achaques de amor ajeno,
 condiciones de mudanza
 y olvido de obligaciones,
 le dé lugar en el alma.

LUCRECIA: Deja que por tal merced
 besen mis labios tus plantas.

ANA: Deja tú excesos; que hacer

Aparte

yo lo que estoy obligada,
ni es merced para contigo,
ni es para conmigo hazaña.

LUCRECIA: Por hazaña y por merced
la estimo yo. Solo falta
suplicarte que le calles,
amiga, a don Juan de Lara
esta diligencia mía;
que si con desdén le tratas,
y sospecha que soy yo
de su desdicha la causa,
mal obligaré ofendido
al que obligado me agravia.

ANA: Mi presunción desconoces,
pues el silencio me encargas.
Para que le calle yo
tu diligencia, ¿no basta
temer, si se la dijera,
que don Juan imaginara
que lo que es desdén son celos,
y lo que es rigor venganza,
y juzgándome celosa,
me juzgase enamorada?
No, Lucrecia, no; que somos
las portuguesas muy vanas;
y, ¡ojalá que las mujeres
todas en esto pecaran!
Pues cuanto más vanas fueran,
tanto fueran más honradas.

Doña LUCRECIA habla aparte a INÉS

LUCRECIA: ¿Entiendes que cumplirá
lo que promete doña Ana?

INÉS: O tendrá un fiscal en mí;
que no puedo ser ingrata
a la afición de Lucrecia
y al pan que comí en su casa.

Sale un CRIADO

CRIADO: Don Fernando mi señor
ha llegado.

Vase el CRIADO

LUCRECIA: ¡Ay desdichada!
 Por dónde, sin que me vea,
 podré salir?

ANA: En las casas
 de mujeres como yo,
 Lucrecia, no hay puerta falsa;
 mas ¿qué importa que te vea
 mi hermano? ¿Qué te recatas?

LUCRECIA: ¿Para qué es bueno ponerme,
 si mis desdenes le agravian,
 a lance de acrecentar
 mis rigores y sus ansias?
 Y, ¿qué puedo parecer,
 viniendo a pie y disfrazada
 donde vive quien amante
 de mis prendas se declara?

ANA: Dices bien. Tapao las dos;
 que yo haré cómo te vayas
 sin conocerte, si acaso
 la nube del manto basta
 a eclipsar el resplandor
 de los rayos de tu cara.

Salen don SEBASTIÁN y don FERNANDO de camino

FERNANDO: Dame, doña Ana querida,
 los brazos.

ANA: Pues que te veo,
 no pide ya mi deseo
 más términos a la vida.

FERNANDO: Otro hermano tienes más
 --pues es otro yo mi amigo--
 en el señor don Rodrigo
 de Ribera.

ANA: Pues le das
 nombre de amigo y hermano,
 esa recomendación
 le dice mi obligación,
 y me enseña lo que gano.

SEBASTIÁN: Nombre de esclavo me dad;
 que es deuda en mí conocida,
 si a quien se debe la vida
 se rinde la libertad.
 Y yo al señor don Fernando
 no solo debo el tenella,
 mas el merecer con ella

la dicha que estoy gozando.
 (Si es dicha acaso que vea **Aparte**
 beldad cuya perfección
 atormenta el corazón,
 si los ojos lisonjea.)

JUANA: ¿Qué aguardas, señora, aquí?
 Vámonos.

LUCRECIA: Adiós, doña Ana.

ANA: Id con Dios.

Vanse doña LUCRECIA y JUANA

FERNANDO: ¿Quién es, hermana?

ANA: Una dama que de ti,
 para cierta diligencia
 que en Sevilla le importaba,
 pretendió, porque pensaba
 que durara más tu ausencia,
 valerse, y desengañada
 se parte.

FERNANDO: ¡Qué airosa es!
 El viento huellan sus pies.

SEBASTIÁN: Flechas despide tapada,
 que descubierta serán
 Rayos.

ANA: (¡Estando yo aquí **Aparte**
 Habla este grosero así!
 Menos tiene de galán
 en el alma que en el talle.)

Sale MOTÍN, de camino

SEBASTIÁN: ¿Que hay, Motín?

MOTÍN: Que hallé posada,
 y la dejo concertada.

SEBASTIÁN: ¿Dónde?

MOTÍN: En esta misma calle;
 tan cerca, que una pared
 de esta casa la divide.

SEBASTIÁN: (Albricias al alma pide.) **Aparte**

FERNANDO: Mucho me huelgo, y creed
 que el aposento os hiciera
 en mi casa, confiado,
 si de doña Ana el estado,
 Rodrigo, lo permitiera.

SEBASTIÁN: No me deis satisfacciones,

cuando ya de esta verdad
me ha dado vuestra amistad
mayores demostraciones.

FERNANDO: Vamos pues.

SEBASTIÁN: ¿Adónde vais?

FERNANDO: Quiero ver si es la posada
para vos acomodada.

SEBASTIÁN: De mil modos me obligáis.

Míranse mucho don SEBASTIÁN y doña ANA

Hermosa doña Ana, adiós.

ANA: Él os guarde.

MOTÍN: (¡Pese a tal!
O yo lo he mirado mal,
o se miran bien los dos.)

***Vanse don SEBASTIÁN, don FERNANDO y
MOTÍN***

INÉS: Cierto, señora, que temo
tu salud.

ANA: ¿Por qué ocasión?

INÉS: Con tan curiosa atención
y tan cuidadoso extremo
te ha mirado el forastero,
que si no quedas aojada,
tienes la sangre pesada.

ANA: Antes, Inés, considero
que, pues no me ha hecho mal,
no le he parecido bien.

INÉS: No es tan atento el desdén,
Que con suspensión igual
se mire lo que no agrada.

ANA: Pues ¿qué quieres? ¿Que de mí
esté enamorado?

INÉS: Sí.

ANA: ¡Tan presto!

INÉS: Cuando mirada
la hermosura ha de matar,
muy fácil es de inferir
que no tardará en herir
más que se tarda en mirar.

ANA: ¿Que en efecto me ha mirado
tan cuidadoso y suspenso?

INÉS: Mucho lo preguntas. Pienso

que de ello no te ha pesado.
ANA: Pues dime tú, ¿a quién le pesa
de que la quieran?
INÉS: A quien
inclina tanto al desdén
la arrogancia portuguesa.
ANA: Dices verdad; pero, Ines,
si de arrogante le infaman,
advertid que también llaman
derretido al portugués.
Dame que el dorado arpón
de Amor hiera al pensamiento
y verás que es rendimiento,
cuanto ha sido presunción.
INÉS: ¿Ves, señora, cómo tienes
principio de amor?
ANA: ¡De amor!
INÉS: Sí; que temes el error
pues la disculpa previenes.
ANA: Y yo también lo presumo.
Centellas del niño ciego
tengo en el alma, si el fuego
se conoce por el humo.
INÉS: Dime, ¿por qué lo sospechas?
ANA: Cuando a Lucrecia decía
que descubierta daría
rayos, y tapada flechas,
un invidioso dolor
en el corazón, Inés,
me causó, y la envidia es
humo del fuego de amor.
Y si la verdad te digo,
la inclinación me ha llevado;
pero como no me ha dado
hasta ahora don Rodrigo
de sí más información
de la que la vista ofrece,
dudando si me merece,
reprimó la inclinación.
INÉS: Si de lo que has visto estás
contenta, dudas en vano,
pues abona el ser tu hermano
tan su amigo lo demás.
ANA: Bien dices.
INÉS: Si digo bien,
¿Qué falta ya?
ANA: Que conmigo
se declare don Rodrigo.
INÉS: Yo lo trataré tan bien,
que puedas tú declararte.

ANA: Harélo si me merece.
 Mas ¿sabes que me parece
 que estás mucho de su parte?

INÉS: Que estoy muy contra don Juan
 dirás; que como desprecia
 tan sin razón a Lucrecia,
 pena sus penas me dan;
 que me pone en tanto empeño,
 demás de que la he servido,
 porque mi tercera ha sido
 para tenerte por dueño;
 y me holgaré de que él halle
 en tu rigor su castigo.

ANA: Yo pienso que don Rodrigo
 ha venido a castigalle.

***Vanse las dos. Salen don SEBASTIÁN, don
 diego, MOTÍN y CRIADOS***

SEBASTIÁN: Señor don Diego de Mendoza, a solas
 quedemos; que en secreto importa hablaros.

DIEGO: Despejad.

Vanse los CRIADOS

SEBASTIÁN: Cesen ya las altas olas,
 y muéstrense de luz menos avaros
 los cielos a la noche tenebrosa
 de confusión tan larga y tan penosa
 que ciego y triste contraopuestos polos
 me obligó a discurrir.

DIEGO: Ya estamos solos.

SEBASTIÁN: Yo, señor, soy don Sebastián de Sosa.
 Don Antonio de Sosa, vuestro amigo,
 me dio el ser y la sangre generosa
 de cuya calidad sois vos testigo.

DIEGO: Bien venido seáis. Dadme los brazos
 antes que prosigáis.

SEBASTIÁN: Estos abrazos
 son el primer alivio que he tenido
 en cuanto mar y tierra he discurrido.

DIEGO: ¡Gracias a Dios que con salud os veo!
 Decid ya lo demás; yo lo deseo.

SEBASTIÁN: Quince veces la hermosa primavera
 ha dado alfombras fértiles a Flora

después, señor, que yo de la ribera
del lusitano piélago, en la aurora
de mi edad, a las indias orientales
partí a buscar el rostro a la Fortuna,
llevando para asilo de mis males
al que del sol de España iba a ser luna
en aquella región; que fui en mi casa
hijo tercero, y la porción escasa
que de los bienes libres paternales
esperaba heredar, no me podía
sustentar con el lustre que pedía
la presunción de pechos principales.
Allí pues en tres lustros de mi vida
me dieron, ya la paz y ya la guerra,
tan claro nombre, hacienda tan lucida
que en la ajena olvidé mi propia tierra,
cuando una carta de mi padre--¡ay cielos!--
cubrió tan clara luz de oscuros velos.
Mándame que al momento
me parta a España, y que venir procura
desconocido, para que asegure
la honrosa ejecución de cierto intento
y que él me aguarda oculto en esta corte,
donde vos solo habéis de ser el norte
por quien he de buscar, de vos fiado,
el lugar donde vive retirado.
Éstas fueron, en suma,
las preñadas razones que su pluma,
para causarme tenebrosa calma,
pintó a los ojos y esculpió en el alma.
Al fin, o la obediencia del precepto,
o la curiosidad de este secreto,
me sacó de las playas orientales,
y en una de dos máquinas navales,
movibles promontorios, que de Goa
los tesoros conducen a Lisboa,
del mar penetro climas dilatados
para ponerles fin a mis cuidados.
Y un día, al correr su pabellon la aurora,
que alegra a luces cuando a perlas llora,
desde el tope, que sube
a barrenar la más distante nube,
un marinero experto,
"¡Tierra, tierra!" en alegres voces dice;
y a poco espacio el lusitano puerto
felice vio quien le buscó felice;
que yo, fletando un barco que ligero
a recibirnos se engolfó primero,
solo me arrojé en el, y el horizonte
de Portugal discurro hasta Ayamonte,

donde ya libre de que me pudiera
ninguno conocer, mi nombre dejo
por el de don Diego de Ribera,
y parto a la ciudad a quien da espejo
el Bétis de cristal, y allí en diez días
para Madrid dispuse mi jornada,
donde ya en vos las desventuras mías
gran parte ven de mi intención lograda,
puesto que vivo y con salud os veo,
y agora solo resta a mi deseo
saber, si ya la tierra no sepulta
ami padre, el lugar en que se oculta,
para que tenga fin este cuidado
que tan largas fatigas me ha costado.

DIEGO: Quietad el pecho. Vuestro padre vive,
y aunque en Madrid ha estado,
lugar por su grandeza acomodado
para que en él se oculte quien recibe
de la Fortuna injurias.
Dos meses solamente
habrá, don Sebastián, que un accidente
le obligó a retirarse a las Asturias,
donde, mudado el nombre, de este día
la luz dichosa espera.
Vos no hagáis novedad; que mensajera
será una carta mía,
más breve y más segura,
de la llegada vuestra y su ventura.

SEBASTIÁN: ¿No es más razón que yo a buscarle parta?

DIEGO: Que en Madrid le esperéis, y yo po carta
Le avise, el orden fue, si ha de cumplirse,
que me dio vuestro padre al despedirse.

SEBASTIÁN: Fuerza es que le obedezca;
mas vos, don Diego, porque no padezca
mi pecho confusión tan congojosa
si la sabéis acaso, de su intento
la causa me decid.

DIEGO: Su pensamiento
ignoro; pero siendo tan penosa
la ocasión y tan grave
que a don Antonio a lo que veis obliga,
fuera de él no es razón que otro os la diga,
pues que será deciros que la sabe;
porque ni aun vuestro padre, si pudiera
excusallo, era bien que la dijera.

Vase don DIEGO

SEBASTIÁN: ¡Válgame Dios! Cuando entendí que había
llegado al puerto la desdicha mía,
la tempestad parece que comienza.
¡Don Diego de Mendoza se avergüenza
de referirme la ocasión! ¿Qué dudo?
Con no decirla dijo cuanto pudo.
¡Mi padre vive oculto y desterrado
de su patria, con nombre disfrazado!
Infame es la ocasión, la causa es fea.
Mas, ¿qué me aflijo? Lo que fuere sea;
que pues para el remedio me ha llamado,
posible lo imagina, y ya he llegado,
y yo de cualquier modo
tengo valor para salir con todo.

Vase

Salen don FERNANDO, encontrándose con don SEBASTIÁN

FERNANDO: Don Rodrigo.
SEBASTIÁN: ¿Qué hay, amigo?
FERNANDO: Apenas llegado habéis
a Madrid, cuando ya hacéis
visitas que son conmigo
por dos partes ocasión
de celos.
SEBASTIÁN: Mucho sintiera
que mi amistad no os cumpliera
en todo su obligación.
Decid, pues, cómo os he dado
los celos que habéis tenido
para que enmiende advertido
lo que ignorante he pecado.
FERNANDO: Bien decís; que no es razón
que os recate, don Rodrigo,
siendo mi mayor amigo,
la llave del corazón.
De don Diego de Mendoza
es esta casa de donde
salís, que es nube que esconde
el rayo o cielo que goza
en su bija, una deidad,
vida y muerte de mi amor,
pues me mata su rigor,
y me anima su beldad.
Celos me dais por amigo,

si a don Diego visitastes,
 pues lo que con él hablastes
 no habéis tratado conmigo;
 y si a Lucrecia, ignorante
 de mi afición, visitáis,
 aunque mi amigo seáis,
 me dais celos por amante.

SEBASTIÁN: Fernando, ni en la amistad
 ni en el amor os ofendo;
 que ni a Lucrecia pretendo,
 ni tuve de su beldad
 jamás otra relación
 que la que me dais aquí;
 mas aunque a su padre vi
 sin daros cuenta, no son
 vuestras quejas bien fundadas,
 que no obligó el comenzar
 vuestra amistad a acabar
 correspondencias pasadas.

Vase don FERNANDO

SEBASTIÁN: ¡Ah cielos! ¡Si yo la mano
 de doña Ana mereciese
 en premio de que la diese
 doña Lucrecia a su hermano!
 Mas, ¿cómo en el triste estado
 de mi opinión recelosa,
 tu beldad, doña Ana hermosa,
 lisonjea mi cuidado?
 ¡Ay de mí! Que en la memoria
 de las deudas de mi honor,
 huye la dicha de amor,
 y desvanece la gloria;
 como el pintado pavón,
 que por más que haciendo en torno
 con la pompa de su adorno
 arrogante ostentación,
 de hermoso y galán presuma,
 pierde marchito después,
 en la fealdad de los pies,
 la vanidad de la pluma.

**Vase. Salen doña ANA e INÉS a una reja
 baja, después MOTÍN**

ANA: Pues Motín está en la calle,
 háblale agora.
INÉS: Detrás
 de la ventana podrás,
 sin que él lo entienda, escuchalle.
ANA: Infórmate con cautela
 de todo.
INÉS: Pierde cuidado.

Ocúltase doña ANA, y sale MOTÍN

MOTÍN: (¡Que haya de ser un criado, **Aparte**
 por su dueño, centinela
 de su dama noche y día!
 ¡Y que una escasa ración
 incluya en su obligación
 tambien la alcahuetería!)

INÉS: Motín...

MOTÍN: ¿Quién llama?

INÉS: Yo soy.

MOTÍN: ¿Cómo, Inés, soy tan dichoso,
 que me llamas?

INÉS: Vite ocioso,
 y porque también lo estoy,
 quise entretener así
 a los dos.

MOTÍN: Merced me has hecho;
 que me fastidian el pecho
 algunas cosas que ví,
 como soy recién venido
 a Madrid, que si no hallara
 con quien de ellas murmurara,
 me muriera de podrido.

INÉS: Di pues, descansa.

MOTÍN: Un mozuelo,
 bũido de pies, que andando
 va cada momento dando
 de puntillazos al suelo,
 ¿qué significa?

INÉS: Que como
 es puntiagudo el zapato,
 no entra bien.

MOTÍN: Pues ¿más barato
 no fuera calzarle romo?
 Y algunos que braceando
 con la mano acucharada,
 la manga desabrochada
 y sin puños, le va dando

en los dedos el aforro.

¿Es gala o hipocresía?

¿Es aliño o porquería?

¿Es descuido o es ahorro?

¿O presumen por ventura
de manos, y hacen con esto
que junto al color opuesto
parezca más la blancura?

Y el que levanta igualmente
por los dos lados el ala
del sombrero, y por gran gala
lleva un candil en la frente,
dime, ¿en qué puede fundarse?

¿Y en qué se funda un galán,
que vistiendo tafetán
en julio, por no abrasarse,
embute de estofa vana
jubón y calzón? Querría
saber si la seda enfría
más que caliente la lana.

Y el escolar que camina
con un matachín meneo,
y hecho un rollo del manteo,
se le encaja en la pretina.

¿A quién no le causa risa?
¿Y un paje que, si reparas,
Mide las ligas a varas,
y a pulgadas la camisa?

INÉS: Y tú, pues en eso tocas,
¿cuántas tienes?

MOTÍN: Tengo, Inés,
Si verdad te digo, tres.

INÉS: Pues ¿cómo tiene tan pocas
quien de las Indias llegó
un mes ha?

MOTÍN: Engañada estás;
qué no he fiado jamás
al agua la vida yo.

INÉS: Pues, ¿cuándo entraste a servir
a don Rodrigo?

MOTÍN: Después
que señalaron sus pies
la orilla a Guadalquivir.

INÉS: Segun eso, no sabrás
su calidad.

MOTÍN: Solo sé
que en sus acciones se ve
que ninguno tiene más.

INÉS: Y di, ¿qué finezas fueron,
las que hicieron tan amigo

de Fernando a don Rodrigo?
MOTÍN: En Sevilla concurrieron
en una posada un día
los dos, y en viéndose en ella,
halló en cada cual su estrella
lo que llaman simpatía.

INÉS: ¿Simpa... qué?
MOTÍN: Conformidad,
rabiando a lo castellano.
Pues como abrasa el verano
el sol aquella ciudad,
fuimos una noche al río
los tres; siendo el primero
en desnudarse ligero
mi señor, al cristal frío,
sin prevenir los azares
de su hondura, se arrojó;
que sin duda imaginó
que se echaba en Manzanares.
Despojábase espacioso
la ropilla don Fernando
por no acatarrarse, cuando
a mi dueño, congojoso,
en un mal formado acento,
que gorgoritas hacía,
escuchamos que decía,
"¡Que me ahogo!" Y al momento
al peligro se arrojó
animoso don Fernando,
medio vestido, y nadando,
a la orilla le sacó.

INÉS: Y tú, ¿no le socorriste?
¿No sabes nadar?
MOTÍN: Sí, sé,
mas del refrán me acordé.

INÉS: ¿De qué refrán?
MOTÍN: ¿Nunca oíste
decir que el buen nadador
guarda la ropa?

INÉS: Si oí.
MOTÍN: Pues yo, que lo soy, allí
la guardaba a mi señor.
Demás que era desatino
entregarme al agua, á quien
jamás he querido bien.
Si el Bétis fuera de vino,
don Rodrigo paseara
seguro su centro frío.

INÉS: ¿Cómo?
MOTÍN: Sorbiérame el río,

y él en seco se quedara.
 En esta hazaña se funda,
 pues, la amistad que nació
 en los dos, a que añadió
 nuevos lazos la segunda.

A la posada venía
 una noche don Rodrigo
 muy tarde, solo conmigo;
 y cuando llamar quería
 a la puerta, acometieron
 a matarnos con montantes
 cuatro feroces gigantes.

INÉS: ¿Tan grandes te parecieron?

MOTÍN: Pues piensa que me limito,
 que en ellos fuera una espada
 hasta el recazo envainada
 picadura de mosquito.

Y así, valiéndome, como
 en la ventajosa lid
 del gigante hizo David,
 de otras armas, quité el pomo
 a mi espada, y de una liga
 hice una honda, y tiré
 al uno, y le reventé
 un ojo; y con la fatiga
 cayó el Polifemo, dando
 Tal golpe, que estremeció
 la ciudad, y despertó
 el estruendo a don Fernando,
 que asomándose a un balcón,
 y viendo que don Rodrigo,
 su camarada y amigo,
 estaba en tal aflicción,
 a la calle se arrojó
 con una espada, en camisa,
 y a los gigantes tal prisa
 de cuchilladas les dio,
 que todos en un momento
 se desaparecieron como
 humo al viento.

INÉS: ¿Y el del pomo?

MOTÍN: Huyó también tan sin tiento,
 como en lo tuerto no estaba
 ducho, que la calle errando
 y en las casas tropezando,
 como bolas las birlaba.

INÉS: ¿Gran ventura! Mas querría
 saber de dónde contigo
 esa noche don Rodrigo
 tan a deshora venía;

porque de esto y de intentar
darle muerte esa cuadrilla,
colijo yo que en Sevilla
se debió de enamorar.

Doña ANA aparte al paño

ANA: (Sutilmente ha rodeado la plática a mi intención.) **Aparte**

MOTÍN: Yo pienso que la ocasión,
Inés, de haberle intentado
matar, fue para quitarle
un diamante que traía
en el dedo, que podía
el mismo sol cudiciarle;
que allí no galanteaba;
antes, según lo que agora
a tu hermoso dueño adora,
y a Madrid apresuraba,
logrando instantes del día,
su jornada, he sospechado
que estaba allá enamorado
de doña Ana en profecía.

ANA: (¡Vitoria, amor!) **Aparte**

MOTÍN: (De un chapín **Aparte**
tras de la ventana brilla,
o me engaño, una virilla.
¿Si escucha doña Ana?)

INÉS: Al fin,
¿la tiene amor?

Habla doña ANA aparte a INÉS

ANA: Tiempo es
de declararte.

MOTÍN: (¿Qué he visto? **Aparte**
del pie le ha dado. ¡Por Cristo
que juega con ganso Inés.)
Toda la noche se queja,
y suspira tan sentido,
que el huésped le ha despedido
porque dormir no le deja.

INÉS: Pues pide para los dos
albricias a don Rodrigo;
que su amor--yo soy testigo--
de que es pagado; y adiós.

Retíranse las dos

MOTÍN: ¡Hay tal dicha! Cierto es
que doña Ana lo ha escuchado,
y fue entre los dos tratado
cuanto aquí me ha dicho Inés.

Sale don SEBASTIÁN

SEBASTIÁN: Motín...

MOTÍN: Señor, mi deseo,
Te llamó; que en este instante
me ha dicho Inés que es tu amante
doña Ana.

SEBASTIÁN: ¡Oh cielos! No creo
tanta ventura.

MOTÍN: Yo sí;
que lo que a Inés escuché,
orden de doña Ana fue.

SEBASTIÁN: Pues, ¿cómo?

MOTÍN: Hablando de ti
desde la reja a la calle,
donde yo estaba en espía,
después que gastado había
gran prosa en exageralle
tu ciego amor, vi que Inés
un poco se suspendió,
y que la atención pasó
de los ojos a los pies.
Penetré la celosía,
aplicando un poco más
la vista, y vi que detrás
de la ventana lucía
una virilla, chismosa
de su dueño y de su intento,
que dijo a mi pensamiento
que era de doña Ana hermosa.
Disimulé, y luego vi
que despidió la virilla
una breve zapatilla,
así flamante y así
ajustada, que pensé,
viendo que nada injuriaba
su primer facción, que estaba
en la horma, y no en el pie.

Mas desengañóme luego
 una rosa o una estrella,
 que después que llegó a vella
 el Amor le pintan ciego,
 que en puntillas tan brillantes
 y cándidas se remata,
 que si no es globo de plata,
 es erizo de diamantes.

Salió pues, señor, el pie,
 si recatado, lascivo,
 que tiene más de atractivo
 cuando se ve y no se ve;
 y tocó á Ines. Yo creí
 que tocaba a retirar,
 y no fue sino tocar
 a declararse; y así
 me dijo, "Para los dos
 pide albricias a Rodrigo;
 que su amor, yo soy testigo,
 de que es pagado; y adiós."

SEBASTIÁN: ¿Es posible que ha tenido
 tan dichoso fin mi pena?
 Dale a Ines esta cadena,

Dale una

Y tú, ponte aquel vestido
 que estrené cuando partí
 de Guadalquivir.

MOTÍN: (Dió fuego.) **Aparte**

SEBASTIÁN: ¿Que a ser tan dichoso llevo?
 ¿Que tanto bien merecí?

Pues que doña Ana me adora
 vengan penas, vengan males;
 que si antes eran mortales,
 serán medianas agora.

MOTÍN: Pues, ¿podrás estar quejoso
 de las nuevas que te he dado?

SEBASTIÁN: Mas que cuerdo desdichado,
 quiero ser loco dichoso.

Vanse. Salen don JUAN Y doña ANA

ANA: Señor don Juan, por mi vida
 que os vais.

JUAN: Señora, ¿qué es esto?

¿Vos me despedís tan presto?
A darle la bienvenida
vengo, por nuestra amistad,
a vuestro hermano; y así,
ni le hará el hallarme aquí
sospecha ni novedad,
si vos conmigo la hacéis
por eso.

ANA: De porfiado
estáis ya, don Juan, cansado.
JUAN: ¡Ay de mí! ¡Ya os ofendéis
de verme! Ya vuestros ojos,
de quien luces merecí
de favores, contra mí
fulminan rayos de enojos!
¿En que os ofendi, señora?
ANA: En nada.
JUAN: Pues, ¿qué mudanza
es ésta que mi esperanza
condena sin culpa agora?
ANA: Mudanza.
JUAN: ¿Puédela hacer
sin causa quien su favor
ha empeñado?
ANA: Es loco Amor.
JUAN: ¿No sois noble?
ANA: Soy mujer.

***Salen don SEBASTIÁN y MOTÍN, que se
quedan acechando a doña ANA y don JUAN, hablan los dos aparte***

SEBASTIÁN: ¿Qué estoy viendo?
MOTÍN: El galán es
que te da cuidado.
SEBASTIÁN: ¡Ah, cielos!
Ya son agravios mis celos.
MOTÍN: ¿Doyle la cadena a Inés?
SEBASTIÁN: Necio estás.
JUAN: Solo de vos
saber la ocasión querría
de mi mal, doña Ana mía.
MOTÍN: ¡Mía dijo, vive Dios!
SEBASTIÁN: Oye.
ANA: Don Juan, idos ya;
que no os la quiero decir.
JUAN: Ni yo de aquí he de salir.
ANA: Entraréme yo.
JUAN: Será

Quiere irse, y tiénela

obligarme a ser grosero.
 ANA: Soltad. ¿Qué es esto, atrevido?
 SEBASTIÁN: (Sin darme por entendido del caso, estorbarle quiero.) **Aparte**

Adelántase

¿Está el señor don Fernando en casa?
 JUAN: (¿Hay licencia igual?) **Aparte**
 ANA: (¡Que sucedió al fin el mal que yo estaba recelando!) **Aparte**
 JUAN: ¿Quién es? ¿Quién de esta manera, donde yo en visita estoy, Sin avisar entra?
 SEBASTIÁN: Soy don Rodrigo de Ribera, y soy, porque soy su amigo, don Fernando Vasconcelos. Pero vos, ¿quién sois?
 ANA: (De celos da sospechas don Rodrigo, y antes que se empeñe, quiero estorbarle.) Si le halláis conmigo, ¿qué preguntáis? Amigo es tan verdadero el señor don Juan de Lara como vos de don Fernando; que si no lo fuera, estando él ausente no pisara de esta casa los umbrales.
 JUAN: (¿Satisfacciones le da? Yo he reconocido ya el principio de mis males.) **Aparte**
 SEBASTIÁN: (Disimular me conviene.) Preguntéle por saber, señora, lo que he de hacer de la obligación que tiene al señor don Juan mi amigo Fernando; y así, pensad que es una vuestra amistad con él, don Juan, y conmigo. **Aparte**
 JUAN: (Bien disimula.) **Aparte**

ANA: (Prudente, **Aparte**
 cuerdo y cortés se mostró.
 JUAN: Lo mismo os ofrezco yo.
 (¡Ah celos! la boca miente;
 que no es ésta la ocasión
 que declararos podéis;
 pero a solas le diréis
 lo que siente el corazón.)
 A doña Ana, don Rodrigo,
 os quedad acompañando
 mientras viene don Fernando,
 puesto que sois tan su amigo.

Vase

ANA: (Ya le entiendo. De celoso **Aparte**
 da señales.) No os quedéis,
 don Rodrigo; no le deis
 causa de estar sospechoso.
 SEBASTIÁN: Satisfacción a don Juan
 queréis dar?
 ANA: Y vos, ¿por qué
 de eso queréis que os la dé?
 SEBASTIÁN: ¿Que haya quien, siendo galán,
 tenga licencia, en ausencia
 de vuestro hermano, de veros?
 ANA: ¿Tenéisla vos de ofenderos
 reñirme esa licencia?
 SEBASTIÁN: ¿No la tiene el que os adora?
 ANA: ¿Vos me adoráis?
 SEBASTIÁN: Pues mis ojos,
 ¿no os han dicho mis enojos.
 ANA: No entendí tal; mas ajora
 que claramente a decirme
 vuestro amor llegáis, Rodrigo,
 que tenéis licencia, digo,
 de ofenderos y reñirme.

Vase

SEBASTIÁN: Y yo digo, pues pagás
 con tal favor mi afición,
 que no me deis la ocasión,
 pues la licencia me dais.
 MOTÍN: Y yo que, pues ha tenido
 tan dichoso fin tu pena,

le doy a Inés la cadena,
y me tomo yo el vestido

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salen don SEBASTIÁN y don DIEGO

SEBASTIÁN: Esto habéis de hacer, señor
don Diego, por mí, supuesto
que os esté bien; que yo en esto
no soy más que intercesor
 con vos, consejero no,
pues esfuerza que sepáis
lo que perdéis o ganáis
en ello mejor que yo;
 que soy tan recién llegado.
Si bien por las ocasiones
que os he dicho, en las acciones
de don Fernando me ha dado
 su valor y calidad
información tan entera,
que en su emulación dijera
lo que digo, en su amistad.

DIEGO: ¿Que tantas obligaciones,
don Sebastián, le tenéis?

SEBASTIÁN: Las que colegir podéis
de quien en dos ocasiones
 la vida, señor, me ha dado.
Demás que lograr confío,
siendo vos tercero mío,
con su hermana mi cuidado
 que si a Lucrecia le dais,
con tal que me dé la mano
de la que adoro, su hermano
se tendrá, pues le obligáis
 dándole el bien que desea,
por venturoso, y a mí

me calificáis así,
 pues queriendo que yo sea
 de vuestro yerno cuñado,
 puesto que importa ocultarle
 quién soy, puede asegurarle
 vuestro abono ese cuidado.

DIEGO: Yo estimo, como es razón
 a don Fernando, y le diera,
 puesto que él no los tuviera,
 méritos la intercesión;
 mas determinarme quiero,
 supuesto que es portugués,
 y vuestro padre lo es,
 informándome primero
 de tan verdadero amigo;
 y así, le hemos de esperar;
 que con él se ha de tratar
 este caso, no conmigo.

SEBASTIÁN: Si en él lo comprometéis,
 la norabuena desde hoy
 a don Fernando le doy

DIEGO: ¿Qué sabéis? No os empeñéis.

Vase don DIEGO

SEBASTIÁN: ¡Oh padre! Las ansias mías
 te den las ansias de amor.
 Cifre el planeta mayor
 en un instante los días
 de tu prolija tardanza;
 que donde es tal la ocasión,
 da muerte la dilación,
 si da vida la esperanza,

Sale don JUAN

JUAN: Más fácilmente, señor
 don Rodrigo, parecéis
 a quien veros no quisiera
 que a quien os procura ver.

SEBASTIÁN: No sé porqué lo decís.

JUAN: Digolo porque, después
 que para estorbarme en casa
 de doña Ana os encontré,
 no pude hallaros, de muchas
 que os he buscado, una vez.

SEBASTIÁN: Ni aun ésta, pluguiera a Dios,
 me hallárades si ha de ser
 para decirme pesares;
 que decir que os estorbé
 cuando en casa de dona Ana
 los dos nos hablamos, es
 un lenguaje muy ajeno,
 don Juan, del que usar debéis
 por vos, por ella y por mí;
 porque ni a doña Ana, a quien
 mira con respeto el sol,
 os pudistes atrever,
 ni ella permitir que a solas
 con mas licencia la habléis
 que en presencia de testigos,
 ni vos, conforme a la ley
 de noble, cuando eso fuera,
 lo debéis dar a entender,
 Ni a mí, que soy de su hermano
 tan estrecho amigo, es bien,
 cuando olvidéis lo demás,
 que de ese modo me habléis.

JUAN: Esas son caballerías
 de Amadís y Florisel,
 y se os luce, don Rodrigo,
 lo recién llegado bien,
 pues ignoráis que en la corte
 la competencia es cortés,
 permitido el galanteo
 y usado el darlo a entender
 y más donde la ocasión
 por que os he buscado, fue
 ésta sola; que me importa
 saber de vos si tenéis
 prendas de amistad no más,
 o empeños de amor también,
 con doña Ana Vasconcelos,
 y si en vos he de tener
 amigo o competidor.

SEBASTIÁN: Mal os ha informado quien
 os dijo que los precetos
 de noble y galán no sé,
 y que cuando amante sea,
 de mí lo habéis de saber;
 fuera de que os engañáis
 si pensáis que en mí no es,
 para estorbar vuestro amor,
 bastante ocasión tener
 amistad a don Fernando.

JUAN: Con ese color queréis

pasar por virtud conmigo
 lo que es delito con él.
 Y puesto que así lo entiendo,
 en resolución sabed
 que si vos, como Faetón,
 el pensamiento atrevéis
 al sol que adoro, esta espada
 un rayo ardiente ha de ser,
 que en vuestras cenizas
 llueva escarmientos otra vez.

Sale don FERNANDO

FERNANDO: (¿Qué es esto?) **Aparte**
 SEBASTIÁN: Al fin me tratáis
 como a forastero, pues
 desconocéis este acero;

Empuñan

Mas presto veréis en él
 vuestro engaño y mi valor.
 FERNANDO: Don Juan de Lara, tened;
 Don Rodrigo, basta.
 JUAN: (¡Ah cielos!) **Aparte**
 FERNANDO: ¿Qué es esto?
 SEBASTIÁN: Pues os ponéis
 de por medio, ya no es nada.
 FERNANDO: Si acaso puedo saber
 la causa de este disgusto,
 a gran ventura tendré,
 don Juan, llegar a ocasión
 de evitarlo y componer
 de los dos la diferencia.
 JUAN: Solo deciros podré
 que a mí me sobra razón
 y que la suerte crüel
 no pudo hacerme pesar
 agora mayor que haber
 llegado vos a impedir
 mi furia.

Vase don JUAN

FERNANDO: Don Juan, volved.
 Fuego despiden sus ojos,
 y el viento injurian sus pies.
 No puedo yo, don Rodrigo,
 saber qué es esto?

SEBASTIÁN: ¿No veis
 que el silencio de don Juan
 me le ha obligado a tener,
 pues a vos mismo, Fernando,
 no ha de pareceros bien
 que yo remita a la lengua
 lo que a las espadas él?

FERNANDO: Basta; doyme por vencido.
 (Lucrecia sin duda es **Aparte**
 la ocasión, porque don Juan
 es su amante, y le escuché
 sentimientos de celoso.)
 Decidme, Rodrigo, pues ¿Qué
 hay de mi esperanza? ¿Hablastes
 a don Diego?

SEBASTIÁN: Ya le hablé;
 y aunque conoce y estima
 lo mucho que merecéis,
 responde que por agora
 no se puede resolver.

FERNANDO: ¿Eso es estimarme?

SEBASTIÁN: Prendas
 de tanto valor ¿queréis
 que solo a vuestro deseo
 atentas, Fernando, estén?
 ¿A vos solo habrá tirado
 orado arpón, desde aquel
 cielo de Lucrecia, Amor?
 ¿Vos solamente seréis
 quien conquiste su hermosura
 y contraste su desdén,
 que a la primer diligencia
 os prometistes vencer?
 Yo he hecho lo que he podido,
 y lo que pudiere haré.
 Pues dilatar no es negar,
 paciencia, amigo, tened;
 que empresas tan importantes
 no se acaban de una vez.

Vase don SEBASTIÁN

FERNANDO: Qué sospechas, qué recelos

son estos, suerte crüel,
con que a mi pecho abrasado
tan dura guerra movéis?
Con tantos y tan urgentes
indicios di que es infiel
a mi amistad don Rodrigo,
y que de Lucrecia es
amante; que con don Diego
tiene amistad le escuché,
y desde la Nueva España
viene dirigido a él.
Visitóle a excusas mías,
que claramente se ve
que lo excusó con cuidado;
que a no recatarse, pues
era tan recién venido
a Madrid, para saber
siquiera dónde vivía,
me preguntaron por él.
La ocasión de esta pendencia
con don Juan por celos fue,
claro está; que él le decía,
"En resolución sabed
que si vos, como Faetón,
el pensamiento atrevéis
al sol que adoro, esta espada
un rayo ardiente ha de ser,
que en vuestras cenizas llueva
escarmientos otra vez."
Pues si nació la cuestión
de celos, y don Juan es
de Lucrecia pretendiente,
Lucrecia la causa fue,
y de don Rodrigo está
celoso don Juan; que a ser
yo la causa, se mostrara
conmigo airado también,
y no dijera a Rodrigo,
riñendo ahora con él,
"Que si vos, como Faetón,
el pensamiento atrevéis
al sol que adoro..." Demás
que don Rodrigo, ¿por qué
me ocultara la ocasión,
si mi pretensión lo es?
Luego de este y los demás
indicios, y responder
agora timidamente
a mi intento, bien se ve
que es amante de Lucrecia

y es a mi amistad infiel.
 Mas ¿cómo puede ser noble
 quien es engañoso, quien
 es ingrato a quien le ha dado
 la vida una y otra vez?
 ¡Vive Dios! Si lo averiguo,
 pues para hacerlo he de ser
 Árgos que imprima los ojos
 en las huellas de sus piés,
 que he de quitarle la vida
 que le di, pues a perder
 el beneficio condena
 a los ingratos la ley.

Vase. Salen MOTÍN, doña ANA e INÉS

ANA: ¿Dónde tu dueño quedó?
 MOTÍN: ¡Qué caminas diligente!
 En una visita, enfrente
 de la Trinidad, entró,
 en una casa en que habita
 un don Diego.

ANA: (¡Oh, santos cielos! **Aparte**
 Ya toca en el alma a celos,
 de Lucrecia esta visita.)
 Pues ¿qué tiene don Rodrigo
 con don Diego?

MOTÍN: Solo sé
 que en su casa le dejé
 porque pasando un amigo
 por allí, me convidó
 con lugar en la comedia,
 donde dos horas y media
 de pasatiempo me dio;
 que por ser ducho en la corte,
 y yo de los más bisoños,
 fue en el golfo de los moños
 del aparador mi norte.
 "¿Veis," dijo, "aquella que está
 Con el manto de anascote,
 y anda por Madrid al trote,
 rüina del tiempo ya?
 Yo la conocí edificio,
 y una moza a quien crió
 y en su niñez la sirvió,
 hoy la tiene en su servicio.
 La que ves que con el guante
 vuelto, y los dedos en forma

de luna bicornes, informa
de los riesgos de su amante,

--No puedo tener la risa--
una vez a verla entré
muy de mañana, y hallé
puesta la fénix camisa
al fuego; y a imitación
de nuestra madre primera,
le daba una manta higuera
y paraíso un colchón."

En esto salió a cantar
la música de Vallejo,
y luego, cada trebejo
encajado en su lugar,
la comedia se empezó,
y al punto los mosqueteros
dieron en decir, "¡Sombreros!"
y como se descubrió
todo infante por igual,
quedó junto y sosegado.
Era un país empedrado
de cabezas el corral.

La comedia felizmente
aplaudida, al puerto llega;
que era de Lope de Vega,
y el baile de Benavente.

Y dado fin a la historia,
salió la gente, y salí;
vine, y conté lo que ví.
Aquí gracia, y después gloria.

ANA: Ha sido la relación
como de tu ingenio agudo.
(Pero divertir no pudo
las penas del corazón.)

Aparte

Vete y a tu dueño di,
Motín, que al punto me vea.

MOTÍN: Mandarle lo que desea
no es preceto, piedad sí.
¿No me hablas, Inés? ¿Te ha dado
la cadena autoridad,
presunción y gravedad?

INÉS: Aunque el oro es tan pesado,
que hacerme grave pudiera,
nunca lo seré contigo;
que solo por don Rodrigo,
cuando por tí no lo hiciera,
te estimara.

MOTÍN: Bien entiendes
la musa, bien lo rodeas.
¡A mi señor lisonjeas!

¿Otra cadena pretendes?

Vase MOTÍN

ANA: ¿Inés?
 INÉS: ¿Señora?
 ANA: Yo estoy...
 No sé cómo estoy.
 INÉS: ¿De qué?
 ANA: Ayer a amar empecé,
 y a tener sospechas hoy.
 ¡Oh, pensiones del amor!
 INÉS: Pues ¿qué recelas, señora?
 ANA: ¿No viste que dijo agora
 Motín que entró su señor
 esta tarde a visitar
 a don Diego?
 INÉS: Sí.
 ANA: ¿No es
 padre de Lucrecia?
 INÉS: Pues
 por eso, ¿has de sospechar
 que la adora y te desprecia,
 siendo tan recién venido
 que apenas habrá tenido
 tiempo de ver a Lucrecia?
 ANA: Tiempo ha tenido y lugar.
 ¿No te acuerdas tú que cuando
 don Rodrigo y don Fernando
 llegaron a este lugar,
 Lucrecia estaba conmigo,
 y al partirse la miraron,
 y su buen aire alabaron
 don Fernando y don Rodrigo?
 INÉS: Es verdad.
 ANA: ¿No salió luego
 don Rodrigo, Inés, de aquí
 para su posada?
 INÉS: Sí.
 ANA: Pues si acaso el Amor ciego
 hizo allí, pues cada día
 canta mayores hazañas,
 saetas de las pestañas
 que entre el manto descubría
 Lucrecia, y el movimiento
 airoso que la ausentó,
 con los ojos le llevó
 a Rodrigo el pensamiento,

¿no pudo seguir sus huellas,
pues ella le estamparía,
si con amor la seguía,
a las pisadas estrellas?

INÉS: Ancho es el campo, señora
de lo posible; mas dudo,
puesto que seguirla pudo,
que lo hiciese quien te adora
desde el punto que te vió.

ANA: Eso me obliga a pensar
que es muy fácil de mudar
quien tan fácilmente amó.
Pero mi hermano ha llegado.

Sale don FERNANDO

FERNANDO: (Medio no he de perdonar **Aparte**
con que pueda averiguar
mi ofensa; que aunque me ha dado
tanta ocasión don Rodrigo,
nadie se ha de resolver
por indicios a creer
falsedades de un amigo.)

ANA: ¿Es tiempo de verte, hermano?

FERNANDO: Admírate de que vivo,
y no de que tardo en verte,
según son los males míos.
Déjanos solos, Inés.

INÉS: (¿Qué es esto? ¿Si habrá sabido **Aparte**
los amores don Fernando
de su hermana y don Rodrigo?)

Vase

ANA: Ya estamos solos, ya espero
que tu lengua, hermano mío,
dé luz a mis confusiones,
y a tus pesares alivio.

FERNANDO: (Color daré diferente **Aparte**
a mi intento vengativo,
porque me diga verdades,
sin recelarme peligros.)
Yo tengo, querida hermana,

casi evidentes indicios
 que en los ojos de Lucrecia,
 en que yo dos rayos miro
 airados, mira benignas
 dos estrellas don Rodrigo.

ANA: (¡Ay de mí! No mintió el alma.)

Aparte

FERNANDO: Y si, como yo imagino,
 en demanda tan dichosa
 partió de los mares indios
 a los puertos españoles,
 con don Diego convenido,
 y estimado de Lucrecia;
 aunque su ventura envidio,
 reconozco su razón,
 y haré mal si solicito
 conquistar una enemiga
 y contrastar un amigo
 que por alcanzar su mano
 discurrió tantos caminos,
 tantos trabajos sufrió,
 y venció tantos peligros;
 y así, para resolverme,
 doña Ana, a mudar designios
 y buscar en otros ojos
 fuego que enjague los míos,
 falta solo reducir
 a evidencia los indicios;
 y tu ingenio y discreción,
 hermana, han de ser el hilo
 que saque a luz mi cuidado
 de este ciego laberinto.
 Tú has de verte con Lucrecia,
 y tú de sus labios mismos,
 con industria al disimulo,
 y con cautela al descuido,
 has de saber si son sombras
 o verdades las que he visto.

ANA: De mí tus intentos fia,
 que me tocan como míos.

FERNANDO: Otra vez te advierto, hermana,
 que con tan sutil estilo
 te informes, que ni Lucrecia
 entienda ni don Rodrigo
 que tú inquietas cuidadosa,
 ni yo celoso averiguo.

Vase don FERNANDO

ANA: ¿Quién pensara que la nave
Que por los azules vidrios
de] mar, exhalado leño,
cuando en los pardos bajíos
rompe la ensebada quilla,
halle en los escollos mismos,
para vencerlos más fuerzas,
y más alas para huirlos?
Dudando si me igualaba
en calidad don Rodrigo,
el golfo de amor corría
mi esoeranza; y cuando miro
agravios en que padece
nafragio el intento mío,
en ellos mismos ha hallado
de Amor nuevos incentivos,
nuevas alas mi deseo,
más fuerza mis desvaríos,
más resolución mis dudas,
y mi afición más motivos.
Porque si, como sospecha
don Fernando y yo colijo,
don Diego, que es tan prudente,
tan principal y tan rico,
ha estimado por esposo
de su hija a don Rodrigo,
y le llama, cuando tantos
caballeros conocidos
en España la desean,
desde los remotos indios
para hacerle más dichoso,
por conocerle más digno;
y ella lo prefiere a tantos
más galanes que Narciso,
más que Páris principales
y más que Piramo finos,
que la obligan a cuidados
y la acusan a suspiros;
claro está que la merece,
claro está. Pues si conmigo
pudieron tanto sus partes,
cuando por no haber sabido
su calidad me debiera
reprimir, que el amor mío
volaba ligero, como
tal vez el neblí castizo,
sin que estorben las pihuelas
de los pies a los cuchillos
de las alas, hasta el sol
remonta el vuelo si ha visto

en la corona del viento
 el pájaro fugitivo;
 ¿qué sera cuando esta duda
 no enfrena mis desvaríos?
 ¿Qué será cuando conozco
 lo que pierdo, cuando invidio
 lo que mi enemiga alcanza,
 cuando agraviada me incito,
 declarada me avergüenzo,
 engañada desconfío,
 enamorada me abraso,
 y celosa desatino?

Sale don SEBASÍÁN

.....

 SEBASTIÁN: A obedecerte, señora,
 vengo turbado.

ANA: ¿De qué?

SEBASTIÁN: Como sabes de mi fe
 la verdad con que te adora,
 haberle mandado agora
 a quien su cuidado emplea
 solo en verte, que te vea,
 me ha causado confusión;
 que a nadie sin ocasión
 le mandan lo que desea.

ANA: (¡Ah, falso! Ocultar intento,
 para averiguar mi agravio,
 en la lisonja del labio
 del corazón el tormento.)
 Rodrigo, mi mandamiento
 fue de mi amor diligencia,
 que no pudo mi paciencia
 fiarla de tu cuidado.
 Dime, dime, ¿en qué has gastado
 tan largas horas de ausencia?

SEBASTIÁN: De mi posada salí
 a las dos; que tú, que diste
 luz á mis ojos, me viste.

ANA: No pregunto lo que vi.

SEBASTIÁN: Lo demás escucha.

ANA: Di.
 (Si se recata conmigo,
 y me oculta don Rodrigo
 que a don Diego visitó,
 es cierto que me ofendió.)

SEBASTIÁN: Fui a visitar un amigo.

ANA: ¿Dónde vive?

SEBASTIÁN: Vive enfrente
 de la Trinidad.

ANA: (¡Ah, cielos!
 Ya el incendio de mis celos
 mitiga la furia ardiente,
 pues confiesa fácilmente.)
 ¿Cómo es su nombre?

SEBASTIÁN: Don Diego
 de Mendoza.

ANA: (Más sosiego
 voy cobrando.) ¿Y a qué hora
 le dejaste?

SEBASTIÁN: Eran, señora,
 las cuatro.

ANA: (Ya crece el fuego.)
 Estando ausente de mí,
 ¿dos horas con él gastaste?
 Mucho te importó.

SEBASTIÁN: Eso baste
 para disculpa. Salí
 de su casa...

ANA: Ten ahí;
 no salgas tan presto, no;
 que no es bien que pase yo
 tan apriesa del lugar
 donde a quien adoro, estar
 tan de espacio le importó.
 (Suspenso y descolorido
 ha quedado. Ya, ¿qué espero?
 Recelo fue verdadero
 el que mi hermano ha tenido,
 de que llamado ha venido
 a ser de Lucrecia esposo.)
 Responde.

SEBASTIÁN: Impulso piadoso
 me trajo de mi destino,
 que en tus ojos me previno
 estado tan venturoso.

ANA: Claro está que has de dorar
 con lisonjas mis agravios;
 que mentir saben los labios,
 si el pecho sabe engañar;
 mas si me quieres dejar

Aparte**Aparte**

satisfecha, haz una cosa.

SEBASTIÁN: Ninguna hay dificultosa.

ANA: (Probarle quiero.) ¿Has de ser **Aparte**
mi esposo?

SEBASTIÁN: ¿Puedo tener
suerte yo mas venturosa?

ANA: Pues dame la mano.

SEBASTIÁN: (¡Ah, cielos! **Aparte**

Pues don Diego, "¿qué sabeis?"
me dijo; "no os empeñeis,"
con misteriosos recelos;
y doña Ana Vasconcelos
se resuelve a ser mi esposa
tan fácil y presurosa
sin saber quién soy; Amor,
mirad que puede el honor
hallar la espina en la rosa.)

ANA: ¿Qué dudas? Qué te suspendes?

Mira, traidor, si has mentido,
pues no admities ofrecido
lo que dices que pretendes.

SEBASTIÁN: Porque tu valor ofendes,
confuso, doña Ana, estoy,
y crédito no le doy
a tu arrojada fineza,
pues me ofreces tu belleza
antes de saber quien soy.

ANA: Cuando te ofrezco la mano,
¿culpas, falso don Rodrigo,
la fineza en que te obligo
de arrojamiento liviano?

SEBASTIÁN: Yo, mi bien, debo a tu hermano
la vida, y no he de agraviar
su amistad; que aunque en amar
y servir, sin que lo entienda
don Fernando, no le ofenda,
le ofendiera en alcanzar.

ANA: Basta. Probar he querido
tus intentos; que no fuera
yo tan fácil, que te diera,
sin haberte conocido,
la mano. Ya, fementido,
de tu sangre y lealtad
he visto aquí la verdad;
porque ni puede quien siente
de amor, mentir, ni quien miente
puede tener calidad.

SEBASTIÁN: Oye.

ANA: Véte; que de hoy más,
primero que los oídos

a tus halagos fingidos
 aplique, del sol verás
 volver la carrera atrás.

Vase

SEBASTIÁN: Solo siento de tu engaño
 tu enojo, que no mi daño;
 porque mi fe me asegura
 que lo que el engaño jura
 quebrantará el desengaño.

Vase. Salen don ANTONIO y don DIEGO

DIEGO: En este corto aposento,
 que sale a esa galería,
 tendréis, mientras pasa el día,
 recatado alojamiento.

ANTONIO: Vos sois mi amigo, y trazar
 tan bien como yo sabréis,
 pues mi iniento conocéis
 lo que me puede importar.

DIEGO: Fiarlo podéis de mí,
 don Antonio. Mas ya espero
 a don Sebastián, y quiero,
 porque pueda entrar aquí
 a verse con vos a solas
 sin dar sospechas, salir
 a aguardarte.

ANTONIO: (Pues vivir **Aparte**
 he podido entre las olas
 del cuidado y el tormento
 tened valor, corazón,
 para que en esta ocasión
 no os dé la muerte el contento
 de ver tras tanta tormenta
 el puerto de mi esperanza,
 el plazo de mi venganza
 y el término de mi afrenta.

Sale don SEBASTIÁN

DIEGO: Veisle aquí.

que en traerlos a mis ojos
 libraba todo el consuelo
 de mi senectud caduca;
 y prevenido y atento
 a daros feliz estado,
 codicioso y satisfecho
 de la hacienda y hermosura,
 calidad y entendimiento,
 honestidad y opinión
 de doña Ana Vasconcelos,
 una portuguesa dama,
 milagro de nuestros tiempos;
 quise teneros con ella
 concertado casamiento,
 temeroso de perder
 la ocasión de tal empleo,
 si hasta veros en España,
 dilataba el proponerlo.
 Y así, Sebastian, un día,
 el más triste y más funesto
 que dió a mis prolijos años
 la carrera de los cielos,
 a don Fernando, que solo
 era hermano y era dueño
 de doña Ana, le propuse,
 por mi desdicha, mi intento.
 Ecuchóme con desdén,
 respondióme con desprecio,
 irritóme presumido,
 y resolvióme, soberbio,
 a replicarle de modo
 que fue entre los dos creciendo
 de las pesadas razones
 de lance en lance el empeño,
 hasta que... Mas pronunciarlo,
 no podré; que el sentimiento
 pone a la garganta un nudo
 porque no salga del pecho
 la voz a decir mi agravio;
 Y el corazón, con recelo
 de que la vida no os baste
 a resistir tanto fuego,
 en lágrimas anticipada
 el reparo del incendio.

SEBASTIÁN: Acabad ya, ejecutad
 de una vez el golpe fiero;
 que dar a pausas la muerte
 es más tirano tormento.

ANTONIO: En presencia de testigos,
 que a las voces ocurrieron,

en la nieve de estas canas
 imprimió los cinco dedos...

SEBASTIÁN: ¡Válgame Dios!

ANTONIO: Que dio espuelas
 sin duda a su atrevimiento
 mi ancianidad, que pensé
 que le sirviera de freno.
 No pude vengarme allí;
 que demás de que no tengo,
 fuerza, aunque tenga valor,
 para esgrimir el acero,
 quedé, con el mismo agravio,
 tan atónito y suspenso
 y tan sin mí, como queda
 aquél a quien dio primero
 el golpe del rayo asombros,
 que avisos la voz del trueno.
 Entonces pues fue forzoso,
 si desdichado remedio,
 que se olvidase mi afrenta
 con mi ausencia y con el tiempo,
 salgo oculto de Lisboa,
 y mudado el nombre, vengo
 a Madrid, que en su grandeza
 y su confusión espero
 no divertir mis pesares,
 pero vivir más secreto;
 y movido de que estaba
 en esta corte don Diego
 de Mendoza, de quien solo
 pude fiar mis intentos,
 porque mi afrenta sabía,
 y por ser tan verdadero
 amigo, que a mi enemigo
 mil veces hubiera muerto
 si fuera, como vengarme,
 desagraviarme el hacerlo.
 Dos años estuve oculto,
 con esperanza de veros,
 en una posada humilde
 cuando mi destino, atento
 a renovar mis pesares,
 como si mi agravio mesmo
 no contase de los días
 los instantes a recuerdos,
 trajo a Madrid, a mis ojos,
 a mi ofensor. ¡Ved qué efeto,
 de su presencia esperaba,
 si de su memoria muero!
 Por esto, y por ocultarme

más y tenerle más lejos,
me fui a un lugar que en Astúrias
rinde tributo a don Diego.
Éstos son, don Sebastián,
mis casos; mirad con esto
si con razón os impido
que señor y padre vuestro
me llaméis, y que en mi mano
pongáis los labios; que puesto
que yo honrado os engendré,
y deshonorado me veo,
hoy no soy el que era entonces;
y así, hasta volver a serlo,
ni podéis llamarme padre,
ni llamaros hijo puedo.
A vos en mí os afrentó
don Fernando Vasconcelos,
y así os toca el desagravio;
que vos érades yo mesmo,
por la representación
legítima del derecho,
pues érades hijo mío
cuando este agravio me hicieron;
y como cuando recibe
el rostro la afrenta, el duelo
no obliga a que el mismo rostro
mueva el vengativo acero,
sino el brazo, que es la parte
del hombre que puede hacerlo,
y la venganza del brazo
deja el rostro satisfecho;
así pues del hijo y padre
forma la ley un compuesto.
Cuando el padre está incapaz
de vengarse, es de este cuerpo
el rostro, y el brazo el hijo
que puede satisfacerlo.
Con esto adiós, y a mis ojos
no volváis; que ni he de veros,
ni vos a mí, hasta que hayáis
cobrado el honor, supuesto
que mientras no le cobréis,
con vergüenza nos veremos
el uno al otro: yo a vos,
don Sebastian, por haberos
deshonorado; y vos a mí,
por no haberme satisfecho.

Vase don ANTONIO

SEBASTIÁN: ¡Que el mismo que me quitó
el honor es a quien debo
después dos veces la vida,
y es mi amigo el más estrecho,
y es hermano del hermoso
centro de mis pensamientos,
de quien me obligan favores
y me aprisionan deseos,
y me alientan esperanzas
de ser su esposo! ¿Son éstos
delirios de la Fortuna,
que dispensa los efectos
sin atender a las causas,
o son del cielo misterios,
que a venganza tan forzosa
le previno impedimentos
tan forzosos, pues parece
que con atención ha hecho
que deba la vida a quien
la vida quitarla debo,
y que a verme haya traído,
y a adorar los ojos bellos,
y a merecer los favores
de su hermosa hermana, el mismo
que arrogante y presumido
desdeñó mi parentesco,
y que la mano me ofrezca
la misma que a mi desprecio
y al agravio de mi padre
dio ocasión? ¡Válgame el cielo!
¡Qué encuentro de obligaciones
y qué confusión de encuentros!
No puedo cobrar mi honor
sin darle muerte, ni puedo
matarle sin ser ingrato.
¡Delito el más torpe y feo,
el más detestable y más
indigno de nobles pechos!
¡Ni sin perder a doña Ana,
y la vida si la pierdo!
¿Si porque me dió mi padre
una vez la vida, tengo
te vengar en don Fernando
el agravio que le ha hecho?
Don Fernando, ¿no es mi padre
dos veces, pues es lo mismo
¡Librar de muerte que dar
la vida? Pues ¿cómo puedo

matarle? Y ¿cómo podré
 --¡ay de mí!--dejar de hacerlo,
 si para cobrar mi honor
 no enseña el mundo otro medio,
 y los que saben mi afrenta
 han de pensar que le dejo
 de matar de cobardía,
 y no de agradecimiento?
 ¡Oh, sagrado cielo! Vos,
 que por pasos tan inciertos
 y tan ignoradas sendas
 habéis engolfado el leño
 de mi vida en este abismo
 de encontrados pensamientos,
 en tan tenebrosa y triste
 noche, le enseñad el puerto,
 pues combatido le veis
 de tan contrarios afectos
 que obligado me reporto.
 Agraviado me enfurezco;
 me reprimo enamorado;
 afrentado, me avergüenzo;
 honrado me precipito;
 y agraviado me refreno.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen doña LUCRECIA y JUANA

LUCRECIA: ¿Dices que Inés te contó
 que al punto que don Rodrigo,
 aquel forastero amigo
 de don Fernando, llegó,
 puso en doña Ana el cuidado,
 y ella en él; y que está agora
 celosa de que me adora,
 por saber que ha visitado
 en mi casa?

JUANA: Así lo dijo.
 LUCRECIA: Pues, ¿cómo en ofensa mía
 don Juan de Lara porfia
 en servirla? Yo colijo
 que sus favores alcanza,
 porque no hay tan nuevo amor,
 que aliente contra un rigor
 declarado, la esperanza.

Salen doña ANA e INÉS, con mantos

ANA: Lucrecia amiga.
 LUCRECIA: Doña Ana,
 ¿qué es esto? ¡Sin avisar
 tanto bien!
 ANA: Quien viene a dar
 norabuena, es cortesana
 costumbre que no prevenga.
 LUCRECIA: ¡Norabuena a mí! ¿De qué?
 ANA: De que te casas.
 LUCRECIA: No sé
 que tanta ventura tenga.
 ANA: Es público en el lugar,
 ¿y me lo ocultas a mí?
 LUCRECIA: Las albricias, si de ti
 lo sé, vendrás a ganar.
 ANA: ¡Qué falsa, Lucrecia, estás!
 JUANA: Inés...
 LUCRECIA: ¿Y á quien doy la mano,
 según dicen?
 ANA: A un indiano.
 (No quiero decirle más, **Aparte**
 por si miente la sospecha;
 que tal vez pone el Amor
 el aviso en el error,
 y en el aviso la flecha.)
 LUCRECIA: ¿Y sabes cómo se llama,
 amiga, ese forastero?
 ANA: Esto solo que refiero
 cuenta en la corte la fama.
 LUCRECIA: (Ya la entiendo. Don Rodrigo **Aparte**
 es éste, y averiguar
 sus celos, sin declarar
 su nombre, quiere conmigo;
 y pues me los cansa a mí
 con don Juan, y la Ocasión
 a mi ofendida afición
 ofrece el cabello aquí,

de uno y otro he de vengarme:
 de ella, porque no cumplo
 la palabra que me dio,
 pues prosigue en agraviarme
 don Juan; y de él, porque ha sido
 tan ingrato; y por ventura
 si el juzgarme tan segura
 le guarda el sueño a su olvido,
 despertará su afición,
 recelando mi mudanza
 que hay nieve en la confianza
 y hay fuego en la emulación.)

ANA: Lucrecia, ¿de qué has quedado
 suspensa?

LUCRECIA: Estoylo de ver
 que hayas llegado a saber,
 doña Ana, lo que ha tratado
 mi padre con gran secreto.

INÉS: (Bueno es esto.) **Aparte**

ANA: ¿Luego es cierta
 la fama?

LUCRECIA: Sí.

ANA: (Yo soy muerta.) **Aparte**

LUCRECIA: (¡Qué mal encubren su efeto
 los celos! Perdió el color.)
 Y pues ya se dice, quiero
 que sepas que el forastero
 que solicita mi amor
 y que tiene de mi mano
 esperanza, es don Rodrigo
 de Ribera, aquel amigo
 de don Fernando, tu hermano,
 que a Madrid con él llegó
 y a tu casa el mismo día
 que en ella la pena mía
 contigo aliviaba yo.

INÉS: (¡Hay tal maldad!) **Aparte**

ANA: No me des
 más señas. (Rabiando estoy. **Aparte**
 fuego en vez de aliento doy,
 y en mis pensamientos es
 cada cuidado una furia,
 una muerte cada intento,
 un rayo cada tormento,
 y un infierno cada injuria.)

LUCRECIA: (De mi intención conseguida **Aparte**
 me informa, triste y turbada;
 que me publica vengada,
 pues se confiesa ofendida.)

ANA: Y dime, ¿qué estado tiene

en tu pecho su deseo?

LUCRECIA: Piénsalo tú, cuando veo
la dicha que me previene,
pues demás de ser quien es,
es su tercero y su amigo
mi padre, y en don Rodrigo
tan bizarras partes ves.

(Sus celos y mi alabanza **Aparte**
más fuerza a su amor darán,
para que yo con don Juan
asegure mi esperanza.)

ANA: Pues, ¿tan presto has olvidado
A don Juan?

LUCRECIA: ¿Qué puedo hacer,
si no cesa de ofender
con su olvido mi cuidado?

Si don Juan no prosiguiera
en servirte y agraviarme
fuera delito mudarme,
y es cierto que no admitiera
otro aventajado empleo;
que el empeño conocido
de haberle favorecido
prefiere a cualquier deseo.

Pero sé...

ANA: ¡Viven los cielos,
que te engañas si sospechas
que son mis favores flechas
de su amor y de tus celos!

Que yo soy noble, y te di
palabra de no ofenderte;
pero si el satisfacerte
y asegurarte de mí,
y conseguir el deseo
de tu amor, consiste, amiga
Lucrecia, en que no prosiga
don Juan en mi galanteo,
la palabra y fe te doy
de disponerlo de suerte
que no le espante la muerte
más que mis ojos; que soy

Tu amiga y de tu pesar
me lastimo, y siendo así,
no es bien que pierdas por mí
lo que no quiero ganar.

LUCRECIA: (Mal encubre su intención
pues tan presto por la puerta
que vio su esperanza abierta
entró a gozar la ocasión.)

Ni dudo de lo que harás,

ni dudo de lo que has hecho,
 porque de tu hidalgo pecho
 me prometo mucho más.

Y si don Juan, obligado
 de tí, a mi amor ofendido
 satisface arrepentido
 lo que le agravió mudado,
 la vida, gusto y honor,
 amiga, te deberé;
 porque todo lo empeñé
 cuando empeñé mi favor.

ANA: ¡Ojalá que la ventura
 tenga yo como el deseo!
 Y adiós.

LUCRECIA: Él te dé el empleo
 como te dio la hermosura.

JUANA: Adiós, Inés.

INÉS: Él te guarde.

Vanse doña LUCRECIA y JUANA

ANA: ¿Cómo basta el sufrimiento
 a resistir el violento
 fuego que en mis venas arde?
 ¿Has visto, Inés? ¿Has oído
 mi desdicha?

INÉS: Si señora.

ANA: ¿Y defenderás ahora
 Que no es falso y fementido
 don Rodrigo?

INÉS: De admirada
 Estoy muda.

ANA: Si después
 de mil indicios, Inés,
 se mudó de la posada
 tan vecina, que su amor
 no solamente gozaba
 la luz, mas le regalaba
 de mis ojos el calor,
 ¿no dio a entender claramente
 en esto la ofensa mía?
 Quien huye la luz del día,
 ¿No es cierto que es delincuente?
 Si tras esto se ha ocultado,
 y ni me ve ni le veo,
 ¿no muestra que su deseo
 divierte nuevo cuidado?

INÉS: Nunca de su amor creyera

ANA: tan gran falsedad.
 Yo sí;
 que soy desdichada. Di
 que lleguen el coche.
 INÉS: Espera,
 señora; que por la calle
 viene tu amante engañoso.
 ANA: Claro está que era forzoso
 donde me ofende encontralle.
 Tápate, Inés.
 INÉS: Pues ¿qué quieres?

Tápanse

ANA: Que no nos conozca.
 INÉS: Harás
 en eso bien, pues estás
 desengañada.

Salen don SEBASTIÁN y MOTÍN

MOTÍN: Mujeres
 hay aquí, y son por lo menos
 de buena ropa; que dan
 tal olor que es el zaguán
 la tienda le los morenos.
 SEBASTIÁN: ¿Mandáis algo en esta casa,
 en que yo pueda serviros?
 Bien podéis, sin descubriros,
 hablar.
 ANA: (El pecho se abrasa **Aparte**
 de verle hablar como dueño
 de la casa.)
 SEBASTIÁN: Pues calláis,
 ni con gusto me escucháis,
 ni con ventura me empeño.
 Ven, Motín.
 ANA: (¿Que mis agravios **Aparte**
 Tengo de ver a mis ojos,
 y negar a mis enojos
 el alivio de los labios?
 No es posible.)
 MOTÍN: Á tu visita
 sube tú; que yo entretanto
 me prometo que algún manto
 de los que ves me permita,

más fácil que a tí, sus rayos;
 que me dicen, pues están
 tan despacio en un zaguán,
 que son presa de lacayos.
 SEBASTIÁN: Calla, grosero.

Quiere irse y detiéndele doña Ana

ANA: Aguardad,
 engañoso, fermentado.
 SEBASTIÁN: ¿Qué es esto?
 ANA: Haber convencido,
 traidor, vuestra falsedad.
 SEBASTIÁN: ¡Señora!
 ANA: ¡Viven los cielos,
 que habéis de ver en mi furia
 que injuria al sol quien injuria
 a doña Ana Vasconcelos!
 Salid.
 SEBASTIÁN: Ya salgo. Tomad
 el coche.
 ANA: No he de tornalle
 si primero de la calle
 no salís.
 SEBASTIÁN: Sí haré, y fiad
 de mi amor que si aplacara
 con eso vuestra querella,
 antes que las guijas de ella,
 sierpes de Libía pisara.

***Apártanse MOTÍN y don
 SEBASTIÁN***

MOTÍN: Harto sierpe es cada una.
 Señor, ¿qué es esto? ¿De qué
 está celosa?
 SEBASTIÁN: No sé.
 (Trazas son de la Fortuna,
 que me persigue de suerte,
 que me va, prenda querida,
 en obligarte la vida,
 y el honor en ofenderte.)

Aparte

Vase

MOTÍN: Temblando estaba de vella, **Aparte**
 y sospecho que la vio
 y que esta copla escribió
 el valenciano por ella:
 "Pues los celos, Vasconcelos,
 son furia de Barrabás,
 y barrabasada vas,
 sin duda que vas con celos.")

Vase

INÉS: Mil veces vuelve los ojos
 a mirarte.
 ANA: ¡Oh, loco Amor!
 ¿Que la lisonja menor
 aplaque tantos enojos?
 INÉS: ¿Esto llegas a estimar
 cuando tus ofensas ves?
 ANA: ¿De eso te espantas, Inés?
 ¿No suele al niño enojar
 quien la joya le quitó,
 y en dándole una manzana,
 contento de lo que gana,
 olvida lo que perdió?
 Pues así, como es mi amor
 niño también, aunque han sido
 los agravios que ha sentido
 de tanto peso y valor,
 viendo que ha vuelto y mirado
 Rodrigo, y que para echalle
 de esta casa y de esta calle
 solo mi gusto ha bastado,
 estimando lo que gana
 en esta inútil vitoria,
 ha olvidado mi memoria
 la joya por la manzana.

Vanse las dos. Salen don SEBASTIÁN y MOTÍN

MOTÍN: Ya el coche del sol camina
 por la eclíptica empedrada
 de la calle celebrada
 de Atocha, y ya por la esquina
 de San Sebastián la noche
 amenaza en el ocaso;

pero ya te sale al paso
don Fernando, y pára el coche.

SEBASTIÁN: Acompañar a su hermana
querrá.

MOTÍN: No; que ella ha salido
al estribo, y al oído
se están hablando.

SEBASTIÁN: (¡Ay, doña Ana
mi prenda mas adorada!

Aparte

¡Ay Fernando, mi mayor
amigo! ¿Cuál, cuál rigor
revolvió de estrella airada
de honor, amor y amistad
un huracán tan incierto,
que ni acierto con el puerto,
ni muero en la tempestad?)

MOTÍN: Ya se retira del coche
don Fernando, y él camina;
ya dio la vuelta a la esquina
que es de tus ojos la noche.

SEBASTIÁN: ¡Y qué tenebrosa, triste
y confusa! Vamos.

MOTÍN: Luego
¿no vas a ver a don Diego?

SEBASTIÁN: ¿Cómo puedo ya, si oíste
que a doña Ana doy pesar?

MOTÍN: Tente; que te ha columbrado
su hermano, y apresurado
el paso, te viene a hablar.

SEBASTIÁN: (Pésame, porque en llegando
a hablarle, mi sentimiento
en vano ocultar intento.)

Aparte

Sale don FERNANDO

FERNANDO: Don Rodrigo...

SEBASTIÁN: Don Fernando,
¿qué teneis? Que me parece
que venís descolorido.

FERNANDO: Sí vendré, porque he tenido
un enfado.

SEBASTIÁN: Si se ofrece
en qué os sirva, mi amistad
conocéis.

FERNANDO: Venid conmigo;
que os he menester.

SEBASTIÁN: Ya os sigo.

FERNANDO: A ese criado mandad

que se quede.
 SEBASTIÁN: Aquí te queda,
 Motín.

Vanse los dos caballeros

MOTÍN: Si haré; que soy cuerdo
 y de don Beltrán me acuerdo
 en habiendo polvareda;
 y perderme no querría,
 que lleva el color turbado
 el portugués, y un criado
 que se arriesga, ¿en qué se fía,
 si es fuerza que salga mal
 de todo, pues en riñendo,
 pára en la cárcel hiriendo,
 y herido en el hospital.
 Y en efeto, el servir yo
 es por ganar la comida
 para asegurar la vida,
 que para arriesgalla no.

Vase. Salen don SEBASTIÁN y don FERNANDO

SEBASTIÁN: Don Fernando, ya del campo
 de Santa Isabel las tapias
 que del ábrego lluvioso
 le defienden las espaldas,
 nos ven ciegas y oyen sordas,
 y solas nos acompañan;
 y espero ya que rompáis
 al silencio las aldabas.

FERNANDO: Yo os he traído a mostraros
 cuerpo a cuerpo en la campaña
 que del modo que sé dar
 la vida con esta espada
 a quien me obliga, también
 sé quitarla a quien me agravia.

SEBASTIÁN: ¿Qué decís? ¿Que el desafío
 es conmigo?

FERNANDO: Sí.

SEBASTIÁN: Mil gracias
 os doy; que habéis dado fin
 con eso a la mas extraña
 confusión, luz a la noche
 más tenebrosa y más larga

que vio leño fluctuante
 en tenebrosa borrasca.
 Mas de vuestro sentimiento
 decid, Fernando, la causa;
 que, si no por vos, por mí
 es razón que os satisfaga
 de que jamás a quien soy
 he faltado.

FERNANDO: No llegara
 a lance que es el postrero
 sin tenerla averiguada
 vos, testigo de mis penas,
 vos, tercero de mis ansias.
 Con doña Lucrecia, en vez
 de adelantar mi esperanza,
 de vuestra fe y mi amistad
 habéis violado las aras
 pretendiendo ser su esposo.

SEBASTIÁN: ¡Vive el cielo, que os engaña
 quien eso de mí os ha dicho!

FERNANDO: ¡Pluguiera a Dios me engañara,
 y informaran de mi agravio
 indicios, y no probanzas!
 Pero porque no juzguéis
 mi resolución liviana,
 ni que doy a mis enojos
 ocasiones afectadas,
 escuchad. Yo vi que al cielo
 de la venturosa casa
 de Lucrecia, a excusas más
 se atrevieron vuestras plantas.
 Yo vi en el acero puesta
 la mano a don Juan de Lara
 contra vos, y que los celos
 daban fuego a su venganza,
 y el del amor de Lucrecia
 es el que su pecho abrasa.
 Vi que me callastes, siendo
 tan vuestro migo, la dama;
 y cuando no es en su ofensa,
 nadie a su amigo la calla.
 Vi que estando tan unidos
 los techos como las almas
 de los dos, un mismo día
 sin decirme vos la causa
 y sin daros yo ocasión,
 en todo hicisteis mudanza,
 mesurado de semblante,
 y alejado de posada,
 tanto, que de vos apenas

me ha dado nuevas la fama;
y es conjetura evidente
que el que se retira agravia,
que delinque el que se esconde,
y teme el que se recata.
Pero doy que todas juntas
mientan estas circunstancias;
no mienten los mismos labios
de Lucrecia, que a mi hermana
hoy le ha dicho que a su empleo
aspira vuestra esperanza,
y que tiene ya su padre
vuestras bodas concertadas.
Mirad pues si puede haber
satisfacción que deshaga,
cuando neguéis los indicios,
tan evidente probanza;
y mirad si me he resuelto
con razón a que esta espada
de vuestra aleve amistad
y de vuestra vida ingrata,
dos veces libre por mí,
tome sangrienta venganza.

SEBASTIÁN: Ya es fuerza, para poder
satisfaceros, que salga
a los labios un secreto,
don Fernando, que encerraba
con candados de diamante
vuestra amistad en el alma.
Providencia de los cielos,
que cuando yo con pisadas
inciertas en un oscuro
laberinto vacilaba,
por tan ocultos caminos
han gobernado las causas,
que la claridad me enseñan
y de confusión me sacan,
haciendo que me obliguéis
vos mismo a lo que dejaba
de hacer por vos; que sin duda
por este medio me pagan
agradecidos de ver
que por serlo yo era tanta
mi amistad, que prefería
a mi propio honor sus aras.
Sabed que yo, aunque se ofende
cuando lo pronuncia el alma,
pues a la lengua debiera
anticiparse la espada,
soy don Sebastián de Sosa,

hijo de aquél cuyas canas
 fueron tan cobardemente
 de vuestra mano afrentadas.

FERNANDO: ¡Válgame Dios! ¿Qué decís?

SEBASTIÁN: Aguardad que os satisfaga;
 que luego hablaremos de eso.
 Yo vine llamado a España
 de mi padre, sin saber
 su intención, porque su carta
 solo que el nombre me mude
 y venga oculto me manda,
 y que en llegando a Madrid,
 hga solo confianza
 de don Diego de Mendoza,
 sabidor de su desgracia
 y del lugar que le oculta.
 Ésta fue de mi jornada
 la ocasión. Llegué a Sevilla,
 donde el nombre me disfraza
 de don Rodrigo, y allí,
 sin saber que de mi infamia
 era autora vuestra mano,
 os di lugar en el alma;
 a que añadió nuevos lazos
 la fineza duplicada
 con que a mi vida evitastes
 dos arpones de la Parca.
 A Madrid llegamos juntos,
 y juntos a vuestra casa,
 donde apenas vi los ojos
 hermosos de vuestra hermana,
 cuando me sentí abrasado
 de sus amorosas llamas;
 que esto os digo porque es fuerza,
 para que así os satisfaga
 de que el acero empuñó
 contra mí don Juan de Lara,
 no por celos de Lucrecia,
 por celos sí de doña Ana,
 de quien es amante ciego;
 y así como era la causa
 del disgusto hermana vuestra,
 lo fue también de callarla.
 De visitar a don Diego
 a excusas vuestras, es clara
 satisfacción del negocio
 que os he dicho la importancia.
 En esto llegó a la corte
 mi padre, y de su desgracia,
 de vuestro exceso y mi afrenta

me informó. ¿Quién, quién pensara
que en el amigo mayor
cayera desdicha tanta?
¡Nunca, pluguiera a los cielos,
me ofreciera vuestra espalda
bajel, y remos los brazos,
cuando piadosas las aguas
del Bétis, porque no viese
tanto mal, me sobornaban
para quitarme la vida
con monumento de plata!
Nunca, pluguiera a los cielos,
tan oportuna y bizarra
esgrimiera vuestra mano
en mi defensa la espada
cuando de cuatro enemigos
me acometieron las armas,
pues fuera el fin de mi vida
término de mi desgracia!
Ya de esto habréis entendido
la ocasión de la mudanza
que vistas en mi semblante
despues, porque son ventanas
los ojos del corazón,
y por ellos se asomaban,
a pesar de] sufrimiento,
los sentimientos del alma.
Y esto me obligó también
a que de vos me alejara;
que ver un noble afrentado
el rostro de quien le agravia,
menos que para acabar
con la vida a la venganza
es modo de consentir
y aun de acrecentar su infamia.
Y como en mi corazón
estaba tan arraigada
de vuestra amistad la forma,
y del amor de doña Ana,
cuando mi agravio llegó
a introducir la contraria
de rigor y enemistad,
halló resistencia tanta,
que fue menester que el tiempo
dispusiese mi mudanza;
y así, en tanto que durase
entre las dos la batalla,
ni daros la muerte pude,
ni quise veros la cara.
Con esto ya los indicios

quedan desmentidos; falta
 que le dé satisfacción
 a la que llamáis probanza,
 y con razón; que ni yo
 me atrevo a decir que es falsa,
 por el decoro que debo
 a tan principales damas.
 Mas un argumento oid,
 que solo pienso que basta
 a dejaros satisfecho.
 Vos decís, que a vuestra hermana
 dijo la misma Lucrecia
 que su padre concertaba
 su casamiento conmigo.
 Desmienta la sangre clara
 de don Diego, que no yo,
 a Lucrecia o a doña Ana;
 que supuesto que es Mendoza,
 y que no ignora mi infamia,
 ¿cómo llegais á creer
 que para yerno estimara
 a quien es fuerza que tenga,
 mientras vive quien le agravia,
 afrenta en la dilación
 y peligro en la venganza?

FERNANDO: No paséis más adelante,
 don Sebastián; basta, basta;
 que me siento, de haber puesto
 duda en vuestra confianza,
 tan corrido, que las mismas
 satisfacciones me matan
 mucho más que las sospechas
 del agravio me mataban.

SEBASTIÁN: Pues si ya quedáis de mí
 satisfecho, agora falta
 que lo quede yo de vos.
 Sacad, Fernando, la espada;
 que demás de que la ley
 del duelo obliga a sacarla
 sin mirar satisfacciones,
 en saliendo a la estacada,
 habéis violado vos mismo,
 con vuestras desconfianzas
 y con haberme sacado
 por ellas a la campaña,
 de mi obligación las leyes
 y de mi amistad las aras;
 y así vos me habéis resuelto
 a lo que por vos dudaba.

FERNANDO: Parece que os olvidáis

de la sangre lusitana
que mi corazón anima,
cuando con tal confianza
os prometéis la vitoria.

SEBASTIÁN: En la sangre no hay ventaja,
pues es también portuguesa
la que gobierna esta espada.

**Acuchíllanse y retira don SEBASTIÁN A
don FERNANDO**

FERNANDO:	Muerto soy.	Dentro
SEBASTIÁN:	Vos me sacastes,	Volviendo
	don Fernando, a la campaña	
	la culpa busca la pena,	
	y el agravio la venganza.	

Vase. Salen MOTÍN, doña ANA, e INÉS

MOTÍN: A la puerta de don Diego
hallé a don Juan, y doña Ana
en el coche, díles parte
también a don Juan de Lara,
a don Antonio y don Diego.

ANA: ¡Ay, Dios, el cielo me valga!
Traidor, ¿donde está mi hermano?

MOTÍN: Escucha y sabrás la causa.

.....
.....
.....
.....

**Salen don SEBASTIÁN, don ANTONIO, doña
LUCRECIA, y don DIEGO**

ANA: ¡Ah enemigo! muerta soy!

SEBASTIÁN: Sosiega el pecho, señora,
y escucha atenta, que agora
como el veneno, te doy

la triaca. Yo, doña Ana,
soy don Sebastián de Sosa;
don Antonio es padre mío.

ANA: ¡Esto más!

MOTÍN: (¡Buena tramoya **Aparte**
se descubre!)

INÉS: (¿Hay tal enredo?) **Aparte**

JUAN: ¡Caso extraño!

SEBASTIÁN: Y pues no ignoras
de aquel atrevido exceso
de don Fernando la historia,
la causa habrás entendido
del disfraz que mi persona
con nombre ajeno ocultó.
Y tú sabes que me informa
dangre que de la opinión
ni aun escrúpulos perdona.
Tu mano causó mi agravio.
Tu mano ha de ser ahora
la satisfacción; que yo
tengo dispuestas las cosas
de suerte, que sin hacer
para nuestras paces otra
diligencia, su perdida
opinión mi padre cobra,
y yo quedo satisfecho,
alcanzando por esposa
la misma que con injuria
de los timbres que me adornan,
don Fernando me negó.
Y supuesto que no gozan
más lustre los Vasconcelos
en Portugal que los Sosas,
y que la elección podía
resolverte a lo que ahora
te necesita la suerte,
mira lo que más te importa.

DIEGO: Ésta ha sido la ocasión
de traer, doña Ana hermosa,
a Lucrecia a persuadirte
que fin venturoso pongas
con la nieve de tu mano
al fuego de esta discordia.

LUCRECIA: Doña Ana, amiga, ¿qué aguardas?
La tardanza es peligrosa.
Don Sebastián te merece,
y yo sé que tú le adoras.

SEBASTIÁN: ¡Ah, doña Ana! ¿Persuasiones
son menester cuando logras
amor tan encarecido?

JUAN: (¡Que esto sufro, y que en la boca **Aparte**
hayan de morir las llamas
que me abrasan y me ahogan,

por estar aquí Lucrecia!)

Aparte a doña ANA

MOTÍN: Ablándale, Faraona.
 ANA: No admiréis mi confusion,
 si un caso que tanto importa,
 congojada me suspende,
 y suspensa me congoja;
 mas pues tantas conveniencias
 vienen a hacer tan forzosa
 la resolución, la mano
 os doy.

Danse las manos

SEBASTIÁN: Y en ella la gloria
 mayor que el amor alcanza.
 JUAN: (Pues quien perdida la llora, **Aparte**
 ¿cómo tendrá sufrimiento?)
 LUCRECIA: (Amor, la esperanza colma,
 pues colmaste la venganza.)
 ANTONIO: Dadme los brazos ahora,
 hijo.
 ANA: Y vos a mí la mano.
 SEBASTIÁN: Tenéos.
 ANTONIO: Es ley forzosa
 que os reconozca por padre,
 pues sois fénix de mi honra.
 En mis cenizas heladas
 perdió su ser; pero ahora
 por vos ee rejuvenece,
 se vivifica y mejora.
 Y perdona que celebro
 con lágrimas estas glorias;
 que también las da el contento,
 como la pena y congoja.
 Y más cuando tal consorte,
 que viva edades dichosas,
 colmó el punto a mis deseos,
 tan divina cuanto hermosa.
 No puedo hablar más palabra.
 Perdonad; que tantas honras
 temo que ataje la muerte,
 de mis dichas envidiosa.

.....

SEBASTIÁN: Ya, doña Ana, sois mi esposa.

ANA: Y dichosa.

SEBASTIÁN: Pues decidme,
si sentiréis más, señora,
ver sin vida a vuestro hermano,
que a vuestro esposo sin honra.

ANA: ¿Qué vida en comparación
del honor vuestro me importa?
Pero, ¿por qué lo decís?

SEBASTIÁN: Porque esta mano que goza
en la vuestra tal ventura,
borró con esta vitoria
la injuria de despreciarme
don Fernando; mas con otra
quitó a mi padre el honor,
de que era su vida sola
satisfacción, y ni vos
quisiérades ser mi esposa,
ni yo, que tanto os estimo,
aspirara a tanta gloria
sin honor, pues fuera haceros
agravio en vez de lisonja;
y así le he dado la muerte.

ANA: ¿Qué decís? ¡Ah, cielos!

MOTÍN: (Oyan **Aparte**
la píldora que faltaba.)

SEBASTIÁN: Señora,
la culpa busca la pena;
que cuando yo entre las ondas
de su amistad y mi agravio,
vuestro amor y mi deshonra,
ciega tempestad corría
de dudas y de congojas;
él, celoso por la causa
que sabéis, pues vuestra boca
del engaño le informó
que habéis conocido agora,
me sacó al campo, y su culpa
negoció su pena propia.

ANA: ¡Ay de mí, que en vez de galas
visto de luto mis bodas!

SEBASTIÁN: Vos, señor don Juan, pues veis
que ocasiones tan forzosas
me obligaron, disculpadme;
y al claro sol de Mendoza,
de su honor desvaneced,
siendo su esposo, las sombras.

JUAN: Los casos han enseñado
que reservaban la gloria

de su mano a mi ventura,
si don Diego de Mendoza
me da licencia.

DIEGO: Lucrecia
 es en eso venturosa.

LUCRECIA: Yo soy tuya.

MOTÍN: Y demos fin
 a esta verdadera historia;
 que si con solo decirlo
 al poeta le perdonan
 las faltas, con esto espera
 la censura mas piadosa.

FIN DE LA COMEDIA

La Industria Y La Suerte

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Personas que hablan en ella:

- **Don JUAN de Luna, galán**
 - **ARNESTO, galán**
 - **Don NUÑO, galán**
 - **Don BELTRÁN, viejo grave**
 - **JIMENO, criado de don Juan**
 - **SANCHO, criado de Arnesto**
 - **AGÜERO, vejete, escudero**
 - **Doña BLANCA, dama**
 - **SOL, dama**
 - **CELIA, criada de Sol**
 - **JULIO**
 - **CRIADOS**
-

ACTO PRIMERO

*Salen don JUAN y JIMENO, a un lado; y al otro,
ARNESTO y SANCHO*

- JIMENO: ¡Que este mercader impida
 tu amoroso pensamiento!
- SANCHO: ¡Que quiera estorbar tu intento
 este desnudo! ¡Por vida!...
- JUAN: ¿Qué he de hacer? Tener paciencia.
 Esté de mi parte Amor;
 que yo tendré en mi favor,
 aunque pobre, la sentencia,
- ARNESTO: Agora que a Blanca aguardo,
 Sancho, no es buena ocasión,
 Y por mi reputación
 Me detengo acobardo;
 Que ésta es la Lonja, y recelo
 lo que en Sevilla perdiera
 de crédito, si riñera
 con ese pobre mozuelo.
 Salga mí adorada fiera
 de la iglesia; que pretendo
 acompañarla, y entiendo
 que también don Juan la espera;
 que en el suceso veré
 lo que puedo hacer en esto.
- JIMENO: ¡Ah!, ¡qué a quien se llama Arnesto,
 El cielo riquezas dé!
 Pero siempre lo verán.
 Señor, si quieres ser rico,
 en Justino o Federico
 trueca el nombre de don Juan;
 que la fortuna crüel
 siempre al noble aborreció.
 Mas al fin, ¿te prometió
 Agüero dar el papel?
- JUAN: Sí, Jimeno.
- JIMENO: ¿Y qué le diste?
- JUAN: Dos doblones que tenía.
- JIMENO: ¿Recibiólos?
- JUAN: No quería.
- JIMENO: Mas, en efecto ¿venciste?
- JUAN: Sí.
- JIMENO: Ya sale Blanca hermosa.
- JUAN: Con su padre. ¡Ah triste suerte!

SANCHO: Ya sale.
JIMENO: ¿No has de atreverte?
JUAN: La pobreza es tan medrosa,
que aun para la cortesía
falta el ánimo.

*Salen doña BLANCA, con manto, BELTRÁN
y AGÜERO*

BELTRÁN: Señor,
¿dónde vais?
ARNESTO: Este favor
me habéis de hacer.
BELTRÁN: A fe mía,
que me enoje.
JIMENO: Llega agora,
mientras porfían los dos.

*Habla don JUAN por un lado a doña BLANCA a
excusas de los demás*

JUAN: Dos años ha que por vos
vivo sin alma, señora.
BLANCA: Dos años ha que lo sé.
JUAN: Pues con que vos lo sepáis,
hermoso dueño, le dais
bastante premio a mí fe.
ARNESTO: (¡Ah celos!) **Aparte**
BELTRÁN: Pues no os queréis
a mi petición quedar,
Blanca os lo ha de suplicar.
BLANCA: Yo os suplico que os quedéis.
ARNESTO: Yo os obedezco; mas presto
si puedo. Os habrá pesado
de que yo me haya quedado.
BLANCA: No os entiendo.
BELTRÁN: Adiós, Arnesto.
ARNESTO: Señor don Beltrán, adiós.

*Vanse doña BLANCA, don BELTRÁN y
AGÜERO*

JIMENO: Blanca te volvió a mirar.
ARNESTO: A solas tengo que hablar
cierto negocio con vos.
JUAN: Aquí estoy.
ARNESTO: Venid conmigo.

Vanse los dos

SANCHO: (Esto es hecho. A reñir van. **Aparte**
Bien haré, si a don Beltrán
Este suceso le digo.)

Vase

JIMENO: Ellos van desafiados.
Sus deudos quiero avisar;
que impedir, y no ayudar,
toca a los buenos criados.

Vase. Salen SOL y CELIA

CELIA: Toda te vas despeñando.
SOL: Ya lo sé.
CELIA: Enmienda tu error.
SOL: Más puede errando el amor
que la razón acertando.
CELIA: ¿Tú no has visto su desdén,
y sabes que no te quiere
Don Juan?
SOL: Sí.
CELIA: ¿Sabes que muere
Por doña Blanca?
SOL: También.
CELIA: Pues resuélvete, y porfía
a vencer tu propio daño
a fuerza del desengaño.
SOL: Eso fuera, Celia mía,
si como para juzgarlo
hay ojos en la razón,
hubiera en el corazón
fuerzas para ejecutarlo.

Sale JIMENO

JIMENO: Tu padre ¿está en casa?
SOL: No.
JIMENO: ¿No está en casa?
SOL: Esta mañana
a un negocio a Cantillana
partió.
JIMENO: Juráralo yo...

SOL: Detente.
JIMENO: Yo lo jurara,
porque si agua he menester,
una gota no ha de haber
por un ojo de la cara.
SOL: Habla, Jimeno: ¿qué es esto?
JIMENO: Un negocio bien pesado.
Al campo, desafiado
va tu primo con Arnesto.
SOL: ¿Qué dices? ¡Ay desdichada!
¿Mi primo don Juan?
JIMENO: Don Juan.
SOL: ¿Y sabes adónde van?
JIMENO: Hacia el campo de Tablada.

Vase

SOL: Por Blanca riñen. ¡Ay triste!
¡Mal haya! Celia, ¿qué hare?
CELIA: ¿Qué has de hacer?
SOL: ¡Qué bien se ve
que nunca de amor supiste!
¿Podré, cuando pierdo el seso
por don Juan, cuando se abrasa
el alma, aguardar en casa
el fin de aqueste suceso?
CELIA: Pues ¿qué quieres?
SOL: Pues está
mi padre ausente, querría
irlo a ver.
CELIA: ¡Que desvaría,
Señores!
SOL: Pues, ¿qué? ¿Será
muy grande exceso?
CELIA: En tu estado,
¿puedes hacerlo mayor?
SOL: Tan ciego estado de amor
no mira razón de estado.
CELIA: Oye...
SOL: No me persüadas.
CELIA: La opinión quieres perder.
SOL: ¿Quién nos ha de conocer
cubiertas y disfrazadas?

Vanse. Salen don JUAN y ARNESTO

JUAN: Pedís una sinrazón,

siendo notorio que he sido
primero en la pretensión.

ARNESTO: Ni guarda razón Cupido,
ni a mí me falta razón.

si sois primero en amor,
yo soy primero en favor.

JUAN: Pues básteos, Arnesto, el sello,
sin que queráis ser por ello
privilegiado amador.

Pues yo, que primero fui
en amar a Blanca bella,
amarla no os impedí,
no me impidáis el querella
vos, por más dichoso, a mí.

ARNESTO: Amar o no amar, depende
de la voluntad del uno;
y aquél que comprar pretende,
no tiene derecho alguno
hasta que quiera el que vende.

Y así, aunque di mi querella
yo después a Blanca bella,
con justa causa os impido,
pues haberme ella querido
me ha dado derecho en ella.

JUAN: Pues si de ella sois amado,
¿Por qué os receláis de mí?
¿Teméis veros derribado?
Al que subir no impedí
¿contrastaré levantado?

Pues estáis favorecido,
gozad, con verme perdido,
el colmo de ese favor;
que la gloria al vencedor
¿quién la da sino el vencido?

Dejad que en mi tema esté,
porque el mal que me lastima
al bien vuestro aumento dé;
que la salud más se estima
cuando un enfermo se ve.

y si estáis airado y fiero
porque yo por Blanca muero,
¿qué venganza más mortal
que ver que me quiere mal,
y a vos bien, la que yo quiero?

No me pidáis demasías.

ARNESTO: Yo, aunque me lloréis desdén
en amorosas porfías,
don Juan, nunca estuve bien
con esas filosofías.

Y así es mi resolución

que no queráis lo que quiero
con razón o sin razón.

JUAN: Aunque pese al mundo entero,
seguiré mi pretensión.

ARNESTO: Mataréos.

JUAN: No haréis, no.
No temo bríos bastardos.
El noble nunca temió.
¿Pensáis que es deshacer fardos
matar hombres como yo?

ARNESTO: ¡Ojalá que no tuviera
yo más que vos que perder,
y que un hombre pobre fuera,
que mí valor os hiciera
con esta espada entender!

Y así, don Juan, no me asombro
de vos, ni animoso os nombro;
que en perderos, ¿qué perdéis,
supuesto que no tenéis
más que la capa en el hombro?

Por esto no me conviene
mataros yo; que otro habrá
que por mí esa lengua enfrene;
que este privilegio da
el dinero a quien lo tiene.

*Quiere irse ARNESTO, deténele don
JUAN*

JUAN: Aguardad; que es disparate
que yo este lance dilate.
Yo mismo mataros quiero,
ya que no tengo dinero
para que otro por mí os mate.

Va a sacar la espada

ARNESTO: Tened, don Juan. Esperad.

JUAN: ¿Con qué intento me sacastes
al campo, de la ciudad?
con ser rico, ¿imaginastes
dar miedo a mí calidad?

Sacad la espada.

ARNESTO: No fue
mas que de decíros esto
la intención con que os saqué.

JUAN: Vuestra obligación, Arnesto,
bien clara en eso se ve.

Si fuérades caballero,
del duelo y del desafío
no ignorárades el fuero;
pero yo, que lo soy, quiero
Cumplir como debo el mío.

Saca la espada

Sacad la espada.

Sale don BELTRÁN

BELTRÁN: ¿Qué es esto,
don Juan?

*Arnesto, en viendo a don BELTRÁN, saca la
espada*

ARNESTO: Apartad.
BELTRÁN: Arnesto,
 deteneos.
ARNESTO: Si no llegara
 don Beltrán, yo castígara
 vuestras arrogancias presto.
BELTRÁN: Pues a tan buen tiempo vengo,
 baste ya.
ARNESTO: Por vos me abstengo,
 abrasado el corazón.
BELTRÁN: Ponéisme en obligación...
 (Mas al que calla me atengo.) **Aparte**
 Pues ¿qué ha sido? Que quisiera
 que mí venida luciera.
 Dadme los dos las dos manos
 ¿Tan honrados ciudadanos
 se arriesgan de esta manera?
ARNESTO: Si don Juan promete hacer
 lo que pido, en mi amistad
 siempre el primero ha de ser.
JUAN: Yo no lo he de prometer.
ARNESTO: Pues, don Beltrán, perdonad.

Vase

BELTRÁN: ¿Qué es esto, don Juan? ¿Qué es esto?
 ¿Sabes que estás de este modo
 a todo este pueblo opuesto?
 Y digo a este pueblo todo,
 Pues todo lo manda Arnesto.

JUAN: Sé que yo soy caballero,
y cuando el lugar entero
a Arnesto agradar intente,
es un hombre solamente
fabricado de dinero.

¿Qué tengo que saber más?

BELTRÁN: Más tienes. Te certifico
que en la tierra donde estás,
es el linaje del rico
el que a todos deja atrás.

No se opone a la riqueza,
si es pobre, aquí la nobleza;
que si he de decir verdad,
dineros son calidad...

Y la pobreza es vileza.

Mira, no te desenfrenes
fiado en tu sangre noble;
porque él, si a contienda vienes,
más amigos tendrá el noble
que gotas de sangre tienes.

En la corte son factores
aquellos grandes señores,
con razón, de la nobleza;
que como en ellos se empieza,
defiéndenla sus autores;

mas como en este hemisferio
es el uso más válido
tratar y buscar dinero,
a todos es preferido
aquél que lo halla primero.

Y así, mientras pobre fueres,
el ardiente orgullo doma,
y pues que tan cuerdo eres,
mientras en Roma estuvieras,
vive a la usanza de Roma.

Perdóname, que aunque lejos
de culparme no estarás
que yo te dé estos consejos
sin pedirlos, ya sabrás
la licencia de los viejos.

Vase

JUAN: ¡Qué apacible consejero,
para estar desesperado!
También está declarado
por el bando del dinero.

¡Ved qué esperanza tendré,
después de esto que le he oído,

de que a mí por bien nacido
su hermosa hija me dé!

Sale JIMENO

JIMENO: Señor.
JUAN: Jimeno.
JIMENO: ¿Qué ha habido?
JUAN: Habiendo tenido al lado
un tan valiente criado,
¿ué puede haber sucedido?
JIMENO: Si vi que sólo venía
contigo Arnesto, señor,
¿no afrentara tu valor
si te hiciera compañía?
JUAN: Si tuviera prevención
en el campo mi enemigo,
¿fuera bien seguirme?
JIMENO: Digo
que seguirte era razón;
mas viendo que si tenía
prevenida la emboscada
Arnesto, sola mi espada
corto socorro sería,
para avísallos busqué
tus deudos; mas fue buscar
fuego en las olas del mar.
pues como ninguno hallé,
desde la ciudad aquí
he venido en solo un punto.
En este rostro difunto
verás si volé o corrí.
Y aunque por campo y ciudad
atrás el viento he dejado,
como Santelmo he llegado
después de la tempestad.
JUAN: Si yo menester lo hubiera,
tarde el socorro venía,
y a un pobre, nuevo sería
que a buen tiempo le viniera.
Todo lo que aquí pasó
claro sin decirlo está,
Jimeno, pues sabes ya
quién es él y quien soy yo.
También sabes la ocasión,
pues sabes que a Blanca bella,
como yo muero por ella,
él también tiene afición.
JIMENO: Pues ¿qué quiere el mercader?

JUAN: Cuanto quiera alcanzará,
 porque tanto poder da
 en esta tierra en tener.
JIMENO: Y para impedir tu amor,
 ¿en qué funda su derecho?
JUAN: Dice que Blanca le ha hecho,
 pimero que a mí, favor.
JIMENO: ¡Blanca favor!
JUAN: No lo creo.
JIMENO: Pues bien lo puedes creer
 él rico, y ella mujer...
 Paréceme que lo veo.

Salen SOL y CELIA, tapadas, y don NUÑO

NUÑO: Creyendo voy que a Tablada
 me habéis sacado a reñir;
 que bien os pueden servir
 los ojos de ardiente espada.
 Pero que habéis quebrantado
 el uso común advierto;
 que primero me halléis muerto,
 y después desafiado.
 De prodigiosa os preciáis,
 pues cuando sin vida estoy,
 como vivo hablando voy,
 y como muerta calláis.
CELIA: Éste es don Juan.
SOL: (¡Gloria a Dios, **Aparte**
 que sin peligro le vi!)
 Señor don Nuño, hasta aquí
 pude valerme de vos.
 Agora, por cortesía
 os suplico que os quedéis.
NUÑO: ¿Posible es que me dejéis
 sin mí y sin vos, gloria mía?
 ¡Que aun el nombre no merezco
 saber!
SOL: Si más porfiáis,
 no merecéis y cansáis.
NUÑO: Por merecer obedezco.
JIMENO: Aquí viene bien mi ayuda;
 que somos dos y ellas dos.
NUÑO: (¿Qué me quieres, ciego dios? **Aparte**
 A Don Juan buscan sin duda.
 ¿Qué tormenta es ésta, cielos,
 y qué repentino ardor?
 Aún no hay centellas de amor,
 ¿y ya hay volcanes de celos?)

¡Después que me has abrasado,
me mandas, fiera, quedar!
Seguiréte hasta cobrar
El alma que me has quitado.)

Vase

CELIA: Volvemos a la ciudad
sin hablarle, es lo mejor;
que aunque es la causa su amor,
el efecto es liviandad.

SOL: Es parecer acertado.
Cúbrete bien.

Echan a andar

JIMENO: ¡Vive Dios,
que van huyendo las dos!

JUAN: Con eso me han obligado
a sospechar y seguir.

Síguelas

Aguardad, señora mía.
Decid, ¿para qué salía
al campo quien ha de huir?
¿No respondéis? Mas crecida
sospecha agora me dais;
que por algo receláis
ser en la voz conocida.

Y al paso de ese recelo
en mí el deseo se enciende,
pues el muro que os defiende
es un delicado velo.

Corred. Mas no lo corráis;
que ya por lo transparente
he visto cuán justamente
de avergonzada os tapáis.

¡Vos sois mi prima! ¿Qué es esto?
Sol, ¡vos salís de esta suerte!

Descúbrese

SOL: A ver tu vida o tu muerte.
¿Qué has tenido con Arnesto?

JUAN: ¿Yo con Amesto?

- SOL: Enemigo,
pendencias por Blanca son.
Mira que de tu traición
te da el amor el castigo.
 Mira bien que su hermosura
no iguala con mi firmeza,
y no es mayor su belleza,
aunque es menor mi ventura.
 Mira que te quiero más
que tú a Blanca. Ver te obligue
que huyes de quien te sigue,
y tras de quien huye vas.
- JUAN: Repórtate, vuelve en ti;
que estoy confuso y corrido
de ver que hayas excedido
de tu obligación así.
 ¿Tú, doña Sol, ¡caso feo!
de esta suerte sales fuera?
Por Dios, que no lo creyera.
y lo dudo aunque lo veo.
 ¡Tú, doncella principal!,
has de rogar, aunque mueras,
a un hombre! ¡Ah!, ¡si bien supieras
Cuánto pareció más mal
 Dido ofreciendo al Troyano
las glorias de tu belleza,
que pagando su flaqueza,
muerta con su propia mano!
- SOL: Si yo, falso, comenzara
rogándote con mi amor,
fuera bien que tu rigor
mí liviandad acusara.
 Mas si por haber tratado
los dos nuestro casamiento,
justamente el pensamiento
toda el alma te ha entregado;
 viendo burlar mi esperanza,
esto que he hecho, traidor,
no es solicitar tu amor,
sino culpar tu mudanza.
 Y así no es razón que arguyas
de livianas mis porfías,
ni que finjas culpas mías
para disculpar las tuyas.
- JUAN: Sol, en injustas razones
estriba tu sentimiento
y en un vano fundamento
la obligación que me pones.
 Tú no te has certificado
a qué salí con Arnesto,

ni tienes más razón de esto
que la que tú has sospechado.

Pues mi obligación, bien sabes
que no de ser menor;
que palabras en amor
son las prendas menos graves.

Tratámonos de casar.
Tratamos, yo lo confieso;
si me quisiste por eso,
la suerte debes culpar;
pues tu divina belleza
prohíbe a mí voluntad,
por ser nuestra calidad
igual con nuestra pobreza.

SOL: Cuando empezaste a tratarlo,
¿cómo en eso no miraste?

JUAN: Sí miré; mas no ignoraste
que entonces, para intentarlo,
toda la esperanza mía
etuvo sólo fundada
en la herencia que la armada
de las Indias me traía.

Hízola un furioso viento
tesoro inútil del mar
con que fue fuerza mudar,
si no el amor, el intento.

Que nuestros deudos han sido
de este parecer de suerte,
que aun el hablarte y el verte
estorbarme han pretendido.

Así que, a no poder más,
mudo intento. Si pudieras
haz lo mismo; que si quieres,
mujer eres, y podrás.

Vanse don JUAN y JIMENO

SOL: Ruego al cielo, pues permite,
crüel, tu injusto rigor,
o que me quite el amor,
o que la vida me quite.

*Vanse doña SOL y CELIA. Sale AGÜERO,
con un papel cerrado*

AGÜERO: El rizado mozalbito
casco-alegre y pie-liviano
no advierte que hay escribano

que huele a legua un delito,
y jueces tan enteros,
que por esta liviandad
me traerán por la ciudad,
hecho un arzobispo, en cueros.

Pues luego, ¡Blanca codicia
del amor el dulce trato!
No vive con más recato
una beata novicia.

¡Que don Juan me ponga en esto!
¡Vive Dios, que estoy tentado!
Mas mi palabra le he dado.
En obligación me he puesto.

Dios me libre; que esta moza,
según es dura y crüel,
temo que de este papel
me fabrique la coroz.

Sale doña BLANCA

BLANCA: Agüero

AGÜERO: Señora mía.

BLANCA: ¿Qué hay de nuevo?

AGÜERO: Esa belleza

qu admira naturaleza
por más nueva cada día.

¡Ay Blanca!, que la ciudad
toda alabaros procura.
El mancebo la hermosura,
el viejo la honestidad.

¡Ay!, que sé que tierno y firme
alguno en vuestra afición...

BLANCA: Basta ya de adulación.

¿Tenéis algo que pedirme?

AGÜERO: No; que daros, sí, por Dios,

porque a vos, señora mía,
¿quién os ve, que no querría
darse todo entero a vos?

Bien parece que no oís
los suspiros y las quejas
que estas paredes y rejas
despiertan mientras dormís.

Por Dios, que estoy ya cansado
de mil buenos que a mí vienen
a decirme el mal que tienen,
de vuestros ojos causado.

Quizá piensan que su amor
he de deciros. ¡Mal año!
Que de vuestro pecho extraño

no saben, cual yo, el rigor.

Que si no fuera por eso,
fundara en vuestra belleza
de renta mayor riqueza
que dicen que tuvo Creso.

Que aun hoy a mí se llegaba...

BLANCA: Sacadme de ese aposento
Un libro.

AGÜERO: (¿Qué pensamiento-- **Aparte**
cuando al de amor la guiaba--
al mejor tiempo me impide?)

BLANCA: ¿No vais?

AGÜERO: ¿Qué libro os agrada?

BLANCA: Dadme a Fray Luis de Granada.

AGÜERO: (Bien con mi intento se mide.) **Aparte**

Vase

BLANCA: Él tiene alguna embajada,
según sospecho, que darme
y es ley de mi honor mostrarme
tan esquiva y recatada,
aunque la curiosidad
con fuerza me solicita.

Sale AGÜERO metiendo el papel en el libro

AGÜERO: (El que la ocasión me quita, **Aparte**
me la ha de dar en verdad.
El billete pondré aquí;
que aunque el libro es santo y bueno,
en vaso de oro el veneno
se suele esconder así.)
¿Es éste, señora?

Dale el libro

BLANCA: Él es.

No leyendo, mucho aciertas.

AGÜERO: Tres tienes, y en las cubiertas
los conozco todos tres.

(A solas quiero dejalla **Aparte**
que pierda el miedo al honor;
que con los solos amor
hace más bien su batalla.)

Vase y doña BLANCA empieza a leer

BLANCA: "Capítulo..." Al fin Agüero
se fue sin decirme nada.
Él temió verme enojada.
Cobarde es para tercero.
Un curioso pensamiento
altera mi corazón,
o centellas de amor son
las inquietudes que siento.
Porque ¿dónde hay fortaleza
para poder resistir
dos años de combatir
con amor y con firmeza?

Abre el libro y halla el papel

Pero ¿qué es esto? ¡Papel
sin sobrescrito y cerrado!
Ya entiendo. El libro me ha dado
Agüero, y lo puso en él,
y por eso me dejó
a solas, según advierto.
Como cazador experto,
puso el lazo y se escondió.
¿Si es de don Juan? Pierdo el seso
Por verlo; mas no quisiera
que Agüero de mí entendiera
tan no acostumbrado exceso.
Cerrado viene. ¿Qué haré?
Mas pues sola me ha dejado,
con la traza que he pensado,
disimularlo podré

Abre el papel

Que cerrando otro papel
de la forma que éste viene,
pues sobrescrito no tiene,
podré engañarle con él,
rompiéndolo, sin abrirlo,
En su presencia. Esto es hecho.

Lee la firma

"Don Juan de Luna." Del pecho
sale el alma a recibirlo.

Lee

"Si fue contingente el veros,
fuerza fue, Blanca, el amaros,
sin remedio el olvidaros,
imposible el mereceros.
Entre combates tan fieros
nunca la desconfianza
en mi amor hizo mudanza;
y en pocas veces se ve
que no enflaquezca la fe
donde falta la esperanza.

Pero yo, que sólo atiendo
a amar, y no a merecer,
Blanca, en pudiéndoos querer,
alcanzo lo que pretendo.
Y así, aunque vivo muriendo,
nunca os pediré la vida
ni que estéis agradecida;
mas sólo que permitáis,
pues que vos misma obligáis
aquereros, ser querida.

Don Juan de Luna." ¡Qué leo!
¿Son versos, amor, o son
flechas para el corazón
y rayos para el deseo?
a responder soy forzada;
que amante y correspondida
es necesidad conocida
el morir de recatada.

De Agüero no hay que fiar
los secretos de mi honor;
que tiene poco valor
para saberlos callar.

Pero buena traza es ésta.
el mismo viejo he de hacer
que se la dé, sin saber
que se la da, la respuesta.

Escribe y habla lo que sigue

"A tan hidalga porfía
fuera crueldad la esquivanza.
Agradezco tu firmeza,

justa ocasión de la mía.
Al balcón de mediodía
a medianoche te espero,
donde hablarte a solas quiero;
que en las cosas de opinión
lvianos testigos son
Un papel y un escudero."

 Mi amor se determinó.
cerrarélo de manera
que este papel no difiera
del que don Juan me envió;
 que así no ha de conocello
el viejo; y si por mi daño
don Juan no entiende el engaño,
no vengo a arriesgar en ello
 Más que un pliego de papel.

*Mientras ha dicho esto, ha cerrado el papel como
estaba el de don JUAN*

Pues sólo mi padre vio
mi letra, y no he puesto yo
razón conocida en él.
 Agüero.

Asómase AGÜERO a la puerta

AGÜERO: Señora.
BLANCA: Entrad.
AGÜERO: (El diablo me hizo alcahuete. **Aparte**

Muéstrale su billete

BLANCA: ¿Pusistes este billete
 vos aquí? Decid verdad.
AGÜERO: Yo lo puse.
BLANCA: ¿Para qué?
 Acabad. ¿En qué dudáis?
AGÜERO: Para que vos lo leáis;
 que enojaros recelé;
 Y porque palabra di,
 obligado y condolido
 de don Juan de Luna, ha sido
 forzoso dárosle así.
BLANCA: No habéis tenido razón
 en lo que intentado habéis,

pues con sólo eso ponéis
mi opinión en opinión.

Y si no mirara yo,
villano, lo que perdiera
con sólo que se supiera
que nadie a tal se atrevió,
llevárades, os prometo,
tantos palos, que otro día
a una vil esclava mía
no perderais el respeto.

Pasar sin castigo puede,
por el primero, este error;
mas porque de él en mi honor
ningún escrúpulo quede

Dale el papel

volved a don Juan cerrado
su billete; que con eso
su locura y vuestro exceso
viene a quedar remediado.

AGÜERO: Haré lo que me mandáis.
(El vil oficio maldigo **Aparte**
y a quien más lo usare.)

BLANCA: Digo
que a don Juan se le volváis.

AGÜERO: Lo que una vez me dijistes,
¿cuándo a mí se me olvidó?

BLANCA: Mirad que he de saber yo
Si en su mano se la distes.

AGÜERO: Darle. El papel le pondré,
Señora, en sus propias manos.
(¡Ay, doblones soberanos, **Aparte**
qué poco tiempo os gocé!)

Vase. Sale don NUÑO

BLANCA: Hermano.

NUÑO: Blanca querida,
por remedio vengo a ti.

BLANCA: ¿De qué, don Nuño?

NUÑO: ¡Ay de mí!
No menos que de la vida.

BLANCA: Pues habla.

NUÑO: Aunque es mi intención
a tu estado desigual,
ser mi peligro mortal
da justa dispensación.

Yo estoy, para que concluya
y sepas mi triste estado,
Blanca mía, enamorado.

BLANCA: ¿De quién?

NUÑO: De una amiga tuya.

Sol, de mi mal causa bella,
salió al campo de Tablada;
y aunque la vi disfrazada,
seguíla hasta conocella.

Basta decir que la vi
para haber dicho que muero,
y el remedio no lo espero,
si no me viene de ti.

Procura estrechar con ella
la amistad, hermana mía,
porque con tu tercería
venga mi amor a vencella.

BLANCA: Mirar por tu vida es justo.

NUÑO: De que irás a visitarla
mañana quiero avisarla.

BLANCA: Disponlo, hermano, a tu gusto.

NUÑO: Advierte que con don Juan
de Luna trata de amor,
según sospecho.

BLANCA: (¡Ah traidor!) **Aparte**
¿Quién?

NUÑO: Doña Sol de Guzmán.

BLANCA: ¿No son primos?

NUÑO: Deudos son,
pero no son tan cercanos,
que para darse las manos
aguarden dispensación.

BLANCA: (Muerta soy.) **Aparte**

NUÑO: Digo que adviertas
que trata con él amores.
Porque de hacerle favores,
como puedas, la diviertas.

Vase

BLANCA: ¡Hola, Agüero! Ya se ha ido,
ya mi papel le habrá dado.
¡Que pueda haberme engañado
el que tan constante ha sido!
¡Que el amor en persuadirme
toda su fuerza pusiese,
y en la otra mano tuviese
la causa de arrepentirme!

¿Qué he de hacer, ya declarada,
si ve el papel? ¿Qué he de hacer
sino morir o vencer,
celosa y enamorada?

Vase. Salen ARNESTO y SANCHO, de noche

ARNESTO: No se atrevió el escudero
a llevarle un papel.

SANCHO: ¿No?
Si Agüero no se atrevió,
téngolo por mal agüero.

ARNESTO: Dice que es tan virtuosa,
tan honesta y recatada,
que la devoción le agrada
solamente.

SANCHO: ¡Extraña cosa!

ARNESTO: Tanto más loco me veo.
Blanca con la resistencia
don Juan con la competencia
encienden más mi deseo,
y a quitar inconvenientes
me resuelvo.

SANCHO: Bien harás.

ARNESTO: Pues oye. Tú buscarás,
Sancho, dos o tres valientes
de estos que pagados dan
muertes y heridas; que quiero
hacer sin riesgo al dinero
homicida de don Juan.

SANCHO: Eso es fácil. La memoria
quiero recorrer señor.

(¿Por dónde puedo mejor
dar triste fin a mí historia?

Que él es rico, y su pecado,
él no, yo lo he de pagar,
pues la sogá ha de quebrar
siempre por lo más delgado.

Diréle que sí, y fingiendo
inconvenientes, el daño
dilataré; que el engaño
más seguro es concediendo.)

¡Gloria a Dios, que me he acordado!
un hombre llamarte quiero,
que es de Madrid, y el primero
por lo valiente y callado.

ARNESTO: Eso es lo que he menester.
¿Y cómo se llama?

SANCHO: Cid,

Aparte

por mal nombre.

ARNESTO: ¿Y de Madrid?

SANCHO: ¿Pues de dónde puede ser,
 sino del lugar felice
 en que el rey de España nace
 quien no diga lo que hace,
 y quien haga lo que dice?

ARNESTO: Búscalo luego.

SANCHO: De mí
 puedes fiar.

ARNESTO: Muera, ingrata,
 el que de celos me mata.
 Quizá me querrás así.

SANCHO: Sí; que no son pedernales
 sus entrañas, y ya creo
 que te quiere.

ARNESTO: ¡Ay Dios!, que veo
 contra mí muchas señales;
 que mañana, dice Agüero,
 que a doña Sol de Guzmán,
 la parienta de don Juan,
 va a visitar la que quiero.
 mira si es bien de temer
 esta liga.

SANCHO: No, señor,
 que don Juan a tu valor,
 ¿qué competencia ha de hacer?
 Si con poder la regalas,
 si con galas la festejas,
 ¿correrá don Juan parejas,
 aunque amor le dé sus alas?

ARNESTO: Bien dices. Quiero servilla
 públicamente.

SANCHO: Eso sí.

ARNESTO: Mi amor será desde aquí
 la fábula de Sevilla,
 quizá la publicidad
 engendrará amor en ella.

SANCHO: O al menos vendrá a vencella,
 si no amor, la vanidad.

ARNESTO: Pues avisa a don Julián
 por la mañana, al gallardo
 don Francisco, a don Bernardo
 y a don Pedro de Luján.

 No quede al fin caballero
 que conozcas por mi amigo,
 Sancho, que no hagas testigo
 de que enamorado muero;
 y que para festejar
 a la que adoro, quisiera

que a caballo y de carrera
todos me fuesen a honrar
mañana.

SANCHO: Déjame hacer,
y descuida; que si alcanza
don Juan alguna esperanza,
mañana la ha de perder.

ARNESTO: Aderécenme el overo
con rizos, cintas y galas;
que sus pies han de ser alas
con que vuele al bien que espero.
Oye. ¿Es reloj?

SANCHO: Sí, señor.

ARNESTO: Cuenta.

SANCHO: Dos.

Sale doña BLANCA, a una ventana

BLANCA: (Entre las glorias **Aparte**
de tus mayores victorias
puedes poner esta, Amor.
Gente veo. Mi invención
sin duda entendió don Juan.
Él y Jimeno serán;
que son dos.

SANCHO: Las doce son.

ARNESTO: Quedo, Sancho.

SANCHO: ¡Vive Dios,
que hay en el balcón de Blanca
un bulto con toca blanca!

BLANCA: (Él llega.) **Aparte**

SANCHO: (Mujer sois vos.) **Aparte**

ARNESTO: Quiero hablar...

SANCHO: Muda, señor,
la voz; que por dicha es
su padre el bulto que ves,
y lo blanco el tocador.
Y es cosa que ha sucedido
requerbrar a la mujer
un amante, y responder
con una bala el marido.

ARNESTO: ¿Es Blanca?

BLANCA: ¿Quién es?

ARNESTO: Señora,
a tal hora, ¿qué dudáis?
¿A quién, sino a mí, aguardáis
en ese balcón?

BLANCA: (Agora **Aparte**
estoy ya cierta que es él,

y que mi papel leyó;
que en esto señas me dio
de lo que dice el papel.)

¿Es don Juan?

ARNESTO: No me obliguéis,
con preguntarlo, a pensar
que a otro podéis aguardar.
(¡Ah enemiga!) **Aparte**

SANCHO: (¿Esas tenéis?) **Aparte**

BLANCA: Yo os respondí agradecida,
don Juan, a vuestro cuidado;
pero ya de haberlo estado
me hallaréis arrepentida,
porque he sabido después
que a doña Sol, vuestra prima,
estimáis, y ella os estima;
y si acaso el interés
de mi dote os ha obligado
a fingir aquí afición
teniendo allá el corazón,
engañáis muy engañado;
que si para mi marido
sois pequeño todo vos,
¿ué será si entre las dos
estáis, don Juan, dividido?

ARNESTO: Hermoso dueño, escuchad.

SANCHO: (Mátala a celos.) **Aparte**

Salen don JUAN y JIMENO

JIMENO: Dos son
Y están hablando al balcón.

BLANCA: ¡Que viene gente! Callad.

JUAN: (¡Vois sois, Blanca, la crüel, **Aparte**
la esquivá, la recatada,
la que me volvéis airada
sin leerlo mi papel!

JIMENO: (¡La santica! ¡Fuego en ti!) **Aparte**

JUAN: ¡Si es Arnesto, vive Dios!

Pues estamos dos a dos,
que hemos de acabar aquí
el desafío. Esta vez
propone a Blanca el amor
por premio del vencedor,
siendo ella misma el jüez.

JIMENO: Si están solos, verás presto
la calle desocupada.
pero tener emboscada
es sin duda, si es Arnesto.

JUAN: ¿Ya temes?
JIMENO: No me acobardo;
 que prevenir no es temer.
 Déjame reconocer
 primero el campo.

Vase

JUAN: Aquí aguardo.
SANCHO: El uno se va, y sin duda
 el otro que se ha quedado,
 pues guarda el puesto, ha enviado
 a llamar gente en su ayuda.
ARNESTO: Bien dices.
SANCHO: Y es de inferir
 que quien tan cerca se ha puesto
 viéndonos en este puesto,
 tiene gana de reñir.
ARNESTO: ¿Si es don Juan?

SANCHO: Sin duda alguna,
 y Troya ha de ser aquí.
ARNESTO: Oye, pues me tiene a mí
 Blanca por don Juan de Luna,
 para desacreditarle
 con ella, Sancho, lleguemos,
 y las espadas saquemos
 para echallo de la calle;
 y en sacándola don Juan,
 huyamos.
SANCHO: De buena gana;
 que es la industria soberana.

Sacan las espadas

BLANCA: ¡Triste de mí! A reñir van.
ARNESTO: Sancho, callando ha de ser,
 para no ser conocidos
 de él ni de Blanca.

*Embisten a don JUAN, y él saca la espada, y
se acuchillan*

La ventaja os pudo hacer;
mas presto la de mi espada
arrepentir os hará.

Vuelve JIMENO

JIMENO: El diablo anda suelto.
BLANCA: Ya
está la cuestión trabada.

*Éntranse huyendo ARNESTP y SANCHO, y tras
ellos don JUAN*

Mas ¡cielos! ¿Qué es esto? ¡Dos
huyen de uno! ¿Has olvidado
la sangre que has heredado,
Don Juan?

JIMENO: Pues huyen, por Dios,
que no he llegado muy tarde.
A ellos.

BLANCA: Huyendo van.
¡Ah, quién te viera, don Juan,
antes muerto que cobarde!

Vanse

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen ARNESTO y SANCHO

SANCHO: Pues estás determinado
a servir y festejar
a Blanca, y a publicar
en Sevilla tu cuidado,
embiste con osadía,
habla en cualquier ocasión.
Mira que enemigas son
la dicha y la cobardía.
Y más cuando pienso yo
que con tu ingrata querida

irá don Juan de caída
con lo que anoche pasó;
 porque habiéndose logrado
la invención, es caso cierto
que cuando no se haya muerto
el fuego, se habrá aplacado,
 si ya en amoroso ardor
por don Juan Blanca vivía;
que nunca en la cobardía
halló incentivo el amor.

ARNESTO: Bien se hizo.

SANCHO: ¡Enredo extraño!

Don Juan quedó por cobarde.

ARNESTO: Y nuestro silencio tarde
 dará luz al desengaño.

SANCHO: Falta, pues Blanca creyó
que don Juan de Luna ha huido,
darle a entender que tú has sido
quien de la calle le echó.

ARNESTO: Dices bien.

SANCHO: Pues la ocasión
no pierdas con Blanca hermosa;
que siempre fue poderosa
la primera información.

Ella ha de salir agora,
que a doña Sol de Guzmán,
la parienta de don Juan,
va a visitar, y ya es hora.

Al bajar de la escalera,
llega al encuentro; y así
hasta el coche desde allí
te escuchará, aunque no quiera,
sin que te cause cuidado

que su padre te verá;
que en ello no se tendrá
don Beltrán por desdichado,
Pues pretendes para esposa
a Blanca, y hoy no hay mujer
que no se pueda tener
con tu mano por dichosa.

ARNESTO: Ella baja.

SANCHO: Y según veo,
solamente la acompaña
Agüero. Con dicha extraña
vela a su fin tu deseo,

Pues para lograrlo, así
Fortuna el lance te ha puesto.

Salen doña BLANCA, con manto y

AGÜERO

BLANCA: ¡Vos aquí, señor Arnesto!

ARNESTO: ¿Cuándo yo no estoy aquí?

¿Cuándo, señora, ofendí
La fe con que el alma os doy?
Y yo, mientras vivo soy,
Decidme vos, ¿cómo haré
que con el cuerpo no esté
donde con el alma estoy?

Preguntadlo a esos balcones,
testigos noches y días,
ya de las razones mías,
ya de ajenas sinrazones;
que en algunas ocasiones
han visto que no temí,
por no apartarme de aquí,
competencia aventajada;
si bien le debo a mi espada
lo que vos, ingrata, a mí.

Yo no fuera tan osado
que la cuestión comenzara;
que la sombra respetara
de esta casa por sagrado.
Solo adoraba callado
vuestros balcones; y el brío
del contrario desvarío
fue quien me vino a obligar
a quitarle su lugar
para defender el mío.

Perdonadme, y de Cupido
ved la extraña condición,
pues os pido a vos perdón,
cuando fui yo el ofendido.

BLANCA: No os entiendo.

ARNESTO: Ni he entendido

yo que entenderme podáis,
porque vos, Blanca, no estáis
en la ventana a deshora;
pero dígolo, señora,
para cuando lo entendáis.

SANCHO: (¡Oh qué bien!)

Aparte

BLANCA: (¡Que Arnesto fue **Aparte**

más valiente que Don Juan!
¡Cuán diferentes están
los afectos de mi fe!)
Perdonadme que no esté
más de espacio; que el lugar
no es decente, y el estar

aguardando la visita,
de la obligación me quita
de responder y escuchar.

AGÜERO: El coche.

ARNESTO: Mi pensamiento
nunca tanto presumió,
que quisiese parar yo
el coche al sol un momento;
antes, señora, me siento
tan lejos de ser altivo,
que puesto que solo vivo
mientras vuestra luz me dais,
yo mismo, para que os vais,
he de quitar el estribo.

Ésta es la prueba mayor
que os puedo dar de obediente;
y más cuando al occidente
partís, Blanca, de mí amor.
Mi paciencia a mi dolor
han igualado los cielos,
pues ayudan mis recelos
a que vaya esa hermosura
donde muere mi ventura
y donde nacen mis celos.

Mas consuélame, señora,
que vais donde en vuestro amor,
si tengo competidor,
tenéis vos competidora.

BLANCA: También es enigma agora
lo que habláis.

ARNESTO: Aun bien que estima
de suerte al Sol de una prima
cierta Luna en que os miráis,
que es fuerza que allá entendáis
en sus aspectos mi enima.

BLANCA: (¡Todos saben que ha querido **Aparte**
Don Juan a su prima, y yo
sola soy quien lo ignoró!)
Adiós.

ARNESTO: Yo no me despido;
que seguir pienso atrevido
ese sol, pues mi fortuna
se muestra tan importuna,
que quiere, señora mía,
que me huya el sol de día
como de noche la luna.

Vanse doña BLANCA y AGÜERO

SANCHO: ¡Tomaos ésa! Tan discreto
 Y tan agudo has andado,
 Señor, que triste he quedado.

ARNESTO: ¿Triste?

SANCHO: Triste.

ARNESTO: ¡Extraño efeto!

 ¿Por qué?

SANCHO: Como en un sujeto
 nunca se han visto caber
 la ventura y el saber,
 viéndote sabio, hago cuenta
 que es tu riqueza violenta,
 y vendrás a empobrecer.

ARNESTO: Por dar lisonja presente,
 futuro mal pronosticas.

 Cuando de sabio te picas,

 ¡alabas tan neciamente!

 A su dama un elocuente

 dijo, "Sabia sois de modo

 que a creer no me acomodo

 que sois bella." Y respondió,

 "Necio, más quisiera yo

 que lo creyérades todo."

 Y porque, cuando se ofrezca,

 hables menos ignorante,

 oye. Caso es repugnante

 que el sabio pobre enriquezca;

 pero también que empobrezca

 el sabio, sí vez alguna

 llega a enriquecer, repugna,

 supuesto que es menester

 para conservar, saber,

 si para alcanzar, Fortuna.

SANCHO: Don Beltrán es éste.

ARNESTO: Quiero

 Poner en ejecución,

 pues se me ofrece ocasión,

 mi intento.

SANCHO: Vitoria espero.
 con dicha, industria y dinero,
 seguro vas a atreverte.

ARNESTO: Prevén el caballo.

SANCHO: Advierte

 que sus mudanzas duplica

 de suerte, que pronostica

 la mudanza de tu suerte.

Vanse. Salen don JUAN y JIMENO

JUAN: Jimeno, yo soy perdido.
Cierto es mi daño, Jimeno.
Cuanto sucede, me quita
la esperanza del remedio.
Con la visita que hoy hace
Blanca a Sol, del todo siento
perdidas mis pretensiones
y precitos mis deseos.

JIMENO: ¿Por qué, señor?

JUAN: Porque Sol,
necia de amor y de celos,
con Blanca ha de procurar
descomponer mis intentos;
y si finezas creídas
de dos años no pudieron
alcanzar de ella un favor,
considera cuánto menos
lo alcanzaré cuando crea
que engañoso la pretendo,
poniendo en ella los ojos
y en otra los pensamientos.
Procurar satisfacerla
es en vano; porque si entro
a verla estando con Sol,
me amenazan sus excesos.
Si no gozo esta ocasión,
ha de confirmar por cierto
que quiero a Sol, y no entré
temeroso de sus celos.
Pues si Blanca--que es posible--
la visita con intento
de hallar ocasión de hablarme,
¡triste de mí si la pierdo!
Y más si acaso el buscarla
y el humanarse es efecto
del valor que anoche vio
en mi espada y en mi pecho.
Pero no; que no es posible
causarle agradecimiento
quitarle su gusto a ella
y dar disgusto a su dueño.
Mil confusiones me anegan.
Aconséjame, Jimeno;
que yo entre celos y amor
imito ya al marinero
que, con los fieros combates
de las olas y los vientos,
sin fuerzas tiene el timón
y sin sentido el gobierno.

JIMENO: Ya llega Blanca, y será

sin duda el mejor acuerdo
que en este zaguán le digas,
al pasar, tus sentimientos;
y en su respuesta, en su acción,
en sus ojos, en su aspecto
conocerás sus designios,
y te regirás por ellos.

JUAN: Bien dices.

JIMENO: Ella se apea.

JUAN: Déjame solo, Jimeno;
que ya sabes por mí mal
cuán recatado es mi dueño.

Apártase Jimeno

JIMENO: Contigo, a la obscuridad
de este rincón me encomiendo.

Salen BLANCA y AGÜERO

JUAN: Aquí os aguarda, señora,
el más leal escudero;
que, pagándole tan mal,
no es poco milagro serlo.

BLANCA: Señor don Juan, siempre vi
que para subir al cielo
del sol, es fuerza encontrar
el de la luna primero.

JIMENO: (¿Celos?) **Aparte**

BLANCA: Y viendo la noche
correr tanto, dije, luego
a la conjunción del sol
irá a parar como a centro.

JUAN: No corriera así la luna,
a no ser forzada a ello;
que ese cielo, primer móvil,
la obligó a cursos violentos.

BLANCA: ¿Adónde vais?

JUAN: A serviros.

BLANCA: Mirad que sois luna, y temo
que se ha de eclipsar el sol,
don Juan, si delante os llevo.

JUAN: Quisiera más una blanca.

BLANCA: Quedaos aquí

JUAN: Porque pienso
que os canso, y que os serviré
más en quedarme, me quedo
aguardando a que volváis,

si bien que os mudéis no espero.
BLANCA: Sola esa falta os conozco.
JUAN: ¿Cuál?
BLANCA: No esperar.
JUAN: Antes creo
Que os obligo...
BLANCA: Don Juan, nadie
alcanzó jamás huyendo.

Vanse doña BLANCA y AGÜERO

JIMENO: ¡Bien haya quien te parió,
y bien haya el monedero
que supo batir a escuras
Blanca de tan alto precio!
JUAN: ¿Qué te parece?
JIMENO: Que indigno
de Blanca te considero,
si te quejas de tu estado.
¡Con qué estilo tan discreto,
con qué cifras tan agudas,
con qué equívocos tan nuevos
te ha sabido dar favores
y de Sol pedirte celos!
¡Con qué términos tan propios,
tan breves y verdaderos
prosiguió la alegoría
de la luna, el sol y el cielo!
No como algún presumido,
en cuyos humildes versos
hay cisma de alegorías
y confusión de concetos,
retruécano de palabras,
tiqui-miquí y embeleco,
Patarata del oído
y engañifa del ingenio;
que bien mirado, señor,
es música de instrumentos,
que suena y no dice nada.
Pero ¿de qué estás suspenso?
JUAN: Ponderando las razones
y meditando el aspecto
de Blanca, temo otras cifras,
y sospecho otros misterios
de los que hemos entendido,
engañados del deseo.
Que decir, "Viendo la noche
correr tanto, dije luego,
a la conjunción del sol

irá a parar como a centro;"
y esto con un tonecillo
a lo falso, no lo entiendo.
"¡Correr tanto!" Motejarme
de "correr mucho", siguiendo,
no viene bien.

JIMENO: Antes sí
pues te dio quejas en eso,
hablando irónicamente
de tu engaño y de sus celos.
Porque fue decirte claro,
¿cómo es posible que el mismo
que riñe tan animoso
y que sigue tan ligero
al contrario, fugitivo
por mi amor, tenga otro dueño?

JUAN: Eso pudiera entenderse,
si no me dijera luego,
"Sola esa falta os conozco,
que es no esperar;" y tras esto,
por remate, "Don Juan, nadie
alcanzó jamás huyendo."
Esto ¿qué tiene que ver
con el amor que le nuestro,
cuidado con que la sigo
y ardor con que la deseo?

JIMENO: Por Dios que dices bien. "¡Nadie
alcanzó jamás huyendo!"
¿ Por qué lo pudo decir?

JUAN: Por ella no.

JIMENO: Llano es eso.
si ha dos años que la sigues.

JUAN: Pues en mi vida me acuerdo
de haber huido.

JIMENO: Señor,
tú ¿no me has dicho que Arnesto,
cuando al campo de Tablada
fuistes a reñir, en viendo
a don Beltrán, se mostró
muy animoso y soberbio,
y que tú te reportaste?

JUAN: Sí.

JIMENO: Pues ¿sabes lo que entiendo?

JUAN: ¿Qué?

JIMENO: Que don Beltrán creyó
que la arrogancia en Arnesto
nació de valor, y en ti
la reportación, de miedo,
y así lo contó a su hija;
si ya tu contrario mismo

no fue el autor de la historia.

JUAN: Puede ser; mas el suceso
de anoche, ¿no es desengaño?

JIMENO: Por ventura a los que huyeron
no conoció.

JUAN: ¿Cómo no,
si estaba hablando con ellos?

JIMENO: Sin ser por arte del diablo,
puede hablar por pasatiempo
una mujer con quien pasa
de noche, sin conocerlo;
antes con quien no conoce
se entretiene, según pienso,
con más gusto, porque tiene
más licencia y menos riesgo.

JUAN: Fuesen o no conocidos,
¿no vio que los dos huyeron
de mí?

JIMENO: Según es tu dicha,
pensará que fue concierto
y fingida la cuestión,
a la usanza de estos tiempos,
que hay pendencia de tramoya
y valientes de embeleco.
Pero sucedióle mal
a un valiente en este intento;
que enviando dos amigos
para la invención a un puesto,
antes que ellos, lo ocuparon
dos amantes verdaderos.
El valiente de invención,
viéndolos allí y creyendo
ser los ensayados, hizo
el papel de embestimiento.
Los dos dieron animosos
en él y en su compañero;
y como se vio apretado,
empezó a decir muy quedo,
"Huid, hola; que ya está
Fulana al balcón;" mas ellos,
como el papel no sabían,
contra el ensayo, en efeto,
le dieron un tresquilón,
y erraron todo el enredo.

JUAN: Pocas veces alcanzaron
buen fin engañosos Medios.

JIMENO: Don Nuño viene.

Sale don NUÑO

JUAN: Don Nuño,
¿Vos en esta casa?
NUÑO: Tengo
mi hermana acá visitando
a vuestra parienta, y quiero
pasar con ellas la tarde.
JUAN: Porque dos a dos estemos,
quiero acompañaros, Nuño.
NUÑO: (Perdonaránlo mis celos.) **Aparte**

Don JUAN y JIMENO hablan aparte

JIMENO: Señor, ¿a entrar te resuelves?
JUAN: Tiéненme loco, Jímeno,
estas enigmas de Blanca,
y en esta ocasión pretendo
entendellas, y suceda
lo que sucediere.
JIMENO: Temo
que te eche Sol a perder.
JUAN: Si no es cuerda, y yo me veo
apretado, claramente
le diré que no la quiero,
por satisfacer a Blanca,
y a Sol castigar su exceso.

*Vanse. Salen doña BLANCA, doña SOL y
CELIA; después, don JUAN, NUÑO y JIMENO*

SOL: Mañana os pienso pagar
la visita.
BLANCA: Desde agora
Me obligáis a desear
Tener mucho que fiar
a tan buena pagadora,
y así quiero que quedemos
tan amigas, Sol hermosa,
que jamás nos apartemos.
SOL: Soy en eso tan dichosa,
que porque principio demos,
vos, en tanto que está ausente
mi padre de la ciudad,
habéis de ser solamente
consuelo a mi soledad.
.....
(Extraña máquina emprendo.) **Aparte**

Habla CELIA aparte con doña SOL

CELIA: Don Juan es éste.
SOL: Vendrá
A doña Blanca siguiendo.
CELIA: Disimula.
SOL: En eso está
conseguir lo que pretendo.

(Salen don JUAN, don NUÑO y JIMENO)

NUÑO: No he querido, Sol hermosa,
que sola goce mi hermana
de esta ocasión venturosa;
que tengo el alma envidiosa
de dicha tan soberana.
SOL: Antes, don Nuño, he creído
que por colmar la ventura
que hoy alcanzo, habéis venido.
sillas, ¡hola!
NUÑO: (¡Qué hermosura!) **Aparte**
JUAN: Yo estoy tan agradecido
de que la vengáis a honrar,
por lo que en sangre me toca
Sol, que me quisiera hallar
con fuerzas para pagar
lo que agradece la boca.
SOL: (Esto es dar satisfacción.) **Aparte**
BLANCA: (No se ha podido abstener **Aparte**
de gozar de la ocasión.)
JIMENO: (Hoy está Roma que ha de arder, **Aparte**
y yo pienso ser Nerón.)

***NUÑO habla aparte con doña
BLANCA***

NUÑO: Hermana, a don Juan divierte,
mentras digo mi dolor
a Sol.
BLANCA: No pudo la suerte
cumplir mi intento mejor.

***Siéntase al lado de doña SOL don
NUÑO, y al de BLANCA don JUAN. CELIA habla aparte con
doña SOL***

- CELIA: El caso vino a ponerte
en la mano la ocasión
para conocer del todo
si hay reliquias de afición
tuya en don Juan.
- SOL: ¿De qué modo?
- CELIA: Con la ordinaria invención
de dar celos.
- SOL: Dices bien.
- CELIA: Pues tienes a Nuño al lado,
de tantas partes dotado
tan excelentes, ¿con quién
le puedes dar más cuidado?
- SOL: De la ocasión gozaré.
- CELIA: Finge gran divertimento
con él, y atenta veré
si alguna señal se ve
en don Juan de sentimiento.
- SOL: Aunque eso es darle lugar
de hablar a la que me ofende,
conviene disimular
al engaño que pretende
mi amor ciego ejecutar.

***Doña SOL habla con don NUÑO y BLANCA
con don JUAN***

- JUAN: Perdonad si he quebrantado,
Blanca, vuestro mandamiento;
que bien estoy disculpado,
si advertís que me ha obligado
la fuerza del sentimiento.
Mandásteme que no entrara,
dueño soberano, aquí;
mas es tal la pena en mí,
que al mismo infierno bajara,
como a este cielo subí.
Las preñeces misteriosas
de vuestras graves razones
han sido en mí poderosas
a romper obligaciones,
en quien ama, tan forzosas.
Dos años ha que fiel
os sigo sufriendo enojos,
y ayer ingrata y crüel
me volvistes a los ojos,
sin leerlo este papel.

Muéstrale el papel que dio BLANCA a

AGÜERO, y vuélvelo a la faltriquera

BLANCA: (¡Cerrado está! ¿Qué estoy viendo? **Aparte**

JUAN: Y tras esto vengo a oiros
que ninguno alcanza huyendo.
¿Es huir de vos seguiros?
Porque, si no, no os entiendo.

Anoche con mi pasión
fui a vuestra calle a deshora.
Dos hombres hallé al balcón;
si acaso hablaban, señora,
con vos, vos sabréis quién son.

Y aunque ardiente reprimía
todo un infierno en mi pecho,
callando mi mal sufría,
respetando a mi despecho
la causa que me ofendía.

Embistiéronme; que acaso
los animó mi paciencia;
mas mi espada a todo paso
les hizo ver el ocaso
del sol de vuestra presencia.

¡Y tras esto motejáis
mi ligereza! No entiendo
los misterios que tocáis.
¿Por ventura condenáis
el correr mucho siguiendo?

BLANCA: (¿Qué escucho?)

Aparte

JUAN: Cuando sabéis
que sigo empresa tan alta
dos años ha, ¿respondéis,
"Sólo os conozco esa falta,
que es no esperar"? ¿Qué queréis
con estas cifras, mi bien?
Habladme claras razones.
Basta que vuestro desdén
me mate, sin que también
me atormenten confusiones.

BLANCA: (Ni mi papel ha leído,
Ni es quien anoche me habló;
que agora he desconocido
la voz. Sin duda que ha sido
Arnesto quien me engañó.

Aparte

Claro está. No pudo ser
tan cobarde un caballero.)
Don Juan...

JUAN: Señora...

BLANCA: (No quiero
declararme hasta saber

Aparte

si a Sol tiene amor, primero.
pues mi papel no ha leído,
en su engaño se ha de estar;
que si en amarme es fingido,
corrida vendré a quedar
si él queda favorecido.)

Cuanto os he dicho, nació
de haber pensado que fuistes,
don Juan, quien anoche huyó;
mas siendo vos quien seguisteis,
todo lo dicho cesó.

En lo demás mi rigor,
pues es justo, no os espante,
ni vuestro fingido amor
pida a una estrella favor,
cuando de un sol sois amante.

JUAN: ¡De Sol! Sí jamás ha sido
sujeto de mi afición.

Doña SOL habla aparte con CELIA

SOL: ¿Mira?

CELIA: Ni imaginación
de mirar acá ha tenido.

SOL: ¡Maldiga Dios tu invención!

NUÑO: ¿Qué es esto, Sol de mi vida?
Cuando os digo mi cuidado,
¡os mostráis tan divertida!

SOL: (Ciego está de enamorado, **Aparte**
y yo loca de ofendida.)

NUÑO: (¡Vive el cielo, que es hablalle **Aparte**
hablar a un tronco, a una fiera!
Mejor me estará que calle.

Suenan cascabeles dentro

JIMENO: Pasando están la carrera
caballeros en la calle.

SOL: Blanca, a la ventana a vella
salgamos.

NUÑO: Si ese arrebol
les da sus rayos, Sol bella,
serán caballos del sol
los que pasaren por ella.

BLANCA: (¡Mal haya la fiesta, amén, **Aparte**
que me impide las de amor!)

JUAN: ¿Cuándo alcanzaré, mi bien,
El fin de tanto desdén?

BLANCA: Cuando asegure el favor.
JUAN: Dos años ha, Blanca bella,
que estoy firme en mi porfía.
BLANCA: Siete años de pastor Jacob servía
JUAN: Con esperanza al fin de poseella,
si mil sirviera y más, muy poco hacía.
BLANCA: Al fin llegó, sirviendo, a merecella.

Vanse las mujeres

JUAN: ¡Dichoso yo, pues mi firmeza alcanza
a ver el rostro ya de la esperanza!

NUÑO: ¿Qué queréis hacer?

JUAN: Yo digo
que, si os agrada, salgamos
a ver la carrera.

NUÑO: Vamos.

VOCES: ¡Aparta. ¡Dios sea contigo! **Dentro**

*Vanse y salen por otra puerta don JUAN,
NUÑO, y JIMENO*

VOCES: ¡Ese caballo matad. **Dentro**

JIMENO: El jinete ha dado en tierra.

NUÑO: Percances son de esta guerra.

JIMENO: Acá nos le traen.

Sacan a ARNESTO entre SANCHO y otro CRIADO

SANCHO: Buscad
Un jarro de agua.

ARNESTO: No es bien;
que la sangre alborotada
dicen que se queda helada.

SANCHO: ¡Mal haya el caballo, amén!
¿Llamaremos un barbero?

ARNESTO: No.

JUAN: ¿Es Arnesto el que cayó?

NUÑO: Él es.

JIMENO: Juráralo yo.
no le arma lo caballero.

JUAN: (No falte la cortesía **Aparte**
por la enemistad.) ¿Qué es esto?
¿Qué sentís, señor Arnesto?

ARNESTO: Señor don Juan...

JUAN: A fe mía,
que me pesa.
ARNESTO: Yo lo creo
de vuestro mucho valor.
JUAN: ¿Qué sientes?
ARNESTO: Algún dolor
en esta mano.
JUAN: (Deseo **Aparte**
Mostrarle aquí bizarría.)
Llegad la mano.

*Saca don JUAN un lienzo. Al sacarle, se le cae el papel
de BLANCA, y ata el lienzo a ARNESTO*

ARNESTO: ¿Qué es esto?
¿Vos me dais remedio?
JUAN: Arnesto,
es honrosa valentía
dar fuerza al competidor
para matarlo después;
que de un doliente no es
hazaña ser vencedor.
SANCHO: (Don Juan de Luna sacó **Aparte**
entre el lenzuelo un papel.
¿Sí Blanca es el dueño de él?
Pues nadie lo ha visto, yo,
si puedo, lo cogeré.)
ARNESTO: Señor don Nuño, ¿aquí estáis?
NUÑO: A ver si algo me mandáis.
ARNESTO: El serviros yo tendré
por dichosa presunción.
CRIADO: Señor, el coche está aquí,
Si en él quieres irte.
ARNESTO: Sí.
Adiós.

Levanta SANCHO el papel

SANCHO: Ésta es la ocasión.

Vanse ARNESTO, SANCHO, el CRIADO y don NUÑO

JIMENO: ¡Mira el contrario que tienes!
Ello es gran cosa ser rico.
Al más grande y al más chico
mueven sus males y bienes.
Hasta don Nuño, que aquí

contigo debió quedarse,
va con él, sin acordarse
de despedirse de ti.

Yo sé cierto que si fueras
tú, señor, el que caías,
aún la tierra no hallarías
sobre que muerto cayeras.

Pero si justo descuento
tiene todo en esta vida
--que en Arnesto la caída
fue descuento del contento
de que gozaba en correr--
tú, que sin caballo estás,
el descuento que tendrás
es que no puedes caer.

JUAN: Que no envidia, te prometo,
el poder que Arnesto alcanza,
supuesto que a la mudanza
de Fortuna está sujeto.

JIMENO: Eso, ignorante ha de ser,
Señor, el que lo dudare;
mas dure lo que durare,
es beato el poseer.

¿Hay cosa como aquel coche
que con tanta quietud rueda,
la tarde por la Alameda,
por el Arenal la noche,
a la comedia, a Tablada,
si es invierno y claro el día,
a casa de doña Mencía,
si hace la tarde pesada?

Pues en Madrid ¿es peor,
las mañanas del verano,
dar con el fresco temprano
vuelta a la calle Mayor?

Las tardes, que esto es muy justo,
a Atocha, y volverse al Prado,
si es posible, acompañado
de un amigo de buen gusto.

"Anda, para, vuelve, espera.
No me muelas; más despacio."
Muy bracaído y lacio,
perniabierto en la testera...

Soltar la capa, y perdiendo
un poco más la vergüenza,
quitar al cuello la trenza,
irse acá y allá cayendo.

"Arrima a mano derecha."
Y, arrojándose al estribo,
echar con mirar altivo

a la ventana una flecha;
y en pasando, todavía
volver a mirar atrás,
quizá no teniendo más
que ver allí que en Turquía.
Topar la tapada niña...
"¿Quereis entrar aquí? "
"¿Os reñirán?" "Para." "A mí
no hay quien me cele ni riña."
"Entrad, y tendréis las dos
coche y dulces, ángel bello."
"¿Seréis hombre para ello?"
"Si mujer para ello vos."
"¿De veras?" "Mi bien, ¿merece
que dudéis mi cortesía?"
"¿Qué haremos, señora tía?
Cortesano me parece."
Entra. El estribo quitad.
"¡Hay tal vergüenza! ¡Maldito!"
"Mire que ha de ir muy quedito."
Corre esa cortina. "Andad."
"Mostrad la cara." "Señor,
mire que es diablo esta vieja."
Y lo demás que se deja
para el discreto lector.
Ni hay más gusto, ni al vivir
llamo yo vivir sin ello;
y si nunca he de tenello,
luego me quiero morir.

JUAN: Ya podrá ser que algún día
alcance a ver tu esperanza
en tu fortuna mudanza
pues yo la he visto en la mía.

JIMENO: ¿Cómo, señor?

JUAN: Grandes cosas
hay de nuevo.

JIMENO: No me mates.
Habla, acaba. No dilates
esas nuevas venturosas.

JUAN: Blanca me ha favorecido.

JIMENO: Luego lo vi.

JUAN: ¿En qué lo viste?

JIMENO: En que tú me lo dijiste.

JUAN: ¡Quién tuviera un buen vestido
o una joya para ti!

JIMENO: ¿Por qué?

JUAN: Por esa frialdad.

JIMENO: Recibo la voluntad.
Mas don Beltrán viene aquí.

JUAN: Vendrá por su hija.

JIMENO: Es claro;
que es su padre y su galán.
JUAN: Lo oscuro de este zaguán
será mi secreto amparo.
No sospeche mis pasiones
y me impida mi fortuna.
JIMENO: Siendo pobre, hasta la luna
ha de andar por los rincones.

*Vanse don JUAN y JIMENO. Salen ARNESTO, que saca
en la mano el papel de BLANCA y SANCHO*

SANCHO: En el zaguán de su prima,
cuando el lenzuelo sacó,
salió envuelto en él, y yo
puse el pie al descuido encima,
y sin que nadie me viera,
lo cogí.
ARNESTO: Temblando voy
a abrirlo; que cierto estoy
que es de aquella ingrata fiera.

Abre el papel

SANCHO: Ésta es letra de mujer.
ARNESTO: Sin firma, por más secreto.
SANCHO: Será su dueño discreto.
ARNESTO: Oye.
SANCHO: Comienza a leer.

Lee

ARNESTO: "A tan hidalga porfía
fuera crueldad la esquiviza.
Agradezco la firmeza,
justa ocasión de la mía.
Al balcón de mediodía
a medianoche te espero,
Donde hablarte a solas quiero;
que en las cosas de opinión
livianos testigos son
un papel y un escudero."

Blanca es sin duda. ¡Ah rigor
de inhumano sentimiento!
Todo me abrasa el furor.
¿Qué infierno en el alma siento?

Éste ¿es efecto de amor?
¡Ah ingrata! ¡Cuán sin provecho
tantas finezas he hecho!
Pues ya todo se trocó;
que es envidia, y amor no,
esto que me abrasa el pecho.

¿Qué es del hombre de Madrid,
Sancho?

SANCHO: No está en el lugar,
y esto no se ha de fiar
de otro, señor, que de Cid.
Mañana viene.

ARNESTO: Mil años
es un día en mis pasiones.

SANCHO: (Engañosas dilaciones **Aparte**
remediarán estos daños.)
No te entregues al dolor.
Vuelve en ti, cobra quietud;
que importa más tu salud
que doña Blanca y su amor.
Y por dicha no sería
ella el dueño del papel.

ARNESTO: ¡Ay, Sancho! que dice en él,
"A tan hidalga porfía..."

Que don Juan dos años ha
que, de Blanca enamorado,
en seguirla ha porfiado...
y es mi mal. Cierto será.

"Al balcón de mediodía
a medianoche te espero."
¿Qué indicio más verdadero
de la desventura mía?

Que éste es, Sancho, el balcón solo
de su aposento, y los tres
de la otra calle, ya ves
que al nacer los mira Apolo.

"Livianos testigos son
un papel y un escudero."
Este escudero es Agüero.

SANCHO: Infelíce en tu afición.

ARNESTO: Y por eso se ha excusado
de llevarle mi papel;
que por la mano con él
don Juan sin duda ha ganado.

Todo conforma en mi mal.
No busques medio a mi pena,
Pues el cielo me condena
a infierno tan desigual.

SANCHO: ¿Remedias el mal crüel

con aflicción tan extraña?
Más que el mal suceso, daría
afligirse mucho de él.

ARNESTO: No puedo más.

SANCHO: Oye, aplaca
el dolor; que ya yo ordeno
cómo del mismo veneno
salga, señor, la triaca.

ARNESTO: ¿Cómo?

SANCHO: Don Juan recibió
hoy sin duda este papel.
Lo que Blanca ordena en él
no sabe, pues no lo abrió.
Ve esta noche, y ser don Juan
finge como la pasada,
pues quedó Blanca engañada.
Quizá los cielos querrán
que tú en su nombre poseas
lo que tu afición no alcanza,
y tendrán gusto y venganza
gozando el bien que deseas.

ARNESTO: Bien dices.

SANCHO: Sabrás, señor,
al menos con este engaño,
hasta donde llega el daño
y a qué se extiende el favor.

ARNESTO: Digo que has consolado.

SANCHO: Impedirás sus efectos,
sabiendo así sus secretos;
que es buena razón de estado.

Sale un CRIADO

CRIADO: Señor. Agüero está aquí.

ARNESTO: ¿Quién?

CRIADO: Agüero, el escudero
de doña Blanca.

ARNESTO: ¡Ah embustero!

SANCHO: Disimula.

ARNESTO: Harelo así,
porque a Blanca no prevenga;
mas tú examina su pecho,
y si la verdad sospecho,
su justo castigo tenga.

SANCHO: Sí es tu gusto, ¡triste de él!
Déjame que yo lo ordene;
que hago voto solene
que pueden doblar por él.

Sale AGÜERO

ARNESTO: Sea, Agüero, bien venido.
¿Qué hay por acá [diferente]?

AGÜERO: Saber si algún accidente,
Señor, ha sobrevenido
al daño de la caída.

ARNESTO: No fue nada.

AGÜERO: ¡Gloria a Dios!
Que os deseo el bien a vos,
por Dios, como a mí la vida.

ARNESTO: Dios le guarde; que no está
perdido en mí ese deseo.

AGÜERO: (Nunca la ganancia veo.) **Aparte**

ARNESTO: ¿Qué hay de Blanca? ¿Salió ya
de la visita?

AGÜERO: Ya queda
en su aposento encerrada.

ARNESTO: ¿Tan fiera y tan recatada
como siempre?

AGÜERO: No hay quien pueda
de su rigor excesivo
sufrir la aspereza--tanto,
que si es ángel por lo santo,
es demonio por lo esquivo.

ARNESTO: ¡Válgame Dios! ¿Que amás,
en fin, le diste recado
ni papel enamorado?

AGÜERO: Con el mismo Barrabás
tratara de eso primero.

ARNESTO: Esto de hablar por ventana,
¿No hay que tratar?

AGÜERO: Cosa es llana.

ARNESTO: (En los puntos viene Agüero.) **Aparte**
Con todo, habéis de intentar
darle un billete.

AGÜERO: Por Dios,
que es en vano; mas por vos
la vida quiero arriesgar.

ARNESTO: ¡Hola! a Agüero regalad,
mientras escribo.

Vase ARNESTO

SANCHO: Cenemos
juntos hoy, porque os queremos
mostrar nuestra voluntad.

Venga salchicha y solomo,
y a falta, mucha tajada
de bacallao y pescada.
¿Comeisla, Agüero?

AGÜERO: Sí como.

A todo, al fin, me acomodo,
y en bulla muerdo de un césped.

SANCHO: Pues soltad el cinto, huésped;
que a fe que ha de haber de todo.

*Vanse los dos. Salen don BELTRÁN y
BLANCA*

BELTRÁN: En algo, Blanca, ha de torcerse el gusto,
la ley guardando y la razón siguiendo
de lo decente, provechoso y justo.

BLANCA: Hacer tu voluntad sólo pretendo;
mas piénsalo mejor, y por ventura
entenderás lo mismo que yo entiendo.

Por ser tan rico Arnesto, me procura
merecer la opinión: yo la confieso;
mas no hay hacienda en mercader segura.

Sin medida es su crédito; mas eso
es la misma ocasión de su ruina,
pues a gastar le obliga con exceso.

Y si la hacienda a su intención te inclina,
el cielo ¿no te dio también riqueza?
¿Adónde el ciego desear camina?

No trueques a dinero la nobleza;
que ésa ha de ser un hidalgo pecho
última apelación de la pobreza.

BELTRÁN: Dame los brazos, hija; que no ha hecho
el cielo padre alguno más dichoso.

BLANCA: Yo lo seré, si quedas satisfecho.

BELTRÁN: Sí quedo; mas haréte, no imperioso
padre, sino amigable consejero,
Blanca, un advertimiento provechoso.

Algunas casas nobles considero
al señoril dosel entronizadas,
que de ellas fue el autor solo el dinero.

Las edades presentes y pasadas
togas, armas y púrpuras sin cuenta
han visto con dinero conquistadas.

No puedo yo negarte que la renta
que me dejaron, hija, mis pasados
con honra y con descanso me sustenta;

mas pasa de los padres los cuidados
el amor de los hijos ambicioso
a más que a conservarse en sus estados.

Si con mediana hacienda noble esposo
te doy, ¿qué te adelanto? ¿Qué acreciento
a tu heredado nombre generoso?

Si da copioso fruto el casamiento,
¿no es la disminución más evidente,
dividida tu hacienda, que el aumento?

Así, no ha de admirarte que yo intente,
siendo tan rico Arnesto, su esperanza
cumplir, porque tu casta se acreciente.

Si nobleza a la tuya igual no alcanza,
tampoco a su riqueza iguala alguna.
Lo que una baja, sube otra balanza.

Si dices que es sujeta a la Fortuna,
¿Cuál mira de su imperio exceptuada
el ámbito del cielo de la luna?

Piénsalo, Blanca, bien; que aunque me agrada
tu honrosa presunción, quisiera verte
menos resuelta y más considerada.

BLANCA: Quiero en pensarlo bien obedecerte...
(Mas no en hacello.) **Aparte**

BELTRÁN: Si le das la mano,
contento aguardaré, Blanca, la muerte.

VOZ: ¡Para! **Dentro**

BLANCA: Coche ha parado.

BELTRÁN: ¡Tan temprano!
¿Quién será?

BLANCA: Sol, que viene de visita.

BELTRÁN: De que te huelgues, hija, estoy ufano.
Alégrate, a mis años años quita,
y pues discreta y principal doncella
es Sol, y ser tu amiga solícita,
procura en amistad correspondella,
porque tus melancólicas pasiones
diviertas alegrándote con ella.

BLANCA: Uno es ya de las dos los corazones.

*Vase don BELTRÁN. Salen ARNESTO y
SANCHO*

SANCHO: A su padre hablaste ayer,
¡y hoy por la respuesta vienes!
La misma priesa que tienes,
temo que te eche a perder.

ARNESTO: ¿Por qué, Sancho?

SANCHO: Porque veo
que es tal nuestra condición,
que nos quita estimación
el mostrar mucho deseo.

ARNESTO: ¿No es Blanca?

- BLANCA: (¿No es el que veo **Aparte**
Arnesto?)
- SANCHO: ¡Ocasión dichosa!
- BLANCA: (No me engaño.) **Aparte**
- ARNESTO: Blanca hermosa...
- BLANCA: (No me pesa; que deseo **Aparte**
Decirle mi parecer.)
Muy mal os tratáis, Arnesto,
pues cuando estáis indispuerto,
merced nos venís a hacer
tan temprano.
- ARNESTO: El alma mía
adivina me dictaba
que sola aquí me esperaba
la gloria que pretendía,
y en las alas del amor
os vine, volando, a ver.
- BLANCA: ¿Alas hubo menester
quien es tan buen corredor?
- ARNESTO: (¿Son desprecios o favores?) **Aparte**
A quien os ha de alcanzar,
aún no le basta volar.
(¿Qué es esto?) **Aparte**
- BLANCA: (¿Mudáis colores?) **Aparte**
Bien decís. Para seguir,
alas habéis menester;
que lo que sabéis correr
es bastante para huir.
- ARNESTO: Es verdad; que a quien no gasta,
le sobra cualquier riqueza.
Y así cualquier ligereza
al que no huye, le basta.
- BLANCA: Es cosa llana que es esto
lo que he querido decir;
que vos no podéis huir
sin dejar de ser Arnesto.
- ARNESTO: Por la merced que me hacéis,
beso el suelo que pisáis,
pues de mostrar os dignais,
señora, que ya entendéis
los enigmas de que ayer
desentendida os hicistes.
- BLANCA: En cuidado me pusistes;
y al fin los vine a entender;
que los engaños que había
opuesto la oscuridad
de la noche a la verdad,
deshizo la luz del día;
y a entenderos he venido
cuando por ventura os fuera;

mas gustoso que no os diera
a entender que os he entendido.

ARNESTO: No os entiendo.

BLANCA: Ni creáis
que entiendo que me entendéis;
pero dicho os lo tendréis
para cuando lo entendáis.

Vase doña BLANCA

ARNESTO: ¡Ay, Sancho, yo soy perdido!

SANCHO: ¿Cómo, señor?

ARNESTO: Del engaño
que hicimos, el desengaño
ya doña Blanca ha tenido.
la suerte que a mí bien se opone.

SANCHO: No te aflijas.

ARNESTO: ¿Qué he de hacer?

SANCHO: Procuremos deshacer
lo que la suerte dispone.

ARNESTO: Si ella concierta mi muerte,
del remedio me despido.

SANCHO: Alguna vez ha podido
más la industria que la suerte.

Vanse

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

*Salen doña BLANCA, doña SOL: y CELIA.
Doña SOL: aparece acabando
de leer para sí un papel*

BLANCA: ¿Agrádate?

SOL: Blanca mía,
siendo de tu blanca mano

y tu ingenio soberano,
¿desagradarme podía?

Con esto voy ya segura
de ser en amor dichosa,
pues echa tu mano hermosa
las suertes de mi ventura.

BLANCA: Al menos, a poder tanto
como el deseo el papel,
les diera a las letras de él
fuerza de amoroso encanto;
que por ti determinada,
según en servirte gano,
como la pluma en la mano
pondré en el pecho la espada.

SOL: La misma correspondencia
hallarás siempre en mi pecho.

BLANCA: Quiera amor que en tu provecho
se logre mi diligencia,
y que a don Fernando veas
en tu afición abrasado,
que como propio cuidado
me aflije lo que desees...

(Pues librame así confío **Aparte**
de mi celoso tormento.)

SOL: (Ya entiendo tu pensamiento; **Aparte**
mas no entenderás el mío,
sin que mi traza engañosa
efecto tenga primero.)

BLANCA: (Mi hermano viene: yo quiero **Aparte**
darle lugar.) Sol hermosa,
dame licencia un momento.

SOL: ¿Dónde vas?

BLANCA: A hacer formar,
pues el sol he de hospedar,
un cielo en un aposento

SOL: En tu cuarto, Blanca mía,
ha de ser; que es cosa clara
que será cielo tu cara
y gloria tu compañía.

Vase BLANCA. Sale don NUÑO

NUÑO: Fortuna quiere ayudarme,
Pues pone a mis pretensiones
oportunas ocasiones.

CELIA: Don Nuño viene.

SOL: A cansarme
este rato, que a mi enredo
importa la soledad.

CELIA: Él llega.

SOL: Con brevedad
lo despediré, si puedo.

NUÑO: Bien temo, como amante verdadero,
que mis razones, Sol, han de cansarte;
mas el perdón espero,
si adviertes que la gloria de mirarte,
si no puedo explicarla,
menos puedo dejar de publicarla.

¿Ves cómo tras la noche tenebrosa
entre púrpura, nácar, oro y plata
se muestra el alba hermosa,
y mientras en aljófar se desata,
borda de mil colores
el pincel de su luz plantas y flores?

¿Ves cómo tras la horrísono tormenta
que con las ondas azotó los vientos,
y con furia violenta
lucharon entre sí los elementos,
tiende el sol su melena
que alegra la región y el mar enfrena?

¿Ves como?...

SOL: Basta, Nuño. (¡Qué enfadoso!) **Aparte**

¿Acaso no ha de dar ese rodeo
en que mi rostro hermoso
da más luz tras la ausencia a tu deseo,
que el sol y el alba pura
tras la fiera borrasca y noche oscura?

Prolija arenga, frases exquisitas,
¿van más que a encarecer de tu deseo
las fuerzas infinitas?
Pues no te canses más; que yo lo creo.
De una fe no igualada
me doy por entendida y obligada.

¿Quieres más?

NUÑO: No es capaz el pensamiento
de tan alto favor.

SOL: Pues si agradarme
solamente es tu intento,
una cosa han de hacer para obligarme,
si bien dificultosa,
a tu amor igualmente provechosa.

NUÑO: Mi vida y alma y libertad son tuyas.
El labio mueve, a muerte me condena.

SOL: Pues pídotte que huyas
de repetirme tu amorosa pena;
que la mucha porfía
e gusto cansa y el amor hastía.
Evitar cuanto puedas mi presencia,

pues tu amor me despierta, y yo lo creo,
será cuerda advertencia;
que con la privación crece el deseo;
y así, mientras te miro,
ni me haces falta ni por ti suspiro.

Y al fin, si quieres ver tu amor logrado,
procede, al paso que tu pecho abrasa,
cortés y recatado
en tanto que soy huésped en tu casa;
que en ser tuya, confío
que ha de ser contra ti sagrado mío.

NUÑO: Bien muestras tus entrañas, Sol, esquivas.

SOL: Esta prueba he de hacer de tu fineza.

NUÑO: De ti por ti me privas,
¿y he de seguir, huyendo, tu belleza?
Mas, dulce dueño, el polo
de mis acciones es tu gusto solo.

De obedecerte juro, y mis enojos
reprimiré a pesar de mi impaciencia,
y tus hermosos ojos
no me verán jamás sin tu licencia.
Sólo pedirte quiero
Que no te olvides de que ausente muero.

Vase

SOL: ¿Qué dices, Celia?

CELIA: Que estoy
confusa cómo no alcanzo
los fines de tus intentos
y de medios tan extraños.
Cuando veo que de Blanca
tienes celos declarados,
haces, señora, con ella
de amistad tan firmes lazos,
que, o me engaña su paciencia,
o me admiran tus engaños.
Por estar tu padre ausente,
esta noche has concertado
ser su huésped, sin ver
que tiene Blanca un hermano
mozo, galán y tu amante,
que a tu opinión hará daño.

SOL: ¡Ay, Celia! quien tiene el pecho
celoso y determinado,
ya a ejecutar sus deseos
y ya a vengar sus agravios,
no mira en inconvenientes;
pues más increíbles casos

solicitan mis cautelas,
que tú habrás imaginado.
Don Juan ha de ser mi esposo
con los enredos que trazo,
aunque aventure el honor.

CELIA: Aconsejarte es en vano.

SOL: Escucha pues el papel
en que fundo mis engaños,
que en nombre de doña Blanca
escribo a mi dueño ingrato.

Lee

"Un caso tengo importante
esta noche que trataros.
Venid en dando las doce;
que en mi balcón os aguardo."

CELIA: ¿No dice más?

SOL: Por no errar.

CELIA: Es conveniente recato;
mas si conoce tu letra...

SOL: Blanca con su propia mano
a mi ruego lo escribió.

CELIA: ¡Que Amor niño sepa tanto!

SOL: Fingíle que anda mi padre
con recelo y con cuidado
de que a un don Fernando miro
con pensamientos livianos,
y por esto me importaba
mudar letra, por si acaso,
antes que en las de mí dueño,
diese el papel en sus manos;
y que tenerlo quería
prevenido para cuando
me quisiese la Fortuna
dar ocasión de enviarlo,
contándole mil finezas
que a creerme la obligaron
que tengo abrasado el pecho
por el fingido Fernando.
Y aseguróla en sus celos
ser la media noche el plazo
que señalo en el papel;
que viendo que para hablarnos
don Juan y yo, por ser deudos.
tenemos tan libre el paso,
creyó ser otro el que adoro,
y alegre ayudó a su engaño.

CELIA: ¡Sutil imaginación!

Mas ¿con quién has de enviarlo;
SOL: Con Agüero, que al entrar
me dijo que en cierto caso
ha menester mi favor,
y esto he de pedirle en cambio.
Él viene. Déjame hablarle
a solas, y a Blanca en tanto
entra, Celia, a entretener;
y mira que con cuidado
le apartes de los balcones,
porque importa a lo que trazo
que no sepa mi enemigo
que con Blanca nos quedamos.
CELIA: Muchos engaños requiere
la fábrica de un engaño.

Vase. Sale AGÜERO

AGÜERO: Sol hermosa...
SOL: Por mi vida,
que me tiene con cuidado.
¿En qué le puedo ayudar?
Que ya lo estoy deseando.
AGÜERO: ¡Plega a Dios, bella señora,
que ese ofrecimiento hidalgo
os pague Dios, que es quien paga
por pobres y desdichados.
No sé por dónde comience
a referir mis trabajos;
que si los callo padezco,
y temo si no los callo.
Yo sirvo; y diciendo sirvo,
digo que soy desdichado,
digo que vivo muriendo,
digo que me lleve el diablo.
SOL: ¡Jesús! que es desesperar.
AGÜERO: ¿Qué hay que esperar en mi estado
¿Puede dar todo el infierno
mayor tormento que a un amo?
Digo al fin que a Blanca sirvo.
¡mola; que la he criado,
aunque de amor y crianza
me da, señora, mal pago.
Está de quiebra conmigo
--como si no hubieran dado
mas ocasión a su enojo
sus ojos que mis agravios--
porque de cierto penante,
de mil que prenden sus lazos,

le quise dar un papel.
Mirad vos ¡qué gran pecado!

SOL: ¿Quién es el galán?

AGÜERO: ¿Por quién
terciara yo en este caso,
sino por quien es tan noble,
tan discreto, tan hidalgo,
y pariente vuestro al fin,
como lo es don Juan?...

SOL: (¡Ah, falso!) **Aparte**

AGÜERO: Que esto me debéis. De suerte
todas vuestras cosas amo,
que holgara, por Dios, de verlo
con mi señora casado.

SOL: (Antes, enemigo, veas **Aparte**
El término de tus años.)
Y al fin, ¿admitió el papel?

AGÜERO: Sin abrirlo ni aun mirarlo,
me mandó que lo volviese
a don Juan, echando rayos
por la boca y por los ojos.

SOL: (Justa pena de un ingrato.) **Aparte**

AGÜERO: Después acá, ni me mira
ni habla, y estoy temblando
de que en despedirme al fin
han de parar los nublados.
Vos, pues que sois tan su amiga,
y pues la causa del daño
fue cosa vuestra, tomad
en estas paces la mano.

SOL: La más dichosa ocasión
ha querido el cielo daros,
que vuestro mismo deseo
pudo pedir para el caso;
mas habéis de prometerme
el secreto.

AGÜERO: Seré un mármol.

SOL: Sabed... No sé sí lo diga.

AGÜERO: Señora, por San Estacio,
que de un pecho vizcaíno
no podéis mejor fiarlo.

SOL: Debajo de ese seguro,
Agüero, os he de hablar claro.
A don Juan adora Blanca.

AGÜERO: Qué decís!

SOL: Verdad os hablo.
Y esta amistad que conmigo
veis que de nuevo ha tratado,
es por tener ocasión
para verlo y para hablarlo.

Ella en efecto le escribe
este papel de su mano,
y me pidió que con vos
se lo enviase, callando
el ser suyo; que no quiere
su flaqueza declararos.
Yo os la declaro, y fiara
de un hombre que es tan hidalgo
secretos que un mundo importen.

AGÜERO: Como de esos sé yo y callo.

SOL: Dádsele pues; que yo fío
que en premiaros no ande escaso.

AGÜERO: ¿Qué más premio que serviros?

Dale el papel a AGÜERO

SOL: Yo solamente os encargo
que no le digáis que estuvo
este papel en mis manos
ni que visitando quedo
a Blanca.

AGÜERO: Perded cuidado.

SOL: Porque como, por estar
ausente mi padre, salgo
sin su licencia de casa,
vivo con este recato,
y todo de vos lo fío.

AGÜERO: En más pienso yo agradaros.

SOL: Adiós pues, y vuestras paces
quedan, Agüero, a mi cargo;
que haciendo esto vos por Blanca,
quedaréis reconciliado.

Vase doña SOL

AGÜERO: El tentador enemigo
anda poniéndome lazos
y ordenando por mil modos
que me muelan cada rato.
Apenas escapé vivo
anoche de entre las manos
de los criados de Arnesto
por el otro papel, cuando
el diablo me mete en otra,
para ir luego el mismo diablo
a revelárselo a Arnesto,
que ponga fin a mis años.
Perdonad, Blanca; que yo

no quiero arriesgarme tanto,
porque no hallaré otra vida
y podré hallar otros amos.
Y perdonad vos, papel;
que tengo por más barato
--¡Malos años para vos!--
veros roto, que a mis cascos.

***Rompe el papel y vase. Salen ARNESTO, SANCHO y JULIO, de noche,
con una lanterna***

JULIO: Jamás a don Juan he hablado.

No me puede conocer.

SANCHO: Y lanternazo ha de haber
que lo deje deslumbrado.

Ruega a los cielos que venga
él esta noche a la calle,
y que Blanca salga a hablalle;
que cuando efeto no tenga
el llegarla tú a gozar
con el engaño que hacemos,
el pesar que les daremos
no se puede despintar;
que es gran parte de tu intento.

ARNESTO: Noche oscura, mi esperanza
pongo en ti,

SANCHO: Todo se alcanza
con industria y sufrimiento.

Salen don JUAN y JIMENO, de noche

JIMENO: "¿Siete años de pastor Jacob servía,
y al fin llegó, sirviendo, a merecerla."
Dijo tu adorada bella?

JUAN: Sí, Jimeno.

JIMENO: Mucho fía

Blanca de tu firme amor.
Cara se quiere vender.

JUAN: Debe también de saber,
como yo su gran valor.

JIMENO: Y tú, constante y fiel
entre desdenes y daños,
¿servirás otros siete años
a tu divina Raquel?

JUAN: Y son pocos.

JIMENO: Vive Dios,
que pienso que se os olvida

cuán limitada es la vida
en este tiempo, a los dos!
Antiguamente vivía
un hombre quinientos años.
Si en pretensiones y engaños
quince o veinte consumía,
no era mucho; mas agora,
que sesenta es larga edad,
hace muy grande necesidad
quien más de un mes enamora

*Salen doña SOL y CELIA al balcón.
Están don JUAN y JIMENO, a un
lado; ARNESTO y SANCHO al otro*

CELIA: Advierte que es grande error
en una honrada doncella.

SOL: Celía, todo lo atropella
quien con celos tiene amor.
Más graves yerros hicieron
diosas, reinas y matronas,
cuyas heroicas personas
espejo del mundo fueron.
¿Qué mucho que mis pasiones
precipiten mis intentos,
si me cercan más tormentos
y menos obligaciones?

Y no es tan grande mi error,
pues junta el remedio al daño,
porque en lograr este engaño
está el conservar mi honor;
pues que si a don Juan entrego
la mayor prenda, le obligo
a que se case conmigo,
aunque esté por Blanca ciego.

Que siendo yo su parienta,
en descubriendo el engaño,
ha de remediar el daño
pues que le alcanza la afrenta.

CELIA: Quiera Dios que de ese modo
venza tu industria a tu suerte.
Mas, ¿no ha de desconocerte
en la voz don Juan?

SOL: De todo
advertida, Celia, estoy;
que la habla mudaré,
y de Blanca le diré
que una mensajera soy.

CELIA: Gente viene.

A JIMENO

JUAN: En el balcón
 de la hermosa Blanca veo...
JIMENO: Ilusiones del deseo.
JUAN: 0 soy ciego, o no lo son.
JIMENO: Ve con tiento.
JUAN: Don Beltrán
 no ha de estar tan a deshora
 al balcón. ¿Sois vos, señora?
CELIA: Don Juan es.
SOL: ¿Quién es?
JUAN: Don Juan,
 Blanca hermosa.
SOL: Una criada
 de doña Blanca soy yo,
 que aguardaros me mandó
 con una alegre embajada.

ARNESTO y SANCHO hablan aparte

ARNESTO: Hablando está.
SANCHO: Felizmente,
 si es don Juan, va la invención.
ARNESTO: Manos a la ejecución.
SOL: Aguardad; que viene gente.

***JULIO, seguido de ARNESTO y SANCHO, se llegan con
la lanterna descubierta a don JUAN***

JULIO: La justicia es, caballeros.
JUAN: Don Juan de Luna soy yo.
SANCHO: Presto en el lazo cayó.
JULIO: Huélgome, don Juan, de veros;
 que sólo a buscaros vengo.
JUAN: ¿Quién sois, y qué me mandáis?
JULIO: Con un alguacil habláis
 de la ciudad; y aunque os tengo,
 por ser quien sois, voluntad,
 soy del señor Asistente
 un mensajero obediente.
 Perdonadme, y escuchad.
 En esta calle ha sabido
 que a una principal doncella
 le quitáis, con pretendella,
 reputación y marido;

y os encarga que enmendéis
esta nota; y el cuidado,
bien a mi pesar, me ha dado
de prenderos si excedéis.

Hacedme merced a mí
--Que en el alma sentiría
perderos la cortesía--
que no os halle más aquí.

SANCHO: (¡Oh, qué bien!)

Aparte

JUAN: Señor...

JULIO: Señor,
no hay que replicar en esto.

JUAN: ¿Y si acaso a fin honesto
se encaminase mi amor?

JULIO: Puede ser; mas no soy yo
con quien se ha de disputar.

Mi oficio es ejecutar
lo que el juez me mandó.

Yo traigo orden de asistir
en esta calle en espía
hasta que el sol traiga el día,
y cumplo con advertir

que si a pisarla volvéis,
supuesto que os tengo ya
apercebido, será
fuerza que me perdonéis.

Apártanse JULIO, ARNESTO y SANCHO

SOL: (¡Triste de mí! que sospecho **Aparte**
Que con esto mi invención
ha de perder ocasión.

ARNESTO: Famosamente lo has hecho.

JUAN: ¡Que tal pase! Muero, rabio.
¡Que contra don Juan de Luna
dé a un mercader la Fortuna
fuerzas para tanto agravio!

JIMENO: No te aflijas de ese modo.
El alguacil se fue ya.
Al balcón vuelve.

JUAN: Será,
Jimeno, perderlo todo;
que si excede este alguacil,
he de perderla y perderme,
pues fuera el dejar prenderme
a sus ojos, cosa vil.

JIMENO: Bien adviertes. Lo mejor
es dejarlos descuidar,
y aunque te pese, aguardar

que se pase este rigor.
JUAN: Hallar un medio querría
con que a la calle volviesses,
y el recado me supieses
que doña Blanca me envía.
JIMENO: Ven; que ya me se ha ofrecido
una invención, con que puedo
pasar la calle sin miedo
de poder ser conocido.
JUAN: A lo menos, sí al balcón
no puedes hablar, de espía
has de servir.
JIMENO: Hasta el día
lo seré con la invención.
Tú, por lo que sucediera,
no lejos me has de aguardar.
JUAN: Claro está que ha de velar
quien de amor y celos muere.

Vanse don JUAN y JIMENO

SANCHO: Con esto no te podrá
en la voz desconocer,
que es lo que puedes temer.
ARNESTO: Llega pues; que sola está
la calle.
SOL: Sin duda alguna
volverá en viendo ocasión.
Mas espera.
SANCHO: ¡Ah del balcón!
SOL: ¿Quién es?
SANCHO: A don Juan de Luna
por estrecho amigo tengo,
y él de mí sus casos fía.
Si sois vos, señora mía,
doña Blanca, a daros vengo
de parte suya un recado.
CELIA: Di que eres Blanca, señora,
pues de conocer agora
todo el peligro ha cesado,
supuesto que el mensajero
no te conoce.
SOL: Yo soy
doña Blanca, y sola estoy.
Hablar podéis, caballero.
SANCHO: Don Juan de Luna, que agora
a la vuelta de esta calle
me encontró, y queda rompiendo

con tristes quejas los aires,
por mí os dice que--por señas
que en un papel le mandastes
que a medianoche viniese
a gozar el favor grande
de que por este balcón,
hermosa Blanca, os hablase;
y agora aquí un alguacil
le notificó de parte
del Asistente el destierro
de esos ojos y esta calle--
me deis la orden, señora,
que don Juan queréis que guarde;
que él, por no dar ocasión
a inconvenientes más graves,
recelando en esto más
los vuestros que sus pesares,
hasta saber vuestro gusto
quiere excusar que le halle
la justicia aquí otra vez,
recato de cuerdo amante.

Doña SOL habla aparte con CELIA

SOL: Celia, yo me determino.
Conocidas señas trae;
y si pierdo esta ocasión,
puede ser que otra no alcance.

CELIA: Y el disponer lo que intentas
por terceras manos, hace
el engaño más seguro
y la ejecución más fácil.

A SANCHO

SOL: Señas me dais caballero,
tan ciertas y tan bastantes,
que no dudo que de vos
segura puedo fiarme;
y así le podéis decir
a don Juan...

Sale JIMENO, disfrazado de ciego

JIMENO: (Mirad ¡qué talle **Aparte**
de doncella principal!
No hay un punto de vacante.

Hablando están. ¡Vive Dios!
Ella es liviana y mudable;
y sin duda que por ella
se dijo *primo occupanti*.

Retírase JIMENO

SANCHO: Justamente os resolvéis,
señora. Voy a avisarle,
y vos disponéis la casa,
y en el balcón aguardadle,
porque él, al punto que vea
sola y segura la calle,
venga a gozar la ocasión.

SOL: Pues id presto, y Dios os guarde.

Apártase SANCHO

CELIA: Bien engañado lo envías.

SOL: Agora falta que apagues
la luz; que la oscuridad
siempre fue de engaños madre.

CELIA: Blanca duerme, descuidada
de que le quitas su amante.

SOL: Quien tiene enemigo y duerme,
no se queje de sus males.

***Vanse CELIA y doña SOL. Salen ARNESTO, SANCHO,
JULIO, y JIMENO***

ARNESTO: ¿Qué hay, Sancho?

SANCHO: Señor, albricias.
A Blanca tengo de darte
esta noche, si te atreves.

ARNESTO: ¿Eso dudas?

SANCHO: Las formales
palabras que Blanca ha dicho
tengo aquí de recitarte.

ARNESTO: Di.

SANCHO: "Caballero, a don Juan
decid que quiere mi padre
con Arnesto, porque es rico,
contra mi gusto casarme;
mas yo, a don Juan obligada,
agradecida y amante,
más que las Indias estimo
sus nobles y buenas partes;

y viendo que por concierto
es imposible que alcance
efecto nuestra esperanza
con mi codicioso padre,
me resuelvo a ser su esposa
esta noche, y entregarle
para firmeza mayor
las prendas más importantes.
Y así le quedo aguardando;
que venga al momento y trace
cómo de este balcón pueda
pisar los altos umbrales."
Éste es el caso. Yo voy
por escala. No se pase
la ocasión; y tú, señor,
queda guardando la calle.

Vase SANCHO

ARNESTO: Ve, ¿será la vez primera
que se ve engañado un ángel,
y yo el primero ladrón
que el cielo por hurto alcance?

JIMENO: (Ya que está desocupado **Aparte**
el puesto, hablaré, si puedo.
Mas ya hay gente. Estoyme quedo.)

ARNESTO: Uno es solo, y se ha parado.

JIMENO: (Aquí encaja la invención; **Aparte**
que a este galán no le ha hecho,
pues repara, buen provecho
verme. Aquí va de oración.

Reza como ciego

"Pedro, pescador sagrado,
de Jesús la luz os guía;
que el hábito habéis tomado
en su santa compañía,
y aún vais oliendo a pescado."

ARNESTO: ¿Cómo andáis tan a deshoras,
hermano?

JIMENO: ¿Qué os maravilla?
¿Es nuevo andar en Sevilla
rezando un ciego a estas horas?
Para mí siempre está oscuro
el cielo y el sol; y así

el más solo para mí
es el tiempo más seguro,
pues sin encuentro ni azar
de persona, bestia o coche,
a mis devotos de noche
puedo a sus puertas rezar.

ARNESTO: Pues idos con Dios agora.

JIMENO: ¡Feligreses granjeara,
si de rezar les dejara
su devoción a su hora!

ARNESTO: Pues si me enojo con vos,
caro os habrá de costar.

JIMENO: ¡Aquí de Dios! ¿Por rezar
matan a un siervo de Dios?

JULIO: Él te ha de echar a perder.

JIMENO: No puede hombre cristiano
este siglo.

ARNESTO: Basta, hermano.

JIMENO: Pues yo lo tengo de ser,
aunque pese.

ARNESTO: (El alboroto **Aparte**
De la calle temo.) Digo
que recéis: rezad, amigo,
cumplid con vuestro devoto.

(Éste no puede dañarme; **Aparte**
que es ciego. Y que no lo sea,
este mendigo me vea,
y no quien pueda estorbarme.)

Rezando

JIMENO: "Pedro, a mí me maravilla
ver que limpio no salgáis;
mas lleváis limpia y sencilla
alma a Dios, y no buscáis
para el vestido escobilla."

Sale SANCHO, con una escala de cordeles

SANCHO: Señor...

ARNESTO: ¿Es Sancho?

SANCHO: Ésta es
la escala. A ponerla voy.
Mientras poniéndola estoy,
quédate, y llega después;
porque siendo de esta suerte
junto el subir y el llegar,
ni tengas tiempo de hablar,

ni Blanca de conocerte.

Vase SANCHO

ARNESTO: Bien has dicho. Voy tras ti.
Cielos, permitid que diga
yo que mi suerte enemiga
hoy con industria vencí.

Vanse ARNESTO y JULIO

JIMENO: ¿Qué es esto? Sin duda alcanza
favor Arnesto en su pena;
que tanto no se serena
un rico sin esperanza.

Reza

"¡Vos sois el fuerte vasallo
que a Dios seguir imagina!
Mas no queráis afrentallo.
Id, Pedro, para gallina;
que os hace llorar un gallo."

Gente hay en el balcón. ¡Fuego,
Engañosa Blanca, en vos!
¿Vos sois la devota? ¡Ah, Dios,
lo que ve esta noche un ciego!

Reza

"Decid, ¿no os bastó negar
al Señor más verdadero
sin jurar y blasfemar?
Elías fue carretero,
y no le vimos jurar."

Mas, o me engaño, o sin alas
Arnesto sube al balcón.
Ello es sin duda. ¡Ah, ladrón,
que el cielo atrevido escalas!
Al fin has llegado a verte
en el bien que has pretendido.

*Salen SANCHO y JULIO y, después don
JUAN*

SANCHO: Hoy en efeto ha podido
mas la industria que la suerte.
JULIO: Hoy alcanzó de un desdén
un engaño la victoria.

Reza

JIMENO: "Aquí gracia y allá gloria,
por siempre jamás amén."
Colóse. Voy a avisar
a mi dueño desdichado,
pues estando condenado,
no hay ya por él que rezar.

*Apártase y encuéntrese con don JUAN
que sale. Hablan en secreto ambos*

JULIO: La crüel, la desdeñosa,
¡Qué corrida y engañada
Se ha de hallar!
SANCHO: Mas no burlada,
ni del engaño quejosa,
pues cuando quedar podía
sin ningún descuento el daño,
esposa la hará el engaño
del Midas de Andalucía.
JULIO: Mas ¿cómo dejó al balcón
pendiente la escala?
SANCHO: Fue,
por si en peligro se ve,
atinada prevención;
que tan tarde es cosa clara
que está la calle segura.

JULIO: Y la noche es tan oscura
que, a ser mayor, la ocultara.

JUAN: ¡Válgame Dios! ¡Tal escucho,
sin que dolor tan extraño
arranque un alma tan triste
de un pecho tan desdichado!
¡Cielo santo! a los que nacen
a tanto mal destinados,
¿por qué el parto no es verdugo?
¿Por qué la cuna no es mármol?

JIMENO: ¿Para cuándo es el valor

si te falta en estos casos?

JUAN: Tener sufrimiento aquí
fuera negar lo que amo,
confesar que no merezco,
y no entender el agravio.

JIMENO: Mira que estás en la calle.

JUAN: Jimeno, estás engañado;
que en el infierno estoy, pues que me abraso,
y no basto a pasar el mal que paso.

Hablan aparte SANCHO y JULIO

SANCHO: Don Juan es éste: ¿qué haremos?

JULIO: Acertado será echarlo
De la calle.

SANCHO: Está de celos
Furioso, y si lo intentamos,
resistirá, y el ruido
podrá causar mayor daño.
despertando a don Beltrán
a que sepa sus agravios.

*Sale don BELTRÁN, mirando con recato por el
balcón*

BELTRÁN: (¿Quién con descompuestas voces **Aparte**
la calle está alborotando?)

JUAN: (¡Ah fiera enemiga mía! **Aparte**
¿Qué es del honor no tocado,
para quien mis pensamientos
ni aun los ojos levantaron?
¿Dónde está la honestidad
que yo veneraba tanto,
la fingida compostura
y el hipócrita recato?
Los ídolos que adoré
por tierra están derribados;
la ciudad de mis tesoros
miro en poder de un tirano.
no te ha de gozar, liviana;
sí puedo, no has de gozarlo.
Sepa el mundo tus bajezas,
pues supe yo mis agravios.)

Da voces

Don Beltrán, mira tu honor,
mira que te está robando
un ladrón la mejor prenda.

BELTRÁN: (¿Qué escucho?) **Aparte**

JIMENO: Eso ¿es remediarlo?
Ves aquí que don Beltrán
a Arnesto coja acostado
con su hija...

BELTRÁN: (¡Vive Dios, **Aparte**
que han de morir a mis manos!)

Quitase del balcón

JIMENO: ¿Servirá el cogerlos juntos
sino de verlos casados,
para más tormento tuyo?

JUAN: Ninguno mayor aguardo;
que en el infierno estoy, pues que me abraso,
y no basto a pasar el mal que paso.

BELTRÁN: ¡Muera el traidor! **Dentro**

SANCHO: Esto es hecho.
Don Beltrán alborotado
Da voces. ¡Ah triste Arnesto!
No escaparás de sus manos.

JULIO: Entremos a socorrerlo.

SANCHO: Rompe las puertas.

JULIO: De mármol
son.

JIMENO: La justicia es sin duda.

JULIO: Espera: pues ha quedado
puesta la escala al balcón,
subamos por ella.

SANCHO: Vamos.

Vanse los dos

JIMENO: Ellos suben al balcón.

JUAN: Subamos también.

JIMENO: ¿Tu agravio
quieres ver?

JUAN: ¿Pues quién podrá
no ver el fin de este caso?

Vase don JUAN

JIMENO: Así el padre a quien la muerte

le quita su hijo amado,
por más que le aflija el verlo,
quiere que muera en sus brazos.

*Vase JIMENO. Sale ARNESTO, retirándose de
BELTRÁN, NUÑO y criados, todos con espadas desnudas
y hachas encendidas; doña BLANCA, doña SOL y
CELIA*

ARNESTO: Tened, señor don Beltrán.
Escuchadme. Reportaos.
Blanca es mi esposa. con esto
¿No cesa cualquier agravio?
BELTRÁN: No cesa; que si es tan cierto
que daros Blanca la mano
es, aunque os sobren tesoros,
para vos un bien tan alto;
el dar con esto ocasiøn
a que entiendan que forzado
la recibís por esposa,
y no porque os honra tanto,
es un agravio que sólo
se remedia con mataros.

ARNESTO: ¿Y el honor de vuestra hija?
BELTRÁN: Sepan que fui tan honrado,
que quise vengar la afrenta
más que remediar el daño.

Salen SANCHO y JULIO, con espadas desnudas

SANCHO: Señor don Beltrán, teneos.
NUÑO: Muera Arnesto y mueran cuantos
le acompañan.
JULIO: Somos muchos
y estamos determinados.
ARNESTO: Lo que importa es, pues perdistes
ya la ocasiøn de vengaros,
remediar a dolía Blanca
para soldar el agravio.
BLANCA: ¿Qué es remediar? ¿Vos pensáis
que os ha de dar un engaño
lo que vos no merecéis?
Oye, padre, advierte, hermano,
que estoy de todo inocente;
y Arnesto desesperado
de poderme merecer,
ha pretendido obligaros
de esta suerte a que le deis

contra mi gusto mi mano.
Averiguad la verdad
y castigad los culpados;
que yo no he de ser su esposa,
si arriesgo el honor, si acabo
la vida.

ARNESTO: Basta, enemiga.
¡Que aún dura en tu pecho ingrato
la resistencia, crüel!
Dame la mano callando.
No quieras que aquí publique
tu deshonor con mi engaño.

BLANCA: Hablad, declaraos, Arnesto;
que dais a entender callando
mucho más de lo que pueden
ofenderme vuestros labios.

*Salen don JUAN y JIMENO, que se quedan retirados
escuchando*

ARNESTO: Ya que a descubrir me obligas
tus pensamientos livianos,
y a no guardarte el decoro,
¿Negarásme que pensando
que era yo don Juan de Luna,
a quien por éste has citado

Saca y muestra un papel

para hablarte a medianoche
por el balcón de tu cuarto,
me diste audiencia y entrada,
con una escala que trajo
Sancho, testigo de todo?

BELTRÁN: Mostrad el papel.

*ARNESTO entrega el papel a don BELTRÁN, quien
lo lee para sí y luego dice a doña BLANCA*

 Negarlo
no puedes; la letra es tuya.
JUAN: (Quitóme el bien un engaño.) **Aparte**

Habla doña SOL aparte con CELIA

SOL: Aquel, Celia, es mi papel.
CELIA: Pues ¿cómo vino a las manos
de Arnesto?
SOL: La diligencia
Y el dinero pueden tanto...
BLANCA: (¡Cielos! Sin duda que Sol **Aparte**
es autora destes daños,
y este papel, que a su ruego
escribí yo de mi mano.)
Enemiga Sol, ¿qué tardas
en deshacer tus encantos?
que tú me hiciste escribir
el papel que esto ha causado:
tú sola pudiste dar
entrada a Arnesto en mi cuarto.
JUAN: (Ya cobro nueva esperanza.) **Aparte**

Adelantándose

Habla, Sol, ¿qué estás dudando?
No pase de aquí el remedio,
que estriba en el desengaño.
NUÑO: Celia, tú lo sabes: habla.
CELIA: Señora, el callar es vano,
si se ha de saber al fin.
SOL: (¿Han de ser mis propios labios **Aparte**
pregoneros de mi infamia?)
CELIA: Yo lo diré.
SOL: (Yo entretanto **Aparte**
exhalaré el corazón
en lágrimas desatado.
CELIA: Verdad es que mi señora
fingió ser Blanca, pensando
que era don Juan, porque Arnesto
fingió serlo; y así entrambos
vinieron a ser, creyendo
que engañaban, engañados.
ARNESTO: Mira lo que dices, Celia.
CELIA: Si verdad, Arnesto, os hablo,
las lágrimas lo confirmen
que Sol estál derramando,
y las cintas de oro y seda
que se quitó del tocado
con que la escala subíese.
JUAN: Y ella lo está confesando,
pues que no lo contradice.
Arnesto, dadle la mano.
Noble madre a vuestros hijos
y fin dichoso a estos casos.

lo que de todos al fin
habéis de haber obligado,
haced obligando a todos.

A doña SOL

ARNESTO: Pues ya he visto cuán en vano
la suerte quise vencer
con industria y con engaño,
yo soy vuestro.

SOL: Yo dichosa.

NUÑO: (Gusto pierdo y honra gano.) **Aparte**

BLANCA: Gracias a los cielos doy,
que mi inocencia mostraron.

BELTRÁN: Inocente estás; mas debes
considerar que ha notado
toda la calle el ruido,
y es forzoso remediarlo.
Don Juan ha sido la causa
de descubrirse este engaño,
y sus celosos extremos
los vecinos despertaron.
Es Luna, en España ilustre,
y será bien que sus rayos
ahuyenten estas tinieblas
que en tu opinión ha causado.
Dale la mano.

JUAN: Yo soy
dichoso.

BLANCA: Yo la que gano.

JULIO: La industria ha puesto el poeta;
la suerte está en vuestras manos.

Fin de la comedia

La Manganilla de Melilla

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Hablan en ella las personas siguientes:

Pedro Vanegas de Cordoua, galan.

Pimienta, soldado.

Arellano, soldado.

Dos soldados, 1, 2.

Salomon Iudio, gracioso.

Azen Moro, galan.

Muley Moro, galan.

Zayde Moro.

Piali Moro.

Amet Morabito, viejo graue.

Alima Mora Dama.

Arlaja Mora Dama.

Daraja Mora Dama.

Abenyusar Moro, viejo graue.

Acto primero

Salen Pimienta de Moro, y Alima de noche.

Alim.

Donde estamos? que castillo
y que torres son aquellas?

Pim.

Esse lugar es Melilla,
las torres su fortaleza.

Alim.

Porque me engañas, traydor?
a Fez dizes que me lleuas,
y a Melilla me has traydo,
que es de Christianos frontera?
Perdida soy; ay de mi;
porque enemigas estrellas,
hizistes de la desdicha
tributaria la belleza.
Triste yo, quien me diria
ayer, quando hombres y seluas
con libertad diuagaua,
y mandaua con soberuia:
que oy quando con blancas vrnas
vertiesse la Aurora bella
a los ayres oro en rayos,
y a los campos plata en perlas.
Yo tambien triste daria,
a vn hombre estraño sujeta,
lagrymas tiernas al suelo,
y al viento llorosas quexas?

A parte.

Pim.

Con quanta gracia lo llora!
mas por Dios que como peyna
ya en los riscos Orientales
Febo sus rubias madexas;
va descubriendo la Mora
vn nueuo sol en sus hebras,
vn nueuo Oriente en sus ojos,
y en su llanto vn alua nueua.
A cielos, tan gran tesoro
entre engañosas tinieblas
auarienta de mis dichas
me ocultò la noche fea?
No vieron humanos ojos
partes jamas tan perfetas;
afrenta de Venus es,
y honra de naturaleza.

No llega la admiracion,
donde la hermosura llega,
couarde està la alabança,
presumida la belleza.
Mora hermosa, que te afliges?
que lloras? que te querellas?

Alim.

Por mi libertad perdida,
que es la mas preciosa prenda.
A Melilla me has traydo?
no es por bien, venderme intentas.
Moro vil, a los Christianos
entregas tu sangre mesma?

Pim.

Tu perdida libertad
injustamente lamentas,
quando vn Argel de aluedrios
en tu hermoso rostro lleuas.
Donde, di, seras cautiua,
que no cautiues, y seas
dueño de tu dueño mismo?
Basta, Mora, el llanto cessa;
tu remedio està en tu mano;
que porque el imperio sepas
de esos tus ojos, el mio
tienes ya tambien en ella;
no ha nada que eras mi esclaua,
ya mi dueño, amor lo ordena;
que la luz deshaze injurias,
que te hizieron las tinieblas.
Redima pues, mora hermosa,
vna piedad dos tormentas,
vn fauor dos libertades,
y una permission dos penas.
Hazme tu Adonis dichoso,
pues eres tu Citerea;
y pues dispone mis glorias
la soledad destas seluas;
y te prometo que al punto,
sin que el Christiano te vea,
a tu amada libertad,
y a tu dulce patria bueluas.

Alim.

Calla, villano, traydor,
los infames labios cierra,
por deshacer vn agrauio,
otros mayores empieças?
Quando me obligas, pretendes
mi infamia? batir intentas
torres de diamante duro
con balas de blanda cera.

Pim.

Mira.

Alim.

Que vana porfia!

Pim. Mas que vana resistencia!
Alim. Daràn a mis justas voces
fauor los troncos y fieras.
Pim. Acaba.
Pelea con ella.
Alim. Vn peñasco ablandas.
Pim. Para que tengo paciencia,
pudiendo yo ser Tereo,
si fueras tu Filomena;
que viue Dios de cortarte,
para que en todo lo seas,
si resistes, o das voces,
Saca la daga.
Alim. con esta daga la lengua.
Almas tienen estas plantas,
y deidades estas seluas
que castiguen tu delito,
y que te impidan mi afrenta.
Salen Vanegas, Arellano, y otros soldados.
Vaneg. Acudid por essa parte,
soldados, que voces suenan
de vna muger afligida.
Alim. El cielo escuchò mis quejas.
Are. Moros son; daos a prision.
A parte.
Pim. Triste yo, en la vil contienda
me ha cogido el General.
Are. Es el Sargento Pimienta?
Pim. Pues quien puede ser?
Vaneg. Que es esto?
Pim. Gran desdicha ser pudiera;
valgate el diablo la galga,
y en que me he visto con ella.
A parte.
Alim. Que era Christiano el traydor?
Vaneg. Pues que ha sido?
Pim. A la frontera
de Bucar fuy por espia
como veys, por orden vuestra:
y ayer despues que escondio
Tetis en la alcoua negra,
que dio talamo a Peleo,
del sol las doradas trenças:
Topè en vn monte essa mora,
cuyo cielo en su maleza
de Atlante daua a vn cauallo
el oficio y la soberuia.
Eres de Bucar? me dixo;
yo porque la diferencia
del lenguaje no me dañe;

traça, que el recato enseña:
respondo que soy de Fez,
mas huuelo dicho a penas,
quando ofreciendome quantas
Midas alcançò riquezas,
me pide, que a Fez la lleue,
yo con la inocente presa
parto a Melilla, fingiendo
que cumplo lo que dessea.
Pues oy, quando sus colores
boluiò la luz a esta fuerça,
y que era Melilla supo,
furiosa, ayrada y resuelta,
sacandome de la cinta
el puñal, teñir intenta
del campo las esmeraldas
con la grana de sus venas.
El enorme angelicidio
le estoruè, y la misma fuerça
que al pecho quitò los golpes,
sacò del alma las queexas.

Alim.

A parte.

Vaneg.

Que bien desmintiò su culpa!

Mora, no es justo que ofendas,
con aborrecer tu vida,
del Christiano la nobleza:
y mas quando a tal estima
obligan tus partes bellas,
que no has de tener esclaua
mas que el nombre en nuestra tierra.
Y pues sabes que el rescate
estas desdichas abreuia,
oluidalas ya, y tu estado
con menos lagrymas cuenta.

Pim.

Pedro Vanegas de Cordoua,
que es General desta fuerça
de Melilla, lo pregunta;
haz relacion verdadera.

Alim.

Heroyco lustre de España,
en cuya persona juntas
la nobleza y valentia
se compiten y se ayudan;
presta a mi lengua atencion,
pues que mi historia preguntas:
conoceràs la muger
mas sin dicha en la ventura.
Alima es mi nombre, y Fez
mi patria, sino repugna
que lo sea, la que ha sido
mi madrastra en las injurias.

Mi padre es vn noble Moro,
cuyo nombre es Abenyufar,
a quien la priuança ha dado
del Rey de Fez la fortuna.
Creci por desdicha mia
en años y en hermosura,
que con alas y con lenguas
la fama aumenta y diuulga.
Entre muchos, que a mi imperio
los pensamientos tributan,
se mostrò mas abrasado
Azen Alcayde de Bucar:
pero como no pudiessen
fuertes diligencias suyas
ver jamas del pecho mio
la condicion menos dura.
En violencia trocò el ruego,
la diligencia en industria,
y al poder injusto apela
de la resistencia justa.
Y assi estando yo vna tarde
en vn jardin, a quien hurta
pinzeles la primavera,
con que sus Mayos dibuxa
violento rompe la puerta,
resuelto el jardin ocupa
de Moros enmascarados
vna bien armada turba.
Cogieronme, y fue de suerte
de mi desdicha y su furia
mi turbacion; que aun la voz
de medrosa quedò muda:
y primero vi lleuarme
por entre seluas incultas;
que permitiese a los labios
el temor pedir ayuda.
Alas impuso ligeras
a los raptos la culpa;
con que en jornadas de instantes
llegaron conmigo a Bucar.
Donde su Alcayde ha dos meses,
que quantos mas medios busca
de contrastar mi esquiueza,
mas su intencion dificulta:
que si antes era la mia
del todo opuesta a la suya;
que serà despues que ha buelto
la ofensa el rigor en furia?
Con esto emprendio por fuerça
dar efeto a su locura;

mas dello apenas indicios
me dio su intencion injusta:
quando con rostro mas fiero
que muestra la noche obscura,
de tempestad armada
al que el golfo ayrado surca,
con ojos mas fulminantes,
que la serpiente en la gruta,
quando a las gentes de Cadmo
dio veneno, si agua buscan.
Con pecho mas vengatiuo
que la Troyana, a quien mudan
en rabioso can las penas
de su prosapia difunta;
le dixen; barbaro Moro,
sin ley, sin Dios, no presumas
que lo que el amor te quita,
la fuerça te restituya.
Viue Alà, que si te atreues,
con los dientes, con las vñas,
qual rabiosa tigre, al viento
de tus entrañas impuras.
Prueua, que te tardas? llega;
que te detienes? que dudas?
ò honestidad soberana,
que deidad tienes infusa?
General famoso, miente
la que dixere que nunca
verdadera resistencia
se ha rendido a fuerça injusta:
qual timido paxarillo,
que quando el viento retumba
al trueno que el rayo engendra,
se esconde en su misma pluma,
o como el ayrado cierço
sobre las hondas Ceruleas,
luego que el mismo la cria,
deshaze la blanca espuma;
assi mi resolucion
enfrena, desmaya, y muda
la del Moro, ya arrojado
a emprender faccion tan bruta.
Despues acà (esto he deuido
a su amor, o a mi ventura)
ni de su poder se vale,
ni su desseo executa:
o sea que mi valor
le acuarda, o que procura
vencer el alma primero,
o que temiendo a Abenyufar,

o al Rey de Fez, deshazer
quiera la passada culpa,
siruiendo con cortesia,
a quien robò con injuria.
Ayer pues por obligarme,
despues de otras fiestas muchas,
con que mi gusto venera,
y conquista su ventura,
ordenò lleuarme a caça,
y en vn cauallo, que emulan
los del sol en ligereza
en ardor y en hermosura,
sali a perseguir las fieras;
y quando a la selua ruda
los arboles començaron
a dar sombras mas confusas;
me apartarrè de los monteros,
y las sendas mas ocultas
sigo con la ligereza
que permite la espessura,
con intento de yrme a Fez,
si el cielo me diesse ayuda,
o ausente de mi enemigo
habitar sierras incultas:
quando en las manos me puso
deste Español mi fortuna,
cuyos engaños me hizieron,
como ha dicho, esclaua suya:
lo demas el lo ha contado;
confiesso que con la furia
de mi libertad perdida
me fue mi vida importuna;
mas ya que el valor he visto,
gran General, que te ilustra,
quiero mas ser en Melilla
esclaua, que libre en Bucar.

A parte.

Pim.

La Mora es noble y discreta,
pues confirma mi disculpa;
o porque su dueño soy,
o por temer que a la suya
credito le han de negar,
todo yguala a su hermosura.

Vaneg.

Quanto tu beldad me admira,
me lastima tu fortuna.
Mas puedes pensar que yo,
por mas que ayrada presuma
perseguirte, he de oponer
mis fuerças a sus injurias.

Alim.

De tu nobleza lo fio:

pero si merced alguna
de ti espero, la primera
serà hazerme esclaua tuya,
pues demas de lo que gano
con tal dueño: assi me excusas
la pena de ser, de quien
me traxo a tal desventura.

A parte.

Pim.

A enemiga, ya te entiendo;
porque mis intentos huyas,
quieres salir de mis manos,
mas no te valdrà la industria.

Vaneg.

Pim.

Señor Sargento.

Vaneg.

Señor.
Bien ve que en las damas nunca,
aunque se mude el estado,
el priuilegio se muda;
que la compre quiere Alima;
darle gusto no se excusa;
pongale precio, y al punto
lo vaya a contar.

Pim.

No ay suma,
porque dè yo tal esclaua,
ni puede ygualar alguna,
a la que por ella espero
de Azen Alcayde de Bucar.

Vaneg.

Pues con vna condicion
el contrato se concluya:
que la cantidad por ella
le darè, que fuere justa;
y la que por su rescate
dieren, tambien serà suya.

Pim.

Vaneg.

Señor.
No ay que replicar:
y mire que no es oculta
su lasciua inclinacion:
y si este intento repugna,
serà forçoso que dello
vn fin malicioso arguya.

A parte.

Pim.

El demonio se lo dixo:
confiesso que si me apunta,
jamás me yerra Cupido;
mas mira, quando me acusas,
que por huyr de mis brasas,
no dè la Mora en las tuyas.

Vaneg.

Mis costumbres por lo menos
hasta agora me disculpan.

Pim.

Lo mismo digo, mas temo
que las vença esta hermosura;

y por abonar las mias,
digo que pues dello gustas,
con la condicion que has puesto,
queda la esclaua por tuya.

Vaneg. Pues venga a contar al precio:
ya, como pediste, mudas
el dueño, ya lo soy tuyo,
Alima.

Vase, y los soldados.
Alim. Y de la fortuna
lo soy yo, siendo tu esclaua.

Pim. Estàs contenta?
Alim. Segura
alomenos de tus excessos.

Pim. No podràs estarlo nunca,
si a tu misma patria buelues,
si el mismo infierno te oculta:
mas con todo te agradezco
que ayas callado mi culpa.

Alim. No lo agradezcas, que yo
no lo hize, porque induzcas
dello obligacion en ti:
mas porque nadie presuma
que tu pudiste perder
el respeto a mi hermosura.

Pim. Arrogante soys y cuerda;
mas libreos Dios de vna punta
de amor, que a fe que ella os sangre
de arrogancia y de cordura.

Vanse, y salen Azen, Muley y Zayde.
Az. Abreuia, que de vn cabello
està mi vida pendiente.

Zay. De la peñascosa frente
que a essa sierra oprime el cuello,
al pie que le baña el rio
con lisonjero cristal,
del mas espesso jaral,
y del bosque mas sombrío,
al campo menos amado
de Pomona y Amaltea,
con alas, de quien dessea
y teme, corriò el cuydado.
No ay donde buscarla ya;
tragose a tu Alima el suelo.

Az. Pese a Mahoma, y al cielo
pese, y pese al mismo Alà.

Mul. Ten, no blasfemes, señor,
de Alà; mira que es locura
por amor de vna criatura
ofender assi al Criador.

Az. Y es cordura que me ofendas
a mi tu, siendo quien soy;
y quando rabiando estoy,
mis excessos reprehendas?
Pues digo que pese a Alà
mil vezes, y pese a quanto
sobre su estrellado manto
su gloria gozando està.
Quando vomito Vulcanes,
quando el dolor en el pecho,
es vn Aquilon deshecho,
que forma mil Vracanes,
quando las crinadas furias
de yra, rabia, y fuego llenas,
ministrando al alma penas,
brotan a la boca injurias;
te opones tu a mi furor?
è intentas, necio imprudente,
reprimirme en la creciente
de vn desesperado amor?

Mul. Si se atreuieran tus labios
a algun humano sujeto,
no fuera intento discreto;
oponerme a sus agrauios:
pero que de Alà blasfemes,
ni he de sufrirlo, ni temo
tu poder, pues tu blasfemo
el del mismo Dios no temes.

Az. Pues presto veràs en ti
qual yerra mas de los dos,
yo blasfemando de Dios,
o tu ofendiendome a mi.
Ola, prendeldo al momento,
y a su soberuia locura
la mazmorra mas obscura
dè pena, y ponga escarmiento.

Mul. Bien, Alcayde, vas pagando
de mi padre los seruicios,
que con tantos beneficios
te està en España obligando.

Az. Quanto del allà me obligo,
me ofendes tu acà, y no entiendo
que al padre, que es bueno, ofendo,
si al hijo malo castigo:
lleualde presto de aqui.

Mul. Poco te vengas en esso;
Azen, por Alà voy preso,
Alà mirarà por mi.

Lleuanle.

Az. A cielos, donde escondeys

mi prenda hermosa y querida?
porque me dexays la vida,
si el alma no me bolueys?

Sale Piali con vna carta, y dala a Azen.

Pia.

De Fez vn Moro ha llegado
con esta, Azen, para ti.

Az.

Querellas seran, Piali,
de Abenyufar agraiado
a Azen Alcayde de Bucar.

Lee el sobrescrito, abre la y lee.

Carta.

Hasta agora se ha ocultado a mi diligencia el
agresor del robo de Alima, vuestro atreuimiento prouò el hazerlo: vuestra malicia
descubre el encubrirlo: si la disculpa no es ser ya su esposo: yo estoy ofendido, y el Rey
indignado. De Fez. Abenyufar.

Az.

Solo agora me faltaua
esta amenaza: leuante
fiero el Tebano gigante
contra mi su fuerte claua:
vibre en la inuencible mano
Iupiter omnipotente
contra mi el efeto ardiente
del flamigero Vulcano.
Como al soberuio Tifeo,
en el suelo trina crino
me oprima el Etna el Paquino,
el Peloro y Lilibeo.
Cayga todo sobre mi
el celestial firmamento;
que nada temo ni siento,
despues que a Alima perdi.

Salen Daraja y Salomon.

Salo.

Mira que tiene tu hermano
todo el infierno en el pecho.

Dar.

Bien se ha visto en lo que à hecho;
mas por Alà soberano,
que sino suelta al momento
a Muley de la prision,
ha de apostar mi passion
a furias con su tormento.

Salo.

Rabiosos andan los perros.

A parte.

Dar.

Que es esto, Azen? has perdido
el honor con el sentido:
que añades yerros a yerros?
quando por robar a Alima,
darte deuiera temor
del Rey de Fez el rigor,
que a su padre tanto estima,
las fuerças te disminuyes?
si a Muley, Alcayde, prendes,

a tus vassallos ofendes,
y a ti mismo te destruyes.
Que moro tiene tu tierra
sin el, que te pueda dar
ombros en que sustentar
el peso de tanta guerra?
Y quando a tu enojo quadre
no atender a esta razon,
respeta la obligacion
de Amet Bichalin su padre,
Morabito venerado
tanto en Bucar, que si viene
de España, donde le tiene
su valor y tu mandado:
y ofendida su lealtad
se rebela, desconfia
de que nadie en Berberia
siga su parcialidad.

Az.

Basta ya, cierra los labios,
que a mas furor me dispones,
pues hallo ya en tus razones,
mas que consejos, agrauios.
Que tema yo a mis vassallos
te atreues a aconsejarme,
quando huuieras de irritarme
con valor a castigallos.
Vete, Daraja, si ayrado
prouarme tambien no quieres;
que jamas a las mugeres
tocò la razon de estado.
En tu labor te entreten,
dexame a mi gouernar,
no me obligues a pensar
algo que no te estè bien:
que si llego a presumillo,
viue Alà que en mi seuero
rigor has de ver, primero
que la amenaza, el cuchillo.

Dara.

Tu tyrana condicion
fingirà culpas en mi,
para dar materia assi
a tu injusta inclinacion.
Y quando ofendido estàs
del desden y de la ausencia
de tu Alima, en mi inocencia
vengar tu enojo querràs,
sin aduertir que es sin fruto,
y que si el hombre se escapa,
romper la furia en la capa;
solo es vengança de bruto.

Az. Pues, necia, ya que me obliga
tu locura a declarar,
y puesto que a mi pesar,
lo que sospecho, te diga.

A parte.

Salo.

Az.

Oy se ha de arder esta Troya.
Dime, ha sido acaso en vano
no querer dalle la mano
al Alcayde de Botoya?
si resistes con rigor
lo que te estaua tambien,
negaràs que tu desden
nace en ti de ageno amor?
Pues si tras esto te veo
sentir la prision
de Muley, no es presuncion
que viue en el tu desseo?

Dara.

Az.

Si mi culpa estriua en esso.
No, no tienes que alegarme,
quando lleguè a declararme,
cerrè contra ti el processo,
Zayde.

Zay.

Az.

Señor.
Ni te assombres,
ni repliques; en prision
pongo por cierta ocasion
a Daraja: con cien hombres
en este quarto has de estar
en su guarda y por su Alcayde,
que a ti solamente, Zayde,
puedo este cargo fiar.

A parte.

Salo.

Az.

El le encarga gentil joya.
O aqui al tormento inhumano
daràs la vida, o la mano
al Alcayde de Botoya.

Dara.

Si piensas que tus porfias
han de poder.

Az.

Dara.

Entra ya, no me repliques.
Alà,
castigue tus tyranias.

Vase, y Zayde.

A parte.

Salo.

Encerrola, al superior
no es oponerse cordura;
yrme quiero, coyuntura
tendrè de hablarle mejor,
que està enojado.

Az.

A parte.

A Iudio, buelue.

Salo. Cogiome.
Az. Que quieres?
Salo. Quiero: lo que tu quisieres.
Az. A donde yuas?
Salo. Señor mio, voy donde has mandado.
Az. Yo
donde te he mandado yr?
Salo. No me mandaste partir
a Melilla, Alcayde?
Az. No.
Salo. Pues, señor, no yrè a Melilla.
Az. Tu estàs trauado.
Salo. De verte
enojado, estoy de suerte
que no se.
Az. Con quien se humilla
y me teme, no exercito
yo mi poder, Salomon.
Salo. Essa es real condicion,
y lo contrario es delito:
el que soberuio se atreue,
se arrepienta derribado,
quien tu poder no ha estimado,
esse tus rigores prueue.
Iamas, Alcayde, he tenido
ygual gusto, al que me diste,
quando enojado prendiste
a Muley por atreuido.
El hombre solo merece,
siendo seuero esse nombre,
porque en riendose vn hombre,
a mi no me lo parece.
No ay propria passion, que menos
se conforme a la razon,
si gusto o admiracion
me dan donayres agenos.
Que tiene que ver que quiera
yo alaballos, o aplaudillos,
con arrugar los carrillos,
y echar las muelas de fuera?
Az. De gracia estàs, Salomon,
quando mi pecho atormentan
quantas sierpes alimentan
las tres hijas de Aqueron?
Salo. Diuertirte fue mi intento,
que a mi tambien tu pesar
me aflige.
Az. Oy lo has de mostrar,
amigo, parte al momento,
y no me dexes frontera,

de quantas el Español
ocupa, y alumbra el sol,
donde mi adorada fiera
no busques: y si codicias
riquezas, por estas nueuas,
quantas las Indianas cueuas
rinden, te darè en albricias;
mas sin ellas a mis ojos
no bueluas jamas.

Salo.

Confia
que la diligencia mia
ponga fin a tus enojos;
mas.

Az.

Habla cosa ahi que pueda
causarte temores vanos?

Salo.

Para andar entre Christianos,
lleuo muy poca moneda.

Az.

Estriue en esso mi intento;
ven, darete mil zequies.

Vase.

Salo.

Con ellos no desconfies
que sus alas compre al viento.
Los que viuis de embestir,
de mi podeys aprender,
primero aueys de saber
lisonjear, que pedir.

Vase.

Salen Arlaja, y Alima.

Arl.

Triste parece que estàs;
sientes mucho el cautiuerio?

Alim.

Arlaja, creer podràs
que otro poderoso imperio
es el que me aflige mas.
Quien creyera, triste yo,
que la que siempre viuiò
tan libre, quando lo era;
el alma tambien rindiera,
quando el cuerpo cautiudò?

Arl.

Haste enamorado, Alima?

Alim.

Ser tu de mi patria, y ser
quien al mal que me lastima,
remedio puedes poner,
a confessarlo me anima,
Arlaja, yo estoy sin mi.

Arl.

Dime, por quien?

Alim.

No entendi
que lo dudaràs, Arlaja;
pues agrauias la ventaja
de sus meritos assi.

Sale Pimienta.

Pim. Nunca la ardiente passion,
A parte. que sin piedad me lastima,
ha de hallar vna ocasion?
Arlaja està con Alima,
vsarè de vna inuencion:
Arlaja.
Arl. Quien llama?
Pim. Assi
te estàs descuydada aqui,
quando el General te llama,
y por no hallarte, le inflama
vn ciego ardor contra ti?
Arl. Voy bolando.
Vase.
Alim. Yo te sigo.
Pim. Hermoso dueño, enemigo
de mi vida, donde vays?
a Arlaja llama no mas.
Alim. Voy solo a no estar contigo;
suelta.
Pim. Aplaca ya el rigor,
ageno de tu hermosura.
Alim. Que solicita mi amor,
quien fue de mi desventura
y cautiuerio el autor?
antes el hermoso dia
trocarà en noche sombría
el Meridiano arrebol,
antes al ardiente sol
visitarà la ossa fría,
que tu pensamiento vano
me pueda, Español, mouer.
Pim. Pues tu rigor inhumano
algun fauor me ha de hazer;
dame si quiera vna mano.
Alim. Piensa que ablandar procura
tu amor vna peña dura.
Pim. Yo, ingrata, la tomarè.
Quiere tomalle la mano.
Alim. Darè voces, y dirè
al General tu locura.
Pim. Tu resistencia es en vano,
que estoy abrasado y ciego:
dame, enemiga, la mano.
Alim. Primero la diera al fuego;
aparta, necio villano.
Sale Vanegas.
Vaneg. Que es esto, señor Sargento?
Pim. Cogiome otra vez.

A parte.

Vaneg.

Que intento
le obliga a locura y gual?

Pim.

Diga el señor General,
si es injusto el fundamento,
con que tomarla queria.

Vaneg.

Que fue?

Pim.

Quitarle vn rubi
de la mano pretendia,
que pues que yo la prendi,
quanta hazienda tiene, es mia.

A parte.

Alim.

Que bien la traçò el traydor!

Vaneg.

Es esto assi?

Alim.

Si señor.

Pim.

No basta que yo lo diga?

A parte.

Vaneg.

Aunque a sospechas me obliga,
dissimular es mejor,
y la ocasion euitar:
Mora, no tienes razon,
que en llegando a cautiuar,
el dominio y posesion
le dà la ley Militar,
de cuantas prendas tenia
tu persona, su porfia
fue justa: dale el rubi,
que por el te doy yo a ti

Dale vna sortija.

este diamante, que al dia
competencia hermosa mueue.

Alim.

Por tuyo le estimo mas.

A parte.

Vaneg.

La mano al yelo se atreue;
ò amor, con flechas de nieue
heridas de fuego das.

Da vna sortija a Pimienta.

Alim.

Toma, y ve con aduertencia,
que deues a mi prudencia
el callar yo desta suerte,
y que tengo de vencerte
solo con mi resistencia.

Vaneg.

Que dize Alima?

Pim.

Que tiene
gusto del rubi, señor,
y porque no lo enagene,
me ofrece al doble el valor,
si a mejor fortuna viene.

A parte.

Alim.

No vi jamas tal presteza

en fingir.
Alim. Pues el guardallo,
no serà mucha largueza,
A parte.
no me atreuo a rescatallo
por no mostrar mi flaqueza.
Pim. Lo que Alima pide, harè.
Vaneg. Señor Sargento, bien vè
que perder puede ocasion,
bueluase a su ocupacion;
y plega a Dios que le dè
tanta ventura la suerte,
como esta vez ha tenido.
Pim. Yrè al punto a obedecerte.
Sale Salomon.
Salo. Gloria a Dios, que llego a verte.
Vaneg. O Salomon, bien venido.
A parte.
Pim. Acà ha buelto este Iudio?
quien lo cogiera!
Vase.
Salo. Aqui estàs, bella Alima?
Alim. Dueño es mio el General.
Salo. Que tendràs
presto libertad confio.
Vaneg. Ven, que informarme de ti
me importa.
Salo. Con breuedad,
que he de yrme al punto de aqui.
Vase.
Vaneg. O soberana beldad,
A parte.
defiendame Dios de mi.
Vase.
Alim. Ay gallardo General;
que he de hazer? si callo, muero,
dezir mi pena mortal;
es liuiandad, y no espero
que se duela de mi mal:
que su entereza es terrible,
y tengo por inuencible
su modestia y su valor,
sino me matas, amor,
facilita este imposible.
Vase.
Salen Amet, y Azen.
Am. Ilustre Azen, Alcayde valeroso,
cuyo poder, cuya esforçada mano
a Marte mismo tiene temeroso.
Quando excediendo al pensamiento humano,

sirue Amet Bichalin de cauta espia
en medio del Imperio Castellano.
Y cuando los auisos que te embia,
del Español fabrican el estrago,
y dan fuerça, y defensa a Berberia.
Me das en Bucar tu tan justo pago,
que me prendes el hijo, cuya fama
discurre en su alabança el ayre vago?
Que loco engaño, que furor te inflama,
que assi en quien tiñe de Africa los rios
con la Española sangre que derrama,
fiero executas tus ayrados brios,
ocasionando al noble y al villano
a murmurar tan locos desuarios?
En la mazmorra obscura, que el tyrano
fuero inuentò Marcial, para suplicio
y custodia cruel del vil Christiano,
està preso Muley, que en tu seruicio
mil vezes diò terror a quanto Arturo
y Polux miran en su opuesto quicio?
Y ya que su valor no estè seguro
de tal desprecio, su nobleza alomenos
no deuiera enfrenar tu pecho duro?
Dilo tu, por ventura son mas buenos
en sangre, antiguedad, lustre, y hazañas,
los timbres de los Reyes Sarrazenos?

Az.

Basta, Amet, basta; y mira que te engañas
si piensas que con esse atreuimiento
mi furia aplacas, y a Muley no dañás.
Al mismo Ioue en su estrellado assiento,
si le pierde el decoro a mi grandeza,
mouerà guerra mi furor violento.
Tu hijo me ofendiò; ni tu nobleza
ni tu valor le eximen del castigo,
de inhumano te indicia tu fiereza.

Am.

Si al mismo Alà te muestras enemigo,
si su poder blasfemas; que te espanta,
que te refrene tu mayor amigo?
De la amistad sincera la ley santa
enseña a corregir tales errores,
quien no los reprehende, la quebranta.

Az.

Quando son los amigos superiores,
son tambien desiguales los respetos,
no los han de reñir sus inferiores.

Am.

Has de aduertir que yguala los sujetos
distantes la amistad, si es verdadera;
y assi han de ser yguales los efetos.
Y si tu obstinacion te permitiera
abrir de la razon los claros ojos,
a Muley premio por castigo diera.

Mas tienente tan ciego tus enojos
que la lisonja vil sola te agrada
del propio amor sujeto a los antojos.

Az. Si con lengua tambien precipitada
me pierdes el respeto, viue el cielo
que prueues tu tambien mi mano ayrada.

Am. Al morabito Amet, a quien el suelo
venera, y de quien tiembla el libio Adusto
y el Scita de temor mas que de yelo,
se atreuerà a ofender tu Imperio injusto?
conoces el poder y valor mio?
mi heroyco pecho y coraçon robusto?
Pues porque enfrenes el incauto brio
y temas tu ruyna, y la sentencia
dañada mude ya tu pecho impio,
de parte del rigor y la potencia
inexhausta de Dios, te exorto y cito,
que de tus culpas hagas penitencia.
A Dios has blasfemado, tu delito
conoce y llora, Azen, perdon le pida
tu poder limitado al infinito.
O veràs breuemente convertida
en humo vil tu indomita braeuzza
y en polvo leue tu arrogante vida.
Y porque siempre el cuerpo en la cabeza
padece, tocarà a toda tu gente
el castigo tambien de tu fiereza.
Bañada se verà la Africa ardiente
por ti de tanta sangre Sarracena
que a Neptuno las ondas acreciente.

Az. Que profetico aliento desenfrena
tus labios? o que espiritu diuino
te informa a ti de mi futura pena?
Si sabes los decretos del destino,
como no has conocido que a mis manos
te traxo por tu mal tu desatino?
Moros, prendelde.

Am. Son intentos vanos;
no deues de saber que el poder mio
excede, Azen, los limites humanos.
Yo sacare del concauo sombrío
a mi hijo Muley, y en nuue densa
le veràs nauegar el ayre frio;
y assi sabràs si el cielo recompensa
el justo zelo, honrando y defendiendo
a quien la vida pone en su defensa.

Az. Prendelde. Que tardais, que estais oyendo
mas locuras?

Saca a Muley de vn escotillon y juntos los dos, vuelan por la tramoya.

Am. Quien puede tu sentencia

Az. executar en mi, si a Dios defiendo?
 Que gran prodigio! el cielo su inocencia
 ampara y con su hijo surca el viento.
Am. Alcayde, haz de tus culpas penitencia.
Az. Aguarda, espera, celestial portento.

Acto segundo

Sale Pimienta de Moro.

Pim. Aqui donde esta espessura
 del sol jamas ofendida
 por opaca me conbida
 y por sola me assegura
 pues resisto al estatuto
 de naturaleza en vano,
 sueño, a tu Imperio tyrano
 pagarè el comun tributo.

Recuestase.

Salen Azen, y Zayde.

Zay.

Az.

 Donde vas desesperado
 por estos campos?
 Aqui
 donde mi gloria perdi,
 quiero engañar mi cuydado,
 aqui espera mi tormento
 hallar su prenda querida,
 o que se pierda la vida
 donde se perdiò el contento.
 Quando a la hermosa Canente
 Circe de su bien priuò,
 alli donde lo perdiò,
 le diò principio a vna fuente.
 Y perdiendo el sol dorado
 a Dafne ingrata y cruel,
 quiso del mismo laurel
 andar siempre coronado.
 Assi yo, aunque la memoria
 me lastima del lugar,
 me consuelo con llorar
 donde he perdido la gloria.
 Ninfas desta fuente fria,
 deydades desta aspereza,
 si os mueue agena tristeza,
 como no sentis la mia?

Mas tente, que vn Moro veo,
que goza aqui descuydado
de las lisonjas del prado
en los braços de Morfeo.
Dichoso tu, que al tormento
hurtas con tal suspension
la graue juridicion
que tiene en el pensamiento.
Quien puede ser, quien aqui
con tal descuydo se ofrece
al sueño?

Zay.

Noble parece,
porque vn brillante rubi
en el dedo lo pregona.

Az.

Zayde, Zayde, o el desseo
me engaña, o es la que veo,
aquella dorada Zona,
que el breue cielo del dedo
de mi enemiga ceña.

Zay.

Dicha y desdicha seria,
que si es ella, pensar puedo,
por los indicios, señor,
que le ha dado, por roballa,
muerte a Alima.

Az.

Zayde, calla,
que me matarà el temor;
mirala bien.

Zay.

Es la suya,
por Alà: del blanco azero

Quitale la espada.

le despojarè, primero
que el sueño le restituya
los sentidos, que podria
defendiendose escaparse,
y facilmente ocultarse
en esta selua sombria.

Az.

Prudente preuencion es.

Zay.

Y aun fuera bueno prendello,
echandole vn lazo al cuello,

Echanle vna liga al cuello.

no se nos vaya por pies.

Az.

Bien dizes.

Zay.

Assi asegura
con su prision nuestro intento.

Az.

Temblando està el pensamiento,
de lo mismo que procura;
las nuevas temiendo estoy,
que busco de la que adoro.

Zay.

Ola.

Pim.

Quien, quien es?

Az. Vn Moro, no lo ves?
A parte.
Pim. Perdido soy,
sin duda me han conocido,
pues que me han preso; que quieres
de mi?

Az. Que digas quien eres.
Pim. Vn hombre soy, que perdido
en este espeso jaral
al cansancio me rendi.

Az. Como es tu nombre?
Pim. Piali
de Marruecos natural;
Pimienta le yua a dezir.

A parte.
Az. A que has passado a esta tierra?
Pim. Vn hijo perdi en la guerra,
que no puedo descubrir,
aunque todas las fronteras
Españolas he corrido.

Az. A perro, traydor, tu has sido,
por mas que encubrirlo quieras,
quien la dulce prenda mia
me robò, que este rubi
lo està publicando assi,
que ella en el dedo traîa,
que yo soy Azen villano:
dame a Alima, o moriràs.

Pim. Pues, Azen, para que estàs
callando tu nombre en vano,
quando yo, Alcayde, he venido,
venciendo al viento, a buscarte,
solamente para darte
nueuas de tu bien perdido?
dame albricias, y sabràs
donde està tu dulce Alima.

Az. Quantas riquezas estima
el Indio auaro, tendràs
si tu lengua no me engaña
en nueua tan venturosa.

Pim. Pues, señor, tu Alima hermosa
està cautiua.

Az. En España?
Pim. En Melilla, el General
Vanegas es dueño suyo.

Az. Y yo soy esclauo tuyo,
pues de mi pena mortal
me libras, yo mismo yrè
a rescatalla, mas di,
como vino esse rubi

- Pim.* a tu poder?
Traça fue
della, porque ser podria
no creerme tu sin el.
- Az.* Pues como al principio, infiel
lo callauas?
- Pim.* No queria
que de otro la nueua oyesses,
como no te conoci;
y las albricias, que a mi
son tan deuidas, les diesses.
- Zay.* Verdad dize, al parecer.
- Az.* Con todo, Zayde, la dudo;
que el Español como pudo
dentro en mi tierra prender
a Alima?
- Pim.* Ella me contò,
que andando a caça contigo,
en vn monte, oculto abrigo
de las fieras, se perdio,
y cierto Christiano espia
en trage Moro, que sola
la hallò en el bosque, engañola,
y que a Fez la llevaria;
le ofreciò, y ella contenta,
que aborrece tu persona:
(si te doy pena, perdona,
a quien la verdad te cuenta;
y conoce que la digo,
en que no te lisonjeo,)
lleuada pues del desseo
de su patria, a su enemigo
se entregò; y el dio con ella
en la frontera.
- A parte.*
- Az.* A enemiga,
como el cielo te castiga
el no sentir mi querella!
Pues como la ingrata agora,
si me aborrece su pecho,
se acuerda de mi?
- Pim.* Sospecho,
Alcayde, que ya te adora,
segun las perlas que vi
por sus dos mexillas bellas
llouer de sus dos estrellas,
quando me hablaua de ti:
demas que en la aspera vida
de esclaua, no dudo yo,
que adore lo que perdio

justamente arrepentida,
y ablande ya su rigor,
por verse con libertad.
Zay. Segun las señas, verdad
te dize en todo, señor.
Az. Suelta, Zayde, y su espada
le restituye.
Pim. Con ella
cobrarè tu amada bella,
si al General no le agrada
darla a rescate.
Az. Al momento
a Melilla he de partir;
tu, Moro, me has de seguir.
Pim. Solo servirte es mi intento;
de buena por Dios sali;
A parte.

no esconder la piedra fue
gran error, mas no pensè
que este desierto, sin mi,
planta humana pisaria:
el ingenio me ha valido,
que al fin el nunca ha sido
perfeta la valentia.

Vase.

Salen Amet, Muley, y otros Moros, y Zeylan.

Zeyl.

Amet.

Duelete, sino de Azen,
de tu patria desdichada.
Por ser de mi tan amada,
Moros, pretendo su bien.
Si està enferma la cabeça,
el cuerpo todo padece;
vuestro Alcayde se endurece
en su barbara torpeza;
tanto que ni mi razon,
ni los portentos que he hecho,
han obligado su pecho
a aplacar la indignacion
de Alà, a quien tiene ofendido
con su blasfema locura;
y assi vuestra desventura
llorad, o pueblo querido.
Pues por justa recompensa
vuestra sangre ha de inundar
los campos, para lauar
con ella su injusta ofensa.
Que yo no he de verle ya,
ni viuir en su obediencia,
hasta que su penitencia
merezca perdon de Alà.

Zeyl.

Pues, Amet, si tu te ausentas,
quien nos podrà defender?
si tu faltas, no ha de hazer
a Dios mayores afrentas,
y aumentar mas su furor?
tu autoridad solamente
serà el freno conueniente
a su loco y ciego error:
de tu patria, Bichalin,
ten lastima.

Amet.

Amigos caros,
yo lo he de hazer, por mostraros
que vuestro bien es mi fin.

Zeyl.

Danos, pues vida nos das.

Amet.

Alçad, tu a sus ojos,
para euitar sus enojos,
hijo, no bueluas jamas.

Mul.

Oye.

Salen Pimienta de Moro, y Salomon desde el paño, cada vno a parte.

Pim.

Alguna nouedad

A parte.

en el campo ha sucedido.

Salo.

Que successo aurà traydo

A parte.

tal gente a tal soledad?

Mul.

Y assi Daraja, señor,
pues por librarme padece
en la prision, bien merece
que la libre tu fauor:
con esso acreditaràs
los milagros de tu ciencia;
y con esso la imprudencia
de Azen amedrentas mas.

Amet.

Bien dizes, libralla quiero,
famoso pueblo Africano,
pues Azen, no como hermano,
mas como enemigo fiero,
tiene a Daraja en prision:
por daros a conocer
su injusticia y mi poder
su delito y mi razon;
darle libertad intento;
al cielo bolued los ojos,
vereys que los rayos rojos
rompe del sol por el viento.

Sale Daraja, baxa por tramoya al teatro.

Dara.

Que es esto?

Zeyl.

Gran Bichalin,
soberano es tu poder.

A parte.

- Pim.* El Moro deue de ser
otro hechizero Merlin.
- Mul.* Daraja hermosa, no estès
turbada, pierde el temor;
que efeto fue de mi amor
este milagro que ves.
Mi padre, de quien ya sabes
el mas que humano poder,
aqui te quiso traer
por la region de las aues,
por pagar mi obligacion,
y porque el rigor tyrano
huyas de tu injusto hermano,
saliendo de la prision.
- Dara.* Los pies, Bichalin, me dad
por tan alto beneficio.
- Amet.* Este es pequeño seruicio
en mi mucha voluntad.
Mas ya que libre te ves,
no bueluas a Bucar, mira
que te amenaça la yra
de Azen.
- Dara.* Pizaràn mis pies
antes del Scita inhumano
entre sus flechas el yelo,
y el fuego del libio suelo,
que la tierra de mi hermano.
- Amet.* Pues sigue en todo a Muley,
sin que nada te acouarde,
Daraja, y Alà te guarde.
- Vase.*
- Dara.* Su gusto serà mi ley:
donde yremos, dueño mio?
- Mul.* Escucha mi pensamiento.
- Salo.* No es el que miro el Sargento?
el es.
- A parte.*
- Pim.* No es este el Iudio?
- A parte.*
- Salo.* O Español valiente, vas
de buelta a Melilla?
- Pim.* Si:
tu llegas agora aqui?
- A parte.*
- Salo.* A Bucar voy; no sabras
que va a pedir Salomon
las albricias de su bien
al enamorado Azen,
no hurtes la bendicion.
- Pim.* Si al Alcayde vas a hablar

tarde pienso que has venido.
Salo. Como?
Pim. Aurase ya partido
a Melilla a rescatar
a su Alima.
Salo. Triste yo, quien le dio la nueua?
Pim. Vn Moro,
a quien mil zequies de oro
alegre en albricias dio.
Salo. Yo perdi gran ocasion.
Pim. Yuas a pedir las?
Salo. Si.
Pim. Pues mas diligente fui,
no te quexes, Salomon.
Salo. Pues fuiste tu el mensajero?
Pim. Fue mi dicha.
A parte.
Salo. Viue Dios,
pues lo he perdido por vos,
que yo os agarre el dinero.
Supuesto amigo Sargento,
que la ocasion he perdido,
parto, de que tu ayas sido
quien la ha gozado, contento.
Pim. Eres mi amigo, y lo fio
de ti todo.
Salo. A Dios te queda,
yo os pescarè la moneda,
A parte.
o no serè buen Iudio.
Vase.
Pim. O como es bella la mora!
Dara. Todo tiene inconueniente.
Mul. No aurà cosa que no intente,
el que como yo te adora.
A parte.
Pim. La adora el perro? ya empieça
mi coraçon a imbidiar,
que aya vn Moro de gozar
tan soberana belleza.
Pues no ha de ser, viue Dios,
de modo lo traçarè,
si puedo, que presto dè
en Melilla con los dos:
Alà os guarde.
Mul. Moro amigo,
con bien venido seays.
Pim. De la aficion en que estays,
a justa piedad me obligo,
que estimo vuestra nobleza,

gran Muley, quando tambien
me ofende el rigor de Azen,
y me mueue esta belleza.
Y assi quiero por agora
prestaros aliuiio, en tanto
que piadoso el cielo santo
vuestra fortuna mejora.
Tres leguas de aqui poseo
vna pequeña Alqueria,
tan oculta, que aun el dia
tiene de verla desseo.
Alli aluergaros prometo,
si con menos pompa y fausto,
con lugar menos infausto,
y con regalo mas quieto;
y alli, si el sitio os agrada,
de espacio podreys estar,
y sino, determinar
sin temor vuestra jornada.

Mul. Con que pagaros podremos
tanto bien?

Pim. Solo acetallo
es el modo de pagallo.

Mul. Que dizes?

Dara. Quando nos vemos,
Muley, en tal soledad
sin remedio, sin amparo,
y afligidos, no està claro
que esta es del cielo piedad?
Donde podremos mejor,
si amor nos ha conformado,
dar fin a nuestro cuydado,
y dar vida a nuestro amor?

Mul. Pues yo, Daraja querida,
que luz, o que norte sigo,
sino tus ojos? contigo
todo es gloria, todo es vida:
como es tu nombre?

Pim. Zeylan.

Mul. Pues, Zeylan, a tu Alqueria
estos dos esclauos guia.

A parte.

Pim. Que alegres a serlo van?
sus palabras pronostican
su suerte; seguidme pues,
que ya con alados pies
las sombras se multiplican.

Mul. Ya no temo aduersidad.

Dara. Ya mi esperança logrè.

A parte.

Pim.

Yo, perros os quitarè
el gusto y la libertad.

Vanse.

Salen Alima con vn papel y Arlaja.

Alim.

A mi gusto està el papel.

Arl.

Que intentas?

Alim.

Arlaja, amor
es ingenioso inuentor
de traças, y assi con el,
si a mi aficion corresponde
Pedro Vanegas, intento
que exale llamas al viento
el fuego que el pecho esconde.
No ves como calla y sufre
el bronze concauo, lleno
de negra poluora el seno,
los efetos del açufre;
y ves, Arlaja, que al punto
que vna centella le toca,
vomita la ardiente boca
trueno y rayo todo junto?
Pues assi oculta el valor
los amorosos desuelos,
hasta que el fuego de zelos
toca al alquitran de amor:
porque entonces encendido
el pecho en furor ardiente
rebienta mas impaciente,
quanto fue mas oprimido.

Arl.

Segun esso tu sospechas
que te quiere el General.

Alim.

O al amor conozco mal,
o le han herido sus flechas.
Que aunque encubre sus enojos,
y reprime su passion,
el fuego del coraçon
da centellas a los ojos:
y assi intenta mi cuydado,
por no viuir tan dudoso,
que me descubra zeloso,
lo que calla enamorado.
A la orilla desta fuente
acostumbra venir solo,
quando sus rayos Apolo
esconde en el occidente;
y aqui mi amor quedarà
de sus dudas satisfecho;
dexame sola, que el pecho
me dize que viene ya.

Arl.

Como te dio la hermosura,

*Vase.
Alim.*

la suerte el cielo te dè.

Oy por lo menos sabrè
mi desdicha, o mi ventura.
Mas ya viene el General;
dormida me he de fingir,
que assi podrà descubrir
el su amor y yo mi mal.

*Recuestase con el papel en la mano.
Sale Vanegas.
Vaneg.*

Huyendo de la crueldad
de mi proprio pensamiento,
salgo a dezir mi tormento
a esta muda soledad,
por ver si assi mi passion
vn pequeño aliuiio siente,
acrecentando esta fuente
lagrymas del coraçon.
Mas que es esto? no estoy viendo
la ocasion de mi cuydado?
donde el remedio he buscado,
hallo el fuego en que me enciendo?
durmiendo està la hermosura,
de amor glorioso trofeo;
que los braços de Morfeo
merezcan tanta ventura?
Huye el peligro que ves,
coraçon, intento es vano,
que me ha puesto amor tyrano
dos montañas en los pies.
No ay razon, no ay fortaleza,
resistencia ni valor,
contra el Imperio de amor,
y el poder de la belleza.
Mas con la mano de nieue
competir quiere vn papel;
y ya en mi pecho con el
zelosa batalla mueue.
Verlo quiero, por ventura
hallarè algun desengaño,
que ponga fin a mi daño,
y remedio a mi locura,
que aunque el amor es tan cierto
que con zelos se acrecienta,

Tomale el papel.

tal vez la misma tormenta
da con la naue en el puerto.

*Alim.
A parte.
Vaneg.*

Bueno va.

Ni està firmado,

A parte.

ni es la letra de muger.
El papel quiso leer,

Alim.

A parte.

señal que le dà cuydado.

Lee Vanegas.

Papel.

Segun me siento obligado,
Alima, de tu fauor:
te diera el alma, si amor
no te la huuiera entregado:
mas si vn pecho enamorado
por paga deue tener
ser querido de querer:
en mi firmeza veràs,
que aunque me quisieras mas,
me quedas mas a deuer.

A parte.

Vaneg.

Quien puede ser, ay de mi,
el que tan dichoso ha sido?
que ay quien aya merecido
que Alima le quiera?

Alim.

Si.

A parte.

Vaneg.

Si, dixo mi hermoso dueño,
dormida en mi mal ha hablado;
porque contra vn desdichado
aun dize verdad el sueño.
Pues sin despertar responde:
lo demas le he de escuchar,
que el sueño suele explicar
secretos que el alma esconde:
amas, bella Alima?

Alim.

Si.

Vaneg.

Y eres amada?

Alim.

No se.

Vaneg.

Y en quien pusiste la fe,
dudando la suya?

Alim.

En ti.

Vaneg.

Y quien soy yo?

Alim.

Mi señor.

Vaneg.

Pues quien te escriuio vn papel,
mostrandose de ti en el
fauorecido?

Alim.

Mi amor,

Despierta.

ay de mi, quien es?

Vaneg.

Tu dueño.

Alim.

Señor.

Vaneg.

Oyendo te he estado,
lo que dormida has hablado.

Alim. Defeto es ya, que en el sueño
suelo padecer; y assi
para encubrirlo desseo
la soledad, y a Morfeo
me entreguè por esso aqui.

Vaneg. Y que soñauas?
Alim. Locuras.
Vaneg. Dimelas por vida mia.
Alim. Algo siente pues porfia,
A parte.

a que fin saber procuras
disparates è ilusiones?
Vaneg. Por ver si lo que soñauas,
conforma con lo que hablauas.
Alim. Pues tal gusto en ello pones,
a obedecerte me inclino.
Soñaua que me querias,
y que tu amor me encubrias;
mira que gran desatino.

Vaneg. No puede ser?
Alim. Ni yo creo
que merezco que me quieras,
ni que, quando me quisieras,
me encubrieras tu desseo,
siendo tu esclaua.

Vaneg. Es verdad,
mas pudiera otra ocasion
con precisa obligacion
oprimir la voluntad.
A parte. Amor no me aprietes mas,
que el valor me desampara.

Alim. Si agora no se declara,
A parte.

no espero vencer jamas.
Vaneg. Prosigue.
Alim. Tambien, señor,
soñaua que te queria,
y que mi amor te dezia,
que disparate mayor!

Vaneg. Porque?
Alim. Porque no es razon
que la muger, aunque muera,
se arroja a ser la primera
en descubrir su aficion,
que el hombre deue primero
dar cuenta de sus pesares.

Vaneg. Digo yo que te declares?
Alim. Y digo yo que te quiero?
Vaneg. Pues digo yo que me quieras?

Alim. Y yo digo por ventura
que lo has dicho?
Vaneg. Era locura
muy grande que me quisieras?
Alim. Siendo querida de ti,
fuera dichosa mi suerte?
Vaneg. Luego si diesse en quererte,
me amaras?
Alim. Pienso que si.
Vaneg. Y sino?
Alim. No te quisiera.
Vaneg. Pues està en tu voluntad
del amor la potestad?
Alim. El encubrirlo estuuiera.
Vaneg. Pues como dixiste agora
que me amaras, si te amara?
Alim. Porque tu amor me obligara,
que el ser amado enamora.
Vaneg. Haz cuenta que por ti muero.
Alim. Haz cuenta que te lo pago.
Vaneg. De esso no me satisfago.
Alim. Como me quieres, te quiero.
Vaneg. Como te quiero, me quieres?
Alim. Otra vez digo que si.
Vaneg. Luego si muero por ti,
es cierto que por mi mueres?
Alim. Digo que si.
Vaneg. Pues hablar
podemos claro los dos:
yo te adoro.
Alim. Gloria a Dios
que llegamos al lugar.
Vaneg. Venciste, Alima.
Alim. Venciste, General?
Vaneg. Oxalà fuera
tu aficion tan verdadera!
Alim. Pues qual indicio resiste
al amor que ya mostrè?
Vaneg. No dudo, enemiga, en vano,
que este papel en tu mano
Tocan a rebato.

niega en tu pecho la fe;
mas a rebato han tocado.
Alim. Oye la verdad.
Vaneg. Recelo,
que me engañas, pues el cielo
a tal tiempo lo ha estoruado.
Alim. Luego dudas mi amor?
Vaneg. Si.
Alim. Y yo el tuyo pues te vas,

y muestras que puede mas
tu honor, que mi amor en ti.

Vanse, y salen Pimienta de Moro, y Daraja y Muley.

Pim.

El breue espacio que resta
del camino es tan fragoso
por la copia de peñascos,
jarales, ramas y troncos,
que serà fuerça aguardar
la mensajera de Apolo,
que de las sendas informe
con sus rayos nuestros ojos.
Y pues ya al cansancio pide,
que deys al cuerpo reposo,
aquí puede a los cuydados
hurtar instantes el ocio.

Mul.

Bien dize, Daraja mia,
descansen tus pies hermosos,
antes que de inuidia heridos
den purpura a los abrojos.

Dara.

Contigo, amado Muley,
no ay cansancio, gloria es todo,

Recuestanse todos.

que en su curso natural
no se cansa Febo hermoso.

A parte.

Pim.

Que tiernos estan los perros!
no temen lo que dispongo;
fingir me quiero dormido.

Sale Salomon a parte.

Salom.

Siguiendo con passos sordos
vengo a Pimienta, por ver
si puedo pescalle el oro:
alto parece que han hecho;
si, la maleza del soto
y obscuridad de la noche
pone a su jornada estoruo.
Mucho han andado, y vendran
cansados; y assi es forçoso
que el sueño los haga yguales
a estos insensibles troncos;
esta es la ocasion que busco;
llegareme poco a poco,
pues mis passos de los ramos

Tienta a Muley y Daraja.

encubre el ruydo ronco:
este, supuesto que al lado
tiene a Daraja, es el Moro:

Tienta a Pimienta, ronca Pimienta.

este es el Sargento, si:
pese a tal, y que del todo

transportado el contrapunto
lleua roncando a los olmos!
Matarele? no, que armado
està siempre, y riesgo corro,
si al primer golpe no muere,
que en fuerça y valor es monstruo.
Mejor serà, pues que tiene
los sentidos tan remotos,
sin auenturar la vida,
pillarle el rubio tesoro.

Tientale la faltriquera.

Aqui tiene el lobanillo,
curareselo; vosotros
mis dedos, seruid de pinzas
en esta postema de oro:

Mete la mano en la faltriquera, dà vn ronquido Pimienta.

quedito, que muda el son
el tañedor, y es forçoso
mudar el bayle, ya buelue
a seguir el primer sono,
y yo le bueluo a baylar;
valgame Dios, y que hondo
està este mundo!

Pim.

Quien es?

A parte.

Todo lo he puesto del lodo.

Salo.

Quien es?

Pim.

Salomon, Sargento.

Salo.

A parte.

A vil traydor.

Pim.

Cuydadoso

Salo.

de verte con estos dos
Africanos venir solo,
bolui a seguirte; y agora
que ya el sueño poderoso
los ocupa, lleguè a ver
si a tus intentos importo.

A parte.

Ya os entiendo; el beneficio
de tu amistad reconozco,
y los secretos del pecho
me has adeuinado.

Pim.

Como?

Salo.

Para cautiuarlos, traje
engañados estos Moros,
y por cogerlos dormidos,
los engolfè en este soto.

Pim.

Pues tu valor necessita,
para hazerlo, de esse modo?

Salo.

Porque mientras ato al vno,

Pim.

no se me escapasse el otro,
y por cogerlos mas lexos
de su tierra y el socorro;
assi lo traçè, y pues tu
me ayudas, ya me dispongo
al efeto, y partiremos
los dos el rescate.

Salo. En todo te he de obedecer.
Pim. Pues tu
prende a Daraja, y yo al Moro.

Hazenlo assi.
Mul. Que es esto?
Pim. O no te defiendas, o moriràs.
Atanlos con las ligas las manos atras.
Mul. Deste modo
guardas la fe, a quien de ti
se fiò, Moro engañoso?

Pim. Si de vn Moro os confiastes,
quexaos de mi, si soy Moro;
pero si Christiano soy,
formad quexa de vosotros.

Dara. Ay de mi, Muley, que es esto?
Mul. Daraja, vendidos somos.
Dara. A Mahoma.
Pim. A que buen santo pide fauor.
Salo. Esse tonto,
que vedò el vino, en que puede
ser a nadie prouechoso?

Pim. Si lo vedò, Salomon,
fue por beuerselo todo,
porque era vn gentil borracho.

Salo. No fue el arriero muy bouo.
Mul. A Mahoma, tal consientes?
Pim. Atemoslos a este tronco.
Atanlos a vn tronco.
Salo. Que intentas?
Pim. Veràslo presto.
Mul. A cielos poco piadosos,
para mayores desdichas
por las esferas de Eolo
salimos de la prision?

Salo. Yo bueluo rico y dichoso
con esta presa a mi patria,
que no darè, lo que toco
de mi parte, en mil zequies;
esto es hecho.

Pim. Aun no estan todos atados.
Salo. Quien falta?
Pim. Ebreo,
de lo ageno cudicioso:

que buscauan vuestras manos
en mis faltriqueras?
Salo. Solo
conocerte en el vestido
era mi intento.
Pim. Engañoso,
no os han de valer enredos.
Salo. Plega a Dios, si fueron otros
mis fines.
Pim. No resistays,
sino pretendeys, que roto
Atale las manos atras.
el pecho, la sangre vuestra
riegue los pies a estos chopos.
Salo. Guay de mi.
Pim. Piadosa pena
doy a vuestro intento loco,
pudiendo daros la muerte.
Salo. Yo confieso que el demonio
me engañò; pero perdona
lo que arrepentido lloro.
Pim. Llegaos aqui.
Salo. Que pretendes?
Atale a vn tronco.
Pim. El castigo serà poco.
Salo. El quiere matarme a açotes;
à Pimienta de mis ojos,
muestra el valor Español,
en perdonar.
Pim. Ya os perdono
la vida, mas quedareys
atado a este leño coruo,
hasta que venga el Messias
a libraros.
Salo. Riguroso
te muestras, quieres que sea
pasto aqui de hambrientos lobos?
Pim. Ojalà lo fueran quantos
a tu ley viuen deuotos,
huuiera menos logreros?
pero ya el Planeta intonso
por crepusculos de nacar
presta al alua rayos de oro;
empeçad a caminar,
y tened paciencia, Moros.
Dara. Que en vn Español cupiesse
tan gran traycion!
Vase.
Mul. Yo estoy loco.
Vase.

Pim.

Ardides son de la guerra,
la Morilla es como vn oro.

Vase.

A parte.

Salo.

Pimienta, Sargento mio,
vozes doy al ayre vano,
aqui diò fin el Iudio.
Madres las que paris hijos,
no los parays, si podeys,
porque verlos escuseys
en tormentos tan prolijos.
Aqui el triste pecho mio
darà su sangre a vna fiera,
si ay fiera acaso, que quiera
tener sangre de Iudio.
O ya con hambre impaciente
poco a poco al fin cruel
llegarè, dichoso aquel
que se muere de repente.
A Pimienta, quien te viera
como yo estoy afligido!
esto es hecho, que el ruydo
siento hàzia alli de vna fiera.
Mas pienso que el temor hizo
en mi tal efeto ya,
que comer no me podrà,
sino tiene romadizo.

Sale Rodrigo de cautiuo Christiano.

A parte.

Rod.

Humanas vozes he oydo.

Salo.

Ay triste.

Rod.

Vn hombre està alli.

Salo.

Ya se acerca; mas de mi
el cielo se ha condolido,
que es hombre, tened piedad,
amigo, de vn desdichado,
que dexò a este tronco atado
de vn Christiano la crueldad.

Rod.

Soys Moro?

Salo.

En Grecia naci,
la ley sigo de Moysen.

Rod.

Pues el Christiano hizo bien;
no por bueno os dexò assi.

Vase.

Salo.

Pues sin desatarme, os vays?
no lo hiziera yo con vos,
bolued si quiera por Dios,
si es que su nombre estimays.
El se fue, ya desconfio
del remedio, ay desdichado,

no puede ser vn honrado
en estos tiempos Iudio.
Mas el buelue, o el desseo
me engaña, tened amigo
piedad de mi; mas que digo?
que es vn Leon el que veo.

Vn Leon llega a Salomon, el se buelue, y tira coces.

Muerto soy, a mi se llega;
no tuuiera Salomon,
cielo, en tan fuerte ocasion
patas de moça Gallega!

Vase el Leon.

Sale Rodrigo.

Rod.

Que es esto? sin seso està,
que estàs haziendo, Iudio!

Salo.

Tu estàs aqui, señor mio?
llega, desatame ya.

Rod.

Porque por Dios lo pediste,
bolui a socorrerte.

Salo.

El cielo
te libre del desconsuelo,
que ausentandote, me diste.

Rod.

Mas si verte libre quieres,
primero palabra y mano
me has de dar de ser Christiano.

Salo.

Serè lo que tu quisieres;
mas tu quien eres, que dàs
indicios de ser de España?

Desatalo.

Rod.

Del traje que me acompaña,
mi suerte saber podràs,
de España y Christiano soy,
cautiuo en Africa he estado
tres años, y rescatado
agora a mi patria voy,
perdime en esta espessura
por tu bien.

Salo.

Guardome el cielo,
si las sendas deste suelo
no sabes, por tu ventura
me encontraste, que yo voy
a Melilla.

Rod.

Yrè contigo.

Salo.

Seguro vienes conmigo,
à Pimienta, libre estoy.

Rod.

Vamos pues.

Salo.

Tu historia cuenta;
cielos, pues desta escapè,
sin especias comerè,
por no comer con Pimienta.

Vanse.

Salen Vanegas, y vn soldado.

Vaneg.

Que el mismo Alcayde ha venido
al rescate?

Sold.

Si, señor.

Vaneg.

Es fineza de su amor;
luego esos Moros han sido,
los que descubriò la espia,
que el rebato causò ayer?

Sold.

Gran gente deue de ser,
la que trae en su compañía.

Vaneg.

Si viene de paz, en vano
ha passado diligente
la noche entera mi gente
con las armas en la mano.

Sold.

Tan malas se las dè Dios,
como el nos la ha dado, amen.

Vaneg.

Entre en el castillo Azen.

Sold.

Y su gente?

Vaneg.

Solos dos le acompañen.

Sold.

La respuesta voy a llevarle.

Vase.

Vaneg.

Ya veo,
mi Dios, que el injusto empleo
de mi intencion deshonesto
impedis; pues dixè apenas
a la Mora mi aficion:
quando el beligero son
me hizo ocupar las almenas:
y antes que boluiesse a hablalla,
vuestro saber ha ordenado
que a Melilla aya llegado
el Alcayde a rescatalla.

Sale Azen.

Az.

De España gloria y blason,
Alà te guarde.

Vaneg.

Con bien
vengas, valeroso Azen.

Az.

Fuera de que esta ocasion
ha desseado, y estima
mi pecho por ofrecerte
firme amistad? a traerte
vengo el rescate de Alima;
mucho deues de estimalla,
pide gran suma, y veràs,
General, que tardas mas
tu en pedilla, que yo en dalla.

Vaneg.

Ella viene.

Sale Alima.

Alim.

No permita

el cielo, Azen, que a tus manos
buelua yo; de los Christiaros,
del Persa, el Medo y el Scita,
fuera victima, primero
que Reyna en tu compañía.

Az. Tanto, hermosa prenda mia,
te ofendo, porque te quiero?
que por no pagar mi amor,
a ti misma te aborrezcas?

Alim. Quando vn diamante enterezcas,
ablandaràs mi rigor.

Az. Para que aguardo tu gusto?
conforme a ley Militar
me la deues entregar,
dandote su precio justo,
General; o estas fronteras
veràn en breues instantes
de mis lunas tremolantes
las Africanas vanderas.

Vaneg. Alima, tu intento yerra;
que yo te deuo entregar
al rescate, por guardar
las leyes de buena guerra:
tanto como porque assi
euito la que amenaza
hazer a esta fuerte plaça
el Alcayde; que aunque en mi
no cupo jamas temor,
de su quietud el cuydado
tiene mi Rey encargado
a mi lealtad y valor.

A parte.
Alim. A falso, no es firme amante,
quien tan couarde se muestra;
tambien es en la ley vuestra
fuero inuiolable y constante,
que al rescate no se dè,
el que quiera ser Christiano.

Vaneg. Esso es llano.

Alim. Pues si es llano,
de Christo adoro la Fè.

Vaneg. Que dizes?

Alim. Que el Catechismo
Romano sigo, y condeno
el Alcoran Sarraceno,
y pido el santo Bautismo.

Az. Esto mas, cielo?

Vaneg. No, Alima;
las circunstancias que veo,
me muestran que no es desseo

verdadero, el que te anima,
sino cauteloso intento,
porque Azen no te posea;
y mi ley manda que sea
voluntario el movimiento,
del que quiere ser contado
en el gremio de su fe,
y en ti, aunque niegues, se vè
que esta ocasion te ha forçado;
y assi, Alima, determino
entregarte.

Alim.

General,
tu argumento fundas mal,
y prouartelo imagino,
con diuersas ocasiones
de temores y portentos,
de assombros y de escarmientos
mueue Dios los coraçones,
a conocer lo perfeto,
y buscar su saluacion;
violentos los medios son,
mas voluntario el efeto.
Que no todas vezes tiene
principio en si este desseo,
antes las mas, segun creo,
de causa extrinseca viene.
Que a los cautiuos Christianos
de quien siempre me serui,
de vuestro Dios les oî
mil efetos soberanos.
Vosotros no llamays santo
a vn Pablo, que oyò en el viento
vna voz, con cuyo accento
fue tal su medroso espanto,
que dexò su ley primera,
y la vuestra professò?
por ser de temor, dexò
de ser su fe verdadera?
Luego en mi bien puede ser
el gran aborrecimiento
que tengo a Azen, instrumento
de que vsa Dios, para hazer
esta cierta conuersion;
de mas que a los hombres toca
juzgar solo por la boca,
y a Dios por el coraçon.
Que sabes tu si mi pecho
siempre a tu ley se inclinaua,
y viendo que me faltaua
resolucion para el hecho,

quiso Dios con tal sucesso
obligarme a declarar?
el hombre no ha de juzgar
lo oculto, sino lo expreso.
Yo digo firme y constante
que es Christo autor de la vida,
y quiero ser admitida
en la Iglesia Militante.
Si con lo que afirmo aqui,
me das a los enemigos
de tu ley, harè testigos
a los cielos contra ti.
Soldados, los que seguis
el Catholico estandarte,
y del crucifero Marte
en la milicia viuis,
sed testigos de que quiero
ser Christiana, y de que el nombre
de Christo adoro, por hombre
y Dios solo y verdadero.
Y que vuestro Capitan
por temor de Azen me obliga,
a que buelua, donde siga
el error del Alcoran.

Az.

Que esto sufra tu poder,
Mahoma?

Vaneg.

Mi Dios, aqui
me dad fauor, que de mi
sacrificio os he de hazer;

A parte con ella.

escucha, Alima.

Alim.

Que quieres?

Vaneg.

Si es, el tenerme aficion,
de esse intento la ocasion,
desengañate, y no esperes
correspondencia jamas:
que si por dicha sospechas
que me han herido tus flechas,
engañada, Alima, estàs.
Todo fue burla y ficcion
quanto dixes; y quando fuera
cierto mi amor, no pudiera
dar efeto a mi aficion,
siendo Mora y yo Christiano:
ni Christiana, por pensar
que quieres serlo, por dar
remedio a tu amor tyrano.
Con esto si en tu mudança
obra amor, y no verdad;
no impida tu libertad

Alim. essa impossible esperança.
 Necio estàs de confiado:
 luego tu te has persuadido,
 ni que tu amor he creydo,
 ni que mi amor te he entregado?
 como me quieres, te quiero;
 te dixè, y pues yo sabia
 que tu pecho lo fingia,
 no fue mi amor verdadero;
 y assi tu sospecha es vana,
 que mi libre voluntad,
 trueca Mora libertad
 por esclauitud Christiana.
Vaneg. Afirmaste en esso?
Alim. Si.
Vaneg. Pues Dios me dè su fauor;
 que la vida y el honor
 es poco arriesgar por ti,
 pues el muriò por saluarte,
 ya, Azen, has visto mi pecho,
 y que por seruirte, he hecho
 quanto pude de mi parte.
 Mas tu la resolucion
 de Alima has visto; y assi
 el no entregartela, en mi
 es precisa obligacion.
Az. Tu quieres que los alfanjes
 de la region Africana
 le den mas sangre Christiana
 a Neptuno, que agua el Ganjes?
 quieres por vna muger
 perder la vida y honor?
Vaneg. Moro, yo tengo valor,
 que no teme tu poder;
 y aunque toda la Berberia
 venga talando y rompiendo,
 la causa de Dios defendiendo,
 el defenderà la mia.
Az. Pues presto boluerè a verte
 con mas Moros, que vè el sol
 atomos.
Vaneg. Vn Español
 a todos dara la muerte.
Az. Tu, cruel, presto has de estar
 en mi poder.
Alim. Ya te espero,
 que por lo mal que te quiero,
 yo misma te he de matar.

Acto tercero

Salen Vanegas, y Arellano.

Vaneg.

Este cuydado me tiene
desuelado.

Arel.

Con razon;
mas pues toda la legion
de tus soldados conuiene,
en que es justo defender
a Alima; pierde el cuydado,
pues queda bien aprouado
con esso tu parecer.

Vaneg.

Ya he escrito a su Magestad
sobre el caso, y quiero agora
de la intencion de la Mora
aueriguar la verdad.
En esta fuente, que al mar
las blancas orillas laua,
con otras la hermosa esclaua
fue venirse a hablar.
Y entre estas ramas oculto
quiero oyr lo que platica,
y ver si a Dios sacrifica
verdadero y firme culto.
Que si descubre que es vano
y engañoso fingimiento,
por mas que proteste, intento
darla al punto al Africano.

Arel.

Es preuencion conueniente.

Vaneg.

Ya comiençan a venir.

Arel.

Pues voyme, por no impedir
lo que has traçado.

Vaneg.

Detente;
que antes quiero que conmigo
te escondas tambien, y veas
el sucesso, porque seas,
si nos, engaña, testigo.

Retiranse.

Sale Daraja.

A parte.

Dara.

Sin efeto solicitas
mi mal, fortuna, y mis quexas,
puesto que a Muley me dexas,
si la libertad me quitas;
piadosa fue tu crueldad,

que entre las glorias de amor
ni me ofende tu rigor,
ni lloro mi libertad.

Sale Pimienta.

A parte.

Pim.

Tanto del amor vencido
me falta ya la paciencia,
quanto de la resistencia
desta barbara corrido.
La soledad mi intencion
fauorece, llegar quiero,
que pechos vence de azero
la porfia y la ocasion.

A parte.

Vaneg.

Esta es Daraja, y tras ella
viene el Sargento, su intento
presumo, porque el Sargento
es laciuo, y ella es bella;
pesaràme, si es assi,
que este su fragilidad
entienda: con breuedad
buscad a Alima, y aqui;
dezid, que la està aguardando
Daraja.

Arel.

Vase.

Pim.

Mora, si ves que me estoy
en tu aficion abrasando.

A parte.

Vaneg.

Dara.

Ved si me engañè.
A cansarme
buelues, Sargento, de nuevo?
tan buenas obras te deuo,
que esperas que has de obligarme?

Pim.

La libertad te quitè,
enamorado de ti,
por gozarte, y siendo aqui
pagado, te la darè.
Traça fue de amor, no injuria,
mi cudicia fue aficion,
amanse tu coraçon,
Mora, la enojada furia:
y libertad gozaràs;
y juntamente contigo
a darla a Muley me obligo.

Dara.

A buen precio nos la das;
afrenta de los Christianos,
no te canses, que primero
me daràn con duro azero
la muerte mis propias manos.

Pim. Mueete ya.
Dara. Antes de aqui
estos montes se mouieran.

A parte.
Pim. Que honrada Mora! no fueran
las Españolas assi!
mira que estoy abrasado;

Arrodillase.
mueuate mi justo ruego.

A parte.
Vaneg. Lo que puede el amor ciego;
que es esto?

A parte.
Pim. Soy desdichado;
a persuadilla me ayuda,
ya que a buen tiempo has venido;
arrodillado le pido,
que pues proposito muda,
y pide bautismo Alima,
se conuierta ella tambien;
que obliga a quererla bien
y ver su error me lastima.

Dara. Ay hombre mas engañoso?
señor.

Vaneg. El credito en vano
le quitas; porque vn Christiano
Español y valeroso
no puede engañar: que agrauio
te ha hecho, en aconsejarte
lo que tanto ha de importarte,
para que intente tu labio
con indignacion y igual
vengarse del ofendido?

Pim. Parece que le he pedido
algo que a ella le estè mal.

Dara. Oye.
Vaneg. No me digas nada, vete.
Dara. Con el poderoso,
siempre el engaño es dichoso,
y la verdad desdichada.

Vase.
A parte.
Pim. Que siempre me ha de coger
assi el General? yo creo
que es sombra de mi desseo;
bueno quedara, a no ser
en fingir tan ingenioso.

Vaneg. Por la guerra que amenaza
el Moro Azen a esta plaça,
Sargento, serà forçoso

que al punto a Bucar partays
a vuestro oficio de espia:
y que de alli cada dia
auisos me remitays,
sin que hasta el fin del suceso
salgays de ella.

A parte.
Pim.

Que rigor,
quando abrasado de amor
de Daraja pierdo el seso!
Mas aun bien, que mi desseo
siempre tan facil ha sido,
que ausente luego me oluido,
y amo solo, quando veo.
Dissimular me conuiene,
pues resistir es en vano.

Vaneg.

El Alferes Arellano
os acompañe, que tiene
valor, y el idioma sabe
Arabigo, porque el quiero
que sirua de mensajero
en negocio que es tan graue;
y el Iudio Salomon
algunas vezes podrá
serlo tambien.

A parte.
Pim.

Sino es ya
excremento de vn leon.

Vaneg.
Pim.

Partanse luego.
Vn momento
no tardaremos los dos
en obedecerte.

Vaneg.

A Dios,
y otra vez, señor Sargento,
puesto que de Christo adora
las eternas marauillas,
no se ponga de rodillas
a conuertir otra Mora.

Vase.
Pim.

Sin duda entendio mi intento,
por buen modo me ha reñido,
sin darse por entendido
de mi loco pensamiento.
Mas obras son de amor ciego;
no aurà quien dello se admire,
o la primer piedra tire,
quien no ha sentido su fuego.

Vase, y salen Salomon y Rodrigo.
Salo.

Ya cubren los verdes campos
los esquadrones Marciales,

y ya las templadas caxas
dan ronco estruendo a los ayres.
Espejos prestan al sol
los azeros relumbrantes,
y al suelo dan primaueras
los vistosos tafetanes.

Rod.

Y contra quien apercibe
sus armas el fiero Marte?

Salo.

A Melilla va a cobrar
su amada Alima el Alcayde;
mas han de darse primero
la batalla en este valle,
el y Abenyufar, vn Moro
de Fez, que de Alima es padre,
porque Azen se la robò,
y dello viene a vengarse,
de su Rey fauorecido,
con quien mas que todos vale.

Salen Azen con Moros y caxas por vna parte, y por otra Abenyufar con Moros y caxas.

Az.

Oyeme atento primero,
Abenyufar, que a vengarte
brille del ayrado Marte
desnudo al sol el azero.
No juzgues graue el error
de auer a Alima robado,
si alguna vez te ha tocado
el loco incendio de amor,
disculpar deue mi intento
tambien la ofensa amorosa,
pues me fue hazerla mi esposa
el fin de mi atreuimiento.
Y si en dichosa ygualdad
no es dueño ya de mi mano,
culpa su rigor tyrano,
no mi firme voluntad.
Prouada està mi intencion,
si el tiempo que la he tenido
en mi tierra, la he seruido
con tan alta estimacion,
que nunca a su honestidad
se ha atreuido mi desseo,
hasta que en dulce hymeneo
posseyera su beldad.
Agora, Abenyufar, pues,
que ella està en poder ageno,
y para cobralla ordeno
el exercito que ves;
de que seruirà perder
las fuerças de nuestra tierra,
si la causa de la guerra

queda en ageno poder?
Quanto es mejor que juntemos
los campos, y breuemente
cobre a Alima nuestra gente,
y a Melilla conquistemos?
que cumplida esta esperançã,
podrà si mi amor no estima,
ni me da la mano Alima,
tomar la tuya vengança.

Aben.

Azen, por auer creydo
que era tu amor deshonesto,
el bruñido arnes me he puesto,
y el coruo alfanje he ceñido,
que es dificil de creer,
que quien a Alima robò,
quien la ocultò y conquistò
sin defensa y con poder,
ni a su honor y honestidad
el decoro aya perdido,
ni con mano de marido
venciesse su voluntad.
Y mas quando ella en tu mano
gana tanto; pero ya
que como dizes, serà,
el hazerte guerra, en vano,
por estar la causa hermosa
cautiua, y tu amor dessea
cobralla, para que sea
en paz tu adorada esposa;
por esso, y por lo demas
que alegas, de tu delito
dilato, que no remito
la pena, mas no podras
librarte della, si Alima
niega, lo que has dicho aqui,
y està ofendido de ti
el honor que tanto estima.

Az.

Si lo negare, me obligo
a la pena de mi exceso.

Aben.

La mano te doy con esso
de aliado, no de amigo,
mientras no me satisfazes.

Az.

Presto veràs mi verdad.

Aben.

Pues a Melilla marchad;
treguas hago, que no pazes.

Vase y su gente.

Salen Pimienta y Arellano de Moros.

Pim.

Gran exercito ha juntado
el Moro.

Arell.

Y pues le acompaña

el de Fez, a toda España
puede poner en cuydado.

A parte.

Salo.

El Sargento es el que miro,
y el Alferez, viue Dios,
pues me la deuen los dos,
que no han de hazerme otro tiro.
Famoso Alcayde, el Christiano
que robò a Alima, es aquel;
y el otro que està con el,
el Alferez Arellano.

Az.

Pagaràn las penas mias
con las vidas, viue Dios;
Moros, matad a esos dos,

Acuchillanlos.

Pim.

que son Christianos espias,
Vendidos somos, valednos,
Madre de Dios.

Az.

Dos Christianos
se os defienden, Africanos?
Virgen santa, socorrednos.

Arel.

Sale Amet.

Amet.

Az.

Amet.

No lo mateys, deteneos.
Tu me resistes?
Azen,
solo a disponer tu bien
se encaminan mis desseos.
Y te he dicho ya otras vezes
que irritas el santo cielo
en tu daño, quando el suelo
con sangre humana humedeces:
prendelos, y no los mates.

Az.

Ya me enfadan tus porfias,
cansan tus hechizarias,
y ofenden tus disparates.
Tu los defiendes? que ley
te obliga, Amet, si estos son
por quien estan en prision,
Daraja, Alima, y Muley?

Amet.

Bien pudieras auer visto,
la verdad que afirmo, en esso,
pues viendo a mi hijo preso,
a la vengança resisto.
Y assi quiero persuadirte
que no les des muerte, mira
que irritas de Dios la yra,
y tarde has de arrepentirte.

Az.

Esso mismo mi furor
aumenta, y yo con mis manos
he de matar los Christianos;

veràs que es vano temor,
el que te acouarda.
Arel. Ya
no me puedo defender.
Vale a dar Azen, y bueluese Arellano en arbol por tramoya.
Az. Librete de mi poder,
si desto se ofende, Alà;
mas que es esto, cielo ayrado?
hasta en esto me hazeys guerra?
Salo. O le ha tragado la tierra,
o en arbol se ha transformado.
Amet. Mira agora si te engaño.
Az. Todas son hechizarias
tuyas.
Amet. Tus locas porfias
van maquinando tu daño.
Moro. En vano de vn campo entero
quieres solo defenderte.
Pim. A perros.
Vase.
Az. Ni le deys muerte
tan breuemente, que quiero
que se la den mil tormentos.
Amet. De tan poco fruto han sido
en tu pecho endurecido
persuaciones y portentos?
Az. Ni me acouarda tu encanto,
ni al cielo enojado temo.
Amet. Enfrena el furor blasfemo,
con que a Dios ofendes tanto;
mira que te sufre, no
porque su inmenso poder
no te pueda deshazer,
tambien como te formò,
sino por ser su creatura,
que al fin como padre intenta,
mas que castigar su afrenta,
dar remedio a tu locura.
Az. Amet, si su omnipotencia
solicita mi remedio,
no ha sido acertado medio
apurarme la paciencia,
priuandome de mi Alima:
no me prediques en vano;
muera el infame Christiano
en esta profunda cima
rabiando, como yo rabio,
pues por el perdi mi bien,
o librele el cielo.

Coge Azen del vestuario vn hombre vestido como Pimienta, y echalo por vn escotillon, y Pimienta parece luego en lo alto del vestuario.

Pim.

Azen,
en vano intentas mi agrauio,
si Dios me quiere guardar.

Vase.

Az.

Que es esto?

Salo.

El Christiano mismo,
que desta mina al abismo
acabaste de arrojar,
està en la cumbre del monte.

Az.

Rabiando estoy.

Amet.

Sarracenos,
cuyas lunas amenaçan
al Sol del Christiano Imperio,
pues tan claras experiencias
de milagrosos portentos
veys que no mueuen de Azen
el duro y rebelde pecho.
Vosotros, si estos prodigios
han persuadido los vuestros,
obligad a vuestro Alcayde
a que admita mis consejos.
Mirad que os lleua, paganos,
a dar guerra al mismo cielo;
que a la voluntad de Alà,
y a su poder vays opuestos.
Si le adorays y temeys,
y si algun credito tengo
por mis obras con vosotros,
yo os exorto y amonesto
que mis consejos sigays,
pues con mi ciencia a poneros
sin estrepitu Marcial
dentro en Melilla me ofrezco,
abiertos tendreys sus muros,
y a los Christianos en ellos
sin armas, y de tal suerte
sus belicosos instrumentos,
que aunque den fuego a las pieças,
las balas no impela el fuego,
antes que dentro en la cerca
estè vuestro campo entero.
Esto prometo cumpliros;
y ved si engañaros puedo,
quando de mi caro hijo
la libertad me va en ello.
Y porque del todo esteys
seguros de mis intentos:
yo quiero entrar de Melilla

en los muros el primero:
que respondeys, Africanos?
Que todos te seguiremos.

Todos.
A parte.
Az.

Contra mi conspiraràn,
si a Bichalin no obedezco.
Yo tambien, valientes Moros,
sus pareceres aprueuo:
que si hasta aqui resistia,
fue por temor de ofenderos.

Amet.

Pues dos condiciones solas,
si conseguir el efeto
quereys, os he de poner.

Az.
Amet.

Dilas, *Amet.*
Lo primero
es, que no aueys de ofender
los Christianos, y el intento
se ha de emprender, sin que tiña
sangre humana el blanco azero.
Esta es voluntad de Alà;
porque a su piadoso pecho
la barbara guerra ofende
y el homicidio sangriento:
que como el hombre es creatura
en que echò su amor el resto,
le enoja que ellos deshagan
sus mas amados efetos.
Y assi pues yo os asseguro,
y en fe de lo que os prometo,
precursor vuestro he de ser,
y os doy por prenda a mi mesmo;
he de yr en esto tambien
seguro del cumplimiento:
y para estarlo, mirad
que os apercibo y aduerto,
que ni flecha, ni arcabuz,
ni alfange, ni otro pertrecho
de guerra aueys de lleuar,
que vn puñal el mas pequeño
serà del rigor de Alà,
y vuestro daño instrumento.
La segunda condicion
que os propongo, Sarracenos,
es que aueys de confessar
vn solo Dios verdadero,
negando a Mahoma el culto,
que al autor del vniuerso
tyraniza injustamente
en los Otomanos Reynos:
que me respondeys? callays?

Si hasta agora no me dieron
credito firme en vosotros
las marauillas que he hecho
en la tierra, y pretendeys
ver señales en el cielo;

Parece vn Cometa en lo alto, como lo refiere la letra.
ved el crinado Cometa,
que la esfera discurriendo,
acredita mis verdades,
y amenaza vuestros yerros.
Ved como a mi mano embia

Cae por tramoya vna vanderá colorada con medias lunas, en la mano de Amet.
el Dios de los firmamentos
el guion, con que me nombra
por caudillo suyo y vuestro;
dareys credito agora?

Az. Quando tus milagros vemos;
quien podrá no obedecerte?

Zay. Todos estamos sujetos
a tu voluntad.

Otro. Guardar,
tus condiciones queremos.

Am. Pues dezid que confessays
que vn Dios solo tiene el cetro
de ambos mundos, y Mahoma
no es profeta verdadero.

Todos. Si dezimos.

A parte.

Az. Mas que importa?
que el sabe nuestros intentos.

A parte.

Zay. Los coraçones lo niegan.

Otro. No lo confiessan los pechos.

A parte.

Am. Todos pues os despojad
de las armas, y diziendo;
Alà te oyga, Amet, seguid
la vanderá que os diò el cielo.

Vase.

Todos. Alà te oyga, Amet.

Vanse.

A parte.

Az. Que Azen
lleua en el alma el infierno.

Vase.

Rod. Salomon, destes prodigios
estoy turbado y suspenso.

Vase.

Salo. Y a mi me espantan de suerte,
que voy humedo de miedo:

A parte.

mas que he hazer? ay de mi,
que me ha cogido el Sargento;
y si ha entendido mi intento,
acaba conmigo aqui;
harè del ladron fiel,
Sargento amigo.

Sale Pimienta de Moro.

Pim.

Iudio, viuo estàs?

Salo.

Y el pecho mio,
aunque fuyste tan cruel,
se ha holgado de la piedad
que ha vsado el cielo contigo.

Pim.

Dios te guarde.

Salo.

Soy tu amigo;
no pagas mi voluntad,
mas dime: como te atreues
a poner a riesgo ygual?

Pim.

Obedezco al General.

Salo.

A fe que no se lo deues.

Pim.

Como?

A parte.

Salo.

Yo le quiero dar
con vn inuentado enredo
pesares; pues no me puedo
con otro medio vengar.

Pim.

Dudas dezillo?

Salo.

El secreto
antes me has de prometer,
si de mi lo has de saber.

Pim.

Di, que yo te lo prometo.

Salo.

Quando diò la compañia
al Sargento don Guillen:
diziendole que tambien
tu valor la pretendia;
dixo con mucho desprecio:
pues aunque son amarillos
cagajones, y membrillos,
no echarà de ver el necio
que ay diferencia en los dos?

Pim.

Esso dixo?

Salo.

Yo lo oî,
y en el alma lo senti.
Que tal sufro? viue Dios,
si a pisar bueluo el castillo,
que he de dezirle en su cara,
aunque el viuir me costara,
que Pimienta es el membrillo.

Pim.

A parte.

Salo.

Pimienta lleua Pimienta,

lindamente lo creyò;
pues tan mal rato me diò,
lleuese este para en cuenta.

Vanse.
Sale Vanegas.
Vaneg.

Gracias os doy, sacro autor
de las causas, que me veo
vencedor de mi desseo,
de mi mismo vencedor;
gracias os doy justamente,
que a vos, y no a mi, la gloria
deuo de tan gran victoria:
que de vn furor tan ardiente
solo librarme podia
vuestro auxilio; en tal accion
vuestra fue la execucion,
sola la intencion fue mia:
con Daraja hablando viene
Alima, escucharlas quiero,
que saber si es verdadero
su nueuo intento conuiene,
para resolverme assi
a dalla, o a defendella.

Retirase.
Salen Alima, y Daraja.
Alim.

Confieso, Daraja bella,
que despechada fingi,
por librarme de tu hermano
que ser Christiana queria.

A parte.
Vaneg.

Luego la sospecha mia,
falsa Mora, no fue en vano,
entregarele al momento
al Alcayde, y cessarà
esta guerra.

Dara.

Pues si ya
conseguiste assi tu intento;
porque agora la verdad
no declaras, y has querido,
quando tu padre ha venido
a darte la libertad,
ser esclaua del Christiano,
mas que boluerte a gozar
sus regalos, si has de estar
libre con el de mi hermano?

A parte.
Vaneg.
Alim.

Sola esta respuesta espero.
Inuestigables caminos
son, Daraja, los diuinos;
la lengua sola primero

con engañosa intencion
pidiò el Bautismo; mas luego
no se como llegò el fuego
de la boca al coraçon.

Por no descubrir mi engaño,
por cumplimiento passè
el Catechismo, y hallè
gusto tan nueuo y estraño;
tal gozo el alma sintiò,
en su patente verdad,
que en ella la falsedad
del Alcoran conociò;
y assi no podrà la muerte
mudar ya mi firme intento.

Vaneg.

Y yo morirè contento,
Alima, por defenderte.

Alim.

Nos has escuchado?

Vaneg.

Si,
y el gran gozo me enloquece,
de saber que no enflaquece
esse proposito en ti:
venga toda Berberia,
que en Dios mi esperança fundo,
y no ay poder en el mundo
contra aquel que en Dios confia.

Vase.

Alim.

No se inclinò a tu valor,
General, mi pecho en vano;
si bien ya a tu amor humano
vence en mi el diuino amor:
y quando no en sus preceptos
sus verdades conociera,
claramente las leyera
en tan estraños efetos.

Sale Arlaja.

Arla.

Preuenme albricias, Daraja,
de las nueuas de tu bien,
que contra Melilla Azen
con gran exercito baxa;
oy antes que passe el dia,
esta plaça sitiarà.

Dara.

Amor su sangre me dà;
desamor su tyrania.

Arla.

Ven a saber nouedades
al castillo.

Dara.

Ven, Alima.

Vase.

Alim.

Daraja, mi fe te estima;
mas perdonen las crueldades
de Azen, porque oy esta mano

al Moro darà a entender,
quanto puede vna muger,
que anima valor Christiano.

Arla. Date, Alima, esse valor
el amor del General?

Alim. No, Arlaja, no, porque mal
humano y diuino amor
cabèn en vn pecho mismo;
otra soy de la que fui,
solo el de Dios arde en mi,
solo aspiro ya al Bautismo.

Vanse.
Salen Vanegas, Pimienta, Salomon, y Arellano.

Vaneg. Que haze tan nuevos portentos
y tan estraños prodigios
el Morabito? y que tu
en tanto riesgo te has visto?

Pim. Si, yo por seruir al Rey,
me he puesto a tantos peligros;
que yo, señor General,
soy membrillo, y tan membrillo;
que voto a Dios.

Vaneg. Que es aquesto? que dezis, Sargento?

Pim. Digo
que soy membrillo, y que fuera
de vos, que al fin os estimo
por mi General, si alguno
huuiere pensado, o dicho
que no soy membrillo yo,
como vn couarde ha mentido.

A parte.
Vaneg. Sin duda ha perdido el seso.
Salo. Señor, por todo el camino
ha dado en esta locura.

Vaneg. Que gran lastima!
Salo. El juyzio
perdiò de temor de verse
en aquel mortal peligro.

Vaneg. Consintamos con su tema
para sossegarle; digo
que eres membrillo, Pimienta.

Todos. Todos tambien lo dezimos.
Pim. Esso si, que ya con esso
quien lo afirmò, se ha desdicho;
y entiendame quien me entiende.

A parte.
Vaneg. Que compasion!
A parte.
Arel. Que delirio!
Vaneg. Prosigue tu relacion.

Arel.

Digo que le ha prometido
el Morabito al Alcayde,
que por sus artes y hechizos
tendra patentes las puertas
desta cerca, y al castillo
llegaràn sin resistencias;
que estaremos impedidos
por sus encantos de suerte
para el marcial exercicio:
que ni el azero de heridas,
ni al ayre balas los tiros,
ni la poluora ni el fuego
vsen del ardiente oficio.
Pusoles dos condiciones,
que aunque duras, al fin hizo,
que a cumplirlas se obligassen,
la fuerça de sus prodigios.
Vna, que vengan sin armas
a la empresa, y sin herirnos
nos sujeten, porque Dios
se ofende del homicidio.
Otra fue, que confessassen
vn Dios solo, y el diuino
culto a Mahoma le nieguen,
como a profeta fingido.
Hizieronlo assi, y diciendo;
Dios te oyga, Amet, por caudillo
le siguen; y oy llegaràn
sin duda a verse contigo.

A parte.

Vaneg.

O este Morabito es Angel,
o el orden se ha peruertido
del mundo; de estratagema
he de vsar, que este Iudio
es doble espia: que es esto,
cielos? tanto os he ofendido,

Finge que llora.

que deys fuerça contra mi
a diabolicos hechizos?

Pim.

Lloras, General valiente?
esso si es no ser membrillo.

Vaneg.

Llorar de honrado es valor,
que de morir no me aflijo,
sino de ver que la suerte,
que mi esfuerço ha conocido,
trace medios sin defensa,
con que el honor y el castillo
pierda, que en mis ombros puso
el Catholico Filipino.
Buelue, Salomon, al campo,

y al Alcayde Berberisco
di que le darè su hermana,
y al Morabito su hijo,
y de plata diez mil onças,
solo porque sus hechizos,
antes que a Melilla, assalten
otro Christiano presidio.
Que solo ser el primero
siento mas, por el peligro
que con mis emulos corre
la opinion del honor mio.

Salo.

Vase.

Vaneg.

Parto a seruirte.

Bolando,
que se acerca el enemigo.

Pim.

Arel.

Vaneg.

Que assi muestres couardia?

Todos estamos corridos.

Callad, que es ardid de guerra,
soldados, el que aueys visto.

Pim.

Vaneg.

Como?

Escuchad mi discurso;
o este Morabito ha sido
Angel en forma de Moro,
que para justo castigo
al Africa Dios embia,
como muestran los indicios,
de aueros dado las vidas,
y de auerles persuadido
que vn Dios confiessen, y nieguen
a Mahoma, y que de Christo
los professores no ofendan,
trayendolos al suplicio
sin armas, y si esto es cierto,
es cierto verlos vencidos:
o los diabolicos pactos
dan efeto a sus hechizos,
y si es esto, menos temo,
quanto mas en Dios confio,
que no ha de dar al demonio
potestad sobre sus hijos.
Y assi porque no desistan
desta faccion, acredito,
con el temor que les muestro,
lo que el Morabito ha dicho;
que bien se yo que el Alcayde
no ha de admitir los partidos,
mientras no le bueluo a Alima.

Pim.

Vaneg.

Tu ingenio y valor diuino
con emulacion se ayudan.

Pues dadme atencion, amigos;

y porque el fin consigamos,
escuchad lo que imagino:
la cerca ha de estar abierta,
pero cerrado el castillo,
y los soldados sin armas
por los muros repartidos,
ceuadas en el cañon
las piezas, porque encendido
el poluorin, no disparen;
cien hombres en los nauios
huyendo se embarcaràn
a vista de los Moriscos:
para que ellos confiados
con ver que son los indicios
conforme a las promesas
del Morabito caudillo;
en tropa ocupen la cerca,
y estando dentro, el rastrillo
echaremos, y seràn
todos muertos o cautiuos;
y los ciento, que embarcados
han de estar, de los nauios
saldran al punto, a dar muerte
a los Moros fugitiuos.

Arel.

Son ardides como tuyos.

Vaneg.

Oy quedamos todos ricos
de los paganos despojos.

Pim.

Ojalà los Berberiscos
traxeran sus fuertes armas,
vieras si yo soy membrillo.

Vanse.

Salo.

Estos partidos te ofrece.

Tocan caxas, salen todos los Moros sin armas, que las lleuan ocultas, y el Morabito con el estandarte, y Salomon.

Az.

Pero no a mi Alima bella?

Salo.

A Alima no.

Az.

Pues sin ella,
mi ardiente colera crece,
marchad, fuertes Africanos.

Am.

Ved si es mi ciencia euidente,
pues mi fama solamente
dà tal miedo a los Christianos;
ved los soldados, que al mar
corriendo van fugitiuos.

Az.

Yo pierdo aquellos cautiuos.

Am.

Aunque los ves embarcar,
veràs que el viento no dexa
salir las naues del puerto;
ved como os aguarda abierto
el muro de Villa vieja;

ved como sobre los muros
encantados y suspensos,
desarmados è indefensos,
están de su mal seguros.
Ved como dan los fogones
en vano llamas al viento,
sin que al ardiente elemento
obedezcan los cañones.
Veys como el efeto os doy
conforme con la promesa?
Moros a la cerca apriessa;
entrad, que delante voy.

Vase.

Todos.

Aben.

Dios te oyga, Amet.

Quiera Alà

que bien te suceda, Azen.

Az.

Quando no suceda bien,
cerca tu exercito està;
y sin el vencer dificultades
con estos magicos modos,
no tengas temor, que todos
lleuamos armas ocultas;
Africa, cierra.

Salo.

Oy acabo
la vengança de mi enojo;
no quiero mas del despojo,
que a Pimienta por esclauo.

Vase.

Salen Vanegas, Pimienta, Arellano, y los demas soldados en lo alto.

Pim.

De doze mil Moros passa
el exercito.

Arel.

En la cerca
van entrando de tropel.

Los Moros.

Zay.

Cerradas están las puertas
del castillo.

Az.

Bichalin,
abra tu encanto la fuerça.

Vaneg.

Ya están de la cerca dentro
todos los Alarbes; echa
el rastrillo: Moros viles,
la imagen de Christo es esta,

Muestra vn Christo.

el solo es Dios verdadero;
los que a su ley se conuieran
de vosotros, serán libres;
los demas, sino se entregan
por cautiuos, moriran;

Acuchillanse.

cierra, España, España, cierra.

Vanse.

Az.

Perdidos somos, Amet,
cumple agora tus promesas.

Am.

Yo no te he engañado; aduierte,
yo prometí que la cerca
abierta, Azen, hallarias,
y los Christianos en ella
desarmados, sin que al viento
las balas diessen las piezas,
antes que al castillo mismo
llegasses sin resistencia,
todo ha sucedido assi.
Si agora el cielo os condena,
culpate a ti y a los tuyos,
que trayendo armas secretas,
aueys ofendido a Alà,
y a mi engañado, que dellas
las centellas han salido,
con que el Christiano os ofenda:
Azen, Azen, estos son
castigos de tus blasfemias,
que contra el poder del cielo
no ay resistencia en la tierra.

Sale Pimienta.

Pim.

Suelta la vandera, Amet.

Quitase la.

Az.

El vil Morabito muera,
que nos ha engañado.

Am.

En vano
intentays hazerme ofensa.

Vase por tramoya.

Az.

Sus hechizos le han valido.

Zay.

Por encima de la cerca
se escapò, vencidos somos.

Salen Vanegas y todos, y Alima con espada embiste a Azen.

Vaneg.

Si no se rindieren, mueran.

Zay.

Rendidos nos ves.

Alim.

Azen,
aqui pagaràs mi ofensa.

Cae herido Azen.

Az.

Matarme, quando ya muero,
hazaña serà pequeña.

Alim.

Confiessa a Christo por Dios,
y de Mahoma reniega.

Az.

Yo lo harè, Alima, con solo
que vna merced me concedas.

Alim.

Di, que por saluarte, Azen,
no aurà cosa que no emprenda.

Az.

Que la palabra me des,
de que nadie te possea

por esposa, ya que yo
no he merecido tus prendas.
Alim. Yo lo prometo.
Az. Y yo quiero morir Christiano.
Vaneg. Pues entra
donde el Bautismo recibas.
Sale Pimienta con la vandera del Morabito.
Pim. La vandera roja es esta
de los Moros, ved agora
si soy membrillo.
Vaneg. Pimienta,
desde oy eres Capitan.
Pim. Dame esos pies.
Arel. Quantos quedan
con la vida de los Moros
a esclautud se sujetan.
Alim. Menos Daraja, y Muley,
y mi padre, gran Vanegas,
cuyas libertades pido.
Vaneg. No aurà cosa que no puedas.
Dara. El Bautismo te pedimos,
noble General, con ella,
que la verdad de tu ley
estos prodigios enseñan.
Aben. Yo pido lo mismo.
Pim. Y muchos
conuertidos lo dessean.
Vaneg. De todos serè padrino;
hazañas de Dios son estas,
y este el fin, noble Senado,
desta historia verdadera,
que llaman, la manganilla
de Melilla por Vanegas,
de que el Morabito Amet
fuesse Angel, huuo sospechas,
como las causas y efetos,
que aueys visto, lo comprueuan,
tras esto podreys creer,
señores, lo que os parezca,
como creays que es seruiros
la voluntad del Poeta.

Fin de la Comedia

La Prueba De Las Promesas

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Personas que hablan en ella:

- **Don JUAN, galán**
- **Don ENRIQUE, galán**
- **Don ILLÁN, viejo grave**
- **PÉREZ, escudero**
- **Doña BLANCA, dama**
- **LUCÍA, criada**
- **TRISTÁN, gracioso**
- **CHACÓN, criado**
- **Un CAMINANTE**
- **Un PAJE**
- **Tres PRETENDIENTES**
- **Dos CRIADOS**

ACTO PRIMERO

Salen don ILLÁN Y BLANCA

ILLÁN: De las desventuras largas,
los bandos, muertes y daños
que han durado tantos años
entre Toledos y Vargas,
quiere el cielo soberano
que el alegre fin se vea,
querida Blanca, y que sea
el medio de paz tu mano.

Don Enrique, la cabeza
de los Vargas--¡qué ventura!--
vendernos la paz procura
aprecio de tu belleza.

Solo, hija, falta aquí,
para fin de tantos males,
que entre esos finos corales
se forme un dichoso sí.

¿Qué te suspendes? Comienza
a responderme. ¿Qué es esto?
Si es que de tu estado honesto
te enmudece la vergüenza,
con tu padre sola estás,
donde perdonarte puedes
lo que a tu costumbre excedes
por el gusto que me das.

Más virtud es, Blanca hermosa,
en este caso presente
responder por obediente
que callar por vergonzosa.

BLANCA: La novedad de ese intento
imposible me parece;
y así, la lengua enmudece
lo que admira el pensamiento;
que esto en suceso tan vario,
padre y señor, es forzoso,
si en un punto miro esposo
al que agora vi contrario.

¿Cómo no estaré turbada,
suspensa y enmudecida,
si con la mano convida,
que aun no ha envainado la espada?

ILLÁN: Eso no debe, admirarte;
que no es ésta, según creo,

la primer vez que himeneo
aplacó el furor de Marte.

BLANCA: Ya que yo no he de admirarme,
tú al menos has de mirar
que de aborrecer a antar
no es tan fácil el mudarme.

Y así, si darme marido,
y no enemigo, deseas,
por quien sin vida me veas
término, señor, te pido
en que con el pensamiento
de que soy de él estimada,
de la enemistad pasada
pierda el aborrecimiento.

ILLÁN: Presto le querrás, si adviertes
que es poderoso y galán,
y que estas bodas serán
remedio de tantas muertes
que eres pobre, y tu beldad
sola conquista su amor;
que éste es el medio mejor
de mover la voluntad;
que ni yo quiero, ni es justo,
casarte con tu enemigo.

BLANCA: La mayor fuerza conmigo
será ser ése tu gusto.

Vase doña BLANCA

ILLÁN: Pues tan provechoso intento
resistencia tal ha hallado,
otro amoroso cuidado
ocupa su pensamiento.
Pero remediarlo espero.
¡Lucía!

Sale LUCÍA

LUCÍA: ¿Señor...?

ILLÁN: Advierte
Que hoy mi buena o mala suerte
poner en tus manos quiero.
La palabra me has de dar,
a ley de mujer honrada,
de que no negarás nada
de lo que he de preguntar;
que yo la doy desde aquí
del galardón que quisieres

y que lo que me dijeres
no saldrá jamás de mí.

LUCÍA: Donde el servirle es tan justo,
de tus promesas me ofendo,
porque en ello no pretendo
más premio que darte gusto.
Seguro de mi verdad
pregunta; que te prometo
que en mi pecho no hay secreto
que te niegue mi lealtad.

ILLÁN: Sabe pues, hija Lucía,
que Blanca me da cuidado;
que es tiempo de darle estado,
y para hacerlo querría
aaber de tí, pues mejor
de nadie inforinarme puedo,
que galanes de Toledo
solicitan su favor,
y a cuál tiene inclinación
de todos Blanca; que es justo
que se haga con su gusto,
si puede ser, la elección.

LUCÍA: Señor, quererte contar
los que su amor atormenta,
será reducir a cuenta
las arenas de la mar.
De todos pues, te diré
dos solamente, que son
los de más estimación
y en quien más amor se ve.
Uno es don Juan de Ribera,
y don Enrique de Vargas
es el otro; y pues me encargas
que el que en su pecho prefiera
te declare, me parece,
si son de pasiones tales
pregoneras las señales,
que a don Enrique aborrece
y a don Juan tiene afición;
aunque, si digo verdad,
con su mucha honestidad
reprime su inclinación;
y así, don Juan hasta agora
se tiene por desdichado,
porque jamás ha alcanzado
un favor de mi señora.
Esto es, señor, lo que sé;
y piensa que si supiera
más, también te lo dijera.

ILLÁN: Bien cierto estoy de tu fe;

y pues que tan de mi parte
en este caso te veo,
te diré lo que deseo.

LUCÍA: Bien puedes de mí fiarte.

ILLÁN: Yo confieso que don Juan
es muy deudo del marqués
de Tarifa, y digo que es
rico, discreto y galán,
y que tuviera mi hija
en él venturoso empleo;
mas con todo, mi deseo
es que a don Enrique elija;
que demás de que no tiene
menos partes que don Juan
de rico, noble y galán,
esto a la quietud conviene,
porque la paz se concluya
de disensiones tan largas
entre Toledos y Vargas,
por ser él cabeza suya;
y así, tú de aquí adelante
encarmina su intención,
haciendo en su ejecución
cuanto juzgues importante.

Habla bien con Blanca de él,
y ocasiones facilita
en que le escuche, y admita
ya el recado, ya el papel,
para inclinar a su amor.
Mas vé con tiento, y advierte
que ha de ser esto de suerte
que no peligre mi honor.

Los medios ordenarás
por el fin que se pretende.

LUCÍA: Bien sé hasta dónde se extiende
la licencia que me das.

ILLÁN: Y si se ofrece tratar
de don Juan, ponle defetos
importantes y secretos,
porque no pueda probar
lo contrario; y verás luego
como en un término breve
se trueca en fuego la nieve,
y en nieve se trueca el fuego.

LUCÍA: Yo espero hacerlo de modo
que alcance lo que pretendo.

ILLÁN: Como fuere sucediendo,
me vé avisando de todo;
que el día que tenga efeto
esta intención, ese día

cincuenta doblas, Lucía,
en albricias te prometo.
LUCÍA: Pues, perdóneme don Juan,
y da el negocio por hecho;
que tantas doblas ¿qué pecho
de bronce no doblarán?

Vanse. Salen don JUAN y TRISTÁN

TRISTÁN: Con una traza sospecho
que tendrás tiempo y lugar,
señor, para conquistar
de Blanca el esquivo pecho.

JUAN: Dila; que si es provechosa,
con extremo lo serán
tus albricias.

TRISTÁN: Don Illán,
padre de tu prenda hermosa,
estudia con gran cuidado
La magia y nigromancia.
De su criada Lucía,
con quien de amores he andado,
lo he sabido; que en efeto
es mujer y me ha querido
y como es niño Cupido,
no sabe guardar secreto.
Paréceme que fingir
que sabes la magia fuera
un medio que te pudiera
por su amigo introducir;
y una vez introducido,
te sobrarán ocasiones
de lograr tus pretensiones.

JUAN: Traza como tuya ha sido.
Si él en esa profesión
es docto, y yo no la sé,
di necio, ¿cómo podré
salir con esa invención?
En sabiendo que mentí
y le engañé, ¿no es forzoso
tenerme por sospechoso
y recelarse de mí?

TRISTÁN: Recibe mi buen intento.

JUAN: No estoy desagradecido,
porque no del todo ha sido
inútil tu pensamiento;
que el decirme que ha estudiado
don Illan nigromancia,
me ha dado extraña alegría,

porque tan aficionado
he sido siempre a sabella,
que sin duda alguna creo
que en mi pecho este deseo
igual a al de Blanca bella;
y así, dos fines intento
con solo un medio alcanzar.

TRISTÁN: ¿Cómo?

JUAN: De tí he de fiar,
Tristán, este pensamiento,
pues tanto tiempo has tenido
de mi secreto las llaves,
y de mil sucesos graves
mudo depósito has sido.

Ven; que te quiero decir
a lo que resuelto estoy.

TRISTÁN: Ya sabes que piedra soy
en el callar y sufrir.

Vanse. Salen LUCÍA, don ENRIQUE y CHACÓN

LUCÍA: Éste es, señor, el estado,
ésta la nueva que puedo
daros de vuestro cuidado.

ENRIQUE: De don Illán de Toledo
la voluntad me ha obligado,
si bien puedo presumir
que la finge por cumplir
conmigo, y que allá en secreto,
para que estorbe su efeto,
sabe a Blanca persuadir.

LUCÍA: La pasada enemistad
desacreditar pudiera
el deseo y voluntad
de don Illán, si no fuera
testigo de su verdad
el desdén que antes de agora
doña Blanca, mi señora,
mostró siempre a vuestro amor;
mas porque de mi señor
no penséis que falso dora
con aparente afición
secreto aborrecimiento,
yo tengo de él comisión
pPara ayudar vuestro intento
hasta ver su ejecución;
y así, Enrique, ved qué oficio,
qué invención o qué artificio,
qué exceso quereis que haga

con que de esto os satisfaga,
que importe a vuestro servicio.

ENRIQUE: Solamente en cumplimiento
de lo que ofreces, intento
que me des tiempo y lugar
en que a solas pueda hablar
a quien causa mi tormento.

LUCÍA: ¡A solas!

ENRIQUE: Sí: ¿qué temor
te acobarda?

LUCÍA: Yo he de hacer
de suerte, por vuestro amor,
que riesgo no ha de correr
de doña Blanca el honor.

ENRIQUE: Pierda la vida al momento
que tan atroz pensamiento
tenga en mi pecho lugar.
Solo la pretendo hablar
y decirle el mal que siento;
y porque crédito des
a esta verdad, y se vea
que otra mi intencion no es,
quiero que en su casa sea,
y que tú con ella estés.

LUCÍA: Eso lleva más camino,
y serviros determino.

ENRIQUE: Pues comiéndalo a trazar.

LUCÍA: Bien fácil es de alcanzar
con el medio que imagino.

ENRIQUE: Habla, pues; ¿qué te detiene?

LUCÍA: En el estudio os entrad
de don Illán.

ENRIQUE: ¿Y si él viene?

LUCÍA: A mi cargo lo dejad.
Demás que el estudio tiene
mesas, estantes, cajones,
que dan ocultos rincones.
Y advertid que mi señora
no sepa que soy la autora
que ayuda estas pretensiones.

Vase

ENRIQUE: Entra conmigo Chacón;
que importa tu compañía,
si hay peligro en la ocasión.

CHACÓN: (El favor perdonaría;
que recelo una traición.)

Aparte

Vanse. Salen doña BLANCA y LUCÍA

BLANCA: Amiga Lucía,
ya triste no puedo
encubrir las llamas
de mi loco incendio.
Mientras no soplaban
contrarios intentos,
oculto en cenizas
reposaba el fuego;
mas ya la violencia
de enemigos vientos
descubrió la brasa,
encendió el deseo.
Sabe que mi padre,
Quiere...--¡oh, santos cielos,
esta triste vida
me quitad primero!--
...quiere a don Enrique
darme en casamiento,
contrario a mi sangre,
y a mi gusto opuesto,
siendo--¡ay desdichada!--
de mis pensamientos
don Juan de Ribera
el único dueño.
Porque se conformen
los bandos sangrientos
de los dos linajes
Vargas y Toledos,
tan a costa mía
se ha trazado el medio,
que ha de ser mi gusto
víctima del pueblo.
Mira mis desdichas,
siente mis tormentos;
o afila un cuchillo,
o traza un remedio.

LUCÍA: Señora, en mi pensamiento
halla justa resistencia
el faltarte la paciencia,
sobrándote entendimiento.
De la Fortuna el rigor
prueba el pecho valeroso,
porque en el tiempo dichoso
vive dormido el valor.

BLANCA: Amor es niño, y no tiene
sufrimiento en sus antojos.

LUCÍA: Di que como está sin ojos,

no ve lo que le conviene;
que yo sé que si un momento
te deja abrir la pasión
los ojos de la razón,
has de mudar pensamiento.

BLANCA: ¿Qué dices! ¿Estás en tí?
Pues don Juan, ¿no me está bien?
Conjúraste tú tambien
con mí padre contra mí?

Dime, ¿no eres tú quien de él
tantas gracias me ha contado,
y quien darme ha procurado,
ya el recado, ya el papel?

Pues ¿cómo agora me das
consejo tan diferente?
Di, ¿de qué nuevo accidente
tan presto mudada estás?

LUCÍA: Yo te confieso que he sido
quien procuró tu favor
para don Juan, y a su amor,
señora, te he persuadido;
mas fue porque no sabía
lo que he sabido después,
que a la mudanza que ves
me ha obligado.

BLANCA: ¿Y es, Lucía?

LUCÍA: ¿Mandas que lo diga?

BLANCA: Sí .

LUCÍA: ¿Has de enojarte?

BLANCA: No haré.

LUCÍA: (El cielo favor me dé,
que van las doblas aquí.)
Bien conoces á Tristan.

BLANCA: Sí conozco.

LUCÍA: Y has sabido
que él el mensajero ha sido
de las penas de don Juan.

BLANCA: Sí.

LUCÍA: Pues él, en puridad
hablando conmigo ayer,
desesperando de ver
amansada, tu crueldad,
como siempre tan terrible
te has mostrado a su porfía,
dijo, "En efeto, Lucía,
¿esta empresa es imposible?"
Yo le respondi, "Tristan,
según lo que he visto, infiero
que alcanzará al sol primero
que a mi señora, don Juan."

Aparte

Entonces cabeceó
Tristán, y dijo, "¡Qué fuera
si doña Blanca supiera
los secretos que sé yo!"

Yo, que récele tu mal
con esto, empecé a tener
curiosidad de mujer
ycuidado de leal,

y le dije, "Por mi vida,
que los digas; que prometo
que te guardaré secreto,
y te seré agradecida."

Él, que oligarme quisiera,
porque, si dice verdad,
reino yo en su voluntad,
me dijo de esta manera,

"Sabe pues que aunque don Juan,
mi señor, en lo que ves,
de la cabeza a los pies
es tan bien hecho y galán,

no es oro todo, Lucía,
lo que reluce, y secretos
padece algunos defetos,
que solo de mí confía;

y pues de ello gustas, ¿ves
aquel hilo de sus dientes
tan blancos y transparentes?
Pues son postizos los tres."

BLANCA: ¡Jesús!

LUCÍA: "Pues en esta parte,"
dijo, "no perdiera nada,
puesto que a la vista agrada,
como la verdad, el arte;
mas es el daño mayor,
e insufrible, a lo que entiendo,
que la falta y el remiendo
son causa de mal olor."

BLANCA: ¡Qué gran falta!

LUCÍA: ¡Para ti,
que tu vicio es oler bien!

BLANCA: Grandes engaños se ven.

LUCÍA: Pues, ¡las piernas!... Oye.

BLANCA: Di.

LUCÍA: Dice--¡extrañas maravillas!--
que cañas las conoció,
y sin milagro les dio
San Felipe pantorrillas.

Con esto, señora, he hecho
lo que tengo obligación;
si con todo, su afición

viviere en tu hermoso pecho,
en albricias te daré
encaminar tu cuidado;
que sabe Dios que he forzado
mi voluntad por tu fe;
que mi deseo mayor
es que quieras a don Juan;
que yo también a Tristán
--y perdona--tengo amor.

BLANCA: ¡Ay! ¡Qué de nieve ha llovido
sobre el amor en que ardí!

LUCÍA: ¡Ay! ¡Cómo yo lo temí,
y excusarlo no he podido!
Mas don Juan es éste.

BLANCA: ¡Ay cielo!
¡Saltos me da el corazón!

LUCÍA: (Plegue a Dios que mi invención **Aparte**
no dé con todo en el suelo.)

Salen don JUAN y TRISTÁN

TRISTÁN: Blanca está aquí.

JUAN: ¡Qué ventura!

TRISTÁN: Tu traza verás lograda,
pues que te ofrece a la entrada
tan dichosa coyuntura.

JUAN: Hermoso dueño mío,
por quien sin fruto lloro,
pues cuanto más te adoro,
tanto más desconfío
de vencer la esquiviza
que intenta competir con la belleza,
la natural costumbre
en ti miro trocada;
lo que a todas agrada,
te causa pesadumbre;
el ruego te embravece,
Amor te hiela, llanto te endurece.
Belleza te compone
divina, no lo ignoro,
pues por deidad te adoro;
mas, ¿qué razón dispone
que perfeccionES tales
rompan los estatutos naturales?
Si a tu belleza he sido
tan tierno enamorado,
si estimo despreciado
y quiero aborrecido,

¡qué ley sufre o qué fuero
que me aborrezcas tú porque te quiero?
BLANCA: (¿Qué haré, cielo divino, **Aparte**
luchando en mi deseo
perfecciones que veo
con faltas que imagino?
¿Posible es que un defeto
pueda caber en tan galán sujeto?
LUCÍA: (Blanca está enternecida **Aparte**
remediarlo conviene.)
Tu padre, Blanca, viene.
BLANCA: ¡Triste! ¡Yo soy perdida!
JUAN: No importa; que yo tengo
un negocio con él. A hablarle vengo.
LUCÍA: Pues pasa tú, señora,
al estudio a esconderte.
BLANCA: Bien dices.
JUAN: ¡Dura suerte!
De quien firme te adora
te acuerda, gloria mía.
BLANCA: Sí haré
LUCÍA: Tristán, adiós.
TRISTÁN: Adiós, Lucía.

Vanse las dos

Sí haré, dijo. Bien se ha hecho
JUAN: Ya la Fortuna se muda.
TRISTÁN: Hoy has salido, sin duda,
de casa con pié derecho:
mas ya sale don Illán.

Sale don ILLÁN

JUAN: Vuestras nobles manos beso,
Señor don Illán.
ILLÁN: ¿Qué exceso
es éste, señor don Juan?
JUAN: Esto es hacer lo que debo;
que si es nuevo el visitaros,
el ser vuestro y desearos
servir, sabéis que no es nuevo.
ILLÁN: Excusad el cumplimiento;
que si tenéis que mandarme,
no agradezco el dilatarme
nueva de tanto contento.
JUAN: Ya el buen efeto adivino
de mi intención, pues viniendo

a pediros, ofreciendo
me habéis salido al camino;
y así, pues vos me animáis,
no recelo el declararme.

ILLÁN: Seguro podéis mandarme.
(Como a Blanca no pidáis.) **Aparte**

JUAN: Ya, señor, habréis sabido
la inclinación y amistad
que desde mi tierna edad
a las letras he tenido.

Trabajos, penas y daños
por saber no perdoné.
Tantas ciencias estudié
cuantas permiten mis años,
sólo, por no haber hallado
quien me dé preceptos de ella,
entiendo menos de aquella
que enciende más mi cuidado.

Ésta es la nigromancia,
en que sé que sois tan diestro,
que teneros por maestro
el mismo Merlín podría.

Esta intencion me ha traído
a buscaros. Yo sé bien
que os pido mucho, y también
sé que nada os he servido;

mas a las sangres famosas
tocan difíciles hechos,
y a los generosos pechos
se han de pedir grandes cosas.

Y vuestras pruebas estoy
cierto de que han de obligaros,
y el ver que podéis fiaros
de mí, pues sabéis quien soy.

ILLÁN: Don Juan, no os quiero negar
que sé el arte; que usar de ella
es culpa, mas por sabella
a nadie vi castigar;

mas puesto que entrambos fueros,
como sabéis, han vedado
el enseñarla, excusado
quedaré de obedeceros;

que al amigo, pienso yo
que han de pedirse las cosas
grandes y dificultosas,
mas las ilícitas no;

que aunque sois tan caballero,
y obligarme pretendéis,
quizá vos mismo seréis
el que me culpe primero;

que cualquier delito nace
con tal fealdad y tal pena,
que aquel mismo le condena
a cuya instancia se hace.

JUAN: Basta ya; que estoy corrido
de vuestro injusto temor.
En hombres de mi valor,
¿qué ingratitud ha cabido?
¡Ojalá venga ocasión
en que os muestre la experiencia
La honrada correspondencia
de este hidalgo corazón!

Que, don Illán, ¡vive Dios,
que he de sentir yo primero
los golpes del duro acero
que las amenazas vos!

Demás de que mostrar miedo
del castigo es no querer.
¿Qué jüez se ha de atrever
a don Illán de Toledo?

No por injustos recelos
de enseñarme os excuséis;
que si tal merced me hacéis
testigos hago a los cielos
de esta palabra que os doy,
que siempre vuestra ha de ser
mi hacienda, vida y poder,
cuánto valgo y cuánto soy.

ILLÁN: Vencido de vos me veo.
Forzoso es, don Juan, serviros,
y a cualquier precio cumpliros
un tan ardiente deseo.

JUAN: Los piés, don Illán, os pido.

ILLÁN: Levantad; que me ofendéis.
Mirad que no os olvidéis
de lo que habéis prometido.

JUAN: Mi valor y calidad
habré entonces olvidado.

ILLÁN: Con el aumento de estado
y la mudanza de edad,
más de alguno conocí
que la memoria perdió.

JUAN: Si el mundo mandare yo,
vos me mandaréis a mí.

Y estos no son cumplimientos,
sino veras de mi fe.

ILLÁN: (Presto la verdad veré
de vuestros ofrecimientos.)

De esto que hago por vos,
el secreto es excusado

Aparte

encargaros.

JUAN: Si un pecado
es el que hacemos los dos,
siendo igual el riesgo mío,
por el que tengo callara,
si el vuestro no me obligara.
Solo mis secretos fío;
que es bien trataros verdad,
pues tanta merced me hacéis,
de este criado que veis,
que desde mi tierna edad,
en Salamanca estudiante,
y en otras partes después,
de graves sucesos es
un sepulcro de diamante.
Mas no penséis que bastara
el conocer su sujeto
solo para que el secreto
de este caso le fiara,
si no me fuera forzoso,
por ser él el instrumento
por quien consigo este intento,
de que estoy tan deseoso.

ILLÁN: Pues ¿cómo?

JUAN: Porque él también
es a la magia inclinado,
y sabiendo mi cuidado,
no sé por dónde o de quién
tuvo noticia que vos
la sabéis, y me dio el punto.

ILLÁN: (Los oráculos barrunto
que os instruyen a los dos.
Por Blanca, que os quiere bien,
mis archivos penetráis.)
Pues de él vuestro honor fiáis,
yo puedo hacerlo también.

Aparte

JUAN: Besa al señor don Illán
los pies por tanta merced.

TRISTÁN: Yo os los beso; mas creed
que aunque es sirviente Tristán,
es al menos bien nacido;
y esto a mi crédito sobra;
que en cualquier tiempo la obra
a su dueño ha parecido.

ILLÁN: En mi estudio pues entrad
mis libros os mostraré.

JUAN: Vamos.

ILLÁN: (Presto probaré **Aparte**
tu secreto y tu verdad.)

Sale un PAJE

PAJE: Agora entró en el zaguán
el potro de Andalucía
que a Madrid tu hermano envía.
ILLÁN: Bajémosle a ver, don Juan;
que el estudio veréis luego.
JUAN: Vamos.
ILLÁN: Por su ligereza,
por su ardor y su belleza
le llaman "Hijo del fuego."

Vase don ILLÁN

TRISTÁN: Vender puedes alegría.
JUAN: Ya lo toco y no lo creo.
Dos cosas que más deseo
se me cumplen en un día;
que Illán la magia me enseña,
y Blanca me hace favor.
TRISTÁN: Si yo salgo encantador,
no dejo a vida una dueña.

*Vanse. Sale BLANCA, huyendo de don ENRIQUE;
LUCÍA Y CHACÓN*

BLANCA: ¡Ay de mí! ¡Traición!
ENRIQUE: Señora,
si el adoraros lo ha sido,
la mayor he cometido.
Nadie como yo os adora.
BLANCA: Dejad lisonjas agora;
que la cabeza... ¡Ay de mí!
El bando contrario aquí
a darnos la muerte entró.
ENRIQUE: A daros la muerte no,
a buscar la vida sí.

A LUCÍA

BLANCA: Llama á mi padre.
ENRIQUE: Si darme
la muerte, Blanca, queréis,
con sólo un rayo podéis
de vuestros ojos matarme.

BLANCA: El hielo intenta abrasarme.
¿Cuándo entrasteis? ¿Cómo, o quién
os dió la traza?

ENRIQUE: Mi bien,
buscando vuestro favor,
abrió la puerta mi amor,
que cierra vuestro desdén.
Solicitando, señora,
esta ocasión que ha querido,
de mis males condolido,
ofrecerme el cielo agora.
Este pecho, que os adora,
rompió las dificultades
de bandos y enemistades;
que si me arriesgo a morir,
¿qué más morir que sufrir,
amando, vuestras crueldades?

Al oído a don ENRIQUE

LUCÍA: ¿Agora gastas razones,
cuando te ofrece el cabello
la Ocasión? Llega. (Que en ello **Aparte**
me van cincuenta doblones.)
Eso sí.

BLANCA: Si te dispones,
grosero, a descomponerte,
llamaré a mi padre, advierte.

ENRIQUE: Venga; que hoy tendrá mi amor,
o de tus manos favor,
o de las tuyas la muerte.

A doña BLANCA

LUCÍA: Él está loco sin duda.

A don ENRIQUE

¿Qué es esto? Suelta, desvía.
ENRIQUE: Cuanto crece, gloria mía,
..... [-uda].
..... [-uda];
más vuestro rigor crüel.
Tanto más me abraso en él.

BLANCA: Ardo en rabia.

ENRIQUE: Yo en amor.

LUCÍA: ¡Triste de mí! Mi señor.

BLANCA: ¿Mi padre?
LUCÍA: Y don Juan con él.
BLANCA: ¿Ay cielo! Escóndete presto,
 Enrique, tras un estante.
ENRIQUE: No temas.
BLANCA: De fiel amante
 me darás indicio en esto.
 Mira que mi estado honesto
 opinión puede perder,
 y sin mi culpa caer
 torpe nota en la honra mía.
ENRIQUE: Si esconderme es cobardía,
 es fineza obedecer.
CHACÓN: Sí, señor; que a toda ley,
 en ocasión tan estrecha,
 no hay cosa como evitar
 escrúpulos de conciencia.

***Retiranse al paño. Salen don ILLÁN,
don JUAN, TRISTÁN y PÉREZ***

ILLÁN: ¿Qué os dice el *Hijo del fuego*?
JUAN: Que echó en él naturaleza
 cuanto su saber alcanza
 y cuanto pueden sus fuerzas.
ILLÁN: Desde Córdoba lo envía
 mi hermano, que lo presenta
 en la corte a cierto amigo.
JUAN: Darse al rey mismo pudiera,
 y más si acaso las obras
 con el talle se conciertan.
ILLÁN: Probémosle, si os agrada.
JUAN: Mi voluntad es la vuestra.
ILLÁN: Mientras el señor don Juan
 ve mis libros, adereza,
 Pérez, el *Hijo del fuego*.
PÉREZ: ¿Qué aderezo?
ILLÁN: De jineta.
PÉREZ: Voy, señor.

Vase

ILLÁN: Avisa luego
 que aderezado le tengas.

Hablan aparte doña BLANCA y LUCÍA

BLANCA: Por no dar a don Juan celos
le rogué que se escondiera.
LUCÍA: Bien has hecho, que no es justo,
Aunque tantas faltas tenga,
Pagar mal su amor. (Con esto **Aparte**
la obligo a acordarse de ellas.)
ILLÁN: ¿Aquí estás, Blanca?
BLANCA: Ya sabes,
señor, que más me deleitan
tus libros que mis labores.
JUAN: (¡Ay, soberana belleza! **Aparte**
¡Pimpollo, al fin, de tal árbol.)
Con la hermosura y la ciencia
quitaréis, Blanca divina,
la adoracion a Minerva.
ILLÁN: A Blanca le falta todo.
Dejad de desvanecerla,
y a los libros atended.
Los autores y materias
Sus títulos os dirán.
JUAN: Verlos quiero.

Mira libros

TRISTÁN: Aquí comienzan
tus gustos.
ILLÁN: Oye, Lucía.

*Háblala aparte. TRISTÁN habla aparte
con don JUAN*

TRISTÁN: ¡Aquí está Merlin! ¡Qué pieza!
Con gran cuidado te mira
doña Blanca.
JUAN: (¡Ay dulce prenda!) **Aparte**
LUCÍA: Esto ha pasado. Él está
tras un estante.
ILLÁN: (Hoy mi ciencia **Aparte**
maravillas ha de obrar.)
LUCÍA: Tristán, ¿cómo no me cuentas
qué enredos son éstos?
TRISTÁN: Calla.
Cuando a la noche te vea,
te diré mil novedades;
agora basta que sepas
que hoy ha llegado a Toledo
un pesquisidor de viejas;
que sabiendo el rey que son

difuntos que se menean,
y que dentro de sus cuerpos
andan sus almas en pena,
manda que las desencanten,
y que sirvan en la guerra
para parches sus pellejos,
sus huesos para baquetas.

LUCÍA: ¡Pobres de ellas!

ILLÁN: (Bien está **Aparte**

trazado de esta manera.
Darle quiero por encanto
y mágicas apariencias,
riquezas, honras y oficios
para probar sus promesas;

Escribe un papel

y con estos caracteres
efeto quiero que tenga.

Sale un PAJE

PAJE: Señor don Juan, un hidalgo,
forastero por las señas,
por vos llegó preguntando,
y vuestra licencia espera
para hablaros, porque os trae
de mucho gusto unas nuevas.

JUAN: Aguarde.

ILLÁN: Si son de gusto,
no dilatéis el saberlas.
Entre, si licencia dais.

JUAN: Entre, pues vos dais licencia.

PAJE: Entrad, hidalgo.

ILLÁN: (Mis artes **Aparte**
nigrománticas empiezan
a obrar en esto.)

Sale un CAMINANTE con un pliego

CAMINANTE: ¿Quién es
aquí don Juan de Ribera?

JUAN: Yo soy.

CAMINANTE: Pues déme los piés
y albricias vuestra excelencia.

JUAN: Alzad, y mirad que erráis,
según el estilo muestra,

por el nombre la persona.
TRISTÁN: ¡Excelencia dijo!
CAMINANTE: Fuera
pedir albricias locura,
a no ser tales las nuevas,
que a esa duda os obligaran;
mas las cartas de creencia
bastaarán a aseguraros
lo que no puede mi lengua.

Dale un pliego

Marqués de Tarifa sois;
que aunque imposible os parezca,
la parca sabe cortar
en un punto muchas hebras.
Entró en casa del marqués,
mi señor, que el cielo tenga,
aire tan inficionado,
tan enojada influencia,
que, él y un hermano, en tres días,
y un hijo--¿quién tal creyera?--
fueron excelsos marqueses
y fueron humilde tierra.
La marquesa, mi señora,
aunque lastimada, cuerda,
hizo junta de letrados,
y mirando bien en ella
la erección del mayorazgo
y el árbol de los Riberas,
hallaron, señor don Juan,
todos conformes, que es vuestra
la sucesión del estado,
que por muchos años sea;
y al punto con esa carta
el parabién y las nuevas
me despachó por la posta
mi señora la marquesa.

TRISTÁN: ¡Qué gran dicha!
BLANCA: (¡Loca estoy!) **Aparte**
ILLÁN: Goce, señor, vueselencia
por mil años el estado.
JUAN: El señor don Illán crea
que será para servirle
cualquier aumento que tenga.
ILLÁN: (¿Ya me habláis de impersonal? **Aparte**
Presto el desengaño empieza.)
BLANCA: Mil norahuenas os doy,

señor marqués.
JUAN: Blanca bella,
para bien vuestro será
cuánto valga y cuánto pueda.

Aparte al paño don ENRIQUE

ENRIQUE: (Celosa envidia me abrasa.) **Aparte**
TRISTÁN: Señor, bien es que merezca
quien tus pies besó merced,
besártelos excelencia.
JUAN: La mano te doy. La carta
leo con licencia vuestra.
BLANCA: ¿Quién tal creyera?
LUCÍA: Tristán,
¿agora darásme audiencia?
TRISTÁN: Sí; que mudanzas de estado
no mudan naturaleza;
más el modo de tratarnos
solo destajar quisiera.
Hablarásme de vusía.
LUCÍA: Pues tú, ¿qué título heredas?
TRISTÁN: Agora hablémonos de vos,
para evitar diferencias.
JUAN: Mi dicha es cierta; y pues fuistes
vos de ventura tan cierta
mensajero, las albricias
me pedid que daros pueda.
CAMINANTE: De camarero serví
al marqués difunto. Premia
con ese oficio mi fe.
TRISTÁN: ¡Camarero! Pues ¿qué dejas
para...?
JUAN: Tristán, tú has de ser
mi secretario; que es fuerza,
pues tengo tan conocido
tu secreto y tu prudencia.
Vos sois ya mi camarero.
CAMINANTE: Mil años mi dueño seas.

Habla aparte con don ILLÁN

Ya con fantástico cuerpo
he obedecido a la fuerza
de tus conjuros, Illán.
Mira si otra cosa ordenas.
ILLÁN: Que prosigas la ilusión
que le ha obligado a que crea

que es de Tarifa marqués,
hasta que de sus promesas
el engaño o la verdad
me descubra la experiencia;
que, como verás, agora
tengo de hacer la primera.

A don JUAN

Cuando derramáis mercedes,
bien es que parte me quepa;
Y así, en albricias, señor,
de que tan dichosa nueva
tuvistes en esta casa,
y en fe de vuestras promesas,
os suplico que el gobierno
de vuestro estado merezca
un hijo que en Salamanca
estudió jurisprudencia,
y está en Madrid pretendiendo;
porque en ese oficio pueda
habilitar su persona
y servir a vuecelencia,
para que con su favor,
y dar allí de sus letras
testimonio, a alguna plaza
su majestad le promueva.

JUAN: Don Illán, no ha de faltar
tiempo y lugar en que pueda
manifestaros mi amor
y cumpliros mis promesas.
El gobierno de mi estado,
para tan ilustres prendas
como las de un hijo vuestro,
es ocupación pequeña;
Fuera de que en Salamanca
tuve un ayo, a quien con ella
de sus antiguos servicios
daré justa recompensa.
Y para que echeis de ver
que mi corazón desea
que en pretensiones más altas
probeis mi amor y mis fuerzas;
puesto que me parto al punto
a Madrid, porque a su alteza
bese la mano y le dé
de mi nuevo estado cuenta;
y en Toledo tenéis vos
menos gustos que pependencias

con estos bandos sangrientos,
con estas civiles guerras;
os pido, por vida mía
y por la de Blanca bella,
que os partáis con vuestra casa
luego a Madrid, porque pueda
dar a vuestros mismos ojos
de mi afición experiencia,
y también porque de vos
el arte que he dicho aprenda,
pues a asistir en la corte
el nuevo estado me fuerza.

ILLÁN: Señor...

JUAN: No me respondáis.

Yo voy a partirme; sea,
señor don Illán, partiros
luego tras mí la respuesta.
Y vos, sed en este intento,
Blanca hermosa, mi tercera;
que de vos he de quejarme
si vuestro padre se queda.

Vase

TRISTÁN: Marcha a la corte; que allí
tu secretario te espera.

Vase

BLANCA: (Seguiráte el pensamiento, **Aparte**
dado que el alma no pueda.)

ILLÁN: ues, Blanca, ¿qué dices de esto?

BLANCA: ¿En qué duda te aconsejas,
donde no deja elección
a la voluntad la fuerza?
Precepto fué, que no ruego,
el del marqués; y pudieras
solicitar codicioso
lo que la Fortuna ordena,
pues fuera de que el marqués
podrá en Madrid cuanto quiera,
de los bandos de Toledo
huyes la inquietud sangrienta.

ILLÁN: (Ya os entiendo. Amor os guía.) **Aparte**

Supuesto que tú no quieras
ser, dando la mano a Enrique,
irís de tanta tormenta,
iré a la corte.

BLANCA: Yo he hecho
a mi corazón violencia;
mas solas pueden mudar
la inclinación las estrellas.

ENRIQUE: (¡Ah, crüel!)

Aparte

BLANCA: Oye, Lucía.

Vase

ILLÁN: (O será vana mi ciencia,
o han de hacer los desengaños
que a quien amas aborrezcas
en los minutos de un hora;
que en solo el tiempo que resta
para ensillar el caballo,
con las artes hechiceras
he de cifrar muchos días,
y epilogar muchas leguas
en la esfera de esta casa
y a cuantos están en ella,
sin salir de sus umbrales,
les tengo de hacer que vean
en varias tierras y casos
la prueba de las promesas.)

Aparte

Vase

CAMINANTE: Fácil es cuanto emprendieres
a mi poder y a tu ciencia.

Vase. Sale don ENRIQUE

ENRIQUE: ¿Ah, Lucía!

LUCÍA: Don Enrique,
éste no es tiempo de quejas,
sino de huir el peligro
de que mi señor os vea.

ENRIQUE: Cuando muero sin remedio,
¿qué peligro habrá que tema?

LUCÍA: Idos, por Dios, idos presto,
antes que mi dueño vuelva,
y apelad a mi cuidado
de tan duras esquivizas,
pues yo vuestro bien deseo.

ENRIQUE: Ese consuelo me queda.
A la corte iré, siguiendo
su crueldad y su belleza,

hasta vencer sus rigores,
o morir entre mis penas.
LUCÍA: Bien haréis; idos.
ENRIQUE: Mi vida
en tus manos se encomienda.

Vase

LUCÍA: ¡Qué engañada confianza!
Volvió Fortuna la rueda.
Viva el marqués, y a las doblas
desprecio; que más me llevan,
que posesión de merced,
esperanzas de excelencia.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

*Salen por puertas diferentes don ILLÁN y don
ENRIQUE*

ILLÁN: ¡Don Enrique! ¿vos aquí?
ENRIQUE: ¡Y vos aquí, don Illán!
ILLÁN: Mis pretensiones darán
respuesta en eso por mí.
ENRIQUE: ¿Paréceos que vivo yo
ajeno de pretender?
ILLÁN: Al que honor y de comer
en su patria el cielo dió,
como a vos, nunca pensara
que por servir y y rogar,
sufrir, temer y esperar,
el quieto gozar trocara.
ENRIQUE: ésa, don Illán, creed
que era moral elección;
pero la humana ambición
es una hidrópica sed.
¿Quién ha tenido reposo
en el más feliz estado,

y quién fuera desdichado
si se juzgara dichoso?

Demás de esto, ¿cómo puedo
dejar de seguir mi norte?
Si Blanca vino a la corte,
yo, ¿qué he de hacer en Toledo?

La causa hermosa a quien Dios
hizo en mí tan eficaz,
que por ella en dulce paz
me reconcilié con vos,
¿No será eficaz también
para que deje por ella
mi patria? Patria es aquélla
donde tiene amor su bien.

Dadme que a los elementos
sus centros se les mudaran,
que al punto desampararan
sus conocidos asientos.

Blanca es el centro--¡ay de mí!--
en quien vivo y por quien muero,
y el cielo móvil primero
que me lleva tras de sí.

No me impiden que la siga
sus desdenes inhumanos;
que es honra morir a manos
de tan valiente enemiga.

Suyo soy, suyo he de ser;
que pues ya me he declarado,
no queda partido honrado
sino morir o vencer.

ILLÁN: Don Enrique, pues sabéis
que estoy yo de parte vuestra,
aunque tan dura se muestra
Blanca, no desconfiéis.

Porfiad con sufrimiento,
y obligad con firme fe;
que o mis libros quemaré,
o alcanzaréis vuestro intento.

ENRIQUE: Otra vez os he escuchado
eso mismo, don Illán;
mas vuestras obras me dan
indicios de otro cuidado;
que si darme a Blanca es
la intención vuestra, decid,
¿cómo con ella a Madrid
venís siguiendo al marqués?
¿Cómo queréis que colija
de esto mi bien, don Illán?
Y en Toledo qué dirán
de quien, pobre, con su hija

sigue a un marqués, no pudiendo
ignorar, pues nadie ignora,
que don Juan a Blanca, adora?

ILLÁN: Don Enrique, yo me entiendo.

¿Sabéis que Toledo soy?

ENRIQUE: Y que nadie en calidad
os excede.

ILLÁN: Hasta la edad
anciana en que agora estoy,
¿sabéis que haya yo sufrido
un escrúpulo en mi honor?

ENRIQUE: De nobleza y de valor
sé que un espejo habéis sido.

ILLÁN: Y en cuanto a prudente y sabio,
¿en qué opinión me tenéis?

ENRIQUE: El nombre quitado habéis
a Numa y a Quinto Fabio.

ILLÁN: Y ¿cuál dará de los dos
más acertado consejo?
¿Yo con muchas letras, viejo,
o mozo y sin ellas vos?

ENRIQUE: Don Illán, no me tengáis
por tan ciego en mi ignorancia,
que no entienda la distancia
con que en todo me ganáis.

ILLÁN: Pues si sabe más el loco
en su casa que en la ajena
el cuerdo, ¿por qué condena
al sabio el que sabe poco?

Por el honrado y discreto
siempre está la presunción.
Jamás acuséis la acción
hasta ver de ella el efeto.

A mí el recelar me toca
si hablará Toledo o no;
fiad que a su tiempo yo
le sepa tapar la boca.

Tanto por yerno os deseo
como a Blanca vos. Callad,
y el orden que os doy guardad,
si en pacífico himeneo

la amistad de entre los dos
ver confirmada queréis...
y jamás aconsejéis
a quien sabe más que vos.

Vase

ENRIQUE: ¿Son trazas tuyas, Amor,

a una esperanza perdida
dar vida porque la vida
dé materia a tu rigor?

Cuando el desengaño veo,
cuando Blanca me aborrece,
¿cómo remedios ofrece
don Illán a mi deseo?

Dicen que es mágico. Bien.
En la magia, ¿hay potestad
de obligar la voluntad
y hacer favor del desdén?

No; mas puede en las criaturas
fingir varios accidentes;
puede imitarlos ausentes
con fantásticas figuras;

Puédenos representar
en un hora muchos años,
y que ve pueblos extraños
el que se está en un lugar;
y así, pues al albedrío

la causa extrínseca mueve
para que elija o repruebe,
que podrá poner confío,
con engaño o con verdad,
don Illán en los sujetos
tales gracias y defetos,
que muevan la voluntad.

Pero, ¿cómo he de creer
que para este intento importe
traer a Blanca a la corte
tras el marqués? ¿Puede ser?

Pero, ¿qué estoy discurriendo?
¿Ciego y confuso me aflijo
con dudas? él, ¿no me dijo,
"don Enrique, yo me entiendo.

O mis libros quemaré,
o alcanzaréis vuestro intento."
¿No es noble? Pues, pensamiento,
ceda la duda a la fe.

Guardar sus órdenes quiero,
y creer que cumplirá
la palabra que me da,
como tan gran caballero.

él sabe el modo importante;
no examine--que es error--
ni el criado a su señor
ni al que sabe el ignorante.

Sale CHACÓN

CHACÓN: Albricias, señor, te pido.
ENRIQUE: Yo las mando. Habla, Chacón.
CHACÓN: De la cruz del gran patrón
 la merced ha ya salido.
ENRIQUE: ¿Qué picón, necio, me has dado?
CHACÓN: Verdad es, por Dios.
ENRIQUE: Pensé
 que del dueño de mi fe
 me dabas algún recado.
CHACÓN: A lo ménos puede ser
 que a su esquivo corazón
 esta nueva dé ocasión
 de comenzarte a querer,
 y por servirte, di ya
 noticia de ello a Lucía.
ENRIQUE: ¿Luego la enemiga mía
 ya lo sabrá?
CHACÓN: Claro está.
ENRIQUE: Ven; que visitarla quiero,
 para ver si en su crueldad
 han causado novedad
 estas nuevas.
CHACÓN: Yo lo espero,
 aunque gran dicha sería;
 que está por el cielo el mar.
ENRIQUE: ¿Cómo?
CHACÓN: Empecé a requebrar,
 como trazaste, a Lucía,
 y hablóme con más desdén
 que te trata Blanca a ti.
ENRIQUE: Desdicha aprendes de mí.
CHACÓN: Que anda de amores también
 con Tristán, sospecho yo,
 secretario del marqués,
 que ya es don Tristán, después
 que su amo enmarquesó;
 y como a privar empieza
 con el rey don Juan, y trata
 de darla mano a la ingrata,
 efeto de su belleza,
 de suerte ha vuelto el jüicio
 de las dos la vanidad,
 que tienen más gravedad
 que un rüin puesto en oficio.
ENRIQUE: ¡Ah, cielos! Mas ¿qué, me aflijo?
 Vamos; que no desespere;
 que es don Illán caballero,
 y cumplirá lo que dijo.

Salen doña BLANCA y LUCÍA

LUCÍA: Ya te juzgo excelencia,
y ya en el rico estrado,
de columnas de plata rodeado,
contemplo tu presencia
con tan rara hermosura,
que juzguen corta tu mayor ventura.
Ya en la cubierta silla,
concha feliz de perla tan preciosa,
te miro acompañar de la cuadrilla
noble sirviendo, y trabajando ociosa,
de cien gentileshombres
que sólo alcanzan dones en sus nombres.
Ya te pinto...

BLANCA: ¡Ay Lucía!
¡Qué diestra supo la fortuna mía
a tan feliz suceso
oponer el infausto contrapeso!
¿Qué importa que en sereno y claro día
el leño alado y leve
amigo viento en mar tranquilo lleve
si en la noche vecina,
que envuelta en sombras de terror camina,
Neptuno embravecido
y airado Bóreas con feroz bramido
amenazan su náufraga ruina?
¿Qué importa que el pavón, desvanecido
con los matices de luciente pluma,
arrogante presuma,
si entre la pompa vana
de la rueda inconstante,
las basas de la máquina liviana,
que en forma inelegante
a los ojos se ofrecen,
ruedas deshacen, pompas desvanecen?
¿Qué importa que me anime
el aplauso sublime
del trono ya vecino,
si en medio de estas glorias,
importunas memorias
de las deformes faltas que imagino
en mi esposo esperado,
mezclan acibar al mejor bocado?

LUCÍA: No puede dar el suelo
felicidad colmada.
Mas esfuerza el consuelo;
que tu suerte aun así será envidiada.
(No me atrevo a decirle que fue engaño

Aparte

y así pretendo reparar el daño.)
Señora, el marqués viene.

BLANCA: ¡Ay mi Lucía!
La turbación del alma lo decía.
¡Poder de Amor extraño!
Que por mucho que digo
al alma los defectos que padece,
tanta conformidad tiene conmigo,
que al punto que a la vista se me ofrece,
con ímpetu violento
me abrasa y arrebató el pensamiento.

Salen don JUAN y TRISTÁN, de cortesano

JUAN: ¡Hermosa Blanca!
BLANCA: Señor...
JUAN: Gracias doy a mi ventura,
que puedo ver la hermosura,
centro de mi firme amor.
 ¿Cómo en la corte os halláis?
 ¿Haos pagado agradecida
con lisonjera acogida
la presunción que le dais?
BLANCA: Si en ella habéis alcanzado
con el rey tanto favor,
¿cómo se ha de hallar, señor,
quien tiene en vos su cuidado?
JUAN: Como quien sois me pagáis,
con gloria no merecida,
y viendo a riesgo mi vida,
piadoso aliento me dais.
 Mas de un bien tan soberano
Duda la verdad mi amor,
y en prueba de ese favor
pedir os quiero una mano.
BLANCA: Permitir puede a sus ojos
la doncella recatada
mostrar del alma abrasada
mudamente los enojos;
 bien puede con la afición
dar a la lengua licencia
para explicar la dolencia
que padece el corazón;
 pero la mano, señor,
al tálamo reservad;
que antes, da la liviandad
más indicio que de amor.
JUAN: ¿Al tálamo?
BLANCA: Caso es llano.
JUAN: ¿Luego el favor que me dais,
no es porque mi amor pagáis,

mas porque esperáis la mano?

BLANCA: ¿Luego algún tiempo os dictó
vuestro altivo pensamiento
que puedo sin ese intento
haceros favores yo?

JUAN: ¿Luego fuera cosa extraña
que le hiciérades favor
sin esa ley al Amor,
Blanca, de un grande de España?
¿Acaso olvidáis que soy
marqués de Tarifa?

BLANCA: Pues,
¿diérais yo, a no ser marqués
esta esperanza que os doy?

JUAN: Pues yo...

BLANCA: Basta; que no quiero
ver más vuestras falsedades.
Quien coteja calidades
no es amante verdadero.
Si ya con el nuevo estado
tenéis nuevo pensamiento;
si os da desvanecimiento
el veros del rey privado,
advertid que sois, don Juan
si es que os habéis parecido
grande para mi marido,
chico para mi galán;
y con la sangre que heredo,
puesto que tan pobre estoy,
os puedo honrar; que yo soy
doña Blanca de Toledo.

JUAN: El mundo lo sabe así.

BLANCA: Pues si os igualo en nobleza,
cuando supláis la pobreza,
por tenerme amor, en mí,
yo suplo en vos, porque os veis
entre fortunas tan altas,
marqués, las secretas faltas
que yo callo y vos sabéis.

Vase

JUAN: ¿Qué faltas? Oye.

Vase tras ella

LUCÍA: Detente,
Señor, mira...

TRISTÁN: Descortés,
necia, grosera, ¡al marqués
le pones inconveniente!

LUCÍA: Salir mi señor podría.

TRISTÁN: Hallará que un gran señor
hace a su hija el amor,
y un secretario a Lucía.

LUCÍA: Y lo pondrá don Illán
en sus armas. Suelta.

TRISTÁN: Espera;
que otra vez, la cuadra afuera,
hablando los dos están.

Déjalos. Háganse amigos
a solas; que los terceros
entre amantes verdaderos
son importunos testigos.

LUCÍA: (Aquí saben mi quimera.)
Aparta.

Aparte

TRISTÁN: ¡Qué loco intento!
¿No sabes el mandamiento
de no estorbarás? Grosera,
tente, y gocemos los dos
la ocasión. Tus brazos quiero.

LUCÍA: Mi esposo has de ser primero
que los goces.

TRISTÁN: ¿También vos,
como Blanca con mi amo,
apellidáis casamiento?
A cualquier embestimiento,
¿no hay sino "Iglesia me llamo"?
No sois bobas a fe mía.
El demonio os la demande
doña Blanca aspira a grande
y a secretaria Lucía.

LUCÍA: ¡Jesus señor don Tristán,
qué gran cosa! Pues quien es
secretario del marqués
fue lacayo de don Juan.

TRISTÁN: ¡Plebeyo remordimiento,
detracción irracional!

Acaso está al hombre mal
en las honras el aumento?

Di, ¿qué pretende, Lucía,
del más pequeño al mayor,
sino acrecentar su honor,
ser más y más cada día?

Pues, si es digno de alabanza
quien consigue lo que emprende,
también al que honor pretende
han de alabar, si lo alcanza.

Pregunto yo, ¿quién tendrá
más honra a tu parecer:
quien era lacayo ayer
y hoy es scerretario ya,
o la abatida persona
que se está en un mismo estado,
fregona el año pasado,
y hogaño también fregona?

LUCÍA: No me fregonice tanto,
ni piense desvanecido
que un don tan recien nacido
puede a nadie dar espanto.

TRISTÁN: ¡Remoqueticos al don!
Huélgome, por vida mía.
Mas escúchame, Lucía;
que he de darte una lición
para que puedas saber,
si a murmurar te dispones,
de los pegadizos dones
la regla que has de tener.

Si fuera en mí tan reciente
la nobleza como el don,
diera a tu murmuración
causa y razón suficiente;
pero si sangre heredé
con qué presuma y blasone,
¿quien quitará que me endone
cuando la gana me dé?

¿Qué es don y qué significa?
Es accidente del nombre,
que la nobleza del hombre
que le tiene nos publica.

Pues, pregunto agora yo,
un hábito ¿es cosa fea
ponérsele cuando sea
viejo un caballero? No.

Luego si es noble, es bien hecho
ponerse don siempre un hombre,
pues es el don en el nombre
lo que el hábito en el pecho.

LUCÍA: Agudo has argumentado;
mas-- ¡ay de mí!--don Illán.
¿No lo dije yo, Tristán?

TRISTÁN: Hablando los ha pescado.
Ella se aparta, y los dos
vienen hácia acá.

LUCIA. No sea
que a mí contigo me vea
mi señora. Adiós.

TRISTÁN: Adiós.

Vase LUCÍA. Salen don JUAN y don ILLÁN

JUAN: A cumplir mi obligación,
noble don Illán, venía,
y de la nigromancia
oír la primer lición;
y encontré, por mi ventura,
la bella Blanca al entrar,
y obligóme a reparar
su desigual hermosura.
Veáisla como deseo.

TRISTÁN: (No pienso que bien le está.) **Aparte**

ILLÁN: Para serviros será
su más venturoso empleo.
El cuidado os agradezco
de venir a honrar mi casa;
merced que el límite pasa,
señor, de lo que merezco.
Cuanto á la licián, no puedo
serviros, si bien querría,
hasta que mi librería
venga a Madrid de Toledo.

(No os la he de dar hasta ver **Aparte**
de mi intento la experiencia.)

Entre tanto, vuesaencia
bien se puede entretener
en el dulce endiosamiento,
de la dichosa privanza
que con nuestro rey alcanza,
y siempre vaya en aumento.

JUAN: Vos, Illán, sois el privado;
que es vuestra mi voluntad.

ILLÁN: Dicen que su majestad
dos hábitos os ha dado
para que darlos podáis
a quien gustéis.

JUAN: Hoy me ha hecho
esa merced.

ILLÁN: Pues el pecho
liberal que me mostráis,
pienso que se agraviaría
si yo anduviese jamás
corto en pedirlos, y más
cuando animan mi osadía
las promesas que habéis hecho.
En cuya conformidad,
señor, de vuestra verdad
justamente satisfecho,

en una edad tan anciana,
que moverme apenas puedo,
troqué el ocio de Toledo
a la inquietud cortesana.

JUAN: Ya de vuestras dilaciones
me ofendo. Para mandarme,
¿es menester acordarme,
don Illán, obligaciones?

ILLÁN: No por cierto; que ni de ellas
se olvida el que es principal,
ni para ser liberal
habéis menester tenellas.

JUAN: Decid pues lo que queréis.

ILLÁN: Lo que os suplico, señor,
es que a mi hijo Melchor
el un hábito le deis.

JUAN: Illán, aunque en tales dones
no pone su majestad
por su liberalidad
límites ni condiciones,
se entiende tácitamente,
por equidad y razón,
que para los deudos son.
Si del censor maldiciente
a las injurias queréis
que disponga las orejas,
y a las importunas quejas
de mis deudos...

ILLÁN: Vos sabéis
que vuestra reputación
a mis aumentos prefiero.

JUAN: Fuera de que considero
que tales insignias son
premios propios de soldados,
y es letrado don Melchor.
Siga, pues le hago favor,
la senda de los letrados,
y avisadme en la ocasión,
porque hable a su majestad,
y empiece mi voluntad
a pagar su obligación.

ILLÁN: El cielo os prospere.

JUAN: Adiós.

ILLÁN: (¡Bien cumplís lo prometido!
¿Excusas a cuanto pido?
¿Quién se fiara de vos!
Cuando, el encanto deshecho,
os vuelva al primer estado,
no diréis que no os ha dado
justo castigo mi pecho.)

Aparte

Vase don ILLÁN

TRISTÁN: ¿Hizo paces tu enemiga?

JUAN: No, Tristán, y loco vengo.

 Dime tú, ¿qué faltas tengo,
 para que Blanca me diga,
 "Yo suplo en vos, porque os veis
 entre fortunas tan altas,
 marqués, las secretas faltas,
 que yo callo y vos sabéis?"

 Dime, ¿por qué lo dirá?
 Declárame mis defetos.

TRISTÁN: Si dice que son secretos,
 ¿quién sino tú los sabrá?

 ¿Por qué no le hiciste a ella
 que los dijese?

JUAN: Intentélo;
 mas fuelo mismo que al cielo
 querer quitarle una estrella.

TRISTÁN: Algún testimonio fue
 de cualquier lengua envidiosa.
 Nunca vi mujer hermosa,
 perfeta en lo que se ve,
 que no oyese murmurar
 de ella, que allá en lo secreto
 padeecía algún defeto
 difícil de averiguar.

 Esto misno te sucede;
 que por dichoso y galán,
 envidias le imputarán
 lo que la verdad no puede.

 Mas no te aflijas, y fía
 que presto lo sepa yo,
 porque jamás le calló
 secreto a Tristán Lucía.

JUAN: Bien dices; luego ha de ser.

TRISTÁN: Y si en cuanto al casamiento
 me examina de tu intento,
 ¿Qué tengo de responder?

JUAN: Déjala, Tristán, vivir
 entre temor y esperanza.

TRISTÁN: ¿Cómo te va de mudanza?

 ¿Atréveste a resistir
 los combates de tu amor,
 si Blanca da en estimarse,
 y no quiere, sin casarse,
 dar remedio a tu dolor?

JUAN: Otro tiempo cualquier medio
 aceptara mi pasión;
 mas hoy, como es la ambición

del amor tan gran remedio,
tanto me llega a ocupar
la grandeza en que me veo,
que le deja a mi deseo
en mí muy poco lugar;
y más cuando considero
que aspira Blanca a mi esposa;
que aunque es tan noble y hermosa,
es hija de un escudero
bastante desigualdad
en mi privanza y grandeza
para incurrir con su alteza
en nota de liviandad,
y caer quizá con eso
de su gracia; que no dura,
en rey que tiene cordura,
privado de poco seso.

TRISTÁN: Ya estás del todo mudado;
que no se sufren, señor,
las sinrazones de amor
con las razones de estado.

JUAN: Con todo, traza, Tristán,
cómo venzan mis porfías.

TRISTÁN: Ya entiendo. Esposo te enfrías,
pero abrasaste galán.

Vanse. Salen ENRIQUE y CHACÓN

ENRIQUE: ¿Es el marqués?

CHACÓN: Sí, señor.

ENRIQUE: ¡Y que don Illán pretenda,
cuando esto miro, que entienda
que da a mi intento favor!

CHACÓN: Y aun siendo así, es dura cosa
que, dando entrada al marqués
amante, quiera después
darte a Blanca por esposa.

ENRIQUE: Sus fines no comprehendo;
pero cuando más me aflijo,
me acuerdo de que me dijo,
"Don Enrique, yo me entiendo."
Y esfuerzo vuelvo a cobrar,
confiado, en su prudencia.

CHACÓN: Pues porfía y ten paciencia.
¿Qué se pierde en esperar?

ENRIQUE: Dices bien. Mi amada fiera
entro a ver.

CHACÓN: Y yo a Lucía.

ENRIQUE: En obligarla porfía;

que me importa que te quiera.

Salen doña BLANCA y LUCÍA

LUCÍA: A saber quedó Tristán
si acaso te dije yo
las faltas que él me contó
que tiene el marqués don Juan.

Yo, con recato y cuidado,
no le quise responder
por no errar, hasta saber
lo que en esto te ha pasado
con el marqués; que de mí,
por la vida, no quisiera
que a entender Tristán viniera
que el secreto descubrí.

BLANCA: Lo que le dije a don Juan...
Pero don Enrique viene,
y un engaño me conviene.
¿Dónde tienes a Tristán?

LUCÍA: En ese aposento queda.

BLANCA: Pues, sin que entienda que sé
que él puede oírme, haz que esté
en parte que oírme pueda
con don Enrique.

LUCÍA: No entiendo
dónde tus intentos van.

BLANCA: En que no entienda Tristán
que yo sé que me está oyendo
estriba un dichoso efeto.

LUCÍA: Callo, y voyte a obedecer.

BLANCA: En lo demás, niega haber
descubierto tú el secreto.

Vase LUCÍA

ENRIQUE: Prevengo vuestro rigor,
señora, con avisaros
que aunque me abraso, de amor,
sólo vengo a visitaros,
y no a pedir os favor;
y así, espero que me oyáis;
y pues que segura estáis
de que os canse mi porfía,
le deis a la cortesía
lo que al amor le negáis.
¿Cómo os trata de salud
Madrid?

BLANCA: A vuestro servicio
la tengo.

ENRIQUE: La multitud,
el cortesano bullicio,
la grandeza y la inquietud,
¿os ofende u os agrada?
¿Estáis aquí más hallada
que en Toledo?

BLANCA: Novedad,
multitud y variedad
es confusa, no pesada.

ENRIQUE: ¿Luego va habréis olvidado
al gran Tajo celebrado,
por Manzanares, de quien
dijo un cortesano bien
que, según es abreviado
y ardiente el turbio licor
que lleva en caniculares,
no es agua, sino sudor,
que abrasado de calor,
echa de sí Manzanares?
¿Podéis contenta trocar
por él tanto cristal frío
como el Tajo ofrece al mar?

BLANCA: Sí, que vivo en el lugar,
don Enrique, y no en el río.

Sale LUCÍA, y deja a TRISTÁN al paño

LUCÍA: Aquí estás bien.

ENRIQUE: Yo creía,
viéndoos tan blanca y tan fría
a un amor que abrasa el suelo,
que quien es hecha de hielo,
en el agua viviría.

Aparte a doña BLANCA

LUCÍA: Ya te escucha.

ENRIQUE: No fué cosa
injusta que yo creyera,
si os adoro por mi diosa,
que quien es Venus hermosa,
dentro del agua viviera;
no fue...

BLANCA: Ved que no guardáis
la palabra, pues tratáis
de vuestro amor.

ENRIQUE: ¡Ay bien mío!
En vano al furioso río
que al mar no corra mandáis;
en vano queréis que deje
el fuego de dar calor;
que es imposible mayor
mandarle que no se queje
a quien se abrasa de amor.

Aparte a LUCÍA

BLANCA: ¿Oye Tristán?

LUCÍA: Sí, señora.

BLANCA: Don Enrique, no enamora
tanto a un pecho endurecido
el que se queja ofendido
como el que callando llora.
Hablando y encareciendo,
¿qué más me podéis decir
del mal que estáis padeciendo,
que lo que de vos entiendo
viéndoos amar y sufrir?

ENRIQUE: Pues con que hayáis entendido
cuánto estoy por vos perdido
dichoso es ya mi cuidado,
porque está de ser pagado
muy cerca el amor creído.

BLANCA: Don Enrique, un firme amar,
servir, callar, padecer,
las fieras sabe amansar,
y obliga, si no a pagar,
al menos, a agradecer.
Y ni tan fiera nací,
ni humano sér recibí
de tan inhumano padre,
ni de tan bárbara madre
blanco alimento bebí,
que al ruego no me enterezca
que al llanto no me lastime,
que al mal no me compadezca,
que firmezas no agradezca
y que finezas no estime.
El pasado disfavor
no fue porque vuestro amor,
Enrique, no agradecí,
sino por tocar así
su fineza en mi rigor.

ENRIQUE: ¿Luego estáis agradecida?

BLANCA: Sí; que me tiene obligada

el saber que soy querida;
y si cerca de pagada
está la afición creída,
yo os comienzo ya a pagar,
pues os llevo a confesar
que agradezco, por creer
que llegar a agradecer
es el principio de amar.

TRISTÁN: (¿Qué escucho?) **Aparte**
ENRIQUE: ¿Que merecí
tan alto favor?

Aparte a LUCÍA

BLANCA: ¿Tristán
oyóme?

LUCÍA: Señora, sí.

BLANCA: Bien está. (Lleve de mí **Aparte**
estas nuevas a don Juan.)

Vase doña BLANCA

LUCÍA: (¿Martelico? ¡Fullería!) **Aparte**

CHACÓN: Oye, señora Lucía.

TRISTÁN: (¡Esto me faltaba agora!) **Aparte**

LUCÍA: Voy siguiendo a mi señora;
verémonos otro día.

Vase LUCÍA

ENRIQUE: Loco quedo del favor.

CHACÓN: Y con razón.

ENRIQUE: ¡Por mi vida,
que obra el viejo encantador!

CHACÓN: Lo que yo entiendo, señor,
es que saber tu querida
que la roja cruz te han dado
obra tales maravillas.

ENRIQUE: Que don Illán las ha obrado
por la magia he yo pensado.

Vase don ENRIQUE

CHACÓN: Creo en Dios a pies juntillas.

Vase CHACÓN

TRISTÁN: ¿Hay tan gran bellaquería?

Sale LUCÍA

LUCÍA: ¿Qué te santiguas? ¿Qué ves?

TRISTÁN: Que Blanca engañe a un marqués,
 y a un secretario Lucía!

LUCÍA: ¿En qué lo ves?

TRISTÁN: ¡En efeto,
 blanca quiere a don Enrique!
 Ya no me espanto que aplique
 a un galán que es tan perfeto
 como el marqués, tu señora
 mil faltas; que ¿cuál mayor
 que no tenerle a él amor,
 cuando a don Enrique adora?

LUCÍA: Tristán, Amor se precia de humildades;
 no hallan lugar en él las ambiciones,
 y con desvanecidas presunciones
 no caben amorosas igualdades.

 Nunca conserva firmes amistades
 quien solo atento va a sus pretensiones;
 y nunca de encontradas opiniones
 vi resultar conformes voluntades.

 Siendo dios el Amor, habita el suelo,
 y no corona, siendo rey, las sienas,
 y anda desnudo, siendo poderoso.

 Abata el que ama el levantado vuelo,
 o no le engendren quejas los desdenes,
 si siendo enamorado es ambicioso.

TRISTÁN: Lucía, no desmientas los engaños
 con frívolas razones mal fundadas.
 Dime tú que las dos estáis mudadas,
 y acabarán con eso nuestros daños.

 No son sucesos en el tiempo extraños
 dos almas dividirse enamoradas;
 esperanzas son muertes dilatadas,
 y de los males fin los desengaños.

 Siquiera porque fuimos ya queridos,
 habladnos claro; que por mas impía
 tengo la pena que se da penada.

 Si nos queréis dejar agradecidos,
 decid, "Mudado se han Blanca y Lucía."
 ¡Que--vive Dios--que no se nos dé nada!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen don JUAN y TRISTÁN

TRISTÁN: Señor, ¿qué es esto? ¿Qué desigualdades muestras en tus pasiones, siendo indinas de un heróico varón las variedades?

Yo te vi ya abrasar por las divinas partes de Blanca, y ya tu amor bañado del Lete en las corrientes cristalinas; y agora, cuando en el feliz estado de excelso presidente de Castilla, el rey con justo acuerdo te ha ocupado con que entendí que la postrera astilla de la flecha amorosa despidieras, pues la ambición no sabe consentilla, hallo que convalecen tus primeras penas, y miro tus cenizas frías llamas brotar que abrasan las esferas.

JUAN: Tristán, no admires las mudanzas mías, pues según son las causas diferentes, ya tristezas producen, ya alegrías.

Estos que notas, nuevos accidentes, más son de celos ímpetus rabiosos, que impulsos del amor convalecientes; porque hay favorecidos, hay celosos; despierta el cuidadoso al descuidado, y desdichados hay porque hay dichosos.

Después que los rigores han turbado el sereno semblante que solía mostrar la hermosa Blanca a mi cuidado; después que divertida, áspera y fría conmigo, a don Enrique más se llega, tanto cuanto de mí más se desvía, tan ardiente furor desasosiega mi pecho, tan del todo me enloquece no sé si ciego Amor, si envidia ciega que sólo al mal que el corazón padece remedios busco, y sólo el pecho mío amorosas venganzas apetece.

Apenas me resuelvo al desvarío,
cuando me ocurre un mar de inconvenientes,
y me detengo en él, si no me enfrío.

Miro que por caminos diferentes
corre Blanca a su honor, yo a mi deseo
impedidos de varios accidentes.

Ella, sin los contratos de himeneo,
no quiere dar remedio a mi cuidado.
Es noble, razón tiene, ya lo veo.

Yo, viendo la grandeza de mi estado,
el alto oficio, la feliz privanza
con que hasta el cielo el rey me ha levantado;

como sigue tormenta a la bonanza
en el mar de la vida, y la Fortuna

sólo sabe ser firme en la mudanza;

quisiera, pues mis pies huellan la luna,

poner un clavo a la voltaria rueda,

y al frágil edificio una coluna,

emparentando agora con quien pueda

prestar a mi defensa un muro fuerte,

cuando a mi dicha adversidad suceda.

TRISTÁN: Alta razón de estado.

JUAN: De esta suerte

se causan las mudanzas que condenas.

TRISTÁN: Supuesto, pues, que no has de resolverte
a dar la mano a Blanca, y que tus penas

augmenta Enrique, para tu sosiego

en tanto daño. ¿qué remedio ordenas?

JUAN: Quitar la causa que acrecienta el fuego.

TRISTÁN: ¿Cómo?

JUAN: Con la ambición y con la ausencia
pierde las fuerzas el amor más ciego.

TRISTÁN: En ti lo verifica la experiencia.

JUAN: De la encomienda de León ha hecho

merced a Enrique el rey; si la asistencia

le hago dar de Sevilla, yo sospecho

que él a más rico casamiento aspire,

y a mí su ausencia me mitigue el pecho.

TRISTÁN: Industrioso es Amor.

JUAN: Porque respire

entre tanto el volcán en que me abraso,

traza, Tristán, como yo hable, o mire

siquiera el sol de Blanca, cuyo ocaso

es de mi vida fin.

TRISTÁN: ¡De esa manera

hablas, señor! ¿Ya sales de tu paso?

¡Brava labor ha hecho la celera;

mas di, ¿quíresla ver secretamente

de noche?

JUAN: Sí, Tristán.

TRISTÁN: ¡Quién tal creyera!
Pues, ¿y la autoridad de presidente?
JUAN: La de un rey es mayor, y disfrazado
deja el dorado trono si Amor siente
demás que en el secreto iré fiado.
TRISTÁN: ¡Plegue al cielo que quiera darte ausencia
Blanca!
JUAN: Apelo a tu ingenio y tu cuidado.
TRISTÁN: Trazas no faltarán y diligencia;
mas tiénesla ofendida y es honrada.
JUAN: ¿Qué puedo hacer?
TRISTÁN: Armarte de paciencia.
Pero don Illán viene.
JUAN: Ya me enfada
este viejo con tanto dilatarme
el arte que es de mí tan deseada.
Todo es pedirme, todo es acordarme
mis promesas. ¡Qué neciamente espera
al cumplimiento de ellas obligarme
antes de darme la lición primera!
Excúsame con él.

Vase don JUAN

TRISTÁN: Tu justo enfado
con eso entenderá. ¿Quién tal creyera?
Muda la condición quien muda estado.

Sale don ILLÁN

ILLÁN: (¿Ya volvéis a don Illán **Aparte**
las espaldas? ¡Bien por Dios!
Pues aun he de hacer; de vos
más experiencias, don Juan,
antes que el volcán reviente,
porque no podáis quejaros
que para desobligaros
no os di lugar suficiente.)
Gocéis, amigo Tristán,
como mi pecho desea,
de tan feliz tiempo.
TRISTÁN: Sea
con que os sirva, don Illán.
ILLÁN: Al marqués quisiera dar
el parabién.
TRISTÁN: Del cuidado
del nuevo oficio cansado,
se entró agora a reposar.

- ILLÁN: Descanse pues, que es razón;
que yo volveré otro día.
De la magia le venía
a dar la primer lición;
que a Madrid llegaron hoy
mis libros; mas pues los dos
sois lo mismo en esto, a vos
para entrambos os la doy.
- TRISTÁN: (Parece, por Dios, que oyó **Aparte**
Lo que hablamos.) Decid pues;
que recibirá el marqués
gran gusto, y gran merced yo.
- ILLÁN: Las previas disposiciones
de esta ciencia son, pasar
este códice, y tomar
de memoria estas dicciones;
saber linear perfetos
los caracteres que ves;
y esto sabido, después
entra el saber sus efetos.
- TRISTÁN: Presto, señor don Illán,
lo sabremos.
- ILLÁN: (Y yo presto **Aparte**
veré si topaba en esto
la ingratitude de don Juan.
Con esta falsa lición
y códice mentiroso,
probaré si es engañoso
en cumplir su obligación,
pues ocasión no le queda
con que poderse excusar.)
- TRISTÁN: Ved si me queréis mandar
algo en que serviros pueda.
- ILLÁN: Este memorial quisiera
que a su excelencia le deis,
y que en la ocasión terciéis
por mí.
- TRISTÁN: Si tanto pudiera
como quiero, bien logrado
viérades vuestro deseo
brevemente.
- ILLÁN: Así lo creo.
De tres plazas que han vacado,
para Melchor pido aquí
una al marqués, y por vos
pienso alcanzarla.
- TRISTÁN: Id con Dios;
que el cargo me queda a mí.

Vase don ILLÁN

¿Es posible que a esto llego?
quiero empezar a leer.

Lee

"Invocación para hacer
a un marido sordo y ciego."
¿Que la magia enseña modos
de cegarlos cuando importe?
Si esto saben en la corte,
han de ser mágicos todos.

Lee

"Gazpurrio, tranca, durento."
Bien lo acertaré a decir.

Lee

"Caracter para impedir
la palabra, voz y aliento."
Para los poetas quiero
señalarlo, pues les toca,
para teparle la boca
al silbar un mosquetero.

Lee

"Caracter que puede hacer
que un calvo no lo parezca."
Bien habrá quien me agradezca
que le enseñe el caracter.
¿Que la magia da cabello?
Por Dios, que he de denunciar
de cierto Momo, y vengar
mil ofendidos con ello,
puesto que la villa entera
vio que calvo anocheció,
y a la mañana sacó
abrigada la mollera.

Lee

"Conjuro de remozar,
quitando rugas y canas
y otras señales ancianas."
Esto os importa callar;
que si llega a las orejas
de las mujeres que vos
sabéis remozar, por Dios,
Tristán, que os comais de viejas.

Lee

"Para ver lo que se quiere."
Punto y rasgo. Esto querría
probar, por ver a Lucía.
Harélo pues, si supiere.
Va de encanto. Verla quiero
debajo de este dosel.
Dice aquí que forme en él
los caracteres primero.
Digo el conjuro. "Plutón,

*Mira al libro, y hace una letra con dedo en el
pañó, alza el pañó y aparece CHACÓN, y esconde
TRISTÁN el libro*

sal de la laguna fría,
y muéstrame a mi Lucía."
¡Vive Cristo, que es Chacón!
debíme de errar.

CHACÓN: ¡Ah! ¿Si?
Señor don Tristán, por Dios,
Que he de denunciar de vos.

TRISTÁN: Pues ¿qué vistes?

CHACÓN: Nada vi;
Sólo dijistes, "Plutón,
sal de la laguna fría
y muéstrame a mi Lucía."

TRISTÁN: Fue por buriaros, Chacón,
y daros en qué entender.

CHACÓN: En vano excusas buscáis.

TRISTÁN: Como sé que la adoráis,
y os vi, Chacón, esconder
a espíarme, quise así
daros picón y cuidado.

CHACÓN: Ingenioso habéis andado;
mas no os valdrá para mí;
que ese libro que ocultáis
no es para darme picón.

Búscasele

TRISTÁN: ¿Qué libro?
CHACÓN: Mostrad.
TRISTÁN: Chacón,
 muy demasiado andáis.
CHACÓN: ¿Demasiado? Un buen día
 la corte habéis de dar;
 que tengo de denunciar,
 por dar pesar a Lucía.
TRISTÁN: Decid primero, por Dios,
 por salir de duda así.
 ¿os trajo el conjuro aquí,
 Chacón, ú os venistes vos?
CHACÓN: A pedir audiencia entró
 para mi señor, y viendo
 que hablando solo y leyendo
 estábades, reparé,
 y para no ser sentido
 y escucharos, me escondí
 tras ese dosel.
TRISTÁN: ¡Ah! ¿Sí?
 ¿Que malicia vuestra ha sido?
 ¿Quién os mete en hacer mal?
CHACÓN: Esto no es sino hacer bien,
 y yo me entiendo.
TRISTÁN: (Ahora bien, **Aparte**
 la defensa es natural.)
 Porque calléis quiero hacer
 por vos, Chacón, una cosa,
 que además de ser gustosa
 provechosa os ha de ser.
 Un oficio os haré dar
 luego que ocasión hubiere,
 y cuando no lo cumpliere,
 podéis de mí denunciar;
 que a lo menos de temor
 mi obligación cumpliré.
CHACÓN: Bien.
TRISTÁN: Demás de esto os daré
 la joya de más valor
 que hay en Madrid, y es, Chacón,
 este libro, con que hagáis
 cuantos encantos queráis.
 Y porque veáis que son
 de provecho y gusto llenos,
 os los tengo de mostrar.

Lee

"Conjuro para formar
nublados, rayos y truenos...
Caracteres para hacer
que nos quieran las mujeres."

CHACÓN: ¡Oh, qué buenos caracteres!

Lee

TRISTÁN: "Palabras para traer
 un ejército lucido
 de cristianos y de moros,
 para descubrir tesoros."

CHACÓN: Con eso quedo vencido.
 Vuestros partidos aceto
 y quedo por vuestro amigo.

TRISTÁN: Yo cumpliré lo que digo;
 pero, Chacón, ¡el secreto!

CHACÓN: ¿Eso me habeis de advertir?

TRISTÁN: Cuerdo sois; no es menester.
 El libro habéis de esconder.
 No os le vean al salir;
 que hay curiosos, y será,
 si le lleváis en la mano,
 querer defenderle en vano.

CHACÓN: Seguro con esto va.

Mételo en la faltriquera

Quedáos a Dios.

Abrázase TRISTÁN con él, y da voces

TRISTÁN: ¡Al ladrón!
 ¡Hola, criados!

Salen dos CRIADOS

CHACÓN: ¿Qué es esto?

CRIADO 1: ¿Qué mandas?

TRISTÁN: Atadlo presto;

que es ladrón.
CHACÓN: ¿Hay tal traición?

Átanle

ACTO TERCERO

TRISTÁN: Tras este dosel lo hallé
escondido.

CRIADO 2: ¿Hay tal maldad?

CHACÓN: ¡Señores!

CRIADO 1: Ladrón, callad.

TRISTÁN: Esperad, le buscaré
las faltriqueras; quizá
tendrá indicios contra sí

Sácale el libro

Éste es libro, y dice aquí...
CRIADO 2: Libro de Calo será.

Lee

TRISTÁN: "Arte de nigromancia."
¿Esto más? ¿Así, Chacón,
nigromántico y ladrón?
¡Qué buena bellaquería!

Sale don JUAN

JUAN: ¿Qué es esto?
TRISTÁN: Un ladrón, señor.
CHACÓN: Miente.
CRIADO 1: ¡Ah, ladrón!
CHACÓN: Pierdo el seso.
TRISTÁN: Manda que le lleven preso;
que es también encantador.

Toma don JUAN el libro

JUAN: ¿Cómo lo sabes?

TRISTÁN: Traía
este libro.

CHACÓN: Declarad,
cielo santo, la verdad.

Lee

JUAN: "Arte de nigroiuancía."
Llevadle.

CHACÓN: Señor...

TRISTÁN: Chacón,
pues dar pena es vuestro gusto,
tened paciencia; que es justo
redimir la vejación.

Llévanle

JUAN: Tristán, ¿qué es esto?

TRISTÁN: Señor,
en una casa en que había
conversación, cierto día
salieron al corredor
dos solos, que una cuestión
tenían que averiguar,
y en ella le vino a dar
uno a otro un bofetón.

Pues el que le recibió,
a grandes voces y apriesa
dijo al otro, "¡Tomaos ésa!"
La gente, que dentro oyó
el golpe, y no vio la mano,
atribuyó la vitoria
al que cantaba la gloria
tan orgulloso y ufano.

Y así, con esta invención
vino a quedar agraviado
aquel mismo que había dado
al contrario el bofetón.

JUAN: Aplica.

TRISTÁN: Ya yo entendí
que me hubieras entendido.
Este librito ha traído
el viejo Illán para ti;
mas detrás de este cancel
hay gente y podrá escucharnos.

JUAN: El remedio es retirarnos
al camarín.

TRISTÁN: Y aun en él

no sé si estaremos bien;
que en lo que me ha sucedido
con Chacón he conocido
que oyen las paredes.

JUAN: Ven.

*Vanse. Salen don ENRIQUE, con hábito de
Santiago, y LUCÍA*

ENRIQUE: Si no le ofrezco a Blanca la encomienda,
ni estimo el bien ni logro la ventura;
que mi mayor aumento es sueño vano
si no llego a alcanzar su blanca mano.

LUCÍA: Si estuviera el serviros en la mía
experiencia tenéis de mi deseo;
mas hoy no puede ser; que acaba agora
de lavarse el cabello mi señora.

ENRIQUE: ¡Ay dueño hermoso! En ella considero
mientras sus hebras baña, al sol que esconde
cuando a los mares baja occidentales
pirámides de luz en sus cristales.

¡Quién viera las estrellas en que adoro
dar brújulas de luz por nubes de oro
quién en sus rayos ensartar la aurora
las mismas perlas que naciendo llora!

LUCÍA: Ablandará diamantes tu terneza.
Ven a la calle, Enrique, a media noche;
que yo sacaré a Blanca a la ventana.

ENRIQUE: En nuevo oriente se verá Diana.
Publique esta cadena, mi Lucía,
la que pones con eso al alma mía.

Dásela

LUCÍA: Inclinas firme, y liberal obligas.

ENRIQUE: ¿Qué seña podré hacer?

LUCÍA: Pararte enfrente
del balcón a las doce, solamente;
y adiós.

ENRIQUE: Mi vida estriba en ti, Lucía.

LUCÍA: De mi cuidado tus intentos fía.

Vase don ENRIQUE

Esto sí es negociar, y esto se llama
a Dios rogando y el dinero dando.
Por echarle de mí le prometía

sacarle--el cielo sabe cuán sin gana
de cumplirlo--mi dueño a la ventana
y tanto obró, pagando francamente,
la promesa sin alma, que me pesa
de que fuese sin alma la promesa.
Ya mudo parecer; que el presidente
con el poder obliga solamente.
¿Qué se me sigue a mí de su grandeza?
Y más si, de ella ya desvanecido,
galán pretende ser, y no marido?
Y siendo esto imposible, nunca espero
fruto de su poder ni su dinero.

Sale doña BLANCA

BLANCA: ¿Fuése ya?
LUCÍA: Sí, señora.
BLANCA: ¿Qué quería?
 ¿Cansarme?
LUCÍA: Yo sospecho que venía
 a ver si el presentar ante tus ojos
 de roja cruz atravesado el pecho,
 era con tus crueldades de provecho;
 y a fe que le está bien.
BLANCA: ¿Grandeza extraña!
 Soberano poder del rey de España!
 Sin que nada le cueste da un tesoro,
 y sabe y puede hacer, solo queriendo,
 la más vistosa gala de un remiendo.
LUCÍA: Dijo que si tu mano no alcanzaba,
 ni hábitos ni encomiendas estimaba.
 Mientras más sube, más humilde adora;
 bien otro que el marqués desvanecido
 en quien con el honor crece el olvido.
BLANCA: Conozco lo mejor, y aunque lo apruebo,
 elijo lo peor; que en daño mío
 huye la inclinación del albedrío.
LUCÍA: Excuséte diciendo que acababas
 de lavarte el cabello.
BLANCA: Bien hiciste.
LUCÍA: Callaré lo demas; que le aborrece,
 y mejor al descuido y engañada
 la sacaré a la reja, que avisada.

Sale TRISTÁN

TRISTÁN: Licencia no ha de aguardar
 quien halla abierta la puerta,

y pienso que hallarla abierta
es la licencia de entrar.
¡Válgate Dios, qué extremada
hermosura!

BLANCA: ¡A Dios pluguiera,
secretario, que no fuera,
más que hermosa, desdichada!

TRISTÁN: No estés triste, cuando tengo,
señora, qué suplicarte.

BLANCA: Con tener en que agradarte,
a dejar de estarlo vengo.
¿Qué quieres?

TRISTÁN: Hablar querría
a solas, que importa así,
si te sirves.

LUCÍA: ¿Para mí
hay ya secretos?

TRISTÁN: Lucía,
de dos frailes que habían sido
de firme amistad y fe
raro ejemplo, el uno fue
por provincial elegido.

A verle llegó volando
muy alegre el compañero,
mas detúvole el portero,
y le dijo, "Está ajustando
nuestro padre ciertas cuentas,
vuesencia vuelva después."

Y él respondió, "Desde que es
Pater noster anda en cuentas."

Tú, pues con pecho discreto
conoces el tiempo vario,
di, "Desde que es secretario,
habla Tristán en secreto."

LUCÍA: Oblígame a que recele,
si estás solo, una traición
como aquélla que a Chacón
tiene en prisión.

TRISTÁN: ¿Ahí te duele?

BLANCA: A esa puerta te retira.

Retírase LUCÍA

Di, Tristán.

TRISTÁN: El presidente,
mi señor, que fuego ardiente
en vez de aliento respira,
pide que a solas le des
esta noche un rato audiencia.

BLANCA: ¿No es más cuerdo su excelencia?
 Dile, Tristán, al marqués
 que si amante y ambicioso
 espera verme engañada,
 yo sé resistir honrada
 lo que intenta poderoso,
 y que solamente espere
 verme a solas mi marido.

TRISTÁN: ¿Qué sabes si, reducido
 a serlo ya, hablarte quiere?
 ¿Qué arriesgas en darle audiencia?

BLANCA: Quien se deja a solas ver
 de un amante con poder,
 hace justa la violencia.

TRISTÁN: Óyele en tu reja pues.

BLANCA: Aun eso...

TRISTÁN: Poco te pido.

BLANCA: Si no ha de ser mi marido,
 no se serene el marqués.

TRISTÁN: ¿Qué, pierdes en esenchalle?

BLANCA: Otro esposo ser podría.

TRISTÁN: Del secreto te confía.

BLANCA: Ahora bien, esté en la calle
 a maitines.

TRISTÁN: Déte Dios,
 señora, lo que mereces.
 ¿Qué seña?

BLANCA: Toser dos veces.

TRISTÁN: Solos vendremos los dos;
 y tú de esto cautamente
 deslumbrarás a Lucía,
 que publicarlo podría,
 está mal a un presidente.

BLANCA: Bien dices.

TRISTÁN: Oye otra cosa
 que quiero saber de ti.

Hablan en secreto. LUCÍA habla al paño

LUCÍA: (Rabiando estoy de que a mí **Aparte**
 me tenga por sospechosa.
 ¡De mí no hace confianza
 Tristán! ¿Qué mudanza es ésta?
 Pues si la vida me cuesta,
 tengo de tomar venganza.

TRISTÁN: Dime el autor.

BLANCA: El secreto
 me encargó.

TRISTÁN: Fácil verán

tus ojos que no hay galán
en la corte más perfeto.

Al irse encuentra a LUCÍA

Lucía, ¿enojada estás?
¿No adviertes que soy mandado?
Quédate a Dios; que pasado
el enojo, me hablarás.

Vase

LUCÍA: ¿Qué es esto, señora mía?
¿Qué novedades han sido
las que obligarte han podido
a no fiar de Lucía!

BLANCA: Recatos del presidente,
que no culpas tuyas, son;
y puedo en esta ocasión
declararte solamente
que celos con el marqués
más que el amor han podido.

LUCÍA: Si no ha de ser tu marido,
ni aun esperanzas le des.

Vanse. Salen don JUAN y TRISTÁN

JUAN: ¡Tres postizos!
TRISTÁN: Sí, señor.
JUAN: ¡Y pantorrillas! ¿Qué más?
TRISTÁN: Que enfadoso aliento das.
JUAN: ¿Y no te dijo el autor?
TRISTÁN: Fue imposible.
JUAN: ¿Que hay quien quiera
tal engaño persuadir?
TRISTÁN: Pues, señor, a no mentir
el maldiciente, ¿lo fuera?
 Aquél es murmurador
que divulga falsedades;
que a quien dice las verdades
lamo yo predicador.
JUAN: ¿Es reloj? Como lo espero,
se me antoja.
TRISTÁN: No te espantes;
que el reloj de los amantes
anda siempre delantero.
JUAN: ¿Que al fin tan resuelta ves

a Blanca?
TRISTÁN: Como has oído.
JUAN: "Si no ha de ser mi marido,
no se serene el Marqués."
TRISTÁN: Y a fe que era buen consejo.
JUAN: Si no puede haber mudanza,
quitame tú la esperanza,
y verás cómo lo dejo.
TRISTÁN: Este zaguán ha quedado
abierto, porque te esconda
si acaso viene la ronda,
prevención de mi cuidado.
JUAN: Y fue cuerda prevención;
que si la justicia da
en conocerme, será
gran daño de mi opinión.
Mas oye.
TRISTÁN: Las doce dan.
JUAN: Haz la seña.
TRISTÁN: Vaya.

Tose dos veces

JUAN: Tente;
que o me engaño o viene gente.
TRISTÁN: Pues miétras pasa, al zaguán.

Retíranse. Sale don ENRIQUE

ENRIQUE: La soledad de la noche
anima mis esperanzas.

Sale doña BLANCA a la ventana

BLANCA: Al reloj siguió la seña.
¡Qué puntual es quien ama!
TRISTÁN: Uno es solo, y se ha parado
en frente de la ventana.
BLANCA: Ce. ¿Sois vos, señor?
ENRIQUE: (La voz **Aparte**
es ésta de doña Blanca.)
¿Quién puede ser sino un cuerpo
que en tu cielo busca el alma?
JUAN: ¡Vive Dios, que habla con ella!
TRISTÁN: ¿Echarémosle?
JUAN: No. Aguarda;
que sospecho que es Enrique.
Escuchemos lo que hablan.
BLANCA: De la merced que os ha hecho

su majestad deseaba
daros un gran parabién.
JUAN: Enrique es, y doña Blanca
de la encomienda le da
el parabién.
ENRIQUE: Todo es nada
mientras en tálamo alegre
no toco esa mano blanca.
BLANCA: Si estáis en eso resuelto,
yo lo estoy también.
ENRIQUE: Mi alma
en fe de esperarlo vive.
BLANCA: (Declaróse. ¡Dicha extraña! **Aparte**
¡Oh, lo que pueden los celos!)
ENRIQUE: (¡Oh lo que un hábito alcanza!) **Aparte**
JUAN: ¿Que tal escucho? No puedo
sufrirlo. Echémosle.
TRISTÁN: Aguarda,
no salgas tú; que yo solo
le echaré con una traza.
¡Ah caballero!

Llégase a don Enrique

ENRIQUE: ¿Quién es?
TRISTÁN: ¿Es acaso vuestra casa
por aquí?
ENRIQUE: Pues, ¿qué os importa?
TRISTÁN: ¿Es don Enrique de Várgas;
que en la voz le reconozco?
ENRIQUE: ¿Es Tristán?
TRISTÁN: Es quien os anda
a estas horas a buscar,
porque el presidente os llama
para un negocio importante,
tan de priesa, que me manda
que antes de acostarme os hallo
y él, desvelado, os aguarda.
ENRIQUE: Id delante, secretario;
que ya os sigo.
BLANCA: ¡Ay desdichada!
ENRIQUE: Adiós, mi bien. ¿No respondes?
Quitóse de la ventana.

Vanse don ENRIQUE y TRISTÁN

BLANCA: ¡Que por el marqués le hablase!
JUAN: ¿Estás en la reja, Blanca?

BLANCA: ¿Es el marqués?
JUAN: Enemiga,
 es quien oyó lo que hablabas
 con don Enrique. Crüel,
 ¿a cuál de los dos engañas?
BLANCA: Oye, señor.
JUAN: ¿Esto haces
 cuando de obligarme tratas?
 ¡Con quien abre a un escudero
 a tal hora la ventana,
 quieres que se case un grande?
 ¿Ves mi razón? ¿Ves tu infamia?
BLANCA: Si a la seña que te di
 salí, y pensando que hablaba
 contigo, hablé con Enrique,
 ¿qué me culpas de liviana?
JUAN: Pues si engañada saliste,
 huyeras desengañada.
BLANCA: No lo estuve hasta que habló
 Tristón con Enrique.
JUAN: ¡Ah falsa!
 Puesto que la norabuena
 de la encomienda le dabas,
 bien conociste quien era.
BLANCA: ¿Yo dije encomienda? Calla.
 Para negar mis verdades,
 no me trueques las palabras.
 "De la merced que os ha hecho
 su majestad deseaba
 daros ya la enhorabuena"
 ¿no le dije?
JUAN: Y eso, ingrata,
 ¿no es lo mismo?
BLANCA: No es lo mismo;
 que a ti el parabién te daba
 de la presidencia.
JUAN: ¿Cómo?
 ¿Es posible que en el habla
 no le conocieses?
BLANCA: No;
 digo que no, y esto hasta;
 mas ¿qué doy satisfaciones?
 ¿Has de ser mi esposo? ¿Callas?
JUAN: Cuando tales cosas veo...
BLANCA: Estas cosas no te dañan
 no tomes falsa ocasión
 para encubrir tus mudanzas;
 que cuando fuera verdad
 que a don Enrique escuchara,
 quien para esposo pretende,

ni te ofende ni te infama.
Aquí te has de resolver,
sin que te quede esperanza
si la mano no me das,
de verme jamás la cara.
¿Callas? Véte.

JUAN: Blanca, escucha.
Mucho aprietas; no me amas,
pues sólo tu bien procuras
y en mi daño no reparas.
Yo pretendo ser tu esposo,
de ello te daré palabra;
mas agora, cuando ves
tan reciente mi privanza,
puesto de ayer en mis hombros
todo el gobierno de España,
¿quieres que todo lo arriesgue
con una acción tan liviana
como casar por amores
con quien...? Perdóname, Blanca;
que es muy desigual tu estado,
unque en nobleza me igualas.

BLANCA: Calla, falso. pues si agora
por desigual no te casas,
¿No me quebrarás también
por desigual la palabra?
¿No sé yo cómo las cumplen
los que tu poder alcanzan?
Vete con Dios. No aventuras
Tu oficio y del rey la gracia;
que un rey te puede faltar,
y no mil hermosas damas.

JUAN: Blanca, escucha.

BLANCA: ¿Qué me quieres?
¿Eres mi esposo?

JUAN: Oye, Blanca

BLANCA: Si no dices, "Soy tu esposo,"
no digas otra palabra.

JUAN: Terrible estás de resuelta.

BLANCA: Estoy resuelta, de honrada,
a escuchar sólo a mi esposo
a tal hora a la ventana.

Vase

JUAN: ¡Ah, enemiga! ¡Vive el cielo,
pues tan resuelta me agravias,
que ni te has de ver conmigo
ni con Enrique casada!

Pues tú mi afición desprecias,
salga la tuya del alma.
En rabia trueco el amor,
y los celos en venganzas.

*Vase. Salen TRISTÁN y tres PRETENDIENTES, con
memoriales*

PRETENDIENTE 1: Merezca en esta ocasión
que vusted, como quien es,
me ayude con el marqués.

TRISTÁN: ¿Qué pide?

PRETENDIENTE 1: Una comisión.

TRISTÁN: ¿Qué?

PRETENDIENTE 1: Comisión.

TRISTÁN: Bien está.

¿Fuera de aquí?

PRETENDIENTE 1: En Zaragoza.

TRISTÁN: ¿Casado?

PRETENDIENTE 1: Con mujer moza
y hermosa.

TRISTÁN: Negociará.

Vase el PRETENDIENTE 1

PRETENDIENTE 2: Para que una plaza alcance
o el uno de estos oficios,
me dad favor.

TRISTÁN: ¿Qué servicios?

PRETENDIENTE 2: He escrito un libro en romance.

TRISTÁN: ¿Qué?

PRETENDIENTE 2: En romance.

TRISTÁN: Bien está.

PRETENDIENTE 2: Y también fui traductor
de uno italiano, señor.

TRISTÁN: Señor, no negociará.

Vase el PRETENDIENTE 2

PRETENDIENTE 3: ¿Qué hay de mi negocio?

TRISTÁN: Ayer
dijo el marqués, mi señor,
que mostréis vuestro valor,
si capitán queréis ser.

PRETENDIENTE 3: Pues, ¿no ha bastado a mostrarlo
este talle, esta presencia?

TRISTÁN: Acá tiene su excelencia
rocines de mejor talle.

PRETENDIENTE 3: Señor, si favor me da,
y negocio le daré
de albricias mil doblas.

TRISTÁN: ¿Qué?

PRETENDIENTE 3: Mil doblas.

TRISTÁN: Negociará.

*Vase el PRETENDIENTE 3. Salen doña BLANCA,
con manto, don ILLÁN, y don ENRIQUE*

ENRIQUE: A las dos de la mañana,
que hasta entonces me tuvieron
en la antesala esperando...

BLANCA: (Yo fui causa de ese efeto.) **Aparte**

ENRIQUE: ...entrarme mandó el marqués,
y me recibió diciendo,
"Asistente de Sevilla
su majestad os ha hecho,
y conviene a su servicio
que os partáis, Enrique, luego,
esperando cada día
más venturosos aumentos.
Por la mañana venid
por los despachos." Con esto
le dejé, y a despedirme
agora a su casa vuelvo.
Mas, hermosa doña Blanca,
si la bendición no llevo
de esa mano, y de esa boca
un "sí" no alcanzo primero,
pensad que voy a morir,
no a mandar, porque ni tengo
más vida que la esperanza,
ni más muerte que el deseo.

ILLÁN: Vueseñoría, señor,
goce tan altos aumentos
mil años. Blanca, que ve
lo mucho que gana en ello,
pagando vuestras finezas,
cumplirá vuestros intentos,

ENRIQUE: Vos, Blanca, ¿no respondes?

BLANCA: (¡Ay de mí!!) **Aparte**

ILLÁN: Su estado honesto
la refrena; mas fiad
que del negocio a que vengo
su resolución resulte;
que no ha sido sin misterio

el traerla donde veis.

ENRIQUE: ¿Qué es esto, sagrados cielos?
En cas del marqués entráis,
y puede ser de provecho
a mi intento esta venida!

ILLÁN: Don Enrique, yo me entiendo.

TRISTÁN: Su excelencia viene, ¡plaza!

Sale don JUAN

JUAN: Señor don Illán, ¿qué es esto?

¿Es doña Blanca?

ILLÁN: Señor,
ella misma.

JUAN: Pues ¿qué exceso
es éste, Blanca?

BLANCA: A mi padre,
que me ha traído, obedezco.

ILLÁN: Como engaños de la corte
y desengaños del tiempo
han dado a mis esperanzas
tan notorios escarmientos;
como tantas dilaciones
y tantas excusas veo
en dar a vuestras promesas
el debido cumplimiento,
en que mostrais que o fingidas
al tiempo de hacerlas fueron,
o la mudanza de estado
os mudó los pensamientos,
pues por postrer desengaño
todas las plazas salieron,
sin ser Melchor proveído
o consultado a lo menos;
a dejar las pretensiones
y dar la vuelta a Toledo
resueltos los dos venimos,
a alcanzar de vos primero
que nos deis, señor licencia.

Aparte don JUAN y TRISTÁN

JUAN: ¿Entiendes, Tristán?

TRISTÁN: Ya entiendo.

JUAN: (Con la ausencia me amenazan **Aparte**
por obligarme con eso
a casarme; mas saldráles
al revés el pensamiento.

Aquí me pienso vengar
de altiveces con desprecios,
de desprecios con desdenes,
y con rigores de celos.)
Para obligar superiores,
Illán, no es modo discreto
indignarles querellosos,
y descortés ofenderlos.
Si no cumplí mis promesas,
debiéradas, si sois cuerdo,
atribuirlo a que en vos
faltan los merecimientos;
y no motejar a quien
debéis tan justo respeto,
de fingido y de mudable
con tan libre atrevimiento.
Id a Toledo; que yo
no solamente no quiero
aprender de vos la magia,
mas antes, según me ofendo,
me agradeced que no os hago
castigar por hechicero.

BLANCA: ¿Qué escucho?

ILLÁN: Bastante prueba
De tu ingratitud he hecho.
Los caracteres deshago.

Borra unas letras en un papel

JUAN: ¿Qué es esto?

Sale PÉREZ

PÉREZ: El Hijo del Fuego
guarda ya aderezado
a competir con el viento.

JUAN: ¿Qué Hijo del Fuego?

PÉREZ: El caballo
a quien poner aderezo
de jineta me mandastes.

JUAN: Pues, ¿dónde estoy?

ILLÁN: En Toledo,
en mi casa y en mi estudio.

JUAN: ¿Cómo puede ser?

TRISTÁN: ¿Qué es esto,
que me he tornado en lacayo?

ILLÁN: ¿Luego tuvistes por cierto

ser marqués y presidente
y privado? Todas fueron
fantásticas ilusiones,
que en solo un hora de tiempo
que tardó en aderezar
Pérez el Hijo del Fuego,
os representó mi ciencia
sin salir de este aposento,
para conocer así
las verdades de dos pechos.
Vos le mostrastes tan vano,
tan ingrato y tan soberbio,
que llegastes a querer
castigarme por lo mismo
que me pedís que os enseñe.
Idos con Dios; que ni quiero
enseñaros, ni mi hija,
que ha visto vuestros desprecios
y las finezas de Enrique,
querrá por vos ofenderlo.

BLANCA: Claro está; porque trocar
u amante verdadero
a un desvanecido ingrato
fuera estar falta de seso.

ILLÁN: Vivas mil años. Enrique,
llegad. ¿Qué esperáis con esto?

ENRIQUE: Tan alto es el bien que alcanzo,
noble don Illán, que pienso
que el encanto es lo presente,
y lo pasado lo cierto.
Dadme, señora, la mano,
y creed que fuera vuestro,
como encantado asistente,
del mundo rey verdadero.

BLANCA: La mano os doy.

JUAN: Tente, Blanca.

TRISTÁN: Arrojóse pues: ¿qué harémos?

JUAN: De suerte estoy de corrido...

TRISTÁN: ¿Qué quieres? ¿Echar un reto?
Tú lo pecaste.

JUAN: Bien dices
callar y ausentarme quiero;
que de un corrido culpado
éste es el mejor remedio.

TRISTÁN: Lucía, ¿hay misericordia,
o me voy?

ILLÁN: Yo por lo menos,
porque secreto has guardado,
te he de servir de tercero.
Yo debo cincuenta doblas

de albricias de este suceso
a Lucía, y si se casa
contigo, le daré ciento.

TRISTÁN: ¿Qué le dices?

LUCÍA: Tuya soy.

TRISTÁN: Seré el lacayo primero
que se casa en la comedia
no casándose su dueño.
Esta verdadera historia,
senado ilustre y discreto,
cuenta el conde Lucanor
de un mágico de Toledo.

Fin de la comedia

La Verdad Sospechosa

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Personas que hablan en ella:

- Don GARCÍA, galán
- Don JUAN de Sosa, galán
- Don FÉLIX, galán
- Don BELTRÁN, viejo grave
- Don SANCHO, viejo grave
- Don JUAN de Luna, viejo grave
- TRISTÁN, gracioso
- Doña JACINTA, dama
- Doña LUCRECIA, dama
- ISABEL, criada
- Un LETRADO
- CAMINO, escudero
- Un PAGE
- Un CRIADO

ACTO PRIMERO

[Sala en casa de don BELTRÁN]

**Salen por una puerta don GARCÍA y un LETRADO viejo, de estudiantes,
de camino; y, por otra, don BELTRÁN y TRISTÁN**

BELTRÁN: Con bien vengas, hijo mío.

GARCÍA: Dame la mano, señor.

BELTRÁN: ¿Cómo vives?

GARCÍA: El calor
del ardiente y seco estío
me ha afligido de tal suerte
que no pudiera llevarlo,
señor, a no mitigallo
con la esperanza de verte.

BELTRÁN: Entra, pues, a descansar.
Dios te guarde. ¡Qué hombre vienes!
¡Tristán!

TRISTÁN: ¿Señor?

BELTRÁN: Dueño tienes
nuevo ya de quien cuidar.
Sirve desde hoy a García;
que tú eres diestro en la corte
y él bisoño.

TRISTÁN: En lo que importa,
yo le serviré de guía.

BELTRÁN: No es criado el que te doy;
mas consejero y amigo.

GARCÍA: Tendrá ese lugar conmigo.

TRISTÁN: Vuestro humilde esclavo soy.

Vanse don GARCÍA y TRISTÁN

BELTRÁN: Déme, señor Licenciado
los brazos.

LETRADO: Los pies os pido.

BELTRÁN: Alce ya, ¿Cómo ha venido?

LETRADO: Bueno, contento, honrado
de mi señor don García,
a quien tanto amor cobré,
que no sé cómo podré
vivir sin su compañía.

BELTRÁN: Dios le guarde, que, en efeto,
siempre el señor Licenciado

claros indicios ha dado
de agradecido y discreto.

Tan precisa obligación
me huelgo que haya cumplido
García, y que haya acudido
a lo que es tanta razón.

Porque le aseguro yo
que es tal mi agradecimiento,
que, como un corregimiento
mi intercesión la alcanzó
--según mi amor, desigual--,
de la misma suerte hiciera
darle también, si pudiera
plaza en Consejo Real.

LETRADO: De vuestro valor lo fío.

BELTRÁN: Sí, bien lo puede creer.
Mas yo me doy a entender
que, si con el favor mío
en ese escalón primero
se ha podido poner, ya
sin mi ayuda subirá
con su virtud al postrero.

LETRADO: En cualquier tiempo y lugar
he de ser vuestro criado.

BELTRÁN: Ya, pues, señor Licenciado
que el timón ha de dejar
de la nave de García,
y yo he de encargarme de él,
que hiciese por mí y por él
sola una cosa querría.

LETRADO: Ya, señor, alegre espero
lo que me queréis mandar.

BELTRÁN: La palabra me ha de dar
de que lo ha de hacer, primero.

LETRADO: Por Dios juro de cumplir,
señor, vuestra voluntad.

BELTRÁN: Que me diga una verdad
le quiero sólo pedir.

Ya sabe que fue mi intento
que el camino que seguía
de las letras, don García,
fuese su acrecentamiento;
que, para un hijo segundo,
como él era, es cosa cierta
que es ésa la mejor puerta
para las honras del mundo.

Pues como Dios se sirvió
de llevarse a don Gabriel,
mi hijo mayor, con que él
mi mayorazgo quedó,

determiné que, dejada
esa profesión, viniese
a Madrid, donde estuviese,
como es cosa acostumbrada
entre ilustres caballeros
en España; porque es bien
que las nobles casas den
a su rey sus herederos.

Pues como es ya don García
hombre que no ha de tener
maestro, y ha de correr
su gobierno a cuenta mía,
y mi paternal amor
con justa razón desea
que, ya que el mejor no sea,
no la noten por peor,
quiero, señor Licenciado,
que me diga claramente
sin lisonja, lo que siente
--supuesto que le ha criado--
de su modo y condición,
de su trato y ejercicio,
y a qué género de vicio
muestra más inclinación.

Si tiene alguna costumbre
que yo cuide de enmendar,
no piense que me ha de dar
con decirlo pesadumbre;
que él tenga vicio es forzoso;
que me pese, claro está;
mas saberlo me será
útil, cuando no gustoso.

Antes en nada, a fe mía
hacerme puede mayor
placer, o mostrar mejor
lo bien que quiere a García,
que en darme este desengaño,
cuando provechoso es,
si he de saberlo después
que haya sucedido un daño.

LETRADO: Tan estrecha prevención,
señor, no era menester
para reducirme a hacer
lo que tengo obligación.

Pues es caso averiguado
que, cuando entrega al señor
un caballo el picador
que lo ha impuesto y enseñado,
si no le informa del modo
y los resabios que tiene,

un mal suceso previene
al caballo y dueño y todo.

Deciros verdad es bien;
que, demás del juramento,
daros una purga intento
que os sepa mal y haga bien.

De mi señor don García
todas las acciones tienen
cierto acento, en que convienen
con su alta genealogía.

Es magnánimo y valiente,
es sagaz y es ingenioso,
es liberal y piadoso,
si repentino, impaciente.

No trato de las pasiones
propias de la mocedad,
porque, en éstas, con la edad
se mudan las condiciones.

Mas una falta no más
es la que le he conocido,
que, por más que le he reñido,
no se ha enmendado jamás.

BELTRÁN: ¿Cosa que a sus calidad
será dañosa en Madrid?

LETRADO: Puede ser.

BELTRÁN: ¿Cuál es? Decid.

LETRADO: No decir siempre verdad.

BELTRÁN: ¡Jesús! ¡Qué cosa tan fea
en hombre de obligación!

LETRADO: Yo pienso que, o condición,
o mala costumbre sea.

Con la mucha autoridad
que con él tenéis, señor,
junto con que ya es mayor
su cordura con la edad,
ese vicio perderá.

BELTRÁN: Si la vara no ha podido,
en tiempo que tierna ha sido,
enderezarse, ¿qué hará
siendo ya tronco robusto?

LETRADO: En Salamanca, señor,
son mozos, gastan humor,
sigue cada cual su gusto;
hacen donaire del vicio,
gala de la travesura,
grandeza de la locura;
hace, al fin, la edad su oficio.

Mas, en la corte, mejor
su enmienda esperar podemos,
donde tan validas vemos

las escuelas del honor.

BELTRÁN: Casi me mueve a reír
ver cuán ignorante está
de la corte. ¿Luego acá
no hay quien le enseñe a mentir?

En la corte, aunque haya sido
un extremo don García,
hay quien le dé cada día
mil mentiras de partido.

Y si aquí miente el que está
en un puesto levantado,
en cosa en que al engañado
la hacienda o honor le va,
¿no es mayor inconveniente
quien por espejo está puesto
al reino? Dejemos esto,
que me voy a maldiciente.

Como el toro a quien tiró
la vara una diestra mano
arremete al más cercano
sin mirar a quien le hirió,
así yo, con el dolor
que esta nueva me ha causado,
en quien primero he encontrado
ejecuté mi furor.

Créame, que si García
mi hacienda, de amores ciego,
disipara, o en el juego
consumiera noche y día;
si fuera de ánimo inquieto
y a pendencias inclinado,
si mal se hubiera casado,
si se muriera, en efeto,
no lo llevara tan mal
como que su falta sea
mentir. ¡Qué cosa tan fea!
¡Qué opuesta a mi natural!

Ahora bien; lo que he de hacer
es casarle brevemente,
antes que este inconveniente
conocido venga a ser.

Yo quedo muy satisfecho
de su bueno celo y cuidado,
y me confieso obligado
del bien que en esto me ha hecho.

¿Cuándo ha de partir?

LETRADO: Querría
luego.

BELTRÁN: ¿No descansará
algún tiempo y gozará

de la corte?

LETRADO: Dicha mía
fuera quedarme con vos;
pero mi oficio me espera.

BELTRÁN: Ya entiendo; volar quisiera
porque va a mandar. Adiós.

Vase don BELTRÁN

LETRADO: Guárdeos Dios. Dolor extraño
le dió al buen viejo la nueva.
Al fin, el más sabio lleva
agramente un desengaño.

[Una calle en las platerías]

Vase el LETRADO. Salen don GARCÍA, de galán, y TRISTÁN

GARCÍA: ¿Díceme bien este traje?

TRISTÁN: Divinamente, señor.
¡Bien hubiese el inventor
de este holandesco follaje!
Con un cuello apanalado,
¿qué fealdad no se enmendó?
Yo sé una dama a quien dio
cierto amigo gran cuidado
mientras con cuello le veía;
y una vez que llegó a verle
sin él, la obligó a perderle
cuanta afición le tenía,
porque ciertos costurones
en la garganta cetrina
publicaban la ruina
de pasados lamparones.
Las narices le crecieron,
mostró un gran palmo de oreja,
y las quijadas, de vieja,
en lo enjuto, parecieron.
Al fin el galán quedó
tan otro del que solía,
que no le conocería
la madre que le parió.

GARCÍA: Por esa y otras razones
me holgara de que saliera
premática que impidiera
esos vanos cangilones.
Que, demás de esos engaños,

con su holanda el extranjero
saca de España el dinero
para nuestros propios daños.

Una valoncilla angosta,
usándose, le estuviera
bien al rostro, y se anduviera
más a gusto a menos costa.

Y no que, con tal cuidado,
sirve un galán a su cuello
que, por no descomponello,
se obliga a andar empalado.

TRISTÁN: Yo sé quien tuvo ocasión
de gozar su amada bella,
y no osó llegarse a ella
por no ahujar un cangilón.

Y esto me tiene confuso;
todos dicen que se holgaran
de que valonas se usaran,
y nadie comienza el uso.

GARCÍA: De gobernar nos dejemos
el mundo. ¿Qué hay de mujeres?

TRISTÁN: ¿El mundo dejas y quieres
que la carne gobernemos?
¿Es más fácil?

GARCÍA: Más gustoso.

TRISTÁN: ¿Eres tierno?

GARCÍA: Mozo soy.

TRISTÁN: Pues en lugar entras hoy
donde Amor no vive ocioso.

Resplandecen damas bellas
en el cortesano suelo,
de la suerte que en el cielo
brillan lucientes estrellas.

En el vicio y la virtud
y el estado hay diferencia,
como es varia su influencia,
resplandor y magnitud.

Las señoras, no es mi intento
que en este número estén,
que son ángeles a quien
no se atreve el pensamiento.

Sólo te diré de aquellas
que son, con alma livianas
siendo divinas, humanas;
corruptibles, siendo estrellas.

Bellas casadas verás,
conversables y discretas,
que las llamo yo planetas
porque resplandecen más.

Éstas, con la conjunción

de maridos placenteros,
influyen en extranjeros
dadivosa condición.

Otras hay cuyos maridos
a comisiones se van,
o que en las Indias están,
o en Italia, entretenidos.

No todas dicen verdad
en esto, que mi taimadas
suelen fingirse casadas
por vivir con libertad.

Verás de cautas pasantes
hermosas recientes hijas;
éstas son estrellas fijas,
y sus madres son errantes.

Hay una gran multitud
de señoras del tusón,
que, entre cortesanas, son
de la mayor magnitud.

Síguense tras las tusonas,
otras que serlo desean,
y, aunque tan buenas no sean,
son mejores que busconas.

Éstas son unas estrellas
que dan menor claridad;
mas, en la necesidad,
te habrás de alumbrar con ellas.

La buscona, no la cuento
por estrella, que es cometa;
pues ni su luz es perfeta
ni conocido su asiento.

Por las mañanas se ofrece
amenazando al dinero,
y, en cumpliéndose el agüero,
al punto desaparece.

Niñas salen que procuran
gozar todas ocasiones;
éstas son exhalaciones
que, mientras se quemán, duran.

Pero que adviertas es bien,
si en estas estrellas tocas,
que son estables muy pocas,
por más que un Perú les den.

No ignores, pues yo no ignoro,
que un signo el de Virgo es,
y los de cuernos son tres:
Aries, Capricornio y Toro.

Y así, sin fiar en ellas,
lleva un presupuesto solo,
y es que el dinero es el polo

de todas estas estrellas.
GARCÍA: ¿Eres astrólogo?
TRISTÁN: Oí,
el tiempo que pretendía
en palacio, astrología.
GARCÍA: ¿Luego has pretendido?
TRISTÁN: Fui
pretendiente por mi mal.
GARCÍA: ¿Cómo en servir has parado?
TRISTÁN: Señor, porque me han faltado
la fortuna y el caudal;
aunque quien te sirve, en vano
por mejor suerte suspira.
GARCÍA: Deja lisonjas y mira
el marfil de aquella mano;
el divino resplandor
de aquellos ojos, que, juntas,
despiden entre las puntas
flechas de muerte y amor.
TRISTÁN: ¿Dices aquella señora
que va en coche?
GARCÍA: Pues ¿cuál
merece alabanza igual?
TRISTÁN: ¡Qué bien encajaba agora
esto de coche de sol,
con todos sus adherentes
de rayos de fuego ardientes
y deslumbrante arrebol!
GARCÍA: ¿La primera dama que vi
en la corte me agradó?
TRISTÁN: La primera en tierra.
GARCÍA: No;
la primera en cielo, sí;
que es divina esta mujer.
TRISTÁN: Por puntos las toparás
tan bellas, que no podrás
ser firme en un parecer.
Yo nunca he tenido aquí
constante amor ni deseo,
que siempre por la que veo
me olvido de la que vi.
GARCÍA: ¿Dónde ha de haber resplandores
que borren los de estos ojos?
TRISTÁN: Míraslos ya con antojos
que hacen las cosas mayores.
GARCÍA: ¿Conoces, Tristán?...
TRISTÁN: No humanes
lo que por divino adoras;
porque tan altas señoras
no tocan a los Tristanes.

GARCÍA: Pues yo, al fin, quien fuere, sea,
la quiero y he de servilla.
Tú puedes, Tristán, seguilla.

TRISTÁN: Detente, que ella se apea
en la tienda.

GARCÍA: Llegar quiero.
¿Usase en la corte?

TRISTÁN: Sí,
con la regla que te di
de que es el polo el dinero.

GARCÍA: Oro traigo.

TRISTÁN: ¡Cierra, España!,
que a César llevas contigo;
mas mira si en lo que digo
mi pensamiento se engaña;
advierte, señor, si aquella
que tras ella sale agora
puede ser sol de su aurora,
ser aurora de su estrella.

GARCÍA: Hermosa es también.

TRISTÁN: Pues mira
si la criada es peor.

GARCÍA: El coche es arco de amor,
y son flechas cuantas tira.
Yo llego.

TRISTÁN: A lo dicho advierte...

GARCÍA: ¿Y es?...

TRISTÁN: Que a la mujer rogando,
y con el dinero dando.

GARCÍA: ¡Consista en eso mi suerte!

TRISTÁN: Pues yo, mientras hablas, quiero
que me haga relación
el cochero de quién son.

GARCÍA: ¿Dirálo?

TRISTÁN: Sí, que es cochero.

**Vase TRISTÁN. Salen JACINTA, LUCRECIA, ISABEL, con mantos; cae
JACINTA y llega don GARCÍA y dale la mano**

JACINTA: ¡Válgame Dios!

GARCÍA: Esta mano
os servid de que os levante,
si merezco ser Atlante
de un cielo tan soberano.

JACINTA: Atlante debéis de ser,
pues lo llegáis a tocar.

GARCÍA: Una cosa es alcanzar
y otra cosa merecer.
¿Qué victoria es la beldad

alcanzar, por quien me abraso,
si es favor que debo al caso,
y no a vuestra voluntad?

Con mi propia mano así
el cielo mas ¿qué importó,
si ha sido porque él cayó,
y no porque yo subí?

JACINTA: ¿Para qué fin se procura
merecer?

GARCÍA: Para alcanzar.

JACINTA: Llegar al fin, sin pasar
por los medios, ¿no es ventura?

GARCÍA: Sí.

JACINTA: Pues ¿cómo estáis quejoso
del bien que os ha sucedido,
si el no haberlo merecido
os hace más venturoso?

GARCÍA: Porque, como las acciones
del agravio y el favor
reciben todo el valor
sólo de las intenciones,
por la mano que os toqué
no estoy yo favorecido,
si haberlo vos consentido
con esa intención no fue.

Y, así, sentir me dejad
que, cuando tal dicha gano,
venga sin alma la mano
y el favor sin voluntad.

JACINTA: Si la vuestra no sabía,
de que agora me informáis,
injustamente culpáis
los defetos de la mía.

Sale TRISTÁN

TRISTÁN: (El cochero hizo su oficio; **Aparte**
nuevas tengo de quién son).

GARCÍA: ¿Qué hasta aquí de mi afición
nunca tuvisteis indicio?

JACINTA: ¿Cómo, si jamás os vi?

GARCÍA: ¿Tampoco ha valido, ¡ay Dios!,
más de un año que por vos
he andado fuera de mí?

TRISTÁN: (¿Un año, y ayer llegó **Aparte**
a la corte?)

JACINTA: ¡Bueno a fe!
¿Mas de un año? Juraré
que no os vi en mi vida yo.

GARCÍA: Cuando del indiano suelo
por mi dicha llegué aquí,
la primer cosa que vi
fue la gloria de ese cielo.
Y aunque os entregué al momento
el alma, habéislo ignorado
porque ocasión me ha faltado
de deciros lo que siento.

JACINTA: ¿Sois indiano?

GARCÍA: Y tales son
mis riquezas, pues os vi,
que al minado Potosí
le quito la presunción.

TRISTÁN: (¿Indiano?) **Aparte**

JACINTA: ¿Y sois tan guardoso
como la fama los hace?

GARCÍA: Al que más avaro nace,
hace el amor dadivoso.

JACINTA: ¿Luego, si decís verdad,
preciosas ferias espero?

GARCÍA: Si es que ha de dar el dinero
crédito a la voluntad,
serán pequeños empleos,
para mostrar lo que adoro,
daros tantos mundos de oro
como vos me dais deseos.
Mas ya que ni al merecer
de esa divina beldad,
ni a mi inmensa voluntad
ha de igualar el poder,
por lo menos os servid;
que esta tienda que os franqueo
dé señal de mi deseo.

JACINTA: (No vi tal hombre en Madrid). **Aparte**
Lucrecia, ¿qué te parece
del indiano liberal?

LUCRECIA: Que no te parece mal,
Jacinta, y que lo merece.

GARCÍA: Las joyas que gusto os dan,
tomad de este aparador.

Habla TRISTÁN aparte a don GARCÍA

TRISTÁN: Mucho te arrojas, señor.

GARCÍA: ¡Estoy perdido, Tristán.

Habla ISABEL aparte a las damas

ISABEL: ¡Don Juan viene!
JACINTA: Yo agradezco,
 señor, lo que me ofrecéis.
GARCÍA: Mirad que me agraviaréis
 si no lográis lo que ofrezco.
JACINTA: Yerran vuestros pensamientos,
 caballero, en presumir
 que puedo yo recibir
 más que los ofrecimientos.
GARCÍA: Pues ¿Qué ha alcanzado de vos
 el corazón que os he dado?
JACINTA: El haberos escuchado.
GARCÍA: Yo lo estimo.
JACINTA: Adiós.
GARCÍA: Adiós,
 y para amaros me dad
 licencia.
JACINTA: Para querer,
 no pienso que ha menester
 licencia la voluntad.

Vanse las mujeres

GARCÍA: Síguelas.
TRISTÁN: Si te fatigas,
 señor, por saber la casa
 de la que en amor te abrasa,
 ya la sé.
GARCÍA: Pues no las sigas;
 que suele ser enfadosa
 la diligencia importuna.
TRISTÁN: "Doña Lucrecia de Luna
 se llama la más hermosa,
 que es mi dueño; y la otra dama
 que acompañándola viene,
 sé dónde la casa tiene;
 mas no sé cómo se llama."
 Esto respondió el cochero.
GARCÍA: Si es Lucrecia la más bella,
 no hay más que saber, pues ella
 es la que habló, y la que quiero;
 que, como el autor del día
 las estrellas deja atrás,
 de esa suerte a las demás,
 la que me cegó, vencía.
TRISTÁN: Pues a mí la que calló
 me pareció más hermosa.
GARCÍA: ¡Qué buen gusto!
TRISTÁN: Es cierta cosa

que no tengo voto yo;
mas soy tan aficionado
a cualquier mujer que calla,
que bastó para juzgalla
más hermosa haber callado.

Mas dado, señor, que estés
errado tú, presto espero,
preguntándole al cochero
la casa, saber, quién es.

GARCÍA: Y Lucrecia, ¿dónde tiene
la suya?

TRISTÁN: Que a la Victoria
dijo, si tengo memoria.

GARCÍA: Siempre ese nombre conviene
a la esfera venturosa
que da eclíptica a tal luna.

Salen don JUAN y don FÉLIX, por otra parte

JUAN: ¿Música y cena? ¡Ah, Fortuna!

GARCÍA: ¿No es éste don Juan de Sosa?

TRISTÁN: El mismo.

JUAN: ¿Quién puede ser
el amante venturoso
que me tiene tan celoso?

FÉLIX: Que lo vendréis a saber
a pocos lances, confío.

JUAN: ¡Que otro amante le haya dado,
a quien mía se ha nombrado,
música y cena en el río!

GARCÍA: ¡Don Juan de Sosa!

JUAN: ¿Quién es?

GARCÍA: ¿Ya olvidáis a don García?

JUAN: Veros en Madrid lo hacía,
y el nuevo traje.

GARCÍA: Después
que en Salamanca me visteis,
muy otro debo de estar.

JUAN: Más galán sois de seglar
que de estudiante lo fuisteis.
¿Venís a Madrid de asiento?

GARCÍA: Sí.

JUAN: Bien venido seáis.

GARCÍA: Vos, don Félix, ¿cómo estáis?

FÉLIX: De veros, por Dios, contento.
Vengáis bueno en hora buena.

GARCÍA: Para serviros. ¿Qué hacéis?
¿De qué habláis? ¿En qué entendéis?

JUAN: De cierta música y cena

que en el río dio un galán
esta noche a una señora,
era la plática agora.

GARCÍA: ¿Música y cena, don Juan?
¿Y anoche?

JUAN: Sí.

GARCÍA: ¿Mucha cosa?
¿Grande fiesta?

JUAN: Así es la fama.

GARCÍA: ¿Y muy hermosa la dama?

JUAN: Dícenme que es muy hermosa.

GARCÍA: ¡Bien!

JUAN: ¿Qué misterios hacéis?

GARCÍA: De que alabéis por tan buena
esa dama y esa cena,
si no es que alabando estéis
mi fiesta y mi dama así.

JUAN: ¿Pues tuvisteis también boda
anoche en el río?

GARCÍA: Toda
en eso la consumí.

TRISTÁN: (¿Qué fiesta o qué dama es ésta, **Aparte**
si a la corte llegó ayer?)

JUAN: ¿Ya tenéis a quien hacer,
tan recién venido, fiesta?
Presto el amor dio con vos.

GARCÍA: No ha tan poco que he llegado
que un mes no haya descansado.

TRISTÁN: (¡Ayer llegó, voto a Dios! **Aparte**
Él lleva alguna intención).

JUAN: No lo he sabido, a fe mía,
que al punto acudido habría,
a cumplir mi obligación.

GARCÍA: He estado hasta aquí secreto.

JUAN: Ésa la causa habrá sido
de no haberlo yo sabido.
Pero la fiesta, ¿en efeto
fue famosa?

GARCÍA: Por ventura,
no la dio mejor el río.

JUAN: (¡Ya de celos desvarío!) **Aparte**
"Quién duda que la espesura
del Sotillo el sitio os dio?

GARCÍA: Tales señas me vaya dando,
don Juan, que voy sospechando
que la sabéis como yo.

JUAN: No estoy de todo ignorante,
aunque todo no lo sé;
dijéronme no sé qué
confusamente, bastante

a tenerme deseoso
de escucharos la verdad,
forzosa curiosidad
en un cortesano ocioso...
(o en un amante con celos). **Aparte**

Don FÉLIX habla aparte a don JUAN

FÉLIX: Advertid cuán sin pensar
 os han venido a mostrar
 vuestro contrario los cielos.

GARCÍA: Pues a la fiesta atended:
 contaréla, ya que veo
 que os fatiga ese deseo.

JUAN: Haréisnos mucha merced.

GARCÍA: Entre las opacas sombras
 y opacidades espesas
 que el soto formaba de olmos
 y la noche de tinieblas,
 se ocultaba una cuadrada,
 limpia y olorosa mesa,
 a lo italiano curiosa,
 a lo español opulenta.
 En mil figuras prensados
 manteles y servilletas,
 sólo envidiaron las almas
 a las aves y a las fieras.
 Cuatro aparadores puestos
 en cuadra correspondencia,
 la plata blanca y dorada,
 vidrios y barros ostentan.
 Quedó con ramas un olmo
 en todo el Sotillo apenas,
 que de ellas se edificaron,
 en varias partes, seis tiendas.
 Cuatro coros diferentes
 ocultan las cuatro de ellas;
 otra, principios y postres,
 y las viandas, la sexta.
 Llegó en su coche mi dueño,
 dando envidia a las estrellas;
 a los aires, suavidad,
 y alegría a la ribera.
 Apenas el pie que adoro
 hizo esmeraldas ya hierba,
 hizo cristal la corriente,
 las arenas hizo perlas,
 cuando, en copia disparados

cohetes, bombas y ruedas,
toda la región del fuego
bajó en un punto a la tierra.
Aun no las sulfúreas luces
se acabaron, cuando empiezan
las de veinte y cuatro antorchas
a oscurecer las estrellas.
Empezó primero el coro
de chirimías; tras ellas,
el de las vihuelas de arco
sonó en la segunda tienda.
Salieron con suavidad
las flautas de la tercera,
y, en la cuarta, cuatro voces,
con guitarras y arpas suenan.
Entre tanto, se sirvieron
treinta y dos platos de cena,
sin los principios y postres,
que casi otros tantos eran.
Las frutas y las bebidas
en fuentes y tazas hechas
del cristal que da el invierno
y el artificio conserva,
de tanta nieve se cubren,
que Manzanares sospecha,
cuando por el Soto pasa,
que camina por la sierra.
El olfato no está ocioso
cuando el gusto se recrea,
que de espíritus süaves,
de pomos y cazolejas
y destilados sudores
de aromas, flores y hierbas,
en el Soto de Madrid
se vio la región sabea.
en un hombre de diamantes,
delicadas de oro flechas,
que mostrasen a mi dueño
su crueldad y mi firmeza,
al sauce, al junco y la mimbre
quitaron su preeminencia;
que han de ser oro las pajas
cuando los dientes son perlas.
En esto, juntas en folla,
los cuatro coros comienzan,
desde conformes distancias,
a suspender las esferas;
tanto que, envidioso Apolo,
apresuró su carrera,
de todas estas estrellas.

porque el principio del día
pusiese fin a la fiesta.

JUAN: ¡Por Dios, que la habéis pintado
de colores tan perfetas,
que no trocara el oír
por haberme hallado en ella!

TRISTÁN: (¡Válgate el diablo por hombre! **Aparte**
Que tan de repente pueda
pintar un convite tal
que a la verdad misma venza!)

Hablan don JUAN y don FÉLIX aparte

JUAN: ¡Rabio de celos!

FÉLIX: No os dieron
del convite tales señas.

JUAN: ¿Qué importa, si en la sustancia,
el tiempo y lugar concuerdan?

GARCÍA: ¿Qué decís?

JUAN: Que fue el festín
más célebre que pudiera
hacer Alejandro Magno.

GARCÍA: ¡Oh! Son niñerías éstas
ordenadas de repente.
Dadme vos que yo tuviera
para prevenirme un día,
que a las romanas y griegas
fiestas que al mundo admiraron
nueva admiración pusiera.

Don GARCÍA mira adentro. Hablan don FÉLIX y don JUAN aparte

FÉLIX: Jacinta es la del estribo,
en el coche de Lucrecia.

JUAN: Los ojos a don García
se le van, por Dios, tras ella.

FÉLIX: Inquieto está y divertido.

JUAN: Ciertas son ya mis sospechas.

LOS DOS: Adiós.

FÉLIX: Entrambos a un punto
fuisteis a una cosa mesma.

Vanse don JUAN y don FÉLIX

TRISTÁN: (No vi jamás despedida **Aparte**
tan conforme y tan resuelta).

GARCÍA: Aquel cielo, primer móvil
de mis acciones, me lleva
arrebatado tras sí.

TRISTÁN: Disimula y ten paciencia,
que el mostrarse muy amante,
antes daña que aprovecha,
y siempre he visto que son
venturosas las tibiezas.
Las mujeres y los diablos
caminan por una senda,
que a las almas rematadas
ni las siguen ni las tientan;
que el tenellas ya seguras
les hace olvidarse de ellas,
y sólo de las que pueden
escapárselas se acuerdan.

GARCÍA: Es verdad, mas no soy dueño
de mí mismo,

TRISTÁN: Hasta que sepas
extensamente su estado,
no te entregues tan de veras;
que suele dar, quien se arroja
creyendo las apariencias,
en un pantano cubierto
de verde, engañosa hierba.

GARCÍA: Pues hoy te informa de todo.

TRISTÁN: Eso queda por mi cuenta.
Y agora, antes que reviente,
dime, por Dios, ¿qué fina llevas
en las ficciones que he oído?
Siquiera para que pueda
ayudarte, que cogernos
en mentira será afrenta.
Perulero te fingiste
con las damas.

GARCÍA: Cosa es cierta,
Tristán, que los forasteros
tienen más dicha con ellas,
y más si son de las Indias,
información de riqueza.

TRISTÁN: Ese fin está entendido;
mas pienso que el medio yerras,
pues han de saber al fin
quién eres.

GARCÍA: Cuando lo sepan,
habré ganado en su casa
o en su pecho ya las puertas
con ese medio, y después,
yo me entenderé con ellas.

TRISTÁN: Digo que me has convencido,

señor; mas agora venga
lo de haber un mes que estás
en la corte. ¿Qué fin llevas,
habiendo llegado ayer?

GARCÍA: Ya sabes tú que es grandeza
esto de estar encubierto
o retirado en su aldea,
o en su casa descansando.

TRISTÁN: ¡Vaya muy en hora buena!
Lo del convite entre agora.

GARCÍA: Fingílo, porque me pesa
que piense nadie que hay cosa
que mover mi pecho pueda
a envidia o admiración,
pasiones que al hombre afrentan.
Que admirarse en ignorancia,
como envidiar es bajeza.
Tú no sabes a qué sabe
cuando llega un portanuevas
muy orgulloso a contar
una hazaña o una fiesta,
taparle la boca yo
con otra tal, que se vuelva
con sus nuevas en el cuerpo
y que reviente con ellas.

TRISTÁN: ¡Caprichosa prevención,
si bien peligrosa treta!
La fábula de la corte
serás, si la flor te entrevan.

GARCÍA: Quien vive sin ser sentido,
quien sólo el número aumenta
y hace lo que todos hacen,
¿en qué difiere de bestia?
Ser famosos en gran cosa,
el medio cual fuere sea.
Nómbrenme a mí en todas partes,
y murmúrenme siquiera;
pues, uno, por ganar nombre,
abrasó el templo de Efesia.
Y, al fin, es éste mi gusto,
que es la razón de más fuerza.

TRISTÁN: Juveniles opiniones
sigue tu ambiciosa idea,
y cerrar has menester
en la corte, la mollera.

Vanse don GARCÍA y TRISTÁN

[Sala en casa de don SANCHO]

Salen JACINTA e ISABEL, con mantos, y don BELTRÁN y don SANCHO

JACINTA: ¿Tan grande merced?

BELTRÁN: No ha sido
amistad de un solo día
la que esta casa y la mía,
si os acordáis, se han tenido;
y así, no es bien que extrañéis
mi visita.

JACINTA: Si me espanto
es, señor, por haber tanto
que merced no nos hacéis.
Perdonadme que, ignorando
el bien que en casa tenía,
me tardé en la Platería,
ciertas joyas concertando.

BELTRÁN: Feliz pronóstico dais
al pensamiento que tengo,
pues cuando a casaros vengo
comprando joyas estáis.
Con don Sancho, vuestro tío,
tengo tratado, señora,
hacer parentesco agora
nuestra amistad, y confío
--puesto que, como discreto,
dice don Sancho que es justo
remitirse a vuestro gusto--
que esto ha de tener efeto.

Que, pues es la hacienda mía
y calidad tan patente,
sólo falta que os contente
la persona de García.

Y aunque ayer a Madrid vino
de Salamanca el mancebo,
y de envidia el rubio Febo
le ha abrasado en el camino,
bien me atreveré a ponello
ante vuestros ojos claros,
fiando que de agradaros
desde la planta al cabello,
si licencia le otorgáis
para que os bese la mano.

JACINTA: Encarecer lo que gano
en la mano que me dais,
si es notorio, es vano intento,
que estimo de tal manera

las prendas vuestras, que diera
luego mi consentimiento,
a no haber de parecer
--por mucho que en ello gano--
arrojamiento liviano
en una honrada mujer.

Que el breve determinarse
es cosa de tanto peso,
o es tener muy poco seso
o gran gana de casarse.

Y en cuanto a que yo lo vea
me parece, si os agrada,
que, para no arriesgar nada,
pasando la calle sea.

Que si, como puede ser
y sucede a cada paso,
después de tratarlo, acaso
se viniese a deshacer,
¿de qué me hubieran servido,
o qué opinión me darán
las visitas de un galán
con licencias de marido?

BELTRÁN: Ya por vuestra gran cordura,
si es mi hijo vuestro esposo,
le tendré por tan dichoso
como por vuestra hermosura.

SANCHO: De prudencia puede ser
un espejo la que oís.

BELTRÁN: No sin causa os remitís,
don Sancho, a su parecer.
Esta tarde, con García,
a caballo pasaré
vuestra calle.

JACINTA: Yo estaré
detrás de esa celosía.

BELTRÁN: Que le miréis bien os pido,
que esta noche he de volver,
Jacinta hermosa, a saber
cómo os haya parecido.

JACINTA: ¿Tan apriesa?

BELTRÁN: Este cuidado
no admiréis, que es ya forzoso;
pues si vine deseoso
vuelvo agora enamorado.
Y adiós.

JACINTA: Adiós.

Habla don BELTRÁN a don SANCHO

BELTRÁN: ¿Dónde vais?
SANCHO: A serviros.
BELTRÁN: No saldré.
SANCHO: Al corredor llegaré
 con vos, si licencia dais.

Vanse los dos

ISABEL: Mucha priesa te da el viejo.

JACINTA: Yo se la diera mayor,
 pues también le está a mi honor,
 si a diferente consejo
 no me obligara el amor;
 que, aunque los impedimentos
 del hábito de don Juan
 --dueño de mis pensamientos--
 forzosa causa me dan
 de admitir otros intentos,
 como su amor no despido,
 por mucho que lo deseo
 --que vive en el alma asido--
 tiemblo, Isabel, cuando creo
 que otro ha de ser mi marido.

ISABEL: Yo pensé que ya olvidabas
 a don Juan, viendo que dabas
 lugar a otras pretensiones.

JACINTA: Cáusanlo estas ocasiones,
 Isabel, no te engañabas.

 Que como ha tanto que está
 el hábito detenido,
 y no ha de ser mi marido
 si no sale, tengo ya
 este intento por perdido.

 Y así, para no morirme,
 quiero hablar y divertirme,
 pues en vano me atormento;
 que en un imposible intento
 no apruebo el morir de firme.

 Por ventura encontraré
 alguno que tal merezca,
 que mano y alma le dé.

ISABEL: No dudo que el tiempo ofrezca
 sujeto digno a tu fe;
 y, si no me engaño yo,
 hoy no te desagradó
 el galán indiano.

JACINTA: Amiga,
 ¿quieres que verdad te diga?
 Pues muy bien me pareció.

Y tanto, que te prometo
que si fuera tan discreto,
tan gentilhombre y galán
el hijo de don Beltrán,
tuviera la boda efeto.

ISABEL: Esta tarde le verás
con su padre por la calle.

JACINTA: Veré sólo el rostro y talle;
el alma, que importa más,
quisiera ver con hablalle.

ISABEL: Háblale.

JACINTA: Hase de ofender
don Juan si llega a sabello,
y no quiero, hasta saber
que de otro dueño he de ser,
determinarme a perdello.

ISABEL: Pues da algún medio, y advierte
que siglos pasas en vano,
y conviene resolverte,
que don Juan es, de esta suerte,
el perro del hortelano.

Sin que lo sepa don Juan
podrás hablar, si tú quieres,
al hijo de don Beltrán;
que, como en su centro, están
las trazas en las mujeres.

JACINTA: Una pienso que podría
en este caso importar.
Lucrecia es amiga mía;
ella puede hacer llamar
de su parte a don García;
que, como secreta esté
yo con ella en su ventana,
este fin conseguiré.

ISABEL: Industria tan soberana
sólo de tu ingenio fue.

JACINTA: Pues parte al punto, y mi intento
le di a Lucrecia, Isabel.

ISABEL: Sus alas tomaré al viento.

JACINTA: La dilación de un momento
le di que es un siglo en él.

Sale don JUAN, al encuentro

JUAN: ¿Puedo hablar a tu señora?

ISABEL: Sólo un momento ha de ser,
que de salir a comer
mi señor don Sancho es hora.

Vase ISABEL

JUAN: Ya, Jacinta, que te pierdo,
ya que yo me pierdo, ya...

JACINTA: ¿Estás loco?

JUAN: ¿Quién podrá
estar con tus cosas cuerdo?

JACINTA: Repórtate y habla paso,
que está en la cuadra mi tío.

JUAN: Cuando a cenar vas al río,
¿cómo haces de él poco caso?

JACINTA: ¿Qué dices? ¿Estás en ti?

JUAN: Cuando para trasnochar
con otro tienes lugar,
¿tienes tío para mí?

JACINTA: ¿Trasnochar con otro? Advierte
que, aunque eso fuese verdad,
era mucha libertad
hablarme a mí de esa suerte;
cuanto más que es desvarío
de tu loca fantasía.

JUAN: Ya sé que fue don García
el de la fiesta del río;
ya los fuegos que a tu coche,
Jacinta, la salva hicieron;
ya las antorchas que dieron
sol al soto a media noche;
ya los cuatro aparadores
con vajillas variadas;
las cuatro tiendas pobladas
de instrumentos y cantores.

Todo lo sé; y sé que el día
te halló, enemiga, en el río;
di agora que "es desvarío
de mi loca fantasía."

Di agora que es libertad
el tratarte de esta suerte,
cuando obligan a ofenderte
mi agravio y tu liviandad.

JACINTA: ¡Plega a Dios!...

JUAN: Deja invenciones.

Calla, no me digas nada,
que en ofensa averiguada
no sirven satisfacciones.

Ya falsa, ya sé mi daño;
no niegues que te he perdido;
tu mudanza me ha ofendido,
no me ofende el desengaño.

Y aunque niegues lo que oí,

lo que vi confesarás;
que hoy lo que negando estás
en sus mismos ojos vi.

Y su padre, ¿qué quería
agora aquí? ¿Qué te dijo?
¿De noche estás con el hijo
y con el padre de día?

Yo lo vi; ya mi esperanza
en vano engañar dispones;
ya sé que tus dilaciones
son hijas de tu mudanza.

Mas crüel, ¡vive los cielos,
que no has de vivir contenta!
Abrásete, pues revienta,
este volcán de mis celos.

El que me hace desdichado
te pierda, pues yo te pierdo.

JACINTA: ¿Tú eres cuerdo?

JUAN: ¿Cómo cuerdo,
amante y desesperado?

JACINTA: Vuelve, escucha; que si vale
la verdad, presto verás
qué mal informado estás.

JUAN: Voyme, que tu tío sale.

JACINTA: No sale; escucha, que fío
satisfacerte.

JUAN: Es en vano,
si aquí no me das la mano.

JACINTA: ¿La mano? Sale mi tío.

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

[Sala en casa de don BELTRÁN]

Salen don GARCÍA, TRISTÁN y CAMINO

GARCÍA: "La fuerza de una ocasión me hace exceder del
orden de mi estado. Sabrála v.m. esta noche por

un balcón que le enseñará el portador, con lo demás que no es para escrito, y guarde N. Señor..."

¿Quién este papel me escribe?

CAMINO: Doña Lucrecia de Luna.

GARCÍA: El alma, sin duda alguna,
que dentro en mi pecho vive.

¿No es ésta una dama hermosa
que hoy, antes de media día,
estaba en la Platería?

CAMINO: Sí, señor.

GARCÍA: ¡Suerte dichosa!

Informadme, por mi vida,
de las partes de esta dama.

CAMINO: Mucho admiro que su fama
esté de vos escondida.

Porque la habéis visto, dejo
de encarecer que es hermosa;
es discreta y virtuosa;
su padre es viudo y es viejo;
dos mil ducados de renta
los que ha de heredar serán,
bien hechos.

GARCÍA: ¿Oyes, Tristán?

TRISTÁN: Oigo, y no me descontenta.

CAMINO: En cuanto a ser principal,
no hay que hablar; Luna es su padre
y fue Mendoza su madre,
tan finos como un coral.

Doña Lucrecia, en efeto,
merece un rey por marido.

GARCÍA: ¡Amor, tus alas te pido
para tan alto sujeto!

¿Dónde vive?

CAMINO: A la Victoria.

GARCÍA: Cierto es mi bien. Que seréis,
dice aquí, quien me guiéis
al cielo de tanta gloria.

CAMINO: Serviros pienso a los dos.

GARCÍA: Y yo lo agradeceré.

CAMINO: Esta noche volveré,
en dando las diez, por vos.

GARCÍA: Eso le dad por respuesta
a Lucrecia.

CAMINO: Adiós quedad.

Vase CAMINO

GARCÍA: ¡Cielos! ¿Qué felicidad,

Amor, qué ventura es ésta?
¿Ves, Tristán, cómo llamó
la más hermosa el cochero
a Lucrecia, a quien yo quiero?
Que es cierto que quien me habló
es la que el papel me envía.

TRISTÁN: Evidente presunción.

GARCÍA: Que la otra, ¿qué ocasión
para escribirme tenía?

TRISTÁN: Y a todo mal suceder,
presto de duda saldrás,
que esta noche la podrás
en la habla conocer.

GARCÍA: Y que no me engañe es cierto,
según dejó en mi sentido
impreso el dulce sonido
de la voz con que me ha muerto.

Sale un PAGE con un papel; dalo a don GARCÍA

PAGE: Éste, señor don García,
es para vos.

GARCÍA: No esté así.

PAGE: Criado vuestro nació.

GARCÍA: Cúbrase, por vida mía.

Lee a solas don GARCÍA

"Averiguar cierta cosa
importante a solas quiero
con vos. A las siete espero
en San Blas. --Don Juan de Sosa."
(¡Válgame Dios! Desafío. **Aparte**
¿Qué causa puede tener
don Juan, si yo vine ayer
y él es tan amigo mío?)
Decid al señor don Juan
que esto será así.

Vase el PAGE

TRISTÁN: Señor,
mudado estás de color.
¿Qué ha sido?

GARCÍA: Nada, Tristán.

TRISTÁN: No puedo saberlo?

GARCÍA: No.

TRISTÁN: Sin duda es cosa pesada.

GARCÍA: Dame la capa y espada.

(¿Qué causa le he dado yo?) **Aparte**

Vase TRISTÁN. Sale don BELTRÁN

BELTRÁN: ¿García?

GARCÍA: ¿Señor?

BELTRÁN: Los dos
a caballo hemos de andar
juntos hoy, que he de tratar
cierto negocio con vos.

GARCÍA: ¿Mandas otra cosa?

BELTRÁN: ¿Adónde
vaya cuando el sol echa fuego?

Sale TRISTÁN y dale de vestir a don GARCÍA

GARCÍA: Aquí a los trucos me llevo
de nuestro vecino el conde.

BELTRÁN: No apruebo que os arrojéis,
siendo venido de ayer,
a daros a conocer
a mil que no conocéis;
si no es que dos condiciones
guardéis con mucho cuidado,
y son: que juguéis contado
y habléis contadas razones.
Pues que mi parecer
es éste, haced vuestro gusto.

GARCÍA: Seguir tu consejo es justo.

BELTRÁN: Haced que a vuestro placer
aderezo se prevenga
a un caballo para vos.

GARCÍA: A ordenallo voy.

BELTRÁN: Adiós.

Vase don GARCÍA

BELTRÁN: (¡Que tan sin gusto me tenga **Aparte**
lo que su ayo me dijo!)
¿Has andado con García,
Tristán?

TRISTÁN: Señor, todo el día.

BELTRÁN: Sin mirar en que es mi hijo,
si es que el ánimo fiel
que siempre en tu pecho he hallado

agora no te ha faltado,
me di lo que sientes de él.
TRISTÁN: ¿Qué puedo yo haber sentido
en un término tan breve?
BELTRÁN: Tu lengua es quien no se atreve,
que el tiempo bastante ha sido,
y más a tu entendimiento.
Dímelo, por vida mía,
sin lisonja.
TRISTÁN: Don García,
mi señor, a lo que siento,
que he de decirte verdad,
pues que tu vida has jurado...
BELTRÁN: De esa suerte has obligado
siempre a mí tu voluntad.
TRISTÁN: ...tiene un ingenio excelente,
con pensamientos sutiles;
mas caprichos juveniles
con arrogancia imprudente.
De Salamanca reboza
la leche, y tiene en los labios
los contagiosos resabios
de aquella caterva moza.
Aquel hablar arrojado,
mentir sin recato y modo;
aquel jactarse de todo
y hacerse en todo extremado...
Hoy, en término de un hora,
echó cinco o seis mentiras.
BELTRÁN: ¡Válgame Dios!
TRISTÁN: ¿Qué te admiras
pues lo peor falta agora;
que son tales, que podrá
cogerle en ellas cualquiera.
BELTRÁN: ¡Ah, Dios!
TRISTÁN: Yo no te dijera
lo que tal pena te da
a no ser de ti forzado.
BELTRÁN: Tu fe conozco y tu amor.
TRISTÁN: A tu prudencia, señor,
advertir será excusado
el riesgo que correr puedo
si esto sabe don García,
mi señor.
BELTRÁN: De mí confía;
pierde, Tristán, todo el miedo.
Manda luego aderezar
los caballos.

Vase TRISTÁN

BELTRÁN: Santo Dios,
pues esto permitís vos,
esto debe de importar.
¿A un hijo solo, a un consuelo
que en la tierra le quedó
a mi vejez triste, dio
tan gran contrapeso el cielo?
Ahora bien, siempre tuvieron
los padres disgustos tales;
siempre vieron muchos males
los que mucha edad vivieron.
¡Paciencia! Hoy he de acabar,
si puedo, su casamiento.
Con la brevedad intento
este daño remediar,
antes que su liviandad,
en la corte conocida,
los casamientos le impida
que pide su calidad.
Por dicha, con el cuidado
que tal estado acarrea,
de una costumbre tan fea
se vendrá a haber enmendado.
Que es vano pensar que son
el reñir y aconsejar
bastantes para quitar
una fuerte inclinación.

Sale TRISTÁN

TRISTÁN: Ya los caballos están,
viendo que salir procuras,
probando las herraduras
en las guijas del zaguán.
Porque con las esperanzas
de tan gran fiesta, el overo
a solas está, primero,
ensayando sus mudanzas;
Y el bayo, que ser procura
émulo al dueño que lleva,
estudia con alma nueva
movimiento y compostura.
BELTRÁN: Avisa, pues, a García.
TRISTÁN: Ya te espera tan galán,
que en la corte pensarán
que a estas horas sale el día.

Vanse los dos

[Sala en casa de don Sancho]

Salen ISABEL y JACINTA

ISABEL: La pluma tomó al momento
Lucrecia, en ejecución
de tu agudo pensamiento,
y esta noche en su balcón,
para tratar cierto intento,
le escribió que aguardaría,
para que puedas en él
platicar con don García.
Camino llevó el papel;
persona de quien se fía.

JACINTA: Mucho Lucrecia me obliga.

ISABEL: Muestra en cualquier ocasión
ser tu verdadera amiga.

JACINTA: ¿Es tarde?

ISABEL: Las cinco son.

JACINTA: Aun durmiendo me fatiga
la memoria de don Juan,
que esta siesta le he soñado
celoso de otro galán.

Miran adentro las dos

ISABEL: ¡Ay, señora! Don Beltrán
y el perulero a su lado.

JACINTA: ¿Qué dices?

ISABEL: Digo que aquél
que hoy te habló en la Platería
viene a caballo con él.
Mírale.

JACINTA: ¡Por vida mía
que dices verdad, que es él!
¿Hay tal? ¿Cómo el embustero
se nos fingió perulero,
si es hijo de don Beltrán?

ISABEL: Los que intentan siempre dan
gran presunción al dinero,
y con ese medio, hallar
entrada en tu pecho quiso,
que debió de imaginar
que aquí le ha de aprovechar

más ser Midas que Narciso.

JACINTA: En decir que ha que me vio
un año, también mintió,
porque don Beltrán me dijo
que ayer a Madrid su hijo
de Salamanca llegó.

ISABEL: Si bien lo miras, señora,
todo verdad puede ser,
que entonces te pudo ver,
irse de Madrid, y agora,
de Salamanca volver.

Y cuando no, ¿qué te admira
que, quien a obligar aspira
prendas de tanto valor,
para acreditar su amor,
se valga de una mentira?

Demás que tengo por llano,
si no miente mi sospecha,
que no lo encarece en vano;
que hablarte hoy su padre, es flecha
que ha salido de su mano.

No ha sido, señora mía,
acaso que el mismo día
que él te vio y mostró quererte,
venga su padre a ofrecerte
por esposo a don García.

JACINTA: Dices bien; mas imagino
que el término que pasó
desde que el hijo me habló
hasta que su padre vino,
fue muy breve.

ISABEL: Él conoció
quién eres; encontraría
su padre en la Platería;
habléle, y él, que no ignora
tus calidades y adora
justamente a don García,
vino a tratarlo al momento.

JACINTA: Al fin, como fuere, sea.
De sus partes me contento,
quiere el padre, él me desea;
da por hecho el casamiento.

Vanse las dos

[Paseo de Atocha]

Salen don BELTRÁN y don GARCÍA

BELTRÁN: ¿Qué os parece?
GARCÍA: Que animal
no vi mejor en mi vida.
BELTRÁN: ¡Linda bestia!
GARCÍA: Corregida
de espíritu racional.
¡Qué contento y bizarría!
BELTRÁN: Vuestro hermano don Gabriel,
que perdona Dios, en él
todo su gusto tenía.
GARCÍA: Ya que convida, señor,
de Atocha la soledad,
declara tu voluntad.
BELTRÁN: Mi pena, diréis mejor.

¿Sois caballero, García?
GARCÍA: Téngome por hijo vuestro.
BELTRÁN: ¿Y basta ser hijo mío
para ser vos caballero?
GARCÍA: Yo pienso, señor, que sí.
BELTRÁN: ¡Qué engañado pensamiento!
Sólo consiste en obrar
como caballero al serlo.
¿Quién dio principio a las casas
nobles? Los ilustres hechos
de sus primeros autores.
Sin mirar su nacimientos,
hazañas de hombres humildes
honraron sus herederos.
Luego en obrar mal o bien
está el ser malo o ser bueno.
¿Es así?
GARCÍA: Que las hazañas
den nobleza, no lo niego;
mas no neguéis que sin ellas
también la da el nacimiento.
BELTRÁN: Pues si honor puede ganar
quien nació sin él, ¿no es cierto
que, por el contrario, puede,
quien con él nació, perdello?
GARCÍA: Es verdad.
BELTRÁN: Luego si vos
obráis afrentosos hechos,
aunque seáis hijo mío,
dejáis de ser caballero;
luego si vuestras costumbres
os infaman en el pueblo,
no importan paternas armas,

no sirven altos abuelos.
¿Qué cosa es que la fama
diga a mis oídos mismos
que a Salamanca admiraron
vuestras mentiras y enredos?
¡Qué caballero y qué nada!
Si afrenta al noble y plebeyo
sólo el decirle que miente,
decid, ¿qué será el hacerlo,
si vivo sin honra yo,
según los humanos fueros,
mientras de aquél que me dijo
que mentía no me vengo?
¿Tan larga tenéis la espada,
tan duro tenéis el pecho,
que penséis poder vengaros,
diciéndolo todo el pueblo?
¿Posible es que tenga un hombre
tan humildes pensamientos
que viva sujeto al vicio
más sin gusto y sin provecho?
El deleite natural
tiene a los lascivos presos;
obliga a los codiciosos
el poder que da el dinero;
el gusto de los manjares
al glotón; el pasatiempo
y el cebo de la ganancia,
a los que cursan el juego;
su venganza, al homicida;
al robador, su remedio;
la fama y la presunción,
al que es por la espada inquieto.
Todos los gustos, al fin,
o dan gusto o dan provecho;
mas de mentir, ¿qué se saca
sino infamia y menosprecio?

GARCÍA: Quien dice que miento yo,
ha mentido.

BELTRÁN: También eso
es mentir, que aun desmentir
no sabéis sino mintiendo.

GARCÍA: ¡Pues, si dais en no creerme...!

BELTRÁN: ¿No seré necio si creo
que vos decía verdad solo
y miente el lugar entero?
Lo que importa es desmentir
esta fama con los hechos,
pensar que éste es otro mundo,
hablar poco y verdadero;

mirar que estáis a la vista
de un rey tan santo y perfeto,
que vuestros yerros no pueden
hallar disculpa en sus yerros;
que tratáis aquí con grandes,
títulos y caballeros,
que, si os saben la flaqueza,
o perderán el respeto;
que tenéis barba en el rostro,
que al lado ceñís acero,
que nacistes noble al fin,
y que yo soy padre vuestro.
Y no he de deciros más,
que esta sofrenada espero
que baste para quien tiene
calidad y entendimiento.
Y agora, porque entendáis
que en vuestro bien me desvelo,
sabed que os tengo, García,
tratado un gran casamiento.

GARCÍA: (¡Ay, mi Lucrecia!)

Aparte

BELTRÁN: Jamás
pusieron, hijo, los cielos
tantas, tan divinas partes
en un humano sujeto,
como en Jacinta, la hija
de don Fernando Pacheco,
de quien mi vejez pretende
tener regalados nietos.

GARCÍA: (¡Ay, Lucrecia! Si es posible, tú sola has de ser mi dueño). **Aparte**

BELTRÁN: ¿Qué es esto? ¿No respondéis?

GARCÍA: (¡Tuyo he de ser, vive el cielo!) **Aparte**

BELTRÁN: ¿Qué os entristecéis? ¡Hablad!

No me tengáis más suspenso.

GARCÍA: Entristézcome porque es
imposible obedeceros.

BELTRÁN: ¿Por qué?

GARCÍA: Porque soy casado.

BELTRÁN: ¡Casado! ¡Cielos! ¿Qué es esto?
¿Cómo, sin saberlo yo?

GARCÍA: Fue fuerza, y está secreto.

BELTRÁN: ¿Hay padre más desdichado?

GARCÍA: No os aflijáis, que, en sabiendo
la causa, señor, tendréis
por venturoso el efeto.

BELTRÁN: Acabad, pues, que mi vida
pende sólo de un cabello.

GARCÍA: (Agora os he menester,
sutilezas de mi ingenio).

Aparte

En Salamanca, señor,
hay un caballero noble,
de quien es la alcuña Herrera
y don Pedro el propio nombre.
A éste dio el cielo otro cielo
por hija, pues, con dos soles
sus dos purpúreas mejillas
hacen claros horizontes.
Abrevio, por ir al caso,
con decir que cuantas dotes
pudo dar Naturaleza
en tierna edad, la componen.
Mas la enemiga fortuna,
observante en su desorden,
a sus méritos opuesta,
de sus bienes la hizo pobre;
que, demás de que su casa
no es tan rica como noble,
al mayorazgo nacieron,
antes que ella, dos varones.
A ésta, pues, saliendo al río,
la vi una tarde en su coche,
que juzgara el de Faetón
si fuese Erídano el Tormes.
No sé quién los atributos
del fuego en Cupido pone,
que yo, de un súbito hielo,
me sentí ocupar entonces.
¿Qué tienen que ver del fuego
las inquietudes y ardores
con quedar absorta un alma,
con quedar un cuerpo inmóvil?
Caso fue, verla, forzoso;
viéndola, cegar de amores;
pues, abrasado, seguiría,
júzguelo en pecho de bronce.
Pasé su calle de día,
rondé su puerta de noche;
con terceros y papeles,
le encarecí mis pasiones;
hasta que, al fin, condolida
o enamorada, responde,
porque también tiene Amor
jurisdicción en los dioses.
Fui acrecentando finezas
y ella aumentando favores,
hasta ponerme en el cielo
de su aposento una noche.
Y, cuando solicitaban

el fin de mi pena enorme,
conquistando honestidades,
mis ardientes pretensiones,
siento que su padre viene
a su aposento; llámole
porque jamás tan hacía,
mi fortuna aquella noche.
Ella, turbada, animosa,
¡mujer al fin!, a empujones
mi casi difunto cuerpo
detrás de su lecho esconde.
Llegó don Pedro, y su hija,
fingiendo gusto, abrazóle,
por negar el rostro en tanto
que cobraba sus colores.
Asentáronse los dos,
y él, con prudentes razones,
le propuso un casamiento
con uno de los Monroyes.
Ella, honesta como cauta,
de tal suerte le responde,
que ni a su padre resista,
ni a mí, que la escucho, enoje.
Despidiéronse con esto,
y, cuando ya casi pone
en el umbral de la puerta
el viejo los pies, entonces...,
¡Mal hay, amén, el primero
que fue inventor de relojes!,
uno que llevaba yo,
a dar comenzó las doce.
Oyólo don Pedro, y vuelto
hacia su hija: "¿De dónde
vino ese reloj?," le dijo.
Ella respondió: "Envióle,
para que se le aderecen,
mi primo don Diego Ponce,
por no haber en su lugar
relojero ni relojes."
"Dádmelo," dijo su padre,
"porque yo ese cargo tome."
Pues entonces doña Sancha,
que éste es de la dama el nombre,
a quitármele del pecho,
cauta y prevenida corre,
antes que llegar él mismo
a su padre se le antoje.
Quitémelo yo, y al darle,
quiso la suerte que toquen
a una pistola que tengo

en la mano los cordones.
Cayó el gatillo, dió fuego;
al tronido desmayóse
doña Sancha; alborotado
el viejo, empezó a dar voces.
Yo, viendo el cielo en el suelo
y eclipsados sus dos soles,
juzgué sin duda por muerta
la vida de mis acciones,
pensando que cometieron
sacrilegio tan enorme,
del plomo de mi pistola,
los breves, volantes orbes.
Con esto, pues, despechado,
saqué rabioso el estoque;
fueron pocos para mí,
en tal ocasión, mi hombres.
A impedirme la salida,
como dos bravos leones,
con sus armas sus hermanos
y sus criados se oponen;
mas, aunque fácil por todos
mi espada y mi fuerza rompen,
no hay fuerza humana que impida
fatales disposiciones;
pues, al salir por la puerta,
como iba arrimado, asíome
la alcayata de la aldaba,
por los tiros del estoque.
Aquí, para desasirme,
fue fuerza que atrás me torne,
y, entre tanto, mis contrarios,
muros de espadas me oponen.
En esto cobró su acuerdo
Sancha, y para que se estorbe
el triste fin que prometen
estos sucesos atroces,
la puerta cerró, animosa,
del aposento, y dejóme
a mí con ella encerrado,
y fuera a mis agresores.
Arrimamos a la puerta
baúles, arcas y cofres,
que al fin son de ardientes iras
remedio las dilaciones.
Quisimos hacernos fuertes;
mas mis contrarios, feroces,
ya la pared me derriban
y ya la puerta me rompen.
Yo, viendo que, aunque dilate,

no es posible que revoque
la sentencia de enemigos
tan agraviadas y nobles,
viendo a mi lado la hermosa
de mis desdichas consorte,
y que hurtaba a sus mejillas
el temor sus arreboles;
viendo cuán sin culpa suya
conmigo Fortuna corre,
pues con industria deshace
cuanto los hados disponen,
por dar premio a sus lealtades,
por dar fin a sus temores,
por dar remedio a mi muerte,
y dar muerte a más pasiones,
hube de darme a partido,
y pedirles que conformen
con la unión de nuestras sangres
tan sangrientas disenciones.
Ellos, que ven el peligro
y mi calidad conocen,
lo aceptan, después de estar
un rato entre sí discordes.
Partió a dar cuenta al obispo
su padre, y volvió con orden
de que el desposorio pueda
hacer cualquier sacerdote.
Hízose, y en dulce paz
la mortal guerra trocóse,
dándote la mejor nuera
que nació del sur al norte.
Mas en que tú no lo sepas
quedamos todos conformes,
por no ser con gusto tuyo
y por ser mi esposa pobre;
pero, ya que fue forzoso
saberlo, mira se escoges
por mejor tenerme muerto
que vivo y con mujer noble.

BELTRÁN: Las circunstancias del caso
son tales, que se conoce
que la fuerza de la suerte
te destinó esa consorte,
y así, no te culpo en más
que en callármelo.

GARCÍA: Temores
de darte pesar, señor,
me obligaron.

BELTRÁN: Si es tan noble,
¿qué importa que pobre sea?

¡Cuánto es peor que lo ignore,
para que, habiendo empeñado
mi palabra, agora torne
con eso a doña Jacinta!
¡Mira en qué lance me pones!
Toma el caballo, y temprano,
por mi vida, te recoge,
porque de espacio tratemos
de tus cosas esta noche.

GARCÍA: Iré a obedecerte al punto
que toquen las oraciones.

Vase don BELTRÁN

Dichosamente se ha hecho.
Persuadido el viejo va.
Ya del mentir no dirá
que es sin gusto y sin provecho;
pues en tan notorio gusto
el ver que me haya creído,
y provecho haber huído
de casarme a mi disgusto.
¡Bueno fue reñir conmigo
porque en cuanto digo miento,
y dar crédito al momento
a cuantas mentiras digo!
¡Qué fácil de persuadir
quien tiene amor suele ser!
Y ¡qué fácil en creer
el que no sabe mentir!
Mas ya me aguarda don Juan.

Dirá hacia adentro

¡Hola! Llevad el caballo.
Tan terribles cosas hallo
que sucediéndome van,
que pienso que desvarío.
Vine ayer y, en un momento,
tengo amor y casamiento
y causa de desafío.

Sale don JUAN

JUAN: Como quien sois lo habéis hecho,
don García.

GARCÍA: ¿Quién podía,

sabiendo la sangre mía,
pensar menos de mi pecho?

Mas vamos, don Juan, al caso
porque llamado me habéis.
Decid, ¿qué causa tenéis
--que por sabella me abraso--
de hacer este desafío?

JUAN: Esa dama a quien hicisteis,
conforme vos me dijisteis,
anoche fiesta en el río,
es causa de mi tormento,
y es con quien dos años ha
que, aunque se dilata, está
tratado mi casamiento.

Vos ha un mes que estáis aquí,
y de eso, como de estar
encubierto en el lugar
todo ese tiempo de mí,
colijo que, habiendo sido
tan público mi cuidado,
vos no lo habéis ignorado,
y así, me habéis ofendido.

Con esto que he dicho, digo
cuanto tengo que decir,
y es que, o no habéis de seguir
el bien que ha tanto que sigo,
o, si acaso os pareciere
mi petición mal fundada,
se remita aquí a la espada,
y la sirve el que venciere.

GARCÍA: Pésame que, sin estar
del caso bien informado,
os hayáis determinado
a sacarme a este lugar.

La dama, don Juan de Sosa,
de mi fiesta, vive Dios
que ni la habéis visto vos,
ni puede ser vuestra esposa;
que es casada esta mujer,
y ha tan poco que llegó
a Madrid, que sólo yo
sé que la he podido ver.

Y, cuando ésa hubiera sido,
de no verla más os doy
palabra, como quien soy,
o quedar por fermentido.

JUAN: Con eso se aseguró
la sospecha de mi pecho
y he quedado satisfecho.

GARCÍA: Falta que lo quede yo,

que haberme desafiado
no se ha de quedar así;
libre fue el sacarme aquí,
mas, habiéndome sacado,
me obligasteis, y es forzoso,
puesto que tengo de hacer
como quien soy, no volver
sino muerto o victorioso.

JUAN: Pensado, aunque a mis desvelos
hayáis satisfecho así,
que aún deja cólera en mí
le memoria de mis celos.

Sacan las espadas y acuchíllanse. Sale don FÉLIX

FÉLIX: Deténganse, caballeros,
que estoy aquí yo.

GARCÍA: ¡Que venga
agora quien me detenga!

FÉLIX: Vestid los fuertes aceros,
que fue falsa la ocasión
de esta pendencia.

JUAN: Ya había
dícholo así don Garcia;
pero, por la obligación
en que pone el desafío,
desnudó el valiente acero.

FÉLIX: Hizo como caballero
de tanto valor y brío.
Y, pues, bien quedado habéis
con esto, merezca yo
que, a quien de celoso erró,
perdón y las manos deis.

Dense las manos

GARCÍA: Ello es justo y lo mandáis.
Mas mirad de aquí adelante,
en caso tan importante,
don Juan, cómo os arrojáis.
Todo lo habéis de intentar
primero que el desafío,
que empezar es desvarío
por donde se ha de acabar.

Vase don GARCÍA

FÉLIX: Extraña ventura ha sido
haber yo a tiempo llegado.

JUAN: ¿Que en efecto me he engañado?

JUAN: Sí.

JUAN: ¿De quién lo habéis sabido?

FÉLIX Súpelo de un escudero
de Lucrecia.

JUAN: Decid, pues,

¿cómo fue?

FÉLIX: La verdad es
que fue el coche y el cochero
de doña Jacinta anoche
al Sotillo, y que tuvieron
gran fiesta las que en él fueron;
pero fue prestado el coche.

Y el caso fue que, a las horas
que fue a ver Jacinta bella
a Lucrecia, ya con ella
estaban las matadoras,
las dos primas de la quinta.

JUAN: ¿Las que en el Carmen vivieron?

FÉLIX: Sí, Pues ellas le pidieron
el coche a doña Jacinta,
y en él, con la oscura noche,
fueron al río las dos.

Pues vuestro paje, a quien vos
dejasteis siguiendo el coche,
como en él dos damas vio
entrar cuando anocheecía,
y noticia no tenía
de otra visita, creyó
ser Jacinta la que entraba
y Lucrecia.

JUAN: Justamente.

FÉLIX: Siguió el coche diligente
y, cuando en el soto estaba,
entre la música y cena
lo dejó y volvió v buscaros
a Madrid, y fue el no hallaros
ocasión de tanta pena;
porque, yendo vos allá,
se deshiciera el engaño.

JUAN: En eso estuvo mi daño.
Mas tanto gusto me da
el saber que me engañé,
que doy por bien empleado
el disgusto que he pasado.

FÉLIX: Otra cosa averigüé
que es bien graciosa.

JUAN: Decid.

FÉLIX: Es que el dicho don García
llegó ayer en aquel día

de Salamanca a Madrid,
y en llegando se acostó,
y durmió la noche toda,
y fue embeleco la boda
y festín que nos contó.

JUAN: ¿Qué decís?

FÉLIX: Esto es verdad.

JUAN: ¿Embustero es don García?

FÉLIX: Eso un ciego lo vería;
porque tanta variedad
de tiendas, aparadores,
vajillas de plata y oro,
tanto plato, tanto coro
de instrumentos y cantores,
¿no eran mentira patente?

JUAN: Lo que me tiene dudoso
es que sea mentiroso
un hombre que es tan valiente;
que de su espada el furor
diera a Alcides pesadumbre.

FÉLIX: Tendrá el mentir por costumbre
y por herencia el valor.

JUAN: Vamos, que a Jacinta quiero
pedille, Félix, perdón,
y decille la ocasión
con que esforzó este embustero
mi sospecha.

FÉLIX: Desde aquí
nada le creo, don Juan.

JUAN: Y sus verdades serán
ya consejos para mí.

Vanse los dos

[La calle]

Salen TRISTÁN, don GARCÍA y CAMINO, de noche

GARCÍA: Mi padre me dé perdón,
que forzado le engaña.

TRISTÁN: ¡Ingeniosa excusa fue!
Pero, dime: ¿qué invención
agora piensas hacer
con que no sepa que ha sido
el casamiento fingido?

GARCÍA: Las cartas le he de coger
que a Salamanca escribiere,

y, las respuestas fingiendo
yo mismo, iré entreteniéndome
la ficción cuanto pudiere.

Salen JACINTA, LUCRECIA e ISABEL a la ventana

JACINTA: Con esta nueva volvió
don Beltrán bien descontento,
cuando ya del casamiento
estaba contenta yo.

LUCRECIA: ¿Que el hijo de don Beltrán
es el indiano fingido?

JACINTA: Sí, amiga.

LUCRECIA: ¿A quién has oído
lo del banquete?

JACINTA: A don Juan.

LUCRECIA: Pues ¿cuándo estuvo contigo?

JACINTA: Al anochecer me vio,
y en contármelo gastó
lo que pudo estar conmigo.

LUCRECIA: Grandes sus enredos son.
¡Buen castigo te merece!

JACINTA: Estos tres hombres parece
que se acercan al balcón.

LUCRECIA: Vendrá al puesto don García,
que ya es hora.

JACINTA: Tú, Isabel,
mientras hablamos con él,
a nuestros viejos espía.

LUCRECIA: Mi padre está refiriendo
bien de espacio un cuento largo
a tu tío.

ISABEL: Yo me encargo
de avisaros en viniendo.

Vase ISABEL

CAMINO: Éste es el balcón adonde
os espera tanta gloria.

Vase CAMINO

LUCRECIA: Tú eres dueño de la historia;
tú en mi nombre le responde.

GARCÍA: ¿Es Lucrecia?

JACINTA: ¿Es don García?

GARCÍA: Es quien hoy la joya halló

más preciosa que labró
el cielo en la Platería.

Es quien, en llegando a vella,
tanto estimó su valor,
que dio, abrasado de amor,
la vida y alma por ella.

Soy, al fin, el que se precia
de ser vuestro, y soy quien hoy
comienzo a ser, porque soy
el esclavo de Lucrecia.

Habla aparte JACINTA a LUCRECIA

JACINTA: Amiga, este caballero
para todas tiene amor.

LUCRECIA: El hombre es embarrador.

JACINTA: Él es un gran embustero.

GARCÍA: Ya espero, señora mía,
lo que me queréis mandar.

JACINTA: Ya no puede haber lugar
lo que trataros quería...

Habla TRISTÁN al oído de don GARCÍA

TRISTÁN: ¿Es ella?

GARCÍA: Sí.

JACINTA: ...que trataros
un casamiento intenté
bien importante, y ya sé
que es imposible casaros.

GARCÍA: ¿Por qué?

JACINTA: Porque sois casado.

GARCÍA: ¿Que yo soy casado?

JACINTA: Vos.

GARCÍA: Soltero soy, ¡vive Dios!
Quien lo ha dicho os ha engañado.

Aparte JACINTA y LUCRECIA

JACINTA: ¿Viste mayor embustero?

LUCRECIA: No sabe sino mentir.

JACINTA: ¿Tal me queréis persuadir?

GARCÍA: ¡Vive Dios, que soy soltero!

JACINTA: ¡Y lo jura!

LUCRECIA: Siempre ha sido
costumbre del mentiroso,
de su crédito dudoso

jurar para ser creído.

GARCÍA: Si era vuestra blanca mano
con la que el cielo quería
colmar la ventura mía,
no pierda el bien soberano,
pudiendo esa falsedad
probarse tan fácilmente.

JACINTA: (¡Con qué confianza miente! **Aparte**
¿No parece que es verdad?)

GARCÍA: La mano os daré, señora,
y con eso me creeréis.

JACINTA: Vos sois tal, que la daréis
a trescientas en una hora.

GARCÍA: Mal acreditado estoy
en vos.

JACINTA: Es justo castigo;
porque mal puede conmigo
tener crédito quien hoy
dijo que era perulero
siendo en la corte nacido;
y, siendo de ayer venido,
afirmó que ha un año entero
que está en la corte; y habiendo
esta tarde confesado
que en Salamanca es casado,
se está agora desdiciendo;
y quien, pasando en su cama
toda la noche, contó
que en el río la pasó
haciendo fiesta a una dama.

TRISTÁN: (¡Todo se sabe!) **Aparte**

GARCÍA: Mi gloria,
escuchadme, y os diré
verdad pura, que ya sé
en qué se yerra la historia.
Por las demás cosas paso,
que son de poco momento,
por tratar del casamiento,
que es lo importante del caso.
Si vos hubiéredes sido
causa de haber yo afirmado,
Lucrecia, que soy casado,
¿será culpa haber mentido?

JACINTA: ¿Yo la causa?

GARCÍA: Sí, señora.

JACINTA: ¿Cómo?

GARCÍA: Decíroslo quiero.

Habla aparte JACINTA a LUCRECIA

JACINTA: Oye, que hará el embustero
lindos enredos agora.

GARCÍA: Mi padre llegó a tratarme
de darme otra mujer hoy;
pero yo, que vuestro soy,
quise con eso excusarme.

Que, mientras hacer espero
con vuestra mano mis bodas,
soy casado para todas,
sólo para vos soltero.

Y, como vuestro papel
llegó esforzando mi intento,
al tratarme el casamiento
puse impedimento en él.

Éste es el caso; mirad
si esta mentira os admira,
cuando ha dicho esta mentira
de mi afición la verdad.

LUCRECIA: (Mas ¿si lo fuese?) **Aparte**

JACINTA: (¡Qué buena **Aparte**
la trazó, y qué de repente!)

Pues ¿cómo tan brevemente
os puedo dar tanta pena?

¡Casi aun no visto me habéis
y ya os mostráis tan perdido!
¿Aún no me habéis conocido
y por mujer me queréis?

GARCÍA: Hoy vi vuestra gran beldad
la vez primera, señora;
que el amor me obliga agora
a deciros la verdad.

Mas si la causa es divina,
milagro el efeto es,
que el dios niño, no con pies,
sino con alas camina.

Decir que habéis menester
tiempo vos para matar,
fuera, Lucrecia, negar
vuestro divino poder.

Decís que sin conoceros
estoy perdido. ¡Pluguiera
a Dios que no os conociera,
por hacer más en quereros!

Bien os conozco; las partes
sé bien que os dio la Fortuna,
que sin eclipse sois luna,
que sois mudanza sin martes,
que es difunta vuestra madre,
que sois sola en vuestra casa,

que de mil doblones pasa
la renta de vuestro padre.

Ved, si estoy mal informado.
¡Ojalá, mi bien, que así
los estuviéades de mí!

LUCRECIA: (Casi me pone en cuidado).

Aparte

JACINTA: ¿Pues Jacinta, ¿no es hermosa?
¿No es discreta, rica y tal
que puede el más principal
desealla por esposa?

GARCÍA: Es discreta, rica y bella;
mas a mí no me conviene.

JACINTA: Pues, decid, ¿qué falta tiene?

GARCÍA: La mayor, que es no querella.

JACINTA: Pues yo con ella os quería
casar, que esa sola fue
la intención con que os llamé.

GARCÍA: Pues sería vana porfía;
que por haber intentado
mi padre, don Beltrán, hoy
lo mismo, he dicho que estoy
en otra parte casado.

Y si vos, señora mía,
intentáis hablarme en ello,
perdonad, que por no hacello
seré casado en Turquía.

Esto es verdad, ¡vive Dios!,
porque mi amor es de modo
que aborrezco aquello todo,
mi Lucrecia, que no es vos.

LUCRECIA: (¡Ojalá!) **Aparte**

JACINTA: Que me tratáis
con falsedad tan notoria!
Decid, ¿no tenéis memoria,
o vergüenza no tenéis?
¿Cómo, si hoy dijisteis vos
a Jacinta que la amáis,
ahora me lo negáis?

GARCÍA: ¿Yo a Jacinta? ¡Vive Dios!,
que sola con vos he hablado
desde que entré en el lugar.

JACINTA: Hasta aquí pudo llegar
el mentir desvergonzado.
Si en lo mismo que yo vi
os atrevéis a mentirme,
¿qué verdad podréis decirme?
Idos con Dios, y de mí
podéis desde aquí pensar
--si otra vez os diere oído--
que por divertirme ha sido;

como quien, para quitar
el enfadoso fastidio
de los negocios pesados,
gasta los ratos sobrados
en las fábulas de Ovidio.

Vase JACINTA

GARCÍA: Escuchad, Lucrecia hermosa.

LUCRECIA: (Confusa quedo). **Aparte**

Vase LUCRECIA

GARCÍA: ¡Estoy loco!

¿Verdades valen tan poco?

TRISTÁN: En la boca mentirosa.

GARCÍA: ¡Que haya dado en no creer
cuanto digo!

TRISTÁN: ¿Qué te admiras,
si en cuatro o cinco mentiras
te ha acabado de coger?

De aquí, si lo consideras,
conocerás claramente
que, quien en las burlas miente,
pierde el crédito en las veras.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

[Sala en casa de don Sancho]

Salen CAMINO con un papel y LUCRECIA

CAMINO: Éste me dio para ti
Tristán, de quien don García
con justa causa confía,
lo mismo que tú de mí;

que, aunque su dicha es tan corta
que sirve, es muy bien nacido,
y de suerte ha encarecido
lo que tu respuesta importa,
que jura que don García
está loco.

LUCRECIA: ¡Cosa extraña!

¿Es posible que me engaña
quien de esta suerte porfía?

El más firme enamorado
se cansa si no es querido,
¿y éste puede ser fingido,
tan constante y desdeñado?

CAMINO: Yo, al menos, si en las señales

se conoce el corazón,
ciertos juraré que son,
por las que he visto, sus males.

Que quien tu calle pasea
tan constante noche y día,
quien tu espesa celosía
tan atento brujulea,

quien ve que de tu balcón
cuando él viene, te retiras,
y ni te ve ni le miras,
y está firme en tu afición,
quien llora, quien desespera,
quien, porque contigo estoy,
me da dineros --que es hoy
la señal más verdadera--,
yo me afirmo en que decir
que miente es gran desatino.

LUCRECIA: Bien se echa de ver, Camino,
que no le has visto mentir.

¡Pluguiera a Dios fuera cierto
su amor! Que, a decir verdad,
no tarde en mi voluntad
hallaran sus ansias puerto.

Que sus encarecimientos,
aunque no los he creído,
por lo menos han podido
despertar mis pensamientos.

Que, dado que es necesidad
dar crédito al mentiroso,
como el mentir no es forzoso
y puede decir verdad,
oblígame la esperanza
y el propio amor a creer
que conmigo puede hacer
en sus costumbres mudanza.

Y así --por guardar mi honor,

si me engaña lisonjero,
y, si es su amor verdadero,
porque es digno de mi amor--,
quiero andar tan advertida
a los bienes y a los daños
que ni admita sus engaños
ni sus verdades despida.

CAMINO: De ese parecer estoy.

LUCRECIA: ¿Pues dirásle que, crüel,
rompí, sin vello, el papel;
que esta respuesta le doy.

Y luego, tú, de tu aljaba,
le di que no desespere,
y que, si verme quisiere,
vaya esta tarde a la Octava
de la Magdalena.

CAMINO: Voy.

LUCRECIA: Mi esperanza fundo en ti.

CAMINO: No se perderá por mí,
pues ves que Camino soy.

Vanse los dos

[Sale en casa de don Beltrán]

Salen don BELTRÁN, don GARCÍA, y TRISTÁN. Don BELTRÁN saca una carta abierta. Dala a don GARCÍA

BELTRÁN: ¿Habéis escrito, García?

GARCÍA: Esta noche escribiré.

BELTRÁN: Pues abierta os la daré;
porque, leyendo la mía,
conforme a mi parecer
a vuestro suegro escribáis;
que determino que vais
vos en persona a traer
vuestra esposa, que es razón;
porque pudiendo traella
vos mismo, enviar por ella
fuera poca estimación.

GARCÍA: Es verdad; mas sin efeto
será agora mi jornada.

BELTRÁN: ¿Por qué?

GARCÍA: Porque está preñada;
y hasta que un dichoso nieto
te dé, no es bien arriesgar
su persona en el camino.

BELTRÁN: ¡Jesús! Fuera desatino
estando así caminar.

Mas dime; ¿cómo hasta aquí
no me lo has dicho, García?

GARCÍA: Porque yo no lo sabía;
y en la que ayer recibí
de doña Sancha, me dice
que es cierto el preñado ya.

BELTRÁN: Si un nieto varón me da
hará mi vejez felice.
Muestra; que añadir es bien

Tómale la carta que le había dado

cuánto con esto me alegro.
Mas di, ¿cuál es de tu suegro
el propio nombre?

GARCÍA: ¿De quién?

BELTRÁN: De tu suegro.

GARCÍA: (Aquí me pierdo). **Aparte**
Don Diego.

BELTRÁN: O yo me he engañado,
o otras veces le has nombrado
don Pedro.

GARCÍA: También me acuerdo
de eso mismo; pero son
suyos ambos nombres.

BELTRÁN: ¿Diego y Pedro?

GARCÍA: No te asombres;
que, por una condición,
"don Diego" se ha de llamar
de su casa el sucesor.
Llamábase mi señor
"don Pedro" antes de heredar;
y como se puso luego
"don Diego" porque heredó,
después acá se llamó
ya "don Pedro," ya "don Diego."

BELTRÁN: No es nueva esa condición
en muchas casas de España.
A escribirle voy.

Vase don BELTRÁN

TRISTÁN: Extraña
fue esta vez tu confusión.

GARCÍA: ¿Has entrado en la historia?

TRISTÁN: Y hubo bien en qué entender.

El que mienta ha menester
gran ingenio y gran memoria.
GARCÍA: Perdido me vi.
TRISTÁN: Y en eso
pararás al fin, señor.
GARCÍA: entre tanto, de mi amor
veré el bueno o mal suceso.
¿Qué hay de Lucrecia?
TRISTÁN: Imagino,
aunque de dura se precia,
que has de vencer a Lucrecia
sin la fuerza de Tarquino.
GARCÍA: ¿Recibió el billete?
TRISTÁN: Sí;
aunque a Camino mandó
que diga que lo rompió,
que él lo ha fiado de mí.
Y, pues lo admitió, no mal
se negocia tu deseo;
si aquel epigrama creo
que a Nevia escribió Marcial:
"Escribí; no respondió
Nevia. Luego dura está;
mas ella se ablandará,
pues lo que escribí leyó."
GARCÍA: Que dice verdad sospecho.
TRISTÁN: Camino está de tu parte,
y promete revelarte
los secretos de su pecho;
y que ha de cumplillo espero
si andas tú cumplido en dar,
que para hacer confesar
no hay cordel como el dinero.
Y aun fuera bueno, señor,
que conquistaras tu ingrata
con dádivas, pues que mata
con flechas de oro el Amor.
GARCÍA: Nunca te he visto grosero,
sino aquí, en tus pareceres.
¿Es ésta de las mujeres
que se rinden por dinero?
TRISTÁN: Virgilio dice que Dido
fue del troyano abrasada,
de sus dones obligada
tanto como de Cupido.
¡Y era reina! No te espantes
de mis pareceres rudos,
que escudos vencen escudos,
diamantes labran diamantes.
GARCÍA: ¿No viste que la ofendió

mi oferta en la Platería?
TRISTÁN: Tu oferta la ofendería,
señor, que tus joyas no.
Por el uso te gobierna;
que a nadie en este lugar
por desvergonzado en dar
le quebraron brazo o pierna.
GARCÍA: Dame tú que ella lo quiera,
que darle un mundo imagino.
TRISTÁN: Camino dará camino,
que es el polo de esta esfera.
Y porque sepas que está
en buen estado tu amor,
ella le mandó, señor,
que te dijese que hoy va
Lucrecia a la Magdalena
a la fiesta de la Octava,
como que él te lo avisaba.
GARCÍA: ¡Dulce alivio de mi pena!
¿Con ese espacio me das
nuevas que me vuelven loco?
TRISTÁN: Dóytelas tan poco a poco
porque dure el gusto más.

Vanse los dos

[Claustro del convento de la Magdalena, con puerta a la iglesia]

Salen JACINTA y LUCRECIA, con mantos

JACINTA: ¿Qué? ¿Prosigue don García?
LUCRECIA: De modo que, son saber
su engañoso proceder,
como tan firme porfía,
casi me tiene dudosa.
JACINTA: Quizá no eres engañada,
que la verdad no es vedada
a la boca mentirosa.
Quizá es verdad que te quiere,
y más donde tu beldad
asegura esa verdad
en cualquiera que te viere.
LUCRECIA: Siempre tú me favoreces;
mas yo lo creyera así
a no haberte visto a ti
que al mismo sol oscureces.
JACINTA: Bien sabes tú lo que vales,

y que en esta competencia
nunca ha salido sentencia
por tener votos iguales.

Y no es sola la hermosura
quien causa amoroso ardor,
que también tiene el amor
su pedazo de ventura.

Yo me holgaré que por ti,
amiga, me haya trocado,
y que tú hayas alcanzado
lo que yo no merecí;

porque ni tú tienes culpa
ni él me tiene obligación.
Pero ve con prevención,
que no te queda disculpa
si te arrojas en amar
y al fin quedas engañada
de quien estás ya avisada
que sólo sabe engañar.

LUCRECIA: Gracias, Jacinta, te doy;
mas tu sospecha corrige,
que estoy por creerle dije,
no que por quererle estoy.

JACINTA: Obligaráte el creer
y querrás, siendo obligada,
y, así, es corta la jornada
que hay de creer a querer.

LUCRECIA: Pues ¿qué dirás si supieras
que un papel he recibido?

JACINTA: Diré que ya le has creído,
y aun diré que ya le quieres.

LUCRECIA: Errarástes; y considera
que tal vez la voluntad
hace por curiosidad
lo que por amor no hiciera.
¿Tú no le hablaste gustosa
en la Platería?

JACINTA: Sí.

LUCRECIA: ¿Y fuiste, en oírle allí,
enamorada o curiosa?

JACINTA: Curiosa.

LUCRECIA: Pues yo con él
curiosa también he sido,
como tú en haberle oído,
en recibir su papel.

JACINTA: Notorio verás tu error
si adviertes que es el oír
cortesía, y admitir
su papel claro favor.

LUCRECIA: Eso fuera a saber él

que su papel recibí;
mas él piensa que rompí,
sin leello, su papel.

JACINTA: Pues, con eso, es cierta cosa
que curiosidad ha sido.

LUCRECIA: En mi vida me ha valido
tanto gusto el ser curiosa.
Y porque su falsedad
conozcas, escucha y mira
si es mentira la mentira
que más parece verdad.

**Saca un papel y ábrele, y lee en secreto. Salen
CAMINO, GARCÍA y TRISTÁN por otra parte**

CAMINO: ¿Veis la que tiene en la mano
un papel?

GARCÍA: Sí.

CAMINO: Pues aquella
es Lucrecia.

GARCÍA: (¡Oh, causa bella **Aparte**
de dolor tan inhumano!
Ya me abraso de celoso).
¡Oh, Camino, cuánto os debo!

A CAMINO

TRISTÁN: Mañana os vestís de nuevo.

CAMINO: Por vos he de ser dichoso.

Vase CAMINO

GARCÍA: Llegarme, Tristán, pretendo
adonde, sin que me vea,
se posible fuera, lea
el papel que está leyendo.

TRISTÁN: No es difícil; que si vas
a esta capilla arrimado,
saliendo por aquel lado,
de espaldas la cogerá.

GARCÍA: Bien dices. Ven por aquí.

Vanse los dos

JACINTA: Lee bajo, que darás
mal ejemplo.

LUCRECIA: No me oirás.
Toma y lee para ti.

Le da el papel a JACINTA

JACINTA: Ése es mejor parecer.

Salen TRISTÁN y GARCÍA por otra puerta; cogen de espaldas a las mujeres

TRISTÁN: Bien a fin se consiguió.
GARCÍA: Tú, si ves mejor que yo,
procura, Tristán leer.

Lee

JACINTA: "Ya que mal crédito cobras
de mis palabras sentidas,
dime si serán creídas,
pues nunca mienten, las obras.
Que si consiste el creerme,
señora, en ser tu marido,
y ha de dar el ser creído
material al favorecerme,
por éste, Lucrecia mía,
que de mi mano te doy
firmado, digo que soy
ya tu esposo don García."

Hablan aparte GARCÍA y TRISTÁN

GARCÍA: ¡Vive Dios, que es mi papel!
TRISTÁN: Pues ¿qué? ¿No lo vio en su casa?
GARCÍA: Por ventura lo repasa,
regalándose con él.
TRISTÁN: Comoquiera te está bien.
GARCÍA: Comoquiera soy dichoso.
JACINTA: Él es breve y compendioso;
o bien siente o miente bien.
GARCÍA: Volved los ojos, señora,
cuyos rayos no resisto.

Tápanse LUCRECIA y JACINTA y hablan aparte

JACINTA: Cúbrete, pues no te ha visto,
y desengáñate agora.
LUCRECIA: Disimula y no me nombres.

GARCÍA: Corred los delgados velos
a ese asombro de los cielos,
a ese cielo de los hombres.
¿Posible es que os llevo a ver,
homicida de mi vida?
Mas, como sois mi homicida,
en la iglesia hubo de ser.
Si os obliga a retraer
mi muerte, no hayáis temor,
que de las leyes de amor
es tan grande el desconcierto,
que dejan preso al que es muerto
y libre al que es matador.
Ya espero que de mi pena
estás, mi bien, consolida,
si el estar arrepentida
os trajo a la Magdalena.
Ved cómo el amor ordena
recompensa al mal que siento,
pues si yo llevé el tormento
de vuestra crueldad, señora,
la gloria me llevo agora,
de vuestro arrepentimiento.
¿No me habláis, dueño querido?
¿No os obliga el mal que paso?
¿Arrepentidos acaso
de haberos arrepentido?
Que advertáis, señora, os pido,
que otra vez me mataréis.
Si porque en la iglesia os veis,
probáis en mí los aceros,
mirad que no ha de valeros
si en ella el delito hacéis.

JACINTA: ¿Conocéisme?

GARCÍA: ¡Y bien, por Dios!
Tanto, que desde aquel día
que os hablé en la Platería,
no me conozco por vos;
de suerte que, de los dos,
vivo más en vos que en mí;
que tanto, desde que os vi,
en vos transformado estoy,
que ni conozco el que soy
ni me acuerdo del que fui.

JACINTA: Bien se echa de ver que estáis
del que fuisteis olvidado,
pues sin ver que sois casado,
nuevo amor solicitáis.

GARCÍA: ¡Yo casado! ¿En eso dais?

JACINTA: ¿Pues no?

GARCÍA: ¡Qué vana porfía!
Fue, por Dios, invención mía,
por ser vuestro.
JACINTA: O por no sello;
y si os vuelven a hablar de ello,
seréis casado en Turquía.
GARCÍA: Y vuelvo a jurar, por Dios,
que en este amoroso estado,
para todas soy casado
y soltero para vos.

Aparte a LUCRECIA

JACINTA: ¿Ves tu desengaño?
LUCRECIA: (¡Ah, cielos! **Aparte**
¿Apenas una centella
siento de amor, y ya de ella
nacen volcanes de celos?
GARCÍA: Aquella noche, señora,
que en el balcón os hablé,
¿todo el caso no os conté?
JACINTA: ¿A mí en balcón?
LUCRECIA: (¡Ah, traidora!) **Aparte**
JACINTA: Advertid que os engañáis.
¿Vos me hablasteis?
GARCÍA: ¡Bien, por Dios!
LUCRECIA: (¿Habláisle de noche vos, **Aparte**
y a mi consejos me dais?)
GARCÍA: Y el papel que recibisteis,
¿negaréislo?
JACINTA: ¿Yo, papel?
LUCRECIA: (¡Ved qué amiga tan fiel!) **Aparte**
GARCÍA: Y sé que lo leísteis.
JACINTA: Pasar por donaire puede,
cuando no daña, el mentir;
mas no se puede sufrir
cuando ese límite excede.
GARCÍA: ¿No os hablé en vuestro balcón,
Lucrecia, tres noches ha?
JACINTA: (¿Yo Lucrecia? Bueno va; **Aparte**
toro nuevo, otra invención.
A Lucrecia ha conocido,
y es muy cierto el adoralla,
pues finge, por no enojalla,
que por ella me ha tenido).
LUCRECIA: (Todo lo entiendo. ¡Ah Traidora! **Aparte**
Sin duda que le avisó
que la tapada fui yo,
y quiere enmendallo agora

con fingir que fue el tenella,
por mí, la causa de hablalla).

A don GARCÍA

TRISTÁN: Negar debe de importalla,
por la que está junto de ella,
ser Lucrecia.

GARCÍA: Así lo entiendo,
que si por mí lo negara,
encubriera ya la cara.
Pero, no se conociendo,
¿se hablarán las dos?

TRISTÁN: Por puntos
suele en las iglesias verse
que parlan, sin conocerse,
los que aciertan a estar juntos.

GARCÍA: Dices bien.

TRISTÁN: Fingiendo agora
que se engañaron tus ojos,
lo enmendarás.

GARCÍA: Los antojos
de un ardiente amor, señora,
me tienen tan deslumbrado,
que por otra os he tenido.
Perdonad, que yerro ha sido
de esa cortina causado.

Que, como a la fantasía
fácil engaña el deseo,
cualquiera dama que veo
se me figura la mía.

JACINTA: (Entendíle la intención). **Aparte**

LUCRECIA: (Avisóle la taimada). **Aparte**

JACINTA: Según eso, la adorada
es Lucrecia.

GARCÍA: El corazón,
desde el punto que la vi,
la hizo dueña de mi fe.

A LUCRECIA

JACINTA: ¡Bueno es esto!

LUCRECIA: (¡Que ésta esté
haciendo burla de mí!

No me doy por entendida,
por no hacer aquí un exceso).

JACINTA: Pues yo pienso que, a estar de eso
cierta, os fuera agradecida

Lucrecia.

GARCÍA: ¿Tratáis con ella?

JACINTA: Trato, y es amiga mía;
tanto, que me atrevería
a afirmar que en mí y en ella
vive sólo un corazón.

GARCÍA: (¡Si eres tú, bien claro está! **Aparte**
¡Qué bien a entender me da
su recato y su intención!)

Pues ya que mi dicha ordena
tan buena ocasión, señora,
pues sois ángel, sed agora
mensajera de mi pena.

 Mi firmeza le decid,
y perdonadme si os doy
este oficio.

TRISTÁN: (Oficio es hoy **Aparte**
de las mozas en Madrid).

GARCÍA: Persuadidle que a tan grande
amor ingrata no sea.

JACINTA: Hacedle vos que lo crea,
que yo la haré que se ablanda.

GARCÍA: ¿Por qué no creerá que muero,
pues he visto su beldad?

JACINTA: Porque si os digo verdad
no os tiene por verdadero.

GARCÍA: ¡Ésta es verdad, vive Dios!

JACINTA: Hacedle vos que lo crea.
¿Qué importa que verdad sea,
si el que la dice sois vos?

 Que la boca mentirosa
incurre en tan torpe mengua,
que, solamente en su lengua
es la verdad sospechosa.

GARCÍA: Señora...

JACINTA: Basta; mirad
que dais nota.

GARCÍA: Yo obedezco.

A LUCRECIA

JACINTA: ¿Vas contenta?

LUCRECIA: Yo agradezco,
Jacinta, tu voluntad.

Vanse las dos

GARCÍA: ¿No ha estado aguda Lucrecia?

¡Con qué astucia dio a entender
que le importaba no se
Lucrecia!

TRISTÁN: A fe que no es necia.

GARCÍA: Sin duda que no quería
que la conociese aquella
que estaba hablando con ella.

TRISTÁN: Claro está que no podía
obligalla otra ocasión
a negar cosa tan clara,
porque a ti no te negara
que te habló por su balcón,
pues ella misma tocó
los puntos de que tratasteis
cuando por él os hablasteis.

GARCÍA: En eso bien mi mostró
que de mí no se encubría.

TRISTÁN: Y por eso dijo aquello:
"Y si os vuelven a hablar de ello,
seréis casado en Turquía."

Y esta conjetura abona
más claramente el negar
que era Lucrecia y tratar
luego en tercera persona
de sus propios pensamientos,
diciéndote que sabía
que Lucrecia pagaría
tus amorosos intentos,
con que tú hicieses, señor,
que los llegase a creer.

GARCÍA: ¡Ay, Tristán! ¿Qué puedo hacer
para acreditar mi amor?

TRISTÁN: ¿Tú quieres casarte?

GARCÍA: Sí.

TRISTÁN: Pues pídelas.

GARCÍA: ¿Y si resiste?

TRISTÁN: Parece que no le oíste

lo que dijo agora aquí:
"Hacedla vos que lo crea,
que yo la haré que se ablande."
¿Qué indicio quieres más grande
de que ser tuya desea?

Quien tus papeles recibe,
quien te habla en sus ventanas,
muestras ha dado bien llanas
de la afición con que vive.

El pensar que eres casado
la refrena solamente,
y queda ese inconveniente
con casarte remediado;

pues es el mismo casarte,
siendo tan gran caballero,
información de soltero.
Y, cuando quiera obligarte
a que des información,
por el temor con que va
de tus engaños, no está
Salamanca en el Japón.

GARCÍA: Sí está para quien desea,
que son ya siglos en mí
los instantes.

TRISTÁN: Pues aquí,
¿No habrá quien testigo sea?

GARCÍA: Puede ser.

TRISTÁN: Es fácil cosa.

GARCÍA: Al punto lo buscaré.

TRISTÁN: Uno, yo te lo daré.

GARCÍA: ¿Y quién es?

TRISTÁN: Don Juan de Sosa.

GARCÍA: ¿Quién? ¿Don Juan de Sosa!

TRISTÁN: Sí.

GARCÍA: Bien lo sabe.

TRISTÁN: Desde el día
que te habló en la Platería
no le he visto, ni él a ti.
Y, aunque siempre he deseado
saber qué pesar te dio
el papel que te escribió,
nunca te lo he preguntado,
viendo que entonces, severo
negaste y descolorido;
mas agora, que he venido
tan a propósito, quiero
pensar que puedo, señor,
pues secretario me has hecho
del archivo de tu pecho,
y se pasó aquel furor.

GARCÍA: Yo te lo quiero contar,
que, pues sé por experiencia
tu secreto y tu prudencia,
bien te lo puedo fiar.

A las siete de la tarde
me escribió que me aguardaba
en San Blas don Juan de Sosa
para un caso de importancia.
Callé, por ser desafío,
que quiere, el que no lo calla,
que le estorben o le ayuden,
cobardes acciones ambas.

Llegué al aplazado sitio,
donde don Juan me aguardaba
con su espada y con sus celos,
que son armas de ventaja.
Su sentimiento propuso,
satisface a su demanda,
y, por quedar bien, al fin,
desnudamos las espadas.
Elegí mi medio al punto,
y, haciéndole una ganancia
por los grados del perfil,
le di una fuerte estocada.
Sagrada fue de su vida
un Agnus Dei que llevaba,
que, topando en él la punta,
hizo dos partes mi espada.
Él sacó pies del gran golpe;
pero, con ardiente rabia,
vino, tirando una punta;
mas yo, por la parte flaca,
cogí su espada, formando
un atajo. Él presto saca
--como la respiración
tan corta línea le tapa,
por faltarle los dos tercios
a mi poco fiel espada--
la suya, corriendo filos,
y, como cerca me halla
--porque yo busqué el estrecho
por la alta de mis armas--
a la cabeza, furioso,
me tiró una cuchillada.
Recibíla en el principio
de su formación, y baja,
matándole el movimiento
sobre la suya mi espada.
¡Aquí fue Troya! Saqué
un revés con tal pujanza,
que la falta de mi acero
hizo allí muy poca falta;
que, abriéndole en la cabeza
un palmo de cuchillada,
vino sin sentido al suelo,
y aun sospecho que sin alma.
Dejéle así y con secreto
me vine. Esto es lo que pasa,
y de no verle estos días,
Tristán, es ésta la causa.

TRISTÁN: ¡Qué suceso tan extraño!
¿Y si murió?

GARCÍA: Cosa es clara,
porque hasta los mismos sesos
esparció por la campaña.
TRISTÁN: ¡Pobre don Juan...! Mas, ¿no es éste
que viene aquí?

Salen don JUAN y don BELTRÁN por otra parte

GARCÍA: ¡Cosa extraña!
TRISTÁN: ¿También a mí me la pegas?
¿Al secretario del alma?
(¡Por Dios, que se le creí, **Aparte**
con conocelle las mañas!
Mas ¿a quién no engañarán
mentiras tan bien trobadas?)
GARCÍA: Sin duda que le han curado
por ensalmo.
TRISTÁN: Cuchillada
que rompió lo mismos sesos,
¿en tan breve tiempo sana?
GARCÍA: ¿Es mucho? Ensalmo sé yo
con que un hombre, en Salamanca,
a quien cortaron a cercen
un brazo con media espalda,
volviéndosela a pegar,
en menos de una semana
quedó tan sano y tan bueno
como primero.
TRISTÁN: ¡Ya escampa!
GARCÍA: Esto no me lo contaron;
yo lo vi mismo.
TRISTÁN: Eso basta.
GARCÍA: ¡De la verdad, por la vida,
no quitaré una palabra!
TRISTÁN: (¡Que ninguno se conozca!) **Aparte**
Señor, mis servicios paga
con enseñarme ese salmo.
GARCÍA: Está en dicciones hebraicas,
y, si no sabes la lengua,
no has de saber pronunciarlas.
TRISTÁN: Y tú, ¿sábesla?
GARCÍA: ¡Qué bueno!
Mejor que la castellana.
Hablo diez lenguas.
TRISTÁN: (Y todas **Aparte**
para mentir no te bastan.
"Cuerpo de verdades lleno"
con razón el tuyo llaman,
pues ninguna sale de él

ni hay mentira que no salga).

Hablan aparte don BELTRÁN y don JUAN

BELTRÁN: ¿Qué decís?

JUAN: Esto es verdad.

Ni caballero ni dama
tiene, si mal no me acuerdo,
de esos nombres Salamanca.

BELTRÁN: (Sin duda que fue invención **Aparte**

de García, cosa es clara.
Disimular me conviene).
Gocéis por edades largas,
con una rica encomienda,
de la cruz de Calatrava.

JUAN: Creed que siempre he de ser
más vuestro cuando más valga.
Y perdonadme, que ahora,
por andar dando las gracias
a esos señores, no os voy
sirviendo hasta vuestra casa.

Vase don JUAN

BELTRÁN: (¡Válgame Dios! ¿Es posible **Aparte**

que a mí no me perdonaran
las costumbres de este mozo?
¿Que aun a mí en mis propias canas,
me mintiese, al mismo tiempo
que riñéndoselo estaba?
¿Y que le creyese yo,
en cosa tan de importancia,
tan presto, habiendo ya oído
de sus engaños la fama?
Mas ¿quién creyera que a mí
me mintiera, cuando estaba
reprehendiéndole eso mismo?
Y ¿qué juez se recelara
que el mismo ladrón le robe,
de cuyo castigo trata?

TRISTÁN: ¿Determinaste a llegar?

GARCÍA: Sí, Tristán.

TRISTÁN: Pues Dios te valga.

GARCÍA: Padre...

BELTRÁN: ¡No me llames padre,
vil! Enemigo me llama,
que no tiene sangre mía
quien no me parece en nada.

Quítate de ante mis ojos,
que, por Dios, si no mirara...
TRISTÁN: ¡El mar está por el cielo;
mejor ocasión aguarda!
BELTRÁN: ¡Cielos! ¿Qué castigo es éste?
¿Es posible que a quien ama
la verdad como yo, un hijo
de condición tan contraria
le diésedes? ¿Es posible
que quien tanto su honor guarda
como yo, engendrarse un hijo
de inclinaciones tan bajas,
y a Gabriel, que honor y vida
daba a mi sangre y mis canas,
llevásedes tan en flor?
Cosas son que, a no mirarlas
como cristiano...
GARCÍA: (¿Qué es esto?) **Aparte**
TRISTÁN: Quítate de aquí! ¿Qué aguardas?
BELTRÁN: Déjanos solos, Tristán.
Pero vuelve, no te vayas;
por ventura, la vergüenza
de que sepas tú su infamia
podrá en él lo que no pudo
el respeto de mis canas.
Y, cuando ni esta vergüenza
le obligue a enmendar sus faltas,
servirále, por lo menos
de castigo el publicallas.
Di, liviano, ¿qué fin llevas?
Loco, di, ¿qué gusto sacas
de mentir tan sin recato?
Y, cuando con todos vayas
tras tu inclinación, ¿conmigo
siquiera no te enfrenaras?
¿Con qué intento el matrimonio
fingiste de Salamanca,
para quitarles también
el crédito a mis palabras?
¿Con qué cara hablaré yo
a los que dije que estabas
con doña Sancha de Herrera
desposado? ¿Con qué cara,
cuando, sabiendo que fue
fingida esta doña Sancha,
por cómplices del embuste,
infamen mis nobles canas?
¿Qué medio tomaré yo
que saque bien esta mancha,
pues, a mejor negociar,

si de mí quiero quitarla,
he de ponerla en mi hijo,
y, diciendo que la causa
fuiste tú, he de ser yo mismo
pregonero de tu infamia?
Si algún cuidado amoroso
te obligó a que me engañaras,
¿qué enemigo te oprimía?
¿Qué puñal te amenazaba,
sino un padre, padre al fin?
Que este nombre solo basta
para saber de qué modo
le enternecieran tus ansias.
¡Un viejo que fue mancebo,
y sabe bien la pujanza
con que en pechos juveniles
prenden amorosas llamas!

GARCÍA: Pues si lo sabes, y entonces
para excusarme bastara,
para que mi error perdones
ahora, padre, me valga.
Parecerme que sería
respetar poco tus canas
no obedecerte, pudiendo,
me obligó a que te engañara.
Error fue, no fue delito;
no fue culpa, fue ignorancia;
la causa, amor; tú, mi padre.
¡Pues tú dices que esto basta!
Y ya que el daño supiste,
escucha la hermosa causa,
porque el mismo dañador
el daño te satisfaga.
Doña Lucrecia, la hija
de don Juan de Luna, es alma
de esta vida, es principal
y heredera de su casa;
y, para hacerme dichoso
con su hermosa mano, falta
sólo que tú lo consientas
y declares que la fama
de ser yo casado tuvo
ese principio, y es falsa.

BELTRÁN: No, no. ¡Jesús! ¡Calla! ¿En otra
habías de meterme? Basta.
Ya, si dices que ésta es luz,
he de pensar que me engañas.

GARCÍA: No, señor; lo que a las obras
se remite, es verdad clara,
y Tristán, de quien te fías,

es testigo de mis ansias.

Dile, Tristán.

TRISTÁN: Sí, señor;

lo que dice es lo que pasa.

BELTRÁN: ¿No te corres de esto? Di.

¿No te avergüenza que hayas
menester que tu criado
acredite lo que hablas?

Ahora bien; yo quiero hablar
a don Juan, y el cielo haga
que te dé a Lucrecia, que eres
tal, que es ella la engañada.

Mas primero he de informarme
en esto de Salamanca,

que ya temo que, en decirme
que me engañaste, me engañas.

Que, aunque la verdad sabía
antes que hablarte llegara,
la has hecho ya sospechosa
tú, con sólo confesarla.

Vase don BELTRÁN

GARCÍA: ¡Bien se ha hecho!

TRISTÁN: ¡Y cómo bien!

que yo pensé que hoy probabas
en ti aquel psalmo hebreo
que brazos cortados sana.

Vanse los dos.

[Sala con vistas a un jardín, en casa de don JUAN de Luna]

Salen don JUAN, viejo, y don SANCHO

JUAN: Parece que la noche ha refrescado.

SANCHO: Señor don Juan de Luna, para el río,
éste es fresco, en mi edad, demasiado.

JUAN: Mejor será que en ese jardín mío
se nos ponga la mesa, y que gocemos
la cena con sazón, templado el frío.

SANCHO: Discreto parecer. Noche tendremos
que dar a Manzanares más templada,
que ofenden la salud estos extremos.

Hacia adentro

JUAN: Gozad de vuestra hermosa convidada
por esta noche en el jardín, Lucrecia.

SANCHA: Veáisla, quiera Dios, bien empleada,
que es un ángel.

JUAN: Demás de que no es necia,
y ser, cual veis, don Sancho, tan hermosa,
menos que la virtud la vida precia.

Sale un CRIADO

CRIADO: Preguntando por vos, don Juan de Sosa
a la puerta llegó y pide licencia.

SANCHO: ¿A tal hora?

JUAN: Será ocasión forzosa.

SANCHO: Entre el señor don Juan.

Vase el CRIADO. Sale don JUAN, galán, con un papel

JUAN de S: A esa presencia,
sin el papel que veis, nunca llegara;
mas ya con él, faltaba la paciencia,
que no quiso el amor que dilatara
la nueva un punto, si alcanzar la gloria
consiste en eso, de mi prenda cara.

Ya el hábito salió; si en la memoria
la palabra tenéis que me habéis dado,
colmaréis, con cumplirla, mi victoria.

SANCHO: Mi fe, señor don Juan, habéis premiado
con no haber esta nueva tan dichosa
por un momento sólo dilatado.

A darlo voy a mi Jacinta hermosa,
y perdonad que, por estar desnuda,
no la mando salir.

Vase don SANCHO

JUAN de L: Por cierta cosa
tuve siempre el vencer, que el cielo ayuda
la verdad más oculta, y premiada
dilación pudo haber, pero no duda.

Salen don GARCÍA, don BELTRÁN, y TRISTÁN por otra puerta

BELTRÁN: Ésta no es ocasión acomodada

de hablarle, que hay visita, y una cosa
tan grave a solas ha de ser tratada.
GARCÍA: Antes nos servirá don Juan de Sosa
en lo de Salamanca por testigo.
BELTRÁN: ¡Que lo hayáis menester! ¡Qué infame cosa!
En tanto que a don Juan de Luna digo
nuestra intención, podréis entretenerlo.
JUAN de L: ¡Amigo don Beltrán!
BELTRÁN: ¡Don Juan, amigo!
JUAN de L: ¿A tales horas tal exceso?
BELTRÁN: En ello
conoceréis que estoy enamorado.
JUAN de L: Dichosa la que pudo merecello.
BELTRÁN: Perdón me habéis de dar; que haber hallado
la puerta abierta, y la amistad que os tengo,
para entrar sin licencia me la han dado.
JUAN de L: Cumplimientos dejad, cuando prevengo
el pecho a la ocasión de esta venida.
BELTRÁN: Quiero deciros, pues, a lo que vengo.

Don GARCÍA habla aparte a don JUAN de Sosa

GARCÍA: Pudo, señor don Juan, ser oprimida
de algún pecho de envidia emponzoñado
verdad tan clara, pero no vencida.
Podéis, por Dios, creer que me ha alegrado
vuestra victoria.
JUAN de S: De quien sois lo creo.
GARCÍA: Del hábito gocéis encomendado,
como vos merecís y yo deseo.
JUAN de L: Es en eso Lucrecia tan dichosa,
que pienso que es soñado el bien que veo.
Con perdón del señor don Juan de Sosa,
oíd una palabra, don Garcia.
Que a Lucrecia queréis por vuestra esposa
me ha dicho don Beltrán.
GARCÍA: El alma mía,
mi dicha, honor y vida está en su mano.
JUAN de L: Yo, desde aquí, por ella os doy la mía;

Danse las manos

que como yo sé en eso lo que gano,
lo sabe ella también, según la he oído
hablar de vos.
GARCÍA: Por bien tan soberano,
los pies, señor don Juan de Luna, os pido.

Salen don SANCHO, JACINTA y LUCRECIA

LUCRECIA: Al fin, tras tanto contrastes,
tu dulce esperanzas logras.

JACINTA: Con que tú logres la tuya
seré del todos dichosa.

JUAN de L: Ella sale con Jacinta
ajena de tanta gloria,
más de calor descompuesta
que aderezada de boda.
Dejad que albricias le pida
de una nueva tan dichosa.

Hablan aparte don GARCÍA y don BELTRÁN

BELTRÁN: Aquí está don Sancho. ¡Mira
en qué vengo a verme agora!

GARCÍA: Yerros causados de amor,
quien es cuerdo los perdona.

A don JUAN, viejo

LUCRECIA: ¿No es casado en Salamanca?

JUAN de L: Fue invención suya engañosa,
procurando que su padre
no le casase con otra.

LUCRECIA: Siendo así, mi voluntad
es la tuya, y soy dichosa.

SANCHO: Llegad, ilustres mancebos,
a vuestras alegres novias;
que dichosas se confiesan
y os aguardan amorosas.

GARCÍA: Agora de mis verdades
darán probanza las obras.

Vanse don GARCÍA y don JUAN de Sosa a JACINTA

JUAN de S: ¿Adónde vais, don García?
Veis allí a Lucrecia hermosa.

GARCÍA: ¿Cómo Lucrecia?

BELTRÁN: ¿Qué es esto?

A JACINTA

GARCÍA: Vos sois mi dueño, señora.

BELTRÁN: ¿Otra tenemos?
GARCÍA: Si el nombre
erré, no erré la persona.
Vos sois a quien yo he pedido,
y vos la que el alma adora.
LUCRECIA: Y este papel engañoso,

Saca un papel

que es de vuestra mano propia,
¿lo que decís no desdice?
BELTRÁN: ¡Que en tal afrenta me pongas!
JUAN de S: Dadme, Jacinta, la mano,
y daréis fin a estas cosas.
SANCHO: Dale la mano a don Juan.

A don JUAN de Sosa

JACINTA: Vuestra soy.
GARCÍA: Perdí mi gloria.
BELTRÁN: ¡Vive Dios, si no recibes
a Lucrecia por esposa,
que te he de quitar la vida!
JUAN de L: La mano os he dado agora
por Lucrecia, y me la disteis;
si vuestra inconstancia loca
os ha mudado tan presto,
yo lavaré mi deshonra
con sangre de vuestras venas.
TRISTÁN: Tú tienes la culpa toda;
que si al principio dijeras
la verdad, ésta es la hora
que de Jacinta gozabas.
Ya no hay remedio, perdona,
y da la mano a Lucrecia,
que también es buena moza.
GARCÍA: La mano doy, pues es fuerza.
TRISTÁN: Y aquí verás cuán dañosa
es la mentira; y verá
el senado que, en la boca
del que mentir acostumbra,
es la verdad sospechosa.

Fin de la comedia

La Paredes Oyen

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Personas que hablan en ella:

- Don MENDO, galán
- Don JUAN, galán
- El DUQUE, galán
- El CONDE, galán
- LEONARDO, criado
- BELTRÁN, gracioso
- Doña ANA, dama viuda
- Doña LUCRECIA, dama
- CELIA, criada
- ORTIZ, escudero
- Otro ESCUDERO
- MARCELO, criado del duque
- FABIO, criado del duque
- Una MUJER
- Cuatro ARRIEROS

ACTO PRIMERO

*Salen don JUAN, vestido llanamente, y
BELTRÁN*

JUAN: Tiéneme desesperado,
Beltrán, la desigualdad,
si no de mi calidad,
de mis partes y mi estado.

 La hermosura de doña Ana,
el cuerpo airoso y gentil
bella emulación de abril,
dulce envidia de Diana,
 mira tú, ¿cómo podrán
dar esperanza al deseo
de un hombre tan pobre y feo
y de mal talle, Beltrán?

BELTRÁN: A un Narciso cortesano,
un humano serafín
resistió un siglo, y al fin
la halló en brazos de un enano,
 y, si las historias creo
y ejemplos de autores graves
--pues, aunque sirviente, sabes
que a ratos escribo y leo--
 me dicen que es ciego Amor,
y sin consejo se inclina;
que la emperatriz Faustina
quiso un feo esgrimidor;
 que mil injustos deseos,
puestos locamente en ella,
cumplió Hípia, noble y bella,
de hombres humildes y feos.

JUAN: Beltrán, ¿para qué refieres
comparaciones tan vanas?
¿No ves que eran más livianas
que bellas esas mujeres,
 y que en doña Ana es locura
esperar igual error,
en quien excede el honor
al milagro de hermosura?

BELTRÁN: ¿No eres don Juan de Mendoza?
Pues doña Ana ¿qué perdiera
cuando la mano te diera?

JUAN: Tan alta fortuna goza,
que nos hace desiguales

la humilde en que yo me veo.
BELTRÁN: Que diste en el punto, creo,
de que proceden tus males.
Si Fortuna en tu humildad
con un soplo te ayudara,
a fe que te aprovechara
la misma desigualdad.
Fortuna acompaña al dios
que amorosas flechas tira;
que en un templo los de Egira
adoraban a los dos.
Sin riqueza ni hermosura
pudieras lograr tu intento;
siglos de merecimiento
trueco a puntos de ventura.
JUAN: Eso mismo me acobarda.
Soy desdichado, Beltrán.
BELTRÁN: Trocar las manos podrán
Fortuna y Amor. Aguarda.
JUAN: Si a don Mendo hace favor,
¿qué esperanza he de tener?
BELTRÁN: En ése echarás de ver
que es todo fortuna amor.
A competencia lo quieren
doña Ana y doña Teodora;
doña Lucrecia lo adora;
todas, al fin, por él mueren.
Jamás el desdén gustó.
JUAN: Es bello y rico el mancebo.
BELTRÁN: ¡Cuánto mejor era Febo!
Y Dafnes lo desdeñó.
Y, cuando no conociera
otro en perfección igual,
aquesto de decir mal
¿es defecto como quiera?
JUAN: Y ¿no es eso murmurar?
BELTRÁN: Esto es decir lo que siento.
JUAN: Lo que siente el pensamiento
no siempre se ha de explicar.
BELTRÁN: Decir...
JUAN: Que calles te digo;
y ten por cosa segura
que tiene, aquél que murmura,
en su lengua su enemigo.
BELTRÁN: Entre tus desconfianzas,
en su casa entrar te veo;
sin duda que el gran deseo
engaña tus esperanzas.
Veste en desierto lugar,
y no cesas de dar voces,

y, aunque tu muerte conoces,
nadas en medio del mar.

JUAN: Lo que en gran tiempo no ha hecho,
hace Amor en solo un día,
venciendo al fin la porfia.

BELTRÁN: Que te sucede sospecho
lo que al tahir, que en perdiendo,
solamente con decir
"¡que no sepa yo gruñir!"
está sin cesar gruñendo.

Tú dices que desesperas;
y, entre el mismo no esperar,
nunca dejas de intentar.
¿Qué más haces cuando esperas?

¿Tú piensas que el esperar
es alguna confección
venida allá del Japón?
El esperar es pensar
que puede al fin suceder
aquello que se desea;
y, quien hace porque sea,
bien piensa que puede ser.

JUAN saca una carta

JUAN: Pues si con esta invención
en su desdén no hay mudanza,
aunque viva mi esperanza
morirá mi pretensión.

BELTRÁN: El mercader marinerero,
con la codicia avarienta,
cada viaje que intenta
dice que será el postrero.

Así tú, cuando imagino
que desengañado estás,
ya con nuevo intento vas
en la mitad del camino.

Mas dime. ¿Qué te ha obligado
a tratar esta invención
para mostrar tu afición
pudiendo, con un criado
de su casa, negociar
lo que tú vienes a hacer?

JUAN: No he de arriesgarme a ofender
a quien pretendo obligar;
que, como es tan delicada
la honra, suele perderse
solamente con saberse
que ha sido solicitada.

Y así, del murmurador
pretendo que esté segura
mi desdicha o mi ventura,
su flaqueza o su valor;
que aun a ti mismo callado
estos intentos hubiera,
si en ti, Beltrán, no tuviera
más amigo que cesado.

BELTRÁN: ¿Toda esta casa, don Juan,
a una mujer aposenta?

JUAN: Seis mil ducados de renta,
¿qué alcázar no ocuparán!

BELTRÁN: Celia es ésta.

Sale CELIA

CELIA: ¿Qué mandáis,
señor don Juan?

JUAN: Celia mía,
besar las manos querría,
si licencia me alcanzáis,
a mi señora doña Ana.

CELIA: Que será imposible entiendo;
porque se está previniendo
para partirse mañana
a una novena en Alcalá.

JUAN: ¿De la corte se desvía
cuando el celebrado día
de San Juan tan cerca está?

CELIA: Para los tristes no hay fiesta.

JUAN: Pues, Celia, verla me importa.
La visita será corta;
sólo le quiero dar ésta
que le ha venido en un pliego,
y me dice quien la envía
que sólo de mí confía
el darla.

CELIA: Yo salgo luego.

Vase CELIA

BELTRÁN: No hay pobre con calidad:
si un villano rico fueras,
a fe que nunca tuvieras
en verla dificultad.

JUAN: Si ella está tan de camino,
que es justa la excusa creo.

BELTRÁN: "Lo que con los ojos veo..."

JUAN: Malicioso desatino.
BELTRÁN: ¿Cuánto va que no la ves?
JUAN: De no alcanzar no se ofende
quien lo difícil emprende.
Mas doña Ana es muy cortés.
BELTRÁN: Y agora ¿qué hemos de hacer?
Que ella se parte a Alcalá.
JUAN: En tanto que ausente está,
aguardar y padecer
BELTRÁN: Bueno fuera acompañarla.
JUAN: Si como quien soy pudiera,
forzoso el hacerlo fuera,
si así entendiese obligarla;
mas ni me ayuda el poder.
ni ella lo agradecería,
por la nota que daría
si se llegase a entender,
BELTRÁN: Ella sale.
JUAN: Di, Beltrán,
que la Aurora bella y clara.

*Salen Doña ANA, viuda, y CELIA, y habla a
CELIA aparte*

ANA: ¡Ay, Celia, y qué mala cara
y mal talle de don Juan!
JUAN: Aunque me dijo, señora,
Celia vuestra ocupación
--Con que fuera más razón
el no estorbaros agora--,

Dale la carta

la importancia contenida
en esta carta que os doy,
me disculpa.
ANA: Nunca estoy,
señor don Juan, impedida
para recibir merced
de tan noble caballero.
JUAN: Vuestro soy. Respuesta espero.
Si sois servida, leed.
ANA: Ser descortés me mandáis.
JUAN: Leed, que importa una vida
que cerca está de perdida
si remedio no le dais.
ANA: Si está su defensa en mí,
la pena y temor dejad.

JUAN: El caso es grave. Mandad
que estemos solos aquí;
que tenemos que tratar,
y el secreto es importante.

ANA: Dejados solos.

BELTRÁN: (Amante **Aparte**
fué el inventor de engañar.)

Vanse BELTRÁN y CELIA

JUAN: Pues contigo solo estoy,
porque mi recato veas,

Va a leer doña ANA, y detiéndela

oye, señora: no leas;
que la carta viva soy.
Que me atreva, no te altere,
pues estoy solo contigo,
y un agravio sin testigo
al punto que nace muere.

Desde que la vez primera
vi la luz de tu arrebol
dos veces la ha dado el sol
a los signos de su esfera.

Como al que el rayo tocó
de Júpiter vengativo,
por gran tiempo muerto, vivo
en un instante quedó;

como aquel que la cabeza
de la Gorgona miraba,
por un peñasco trocaba
la humana naturaleza;
tal en viéndote me veo,
tan absorto y admirado,
que en admirarme ocupado,
no doy lugar al deseo;

que esos divinos despojos
tanta gloria me mostraron,
que al punto me arrebataron
toda el alma por los ojos.

ANA: Tened, don Juan. Eso ¿para
todo en que amor me tenéis?

JUAN: No, porque ya lo sabéis,
y en vano el tiempo gastara.

ANA: ¿En que os morís?

JUAN: No, señora,
pues ni en morir parará;

que en el alma vivirá
el amor que os tengo agora.

ANA: ¿Pára en pedirme que os quiera?

JUAN: Ni llega, señora, ahí,
que no hay méritos en mí
para que a tal me atreviera.

ANA: Pues decid lo que queréis.

JUAN: Quiero... Sólo sé que os quiero,
y que remedio no espero,
viendo lo que merecéis.

Como el mísero doliente,
en el lecho fatigado,
a cualquier parte inclinado
los mismos dolores siente.

y, por huir del tormento,
que en cada lado es mayor,
busca alivio a su dolor
en el mismo movimiento.

Así yo con mi cuidado
vengo a vos, dueño querido,
no de esperanza inducido,
sino de dolor forjado,

por no morir con callarlo,
no por sanar con decirlo;
que es imposible el sufrirlo
como lo es el remediarlo.

Y así, no os ha de ofender
que me atreva a declarar,
pues va junto el confesar
que no os puedo merecer.

ANA: ¿Queréis más?

JUAN: ¿Qué más que a vos?
Si entender queréis mi estado,
en que os quiero está cifrado.

ANA: Pues, señor don Juan, adiós.

JUAN: Tened. ¿No me respondéis?
¿De esta suerte me dejáis?

ANA: ¿No habéis dicho que me amáis?

JUAN: Yo lo he dicho, y vos lo veis.

ANA: ¿No decís que vuestro intento
no es pedirme que yo os quiera,
porque atrevimiento fuera?

JUAN: Así lo he dicho y lo siento.

ANA: ¿No decís que no tenéis
esperanza de ablandarme?

JUAN: Yo lo he dicho.

ANA: ¿Y que igualarme
en méritos no podéis,
vuestra lengua no afirmó?

JUAN: Yo lo he dicho de ese modo.

ANA: Pues, si vos lo decís todo,
¿qué queréis que os diga yo?

Vase doña ANA

JUAN: ¡Oh! venga la muerte, acabe
con vida tan desdichada,
que sólo puede su espada
remediar pena tan grave.
 ¿Qué delito cometí
en quererte, ingrata fiera?
¡Quiera Dios!... Pero no quiera;
que te quiero más que a mí.

Salen CELIA y BELTRÁN

CELIA: ¡Ah, desdichado don Juan!
BELTRÁN: Ayúdale.
CELIA: ¡A Dios pluguiera
que mi voluntad valiera!

Vase CELIA

BELTRÁN: Pues, ¿qué tenemos?
JUAN: Beltrán,
 la verdad huyo; a la esperanza
 pido engaños que alimenten mi deseo;
 eternos contra mí imposibles veo;
 nado en un golfo, ni de un leño asido.
 Con el vuelo de amor más atrevido,
 no subo un paso; y aunque más peleo,
 al fin vencido soy de lo que creo,
 vencedor sólo en lo que soy vencido.
 Así, desesperado victorioso,
 niego al deseo engaños, y a la gloria
 más vivo anhela, si su muerte sigo.
 ¡Triste, donde es el no esperar forzoso,
 donde el desesperar es la vitoria,
 donde el vencer da fuerza al enemigo!

BELTRÁN: ¡Triste, donde es forzoso andar contigo,
donde hallar qué comer es gran vitoria,
donde el cenar es siempre de memoria!

*Vanse don JUAN y BELTRÁN. Salen el CONDE,
don MENDO y ORTIZ, escudero*

MENDO: A mi señora Lucrecia
dad, Ortiz, ese papel.

Dale un papel a ORTIZ

ORTIZ: Guárdeos Dios.

Vase ORTIZ

MENDO: Cosa crüel.
Conde, es una mujer necia.

CONDE: ¿Cómo?

MENDO: Con celos y amor
sale Lucrecia de sí.

CONDE: ¿Con causa don Mendo?

MENDO: Sí;
mas tanto el yerro es mayor.
Si por doña Ana estoy ciego.
ella ¿qué ha de remediar
con reñir y con celar,
sino añadir fuerza al fuego?

CONDE: (¡Quieran, Lucrecia, los cielos **Aparte**
que te mude esta mudanza,
y a mi perdida esperanza
abran la puerta tus celos!)
Y vos ¿qué le respondéis?

MENDO: Nunca el negar hizo daño.

CONDE: Mejor fuera el desengaño,
si en otra parte queréis.

MENDO: Dañarme, Conde, podría;
que su amor causó en mi pecho
terrible incendio, y sospecho
que hay centellas todavía.
Y quien antiguo cuidado
arraigado al alma tiene,
ha de obligar el que viene
sin despedir el pasado;
que mil veces se agradó
de la novedad Cupido,
y vuelve a buscar, rendido,
lo que arrogante dejó.

CONDE: Avariento sois de amor.

MENDO: Más el de doña Ana estimo.

CONDE: Y ella ¿os quiere?

MENDO: Pienso, primo,
que merezco su favor.

CONDE: ¿Que hay de Teodora?

MENDO: Quería
que yo fuese su marido,
como si hubieran nacido

mis abuelos en Turquía.

CONDE: Sin ser loca, yo no creo
que ninguna mujer pida
la esclavitud de una vida
por la muerte de un deseo.

MENDO: Pues ya, después que mi amor
sacó pies amedrentado,
en ella crece el cuidado
y, al paso de él, mi rigor.
Ya, sin esa condición,
estimara mis favores.

CONDE: Dichoso sois en amores.

MENDO: En el signo de León,
Marte y Venus concurrieron
de mi nacimiento el día;
y, si hay cierta astrología,
ellos amable me hicieron.

Mas, adiós primo, que es tarde
y a doña Ana quiero ver;
que hoy su sol se va a poner
en Alcalá.

CONDE: Dios os guarde.

Vase el CONDE. Sale LEONARDO

LEONARDO: El coche a la puerta está;
que ya se parte imagino.

MENDO: Tenme el coche de camino
a la puerta de Alcalá.

Parta al punto el repostero
y encárgales, por mi vida,
que esté a punto la comida
en la venta de Vivero.

Haz cómo doña Ana vea
en mi prevención mi amor.

LEONARDO: Toda tu gente, señor,
su vida en tu gusto emplea.

Vanse don MENDO y LEONARDO. Salen doña ANA, de camino, y CELIA

ANA: ¿De qué vas triste? ¿De qué
lo van todas mis doncellas?
Habla, dime sus querellas.

CELIA: Señora, verdad diré,
pues obligación me pones.
Tienen tus criadas todas
en la esperanza sus bodas

y en la corte sus pasiones;
y, como de aquí a seis días
es la noche de San Juan
--cuando los amantes dan
indicios de sus porfías--
sienten el ver que esa noche
en la corte no han de estar.

ANA: Pues pierdan, Celia, el pesar;
que, por la posta, en un coche
conmigo entonces vendrán.
Porque se alegre mi gente
gozaré secretamente
de la noche de San Juan,
y volveréme a la aurora
a proseguir mis novenas.

CELIA: Alivie el cielo tus penas.
Mas ¿no era mejor, señora,
dilatar esta partida?

ANA: Si sabes que estoy muriendo
por dar la mano a don Mendo,
y no hay cosa que lo impida
sino el cumplir las novenas
que a San Diego prometí,
¿dilataré, estando así,
el remedio de mis penas?

Con esta trata que doy
ninguna queda quejosa.

CELIA: Hágate el cielo dichosa.
A darles la nueva voy.

ANA: Encárgales, por mi vida,
el secreto.

CELIA: Así lo haré.
Don Mendo viene.

Vase CELIA

ANA: Tendré
buen agüero en la partida.

Sale don MENDO, de color

MENDO: Los campos de Alcalá, bella señora,
desdeñan los favores del verano,
y de la fértil Flora
no solicitan ya la diestra mano,
después que primaveras les reparte
la dichosa esperanza de mirarte.

Los arroyos--que esperan ser espejos
en quien de esos dos soles celestiales
se miren los reflejos
transforman sus corrientes en cristales;
y el agua, en cambio de besarlos, grata
hace a tus blancos pies puente de plata.

Al nuevo sol que nace agradecidas,
en verdes ramos las cantoras aves,
a coros divididas,
dando a los vientos músicas süaves,
para explicar la gloria de este día
articular intentan su armonía.

Parte ¡o feliz! que el céfiro süave
lisonjear pretende codicioso
la rodadora nave,
de nueva Europa Júpiter dichoso,
por quien, en Indias vuelto Manzanares,
España de sus glorias hace a Henares.

Parte ¡o primero móvil adorado!,
de quien siguiendo voy el movimiento,
si bien arrebatado
--pues tras mi centro corro--, no violento,
que yo, si lo merezco, gloria mía,
voy a ser el lucero de ese día.

ANA: Los campos de esperanza matizados,
la consonancia dulce de las aves,
los cristales cuajados,
las lisonjas del céfiro süaves,
en nada estimo; y estimara sólo
llevar por mi lucero al mismo Apolo.

Mas, cuando el corazón lo solicita,
forzosa acción de amor correspondiente,
ni el honor acredita,
ni el estado que tengo lo consiente.

MENDO: Es imán de mis ojos tu presencia.

ANA: Justo efecto de Amor es la obediencia.

MENDO: ¿Sin ti quieres dejarme?

ANA: Yo, don Mendo,
parto sin ti.

MENDO: ¿Qué mucho? Vas helada
cuando yo quedo ardiendo.

ANA: ¡Segura fuese yo, como abrasada!

MENDO: No me apartes de ti si desconfías.

ANA: Vive el recato entre las ansias mías.

MENDO: ¿No me llamas tu dueño?

ANA: Y de mis ojos,
cierta lengua del alma, lo has sabido.

MENDO: ¿De quién temes enojos,
cuando te adoro yo, de ti querido?

ANA: Hasta el "sí" conyugal temo mudanza;

que no hay dentro del mar cierta bonanza.

En tanto que a mis deudos comunico
la dichosa elección de vuestra mano,
y devota suplico
en Alcalá a su dueño soberano
que lleve a fin feliz mi intento nuevo,
y las novenas pago que le debo,
puede mudarse vuestro amor ardiente
y quedar mi opinión en opiniones
del vulgo maldiciente,
que a lo peor aplica las acciones.

MENDO: ¿Mudarme yo?

ANA: Temores son de amante.

MENDO: Más parecen cautelas de inconstante.

Si ya nuevo cuidado te fatiga,
el fingido recato, ¿qué pretende?
Declárate, enemiga.
No el desengaño, la mudanza ofende.
Vete segura. Ocuparé entre tanto
el alma en celos y la vida en llanto.

ANA: Ofendes mi lealtad si desconfías;
mas porque de tu error te desengañes,
pon secretas espías,
prueba mi fe, como mi honor no dañes.

MENDO: Confianza tendré, mas no paciencia,
contra el rigor, señora, de tu ausencia.

Sale CELIA

CELIA: Doña Lucrecia, señora,
viene a visitarte.

ANA: ¿Quién?

CELIA: Tu prima.

MENDO: (A impedir mi bien **Aparte**
la trae mi desdicha agora.)

Sale doña LUCRECIA, con manto, y ORTIZ

LUCRECIA: No quise, prima, dejar
de verte en esta partida.

ANA: Ni yo, Lucrecia querida,
me partiera sin pasar
por tu casa, porque el ver
al pasar tu rostro hermoso,
fuese presagio dichoso
del viaje que he de hacer.

Doña LUCRECIA habla aparte a don MENDO

LUCRECIA: Niégame agora, traidor,
las verdades que estoy viendo.
ANA: ¿Qué le dices a don Mendo?
LUCRECIA: Del vestido de color
le pregunto la ocasión;
porque de irte a acompañar
lo indicia el tiempo y lugar,
y fuera galante acción.
ANA: Tan alto merecimiento
con mi humildad no conviene,
y, más que lisonja, tiene
malicia ese pensamiento.
Mas, si conmigo partiera,
de parecer, prima, soy,
que, pues yo de negro voy,
de color no se vistiera.
CELIA: Ya bien te puedes partir,
que los coches han venido.
ANA: Que no me olvides te pido.
LUCRECIA: Por puntos te he de escribir.
ANA: Adiós, don Mendo.
MENDO: Señora,
en el coche os dejaré.
ANA: Si alguno en la calle os ve,
sospechará lo que agora
ha sospechado mi prima.
Quedaos y salid después.
MENDO: Yo obedezco, y vuestros pies
sigue el alma que os estima.

***Vanse doña ANA y CELIA. Saca un papel
LUCRECIA y muéstraselo a Don MENDO***

LUCRECIA: ¿Conoces este papel?
MENDO: Yo, Lucrecia, lo escribí.
LUCRECIA: Junta lo que has hecho aquí
con lo que dices en él.
Traidor, fingido, embustero,
engañoso, ¿a ti te dan
apellido de Guzmán
y nombre de caballero?
¿Qué sangre puede tener
quien tiene pecho traidor?
¿Es hazaña de valor
engañar una mujer?
MENDO: Oye, señora...
LUCRECIA: No muevas

esos fementidos labios;
que intentas nuevos agravios
con satisfacciones nuevas.

MENDO: Pues ¿qué quieres? ¿Condenarme,
sin oír satisfacción,
por sola una presunción?

LUCRECIA: ¿Qué disculpa puedes darme?
¿Presunción llamas, traidor,
esta tan clara probanza
de mi agravio y tu mudanza?

MENDO: En lo que fundas mi error
fundo la satisfacción.

¿No te dijo de mi parte
tu escudero, que de hablarte
deseaba una ocasión,

donde el descargo sabrías
del recelo que te abrasa?

Tuve aviso de tu casa
que a ver tu prima salías,
y vine a esperarte aquí,

y adelantéme en llegar,
por no dar que sospechar
viéndome venir tras ti.

¡Mira por qué me condenas!

LUCRECIA: ¿De modo que te disculpas
multiplicando tus culpas
y acrecentando mis penas?

Causa doña Ana mi daño,
¡y con hallarte con ella
das remedio a mi querella!

MENDO: Porque fuese el desengaño
en su presencia más fuerte.

LUCRECIA: ¿Qué desengaño me diste?

MENDO: Como tu pena encubriste,
no quise, hablando, ofenderte;
mas ten cierta confianza,
para asegurar tus celos,
que en el orden de los cielos,
antes que en mí, habrá mudanza.

Tuyo soy.

LUCRECIA: Las obras creo.

MENDO: Presto, con la voluntad
de tu padre, su verdad
te mostrará mi deseo.

Sale el CONDE

CONDE: (¿Dónde hay con celos cordura?) **Aparte**
¡Lucrecia hermosa! ¡Don Mendo!

MENDO: Conde, que venís entiendo
traído de mi ventura;
que Lucrecia ha de saber
de vos lo que hablamos hoy
de su amor.

CONDE: Testigo soy.

MENDO: Eso a solas ha de ser;
que pensará que os obligo
con mi presencia a abonarme.

Vase don MENDO

LUCRECIA. (¡Tú dejas, para informarme **Aparte**
en tu favor, buen testigo!)

CONDE: ¿He de decir la verdad?

LUCRECIA: Para eso quedas aquí.

CONDE: Pues escúchala de mí,
pague o no mi lealtad.
Y por prevenir el daño,
si acaso no me creyeres,
ten secreto lo que oyeres
y averigua si es engaño.
Que, pues me dijo don Mendo
que cuente lo que hoy pasó,
cumpliendo lo que él mandó,
nadie dirá que le ofendo;
que, aunque su intento haya sido
que use contigo de engaño,
no debo para mi daño
darme yo por entendido.

Dando hoy para ti un papel
don Mendo a Ortiz, tu criado,
desdeñoso y enfadado,
me dijo, "¡Cosa crüel,

Conde, es una mujer necia;
Después que a doña Ana di
en servir, sale de sí
de amor y celos Lucrecia."

Yo le dije, "¿No es mejor
no engañarla?" Y respondió,
"Mil veces lo que dejó
volvió a desear amor,

Y este caso previniendo,
nada pierdo en conservalla."

LUCRECIA: ¿Qué enredos inventas? Calla.

¿Tal pudo decir don Mendo?

¿Que tu afición agradezca
quieres así disponer?

¿Piensas que te he de querer

aunque a don Mendo aborrezca?

CONDE: Oye.

LUCRECIA: No me digas nada.

CONDE: Averígualo advertida,
y dame pena ofendida,
o premio desengañada.

Y, si por amarte yo,
duda en mi verdad has puesto,
sírivate de indicio aquesto,
ya que de probanza no.

Él va tras ella a Alcalá,
y no es éste mal testigo
del desengaño que digo.
Despacha tú quien allá,
con cuidado y sin pasión,
secretamente lo siga;
y, si mi verdad te obliga,
premia un leal corazón;
que será culpable error
que prefiera tu cuidado
un engaño averiguado
a un averiguado amor.

LUCRECIA: La verdad diciendo estás,
que si negándola estoy,
no es que crédito no doy,
sino que pena me das.

¡Ah, falso! ¡Ah, mal caballero!
¡Plega a Dios que, en igual grado
amante y desengañado,
pruebes el mal de que muero!

¡Pluguiera a Dios, conde mío,
pudiera, en esta ocasión,
mudarse la inclinación
al paso del albedrío!

Mas vive cierto, señor,
que, si me has dicho verdad,
te dará mi voluntad
lo que te niega mi amor.

CONDE: Yo lo estimo de esa suerte.

LUCRECIA: Tanto más me deberás
cuanto me forzare más,
conde, por corresponderte.

*Vanse doña LUCRECIA y el CONDE. Salen don JUAN y
BELTRÁN, de noche*

BELTRÁN: El duque Urbino esta noche
bien pudiera perdonarte.

JUAN: ¿Qué puede querer?

BELTRÁN: Llevarte
querrá consigo en el coche,

amarrado a un duro banco,
sin poderte entretener,
cuando el decir y el hacer
anda por las calles franco.

Que, noche de San Juan, hallo,
si un peón sabe embestir,
que suele solo rendir
más que treinta de a caballo;
que hay mujer que, en el engaño
que en esta noche previene,
librados los gustos tiene
de los deseos de un año.

Cuál llega al poblado coche
de angélica jerarquía,
y, siendo paje de día,
pasa por marqués de noche;
cuál sin pensar se acomoda
con la viuda disfrazada,
que, entre galas de casada,
hurta los gustos de boda;
cuál encuentra y desbarata
una sarta de doncellas,
de quien son las manos bellas
engasaduras de plata;
cuál se llega a las que van
brindando los retozones,
y trueca a mil refregones
un pellizco que le dan.

JUAN: Quien los encuentros enseña,
encuentre con un azar.

BELTRÁN: ¿Es el azar encontrar
una mujer pedigüeña?
Si ése temes, en tu vida
en poblado vivirás,
porque ¿dónde encontrarás
hombre o mujer que no pida?

Cuando dar gritos oyeres,
diciendo, "Lienzo" a un lencero,
te dice, "Dame dinero,
si de mi lienzo quisieras."

El mercader claramente
diciendo está sin hablar,
"Dame dinero, y llevar
podrás lo que te contente."

Todos, según imagino,
piden, que para vivir,
es fuerza dar y pedir
cada uno por su camino.

Con la cruz el sacristán,
con los responsos el cura,

el monstruo con su figura,
con su cuerpo el ganapán;
el alguacil con la vara,
con la pluma el escribano,
el oficial con la mano
y la mujer con la cara.

Y ésta, que a todos excede,
con más razón pedirá,
pues que más que todos da,
y menos que todos puede.

Y el miserable que el dar
tuviere por pesadumbre
--ellas piden por costumbre--
hago costumbre en negar;
que tanto, desde que nacen,
el pedir usado está,
que pienso que piden ya
sin saber lo que se hacen.

Y así, es fácil el negar;
porque se puede inferir
que quien pide sin sentir,
no sentirá no alcanzar.

JUAN: Aunque más razones halles,
no has de quitarme el temor,
Beltrán; que el azar mayor
es el no tener que dalles;
y más si la que he adorado
se dignase de mis dones.

BELTRÁN: ¿Aún te duran tus pasiones?

JUAN: Ardo más, más desdeñado.

BELTRÁN: Éste es el duque.

Salen el DUQUE y don MENDO, de noche

DUQUE: ¡Don Juan!

JUAN: Déme los pies vueselencia.

DUQUE: Ya acusaba vuestra ausencia.

JUAN: Si don Mendo de Guzmán,

Apolo de discreción,
acompañándoos está,
señor, ¿qué falta os hará
el que en su comparación
luz de una estrella no envía?

MENDO: Merced recibo de vos.

DUQUE: La amistad de entre los dos
extraña la cortesía.

JUAN: Decidme, pues, el intento
con que hemos sido llamados.

MENDO: Aquí tenéis dos criados.

DUQUE: Dadme, pues, oído atento.

Hombre que a la corte viene
recién heredado y mozo
--pájaro que estrena el viento
nave que se arroja al golfo--
que a los ojos de su rey
y a los populares ojos,
ni debe mostrar flaqueza
ni puede esconder el rostro,
ha de regir sus acciones
por los expertos pilotos,
obligados, por parientes;
por amigos, cuidadosos
con esta ley os obligo,
y con esta fe os escojo
capitanes veteranos
de este soldado bisoño.
Acompañadme los dos,
advertidme lo que ignoro,
decidme el nombre, el estado
y la calidad de todos;
y en lo de las cortesías
principal cuidado os pongo,
advirtiéndome que con nadie
pretendo pecar de corto;
que el señor siempre es señor,
como Apolo siempre Apolo,
aunque en lugares indignos
entren sus rayos hermosos.
Lengua honrosa, noble pecho,
fácil gorra, humano rostro,
son voluntarias Argeles
de la libertad de todos.
Enseñadme los bajíos
en que tocar suelen otros;
cuál es Acates fiel,
y cuál Sinón cauteloso;
Ya del dulce lisonjero
el veneno en vaso de oro,
ya la canora sirena,
porque me defienda sordo.
Al fin, los dos sois el hilo;
la corte, el cretense monstruo.
Por mi corren mis aciertos,
y mis yerros por vosotros.

MENDO: Yo confieso que es muy débil
para ese cielo este polo;
mas suplirán mis deseos
el defecto de mis hombros.

JUAN: De no ser un Quinto Fabio
hoy con mi suerte me enojo;
mas el que soy, obediente
a serviros me dispongo.

DUQUE: Con eso, en nombre de Dios,
seguro a la mar me arrojo.
Vamos andando las calles
mientras pregunto y me informo.

MENDO: Ésta es la calle Mayor.

JUAN: Las Indias de nuestro polo.

MENDO: Si hay Indias de empobrecer,
yo también Indias la nombro.

JUAN: Es gran tercera de gustos.

MENDO: Y gran cosaria de tontos.

JUAN: Aquí compran las mujeres.

MENDO: Y nos venden a nosotros.

DUQUE: ¿Quién habita en estas casas?

JUAN: Don Lope de Lara, un mozo
muy rico, pero más noble.

MENDO: Y menos noble que tonto.

Hacen dentro ruido de bailar

DUQUE: Tened, que bailan allí.

JUAN: San Juan es fiesta, de todos.

MENDO: Yo aseguro que van éstos
más alegres que devotos.

DUQUE: ¿Quién vive aquí?

JUAN: Una viuda,
muy honrada y de buen rostro.

MENDO: Casta es la que no es rogada;
alegres tiene los ojos.

BELTRÁN: (¡Bien haya tan buena lengua; **Aparte**
¡Vive Cristo, que es un Momo!)

JUAN: Esta imagen puso aquí
un extranjero devoto.

MENDO: Y, entre aquestas devociones,
no le sabe mal un logro.

JUAN: Un regidor de esta villa
hizo este hospital famoso.

MENDO: Y primero hizo los pobres.

BELTRÁN: (Por Dios, que lo arrasa todo.) **Aparte**

Salen doña ANA y CELIA a la ventana

ANA: Hoy hace, Celia, tres años
que mi esposo, con sus días,
dió fin a mis alegrías

- y dió principio a mis daños.
- CELIA: Si de Alcalá te veniste
sólo a gozar la alegría
que Madrid hace este día,
¿por qué quieres estar triste?
¿Por qué con esta memoria
tan injusta guerra mueves
contra el contento que debes
a noche de tanta gloria?
Ya que tu luto funesto
te impide salir de casa
hoy, que los límites pasa
el estado más honesto,
y estar quieres encerrada
noche que el uso permite
que los altares visite
la doncella más honrada;
con quien pasa, tus enojos
divierte, señora mía,
y niegue esta celosía
lo que conceden tus ojos.
Las doce han dado, señora.
Oye del segundo esposo
el pronóstico dichoso.
- ANA: A don Mendo el alma adora.
- MENDO: Don Juan de Mendoza...
- ANA: ¡Ay, Dios!
¿Don Mendo no es el que habló?
- CELIA: Sí, mas a don Juan nombró.
- ANA: ¿Quién duda que de los dos
es don Mendo de Guzmán
pronóstico para mí?
Pues antes su voz oí
que no el nombre de don Juan.
- CELIA: Mas ¿qué fuera que ordenara
el destino soberano
que tu blanca hermosa mano
para don Juan se guardara?
- ANA: Calla, necia. ¿Quién pensó
tan notable desatino?
¿Qué importará que el destino
quiera, si no quiero yo?
Del cielo es la inclinación:
el sí o el no todo es mío;
que el hado en el albedrío
no tiene jurisdicción.
¿Cómo puedo yo querer
hombre cuya cara y talle
me enfada sólo en miralle?
- CELIA: El amor lo puede hacer.

- ANA: Sólo quitará el morirme,
Celia, a don Mendo mi mano;
que está el plazo muy cercano
y mi voluntad muy firme.
- DUQUE: ¿Cúyos son estos balcones?
- JUAN: De doña Ana de Contreras.
El sol, por sus vidrieras,
suele abrasar corazones.
- ANA: Escucha, que hablan de mí.
- DUQUE: ¿Es la viuda de Siqueo?
- JUAN: La misma.
- DUQUE: Verla deseo.
- MENDO: Pues agora no está aquí.
(Ni yo en mí, que estoy sin ella.) **Aparte**
- DUQUE: ¿Dónde fué?
- MENDO: Velando está
a San Diego en Alcalá.
- DUQUE: La fama dice que es bella.
- JUAN: Pues por imposible siento
que en algo la haya igualado
el dibujo que ha formado
la fama en tu pensamiento;
que en belleza y bizarría,
en virtud y discreción,
vence a la imaginación,
si vence a la noche el día.
- MENDO: (¡Plega a Dios que esta alabanza **Aparte**
no engendre en el Duque amor,
que con tal competidor
mal vivirá mi esperanza.
Yo quiero decir mal de ella
por quitar la fuerza al fuego.)
Ciego sois, o Yo soy ciego,
o la viuda no es tan bella.
Ella tiene el cerca feo,
si el lejos os ha agradado;
que yo estoy desengañado,
porque en su casa la veo.
- DUQUE: ¿Visitáisla?
- MENDO: Por pariente,
alguna vez la visito;
que si no, fuera delito,
según es impertinente.
- ANA: (¡Ha, traidor!) **Aparte**
- MENDO: Si el labio mueve
su mediano entendimiento,
helado queda su aliento
entre palabras de nieve.

BELTRÁN habla aparte con don JUAN

BELTRÁN: ¡Ya escampa!
JUAN: ¿Que trate así
un caballero a quien ama?
BELTRÁN: Esto dice de su dama.
¡Mira qué dirá de ti!
MENDO: Pues la edad no sufre engaños,
aunque la tez resplandece.

Hablan aparte doña ANA y CELIA

ANA: ¡Ah, falso! ¿Qué te parece?
Aun no perdona mis años.
MENDO: Mil botes son el Jordán
con que se remoja y lava.

Hablan aparte el DUQUE y don MENDO

DUQUE: Pues ¿cómo don Juan la alaba?
MENDO: Para entre los dos, don Juan
es un buen hombre; y si digo
que tiene poco de sabio,
puedo, sin hacerle agravio.
Vuestro deudo es y mi amigo;
mas esto no es murmurar.
JUAN: ¡Que queráis poner defeto
en tan hermoso sujeto!
MENDO: En la rosa suele estar
oculta la aguda espina.
JUAN: Ellos son gustos, y al mío,
o del todo desvarío,
o esta mujer es divina.
MENDO: Poco sabéis de mujeres.
JUAN: Veréisla, duque, algún día,
y acabará esta porfía
de encontrados pareceres.
MENDO: (Don Juan me quiere matar, **Aparte**
y aquello mismo que he hecho
para sosegar el pecho
del duque, me ha de dañar.)
CELIA: ¿Qué te parece?
ANA: Estoy loca.
CELIA: ¿A este hombre tienes amor?
ANA: El pecho abrasa el furor.
Fuego arrojo por la boca.
¿Posible es que tal oí?
Vil, ¿a quien te quiere infamas

¿Así tratas a quien amas?
CELIA: No ama quien habla así.
Él te engaña.

ANA: Claro está.
Di que me traigan un coche.
Volvamos, Celia, esta noche
a amanecer a Alcalá,
que lo que agora escuché,
castigo del cielo ha sido
por haber interrumpido
las novenas que empecé.

CELIA: Antes este desengaño
le debes a esta venida.

ANA: Si con él pierdo la vida,
mejor me estaba el engaño.

*Vanse doña ANA y CELIA. Hacen dentro ruido
de cuchilladas*

MENDO: Allí suenan cuchilladas.
DUQUE: Estas damas, de mi voto,
sigamos.

Vase el DUQUE

MENDO: Es más devoto
de mujeres que de espadas.

Vase don MENDO

JUAN: Y así al más amigo abona;
para que advertido estés.

BELTRÁN: Su lengua, en efeto, es
la que a nadie no perdona.

Vanse don JUAN y BELTRÁN

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen el DUQUE, don JUAN y BELTRÁN, todos de color

DUQUE: ¿Cómo los toros dejáis?

JUAN: Viéndome sin vos en ellos,
 estaba de los cabellos.

 ¿Del juego, cómo quedáis?

 Que era robado el partido.

DUQUE: Cogieronme de picado.
 He perdido, y me he cansado.

JUAN: Mil cosas habéis perdido:
 el descanso, y el dinero
 y los toros.

BELTRÁN: ¡Que haya juicio
 que del cansancio haga vicio,
 y tras un hinchado cuero,
 que el mundo llama pelota,
 corra ansioso y afanado!
 ¡Cuánto mejor es, sentado,
 buscar los pies a una sota
 que moler piernas y brazos!
 Si el cuero fuera de vino,
 aun no fuera desatino
 sacarle el alma a porrazos.

 Pero, ¡perder el aliento
 con una y otra mudanza,
 y alcanzar, cuando se alcanza,
 un cuero lleno de viento,
 y cuando, una pierna rota,
 brama un pobre jugador,
 ver, al compás del dolor,
 ir brincando la pelota!

JUAN: El brazo queda gustoso,
 si bien la pelota dio.

BELTRÁN: Séneca la comparó
 al vano presuntuoso;
 y esa semejanza ha dado
 sin duda al juego sabor,
 porque no hay gusto mayor
 que apalear un hinchado.
 mas, si miras el contento
 de un jugador de pelota,
 y un cazador, que alborota
 con halcón la cuerva al viento,
 ¿por dicha tendrás la risa
 viendo que a presa tan corta

que, vencida, nada importa,
corre un hombre tan de prisa,
que apenas tocan la hierba
los caballos voladores?
¡Válgaos Dios por catadores
¿Qué os hizo esa pobre cuerva?

DUQUE: De la guerra has de pensar
que es la caza semejanza,
y así el ardid, la asechanza
el seguir y el alcanzar
es gustoso pasatiempo.

BELTRÁN: ¿Mil contra una cuerva? Sí,
bien dices; que son así
las pendencias de este tiempo.

JUAN: Beltrán, satírico estás.

BELTRÁN: ¿En qué discreto, señor,
no predomina ese humor?

JUAN: *Como matas morirás.*

BELTRÁN: En Madrid estuve yo
en corro de tal tijera,
que la pegaba cualquiera
al padre que lo engendró;
y, si alguno se partía
del corro, los que quedaban
mucho peor de él hablaban
que él de otros hablado había.

Yo, que conocí sus modos,
a sus lenguas tuve miedo,
y--¿qué hago?--estoime quedo
hasta que se fueron todos.

Pero no me valió el arte;
que, ausentándose de allí,
sólo a murmurar de mí
hicieron un corro aparte.

Si el maldiciente mirara
este solo inconveniente,
¿hallárase un maldiciente
por un ojo de la cara?

JUAN: ¿Fuera por eso peor?

BELTRÁN: Espántome que eso ignores.

Más que cien predicadores
importa un murmurador.

Yo sé quién ni con sermones,
ni cuaresmas, ni consejos
de amigos sabios y viejos,
puso freno a sus pasiones,
ni sus costumbres redujo
en gran tiempo; y solamente
de temor de un maldiciente,
vive ya como un cartujo.

DUQUE: Digo que tenéis, don Juan,
entretenido criado.

JUAN: Es agudo, y ha estudiado
algunos años Beltrán.

DUQUE: ¿Qué hay de doña Ana?

JUAN: Esta noche
parte, sin duda, a Madrid.

DUQUE: Nuestra invención prevenid.

JUAN: Ella, Duque, va en su coche;
su gente, en uno alquilado.

DUQUE: Bien nos viene.

JUAN: Así lo espero.

DUQUE: ¿Apercibióse el cochero?

JUAN: Ya, señor, lo he concertado.

DUQUE: ¿Y está en los toros doña Ana?

JUAN: No la he visto; pero sé
que, cuando en ellos esté,
ni en andamio ni en ventana
de suerte estará que pueda
ser de nadie conocida;
que no por fiestas olvida
obligaciones que hereda.

DUQUE: ¿Cuántos toros vistes?

JUAN: Tres,
y entró don Mendo al tercero,
despreciando en un overo
al amor y al interés.
Salió con verde librea,
robando así corazones,
que aun el toro a sus rejones
con su muerte lisonjea.

DUQUE: ¿Tan bueno anduvo el Guzmán?

JUAN: En todo es hombre excelente
don Mendo.

DUQUE: (¡Cuán diferente **Aparte**
suele hablar él de don Juan!)
Cansado estoy.

JUAN: Reposar
podéis, señor, entre tanto
que da Tetis con su manto
a nuestra invención lugar.

DUQUE: Que a su tiempo me despiertes,
te encargo.

Vase el DUQUE

JUAN: Tendré cuidado.

BELTRÁN: ¿Por qué, señor, no has pintado
caballos, toros y suertes?

Que con eso, y con tratar
mal a los calvos, hicieras
comedias, con que pudieras
tu pobreza remediar.

A que te cuenten me obligo,
seiscientos por cada una.

JUAN: Pues supongamos que en una
eso que me adviertes digo.

En otra, ¿qué he de decir?
Que a un poeta le está mal
no variar; que el caudal
se muestra en no repetir.

BELTRÁN: Para dar desconocidos
estos platos duplicados,
dar aquí calvos asados,
y acullá calvos cocidos.

Pero, señor, a las veras
vuelva la conversación.
¿No me dirás la intención
que llevan estas quimeras?

¿Para qué se han prevenido
los dos capotes groseros?

¿Qué es esto de los cocheros?

JUAN: Escucha. Irás advertido.

Desde aquella alegre noche
que al gran Precursor el suelo
celebra por alba hermosa
del Sol de Justicia eterno,
de la encontrada porfía
en que me opuso don Mendo,
a mil gracias que conté
de doña Ana, mil defetos,
en el corazón del duque
nació un curioso deseo
de cometer a sus ojos
la definición del pleito.
A don Mendo le explicó
el Duque este pensamiento,
y para ver a doña Ana,
quiso que él fuese el tercero.
Él se excusó, procurando
divertirlo de este intento,
o temiendo mi victoria,
o anticipando sus celos.
Creció en el mancebo duque
el apetito con esto;
que, sospechando su amor,
hizo tema del deseo.
Declaróme su intención,

y yo en su ayuda me ofrezco,
dándome esperanza a mí
lo que temor a Don Mendo.
Y como doña Ana estaba
aquí, velando a San Diego,
venimos hoy a los toros
más por verla que por verlos.
Y sabiendo que esta noche
se parte mi dulce sueño,
por quien ya comienza Henares
el lloroso sentimiento;
por poder gozar mejor
de su cara y de su ingenio,
porque las gracias del alma
son alma de las del cuerpo,
tratamos acompañarla,
sirviéndole de cocheros,
nuevos faetones del sol,
si atrevidos, no soberbios.
Con los cocheros ha sido
para este fin el concierto,
para esto la prevención
de los capotes groseros;
que a tales trazas obliga
en ella el recado honesto,
en el Duque sus antojos
y en mí, Beltrán, mis deseos.

BELTRÁN: Todo lo demás alcanzo,
y eso postrero no entiendo.
¿Cómo en el amor del Duque
funda el tuyo su remedio?

JUAN: Mientras sin contrario fuerte
ame a doña Ana don Mendo,
ella está en su amor muy firme.
A mudarla no me atrevo;
y como el duque es persona
a cuyas fuerzas y ruegos
puede mudarse doña Ana,
que la conquiste pretendo,
para que, andando mudable,
entre los fuertes opuestos,
no estando firme en su amor,
esté flaca a mi deseo.

BELTRÁN: Esa es cautela que enseña
el diestro don Luis Pacheco
que dice que está la espada
más flaca en el movimiento.

JUAN: Mejor se sujeta entonces.
De esa lición me aprovecho.

BELTRÁN: Y dime, por vida tuya,

¿agora sales con esto?
¿No eres tú quien me dijiste,
"Si de esta vez no la muevo,
morirá mi pretensión,
aunque vivan mis deseos?"

JUAN: Imita mi amor al hijo
de la tierra, aquel Anteo,
que, derribado, cobraba
nueva fuerza y valor nuevo.

BELTRÁN: Pensé que, desesperado,
lo curabas como a muerto;
que aunque la traza es aguda,
pongo gran duda en su efeto;
que el duque es muy poderoso.
Llevará la.

JUAN: Por lo menos,
si vence, alivio será
que por un duque la pierdo;
y si no, consolará me
ver que lo que yo no puedo,
tampoco ha podido un duque.

BELTRÁN: En fe de aquesos consuelos,
has cortado la cabeza
totalmente a tus intentos,
y estando tu mal dudoso,
has querido hacerlo cierto.
Quieres que el duque la lleve
por quitársela a don Mendo,
y, del daño, el daño mismo
has tomado por remedio.
El epigrama que a Fanio
hizo Marcial, viene a pelo.

JUAN: ¿Cómo dice?

BELTRÁN: Traducido,
dice así, en lenguaje nuestro:

"Queriendo Fano huir
sus contrarios, se mató."
¿No es furor, pregunto yo,
para no morir, morir?

JUAN: El epigrama es agudo;
mas la aplicación te niego;
que no es, como tú imaginas,
que venza el duque, tan cierto;
que si él es grande de España
es el querido don Mendo,
y esto es ser grande también
en la presencia de Venus.

BELTRÁN: Grandes son los dos contrarios,

y tú, señor, muy pequeño;
mas, si Fortuna te ayuda,
juzgo posible tu intento.
Dos valientes salteadores,
por un hurto que habían hecho
riñeron; que cada cual
lo quiso llevar entero;
y, mientras ellos reñían,
un ladroncillo ratero
cogió la presa.

JUAN: Dios quiera
que me suceda lo mismo.

*Vanse don JUAN y BELTRÁN. Salen Doña
ANA y doña LUCRECIA, de camino*

ANA: ¿Cómo en los toros te ha ido?

LUCRECIA: Jamás hicieron provecho
en las dolencias del pecho
los remedios del sentido;
que en un rabioso cuidado,
tanto con el alma asisto,
que, aunque los toros he visto,
prima, no los he mirado.

ANA: Yo apostaré que hay amor.

LUCRECIA: Forzoso es ya que te cuente,
porque el daño no se aumente,
la causa de mi dolor.

Doce veces ha vestido
Febo de luz a su hermana,
después, hermosa doña Ana,
que me sujetó Cupido.

Mas no fácil en mi amor
llevó el que adoro la palma;
que al postrer precio del alma
le rendí el primer favor.

Hasta aquí te lo he callado,
porque muestra liviandad
la que sin necesidad
manifiesta su cuidado;
mas ya que teme el amor,
si callo, un agravio injusto,
viendo que se anega el gusto,
se arroja a nado el honor.

Don Mendo es, pues, el sujeto
por quien quiso amor que muera;
que menor causa no hiciera
en mi tan tirano efeto.

Supe que daba en mirar

tu belleza soberana;
que sólo por ti, doña Ana,
me pudiera a mí olvidar.

A mi celosa querella
satisfacer intentó;
mas aunque el fuego aplacó,
quedó viva la centella.

Supe que a Henares venía
hoy con galas y librea.
¿Por quién quieres tú que sea,
si a mí en Madrid me tenía?

Pedí a mi padre licencia
para venir a Alcalá,
y porque estabas tú acá,
me ha permitido esta ausencia.

No vine a los toros, no,
mas a impedir nuestro daño,
con que sepas tú tu engaño
y mi desengaño yo.

Y, porque probar pretendo
mi verdad, este papel
mira, y confirma con él
las traiciones de don Mendo.

A los celos satisface
de que yo cargo le hice.
Mira de ti lo que dice
y contigo lo que hace.

*Da un papel a doña ANA y ella
lee*

ANA: "Tu sentimiento encareces
sin escuchar mis disculpas.
Cuanto sin razón me culpas,
tanto con razón padeces.
Si miras lo que mereces,
verás cómo la pasión
te obliga a que, sin razón,
agravies, en tu locura,
con las dudas, la hermosura;
con los celos, la elección.

Lucrecia, de ti a doña Ana
ventaja hay más conocida
que de la muerte a la vida,
de la noche a la mañana.
¿Quién a la hermosa Dīana,
trocará por una estrella?
Deja la injusta querella,
desengaña tus enojos,
que tengo un alma y dos ojos
para escoger la más bella."

LUCRECIA: ¿Qué dices de ese papel?

ANA: Si estás viendo, prima, aquí
 lo que él ha dicho de mí,
 ¿qué quieres que diga de él?
 Pierde el cuidado crüel
 que te obliga a recelar,
 cuando así me ves tratar,
 si es cosa cierta el nacer
 la injuria de aborrecer
 y la alabanza de amar.

 Mas, cansada te imagino.
 Entra a reposar un rato;
 que, para hablar de tu ingrato,
 será tercero el camino.

LUCRECIA: Mi celoso desatino
 el sueño me ha de impedir.

ANA: A las doce es el partir
 forzoso.

LUCRECIA: Y tú ¿no reposas?

ANA: No, Lucrecia; que mil cosas
 me faltan por prevenir.

LUCRECIA: ¿Puedo ayudarte?

ANA: Ayudarme
 dejarme sola será.

LUCRECIA: El obedecerte es ya
 forzoso.

Vase doña LUCRECIA

ANA: Como el matarme.
 Celia, ven, ven a ayudarme
 a lamentar mi tormento;
 presta tu voz a mi aliento,
 que en desventura tan grave
 por una boca no cabe
 a salir el sentimiento.

Sale CELIA

CELIA: ¿Qué ha sido?

ANA: Nuevos agravios
 del vil don Mendo; que, en suma,
 firma también con la pluma
 lo que afirmó con los labios.

CELIA: Mudar consejo es de sabios.
 Hasta aquí nada has perdido;
 tu misma vista y oído

te han avisado tu daño.
Agradece el desengaño
que a tan buen tiempo ha venido.

Quien así te injuria ausente
y presente lisonjea,
o, engañoso, te desea,
o, deseoso, te miente;
y, cuando cumplir intente
lo que ofrece y ser tu esposo,
si ordinario, y aun forzoso
es el cansarse un marido,
¿cómo hablará arrepentido
quien habla así deseoso?

ANA: No es, Celia, mi corazón
ángel en aprehender,
que nunca pueda perder
la primera aprehensión.
No es bronce mi corazón,
en quien viven inmortales
las esculpidas señales;
mudarse puede mi amor.
Si puede, ¿cuándo mejor
que con ocasiones tales?

No pienses que está ya en mí
tan poderoso y entero
el gigante amor primero
a quien tanto me rendí.
Desde la noche que oí
mis agravios, la memoria
en tan afrentosa historia
tan rabiosamente piensa,
que entre el amor y la ofensa
dudaba ya la vitoria.

Pero con tan gran pujanza
la nueva injuria ha venido,
que del todo se ha rendido
el amor a la venganza.

CELIA: ¿Serás firme en la mudanza?

ANA: O el Cielo mi mal aumente.

CELIA: Tus venturas acreciente
como el contento me ha dado
tu pensamiento, mudado
de un hombre tan maldiciente.

Que desde que, estando un día
viéndote por una reja,
la cerré y me llamó vieja,
sin pensar que yo le oía,
tal cual soy, no lo querría,
si él fuese del mundo Adán.

ANA: Que eran botes mi Jordán

- dijo de mí; ¿qué te altera
que a tus años se atreviera?
- CELIA: ¿Cuán diferente es don Juan!
 Ofendido y despreciado
 es honrar su condición,
 cuanto el lengua de escorpión
 ofende, siendo estimado.
 Una vez, desesperado,
 don Juan se quejaba así:
 "¿Qué delito cometí
 en quererte, ingrata fiera?
 ¡Quiera Dios!... Pero no quiera;
 que te quiero más que a mí."
 ¿Si vieras la cortesía
 y humildad con que me habló
 cuando licencia pidió
 para verte el otro día!
 ¿Si vieras lo que decía
 en mi defensa a un criado,
 que porfiaba arrojado
 que, si yo dificultaba
 la visita, lo causaba
 ser él pobre y desdichado!
 ¿Si vieras!... Pero ¿qué vieras
 que igualase a lo que viste,
 cuando del traidor le oíste
 defenderte tan de veras?
 Ya te ablandaras si fueras
 formada de pedernal.
- ANA: ¿Qué te obliga a que tan mal
 te parezca mi desdén?
- CELIA: Tener a quien habla bien
 inclinación natural
 y sin ella, me obligara
 la razón a que lo hiciera.
- ANA: Celia, ¡si don Juan tuviera
 mejor talle y mejor cara!
- CELIA: Pues, ¿cómo? ¿En eso repara
 una tan cuerda mujer?
 En el hombre no has de ver
 la hermosura o gentileza:
 su hermosura es la nobleza;
 su gentileza el saber.
 Lo visible es el tesoro
 de mozas faltas de seso,
 y, las más veces, por eso
 topan con un asno de oro.
 Por esto no tiene el moro
 ventanas; y es cosa clara
 que, aunque al principio repara

la vista, con la costumbre
pierde el gusto o pesadumbre
de la buena o mala cara.

ANA: No niego que, desde el día
que defenderme le oí,
tiene ya don Juan en mí
mejor lugar que solía;
porque el beneficio cría
obligación natural.

Y, pues el rigor mortal
aplacó ya mi desdén,
principio es de querer bien
el dejar de querer mal.

Pero, no fácil se olvida
amor que costumbre ha hecho,
por más que se valga el pecho
de la ofensa recibida,
y una forma corrompida
a otra forma hace lugar.
Mas bien puedes confiar
que el tiempo irá introduciendo
a don Juan, pues a don Mendo
he comenzado a olvidar.

CELIA: ¿Podré yo ver el papel?

ANA: Pide luces, que la oscura
noche impedirte procura
ver mis agravios en él.

CELIA: Ya están las luces aquí.

ANA: Ten el papel.

Dale el papel a CELIA. Sale el ESCUDERO

ESCUDERO: Dos cocheros
piden licencia de veros.

ANA: Entren.

ESCUDERO: Entrad.

Salen el DUQUE y don JUAN, de cocheros

JUAN: Pues a ti
nunca te ha visto, seguro
habla de ser conocido;
mientras yo callo, escondido,
en manto de sombra oscuro.

DUQUE: El cielo os guarde, señora.

ANA: Bien venido.

DUQUE: Aquí me envía

el cochero que os servía,
y no puede hacerlo agora,
rendido a un dolor crüel.
¿A qué hora habéis de partir?
Que os tengo yo de servir
esta jornada por él.

ANA: ¿Tanto es su mal?

JUAN: Por lo menos,
no podrá serviros hoy.

ANA: Pésame.

DUQUE: Persona soy
con quien no lo echaréis menos.

ANA: A media noche esté el coche
prevenido a la carrera.

DUQUE: Y será la vez primera
que el sol sale a media noche.

ANA: ¿Cómo es eso?

DUQUE: ¿Cómo es eso?

ANA: ¿Tierno sois?

DUQUE: ¿Es contra ley?

Alma tengo como el rey;
aunque este oficio profeso,
no huyo de amor los males,
que, si por ellos no fuera,
yo os juro que no estuviera
cubierto de estos sayales.

ANA: Pues qué ¿son disfraz de amor
por infanta pretendida?

DUQUE: Puede ser.

ANA: (¡Bien, por mi vida! **Aparte**
El cochero tiene humor.)

CELIA: Don Mendo viene.

ANA: Id con Dios,
y a media noche os espero.

DUQUE: Tengo, por mi compañero,
también que tratar con vos;
que es suyo el coche en que va
vuestra gente; y esta noche
ya veis cuánto vale un coche,
y concertado no está.

La visita recibid,
que los dos esperaremos.

ANA: Por eso no reñiremos
si con bien llego a Madrid.

DUQUE: Señora, entre padres e hijos
parece bien el concierto.

Apártase el DUQUE con don JUAN. Salen don MENDO y LEONARDO

MENDO: ¡Gloria a Dios, que llevo al puerto
de combates tan prolijos!

DUQUE: Escuchar pretendo así
si a don Mendo favorece
doña Ana.

JUAN: Pues ¿qué os parece?

DUQUE: Que por mi daño la vi...

Salen doña LUCRECIA y ORTIZ

LUCRECIA: ¡Don Mendo con ella, cielos!

ORTIZ: ¿Si sabe que estás acá?

Pónese LUCRECIA a escuchar

LUCRECIA: Cerca el desengaño está.

ORTIZ: Hoy averiguas tus celos.

MENDO: ¿Qué es esto, doña Ana hermosa?

¿No me respondes? ¿Qué es esto?

¿Quién ha mudado tan presto
mi fortuna venturosa?

¿Tú, señora, estás así
grave y callada conmigo?

¿Quién me ha puesto mal contigo?

¿Quién te ha dicho mal de mí?

Habla. Dime tu querella.

ANA: ¿Tú puedes causarme enojos
teniendo "un alma y dos ojos
para escoger la más bella?"

MENDO: (Palabras son que escribí **Aparte**
a la engañada Lucrecia.)

Esperado habrá la necia

Lucrecia tener de mí

favor con hacerme daño;

mas no pienso que le importe.

Vamos, señora, a la corte,

verás si la desengaño...

LUCRECIA: (¡Ah, falso!) **Aparte**

MENDO: ...que su favor

no estimo, porque concluya,

lo que una palabra tuya,

aunque la engendre el rigor.

ANA: ¿Cómo, pues, "si el labio mueve

mi mediano entendimiento,

helado queda mi aliento

entre palabras de nieve?"

MENDO: (Don Juan le debió de dar **Aparte**

cuenta de nuestra porfía;

mas aquí la industria mía
las suertes ha de trocar;
que si la verdad confieso
y que el amor y el poder
temí del duque, es mujer,
y despertará con eso.)

Vuelve ese rostro, en que veo
cifrado el cielo de amor.

ANA: Don Mendo, así está mejor
quien tiene "el cerca tan feo".

MENDO: Yo colijo que don Juan
de Mendoza, mal mirado,
la contienda te ha contado
de la noche de San Juan;
que conozco esas razones
que el necio dijo de ti,
porque yo le defendí
tus divinas perfecciones.

JUAN: (¡Ah, traidor!) **Aparte**

DUQUE: Disimulad.

MENDO: Pero don Juan bien podía
callar, pues que yo quería
perdonar su necedad.

Mas ya que estás de esa suerte
de mí, señora, ofendida,
porque le dejé la vida,
a quien se atrevió a ofenderte,
no me culpes; que el estar
el duque Urbino presente
pudo de mi furia ardiente
el ímpetu refrenar.

CELIA: ¡Qué embustero!

ANA: (¡Qué engañoso!) **Aparte**

CELIA: ¡Mira con quién te casabas!

MENDO: Si por eso me privabas
de ver ese cielo hermoso,
vuelve; que presto por mí
cortada verás la lengua
que en tus gracias puso mengua.

ANA: Pues guárdate tú de ti.

MENDO: ¿Yo de mí? ¿Luego yo he sido
quien te ofendió?

ANA: Claro está.

¿Quién si no tú?

MENDO: ¿Cuánto va
que ese falso fermento,
lisonjero universal
con capa de bien hablado,
por adularte ha contado
que él dijo bien y yo mal?

Mas brevemente verán
estos ojos, dueño hermoso,
castigado al malicioso.

ANA: "Para entre los dos, don Juan
es un buen hombre; y si digo
que tiene poco de sabio,
puedo, sin hacerle agravio:
vuestro deudo es y mi amigo;
mas esto no es murmurar."

MENDO: Eso dije a solas yo
al duque, que se admiró
de verle vituperar
lo que yo tanto alabé.

ANA: Dilo al revés.

MENDO: Según esto,
quien contigo mal me ha puesto
el Duque sin duda fué.

¡Aun no ha llegado a la corte
y ya en enredos se emplea!
¡O piensa que está en su aldea,
para que nada le importe
su grandeza o calidad
al necio rapaz conmigo,
para no darle el castigo?

DUQUE: (¡Ah, traidor!)

Aparte

JUAN: Disimulad.

ANA: ¿Qué sirven falsas excusas,
qué quimeras, qué invenciones,
donde la misma verdad,
acusa tu lengua torpe?
Hablas tú tan mal de mí
sin que contigo te enojas,
¿y enójaste con quien pudo
contarme tus sinrazones?
Quien te daña es la verdad
de las culpas que te ponen.
pecaste y yo lo supe,
¿qué importa saber de dónde?
Pues nadie me ha referido
lo que hablaste aquella noche.
Verdad te digo, o la muerte
en agraz mis años corte.
Y siendo así, sabes tú
que son las mismas razones
las que aquí me has escuchado
que las que dijiste entonces.
Y pues las sé, bien te puedes
despedir de mis favores,
y, a toda ley, hablar bien,

porque las paredes oyen.

Vase doña ANA

MENDO: Vuelve, escucha. dueño hermoso,
lo que mi fe te responde;
y pues oyen las paredes,
oye tú mis tristes voces.

LUCRECIA: (Mas que de tristeza mueras.) **Aparte**

Vanse doña LUCRECIA y ORTIZ

CELIA: (Mas que eternamente llores.) **Aparte**

DUQUE: ¿De dónde pudo doña Ana
saber lo que aquella noche
hablamos?

JUAN: Yo no lo he dicho.

DUQUE: Ni yo.

Vase el DUQUE

JUAN: Las paredes oyen.

Vase don JUAN

MENDO: Oyeme tú, Celia. Así
tus floridos años logres.

CELIA: Las que ya llamaste canas,
¿cómo agora llamas flores?

MENDO: ¿Quién te ha dicho tal de mí,
Celia?

CELIA: Las paredes oyen.

Vase CELIA

MENDO: ¿Qué es esto, suerte enemiga?
¿Por tan falsas ocasiones,
tan verdadera mudanza
en voluntad tan conforme?
¡Que pueda ser, quien me ha dado
los más estrechos favores
a mi acusación, de cera,
y a mi descargo, de bronce!
¿A mis contrarios escuchas?
¿A malos terceros oyes?

¿A mí el oído me niegas?
¿A mí la cara me escondes?

LEONARDO: Con la pasión no discurre.

¿Posible es que no conoces
que tan estraños efectos
a mayor causa responden?
No por las culpas que dice
hay mudanza en sus amores,
antes por haber mudanza
aquestas culpas te pone.
Que si el enojo que ves
causaran tus sinrazones,
no tan resuelta negara
los oídos a tus voces;
que, a quien obligan ofensas
de quien ama a que se enoje,
la satisfacción desea
cuando la culpa propone.
Doña Ana no quiso oírte,
y, así, me espanta que ignores
que culpas ha menester,
pues huye satisfacciones;
y el que anda a caza de culpas,
intención resuelta esconde,
y pretende dar color
de castigo a sus errores.

MENDO: Bien imaginas.

LEONARDO: Señor,
ciego estás, pues no conoces
su desamor en su ausencia,
su engaño en sus dilaciones.
Dilató por las novenas
el matrimonio. Engañóte;
que no hay mujer que al amor
prefiera las devociones.
Con secreto caminaba
a otro fin su trato doble;
y, por si no lo alcanzase,
entretuvo sus amores.
Ya lo alcanzó, y te despide
sin que en descargo le informes;
que ha menester que tus culpas
su injusta mudanza abonen.

MENDO: Agudamente discurre;
mas por los celestes orbes
juro que me he de vengar
de su rigor esta noche.

LEONARDO: Poderoso eres, señor.

MENDO: De allá han salido dos hombres.

LEONARDO: Cocheros son de doña Ana.

MENDO: La Fortuna me socorre.

*Salen el DUQUE y don JUAN, de
cocheros*

DUQUE: Ni vi hermosura mayor,
ni igual discreción oí.

JUAN: ¿Luego a don Mendo vencí?

DUQUE: Preguntádselo a mi amor,
¡Vive el cielo, que estoy loco!

JUAN: (Mi invención es ya dichosa.) **Aparte**

DUQUE: Será mi esposa.

JUAN: ¿Tu esposa?

DUQUE: Sí.

JUAN: (Ni tanto ni tan poco.) **Aparte**

MENDO: Dios os guarde, buena gente.

DUQUE: ¿Quién va allá?

MENDO: Don Mendo soy
de Guzmán.

DUQUE: Por darle estoy **Aparte**
el castigo aquí.

JUAN: Detente;
que es de doña Ana esta puerta.

DUQUE: ¿Qué mandáis?

MENDO: Que me digáis,
pues a doña Ana lleváis,
¿a qué hora se concierta
la partida?

DUQUE: A media noche.

MENDO: Una cosa habéis de hacer,
que me obligo a agradecer.

DUQUE: Decidla.

MENDO: Apartar el coche
en que fuere vuestro dueño
del camino un trecho largo,
haciendo del yerro cargo
a la obscuridad o al sueño.

DUQUE: ¿Para qué fin?

MENDO: Solamente
hablarle pretendo, amigos,
con espacio y sin testigos.

DUQUE: ¿Cosa que algún hecho intente
que nos cueste?...

MENDO: No os dé pena,
cuando yo os amparo, el miedo.
La obligación en que os quedo
publique aquesta cadena

Dale una cadena, y tómalala el DUQUE

que podéis los dos, partir.
DUQUE: No, señor.
MENDO: Esto ha de ser.
DUQUE: Una cosa habéis de hacer
si os habemos de servir.
MENDO: Hablad, pues.
DUQUE: Que a la ocasión
no vais más de dos amigos;
porque cuantos son testigos,
tantos enemigos son.
MENDO: Solos iremos los dos.
De esto la palabra os doy.
DUQUE: Con eso, a serviros voy.
MENDO: Y yo a seguiros.
DUQUE: Adiós;
que es hora ya de partir.
JUAN: ¿Dónde con tu intento vas?
DUQUE: Presto, don Juan, lo verás.

Vanase el DUQUE y don JUAN

MENDO: Manda luego apercebir,
Leonardo los dos rocines
de campo, para alcanzar
esta fiera. Hoy he de dar
a esta caza dulces fines.
LEONARDO: No lo dudes, pues está
tan de tu parte el cochero.
MENDO: Como eso puede el dinero.
LEONARDO: Contra su dueño será,
si de su favor te ayudas
MENDO: El primer cochero agora
no será que a su señora
haya servido de Judas.

*Vanse el DUQUE y LEONARDO. Salen tres ARRIEROS y
una MUJER, cantan*

ARRIERO 1: "Venta de Viveros,
¡dichoso sitio,
si el ventero es cristiano,
es moro el vino!
¡Sitio dichoso,
si el ventero es cristiano,
y el vino es moro!"
ARRIERO 2: "Con mi albarda y mi burro

*no envidio nada;
que son coches de pobres
burros y albardas."*

MUJER: *"Tan gustosa vengo
de ver los toros,
que nunca se me quitan
dentre los ojos."*

ARRIERO 3: *"Unos ojos que adoro
llevo a las ancas.
¿Quién ha visto los ojos
a las espaldas?"*

ARRIERO 4: *¿Gruñes, o gritas, o cantas? Dentro*

OTRO: *Mis males espanto así Dentro*

ARRIERO 4: *¿Somos tus males aquí? Dentro*
Porque también nos espantas.

OTRO: *Calla, y toma mi consejo; Dentro*
que no es la miel para ti.

ARRIERO 4: *¿Fuiste a ver los toros? Dentro*

OTRO: *Sí. Dentro*

ARRIERO 4: *¿Pues no hay en tu casa espejo? Dentro*

ARRIERO 2: *¡Ah del coche! ¿Dónde bueno?
del camino se han salido.*

ARRIERO 4: *O el cochero se ha dormido, Dentro*
o han de hacer noche al sereno.

ARRIERO 2: *¡Ah, Faetón de los cocheros, Dentro*
que te pierdes! Por acá.

ARRIERO 4: *Por esos trigos se va. Dentro*

ARRIERO 2: *Y tras él dos caballeros.*

ARRIERO 1: *De malas lenguas se quita
quien va al desierto a morar.*

ARRIERO 2: *No van ellos a rezar;
que por allí no hay ermita.*

ARRIERO 4: *Arre, mula de Mahoma; Dentro*
*ella hace burla de mí.
Dale, Francisco.*

ARRIERO 2: *Echa aquí.*

ARRIERO 1: *Arre: ¿qué diablo te toma?*

Vanse los ARRIEROS y la MUJER

MENDO: *Pára, cochero. Dentro*

ANA: *¿Quién es? Dentro*

MENDO: *Don Mendo soy. Dentro*

ANA: *¡Anda! Dentro*

MENDO: *¡Pára! Dentro*

*Salen don MENDO y doña ANA, doña
LUCRECIA y LEONAARDO*

ANA: ¿Quién sino tú se mostrara
 conmigo tan descortés?
MENDO: Mi exceso y atrevimiento
 disculpo con tu mudanza.
ANA: Llámala justa venganza
 y cuerdo arrepentimiento.
MENDO: ¿Quién lo causó?
ANA: Tus traiciones.
MENDO: ¡Ah, falsa! ¿Engañarme piensas
 ¿Acreditas mis ofensas
 por abonar tus acciones?
 Pues no lograrás tu intento.

***Llega a pelear don MENDO con doña ANA,
LUCRECIA a ayudarla, y LEONARDO a tener a LUCRECIA***

ANA: ¿Qué es esto?
MENDO: Justo castigo
 de tu mudanza.
ANA: ¿Conmigo
 tan grosero atrevimiento?
LUCRECIA: ¡Justicia de Dios!
LEONARDO: Tenéos.
ANA: ¿Hay excesos más extraños?
MENDO: A pesar de tus engaños
 he de lograr mis deseos.

***Salen el DUQUE y don JUAN, de cocheros; sacan las
espadas y dan sobre ellos***

DUQUE: La venganga nos convida.
ANA: ¿Dónde están mis escuderos?
 Vendido me han los cocheros.
DUQUE: Por vos, señora, la vida
 vuestros cocheros darán.
MENDO: ¿A don Mendo os atrevéis,
 viles?
LEONARDO: Cocheros, ¿qué haréis?
 ¡Que es don Mendo de Guzmán!
 A vuestro coche os volved.
MENDO: Furias del infierno son.
LUCRECIA: ¡Qué pena!
ANA: ¡Qué confusión!

***Retírense don MENDO y LEONARDO, y el DUQUE y
don JUAN van tras ellos***

¡Cocheros, tened, tened!

Vanse doña ANA y doña LUCRECIA

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

*Salen doña ANA y CELIA; el DUQUE y don JUAN;
todos como acabaron la segunda jornada*

ANA: ¿No advertís lo que habéis hecho?
 ¿Cómo tan despacio estáis?

DUQUE: Por nosotros no temáis.
 Quietad el hermoso pecho;
 pues, con probar la violencia
 que intentó aquel caballero,
 en nuestro favor espero
 que tendremos la sentencia.
 Y por su reputación
 le estará más bien callar.
 No penséis que ha de tratar
 de tomar satisfacción
 por justicia un caballero.
 ¿No veis lo mal que sonara
 que herido se confesara
 del brazo vil de un cochero
 un tan ilustre señor,
 dueño de tantos vasallos?
 De estos casos el callallos
 es el remedio mejor.

ANA: Siéntome tan obligada
 de vuestro valor extraño,
 que el temor de vuestro daño
 toda me tiene turbada.

DUQUE: No temáis.

ANA: El pecho fiel
 el daño está previniendo.

DUQUE: Quien pudo herir a don Mendo

podrá defenderse de él.

Hablan a secreto doña ANA y CELIA

CELIA: En hablar tan cortesanos,
tan valientes en obrar,
mucho dan que sospechar
estos cocheros.

ANA: Las manos
les mira, que la verdad
nos dirán.

CELIA: Es gran razón
pagarles la obligación
que tienes a su lealtad.

***Toma CELIA las manos al DUQUE y vuélvese a
hablar aparte a doña ANA***

Pues por estas manos queda
tu honestidad defendida.
¡Ay, señora de mi vida!
Blandas son como una seda
y, en llegando cerca, son
sus olores soberanos.

ANA: ¿Buen olor, y buenas manos?
Clara está la información.
Disimula.

***Don JUAN se está escondiendo detrás del
DUQUE***

CELIA: (El otro está **Aparte**
siempre cubierto y callado.)

***Va CELIA por detrás de todos a coger de cara
a don JUAN***

Cogerélo descuidado,
pues la aurora alumbra ya
lo que basta a conocerlo.

ANA: Amigos, puesto que así
os arriesgastes por mi
sin obligación de hacerlo,
de esta casa y de mi hacienda
os valed.

DUQUE: Los pies os beso,

mas yo no paso por eso;
que no es razón que se entienda
que fue sin obligación
el serviros; pues de un modo
se la pone al mundo todo
vuestra rara perfección.

Porque a quien os llega a ver,
dais gloria tan sin medida,
que aunque os pague con la vida,
os queda mucho a deber.

Sale de detrás don JUAN

CELIA: Y vos, ¿sois mudo, cochero?
¿De qué estáis triste? Volved,
alzad el rostro, aprended
ánimo del compañero.

El que riñó sin temer,
¿teme sin reñir agora?

DUQUE: En vano os cansáis, señora;
que es mudo.

CELIA: Bien puede ser.
(Mas yo don Juan de Mendoza **Aparte**
pienso que es... Él es. ¿Qué dudo?
El triste se finge mudo
por no perder lo que goza
mientras encubierto está.)

Hablan aparte doña ANA y CELIA

¿Quién dirás, señora, que es
el callado?

ANA: Dilo pues.

CELIA: ¿Quién piensas tú que será?

ANA: No lo sé.

CELIA: ¿Quién puede ser
quien, siendo gran caballero,
quisiese ser tu cochero
sólo por poderte ver?
¿Quién el que, con tal valor
en un lance tan estrecho,
pusiese a la espada el pecho
por asegurar tu honor?
¿Quién el que en penar se goza
por tu amor, y tu desdén
sigue enamorado? ¿Quién
sino don Juan de Mendoza?

ANA: Bien dices. Sólo él haría

finezas tan extremadas.

CELIA: Bien merecen ser premiadas.

ANA: Que no las pierde, confía.

DUQUE: El sol sale, porque vos
--que sol al mundo habéis sido
en tanto que él ha dormido--
reposéis agora. Adiós,
y, así los cielos, que os dan
belleza, os den larga vida,
que no os inquiete la herida
de don Mendo de Guzmán.

Vase el DUQUE

ANA: Tras la ofensa que ha intentado,
no hay por qué inquietarme pueda;
que ni aun la ceniza queda
en mí del amor pasado.

Detén a don Juan, que quiero
hablarle.

CELIA: A servirte voy

ANA: Y mientras con él estoy,
entretén al compañero.

*CELIA habla a don JUAN que se retiraba siguiendo al
DUQUE*

CELIA: Señor cochero fingido,
mi dueño os llama. Esperad.

JUAN: ¡Un!...

CELIA: No hay "un." Volved y hablad;
que ya os hemos conocido.

Vase CELIA

JUAN: Eso debo a mi ventura.

ANA: ¿Qué es esto, don Juan?

JUAN: Amor.

ANA: Locura, dirás mejor.

JUAN: ¿Cuándo amor no fue locura?

ANA: Sí; mas los fines ignoro
de estos disfraces que veo.

JUAN: Así miro a quien deseo;
así sirvo a quien adoro.

ANA: No; traidoras intenciones
encubren estos disfraces.

JUAN: Falsas conjeturas haces
por negar obligaciones.

ANA: El probarte lo que digo,
no es difícil.

JUAN: Ya lo espero.

ANA: ¿Quién es ese caballero
y a qué fin viene contigo?
Traer quien me diga amores,
y escucharlos escondido,
¿podrás decir que no ha sido
con pensamientos traidores?

JUAN: ¡Cuán lejos del blanco das!
Que, si traidores los llamas,
la mayor fineza infamas
que ha hecho el amor jamás.

ANA: Dila, pues; que a agradecella,
si no a pagarla, me obligo.

JUAN: Por obedecer la digo,
no por obligar con ella.
Como mi mucha afición
y poco merecimiento
engendró en mi pensamiento
justa desesperación,
vino amor a dar un medio
en desventura tan fiera,
que a mi mal consuelo fuera,
ya que no fuera remedio;
y fue que te alcance quien
te merezca. Tu bien quiero;
que el efecto verdadero
es éste de querer bien.
A este fin tus partes bellas
al duque Urbino conté,
si contar posible fue
en el cielo las estrellas.
Él, de tu fama movido,
de tu recato obligado,
este disfraz ha ordenado,
con que te ha visto y oído.
Y ojalá que, conociendo
tu sujeto soberano,
dé, con pretender tu mano,
efecto a lo que pretendo;
que yo, con verte en estado
igual al merecimiento,
al fin quedaré contento,
ya que no quede pagado.
Ésta ha sido mi intención;
y si escuchaba escondido,
fue porque el ser conocido -

no estorbase la invención.

Que juzgues agora quiero
si he merecido o pecado,
pues de puro enamorado
vengo a servir de tercero.

ANA: Tu voluntad agradezco,
pero condeno tu engaño;
que presumes, por mi daño,
más de mí que yo merezco.

Porque no es a la excelencia
del duque igual mi valor;
que no engaña el propio amor
donde hay tanta diferencia.

Fue mi padre un caballero
ilustre; mas yo imagino
que pensara honrarle Urbino
si lo hiciera su escudero.

Y, así, a tan locos intentos
tus lisonjas no me incitan;
que afrentosos precipitan
los soberbios pensamientos.

JUAN: Mucho, señora, te ofendes,
porque, sin tu calidad,
digna es por sí tu beldad
de más bien que en esto emprendes.

No te merece gozar
el duque, ni el rey, ni...

ANA: Tente:
la fiebre de amor ardiente
te obliga a desatinar.

Tu amoroso pensamiento
encarece mi valor,
¡Diérasle al duque tu amor,
que yo le diera tu intento!

JUAN: ¿Quién podrá quererte menos
en viendo tu perfección?

ANA: Al fin, por tu corazón
quieres juzgar los ajenos;
y es engaño conocido
que, si el tuyo por mi muere,
no con una flecha hiere
todos los pechos Cupido.

Y aunque el Duque tenga amor,
galán querrá ser, don Juan;
y honra más que un rey galán
un marido labrador.

Y aunque en el duque es forzosa
la ventaja que le doy,
grande para dama soy,
si pequeña para esposa.

JUAN: Nadie con tal pensamiento
ofende tu calidad.

ANA: De mi consejo, dejad
de terciar en ese intento;
porque mayor esperanza
puede, al fin, tener de mí
quien pretende para sí,
que quien para otro alcanza.

Vase doña ANA

JUAN: ¿Posible es que tal favor
merecieron mis oídos?
¡Dichosos males sufridos!
¡Dulces victorias de amor!
"Que tendrá más esperanza,"
dijo, si bien lo entendí,
"quien pretende para sí,
que quien para otro alcanza."
Que la pretenda mi amor
me aconseja claramente;
y la mujer que consiente
ser amada, hace favor.

Sale BELTRÁN

BELTRÁN: Mira que el duque te espera
y no el padre de Faetón,
que a publicar tu invención
apresura su carrera.

JUAN: En cas de mi amada bella
son los años puntos breves.

BELTRÁN: En la taberna no bebes,
pero te huelgas en ella.

JUAN: Bien lo entiendes.

BELTRÁN: Alegría
vierten tus ojos, señor.

JUAN: Hacen fiestas a un favor.

BELTRÁN: Mucho alcanza la porfía.

Sale CELIA

JUAN: Celia amiga, Dios te guarde.

CELIA: Y te dé el bien que desees.

JUAN: Como de mi parte seas,
no hay ventura que no aguarde.

CELIA: Si en mi mano hubiera sido,
tu dicha fuera la mía;
mas, don Juan, sirve y porfía
que no va tu amor perdido.

Vase don JUAN

BELTRÁN: Y a mí ¿me aprovecharía
el servir como a mi amo?

CELIA: Pues ¿amas también?

BELTRÁN: Yo amo
por sólo hacer compañía.

Sale doña ANA

ANA: (Celia está con el criado **Aparte**
de don Juan, y no sosiego
hasta hablarle; ya está el fuego
en mi pecho declarado.)

CELIA: Mi señora.

BELTRÁN: Voime.

ANA: Hidalgo,
volved. ¿Quién sois?

BELTRÁN: Soy Beltrán,
un criado de don Juan
de Mendoza.

ANA: ¿Queréis algo?

BELTRÁN: Servirte sólo quisiera.
Aquí a Celia le decía
que amo por compañía.

ANA: No es conclusión verdadera.
¿Satirizas?

BELTRÁN: No conviene;
que eso puede sólo hacer
quien no tiene qué perder
o qué le digan no tiene.

Pero yo, ¿cómo querías
que predique sin ser santo?
¿Qué faltas diré, si hay tanto
que remediar en las mías?

ANA: Tu gusto desacreditas
con esa cuerda intención,
porque a la conversación
la mejor salsa le quitas.

BELTRÁN: Si ella es salsa, es muy costosa,
señora; que, bien mirado,
ni hay más inútil pecado,
ni falta más peligrosa.

Después que uno ha dicho mal,
¿saca de hacerlo algún bien?

Los que le escuchan más bien,
ésos lo quieren más mal.

Que cada cual entre sí
dice, oyendo al maldiciente,
"Éste, cuando yo me ausente,
lo mismo dirá de mí."

Pues si aquél de quien murmura
lo sabe, que es fácil cosa,
¿qué mesa tiene gustosa?
¿qué cama tiene segura?

Viciosos hay de mil modos
que no aborrecen la gente,
y sólo del maldiciente
huyen con cuidado todos.

Del malo más pertinaz
lastima la desventura;
solamente al que murmura
lleva el diablo en haz y en paz.

En la corte hay un señor,
que muchas veces oí...
(Esto encaja bien aquí **Aparte**
para quitarle el amor)

...que está malquisto de modo,
por vicioso en murmurar,
que si lo vieran quemar
diera leña el pueblo todo.

¿No conoces a don Mendo
de Guzmán?

ANA: Beltrán, detente.
El vicio del maldiciente
has estado maldiciendo,
¿y con tal desenvoltura
de don Mendo has murmurado?

BELTRÁN: Pienso que es exceptuado
murmurar del que murmura.

Dicen que el que hurta al ladrón
gana perdones, señora.

ANA: Dicen mal. Vete en buen hora.

BELTRÁN: Da a mi ignorancia perdón
si acaso te ha disgustado.
(Mal disimula quien ama.) **Aparte**

Vase BELTRÁN

CELIA: Apagado se ha la llama,
mas mucha brasa ha quedado.

Pues su ofensa te ofendió,
sin, duda que en tu memoria
ha borrado amor la historia

- que esta noche te pasó.
- ANA: Celia, ten. Cierra los labios;
mira que mi honor ofendes,
cuando de mi pecho entiendes
que olvida así sus agravios.
No los males he olvidado
que ha dicho de mí don Mendo;
la infame hazaña estoy viendo
que hoy en el campo ha intentado,
en que claramente veo,
pues tan poco me estimaba
que engañoso procuraba
sólo cumplir su deseo.
Con que ya en mi pensamiento
no sólo el fuego apagué,
pero cuanto el amor fue
es el aborrecimiento.
Mas esto no da licencia
para que un bajo criado,
de hombre tan calificado
hable mal en mi presencia;
que no por la enemistad
que entre dos nobles empieza,
pierden ellos la nobleza,
ni el villano la humildad.
Esto, Celia, me ha obligado
a indignarme con Beltrán;
que no porque ya don Juan
no esté solo en mi cuidado.
- CELIA: ¿Al fin su fe te ha vencido?
- ANA: Con lo que anoche pasó,
cuanto don Mendo bajó,
él en mi rueda ha subido.
- CELIA: ¿Declarástele tu amor?
- ANA: ¿Tan liviana me has hallado?
¿No basta haberle mostrado
resplandores de favor?
- CELIA: ¡Liviana dices, después
de dos años que por ti
ha andado fuera de sí!
Bien parece que no ves
lo que en las comedias hacen
las infantas de León.
- ANA: ¿Cómo?
- CELIA: Con tal condición
o con tal desdicha nacen,
que, en viendo un hombre, al momento
le ruegan y mudan traje,
y, sirviéndole de paje,
van con las piernas al viento.

Pues tú, que obligada estás
de tanto tiempo y fe tanta
--si bien señora, no infanta--
honestamente podrás
decirle tu voluntad
con prevenciones discretas,
sin temer que a los poetas
les parezca impropiedad.

ANA: ¿Poco a poco no es mejor?

CELIA: ¿Tú quiéreslo?

ANA: Celia, sí.

CELIA: ¿Sabes que él muere por ti?

ANA: Bien cierta estoy de su amor.

CELIA: Pues cuando de esa verdad
hay certidumbre, yo hallo
más crueldad en dilatallo
que en decillo liviandad;
que el tiempo sirve de dar
del amor información,
y es necia la dilación
si no queda qué probar.

ANA: El sujetarme es forzoso,
Celia, a tu agudeza extraña.

CELIA: Es verdad que es poca hazaña
persuadir a un deseoso.

*Vanse doña ANA y CELIA. Sale don MENDO, con
banda y sin espada, y el CONDE*

MENDO: "Mis cocheros me han vendido,"
dijo mi enemiga apenas,
cuando en espadas y dagas
truenan agotes y riendas;
y como animosos, mudos,
indicio de su fiereza
--que da el valor a los pechos
lo que les quita a las lenguas--
embistieron dos a dos
con tal ímpetu y violencia,
que pensé, viendo el exceso
de su valor y sus fuerzas,
que, transformado en cochero
Jove por mi ingrata bella,
vibraba rayos ardientes
para vengar sus ofensas.
Porque sus valientes golpes
eran tantos, que no suenan
en la fragua de Vulcano

los martillos tan apriesa.
Al fin, primo--que a vos solo
puedo confesar mi afrenta--
la espada de un hombre humilde
pudo herirme en la cabeza;
y tanta sangre corría,
con ser la herida pequeña,
que, cegándome los ojos,
puso fin a la pendencia.
Volví a curarme a Alcalá,
que estaba a cuarto de legua,
más con rabia de la causa,
que del efecto con pena.
Esto ha podido en doña Ana
una mal fundada queja,
y éste es el premio que traigo
de celebrarla en las fiestas.

CONDE: ¿Hay suceso más extraño?
 ¿Y habéis sabido quién eran
 cocheros tan valerosos?

MENDO: Como se va con cautela
 procurando, por mi honor,
 que el suceso no se sepa,
 no es averiguarlo fácil;
 mas yo tengo una sospecha;
 que siempre estas viudas mozas
 hipócritas y santeras,
 tienen galanes humildes
 para que nadie lo entienda.
 Tal valor en un cochero
 los celos no más lo engendran;
 que nunca así por leales
 los hombres bajos se arriesgan.
 Esto se viene rodado,
 que si no, no lo dijera;
 que ya sabéis que no suelo
 meterme en vidas ajenas.

CONDE: (¡Así tengas la salud!)
 No vengo en esa sospecha.
 El enojo os precipita
 contra tan honradas prendas;
 y no es justo hablar así
 de quien puede ser que sea
 vuestra esposa.

Aparte

MENDO: Yo he perdido
 la esperanza y la paciencia.

CONDE: ¿Tan presto?

MENDO: Volverme quiero
 a mi constante Lucrecia.

CONDE: (¡Malas nuevas te dé Dios!)

Aparte

Indicios dais de flaqueza.
Si doña Ana está engañada,
procurad satisfacerla.

MENDO: Niega a mi voz los oídos.

CONDE: Entrad y habladla con fuerza;
porque quien el dueño ha sido,
siempre tiene esa licencia,
mientras no se satisface
de que es la mudanza cierta.
Quizá enojada os castiga,
y no os despide resuelta.
O decid vuestras disculpas
en un papel.

MENDO: Yo lo hiciera,
si hubiera de recibirlo.

CONDE: Yo me obligo a que lo lea.

MENDO: ¿Cómo?

CONDE: Dámele; que yo
lo pondré en sus manos mismas.

MENDO: Al punto voy a escribir.

Vase don MENDO

CONDE: Y yo a pedir a Lucrecia
que me cumpla su palabra,
pues ha visto sus ofensas;
que, pues con doña Ana vino
de Alcalá en un coche, es fuerza
que viera lo que has contado,
y su desengaño viera.
Y este papel ha de ver,
para que negar no pueda;
que modo habrá de excusarme
cuando don Mendo lo sepa.
Y consiga yo mi intento,
suceda lo que suceda;
que no mira inconvenientes
el que ciega Amor de veras.

Vase el CONDE. Salen don JUAN y BELTRÁN

BELTRÁN: Qué, ¿llegó el tiempo?

JUAN: Llegó
el fin de las ansias mías.

BELTRÁN: ¡Gracias a Dios que en mis días
un milagro sucedió!

¿Que a doña Ana le das pena?
¿Que olvida al Guzmán Narciso?

Éste es el tiempo que quiso
ver el Marqués de Villena.

Es verdad que de cada año
lo mismo decir he oído;
pero viene aquí nacido
con suceso tan extraño.

¿Que te quiere bien?

JUAN: Sin duda.

Ya lo dijo claramente,
y un ángel, Beltrán, no miente.

BELTRÁN: Todo en efeto se muda,
pues algún tiempo, averiguo
que fue ya la calva hermosa.
Jamás el tiempo reposa.
¿No dice un romance antiguo,

"Por mayo era, por mayo;
cuando los grandes calores,
cuando los enamorados
a sus damas llevan flores?"

Pues, ¿ves? Aquí se ha pasado
a setiembre ya el calor.

Pero sospecho, señor,
que tú también te has mudado.

¿De qué tal melancolía
te ha cargado en un instante?
Tahur parece el amante,
pues no dura su alegría.

Pero advierto que es flaqueza.

JUAN: Déjame con mi aflicción.

BELTRÁN: ¿Ello importa a la invención,
señor? Pues va de tristeza.

JUAN: Beltrán, la mudanza mía
en mudarse toda está;
que también se mudará
la causa de mi alegría.

Que adora así su beldad
el duque Urbino, que creo
que, por lograr su deseo,
perderá la libertad.

BELTRÁN: ¿Que se case temes?

JUAN: Si.

BELTRÁN: Pues si tu querida alcanza
de vista aquesa esperanza,
bien pueden doblar por ti;
que por llamarse excelencia,
¿qué no hará una mujer?

JUAN: Eso me obliga a perder
la esperanza y la paciencia.

BELTRÁN: Pues al remedio, señor.
JUAN: Dilo tú, si alguno ves.
BELTRÁN: Si él ama así, no lo es
el declararle tu amor.
Mas, pues que tu amada bella
contigo está declarada,
antes que él la persüada,
cásate, señor, con ella.
JUAN: ¿Cómo la podré obligar
tan brevemente?
BELTRÁN: Fingiendo
que la herida de don Mendo
se ha sabido en el lugar,
y con esto el vulgo toca
en la opinión de doña Ana;
que tengo por cosa llana
que, por taparle la boca,
si se ha de determinar
tarde, que quiera temprano
darte de esposa la mano.
Con esto puedes mostrar
un desconfiado pecho
con recelos de su fe,
por que su mano te dé
para verte satisfecho.
Que pues dice claramente
que te quiere, y tú la quieres,
o ha de hacer lo que quisieres,
o ha de confesar que miente.
JUAN: Al jardín irá esta tarde;
allí la tengo de ver
y seguir tu parecer.
BELTRÁN: Nunca ha vencido el cobarde.
El duque es éste.

Salen el DUQUE y FABIO, su criado

JUAN: ¿Señor?
DUQUE: Don Juan amigo, yo muero...
JUAN: ¿Cómo?
DUQUE: En un combate fiero
de celos, desdén y amor.
Al ingrato como bello
ángel que adoro, escribí
hoy un papel...
JUAN: (¡Ay de mí!) **Aparte**
DUQUE: Y no ha querido leello.
JUAN: (El alma al cuerpo me ha vuelto.) **Aparte**
Pues ¿cómo tanto rigor?

DUQUE: Nacido es de ajeno amor
 un disfavor tan resuelto.
JUAN: Yo a ser amada atribuyo
 el mostrarse tan ingrata.
DUQUE: Cuando el efeto me mata,
 sobre la causa no arguyo.
 Lo que es cierto es que yo muero.
 Vos, don Juan, me aconsejad.
JUAN: De tan resuelta crueldad
 la mudanza desespero.
 Dejarlo es mi parecer,
 antes que crezca el amor.
DUQUE: Ya no puede ser mayor.
JUAN: Pues amar y padecer.

Sale MARCELO, criado del DUQUE

MARCELO. ¿Puedo hablarte?
DUQUE: Sí, Marcelo.
MARCELO. Dame albricias.
DUQUE: Tu tardanza
 me mata.
MARCELO. Ya tu esperanza
 ha hallado puerta en tu cielo.
 Hoy va tu dueño crüel
 al jardín, y un escudero
 --que esto ha podido el dinero--
 quiere darte entrada en él.
DUQUE: Abrázame.
BELTRÁN: (¡Qué doblones!) **Aparte**
DUQUE: ¿No iréis conmigo, don Juan?
JUAN: Señor, los que solos van
 gozan bien las ocasiones.
DUQUE: Bien decís. Vedme después
 que se esconda el sol dorado;
 sabréis lo que me ha pasado.

Vase el DUQUE y los dos criados

JUAN: ¡Mal haya el vil interés,
 por quien ni honor ni opinión
 podemos asegurar!
BELTRÁN: Lo que importa es madrugar
 y hurtarle la bendición.

*Vanse don JUAN y BELTRÁN. Salen el CONDE y
 doña LUCRECIA*

CONDE: ¿Negarás, señora mía,

la palabra que me diste?

LUCRECIA: Yo no la niego.

CONDE: ¿Y que viste,
cuando doña Ana venía
de Alcalá, tu desengaño?

LUCRECIA: Eso tampoco te niego;
mas, aunque se apagó el fuego,
quedan reliquias del daño.

CONDE: Pues porque arrojes del pecho
las cenizas que han quedado,
mira el papel que me ha dado
don Mendo, de amor deshecho,
para aplacar el rigor
de doña Ana de Contreras.
Si más agravios esperas,
será bajeza y no amor.

Dale un papel y lee LUCRECIA

LUCRECIA: "El que sin oír condena,
oyendo ha de condenar;
y esto me obliga a pensar
que es sin remedio mi pena.
Ya que el cielo así lo ordena,
dadme sólo un rato oído,
que, si culpado lo pido,
para más pena ha de ser,
sino que os daña saber
que jamás os he ofendido."

CONDE: ¿Conoces la letra?

LUCRECIA: Sí.

CONDE: ¿Ves tu engaño?

LUCRECIA: Ya lo veo,
conde, y pagarte deseo
lo que padeces por mí;
que, además de que premiarte
es justo tan firme fe,
gusto a mi padre daré,
que es en esto de tu parte.

Hazme gusto de esconderte
por el jardín. No te vea
mi prima.

CONDE: El alma desea
por gloria el obedecerte.

Vase el CONDE. Salen doña ANA y CELIA

CELIA: ¿Que de esa manera estás?

ANA: Después que estoy declarada,
cuanto más resistí helada
tanto voy ardiendo más.

¿Quién detrás de este arrayán
súbitamente lo hallara!

CELIA: "¡Ay, Celia, y qué mala cara
y mal talle de don Juan!"

¿Ves lo que en un hombre vale
el buen trato y condición?

ANA: Tanto, que ya en mi opinión
no hay Narciso que le iguale.

Prima, ¿qué es eso que lees?

LUCRECIA: Un billete de don Mendo,
y mostrártelo pretendo,
por si sus promesas crees.

ANA: Ni lo escucho ni le creo.
Bien puedes vivir segura.

Le da el papel a doña ANA y ella se pone a leerlo

LUCRECIA: ¡No le dé Dios más ventura
de la que yo le deseo!

Sólo pretendo que de él
entiendas lo que te quiere.

(Haréle el mal que pudiere, **Aparte**
pues da ocasión el papel.)

Sale don JUAN

CELIA: (Llega atrevido y dichoso.) **Aparte**

Don JUAN se llega por un lado a doña ANA

JUAN: (Un papel está leyendo, **Aparte**
y es la letra de don Mendo.)

¿Tendrá licencia un celoso,
a quien tu dueño has llamado,
para ver ese papel?

ANA: Don Juan, si ha nacido de él
ese celoso cuidado,
pide licencia primero
a mi prima y lo verás.

JUAN: ¿Luego licencia me das
de decille que te quiero?

ANA: Sí; que este lance es forzoso,

- puesto que el alma te adora.
JUAN: Dadme licencia, señora,
por amante o por celoso,
para ver este papel.
LUCRECIA: Mi gusto en doña Ana vive.
ANA: Agora sabe que escribe
don Mendo a Lucrecia en él.
JUAN: ¿Don Mendo a Lucrecia?
ANA: Sí;
decirlo puede mi prima.
JUAN: Si tanto tu gusto estima,
más que eso dirá por ti;
pero aquí el mismo papel
es bien que el testigo sea.
LUCRECIA: Satisfacerme desea,
y audiencia me pide en él.

Toma don JUAN el papel y lee

- JUAN: "El que sin oír condena,
oyendo ha de condenar,
y esto me obliga a pensar
que es sin remedio mi pena.
Ya que el cielo así lo ordena,
dadme solo un rato oído,
que, si culpado lo pido,
para, más pena ha de ser;
sino que os daña saber
que jamás os he ofendido."
- Doña Ana, ¿qué te ha obligado
a pretenderme engañar?
¿Qué te puedo yo importar
no querido y engañado?
A ti vienen dirigidas
las razones que he leído;
que sobre lo sucedido,
son palabras conocidas.
- ANA: Cuando a mí venga el papel,
¿da gracias de algún favor,
o quejas de mi rigor?
Luego te obligo con él.
- JUAN: Mejor modo de obligar
fuera no haberlo leído,
que quien escucha ofendido,
no huye de perdonar.
¿Ajeno papel recibes
cuando mía te has nombrado?
O poco me has estimado

o livianamente vives.

De donde he ya conocido
que vivir me está más bien
desdichado en tu desdén,
que en tu favor ofendido.

Yo me iré donde jamás
pueda otra vez engañarme
tu favor...

ANA: ¿Quieres matarme,
señor?

JUAN: Suelta.

ANA: No te irás
sin oírme. Prima mía,
ayúdamele a tener.

JUAN: Soltad.

LUCRECIA: Ya es esto perder
la debida cortesía.

CELIA: Don Mendo está en el jardín.

ANA: ¿Don Mendo?

CELIA: Por fuerza ha entrado.

ANA: A coyuntura ha llegado,
que daré a tus celos fin.

Los dos tras ese arrayán
os entrad, donde escondidos,
los ojos y los oídos
satisfacción os darán.

JUAN: Sola tu mano ha de ser
quien me tenga satisfecho.

ANA: Señor eres ya del pecho;
poco te queda que hacer.

***Sale don MENDO. Doña LUCRECIA y don JUAN, se
esconden. CELIA queda retirada, cerca de ellos***

MENDO: Ni quiero que me perdones
ni volver quiero a tu gracia;
y si tal pidiere, cierra
el oído a mis palabras.
Mis descargos solamente
quiero que escuches, doña Ana,
por volver por mi opinión,
no por culpar tu mudanza.
Si al duque Urbino de ti
dije una noche mil faltas,
fue temor de que en su pecho
engendrarse Amor tu fama;
porque don Juan de Mendoza
contaba sus alabanzas,
y a la pólvora de un modo

la menor centella basta.
A tu prima le escribí
mil agravios por tu causa,
desengañando su amor
y encareciendo tus gracias.
Si ella te ha dicho otra cosa,
presto verás que te engaña;
que el traslado traigo aquí.
Oye sus mismas palabras.

Lee don MENDO

"Tu sentimiento encareces
sin escuchar mis disculpas.
Cuanto sin razón me culpas,
tanto con razón padeces.
Si miras lo que mereces,
verás cómo la pasión
te obliga a que, sin razón,
agravies, en tu locura,
con las dudas, la hermosura;
con los celos, la elección.

Lucrecia, de ti a doña Ana
ventaja hay más conocida
que de la muerte a la vida,
de la noche a la mañana.
¿Quién a la hermosa Dïana
trocará por una estrella?
Deja la injusta querella,
desengaña tus enojos;
que tengo un alma y dos ojos
para escoger la más bella."

Mira si más claramente
pude yo desengañarla.
Si ella lo entendió al revés,
en mí no estuvo la falta.
Que quise en el campo usar
de fuerzas dirás. ¡Ah, ingrata!
Como a esposa lo intenté,
si te ofendí como a extraña;
y delinquir en el campo
no fue mucho, si llevara
anticipado el castigo
con mil flechas en el alma.
Tus quejas y mis disculpas
ésta son. La furia amansa.
Huya de tu hermoso cielo
la nube de tu desgracia;

que el cielo, el aire, la tierra
son testigos de mis ansias.
No hay quien dude mis verdades
sino tú, que eres la causa.
Ésta es mi mano de esposo;
y con disculpa tan clara,
o no niegues mi firmeza,
o confiesa tu mudanza.

LUCRECIA: (Aquí se casan sin duda.) **Aparte**

JUAN: (Aquí sin duda se casan.) **Aparte**
¿Saldré, Celia?

CELIA: No la enojas
cuando te importa obligarla.

*Sale el DUQUE con un ESCUDERO, y quédase
escondido a una parte del teatro tras el paño*

ESCUDERO: De aquí podéis aguardar
a que don Mendo se vaya.

Vase el ESCUDERO

ANA: Don Mendo, yo te confieso
que tu descargo es muy llano,
y que con darme la mano
puede cerrarse el proceso;
pero tu intento no tiene
remedio; ya me has perdido,
y resuelto el ofendido,
tarde la disculpa viene.

Digo que fue la intención
con que hablaste mal de mí
al duque, querer así
librarme de su afición;
mas fue público el hablar,
la intención oculta fue.
Si por lo escrito juzgué,
no te me puedes quejar.

Y agora te desengaña
de cuán malo es hablar mal
pues con ser la causa tal
y el fin tan bueno, te daña.

Por el mal medio condeno
el buen fin. Todo lo igualo;
en que verás que lo malo,
aun para buen fin, no es bueno.

Tu lengua te condenó
sin remedio a mi desdén.

A toda ley, hablar bien,
que a nadie jamás dañó.
Con esto, si eres discreto,
mudar intento podrás.

MENDO: ¿Resuelta en efeto estás?

ANA: Resuelta estoy en efeto.

MENDO: Mira lo que dices.

ANA: Digo
que es vana tu prevención.
porque ésta, resolución
es, don Mendo, no castigo.

MENDO: Ya lo que dice de ti
la fama creer es justo;
que informa de tu mal gusto
el aborrecerme a mí.

Del cochero que me hirió
se habla mal, y mal sospecho,
que tal brío en bajo pecho,
de tus favores nació.

ANA: Tente, no me digas más.
Yo estorbaré mis afrentas.
Por donde obligarme intentas
del todo me perderás.

El cochero que te hirió,
don Mendo, mostrarte quiero.
Bien podéis salir, cochero.

*Salen al teatro, y todos empuñan las espadas.
Don JUAN y doña LUCRECIA por un lado, y por otro el DUQUE.
Después, BELTRÁN y el CONDE*

JUAN: Yo soy el cochero.

DUQUE: Y Yo.

ANA: Caballeros, detenéos;
que a mí ese daño me hacéis.

DUQUE: Basta que vos lo mandéis.

JUAN: Serviros son mis deseos.

ANA: Éstos los cocheros son
por quien mi opinión se infama
y por quitar a la fama
de mi afrenta la ocasión,
le doy la mano de esposa
a don Juan.

Danse las manos

JUAN: Y yo os la doy.

CELIA: ¡Buena Pascua!

BELTRÁN: ¡Loco estoy!

Empuña el DUQUE contra don JUAN

DUQUE: Vuestra amistad engañosa
 castigaré.

JUAN: Detenéos;
 que yo nunca os engañé.
 Recato y no engaño fue
 encubriros mis deseos;
 que, si os queréis acordar,
 sólo os tercié para verla,
 y, en empezando a quererla,
 ya dejé de acompañar.

ANA: Y en fin, si bien lo miráis,
 el dueño fui de mi mano;
 y sobre mi gusto, en vano
 sin mi gusto disputáis.

 A don Juan la mano di,
 porque me obligó diciendo
 bien de mí, lo que don Mendo
 perdió hablando mal de mí.

 Éste es mi gusto, si bien
 misterio del cielo ha sido,
 con que mostrar ha querido
 cuánto vale el hablar bien.

MENDO: Antes sospecho que fue
 pena del loco rigor,
 con que, por ti, el firme amor
 de tu prima desprecié.

 Mas con llorar mi mudanza
 y gozar su mano bella,
 estorbaré su querella
 y mi engaño y tu venganza.

LUCRECIA: ¿Quién os dijo que sustenta
 hasta agora el alma mía
 vuestra memoria?

BELTRÁN: Él hacía
 sin la huéspeda la cuenta.

LUCRECIA: Vos hablastes, pretendiendo
 a doña Ana, mal de mí.

MENDO: ¿Yo a doña Ana mal de ti?

LUCRECIA: Las paredes oyen, Mendo.

 Mas, puesto que en vos es tal
 la imprudencia, que queréis
 ser mi esposo, cuando habéis
 hablando de mí tan mal,
 yo no pienso ser tan necia
 que esposa pretenda ser

de quien quiere por mujer
a la misma que desprecia;
y, porque con la esperanza
el castigo no aliviéis,
lo que por falso perdéis,
el Conde por firme alcanza.
Vuestra soy.

Da la mano al CONDE

MENDO: ¡Todo lo pierdo!
 ¿Para qué quiero la vida?
CONDE: Júzgala también perdida,
 si en hablar no eres más cuerdo.
BELTRÁN: Y pues este ejemplo ven,
 suplico a vuestras mercedes
 miren que oyen las paredes,
 y, a toda ley, hablar bien.

Fin de la comedia

Los Empeños De Un Engaño

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Personas que hablan en ella:

- **Don DIEGO, galán**
- **El MARQUÉS Fadrique, galán**
- **Don JUAN, galán**
- **CAMPANA, gracioso.**
- **Doña TEODORA, dama**
- **CONSTANZA, criada**
- **Doña LEONOR, dama**
- **INÉS, criada**
- **Don SANCHO, galán**
- **Un CRIADO**
- **Dos CORTESANOS, primos de un gentilhomme, don Sancho**

ACTO PRIMERO

Salen doña LEONOR e INÉS

LEONOR: ¿Quién será este forastero,
que tan falso y recatado
hace con tanto cuidado
de nuestra calle terrero?

INÉS: De esta casa el primer suelo
es primer cielo, señora,
de la luna de Teodora;
y el segundo es cuarto cielo
de tu sol, cuyo arbol
da al alba perlas que lllore;
y no es posible que adore
la luna, si ha visto el sol.

LEONOR: ¡Quién supiera la verdad
de sus intentos!

INÉS: Leonor,
¿es curiosidad o amor?

LEONOR: Agora es curiosidad,
y está en saber su intención
ser amor.

INÉS: Dame a entender
cómo puede proceder
de saberla, tu afición.

LEONOR: Si tocas de un instrumento
sola una cuerda, verás
que están mudas las demás,
si es disonante su acento;
más si alguna está en distancia
y en consonancia debida,
suena sin tocarla, herida
sólo de la consonancia
de aquella que se tocó;
que mostrar el cielo quiso
la virtud, en este aviso,
de la amistad. Así yo
tengo en tal punto templada
mi pasión, que si supiere
que este galán no me quiere,
será muda o será nada;
mas si adora mi favor,
tocado sólo del viento

de su consonante acento,
sonará también mi amor.

INÉS: Pues si logras este empleo,
de don Juan, ¿qué hemos de hacer?

LEONOR: Poco sentiré perder
lo que ganar no deseo.
Por concierto se ha tratado
conmigo su casamiento;
provecho, y no gusto, siento
en admitir su cuidado.

Y si el forastero es cierto
que me quiere y me merece,
noble, como lo parece,
donde hay amor no hay concierto.

INÉS: Pues de ese cuidado quiero
sacarte.

LEONOR: ¿Cómo?

INÉS: Un criado
que siempre, señora, al lado
he visto del forastero,
me hace señas, y en la calle
le vi agora; y pues estás
sola conmigo, si das
licencia, quiero llamalle.

LEONOR: Bien dices. Llámale, pues;
y porque venir podría
mi hermano, ponte en espía
en ese balcón, Inés.

INÉS: Ya conoces mi cuidado.

Vase INÉS

LEONOR: No con severo rigor
le niegues la dicha, amor,
a quien la ocasión has dado.
No siempre el dorado arpón
a costa de penas dé
los gustos.

Sale INÉS

INÉS: Ya le llamé,
y sube.

LEONOR: Ponte al balcon.
Amor tengo, y mucho amor,
pues tan turbada le espero.

Vase INÉS y sale CAMPANA

CAMPANA: (La dicha del forastero **Aparte**
me negoció este favor.
La mozuela se ha rendido
a las señas que le he hecho...
Pero, ¿qué miro? Sospecho
que en el puerto me he perdido.)

Quiere irse CAMPANA

LEONOR: Volved, mancebo.
CAMPANA: Venía...
LEONOR: No os turbéis; yo os he mandado
llamar.
CAMPANA: (Presto me ha faltado **Aparte**
la dicha que ya creía.)
¿No queréis que me turbara
luego que a veros llegué,
puesto que me deslumbré
de ver el sol cara a cara?
LEONOR: ¿Cómo os llamáis?
CAMPANA: Tengo el nombre
más hinchado y campanudo
que siendo de mujer, pudo
ponerse jamás con hombre,
y el que da cada mañana
a todo preste dormido
más enfadoso rüido.
LEONOR: Decid ya cuál, es.
CAMPANA: Campana.
LEONOR: ¿Quién es ese caballero
a quien servís?
CAMPANA: Claro está,
pues le sirvo, que será
mi amo.
LEONOR: Su nombre quiero
saber.
CAMPANA: Don Diego de Luna.
LEONOR: ¡Buena alcuña!
CAMPANA: ¡Y cómo buena!
Por ser de rayos tan llena,
tiene opuesta la Fortuna.
LEONOR: Pues no le conozco yo,
forastero le imagino.
CAMPANA: No es sino hijo de vecino
del lugar donde nació.
LEONOR: Ya me obligáis a pensar

que oculta prendas mayores.
CAMPANA: ¿Por qué?
LEONOR: Porque es de señores
traer consigo un juglar.
CAMPANA: Cuando imagino que os doy
gusto en esto, ¿os enfadáis?
LEONOR: Sí; que de burlas estáis
cuando de veras estoy;
y con ellas, porque quiero
abreviarlas, os diré
la ocasión por qué os llamé.
Decid a ese caballero
que quien este cuarto habita
es doña Leonor Girón,
cuya sangre y opinión
al sol mismo rayos quita;
que yo he de tomar estado
con hacienda y calidad,
con hermosura y edad
que a mil nobles da cuidado;
y que su mucho asistir
en esta calle, y mirar
a esta casa, puede dar
contra mi honor qué decir;
que su afición importuna
declare a quién solicita,
que a muchas desacredita,
sin obligar a ninguna;
y si, por ventura, es cierto,
como presumo, que adora
la belleza de Teodora,
lo dé a entender; que le advierto
que si constante porfía
ocultando la ocasión,
de las demás la opinión
aseguraré en la mía,
con dar a mi hermano cuenta
de mi ofensa y de su injuria,
porque con violenta furia
ponga remedio en mi afrenta.

Quiere irse doña LEONOR

CAMPANA: ¡Oíd, por Dios!
LEONOR: ¿Qué queréis?
CAMPANA: Pues de vuestro enojo ciego
al arcabuz distes fuego,
que la respuesta escuchéis;
que ya que os habéis llegado

tan de veras a enojar,
de plano he de confesar
al potro de vuestro enfado.

LEONOR: (Bien le he obligado a decir **Aparte**
la verdad sin declararme.)

CAMPANA: (El caso viene a obligarme, **Aparte**
por deslumbrarla, a mentir;
que así quiero la intención
de don Diego asegurar,
pues tanto importa ocultar
que es Teodora su afición.)
Don Diego, señora, os vio;
que en esto se cifra todo,
pues decir que os vio es el modo
de asegurar que os amó;
y si algún indicio ha dado
de amar a doña Teodora,
es disimulo, señora,
no verdad de su cuidado;
porque es tan alto sujeto,
el vuestro, que desconfía,
y si amarlo es osadía,
no publicarlo es respeto.

LEONOR: (Cierta es mi dicha.) **Aparte**

CAMPANA: Y me admira
que, si en el terso cristal
vuestro hermoso original
tal vez su retrato mira,
ofensa hagáis semejante
a don Diego en presumir
que no sabrá distinguir
del amatista el diamante.
A pesar del sufrimiento,
no os ha dicho su pasión;
que si ha tenido ocasión,
le ha faltado atrevimiento;
mas si cobarde ha callado,
ya no os temerá crüel;
que, pues las partes que en él
habéis visto os dan cuidado,
las que ignoráis, con razón
esperan vuestros favores;
que dibujos exteriores
bosquejos del alma son;
que en calidad y valor,
en discreción y prudencia,
poderle hacer competencia
es la ventaja mayor;
y tanto...

LEONOR: ¡Tened! Decis

que las partes que en él veo
me dan cuidado, y deseo
saber de que lo inferís.

CAMPANA: De que llamarme habéis hecho,
y de que me preguntáis
quién es, y solicitáis
saber quién le abrasa el pecho.
Todo esto muestra cuidado;
y pues que de él no sabéis
mas partes de las que veis,
ellas son las que os le han dado.

LEONOR: De lo que os he dicho yo,
que me da, habéis de inferir,
su asistencia qué sentir;
que cuidar sus partes, no.

CAMPANA: Si no os pareciesen buenas,
ni os diera, señora mía,
qué recatar su porfía,
ni qué imaginar sus penas;
y así, sus méritos son
causa en vos de esos efetos;
que los indignos sujetos
no merecen atención.

LEONOR: Al fin, ¿por fuerza queréis
que confiese amarle?

CAMPANA: Quiero
que entendáis que yo lo infiero,
no que vos lo confeséis;
que publicar sus cuidados
a la primer diligencia
las señoras, es licencia
de poetas mal mirados,
que escriben, aunque les sobre
la ventura, sin decoro;
mas no de aquellos que el oro
saben distinguir del cobre.
Y así, por no ocasionaros
a incurrir en semejantes
indecencias, me voy antes
que lleguéis a declararos,
pues no poco por agora
mi señor ha conseguido,
supuesto que habéis sabido
que sois vos la que él adora;
y si luego en su ventura
vuestro amor se declarara,
la liviandad apagara
lo que encendió la hermosura.

Vase CAMPANA

LEONOR: ¡Que bien hizo en refrenarme!
 Que según estoy, no fuera,
 si un punto se detuviera,
 posible no declararme.

Sale INÉS

INÉS: ¿Qué tenemos?
LEONOR: Que he vencido.
 El forastero es mi amante.
INÉS: ¿Luego tu amor consonante
 su criado habrá entendido?
LEONOR: Aunque la lengua ocultó
 cuanto pudo mis enojos,
 en las voces de los ojos
 la consonancia entendió.
INÉS: Los celos entran agora
 de don Juan y del Marqués.
LEONOR: El secreto importa, Inés;
 que aunque es mi amiga Teodora,
 es hermana de don Juan,
 y solicita su gusto;
 y darle a entender no es justo
 que he admitido a otro galán.
INÉS: Es verdad, y fuera bien
 advertirlo al forastero
 y a su criado.
LEONOR: Yo infiero
 que es excusado, pues quien
 tanto ha ocultado su amor
 a quien lo ha de remediar,
 a quien lo puede estorbar
 sabrás ocultarlo mejor.
 Mas nunca la prevención
 dañó. Toma el manto, Inés,
 y tú, pues ciega me ves,
 puedes con esa ocasión,
 como que sale de ti,
 por no ofender mi decoro,
 darle a entender que le adoro,
 y ofrecerle que de mí
 alcanzarás que le dé
 audiencia esta noche.
INÉS: Piensa
 que tu gusto, sin ofensa
 de tu opinión, dispondré.

Vanse doña LEONOR e INÉS. Salen con DIEGO, de color, y el MARQUÉS

MARQUÉS: Digo, pues, que en esta calle
vive preso mi cuidado;
nunca a pisarla he llegado
que en ella también no os halle.
Pesárame de encontrarme
con vos; y pues yo, don Diego,
que con la demanda llego
soy quien debo declararme,
sabad que quien me atormenta
es doña Leonor Girón;
su oriente es aquel balcón,
del sol venturosa afrenta.
Allí vivo y allí muero,
ella es el norte que sigo;
desde Flandes sois mi amigo...

DIEGO: No dígáis mas; que no os quiero
permitir ese cuidado;
que de él os debo sacar
brevemente, por pagar
el que a mí me habéis quitado.
Otra hermosura, Marqués,
adoro, cuyo preceto
me obliga a guardar secreto.

MARQUÉS: No importa saber quién es,
pues con eso voy de vos
satisfecho y obligado.

DIEGO: Vivir podéis confiado
de mi amistad.

MARQUÉS: Guárdeos Dios.

Vase el MARQUÉS

DIEGO: Siendo publico el efeto,
ser secreta la ocasión,
dar a entender la afición
y desmentir el sujeto,
¿cómo puede ser, Teodora?
Y, ¿cómo puede dejar
de asistir y de obligar
quién recela y quien adora?

Sale CAMPANA

CAMPANA: Bien puedes darme, señor,
albricias.

DIEGO: ¿De qué, Campana?

CAMPANA: De que tiene tu amor llana
la dificultad mayor;
que doña Leonor Girón,
que ha notado tus paseos,
me llamó, y de tus deseos
me preguntó la ocasión;
y yo, como la vi mía,
la logré, y le dije que ella
era la candida estrella
que en el mar de amor te guía.

DIEGO: Mal has hecho.

CAMPANA: ¡Bueno es eso!

DIEGO: Echado me has a perder.
Ya no es posible tener
en mi afición buen suceso.

CAMPANA: Cuando imaginé que había
hecho más que si pusiera
una española bandera
en un muro de Turquía,
¿me das ese galardón?

DIEGO: Si; que a Teodora perdí.

CAMPANA: Entremos en cuenta aquí
y estemos a la razón.
Tú dices que te conviene
que nadie entienda que adora
tu ardiente pecho a Teodora,
porque, supuesto que tiene
su hermano tan gran poder,
por su sangre y su dinero,
y eres pobre y forastero,
si lo llegase a saber
primero que tu esperanza
logres con Teodora bella,
recelas en ti y en ella
el remedio y la venganza;
y por esto me has mandado
hacer, trazar y fingir
cuanto no fuere decir
que es Teodora tu cuidado.
¿Es todo esto así, señor?

DIEGO: Todo es así.

CAMPANA: Escucha agora.
Si has de seguir a Teodora
y disimular su amor,
si a su casa noche y día
has de asistir y mirar,
y esto no se ha de ocultar,
¿qué mejor traza podía
haber dado, que fingir
que es Leonor la que te abrasa

pues vive en su misma casa?
Y junto con desmentir
sospechas, si viene a darte
entrada en ella, podrás
ver a Teodora, y saldrás,
si ambas están de tu parte,
del riesgo en que estás agora,
obligadas de tu amor,
con el engaño Leonor,
y con la verdad Teodora.

DIEGO: Y en llegando a colegir
Leonor que a Teodora quiero,
dime tú, ¿qué fin espero?
Que mal se le ha de encubrir
siendo su vecina.

CAMPANA: Mira,
pasar con facilidad
la mentira por verdad,
y la verdad por mentira;
que ella ya lo ha presumido
y yo le he dicho, señor,
que por encubrir su amor,
el de Teodora has fingido.

DIEGO: ¿Que lo cierto ha sospechado?

CAMPANA: Y de suerte lo afirmé,
que si engañándola yo
no la hubiera deslumbrado,
ésta sin duda es la hora
que te diera por perdido,
porque lo hubiera sabido
don Sancho, que es de Teodora
amante, su mano espera;
y, con esto, en el honor
le toca, y así Leonor,
su hermana, se lo dijera.

DIEGO: Dices bien e hiciste bien.

CAMPANA: ¡Gloria a Dios! Asegurate,
y, como dicen, sangrarte
en salud, será también
acertado, y prevenir
a Leonor, si hay ocasión
de hablarla, que la afición
fingida has de proseguir
con Teodora; que supuesto
que los dos le habéis de dar
por puntos qué sospechar,
la asegurarás con esto.

DIEGO: Sí; pero falta que aplique
remedio a un nuevo cuidado,
supuesto que he asegurado

hoy al marqués don Fadrique
de que a Leonor no pretendo,
de quien él es ciego amante.

CAMPANA: Esto es lo mas importante
al fin que vas previniendo,
pues te dispone su amor
lo mismo que tu pudieras
desear; que cuando quieras
desengañar a Leonor,
lo fundaras con razon
en los celos del marqués,
pues de un poderoso es
vitoria la pretensión.

DIEGO: No está la dificultad
en eso; la del marqués
siento sólo.

CAMPANA: No lo es,
supuesto que la verdad
llevas, señor de tu parte;
y debajo de secreto,
si te vieres en aprieto,
puedes con él declararte;
que mientras los casos dan
remedio más importante,
vivir y trampa adelante,
es en la corte refrán.

DIEGO: Fuerza es, al fin, por agora
proseguirlo; que mi amor
si desengaña a Leonor,
se declara por Teodora;
que es lo que estoy recelando.

*Vase don DIEGO. Sale INÉS, con manto, tapada
y haciendo señas con la cabeza que la sigan*

INÉS: Ya me han visto.

CAMPANA: Una tapada
salió de allá, y recatada
por señas nos va llamando.

DIEGO: Sigámosla, pues que Amor
me dice que es mensajera
de Teodora.

CAMPANA: Mas, ¿qué fuera
si lo fuese de Leonor?

*Vanse todos. Salen don JUAN, de camino, doña TEODORA, don
SANCHO, y CONSTANZA a la sala*

JUAN: Hermana, don Sancho queda,
 mientras vuelvo, en mi lugar,
 ya que no puedo excusar
 la partida.

SANCHO: En cuanto pueda,
 procuraré que Teodora
 no os eche menos.

JUAN: Mirad
 que os toca su honor.

SANCHO: Fíad
 de lo que mi fe la adora,
 su regalo y mi asistencia;
 que en lo que toca a su honor,
 suplir sabrá su valor,
 mejor que yo vuestra ausencia.

Don JUAN habla aparte a doña TEODORA

JUAN: Dame los brazos, y advierte
 sólo que me va la vida
 en hallarte reducida,
 cuando vuelva, hermana, a verte,
 a ser de don Sancho esposa;
 pues trocando solamente,
 a mi firme amor consiente
 que goce a Leonor hermosa.

TEODORA: El cielo os traiga a mis ojos
 con salud.

Llora

JUAN: Sancho, adiós.

Vase don JUAN

SANCHO: Él quiera que de los dos
 cesen, don Juan, los enojos
 cuando del Betis volváis
 a Manzanares. Teodora,
 no lloréis si de la aurora
 ser afrenta no intentáis,
 ni agravéis mi fe constante
 con sentimiento tan vano,
 si las penas de un hermano
 puede aliviar un amante.

TEODORA: Yo estimo, como es razón,
 las mercedes que me hacéis.

(Mas las lagrimas que veis, **Aparte**
no nacen del corazon;
 que para hablar a don Diego
deseaba la partida
de don Juan.)

SANCHO: (Contra una vida,
 ¿no basta de amor el fuego?
 Y la rabia de un desdén,
 ¿no basta, sagrados cielos,
sin que en sospechas y celos
se abraze el alma también?
 Un forastero galán
a estas rejas he encontrado
mil veces; y mi cuidado,
pues la ausencia de don Juan
 al suyo dará osadía
mas libre, ha de ser agora
centinela de Teodora,
y del forastero espía.)

Sale CONSTANZA

CONSTANZA: Tus primos te están, señor,
 aguardando.

SANCHO: A hacer vendrán
las cuentas. (Mas no me dan **Aparte**
los cuidados de mi amor,
 que tan celoso se ve,
licencia para olvidalle;
y más cuenta con la calle
que con las cuentas tendré.)
 Teodora, adiós; y más perlas
no vertáis; que ofenderéis
a mi amor si las vertéis
mientras no puedo cogerlas.

Vase don SANCHO

TEODORA: ¡Qué pesado es un amante
aborrecido! Constanza,
siglos tardó la esperanza
de este venturoso instante;
 que desde el ultimo día
que en Sevilla al ausentarme
le vi, no ha podido hablarme
don Diego.

CONSTANZA: Saber querría,
 si te alegró el ver partir

a tu hermano, ¿cómo tanto
pudo en los ojos el llanto
el corazón desmentir?

Que en una causa no más
contrarios efectos son.

TEODORA: Oye una comparación,
Constanza, y lo entenderás.

El leño que aun no el verdor
del fértil tronco ha perdido,
por un extremo encendido,
por el otro vierte humor.

Yo estaba llena de enojos
y así mi pecho, al entrar
el gusto, arrojó el pesar
en lágrimas por los ojos.

A don Diego es menester
dar aviso de la ausencia
de don Juan.

CONSTANZA: Tu diligencia
puede la suya ofender.

Excusado es avisalle
de lo que su amor le avisa;
que de la aurora la risa
llorando le halló en la calle.

Mas Leonor viene.

Sale doña LEONOR

LEONOR: Teodora,
¿estás muy triste?

TEODORA: Don Juan
es mi hermano y mi galan;
dos males el alma llora.

LEONOR: Para aliviarlos me ordena
don Sancho que de tu lado
no me aparte.

TEODORA: Ese cuidado
es aumento de mi pena.
(¡Que nunca falten al bien **Aparte**
azares!)

LEONOR: Con este intento
me manda que en tu aposento
pase las noches también.

TEODORA: Yo lo estimo. (Sus desvelos **Aparte**
entiendo; con esta traza
quiere guardarme, y disfraza
con mi lisonja, sus celos.)

LEONOR: (Parece que le ha pesado; **Aparte**
y esto, y saber que desdeña

tanto a don Sancho, me enseña
que otro amor le da cuidado;
y me importa que conmigo
se declare, por poder
declararme yo, y tener,
para el nuevo amor que sigo,
ocasión, pues he de estar
en su cuarto; y si mi ciego
amor le oculto, don Diego
no me ha de poder hablar;
y de la noche pasada,
que por el balcón me habló
y de ambas partes quedó
nuestra afición declarada,
estoy gustosa de suerte,
y tan del todo rendida,
que los instantes de vida
sin él, son siglos de muerte.)

Teodora, ya la ocasión
llegó en que es bien que deshagas
los agravios con que pagas
mi verdadera afición;
que en tus suspiros, amiga,
en tus ansias y tristezas,
y en despreciar las finezas
con que mi hermano te obliga,
en tu pecho he conocido
algún oculto cuidado;
y ya, aunque haberlo fiado
de mi fe no hayas querido,
por fuerza lo he de saber
estando en tu compañía.
Haga pues la cortesía
lo que la fuerza ha de hacer;
que la palabra te doy
de estar siempre de tu parte, o
si no basta a asegurarte
mi amistad, siendo quien soy.

TEODORA: ¿Yo, Leonor, otro cuidado?

LEONOR: Mujer soy y mujer eres;
no lo niegues, si no quieres
una enemiga a tu lado;
que si conmigo enmudeces,
con falso pecho me tratas;
y, si amiga te recatas,
enemiga me mereces.

TEODORA: (¿Qué he de hacer? ¿Puede dañarme **Aparte**
Leonor más, si declarada
la obligo, que si agraviada
la dejo con recatarme?)

¿No sabe ya que a su hermano
aborrezco? ¿No sospecha
la causa? Si ve la flecha,
¿por que le oculto la mano?

Para verme con don Diego
he esperado esta ocasión;
y cuando ya el corazón
no es capaz de tanto fuego,

¿no tengo de gozar della?
Pues si la pierdo callando
de conocido, y hablando
me arriesgo sólo a perdella,

¿qué tengo que recelar,
si entre hablar y enmudecer,
callando es cierto perder,
y hablando puedo ganar?

Y pues, por más que lo impida,
ha de saberlo, mejor
me está que sepa mi amor
obligada que ofendida.)

Ya, mi Leonor, ya no es justo
dejarte de declarar
mi pecho, por descansar,
cuando no por darte gusto.

Sabe que yo tengo amor
a un gallardo caballero...
Qué poco he dicho! ¡Que muero,
amiga, diré mejor

por el joven más galán
que al amor gastó saetas,
sin que a mis ansias inquietas
el respeto de don Juan

y de don Sancho el intento
hayan, Leonor, permitido,
que hablándole, haya podido
dar alivio a mi tormento!

Ésta es de mi confusión
la causa, y de que tu hermano
conquistó mi pecho en vano;
ésta, Leonor, la ocasión,
y el de ocultarla de ti;
y haberme tú asegurado,
siendo quien eres, la ha dado
para decírtela aquí.

LEONOR: Teodora, ya me obligué,
pues te ofrecí mi favor,
y no tendrá en ti tu amor
más alientos que en mi fe.

TEODORA: Dios te guarde; que de ti
mucho más, Leonor, confío;

y ya que del pecho mío
la mejor porción te di,
sólo que guardes secreto...
Y si presumiere acaso
del amor en que me abraso,
por indicios el sujeto
don Sancho, amiga, te pido
que le deslumbres, pues ves
el peligro de los tres;
porque don Juan ofendido,
ciego mi amante, y celoso
don Sancho, ¿qué desventura
no sucederá?

LEONOR: Segura
corre a tu fin amoroso;
que la vida me verás
perder antes que el secreto
descubra que te prometo.

TEODORA: A mí, Leonor, me la das.
Pero, dime, ¿ya salió
tu hermano de casa?

LEONOR: Agora
en su escritorio, Teodora,
con mis primos se encerró
a hacer unas cuentas.

TEODORA: ¿Luego
tendré seguro lugar
de hablar al que adoro, y dar
dulce alivio a tanto fuego?

LEONOR: Bien puedes; que todo el día,
sin duda, habrán de ocupalle.

TEODORA: Pues llega, si está en la calle,
Constanza, a esa celosía,
y hazle señas.

CONSTANZA: Cualquier seña
a su amor le bastará;
que es lince, y no perderá
de vista la más pequeña.

Vase CONSTANZA

LEONOR: (Ya he conseguido mi intento; **Aparte**
que empeñada así Teodora,
segura le puedo agora
confiar mi pensamiento.)

Vuelve CONSTANZA

CONSTANZA: Ya viene.

LEONOR: Quiero dejarte
gozar a solas tu amor.

TEODORA: Tú no embarazas, Leonor;
fuera de que para darte
disculpa, si la deseas,
de mi loco desvarío,
quiero que del dueño mío
las bizarras partes veas.

LEONOR: Y lo haré; pero no es justo
impedir como testigo;
que el testigo más amigo
quita licencias al gusto.
Oculta en este aposento
le veré sin estorbar.

TEODORA: Bien te puedes retirar,
Leonor, que sus pasos siento.

LEONOR: (¿Cuándo con mi forastero **Aparte**
gozaré dichas iguales?)

*Éntrase doña LEONOR en el cuarto, y deja
entornada la puerta*

TEODORA: ¡Cuántas penas, cuántos males
troqué a la gloria que espero!

Salen don DIEGO y CAMPANA a la antesala

CAMPANA: ¿Si te habrá visto Leonor
entrar?

DIEGO: Con ella asenté,
cuando esta noche la hablé,
que le he de mostrar amor
a Teodora.

CAMPANA: Limitar
importa las ocasiones;
que muchas demostraciones
la pueden desengañar.

*Don DIEGO y CAMPANA pasan a la sala, y doña LEONOR
entrebrea la puerta del aposento*

DIEGO: ¡Señora! ¿Quién a la suerte
debió gloria tan crecida?

TEODORA: Pues llegó hasta aquí la vida,
despreciar puedo la muerte.

LEONOR: (¿Que es don Diego a quien adora?) **Aparte**

TEODORA: ¡Que te veo!
LEONOR: (Yo creía **Aparte**
que don Diego lo fingía;
que no le amaba Teodora.)
TEODORA: ¡Cuánto me cuestas!
DIEGO: ¡Y cuanto
he padecido por ti,
mi bien!
LEONOR: (Licencia le di **Aparte**
de fingir; pero no tanto.)
DIEGO: ¿De qué te turbas? ¿Qué es esto?
TEODORA: Pasos siento en la escalera,
y ser don Sancho pudiera.
Constanza...
CONSTANZA: ¿Señora?
TEODORA: Presto,
cierra a ese cuarto la puerta.
CONSTANZA: Tarde tu temor me avisa;
que el recibimiento pisa
don Sancho ya.
TEODORA: ¡Yo soy muerta!
CAMPANA: ¿No dije yo?...
TEODORA: ¡A ese aposento
presto os retirad los dos!
DIEGO: ¿Yo?
TEODORA: ¡No repliques, por Dios,
que me va el honor!
DIEGO: Tu intento
cumpliré, porque de suerte
miro, señora, tu honor,
que ha de hacer en mí valor
lo que no hiciera la muerte.

***Retíranse don DIEGO y CAMPANA al aposento donde
está Leonor***

TEODORA: ¡Que de tormentos me dan
con cada gusto los cielos!

Sale don SANCHO a la sala

SANCHO: No fueron vanos mis celos.
¿Apenas partió don Juan,
cuando ya a nuestras afrentas
las puertas abres, Teodora?

***Están doña LEONOR, don DIEGO y CAMPANA en el
aposento***

LEONOR: ¡Falso don Diego!
DIEGO: ¡Señora!
CAMPANA: (¡Éstas son otras quinientas!) **Aparte**
DIEGO: ¿Aquí estabas?
LEONOR: ¡Sí, traidor!
DIEGO: (¿Hay tal desdicha?) **Aparte**
CAMPANA: No den
 tus labios, por fingir bien,
 ese nombre a mi señor.
LEONOR: ¿Esto es fingir?
DIEGO: Claro está.
CAMPANA: O ha de ser del mismo paño
 de la verdad el engaño,
 o el remiendo se verá.
DIEGO: No mostrándole afición,
 ¿cómo pudiera engañarla?
LEONOR: O no habéis de requebrarla
 o ha de acabar la invención.
DIEGO: Ley es tu gusto, Leonor.
TEODORA: Mirad, don Sancho...
DIEGO: En tu mano
 fundo mi bien.
SANCHO: Vuestro hermano
 dejó a mi cargo el honor
 de esta casa.
CONSTANZA: (¿Hay mas extraña **Aparte**
 confusión?)
TEODORA: (¡Yo soy perdida!) **Aparte**
CAMPANA: (Ya ha quedado persuadida. **Aparte**
 ¡Lo que el propio amor engaña!)
SANCHO: ¿Y mis celos?

*Salen dos cortesanos, PRIMOS de don Sancho, a la
 antesala*

PRIMO 1: Demudado
 tomó la espada y salió.
PRIMO 2: Desde que entré, le vi yo
 divertido y alterado,
 puesto el cuidado en la calle.
PRIMO 1: Eso me le ha dado a mí;
 que es deudo nuestro; y de aquí
 hemos de ver si importalle
 podemos algo.
SANCHO: Él entró;
 que yo le vi, y no ha salido:
 tú le tienes escondido;

con que se verificó

Mete mano

mi agravio y el de tu hermano.

TEODORA: ¿Qué hacéis? ¡Mirad...!

SANCHO: ¡Vive Dios,
que he de vengar a los dos...!

DIEGO: ¡Eso fuera si esta mano
no gobernara este acero!

***Sale don DIEGO del aposento, hace frente a don SANCHO y
se acuchillan***

PRIMO 1: ¡Esto es fuerza!

***Pasan de la antesala a la sala los PRIMOS, y
pónense al lado de don SANCHO y riñen. Salen
del aposento doña LEONOR y CAMPANA***

LEONOR: ¡Ay, desdichada!

TEODORA: ¡Muerta soy!

CAMPANA: Espada a espada
riñe quien es caballero.

DIEGO: Herido estoy. No es hazaña
darme, don Sancho, la muerte
con ventaja.

TEODORA: ¡Triste suerte!

SANCHO: Yo os la diera en la campaña
solo; que solo emprendió
vuestro castigo mi acero.

TEODORA: ¡Don Sancho, tened!

LEONOR: (¿Qué espero **Aparte**
Que si él muere, muero yo.)

TEODORA: Ved que con vuestra venganza
queda mi opinión perdida.

LEONOR: (Arriesgar quiero la vida **Aparte**
por tan dichosa esperanza.)

¡Hermano, no le matéis!

¡Primos, valedme! ¡Mirad,
que es mi esposo!

PRIMO 1: ¡Refrenad,

Atajándole

don Sancho, el furor!

SANCHO: ¿Qué hacéis?
 ¡Dejadme!

Cae don DIEGO en una silla

DIEGO: Tarde ha venido
 vuestra fineza, Leonor;
 que yo muero.

PRIMO 1: ¿No es mejor
 que deis a Leonor marido
 que hacer afrenta a los dos?

LEONOR: Don Diego de Luna, hermano,
 puede, honrarme con su mano;
 que es tan bueno como vos.

TEODORA: (¡Guárdente, Leonor, los cielos! **Aparte**
 No me atrevo a interceder;
 que a don Sancho han de encender,
 más que su ofensa, mis celos.)

SANCHO: (Pues satisface la injuria **Aparte**
 de Leonor siendo su esposo,
 y de mi incendio celoso
 con esto cesa la furia,
 el remedio a la venganza
 prefiero.) Ved si a la vida
 ha dado puerta la herida.

CONSTANZA: Aun da su aliento esperanza
 de vivir.

SANCHO: Primos, partid
 a buscar un cirujano.

PRIMO 1: Yo voy a buscar la mano
 más dichosa de Madrid.

Vase el PRIMO 1

CAMPANA: Un confesor le llamad;
 que está expirando.

PRIMO 2: Yo voy.

Vase el PRIMO 2

TEODORA: ¡Qué desdicha!

LEONOR: ¡Muerta soy!

SANCHO: A mi cuarto le llevad
 que en él es bien que se cure,
 pues es de Leonor esposo;
 y de este caso es forzoso
 que el secreto se asegure.

CAMPANA: De su vida desespero;
que está muerto en lo pesado.
TEODORA: (Él muere por desdichado **Aparte**
y yo por amante muero.)
LEONOR: Campana, con paso lento,
en movimiento süave
le lleva, porque no acabe
de matarle el movimiento.
TEODORA: En todo muestras, Leonor,
que es tu amistad verdadera.
LEONOR: (¡Ay de mi! Mejor dijera **Aparte**
que es verdadero mi amor.)
SANCHO: De honor y celos, Teodora,
los excesos perdonad.
TEODORA: En vano espera piedad
quien ofende a la que adora.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

*Sale INÉS huyendo de
CAMPANA*

CAMPANA: ¡Inés!
INÉS: ¡A Consntanza hablabas,
traidor!
CAMPANA: Le estaba pidiendo...
INÉS: ¿Que?
CAMPANA: Que me echase un remiendo.
INÉS: ¿Por qué no me lo encargabas?
CAMPANA: Porque eres tú mi cuidado,
no quise que lo supieras;
que por dicha no quisieras
un amante remendado.
INÉS: No es buen modo de excusarse,
supuesto que es tan sabido
que un bellacón tan rompido
ha menester remendarse.

Vase INÉS

CAMPANA: Ya le da pena mi amor.
No hay mejor madurativo
para el pecho más esquivo
que darle celos.

*Sale don DIEGO, sín espada y con
muletilla*

Señor,
ya--¡gloria a Dios!--con salud
te ves.

DIEGO: ¡Al cielo pluguiera
que el piadoso lecho hubiera
sido fúnebre ataúd!
¡Ay, Campana, cuál me veo
en un proceloso mar
de inconvenientes!

CAMPANA: Nadar
al puerto de tu deseo,
mientras durare la vida,
con sufrimiento y valor,
es lo que importa, señor;
que en la empresa más perdida,
le resta imperio a la suerte
y a la fortuna mudanza.
La vida todo lo alcanza,
todo lo acaba la muerte,
y si te causa impaciencia
el vivir, cosa es morir
que se puede conseguir
con muy poca diligencia;
pero vive, aunque no aguardes
vencer tu enemiga suerte,
que valerse de la muerte
es remedio de cobardes.
Anímate, y ve diciendo
uno y otro inconveniente,
y verás qué fácilmente
voy a todos respondiendo.

DIEGO: Huésped de don Sancho soy,
y que a su hermana la mano
he de dar tengo por llano,
y ya con salud estoy;
con que si hasta aquí el efeto
por enfermo he suspendido,
ya es fuerza ser su marido
o descubrir el secreto.

Casarme con ella es
imposible; que a Teodora
pierdo, a quien mi pecho adora,
y la fe rompo al Marqués.

Declararme y no casarme
es darle, con una ofensa
y un desaire, recompensa
a Leonor, que por librarme,
arriesgando condolida
vida y honor, me dio allí
nombre de esposo, y debí
a su fineza la vida,
y después a su cuidado;
y de que soy su marido,
porque en su casa he vivido,
la opinión se ha confirmado.

Tantos los empeños son
en que un engaño me ha puesto;
mira si alcanzas con esto
remedio a mi confusión.

CAMPANA: Vesle aquí. Pues de mil modos
te cercan riesgos tan grandes,
toma postas, vete a Flandes,
y escaparás de todos.

DIEGO: ¡Buen consejo me propones!
Pretendo lograr mi amor
con Teodora, y con Leonor
cumplir mis obligaciones,
y del uno y otro extremo
dudo en cuál arriesgo más,
¿y por remedio me das
los mismos daños que temo?
¿Fuera acción de quien soy, di,
que las espaldas volviera,
sin que cara a cara diera
yo satisfacción de mí?

CAMPANA: Pues desengaña a Leonor.

DIEGO: Bien quisiera; mas, ¿qué labios
podrán pronunciar agravios
a que mi engaño y mi error
dio tan injusta ocasión?

CAMPANA: El refrán te lo declara--
más vale vergüenza en cara,
que mancilla en corazón.

DIEGO: ¡Ay de mí! Pues el tormento
no me mata, o yo estoy loco,
o es mi sentimiento poco,
pues cabe en él sufrimiento.

Salen doña LEONOR e INÉS

LEONOR: ¡Don Diego! ¡Señor! ¿Qué es esto?
DIEGO: Éstos son rayos, Leonor,
 de la nube de un error
 que en ciega noche me ha puesto.
LEONOR: ¿Qué noche o qué error?
DIEGO: Supuesto
 que el desengaño, señora...
LEONOR: A entenderos llego ahora;
 confuso estáis y penoso,
 viendo que es ya tan forzoso
 desengañar a Teodora...
CAMPANA: (¡Buenas noches nos dé Dios!) **Aparte**
LEONOR: Yo lo haré; no os dé cuidado.
CAMPANA: (Con eso queda enmendado.) **Aparte**
DIEGO: Mirad, señora, que vos...
LEONOR: No temáis que de los dos
 querellosa ha de quedar;
 que yo lo sabré trazar.

CAMPANA habla aparte con su amo

CAMPANA: ¿Qué es de tu valor, señor?
 ¡Habla!
DIEGO: Por tener valor,
 Campana, no puedo hablar.
INÉS: Teodora viene.
CAMPANA: (Aquí es ello. **Aparte**
 De esta vez, que la tramoya
 descubre, se abrasa Troya.)
DIEGO: (Mil cuchillos, de un cabello **Aparte**
 pendientes, mi triste cuello
 amenazan.)

Sale doña TEODORA

TEODORA: Mi Leonor,
 mil gracias te da mi amor
 por mí y mi dueño querido,
 pues a tu fe hemos debido,
 él la vida y yo el honor.
 Tan bueno y galán os veo,
 que juzgo, bien de mi vida,
 que os dio más salud la herida,
 la enfermedad más aseo;
 mas tal mano y tal deseo
 en restauraros, ¿qué haría

si para que cada día
dé la edad pasos atrás,
es la hermosura no más
la mejor filosofía?

¿Pero qué es esto, don Diego?
¿No me habláis? ¿Tan mesurado,
suspenso, triste y callado,
nieve sois a tanto fuego?

DIEGO: ¡Ay, Teodora, que me anego!
¡Ay, que entre una y otra roca
mi confuso pecho toca
ya el cielo, ya las arenas,
y las olas de mis penas
matan la voz en la boca!

TEODORA: Dueño de mi pensamiento,
si son de esas tempestades
causa las dificultades
opuestas a nuestro intento,
vuestra soy, cobrad aliento.
Al puerto anhelad seguro,
que si la vida aventuro,
rayos dará la verdad,
que en clara tranquilidad
cambien el nublado obscuro.

Ya del peligro el aprieto,
y ya el rigor de las penas
a quebrantar las cadenas
nos obligan del secreto.
Don Sancho es noble y discreto,
la verdad sepa; y Leonor,
pues su amistad y su amor
lo aseguran, con su mano,
cuando lo sepa mi hermano,
mitigará su furor.

LEONOR: Teodora, Teodora, advierte
que es muy otro estado ya
el que a nuestras cosas da
la violencia de la suerte.
En evitar yo la muerte
de don Diego, en honestar
la ocasión, en ocultar
tu amor, y en haberle hallado
solo conmigo encerrado,
tú no me puedes culpar.

TEODORA: Es verdad que fuerza ha sido,
no culpa.

LEONOR: Juzga con esto
el empeño en que me ha puesto
quien después acá ha tenido
el nombre de mi marido

en mi casa y a mi lado,
y si queda restaurado
en la opinión popular,
mi honor, sólo con quedar
mi hermano desengañado.

TEODORA: ¿Qué quieres decir en eso?

LEONOR: Que mires cómo daré
sin que él la mano me dé
a mi fama buen suceso.

TEODORA: Harásme perder el seso

CAMPANA: (Ya ha reventado la mina.) **Aparte**

TEODORA: ¿Tal dice, tal imagina,
tan fina amiga, Leonor?

LEONOR: No obliga contra el honor
la ley de amistad más fina.

TEODORA: ¿Esto escucho, y de mis celos
no me enloquece la furia?
¿Así la amistad se injuria?
¿Así se ofenden los cielos?
¿Cómo ardientes Mongibelos,
cielos, no multiplicáis?
¿A qué delitos guardais
de los rayos vengadores
las iras, si los traidores
amigos no fulmináis?

LEONOR: Ni los cielos he ofendido,
ni mi amistad es aleve;
que quien hace lo que debe,
Teodora, no ha delinquido.

TEODORA: Bien dices; lo que has debido
has hecho; justa venganza
tomas, pues mi confianza
funde en tu firmeza mal,
sabiendo que es natural
en la mujer la mudanza.

No des color mentiroso
de honor a lo que es amor,
pues diera al mundo tu honor
desengaño tan forzoso
con ser don Diego tu esposo;
y pues mi razón adviertes,
si me costase mil muertes
no has de conseguir tu gusto.

CAMPANA: Sobre la mano del justo
echan rayos, que no suertes.

TEODORA: Pero vos, ¿Cómo tenéis
en dura prisión los labios?
¿Vos escucháis mis agravios,
don Diego, y enmudecéis?
Sin duda a Leonor queréis;

mudado habéis pensamiento.

DIEGO: Ya se acabó el sufrimiento;
que si mi fe desconoces,
hará que la diga a voces
la violencia del tormento.

Tuya es el alma, Teodora,
y tuya ha de ser la mano;
que Leonor obliga en vano
a quien por dueño te adora,

LEONOR: ¿Que escucho, cielos?

CAMPANA: (Agora **Aparte**
entra el papel de Leonor.)

LEONOR: Eso debistes, traidor,
decir, cuando vuestros labios
dieron causa a estos agravios,
solicitando mi amor.

TEODORA: ¿Qué dices?

CAMPANA: (Vertió el poleo.) **Aparte**

INÉS: (¡Ya escampa la tempestad!) **Aparte**

TEODORA: Díme, Leonor, la verdad.

LEONOR: Que engañaba tu deseo
dijo...

TEODORA: ¡Oh, falso!

LEONOR: Y que su empleo
era verdadero en mí.
Si no merezco de tí
credito por mi nobleza,
infórmeme la fineza
con que la vida le di.

TEODORA: Dices verdad.

DIEGO: Fue fingido
mi amor.

LEONOR: Si lo fue el amarme,
no lo ha sido el obligarme
y haberos favorecido.

TEODORA: ¿O verdadero o mentido
haya sido, ya a Leonor
obligastes; ya traidor
emprendistes mis agravios;
que es negarla con los labios
delito en la fe de amor.

DIEGO: Si me escucháis la ocasion,
satisfecha quedaréis.

TEODORA: ¿Qué he de escuchar, si me habéis
confesado la traición?
Cuando haya sido ficción,
y no verdad el amarla,
¿cómo podéis disculparla
habiéndomela ocultado,
pues es de haberme agraviado

tan cierto indicio el callarla?

DIEGO: Si yo no pude...

TEODORA: ¡Callad!

DIEGO: ¡Dejadme decir!

TEODORA: Ya veo

que vuestro falso deseo

amó su comodidad.

Sangre, riqueza y beldad

vistes en Leonor, y así,

aunque tanto os merecí,

quisistes al mismo paso

obligarla, por sí acaso

me perdiédeses a mí.

Y pues ya con eso habéis

merecido su favor,

satisfaced a Leonor

la opinión que le debéis.

Vida por ella tenéis;

pagádsela con la mano;

que yo, pues ha sido vano

el crédito que tenía

del amor vuestro, la mía

resuelvo dar a su hermano.

DIEGO: ¡Tente...

Sale CONSTANZA

CONSTANZA: Tu hermano, señora

ha llegado; baja presto.

Vase CONSTANZA

TEODORA: ¡Soltadme, engañoso!

Vase doña TEODORA

DIEGO: (Esto, **Aparte**

--¡cielos!--me faltaba agora.

Cuando resolvió Teodora

mi muerte, y satisfacella

de su engañada querella

me importó, don Juan llegó,

por que no pudiese yo

seguirla ni detenella.)

LEONOR: ¡Don Diego, escuchad!

DIEGO: ¡Leonor,

dejadme!

Vase don DIEGO

LEONOR: ¡Ah, falso! Esta furia
 ha confirmado mi injuria,
 que aun esperaba mi amor
 que era fingido el rigor,
 por cumplir con los desvelos
 de Teodora. ¿Cómo, cielos,
 de un pecho aleve ofendida
 ni rindo al dolor la vida
 ni se la quitan mis celos?

CAMPANA: (El diablo ha sido el desdén. **Aparte**
 Rabiando está.)

Vase CAMPANA

LEONOR: Inés, don Diego
 está por Teodora ciego,
 como lo has visto. Preven
 a esos criados que estén,
 sin darlo a entender, alerta
 para impedille la puerta,
 si se quisiere ausentar.

INÉS: Bien se puede recelar
 de su traición.

LEONOR: ¡Estoy muerta!

*Vanse doña LEONOR e INÉS. Salen don
 JUAN, de camino, y doña TEODORA*

JUAN: Muerto vengo, Teodora.

TEODORA: ¿De cansado?

JUAN: No; que si bien las postas han tomado
 de mi encendida furia
 rayos por alas, con que fue una injuria
 cada bruto del viento,
 en matarme previno
 al cansancio y fatiga del camino
 el filo de un celoso pensamiento,
 la punta de un escrúpulo, que vivo
 siempre en el pecho honrado y vengativo
 por el remedio clama
 de mis celos, Teodora, y de tu fama.
 Escucha, pues, el sentimiento mío,
 si restan voces a un cadáver frío.
 Apenas de Sevilla

los muros saludé, cuando me entrega
una carta don Pedro de Castilla,
de don Sancho Girón. ¡Qué presto llega
con la nueva infeliz el mensajero,
pues partiendo después, llegó primero!
Ábrola, pues, y en su discurso breve
tósigo el alma por los ojos bebe;
que el caso, para mí tan desdichado,
de don Diego de Luna, sucedido
en tu cuarto, Teodora, epilogado
en diez renglones solos, mi sentido
tiranizó de suerte,
que por ya muerto me olvidó la muerte.
Quien del rápido rayo divididos
los polos vio y del trueno estremecidos,
horror tan explicado a los mortales,
que aun lo entienden los brutos animales,
no quedó tan confuso, tan turbado,
inútil tronco, bulto inanimado,
como quedé, leyendo
la sentencia crüel que me condena
a que viva muriendo;
pues para mayor pena,
en aquel triste punto
el sentir sólo me negó difunto.
Mas como en la borrasca turbulenta
el náufrago infeliz salvar intenta
la vida en leño breve,
cuando la muerte ya en las ondas bebe;
así yo, que en la carta, donde veo
mi daño, también leo
que en tanto que don Diego no cobraba
salud, la ejecución se dilataba
del matrimonio. Mi esperanza asida
a esta pequeña tabla, di a la vida
aliento; y sin quitarme las espuelas,
velas los remos son, alas las velas,
con que desde Sevilla
montañas penetré, y llegué a la orilla
donde suele anegarse el desdichado,
después que el golfo undoso venció a nado;
y yo saber espero si lo mismo,
después de haber pasado tanto abismo,
me ha sucedido agora
con las nuevas, Teodora,
que me han de dar tus labios
del estado que tienen mis agravios.

TEODORA: Hermano, cobra aliento, cobra vida;
que entre don Diego y tu Leonor querida
aun no a la breve sílaba que en lazo

prende inmortal las almas, llegó el plazo.
JUAN: ¡Ay, Teodora! No puedo darte albricias
 mejores, si codicias
 la vida de tu hermano,
 que con dárme la tomas de tu mano.
 Dime ya todo el caso, y no receles
 mi enojo, pues las furias más crüeles
 aplacas, y benigno me granjeas,
 cuando con nueva tal me lisonjeas.

TEODORA: (Disponga mi venganza
 cómo Leonor malogre su esperanza
 con don Diego, y su mano
 goce don Juan, mi hermano,
 aunque prometa agora lo que luego
 no me deje cumplir el amor ciego.)
 Ni fuera noble yo, don Juan, ni fuera
 hermana tuya, si el peligro huyera
 de la vida con riesgo de la fama.
 Y si es delito la amorosa llama,
 por éste no recelo mi castigo,
 pues eres mi disculpa tú contigo.
 De todo adorno la verdad desnuda
 escucha, pues, y la vergüenza muda
 quebrante las prisiones;
 que supuesto que tantas opiniones
 puede, si me refreno o me limito,
 dañar más el silencio que el delito,
 bañe púrpura el rostro, y no consienta
 el corazón la mancha de la afrenta.
 En la noble ciudad que el Betis baña,
 oriente donde a España
 de plata y oro rayos amanecen,
 que las Indias ofrecen
 al Jove castellano,
 por que vibrados de su heroica mano
 del moro y del hereje a la malicia
 den pena, dando pasto a su cudicia
 --que aun a sus mismos fieros enemigos
 riqueza les dispensa en los castigos--
 allí, digo, don Juan, que dio don Diego
 principio al amor ciego,
 que sujetó mi pecho en breve instante;
 que como es dios, su flecha penetrante
 --no pienso que lo ignoras,
 pues tu fe lo acredita--
 para volar y herir no necesita
 del favor sucesivo de las horas.
 Trajísteme a la corte,
 de nobles centro y de ambiciosos norte;
 y apenas en la puente

Aparte

de Toledo, mi llanto a la corriente
de Manzanares el raudal aumenta,
por ver si puedo redimir la afrenta
de trocar el caudal del Betis puro
por una vena de licor obscuro,
cuando en la noche de su amor, ligero,
siguiendo el resplandor de su lucero,
llegó también don Diego; y el confuso
caos de Madrid los medios le dispuso
de proseguir tan cauto el galanteo,
que escondió a tu cuidado su deseo.
Jamás, ni en el silencio más secreto
--que esto debes, don Juan, a mi respeto--
mi audiencia mereció; bien que me hablaba
mirando, y yo mirando le escuchaba,
porque para entender gustos y enojos
tiene Amor los oídos en los ojos.
Al fin, cuando tu ausencia
a mi ciega afición dio más licencia,
le permití pisar estos umbrales
una vez sola; que mi suerte dura
en una sola ocasionó mil males;
que en ella sucedió la desventura
que no refiero, porque la supiste
en la carta, don Juan, que recibiste
de don Sancho en Sevilla; y así, paso
a contar lo que ignoras de este caso.
Cayó don Diego herido,
a la ventaja, no al valor, rendido;
reservóle la vida el engañoso
título que Leonor le dio de esposo
que yo juzgué de su amistad fineza,
y era--¡ay de mí!--de aleve amor bajeza;
que hoy, hoy, el desengaño
tuve de su traición y de mi daño.
Hoy supe que don Diego me engañaba,
y en secreto a Leonor solicitaba,
y que esto, junto con haber tenido,
huésped suyo, opinión de su marido,
es tan forzoso empeño,
que de él no saldrá bien, si no es su dueño;
que hoy me dijeron, hoy, los mismos labios
de Leonor las razones que has oído,
si se llaman razones los agravios.
¡Cuál quedó de sentirlos mi sentido!
Finge en tu pensamiento,
don Juan, un labrador a cuya vista
el voraz elemento
desata en humo la preñada arista.
Imagina en tu idea

un capitán famoso,
que al pálido temor y muerte fea
rendido ve su campo numeroso.
Mira en tu fantasía
una manchada tigre, que perdidos
sus hijos, a tormentos y bramidos
las furias del infierno desafía.
Piénsate a ti cuando la nueva triste
de haber perdido a tu Leonor supiste;
y un breve rasgo en todos, una vana
sombra apenas verás de la inhumana
rabia, furor, congoja y sentimiento
que inundó mi abrasado pensamiento,
cuando a su lengua oí mi desengaño,
y en su resolución miré mi daño.
Mas como arroja al navegante incierto
tal vez la misma tempestad al puerto,
la misma sinrazón, la misma rabia,
libró mi amor de quien mi amor agravia,
y así, no amante ya, sino enemiga
de don Diego, ha resuelto mi venganza
quitarle de una y otra la esperanza,
y que la suya tu afición consiga,
efetüando el truco deseado
que con don Sancho tienes concertado;
pues contándole el caso, es fácil cosa
impedir a don Diego
el casamiento de Leonor, y luego
le impedirá su falsedad el mío...
(Si a la pasión venciere el albedrío.) **Aparte**
...y quedará con esto satisfecha
tu opinión y mi fama, la sospecha
del pueblo desmentida,
manifestada la invención fingida,
Leonor honrada, tú, don Juan, contento,
logrado tu constante pensamiento,
de don Sancho la fe galardonada,
don Diego castigado, y yo casada.

JUAN: Porque en fe de que yo te he asegurado,
Teodora, la verdad me has confesado,
y porque tus amores
no han llegado a más prendas que favores,
y porque tu más loco desvarío
disculpa y aun piedad halla en el mío,
tiempla mi pecho la enojosa llama
de que hayas arriesgado nuestra fama;
y más cuando el haberlo confesado
es por dar fin dichoso a mi cuidado.
Mas--¡ay de mí!--¡Qué fácil significas
la ejecución! Parece que los fueros

olvidas del honor cuando fabricas
remedios sólo al gusto lisonjeros.
¿Esposo he de ser yo de quien esposo
a otro llamó, con ella tan dichoso,
que le ha favorecido,
y que en su misma casa le ha tenido?

TEODORA: Hemos visto, don Juan, un caballero
dar la mano a una dama
que, pródiga ella misma de su fama,
le confesó primero
que a otro galán había
dádole, no esperanzas y favores,
mas las prendas mayores
que el honor al amor rendir podía;
y que fue tan bienquista y celebrada
esta resolución, por acertada,
que el general aplauso de su historia
vencerá de los tiempos la memoria.
¿Y, recatado tú y escrupuloso,
reparas sólo en que ha llamado esposo
a don Diego Leonor, y en que le ha dado,
favores, sin mirar que el más pesado
agravio que a palabras se refiere,
nace en los labios y en oyente muere?

JUAN: Sí; que soy desdichado,
y el escrupulo en mí será pecado,
si es virtud el delito en el dichoso.

TEODORA: No siempre dura el tiempo tenebroso.
Pues en la corte estás, tu amor no sea
hidalgo puntual de corta aldea,
porque si de los ojos y los labios
los favores, don Juan, fuesen agravios,
¿de cuál mujer en esto
no ha delinquido el pecho mas honesto?
O, ¿cuál varón al tálamo llegara
honrado, si esto la opinión manchara?

JUAN: Yo, al menos, por agora,
mientras los mismos casos
muestran lo que he de hacer, quiero, Teodora,
al nuevo intento de Leonor los pasos
impedir, por que, ya que mi esperanza
no logre, logre al menos mi venganza.

Vase don JUAN

TEODORA: Impida yo a don Diego
el casamiento de Leonor, y luego
podrá mi amor, si tan valiente fuere,
que a manos de mis celos no muriere,

por lograr gustos, perdonar agravios,
aunque don Sancho acuse de mis labios
la promesa inconstante;
que no obligan palabras a un amante.

*Vase doña TEODORA. Sale don DIEGO con
banda, sin espada, y CAMPANA*

CAMPANA: Señor, mucho va apretando
la dificultad. La noche
en su tachonado coche
el plazo va apresurando
de dar a Leonor la mano;
que sólo para que tenga
efeto aguarda a que venga
con la licencia su hermano.
¿Resuelves casarte?

DIEGO: No.

CAMPANA: De ese modo, si yo fuera
don Diego de Luna, huyera.

DIEGO: Y también huyera yo,
si fuera Campana.

CAMPANA: Pues,
¿cuál es desaire mayor?
¿Desconfiar a Leonor
huyendo agora, o después,
llegado el lance postrero,
decir un "no" cara a cara?

DIEGO: En la opinión le tocara,
y a la ley de caballero
faltara yo, si volviera
las espaldas.

CAMPANA: Pues, señor,
¿qué has de hacer? Que está Leonor
resuelta.

DIEGO: Si yo supiera,
Campana, lo que he de hacer,
¿llamárame desdichado?
¡Que a tan infeliz estado
me haya podido traer
mi engaño, que viendo el daño,
ni puedo huir ni esperar,
porque advierta, a mi pesar,
los empeños de un engaño!

Sale doña LEONOR, muy bizarra, e INÉS

INÉS: Bizarra y hermosa estás.

LEONOR: Don Diego con sus rigores
halla espinas en las flores.

- INÉS: Inútil tributo das
al temor; que de tus ojos
los rayos le tienen ciego;
que claro está, si a don Diego
tu amor le causara enojos,
que se hubiera ya intentado
ausentar, pues él no entiende
que tu recelo le prende,
y le guarda tu cuidado
las puertas con centinelas.
- LEONOR: Vanos consuelos previenes,
cuando en él miro desdeñes
tan groseros.
- INÉS: Son cautelas,
rigores fingidos son
por deslumbrar a Teodora;
que así le paga, señora,
su primera obligación.
El mismo caso lo enseña,
pues en punto tan estrecho
tu prisión guarda su pecho,
si su boca te desdeña.
- LEONOR: Hablarle quiero.
- INÉS: Él te adora.
Llegar puedes confiada;
que es ventaja declarada
la que llevas a Teodora.

CAMPANA habla aparte a su amo

- CAMPANA: Doña Leonor sale a verte
de novia.
- DIEGO: En luto funesto
cambiará las galas presto,
si no su agravio, mi muerte.
- LEONOR: Don Diego, señor, mi esposo...
- DIEGO: Callad, Leonor, y mirad
que es en vuestra calidad
arrojamiento afrentoso
dar nombre de esposo a quien
tan declarado os advierte
que lo ha de estorbar mi muerte
si no basta mi desdén.
- LEONOR: De vos lo espero mejor,
que ilustre sangre tenéis;
y aunque mi amor despreciéis,
habéis de estimar mi honor.
- DIEGO: Puesto que no persuadida,
de mí estáis desengañada,

no se querelle agraviada
quien no se enmienda advertida.

Mucho os debo, no lo niego,
y pagároslo quisiera;
mas no es posible que os quiera;
que estoy por Teodora ciego.

Y habiendo de ser forzoso,
amarla y aborreceros,
más que gusto, fuera haceros
tiro, ser yo vuestro esposo;
y andaréis más prevenida
en querer sufrir, señora,
ingraticudes agora
que penas toda la vida.

Y así, mudad parecer;
no aguardéis a vuestro hermano;
que o no he de daros la mano,
o la vida he de perder.

LEONOR: En eso habrá de parar;
que si os dio vida mi amor
engañado, mi vigor
os ayudará a matar.

CAMPANA: ¿Qué dices de esto?

INÉS: Que es hombre
don Diego; mas la porfía
le vencerá.

CAMPANA: ¿Y de la mía?

INÉS: Que te responda tu nombre;
que campana y porfiada
cansa orejas de diamante.

CAMPANA: No porfiado y amante
se cansa, y no alcanza nada.

Sale un CRIADO de don Diego

CRIADO: Un gentilhombre, señor
don Diego, pide licencia
de hablaros.

DIEGO: Si la presencia
lo permite de Leonor,
podrá entrar.

INÉS: (Su cortesía, **Aparte**
entre el enojo, ha guardado
el decoro que al estado
de doña Leonor debía.)

LEONOR: A que negociéis con él
daré lugar.

Retírase doña LEONOR

DIEGO: Entre agora.

Vase el CRIADO

LEONOR: Inés, escucha.

INÉS: Señora

*Retírase INÉS con doña LEONOR.
Sale un GENTILHOMBRE con un papel*

GENTILHOMBRE: Ved, señor, ese papel.

DIEGO: Aguardad.

GENTILHOMBRE: Quien me le dio
para vos, que os le entregara
a vos mismo y no aguardara
la respuesta, me mandó.

Vase el GENTILHOMBRE. Don DIEGO lee para sí

DIEGO: "Faltando a lo prometido
habéis amado a Leonor,
y no sufre mi valor
ni aun sospechas de ofendido.

Este intento he dilatado
aguardando que cobréis
salud; pues ya la tenéis,
señor don Diego, en el Prado
de San Jerónimo espero
solo, y que saldréis confío
tambien solo al desafío,
como honrado caballero."

La firma dice, "El marqués
don Fadrique." Él ha creído,

Mete el papel en la faltriquera

con razon, que le he rompido
la palabra; cierto es,
que la fama ha divulgado
que soy de Leonor esposo.
Salir al campo es forzoso;
que un noble desafiado
con razón o sin razón,
por ley del duelo asentada,

solamente con la espada
puede dar satisfacción.
Sólo faltaba este daño,
pues ya es forzoso morir
o matar, para advertir
los empeños de un engaño.

*Vase don DIEGO. Salen doña LEONOR,
INÉS y CAMPANA*

CAMPANA: (¿De quién el papel será?) **Aparte**
INÉS: Sin hablarte se retira
hacia su cuarto.
LEONOR: Inés, mira,
porque sospecha me da
verle tan suspenso y mudo
que es el papel de Teodora,
si va a escribir.
INÉS: ¡Ay, señora!

Mira adentro

Irse quiere, no lo dudo;
que la espada ha requerido,
y ciñéndose la está.
LEONOR: ¡Ah, falso! No logrará
intento tan mal nacido.
¡Cierra presto, cierra presto

Cierra INÉS la puerta por donde se retiró don DIEGO

esa puerta; que no quiero
que a medir llegue el acero
con mis criados!
CAMPANA: ¿Qué es esto?
¿Por qué le encierras?
DIEGO: ¡Leonor, **Dentro**
abre aquí!
LEONOR: ¡Es intento vano,
hasta que venga mi hermano!
DIEGO: ¡Mira que me va el honor **Aparte**
en salir!
LEONOR: ¡Y a mí me va
en impedirlo! (¡Estoy muerta!) **Aparte**
DIEGO: ¡Haré pedazos la puerta! **Dentro**

Da golpes

CAMPANA: Ella es fuerte, y él está
sin fuerzas... Pero, ¿que espera
Campana?

Va CAMPANA a abrir y dale doña LEONOR un golpe

LEONOR: ¡Aparta, villano!

CAMPANA: Nunca vi tan blanda mano
que tan duramente hiera.

INÉS: ¿Hay tal maldad?

CAMPANA: Mira Inés,
si con razón he temido.

Sale doña TEODORA

TEODORA: (Con las voces y el ruido **Aparte**
alas calzaron mis pies
para subir a saber
la ocasión.) Leonor, ¿qué es esto?

INÉS: (Ya no da golpes.) **Aparte**

LEONOR: ¡Qué presto,
Teodora, subiste a ver
los efectos que ha causado
tu billete!

TEODORA: ¿Yo billete?
¿Que dices?

LEONOR: Teodora, ¡vete,
vete, y no te den cuidado
mis cosas, ni de ese modo
disimules; que valor
tengo yo, sin tu favor,
para salir bien de todo!

TEODORA: Leonor, engañada estás;
pero tu hermano y el mío
han llegado, y presto fío
que mi venganza verás.

CAMPANA: (Aquí es ello. Ya han venido **Aparte**
don Juan y don Sancho, y ya
escaparse no podrá,
que entre puertas le han cogido.
Pero ya muestra, callando,
que ha mudado parecer.)

Salen don JUAN y don SANCHO

- JUAN: Esto pasa; y por saber
 que andábades negociando
 para el efeto licencia,
 os fui a buscar para daros
 cuenta de ello, y excusaros
 el desaire que en presencia
 de más testigos hiciera
 a la vuestra y mi opinión,
 si en la postrera ocasión
 el casamiento impidiera.
- SANCHO: Bien hicistes. ¡Que Leonor,
 por defenderle la vida,
 cautelosa y atrevida
 arriesgase nuestro honor!
 ¡Loco estoy, viven los cielos!
 Mas, don Juan, si de este daño
 es fin vuestro desengaño,
 es principio de mis celos.
 ¿A Teodora he de perder?
 Antes moriré.
- JUAN: Mi hermana
 conoce ya lo que gana,
 y vuestra esposa ha de ser,
 y yo he de ser de Leonor.
 (Si las cosas se disponen **Aparte**
 de suerte que no ocasionen
 afrentas gustos de amor.)
- SANCHO: Mejorada así mi suerte,
 ¿qué espero? Desengañemos
 a don Diego, y evitemos
 con su ausencia o con su muerte
 peligros de nuestra fama.
- JUAN: A todo, como obligado,
 me hallaréis determinado.
- SANCHO: Inés, a don Diego llama.
- INÉS: (Aquí el enredo se acaba.) **Aparte**

Vase INÉS

- SANCHO: ¿Aqui estáis, Teodora mia?
- TEODORA: Con Leonor me entretenía
 mientras mi hermano llegaba.
- SANCHO: Él me ha dicho ya el favor
 con que pagáis mi firmeza.
- TEODORA: Toque ha sido mi esquiveza
 del oro de vuestro amor.
 (Mas, ¿qué importa?) **Aparte**
- JUAN: ¿No me dais,
 Leonor bella, el bienvenido?

LEONOR: No, don Juan; que no ha querido
mi suerte que lo seáis.

Sale INÉS

SANCHO: ¿Viene don Diego?

INÉS: Excusado
es, señor, el aguardalle,
porque, sin duda, a la calle
por el balcón se ha arrojado.

CAMPANA: ¡Por Dios, si no se mató,
que es milagro!

LEONOR: Quién pensara
que tal locura intentara?

TEODORA: (¡Ay de mí! ¿Si te costó **Aparte**
esta fineza, don Díego,
la vida?)

SANCHO: Nuestra intención
previno.

A doña TEODORA

CAMPANA: A linda ocasión
tomó las de Villadiego
si ha escapado con la vida;
porque de un balcón tan alto
más es vuelo que no salto.

TEODORA: Y mas él, que de la herida
apenas ha restaurado
las fuerzas.

CAMPANA: Voy a buscarle;
que recelo que he de hallarle,
más que la noche estrellado.

SANCHO: Ya, don Juan, ¿qué resta agora
sino dar a nuestro amor
dichoso fin? A Leonor
dad la mano y yo a Teodora.

LEONOR: (¡Ay de mí!) **Aparte**

TEODORA: (¿Qué puedo hacer? **Aparte**
Mas don Diego ha asegurado
con esto ya mi cuidado,
y no hay riesgo en suspender
el casamiento a mi hermano
para dilatar el mío.)

A don JUAN al oído

Advierte que es desvarío
darle tan presto la mano
a Leonor.

JUAN: ¿Por qué ocasión?

LEONOR: Porque debes recelar
lo que puede resultar
de este caso en su opinión.

JUAN: ¡Ah, cielos!

Sale CONSTANZA

CONSTANZA: ¡Señor, señor!

JUAN: ¿Qué hay, Constanza?

CONSTANZA: Que a don Diego
han entrado de la calle
en el zaguan, si no muerto,
expirando ya.

TEODORA: (¿Que escucho?) **Aparte**

LEONOR: (Castigo ha sido del cielo.) **Aparte**

CONSTANZA: Ha llegado la justicia
al alboroto, y haciendo
diligencias, dos testigos
han dicho allí que le vieron
dar gran golpe, y que sin duda
de algún balcón de los vuestros,
señor don Sancho, cayó
a la calle.

SANCHO: ¿Qué no puedo,
vil Fortuna, verme libre
de este don Diego?

JUAN: (Con esto **Aparte**
ha quedado la opinión
de Leonor y mi deseo
en más peligro.) Don Sancho,
a prevenir el remedio
del daño que esta desdicha
nos amenaza, bajemos.

Vase don JUAN

SANCHO: (No sé lo que hemos de hacer; **Aparte**
en gran confusión me veo;
que publicado este caso
pues ya no puede ser menos,
o la opinión de Leonor
corre conocido riesgo,
o he de perder a Teodora,
y la vida si la pierdo.)

Vase don SANCHO

TEODORA: Constanza, ¿vístele tú?
CONSTANZA: Yo le vi, y tal, que no espero
que viva.

Vase CONSTANZA

TEODORA: (Bajaré a verle; **Aparte**
que no basta el sufrimiento
a decoros ni recatos.
¡Ay, mi bien, cuánto te cuestó!
¡Mal haya, amén, tu fineza!
Que ya, conforme te quiero,
sufriera de mejor gana,
que tus desdichas, mis celos.)

Vase doña TEODORA

INÉS: Señora, ¿qué te parece?
¿Cómo ha pagado don Diego
su ingratitud y tu ofensa?
LEONOR: Inés, mi culpa confieso;
que aunque en duro pedernal
su sinrazón y desprecio
convirtió la blanda cera
de mi enamorado pecho;
como en su dureza helada
viven semillas del fuego
de mi ardiente amor, al golpe
de su infelice suceso
ha dado el alma centellas
de piadosos sentimientos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sale don DIEGO, con capa y espada, cerrando un papel

DIEGO: Ya que me impidió la suerte,
con desdicha tan crüel,
que saliese a la campaña
cuando me esperó el marqués,
en este papel verá
la ocasión y que a la ley
no faltó del desafío
cuando puedo, pues en él
verá que le aguardo solo
esta noche.

Sale CAMPANA

CAMPANA: Señor.
DIEGO: ¿Pues?
¿Qué dice Teodora?
CAMPANA: ¿Como
qué dice? Imposible fue
verla; que de ella y su casa
tan vigilante Argos es
su hermano, que en todo el día
no ha puesto en la calle el pie.
DIEGO: No haces cosa que no sea,
Campana, echarme a perder.
CAMPANA: ¿Pues de esto te quejas?
DIEGO: De eso
no me quejo.
CAMPANA: Pues, ¿de que?
DIEGO: De que dices a Teodora
tan neciamente el papel.
CAMPANA: ¿Tanto el papel importaba?
DIEGO: Tanto, que me puede hacer
dos terribles daños. (Que era **Aparte**
el billete en que el marqués
me desafió, y Teodora
puede publicarlo, y él
pensar que es flaqueza mía
lo que mi desdicha fue,
con que mi valor se infama,
y ella habrá echado de ver
que a la estacada salía
por Leonor; con que mi fe
ha de condenar del todo,
pues del todo ha de creer
que a doña Leonor amaba;
que ya sabrá que tomé

la espada y quise salir
en recibiendo el papel.
Ya lo sabrá, claro está,
pues tanta ocasión, despues
de informarse por minutos,
dio mi suceso crüel;
y cuando esperé, ocultando
la verdad, darle a entender
que por huir de Leonor
por el balcón me arrojé,
habrá visto, en daño mío,
lo peor que pudo ver.)
¡Ay, Campana, cuál me tienen
tus necedades!

CAMPANA: Más bien
dijeras mis prevenciones;
que si salen al revés,
culpa a la suerte, no a mí
Díme tú, ¿qué pude hacer,
si a verte casi difunto
de los primeros llegué,
que fuese más bien pensado?
Mira, señor, una vez,
por un negro galanteo
con un toro me arriesgué.
Pescóme, y como pelota,
dio un bote conmigo; y dél
apenas libre me vi,
cuando cercado me hallé
de mil pícaros piadosos,
que con achaque de ver
la herida, las faltriqueras
me dejaron del revés.
De este caso escarmentado,
en el tuyo me acordé,
y te saqué de ellas luego
llaves, dinero y papel.
Llegó al punto la justicia,
y como trató de hacer
información de quien eres
y del caso, recelé
que los que el papel me vieron
sacarte, le diesen de él
noticia, y para informarse
me le quitasen. Hallé
a mano a Teodora bella,
que vuelto el rojo clavel
en blanca azucena, al punto
que oyó tu mal, bajó a ver
si el alma que ya exhalabas

viendo que venció al desdén
la piedad, se detenía,
avarienta de beber
las perlas que por dos bellas
niñas derramaban tres.
Y como suyo, con causa,
el billete imaginé,
pues al punto que los ojos
pasaste, señor, por él,
demonstración tan extraña
hiciste, que por poder
huir de Leonor te echaste
por un balcón, le entregué
el billete sin recelo;
antes temiendo que de él
la justicia coligiera
vuestro amor, imaginé
que de nadie lo podía
fiar sino de ella, a quien
iba el honor en guardarle.
Si los discursos que ves
me engañaron, no fue mía
la culpa, que tuya fue;
que si tú no me ocultaras,
cuando leíste el papel,
sus misterios, yo supiera
lo que me importaba hacer.

DIEGO: Bien dices, la culpa es mía,
pues no le rompí; que quien
no entrega al fuego testigos,
que viviendo pueden ser
instrumentos de su mal,
pierde por su culpa el bien.
Ya está hecho. Agora importa
que lleves éste al marqués
don Fadrique, y en su mano
se le entregues.

CAMPANA: ¿Para qué?
Que no tardará un momento,
señor, en llegarte a ver.

DIEGO: ¿Cómo?

CAMPANA: Preguntóme agora
que por su puerta pasé,
dónde estabas; respondíle
que en esta posada; y él
replicó, "Pues, ¿cómo está
en una posada quien
es esposo de Leonor?"
Yo le dije, "Engaño es."
Y como le vi celoso,

le quise satisfacer,
y de todos tus amores
la verdad le declaré;
y mostróse tan contento
del desengaño el marqués,
que para verte, al instante,
el coche mandó poner.

DIEGO: ¿Que supo todo el suceso
de ti?

CAMPANA: No todo; que de él
alguna parte sabía.

DIEGO: ¿Qué sabía?

CAMPANA: Que después
de haber cobrado tu acuerdo
la infelice noche que
del cielo de Leonor fuiste
precipitado Luzbel,
a tu posada te trajo
la justicia para hacer
diligencia. Esto sabía
el marqués; yo le conté
cómo don Juan y don Sancho
lo permitieron, por ser
más conveniente a sus celos
y disimular más bien
la ocasión; y cómo tú
declaraste que el caer
del balcón fue contingencia,
porque te dio estando en él
gota coral; y don Sancho,
advirtiéndome cuán cortés
y recatado anduviste,
lo que tú dijo también,
y que con esto cesó
la justicia en proceder.

DIEGO: ¿Que de mi amor los sucesos
todos le contaste?

CAMPANA: Al pie
de la letra, como dicen.

DIEGO: ¡Voto a Dios, que me has de hacer
que te mate o que me mate!

CAMPANA: ¿Otra tenemos? ¿Pues qué?
¿También en esto he pecado?

DIEGO: ¡Hombre o demonio, también!

CAMPANA: Él me lleve, pues no acierto
a servirte.

DIEGO: Amén.

CAMPANA: Amén,
mil amenes, pues tu gusto
en esto solo acerté.

DIEGO: (El marqués ha de pensar **Aparte**
que echadizo le envié
a darle satisfacción,
y para reñir con él
no tengo valor. ¡Ah, cielos!
¿Por qué permitís, por qué,
que deslustre la Fortuna
un noble acero por quien
de tanto enemigo vuestro
el escarmiento se ve?)
Mas tú, ¿qué causa le diste
de mi caída al marqués?

CAMPANA: Escaparte de Leonor.

DIEGO: ¿Eso más?

CAMPANA: ¿Esto también
culpas? Ello va de errar.

DIEGO: (¿Cuando debiera entender **Aparte**
que por ir al desafío
por el balcón me arrojé,
le ha dicho que por huir
de Leonor, porque el marqués
dé más crédito a mi afrenta?
¿Hay desdicha más crüel?
¡La verdad ha desmentido
con la mentira! ¿Qué haré
sin ventura y sin honor?)
¡Vive Dios, que estoy...

CAMPANA: No estés;
que ya el marqués ha llegado.

DIEGO: ¿Con qué cara le he de ver?

Sale el MARQUÉS

MARQUÉS: ¡Don Diego amigo!

DIEGO: ¡Marqués!

¿Cómo a quien desafiáis
nombre de amigo le dais?

MARQUÉS: No haré poco si después
que la verdad he sabido,
os obligo a perdonar
el delito que en dudar
de vuestra fe he cometido.

DIEGO: Para mi satisfacción
vuestro engaño es la disculpa,
que aunque yo no tuve culpa,
vos tuvistes ocasión.

Mas advertid que Campana
se erró, Marqués, en decir
que yo salté por huir

de Leonor por la ventana.
MARQUÉS: ¿Cómo?
DIEGO: Porque yo salía
a veros al señalado
sitio; y como ese criado
esta ocasión no sabía,
y la otra sí, atribuyó
a la que supo el exceso;
y para dejaros de eso
satisfecho, os escribió
hoy mi mano este papel.
Vedle, marqués.
MARQUÉS: Yo lo estoy.
DIEGO: No cumplo yo con quien soy,
si vos no os informáis de él.
MARQUÉS: Verélo por vuestro gusto,
mas no porque es menester.

Lee en secreto

CAMPANA: Agora llego a entender
los misterios del disgusto
que le he dado. Como honrado
el desafío calló;
y bien me espantaba yo
de que se hubiese arriesgado
por el balcón, para huir
de Leonor, quien por la puerta,
pues la tuvo siempre abierta,
pudo a su salvo salir.
MARQUÉS: El papel he ya leído;
mas, ¿quién dudó o quien ignora
que vos, como siempre, agora
con quien sois habéis cumplido?
Mas decidme ya el estado
que tiene vuestra esperanza;
que al remedio o a la venganza
me hallaréis a vuestro lado.
DIEGO: Mil años el cielo os guarde;
mas si bien vuestro favor
vale tanto, ya en mi amor
sospecho que llega tarde.
MARQUÉS: ¿Pues tan poca confianza
tenéis de Teodora hermosa?
DIEGO: Si está con razón celosa,
no es liviandad su mudanza,
y no he podido hasta agora
satisfacer su sospecha.
MARQUÉS: ¿Esperáis que satisfecha,

volverá a amaros Teodora?

DIEGO: De su firmeza fiara
el remedio de mi daño,
si llegara el desengaño
antes que el daño llegara.

MARQUÉS: Pues si consiste, don Diego,
en dilatar la ocasión
de darle satisfacción
el peligro, vamos luego;
que en ello, puesto que os doy
con razón nombre de amigo,
a arriesgar por vos me obligo
cuanto puedo y cuanto soy.

(Vengaréme de Leonor
en esto; que a su pesar
con Teodora ha de lograr
don Diego su firme amor.)

Aparte

DIEGO: Dos mil años tus blasones
aumentes, noble marqués,
porque a los señores des
un espejo en tus acciones;
que no consiste en nacer
señor la gloria mayor;
que es dicha nacer señor,
y es valor saberlo ser.

Vanse el MARQUÉS y don DIEGO

CAMPANA: Vivas, si llegan a verse
premiados tantos cuidados
por ti, más que dos casados
que dan en aborrecerse.

Vivas, marqués, mas edades
que una sisa, y que un pavés
en casa de un montañés
preciado de antigüedades.

Y vivas, en conclusión,
más que un ministro cansado
de quien tiene un desdichado
la futura sucesión.

Vase CAMPANA. Salen doña TEODORA y CONSTANZA

CONSTANZA: Ya dicen que está don Diego
con salud.

TEODORA: ¡Nunca el sentido
tan en mi agravio perdido,
cobrará el ingrato!

CONSTANZA: ¿Luego
estás mal con él?

TEODORA: Constanza,
aquella demostración
a mi celosa pasión
restituyó la esperanza.

Porque, ¿quién en mi favor
no creyera que seguía
a Teodora quien huía
tan resuelto de Leonor?

Mas ya sabiendo mi daño,
desvaneció su mudanza
la sombra de mi esperanza
a la luz del desengaño.

CONSTANZA: ¿Pues cómo huyó, si quería
a Leonor, de la ocasión,
cuando ya de su afición
el fin a los ojos veía?

TEODORA: Díme tú cómo aguardó,
si no la amaba, el forzoso
instante de ser su esposo,
y diréte cómo huyo.

La verdad han declarado
los mismos casos después;
que conforme lo que Inés
del suceso me ha contado,
apenas del desafío
el billete recibió,
que su criado me dio,
y Leonor tuvo por mío;
cuando confuso y callado
se entró en su cuarto, y ceñida
la espada, que requerida
dio indicios de su cuidado,
salir quiso, y lo impidió
doña Leonor, que avisada
del billete y de la espada,
la llave a la puerta echó.

Éste fue, Constanza mía,
el motivo y la ocasión
de saltar por el balcón.
A la campaña salía,
donde el marqués le aguardaba,
a matarse por Leonor;
mira si le tiene amor
quien por ella se mataba.

Yo estoy tan determinada,
Constanza, como ofendida,
y he de cumplir advertida,
si he resistido engañada,

de don Sancho la esperanza,
con tal que mi amor pasado,
ya que el gusto no ha logrado
logre al menos la venganza;
porque, o no ha de dar la mano
Leonor, pues que me ofendió,
al falso don Diego, o yo
no la he de dar a su hermano.

CONSTANZA: Don Juan viene.

Sale don JUAN

JUAN: Ya, Teodora,
mira mi ardiente deseo
dispuesto el dichoso empleo
que en Leonor mi pecho adora,
pues que no estorba el suceso
de don Diego mi cuidado;
que en Madrid se ha divulgado
que por privarle de seso
la gota coral, cayó
del balcón; y yo con esto,
que se publique he dispuesto
que don Sancho le curó
por amigo y por piadoso,
y que se erró la opinión
que atribuyó la ocasión
a ser de Leonor esposo.
Y así, ya lo que impedía
mi dicha cesó, y estoy
ya determinado, y hoy
ha de ser esposa mía;
que pues me admite Leonor,
siendo quien es, por su dueño,
no llegó a mayor empeño
con don Diego su favor.

TEODORA: Dices bien; que es necesidad
pensar que la que es honrada,
por más que esté enamorada,
ofenda su honestidad
antes que al tálamo llegue;
y los que dan a entender
que ha habido noble mujer
que sin ser querida ruegue,
o en palabras confiada
pierda la prenda mejor,
o no saben qué es honor,
o pretenden que enseñada
la de mejor calidad

de un ejemplar tan injusto,
fácilmente por el gusto
desprecie la honestidad.

JUAN: Dices bien.

TEODORA: Y con razón
te resuelves.

JUAN: Que la mano
le des, Teodora, a su hermano
me ha puesto por condición
solamente.

TEoDoRA: Y yo quería,
para dársela, poner
por condición que ha de ser
ella tu esposa.

JUAN: Ya es mía,
pues determinada estás.

TEODORA: Si estoy, don Juan, y por ti
hago poco, pues por mí
has hecho tú mucho más;
pues la prolija ocasión
que a tus pesares he dado
por don Diego, has perdonado.

JUAN: Pues a don Sancho Girón
parto a buscar al momento;
que, por ventura, en palacio
estará con más espacio
que cabe en mí sufrimiento;
que nuestra dichosa suerte
sólo se ha de dilatar
lo que yo puedo tardar
en volver, con él, a verte.

Vase don JUAN

CONSTANZA: ¿Esto es hecho?

TEODORA: Sí, Constanza,
esto es hecho. Ya perdió
don Diego a las dos, y yo
he logrado mi venganza.

Prevénme joyas y galas;
que a mi amor, para ocultar
del corazón el pesar,
dorarle quiero las alas.

Daré, ostentando contento,
a don Sancho galardón,
a don Juan satisfacción,
y a don Diego sentimiento.

CONSTANZA: De tan lucidos colores
pienso adornarte, señora,

que envidie la misma Flora
las mentiras de tus flores.

TEODORA: El disgusto lisonjeo
de mi desdichado amor,
como don Diego y Leonor
no consigan su deseo.

*Salen el MARQUÉS y don DIEGO. Los dos hablan
a la puerta*

MARQUÉS: Seguro la podéis ver;
que yo, si don Juan volviere,
le detendré.

DIEGO: (Quien ya muere, **Aparte**
¿qué peligro ha de temer?)

Vase el MARQUÉS

Teodora, la más crüel...

TEODORA: Don Diego, el más fementido,
el más falso, el más mudable,
el más ingrato que ha visto
el ámbito de los cielos
y el discurso de los siglos,
¿qué quieres?, ¿qué quieres?
¡Vete vete, que ya me has perdido!

DIEGO: Escucha.

TEODORA: No hay que escucharte
Ya estoy resuelta, enemigo;
ni oír tus descargos quiero,
ni te remedia decirlos.
Ya de mis labios el sí
don Sancho Gíron ha oído,
y para darle la mano
le aguardo ya, y con el mismo
intento a don Juan espera
tu Leonor; que lo has perdido
todo, por quererlo todo.
¿Qué aguardas, pues? Que ya el brío
de don Sancho, escarmentado
y sangriento, has conocido;
y si mi honor no te obliga,
te ha de obligar tu peligro.

DIEGO: ¿Hay más morir que morir?
Pues si ya al tormento esquivo
de tu mudanza y rigor
doy los últimos suspiros,
¿qué peligros me amenazas?

Antes, del agudo filo,
el golpe será piadoso,
si del tirano martirio
de una muerte dilatada
con él, Teodora, me libro;
que es estar siempre muriendo
vivir y haberte perdido.
Óyeme, pues, si deseas
que me vaya; que te estimo
tanto, que a satisfacerte
o a morir me determino;
no porque a tu blanca mano
las esperanzas animo;
mas por cumplir con quien soy,
que me infamo si permito que
me publiques ingrato,
cuando noble me publico.
Atiende, pues, sin que el riesgo
de mis fieros enemigos
te divierta; que en la calle
queda quien sabrá impedirlo.

TEODORA: Di, pues, di, pues.

DIEGO: Tú me acusas
de que a Leonor he querido.

TEODORA: ¿Con qué puedes disculparte?

DIEGO: Con el precepto preciso
que de ocultar nuestro amor
por tu fama y mi peligro
te escuché, de que avisado
Campana, por haber visto
que Leonor lo sospechaba,
con esa ficción la quiso
deslumbrar.

TEODORA: ¿A tu criado
atribuyes tu delito?
¡Qué poca memoria tienes
para mentir! ¿No te dijo
en mi presencia Leonor
que leyó en tus labios mismos
finezas que la obligaron
a rendirte el albedrío?

DIEGO: Es verdad; mas ya empeñada
del pensamiento fingido
Leonor, juzgué que era menos
el daño de proseguirlo
que el riesgo de declararlo;
pues ya que el error se hizo,
de burlada se ofendiera
y esforzara los indicios;
pues desengañar su amor

era declarar el mío.

TEODORA: Buena disculpa, si hubiera
prevenídomme tu aviso
de su engaño.

DIEGO: Nunca fue
posible verme contigo
para darte cuenta de ello,
desde que empecé a fingirlo
hasta el instante infeliz
en que mi suerte, al principio
de tanta gloria, en don Sancho
tanta pena me previno.

TEODORA: Yo quiero pasar por eso.
¿Cómo, cuando Leonor dijo
que era tu esposa, callaste?

DIEGO: ¿Pude yo, si con decirlo
mi vida te reservaba;
pude yo, si con peligro
de su honor la defendía
del acero ejecutivo;
pude yo, si nuestro amor
dejaba así desmentido;
y, al fin, pude yo, si ya
en mortal púrpura tinto,
para suspirar apenas
respiraba el pecho frío,
desmentirla?

TEODORA: Ya que entonces
causasen esos motivos
tu silencio, ¿no dio al cielo
el sol dilatados giros
mientras cobrabas salud,
en que mil veces nos vimos,
y callaste? Esto no tiene
descargo, no, fementido.

DIEGO: Sí tiene.

TEODORA: Pues si lo tiene,
don Diego, no quiero oírlo.
¡Vete, vete!

DIEGO: Sin dejarte
satisfecha, ya te he dicho
que no he de salir de aquí.

TEODORA: Si con eso has de irte, digo
que estoy satisfecha ya.
¿Qué esperas, pues?

DIEGO: ¿Qué aspid libio
cerró con tanta crueldad
al encanto los oídos,
como a mis disculpas tú?
¿Qué engañoso cocodrillo,

como tú, con voz humana
muerte inhumana previno,
pues satisfecha te finges,
cuando enemiga te miro?
Dime tú, si de Leonor
te dijera el desvarío,
cuando a su lado me veías
gozar de los beneficios
de su hospedaje y su amor,
¿qué inquietudes, que delirios,
que tormentos, qué furoros,
qué celos, qué desatinos
te causara, sin poder
por entonces impedirlos
con mi ausencia, pues ponía
la crueldad de mi destino,
con las heridas del pecho,
a los pies mortales grillos?

TEODORA: ¡Mientes, falso! Que a ser ésa
la ocasión, habiendo visto
a Leonor tan obstinada,
luego que convalecido
te viste del accidente,
evitaras fugitivo
ocasiones a mi agravio,
y de su amor desperdicios;
y pues que no te ausentaste,
gustabas de ser vencido;
que la ejecución desea
quien no se esconde al peligro.

DIEGO: ¿Qué dices? Pues, ¿fuera bien
que con un exceso mismo,
si me ausentara, perdiese
cuanto ganar solicito?
¿No infamaba así a Leonor?
Y con su agravio ofendidos
don Sancho y don Juan, ¿no fueran
mis mortales enemigos?
Siéndolo, ¿pudiera verte?
¿Fuera acertado arbitrio
que dejándoles con eso
de nuestro amor advertidos,
te expusiese a sus disgustos
por evitar yo los míos?
Y, al fin, la fineza vil
de ausentarme fugitivo,
¿qué opinión me diera,
cuando por merecerte la estimo?

TEODORA: Pues, ¿no reparaste en eso
por salir al desafío

por Leonor, y reparaste
para ser firme conmigo!
Mira cuánta diferencia,
cuánta ventaja colijo
de lo que Leonor te obliga,
falso, a lo que yo te obligo;
que por sus celos tuviste
alas para el precipicio
del balcón, y por mi amor
tuviste en la puerta grillos.

DIEGO: Dices bien que grillos tuve,
por tu amor apetecidos;
que era más daño perderte
libre, que verme cautivo.
Dices mal que por Leonor
alas calzo y vientos piso,
cuando por mi honor, y no
por su amor, me precipito;
que no te quiero negar,
supuesto que lo has sabido
por el papel que Campana
te dio incauto, el desafío.
Mas fueron méritos ambos
los que tú juzgas delitos,
porque en huir por tu amor,
hiciera un exceso indigno
de quien soy; que nunca huyendo
negocian los que han nacido
honrados; y en no salir
por Leonor al desafío,
infamara mi valor;
que aunque sin razón sentido,
si bien con ella engañado
de lo que la fama dijo,
me desafió el marqués,
la ley del duelo no quiso
que el engaño de la causa
reservase del peligro.
Mira, pues, si no saliera,
si fuera de amarte digno,
retado y no satisfecho,
no vengado y ofendido.
Mas, ¿para qué satisfago
a estos cargos tan prolijos,
si he visto ya que deseas
más hallarlos que sentirlos?
¿No le dije en tu presencia
a Leonor que el albedrío
violentarme pretendía?
Y en la suya, ¿no te dijo

mi lengua que eras mi dueño?
Pues, ¿por qué buscas indicios
de culpas, si con probanzas
mis finezas acredito?

TEODORA: ¡Calla, calla! ¿Por tan necia
me tienes, que no colijo
--pues juntamente con dar
a Leonor esos desvíos,
aguardabas de entregarle
la mano el lance previsto--
que eran fingidos desdenes,
tratados y prevenidos
con ella, los que le hiciste,
sólo por cumplir conmigo?

DIEGO: ¿Que pueda tanto la fuerza
de mi contrario destino,
que dicte a un pecho tan noble
tan maliciosos juicios?
¡Ingrata, di, di, crüel,
que con tan sutil estilo,
por negar mudanzas tuyas,
arguyes agravios míos!
Puesto que Leonor me adora,
y que don Sancho ha querido
que yo la mano le dé,
¿por quién queda? ¿Por quién? Dílo.
¿No queda por mí? Si yo
la amara y fueran fingidos
los desdenes que le he dado
sólo por cumplir contigo,
ahora ya, ¿qué esperara,
después de haber entendido
que tú entiendes que lo son,
y que sin fruto los finjo?
¿Y más cuando las ofensas
que me has hecho y que me has dicho,
disculpándome mudado,
me merecen vengativo?
¿No me entrara por sus puertas?
¿No cumpliera mis designios?
¿Diérate satisfacciones?
¿Aguardara tus desvíos?
Pues si la dejo y te busco,
si de ella huyo y te sigo,
si te adoro y la desprecio,
si te ruego y le resisto,
¿cómo, di, negarte puedes
satisfecha? O, ¿qué delitos
me arguyes por disculpar
agravios tan conocidos?

¡Di que te has mudado, falsa,
di que don Sancho es más rico,
di que yo soy desdichado,
di que tu amor fue fingido,
di que yo no te merezco;
que esto yo también lo digo;
y no desmientas finezas,
cuyos sentimientos vivos
hubieran hecho señal
en las entrañas de un risco!

TEODORA: (¡Ay de mi!) **Aparte**

DIEGO: ¿Callas, Teodora?
¿Estás satisfecha? Dílo.

TEODORA: (¿Qué importa, si cuando a tantas **Aparte**

satisfacciones me rindo,
tan empeñado a don Juan,
a mí y a don Sancho miro,
pues en fe de que le he dado
tan resuelta el sí, ha partido
para el efeto a llamarle?
¡Mal haya mi desatino,
pues quien se arroja celoso,
no remedia arrepentido!)

DIEGO: ¿Cómo enmudeces, Teodora?

¿Que pueda tu pecho esquivo
no confesarse obligado,
mostrándose convencido?
Mas pues lo estás, y a esto sólo,
y no a merecerte, aspiro,
¡quédate con Dios, ingrata,
que partirme determino
a Flandes, donde arrojado
a los mayores peligros,
o ya bala voladora,
o ya blandiente cuchillo,
del corazón con el alma
arranque un amor que ha sido
mal premiado por ser tuyo,
desdichado por ser mío!

Quiere irse

TEODORA: ¡Tente!

DIEGO: ¡Aparta!

TEODORA: ¿No me oirás?

DIEGO: ¡Suelta, que ya me has perdido!

TEODORA: ¡Dame cortés el oído,
si amante no me le das!

DIEGO: ¿Para darme nueva herida

pones al arco otra flecha?
¡Suelta!

TEODORA: Ya estoy satisfecha.

DIEGO: Pues con esto es mi partida
más cierta ya.

TEODORA: Si te vas
habiéndome satisfecho,
entenderé que lo has hecho
para matarme no más.

DIEGO: Pues, ¿que quieres?

TEODORA: ¡Ay de mi!
¿Que puedo querer? Que muero
por no poder lo que quiero.

Sale CAMPANA

CAMPANA: ¿Cómo estas, señor, aquí

tan seguro y descuidado?
Trata de escaparte.

DIEGO: Pues
¿qué hay de nuevo?

CAMPANA: Que al Marqués
he visto, señor, cansado
de entretener en la calle
a don Sancho y a don Juan.

DIEGO: ¿Que impotta? ¡Verigan!

CAMPANA: Sí, harán.
Ya entrarán; que sin bastalle
mil trazas con que el marqués
alejarlos ha intentado
--que sin duda han sospechado
la causa--están ya los tres
casi a los mismos umbrales
de esta casa.

TEODORA: ¡Ay, desdichada!

DIEGO: Si tú estás determinada,
hoy el fin de nuestros males,
señora, y vuestra inhumana
fortuna, verás vencida.
Al marqués di que no impida
la entrada a los dos, Campana;
pero que él siga sus pasos.

CAMPANA: ¿Cómo se lo he de decir?

DIEGO: Los ojos suelen servir
de lenguas en tales casos.

CAMPANA: Dices bien; señas le haré.

Vase CAMPANA

TEODORA: ¿Qué disculpas me valdrán,
hallándote aquí?

DIEGO: Ya están
los quilates de tu fe
puestos al crisol, Teodora;
muestren aquí su fineza;
que si acaso la grandeza
y la autoridad agora
no bastare del marqués
a obligarlos--¡vive Dios!--
que hemos de mostrar los dos,
si ya me pudieron tres
teñir en sangriento humor
en el pasado suceso,
que fue del número exceso,
no ventaja del valor.

Salen doña LEONOR e INÉS

LEONOR: (Mi venganza conseguí, **Aparte**
pues viene ya a dar la mano
a mi enemiga mi hermano.
¡Pero don Diego está aquí!)
¿Así a don Sancho Girón
cumples lo que has prometido,
Teodora? ¿Así habéis cumplido,
don Diego, la obligación
en que mi hermano os ha puesto?

DIEGO: ¿Que aún no de tu loco amor
te arrepintieron, Leonor,
mis desengaños?

TEODORA: (Con esto **Aparte**
quedo vengada y contenta.)
Haz lo que te toca a ti;
que lo que yo prometí,
corre, Leonor, por mi cuenta.

Salen el MARQUÉS, don JUAN, don SANCHO, y CAMPANA

JUAN: Pues quiere vueseñoría
honrarnos, será padrino
de dos bodas.

SANCHO: (Yo imagino, **Aparte**
pues importuno porfía,
que otros intentos le mueven.)

JUAN: ¿Don Diego está aquí?

- SANCHO: (No ha sido **Aparte**
el recelo que he tenido
en vano.)
- JUAN: ¿Cómo se atreven
a este cuarto vuestras plantas,
don Diego, en ausencia mía?
- CAMPANA: (¡Aquí es ello!) **Aparte**
- DIEGO: ¿Cumpliría
con obligaciones tantas
como los lances pasados
me han puesto, si no volviese
a donde os satisfaciese?
- SANCHO: Satisfechos y obligados
nos dejárades, don Diego,
con no volvernos a ver,
mucho más que con volver
a dar alimento al fuego;
que aún hay centellas
en mí de la pasada ocasión.
- MARQUÉS: Señor don Sancho Girón,
advertid que estoy aquí;
y entre tales caballeros
no ha de sufrir mi presencia
ni ventaja ni violencia
de palabras ni de aceros.
- DIEGO: Don Sancho y don Juan, oíd.
Ya habéis visto que he excusado
con sufrimiento y cuidado
dar qué decir en Madrid;
que no es bien que de los hombres
que nacieron principales
conozcan los tribunales,
en casos de honor, los nombres.
Las leyes del casamiento
pronuncia la voluntad;
de Teodora consultad
el libre consentimiento;
que si tan alta ventura
pensáis que he de merecer,
mil vidas he de perder
primero que su hermosura;
y si imagináis que no
no tenéis qué recelar,
pues de ello vendré a quedar
desairado sólo yo.
- MARQUÉS: Don Diego pide razón.

A don JUAN

SANCHO: Don Juan, yo temo...

JUAN: Ofendéis
su calidad si ponéis
duda en su resolución.
Teodora es hermana mía,
y la fe que nos ha dado
cumplirá.

SANCHO: Pues mi cuidado
en vos y en ella se fía.

A don JUAN

LEONOR: Mirad lo que hacéis, don Juan.
que ha de elegir a don Diego.

JUAN: ¿Que aun aquí de tu amor ciego
indicios tus celos dan?

LEONOR: Que me perdáis de esa suerte
es sólo lo que recelo.

JUAN: (Yo me holgaré, ¡vive el cielo, **Aparte**
por vengarme de perderte.)

Don Diego, los dos estamos
conformes en vuestro intento.
A saber tu pensamiento
sólo, Teodora, aguardamos.

Mira tus obligaciones,
y dinos tu voluntad.

MARQUÉS: No ponga a tu libertad
el temor vanas prisiones,
pues que presente me ves
y te ofrezco mi favor.

LEONOR: (¡Que tome de mi rigor **Aparte**
venganza en esto el marqués!)

TEODORA: Cuando ofensas engañadas
a ciegos efetos mueven,
don Juan, cumplirse no deben
palabras precipitadas.

La verdadera y forzosa,
pues que primero la di,
gozó don Diego, y así
la cumplo siendo su esposa.

Dale la mano

CAMPANA: (¡Arrojóse, vive Dios! **Aparte**

JUAN: ¿Tal sufro?

SANCHO: ¡Ah, falsa Teodora,

DIEGO: Ésta es mi mano, señora.

MARQUÉS: Y ésta sola de los dos

las vidas defenderá
si alguno intenta ofendellas.

JUAN: Mal puede vengarse en ellas
quien por su palabra está
a consentir obligado.

LEONOR: (Del marqués me he de vengar; **Aparte**
que a don Juan he de pagar
a sus ojos su cuidado.)

En este efeto, don Juan,
y en que la mano os ofrezco
veréis ya que no merezco
el título que me dan

JUAN: (Pues su fama ha asegurado **Aparte**
vuestros labios de engañosa.

haber a don Diego dado
Teodora, mano de esposa,
lograré mi penamiento.)
Con tanta nieve, Leonor,
templanza siente el ardor
y lisonja el sentimiento.

Dale la mano

Don Sancho, del mal, lo menos.

SANCHO: Del bien lo más, pues que gana
tanto en ser vuestra mi hermana.

CAMPANA: (Los dos han quedado buenos.) **Aparte**

MARQUÉS: (Vengóse de mí Leonor.)

CAMPANA: Inés, mira que Constanza
me hace el brindis.

INÉS: Tu esperanza
cumple de celos mi amor.
Tuya soy.

CAMPANA: Los que han quedado
en esta ocasión de nones,
¿qué han de hacer?

DIEGO: Pedir perdones
de las faltas al senado.

Fin de la comedia

Los Favores Del Mundo

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Personas que hablan en ella:

- **GARCÍA Ruiz de Alarcón**
- **Don JUAN de Luna**
- **El PRÍNCIPE don Enrique, hijo de don Juan II de Castilla**
- **Don DIEGO, viejo, tío de Anarda**
- **El CONDE Mauricio**
- **LEONARDO, su criado**
- **HERNANDO, gracioso**
- **GERARDO, paje del Príncipe**
- **ANARDA, dama**
- **JULIA, dama**
- **INÉS, criada de Anarda**
- **BUITRAGO, escudero**
- **Dos PAJES**
- **CRIADOS**

ACTO PRIMERO

*Salen don GARCÍA Ruiz y HERNANDO, con
vestido de color*

HERNANDO: ¡Lindo lugar!
GARCÍA: El mejor;
todos, con él, son aldeas.
HERNANDO: Seis años ha que rodeas
aqueste globo inferior,
y no vi en su redondez
hermosura tan extraña.
GARCÍA: Es corte del rey de España,
que es decirlo de una vez.
HERNANDO: ¡Hermosas casas!
GARCÍA: Lucidas;
no tan fuertes como bellas.
HERNANDO: Aquí las mujeres y ellas
son en eso parecidas.
GARCÍA: Que edifiquen al revés
mayor novedad me ha hecho,
que primero hacen el techo,
y las paredes después.
HERNANDO: Lo mismo, señor, verás
en la mujer, que adereza,
al vestirse, la cabeza
primero que lo demás.
GARCÍA: Bizarras las damas son.
HERNANDO: Distras pudieras decir
en la herida del pedir,
que es su primera intención.
Cifrase, si has advertido,
en la de mejor sujeto,
toda la gala en el peto,
toda la gracia en el pido.
Tanto la intención crüel
sólo a este fin enderezan,
que si el "Padre nuestro" rezan,
es porque piden con él.
Hoy a la mozuela roja
que en nuestra esquina verás,
dije al pasar, "¿Cómo estás?,
Y respondió, "Para aloja."
GARCÍA: Con todo, siento afición
de Madrid en ti.
HERNANDO: Y me hicieras

merced si aquí fenecieras
esta peregrinación;
que molerán a un diamante
seis años de caminar
de un lugar a otro lugar,
hecho caballero andante.

GARCÍA: Hernando, estoy agraviado,
y según leyes de honor,
debo hallar a mi ofensor;
no basta haberlo buscado.

Mas no pienses que me canso,
que hasta llegar a matarle,
de suerte estoy, que el buscarle
tengo sólo por descanso.

No a mitigarme es bastante
tiempo, cansancio ni enojos,
que siempre tengo en los ojos
aquel afrentoso guante.

¡Ah, cielos! ¿En qué lugar
escondéis un hombre así?
Cielos, o matadme a mi,
o dejádmelo matar.

Yo, que en la africana tierra
tantos moros he vencido;
yo, que por mi espada he sido
el asombro de la guerra,
yo, que en tan diversas partes
fijé, a pesar del pagano
y el hereje, con mi mano
católicos estandartes,

¿he de vivir agraviado
tantos años, cielo? ¿Es bien
que esté deshonorado quien
tantas honras os ha dado?

HERNANDO: Por Dios te pido, señor,
que no te aflijas así,
que yo espero en Dios que aquí
has de restaurar tu honor.

Si las señas no han mentido,
don Juan en Madrid está.
Sufre lo menos, pues ya
lo más, señor, has sufrido.

Deja esa pena inhumana,
no pienses en tu contrario.

GARCÍA: Es pedir al cuartanarío
que no piense en la cuartana.

HERNANDO: Diviértete, considera
cómo está en caniculares
con ser pobre Manzanares,
tan honrada su ribera,

que de él dijo una señora,
cuyo saber he envidiado,
que es, por lo pobre y honrado,
hidalgo de los de agora.

Bien puede aliviar tus males
ver ese parque, abundoso
de conejo temeroso,
blanco de tiros reales.

GARCÍA: Detente. ¿No es mi enemigo
el que miro?

HERNANDO: ¿Don Juan?

GARCÍA: Sí,
el que viene hablando allí...
con aquel coche...

HERNANDO: Yo digo
que me parece don Juan,
pero no puedo afirmarlo.

GARCÍA: Ya ves que importa no errarlo.
Pues tan divertidos van,
al descuido has de acercarte,
y con cuidado mirar
si es él; que yo quiero estar
escondido en esta parte
hasta que vuelvas. Advierte
que certificado quedes.
De espacio mirarlo puedes,
que él no podrá conocerte.

HERNANDO: El coche paró... una dama
sale...; él sirve de escudero.

GARCÍA: Acaba, vete.

HERNANDO: El cochero
me dirá cómo se llama.

*Vase HERNANDO; don GARCÍA se esconde a un lado, y por el opuesto
salen doña ANARDA y doña JULIA, con mantos, y don JUAN*

JUAN: El Príncipe, mi señor,
que de este parque en la cuesta
dando está con la ballesta
lición, y envidia al amor,
como vuestro coche vio,
contento y alborotado
a daros este recado,
bella Anarda, me envió.
miradlo en aquel repecho,
sobre el hombro la ballesta,
la mira en el blanco puesta
que sigue tan sin provecho.

ANARDA: Al parque, don Juan, subiera,

no dando qué murmurar,
mas está todo el lugar
de ese río en la ribera.

Perdón me ha de dar su alteza,
y porque pueda advertir
que nace en mí el no subir
de honor, y no de esquiviza,
aquí me quiero asentar,
donde el príncipe me vea;

Siéntanse las damas; don JUAN se arrodilla

que ver lo que se desea,
algo tiene de gozar.

Y vos, que con él priváis,
estaos aquí, porque arguya
que esta fortaleza es suya,
pues por alcaide quedáis.

Habla aparte doña JULIA con doña ANARDA

JULIA: Parece que se mitiga
tu acostumbrado rigor.

ANARDA: A esto me obliga el temor,
ya que el amor no me obliga.

A don JUAN

¿De rodilla?

JUAN: Tus despojos
adoro.

ANARDA: Mucho te humillas.

JUAN: ¿No pondré yo las rodillas
donde el Príncipe los ojos?
Y cuando no a tu deidad
tal veneración le diera,
a tu prima se la hiciera,
pues adoro su beldad.

*Sale HERNANDO. Sale don GARCÍA al encuentro
a HERNANDO y habla con él sin ser vistos de don JUAN ni las damas*

GARCÍA: ¿Es don Juan?

HERNANDO: Sin duda alguna,
que yo pregunté al cochero
quién es este caballero
y dijo, "don Juan de Luna."

GARCÍA: En cas del embajador
de Ingalaterra te espero.
Con mis joyas y dinero
ponte en salvo.

HERNANDO: Voy, señor.

*Vase HERNANDO. Don GARCÍA saca la espada y
embiste a don JUAN; él se levanta, y la saca también*

GARCÍA: Aquí pagará tu vida
tu atrevimiento.

JUAN: Detente.

GARCÍA: ¡Ah, don Juan! aquí no hay gente
que la venganza me impida.

ANARDA: ¡Qué confusión!

JULIA: Prima mía,
¿qué haremos?

ANARDA: ¡Oh, trance fuerte!

JUAN: ¿Veniste a buscar tu muerte?

¿No me conoces, García?

GARCÍA: Tanto mayores serán,
si aquí te venzo, mis glorias,
cuanto lo son tus victorias.

Vienen a los brazos y cae debajo don JUAN

ANARDA: Vencido cayó don Juan.

Don GARCÍA saca la daga

GARCÍA: Ya llegó el tiempo en que salga
de tanta afrenta. ¡Enemigo,
éste es tu justo castigo!

Va a darle una puñalada

JUAN: ¡Válgame la Virgen!

Detiene el brazo alzado don GARCÍA, y se levanta

GARCÍA: Valga;
que a tan alta intercesora
no puedo ser descortés.

JUAN: Déjame besar tus pies.

GARCÍA: Don Juan, a nuestra Señora,

virgen, madre de Dios hombre,
de la vida sois deudor;
que refrenar mi furor
pudiera sólo su nombre.

JUAN: Matadme; que más quisiera
morir, que haber agraviado
a quien la vida me ha dado.

GARCÍA: Más queda de esta manera
satisfecha la honra mía;
que si ya pude mataros,
más he hecho en perdonaros
que en daros la muerte haría.

Matar pude, vencedor
de vos solo; mas así
he vencido a vos y a mi,
que es la victoria mayor.

Sólo faltó derribar
el brazo ya levantado;
más fue perdonar airado,
que era, pudiendo, matar.

ANARDA: (De turbada estoy sin mí.) **Aparte**

Necio, descortés, grosero,
si valiente caballero,
fuera bien mirar que aquí
estaba yo, para dar
a ese intento dilación.
¿Faltáraos otra ocasión
de poderlo ejecutar?

GARCÍA: En que os habéis ofendido,
reparad, señora mía,
llamando descortesía
lo que ceguedad ha sido.

Ciego llegué del furor;
que, ¿quién, señora, os mirara,
que suspenso no quedara
o de respeto o de amor?

ANARDA: Vanas las lisonjas son,
cuando con lo que intentastes,
de ningún modo guardastes
el decoro a mi opinión.

¿Qué dijeran los que están
buscando que murmurar,
viendo a mi lado matar
un hombre como don Juan?

JUAN: Si advertís, señora mía,
perdón merece en su error
quien, por tener mucho honor,
tuvo poca cortesía.

ANARDA: ¡Bueno es disculparlo vos!

JUAN: ¿No estoy a hacerlo obligado,

cuando la vida me ha dado?

Sale GERARDO, paje

GERARDO: Su alteza llama a los dos.

GARCÍA: ¿El príncipe?

GERARDO: Veislo allí.

JUAN: No tenéis que alborotaros,
que presto pienso pagaros
lo que habéis hecho por mi.

A las damas

Su alteza a llamarme envía.

ANARDA: Bien es que le obedezcáis.

JUAN: Si el coche, Anarda, tomáis,
dejaros en él querría.

ANARDA: Desde aquí del aire y soto
gozar queremos las dos.

JUAN: Julia, adiós.

JULIA: Don Juan, adiós.

Vase don JUAN

GARCÍA: Perdonad este alboroto,
si puedo esperar perdón
de quien, sólo con mirar
da muerte.

ANARDA: De perdonar
vos me habéis dado lición.

JULIA: ¡Qué bizarro caballero!
Las almas lleva tras sí.

*Sale HERNANDO. Don GARCÍA se encuentra con
él al retirarse y los dos hablan aparte*

GARCÍA: ¿Aquí estás?

HERNANDO: Quise de aquí
ver el suceso primero.

GARCÍA: Quédate, y sabe quién son
esas mujeres.

HERNANDO: ¿Ya estás
herido?

GARCÍA: En ellas verás,
si es bastante la ocasión.

Vase don GARCÍA y HERNANDO se queda en el fondo

GERARDO: El príncipe, mi señor,
que este caso viendo ha estado,
os dice que se ha alegrado
de tener competidor
que a su privado ha querido,
porque os hablaba, ofender;
que dueño debe de ser
quien cela tan atrevido.

ANARDA: Decid, Gerardo, a su alteza
que mostrárame penado
de este susto que me han dado,
fuera más alta fineza
que condenarme a liviana
con tanta resolución,
por sola la información
de una conjetura vana.
Que ya de don Juan sabrá
cuán otra la causa ha sido,
y de haberme así ofendido
el yerro conocerá.
Y porque entienda que yo
no sé a dos favorecer,
le suplico haga prender
al que mi agravio causó.
Id con Dios.

GERARDO: Quede contigo.

Vase GERARDO

JULIA: Yo pensé que merecía
su humildad y cortesía
antes premio que castigo.
Villana estás, por mi fe,
con quien perdón te pidió.
(Préndaos Anarda; que yo, **Aparte**
forastero, os libraré.)

ANARDA: ¡Oh, qué mal me has entendido!
¿Ves este enojo y rigor?
Pues ardides son que amor
ha trazado y ha fingido.

JULIA: ¿Quieres al príncipe ya?

ANARDA: Nunca tan necia te vi.
Quien vio el forastero, di,
¿cómo otro dueño querrá?
Aquel bizarro ademán
con que la espada sacó,

el valor con que venció
y dio la vida a don Juan,
la gala, la discreción
en darme disculpa, el modo,
gentileza y talle, todo
me ha robado el corazón.

JULIA: (¡Rabiando estoy de celosa!) **Aparte**

ANARDA: Y así, por volver a verlo,
lo aseguro con prenderlo,
de que se irá temerosa,
porque forastero es.

JULIA: Cuando se apartó de aquí,
al oído hablar le vi
a aquel mancebo que ves.
É; informarte pudiera.

ANARDA: Bien dices: hablarle quiero.

JULIA: (Así ha de ser, forastero, **Aparte**
mi contraria mi tercera.

ANARDA: ¡Ah, caballero!

HERNANDO: (¿Si a mi **Aparte**
caballero me llamó?
¿Tan buen talle tengo yo?)
¿Es a mí, señora?

ANARDA: Sí.

HERNANDO: Extrañé la nueva forma,
cuando me vi caballero,
si bien no soy el primero
que en la corte se trasforma.
Mas son vanas intenciones
cuando con pobreza lidio
que es el dinero el Ovidio
de tales transformaciones.
Pero si puedo serviros,
dama, sin ser caballero,
mandadme.

ANARDA: Pediros quiero ...

HERNANDO: Pues bien podéis despediros.

¿Para pedirme, decid,
sólo me llamáis las dos?
Animosas sois, por Dios,
las mujeres de Madrid.

Que pida la que se ve
de mí rogada y querida,
¡vaya! Mi amor la convida,
y pues pido, es bien que dé.

Que la mujer que hablo yo
en la iglesia, tienda o calle,
me pida, ¡vava!, el hablalle
ya por ocasión tomó.

Mas, ¡llamarme, hacerme andar,

y luego pedirme! ¿Es cosa
el dar tan apetitosa,
que he de andar yo para dar?

ANARDA: Lo que pediros intento,
sólo hablar ha de costaros.

HERNANDO: De eso bien me atrevo a daros
cuanto os pinte el pensamiento.

ANARDA: Oíd, pues.

HERNANDO: Decid, señora.

ANARDA: Que me digáis sólo quiero
quién es aquel forastero
que al oído os habló agora.

HERNANDO: Con que vos, señora mia,
antes quién sois me digáis,
os lo diré; y no tengáis
lo que os pido a groscia,
porque sin saber a quién,
decir quién es no conviene
puesto que enemigos tiene.

ANARDA: ¡Qué cauto sois!

HERNANDO: Hago bien;
que en la corte es menester
con este cuidado andar;
que nadie llega a besar
sin intento de morder.

ANARDA: Si así ha de ser, yo me llamo
doña Lucrecia Chacón.

HERNANDO: García Ruiz de Alarcón
es el nombre de mi amo.

ANARDA: ¿Es caballero?

HERNANDO: ¿Tan mal
os informa su apellido?
La Mancha no lo ha tenido
más antiguo y principal.
Y sin el nombre, el sujeto
os pudiera haber mostrado
su calidad.

ANARDA: ¿Es casado?

HERNANDO: No, sino hombre muy discreto.

ANARDA: Déte el cielo buenas nuevas.

***Doña ANARDA habla aparte con doña
JULIA***

JULIA: Disimula. Loca estás.

ANARDA: ¿Qué quieres?

JULIA: Pregunta, mas
sin mostrar el fin que llevas.

ANARDA: ¿Es rico?

HERNANDO: ¡Gracias a Dios
 que llegamos al lugar!
 Si queríades preguntar
 sólo ese punto las dos,
 ¿qué sirve parola vana
 y hablar de falso primero?
 Bien sé que apunta al dinero
 toda aguja cortesana.

ANARDA: Ya no lo quiero saber,
 por mostrar otros cuidados.

HERNANDO: Pues hasta dos mil ducados
 de renta deben de ser
 los que en sus vasallos tiene.

ANARDA: ¿A qué vino a este lugar?

HERNANDO: Ése es mucho preguntar.

ANARDA: Sólo si de espacio viene
 me decid.

HERNANDO: Si no es aquí
 rémora un nuevo cuidado...

ANARDA: ¿Hase acaso enamorado?

HERNANDO: (¿Picaisos?) **Aparte**
 Pienso que sí.

ANARDA: Malas nuevas te dé Dios.

HERNANDO: (Mal disimula quien ama.) **Aparte**

ANARDA: ¿Puede saberse la dama?

HERNANDO: Oso decir que sois vos.

ANARDA: Pues, ¿cuándo me ha visto?

HERNANDO: Ahora.

ANARDA: Y ¿cómo sabéis que aqui
 se ha enamorado de mí?

HERNANDO: Porque sé que os vio, señora.

ANARDA: ¿Lisonjas?

HERNANDO: Verdades son,
 de que tengo algún indicio.

JULIA: Que viene el conde Mauricio.

ANARDA: Pues huyamos la ocasión.

*Sale el CONDE Mauricio y LEONARDO. Se quedan en el
fondo observando a las damas*

LEONARDO: Lince eres en conocellas.

CONDE: Ciega amor y vista da.
 ¿Cúyo criado será
 el que está hablando con ellas?

ANARDA: Tu nombre...

HERNANDO: Hernando es mi nombre.

ANARDA: ¿De qué?

HERNANDO: Hernando, cerrilmente,
 que no le sirve al sirviente

más que el nombre el sobrenombre.
ANARDA: Mucho tu modo me obliga.
Gusto me ha dado tu humor.
HERNANDO: Eso, hablando a lo señor...

***Hablan aparte doña ANARDA y doña
JULIA***

ANARDA: Dile, Julia, que nos siga,
como que sale de ti.
JULIA: (Tu mismo fuego me abrasa.) **Aparte**
Ven a saber nuestra casa,
que he de hablarte.
HERNANDO: Harélo así.

Vanse las damas

¡Pobretilla! ¿Ya me quieres?
Las armas de amor trajimos,
que un hombre a matar venimos,
y hemos muerto dos mujeres.

Vase HERNANDO

LEONARDO: El coche toman. Huyendo
van de ti, señor.
CONDE: Cuidado
me da, Leonardo, el críado.
¿Ves cómo las va siguiendo?
LEONARDO: ¿Qué determinas?
CONDE: Saber
quién es su dueño y su intento,
que amor me forma del viento
mil visiones que temer.

***Vanse el CONDE y LEONARDO. Salen el
PRÍNCIPE, con gabán y ballesta, GARCÍA y don
JUAN***

GARCÍA: Supuesto que obedecer
es forzoso a vuestra alteza,
oya a quien ha ejercitado
más la espada que la lengua.
García Ruiz de Alarcón
es mi nombre, en las fronteras
berberiscas más temido

que conocido en las vuestras.
Vasallos tengo en La Mancha,
que mis pasados heredan
del Zavallos, que a Castilla
abrió de Alarcón las puertas.
En ciñéndome la espada,
fui a serviros a la guerra,
que heredar honra es ventura,
y valor es merecerla.
Callar quiero mis hazañas
pues que la fama os las cuenta,
y en la tierra las escriben
ríos de sangre hagarena.
Habrá, pues, señor, seis años
que en la batalla sangrienta
que tuvimos con los moros
en Jerez de la Frontera,
militó don Juan de Luna,
de cuyos rayos pudiera
el mismo sol envidiar
fuego para sus saetas,
porque su valiente espada
era encendido cometa
que a fuego y sangre amenaza
la berberisco potencia.
Al trabar la escaramuza,
con tan animosa fuerza
las huestes de África embisten,
que las de Castilla afrentan.
Desbaratados los nuestros
olvidaron su soberbia,
y aun volvieron las espaldas,
que esto es verdad, si es vergüenza.
Yo, despachado de ver
tan nunca usada flaqueza,
atajélos con la espada,
castiguélos con la lengua.
O se deba a mis razones,
o al valor de ellos se deba,
corridos los castellanos
repararon la carrera,
y en nuevo Marte encendidos,
revuelven con tal violencia,
que más pareció el huir
artificio que flaqueza.
Vos, señor, al fin vencistes,
que son los reyes planetas,
y las obras del vasallo
se deben a su influencia.
Pues como yo fui la causa

de que los nuestros volvieran,
por autor de la victoria
todo el campo me celebra;
con que en algunos cobardes
la envidia tósigo siembra,
que la pensión de las dichas
es la emulación que engendran.
Juntos pues los envidiosos
a fabricar mis afrentas,
a don Juan de Luna eligen
para el instrumento de ellas.
Sólo en su valor confían,
y en la confianza aciertan,
pues a lo que él se atrevió,
nadie, sin él, se atreviera.
Dícenle, para incitarlo
a la venganza que intentan,
que de su espada y valor
he hablado mal en su ausencia;
que he dicho que las espaldas
suyas fueron las primeras
que vieron los enemigos
en la pasada refriega.
Uno el agravio denuncia,
los otros con él contestan,
y él con falsa información
justamente me condena.
Y estando en corrillo un día
con otros soldados, llega
determinado don Juan,
diciendo de esta manera,
:Yo soy don Juan, cuya luna,
de gloriosos rayos llena,
el honor de mis pasados,
con ser inmenso, acrecienta;
vos habéis dicho de mí
que soy cobarde en la guerra,
sabiendo que en valentía
os venzo, como en nobleza."
"¡Mentís en todo!" le dije;
mas húbelo dicho apenas,
cuando le tiró en un guante
a mi honor una saeta
que si bien no me llegó,
es por la desdicha nuestra
el honor tan delicado,
que del intento se quiebra.
Saqué a vengarme la espada,
y él la suya en su defensa,
que de dos humanos Joves

dos rayos vibrados eran,
y a no impedirnoslo tantos,
no digo yo cuál muriera;
que con ventura se vence,
si con valor se pelea.
Al fin, no pude romper
muros de espadas opuestas,
que aunque el valor las excede,
no las igualan las fuerzas.
Ausentóseme don Juan,
y yo, en sabiendo quién eran
los autores del engaño
de que resultó mi ofensa,
los dos de tres arrojé
al mar desde una galera.
Por las bocas me ofendieron,
y entró la muerte por ellas.
El tercero se ausentó,
y a mí el agravio me lleva
buscando a don Juan de Luna
por varios mares y tierras,
determinado a matar
o morir; y a sus esferas
seis vueltas ha dado el sol
mientras yo al mundo una vuelta.
Supe que estaba en Madrid;
vine, y vilo en la ribera
de Manzanares agora;
embestí a vengar mi afrenta;
vino a los brazos conmigo,
donde al hijo de la tierra
en valor y fuerza excede,
¡pero yo al honor de Tebas!
La daga y brazo levanto
que ardiente furia gobierna,
y él, viendo que ya en el suelo
ningún remedio le queda,
"¡Válgame la Virgen!", dice.
"Valga", digo, y la sentencia
revoco en el breve instante
que al golpe empezado resta.
Éste es el caso. Don Juan,
pues he hablado en su presencia,
me puede enmendar agora
lo que mi memoria yerra.

JUAN: Éste, señor, es el caso.
PRÍNCIPE: García-Ruiz de Alarcón,
claras vuestras obras son.
Desde el oriente al ocaso

da envidia vuestra opinión.

Las más ilustres historias
en vuestras altas victorias
el *non plus ultra* han tenido;
mas la que hoy ganáis, ha sido
plus ultra de humanas glorias.

Vuestra dicha es tan extraña,
que quisiera, vive Dios,
más haber hecho la hazaña
que hoy, García, hicistes vos,
que ser príncipe de España.

Porque Alejandro decía
--¡ved cuánto lo encarecía!--
que más ufano quedaba
si un rendido perdonaba,
que si un imperio rendía;

que en los pechos valerosos,
bastantes por sí a emprender
los casos dificultosos,
el alcanzar y vencer
consiste en ser venturosos;

mas en que un hombre perdona,
viéndose ya vencedor,
a quien le quitó el honor,
nada la Fortuna pone;
todo se debe al valor.

Si vos de matar, García,
tanta costumbre tenéis,
matar, ¿qué hazaña sería?
Vuestra mayor valentía
viene a ser que no matéis.

En vencer está la gloria,
no en matar, que es vil acción
seguir la airada pasión,
y deslustre la vitoria
la villana ejecución.

Quien venció, pudo dar muerte,
pero quien mató no es cierto
que pudo vencer; que es suerte
que le sucede al más fuerte
sin ser vencido, ser muerto.

Y así no os puede negar
quien más pretenda morder,
que más honra os vino a dar
el vencer y no matar,
que el matar y no vencer.

Dar la muerte al enemigo
de temerlo es argumento;
despreciarlo es más castigo,
pues que vive a ser testigo

contra sí del vencimiento.

La vitoria el matador
abrevia, y el que ha sabido
perdonar, la hace mayor,
pues mientras vive el vencido,
venciendo está el vencedor.

Y más donde a cobardía
no puede la emulación
interpretar el perdón,
pues tiene el mundo, Carcía,
de vos tal satisfacción.

Dadme los brazos.

GARCÍA: Señor,
con que a vuestros pies me abaje
premiáis mi hazaña mayor.

PRÍNCIPE: Ésos pide el vasallaje,
y esotros debo al valor.

GARCÍA: Como rey sabéis honrar.

PRÍNCIPE: Alzad, Alarcón, del suelo,
que en el suelo no ha de estar
quien ha sabido obligar
la misma reina del cielo.

Y que pago considero
por libranza suya a vos
las honras que daros quiero,
que es el rey un tesorero
que tiene en la tierra Dios.

Abrázale

Libre de,ser derribado
agora me juzgo yo,
que bien seré sustentado
de un brazo a quien, levantado,
tal furia no derribó.

Y así, en mi casa, García,
os quedad. Desde este día
andemos juntos los dos,
que quiero aprender de vos
la piedad y valentía.

Gentilhombre de mi boca
os hago.

GARCÍA: Dadme esos pies.

PRÍNCIPE: El servirme de vos es
para vos merced muy poca,
porque es mi propio interés.

Y yo no pretendo hacer
de esto premio o beneficio,
porque el cargo ni el oficio

no premia al que ha menester
el rey para su servicio.
El un hábito escoged
de los tres.

GARCÍA: ¿Cuándo, señor,
serviré tanta merced?

Arrodíllase don JUAN

PRÍNCIPE: Aquesto a vuestro valor,
y no a mí, lo agradeced.
Lo mucho que habéis servido,
el hábito manifiesta.
Pues ¿qué merced habrá sido
la que a mí nada me cuesta,
y vos habéis merecido?

JUAN: ¿Por qué estás, don Juan, así?
Estas honras que le das
a García Ruiz, por mí
agradezco.

PRÍNCIPE: Debo más
a quien hoy me ha dado a ti.
A pagarle me apercibo
esta vida con que vivo,
en la que hoy, don Juan, te dio;
que eres, amigo, otro yo,
y en ti la vida recibo.

JUAN: A todos sabes honrar.

Sale GERARDO

PRÍNCIPE: ¿Qué hay, Gerardo?

GERARDO: A vuestra Alteza
aparte quisiera hablar.

*Desvíase el PRÍNCIPE con GERARDO, y
hablan aparte GARCÍA y don JUAN*

JUAN: Merece vuestra nobleza
tan soberano lugar.

GARCÍA: Un deudor en mí tenéis
de las honras que hoy recibo.

JUAN: Cuando a merced vuestra vivo,
nada deberle podéis
por ley a vuestro cautivo.
Mas donde el sujeto es tal,
no tanto estiméis que aplique

el ánimo liberal
el príncipe don Enrique
a haceros merced igual;
 porque en su real persona
puso el cielo tal nobleza,
benignidad y largueza,
que hoy os diera su corona,
a tenerla en la cabeza.

PRÍNCIPE: (Confuso estoy. ¿Qué he de hacer? **Aparte**

¿Al que tanto agora honré
tengo al punto de prender?
Pues dejar de obedecer
a Anarda, ¿cómo podré?
 ¡Oh, fuero de amor injusto!

¿A tan heroico varón
hacer tal agravio es usto,
por solo el liviano gusto,
de una mujer sin razón?
 Pero prenderlo, ¿qué importa,
si luego le he de soltar,
y a mí me viene a librar
su prisión liviana y corta
de un largo enojo y pesar?

 Pero tengo por mejor,
por mostrarme poco amante
sufrir de Anarda el rigor,
que dar nota de inconstante
a un hombre de tal valor.

 Mas si la causa le digo,
bien disculpará el efeto...
No me tendrá por discreto,
si aun no empieza a ser mi amigo
cuando le fío un secreto.

 Mas ya sé lo que he de hacer.)
Vedme esta noche, García.

GARCÍA: Vuestro soy.

PRÍNCIPE: Habéis de ver
a mi padre; que poner
vuestra persona querría
 en el estado que cuadre
al valor que en vos se ve.

GARCÍA: Con serviros lo tendré.

PRÍNCIPE: Esta noche, de mi padre
el hábito alcanzaré.

Vase el PRÍNCIPE

JUAN: Ya con él os miro yo,
que el rey don Juan a su alteza

nada jamás le negó;
que de su padre heredó
el príncipe la largueza.

Vase don JUAN

GARCÍA: En mar sangriento de cruel venganza,
de rabia, de ira y de coraje lleno,
corrí tormenta, de esperanza ajeno
de llegar en mi estado a ver bonanza;
y un súbito accidente, una mudanza
el pecho libra del mortal veneno,
y el que en mi agravio a mi furor condeno,
en el perdón produce mi esperanza.
No la privanza me movió futura,
que Fortuna en sus obras desiguales
no hace de los méritos memoria;
mas debo a mi piedad esta ventura,
y por lo menos en hazañas tales
de la gentil acción queda la gloria.

*Vase don GARCÍA. Salen HERNANDO, con capa y
sombrero viejo, e INÉS*

HERNANDO: Tu nombre saber deseo.
INÉS: Inés.
HERNANDO: Decirte podré,
según en mí no sé
qué siento después que te veo,
"Un poco te quiero, Inés."
INÉS: A lo menos no dirás,
pues que ya dicho lo has,
"Yo te lo diré después."
HERNANDO: La lengua en amor osada
es más dichosa y más cuerda,
porque la mula que es lerda
tarde llega a la posada.
Enfermo es quien tiene amor,
y es el doctor el amado.
Pues, ¿cómo será curado
quien su mal calla al doctor?

Salen el CONDE y LEONARDO, de noche

LEONARDO: Ocupada está la puerta.
CONDE: Reconocer determino...
LEONARDO: El celoso desatino

tus acciones desconcierta.

CONDE: No me repliques. ¿Quién es?

INÉS: (Éste es el conde.) **Aparte**

Inés soy,

que gozando el fresco estoy.

CONDE: No hablo contigo, Inés,

sino con aquese hidalgo.

INÉS: Un soldado es que llegó,

como a la puerta me vio,

a pedir por Dios.

HERNANDO: Dad algo

para pagar la posada,

caballeros, a un soldado

desvergonzante y honrado,

que trae la pierna colgada

y tiene un brazo torcido,

por amor de...

LEONARDO: Perdonad.

HERNANDO: Miren la necesidad

con que por Dios se lo pido.

CONDE: ¿Queréis no ser majadero?

HERNANDO: ¿Así a un pobre se responde?

(¿Éste es conde? Sí; éste esconde **Aparte**
la calidad y el dinero.)

Vase HERNANDO

CONDE: Hermana Inés, no concierta

con el honor de esta casa

ver, quien a tal hora pasa,

hombres hablando a su puerta.

INÉS: Un mendigo remendado

que por Dios llega a pedir,

¿qué puede dar que decir?

CONDE: Un tercero, disfrazado

de mendigo, busca así

la ocasión a su mensaje;

y a estas horas el mal traje

no se ve, y el hombre sí,

y a estar vos, como es razón,

encerrada en vuestra casa,

al mendigo y al que pasa

quitárades la ocasión.

INÉS: No sé yo, por vida mía,

desde cuándo acá o por dónde

le ha tocado, señor conde,

el cargo a vueseñoría

de alcaide o de guardadamas

de esta casa. ¿Qué marido,

padre o galán admitido
es de alguna de mis amas,
para que las guarde así?
CONDE: ¡Vive el cielo, que a no ser
de aquesta casa y mujer!...
LEONARDO: Calla. Inés, ¿estás en ti?
¿Así te atreves al conde?
INÉS: Y al mismo rey me atreviera,
si tanta ocasión me diera.
Quien por su dueño responde
se atreve muy justamente.
Pero yo le diré a Anarda
que el conde su puerta guarda,
para que el remedio intente.

Vase INÉS

LEONARDO: Perdido vas.
CONDE: Tal estoy
de celoso y desdeñado,
que ya, de desesperado,
en nuevos intentos doy.
Ya que no puedo obligar,
vengarme sólo deseo,
que estas visiones que veo,
la materia me han de dar.
El mozo que hoy en el río
las habló y siguió después;
hallar a la puerta a Inés
y hablarme con tanto brio;
de Anarda el airado ceño
hoy, porque al coche llegué,
todo dice, o nada sé,
que esta casa tiene dueño.
LEONARDO: ¿Eso dudas?
CONDE: De inquirirlo
y darles pesares trato.
LEONARDO: No le saldrá muy barato,
si tú das en perseguirlo,
al pobre amante el favor.
CONDE: Tenga disgustos al peso
que los tengo.
LEONARDO: Para eso
te hizo Dios tan gran señor.
Páguela quien te la hiciera.
CONDE: Bien es para tales hechos
vestir de acero los pechos.
LEONARDO: Quien dar pesadumbres quiere,
ha de vivir con cuidado.

CONDE: Vamos por armas; que el día
ha de hallarme aquí en espía,
Leonardo, hasta ser vengado.

*Vanse el CONDE y LEONARDO. Salen GARCÍA y
HERNANDO, de noche*

GARCÍA: Prosigue.

HERNANDO: Llegóse a mí
el dicho conde Mauricio,
como ve que sigo el coche,
y pregúntame a quién sirvo.
Digo que a nadie. Él replica
de dónde soy conocido
de aquellas damas que hablaba,
y por qué ocasión las sigo.
Que ni sigo ni conozco,
le respondo y certifico.
"Pues no os tope yo otra vez
a vista del coche," dijo,
"o a palos haré mataros."
Yo me aparto, y a un mendigo,
que limosna entre los coches
pidiendo andaba en el río,
mi capa y sombrero doy,
y estos andrajos le pido,
con que, si me ves de día,
oso engañarte a ti mismo.
Con esto, y con que la noche
también ayuda nos hizo,
las seguí, y entré en su casa,
de que somos tan vecinos,
que es ésta que estás mirando,
cuyo soberbio edificio
avaramente publica
los tesoros escondidos.
Hablé con ellas, y al fin,
la que ser Lucrecia dijo
me dio de tenerte amor,
si honestos, claros indicios.
Pregunta tu casa, y yo
con decirla me despido.
De mi humor dicen que gustan,
mas yo, que a tu amor lo aplico,
me di al disfrazado brindis
de "a más ver" por entendido.
A Inés, secretaria suya,
mandan que salga conmigo
hasta dejarme en la calle,

cosa bien fuera de estilo,
pero no de la intención,
que presumo y averiguo.
Que fue porque yo de Inés
me informase en el camino
de lo que ellas me negaron,
lance de amor conocido.
Supe que era el nombre Anarda,
y Girón el apellido
de la que doña Lucrecia
Chacón nombrarse me dijo.
La otra es su prima, Julia
su nombre, y un viejo tío
es el curador y el Argos
de estas dos huérfanas Íos,
ambas por casar, y tienen
dos mayorazgos muy ricos
con que puede hacer dichoso
cada cual a su marido.
Ciertas esperanzas mías
dieron con esto en vacío,
y a Inés, envuelta en donaires,
una flecha de amor tiro.
Llegamos así a la puerta,
donde con celoso brío
se llegó a reconocerme,
determinado, Mauricio.
Dice que un mendigo soy
Inés; yo fínjolo al vivo.
Él responde, "No hay qué daros."
Yo a fuer de pobre porfío.
Enfadóse, fuime, halléte
en la posada, salimos,
las mercedes me contaste,
que hoy el príncipe te hizo.
Llegamos aquí, paramos...
Con que en breve suma he dicho
cuanto he hecho desde el punto
que me dejaste en el río.

GARCÍA: De los favores de Anarda
y los celos de Mauricio
me forman los pensamientos
un confuso laberinto.
Hernando, perdido estoy.
No sé qué poder divino
tiene Anarda, que en un punto
me arrebató los sentidos.
Tal estoy que no me alegran
los favores que hoy me hizo
su alteza; que los de Anarda

sólo quiero y sólo estimo.
Juzga pues cuál me tendrán
las licencias de Mauricio;
que mucho tiene de dueño
quien cela tan atrevido.

HERNANDO: Advierte que a una ventana
dos personas han salido.

Salen doña ANARDA e INÉS, a la ventana

ANARDA: Dos son.

INÉS: El conde y Leonardo
siguen el intento mismo.

ANARDA: ¿Es el conde?

GARCÍA: El conde soy.
(A mi muerte me apercibo; **Aparte**
pero venid, desengaño,
que cuanto os temo os estimo.)

A HERNANDO

Aparta; que las verdades
de amor no quieren testigos,
y saber éstas deseo.

HERNANDO: A esa esquina me retiro.

Vase HERNANDO

ANARDA: Conde, a vuestro atrevimiento
y grosera demásía,
ni conviene cortesía,
ni es cordura el sufrimiento.
¿En qué favor fundamento
el guardarme así ha tenido?
A quien nunca fue admitido
pretendiente ni galán,
decid. ¿Qué leyes le dan
las licencias de marido?
Si con tanta libertad
guardáis mi puerta y mi calle,
¿quién hará al vulgo que calle,
o estime mi honestidad?
Si bien me queréis, mirad
mi fama y reputación,
que es forzosa obligación
que al bien amar corresponde.

Salen el CONDE y LEONARDO, armados

ANARDA: Y si no me queréis, conde,
dejadme en este rincón.

El CONDE escucha a doña ANARDA

Y si os pretendéis vengar
con eso de mi desdén,
sabed que el no querer bien
no ofende, ni obliga a amar;
que inclinar o no inclinar
sólo lo puede el Amor.
Y si el veros tan señor
esfuerza vuestra malicia,
el rey sabe hacer justicia,
y yo sé tener valor.

Retíranse doña ANARDA e INÉS

CONDE: (Huélgome que no soy yo **Aparte**
solamente el desdeñado.)

GARCÍA: (La vida mi amor ha hallado **Aparte**
donde la muerte esperó.)

CONDE: (Pobre amante!) **Aparte**

LEONARDO habla aparte con el CONDE

LEONARDO: ¿Muere, o no?

CONDE: Viva, pues vive penando.

HERNANDO llégase a su amo, y hablan aparte

HERNANDO: ¿Qué tenemos?

GARCÍA: Vida, Hernando:
el conde muere.

HERNANDO: Con esto,
¿cenaremos?

GARCÍA: Vamos presto,
que está el príncipe esperando.

Vanse don GARCÍA y HERNANDO

CONDE: Sospecho que no hago bien,

Leonardo, en no conocello.
Si es mi igual, sacaré de ello
el consuelo a mi desdén,
y a lo menos sabré quién
no ha de causarme cuidado.
Vamos tras él.

LEONARDO: Acosado
toro embestimos, señor;
que aun sospecho que es peor
un amante desdeñado.

Vanse todos

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

*Salen el PRÍNCIPE, don GARCÍA, don
JUAN, GERARDO y HERNANDO, de noche*

PRÍNCIPE: De lo que el rey os ha honrado,
que me deis gracias no es bien,
Alarcón, mas parabién,
pues tanto gusto me ha dado.

GARCÍA: Vuestro soy.

PRÍNCIPE: Decid amigo;
mostrarlo puede el efeto,
pues mi más alto secreto
a declararos me obligo.
No me tengáis por liviano
por mostraros presto el pecho,
porque estoy muy satisfecho
que con vos nunca es temprano.
Y así justamente digo
que os puedo dar parte de él;
que ha mucho que sois fiel,
si ha poco que sois amigo.
Mas pues quiero daros hoy
la llave del alma mía
de mi cámara , García,

también con ella os la doy.

GARCÍA: No sólo no he de poder
serviros merced tan alta,
mas aun a la lengua falta
el modo de agradecer.

PRÍNCIPE: Alzad.

JUAN: Los brazos os doy,
alegre de que su alteza
honre así vuestra nobleza.

GARCÍA: Sois mi amigo, y vuestro soy.

JUAN: A vuestra alteza, señor,
los pies beso agradecido,
pues honra tanto al vencido
cuanto honrare al vencedor.

PRÍNCIPE: Bien, don Juan, sabéis mostrar
vuestro hidalgo corazón,
pues no os causa emulación
la competencia en privar.

Y con eso ganáis tanto,
que en mi gracia os levantáis
al paso que os alegráis
de lo que a Alarcón levanto.

No por su privanza viene
mi amor a menos con vos,
porque es el rey como Dios,
que muchos privados tiene.

Y así cuanto estas acciones
muestran en vos más valor
tanto a vuestro vencedor
tengo más obligaciones.

Que cuando no le pagara
la vida que en vos me dio,
porque a tal hombre venció,
con justa razón le honrara.

GARCÍA: A la esperanza, señor,
vuestros favores exceden.

PRÍNCIPE: Esos criados se queden.

JUAN: El príncipe, mi señor,
manda que os quedéis.

*Vase GERARDO. Don GARCÍA habla aparte con
HERNANDO*

GARCÍA: Hernando,
en nuestra calle me aguarda,
y mientras no voy, a Anarda
te encargo.

HERNANDO: ¿Estaré velando?

GARCÍA: Nunca tan necio has estado.

HERNANDO: ¿Y dormir?
GARCÍA: Dormir de día.

*Vanse el PRÍNCIPE, don GARCÍA y don
JUAN*

HERNANDO: Temprano, por vida mía,
 en el uso hemos entrado
 alto. ¡Somos de palacio!
 Trasnochar, ir a dormir
 al amanecer, vivir
 de priesa, y morir de espacio,
 si el cielo no lo remedia.
 La sátira encaja aquí,
 mas no ha de haber cosa en mi
 de lacayo de comedia.
 ¡Cuál a la corte pusiera
 algún poeta, si el caso
 y el lacayo en este paso
 de la comedia tuviera!
 ¡Cuál pusiera yo a su alteza!
 ¡Qué libremente le hablara;
 y qué poco respetara
 su poder y su grandeza!
 Luego me apartara de ellos,
 cuando a graves cosas van
 él y mi amo y don Juan.
 ¡Mal año! Por los cabellos
 de otra parte me trajera,
 y en todo el caso me hallara,
 que el príncipe aun no fiara
 quizá a los dos, si pudiera.
 Y estando en lo más famoso,
 grave, fuerte y apretado,
 saliera el señor criado
 con un cuento muy mohoso,
 o una fábula pueril
 de la zorra y el león,
 y la más alta cuestión
 concluyera un hombre vil.
 No, no. El criado, servir;
 con el rey, la gente grave;
 aconsejar, el que sabe,
 y el que predica, reñir.

*Vase HERNANDO. Salen el PRÍNCIPE, don
GARCÍA y don JUAN*

PRÍNCIPE: Pensé que un pecho tan fuerte
como el vuestro, triunfaría
del amor tierno, Garcia.
GARCÍA: Iguala amor a la muerte.
PRÍNCIPE: Militares embarazos
a muchos de él defendieron.
GARCÍA: Al dios Marte no valieron
contra los venéreos lazos.
PRÍNCIPE: ¿No os admirará en efeto
deciros que amo, García?
GARCÍA: No, porque ya lo sabía.
PRÍNCIPE: ¿Cómo?
GARCÍA: Sé que sois discreto.
PRÍNCIPE: ¡Qué bien sabéis consolar!
JUAN: Es su consecuencia clara,
puesto que amor se compara
a la piedra de amolar,
en que el más agudo acero
da a sus filos perfección.
PRÍNCIPE: Ésta es la calle, Alarcón,
en que vive por quien muero.
GARCÍA: (¿Qué es esto? Ya el niño Amor **Aparte**
de estas sombras se acobarda,
y la hermosura de Anarda
hace, cierto mi temor.)
PRÍNCIPE: Ésta es la casa.
GARCÍA: (¡Ay de mí!) **Aparte**
PRÍNCIPE: ¡Haz la seña! Mas detente;
que el recato es conveniente,
y pienso que hay gente allí.
JUAN: La calle despejaré.
PRÍNCIPE: Tú no; que presumirán,
si eres la flecha, don Juan,
que soy quien la tiré.
Vaya Alarcón.
GARCÍA: Voy, señor.
PRÍNCIPE: En esta esquina os espero.

Vanse el PRÍNCIPE y don JUAN

GARCÍA: ¿Para qué, Fortuna, quiero
con tal pensión tu favor?
¿De qué sirve la privanza?
Mercedes y honras, ¿de qué?
Todas te las trocaré
a esta perdida esperanza.
¡Cuál iba yo, viento en popa!
Fortuna, ya te entendí;
que con más ímpetu así

la nave en la peña topa.

El fin traidor has mostrado
con que en levantarme das;
que para que sienta más,
me has hecho más delicado.

Dándome honrosos despojos
llegas con rostro de paz,
por arrojarme el agraz
en las niñas de los ojos.

¿Qué es privanza, qué es honor,
qué es la vitoriosa palma,
si en lo más vivo del alma
ejecutas tu rigor?

Hoy la mayor alegría
y el mayor pesar me has dado.
De dichoso y desdichado
soy ejemplo en solo un día.

Pero quizá Anarda bella
no tiene al príncipe amor.
¿Qué importa? Él es mi señor,
y tiene su amor en ella.

No tocan a la lealtad
las ofensas de quien ama;
mas ya su amigo me llama
y me obliga la amistad.

¿De qué sutiles razones,
deseo, os queréis valer?
¿Alarcón ha de poner
la lealtad en opiniones?

Deseo, o morid en mí,
o matad conmigo a vos,
porque o vos o ambos a dos
hemos de morir aquí.

Llegad, corazón fiel;
venza al Amor la lealtad;
el paso al cielo allanad
a quien os derriba de él.

*Sale HERNANDO, huyendo, y tras él el CONDE y
LEONARDO*

HERNANDO: A no ser tantos, yo sé
si me causaran temor.

GARCÍA: ¿Es Hernando?

HERNANDO: ¿Es mi señor?

GARCÍA: ¿Qué ha sido?

HERNANDO: Desde que entré
en aquesta calle a hacer
lo que me has encomendado,

los de esa cuadrilla han dado
en que me han de conocer.
Porque no me descubrí,
dieron tras mi a cuchilladas,
y mil montantes y espadas
llovió el cielo sobre mí.

GARCÍA: Dos solos diviso yo.

HERNANDO: ¿Dos?

GARCÍA: No más.

HERNANDO: ¿Pues no habrá más?

GARCÍA: ¡Qué trocado, Hernando, estás!

¿Ya tu valor se acabó?

HERNANDO: Tantos son dos como mil
contra aquel que solo está.

GARCÍA: ¿Y quién será?

HERNANDO: ¿Quién será
sino quien hecho alguacil
nos reconoció, señor?

GARCÍA: ¿El conde Mauricio?

HERNANDO: El conde.

GARCÍA: Aquí, si mal me responde,
me conocerá mejor.

Llégase al CONDE

Si acaso algunas mercedes
alcanza la cortesía,
por ella, hidalgos, querría
poder con vuestras mercedes
que den lugar por un rato
a cierto amante secreto,
que debe al alto sujeto
de su amor este recato,
que él les dejará después
toda la noche la calle.

El CONDE habla aparte con LEONARDO

CONDE: Éste, en la voz y en el talle
es García-Ruiz.

LEONARDO: Él es.

CONDE: (¡Pues a buen puerto ha llegado!) **Aparte**

Vos pedis bien justa cosa,
pero muy dificultosa;
que soy ministro, y mandado
de un superior en mi oficio,
que de aquí no haga ausencia,
para cierta diligencia

que importa al real servicio.
A mí me pesa por cierto
de no poderos servir,
pero que no he de impedir
vuestros amores advierto,
porque callar os prometo;
demás de que es caso llano
que de la justicia es vano
querer encubrir secreto;
que al sol nada se le esconde.

HERNANDO habla aparte con don GARCÍA

HERNANDO: Él prosigue su artificio.
GARCÍA: ¿Estás cierto en que es Mauricio?
HERNANDO: Digo, señor, que es el Conde.
GARCÍA: Hidalgo, o seáis justicia
y aquí negocios tengáis,
o ser ministro finjáis
con cautelosa malicia,
lo que pido haced, que es justo.
CONDE: Que no puedo he dicho va.
GARCÍA: Ya en conseguirlo me va
más reputación que gusto;
porque quien llega a pedir
lo que no es justo negar,
no deja elección al dar,
y se obliga a conseguir.
CONDE: ¿Qué queréis decir con eso?
GARCÍA: ¿Aun no lo habéis entendido?
Que habéis de hacer lo que os pido,
o obligarme a algún exceso.
CONDE: No os arresguéis a un gran daño,
por la que, según entiendo,
no os quiere.
GARCÍA: Yo estoy pidiendo
lugar, y no desengaño.
Esto haced, y no os metáis
en consejos, ni mostréis
que conocido me habéis,
porque a mucho me obligáis.
CONDE: Que os conozca o no, os prometo
que es imposible dejaros
la calle sola.
GARCÍA: ¿En estaros
os resolvéis en efeto?
CONDE: Aquí me ha de hallar el día.
GARCÍA: Pues procedéis tan grosero,
podrá con vos el acero

lo que no la cortesía.

Sacan todos las espadas y riñen

HERNANDO: ¡Pese a tal! Agora sí
me entenderé yo con vos,
que nos vemos dos a dos.
¡Broquelicos para mí!

CONDE: Herido estoy.

GARCÍA: Yo me holgara,
sin heriros, de obligaros;
mas a vos podéis culparos.

CONDE: La fuerza me desampara.
Sin duda es mortal la herida.

GARCÍA: Que me pesa, sabe Dios.

A HERNANDO, que riñe con LEONARDO

¡Tente!

AI CONDE

Yo fuera con vos
cuidando de vuestra vida,
a poder faltar de aquí.

CONDE: Indicios de noble dais.

GARCÍA: Por mucho que lo seáis,
con igual pecho os herí.

LEONARDO: ¡Ah! ¡Pese a quien me parió!

*Vanse LEONARDO y el CONDE. Salen el
PRÍNCIPE y don JUAN, alborotados*

PRÍNCIPE: En la vida de García
se arriesga, don Juan, la mía.

JUAN: ¿No basta que vaya yo?

PRÍNCIPE: No basta, que no sabemos
cuántos los contrarios son.

JUAN: Yo soy Luna, él Alarcón,
que por un millón valemos.
Mas pienso que viene aquí.

PRÍNCIPE: García.

GARCÍA: Señor.

PRÍNCIPE: ¿Qué ha sido...?

GARCÍA: ¿Qué, señor?

PRÍNCIPE: ¿Ese rüido

de cuchilladas que oí?
GARCÍA: Lo que fue, que no fue nada,
después, señor, lo diré.
Agora, pues que se ve
la calle desocupada,
logre el tiempo vuestra alteza.

***Don GARCÍA habla aparte con
HERNANDO***

En casa me espera, Hernando.
HERNANDO: ¡Vive Dios que estov temblando
GARCÍA: Nunca has mostrado flaqueza
sino en la corte.
HERNANDO: Señor,
tú dices que nada ha sido
haber a Mauricio herido,
y puedes; que en el amor
del príncipe estás fiado;
mas a mí el pesar me ahoga;
que sé que siempre la sogá
quiebra por lo más delgado.
GARCÍA: De tu temor me avergüenzo.
HERNANDO: Hay alcalde que de balde,
por sólo hacer del alcalde,
me pondrá de San Lorenzo.
GARCÍA: Antes a mí me mataran;
que a los ingratos no imito,
que animan para el delito,
y en la pena desamparan.
Vete, y duerme descuidado.

Entre tanto hace la seña don JUAN

HERNANDO: ¿A qué no obliga tu amor?
Bien dicen que el buen señor
es quien hace buen criado.

Vase HERNANDO

PRÍNCIPE: ¿Si habrán oído?

Sale INÉS, a la ventana

JUAN: Ya están
a la ventana.
INÉS: ¿Quién es?

PRÍNCIPE: Inés, parece.
JUAN: ¿Es Inés?
INÉS: ¿Quién lo pregunta?
JUAN: Don Juan.
A Anarda le di que está
su alteza aguardando aquí.
PRÍNCIPE: Sin esperanza, le di.

*Quítase INÉS de la
ventana*

¡Válgame Dios! ¿Si saldrá?
Decidme que sí, y con eso
no me matará el temor.
JUAN: Yo tuviera por mejor
prometerte el mal suceso,
y así tendrás más colmado,
si Anarda sale, el contento;
y si no, será el tormento
mucho menor, esperado.
GARCÍA: (¡Ah, Dios! ¡Qué dulce esperanza **Aparte**
gané y perdi en solo un día!
¡Qué propia ventura mía
en la ligera mudanza!
Pero quizá... ¡No hay quizá!
"Haced", el príncipe dijo,
"la seña", de que colijo
que es dueño de Anarda ya;
que amistad hay asentada
donde hay seña conocida,
y pues tan presto fue oída,
bien se ve que fue esperada.

*Salen doña ANARDA y doña JULIA, a la
ventana. Las dos hablan aparte*

ANARDA: Yo salgo, ésta es la verdad,
por el forastero, prima;
que su prisión me lastima,
si temo su libertad.
JULIA: ¡Qué perdida estás!
ANARDA: De amor
hasta agora no he sabido.
JULIA: Tarde, mas bien, te ha cogido.
(Sabe Dios que estoy peor.) **Aparte**
ANARDA: ¡Ah, caballero!
PRÍNCIPE: Señora,
¿Sois Anarda?

- ANARDA: Anarda soy.
- PRÍNCIPE: Perdonad, mi bien, si os doy
aqueste disgusto ahora,
impidiendo el venturoso
sueño, que ocupando estaba,
por el descanso que os daba
en cambio, ese cuerpo hermoso;
que tanto el susto he sentido,
que hoy en el río tuvistes,
que hasta ver cómo volvistes,
volver en mí no he podido.
¿Cómo estáis? ¿Quitóse ya
aquel alboroto?
- ANARDA: En mí
nunca, príncipe, sentí
lo que de entonces acá;
que hizo en mí tal impresión
el forastero atrevido,
que presente lo he tenido
siempre en la imaginación.
- GARCIA: (¡Ah, Dios! ¡Si fuese de amor!) **Aparte**
- ANARDA: Mas lo que me ha sosegado
es pensar que aprisionado,
como os supliqué, señor,
lo tenéis, para que así
no se vaya sin pagarme.
- GARCÍA: (No es este efecto de amarme. **Aparte**
Ya de mi engaño salí.
Cuanto de mí se informó,
fue por trazar su venganza,
y mi engañosa esperanza
a favor lo atribuyó.)
- PRÍNCIPE: De un yerro que cometi
contra vos, hermosa Anarda,
mi amor el perdón aguarda.
- ANARDA: ¿Cómo?
- PRÍNCIPE: No os obedecí.
- ANARDA: ¿Luego sin pena quedó
el forastero atrevido?
- PRÍNCIPE: Y aun con premio bien debido
las nuevas que me dio.
- ANARDA: (¡Ay de mi!) **Aparte**
- JULIA: (¡Perdida soy!) **Aparte**
- ANARDA: ¿Ésa es la fe y la fineza
que le debí a vuestra alteza?
Bien desengañada estoy.
¡La primer cosa que pido,
en que estribaba mi gusto,
y más cuando era tan justo
castigar a un atrevido,

no he podido merecer!

PRÍNCIPE: Vos lo causastes, por Dios,
porque a vos sólo por vos
dejara de obedecer;
que como ser entendí
vos causa de aquel exceso,
con que tan fuera de seso
de pena y celos me vi,
quedé de gusto tan loco
con saber que me engañé,
que para albricias juzgué
ser todo mi reino poco.

ANARDA: Obedecer es fineza.
(Muerta soy, si se ausentó.) **Aparte**
Señor, mi tío tosió.
Perdóneme vuestra alteza,
que su recato y rigor
me prohíbe este lugar.

PRÍNCIPE: Primero habéis de escuchar
el descargo de mi error;
que para que no culpéis
del todo mi inobediencia,
lo traigo a vuestra presencia
a que vos lo castigéis.

ANARDA: ¿Qué decís?
PRÍNCIPE: Que traigo aquí
al forastero conmigo,
sujeto a vuestro castigo.

ANARDA: Aun podré pensar así
que habéis mi gusto estimado.

GARCÍA: (En fin, ¿que perdón no espero **Aparte**
de un error de forastero
y de un furor de agraviado?)

PRÍNCIPE: Perdonad, por vida mía,
pues lo conoce, su error.

ANARDA: Cuando no al intercesor,
a su humildad se debía.

PRÍNCIPE: Pues con eso, dueño mío,
os obedezco en dejaros.

ANARDA: Bien podéis, señor, estaros;
que ya no tose mi tío.

PRÍNCIPE: ¿Cómo es posible que tanto
favor haya yo alcanzado?

ANARDA: (La fiesta habéis celebrado; **Aparte**
mas habéis errado el santo.)

GARCÍA: (Que tiene al príncipe amor, **Aparte**
bien claramente se ve.
¡Más necio yo! ¿Qué esperé,
si es tal el competidor?)

PRÍNCIPE: ¿Cómo, Julia, no me dais

el parabién del favor?
JULIA: Por no impediros, señor,
cuando de Anarda gozáis.
JUAN: A lo menos, por no dar
con su voz gloria a mi oído.
JULIA: Siempre, don Juan, habéis sido
desconfiado en amar.
JUAN: Eso tengo de discreto;
y adiós, ingrata. Pluguiera
que otra causa no tuviera
un tan desdichado efeto.
GARCÍA: (Los dos aman a las dos. **Aparte**
con tal liga y artificio
seguro va el edificio.)
ANARDA: ¿Cómo trajistes con vos
al forastero, señor?
A quien mañana se irá,
¿tan fácilmente se da
noticia de nuestro amor?

*Doña ANARDA habla aparte con doña
JULIA*

Así le pregunto, prima,
del forastero el estado.
JULIA: ¡Qué bien tu intento has guiado!
PRÍNCIPE: No os tengo en tan poca estima,
que lo que os ama mi pecho
tan fácil le haya fiado.
En mi servicio ha quedado.
De mi cámara lo he hecho.
ANARDA: ¡Ah, Julia! ¡Dichosa soy!
JULIA: Déjame, no me diviertas
de don Juan. (Sin que me adviertas, **Aparte**
atenta a mi dicha estoy.)
GARCÍA: Gente viene.
PRÍNCIPE: Anarda, adiós,
que miro por vuestra fama.
ANARDA: Así obliga quien bien ama.
JUAN: Adiós.
JULIA: Él vaya con vos.
ANARDA: Caballero forastero,
de que os quedéis en palacio
con el príncipe, de espacio
el parabién daros quiero.
GARCÍA: Ya con eso lo recibo.

Vanse las damas

PRÍNCIPE: Sin duda ha estado, García,
en vuestra dicha la mía;
que nunca en el pecho esquivo
de Anarda, señal de amor,
como aquesta noche, vi.

GARCÍA: (¿Mas si fuese para mí, **Aparte**
sobrescrito a ti el favor?)

PRÍNCIPE: "Bien podéis, señor, estaros,"
dijo, queriendo partirme.

JUAN: De que paga tu amor firme
ha dado indicios bien claros.

GARCÍA: (Cuando el príncipe le dijo **Aparte**
que estaba presente yo,
gusto de estarse mostró.
Con justa razón colijo,
pues antes irse quería,
que yo su rémora he sido.
Nueva esperanza ha nacido
de la ya ceniza fría.)

PRÍNCIPE: Agora podéis contar,
García Ruiz, lo que fue
aquel rüido.

GARCÍA: Llegué,
pedi que diesen lugar
a un amante; no quisieron,
por más que rogué importuno;
saqué la espada, herí al uno,
y con aquello se fueron.

PRÍNCIPE: Mal hiciste. Cuando envío,
Alarcón, a despejar,
es por bien; no ha de costar
sangre de vasallo mio.

GARCÍA: No quiso por bien.

PRÍNCIPE: Dejallo.

GARCÍA: El gusto vuestro estorbaba.

PRÍNCIPE: Menos mi gusto importaba
que la salud de un vasallo.

GARCÍA: Yo erré por ser obediente.

PRÍNCIPE: Cerca estaba yo; volver
y tomar mi parecer.
Quien sirve ha de ser prudente.

Vanse el PRÍNCIPE y don JUAN

GARCÍA: ¿En servir hay esta vida?
¿Esta gloria en la privanza?
¿En tan ligera mudanza
hay tan pesada caída?

¡Que haya sido error en mí
lo que fineza juzgué!
¡Cuando la vida arriesgué
por agradar, ofendí!
¡Fuerte caso, dura ley,
que haya de ser el privado
un astrólogo, colgado
de los aspectos del rey!
Hoy benévolo le vi,
y hoy contrario vuelve a estar.
Ganélo con no matar,
y con matar lo perdí.
¿Qué es esto? ¿Pruebas conmigo
tus variedades, Fortuna?
Hoy era don Juan de Luna
mi más odioso enemigo;
hoy es ya mi amigo, y hoy
yo mismo vida le di;
hoy al conde conocí,
y ya su homicida soy.
Hoy vi a Anarda, y hoy la amé;
hoy creí que era querido,
hoy la esperanza he perdido,
y hoy a cobrarla torné.
Hoy me vio el príncipe, y hoy
me vi al más sublime estado
de su favor levantado,
y ya derribado estoy
en un infierno profundo
de temor y de ansia fiera.
¡Paciencia! De esta manera
son Los favores del mundo.

*Vase don GARCÍA. Salen don DIEGO,
doña ANARDA y doña JULIA*

DIEGO: Enemigas, ¿es razón
que así la fama perdáis,
y la heredada opinión
de Pacheco y de Girón
en tal vil precio tengáis?
¿Es bien que el conde atrevido
me diga en mis propias canas,
cuando voy a verle herido,
que mis sobrinas livianas
la causa del daño han sido?

ANARDA: ¿Nosotras?

DIEGO: Vosotras, pues.

ANARDA: De desangrado, delira.

DIEGO: Pues si la causa es mentira,
por lo menos verdad es
el efeto de su ira.

 Dice que él no conoció
ni ha dado ocasión a quien
en nuestra calle le hirió;
mas al menos sabe bien
que de esta causa nació.

 Y así sus deudos conjura,
y en nuestra sangre agraviado
vengar su herida procura,
si tu mano no le cura
la que en el alma le has dado.

 Bien sabes tú que en nobleza
nadie le excede en España.
De su estado la riqueza
es notoria, que acompaña
con gala y con gentileza.

 Ablanda, sobrina, el pecho,
sin razón duro y extraño;
busca el gusto en el provecho;
remedie la mano el daño
que el hermoso rostro ha hecho.

ANARDA: Ya no puedo, noble tío,
a un intento tan injusto
dejar de oponer el mío;
que es castigar en mi gusto
el ajeno desvarío.

 Si él de mí se enamoró,
y yo lo he desengañado,
¿qué ley me obliga al pecado,
que no sólo no hice yo,
mas antes lo he repugnado?

DIEGO: Nunca, sobrina, he creído
que al daño diste ocasión;
mas tu hermosura lo ha sido,
y a mil sin culpa han traído
sus gracias su perdición.

 Que no tienes culpa digo;
mas si casarte procuro,
no tu inocencia castigo;
a estorbar el mal futuro,
es sólo a lo que te obligo.

ANARDA: Señor don Diego, ¿mi tío
da tan cobarde consejo?
Bien se ve que el pecho frío
al brazo cansado Y viejo
niega el heredado brío.

 ¿Morir no será mejor,
que no que Mauricio diga,

en mengua de vuestro honor,
que a sus gustos nos obliga
de sus armas el temor?
¿Somos Girones, o no?
¿Hanos el valor faltado?
¿Estoy sin parientes yo?
¿Quién en Castilla a un criado
de mi casa se atrevió?
Y si en tan justa ocasión
no quisieran defender
nuestros deudos su opinión,
yo basto; que aunque mujer,
soy en efeto Glrón.

DIEGO: ¿Estás loca? ¿Qué es aquesto?
¿Piensas que es valor tener
ese brío descompuesto?
Sólo el proceder honesto
es valor en la mujer.
Deja ya vanos antojos,
y admite este pensamiento,
o para acabar enojos,
metiéndote en un convento,
te quitaré de los ojos.

ANARDA: Vos no sois más que mi tío,
y ni aun un padre en razón
puede forzar mí albedrío.
Casamiento y religión
han de ser a gusto mío.

Vase doña ANARDA

JULIA: Lo que dice Anarda es justo;
que sólo en tomar estado
es tirano fuero injusto
dar a la razón de estado
jurisdicción sobre el gusto.

*Aquí baja la voz y habla a don DIEGO, como
temiendo que ANARDA escuche*

No es sino mucha razón
remediar el mal que viene;
mas de la ciega afición
que Anarda al príncipe tiene,
nace su resolución.
Que como Mauricio ya
de este amor viene advertido,
temerosa Anarda está
de que siendo su marido,

de Madrid la sacaré;
y como liviana intenta,
del príncipe enamorada,
hacer a su sangre afrenta,
procura verse casada
con quien lo ignore o consienta.
Otros remedios habrá;

Alza la voz

que casarse de este modo
deshonor nuestro será.

Baja la voz

Dale cuenta al rey de todo,
que él el casamiento hará.
Calla y remedia discreto,
pues yo con esta invención
te descubro su secreto,
sin ponerla en ocasión
de que me pierda el respeto.

Y ella imaginando así
que ayudo sus pensamientos,
no se guardará de mí,
y de todos sus intentos
seré espía para ti.

Agora riñe conmigo,
para ayudarme a engañarla.

DIEGO: Si no hiciere lo que digo
Anarda, será ausentarla
de Madrid justo castigo.

JULIA: Si la razón excedieres,
justicia nos hará el rey.

DIEGO: ¿Tú también mi afrenta quieres?

JULIA: Quiero lo que es justa ley.

DIEGO: ¡Ay de honor puesto en mujeres!

Pues lo que quiero ha de ser
o morir quien lo estorbara.
Un monte querrá mover
el que por fuerza intentara
reducir una mujer.

Vase don DIEGO

JULIA Con esto, Alarcón, procura
mi amor de Anarda apartarte,

que en alguna coyuntura
alcanza el ingenio y arte
lo que no amor y ventura.

Callando el dolor que siento,
disponer mi dicha quiero;
que es prudente pensamiento
quitar estorbos primero
que descubrir el intento.

Sale ANARDA

ANARDA: ¿En qué paró, prima mía?

JULIA: ¡Pues qué! ¿No nos escuchabas?

Que bien a gritos reñía.

ANARDA: Tal vez la voz moderabas,
y entonces no te entendía.

JULIA: Entonces con falso pecho,
porque se fíe de mí,
de mi lealtad satisfecho
don Diego Glrón, de ti
murmuraba en tu provecho.

Mil defetos le decía
de tu extraña condición,
y modos le proponía
con que reducir podría
a la suya tu intención

ANARDA: Un ejemplo de amistad
miro en ti.

JULIA: (El mejor engaño **Aparte**
es con la misma verdad.)

ANARDA: Ya el remedio de este daño
resuelve mi voluntad.

JULIA: ¿Cómo?

ANARDA: A llamar he enviado
el valiente forastero,
y de que a tomar estado
me resuelvo, darle quiero
para el príncipe un recado.

Que con aquesta ocasión
darle mi amor solicita
a mi querido Alarcón
los indicios que permita
mi honesta reputación.

Y tú, quedándote aquí
sola con él, le dirás,
como que sale de ti
y que de su parte estás,
el amor que reina en mí.

Que pues la ocasión convida,

goce de ella, y a su alteza
en casamiento me pida;
y dile tú la firmeza
con que tengo defendida
del príncipe y de Mauricio
mi honestidad, pues lo sabes;
porque a un celoso juicio
le ha de obligar el indicio
de pretendientes tan graves.

JULIA: Yo del príncipe imagino
que tu intento ha de estorbar.

ANARDA: Diréle que determino
casarme, por allanar
a sus gustos el camino;
porque, de otra suerte, intenta
los cielos atrás volver;
y así es fuerza que consienta
en mi intento, por tener
fin del mal que le atormenta.

Que aunque él es tan poderoso,
si a un hombre de tal valor
tengo, prima, por esposo,
no será dificultoso
el defenderle mi honor.

JULIA: Tu agudo ingenio bendigo.

ANARDA: Todo es cautelas amor.

JULIA: (Y así las uso contigo. **Aparte**
No hay enemigo peor
que el que trae rostro de amigo.)

Sale INÉS

INÉS: El amo de Hernando quiere
licencia de verte.

ANARDA: Inés,
mientras conmigo estuviere,
es bien que al balcón estés,
por si mi tío viniere.

Vase INÉS

JULIA: ¿Iréme?

ANARDA: Ponte en lugar
donde la plática entiendas;
que habiéndome de ayudar,
es bien que sepas las sendas
por donde has de caminar.

JULIA: (A ejecutar mi intención.) **Aparte**

ANARDA: Y advierte en el artificio
con que en aquesta ocasión,
sin ofender mi opinión,
le doy de mi amor indicio.

*Apártase JULIA y espía desde un lado.
Salen don GARCÍA y HERNANDO, de camino*

GARCÍA: Dadme, Anarda, los pies.

ANARDA: Poco es la mano
a tan valiente y noble caballero.
¡De camino venís!

GARCÍA: Búscase en vano
firmeza en bien del mundo lisonjero,
y el que en la voluntad de un hombre humano
libra sus dichas, ha de estar primero
apercebido para la mudanza
que del favor admita la esperanza.

Ayer, ya vos sabéis por qué camino,
hallé fácil al cielo la subida.

¡Mentirosa amistad de mi destino!

¡Traidora prevención de la caída!

La humilde vara en levantado pino
fue con súbito aumento convertida,
porque del viento airado a la violencia
diese efecto mi propia resistencia.

Aquel alto lugar que ayer tenía,
perdí, señora, anoche. Sabe el cielo,
que por fineza más que culpa mía,
que tengo en mi conciencia mi consuelo.
Cuando pensé que al mismo sol subía,
con todo el edificio di en el suelo.

Erré, mas no pequé. Soy castigado;
que es con el rey un yerro gran pecado.

Miróme disgustado, reprendióme
severo, y las espaldas volvió esquivo,
y entrándose en su cámara, dejóme
fuera de ella y de mí, sin alma y vivo.
No sé cuál medio en tal extremo tome:
a entrar o a estarme en vano me apercibo,
como al que sueña toros, hace el miedo
que ni pueda correr ni estarse quedo.

Al fin, sin verle a mi posada vuelvo;
que es, aunque sin razón, príncipe airado.
La noche toda en confusión me envuelvo,
sin atreverse el sueño al gran cuidado;
y, al fin, en ausentarme me resuelvo,
y el cuerpo huyendo al peligroso estado
y a la inquietud de la ambición sedienta,

vivir con mis vasallos y mi renta.

Y hoy, cuando a visitaros ya partía,
por despedirme, Anarda, y disculparme,
llegó un recado vuestro que podría,
a ser sol fugitivo, repararme.
Viene obediente el que cortés venía.
Mandadme liberal para obligarme,
que da pidiendo vuestra gran belleza,
y es dejaros servir vuestra largueza.

ANARDA: Señor García Ruiz, desdicha grave
siempre tocó al mayor merecimiento.
Si rodó la Fortuna, ¿quién no sabe
que sólo en ser mudable tiene asiento?
Lo que yo admiro, y en razón no cabe,
es sólo vuestro poco sufrimiento;
que ¿quién pensara que faltar podía
gran fortaleza a grande valentía?

A suerte desigual, igual semblante.
Es propia acción de pechos valerosos
animoso emprender; sufrir constante
consigue los laureles vitoriosos.
No al primero desdén huya el amante;
grandes los bienes son dificultosos.
Poco al príncipe amáis, oso decirlo,
pues pretendéis servirle sin sufrirlo.

GARCÍA: ¿Poco es perder la vida por su gusto?

ANARDA: Sufrirlo es menos, y impaciente os hallo.

GARCÍA: Un injusto rigor sufrir no es justo.

ANARDA: A ser íusto, ¿qué hicierais en llevarlo?

Y debéis advertir que si es injusto,
ausentáros será justificallo.
Ponerse del jüez en la presencia
es el mejor testigo de inocencia.

No os vais, García Ruiz, o por lo menos
pensadlo bien primero; que seguirse
prueban mil libros de sentencias llenos,
presto arrojarse y presto arrepentirse.
Ved a su alteza; que los hombres buenos
no se ausentan del rey sin despedirse.

GARCÍA: A despedirme de él por vos venía.

ANARDA: ¿Yo qué poder del príncipe tenía?

GARCÍA: ¡Feliz quien tal ingenio y beldad ama!

ANARDA: No, no, lisonjas no, que no os las creo;
que yo supe que ayer a cierta dama
centellas envió vuestro deseo;
y hoy de la ardiente repentina llama,
pues queréis ausentaras, libre os veo.
¿Múdase tal varón en un instante,
y culpa a la Fortuna de inconstante?

GARCÍA: Al que muda con causa de consejo,

no puede darse nombre de liviano.

ANARDA: No me satisfagáis, que no me quejo.

GARCÍA: ¿Tiráis la piedra y escondéis la mano?

Dios sabe, si tan alta empresa dejo,
que un poder me ha oprimido soberano.

ANARDA: Contra amor firme no hay poder bastante.

GARCÍA: Préciome de leal, si de constante.

Si a quien debo lealtad, esa persona
quiere, ¿será razón que yo prosiga?

ANARDA: En el amor es yerro, y se perdona

lo que sin él, traición que se castiga,
y el diferente fin la acción abona
del vasallo a quien más la ley obliga;
que si casarse intenta, nada ofende
al señor que gozar sólo pretende.

No digo que lo hagáis; que es causa ajena.

Allá con vos las haya la ofendida;
sólo probaros quiero que la pena
tenéis, que os da Fortuna, merecida.
Pecáis mudable, y por castigo ordena
otra mudanza, mal de vos sufrida.
Firmeza aprended en vuestro intento,
o en ajenas mudanzas sufrimiento.

GARCÍA: ¿Si como firme os amo?

ANARDA: Si pensara

que yo de vuestro amor era el objeto,
ofendida de vos no os escuchara,
que la mudanza es falta de respeto.
Quien una vez conmigo se declara,
tal debe estar del amoroso efeto,
que por lealtad, honor, premio o castigo,
ha de romper hasta casar conmigo.

¡No! Bien sé que otra amáis, o lo he creído;
que a pensar que era yo, disimulara,
por no dar ocasión a que, atrevido,
vuestro pecho su amor me declarara;
mas siempre cortesana ley ha sido
decir lisonjas y alabar la cara.
Si por eso lo hacéis, yo más querría
tosca verdad, que falsa cortesía.

GARCÍA: Si es la verdad grosera, soy grosero.

ANARDA: ¡Basta! Mirad que el príncipe me ama.

GARCÍA: Peco si intento, pero no si os quiero.

ANARDA: Amor da intentos como el fuego llama.

Decir amo es intento verdadero;
que a recíproco amor el amor llama.

GARCÍA: El fin diverso abona mis acciones.

ANARDA: No son para conmigo mis liciones;

para con la qtie amáis os las he dado.
Bien sé que otra os ocupa el pensamiento,

que a ser yo vuestro amor, dichoso estado
le daba la ocasión a vuestro intento;
pues para lo que ahora os he llamado,
es para que tratéis mi casamiento
con el príncipe vos. Si habéis de verlo,
direos la causa que me obliga a hacerlo.

GARCÍA: Por fuerza os he de obedecer, señora.

ANARDA: Sabed que está Mauricio, el conde, herido
y dice que si bien la mano ignora,
sabe que yo la causa de ello he sido,
y puesto que me iguala y que me adora,
me resuelva a admitirle por marido,
o que contra mi sangre verá España
salir todos sus deudos a campaña.

Yo aborrezco a Mauricio, y si le amara
esta amenaza que a mi sangre ha hecho,
a no darle la mano me obligara;
que no se rinde el gusto a su despecho.
En favor de Mauricio se declara
mi tío, que procura su provecho.
el príncipe, que tanto amarme jura,
muéstrelo en remediar mi desventura.

Que pues su alteza no ha de ser mi esposo
y querer mi deshonra es no quererme,
es en esta ocasión lance forzoso
buscar quien pueda honrarme y defenderme.
Por si resiste el príncipe amoroso,
de vuestra autoridad quise valerme.
Vos persuadidle, y advertid, García,
que en vuestra voluntad dejo la mía.

*Hace que se va doña ANARDA, y al entrarse se
encuentra y queda hablando con doña JULIA*

GARCÍA: (¡Con cuán honestas señales **Aparte**
Anarda en esta ocasión
me ha mostrado su afición!)

ANARDA: Dile tú agora mis males.

Vase doña ANARDA. Sale doña JULIA

GARCÍA: (¡Dichoso mil veces yo!) **Aparte**

HERNANDO: ¿Ya se pasó la tristeza
del enojo de su alteza?

GARCÍA: Con tal trueque, ¿por qué no?
Cuando en tal privanza estoy,
¿qué importa la que he perdido?
Haz cuenta que ya marido

de la hermosa Anarda soy.
HERNANDO: ¿Tan presto?
GARCÍA: Ella misma ha abierto
a mis intentos lugar.
HERNANDO: ¿Quién creyera en tanto mar
que estaba tan cerca el puerto?
JULIA: Caballero forastero...
GARCÍA: Bella cortesana...
JULIA: Oíd.
Por forastero en Madrid,
un consejo daros quiero.
No tengáis a poco seso
que sin pedirlo os le doy,
porque disculpada estoy
con lo que en darle intereso.
Anarda, según he oído,
poder de casarla os dio,
y a Mauricio os declaró
que no quiere por marido.
La causa os diré, y así
vos de ella coligiréis
lo que en esto hacer debéis,
y lo que me mueve a mí.
Soy su prima, y de su amor,
secretaria; mas agora
soy a su amistad traidora
por ser leal a mi honor.
Por su alteza Anarda muere,
y como ya el conde herido
de este amor está advertido,
por esposo no lo quiere;
que a impedir es poderoso
la infamia que Anarda intenta,
y a quien lo ignore o consienta
quiere tener por esposo.
De aquí podéis entender
lo que me va en no callar,
si vos debéis mirar
a quién la dais por mujer.

Vase doña JULIA

GARCÍA: ¿Qué es aquesto, cielo eterno?
¿Soy yo aquél que agora fui?
¿De un paso al cielo subí,
y de otro bajé al infierno?
Agora tuve delante
la gloria por quien suspiro,
y en medio en un punto miro

mil montañas de diamante.

El que a tal nació sujeto,
¿qué perdiera en no nacer?

HERNANDO: ¿Qué te ha dicho esta mujer?

GARCÍA: ¿No te lo ha dicho el efeto?
Un desengaño.

HERNANDO: Fortuna
nos da su retrato en ti.
Agora pisar te vi
con los mismos pies la luna,
y ya en el centro profundo
de dolor y rabia fiera.

GARCÍA: ¡Paciencia! De esta manera
son los favores del mundo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen don JUAN y JULIA

JUAN: Su alteza, que por mandado
del rey, a Toledo parte,
de Anarda quiere encargarte
en esta ausencia el cuidado.

JULIA: (Ocasión me da con esto **Aparte**
para esforzar mi invención.)
En estrecha obligación
hoy el príncipe me ha puesto
que pues de mí se confía,
guardarle debo amistad,
y el decirle la verdad
corre ya por cuenta mía.

JUAN: Habla, pues.

JULIA: Dile que vea
que al forastero Alarcón
tiene mi prima afición,
y ser su esposa desea.
Si lo consigue, su alteza
se puede dar por perdido,
que da el amor del marido

a la mujer fortaleza.

No hay que esperar si se casa
con hombre de tal valor
y que sabe ya el amor
en que el príncipe se abrasa.

Ella dirá que desea
casarse, por allanar
el camino y dar lugar
al príncipe. No la crea,
que es engañoso artificio
y ha de resistir después.

JUAN: Pues tu consejo ¿cuál es?

JULIA: Que la case con Mauricio,
a quien da en aborrecer
Anarda; que de ofendido
está muy cerca el marido
que aborrece la mujer.

JUAN: Y Mauricio, ¿no es honrado,
y a guardar su honor bastante?

JULIA: De este intento está ignorante.
Nada puede un descuidado.

JUAN: ¿Sabes si el conde querrá?

JULIA: Sé que por Anarda muere.

JUAN: ¿Pues cómo, de que la quiere
el Príncipe, ajeno está?

JULIA: Su alteza es tan recatado
que nunca el conde Mauricio
tuvo de su amor indicio;
tú sólo celos le has dado
con tus rondas y paseos.
Mas eso no ha de estorbarle,
pues cesa con declararle
que causo yo tus deseos.

JUAN: Si el conde está sospechoso,
ha de pensar que es enredo.

JULIA: Pues quitarémosle el miedo
con que seas tú mi esposo.

JUAN: ¿Qué dices? ¿Tan gran favor
he merecido de ti?

JULIA: ¿No es tiempo que obren en mí
tus méritos y tu amor?

JUAN: ¡Dulce fin de tantos daños!

JULIA: (Anarda la mano dé **Aparte**
al conde, que yo sabré
usar contigo de engaños.)

JUAN: Su alteza, mi bien, me espera.

JULIA: ¿Hasme de olvidar, don Juan?

JUAN: Antes, Julia, olvidarán
las estrellas su carrera.

JULIA: De tu ausencia y mi tristeza,

JUAN: ¿cuándo el fin tengo de ver?
 Esta noche he de volver
 por la posta con su alteza.

Don JUAN hace que se va

JULIA: (Bien engañado lo envío. **Aparte**
 Mas, ¡ay! ¿Si se va Alarcón
 a Toledo? Una invención
 remedie el tormento mío.)
 Don Juan.

Vuelve don JUAN

JUAN: Señora.
JULIA: Oye.
JUAN: Di.
JULIA: Mira que es inconveniente
 que García-Ruiz se ausente
 en esta ocasión de aquí,
 que examinar su intención
 con cautela es acertado;
 que si paga, enamorado
 de mi prima, su afición,
 tales cosas le diré,
 que aborrezca a la que estima,
 y despechada mi prima
 al conde la mano dé.
JUAN: Dirélo al príncipe así.
 Loco voy con tu favor.

Vase don JUAN

JULIA: ¡En qué laberinto, Amor,
 me voy entrando tras ti!

 A don Juan he dicho agora
 que está Mauricio ignorante
 de que es el príncipe amante
 de Anarda; y que no lo ignora
 dije a don Diego, mi tío.
 Con sus intenciones varias,
 y por dos causas contrarias
 a un mismo efeto los guío.

Sale don DIEGO

DIEGO: Ya, Julia querida, he dado
cuenta al rey de nuestro intento,
y que el príncipe al momento
de Madrid salga, ha mandado.

JULIA: ¿Y en lo que a Mauricio toca?

DIEGO: Que o la mano le dará,
o en un convento tendrá
justo castigo esa loca.

JULIA: Yo haré con tal artificio
lo que tu pecho desea,
que el mismo príncipe sea
quien la case con Mauricio.

DIEGO: De remediar nuestro honor
tengo justa confianza
en lo que tu ingenio alcanza.

JULIA: (Di en lo que alcanza mi amor.) **Aparte**

*Vanse don DIEGO y JULIA. Salen el PRÍNCIPE,
con botas, y GERARDO, con las espuelas, para ponérselas.
Luego dos PAJES*

PRÍNCIPE: Acaba, que me tienes ya cansado.

GERARDO: (En quemar la materia más cercana **Aparte**
al fuego imita un príncipe enojado.)

PRÍNCIPE: Ponlas, acaba. ¡Cuán de buena gana
con ellas las entrañas le rompiera
al que pena me dio tan inhumana!

Sale un PAJE

PAJE: Ya apercebido el carruaje espera.

PRÍNCIPE: Pues, ¿quién te lo pregunta?

PAJE: Vuestra alteza
mandó que en siendo tiempo lo dijera.

PRÍNCIPE: No obedecerme fuera más fineza,
que el discreto no da, sin ser forzado,
nuevas que sabe que han de dar tristeza.

Sale el segundo PAJE

PAJE 2: A vuestra alteza aguarda aderezado
el almuerzo, señor.

PRÍNCIPE: Todos entiendo
que os habéis a matarme conjurado.
Necio, a quien de la vida está partiendo,
¿qué gusto puede darle la comida?

Que es, amando, partir, vivir muriendo.
Idos de aquí, dejadme; que la vida
me sobra, pues me falta la paciencia.
¡Ay, antes muerta gloria que nacida!
El favor vino anoche, y hoy la ausencia,
porque tenga en la misma medicina
materia más copiosa la dolencia.

El primer PAJE habla aparte con el PRÍNCIPE

PAJE 1: Agora entra Alarcón.
PAJE 2: Él no imagina
 que está el mar por el cielo.
PAJE 1: ¿Llegar osa?
 Corre Faetón a su fatal ruina.

Sale don GARCÍA

GARCÍA: Si acaso vuestra mano poderosa,
 deL justo enojo de mi error causado,
 ha envainado la espada rigurosa,
 merézcala besar quien, humillado,
 en cambio de él, señor, la sangre ofrece
 que en el servicio vuestro ha derramado.
PRÍNCIPE: Alzad, García Ruiz, y si os parece
 que yo estuve enojado, yerro ha sido;
 que vuestro amor leal no lo merece.
 Sabiendo que un vasallo estaba herido
 por mi causa, aquel justo sentimiento
 de lastimado fue, no de ofendido.
 Decir que errastes fue un advertimiento
 y regla de servirme, no castigo,
 que sé que no hay pecado sin intento;
 graves razones son las que conmigo
 os dieron de amistad el nudo estrecho.
 No levemente pierdo un buen amigo.
 Sabréis, de hoy más, de mi piadoso pecho
 la condición. Jamás de ajeno daño
 quiero que nazca mi mayor provecho.

GERARDO habla aparte con los PAJES

GERARDO: Ved de quien sirve el claro desengaño.
 Aquí nos anegamos, y en bonanza
 da al viento aquí esta nave todo el paño.
PAJE 1: ¿Quién creyera tan presto tal mudanza?
PAJE 2: Merécela Alarcón.

PAJE 1: Bueno es ser bueno;
mas no el honrado, el venturoso alcanza.

Vanse GERARDO y los dos PAJES

PRÍNCIPE: Tratemos de mis males; que estoy lleno
de rabia y de dolor, y el pecho mío
se enciende en furia de mortal veneno .

Hoy de mi Anarda ese caduco tío
al rey de mis intentos se ha quejado.
Vuestro yerro causó tal desvarío.

Mauricio fue el herido; han sospechado
que por mi voluntad, y que a Toledo
parta al punto mi padre me ha mandado.

¿Cómo ausente de Anarda vivir puedo,
si aunque presente estoy, muriendo vivo?

GARCÍA: Si tu amor firme o tu celoso miedo
remedio alcanzan de tu mal esquivo
posible, huya el dolor, la pena olvida,
pues que yo a ejecutarlo me apercibo.

Lo que mi brazo erró, emiende mi vida,
que desde que empezó, por justa herencia,
está por ti a perderse apercebida.

Para seguirte en esta triste ausencia
las espuelas calcé. (Callo mi intento, **Aparte**
pues la misma ocasión da la advertencia.)

La vida sigue el mismo pensamiento.
Traza, resuelve, manda; que no siente
imposible mi fiel atrevimiento.

PRÍNCIPE: Vuestra lealtad, que al sol resplandeciente
su luz opone, alivia mi tormento;
y así, mientras de Anarda peno ausente,
en prendas quedaréis de mi firmeza,
que ser Argos de Anarda es gran ventura,
por mirar con cien ojos su belleza.

GARCÍA: Premiáis mi amor. (Aquí la suerte dura **Aparte**
el resto echó. ¡Por cuidadosa guarda
quedo yo contra mí de su hermosura.

Un recado, señor, la hermosa Anarda
me ha dado para ti.

PRÍNCIPE: ¿Cómo, García,
tanto tu lengua en referirlo tarda?

GARCÍA: Porque no solicita tu alegría,
y a no obligar la ley de buen criado,
con el silencio más te serviría.

PRÍNCIPE: Habla ya, que el temor me ha atormentado
más que la nueva puede.

GARCÍA: Tu mal siento,
si bien en tu valor voy confiado,

porque es el toque de él el sufrimiento.

Hablan en voz baja. Salen don JUAN y GERARDO. Los dos hablan a la puerta de la cámara

GERARDO: Como el toro, a quien tiró
la vara una diestra mano,
arremete al más cercano
sin buscar a quien le hirió,
su alteza, con el dolor
que esta nueva le ha causado,
en nosotros ha vengado
los agravios de su amor.
Mas en entrando Alarcón,
o de amor, o de respeto,
serenó el airado aspeto
y mudó la condición.

JUAN: Bien sabe Garcí Ruiz
merecer tanto favor.

GERARDO: Merece con el señor
quien tiene estrella feliz.

PRÍNCIPE: ¿Que le dé marido yo?

GARCÍA: Así lo dice.

PRÍNCIPE: ¡Ah, García!

En mi loco amor confía
quien tal recado envió.
¡Ah, cielo! ¡Yo le he de dar
a la que adoro marido!
Cuánto corta en un rendido
la espada, quiere probar.
¡Anoche el favor primero,
y hoy desengañarme así!

GARCÍA: (Que fue el amor para mí, **Aparte**
de todo con causa infiero.

Pero ¿cómo puedo, ¡ay, triste!,
merecer por dulce esposa
mujer tan noble y hermosa,
y que a un príncipe resiste?)

PRÍNCIPE: ¿Qué haré?

GARCÍA: En casos de amor
nunca supe dar consejo.

PRÍNCIPE: Vos, pues en la corte os dejo,
con vuestro seso y valor
divertidla de ese intento,
encarecedle mi pena,
mientras el remedio ordena
mi afligido pensamiento.

GARCÍA: Dos imposibles, señor,
me encargas.

PRÍNCIPE: Tal caballero
para tales casos quiero.
Caballerizo mayor...

Arrodillándose don GARCÍA

GARCÍA: De Alejandro es vuestra alteza
envidia.

PRÍNCIPE: Alzad, pues. Don Juan,
¿calláis?

JUAN: Callando se dan
nuevas que son de tristeza.

PRÍNCIPE: ¿Qué hay de Julia?

JUAN: Ya la vi.

PRÍNCIPE: No temáis, que de Alarcón
sé ya la resolución
de mi Anarda contra mí.
Ya sé que se determina
casarse esa crüel.

Don JUAN habla aparte con el PRÍNCIPE

JUAN: ¿Luego ya sabréis que es él
a quien Anarda se inclina?

PRÍNCIPE: ¿Quién?

JUAN: Repórtate.

PRÍNCIPE: Acabad,
que el alma en furor se abrasa.

JUAN: Oye, señor, lo que pasa,
si Julia dice verdad.

Hablan bajo el PRÍNCIPE y don JUAN

GERARDO: De la merced que os ha hecho
el príncipe, alegre os doy
un gran parabién.

GARCÍA: Yo estoy
de vuestro amo satisfecho;
pero podéis persuadiros
que nada os quedo a deber,
y cuanto tenga ha de ser,
Gerardo, para serviros.

GERARDO: Vuestro valor al deseo
da seguras esperanzas.

GARCÍA: (Tocando estoy las mudanzas **Aparte**
de mi suerte, y no las creo.
¿Quién, del infelice estado

en que hoy se vio mi ventura,
creyera que a tanta altura
hoy me viera levantado?)
PRÍNCIPE: ¡Tal maldad! ¡Viven los cielos,
 que he de hacer!
JUAN: Señor, detente.
PRÍNCIPE: ¿Quieres que el volcán reviente,
 y el mundo abrasen mis celos?
 ¡Alarcón...!
JUAN: Que adviertas, ruego
 a su gran valor.
PRÍNCIPE: Salid
 al momento de Madrid!
GARCÍA: ¿Para adónde?
PRÍNCIPE: ¡Salid luego,
 y cuanto más lejos vais,
 me daré por más servido!
GARCÍA: Señor...
PRÍNCIPE: Ya estoy ofendido
 de que partido no hayáis!

Don GARCÍA se retira

GARCÍA: (¿Qué es esto, suerte importuna?
 ¿Así el favor desvanece?
 ¡Vive el cielo, que parece
 que está loca la Fortuna!
 ¿Qué le habrá dicho don Juan?
 Mas de don Juan, ¿qué recelo,
 si estas mudanzas del cielo
 ciertos avisos me dan,
 haciéndome sin segundo,
 ya en el bien y ya en el daño,
 del engaño y desengaño
 de Los favores del niundo?)

Vase don GARCÍA

JUAN: Dame para hablar licencia,
 ya que Alarcón se ha partido.
PRÍNCIPE: ¿Qué quieres? ¿Dirás que ha sido
 poco humana mi sentencia,
 siendo tanta la ocasión?
JUAN: Si a eso miro, fue piadosa,
 señor, pero rigurosa,
 si miro a tu condición;
 que desconozco el rigor

en quien es la mansedumbre
naturaleza y costumbre.

PRÍNCIPE: ¿Qué no harán celos y amor?

Tan otro soy del que fui,
con sus efetos violentos,
que extraño mis pensamientos,
y no me conozco a mí.

JUAN: De que no sientas no trato,
donde es tanta la ocasión;
mas da un rato a la razón,
pues diste al enojo un rato.

Confesado me ha tu alteza
que es violento ese accidente;
lo violento fácilmente
vuelve a su naturaleza.

¿En qué diferencia pones
a ti y a un hombre vulgar,
si así te dejas llevar
del furor de tus pasiones?

Cualquiera, señor, es sabio
donde no hay dificultad;
la mansedumbre y piedad
se tocan en el agravio.

La fiera borrasca muestra
si es el piloto prudente,
y el jinete en potro ardiente
fuertes pies y mano diestra.

Ésta es la misma ocasión
que debiera desear
tu alteza, para mostrar
su piadosa condición,
y más donde el condenado
ser inocente podría,
que hasta agora de García
no sabemos si ha pecado.

Julia sólo el pensamiento
de Anarda me ha referido,
pero no que él haya sido
cómplice de aqueste intento.

Y la primera advertencia
que Julia en esta ocasión
me hizo, fue que Alarcón
no te siga en esta ausencia,
que cautamente sabrá
de él si a tu enemiga estima;
y siendo así, de su prima
tales cosas le dirá,

que la desdeñe injurioso,
para que ella desdeñada,
de su amor desesperada,

quiera al conde por esposo.

Que mientras tenga esperanza
de que él su amor corresponde,
no hay pensar que verá el conde
en sus rigores mudanza.

PRÍNCIPE: Es agudo pensamiento.

JUAN: Con amor y con lealtad
te sirve, y la voluntad
da fuerza al entendimiento.

Demás de esto, considera
que sabiendo tu afición,
no se casará Alarcón,
aunque, querido, la quiera.

Y por un leve temor
que asegura su nobleza,
no ha de pagar mal tu alteza
a un hombre de tal valor.

Ni permitas que Alarcón
me tenga por falso amigo,
pues de lo que hablé contigo
vio nacer tu indignación;

con que es forzoso entender
que ingrato y villano soy,
pues quito tu favor hoy
a quien vida me dio ayer.

Bien temí yo tu castigo
cuando te daba el recado;
mas la ley de buen criado
venció a la de buen amigo.

Esto ha de bastar, señor,
a que tomes otro acuerdo,
si mis servicios no pierdo,
si no me engaña tu amor.

PRÍNCIPE: Digo que me has convencido,
y de haberlo desterrado
estoy, don Juan, lastimado,
cuanto más arrepentido.

Abrázame; que es razón
dar premio a tu gran nobleza,
y por ver esta fineza,
estimo aquesta ocasión.

JUAN: Por tal dueño poco es dar
la sangre, vida y honor.
Dame licencia, señor,
de que lo vaya a alcanzar.

PRÍNCIPE: Será, don Juan, darle indicio
de liviana condición.

JUAN: Fía tu reputación
de mi ingenioso artificio.

PRÍNCIPE: Como la ocasión no pueda
colegir que esto ha causado,
a lo que le he encomendado
le di que en la corte queda.

JUAN: ¿Partes luego?

PRÍNCIPE: Ya el rigor
de mi airado padre ves.

JUAN: Para alcanzarte, a mis pies
dará sus alas mi amor.

*Vase don JUAN. Salen GERARDO, los dos PAJES y
otros criados*

PRÍNCIPE: ¿Puedo partir?

GERARDO: A tu alteza
todo aguarda apercebido.

PRÍNCIPE: ¿Quién duda que estás
sentido,

Gerardo, de mi aspereza?

GERARDO: Sólo tus pesares siento.

PRÍNCIPE: ¡Ah, Gerardo! No te espante;
que es pluma leve un amante,
y celos y amor el viento.
Alégrete este rubí,

Dale una sortija

si por mi causa estás triste.
Y tú, pues que me sufriste
lo que sin razón reñí,

Da al PAJE otra sortija

con este diamante, Otavio,
publica tu sufrimiento;
y a ti, el arrepentimiento
que tengo ya de tu agravio,

Da a otro una cadena

te diga aquesa cadena,
que me confiesa obligado.

PAJE 1: Aumente el cielo tu estado.

GERARDO: Alivie Anarda tu pena.

PAJE 1: A su curso natural
el río presto volvió.

GERARDO: ¿Quién a príncipe sirvió
tan piadoso y liberal?

*Vanse todos. Salen don GARCÍA y HERNANDO de
camino*

GARCÍA: ¿Cómo está el Conde?

HERNANDO: No es nada.

¿Un piquete siente así?
Como es señor, es de vidrio,
y está su vida en un tris.
Tiene en la tabla del brazo
una sangría sutil;
que la manga de la cota
no le llegaba hasta allí.
Una vena le rompiste;
desangrÁbase, y así
se desmayó; ya está bueno,
y ha pedido de vestir.

GARCÍA: Huélgome. ¿Vienen las postas?

HERNANDO: Ya comenzaba a subir
el postillón, batanado
en el angosto rocín.

GARCÍA: Mucho tarda a mi deseo.

HERNANDO: ¿Esto es irte, o es huir?

GARCÍA: ¡Fuego de Dios en amores
y privanzas de Madrid!

HERNANDO: ¿Esos dos polos quisiste
con tus dos manos asir?

A entrambos pierde de vista
el ingenio más sutil,
y el que más alcanza, dice
que ha de conservarse aquí
Ganimedes con embuste,
y con dinero Amadís.
Anda en cueros por las calles
despreciado el dios Machín,
y como se ve tan pobre
y ciego, ha dado en pedir.
En amaneciendo dios,
ya en chinela, ya en chapin,
de los nidos salen bandas
de busconas a embestir,
todas buscando el dinero,
no al galán sabio o gentil.
Quien no tiene, es un demonio,
y quien tiene, un serafín.
Ninguno cumple deseo,
si bien lo adviertes, aquí;

que el pobre jamás llegó
de sus intentos al fin;
y el rico, si no desea,
¿cómo lo puede cumplir?
Porque antes de desear
alcanza el rico en Madrid.
Sin estos inconvenientes,
considero yo otros mil,
que es un asno el que en la corte
con ellos quiere vivir.
Un lencero, ¿a quién no mata
con un cuerpazo hasta allí,
dando voces como truenos,
que hacen los perros huir?
¿A quién no cansa un barbón
con un tiple muy sutil,
lastimero y recalzado,
diciendo, "Hilí portuguí?"
¿Quién sufre un burro aguador,
que me sabe distinguir
a mí de un poste, y se aparta
del poste, y me embiste a mí?
¿Quién sufre un cochero exento,
cuya lanza cocheril
rompe más entre cristianos
que entre moros la del Cid?

GARCÍA: ¿Esas cosas te dan pena?

HERNANDO: Éstas me la dan a mí,
que son con las que se roza
la jerarquía servil.
Y si cosas tan menudas
me desesperan así,
¿cuál estará entre las grandes
el que juzgan más feliz?
¡Buena pascua! Vamos presto.
Nunca tan cuerdo te vi,
que aquí todo es embeleco,
todo engaño, todo ardid.
Al que promete aquí menos,
y al que cumple más aquí,
el pronóstico de Cádiz
no se la gana a mentir.
Coche y Prado son su gloria,
y ésta se reduce al fin
a mirarse unos a otros,
y andar de aquí para allí.
Pero las postas son éstas.

GARCÍA: Pues alto, Hernando, a subir.

HERNANDO: Bien puedes, que a punto
están la maleta y el cojín.

Vase HERNANDO

GARCÍA: Adiós, corte; adiós, Anarda.

Sale don JUAN

JUAN: Los caballos despedid,
que os manda quedar su alteza
en la corte.

GARCÍA: ¿Qué decís?

JUAN: Que cesó la causa ya
porque os mandaba partir,
y así ha cesado el efeto.

GARCÍA: ¿Y puedo saberla?

JUAN: Sí.

GARCÍA: Decidla presto, don Juan.
¿Qué causa al príncipe di
de tan repentino enojo?

JUAN: Erraisos, García Ruiz.
No de enojo, más de amor
mudó el clavel en jazmín,
por una nueva que yo
de vuestro riesgo le di.

GARCÍA: ¿Y era el riesgo...?

JUAN: Del enojo
del rey.

GARCÍA: ¿Del rey contra mí?

JUAN: Por la herida de Mauricio.

GARCÍA: Pues, ¿quién le pudo decir
que fui yo el actor?

JUAN: No sé.
Por esto os mandó partir,
como os ama, temeroso
de algún suceso infeliz;
y el enojo que en él vistes,
fue contra el pecho rüin
que a indignar al rey con vos
dio aliento a la lengua vil.
Entró luego a ver al rey,
y díjole con ardid
cómo a Toledo, García,
os llevaba a vos y a mí.
Que nos llevase en buen hora,
dijo su padre, y de aquí,
que era falsa colegimos
la nueva que yo le di;

que a estar con vos indignado,
no os permitiera seguir
al Príncipe, y en su rostro
que mintió la fama vi.
Con esto y con que a su Alteza
libraros, García Ruiz,
de cualquier riesgo es más fácil
que no apartamos de sí,
os manda quedar, y encarga
a ese esfuerzo varonil
lo que con vos ha tratado.

GARCÍA: ¿Y es menester para mí
este recuerdo? A su alteza,
don Juan amigo, decid
que sólo triste partía
de pensar que le ofendí,
y alegre de que fue engaño,
quedo a servirle en Madrid.

JUAN: Dadme los brazos, García.

GARCÍA: Don Juan, ¿tan presto os partís?

JUAN: Al príncipe he de alcanzar,
que va a Illescas a dormir.
(Ni más por ti pude hacer, **Aparte**
ni más te puedo decir;
valor y prudencia tienes;
tú sabrás mirar por ti.)

Vase don JUAN

GARCÍA: Encontró Amor a la Fortuna un día,
émula de su imperio soberano;
de Aquelóo las reliquias una mano,
y la rueda fatal otra movía.

El soberbio rapaz la desafía,
y el arco flecha; pero flecha en vano,
que no la ofende su poder tirano,
si el cetro menos él de ella temía.

Al fin, reconocidos por iguales,
dios cada cual en cuanto ciñe Apolo,
ni él las viras dejó, ni ella los giros.

¿Qué tanto soy contra enemigos tales?
No se vencen dos dioses; y yo solo
bastaré a sus mudanzas y sus tiros.

*Vase don GARCÍA. Salen doña JULIA,
doña ANARDA e INÉS*

JULIA: En lo que agora te digo,

mi amor te quiero mostrar.
A Mauricio, tu enemigo,
el rey pretende casar
contra tu gusto contigo,
y siguiendo aqueste intento,
vendrá agora de su parte
quien acabe el pensamiento,
con orden para llevarte,
si resistes, a un convento.

ANARDA: ¡Cuando la mano le dé
al conde, o no tendré seso,
Julia, o sin vida estaré!

JULIA: Si te resuelves en eso,
un consejo te daré.

ANARDA: Ya, prima, tu lengua tarda.

JULIA: Éntrate al punto en el coche;
del furor del rey te guarda,
que yo desde aquí a la noche
haré tu negocio, Anarda.

ANARDA: Bien dices.

JULIA: Presto; que ya
vendrá la gente que digo.

ANARDA: ¡Hola! ¡El coche!

INÉS: Puesto está.

ANARDA: El manto, Inés. Ven conmigo.

JULIA: Las cortinas llevará
tendidas el coche, prima.
No sepan que vas en él.

ANARDA: Mucho tu amistad me anima,
que es una amiga fiel
la joya de más estima.

Vanse doña ANARDA e INÉS

JULIA: ¡Qué bien la supe engañar!

Quien camina descuidado
es fácil de saltar.
Agora pienso acabar
el enredo comenzado.

Con esto a mi amor quité
el mayor impedimento,
que como a solas esté
con Alarcón, a mi intento
hoy dulce puerto daré.

Hoy lograré mi esperanza,
porque es necio el que no entiende
que hay peligro en la tardanza,
si con brevedad no alcanza
quien con engaños pretende.

Sale BUITRAGO

JULIA: ¿Anarda, fuése?
BUITRAGO: Imagina
 cada caballo español,
 según con ella camina,
 que lleva en el coche al sol,
 y que es nube la cortina.
JULIA: ¿Viene Alarcón?
BUITRAGO: Al momento
 me respondió que venía.

Vase BUITRAGO

JULIA: Sus pasos son los que siento,
 pues se alegra el alma mía
 y se turba el pensamiento.

Salen don GARCÍA y HERNANDO

GARCÍA: Sujeto a vuestro mandado
 vengo a ver lo que queréis.
 Nada me encubra el cuidado,
 pues me confieso obligado
 a la merced que me hacéis.
JULIA: Gloria ilustre de Alarcón,
 este cuidado que os muestro,
 no os pone en obligación,
 porque por mi honor, el vuestro
 procuro en esta ocasión.
 Casarse con vos intenta
 mi prima, que hacer pretende
 a vos y a su sangre afrenta;
 y como en ella me ofende,
 tomo el remedio a mi cuenta.
 Del vuestro pende mi honor,
 y aunque para defenderlo
 casado tendréis valor,
 viendo el peligro, es mejor
 evitarlo que vencerlo.
GARCÍA: ¿Posible es que sólo el celo
 de lo que apenas os toca
 os causa tanto desvelo?
 Más viva causa recelo
 que a tal cuidado os provoca.

JULIA: (Temblando está mi edificio; **Aparte**
esfuércelo otra invención.)
Parte es celo, parte oficio
que paga la obligación
en que me ha puesto Mauricio.

A su ruego lo he intentado,
porque mi honor mejora;
y no habiéndole alcanzado,
a ser tema viene agora
lo que fue razón de estado.

Pero, ¿qué sirve que os cuente
la causa? El efeto ved
a vuestro honor conveniente.
Si es buena el agua, bebed
sin preguntar por la fuente.

Yo os digo, Alarcón, verdad;
la causa cual fuere sea;
después de vos os quejad.
Sólo en el Príncipe emplea
Anarda su voluntad.

No os mueva el falso favor
de aquel honesto fingir,
porque su intento traidor
es con vuestra mano abrir
las puertas a ajeno amor.

Y porque sepáis, García,
si apresuran vuestro daño;
que esto a vos sólo podía
decirse... (Con este engaño
he de hacer gran batería.)

Aparte

...Anarda a cierto lugar
parte agora, igual al viento,
adonde la fue a esperar
su alteza, para trazar
el fin de este casamiento.

GARCÍA: ¡Que un pensamiento traidor
quepa en sangre principal!

JULIA: Como eso puede el amor.
Pues que te prevengo el mal,
preven remedio a tu honor.

GARCÍA: El no casarme con ella
es el remedio.

JULIA: Alarcón,
si él llega a mandarlo, y ella
da la mano, ¿qué razón
has de dar de no querella,
y más cuando tú de amar
a Anarda muestras has dado?
Viéndote así retirar,
¿Por fuerza no han de pensar

que su intención te he contado?

Pues mira tú si es razón
que con el bien que te he hecho
granice su indignación.

GARCÍA: No cabe en mi noble pecho
ingrata imaginación.

JULIA: Y por ti también es justo
que algún impetu violento
temas del príncipe injusto,
o porque no haces su gusto,
o porque sabes su intento.

Si ve su pecho real
que sabes falta tan grave
de él, teme un odio mortal,
porque todos quieren mal
a quien sus delitos sabe.

GARCÍA: Ya que a mi incauto navío
mostraste con pecho fiel
el fiero oculto bajío,
sólo en tu valor confío,
Julia, que lo libres de él.
Aconséjame.

JULIA: El consejo
edad y prudencia quiere.

GARCÍA: Mi amor en tus manos dejo,
que al más sabio y al más viejo
tu claro ingenio prefiere.

JULIA: Pues tanto te satisface
mi voluntad conocida,
que en tu bien discursos hace,
digo que la diestra herida
de la misma herida nace.
Si te ofenden con casarte,
el casarte te defienda.
Busca a quien pueda igualarte,
y antes que el príncipe entienda
qué se trata, has de obligarte.

GARCÍA: ¡Fuerte remedio!

JULIA: Violento;
mas pídelo el mal crüel,
y un honrado pensamiento
fácil arriesga el contento,
si guarda el honor con él.

GARCÍA: ¡Ah, cielos! ¿Tanto rigor...

JULIA: (Ayude Amor mi esperanza.) **Aparte**

GARCÍA: ...con hombre de mi valor?
¿Esto es corte? ¿Esto es privanza?
¿Esto es honra?

JULIA: (¿Y esto amor?) **Aparte**

GARCÍA: ¿Cómo quieres que halle yo

- mujer?
- JULIA: Si se determina
tu pecho a lo que me oyó,
quien el remedio ordenó
te dará la medicina.
- GARCÍA: ¿Mujer igual a quien soy
me darás?
- JULIA: Digo que sí.
- GARCÍA: Pues determinado estoy.
- JULIA: ¿Dirás que es igual a ti,
si igual a mí te la doy?
- GARCÍA: Y que excede a mi deseo.
- JULIA: Pues en ti, noble Alarcón,
tan ilustres glorias veo,
que a la mavor presunción
pueden dar honroso empleo.
Mas cuando en casar contigo,
mucho de mi honor perdiera,
que diera la mano digo,
si de esa suerte saliera
con el intento que sigo.
- GARCÍA: ¿Qué dices?
- JULIA: ¿De qué te alteras?
- GARCÍA: ¿Agora das en probarme?
- JULIA: Las causas que consideras
me fuerzan; mas, ¿obligarme
tú por ti no merecieras?
- GARCÍA: (Grandes malicias advierto. **Aparte**
Mucho me da que entender
aqueste nuevo concierto.
Si me quiere esta mujer,
el engaño he descubierto.
Yo lo veré.) Mi esperanza
de un favor tan soberano
teme el engaño o mudanza.
- JULIA: ¿Darás crédito a la mano,
si la lengua no lo alcanza?
- GARCÍA: ¡Cuánto estimara tu intento,
a ser hijo del Amor!
- JULIA: Basta; no me des tormento.
No engendra solo el honor
tan resuelto pensamiento.
- GARCÍA: ¿Luego en efeto me quieres?
¡Dime, por Dios, la verdad!
- JULIA: ¡Qué discreto, Alarcón, eres!
No dicen más las mujeres
de mi estado y calidad.
- GARCÍA: Pues, ¿y don Juan? ¿Qué diría?
Que sé que te quiere bien.
- JULIA: Eso a mi cuenta, García.

GARCÍA: Corre a la mía también,
porque de mí se confía.

JULIA: Don Juan sólo se entretiene,
porque al príncipe acompaña
cuando a ver a Anarda viene;
mas ni mi favor le engaña,
ni es amor el que me tiene.

Y cuando me tenga amor
con que te obligue a lealtad,
mira si te está mejor
el conservar su amistad
que dar remedio a tu honor.

Si no le piensas callar
lo que hemos tratado aquí,
tu intención ha de estorbar;
que ha de querer agradar
más al príncipe que a ti,
y no es razón que lo intentes
en mi daño.

GARCÍA: En todo hallo
montañas de inconvenientes

JULIA: Los del honor son urgentes.

GARCÍA: Déjame por hoy pensallo.

JULIA: El remedio que te doy
consiste en la brevedad.

GARCÍA: Ya de eso advertido voy,
y de que a tu voluntad
obligado, Julia, estoy.

Vase don GARCÍA

JULIA: Grandes cosas he emprendido,
y mis enredos extraños
lo posible han excedido;
mas quien de amor no ha sabido,
no condene mis engaños.
¡Buitrago!

Sale BUITRAGO

BUITRAGO: Señora.

JULIA: Id
donde mi prima os aguarda,
y que se venga decid.

BUITRAGO: En el Soto está.

JULIA: Y si Anarda
algo os pregunta, advertid...

***Vanse doña JULIA y BUITRAGO hablando. Sale
HERNANDO, contando las horas que dé un
reloj***

HERNANDO: Dos, tres, cuatro, cinco, seis,
siete, ocho, nueve, diez, once.
¡Válgate Dios por mujer!
¿Has de venir esta noche?
¡Que a estas horas esté fuera
una doncella! ¡Qué azotes!
¡Pobre coche el que una vez
una ballenato coge!
Piensa que el cochero es piedra
y los caballos de bronce,
y la noche, cuando viene,
lleva dos mil maldiciones.
¡Poh! ¡Mal hubiesen los gatos
que dan algalia a estos botes!
Ya empiezan las cosas malas
de entre las once y las doce.
Como salen a tal hora
en otras partes visiones,
en Madrid por las narices
espantan diablos fregones.
¿Otro? ¡Mal haya la Arabia
que engendra tales olores!
Agora huele a adobado,
y es la quinta esencia entonces.
Coche suena... por la calle
sube de los Relatores...
¡Señor, señor!

Sale don GARCÍA

GARCÍA: ¿Qué hay, Hernando?
HERNANDO: Por acá, que viene un coche.
GARCÍA: ¿Si será Anarda?
HERNANDO: La vuelta
da hacia su casa. Paróse.
Mujeres son.
GARCÍA: Ello es cierto.
Claramente se conoce
que Julia dijo verdad.
HERNANDO: ¿Dos solas, y a media noche?

***Salen doña ANARDA e INÉS, con
mantos***

GARCÍA: Escucha, Anarda.

Doña ANARDA se acerca a la puerta de su casa

ANARDA: ¿Quién es?
¡Hola! Una luz.

GARCÍA: No des voces.
Alarcón soy.

ANARDA: ¿Vos, señor?
¿Qué queréis?

GARCÍA: No te alborotes.

ANARDA: ¿De qué, donde vos estáis?

Tira doña ANARDA a INÉS con temor hacia don GARCÍA

INÉS: (Ya entiendo. El manto me rompe.) **Aparte**

GARCÍA: Perdonad mi grosería,
si lo es preguntar de dónde
viene sola y a estas horas
una doncella tan noble.

ANARDA: Aunque para hablar no es éste
tiempo ni lugar conforme,
aquél es tiempo y lugar
donde riesgo el honor corre.
Díjome Julia que el rey
determinado dispone,
o que me entre en un convento
o que dé la mano al conde,
y que esta tarde vendría
su gente por mi, con orden
de ejecutar este intento;
que con mi ausencia lo estorbe;
que ella, ausente yo, daría
traza cómo no se logre
el intento de Mauricio.
Aprobélo, tomé el coche,
y solas Inés y yo
nos fuimos al Soto, donde
un escudero de Julia
al anochecer llamóme.
Yo, que de espías del rey
es fuerza que miedo cobre,
hasta las horas que veis
no quise salir del bosque.

GARCÍA: (Con lo que a su prima oí, **Aparte**
esto, ¿qué tiene que ver?
A Anarda llevo a creer,
y a Julia también creí.
¡Ay de mí! ¿En qué ha de parar
la confusión de mi pecho?)
ANARDA: ¿No estás, señor, satisfecho?
GARCÍA: (¡Ah, Dios! ¡Quién pudiera hablar!) **Aparte**
ANARDA: ¿No hablas?
GARCÍA: ¿Tú fuiste, Anarda...
(Por Dios que estoy por decillo.) **Aparte**
...a verte con el Sotillo... ?
ANARDA: ¿Qué dices?
GARCÍA: Digo que... Aguarda ...
que fuiste tú ...
ANARDA: ¿A dónde fui?
GARCÍA: ¡Jesús, qué prisa me das!
ANARDA: ¿No ves que en la calle estás,
y que yo estoy mal aquí?
GARCÍA: Digo... (No puedo, en efeto; **Aparte**
que si Anarda me ha mentado,
es darme por entendido
y descubrir el secreto.)
ANARDA: Si pones en mi verdad
y en mi honor dudas, advierte
que yo en el satisfacerte
no pongo dificultad.
Con que adviertas, Alarcón,
que la obligación entiendo
de quien me pide, no siendo
mi esposo, satisfacción;
y te des por entendido
de lo que te da a entender
quien, no siendo tu mujer,
satisfacerte ha querido.
GARCÍA: ¿Tan torpe de entendimiento,
tan ciego piensas que soy
que en tus tiernos ojos hoy
no te leyese el intento?
¿Y tú decirme podrás
que no te ha dicho mi pena
que sólo el príncipe enfrena
los intentos que me das?
ANARDA: Que no ha de estorbarme, advierte,
lo que convenga a mi honor,
y eso supuesto, señor,
yo quiero satisfacerte.
GARCÍA: Luz es ésta.
INÉS: Julia viene.
GARCÍA: Y con ella la ocasión

con que la satisfacción
puedo tener que conviene.

ANARDA: Di cómo.

GARCÍA: Dile que soy
el príncipe, que, enojado,
incrédulo y porfiado,
celos pidiéndote estoy.
Que ella la verdad refiera;
y si concuerda contigo,
que estoy satisfecho digo.

ANARDA: Soy contenta.

*Salen JULIA y BUITRAGO, con una
luz*

ANARDA: Prima, espera.
Quita la luz.

*Éntrase BUITRAGO con la luz, y
embózase don GARCÍA*

JULIA: He bajado
a buscarte, prima, así,
porque ha gran rato que oí
el coche, y me dio cuidado.
(¡Oh, celos!) **Aparte**

ANARDA: Me ha detenido
su alteza...

JULIA: (Mi mal cesó.) **Aparte**

ANARDA: Que por correrme, corrió

la posta.

JULIA: (Amor lo ha traído.) **Aparte**

ANARDA: Dile, prima, lo que pasa,
que me ha encontrado a la puerta,
y es milagro no estar muerta,
según en celos se abrasa.
De dónde vengo le cuenta,
y a qué de casa salí.

JULIA: Yo, señor, decir oí
que el rey, vuestro padre, intenta
que Anarda la mano dé
a Mauricio, su enemigo,
o en un convento en castigo
de su resistencia esté,
y que hoy por ella enviaba
para ejecutarlo así;
yo al remedio me ofrecí,

si al rigor el cuerpo hurtaba.

Con esto al Soto partió,
donde la nueva ha esperado,
que Buitrago le ha llevado,
de que la fama mintió.

ANARDA: ¿Estás satisfecho?

GARCÍA: Sí.

ANARDA: Prima, ¿y nuestro tío?

JULIA: Ya
entregado al sueño está.

ANARDA: Pues sube, que voy tras ti.

JULIA: Sin temer el menor daño
puedes hablar hasta el día.
(Quizá entre tanto García **Aparte**
vendrá a confirmar mi engaño.)

Vase doña JULIA

GARCÍA: ¿Quién creyera que mentía
tan bien compuesta invención?

ANARDA: ¿Ya te di satisfacción?

GARCÍA: Como tuya, Anarda mía.

ANARDA: ¿Qué determinas?

GARCÍA: Rendir
a tu gusto mi albedrío.

ANARDA: Dichosa yo si eres mío.

GARCÍA: Nada lo puede impedir.

*Salen don JUAN y el PRÍNCIPE, de camino, y
GERARDO*

JUAN: Rendidas quedan las postas.

PRÍNCIPE: Tal ha picado el amor.

JUAN: ¡La casa de Anarda abierta!

PRÍNCIPE: Sí, que estaba ausente yo.

JUAN: Tras la puerta hay una luz.
¿Entraremos?

PRÍNCIPE: Ciego estoy,
y la novedad obliga,
si convida la ocasión.

JUAN: Aquí hay gente. ¿Quién va allá?

GARCÍA: ¡Don Juan y el príncipe son!

ANARDA: Sacad, Buitrago, esa luz.

Saca la luz

PRÍNCIPE: ¿Es Anarda?

ANARDA: Sí, señor.
PRÍNCIPE: ¿Quién está contigo?
GARCÍA: ¿Quién
 puede estar, sino Alarcón,
 si por guarda vigilante
 vuestra alteza me dejó?
PRÍNCIPE: ¿En el zaguán y a tal hora,
 solos y a oscuras los dos?
GARCÍA: En este punto, de fuera,
 señor, Anarda llegó,
 y yo, que estaba en espía
 con los celos de tu amor,
 de venir tan tarde estaba
 preguntando la ocasión.

Hablan el PRÍNCIPE y don JUAN aparte

PRÍNCIPE: Rabio, Don Juan.
JUAN: Disimula.
PRÍNCIPE: El seso perdiendo estoy.
JUAN: Toma de Julia el consejo;
 de dos daños, el menor.
 Dala por esposa al conde,
 y aunque con esa pensión,
 verás fin en tu deseo,
 y no en el suyo estos dos.
PRÍNCIPE: Gerardo, busca a Mauricio,
 y di que lo llamo yo.

*Vase GERARDO. Salen doña JULIA y don
DIEGO*

JULIA: ¡En esta casa su alteza!
DIEGO: ¿Qué novedades, señor
 a tal exceso os obligan?
PRÍNCIPE: Noble don Diego Girón,
 para evitar los disgustos
 que hay entre Mauricio y vos,
 quiero dar esposo a Anarda,
 y hacer estas paces yo.
DIEGO: De vuestra mano real
 es, señor, tan noble acción.
ANARDA: ¿Con quién, señor, me casáis?
PRÍNCIPE: Al conde, Anarda, te doy.
ANARDA: Para hacer así las paces,
 menester no érades vos,
 que ya fuera mi marido,
 si hubiera querido yo.

Hacer lo que otro no puede
es milagro del valor;
y así, pues hacer las paces
el vuestro nos prometió,
y cumplirlo es imposible
si al conde la mano doy,
para que cumplir podáis
tan precisa obligación,
a García Ruiz la mano
con vuestra licencia doy.

Hablan aparte el PRÍNCIPE y don JUAN

PRÍNCIPE: Arrojóse.
JUAN: Él no querrá,
que es leal, y ve tu amor.

A doña ANARDA

PRÍNCIPE: ¿Sabes que querrá García?
GARCÍA: Si quisiera a Anarda yo
de suerte que mi mal diera
a la envidia compasión,
no me casara, no siendo
con vuestro gusto, señor.
PRÍNCIPE: ¡Qué bien dijiste, don Juan!
Vos, García, sois quien sois,
y sois mi primer amigo
y mi privado mayor.
GARCÍA: Al príncipe, Anarda, debes
esta mano que te doy,
porque, a no querer su alteza,
no me obligara tu amor.
PRÍNCIPE: ¿Qué decís?
GARCÍA: Vos ¿no queréis
casalla?
PRÍNCIPE: ¿Yo?
GARCÍA: Sí, señor.
PRÍNCIPE: Con el conde.
GARCÍA: ¿Con el Conde?
Pero si habéis dicho vos
que vuestro mayor amigo
y mayor privado soy,
lo que dábades al conde,
¿cómo puedo pensar yo
que me lo neguéis a mí?

HERNANDO: (Concluyólo, vive Dios.)

PRÍNCIPE: Sofísticos argumentos

Aparte

en el vasallo, Alarcón,
arguyen claras malicias,
sin disculpar el error.
Idos luego a vuestra tierra,
porque nunca bien sirvió
el que con su dueño arguye.

GARCÍA: Puesto que el vivo dolor
de haberos dado disgusto
me atraviesa el corazón,
vuestro mandado obedezco,
y por él gracias os doy,
pues que trueco al bien de Anarda
los males de la ambición.

JUAN: Señor, mira que Garcia
y su valor...

Hablan el PRÍNCIPE y don JUAN en secreto

PRÍNCIPE: Siempre vos...

JULIA: Al fin, necio, ¿de su alteza
perder quisiste el favor?

GARCÍA: Perdílo ganando a Anarda;
favores del mundo son.

PRÍNCIPE: Vos lo pedis, y Garcia
tiene disculpa en su error.

JUAN: Alarcón, ya de su alteza
tengo alcanzado el perdón.

GARCÍA: Su benigno pecho alaben
cuantos gozan luz del sol.

HERNANDO: Tantas vueltas en un día,
¿cuándo Fortuna las dio?

JUAN: Julia, cumplid la palabra
que me distes.

PRÍNCIPE: Siendo yo
el padrino, bien podéis.

JULIA: Ya es forzoso; vuestra soy.

BUITRAGO: El conde viene.

HERNANDO: ¡A buen tiempo!

Salen el CONDE y GERARDO

CONDE: Aunque sin salud, señor,
sali luego a obedeceros.

PRÍNCIPE: Yo mismo el tercero soy
para que le deis la mano,
conde, a don Diego Girón.

CONDE: Pensé que a Anarda.

PRÍNCIPE: Ya Anarda

es esposa de Alarcón;
y no os pese, que a fe mia
que os ha importado el honor.

CONDE: Pues vuestra alteza lo manda,
soy su amigo.

DIEGO: Vuestro soy.
Y los favores del mundo
dan fin, y piden perdón.

Fin de la comedia

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Los Pechos Privilegiados

Personas que hablan en ella:

- **El REY don Alfonso de León, galán**
- **Don RODRIGO de Villagómez, galán**
- **El rey don SANCHO, galán**
- **Don RAMIRO, galán**
- **El CONDE Melendo, viejo grave**
- **Don BERMUDO, su hijo**
- **NUÑO, criado del Conde**
- **CUARESMA, gracioso**
- **Doña LEONOR, dama**
- **Doña ELVIRA, dama**
- **JIMENA, villana**
- **Un PAJE**
- **Don MENDO, cortesano**
- **Otro CORTESANO**
- **FORTÚN, criado del rey don Sancho**
- **Dos VILLANOS**

ACTO PRIMERO

Salen el CONDE y RODRIGO

RODRIGO: Famoso Melendo, conde
de Galicia, no penséis
que la pretensión que veis
sólo al amor corresponde
de mi adorada Leonor;
que vuestra firme amistad
tiene más autoridad
en mi pecho que su amor.
Por esto me resolví
a lo que el alma desea,
porque parentesco sea
lo que amistad hasta aquí.

CONDE: Bien pienso, noble Rodrigo
de Villagómez, que estáis
seguro de que gozáis
el primer lugar conmigo
de amistad; bien lo he mostrado
con una y otra fineza,
pues yo he sido de su alteza
ayo, tutor y privado;
y aunque el amor he entendido
que os tiene su majestad,
estimo vuestra amistad
tanto, que no me han movido
a que de él quiera apartaros
los celos de su privanza;
que ésta es la mayor probanza
que de mi fe puedo daros;
que es alta razón de estado,
si bien no conforme a ley,
no subir cerca del rey
competidor el privado;
porque la ambición inquieta
es de tan vil calidad,
que ni atiende a la amistad,
ni el parentesco respeta.
Mas aunque es tan verdadera
mi amistad, no por amigo
me obligáis; que por Rodrigo
de Villagómez os diera
también de Leonor la mano,
alegre y desvanecido

de lo que con tal marido
gana mi hija, y yo gano.

RODRIGO: Las plantas, Melendo, os beso
por la merced que me hacéis.

CONDE: Alzad, alzad; que ofendéis
vuestra estimación con eso,
pues ni el reino de León
ni España toda averigua
o calidad más antigua,
o más ilustre blasón
que vuestra prosapia ostenta;
a quien, para eternizallos,
dan fuerza tantos vasallos,
y tantos lugares renta.

RODRIGO: Todo, gran Melendo, es poco
para que alcanzar pretenda
de vuestra sangre una prenda,
cuyo bien me vuelve loco.

Y así, con vuestra licencia,
al Rey la quiero pedir;
que no basta a resistir
al deseo la paciencia.

CONDE: Y yo llevar al instante
la alegre nueva a Leonor,
de que es mi amigo mayor
su más verdadero amante.

Vase el CONDE

RODRIGO: En tanto bien, pensamiento,
¿qué resta que desear,
sino sólo refrenar
los impulsos del contento?

Que, según del alma mía
la capacidad excede,
como la tristeza puede
matar también la alegría.

Al rey quiero hablar. Él viene.
Su licencia y mi ventura
la esperanza me asegura
en el amor que me tiene.

Sale el REY

REY: ¡Rodrigo!

RODRIGO: ¡Señor!

REY: Agora
a buscaros enviaba;

que ya sin vos dilataba
a muchos siglos un hora.

RODRIGO: ¿Cuándo pude merecer,
señor, gozar tan crecido
favor?

REY: A tiempo he venido
en que el vuestro he menester.

RODRIGO: Hoy mi ventura de nuevo
comenzaré a celebrar,
si en algo empiezo a pagar
lo mucho, señor, que os debo.

REY: En algo no; en todo, amigo,
me dará por satisfecho.

RODRIGO: Acabe, pues, vuestro pecho
de ser liberal conmigo.

REY: Yo estoy--por decirlo todo
de una vez--enamorado;
y es tan alto mi cuidado,
que no puedo tener modo
de remediar mi pasión
si vos no sois el tercero,
porque las prendas que quiero,
prendas de Melendo son.

RODRIGO: (¡Ay de mí! Leonor será: **Aparte**
¿quién lo duda?)

REY: Vos, Rodrigo,
sois tan familiar amigo
del conde, que no podrá
darme mayor confianza
otro que vos, ni tener
ocasión de disponer
los medios a mi esperanza,
que oomo a su bien mayor,
a los favores aspira
de la hermosa doña Elvira.

RODRIGO: (Cobró la vida mi amor.) **Aparte**

REY: Éste es el bien que pretendo
por vuestra mano alcanzar.

RODRIGO: ¿Teméis que os ha de negar
la de su hija Melendo,
si os queréis casar, señor?
Declaraos con él; que es cierto
que alcanzaréis por concierto
lo que intentáis por amor.

REY: ¿En tan poco habéis creído
que me estimo, que os pidiera,
si ser su esposo quisiera,
el favor que os he pedido?

RODRIGO: ¿Y en tan poca estimación
os tengo yo, que debía

presumir que en vos cabía
injusta imaginación?

¿Y en tan poco me estimáis,
o me estimo yo, que crea
que para una cosa fea
valeros de mi queráis?

Y al fin, ¿tan poco entendéis
que estimo al conde, que entienda
que vuestra afición le ofenda,
si ser su yerno podéis?

REY: A mí y al conde y a vos,
Rodrigo, estimar es justo;
mas ni tiene ley el gusto,
ni razón el ciego dios.

Y cuando Sancho Garcia,
conde de Castilla, intenta
--porque así la paz aumenta
entre su gente y la mía--
darme de doña Mayor,
su hermosa hija, la mano,
y el leonés y el castellano
tuvieran por loco error,
pudiendo, no efectuallo,
¿con qué disculpa o qué ley
trocará su igual un rey
por la hija de un vasallo?

RODRIGO: Pues si en eso correspondo
a la razón vuestro pecho,
¿Por qué también no lo ha hecho
para no ofender al conde?

REY: Porque lo primero fundo
en buena razón de estado,
y en estar enamorado,
que es sinrazón, lo segundo.
Esto habéis de hacer por mí,
si es que mi vida estimáis,
y si el lugar deseáis
pagar que en el alma os di.

RODRIGO: Señor, mirad.

REY: Ciego estoy.
No me aconsejéis, Rodrigo.
Esto haced, si sois mi amigo.

RODRIGO: Alfonso, porque lo soy,
os pongo de la verdad
a los ojos el espejo;
que se ve en el buen consejo
la verdadera amistad.

REY: Yo me doy por advertido,
y del consejo obligado;
mas pues habiéndole dado,

con quien sois habéis cumplido,
determinándome yo
a no tomarle. Rodrigo,
debe ayudarme mi amigo
a lo mismo que culpó.

RODRIGO: Nunca disculpa la ley
de la amistad el error.

REY: ¿Disculpa queréis mayor
que hacer el gusto del rey?

RODRIGO: Antes seré más culpado,
y de eso mismo se arguye,
porque del rey se atribuye
siempre el error al privado.

Y con razón; que es muy cierto
que el divino natural
que da la sangre real
no puede hacer desacierto,
si al genio bien inclinado
de quien sólo bien se aguarda,
hacen dos ángeles guarda
y aconseja un buen privado.

REY: Líbreos Dios que la pasión
del amor sujete al rey;
que ni hay consejo ni ley,
ni sangre ni inclinación;
antes llega a enfurecer
con tanta mayor violencia,
cuanto mayor resistencia
tuvo el amor que vencer.

Y puesto que me venció,
y he llegado a resolverme,
os toca ya obedecerme,
si aconsejarme os tocó.

RODRIGO: Señor, la misma razón
porque a mí me lo encargáis,
hace, si bien lo miráis,
la mayor contradicción;

que si a Elvira puedo hablar
por ser amigo del conde,
con eso mismo os responde
mi fe que me he de excusar,
pues ni yo fuera Rodrigo
de Villagómez, ni fuera
digno de que en mí cupiera
el nombre de vuestro amigo,
si sólo por daros gusto
en un caso tan mal hecho,
hiciera a un amigo estrecho
un agravio tan injusto.

REY: Si os sentis más obligado

a su amistad que a la mía,
serviráme esta porfía
de haberme desengañado;
pero si valgo, Rodrigo
de Villagómez, con vos
más que el conde, una de dos:
hacerlo o no ser mi amigo.

RODRIGO: Si yo no lo he merecido
por mi sangre y mi valor,
muy caro dais el favor,
a precio de honor vendido;
que ése es modo con que suele
levantarse a la privanza
del rey sólo quien no alcanza
otras alas con que vuela;
mas no quien pudo llegar
por sus partes a subir,
y merece con servir,
y no con lisonjear.

REY: Vuestra opinión os engana;
que quien lisonjas desea,
sirve quien le lisonjea
más que quien le desengaña.
Y para que os reduzgáis,
advertid que es necedad
perder de un rey la amistad
por lo que no remediáis;
que para este fin, Rodrigo,
mil vasallos tendré yo
sin dificultad; vos no
fácilmente un rey amigo.

RODRIGO: Para hacer yo lo que debo,
sólo a lo que debo miro;
ni a otros efectos aspiro,
ni de otras causas me muevo.

Lo que yo solo no hago,
decís que muchos harán;
mas esos mismos darán
lustre a la deuda que pago;
pues cuando os pierda, señor,
dirán que entre tantos fui
sólo yo quien me atreví
a perderos por mi honor.

Los malos honran los buenos,
como honra la noche al día;
que, sin tinieblas, tendría
el mundo la luz en menos.

REY: Basta; que es poco respeto
tanto argumentar conmigo;
y advertid, si como amigo

os descubrí mi secreto,
supuesto que os resolvéis
a no hablar a la que adora
mi pecho, que os mando agora,
como rey, que lo calléis.
Y no me volváis a ver;
que si a precio del honor
juzgáis caro mi favor,
debiéradas entender
que, en esta cumbre que toco,
es el más alto interés
ser mi amigo; y si lo es,
nunca mucho costó poco.

Vase el REY

RODRIGO: ¿Esto es servir? ¿estos son
los premios de la fineza,
los fines de la grandeza,
los frutos de la ambición?
¿De modo que la razón
no ha de ser ley, sino el gusto,
y que cuando el rey no es justo,
quien conserva su privanza
viene a dar cierta probanza
de que también es injusto?
Pues no; no perdáis, honor,
la alabanza más segura;
que ser privado es ventura,
no quererlo ser, valor.
El privar es resplandor
de ajenos rayos prestado,
y es luz propia haber mostrado
que quiso ser más Rodrigo
buen amigo de su amigo,
que de su rey mal privado.
Perdí su gracia, y mi amor
a Leonor; que es justa ley
que sin licencia del rey
no me dé el conde a Leonor.
Su indignación y mi honor
pedirla me han impedido,
pues su sangre he ya entendido
que quiere el rey ofender;
mas el valor en perder
hace lograr lo perdido.
Perdiendo, pues, corazón,
ganemos la mayor gloria;
que es la más alta victoria
vencer la propia pasión.
Combátame la ambición,

aflíjame el amor loco;
que en estas desdichas toco
de la virtud el valor;
y si es ella el bien mayor,
nunca mucho costó poco.

Vase don RODRIGO. Salen don RAMIRO y CUARESMA

CUARESMA: ¿Al fin eres ya privado
del rey?

RAMIRO: Sí.

CUARESMA: ¿Y cómo, señor;
dime, has de ser en su amor
privado: puro o aguado?

RAMIRO: No entiendo esa distinción.

CUARESMA: Va la explicación; aquel
que, tratando el rey con él
sólo las cosas que son
de gusto, vive seguro
de quejasas maldicientes,
y cansados pretendientes,
llamo yo privado puro;
mas el triste a quien le dan
un trabajo tan eterno,
que es del peso del gobierno
un lustroso ganapán
aunque al poeta desmienta,
que suele llamarlo Atlante,
pues no hay cosa más distante
del cielo que éste sustenta
que la carga del gobierno
--que infierno se ha de llamar,
si es que el eterno penar
se puede llamar infierno--
éste, pues, que siempre lidia
con tantos, tan diferentes
cuidados, que a los prudentes
da compasión y no envidia;
éste, que no hay desdichado
caso, aunque sin culpa suya,
que el vulgo no le atribuya,
llamo yo privado aguado.
Pues como quita el sabor
al vino el agua, es tan grave
su pena, que no le sabe
el ser privado a favor.

RAMIRO: Yo, según ese argumento,
vengo a ser privado puro.

CUARESMA: Con eso tendrás seguro

el gusto, poder y aumento.

Mas di, ¿cómo la afición
del rey pudiste alcanzar?

RAMIRO: Eso no has de preguntar,
que es secreta la ocasión.

CUARESMA: ¿Secreta?

RAMIRO: Cuaresma, sí.

CUARESMA: ¿Y no la puedo saber?

RAMIRO: No.

CUARESMA: ¡Qué tal debe de ser,
pues que la encubres de mí!

RAMIRO: Sólo te he de declarar
que en el lugar que perdió
Villagómez, entro yo;
que al rey no supo agradar,
y con ser de él tan bien visto,
de sus ojos le ha apartado.

CUARESMA: ¿Con expulsión has entrado,
y de un hombre tan bien quisto?
¡Oh, lo que dirán de ti!

RAMIRO: Si ha sido gusto del rey,
y el obedecerle es ley,
¿por qué han de culparme a mi?

CUARESMA: Porque, según he entendido,
el vulgo mal inclinado
siempre condena al privado,
siempre disculpa al caído.
Mas del Conde galiciano
es ésta la casa.

RAMIRO: A Elvira
quiero hablar. Quédate y mira,
que si viniera su hermano
o su padre, al mismo instante
me avises.

CUARESMA: Si en eso está
el servirte, no será
un soplón más vigilante.

Vase CUARESMA

RAMIRO: En lo que vengo a emprender
sirvo al rey, si al conde ofendo;
y así, perdone Melendo,
que al rey he de obedecer.
Elvira es ésta, y me ofrece
la soledad coyuntura.
parece que la ventura
a los reyes favorece.

Sale doña ELVIRA

ELVIRA: Ramiro, ¡sin avisar,
hasta aquí os habéis entrado!

RAMIRO: Cómo ha de haber avisado
quien sola os pretende hablar?

Del rey soy, hermosa Elvira,
secretario, y mensajero
del amor más verdadero
que el tiempo en su curso admira.

Mis razones perdonad,
si poco adornadas son;
que el ser veloz la ocasión
dio a la lengua brevedad.

El rey, al fin, confiado,
si no le mienten señales,
de que no son desiguales
su pena, y vuestro cuidado,
os pide tiempo y lugar
para poder visitaros,
porque entre morir o hablaros,
ya no hay medio que esperar.

ELVIRA: Ramiro, aunque las señales
no han engañado a su alteza,
nunca olvidan su nobleza
las mujeres principales.

Mi padre ha sido tutor
del rey, y el haber pasado
juntos la niñez, ha dado
con la edad fuerza al amor.

No lo niego; antes estoy
tan rendida y abrasada,
que, mil veces despechada,
me pesó de ser quien soy.

Esto decid a su alteza
porque alivie sus enojos,
y que volviendo los ojos
a mi heredada nobleza,
si en mi obligación me ofendo,
me alegro en mi presunción,
que no es el rey de León
mejor que el conde Melendo.

Y teniendo confianza
de que puedo ser su esposa,
si es la obligación penosa,
es dichosa la esperanza
que me da mi calidad
y así, si Alfonso me quiere,
sin ser mi esposo no espere

conquistar mi honestidad;
que si con tal sangre y fama
para esposa me juzgó
pequeña, me tengo yo
por grande para su dama,
Al fin, ¿no daréis lugar
de que os hable?

ELVIRA: Si arriesgara
la opinión, ¿qué me quedara,
teniendo amor, que negar?
Públicamente me vea
si la mano quiere darme,
que si no, yo he de guardarme
de quien mi infamia desea.
Y adiós, Ramiro, que viene
gente.

RAMIRO: Adiós. Ésta es Leonor;
mas ocultarla mi amor
a los intentos conviene
del rey, que, porque a sentir
no llegue el Conde que aspira
a los amores de Elvira,
a mí me manda fingir
en lo público su amante
para encubrir su afición.
Callemos, pues, corazón,
si puede en amor constante.

Vase don RAMIRO. Sale doña LEONOR

LEONOR: Mucha novedad me ha hecho
el ver a Ramiro aquí.

ELVIRA: Agora sabrás de mí
lo que no cabe en mi pecho.
Ya no me quejo, Leonor;
dichoso es ya mi cuidado,
que Alfonso se ha declarado
y paga mi firme amor;
y de su parte ha venido
Ramiro a solicitar
que le conceda lugar
de verme.

LEONOR: ¿Y qué has respondido?

ELVIRA: Dije... Mas éste es Rodrigo
de Villagómez; después
lo sabrás,

Vase doña ELVIRA. Sale don RODRIGO

RODRIGO: (Turbados pies, **Aparte**
aquí el mayor enemigo
de vuestra honrosa partida
os presenta el ciego Amor;
mas pasos que da el honor,
no es bien que amor los impida.)
Cuando os pensaba pedir,
Leonor, el bien soberano
de vuestra adorada mano,
de él me vengo a despedir
y de vos para una ausencia
tan forzosa, que con ser
vos mi dueño, la he de hacer,
aunque no me deis licencia.

LEONOR: Pues ¿qué ocasión?...

RODRIGO: Leonor bella,
la ocasión no preguntéis;
que es grave entender podéis,
pues os pierdo a vos con ella.
Ni puedo menos hacer
ni más os puedo decir.

LEONOR: Más me dais a presumir
que de vos puedo saber;
que el que un secreto pondera
y lo calla, hace más daño
dando ocasión a un engaño
que declarándolo hiciera;
y así, quien prudencia alcanza,
o no ha de dar a entender
que hay secreto que saber,
o ha de hacer de él confianza;
que no ha de dar el discreto
causa al discursivo error
del que no tiene valor
para fiarle un secreto.

RODRIGO: Señora, cuando es forzoso
disculpar yo la mudanza
de una tan cierta esperanza
de ser vuestro amado esposo,
¿cómo no os daré a entender
que hay causa donde hay efeto?
Y si es la causa un secreto
que vos no podéis saber,
¿cómo puedo yo dejar
de tocarlo y de callarlo?

LEONOR: Resolviéndoos a fiarlo
de quien os ha de culpar
de mudable, y entender

que, pues calláis la ocasión
de una tan injusta acción,
es por no haberla o no ser
bastante; que es desvarío
pensar que querrá un discreto,
por no fiarme un secreto,
infamar su honor y el mío.

¿Qué puedo yo, qué León,
de una tan fácil mudanza
pensar, si de ella no alcanza
la verdadera ocasión,
sino que habéis descubierto
defetos en mi, y que han sido
muy graves, pues han rotpido
tan asentado concierto?

No tuvo firme afición
quien tan fácil se ha mudado;
que con ella el agraviado
ama la satisfacción.

Y si me culpa la fama,
ésta fuera ley forzosa,
no sólo amándome esposa,
pero sirviéndome dama.

RODRIGO: Ni es mudable mi afición,
ni la fama se os atreve,
ni es la ocasión que me mueve
sujeta a satisfacción,
y si puede peligrar
vuestro honor, culpar, Leonor,
mi fortuna, no mi amor;
que ella me obliga a callar.

LEONOR: Pues si ni os mueve mi daño
ni satisfacción queréis,
aunque el secreto ocultéis,
no ocultéis el desengaño.

Partid, pues; que, estando ausente,
poco pienso padecer;
que es muy fácil de perder
quien me pierde fácilmente.

Vase doña LEONOR

RODRIGO: Aguardad, Leonor hermosa,
Fuése. ¡Oh, inviolable preceto!
¡Oh, dura ley del secreto,
cuanto precisa enojosa!

Sale el CONDE

CONDE: Rodrigo, la larga ausencia

vuestra me daba cuidado,
y en palacio os he buscado
sin fruto y con diligencia.

RODRIGO: Muy otro, conde, me veis
del que pensasteis jamás;
ya en cualquiera parte más
que en palacio me hallaréis.

CONDE: Pues ¿qué novedad se ofrece
en vuestras cosas?

RODRIGO: Melendo,
no se merece sirviendo;
agradando se merece.
Del rey por cierta ocasión
la gracia, conde, he perdido.
Bien sabe Dios que no ha sido
la culpa de mi intención.
Por esto, pues, ausentarme
de la corte es ya forzoso,
y esto el tálamo dichoso
de Leonor pudo quitarme;
que ni pedir fuera justo
licencia al rey enojado,
ni a Leonor en este estado
me daréis contra su gusto.

CONDE: ¿Cómo no?

RODRIGO: De vuestro amor
el mayor exceso fío;
pero no os permite el mío
por mí el disgusto menor.

CONDE: O el rey os ha de volver
a su gracia o, ¡vive Dios!
caro amigo, que por vos
yo también la he de perder.

RODRIGO: No intentéis ser mi tercero,
que del rey la indignación,
mientras dure la ocasión,
ni puede cesar ni quiero.

Yo parto a Valmadrigal,
donde, entre vasallos míos,
ni temeré los desvíos
ni el aspecto desigual
del rey Alfonso, aunque vos,
con vuestra penosa ausencia,
solicitáis mi impaciencia.
Dadme los brazos, y adiós.

CONDE: ¿Qué no puedo yo saber
la ocasión de esto, Rodrigo?

RODRIGO: Pues sois mi mayor amigo
y callo, debe de ser
imposible declararme;

mas si sabéis discurrir,
harto os digo con partir,
con callar y no casarme.

Vase don RODRIGO

CONDE: Cuando fue a pedir licencia
al Rey de casarse, ¡vuelve
en su desgracia, y resuelve
hacer, sin casarse, ausencia!
¡Cielos! ¿Qué puedo pensar
si mi más estrecho amigo
dice tras eso, "Harto digo
con partir y con callar
y no casarme?" Sin duda
que es prenda del rey Leonor,
porque un hombre del valor
de Villagómez no muda
fortuna, lugar e intento
con menos grave ocasión;
y estos efectos no son
sino del furor violento
de los celos y el amor.
¡Ah, Alfonso! ¿En ofensas tales
pagan personas reales
los servicios de un tutor?
Que claro está, pues tratáis
en Castilla casamiento,
que es de ofenderme el intento
que amando a Leonor lleváis.
¿Quién, quién pudiera esperar
esto de un rey? Mas no quiero
precipitarme primero
que lo llegue a averiguar.

Sale don BERMUDO

BERMUDO: Confuso, padre, y turbado
vengo de tan gran mudanza;
que dicen que a la privanza
de Alfonso se ha levantado
Ramiro, y que desvalido
con él, Rodrigo se ausenta.
CONDE: Hijo, ¡ay de mí!, que mi afrenta
la causa de todo ha sido.
BERMUDO: ¿Quién pudo para afrentarte
tener tan osado pecho?
CONDE: No lo sé, aunque lo sospecho.

BERMUDO: Acaba de declararte,
sácame de confusión.

CONDE: De Leonor he sospechado
que está el rey enamorado;
y si lo está, es su intención
afrentarme, pues que trata
en Castilla de casarse;
y conviene averiguarse
si Leonor resiste ingrata,
o muestra pecho ligero
a su intento enamorado.

BERMUDO: Hoy de Ramiro un criado
hablaba con el portero
de casa; y si bien allí
en ello no reparé,
porque nada sospeché,
caigo agora en que de mí
se recelaron los dos.

CONDE: No me digas más, Bermudo.
llámale; que nada dudo
ya del caso. (¡Vive Dios, **Aparte**
que es tercero en la afición
del rey el traidor Ramiro,
y la privanza que miro
procede de esta ocasión!
Cielos, ¿por qué se han de dar
honras a precio de gustos?
¿Por qué con medios injustos
se alcanza un alto lugar?)

Salen don BERMUDO y NUÑO

BERMUDO: Aquí está Nuño, señor.

CONDE: Nuño, el premio y el castigo
te muestro. Pueda contigo,
si no el amor, el temor.
Si me dices la verdad,
no sólo espera el perdón,
más el mayor galardón
que se debe a la lealtad.

NUÑO: Hidalgo soy, y obligado
de ti, y el amor ofendes,
si amenazarme pretendes,
mayor que se vio en criado.

CONDE: Dime, pues. ¿Qué te quería
Ramiro?

NUÑO: Señor, aguarda;
que el que en la respuesta tarda,
o es culpado o desconfía

del crédito, o piensa engaños
con que encubrir la verdad;
y no arriesgo mi lealtad
a ninguno de estos daños.

A Elvira, Ramiro adora,
y hoy, señor, habló con ella
en tu ausencia, y para vella
sola esta noche a deshora,
que le abriese me pidió.
Como su poder temí,
la lengua dijo que sí,
pero la intención que no;
teniendo el darle esperanza
y excusar con un engaño
su efeto, por menor daño
que arriesgarme a su venganza,
y a que el negocio tratase
con otro menos fiel
criado tuyo, y, con él,
lo que le estorbo alcanzase.

Esto pasa; y si en mi pecho
ha sido culpa callarlo,
la esperanza de estorbarlo
sin darte pena, lo ha hecho.

CONDE: Dame los brazos, ¿qué esperas?
Amigo ya, no criado,
hoy a gozar de mi lado
en mi cámara subieras,
si no tuviera segura
con tal portero mi casa;
pero no ha de ser escasa
mi mano, ni tu ventura,
de Betanzos la alcaidía
es tuya.

NUÑO: Dame los pies.

CONDE: Éste es pequeño interés.
Gozarle mayor confía.
Mas dime, ¿qué hay de Leonor?
¿Quién la sirve o la desea?

NUÑO: Si lo supiera, no crea
tu pecho de mí, señor,
que lo callara. Esto sé,
y no otra cosa.

CONDE: (Perdona, **Aparte**
rey, si tu sacra persona
injustamente culpé.
error fue, que no malicia,
presumir culpa de un rey
que es la vida de la ley
y el alma de la justicia.)

Hijo, ¿qué haré? Que aunque viejo,
me tiene tal la pasión,
que es fuerza en mi confusión
valerme de tu consejo.

BERMUDO: Señor, pues es importante
averiguar si mi hermana
es con Ramiro liviana,
porque muera con su amante,
cumpla con él lo tratado
Nuño; y los dos estaremos
donde ocultos escuchemos,
y demos muerte al culpado.

CONDE: Dices bien. Hoy has de ser
tú, Nuño, quien la honra mía
restaure.

NUÑO: En mi fe confía.

CONDE: Ven; sabrás lo que has de hacer.

Vanse todos. Salen el REY y RAMIRO, de noche

RAMIRO: Al fin quedó persuadido
el portero de Melendo
a que soy yo quien pretendo
a Elvira.

REY: Cautela ha sido
importante, porque así
esté secreto mi amor;
porque tengo por mejor
que tenga queja de ti
que de mi el conde, si acaso
algo viene a sospechar.

RAMIRO: Eso me obligó a callar
el amor en que me abraso
a Leonor.

REY: Si mi favor
es la fortuna, confía
que o se ha de mudar la mía,
o ha de ser tuya Leonor.

RAMIRO: Donde tu poder se empeña,
cierta mi dicha será.
A la puerta estamos ya
del conde.

REY: Pues haz la seña
que concertaste. ¡Ay, Amor,

Hace RAMIRO una seña

Muestra tu poder aquí!

Sale NUÑO

NUÑO: ¿Es Ramiro?
RAMIRO: ¿Es Nuño?
NUÑO: Sí.
Bien podéis entrar, señor.
RAMIRO: ¡Oh, cuánto me has obligado!
NUÑO: ¿No venís solo?
RAMIRO: Conmigo
viene un verdadero amigo,
de quien el mayor cuidado
con justa causa confío.
NUÑO: Pues seguidme; que ya el sueño
sepulta a mi anciano dueño.
RAMIRO: ¿Y el hermoso cielo mío?
NUÑO: Elvira estará despierta;
que es muy dada a la lición
de libros.
REY: Esmaltes son
de su belleza.
NUÑO: La puerta
es ésta de su aposento.
REY: (La del mismo cielo, di.) **Aparte**
NUÑO: Abierta está; veisla allí,
ajena de vuestro intento,
los ojos entretenidos
en un libro.
RAMIRO: Idos, y estad
en espía y avisad
si de alguien somos sentidos.
NUÑO: Perded cuidado; que a mí
me importa.

Vase NUÑO

RAMIRO: Ya nos sintió
Elvira.

Sale ELVIRA

ELVIRA: ¿Quién está aquí?
REY: No te alteres; que yo soy.
ELVIRA: ¡Ay de mí! ¡Qué atrevimiento!
REY: Señora...
ELVIRA: ¡Qué confusión!

REY: Escucha.
ELVIRA: Si de mi padre
conocéis el gran valor,
¿cómo a un exceso tan loco
os atrevisteis los dos?
REY: Perder por verte la vida
es la ventura mayor
que me puede suceder.
ELVIRA: ¿Cómo entrasteis? ¿Quién abrió?
REY: No gastes puntos tan breves
en larga averiguación.
Pierde el temor, dueño mío.
Yo te adoro y soy quien soy;
si acusas mi atrevimiento,
ese mismo alego yo
para que por él te informes
de la fuerza de mi amor.
ELVIRA: Idos, por Dios, señor, idos;
idos, si valgo con vos.
REY: La ocasión tengo, señora.
No he de perder la ocasión.
Tu voluntad me conceda
lo que tornar puedo yo.
ELVIRA: Llamaré a mi padre.
REY: Llama,
y serán tus daños dos;
que a él le quitaré la vida
y tú perderás tu honor.

*Salen el CONDE y BERMUDO, con hachas encendidas y
espadas desnudas*

CONDE: ¡Muera el aleve Ramiro!
RAMIRO: Perdidos somos, señor.
BERMUDO: Mueran!
ELVIRA: ¡Ay de mí!
REY: Teneos
al Rey.
CONDE: ¿Al Rey?
REY: Sí.

Deja caer la espada el CONDE

CONDE: El rey sois;
aunque no lo parecéis;
pero conmigo bastó
para que suelte el acero
sólo el oír que sois vos.

Y aunque pudiera este agravio,
puesto que tan noble soy
como vos, mover la espada
a vengar mi deshonor,
si el rey debe estimar
menos la vida que la opinión
de justo, el soltarla agora
me da venganza mayor;
pues cuando más agraviado,
más leal me muestro yo,
me vengo más, pues os muestro
tanto más injusto a vos.
Pero yo...

REY: Basta; que a yerros
nacidos de ciego amor,
el amor les da disculpa
y la prudencia perdón.
El mismo exceso que veis
os informe de mi ardor;
si nunca fuisteis amante,
al menos prudente sois;
cese el justo sentimiento,
y pues vuestra reprehensión
tan castigado me deja,
déjeos satisfecho a vos
que esta ofensa ha acrisolado,
no manchado, vuestro honor,
pues Elvira, resistiendo,
de quilates le subió;
y así, pues con el intento
sólo os he ofendido yo,
basten penas de palabra
para culpas de intención.

CONDE: Basten, porque sois mi Rey;
que aun las palabras, señor,
quisiera volver al pecho,
si es que alguna os ofendió.

REY: Ya, pues, mi error estimemos,
pues nos descubre mi error
en Elvira, a vos, tal hija,
y a mí, tal vasallo en vos.
Y advertid que, pues Elvira
está inocente y causó
mi poder toda la culpa,
no sienta vuestro rigor;
que me toca su defensa.

CONDE: De ella satisfecho estoy;
que su resistencia he visto.

REY: Pues Melendo amigo, adiós.
Dadme la mano, y quedemos

más amigos desde hoy;
que de las pendencias suele
nacer la amistad mayor.

CONDE: Tomaré para besarla
la vuestra; mas ved, señor,
que dar la mano y violar
la amistad es vil acción;
y así, ha de quedar seguro
de vos desde aquí mi honor.

REY: Yo os lo prometo, Melendo.
Aquí el amor feneció
de Elvira, porque ya en mí
fuera bajeza, y no amor,
proseguir mi ciego intento
viendo tal lealtad en vos,
en ella tal resistencia
y en mí tal obligación.

ELVIRA: (¡Ah, falso!) **Aparte**

CONDE: De vos confío.

REY: Quedaos, Melendo.

CONDE: ¡Señor!...

REY: Quedaos.

CONDE: Permitid que al menos
llegue a la calle con vos,
porque, quien salir os viere,
entienda que mereció
esta visita Melendo
y no su hija.

REY: Vois sois
tan prudente como digno
de que os haga ese favor.
Adiós, Elvira; y merezca
mi atrevimiento perdón,
pues que la enmienda propongo.

ELVIRA: Por ser efeto de amor,
perdono el atrevimiento...
(Mas el propósito no.) **Aparte**

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen el CONDE y don RODRIGO

CONDE: Esto me pasó, Rodrigo,
con Alfonso, y declararos
este secreto es mostraros
la obligación de un amigo,
 y pues su alteza me ha dado
la palabra de mirar
por mi honor, y de olvidar
a Elvira, con que ha cesado
 de vuestro retiramiento
y su enojo la ocasión,
y de mudar la intención
del tratado casamiento,
 con vuestra licencia quiero
pedirla al rey, para daros
a mi Leonor, y alcanzaros
el alto lugar primero
 que en su gracia habéis tenido
y perdido sin razón;
que éste es el fin, la ocasión
es ésta que me ha movido
 a hacer que por la ciudad
hoy, para veros conmigo,
hayáis trocado, Rodrigo,
del campo la soledad,
 por no poder, para veros,
yo de la corte faltar,
ni estas cosas confiar
de cartas ni mensajeros.

RODRIGO: Ni de vasallo la ley
ni la de amigo guardara,
si en vuestra verdad dudara
en la palabra del rey;
 y en fe de esta confianza,
lo que pedís os permito,
si bien, Melendo, os limito
el volverme a la privanza.
 La gracia sí me alcanzad
--que ésta es forzoso que precie,
pues no hacerlo fuera especie
de locura o deslealtad--
 pero el asistirle, no;
porque si Faetón viviera,
fuera necio si volviera
al carro que le abrasó.

CONDE: Estáis agora enojado.

RODRIGO: Corriendo el tiempo, no hay duda
que el enojado se muda,

pero no el desengañado.
CONDE: Bien está; no he de exceder
vuestro gusto; que a Leonor
codicio, en vos, el valor,
no la fortuna y poder.
RODRIGO: Siempre me honráis.
CONDE: Voy a hablar
al rey.
RODRIGO: Partid satisfecho;
que aguardo con igual pecho
el contento y el pesar.

Vase don RODRIGO

CONDE: Apenas llevo esperanza
de conseguir mi intención.
¡Oh, terrible condición
del poder y la privanza!
Yo, que el agraviado he sido,
vengo a ser el temeroso
que aborrece el poderoso
al que de él está ofendido.
El rey es éste, y a solas
viene hablando con Ramiro.
A esta parte me retiro,
porque las soberbias olas
de su dicha y valimiento
no me atrevo ya a romper,
y a solas he menester
decir a Alfonso mi intento.

Salen el REY y RAMIRO

RAMIRO: Si vuestra alteza del suceso mira
las circunstancias, hallará que a Elvira
adora Villagómez; que otra cosa
no pudo ser con él tan poderosa
que le hiciese oponerse a vuestro gusto,
pues lo que manda el rey nunca es injusto.
Y bien mostró el efeto
que al conde reveló vuestro secreto,
pues desvelado, atento y prevenido,
y a deshoras vestido,
de Bermudo, su hijo, acompañado,
nos asaltó en el hurto enamorado.
REY: Bien dices, claro está; porque Rodrigo
no quisiera ser más del conde amigo
que de su rey. Sin duda fue locura

del amor, no de la amistad fineza,
arrojarse a perder tanta grandeza,
siendo mi gracia su mayor ventura.
Vengaréme, Ramiro; por los cielos,
no sufriré mi ofensa ni mis celos,
aunque me atreva, pues palabra he dado,
a oprimir el impulso enamorado.

RAMIRO: (Esto está bien. Mi pretensión consigo, **Aparte**
indignando a su alteza con Rodrigo;
que me obligó a temer justa mudanza
el cesar la ocasión de mi privanza,
puesto que quiere el rey determinado
la palabra cumplir que al conde ha dado.)

REY: Melendo está en la sala.

RAMIRO: Y me parece
que aguarda retirado
que vuestra alteza esté desocupado.
Quiero darle lugar; y pues se ofrece
ocasión, hoy espero
la mano de Leonor con tal tercero.

REY: Tuya será, Ramiro; mas es justo
que la obligues primero, y que su gusto
dispongas. Y que vamos paso a paso
pide también la gravedad del caso;
que se juzga violento
hecho de priesa un grande casamiento.

RAMIRO: Sola a tal prevención y a tal prudencia
se puede responder con la obediencia.

Vase don RAMIRO

CONDE: (Ya quedó solo el rey.) **Aparte**

REY: Melendo amigo.

CONDE: Si de esa suerte os humanáis conmigo,
si ese nombre merezco, no habrá cosa
que juzgue en mi favor dificultosa.

REY: A lo difícil no vuestra privanza,
a lo imposible atreva su esperanza.

CONDE: Dos cosas, gran señor, he de pedir:os:
una es honrarme a mi, y otra es serviros.
Que a Villagómez perdonéis es una,
y en ésta os sirvo; que de su fortuna
siente la adversidad el pueblo todo,
y obligaréis al reino de este modo,
y yo no sólo quedará pagado
de mis servicios, no, más obligado;
que a mi hija Leonor le he prometido.
Y así, señor, es la segunda cosa
que espero de esa mano poderosa,

que permitáis que salga, haciendo dueño
de Leonor a Rodrigo, de este empeño.

REY: (¿Que es Leonor la que adora, y no es Elvira? **Aparte**
Mas ya entiendo los fines a que aspira.
Temiendo mi venganza, pues me ofende,
así mis celos desmentir pretende;
que siendo él hombre que en su honor y fama
no sufrirá un escrúpulo pequeño,
sabiendo que pretendo para dama
a Elvira, y no para mi justo dueño,
no quisiera a su hermana para esposa,
a no obligarle causa tan forzosa.)

CONDE: Mucho dudáis. Ya teme mi esperanza
que especie de negar es la tardanza.

REY: Conde, mucho me admira que a Rodrigo
la ley, mejor que a mi, guardéis de amigo,
anteponiendo a mi opinión su gusto,
pues el nombre de fácil y el de injusto
queréis que me dé el mundo; que es forzoso,
si al que apartó de mí tan riguroso
vuelvo a mis ojos, que tendrán por llano
que o fui en culpar injusto, o fui liviano
en volver a mi gracia al que perdella
mereció por su error, estando en ella
Si le habéis vuestra hija prometido,
yo de mi mano la daré marido;
que ni a vos está bien, ni os lo merezco,
que emparentéis con hombre que aborrezco.
Y no de lo que os niego estéis sentido,
pues cuando vuestro intento me ha ofendido,
Melendo, y yo con vos no me he indignado,
no es poco lo que habéis de mí alcanzado.

Vase el REY

CONDE: ¡Ay, Melendo infeliz! ¡Ay, honor mío!
Ya de la fe y palabra desconfío
del rey. La causa dura y el intento,
pues el efeto vive y el enojo.
Proseguir quiere su liviano antojo;
que impedir de Rodrigo el casamiento,
es temer que le estorbe tal cuñado
lo que a impedir tal padre no ha bastado.
Aquí no hay que esperar; que es bien que muera
quien la amenaza ve y el golpe espera.
Melendo, el rey vuestra deshonra piensa;
hüid que con un rey no hay más defensa.

Sale don BERMUDO

- BERMUDO: Cuidadoso estoy, señor,
de saber cómo te ha hablado
el rey, o qué indicio ha dado
de la mudanza en su amor.
- CONDE: Hijo, cierto es nuestro daño.
Echada la suerte está;
que por muchas causas ya
la sospecha es desengaño.
Alfonso es rey, bien lo veo.
Prometió, mas es amante;
no hay propósito constante
contra un constante deseo.
El remedio está en la ausencia;
que al furor de un rey, Bermudo,
la espalda ha de ser escudo,
y la fuga resistencia.
Del señor me hice vasallo
por la ley del homenaje;
pero su injuria y mi ultraje
me obligan a renunciallo.
- BERMUDO: Bien dices, padre. A Galicia
partamos; que allí serás
solo el señor, y tendrás
en tus manos tu justicia;
pues si la naturaleza
renunciases de León,
sabrá el rey que iguales son
tu poder y tu grandeza.
- CONDE: Por lo menos determino
salir de la corte luego;
y porque el rey, que está ciego,
no nos impida el camino,
no quiero agora partirme
a Galicia, mas fingiendo
que en Valmadrigo pretendo
descansar y divertirme,
le aseguraré, y allí
dispondrá secretamente
mi partida con la gente
de Villagómez; que así
no prevendrá mi intención
Alfonso.
- BERMUDO: Bien lo has trazado.
- CONDE: Ya que vaya mal pagado,
iré honrado de León.

*Vanse el CONDE y don BERMUDO. (Salen VILLANOS,
cantando y bailando esta letra; y JIMENA, villana, y RODRIGO, de*

campo

VILLANOS: "*Quien se quiere solazar,
véngase a Valmadrigal.
Mala pascua e malos años
para cortes e ciudades.
Aquí abundan las verdades,
allá abundan los engaños;
los bollicios e los daños
allá non deján vagar.
¿Quién se quiere solazar? ¡Sa!"*

JIMENA: Non bailedes ende más,
non fagades más festejo;
que finca el mueso señor
todo esmarrido e mal trecho.
Tiradvos; que en poridad
yo, que por fijo le tengo,
con él quiero departir
sobre sus cuitas e duelos.

VILLANO 1: Bien digo yo que non pracen
folguras al mueso dueño.

VILLANO 2: Pues se ha venido a la villa,
fecho le habrán algún tuerto.

Vanse los VILLANOS

JIMENA: Mi Rodrigo, ¿qué tenedes?
Esfogad connigo el pecho,
si vos miembra que del mío
vos di el primer alimento.
Ama vuesa so, Rodrigo.
A nadie el vueso secreto
podedes mejor fiar;
que como madre vos quiero.

RODRIGO: De tu amor y tu intención,
Jimena, estoy satisfecho;
mas no hay alivio en mis penas,
ni en mis desdichas remedio.
Si descansara en contarlas,
las fiara de tu pecho;
mas con la memoria crece
el dolor y el sentimiento.

JIMENA: Si alguno desmesurado
vos ha fecho algún denuesto,
e por secreto joïcio
non vos cumple desfacerlo
por vuestas manos, Rodrigo,

maguer que ha tollido el tiempo
tanta posanza a las mías,
e que so fembra, me ofrezco
a magollar a puñadas
a quien vos praza, los huesos;
que en toda muesa montaña
non ye león bravo e fiero
a quien yo con los míos brazos
non dé la muerte sin fierro.

RODRIGO: Ya sé tus valientes bríos,
y los sabe todo el reino;
pero la suerte se sufre,
no se vence con esfuerzo;
que bien conoces del mío
que, a ser humano sujeto
quien me ofende, sin tu ayuda,
supuesto que te agradezco
la voluntad, me vengara.

Sale un PAJE

PAJE. Un hidalgo forastero
a solas te quiere hablar.

RODRIGO: Entre. Y tú, Jimena, luego
a verme puedes volver.

Vase el PAJE

JIMENA: De buen grado. (Pues secreto **Aparte**
quiere fabrar, escochar
sus poridades pretendo;
quizás de esta maladanza
podré saber el comienzo.)

*Retírase JIMENA al paño. Sale el rey
don SANCHO, de camino*

SANCHO: Rodrigo de Villagómez,
¿conocéisme?

RODRIGO: Si no niego
crédito a los ojos míos,
y si en lugar tan pequeño
tanta grandeza cupiera,
juzgara que es el que veo
don Sancho, rey de Navarra.

SANCHO: El mismo soy.

RODRIGO: Pues ¿qué es esto?
¡Vuestra majestad, señor,
solo y fuera de su reino!

JIMENA: (¡Válasme, San Salvador!) **Aparte**
SANCHO: Villagómez, mis sucesos
me trajeron a León,
y a Valmadrigal los vuestros;
mas no estéis así; cubríos.
RODRIGO: Señor...
SANCHO: Rodrigo, cubierto
ha de estar el que merece
que un rey le visite.
RODRIGO: Harélo
porque vos me lo mandáis;
que si el estar descubierto,
rey don Sancho, es respetaros,
cubrirme es obedeceros.

Cúbrese

SANCHO: Si fuérades mi vasallo,
hiciera con vos lo mesmo;
que de vuestra ilustre casa
sé bien los merecimientos.
Mas porque esta novedad
con causa os tendrá suspenso,
os diré en breves razones
la ocasión.
RODRIGO: Ya estoy atento.
SANCHO: La bella Mayor, infanta
de Castilla, a cuyo empleo
aspiré, solicitó
de suerte mis pensamientos,
que yo en persona partí
a Castilla a los conciertos,
para obligar con finezas
más que con merecimientos;
mas no por esto he dejado
de malograr mis deseos,
porque a los más diligentes
ama la Fortuna menos.
El conde Sancho García,
su padre, al fin ha resuelto
hacer al rey de León,
Alfonso el quinto, su yerno.
Yo, perdida esta esperanza,
de Castilla partí luego,
y porque es tiempo de dar
sucesores a mi reino,
a doña Teresa, hermana
de Alfonso, los pensamientos
volví, y queriendo informar

por los ojos el deseo,
quise pasar por León
disfrazado y encubierto,
por ver primero a Teresa
que declarase mi intento.
Prevención fue provechosa,
pues la libertad y el seso
he perdido por Elvira,
hija del Conde Melendo;
y porque de la ventaja
no dudase, ordenó el cielo
que con la infanta la viese.
Al fin la vi, que con esto,
pues la conocéis, Rodrigo,
he dicho lo que padezco
que a darle la corona
de Navarra me resuelvo.
Pues como para tratarlo
os eligiese, sabiendo
que del conde de Galicia
sois amigo tan estrecho,
de la mudanza del rey
y vuestro retiramiento
me han informado, y así
con dos fines partí a veros:
uno, pedir que tratéis
mis intentos con Melendo;
y otro, ofrecer no sólo
un estado, más un reino
si a Navarra queréis iros,
y si ganaros merezco,
cuando Alfonso no rehúsa
perder tanto con perderos.

JIMENA: (¿Que al rey tenedes sañudo,
Rodrigo? Mas en el suelo,
¿quién si non el rey pudiera
de mal talante ponervos?)

Aparte

RODRIGO: Señor, en cuanto a mi toca,
la merced os agradezco;
pero de Alfonso hasta aquí
ni me agravio ni me quejo,
para que me ausente de él;
que de su privanza es dueño,
y la agradezco gozada,
y perdido no me ofendo.
En cuanto a Elvira, señor...

(Pues con ilícito intento **Aparte**
la adora Alfonso, y don Sancho
para legítimo dueño,
perdone si en estas bodas

quiero servir de tercero.)

SANCHO: Rodrigo, ¿dúdáis?

RODRIGO: Estoy pensando que es ofenderos admitir la tercería; que vuestros merecimientos, vanidad, no dicha sola, darán a Elvira y Melendo; y así, no es bien que mostréis desconfianza. Vos mismo ganad, señor, las albricias de su ventura con ellos.

SANCHO: No os hago porque me falte confianza mi tercero, sino porque nadie sepa que estoy en León.

RODRIGO: En eso, del conde podéis fiar lo que fiáis de mi pecho.

Sale un PAJE

PAJE: En Valmadrigal ha entrado agora el Conde Melendo con sus dos hijas hermosas.

Vase el PAJE

RODRIGO: ¡Válgame Dios! (Ya recelo **Aparte** alguna gran novedad.) Él ha venido a buen tiempo. Yo le salgo a recibir y apercebirle el secreto, para que en viéndoos, señor, disimule el conoceros.

SANCHO: Id delante; que yo os sigo.

Vanse el rey don SANCHO y RODRIGO

JIMENA: ¡Rodrigo, el Conde Melendo, sus hijas, el rey don Sancho en Valmadrigal! ¿Qué ye esto? O la Fortuna ensandece, o León finca revuelto.

Vase JIMENA. Salen RAMIRO y CUARESMA

- CUARESMA: En efeto, ¿la privanza
del rey animó tu amor
para poner en Leonor,
atrevido, la esperanza?
- RAMIRO: En mi valor y nobleza
no fuera amarla delito;
mas, por pobre, necesito
de la gracia de su alteza
para alcanzar su beldad.
- CUARESMA: Está bien; mas fuera justo
no tomar cosas de gusto
con tanta incomodidad;
que rondar la noche toda,
señor, sin haber cenado,
es querer un desposado
más su muerte que su boda.
- RAMIRO: ¿Aún dura?
- CUARESMA: ¿No ha de durar,
pues aún el desmayo dura?
¿Piensas que soy por ventura
Cuaresma por ayunar?
Ayunar a la Cuaresma
es precepto, mas ninguno
podrá decir que al ayuno
está obligada ella mesma.
- RAMIRO: Haz, pues, en ti consecuencia;
que por Cuaresma o por santo,
no te ayunarán, pues tanto
aborreces la abstinencia.
- CUARESMA: Antes yo siempre entendí
que comiendo bien, seré
un santo y lo probaré,
si escucharme quieres.
- RAMIRO: Di.
- CUARESMA: Quien come bien, bebe bien;
quien bien bebe, concederme
es forzoso que bien duerme;
quien duerme, no peca; y quien
no peca, es caso notorio
que si bautizado está,
a gozar del cielo va
sin tocar el purgatorio.
Esto arguye perfección.
Luego, según los efetos,
si son santos los perfetos,
los que comen bien lo son.
- RAMIRO: Calvino sólo aconseje
amar esa santidad.
- CUARESMA: La hambre es necesidad,

y tiene cara de hereje,
y fue tal la que pasé...
del miedo no digo nada.
Pero ya que está pasada,
dime, ¿de qué fruto fue
tanto trasnochar?

RAMIRO: De hacer
méritos con mi Leonor.

CUARESMA: ¿Si no lo sabe, señor?

RAMIRO: ¿No lo pudiera saber?

CUARESMA: Sacó la espada un valiente
contra un gallina, y huyendo
el cobarde, iba diciendo,
"Hombre, que me has muerto, tente."
Acudió gente al ruido,
y uno, que llegó a buscarle
la herida para curarle,
viendo que no estaba herido,
dijo, "¿Qué os pudo obligar
a decir, si no os hirió,
que os ha muerto?" Y respondió,
"¿No me pudiera matar?"
Así, tú, porque pudiera
saberlo doña Leonor,
haces lo mismo, señor,
que hicieras si lo supiera.

RAMIRO: Dices bien, y un papel quiero
que le diga mi cuidado
y que Nuño, su criado,
le lleve.

CUARESMA: ¿No es el portero
de su casa?

RAMIRO: Sí. A llamalle
parte al punto con secreto.

CUARESMA: Eso yo te lo prometo.
Mándame, señor, que calle,
que es una virtud que pocos
gozan; y no sin cenar
trasnochar y pelear;
que ésas son cosas de locos.

Vase CUARESMA

RAMIRO: ¿Que dilate el rey mi intento,
pudiendo, si el labio mueve,
reducir a un punto breve
tantos siglos de tormento?

Sale el REY

- REY: Ramiro amigo...
- RAMIRO: Señor...
- REY: Ya conozco en mi impaciencia
que es la misma resistencia
incentivo del amor.
Prometí mudar intento;
pero con la privación
ha crecido la pasión
y menguado el sufrimiento;
y cuando mal los desvelos
resistía del amor,
llegaron con más rigor
a la batalla los celos.
Los celos que me ha causado
Villagómez me han vencido;
que aunque a Leonor ha pedido
y se muestra enamorado,
bien sé que sale esta flecha
de la aljaba del temor,
y finge amor a Leonor
por desmentir la sospecha.
¿Qué haré en confusión igual,
cuando me obliga a morir
el Amor, o a no cumplir
la fe y la palabra real?
- RAMIRO: ¿Que Villagómez pidió
a Leonor?
- REY: El conde ayer,
para hacerla su mujer,
a pedirme se atrevió
licencia.
- RAMIRO: ¿Y qué respondiste?
- REY: Neguéla; que no me olvido
de que te la he prometido.
- RAMIRO: No menos merced me hiciste
que provecho a tu afición,
si has de seguir tu cuidado;
porque es tan loco, de honrado,
Rodrigo, y en su opinión
los breves átomos mira
con tan necia sutileza,
que estorbará a vuestra alteza,
siendo cuñado de Elvira,
como si su esposo fuera;
sin advertir que las leyes
en las manos de los reyes
que las hacen, son de cera;
y que puede un rey, que intenta

que valga por ley su gusto,
hacer lícito lo injusto
y hacer honrosa la afrenta;
pues del vasallo al señor
es tanta la diferencia,
que con ella es la inocencia
recompensa del error.

REY: Ramiro, con justa ley
te doy el lugar primero
por amigo verdadero,
y vasallo que del rey
venera la majestad
y conoce la distancia;
pues no hacerlo es arrogancia
que se atreve a deslealtad.
Sepa a lisonja o engaño
lo que dices; que en efeto
es la lisonja respeto
y atrevido el desengaño.

Sale don MENDO, de camino, con dos pliegos

MENDO: Dame, gran señor, los pies.

REY: Vengas muy en hora buena,
Mendo; que estaba con pena
de tu tardanza.

MENDO: Ésta es
del conde Sancho García,
y las capitulaciones
de las bodas que dispones,
en este pliego te envía.

REY: ¿Cómo está?

MENDO: Bueno está el conde.

REY: ¿Y Mayor?

MENDO: También.

REY: ¿Es bella?

MENDO: La fama, señor, por ella
sin lisonja te responde.

*Dale los pliegos. Sale CUARESMA y habla aparte con
don RAMIRO mientras el REY lee*

CUARESMA: Señor...

RAMIRO: ¿Qué tenemos?

CUARESMA: Nada,
y mucho peor.

RAMIRO: No entiendo;
háblame claro.

CUARESMA: Melendo
nos ha dado cantonada.

RAMIRO: ¿Cómo?
CUARESMA: Con su casa el conde
 de la corte se ha partido.
RAMIRO: ¿Qué dices?
CUARESMA: Lo que has oído.
RAMIRO: ¿Y has sabido para adónde?
CUARESMA: Dicen que a Valmadrigal
 se retira.
RAMIRO: (¡Oh, santos cielos! **Aparte**
 ¿Esto más porque a mis celos
 crezca la furia mortal?)
REY: Estas capitulaciones
 importa comunicar
 con Melendo.
RAMIRO: Si a esperar
 su parecer te dispones,
 según agora he sabido,
 a Valmadrigal, señor,
 con Elvira y con Leonor
 esta mañana ha partido.
REY: ¿Qué dices? ¡Sin mi licencia
 se ha ausentado de León;
 y para darme ocasión
 a que pierda la paciencia
 sin recelar mis enojos,
 a quien sabe que me ofende
 busca! Sin duda pretende
 quebrarme el conde los ojos,
 y sabe a poca lealtad
 y a conspiración su intento.
RAMIRO: Tan breve retiro, señor,
 sin tu voluntad,
 o mucha resolución
 o poco respeto ha sido.
REY: De cólera estoy perdido;
 ya no sufre el corazón
 el incendio, ya la mina
 de celos y amor revienta;
 que pues el conde se ausenta
 sin mi licencia, imagina
 que mi palabra rompía...
 Y ya lo hará mi pasión;
 que quita la obligación
 quien muestra que desconfía.
 Ven, Ramiro; que al dolor
 más dilación no permito.
RAMIRO: Lícito es cualquier delito
 para no morir de amor.

Vanse el REY, don RAMIRO, y CUARESMA. Salen

JIMENA, doña ELVIRA y doña LEONOR

JIMENA: Por la mi fe, Leonor, que yo vos quiero
tanto de corazón, porque el mío fijo
plañe por vueso amor, que nin otero,
nin prado, fuente, bosque nin cortijo
me solazan sin vos; e compridero
fuera además maguer que el rey non quijo
donar para las bodas su mandado,
que las fagades vos, mal de su grado.
¿Qué puede lacerar en las sus tierras
Rodrigo si por novia vos alcanza?
De caza ahondan estas altas sierras,
frutos ofrece el valle en abastanza.
Fuya dende las cortes e las guerras,
viva entre sus pecheros con folganza;
su mosto estruje, siegue sus espigas,
goze su esposa, e déle al rey dos figas.

LEONOR: Resuelta es la villana.

ELVIRA: Es a lo menos
desengañada.

LEONOR: Con el rey, Jimena,
tienen por deshonor los hombres buenos
sólo un punto exceder de lo que ordena.

JIMENA: Non ye caso, Leonor, de valer menos,
nin traspasa la jura, nin de pena
justa será merecedor por ende,
si face tuerto el rey, quien no le atiende.
E Rodrigo, además, tiene posanza,
si le asmare facer desaguisado,
para que nin le venga malandanza,
nin cuide ser por armas astragado.
¡E a Dios pluguiera que su aventuranza
estuviera en la lid, maguer que he andado
lo más ya del vivir! Que a fe de buena,
que León se membrara de Jimena.
Alfonso me perdone; que, ensañada,
fablo lo que nin debo nin ficiera;
mas como por mío fijo está arrabiada,
esfogo el mío dolor en tal manera.

ELVIRA: (¡Pluguiera Dios que el alma enamorada **Aparte**
como descansas, descansar pudiera,
diciendo mi dolor y sentimiento,
aunque las quejas se llevara el viento!
¡Ah, falso Alfonso! Si tu amor constante
borrar de la memoria has prometido,
¿cuándo ha cumplido verdadero amante
palabra en que el amor es ofendido?
Advierte, pues, que en cada breve instante

siglos perdiendo vas; que combatido
es de otro rey mi pecho, y se defiende
mal de un amor que obliga amor que ofende.

Sale don RODRIGO

RODRIGO: Náyades bellas de esta fuente fría,
ninfas que gloria sois de esta espesura,
¿por qué esta soledad merece el día?
¿Por qué goza este soto la luz pura
de vuestros claros soles? Leonor mía,
bien de mi amor, si no de mi ventura,
¿por qué si al campo dan flores tus ojos,
amor, en vez de flores, pisa abrojos?

LEONOR: Porque un amante tan considerado,
que entre la pretensión de los favores
atento vive a la razón de estado,
pisar merece abrojos y no flores;
holgárame que hubierais escuchado
a Jimena culpar vuestros temores,
mas no teme quien ama; y así puedo
culpar en vos más el amor que el miedo.

Al rey, ni digo yo, ni fuera acierto
que os opongáis, ni yo os lo consintiera;
mas cuando, amante Júpiter, advierto
que tocó al suelo la estrellada esfera,
echo menos en vos el desconcierto
que una afición engendra verdadera,
y ver quisiera en vuestros pensamientos,
si no la ejecución, los movimientos.

No temió la venganza, no la ira
del fuerte Alcides el centauro Neso,
cuando ciego de amor por Deyanira,
despreciando la vida, perdió el seso,
y por huir la venenosa vira
del ofendido, con el dulce peso
corrió, y, muriendo al fin, vino a perdella,
mas no la gloria de morir por ella.

Si resistir al rey fuera injusticia,
huir del rey no fuera resistencia;
y trocar por Leonor y por Galicia
a Alfonso y a León, no es diferencia
tan grande, que debiera la codicia
y ambición ser estorbo de la ausencia.
Mas no lo hagáis, que ya me habéis perdido,
pues nunca un mal amante es buen marido.

Vase doña LEONOR

RODRIGO: Aguarda, luz hermosa de mis ojos.

JIMENA: Huyendo va como emplumada vira.

RODRIGO: Síguela, mi Jimena, y sus enojos
 aplaca mientras hablo con Elvira.

JIMENA: Si vos mismo, arrepiso, los hinojos
 fincados, non tirades la su ira,
 ¡mal año para vos, que de una pena
 tan cabal guarescades por Jimena!

Vase JIMENA

RODRIGO: (Sólo puede culparme quien ignora **Aparte**
 la precisa ocasión que me refrena,
 y más cuando al navarro, que la adora,
 muestra Elvira desdén, con que a mi pena
 aumenta los temores; pues si agora
 no puedo persuadirla, me condena
 a sospechar del todo que suspira
 por el amor de Alfonso.) Escucha, Elvira.

*Salen el REY, don RAMIRO y CUARESMA, de camino.
Hablan don RODRIGO y ELVIRA en secreto*

CUARESMA: A gozar de la frescura
 del Soto, según me han dicho
 unos villanos, las dos,
 con un ama de Rodrigo
 del lugar se han alejado.

REY: Suerte dichosa habrá sido,
 si ofrece la soledad
 ocasión al un designio
 de los dos que de León
 a esta villa me han traído.

RAMIRO: ¿No era mejor, pues veniste,
 señor, a prender tú mismo
 a Rodrigo, receloso
 de que pierda a tus ministros
 el respeto, y se declare
 desleal y vengativo,
 en su poder y el del conde
 confiado y atrevido,
 ejecutarlo primero?

REY: De mis intentos, Ramiro,
 el más principal es ver
 a Elvira, pues es motivo
 de los demás; y si tengo
 tanta dicha, que el sombrío

bosque en soledad me ofrezca
ocasión, me determino
a no perderla.

CUARESMA: Detente,
que a Villagómez he visto.

REY: ¡Y está con él sola Elvira!
¡Vive Dios!...

RAMIRO: Mira si han sido
mentirosas mis sospechas.

REY: Ya el rabioso desatino
de los celos me enloquece.
Mas oigamos escondidos,
pues ayuda para hacerlo
la espesura de este sitio,
lo que platican los dos.

RODRIGO: Elvira, mucho me admiro
de que con tal resistencia
de liviana des indicios.
Sin duda el amor de Alfonso
te obliga a tal desvarío;
que ¿por cuál otra ocasión
despreciaras un marido
que una corona te ofrece?

REY: (¡Ah, cielos! Corona ha dicho.) **Aparte**

RAMIRO: Ved si la conspiración
alevosa que imagino
es cierta.

RODRIGO: Vuelve en tu acuerdo;
cobra, Elvira, los sentidos;
mira que Alfonso se casa
en Castilla, y que contigo
sólo en tu infamia pretende
alcanzar gustos lascivos;
y es locura que desprecies
por un galán un marido
que te adora y es su igual.

REY: (Que es mi igual, dice, Ramiro. **Aparte**
¡Mataréle, vive Dios!

RAMIRO: Bien lo merece.

ELVIRA: Rodrigo,
mucho me espanta y ofende
que os arrojéis atrevido
a decirme que pensáis
que de liviana resisto;
que esa licencia le toca
sólo al padre o al marido
y al deudo cercano apenas;
y vos, ni sois deudo mío,
ni mi esposo habéis de ser.

REY: Ya la sospecha confirmo

de que es él quien la pretende.
..... [-i-o].

RODRIGO: Si no he de ser vuestro esposo,
tengo, por ser el amigo
más estrecho de Melendo,
esta licencia.

Sale JIMENA y habla con don RODRIGO

JIMENA: Rodrigo,
catad que unos cortesanos,
en zaga de esos alisos,
a vuestas fabras atienden.
Yo, con estos ojos mismos,
los vi pasar, e a sabiendas
en pos de ellos he venido,
cuidadosa que os empezcan,
para vos dar este aviso.

RODRIGO: ¿Y me habrán oído?

JIMENA: ¡Aosadas!

RODRIGO: Que están a ojo. Pues idos
las dos; que quiero saber
quién son, y si me han oído,
examinar su intención
y prevenir mi peligro.

ELVIRA: Jimena, vamos.

JIMENA: Elvira,
caminad que ya vos sigo.
(A la fe cuidoo ende ál;
que de mal talante he vido
los cortesanos, haciendo
asechanzas a Rodrigo,
e fasta en cabo, cobierta
fincaré entre estos lentiscos.)

Aparte

Retírase JIMENA

REY: Elvira se va; mas ya
Villagómez nos ha visto.

RAMIRO: ¿Qué determinas?

REY: Matarle,
que estoy loco de ofendido.

RODRIGO: ¡Válgame Dios! ¿No es el
rey? ¡Vos, gran señor!...

REY: ¡Atrevido,
falso, alevoso!...

RODRIGO: Señor,
advertid que soy Rodrigo

de Villagómez, y quien
de mi lealtad haya dicho
o pensado cosa injusta,
de vos abajo, ha mentido.

REY: Mis oídos y mis ojos
han escuchado y han visto
con Elvira y contra mi
vuestros alevos designios;
y porque un vil descendiente
con el público suplicio
no manche la sangre ilustre
de tantos nobles antiguos,
pues es por las manos propias
del rey honroso castigo,
quiero ocultar vuestra culpa
y daros muerte yo mismo.

*Saca la daga el REY y tírale una
puñalada, y RODRIGO, con la mano izquierda, le tiene el brazo*

RODRIGO: Tened el brazo, señor.

REY: Soltad. Matadle, Ramiro.

*Sacan las espadas, y RODRIGO la saca con la
derecha, sin soltar al REY*

RAMIRO: ¡Al rey te atreves! ¿La espada
sacas contra el rey?

RODRIGO: Contigo
la saco, no con el rey.

Sale JIMENA de entra las matas

JIMENA: ¡Ah, malas fadas! Rodrigo,
yo me tendré con Alfonso,
vos tened vos con Ramiro.

Coge en brazos al REY y métele dentro

REY: Suelta, villana. ¿A tu rey
te atreves!

JIMENA: Rey, el mío fijo
defiendo, non vos ofendo.

Éntranse acuchillando RODRIGO y RAMIRO

CUARESMA: A matar tiran, por Cristo
yo me voy a confesar,
y vuelvo a morir contigo.

ACTO TERCERO

Salen RODRIGO, de villano, y JIMENA

RODRIGO: Cuéntame cómo escapaste;
que con el rey en los brazos
te dejé, y con gran disgusto
me ha tenido este cuidado.

JIMENA: Si yo non pusiera mientes
a que era el rey, ¡malos años
para mí, si non pudiera
como a un pollo espachurrallo!
Asaz lo pricié de recio,
e dije, "¿Tan mal recado
fizo Rodrigo en servir
de mandadero a don Sancho
con Elvira, que tirarle
la vida hayades asmado?
Si el rey de Navarra a Elvira
quiere endonar la su mano,
¿en qué vos ha escarnecido,
que fincades tan amargo?"
Entonces me semejó
que le falleció un cuidado,
e otro le empezó además;
que pescudó con espanto
si fablábades a Elvira
en persona de don Sancho
por su amor; e mala vez
le repuse que sí, cuando
con mayor afincamiento
quiso escapar de mis brazos,
dijendo, "Suelta, villana."
Mas yo, que le vi arrabiado,
dije, "Alfonso, non cuidedes
que vos largue, fasta en tanto
que pongades preitesía
de non facer ende daño
al mi Rodrigo." A la cima,

bien de fuerza o bien de grado,
fizo el preito, e yo otrosí
tiréle luego el embargo,
e homillosamente dije,
con los hinojos fincados.
"Rey, ama so de Rodrigo;
estos pechos le criaron;
en mi amor semejo madre.
Si atendiendo como sabio
e como noble que amor
torna enfurecido e sandio,
vos non praxe perdoname,
védesme al vueso mandado."
¡Oh divino encrinamiento!
¡Oh pergeño soberano
de los reyes, que ofendidos
muestran su nobleza en cabo!
Rodrigo, la nombradía
que enconaron los ancianos
de rey de las alimañas
al León, non ye por tanto
que en la posanza las venza
de las sus guarnidas manos,
si non por ser además,
de corazón tan fidalgo,
que non fiere al homildoso,
maguer que finque rabiando.
Alfonso de sí repuso
con talante mesurado,
"Por ser fembra, e porque amor
vos desculpa, non me ensaño,
e vos dono perdonanza."
Así me fablaba, cuando
volvió a le buscar Ramiro,
dijendo que los villanos
con el roido bollían
soberbiosos e alterados,
e que a non le guarir vos,
fincara muerto a sus manos.
Sin departir ende ál,
sobieron en sus caballos
amos a dos, e en el bosque
a más andar se alongaron.
De esta guisa aconteció.
Con su preito ha asegurado
non vos empecer Alfonso;
pero si vos, sin embargo,
non tenedes seguridad,
idvos con el rey don Sancho,
pues vos endonar promete

en la su tierra un buen algo;
que maguer que la palabra
obliga a los reyes tanto,
como nin venganza cabe,
nin afrenta en ser tan alto,
pues non ye cosa que pueda
oscurar al sol los rayos,
sandio, Rodrigo, seredes
en atender confiado,
nin la fe de un ofendido
nin la piedad de un contrario.

RODRIGO: Tus consejos y tu amor
me obligan, Jimena, tanto,
cuanto me alegra que Alfonso
haya tu error perdonado.
Mas ¿dijístele que estaba
en Valmadrigal don Sancho?

JIMENA: Non, Rodrigo; que los cielos
más sesuda me guisaron.
Non semejo fembra yo,
e me mandaste callarlo.

RODRIGO: Por conocerte, de ti,
Jimena, no me recato.
Mas de Leonor, ¿qué me dices?
¿Está triste? ¿Han eclipsado
las nubes de mis desgracias
de sus dos ojos los rayos?

JIMENA: Maguer que el su amor cobija
en vuesa presencia tanto,
non fallece de plañir
su lacería e vuestos daños
agora que vos non ve.

RODRIGO: ¡Ay mi Leonor! Si los hados
se oponen a mis deseos,
¿cómo podré contrastarlos?

JIMENA: Escochar quiero otrosí,
Villagómez, vuestros casos.

RODRIGO, Ya viene el Conde Melendo
y también querrá escucharlos.

Sale el CONDE

CONDE: ¡Rodrigo! Bien puede un día
de ausencia pedir los brazos.

RODRIGO: Sólo por gozar los vuestros
a lo que veis me he arriesgado.

CONDE: Supuesto que de Jimena
he sabido los agravios
que intentó haceros el rey,

y cómo para libraros
ella con él se abrazó
atrevida, y vos sacando
contra Ramiro la espada
os defendistes, aguardo,
Rodrigo, que me informéis
de lo restante del caso.

RODRIGO: Ramiro esgrimió el acero
con ánimo tan bizarro y
con tan valiente brío,
que no suenan de Vulcano
los martillos más apriesa
que los golpes de su brazo.
Es verdad que yo intentaba
defenderme, no matarlo;
que respetaba en su pecho
a Alfonso, cuyo mandato
era mano de su espada,
como de su vida amparo.
Nunca las valientes lanzas
de escuadrones africanos
el rostro pálido y feo
de la muerte me enseñaron,
y la vi en la fuerte espada
de Ramiro, o por ser tanto
su valor, o porque yo
en ella miraba un rayo,
como es Júpiter el rey,
por su mano fulminado.
Al fin, como el bosque
espeso parece que procurando
ponernos en paz, formaba
a nuestros golpes reparos,
poniendo en medio a las dos
espadas troncos y ramos,
y nuestros agudos filos,
sin advertir en su daño,
sus árboles despojaban
de los adornos de mayo,
querelloso estremecía
los montes y valles, dando
con cada ramo un gemido,
si con cada golpe un árbol.
O la fama o el estruendo
convocó de los villanos
un ejército sin orden;
y como precipitado
con la venida el arroyo
a quien la lluvia en verano
da con el caudal soberbia,

con que presas rompe, campos
inunda, troncos arranca,
lleva de encuentros peñascos,
no de otra suerte la turba
de mis furiosos vasallos
penetró el bosque, rompiendo
los jarales intrincados;
y cual la rabiosa tigre
en los desiertos hircanos
embiste a quien le pretende
quitar el pequeño parto,
así en favor y en venganza
de su dueño se arrojaron
a dar la muerte a Ramiro
todos juntos los villanos.
Mas yo, que sólo atendía
a librarme del rey, dando
evidencias del respeto
y la lealtad que le guardo,
en defensa de Ramiro
el acero vuelvo, y hago
escudo suyo mi pecho,
y mi vida su sagrado,
y no más fácil serena
las tempestades el arco
que de cambiantes colores
la frente corona al austro,
que ya el amor, ya el temor
que me tienen mis vasallos,
de su embravecida furia
reprimió el ardiente brazo.
Yo, vuelto a Ramiro entonces,
le dije, "Bien he mostrado
que ha sido el intento
mío defenderme, no mataros.
Volved a buscar al rey,
y haced, Ramiro, a su lado,
el oficio que yo al vuestro
hice con vuestros contrarios;
que terciar yo en los conciertos
de Elvira y el rey don Sancho
ni es de su respeto injuria
ni de su amor es agravio,
pues antes hiciera ofensa
a su grandeza, si cuando
de olvidar a doña Elvira
su real palabra ha dado,
governase por su amor
mis acciones, pues mostrando
de su fe desconfianza

le hiciera notorio agravio."
Él me respondió, "Rodrigo,
su enojo causó un engaño,
con equívocas razones
que os escuchó, acreditado;
que entendió que para vos,
y no para el rey Navarro,
de la hermosa doña Elvira
conquistábades la mano.
Mas fiad; que pues a un tiempo
en vos, Villagómez, hallo
obligación para mí,
y para el rey desengaño,
han de mostrar mis finezas
que no puede hacer ingratos
la competencia ambiciosa
los corazones hidalgos."
Dijo, y partióse Ramiro;
pero yo, considerando
qué es necia la confianza,
y que es prudente el recato,
me determiné a ocultarme,
hasta que el tiempo o los casos
aplaque del rey la ira.
Y para este fin, trocando
con un villano el vestido,
a las fieras y peñascos
de la montaña pedí
de mis desdichas amparo;
y agora en la oscuridad
y en el disfraz confiado
atropellé mi deseo
los peligros, por hablaros.
Conde amigo, aconsejadme,
cuando padecen naufragio
mis pensamientos confusos
de vientos tan encontrados;
que si resuelvo pasarme
fugitivo a reino extraño,
el mostrarme temeroso
es confesarme culpado;
y ni la amistad permite
en esta ocasión dejaros,
ni ausentarme de Leonor
el deseo de su mano;
y si en las tierras de Alfonso
su resolución aguardo,
es mi rey, tiene poder,
es mozo y está enojado.

CONDE: Villagómez, yo no puedo

por agora aconsejaros;
que estoy también de consejo,
como vos, necesitado;
pues porque esté más confuso,
presumo que el rey don Sancho,
por los indicios, de Alfonso
el amor ha sospechado.
Y así, resuelvo, Rodrigo,
dejar hoy de ser vasallo
de Alfonso, según los fueros
en este reino guardados,
por poder hacerle, uniendo
mi poder al del Navarro,
o sin deslealtad la guerra,
o la paz con desagravio.
Y así, lo más conveniente
es que aguardéis retirado
a que os dé mejor consejo
lo que resulte del caso.
Fuera que de estos sucesos
el reino murmura tanto
que espero que brevemente
el rey, para sosegarlo,
a su gracia ha de volveros.
Y con esto, retiraos,
que ya la rosada aurora
anuncia del sol los rayos;
y para que no arriesguéis
vuestra persona, bajando
vos al lugar, decid dónde,
cuando importe, podré hallaros.

RODRIGO: En la parte donde tiene
principio en duros peñascos
la fuente que entre los olmos
baja al valle.

JIMENA: Yo he pisado
mil vegadas esas peñas.

CONDE: Adiós, pues.

JIMENA: A acompañaros
iré con mandado vuestro,
hasta vos poner en salvo.

***Vanse el CONDE, don RODRIGO y JIMENA. Salen don
RAMIRO y CUARESMA***

RAMIRO: ¿Cómo siendo tan cobarde
has tenido atrevimiento
para ponerte a mis ojos?

CUARESMA: ¿Engañéte yo? ¿Qué es esto?

¿Dijete que era valiente?
¿Derramé juncia y poleo?
¿Dos mil veces no te he dicho
que al lado ciño el acero
sólo por bien parecer,
y que soy el mismo miedo?
¡Aquí de Dios! ¿En qué engaña
quien desengaña con tiempo?
Culpa a un bravo bigotudo
rostriamargo, hombritüerto,
que en sacando la de Juanes
toma las de Villadiego;
culpa a un viejo avellanado
tan verde, que al mismo tiempo
que está aforrado de martas
anda haciendo Madalenos;
culpa al que de sus vecinos
se querella, no advirtiendo
que nunca los tiene malos
el que los merece buenos;
culpa a un rüin con oficio,
que con el poder soberbio,
es un gigantón del Corpus,
que lleva un pícaro dentro;
culpa al que siempre se queja
de que es envidiado, siendo
envidioso universal
de los aplausos ajenos;
culpa a un avariento rico,
pobre con mucho dinero,
pues es tenerlo y no usarlo
lo mismo que no tenerlo;
culpa a aquel que, de su alma
olvidando los defetos,
graceja con apodar
los que otro tiene en el cuerpo;
culpa, al fin, cuantos engañan;
y no a mi, que ni te miento
ni te engaño, pues conformo
con las palabras los hechos.

RAMIRO: Basta: bien te has disculpado;
convénceme el argumento;
mas admirame que falte
valor a quien sobra ingenio.

CUARESMA: Dios no lo da todo a uno;
que piadoso y justiciero,
con divina providencia
dispone el repartimiento.
Al que le plugo de dar
mal cuerpo, dio sufrimiento

para llevar cuerdamente
los apodos de los necios;
al que le dio cuerpo grande,
le dio corto entendimiento;
hace malquisto al dichoso,
hace al rico majadero.
Próvida Naturaleza,
nubes congela en el viento,
y repartiendo sus lluvias,
riega el árbol más pequeño.
No en sólo un Oriente nace
el Sol; que en giros diversos
su luz comunica a todos;
y según están dispuestos
los terrenos, así engendra
perlas en Oriente, encienso
en Arabia, en Libia, sierpes,
en las Canarias camellos;
da seda a los granadinos,
a los vizcaínos, hierro,
a los valencianos, fruta,
y nabos a los gallegos;
así reparte sus dones
por su proporción el Cielo;
que a los demás agraviara
dándolo todo a uno mismo.
Mostróle a Cristo el demonio
del mundo todos los reinos,
y dijole, "Si me adoras,
todo cuanto ves te ofrezco."
¡Todo a uno! Propio don
de diablo, dijo un discreto;
que a Dios, porque los reparte,
oponerse quiso en esto.
Sólo ingenio me dio a mí;
pues en las cosas de ingenio
te sirve de mí, y de otros
en las que piden esfuerzo;
pues un caballo se estima
no más que por el paseo,
porque habla un papagayo
y un mono porque hace gestos.

RAMIRO: Bien has dicho. Mas el rey
es éste.

CUARESMA: Escurrirme quiero,
que sin valor es indigno
de su presencia el ingenio.

Vase. Sale el REY, doblando un papel

REY: Ramiro...

RAMIRO: Señor...

REY: León

contra mí, según he sido
informado, da atrevido
rienda a la murmuración;
que en mi gracia lleva mal
de Rodrigo la mudanza,
que por sus partes alcanza
aplauso tan general.

Y puesto que fue engañosa
la sospecha vuestra y mía,
pues a Elvira pretendía
hacer del Navarro esposa,
y que en su abono responde
que se atrevió, confiado
en la palabra que he dado
de olvidar mi amor, al Conde,
la ocasión quiero evitar
que me malquisto, y hacer
que el reino le vuelva a ver
gozando el mismo lugar
a mi lado que solía.
Mas no por esto penséis
que vos en mi...

RAMIRO: No paséis
adelante, que sería

tan ingrato a la nobleza
de Villagómez, señor,
cuanto indigno del favor
que me hace vuestra alteza,
si de esa justa intención,
que tanto llega a importaros,
procurase yo apartaros
por celos de la ambición;
fuera de que yo confío
de su condición hidalga,
que el favor suyo me valga
para conservar el mío;
que aunque es mi competidor
en amor, más ha podido
en mi pecho agradecido
la obligación que el amor;
y así, no me habéis ganado
por la mano en ese intento,
que si ocultó el pensamiento
fue por veros enojado.

REY: Agora si sois mi amigo
y digno favor os doy

que, aunque no del todo, estoy
aplacado con Rodrigo.

Vuestro buen celo mostráis;
y así, de este intento os quiero
hacer a vos el tercero;
y para que le podáis
obligar, si teme en vano
mi rigor, a que se parta
seguro a verme, esa carta
le llevaréis de mi mano;
y partid luego a buscarle.

Dale una carta

RAMIRO: Si del reino se ha ausentado
temeroso, mi cuidado
con alas ha de alcanzarle.

Vase don RAMIRO

REY: Al fin es forzosa ley,
por conservar la opinión,
vencer de su corazón
los sentimientos el rey.

Salen el CONDE, don MENDO y OTRO

CONDE: Aquí está el rey.

MENDO: Justo ha sido
hasta aquí el acompañaros,
y agora lo es el dejaros,
que a negocio habréis venido.

CONDE: No os vais; que pide testigos
lo que tratarle pretendo.

MENDO: Pues aquí tenéis, Melendo,
para serlo, dos amigos.

CONDE: Vuestra alteza, gran señor,
me dé los pies.

REY: Conde, alzado.

CONDE: Hasta alcanzar un favor,
si le merece el amor
con que a vuestra majestad
he servido, no mandéis
que del suelo me levante.

REY: La confianza ofendéis
que a mi estimación debéis

con prevención semejante.

CONDE: Sólo quiero suplicaros
que del negocio a que vengo
me prometáis no indignaros.

REY: (¡Ay, Elvira! Ya prevengo **Aparte**
mi desdicha.) Declararos
podéis; que sois tan discreto
y tan sabio en mi opinión,
que seguro lo prometo,
pues cosa contra razón
no cabe en vuestro sujeto.

CONDE: Yo os lo aseguro; y así
Alfonso, fiado en eso,
por mis hijos y por mí
la mano real os beso...

Bésale la mano

Y de vos, rey, desde aquí
nos despedimos, y ya
no somos vuestros vasallos,
según asentado está
por los fueros.

Levántase y cúbrese

REY: El guardallos
forzoso, Conde, será;
pero...

CONDE: Promesa habéis hecho
de no indignaros. La furia
reprima el ardiente pecho,
supuesto que a nadie injuria
quien usa de su derecho.

REY: Melendo, no receléis
que no os cumpla la promesa,
pues no pierdo en lo que hacéis
nada yo, y sólo me pesa
de ver que desobliguéis
mi amor con tal desvarío,
pues ya tengo de trataros
como a extraño, y yo confío
que algún tiempo ha de pesaros
de no ser vasallo mio.

Vase el REY

CONDE: (Defienda yo la opinión **Aparte**
de mi hija, a quien procura
infamar vuestra afición,
que Navarra me asegura
si me amenaza León.)

*Vanse el CONDE, don MENDO y el OTRO. Salen
doña LEONOR y doña ELVIRA*

ELVIRA: Yo no puedo más, Leonor;
ya me falta la paciencia.
Humana es mi resistencia,
divino el poder de amor.
Ya que habemos de partir
a Navarra, de León,
por última citación
me pretendo despedir
de Alfonso; y ya que su alteza
me niegue la mano, el pecho
parta al menos satisfecho
de que supo mi firmeza.

LEONOR: Ni de tu resolución
ni de tu pena me admiro;
mas aquí viene Ramiro.

ELVIRA: Gozar quiero la ocasión.

Sale don RAMIRO

RAMIRO: Elvira y Leonor hermosas,
porque sé que han de agradaros
las nuevas que vengo a daros,
para todos venturosas,
no aguardó vuestra licencia.
Alfonso, ya de Rodrigo
más satisfecho y amigo,
sufrir no puede su ausencia,
Y con seguro a llamarle
de parte suya me envía;
y así, de las dos querría
saber dónde podré hallarle.

LEONOR: Aunque en sangre generosa
no puede caber cautela,
perdonad si se recela
quien aguarda ser su esposa,
de que tracéis sus agravios.

RAMIRO: (Mostró su amor. Selle el mío, **Aparte**
pues del favor desconfío,
en esta ocasión los labios.)

Si de mí no os confiáis,
con esta firma del rey,

Muestra la carta

que tiene fuerza de ley,
es bien que el temor perdáis;
y de mí, Leonor, podéis,
pues lo ofrezco, aseguraros;
que me va en no disgustaros
más de lo que vos sabéis.

ELVIRA: No hacerlo fuera agraviar
tan hidalgo y noble pecho.
Jimena, según sospecho,
hermana, sabe el lugar
donde se oculta Rodrigo.
Hazla llamar.

LEONOR: La fe mía
en la vuestra se confía.

RAMIRO: Yo soy noble y soy su amigo.

Vase doña LEONOR

ELVIRA: Ramiro, la brevedad
del tiempo y de la ocasión
no permite dilación.
Decidle a su majestad
que pienso que mi partida
a Navarra se apresura,
y que mi pecho procura
mostrarle por despedida
las verdades de mi amor,
aliviando mis enojos
con publicar a sus ojos
con mi llanto mi dolor;
y así, por favor le pido
que venga a verme.

RAMIRO: Señora,
señaladle puesto y hora;
que por veros, persuadido
estoy que no ha de enfrenarle
el mayor inconveniente.

ELVIRA: Mañana junto a la fuente
del bosque saldré a esperarle
con mi hermana, al declinar
del sol, pues nos asegura
la soledad, la espesura

y distancia del lugar.
RAMIRO: Quede así.

Salen doña LEONOR y JIMENA

LEONOR: Jimena os va,
 Ramiro, a servir de guía.

JIMENA: En vuesa medida fía
 mi fe; e catad que non ha
 mi pecho pavor de engaño,
 nin barata; e non cuidedes
 que vivo a León tornedes
 en asmando facer daño
 a Rodrigo.

RAMIRO: Confiada
 ven de mí... Y dadme las dos
 licencia.

ELVIRA: Yo estoy de vos
 satisfecha.

LEONOR: Yo obligada.

Vase don RAMIRO

JIMENA: ¡Lijosos los fados vuestos
 si atendedes a engañar!
 Que yo vos cuido astragar
 de una puñada los huesos.

Vase JIMENA

ELVIRA: ¿Qué dices de esta mudanza
 del rey?

LEONOR: Que ha echado de ver
 que a Rodrigo ha menester
 mucho más que él su privanza.

ELVIRA: Mañana mi amor dudoso
 su verdad ha de probar;
 que se ha de determinar
 a perderme o ser mi esposo.

LEONOR: Pues ¿dónde piensas hablalle?

ELVIRA: Ramiro es el mensajero
 de que en la fuente le espero
 que baja del bosque al valle.

LEONOR: ¿No temes su ceguedad,
 si se ve solo contigo?

ELVIRA: Tú, Leonor, irás conmigo,
 y por más seguridad,

irá Jimena también.

LEONOR: A mucho te obliga amor.

ELVIRA: O ha de vencerle el favor,
o castigarle el desdén.

Vanse doña ELVIRA y doña LEONOR.

Salen el REY y CUARESMA

REY: ¿Cómo, Cuaresma, no fuiste
con Ramiro a esta jornada?

CUARESMA: De aquella ocasión pesada
que en Valmadrigo tuviste
con Rodrigo, precedió
no seguirle en esta ausencia.

REY: ¿Cómo?

CUARESMA: Anduve en la pendencia
como un cristiano debió,
porque viéndome apretado
de Rodrigo, fui a buscar
un clérigo en el lugar
para morir confesado,
y ha dado en quererme mal.

REY: Tu temor lo ha merecido.

CUARESMA: Pues ¿qué loco no ha temido
viviendo en carne mortal?

REY: El noble nunca temió.

CUARESMA: Por la experiencia averiguo
que es eso hablar a lo antiguo;
que noble conozco yo,
infante de Carrión,
bravo sólo con mujeres.
Mas supuesto que tú eres
el más noble de León,
te probaré que aun a ti
no ha perdonado el temor.
¿Nunca a una vela, señor,
quitaste el pabito?

REY: Sí.

CUARESMA: Luego es fuerza confesar
que a tener miedo has llegado;
que nadie ha despabilado
que no temiese apagar.

REY: ¡Qué desatino!

CUARESMA: Pregunto.
¿Nunca medias te pusiste?
Y, aunque eres rey, ¿no temiste
hallarles suelto algún punto?
¿Nunca la amorosa llama
te tocó?

REY: Y aun me abrasó.
CUARESMA: Pues ¿qué amante no temió
hallar con otro su dama?
Pero Villagómez es
quien con Ramiro ha llegado.

Salen don RAMIRO y don RODRIGO

RAMIRO: A cumplir lo que has mandado,
humilde llega a tus pies
Rodrigo.

REY: La diligencia
te agradezco.

RODRIGO: Dad, señor,
la mano a quien el favor
de gozar vuestra presencia
ha podido merecer.

REY: Puesto que os habrá informado
Ramiro de que, engañado,
tal exceso pude hacer,
os doy los brazos y el pecho.

RODRIGO: Previendo yo que haría
el desengaño algún día
el efeto que hoy ha hecho,
me defendí del violento
furor que intentó mi daño,
que fue, advirtiendo el engaño,
servicio, y no atrevimiento.
La obediencia lo ha probado,
y humildad con que he rendido
a vuestros pies he venido,
en viéndoos desengañado.

REY: Satisfecho estoy, Rodrigo;
y así quiero que a ocupar
volváis el alto lugar
que habéis gozado conmigo.

RODRIGO: Por tu gran merced, señor,
los pies os vuelvo a pedir,
si bien no puedo admitir
en todo vuestro favor.
Vuestra gracia es la ventura
que estimo haber alcanzado;
mas volver escarmentado
a la privanza, es locura;
que aquel a quien fulminó
de Jove la airada mano
con las armas que Vulcano
en sus fraguas fabricó,
tales temores y enojos

concibe que, prevenido,
al trueno cierra el oído,
y al relámpago los ojos.
Villamet, Valmadrigal,
Santa Cristina y la tierra
que en las faldas de la sierra
bebe liquido cristal,
me dan vasallos, riqueza,
poder y antiguos blasones
con que honrarme, y los pendones
ensalzar de vuestra alteza
cuando serviros importe,
sin mendigar más aumentos,
expuesto a los escarmientos
y mudanzas de la corte;
y así, con vuestra licencia,
me vuelvo a Valmadrigal.

REY: Aunque sé que me está mal,
Villagómez, vuestra ausencia,
la permito, porque entiendo
que aún tenéis de mis enojos
el sentimiento a los ojos;
y así, yo también pretendo
que el tiempo vaya entregando
vuestras quejas al olvido.
Mas en cambio de esto, os pido
una cosa, y dos os mando.
Que del reino no salgáis,
y a veros vengáis conmigo
muchas veces, son, Rodrigo,
las que os mando; y que impedáis
que se ausente de León
Melendo, os pido; advirtiéndolo
que no ha de saber Melendo
que os he dado esta intención.

RODRIGO: Yo, como leal vasallo,
en cuanto a mí, os obedezco;
en cuanto al conde, os ofrezco
intentarlo, no alcanzallo.

Vase don RODRIGO

REY: ¿Qué te parece?
RAMIRO: Que está
de tu indignación sentido,
y por eso ha resistido;
mas el tiempo aplacará
sus quejas.

REY: Porque consigo

el fin así que intenté
--pues si la corte le ve
algunas veces conmigo,
cesa la murmuración
de mi mudanza y su ausencia--
no hice más resistencia
al partirse de León.

RAMIRO: Que se partiese de ti
deseaba yo, por darte
una embajada de parte
de Elvira.

REY: Ramiro, di,
di presto; que no hay paciencia
donde hay amor.

RAMIRO: Hoy te aguarda
para hablarte.

REY: Un siglo tarda
cada instante de su ausencia.
Partir luego determino
disfrazado.

RAMIRO: Bien harás.
Vamos, pues, que lo demás
me dirás en el camino.

CUARESMA: ¿Tengo yo de acompañar
a los dos?

REY: Cuaresma, si.

CUARESMA: Pues advierto desde aquí
que no voy a pelear.

*Vanse el REY, don RAMIRO y CUARESMA. Salen
doña ELVIRA, doña LEONOR y JIMENA*

ELVIRA: Por una parte, esperanzas;
por otra, Leonor, temores,
me acobardan y me animan
con afectos desconformes.

LEONOR: Cerca está el plazo si Alfonso,
como debe, corresponde
a la obligación, Elvira,
que en quererle hablar le pones.

ELVIRA: Escucha, amiga Jimena.

*Hablan bajo. Salen don SANCHO y su criado
FORTÚN, desde el paño*

SANCHO: Mis celos y mis pasiones
me traen siguiendo sus pasos
por la espesura del bosque,

por ver si alguna ocasión
la soledad me dispone
en que ver mis desengaños
o conquistar sus favores.

ELVIRA: Con este fin te he traído
conmigo.

JIMENA: Alfonso perdone;
que facer su barragana
a una infanzona tan noble
non ye hacienda de rey.

ELVIRA: Si intentara algún desorden,
en tu defensa confío.

JIMENA: Yo faré lo que me toque.
Mas a la fe, doña Elvira,
rehurtid vos sus amores;
que con dueña que reprocha,
non ha facimiento el home.

SANCHO: Confirmóse mi sospecha;
que según estas razones,
esperan a Alfonso aquí;
y, ¡vive Dios, si nos pone
solos a los dos la suerte
en el campo de este bosque,
que ha de ser nuestra estacada!
Parte volando, y al conde
llama, Fortún, de mi parte,
y dile que a Villagómez
traiga consigo, si acaso
ha vuelto ya de la corte.

FORTÚN: ¿Diréle lo que recelas?

SANCHO: Sí, Fortún; dile que corre
riesgo su honor.

FORTÚN: Hoy se encuentran
las barras y los leones.

Vase FORTÚN. Salen el REY, don RAMIRO y

CUARESMA, de labradores

REY: Con ellas está Jimena.

CUARESMA: A mí me toca.

REY: Disponte,
si pretendiere impedir
de los dos las intenciones,
o a detenerla con fuerzas
o a engañara con amores.

CUARESMA: ¡Triste yo! No sé cuál es
más fácil de esas facciones.
¿Un monstruo quieres que venza,
o que una vieja enamore?

ELVIRA: Éste es el rey.
REY: ¡Bella Elvira!
ELVIRA: ¡Rey y señor!...

Apártase cada uno con la que le toca

REY: Los temores
de tu ausencia me han traído
con alas desde la corte.

ELVIRA: En la tardanza hay peligro.
Escucha las ocasiones
de mi pena.

RAMIRO: Ya el silencio,
Leonor, los candados rompe.
Óyeme sin enojarte,
si el poder de amor conoces.

CUARESMA: Jimena, ¡válgame Dios,
qué linda estás! ¿Qué te pones,
que al rubio de Dafne amante
desafías a esplendores?

JIMENA: Callad, juglar, en mal hora;
que si un ramo tiro a un robre,
de vuestas chocarrerías
faredes que enmienda tome.

CUARESMA: Sin duda que te ha cansado
lo oculto de mis razones;
que entendimientos vulgares
es forzoso que lo ignoren,
e ignorándolo lo culpen
y jerigonza lo nombren;
mas yo te hablaré en tu lengua.

ELVIRA: Y pues don Sancho me escoge
para reina de Navarra,
es bien que o tu mano estorbe
mi ausencia, o tu desengaño
dé fin a mis confusiones.
Aquí te has de resolver
a que te pierda o te cobre,
que éste es el último plazo.

REY: ¡Ay de mí!

ELVIRA: ¿Dudas? Responde.

REY: ¿Qué he de responderte, Elvira,
si las capitulaciones
hechas con la castellana
quiere mi suerte que estorben
darte la mano, y mi amor
sentirá menos el golpe
de mi muerte que tu ausencia?

ELVIRA: Pues la castellana goce

vuestra alteza muchos años,
y Navarra me corone.

Quiere irse doña ELVIRA

REY: Eso no. Detente.
ELVIRA: Suelta.
REY: Perdona; que pues conoces
que tu amor me tiene ciego,
y en esta ocasión me pones,
he de llevarte a León
y gozar de tus favores;
y vengan luego a vengarte
el rey don Sancho y el conde.
RAMIRO: Perdona, Leonor.
CUARESMA: Jimena,
perdona.

Cada uno se abraza con la suya para llevarla

SANCHO: Alfonso, este bosque,
de tu sangre escrito, al mundo
publique tus sinrazones.

Sacan las espadas y acuchíllanse

REY: ¡Al rey de León te atreves!
SANCHO: Yo soy tu igual. ¿No conoces
al rey de Navarra?

Salen el CONDE, don BERMUDO y RODRIGO, sacando las espadas

CONDE: Alfonso,
ya no es tu vasallo el conde.
Pues la palabra real
tan injustamente rompes,
con tu mano o con tu vida
mi honor es fuerza que cobre.
RODRIGO: Eso no, mientras viviere
Rodrigo de Villagómez.

Pónese don RODRIGO al lado del REY

CONDE: ¡Ah, Rodrigo!

RODRIGO: No hay ofensas,
no hay amistades ni amores
que en tocando a la lealtad
no olviden los pechos nobles.

CUARESMA: Temblando estoy.

JIMENA: Endonadme,
dueña, esta espada. Vos, Conde,

***Quita JIMENA la espada a CUARESMA y pónese
delante del REY, defendiéndole de don SANCHO y el CONDE***

e vos, don Sancho, arredraos;
Porque Jimena non sofre
que en contra de su rey cuide
orgullecer ningún home.
Guardad vuesas nobres vidas.
Rey Alfonso e Villagómez;
que mi valor sobejano
fará tremer estos montes.

Acuchíllanse

CUARESMA: ¡Ah, machorra!

ELVIRA: Ten, Jimena.

JIMENA: Si son don Sancho e el Conde

Porfiosos, perdonad.

Poniéndose en medio doña ELVIRA

ELVIRA: Tened, por Dios; que en los nobles
no han de tener más imperio
las armas que las razones.
¿Por qué pretendéis, Alfonso,
con exceso tan enorme
perder el nombre de rey,
cobrar de bárbaro el nombre?
Si han de coronar la infanta
de Castilla tus leones,
¿por qué impides que el Navarro
la de Galicia corone?
Una para esposa eliges
y otra para dama escoges.
¿Eres cristiano? ¿Eres rey?
¿Eres noble... o eres hombre?
Por un intento que nunca
has de alcanzar, pues conoces

que no puede en mí la muerte
más que mis obligaciones,
¡el suelo y el cielo ofendes!
Vuelve en ti, rey; corresponde
a quien eres, y a ti mismo
te vence, pues eres noble;
o mueve el luciente acero
contra mí, si te dispones
a impedir que de mi mano
el rey de Navarra goce;
que yo se la doy. Yo soy
quien te ofende; que no el conde
mi padre, ni el rey don Sancho.
Dadme la mano...

CUARESMA: Arrojóse.

REY: Tente, Elvira; que mis celos,
aunque perdiese del orbe
la monarquía, no sufren
que a mis ojos te desposes
con otro; y porque no pueda
quejarse tu padre el conde
de mi palabra rompida,
dame la mano, y perdone
la infanta doña Mayor,
y el rey de Navarra logre
con ella sus pensamientos.

SANCHO: Don Sancho, Alfonso, responde
que es admitirlo forzoso.

CONDE: Falta que a mí me perdones.

REY: Llegad, Melendo, a mis brazos;
que disculpados errores
son los que causa el honor.

ELVIRA: Permitid que a Villagómez
le dé la mano mi hermana.

RAMIRO: Tu promesa no lo estorbe,
señor; que no quiero esposa
que ajenas prendas adore.

REY: Dadle la mano, Rodrigo;
y porque del todo os honre,
y quede memoria y fama
de Jimena, y de que ponen
a los pechos que los crían
tal valor los Villagómez,
ella y cuantas merecieron
dar a los infantes nobles
de vuestro linaje el pecho,
de hoy en adelante gocen
privilegio de nobleza,
para que el mundo los nombre
"los pechos privilegiados".

JIMENA: Nunca los vuestros loores
la fama fallecerá.

RODRIGO: Aún hoy cuenta en sus blasones,
senado, ese privilegio
la casa de Villagómez.
Y esta verdadera historia
dé fin aquí, y sus errores
suplica humilde el autor
que el auditorio perdone.

Fin de la comedia

Mudarse Por Mejorarse

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Personas que hablan en ella:

- **Don GARCÍA, galán**
- **El MARQUÉS, galán**
- **Don FÉLIX, galán**
- **OTAVIO, galán**
- **Doña LEONOR, dama**
- **MENCÍA, criada**
- **REDONDO, gracioso**
- **RICARDO, gracioso**
- **FIGUEROA, escudero**
- **Un CRIADO**
- **CLARA, viuda**
- **Dos MOZOS de silla**

ACTO PRIMERO

Salen don GARCÍA y don FÉLIX

FÉLIX: ¿Llegó la sobrina en fin?

GARCÍA: En fin llegó la sobrina,
llegó una mujer divina,
un humano serafín.

FÉLIX: ¿Mas que hay nuevos sentimientos?

GARCÍA: Apenas, Félix, la vi,
cuando posesión le di
de todos mis pensamientos.

FÉLIX: ¿Y la tía? ¿Qué? ¿Hay mudanza?

GARCÍA: Su justo castigo tiene.
Quien el daño no previene,
acuse su confianza.

De sí mismo esté quejoso,
cuando vierta sangre herido,
quien la espada inadvertido
puso en manos del furioso.

Si ser amada procura
Clara, si por mí se abrasa,
¿para qué trajo a su casa
tan soberana hermosura?

Si en la noche tenebrosa
sola en el cielo Dïana
sus cabellos tiende ufana,
parece su luz hermosa;
mas luego que resplandece
del sol el claro arrebol,
entre los rayos del sol
sepultada se obscurece.

Antes de ver a Leonor,
confieso que de su tía
daba luz al alma mía
el divino resplandor;
mas, Félix, después de vella,
Clara me ha de perdonar;
que era locura dejar
tanto sol por una estrella.

FÉLIX: ¿No es hermosa doña Clara?

GARCÍA: ¿Nunca la vistes?

FÉLIX: Jamás.

GARCÍA: A no serlo Leonor más,
el cetro sola gozará.

FÉLIX: ¡Infamaremos después

de mudables las mujeres!

GARCÍA: El mudar los pareceres
con causa, de sabios es.

La mudanza es liviandad
cuando, sin nuevo accidente,
le da causa solamente
la propia facilidad.

FÉLIX: Y al fin, ¿en qué estado está
el recién nacido amor?

GARCÍA: Aun no le he dicho a Leonor
el cuidado que me da;
aunque si bastó el hablalla
con las lenguas de los ojos,
bien le dije mis enojos
con el modo de miralla.

Y si no es que me engañó
la fuerza de mi deseo,
según me miró, yo creo
que mi cuidado entendió

FÉLIX: Tarde remediar podréis
ese fuego que os abrasa,
puesto que dentro de casa
el enemigo tenéis;
que habiendo de estar al lado
de doña Clara, Leonor,
¿cuándo podrá vuestro amor
dalle a entender su cuidado?

Y ya que para decir
vuestra pena halléis lugar,
¿cómo la habéis de obligar?
¿Cuándo la habéis de servir?
¿No os ha de entender su tía
la más oculta cautela,
si enamorada recela,
y si recelosa espía?

GARCÍA: El ánimo no me quita
la dificultad mayor;
que un determinado amor
imposibles facilita.

¡Ojalá Leonor me quiera!
Que si mi afición la obliga
la misma nuestra enemiga
ha de ser nuestra tercera;
que si Clara con su amor
me da licencia de vella,
será el visitarla a ella
medio de ver a Leonor.

Y es forzoso que suceda,
o por arte o por fortuna,
que de mil veces, alguna

a solas hablarla pueda.

Y vos me habéis de ayudar
en una traza que intento.

FÉLIX: Ley es vuestro pensamiento
que me obligo a ejecutar.

GARCÍA: A Clara habéis de servir.

FÉLIX: ¿Para qué fin?

GARCÍA: De mi amor
con tan gran competidor
la pretendo divertir;
que repartida y atenta
a diversas aficiones,
me dará más ocasiones
de hablar a quien me atormenta;
que son ardidés de Marte
divertir y enflaquecer
al contrario, con hacer
darle guerra de otra parte.

FÉLIX: Sutil imaginación;
mas poco importante agora,
porque si Clara os adora,
¿qué sirve mi pretensión?

GARCÍA: Félix, cuando no mudéis
su pensamiento amoroso,
por lo menos, ¿no es forzoso
que a resistir la obliquéis?

FÉLIX: Sí.

GARCÍA: Pues mi intento consigo;
porque puesta entre los dos,
mientras riñere con vos,
dejará de hablar conmigo,
y yo entre tanto podré
hablar a mi prenda cara.
Demás de que viendo Clara
que me guardáis poca fe,
a trueco de que no advierta
yo a lo que los dos habláis,
mientras de amor la tratáis,
se holgará que me divierta,
hablando a doña Leonor.

FÉLIX: Trocará un daño a otro daño.

GARCÍA: Y para dar a este engaño
mayor fuerza y más valor,
fingiréis...

***Hablan en secreto. Sale REDONDO y habla a don
GARCÍA***

REDONDO: Si la ocasión

nunca vuelve que se pasa,
señor, sola quede en casa
el dueño de tu afición;
que en este punto su tía
en su coche sola fue.

GARCÍA: Félix, después os veré.

FÉLIX: Yo os buscaré, don García.

Vanse. Salen doña LEONOR y MENCÍA

LEONOR: Dime lo que te ha pasado
con el criado, Mencía.

MENCÍA: Memorias de don García
pienso que te dan cuidado.

LEONOR: Si he de decirte verdad,
este cuidado que ves,
aún no determino si es
amor o curiosidad;
que es cuidado sólo sé.

Di. ¿Qué te ha dicho, Mencía?

MENCÍA: De su dueño y de tu tía
toda la plática fue.

Contóme que su señor,
de tu tía enamorado...

LEONOR: Detente; que mi cuidado
ya conozco que es amor.

MENCÍA: Pues ¿en qué?

LEONOR: Apenas de ti
escuché que de mi tía
es amante don García,
cuando en el alma sentí
un envidioso dolor
y una celosa fatiga.

Y los celos son, amiga,
humo del fuego de amor.

MENCÍA: De esa suerte, el desengaño
será provechoso agora,
porque al principio, señora,
mejor se remedia el daño.

LEONOR: Prosigue pues.

MENCÍA: Todo para,
porque abrevie tu dolor,
en que se tienen amor
don García y doña Clara.

LEONOR: ¡Mal haya!...

MENCÍA: Señora mía,
¿es ésta tu condición?
Tu indomable corazón,
¿es el mismo que solía?

LEONOR: Déjame.
MENCÍA: Todo se muda.
En un punto te agradó,
y otro en muchos años no.
Más vale a quien Dios ayuda.
Mas, señora, don García.

Salen don GARCÍA y REDONDO

GARCÍA: La criada me entretén.
REDONDO: ¡Ojalá estribe tu bien
en deslumbrar a Mencía!
GARCÍA: Si es cierto que el mal o el bien
al rostro sale, señora,
excusado será agora,
cuando en vos mis ojos ven
tanta hermosura, pediros
que de decirme os sirváis
¿Cómo en la corte os halláis?
LEONOR: Buena estoy para serviros.
Mas, señor...

Don GARCÍA y doña LEONOR hablan aparte

REDONDO: Oye, Mencía.
¿Qué te parece Madrid?
LEONOR: Perdonadme, y advertid
que no está en casa mi tía.
GARCÍA: Eso os debiera advertir
la ocasión con que ha venido
quien ha buscado advertido
esta ocasión de venir.
No ha sido, señora, acaso;
que a buscar viene mi amor
remedio en vuestro favor
del volcán en que me abraso.
LEONOR: (¡Qué desdicha! Con mi tía **Aparte**
quiere que tercie por él.)
Si doña Clara es crüel,
yérralo por vida mía.
Mas para seros tercera,
ni soy vieja ni soy sabia.
GARCÍA: La mayor belleza agravia
quien no os ama por primera.
¿Luego pudístes, Leonor,
pensar de mi tal locura,
que viendo vuestra hermosura,

solicitase otro amor?

No, señora; no me dio
sangre tan bárbaro pecho,
ni el sol, tan lejos del techo,
en que yo nací, pasó.

Vuestro es el favor que pido.
En vos vive mi cuidado,
tan dulcemente abrasado,
cuan justamente rendido;
que naturaleza os hizo...

LEONOR: Tened; que os vais atreviendo.

Y si tercera me ofendo,
primera me escandalizo.
¿Por ventura, don García.
es uso en Madrid corriente
enamorar juntamente
a la sobrina y la tía?

GARCÍA: Al menos, si tan divina
sobrina viene al lugar
como vos, uso es dejar
la tía por la sobrina.

LEONOR: Mal uso.

GARCÍA: No ha de llamarse
malo, si es tal la ocasión.

LEONOR: ¿Cómo puede ser razón
mudarse?

GARCÍA: Por mejorarse.

LEONOR: Pues la ley de la firmeza
¿a qué obliga o cuándo alcanza,
si hace justa la mudanza
el mejorar la belleza?

Que ser firme, no es querer
firme el más hermoso amor;
que para amar lo mejor,
¿qué firmeza es menester?

Firme es quien hace desprecio
de otra ocasión más dichosa.

GARCÍA: Confieso, Leonor hermosa,
que ése es firme, pero es necio.

LEONOR: ¿Luego en quien fuere discreto
no hay que poner confianza,
si disculpa la mudanza
el mejorar el sujeto?

GARCÍA: Claro está.

LEONOR: Pues siendo así,
y que os tengo, don García,
por cuerdo, y dejáis mi tía
por mejoraros en mí,
perdóneme vuestro amor;
que a resistir me prevengo,

hasta que sepa si tengo
otra sobrina mejor.

Vanse LEONOR y MENCÍA

GARCÍA: ¿Cómo puede otra belleza
a la que adoro exceder
si en la vuestra su poder
excedió naturaleza?

Decid que es mi desventura
y no temer mi mudanza;
que siempre la confianza
es mayor que la hermosura.

REDONDO: ¿A solas estás hablando?
Mal te ha tratado Leonor,
porque el picado, señor,
siempre queda barajando.

GARCÍA: No sé si perdí o gané;
sólo sé que en su agudeza,
también como en su belleza,
prisiones del alma hallé;
que es por un mismo nivel
bella y sabia.

REDONDO: ¡Linda cosa!
Porque si es boba la hermosa,
Es de teñido papel
una bien formada flor,
que de lejos vista agrada,
y cerca no vale nada
porque le falta el olor.

Vanse. Salen el MARQUÉS, OTAVIO y un CRIADO

MARQUÉS: ¿Es posible? ¿Vos, Otavio,
en Madrid sin avisarme?
o sé cómo podréis darme
satisfacción de este agravio.

OTAVIO: Prometo a vueseñoría,
señor Marqués, que he venido
tan intratable, que ha sido
no avisarle, cortesía.

MARQUÉS: ¿Tenéis algunos disgustos?

OTAVIO: Y tales, que la pasión
me enloquece.

MARQUÉS: Agora son
mis sentimientos más justos.

Penas, Otavio, pasáis,
¡y no las partís conmigo!
O vos no sois ya mi amigo,
o que yo lo soy dudáis.

- OTAVIO: ¿Qué me faltaba, a poder
 aliviar mis penas vos?
 ¿Hemos de partir los dos
 el rigor de una mujer?
- MARQUÉS: Pensé que vuestro cuidado
 causaban cosas de honor.
 ¿En Madrid os tiene amor
 tan triste y desesperado?
 ¿Qué bien se ve que venís
 al uso de Andalucía,
 donde viven todavía
 las finezas de Amadís!
 Acá se ha visto mejor;
 más provecho se quiere;
 no sólo nadie no muere,
 pero ni enferma de amor.
 Aquí las fuentes hermosas
 vierten licor, que bebido,
 es el agua del olvido
 contra fiebres amorosas;
 y como hallan los dolientes
 de amor tan gran mejoría
 en ellas, va cada día
 Madrid haciendo más fuentes.
 No, Otavio, no quiera Dios
 que siendo un amigo vuestro
 en esta ciencia maestro,
 estéis ignorante vos.
 Haz, Leonardo, aderezar
 apósito para Otavío.
- OTAVIO: Señor...
- MARQUÉS: El mayor agravio
 que me hacéis es replicar.
- OTAVIO: Besaros quiero los pies.
- MARQUÉS: No penséis que me he olvidado,
 por años que hayan pasado
 y varios casos después,
 de que en Sevilla los dos
 fuimos un alma y un ser.
 Demás de esto, quiero ver
 si puedo, Otavio, con vos
 que os divertáis, con traeros
 a mi lado entretenido;
 que alguna vez han podido
 más que amor los consejeros.
- OTAVIO: Según serviros deseo,
 no lo dudo. Mas ¿quién es
 esta señora, Marqués,
 que sale de Atocha?
- MARQUÉS: Creo

que es doña Clara de Luna.

Sí.

OTAVIO: ¡Buen talle y buena cara!

MARQUÉS: Pues puede hacer doña Clara
dichosa cualquier fortuna;
que, además de lo que veis
de hermosura y gallardía,
es rica y paríenta mía.

OTAVIO: Con eso la encarecéis.

MARQUÉS: ¿Estáis soltero?

OTAVIO: Señor,
libre hasta agora viví,
si puede decirlo así
quien vive esclavo de amor.

MARQUÉS: Pues advertid lo que os quiero.
Mirad bien a mi parienta;
que si la viuda os contenta,
yo seré el casamentero.

*Sale doña CLARA, en hábito de viuda,
con manto; acompáñala
FIGUEROA, y síguela don FÉLIX*

FÉLIX: ¿Saber quién sois no merece
quien sin saberlo, señora,

lo que en vos conoce adora,
y por lo que ve padece?

CLARA: ¡Tanto amor tan brevemente!

FÉLIX: Brevedad o dilación,
señora, accidentes son
según es la causa agente.
Con sus templados ardores
¿hace el sol en un instante
lo que Júpiter Tonante
con sus rayos vengadores?
¿Acaba tan brevemente
su largo curso la nave
llevada de aura süave
como de cierzo valiente?
Del cielo precipitada,
¿llega en término tan breve
al suelo una pluma breve
como una piedra pesada?
Pues si entre humanos sugetos
sois vos milagro, mi bien,
¿por qué no han de ser también
milagros vuestros efetos?

CLARA: ¿Que en fin es cierto, señor,

tanto amor?
FÉLIX: No es más verdad
tener el sol claridad,
que ser inmenso mi amor.
CLARA: Según eso, ¿por mí haréis,
caballero, lo que os pida?
FÉLIX: Aunque me pidáis la vida.
CLARA: Pues yo os pido que os quedéis.

Vase con FIGUEROA

FÉLIX: Cogióme. ¿Qué puedo hacer?
Inhumana ley me ha puesto.
Seguiréla; que es en esto
Fineza no obedecer.

Vase

MARQUÉS: ¿Qué decís?
OTAVIO: De cerca mata,
Marqués, si de lejos hiera.
Olvidaré, si pudiere,
con su hermosura, a mi ingrata.
MARQUÉS: Siendo así, yo quiero ser
de estas bodas el tercero.
OTAVIO: Visitémosla primero,
si os parece, para ver
de las cosas el estado,
porque el fin no me avergüence;
que el que acomete y no vence
queda feo y desairado.

MARQUÉS: Bien decís. Quiero serviros.
Conmigo a su casa iréis;
que cuando no os concertéis,
servirá de divertirlos.

Vanse. Salen doña LEONOR y MENCÍA

MENCÍA: Si él mismo vino a rogarte,
cuando es tu mal tan crüel
que tú has de buscarlo a él
en dejando él de buscarte,
¿para qué es la dilación?
¿De qué sirve resistir
a lo antiguo, sino asir
del copete la Ocasión?

LEONOR: Pues dime tú. ¿Hay diferencia
de rogar una mujer
con su favor, a no hacer
al que ruega resistencia?
 La que su favor no niega
al primer atrevimiento,
muestra su liviano intento
tan bien como la que ruega.
 Y más cuando no ignorar
que ha tanto que don García
trata amores con mi tía,
más me obliga a recatar.

Salen doña CLARA y FIGUEROA

CLARA: ¿Al fin me perdió?
FIGUEROA: De suerte,
cuando en San Felipe entraste,
en la gente te ocultaste,
que fue forzoso perderte.
 Volvió a buscar el cochero;
mas poco remedio halló;
que también se le escapó.
CLARA: Líbreme de un majadero.

Vase FIGUEROA

MENCÍA: Doña Clara.
CLARA: Mi Leonor,
 ¿Cómo te sientes? ¿Estás
descansada ya? ¿Querrás
ver hoy la Calle Mayor?
LEONOR: Cuando quieras; que el viaje
sólo me pudo cansar
lo que tardaba en llegar
a tan dichoso hospedaje.
 Hoy veré la maravilla
que celebras por otava.
CLARA: Hoy en tu memoria acaba
la Alameda de Sevilla.
LEONOR: ¿Calle Mayor; ¿Tan grande es
que iguala a su nombre y fama?
CLARA: Diréte por qué se llama
la Calle Mayor.
LEONOR: Di pues.
CLARA: Filipo es el rey mayor,
Madrid su corte, y en ella
la mayor y la más bella

calle, la Calle Mayor.
Luego ha sido justa ley
la Calle Mayor llamar
a la mayor del lugar
que aposenta al mayor Rey.

LEONOR: Bien probaste tu intención.

Sale REDONDO

REDONDO: Ya que a tal tiempo llegué,
con tu licencia diré
también mi interpretación.

CLARA: Dila.

REDONDO: La Calle Mayor
pienso que se ha de llamar,
porque en ella ha de callar
del más pequeño al mayor;
porque hay arpías rapantes,
que apenas un hombre ha hablado,
cuando ya lo han condenado
a tocas, cintas y guantes;
Y un texto antiguo se halla
que dijo por esta calle,
"Calle en que es bien que se calle;
que no medra quien no calla."

CLARA: ¡Buen disparate!

REDONDO: Por tal
lo he dicho yo. No lo ignoro,
ni quiero pasar por oro
lo que es humilde metal.
Mas tu lenguaje condeno,
y es justo que se retrate,
porque si fue disparate,
¿cómo lo llamaste bueno?
La mayor dicha consigo
que algún quejoso ha alcanzado,
pues llego a ver celebrado
el disparate que digo.
Desdichados y dichosos,
no los hace merecer,
pues hemos venido a ver
disparates venturosos.
Oye el ejemplo que pinto.
Comedia vi yo, llamada
de los sabios extremada
y rendir la vida al quinto;
y vi en otra, que a millares
los disparates tenía,
reñir al quinceno día

con Jarava por lugares;
y sus parciales, vencidos
de la fuerza de razón,
decir, "Disparates son;
pero son entretenidos."

Representante afamado
has visto por sólo errar
una sílaba, quedar
a silbos mosqueteado;
y luego acudir verías
esta cuaresma pasada
contenta y alborotada
al corral cuarenta días
Toda la corte, y estar
muy quedos papando muecas,
viendo bailar dos muñecas
y oyendo un viejo graznar,
y esto tuvo tal hechizo
de ventura, que dio fin
el cuitado volatín,
que en vano milagros hizo.

Y así el más cuerdo no trate
por merecer, de alcanzar,
pues nombre le ha visto dar
de bueno a mi disparate.

No lo dije por sutil;
mas porque gloria me dieses,
cuando a la risa rompieses
las prisiones de marfil;
que ésta es la paga mayor
que quiero, por avisarte
de que viene a visitarte
don García, mi señor.

CLARA: ¿De cuándo acá me envió
a prevenir don García?

REDONDO: No envió, señora mía;
mas llegué delante yo,
porque esta nueva te diese;
que pues que yo siempre voy
delante de él, quise que hoy
de este provecho me fuese.

*Salen don GARCÍA y don FÉLIX. Hablan
los dos aparte*

GARCÍA: Está el engaño mejor
en fingir que me engañáis.

FÉLIX: Difícil cargo me dais.

GARCÍA: ¿Y cuál es?

- FÉLIX: Fingir amor.
(Mas ¿no es ésta por quien muero? **Aparte**
¡Vive Dios que me ha traído
a ser amante fingido
de quien lo soy verdadero!)
- CLARA: (Este necio ¿qué porfía? **Aparte**
¿Tan poco me ha aprovechado
el haberme hoy escapado
de sus ojos?)
- GARCÍA: Clara mía...
- FÉLIX: (Mía dijo.) **Aparte**
- GARCÍA: No extrañéis
que no me recate aquí;
que la mitad es de mí
el caballero que veis.
Don Félix, mi caro amigo
--que así con razón le llamo--
ha sido desde que os amo,
de mis secretos testigo;
y una precisa ocasión,
que él mismo os dirá, señora,
es causa de hacer agora
lo que siempre fue razón.
Escuchalde, y estimad
los intentos que sabréis;
que para que lo estiméis
es lo menos mi amistad;
Porque en diciendo quién es,
no ha menester su opinión
otra recomendación.
- FÉLIX: Nada me queda, después
de decir que vuestro soy,
con que pueda honrarme más.
- CLARA: Por las nuevas que me das,
Mil gracias, señor, te doy;
que es gran dicha una amistad
de un tan noble caballero.
(Con esto obligarle quiero **Aparte**
a que le guarde lealtad.)
- GARCÍA: En secreto pues le oíd,
mientras yo, Clara divina,
pregunto a vuestra sobrina
cómo se halla en Madrid.
- CLARA: No me privéis de la gloria
de que vos presente estéis.
- GARCÍA: Del mismo caso veréis
que así conviene a la historia.
- CLARA: Si él es engaño, es discreto.

A los criados

Dejadnos solos.

REDONDO: Mencía,
Redondo te desafía
para el corredor.

MENCÍA: Aceto.

***Vanse REDONDO y MENCÍA. Quedan don
GARCÍA, hablando con LEONOR; y FÉLIX con
doña CLARA***

GARCÍA: Escuchad lo que ha sabido
Amor trazar y fingir.

FÉLIX: Hasta el fin me habéis de oír;
sólo esta merced os pido.

La casa de los Manriques,
tan principal como antigua,
me dio el nombre que me ilustra
y la sangre que me anima.
Tres mil ducados de renta
en juros de buena finca,
si no me dan altas pompas,
me dan descansada vida.
Hoy don García de Lara,
mi amigo, me dio noticia
de las soberanas partes
de vuestra hermosa sobrina.
Pedíle, pues que con vos
él tan justamente priva,
me trajese a visitarla,
y de tercero me sirva
para que en dulce himeneo
gozándola yo, de envidia,
si a las damas su hermosura,
a los galanes mi dicha.
Con vos me ha dejado solo
para que esto solo os diga;
y él se ha apartado a decir
lo mismo a vuestra sobrina.
Mas advertid, Clara hermosa,
a lo que el amor obliga.
Todo este intento es engaño,
y este deseo mentira.
La verdad es... ¡Ay, señora!
no os enojéis que os diga
que vos sois el blanco solo
adonde mis ojos miran;

que aunque os escondistes hoy,
vuestras partes peregrinas,
como sus rayos al sol,
os descubren y publican.
Y así he trazado por veros
cómo el mismo don García,
sin entender sus ofensas,
encaminase mis dichas.

CLARA: Callad.

FÉLIX: Señora...

CLARA: Callad.

¿Vois sois Manrique? Es mentira;
que no cometen bajezas
los que tienen sangre altiva.
¿A mí me tenéis amor,
y amistad a don García?
¡Qué traidor!

FÉLIX: ¡Qué enamorado!

CLARA: ¡Qué locura!

FÉLIX: ¡Qué desdicha!

CLARA: Mudad, Félix, pensamiento
de tan injusta conquista.
Pase esta vez por locura
vuestra intención atrevida.
Y para disimularla...

Dale un papel

las partes de mi sobrina
contiene ese memorial.
Pasad por ellas la vista;
porque yo, mientras leéis,
me sosiegue, y las mejillas
cobren la color que tienen
con el enojo perdida.
Y vos, por ventura hagáis
cierta la intención fingida;
que si os agrada, os prometo
seros tercera en albricias.

Lee don FÉLIX el papel

LEONOR: ¿Qué decís?

GARCÍA: Esto es verdad.

sólo para divertirla
de mi amor, hago a don Félix
que la enamore y le diga
que para engañarme a mí
me finge que solicita
ser tu esposo, y me ha pedido

que de intercesor le sirva.
Tanto puede tu hermosura,
tanto mi amor imagina,
por poder hablarte a solas
sin que sus celos lo impidan.

CLARA: (¡Bueno es esto! ¡Con qué veras, **Aparte**
con qué entrañas tan sencillas
está por quien más le ofende,
terciando con mi sobrina!)

GARCÍA: ¡Qué ingrata sois! ¿No merece
un favor tan firme amor?

LEONOR: Luego, ¿quien no da favor,
es cierto que no agradece?

GARCÍA: ¿No es claro?

LEONOR: No; que es indicio
de amar el favorecer,
y se puede agradecer
sin amar, el beneficio.

Yo agradezco vuestro amor.
Obligáisme, no lo niego;
mas al agua pedís fuego,
si a mí me pedís favor.

GARCÍA: ¿Ni esperanza?

LEONOR: La esperanza
no os la puedo yo quitar.

GARCÍA: No; mas podéismela dar.

LEONOR: El que no espera no alcanza.
No os la doy; mas ¿qué perdéis
en tenerla?

GARCÍA: Mucho gano.
Mas ya, dueño soberano,
que ni esperanza me deis,
sólo una cosa, Leonor,
os pido que por mí hagáis,
y porque la prometáis,
advierdo que no es favor.

LEONOR: Pues con esa condición,
hablad.

GARCÍA: Temiendo, señora,
que no siempre como agora
de hablaros tendré ocasión;
y más si da en sospechar
Clara mi nuevo dolor
--que éste es discreto temor,
pues no sabe amor callar--
quiero asentar, Leonor bella,
una seña entre los dos,
para entenderme con vos,
hablando siempre con ella.

LEONOR: ¿Y eso es no pedir favor?
GARCÍA: Esto es pedir os un medio,
 ya que no me dais remedio
 para aliviar mi dolor.
LEONOR: Pues decidme, don García,
 ¿qué más favor que escuchar?
GARCÍA: Favor, señora, es amar;
 y escuchar es cortesía.
 El nombre de ingrata os doy,
 si esta merced me negáis.
LEONOR: Ahora, porque no digáis
 que en todo tirana soy,
 va de seña, don García.
GARCÍA: Cuando hablare sin sombrero
 es que a ti decirte quiero
 lo que le digo a tu tía.
 y cubierto, hablo con ella.
 Y porque tú, sí gustares,
 me respondas; lo que hablares
 cubriendo esa boca bella
 con guante, abanico o toca,
 por ella decirlo quieres;
 y por ti lo que dijeres
 sin poner nada en la boca.
LEONOR: Ya te entiendo. Descubrirte
 es señal que hablas conmigo;
 y cuando lo que yo digo
 por mí, quisiere decirte,
 descubrir la boca yo.
GARCÍA: Sola esta regla llevamos.
 Descubiertos nos hablamos
 los dos, y cubiertos no.
CLARA: ¿Qué os parece?
FÉLIX: Que enamora
 la relación.
CLARA: Emplead
 en ella la voluntad.
FÉLIX: Lo dicho dicho, señora.
CLARA: No me toquéis más en eso.
 Don García...
GARCÍA: Clara hermosa...
CLARA: Basta ya; que estar celosa
 de mi sobrina os confieso.
GARCÍA: Bien pudiera la hermosura
 daros celos de Leonor,
 si ya la vuestra y mi amor
 no os tuvieran tan segura.
 Mi tardanza no os espante;
 que no pude en tiempo breve
 batir con balas de nieve

un castillo de diamante.

CLARA: Pues con tan justa demanda,
Leonor ¿su gusto no mide?

GARCÍA: Resiste aunque no despide,
y escucha aunque no se ablanda;
mas con el tiempo, y con ver
que es firme y es verdadero
quien la pretende, yo espero
que mudará parecer.

FÉLIX: Y más si interviene en ello
quien merece lo que vos.

GARCÍA: Yo moriré, vive Dios,
Félix, o saldré con ello.

CLARA: Esta sí que es amistad.

LEONOR: (Bien con su intento conviene.) **Aparte**

Sale FIGUEROA

FIGUEROA: El Marqués tu primo viene
A visitarte.

CLARA: Crueldad
es tener obligaciones,
que han de interrumpir los gustos.

GARCÍA: (¡Qué presto, celos injustos, **Aparte**
dais a mí amor turbaciones!)
La visita recibid;
que yo...

CLARA: No os vais, don García.

GARCÍA: No estorbar es cortesía
al Marqués; mas advertid
a estas palabras que os digo

Quítase el sombrero

descubierta la cabeza,
humilde a vuestra belleza.

LEONOR: (Aquesto es hablar conmigo.) **Aparte**

GARCÍA: Para que la mano os dé,
falta sólo que queráis;
si de pagarme dejáis
por poner duda en mi fe,
ya cesa con lo que os digo.
no os pongan inconvenientes,
dueño hermoso, los parientes,
si habéis de vivir conmigo.

CLARA: El ser yo vuestra, García,
¿cuándo ha quedado por mí?
¿De qué nace hablarme así?

Poniéndose el abanico en la boca

LEONOR: Yo sé muy bien que mi tía
sólo ser vuestra concierto.

GARCÍA: ¿Rebozada lo decís?
¿Mas que no lo repetís
con la cara descubierta?

LEONOR: (Ya se abrasa el alma mía.) **Aparte**

Quítase el abanico de la boca

Pues si en eso se repara,
también sin cubrir la cara
digo que os paga mi tía.

GARCÍA: Eso sí. (Ya en mi favor **Aparte**
se ha declarado.)

FIGUEROA: El Marqués
entra.

GARCÍA: Adiós.

Vase

CLARA: Vedme después,
y os satisfaré, señor.

FÉLIX: Clara, adiós; y a mi cuidado
os mostrad menos crüel.

Vase

CLARA: Vos os mostrad más fiel,
y menos enamorado.

Vase FIGUEROA. Salen el MARQUÉS y OTAVIO

MARQUÉS: Hermosa Clara...

CLARA: ¿Esos pies
honran mi casa? ¿Qué es esto?
Toquen a milagro presto;
que vino a verme el Marqués.

MARQUÉS: Que toquen podéis hacer
a milagro cuando os veo;
que quien llega a veros, creo

que un milagro llega a ver.

CLARA: ¿Lisonjas? Ved que me agravio.

MARQUÉS: Verdades que merecéis
os digo, y vos lo sabéis;
pero conoced a Otavio,
mi huésped, a parienta mía,
que mi estrecho amigo fue
desde que niño pisé
los campos de Andalucía.

OTAVIO: Un esclavo vuestro soy.

CLARA: Yo veré que me estimáis,
Otavio, sí me mandáis.

MARQUÉS: Absorto mirando estoy
este serafín humano.

¿Quién es mujer tan divina?

CLARA: Doña Leonor, mí sobrina,
hija de don Juan, mi hermano,
que murió en Sevilla, y soy
su albacea, y curadora
de su hacienda.

MARQUÉS: A vos, señora,
el justo pésame doy
de su muerte; mas al cielo
mil gracias hago por ella,
pues por ella, Leonor bella,
os ve el cortesano suelo.
Mi deuda sois. Bien podéis
darme segura los brazos.

Abrázale

LEONOR: Vuestra soy.

MARQUÉS: ¡Qué dulces lazos!

OTAVIO: Si por deudo merecéis
alcanzarlos, yo los pido
también como vos, Marqués,
pues ser de una patria es
por parentesco tenido.

Vos seáis muy bien venida.

LEONOR: Para serviros.

MARQUÉS: (¡Qué honesta! **Aparte**
¡Qué hermosa, grave y compuesta!
A Venus miro vencida,
miro a la naturaleza
ufana de conocer
su no igualado poder
en tan desigual belleza.)

CLARA: Divertido se ha el Marqués.

LEONOR: (Mucho me mira.) **Aparte**

OTAVIO: Es exceso,
porque ni es señor en eso,
ni suele ser descortés.

LEONOR: (Algún pensamiento ha sido **Aparte**
quien le arrebató.)

CLARA: ¿Es enfado,
señor Marqués, o cuidado,
el que os tiene divertido?
Ved que corriéndome voy
de que nos tratéis así.

MARQUÉS: ¿Que me he divertido?

CLARA: Sí.

MARQUÉS: (Pues enamorado estoy.) **Aparte**
Perdonadme; que un cuidado
me asaltó con tal violencia,
que sin hallar resistencia,
toda el alma me ha ocupado.
Mas, señora, yo os prometo,
si declararos pudiera
la causa, que os pareciera
pequeño el mayor efeto.

CLARA: ¿Son de amor tales enojos?

*Doña CLARA habla aparte al
MARQUÉS*

Que miráis mucho a Leonor.

LEONOR: (Amor me tiene, si Amor **Aparte**
hace lenguas de los ojos.)

MARQUÉS: No es el Amor quien causó
tales efectos en mí;
negocios del honor sí.

LEONOR: (Mi sospecha me engañó.) **Aparte**

Hablan aparte don OCTAVIO y el MARQUÉS

OTAVIO: Decid, Marqués, vuestras penas,
y ved si son de provecho
el corazón de mi pecho
y la sangre de mis venas.
¿Cuidado tenéis de honor
sin decírmelo?

MARQUÉS: ¡Ay Otavio!
Con arte disfrazas el labio
los sentimientos de amor.
Leonor es quien me da enojos;
y temiendo que su tía
si entiende la pena mía

me la quite de los ojos,
y porque ignoro el estado
de las cosas, lo negué.

OTAVIO: Esa prevención más fue
de cuerdo que enamorado.

MARQUÉS: Despediréme, sin dar
indicios de mi afición,
hasta mejor ocasión.

CLARA: ¿Quién pudiera remediar,
Marqués, vuestro sentimiento?

MARQUÉS: Imaginación tan fiera
los pensamientos altera
y turba el entendimiento;
que he de partirme al instante,
librando para otro día
un negocio que venía
a trataros, importante.

CLARA: Siempre vos tratáis de honrarme.

MARQUÉS: Vos seáis, bella Leonor,
muy bien venida.

LEONOR: Señor,
a serviros.

MARQUÉS: A mandarme,
pues voy sin alma.

OTAVIO: ¿Sois vos
quien del amor se reía?

MARQUÉS: ¡Ay Otavio! No creía
hasta agora que era dios.

Vanse

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen el MARQUÉS y OTAVIO

MARQUÉS: ¿Cómo os va de sentimientos?

OTAVIO: El sol vuestra compañía
por quien la noche sombría

huye de mis pensamientos.

MARQUÉS: ¿Haos venido a la memoria
esta noche doña Clara?

OTAVIO: Es a la luz de su cara
nube mi pasada historia.
Y así me siento en estado,
que me alegrará el favor
de Clara; mas el rigor
no me dará gran cuidado.

MARQUÉS: ¡Qué dicha!

OTAVIO: ¿Envidiaisme?

MARQUÉS: Sí;
que tanto llevo a penar,
que a todos puedo envidiar,
si todos la causa a mí;
que este mi nuevo cuidado
me trata con tal rigor,
que en una noche de amor
siglos de infierno he pasado.
Encontrados pareceres
han dado a mis pensamientos
esperanza en los tormentos,
y, temor en los placeres.
¡Ay, más que el sol, ojos claros!
¡Si a lo que miro y adoro
igualase lo que ignoro!

OTAVIO: Lo que puedo aseguraros
es que la virtud jamas
vio su igual Andalucía.

MARQUÉS: Pues con eso será mía.
Yo, Otavio no quiero más,
pues me iguala en calidad.

OTAVIO: Pues ¿casareis con ella?

MARQUÉS: Y ¡ojalá que Leonor bella
pague así mi voluntad!

OTAVIO: ¿Es pobre?

MARQUÉS: ¡Al cielo pluguiera
que lo fuese con exceso,
para que mi amor con eso
más esperanza tuviera!
En mis estados poseo
de renta, desempeñados,
más de veinte mil ducados.
Pues con esto, a mi deseo,
¿qué cosa darle pudiera
el cielo, que más me cuadre,
que a mis hijos noble madre,
y a mí dulce compañera?

OTAVIO: Pues si casaros queréis,
pedidla; que al punto creo

que logréis vuestro deseo,
pues venturosa la hacéis.

MARQUÉS: ¡Qué poco sabéis de amor!

¿Vos sois el que, enamorado,
decís que habéis conquistado
tantos años un favor?

Quien por el contrato empieza,
se priva, Otavio, del bien
de contrastar un desdén,
de vencer una esquivaza.

Como en la taza penada
crece el gusto a la bebida,
es la gloria más crecida
cuanto fue más deseada.

El jugador, cuando aspira
a ver la carta, ¿no halla
más gusto en brujulealla
que si de priesa la mira?

El cazador ¿no pudiera,
a costa de precio breve,
alcanzar la garza leve,
coger la liebre ligera;

Y con el perro y halcón
se fatiga por más gloria,
estimando la victoria
en más que la posesión?

Pues dejadme conquistar
por amor la hermosa fiera,
que casándome pudiera
tan fácilmente alcanzar.

Dejad que, aunque esté en mi mano
el remediar mis enojos,
en las cartas de sus ojos
brujulee el bien que gano.

Dejadme que solenice
el amor que en ella nace,
los favores que me hace,
los requiebros que me dice;

que la posesión, pensad
que no es la gloria mayor;
que el amor conquista amor,
la voluntad, voluntad.

Demás de que no es razón
que, aunque esté determinado,
muestre en caso tan pesado
liviana resolución.

Ni debo tan satisfecho
pensar que querrá Leonor.
¿Qué sé yo sí ajeno amor
ocupa su hermoso pecho?

Y si fío en mi grandeza,
como a mí, ¿no puede ser
que a otro de igual poder
haya preso su belleza?

Y al fin antes de intentar
empresas tan peligrosas,
tomar el pulso a las cosas
es no quererlas errar.

OTAVIO: No os puedo negar que es ésa,
Marqués, cordura mayor;
mas yo no pensé que amor
os daba tan poca priesa.

MARQUÉS: Otavio, no lo entendéis.
Esta cordura es locura,
y porque amor me apresura,
voy con el tiento que veis;
que cuanto más la jornada
quiere el que parte abreviar,
tanto más se ha de informar
del camino en la posada;
que es muy necio desatiento,
con peligro de perderse
partir, por no detenerse
a preguntar un momento.

OTAVIO: ¿Qué es esto? ¿Entramos a vella?

MARQUÉS: A Clara he de visitar,
con ocasión de tratar
vuestros intentos con ella,
hasta poder de los míos
dar cuenta a doña Leonor.

OTAVIO: Padre es de industrias Amor.

MARQUÉS: Y también de desvaríos.

OTAVIO: En el corredor está
sola Leonor.

MARQUÉS: ¡Qué ventura!

OTAVIO: Yo me voy. La coyuntura
gozad, que Fortuna os da;
que a solas vuestros amores
más bien podrán alcanzar,
porque suelen estorbar
los testigos los favores.

MARQUÉS: Sois discreto. (Ayuda, Amor, **Aparte**
los intentos que me has dado.)

*Vase don OTAVIO. Sale doña LEONOR, hablando con algún
criado que está dentro*

LEONOR: ¿Sin avisar ha llegado
el Marqués al corredor?

MARQUÉS: Yo tuve, señora mía,
la culpa.

LEONOR: Pues perdonad,
señor, y licencia dad
para que avise a mi tía.

MARQUÉS: Dame tú, Leonor, licencia
para poderte negar
la licencia de privar
mis ojos de tu presencia;
y más cuando en la paciencia
no cabe tanta pasión,
porque viendo la ocasión
de decirte mi tormento,
revienta ya el sentimiento
la presa del corazón.

No quiero decirte aquí
mi mucho amor, ángel bello,
pues basta para sabello
sólo saber que te vi;
no decirte que ya en ti
fundo todos mis intentos,
mis glorias y mis tormentos,
pues sabes tú estas verdades;
que no ignoran las deidades
los humanos pensamientos.

No quiero, señora mía,
pedir que paga me des;
que es bajeza el interés,
la esperanza grosería;
sólo merecer querría
licencia para quererte;
porque estimo de tal suerte
tus altas prendas, Leonor,
que se contenta mi amor
no más de con no ofenderte.

LEONOR: Señor Marqués, sólo puedo,
a lo que oyéndoos estoy,
responderos que yo soy
doña Leonor de Toledo;
porque ya que no os concedo
la licencia para amar,
deciros quién soy, es dar
a vuestro amor a entender,
a qué se puede extender
la que vos podéis tomar.

MARQUÉS: Ese oráculo explicad;
que sus misterios ignoro.
¿He excedido yo el decoro
que debo a vuestra deidad?

¿Por qué alegáis calidad
a quien amor os alega,
cuando no sólo no os niega
mi fe culto verdadero,
mas tanto más os venero
cuanto más amor me ciega?

LEONOR: Quien ostenta calidad
a quien le trata de amor,
al amor opone honor,
y al deseo honestidad.
Con esto licencia dad
para avisar a mi tía.

MARQUÉS: Esperad, señora mía.
¿Cómo es posible que siendo
vos el fuego en que me enciendo,
quien me abrasa esté tan fría?

Sale doña CLARA

CLARA: ¿Qué es esto?

LEONOR: (¡Ay triste!) **Aparte**

CLARA: Leonor,
recógete a tu aposento.

Vase LEONOR

MARQUÉS: Parienta...

CLARA: En el alma siento
que me lo llaméis, señor;
porque estuviera mejor
este agravio disculpado,
si hubiérades ignorado
mi calidad; pero ya
¿qué disculpa me dará
quien saberla ha confesado?
Si parienta me llamáis,
¿cómo el obrar no lo muestra?
Cómo, si soy sangre vuestra,
mi deshonor procuráis?
¿Mi sobrina requebráis,
cuyo honor está a mi cuenta,
a excusas mías? Mi afrenta
bien claro de esto se arguye;
que de testigos no huye
quien justos hechos intenta.

MARQUÉS: Ello está muy bien reñido;
mas fuera bien haber dado,
como un oído al pecado,

a la disculpa otro oído.
¿Qué tanto delito ha sido,
hallando sola a Leonor,
solicitarla de amor,
si estando a solas, sospecho
que fuera el no haberlo hecho
cortedad y disfavor?

CLARA: En vano aplicar queréis
a la ocasión el suceso,
cuando contra vos en eso
tantos indicios tenéis;
si no es que ya os olvidéis
de que ayer, testigo yo,
Leonor os arrebató
el alma toda en despojos;
que confesaron los ojos
lo que la lengua negó.

Y así, Marqués, perdonad.
Y pues a mi casa a honrarme
no venis, el visitarme
de aquí adelante excusad.
Y si vuestra voluntad
violentare el ciego dios,
sólo os quiero, entre los dos,
por despedida avisar
que Leonor se ha de casar,
y es tan buena como vos.

Vase

MARQUÉS: "¡Que Leonor se ha de casar,
y es tan buena como vos!"
Por una senda las dos
corren a un mismo lugar;
que el ídolo en cuyo altar
ardiente víctima quedo,
dijo también, "Sólo puedo
a lo que oyendo os estoy,
responderos que yo soy
doña Leonor de Toledo."

Ambas con un mismo intento
claro me dan a entender
que sólo puedo tener
remedio en el casamiento.
No cupo en mi pensamiento,
Leonor, otro fin jamás;
que si porque pobre estás,
y yo rico, no lo esperas,
¡ojalá más pobre fueras

para que yo hiciera más!

Sale OTAVIO

OTAVIO: ¿Salió en favor la sentencia,
 Marqués?

MARQUÉS: ¡Ay, amigo Otavio!
 Gusto saco del agravio,
 favor de la resistencia.

OTAVIO: Enigmas son.

MARQUÉS: Con prudencia,
 modestia y severidad,
 oyendo mi voluntad,
 sólo la hermosa Leonor,
 negándome otro favor,
 me acordó su calidad.

 Pues esto, Otavio, si creo
 a la esperanza, ¿no es
 decir que aunque soy marqués,
 es su mano igual empleo?
 Y esto ¿no es lo que deseo?

OTAVIO: Pues ¿qué falta?

MARQUÉS: Solamente
 con recato diligente
 examinar su opinión;
 que es bajeza y no afición
 pasar este inconveniente.

 Argos seré de su vida,
 sombra de su cuerpo hermoso.
 En caso tan peligroso
 recuerde el alma dormida.
 O se muestre o se despida
 de su calle el sol dorado,
 la rondará mi cuidado;
 porque el noble, si es prudente,
 es celoso pretendiente
 y cuidadoso casado.

Vanse. Salen don GARCIA y don FÉLIX

GARCÍA: Con esta resolución
 va el papel.

FÉLIX: Bien habéis hecho;
 que no puede hacer provecho
 en esto la dilación,
 pues en llegando a entender
 vuestro engaño doña Clara,
 ver más a Leonor la cara

imposible os ha de ser.

GARCÍA: Por eso quiero abreviar,
Félix; que tener intento
acabado el casamiento
cuando empiece a sospechar.

FÉLIX: (El medio de dos extremos **Aparte**
en eso sólo consiste.)

Sale REDONDO, con un papel

GARCÍA: Pues, Redondo, ¿vienes triste?
¿Qué tenemos?

REDONDO: No tenemos.

GARCÍA: ¿Es respuesta?

REDONDO: Bien pudiera
responder lo que un criado
a quien su dueño a un recado
mandó que a caballo fuera,
y el señor, tras esperallo
lo bastante, preguntó,
"¿Vienes? ¡hola!" Y respondió,
"No hallo el freno del caballo."
Mas agora es bien que huya
la pieza del gracejar,
porque no se ha de mezclar
con el réquien la aleluya.

GARCÍA: Di pues.

REDONDO: Yo estaba en espía
para dar éste a Leonor...
--¡Mal haya quien tiene amor
a mujer que tiene tía!--
¿Nunca has visto cuando yerra
la vaca por monte y prado,
no apartársela del lado
un momento la becerra?
Pues mucho menos desvía
de sí Clara a tu Leonor.
¡Dichoso Adán, que su amor
gozó sin suegra ni tía!

GARCÍA: Cuenta lo que ha sucedido.
No me atormentes.

REDONDO: Señor,
cogióme en el corredor
tras un pilar escondido;
preguntóme lo que hacía,
recelosa, a lo que vi;
pero yo le respondí
que era amante de Mencía.

GARCÍA: ¿Y aseguróse?

REDONDO: ¿Quién sabe
la verdad del pensamiento?
Sólo mandó que al momento
para un negocio muy grave
la veas.

GARCÍA: Ya de su amor
temo que es sólo su intento
dar prisa a su casamiento.

FÉLIX: Yo tengo el mismo temor.

GARCÍA: ¿Qué excusa podrá valerme?

FÉLIX: Entrad riñendo con ella
por celos.

GARCÍA: Si a mi querella
responde con ofrecirme
mano de esposa al momento,
¿cómo he de huir la ocasión?

FÉLIX: No aguardéis satisfacción.

GARCÍA: Será dañoso a mi intento
enojarme, cuando quiero,
con capa de verla a ella,
ver la sevillana bella.

FÉLIX: Mejor traza.

GARCÍA: Ya la espero.

FÉLIX: Fingid que una liviandad
de ella os han dicho, y queréis,
antes que la mano deis,
averiguar la verdad.

GARCÍA: Pues ¿de quién podrá fingir
celos que lleven color?

FÉLIX: ¿Qué ocasión queréis mejor
para poderlos pedir,
que el marqués Arnesto, a quien
vimos, y aun dimos lugar
para entrarla a visitar
ayer los dos?

GARCÍA: Decís bien.

FÉLIX: ¿He de acompañaros?

GARCÍA: Vella
a solas después podéis,
porque mejor confirméis,
hablando a solas con ella,
don Félix, mis fingimientos,
deponiendo por testigo.

FÉLIX: Bien decís.

GARCÍA: Adiós, amigo.

FÉLIX: (Ayuda, Amor, sus intentos.) **Aparte**

Vase

REDONDO: ¿Qué de hacer de este papel?

GARCÍA: Entra conmigo, y procura
para darlo coyuntura;
que está mi remedio en él.

REDONDO: Tú verás la industria mía.

GARCÍA: Ya ves que importa al efeto
el recato y el secreto.

REDONDO: De mí, señor, te confía;
que no hay del Ganges al Istro
sirviente de mí cuidado.
Más secreto y recatado
seré que un recién ministro.

GARCÍA: ¡Extraño capricho!

REDONDO: ¿Extraño?
¿Pues hay parca inexorable
más cruel, más intratable,
que un ministro el primer año?

GARCÍA: Con silencio hemos de entrar.
Por dicha hallará mi amor
en parte a doña Leonor
que a solas la pueda hablar.

*Vanse don GARCÍA y REDONDO por una puerta y salen por otra.
Sale doña CLARA, y salen los dos, sin verlos ella*

REDONDO: Clara está en la sala.

GARCÍA: ¿Harálo
mi suerte un tiempo mejor?

REDONDO: Siempre se topa, señor,
primero en el dedo malo.

GARCÍA: Pues escucha un pensamiento;
que a Leonor puedes con él
entrarle a dar el papel
hasta el último aposento.

REDONDO: Di pues.

Hablan los dos bajo

CLARA: Si eres dios, Amor,
piadoso a mi bien te inclina.
Permite la medicina,
pues que causaste el dolor.

Haz que fin dichoso dé
don García a mi esperanza.
No me quite su mudanza
lo que me ha dado mi fe.

Habla REDONDO aparte a don GARCÍA

REDONDO: ¡Extremado pensamiento!
 Manos a la ejecución;
 Que hoy seré Griego Sinón.

*Fíngese enojado don GARCÍA, y saca la
daga contra REDONDO*

GARCÍA: ¿Hay mayor atrevimiento?
 ¡Pícaro desvergonzado!

REDONDO: ¡Ay de mí!

Éntrase huyendo

CLARA: Señor, tened.
GARCÍA: Atrevido, agradeced
 que os entrastes en sagrado.

CLARA: ¡Bien de mí pensamiento!...
GARCÍA: Cierra, engañosa, los traidores labios;
 que como el fuego crece con el viento,
 aumentan tus caricias mis agravios.
 ¿Qué falso cocodrilo,
 qué sirena fingida
 halaga así para quitar la vida?

CLARA: ¿Qué es esto?

GARCÍA: ¿Qué preguntas?
 En vano te dispones
 a negar, enemiga, tus traiciones.
 ya sé que te he perdido,
 por más que cautamente
 hayas favorecido
 al Marqués, que tú llamas tu pariente.
 Y no me has engañado;
 que más es que pariente el que es amado.

CLARA: Escucha. ¿Por qué así te precipitas,
 y tus sospechas vanas y ligeras
 tan fácil acreditas?
 ¿Por qué no consideras
 que en este mismo techo
 otra ocasión se esconde suficiente
 a sujetar el corazón valiente
 del más armado pecho?
 Si el amarme te ha hecho
 pensar que sola yo de amor tirano
 puedo mover la poderosa mano,
 acuérdate que ha puesto

el cielo soberano
en el mirar honesto
de Leonor, mi sobrina,
más que humano poder, virtud divina
por ella vive preso
en afición ardiente
el Marqués mi pariente.

GARCÍA: ¿Qué dices? ¿Cómo es eso?

CLARA: Digo que pierde por Leonor el seso,
y que la vez primera
que la vio, de repente arrebatado
en su beldad, quedó tan transformado,
que aunque negar quisiera
sus ardientes enojos,
los dijo el alma a voces por los ojos.

GARCÍA: (¿Qué es lo que escucho, cielos?) **Aparte**

CLARA: ¿Parécete invención?

GARCÍA: (Rabio de celos.) **Aparte**

CLARA: Aun hoy, para que creas
que te digo verdad, los he cogido
hablando a solas.

GARCÍA: Calla.

CLARA: Porque veas
que en nada te he mentado,
ella misma lo diga.
¡Leonor!

GARCÍA: (¡Ay desdichado!) **Aparte**

Sale doña LEONOR

LEONOR: ¿Llamas?

CLARA: ¿Qué te ha pasado
con el Marqués? Acaba, dílo presto;
que duda don García
por ti y por él de la firmeza mía.

LEONOR: (¿Yo misma contra mí seré testigo?) **Aparte**

CLARA: ¿Qué dudas?

LEONOR: Ya lo digo.
Hoy el Marqués a visitarte entraba;
y encontrando conmigo,
Que sola acaso el corredor pasaba,
entre tiernas razones
comenzó a encarecerme sus pasiones.

CLARA: ¿Estás ya satisfecho?

GARCÍA: Estoy de celos abrasado el pecho;

Quítase el sombrero, hablando con doña CLARA

que cuanto más pretendes
satisfacerme, tanto más me ofendes.
¿Qué sacas de engañarme?

LEONOR: (A mí endereza agora sus saetas.) **Aparte**

GARCÍA: ¿Por qué, crüel, para tan gran caída
quisiste levantarme?
Quitárasme la vida
antes, ingrata, que un favor me dieras.
Primero que me oyeras,
de fiero tigre hircano
muerte me diera la sangrienta mano.
Quédate, falsa...

CLARA: Espera.

GARCÍA: ¿Qué tiene que esperar quien desespera?
¿Qué ha de hacer a tus ojos
quien ya les causa enojos?
No viva en tu presencia
quien murió en tu memoria.
goce el Marqués en paz de tanta gloria.

CLARA: Vuelve.

LEONOR: Espera.

CLARA: Ya falta la paciencia.
Escucha. O no te entiendo o no me entiendes.
¿De la satisfacción misma te ofendes?

Tiénelo LEONOR

LEONOR: ¿Qué culpa, don García,
del amor del Marqués tiene mi tía?

GARCÍA: Suelta. ¿Tú me detienes, engañosa?
¿Qué presto has aprendido
el trato de Madrid, falso y fingido!
¿Quién creyera que dama tan hermosa
y de tan pocos años,
iguale a sus minutos sus engaños?

LEONOR: (Él nos destruye agora.) **Aparte**

GARCÍA: ¡Plega a Dios, que de flecha vengadora,
con furia disparada
de la valiente mano
del ciego Amor tirano,
la nieve de tu pecho atravesada,
encuentres quien contigo
finja, como has fingido tú conmigo!

Vase. Sale REDONDO, que vuelve

REDONDO: A todos, vive Dios, ha emparejado,
con todos ha reñido.

- CLARA: Tú la ocasión has sido
de este incendio, enemiga;
que el haber tú dudado
en decir la verdad, la causa ha dado
a que él sospeche que invención ha sido,
y en mí tu necia dilación castiga.
- LEONOR: ¡Eso sí!, imita al toro embravecido;
el que la vara te tiró, se escapa.
Véngate agora en mí, que soy la capa.
¿No basta que me obligues
a que excediendo el orden de mi estado,
por dar satisfacción a don García,
haya arriesgado yo la opinión mía;
sino que, ingrata, agora me castigues
porque tardé en decir lo que pluguiera
al santo cielo que callado hubiera?
- CLARA: ¿Pues qué opinión te quita
que el Marqués te pretenda?
- LEONOR: ¿No me arriesgo a que entienda
quien sepa que el Marqués me solicita,
que liviandades mías
han dado la ocasión a sus porfías?
- CLARA: ¡Qué livianos temores te acobardan!
Bien se ve que mis penas,
Leonor, son para ti del todo ajenas.
No te vayas; que quiero a don García
escribir un papel.
- REDONDO: Por Dios, señora,
que dudo que en mi pecho haya osadía
para dárselo agora,
cuando ves que contigo
se parte, de celoso, tan airado,
que arrojan sus enojos
mil volcanes de llamas por los ojos;
y viste agora que también conmigo
ciego y arrebatado,
me libró de su furia tu sagrado.
- CLARA: Bien dices.
- REDONDO: ¿Qué procuras?
Satisfacerle?
- CLARA: Sí.
- REDONDO: Dame licencia,
si de mi fe por dicha te aseguras,
para darte un consejo.
- CLARA: En la dolencia
sólo aspira el enfermo a verse sano,
y ama el remedio de cualquiera mano.
- REDONDO: Pues no le escribas tú; que temo agora
que la llama voraz de sus enojos
haga ceniza tu papel, señora,

antes que en él llegue a poner los ojos,
no le den tus solícitos amores
materia a más venganzas y rigores.
Deja que el tiempo su furor quebrante.
Toma ejemplo en la fragua;
que cuando el fuego en ella está pujante,
Le aumenta fuerza el agua.
Escríbale primero tu sobrina,
y sus satisfacciones poco a poco
procuren aplacar el furor loco;
que en buena medicina,
cuando un humor nocivo predomina,
para purgarlo, sabes
que lo disponen antes con jarabes.

CLARA: Redondo dice bien. Sobrina mía,
escribe a don García.

Dale satisfacción, haz estas paces.

LEONOR: De mil maneras haces
que salga de la esfera de mi estado;
mas al fin me conduce a obedecerte
la lástima que tengo a tu cuidado.
Voy a escribir.

REDONDO: (¡Qué bien que lo he trazado!) **Aparte**

CLARA: Haz cuenta que me libras de la muerte,
Leonor, según me veo.

LEONOR: Tú me ruegas lo mismo que deseo.

Vase

CLARA: Redondo, yo confieso que me has hecho
gran bien; que tal consejo en tal estrecho,
sólo de tu agudeza nacer pudo.

REDONDO: Yo me llamo Redondo, y soy agudo.

*Vanse REDONDO y doña CLARA. Salen el
MARQUÉS y RICARDO*

RICARDO: A la puerta se apartó
don Félix, y don García,
a fuer de medrosa espía,
con lentos pasos entró,
a todas partes mirando,
con un criado, de quien
fía su mal y su bien,
en puridad platicando.
Subió al fin; pero muy presto
de la visita salió,
y a lo que me pareció,

de enojado, descompuesto.

Quedóse dentro el criado,
y vino a salir después
más de hora y medía. Esto es
lo que he visto y ha pasado
mientras estuve en espía.

MARQUÉS: ¿Ayer don García, y hoy
don García? Loco estoy.
¿Cada día don García?
¡Malo! Entrar con pasos lentos,
salir presto y enojado,
quedarse dentro el criado...
de muerte sois, pensamientos.

RICARDO: Advierte que don García,
supuesto que amante sea,
aún no sabes si desea
a la sobrina o la tía.
¿Por qué das rienda al dolor,
y tan presto desconfías?

MARQUÉS: Ricardo, en venturas mías
siempre es cierto lo peor.

RICARDO: El prudente prevenido
espera el peor suceso;
pero, señor, no por eso
lo ha de dar por sucedido.
Prevén al mal la paciencia,
sin desesperar, señor;
que es el morir de temor
más flaqueza que prudencia.
Haz primero información
de la verdad de su intento;
no pierdas el sentimiento,
ignorando la ocasión.

MARQUÉS: ¡Qué bien dices! En efeto,
Ricardo, para un señor
el consejero mejor
es un criado discreto.

RICARDO: Por eso te considero
de tantos buenos servido;
mas detente; que ha venido
a buen tiempo el escudero
de Clara. Por sí te engañas,
comienza tu información
por él.

MARQUÉS: ¿Dirálo?

RICARDO: Si son
las que deben ser sus mañas,
nada te podrá callar;
Y más si en el corazón
le pusieres un doblón

al tiempo de preguntar.
MARQUÉS: Llámalo pues.
RICARDO: ¡Camarada!

Sale FIGUEROA

RICARDO: Bien dicen que la ventura
huye de quien la procura,
y busca sin ser buscada.
FIGUEROA: ¿Por qué lo decís?
RICARDO: Desea
el Marqués saber de vos
cierta cosa, entre los dos,
y no dudéis de que sea
si gusto le sabéis dar,
mucho el bien que os ha de hacer.
FIGUEROA: El más largo prometer
no iguala al más corto dar.
Mas puesto que es el Marqués
tan gran señor, será justo
que estime yo el darle gusto,
por el mayor interés.

RICARDO: Llegad, pues; que ya os espera.
FIGUEROA: Humilde a vuestro mandado
tenéis señor, un criado;
y ¡ojalá que fuerza hubiera
para serviros en mí!
MARQUÉS: Cúbrase, por vida mía.
FIGUEROA: Perdone vueseñoría,
que yo estoy muy bien así.
MARQUÉS: Por mí vida lo ha de hacer.

Cúbrase FIGUEROA

FIGUEROA: Ya es forzoso. ¡Qué honradores
son los tan grandes señores!)
RICARDO: (Y más cuando han menester.) **Aparte**
MARQUÉS: Dígame agora su nombre.
FIGUEROA: Fígueroa.
RICARDO: (¡Una miseria! **Aparte**
es de la casa de Feria.)
MARQUÉS: Ése es sólo un sobrenombre.
FIGUEROA: No han de ser desvanecidos
los pobres; que es muy cansado
un hombre en humilde estado
hecho un mapa de apellidos.
Aun con sólo un nombre, veo

que no me dejan vivir,
y hay quien ha dado en decir
que sin razón lo poseo;
mas procuren de mil modos
los malsines murmurar;
que por Dios que al acostar
estamos desquitos todos.

MARQUÉS: Vos, en fin, ¿sois Figueroa?

FIGUEROA: Por lo menos me lo llamo.

MARQUÉS: Deudos somos.

FIGUEROA: Ser mi amo
vos, será mi mayor loa.

MARQUÉS: Digo que sois mí pariente,
y que se os echa de ver,
porque vuestro proceder
dice quién sois claramente.

RICARDO: (¡Qué bien le obliga!) **Aparte**

MARQUÉS: Por Dios,
que saberlo me ha alegrado;
pues con eso mi cuidado
os toca también a vos.

Pues si sois deudo también
de doña Clara, su afrenta
tomaréis a vuestra cuenta
como yo.

FIGUEROA: Decís muy bien.

MARQUÉS: Pues escuchad, si os agrada;
que está en riesgo nuestro honor.

FIGUEROA: ¡Qué cosa para mi humor!

¿En riesgo el honor? ¿No es nada?
Decid.

***Pónense a hablar bajo los tres. Salen don
GARCÍA y REDONDO***

REDONDO: Detener no puedo
la risa, señor. Salió
alborotada; mas yo,
poniendo en la boca el dedo,
la sosegué, y advertir
pudo en un punto mi intento;
que es de ángel su entendimiento
y entiende sin discurrir.
Saqué el papel...

GARCÍA: ¿Lo leyó?

REDONDO: Ponte un grado más atrás.

GARCÍA: ¿Cómo?

REDONDO: ¿No preguntarás

antes, si lo recibió?

GARCÍA: Eso está claro.

REDONDO: Decirlo
puedes; que está bien patente.
Pues te digo claramente
que no quiso recibirlo.

GARCÍA: ¿Que no quiso?

REDONDO: Señor, no.

GARCÍA: ¡Qué escucho! ¿Y sabes por qué?

REDONDO: La causa, yo no la sé;
sé que no lo recibió;
y estando en esta porfía,
sobre si es justo o no es justo
dar a tu fe tal disgusto,
la empezó a llamar su tía.
Salí después que te fuiste,
y hubo entre ellas gran cuestión
sobre cuál fue la ocasión
del enojo que tuviste.
Resolvióse al fin la tía
en escribirte un papel;
yo le dije que con él
tu furor aumentaría,
y que era bien que Leonor
satisfaciendo lo hiciera;
que negocia una tercera
con un celoso mejor.
Cuadróles mí parecer;
y Leonor, tras resistir
un rato, se entró a escribir,
y doña Clara a leer
lo que Leonor escribía.
Y así no tuvo ocasión
de rezar por su intención;
que todo fue por su tía.
No me dieron el papel;
que nuestra invención creyeron,
y a enviar se resolvieron
un escudero con él.
Salí, y apenas los pies
puse en la calle ligero,
cuando en un zaguán frontero
vi un criado del Marqués,
que con recato espiaba
disimulando y temiendo;
y cuando entramos, entiendo
que el mismo puesto ocupaba.

GARCÍA: No digas más.

REDONDO: ¿No diré
lo que con él me pasó?

GARCÍA: ¿Qué pasó?
REDONDO: Que él me miró,
 Y yo también le miré.
 Pasé arrogante la calle.
 Capa y espada prevengo,
 y como él no me habló, vengo,
 y véngome sin hablalle.
GARCÍA: ¡Qué gran hazaña!
REDONDO: ¿Sería
 cordura trabar pendencia
 en tal calle?
GARCÍA: Esa prudencia
 la debo a tu cobardía.
 ¡Ay de mí! Yo soy perdido.
 ¿Efímera fue, Leonor,
 en tu corazón mi amor?
 ¿Hoy murió, de ayer nacido?
 ¿Fue contra el cierzo violento
 flor que de nacer acaba?
 ¡Qué tierno tu amor estaba,
 pues lo llevó el primer viento!
 Al primer indicio leve
 del amor del Marqués, luego,
 ¡trocaste la nieve en fuego,
 y el fuego trocaste en nieve!
 ¿No es éste el Marqués? Desvía.
REDONDO: Sí, señor.
GARCÍA: Hablarle quiero.
REDONDO: ¿He de ser el "*Míra Nero,*
 o él de nada se dolía?"
GARCÍA: Eres muy cuerdo.
REDONDO: Respondo
 que soy Redondo; y quisiera
 que por mí no se dijera
 esto de "Cayó redondo."
MARQUÉS: Id con Dios.

Vase FIGUEROA

 El escudero
 se rindió a la vanidad.
RICARDO: Si va a decir la verdad
 yo sospecho que al dinero.
MARQUÉS: El redimió el alma mía
 de mil celosos engaños.
RICARDO: En fin, ¿dice que ha dos años
 que ama a Clara don García?
MARQUÉS: Sí.
RICARDO: ¿Y que su dueño gallardo,

la bella doña Leonor,
ni tiene amante ni amor
hasta agora?

MARQUÉS: Sí, Ricardo.

RICARDO: Ya habrás visto de ese modo
cuán malo es anticipar
la pena y desesperar,
sin informarse de todo.

MARQUÉS: Tanto, Ricardo, que espero
que en el mismo don García,
que por el contrario tenía,
he de tener compañero;
que haremos, enamorados
los dos de Clara y Leonor,
para esta guerra de amor,
liga de nuestros cuidados.

RICARDO: Él viene.

MARQUÉS: Yo le he de hablar.

GARCÍA: Señor Marqués.

MARQUÉS: Don García.

GARCÍA: En busca vuestra venía;
que tenemos que tratar
cierto caso entre los dos.

MARQUÉS: Huélgome; que también vengo
a buscaros, porque tengo
otro negocio con vos.

GARCÍA: Redondo, déjanos solos.

REDONDO: Harélo con mucho agrado;
que temo morir birlado,
ya que Dios nos hizo bolos.

Vase REDONDO

MARQUÉS: Déjanos solos, Ricardo.

RICARDO: ¿Dónde te veré después?

MARQUÉS: En palacio.

Vase RICARDO

GARCÍA: Va, Marqués,
vuestrs intentos aguardo.

MARQUÉS: Yo os suplico, don García,
que los vuestos me digáis.

GARCÍA: En esto, si no empezáis,
consumiremos el día.

MARQUÉS: Porque vuestro gusto intento,
me determino a empezar;
pues cuanto tardo en hablar,

tanto os quito de contento.

Sabed, noble don García,
que la libertad lozana
el nunca domado orgullo,
la juvenil arrogancia
con que pisé tantos años
del Amor ciego las armas,
envidia de los galanes
y cuidado de las damas,
rindieron ya la cerviz
a la sujeción tirana
de una pena que me aplace
y de un placer que me mata
vi los dos divinos ojos
de la hermosa sevillana
doña Leonor de Toledo.
Vilos al fin, esto basta;
que pues que vos habéis visto
su belleza soberana,
conoceréis los efectos
por el poder de la causa.
Apenas rompió mi pecho
la flecha de Amor dorada,
cuando los celos se entraron
por la misma herida al alma;
que dos veces, Lara ilustre,
os vi entrar a visitarla
conociendo vuestras partes,
su hermosura y mi desgracia;
pero los piadosos cielos,
condolidos de mis ansias,
con un desengaño breve
serenaron la borrasca,
pues con saber que ha dos años
que servís a doña Clara,
vengo a tener por amigo
al que enemigo juzgaba.
Ya sabéis que es deuda mía.
Pues vos entráis en su casa,
y en ella están las dos prendas
de nuestras dos esperanzas,
ayudémonos. Dé al otro
cada cual lo que le falta,
y démonos dos a dos
esta amorosa batalla.
Terciad por mí, don García,
con Leonor; que mi palabra
os doy de hacer cuanto pueda
porque os dé la mano Clara.

GARCÍA: Por la merced que me hacéis
os beso, Marqués, las plantas
y para servirla ofrezco
cuanto pueda y cuanto valga;
mas escuchad el intento
y el fin para que os buscaba,
y a la vuestra servirá
de respuesta mi demanda.
Cierta caballero noble,
que la deidad idolatra
de Leonor, y a dulces bodas
anima sus esperanzas;
teniendo ciertos indicios
de vuestra amorosa llama,
temeroso justamente
de competencia tan alta,
por mí os suplica, Marqués,
que la antigüedad le valga,
y la honrosa pretensión,
pues de ser su esposo trata;
supuesto que aunque Leonor
tiene calidad tan clara,
por ser escudera y pobre,
vos no querréis levantarla
al tálamo suntüoso
que más feliz dueño aguarda,
y con ilícitos fines
debéis de solicitarla.
Éste es el caso, Marqués;
y yo le di la palabra
de ayudarle. Noble soy.
Mirad si puedo quebrarla.
Serviros es imposible;
engañaros vil hazaña.
Esto os respondo; que vos
respondáis es lo que falta.

MARQUÉS: ¿Puede saberse quién es
ese amante?

GARCÍA: La palabra
del secreto me pidió.

MARQUÉS: Si se la distes, guardadla.

GARCÍA: ¿Qué respondéis?

MARQUÉS: Desistir
de intenciones declaradas
no pienso que suele dar
a los nobles alabanza,
y más cuando quien lo pide
encubre de mí la cara,
con que ni a la cortesía
ni a la amistad debo nada.

Alegarme antigüedad
para obligarme, no basta;
porque esa en la posesión
vale, mas no en la esperanza;
porque ajenas pretensiones
con razón puede estorbarlas,
no el que primero pretende,
mas el que primero alcanza.
Decir que el querrir casarse
hace justa su demanda,
porque yo a ilícitos fines
debo de solicitarla,
ése es mucho adivinar.
Y a doña Leonor agravia
quien piense que yo no debo
para mi esposa estimarla.

GARCÍA: ¿Qué decís?

MARQUÉS: Será mi esposa;
y lo fuera, si gozara,
como un título poseo,
de la corona de España.

GARCÍA: (Perdido soy.)

Aparte

MARQUÉS: Don García,
de colores la mudanza
en vuestra cara, denota
turbaciones en el alma.
Parece que hacen en vos
sentimientos mis palabras,
mayores que los que suelen
obrar las ajenas causas.

GARCÍA: Marqués, las causas ajenas,
el que es noble, o no se encarga
de ellas, o tiene por propia
su ventura o su desgracia.

MARQUÉS: Correspondéis a quien sois;
mas pues las partes contrarias
hacéis con doña Leonor;
y son ella y doña Clara
mis deudas; y sois galán,
y ellas dos hermosas damas,
con que pueden ofender
vuestras visitas su fama;
desde este momento son
los umbrales de su casa
vedados a vuestros pies,
y a los ojos las ventanas.

GARCÍA: Doña Clara es viuda, y es
señora de sí, y se trata
casamiento entre los dos.

MARQUÉS: Tratadlo sin visitarla.

GARCÍA: No sois deuda tan cercano
vos, que os obligue su guarda.
MARQUÉS: A todos toca el remedio;
que a todos toca la infamia,
y son padres de sus deudos
los señores de las casas.
Pero cuando no, advertid
que ya lo he intentado, y basta
para empeñarme y correr
por mi cuenta la venganza.
GARCÍA: Habéis de advertir, Marqués,
que si sois marqués, soy Lara,
que como yo tenéis vida,
y yo como vos espada.

Vanse

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

*Sale don FÉLIX, teniendo a don
GARCÍA*

GARCÍA: Soltad.
FÉLIX: No iréis, vive Dios.
GARCÍA: ¿He de mostrar cobardía
al Marqués?
FÉLIX: Yo, don García,
tengo de morir con vos;
mas si el fin de resolveros
es no perder la beldad
de Leonor, ¿no es necedad
perdella más con perderos?
GARCÍA: ¿Indicios de cobardía,
siendo quien soy, he de dar?
FÉLIX: Esto no es sino guiar
bien las cosas, don García.
Tracemos cómo Leonor
dé efecto a vuestra esperanza;

que ésa es la mayor venganza
y el verdadero valor;

pues si su bien le quitáis,
dos fines conseguiréis.
Mostrar que no lo teméis,
y gozar de quien amáis.

El que llevare a Leonor,
ése vence. En eso topa
porque el que guarda la ropa,
sólo es el buen nadador.

GARCÍA: En vano buscáis remedios;
que el veniros a encontrar
es fuerza, si he de pasar
a los fines por los medios.

Sin visitarla, sin verla,
sin servilla y sin hablarla,
¿cómo puedo yo obligarla?
¿Cómo llegar a vencerla?

FÉLIX: ¿No tenéis amigos fieles?
¿No hay mensajeros discretos?
¿No hay medianeros secretos?
¿No hay recados? ¿No hay papeles?
¿No hay disfraces? ¿No hay espías?
¿No hay noches? ¿No hay a deshora
hablar a vuestra señora,
sin temáticas porfías?

Buscar el inconveniente
es notorio desvarío.
En el más pequeño río
no hay vado como la puente.

El Marqués es poderoso;
vos no, aunque tan caballero.
De vuestro valiente acero
confieso el valor fatnoso;
y era ofensa declarada
el quereros impedir,
si fuera cierto el reñir
cuerpo a cuerpo en la estacada.

No digo yo que ha de hacer
el Marqués superchería,
ni es razón; pero podría
querer usar del poder;
que puede al fin un señor,
desvanecido en su alteza,
dar título de grandeza
a lo que ha sido temor.

Y aunque es fuerza confesaros
que vuestra nobleza es
tal, que no puede el Marqués
con razón supeditaros;

lo que en estado os excede
y os aventaja en hacienda,
basta para que pretenda
darnos a entender que puede.

Y así arrojaros es loca
intención, mientras no es tanta
el agua, que a la garganta
pida paso por la boca.

Si no podéis de otro modo
con Leonor comunicaros,
ahí será el determinaros
y el aventurarlo todo.

GARCÍA: En tanto que la honra mía
no peligre, seguiré
vuestro consejo.

FÉLIX: A mi fe
fiad vuestro honor, García.

GARCÍA: Trazad pues cómo a Leonor
pueda yo ver.

FÉLIX: ¿Un papel
no os escribió?

GARCÍA: Sí.

FÉLIX: Y en él,
¿qué estado muestra su amor?

GARCÍA: Satisfacciones me envía.

Dale un papel

Leedlo, con advertencia
de que lo escribió en presencia
de doña Clara su tía.

Lee

FÉLIX: "Mucho siento verme con vuestra
merced tan mal acreditada, que
no basten satisfacciones más
a celos mal fundados. Aseguróle
que si le engañara, le desengañara.
Mi tía es y ha de ser de vuestra
merced, y remite la prueba de sus
verdades a las obras. Y si con
esto prosigue vuestra merced su
enojo, será cierto que no se
retira por celar, sino que cela
por retirarse. Y me holgara de
verlo, para decirle muchas más
verdades sin rebozo."

- GARCÍA: Esa palabra declara
que cuanto me escribe aquí,
lo dice Leonor por sí,
hablando de doña Clara,
conforme a la oculta seña
entre los dos concertada.
- FÉLIX: De esa suerte declarada,
resolución os enseña,
pues dice que es y ha de ser
vuestra.
- GARCÍA: Sí.
- FÉLIX: Discretamente
sabe decir lo que siente.
- GARCÍA: Agudeza fue poner
En el billete la seña,
sin desdecir la razón.
- FÉLIX: Hermosura y discreción
ablandarán una peña.
- GARCÍA: Esto supuesto, ¿qué haré?
- FÉLIX: ¿Qué falta, si ya Leonor
ha declarado su amor,
sino que la mano os dé?
- GARCÍA: ¿Eso que no es nada?
- FÉLIX: Pues
si ella está ya declarada,
ejecutarlo no es nada.
- GARCÍA: ¡Ay don Félix! Lo más es;
que en cosas tan de importancia,
desde la resolución
a la misma ejecución,
es muy grande la distancia;
y más en una mujer
niña, doncella y honrada,
encogida y recatada,
a quien se le han de ofrecer
inmensos inconvenientes
con pensar que desafía
la enemistad de su tía
y el murmurar de las gentes.
Y aumenta el temor crüel
ver que no se resolvió
cuando ocasión se ofreció,
a recibir un papel.
- FÉLIX: Yo no os lo puedo negar;
mas también se ha de entender
que no hay de decir a hacer
más de un grado que pasar.
Ella ha dicho ya de sí.
Demos a la ejecución

tiempo, lugar y ocasión,
y probaremos así
las veras con que se abrasa.

GARCÍA: Muy bien decís.

FÉLIX: Yo daré
una traza, con que esté
sola con vos en su casa,
porque se ausente con vos,
si su palabra desea
cumplir, sin que el Marqués vea
a ninguno de los dos.

GARCÍA: Ya de vos la vida espero.

FÉLIX: En vuestro bien está el mío;
(Pues de esa suerte confío **Aparte**
alcanzar a la que quiero.)
En vuestra casa esperad
hasta que os avise.

GARCÍA: Voy.

FÉLIX: La prueba habéis de ver hoy
de mi ingenio y mi amistad.

*Vanse. Salen doña LEONOR y
MENCÍA*

MENCÍA: Determinarte procura,
o ser feliz desconfía;
que nunca la cobardía
dio abrazos a la ventura.

LEONOR: No sé cómo es la pasión
de que fatigar me veo,
que me animo en el deseo,
y tiemblo en la ejecución.
Siéntome abrasar por él,
y cuando lo veo, siento
que aún no tuvo atrevimiento
de recibir un papel.

MENCÍA: Eso me tiene admirada.
Si dijiste a don García.
"Digo que os quiere mi tía,"
con la seña concertada,
que es decirle que lo quieres,
¿cómo tan cobarde estás
en lo demás, sí es lo más
declararse en las mujeres?

LEONOR: Como las palabras son
tan ligeras, las envía
muy fácilmente, Mencía,
a la boca el corazón;
y más cuando no el intento

pronunciaron declaradas;
que les dio, el ir rebozadas
del engaño, atrevimiento.

"Digo que os quiere mi tía,"
dije; y pienso que si fuera
menester que le dijera,
"Yo os quiero," no lo diría.

Y no debes, siendo así,
admirar por cosa nueva
que a ejecutar no me atreva,
aunque a decir me atreví.

Mil veces ya me arrojaba
a recibir el papel,
y tantas la mano de él
casi abierta retiraba.

Ya del mismo portador
la vergüenza me oprimía;
ya de que alguien lo vería
me refrenaba el temor.

¿Pues qué, cuando el alma piensa
del pueblo las opiniones,
de los deudos los baldones,
de doña Clara la ofensa?

Allí es Troya. Allí el temor
corta a la esperanza el vuelo,
y llueven montes de hielo
sobre las llamas de amor.

MENCÍA: Que lo olvides me holgaré;
que pienso que más ventura
guarda el cielo a tu hermosura.

LEONOR: ¿Por qué lo dices?

MENCÍA: La fe
con que en amarte porfía
el Marqués, me hace esperar,
señora, que has de pasar
de merced a señoría.

LEONOR: ¡Qué locura!

MENCÍA: La locura
es, siendo igual la nobleza,
entender que su grandeza
es digna de tu hermosura.

LEONOR: En el príncipe más loco,
los impulsos de afición
centellas de rayo son.

Arden mucho y duran poco.
Y del Marqués, ni yo creo,
ni aunque él lo diga, imagines
que a justos y honestos fines
encamine su deseo.

MENCÍA: Si Figueroa porfía

que lleva puesta la proa
en eso...

LEONOR: ¿De Figueroa
haces tú caso, Mencía?

MENCÍA: Hace libros.

LEONOR: El papel
echa a mal.

MENCÍA: Pues por mil modos
dice en ellos mal de todos.

LEONOR: Y todos de ellos y de él.

MENCÍA: Pues él viene confiado...
Mas la que viene es tu tía.

Sale doña CLARA

CLARA: Déjanos solas, Mencía.

MENCÍA: (Entra en consejo de estado.) **Aparte**

Vase

CLARA: Leonor, bien pienso que sabes
quién eres.

LEONOR: Bien sé que fueron
Toledos y Figueroas
blasones de mis abuelos.

CLARA: Las muchas obligaciones
entenderás, según eso,
que con la sangre heredaste
de tus pasados.

LEONOR: Si entiendo.

CLARA: Bien conocerás, sobrina,
con cuánto amor te deseo
buena fama y buena suerte.

LEONOR: Sí conozco, y agradezco.

CLARA: Luego bien creerás que puedes
fiar de mí tus secretos.

LEONOR: Confiada estoy que en ti
es más la amistad que el deudo.

CLARA: Pues no me niegues, amiga,
lo que preguntarte quiero,
si es que miras por tu honor,
y fías que haré lo mismo.

LEONOR: Deja tantas prevenciones,
y declárate. (¿Qué es esto? **Aparte**
¿Si ha entendido sus agravios?)

CLARA: No me espantaré que haciendo
siempre el Amor su morada
en los juveniles pechos,

en tus años florecientes
haya prendido su fuego.
No por cierto; que también
soy yo mujer, y amor tengo.
Dime pues, ¿qué lugar tienen
en tu afición los deseos
del Marqués?

LEONOR: (¡Gracias a Dios, **Aparte**
que hemos llegado al puerto!)

CLARA: Di: ¿qué esperanzas le has dado,
o qué favores le has hecho?
Y él contigo ¿qué fin lleva?
¿Qué designios o qué intentos
significan sus palabras
y pronostican sus hechos?
Háblame claro, sobrina;
que te va el honor en ello.

LEONOR: Hay tan poco que decir,
que no haré nada en hacello.
Él dice que me pretende
para esposa; no lo creo;
y ni favor ni esperanza
le he dado. No hay más en esto.

CLARA: Pues, sobrina de mis ojos,
mira por tus pensamientos;
que se obligan esperando,
y se cautivan creyendo.
Dase un reino a un rey extraño
con que le guarde sus fueros;
después que de él se apodera,
¿quién podrá obligarle a ello?
Prometiendo matrimonio
entra el amor en el pecho,
y aunque después no lo cumpla,
no hay para echarlo remedio.
Piensa que el Marqués te engaña,
y no lo querrás con eso;
que el que engaña ofende, y causa
la ofensa aborrecimiento.
Piensa que en sangre le igualas,
y aspira al tálamo honesto;
que el estado y la fortuna
no es ventaja entre los buenos.
Si es verdadero amor,
si casarse es su deseo,
tu esquivaza y tu recato
darán más fuerza a su fuego;
y si engañarte pretende,
pruebe el rigor de tu pecho.
Darás lustre a tu nobleza

y castigo a sus intentos.

LEONOR: Aunque estimo tus avisos,
casi corrida me siento
sospechando que imaginas
que yo necesito de ellos.
¿Qué indicios has visto en mí
de livianos pensamientos?
Que nacen más que de amor
tan cuidadosos consejos.

CLARA: Ver que el Marqués multiplica
diligencias y paseos,
y examina tus criados
de tus dichos y tus hechos,
centinela de tu vida,
Argos de tus pensamientos;
como te tengo a mi cargo,
en tal cuidado me ha puesto.
Y más viendo que eres ave
tan poco experta en el vuelo,
y en la región de la corte
estrenas agora el viento.
Que como pocos señores
se ven en los otros pueblos,
corren las recién venidas
a la corte, mucho riesgo
de pensar que es calidad
que aumenta merecimientos,
un amante señoría.

LEONOR: Discretos son tus recelos,
mas excusados conmigo.

CLARA: Conozco tu entendimiento;
pero nunca hicieron daño,
aunque sobren, los consejos.

Sale REDONDO, de mujer, rebozado

CLARA: Mas ¿quién es esta mujer?

REDONDO da un papel a LEONOR sin decir palabra

¡Hola! ¡Criados! ¿Qué es esto?
¿Billete le da a mis ojos?
¿Hay mayor atrevimiento?
¡Hola!

Sale MENCÍA

REDONDO: Tente, no des voces.

Descúbrese

¿A una mujer tienes miedo?

CLARA: ¿Es Redondo?

REDONDO: Soy Redondo.

CLARA: ¿Pues qué disfraces son éstos?

REDONDO: ¡Ah, señora! Mucho mal.

El mundo al revés se ha vuelto.

CLARA: ¿Cómo, Redondo?

REDONDO: ¿No ves

que ya los hombres son hembros?

CLARA: Acaba, dime. ¿Por qué
en ese traje te has puesto?

REDONDO: Porque el Marqués tu pariente
no sepa que a hablarte vengo;
porque sobre visitarte
ha tenido con mi dueño
palabras harto pesadas.

CLARA: Él está loco de celos.
Mira el daño que el Marqués
con pretenderle me ha hecho,
pues que firme don García
en el primer pensamiento
de que soy el blanco yo
a quien miran sus deseos,
vino a encontrarse con él.

REDONDO: (¡Bien entendéis el enredo!)

Aparte

CLARA: ¿Y qué dice don García?

REDONDO: Al pimpollo hermoso y tierno
de gallegos Figueroas
y castellanos Toledos
paga en éste su papel,
y a ti te pide que luego
yomes, señora, la silla,
y en el lugar más secreto
de San Sebastián lo aguardes
para contarte el suceso,
y resolver de estas cosas
el importante remedio.

CLARA: ¡Hola! ¡Apercebid los mozos

Sale FIGUEROA

de silla al punto. ¡Que en esto

Vase FIGUEROA

por ti, sobrina, me vea!
LEONOR: Yo, tía, ¿qué culpa tengo?
CLARA: En tanto que me dispongo
para salir, ve leyendo.
¡Hola!, el manto.

Vase MENCÍA. Abre el papel LEONOR

LEONOR: (¿Si traerá **Aparte**
contraseña este decreto?)

Lee

"El papel de vuesa merced puse
descubierto sobre mi cabeza, y
con la misma reverencia respondo..."

(Bien está: la seña trae.) **Aparte**
CLARA: ¿Qué te detienes?
LEONOR: No acierto;
que escribe mal don García.
REDONDO: Es propio de caballeros.

Lee

LEONOR: "Respondo que pues vuesa merced
dice, sin rebozo, que su tía
es y ha de ser mía, y no deseo
otra cosa, he trazado como hoy
se vea en la ejecución la verdad.
Y advierto que si hoy falta la
resolución, mañana faltará la
ocasión. Y guarde nuestro Señor,
etcétera."

CLARA: ¿Cómo, si está satisfecho,
celos al Marqués pidió?
¿Y cómo, si siempre yo
le di la mano y el pecho,
duda mi resolución,
y amenaza y desconfía?

REDONDO: El amor temores cría
en la misma posesión.

Vuelve MENCÍA con el manto de su ama

MENCÍA: La silla está apercebida.

CLARA: Ve a avisar a tu señor
que ya parto. Adiós, Leonor.

LEONOR: Prospere el cielo tu vida.

Doña LEONOR y REDONDO hablan aparte

REDONDO: El cuerpo hurtaré a tu tía;
que te importa mucho oírme.

LEONOR: ¿No te vas?

REDONDO: El despedirme
de un ángel me detenía.

Vanse doña CLARA, MENCÍA y REDONDO

LEONOR: Tómalo entre el manjar y la bebida,
en vano sigue el fruto que cercano
el labio toca hambriento, y sigue en vano
el agua que a la sed huye y convida.

Mas yo de mis deseos combatida,
--¿Quién tal creyera?--en mal tan inhumano,
yo misma ¡ay triste! la medrosa mano
huyo del bien, al mismo bien asida.

Si de la vida pretendéis privarme,
temores y recatos, no es mi intento
sino ver declarada la vitoria.

Acabad de acabaros o acabarme;
que bien sabrá morir en el tormento
la que sabe privarse de la gloria.

Vase. Salen el MARQUÉS y OTAVIO

MARQUÉS: Desde la tierna edad, Otavio, han sido
un alma nuestras almas, e igualmente
la amistad con los años ha crecido.

Yo pienso que sacárades, ausente
de mí, en defensa de mi honor la espada.

OTAVIO: Hasta rendir la vida el pecho ardiente.

MARQUÉS: Pues ya es, amigo, la ocasión llegada,
en que la fe de vuestro hidalgo pecho
a tantas pruebas la mayor añada.

OTAVIO: Corrido estoy, por Dios, de que hayáis hecho
para mandarme, tales prevenciones.

MARQUÉS: Yo estoy de vuestras veras satisfecho;
mas es justo en tan grandes ocasiones

el fuego en las cenizas sosegado
despertar, y acordar obligaciones.

Si hubiera de pedirlos que a mi lado
saliérades al campo a un desafío,
venid, solo os dijera, confiado;

mas no sin causa agora desconfía,
cuando duro fiscal pretendo haceros
de ajeno honor, por conservar el mío;
que pienso que los nobles caballeros
sólo por no tocar en honra ajena,
pueden romper de la amistad los fueros.

OTAVIO: No llame dura la más dura pena
quien con lengua insolente y atrevida
la ajena fama y opinión condena;
mas si puede, Marqués, ser ofendida
la vuestra del recato, es bien que sea
en mí amistad a todas preferida.

MARQUÉS: Sabed, pues, que el amor de suerte emplea
su fuerza en mí, que ya en mi pensamiento
no hay parte que su fuego no posea.

Resuelto estoy a declarar mi intento
hoy a Leonor, y con su blanca mano
dar venturoso fin a mi tormento.

Vos, que con ella el pueblo sevillano
desde la cuna honrastes hasta el día
que partistes al suelo cortesano;

pues está en vuestra mano la honra mía,
debajo de la llave del secreto,
si de mi fe vuestra amistad lo fía,
me decid si padece algún defeto
la fama de Leonor, porque yo deba
suspender de estas bodas el efeto.

Habladme claro, Otavio, sin que os mueva
ni la afición ni el deudo que le tengo,
a que en vos menos la verdad se atreva.

No a vos amante, sino honrado vengo.
Mi sentimiento temeréis en vano,
pues para el desengaño me prevengo.

Imitad al experto cirujano
en quien para el remedio del doliente
tiene el pecho piedad, crueldad la mano.

Sólo de vuestra lengua está pendiente
que yo ejecute mi intención, Otavio,
o que reprima la pasión ardiente.

Moved resuelto el oficioso labio,
advirtiendo que pongo, ¡oh caro amigo!
mi honor en vuestros hombros o mi agravio.

OTAVIO: Lo que os dije otras veces, que conmigo
comunicastes este mismo intento,
por verdad infalible agora os digo.

Creed que a no ser esto lo que siento,
la centella al principio os apagara,
antes que os obrasase el pensamiento;
el oculto peñasco os enseñara
sin ser de vos, Marqués, examinado,
y el timón en las manos, os dejara;
que aunque sólo ha de darse demandado
el consejo, entre amigos el aviso
se ha de dar, sin pedirlo, al descuidado.

En cuantas tierras vio de Cipariso
el claro amante, y la purpúrea diosa
que el viejo esposo tan en vano quiso,
Nunca opinión más clara, o más honrosa
fama alcanzó doncella, que en Sevilla
la tuvo siempre vuestra prenda hermosa.

Gozad feliz la octava maravilla
de virtud, de prudencia y hermosura,
del mundo asombro y honra de Castilla.

MARQUÉS: Mi honor con eso, Otavio, se asegura,
y mi amor se resuelve.

OTAVIO: El cielo mide
con su merecimiento su ventura.

Sale RICARDO

RICARDO: Mi cuidado, señor, albricias pide.
En la silla salió la guardadora
Vigilante del bien, que ver te impide.
Sola queda Leonor.

MARQUÉS: Aunque ya agora,
resuelto a ser su esposo, se holgaría
Clara, los hurtos ama quien adora.
A solas quiero ver la gloria mía.

OTAVIO: Bien decís; que vencer la resistencia
aumenta a los amantes la alegría,
y minora los gustos la licencia.

Vanse. Salen LEONOR y REDONDO

LEONOR: Presto volviste.

REDONDO: Escondime
en un zaguán, y en pasando
doña Clara, vine al punto
a prevenirte del caso.

LEONOR: Habla pues; que estoy confusa.

REDONDO: Celoso y determinado
mi dueño, al Marqués buscó,
que es tu amante y su contrario;

y fingiendo que un su amigo
solicitaba tu mano,
le pidió que desistiese
del intento comenzado.
No se conformó el Marqués;
antes juzgó por agravio
la demanda, y con disgusto
al fin los dos se apartaron.
Pues como el Marqués prosigue
atrevido y confiado
en publicar, tan a riesgo
de tu opinión, sus cuidados;
mi señor, por evitar
los escandalosos daños
que en tu fama sucedieran,
si por ti riñesen ambos;
para entrar secreto a verte,
él y don Félix trazaron
sacar de aquí a doña Clara.
Don Félix la está esperando
en San Sebastián; y oculto
ocupa un zaguán cercano
mi señor, para meterse,
por cohecho o por engaño,
en la silla de tu tía,
y venir a verte, en tanto
que ella en la Iglesia le está
con don Félix aguardando.
Éste es el caso, y el punto
éste en que viene mi amo
por la calle en la litera
de dos racionales machos.
Apercibe pues, señora,
resolución para el caso.
No se pase la ocasión,
que tiene el cerebro calvo.

LEONOR: ¡Ay de mí!

REDONDO: ¿De qué te afliges?

LEONOR: A un punto me hielo y ardo,

REDONDO: Pasos siento. Éste es sin duda
mi señor.

LEONOR: Mil sobresaltos
me cercan.

Sale MENCÍA

MENCÍA: En este punto
el Marqués en casa ha entrado.

REDONDO: ¿El Marqués? ¡Cuerpo de Cristo!

LEONOR: Ponte presto, ponte el manto.

REDONDO: Despáchalo presto. Mira
que ya llegará mi amo,
y si se encuentran los dos,
es forzoso un gran fracaso.

LEONOR: Vele a avisar.

REDONDO: Dices bien.

LEONOR: Di que se detenga un rato;
que al punto al Marqués despide.

REDONDO: Yo voy; mas voy recelando
que intentamos detenerlo
con lo que ha de apresurarlo.

*Vase. Salen el MARQUÉS y
RICARDO*

MARQUÉS: Bella Leonor...

LEONOR: Razón fuera,
si supo vueseñoría
que no está en casa mi tía,
que este pesar no le diera;
y si no lo supo, ya
que lo sabe, será justo
que a mí me evite el disgusto
que ella conmigo tendrá,
pues ha de pensar que es mía
la culpa de esta ocasión.

MARQUÉS: Si escucháis una razón...

LEONOR: Sírvase vueseñoría
de perdonarme, y difiera
lo que quiere hablar por hoy;
y no se espante si soy,
de recatada, grosera.

MARQUÉS: A pedir favor he entrado,
y he de porfiar, Leonor;
que un mendigo de favor
bien puede ser porfiado.

Despedirme, confesáis,
señora, que es grosería;
y yo confieso la mía
de no hacer lo que mandáis.

Una por otra, Leonor,
se vaya. Igual es el trato;
pues si os obliga el recato,
a mí me obliga el amor.

LEONOR: Amarme ¿es darme pesar?

MENCÍA: Déjale por Dios decir,
y gasta el tiempo en oír,
que gastas en porfiar.

LEONOR: Decid pues, con que abreviéis.

MARQUÉS: Sólo digo que os ofrezco

esta mano, si merezco
que la de esposa me deis.

LEONOR: Qué decís!

MARQUÉS: No digo más;
que obedeceros deseo,
y en esto que he dicho, creo
que se encierra lo demás.

¿Qué dudáis? ¿No respondéis?

LEONOR: Señor Marqués, no os espante
en caso tan importante
esta suspensión que veis;
que no sin causa al deseo
que me proponéis resisto,
pues por los medios que he visto,
dudo los fines que veo.

Porque si vuestra intención
era levantar mi mano
al tálamo soberano
de vuestra dichosa unión,
¿de qué sirvió tanta espía,
con recato y diligencia,
para tratarlo en ausencia
de mi cuidadosa tía,
siendo negocio tan llano,
que para este intento fuera
ella la mejor tercera,
viendo lo mucho que gano?

Por esta razón no creo
la dicha que me sucede,
y lo que presumo puede
más en mí que lo que veo.

MARQUÉS: Recelos fueran discretos,
justas presunciones ésas,
si fuesen estas promesas
y no presentes efetos.

Si os doy mano de marido,
¿qué teméis? ¿Qué receláis
cuando la verdad tocáis?
si porque os he pretendido
como galán, os advierto
que fue por gozar favor,
alcanzado por amor
primero que por concierto;
que no porque mi deseo
no fuese, desde que os vi,
saros posesión de mí
en pacífico himeneo.

Cesen pues ya las crueldades
que causó el recelo vano,
pues que con daros la mano

averiguo estas verdades.

LEONOR: Puesto que las acredito
con agradecido pecho,
no deis a tan justo hecho
circunstancias de delito.

Con doña Clara mi tía
tratad estas intenciones,
porque las justas acciones
no huyen la luz del día.

MARQUÉS: Al punto a buscarla iré;
que demás de ser tan justo,
los delitos de tu gusto
son las leyes de mi fe.

Pero tú, señora mía,
será bien que un sí me des.

MENCÍA: Bien dice.

LEONOR: Digo, Marqués,
que lo tratéis con mi tía.

MARQUÉS: Sepa yo tu voluntad,
di que sí, mi bien, si quieres.

LEONOR: No dicen más las mujeres
de mí estado y calidad.

y con esto, idos con Dios.

No demos qué murmurar,
si algún vecino os vio entrar.

MARQUÉS: Mi honor es el de los dos;
pero, mi bien, por venir
más presto al bien soberano
de tocar tu blanca mano,
más presto quiero partir.

¿Dónde hallaré a doña Clara?

RICARDO: Que en San Sebastián quedó,
ha dicho quien la siguió.

MARQUÉS: Pues adiós, mi prenda cara.

RICARDO: La silla es ésta, señor,
de doña Clara.

*Salen dos MOZOS, trayendo una silla de manos, y en
ella a GARCÍA, oculto*

MARQUÉS: Si viene
en ella, cuidado tiene
mi fortuna de mi amor.

LEONOR: (¡La silla! ¡Ay triste! Mencía, **Aparte**
¡Qué gran mal! Perdida quedo.)

MENCÍA: (Yo lo estorbaré, si puedo.) **Aparte**

Llégase MENCÍA a la silla, y mírala

La silla viene vacía.

¿Y señora?

MOZO: Quedó en misa
 En San Sebastián.

MARQUÉS: ¿Qué aguardo?
 Lleguen el coche, Ricardo,
 y a San Sebastián aprisa.

Vanse el MARQUÉS, RICARDO y los MOZOS

MENCÍA: Qué bien se ha hecho!

LEONOR: Los cielos
 guardaron mi honor, Mencía.

MENCÍA: Entre agora don García,
 y haga su papel de celos.

Sale don GARCÍA de la silla

GARCÍA: Decidme, Leonor hermosa,
 ¿A que tan aprisa van
 Los dos a San Sebastián?

LEONOR: A pedirme por esposa
 va el Marqués a doña Clara.

GARCÍA: ¿Qué decís?

LEONOR: Que fuera justo
 que un sobresalto y disgusto
 tan grande se me excusara,
 Pues envié a suplicaros
 con Redondo que un momento
 os detuviéades.

GARCÍA: Siento
 en el alma el disgustaros;
 pero viendo, dueño hermoso,
 que se tardaba el Marqués,
 no pude más. Yerro es
 de enamorado y celoso.

 Mas pues sólo ha sucedido
 el peligro y no el fracaso,
 de lo importante del caso
 tratemos, dueño querido.

 El plazo veis limitado,
 y veis la ocasión forzosa.
 Cumplidme, Leonor hermosa,
 la palabra que habéis dado.

 Dadme la mano, y entrad
 en esa silla, señora.
 ¿Agora dudáis? ¿Agora

os detenéis?

LEONOR: Perdonad;
que ya perdió de alcanzarme
la ocasión vuestro cuidado.

GARCÍA: ¿Cómo, crüel, te has mudado
tan presto?

LEONOR: Por mejorarme.

MENCÍA: (Diole con su misma flor.) **Aparte**

GARCÍA: ¿No bastará desdeñarme,
ingrata, sino agraviarme,
haciendo al Marqués mejor?

LEONOR: ¿Negaréis la mejoría,
aunque en sangre sois igual,
de poco a mucho caudal,
de merced a señoría?

GARCÍA: No la niego; ¿mas qué efeto
a tu promesa le has dado,
tirana, si la has mudado
en mejorando el sujeto?

¿Qué palabra me guardabas,
o qué firmeza tenías,
si a mí sólo me querías
mientras no te mejorabas?

Firme es sola quien desprecia
la ocasión de mejoría.

LEONOR: Yo os confieso, don García,
que ésa es firme; pero es necia.

MENCÍA: La misma flor. **Aparte**

GARCÍA: Mi esperanza
vive y muere en tu belleza.
Galardona mi fineza,
no castigues mi mudanza,
no engañes la confianza
que en ese cielo tenía.

LEONOR: No imaginéis, don García,
que cuando estas cosas digo,
vuestras mudanzas castigo;
antes disculpo la mía.

Dos años fuistes amante
de doña Clara, y por mí
dos años de amor os vi
olvidar en un instante.
Según esto, no os espante
si hoy por el Marqués olvido
vuestro amor, de ayer nacido;
pues debéis considerar
cuán fácil es de apagar
centella que no ha prendido.

Demás que yo, don García,

tengo causas más urgentes;
que en vos miro inconvenientes,
si en el Marqués mejoría.
Amante sois de mi tía,
mal hice en daros favor.
y mudarme no es error,
antes digno de alabanza;
que es mérito la mudanza
cuando es delito el amor.

GARCÍA: ¿Que tal escucho?

LEONOR: Ésta es
mi resolución. Con esto
idos con Dios. Idos presto.
Mirad que vendrá el Marqués.

GARCÍA: ¡Plega a Dios que no le des
la mano hermosa que a mí
me quitas, y antes que aquí
venga a cumplir tu esperanza,
llores en él la mudanza
que lloro, enemiga, en ti!

 ¡Plega a Dios que antes de verte
con el dichoso que esperas,
mudes intención, y quieras
en mi favor resolverte!

 ¿Por qué gustas de mi muerte?
 ¿Por qué das muerte a tu gusto?
Mira, mi bien, que no es justo,
si me tienes afición,
a precio de la ambición
comprar eterno disgusto.

 Tu mismo mal te lastime,
que un esposo te dispone
dsgual, que te baldone,
y no un igual que te estime.
La ciega ambición te oprime,
con un título engañada.

 ¿Y no adviertes que casada
con quien tu amor no quería,
te llamará señoría,
pero serás desdichada?

 Doy que él de ti sea querido;
luego hará como señor.
Título tendrás, Leonor;
pero no tendrás marido.
Tendrá lecho dividido,
verále pocas auroras
tu casa, o tan a deshoras
vendrá a acostarse tu dueño,
que necesidad de sueño
te tiranice las horas.

Sale REDONDO

REDONDO: ¿Aquí estás, señor? Repara
 en que de San Sebastián
 salieron, y llegarán
 ya el Marqués y doña Clara.

LEONOR: Vete por dios.

GARCÍA: Prenda cara,
 aún hay plazo en que me des
 la vida.

LEONOR: ¿Un mundo no ves
 de inconvenientes?

GARCÍA: Señora,
 véncelos por quien te adora.

LEONOR: También me adora el Marqués.

GARCÍA: ¡Ah crüel!

LEONOR: Vete, por Dios.
 Noble eres, ten cortesía.
 No lo perdamos, García,
 todo de una vez los dos.

REDONDO: Coche paró; ya han venido.
 Escondámonos, señor.

LEONOR: ¡Ay de mí!

GARCÍA: Pierda, Leonor,
 la vida quien te ha perdido.

LEONOR: Hacerme un mal tan extraño
 ni es amor, ni es cortesía.

GARCÍA: Lara soy, tirana. Fía
 que yo remedie tu daño.
 Tú mudaste voluntad;
 mas no yo naturaleza.

LEONOR: Es prueba de tu nobleza.

Salen doña CLARA, el MARQUÉS y don FÉLIX

MARQUÉS: ¿Es don García?

GARCÍA: Escuchad.
 A San Sebastián partía
 a verme con doña Clara;
 topóme antes que llegara
 quien me dijo que salía
 ya de la iglesia con vos;
 que a dar estado dichoso
 a Leonor con tal esposo
 veníades juntos los dos.
 Dime priesa; que el primero

quise ser al parabién,
ya que para tanto bien
no he servido de tercero;
y porque en un mismo día,
para fiesta más dichosa,
vos recibáis por esposa
a Leonor, y yo a su tía.

MARQUÉS: La merced os agradezco,
ya doña Clara le doy
el parabién.

CLARA: Cuanto soy
a vuestro servicio ofrezco.

MARQUÉS: Dadle la mano, García,
pues yo a Leonor se la doy.

CLARA: Da la mano.

Danse las manos

LEONOR: Vuestra soy.

GARCÍA: (Perdí la esperanza mía. **Aparte**
¿Qué remedio? Corazón,
a quien os ama estimad.)
Vuestro soy.

Danse las manos

CLARA: Mi voluntad
premia vuestra estimación.

FÉLIX: (Agora, tristes cuidados, **Aparte**
empezáis cuando acabáis.)
Por muchos años tengáis
gustos de recién casados.
Y aquí, senado, el autor
fin a la comedia da,
porque si os cansa, estará
en darle fin lo mejor.

Fin de la comedia

Quién Engaña Más A Quién

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Personas que hablan en ella:

- **Don DIEGO, galán**
- **HERNANDO, su criado**
- **Don ENRIQUE, galán**
- **El DUQUE de Milán**
- **Don SANCHO, viejo**
- **Don JUAN, galán**
- **TRISTÁN, gracioso**
- **RICARDO, escudero**
- **Doña ELENA, dama**
- **Doña LUCRECIA, dama**
- **INÉS, criada**
- **CRIADOS**

ACTO PRIMERO

Salen don DIEGO y doña ELENA

DIEGO: Yo vine, Elena querida,
a Milán a pretender;
no a competir, no a perder
por temerario la vida.

El duque sé que conquista
con poder y amor tus prendas.
No sé cómo te defiendas
ni cómo yo le resista;
que en la gran desigualdad
de su estado y mi ventura,
la confianza es locura
y el valor temeridad.

ELENA: A quien de véras desea,
y a quien estima el favor,
no deja vista el Amor
con que los peligros vea;
y si acusan la osadía
pensamientos castigados,
atrevimientos logrados
condenan la cobardía.

Giges, humilde villano,
pretendió y gozó atrevido
la corona del rey lido,
y de la reina la mano;

Viriato fue un pastor,
Tolomeo fue un soldado,
y uno y otro por osado
se coronó emperador.

Venció animoso Teseo
la voraz biforme fiera,
para que Ariadna fuera
de su vitoria trofeo.

El tracio músico amante
con el canto lisonjero
candados rómpió de acero,
puertas abrió de diamante;
y su Eurídice perdida,
contra el estatuto eterno,
rescatada del infierno,
vio la luz, volvió a la vida.

Tú pues, ¿porqué desconfías,
y con frívolas excusas

temeridades acusas
en lícitas osadías?

DIEGO: Porque en esos el intento
no dejó de ser locura,
aunque tuviesen ventura
en lograr su atrevimiento;
y yo para merecerte
intentar tal desvarío,
si en mis fuerzas no me fío,
no he de fiarme en mi suerte.

ELENA: En las empresas de amor
toda la felicidad
consiste en la voluntad,
y es la fortuna el favor;
y no siendo yo mudable,
tu desconfianza es loca
mientras gozas de mi boca
el céfiro favorable.

DIEGO: Mal lo entiendes, pues si aliento
tu céfiro en mi favor,
su tranquilidad mayor
causa mi mayor tormento;
que es el duque poderoso,
yo pobre, aunque soy honrado;
y cuanto yo más amado,
ha de estar él más celoso;
y tu más cierta esperanza
es mi peligro mayor,
pues ha de ser tu favor
la espuela de su venganza.
Y así, pues de cualquier modo
ha de ser fuerza perderte,
yo quiero evitar la muerte,
para no perderlo todo.

ELENA: No soy tan necia, ni es justo,
que quiera tener segura
con su rigor mi ventura,
y con su pena mi gusto;
y así, quiero que te impida
esos temores mi amor,
aventurando mi honor
para asegurar tu vida.

DIEGO: ¿Cómo?

ELENA: Invencion se me ofrece,
cuanto atrevida, segura.
Pero ya la noche obscura
luces del sol desvanece,
y a mi padre estoy temiendo.
Vuélveme a ver a deshora;
que no tengo espacio agora

de decirte lo que emprendo.
DIEGO: Cuando la noche ligera
en su carro tachonado
de estrellas haya pasado
la mitad de su carrera,
en tus balcones veré
anticipada la aurora.
ELENA: Yo el sol que mi pecho adora
en ellos aguardaré.

*Vanse. Salen don ENRIQUE y TRISTÁN, de noche
con linterna encendida*

TRISTÁN: ¿Hoy la viste, y ya la adoras?
ENRIQUE: Sí, Tristan; que es Dios Amor,
y su poder el favor
no ha menester de las horas.
Con razon la solicito;
que es, según me han informado,
noble y rica.
TRISTÁN: ¡Buen bocado!
Pero costará buen grito.
¡Plegue a Dios no des venganza
a la ofendida Lucrecia,
a quien tu rigor desprecia,
y enloquece tu mudanza;
y cuando vuelvas amante
como primero a querella,
no te suceda con ella
lo que al otro caminante!
ENRIQUE: Y ¿qué fue el caso?
TRISTÁN: Pasaba
por la quinta de un su amigo,
cuando el cielo, ya mendigo
de luces, amenazaba
con negros preñados senos
de las nubes, tempestades,
negadas de obscuridades
y acreditadas de truenos.
Rogóle que se quedara;
mas resistió el caminante,
y pasó al fin adelante;
y en partiéndose, dispara
el austro su artillería,
y sacudiendo las alas,
lluvias de líquidas balas
airado a la tierra envía.
El caminante afligido
a la quinta volvió huyendo;

cerrada la halló, y diciendo,
"Abridme; que arrepentido
vuelvo ya," le respondió
el otro, "En vano os volvistes,
porque si os arrepentistes,
también me arrepiento yo."

Yo temo el mismo desdén
en Lucrecia; que ofendida,
la has de hallar arrepentida
cuando tú lo estés también.

ENRIQUE: Si consiste su venganza
en llegar a arrepentirme,
mi nuevo amor es tan firme,
que no es sujeto a mudanza;
más ya han abierto un balcón
de Elena.

TRISTÁN: ¿Quieres hablar?

ENRIQUE: Primero me he de informar
del estilo y condición
y las costumbres de Elena;
que el doctor, si cuerdo es,
antes se informa, y después
las medicinas ordena.

TRISTÁN: Yo fui a llamar cierto día
para un enfermo un doctor,
y él, sin saber el dolor
o enfermedad que tenía
me dijo, "Mientras se ensilla
mi mula, mancebo, id,
y que le sangren decid;
que yo voy luego."

ENRIQUE: La silla
de su mula merecía
tan sabio físico.

Salen doña ELENA e INÉS, a la ventana

ELENA: Inés,
esto es amor, ésta es
su violencia y tiranía.

INÉS: No culpo su atrevimiento
en quien como tú le adora;
mas dificulto, señora
que consigas el intento.

ELENA: Bien sé que es dificultoso;
mas cuando entiendan mi engaño
vendrá a ser el mayor daño
publicarse que es mi esposo,
y ésta es mi mayor ventura.

INÉS: Del duque temo el rigor.
ELENA: Pues sabe tanto de amor,
disculpará mi locura.

Don ENRIQUE y TRISTÁN hablan aparte

TRISTÁN: Gente viene.
ENRIQUE: Cubre bien
esa linterna.
TRISTÁN: Por Dios,
que o yo me engaño, o son dos.
ENRIQUE: Pues, ¿no somos dos también?
TRISTÁN: Pocos somos.
ENRIQUE: Pues, Tristán,
el temor puedes vencer;
que yo he de reconocer
cualquiera que de galán
de Elena indicios me dé;
que a este fin apercebido
de esa linterna he venido.
TRISTÁN: Si estás resuelto, yo haré
lo que suelo.

Salen don DIEGO Y HERNANDO, de noche

DIEGO: Centinela
en esta esquina has de ser;
que el duque tiene poder
y rondando se desvela.
En viendo gente, al instante
me avisa.
HERNANDO: Advertido quedo;
Que si no el cuidado, el miedo
Me hiciera ser vigilante.

Retírase HERNANDO

TRISTÁN: De los dos se queda el uno
y el otro, según parece
e sin duda quien merece
ser Júpiter de esta Juno.
ENRIQUE: Señas hace a la ventana.
ELENA: ¿Es don Diego?
DIEGO: Soy, señora,
el que tu belleza adora
como a deidad soberana.
ELENA: Logremos pues los instantes.

Oye, mi bien, la invención
con que aspiro en mi afición
a ser ejemplo de amantes.

DIEGO: Ya te escucho.

Bajan la voz, y hablan aparte TRISTÁN y don ENRIQUE

TRISTÁN: Pues ¿qué esperas
con esto que viendo estás?

ENRIQUE: Con esto, me alientan más
esperanzas lisonjeras.

TRISTÁN: ¿Por qué?

ENRIQUE: Porque he visto agora
que es humana esta mujer,
y yo quiero pretender,
más que a Penelope, a Flora.

TRISTÁN: Concluyóme tu argumento,
don Enrique; que no en vano
Dijo el refran castellano,
"Quien hace un cesto hará ciento."

ENRIQUE: Con todo, me viene a dar
esta experiencia cuidado;
porque el celar ha empezado
donde empezó el esperar;
y así, para prevenir
los casos, quiero, Tristán,
conocer este galán,
con quien he de competir.

TRISTÁN: ¿Cómo?

ENRIQUE: Fingirme quisiera
justicia.

TRISTÁN: Delito es grave;
mas culpa que no se sabe,
es como si no lo fuera.

ENRIQUE: Con esta traza imagino
que aseguro tu temor.

Don DIEGO a doña ELENA

DIEGO: Los quilates de tu amor
muestra tu ingenio divino,
y me dispongo al efeto.

ELENA: Pues recibe este papel,

Deja caer un papel y don Diego no le halla

para que suplas con él

de la memoria el defeto,
si algun punto se te olvida.
INÉS: Gente viene.
ELENA: Adiós.
DIEGO:
Elena,
mañana acaba mi pena.
ELENA: Mañana empieza mi vida.

Retíranse doña ELENA e INÉS

HERNANDO: ¡Pese a tal, señor! ¿No ves
Que viene gente? ¿Qué esperas?
DIEGO: Avisármelo pudieras
a mejor tiempo.

Recata el rostro

ENRIQUE: ¿Quién es?
DIEGO: ¿Quién me lo pregunta así?
ENRIQUE: La justicia.
DIEGO: Un caballero.
Soy español.
ENRIQUE: Saber quiero
qué aguarda parado aquí.
HERNANDO: (Aquí nos coge.) **Aparte**
DIEGO: Sacando
un lenzuelo, salió en él
acaso envuelto un papel,
y le estábamos buscando;
que puede ser que me importe.
TRISTÁN: (Buena la trazó.) **Aparte**
DIEGO: Y querría
que, pues es la cortesía
tan natural de la corte,
Y a sazón habeis llegado
con esa luz, permitáis,
para que os satisfagáis
y yo salga de cuidado,
que le busquemos.
ENRIQUE: (De Elena **Aparte**
debe de ser el papel.
Lleve uno mío por él.)

***Saca un papel de la faltriquera y arrójale en
el teatro, y luego lo levanta él mismo, y se lo da a don DIEGO***

Más me obliga vuestra pena
que el buscar satisfacción;
que en vuestro modo se ve
que excede a la mayor fe
sola vuestra información.

DIEGO: Merced me haceis.

ENRIQUE: Yo sospecho
que le he hallado. Véislo aquí.

DIEGO: Dios os guarde; que de mí
podéis estar satisfecho
que de vuestra cortesía
no olvide la obligación.

ENRIQUE: Vuestra hidalga condición
ha dado ejemplo a la mía.

Vanse don DIEGO y HERNANDO

TRISTÁN: Felizmente ha sucedido.
Si te hubieras informado
Del nombre, casa y estado...

ENRIQUE: El temor no es advertido
y el delito es temeroso.
Aun de su rostro no puedo
dar señas.

TRISTÁN: Ni yo; que el miedo
me cegó, y él receloso
lo encubrió. Pero, señor,
¿qué buscas?

Alza don ENRIQUE el papel de ELENA

ENRIQUE: Este papel;
Que uno mío di por él
a este amante.

TRISTÁN: ¡Lo que Amor
sabe de engaños!

ENRIQUE: Yo leo.
Ten y alumbra.

TRISTÁN: ¿Pues aquí?
¿Tanta priesa tienes?

ENRIQUE: Sí;
que es mal sufrido el deseo.
Mi sospecha confirmó;
que dice la firma "Elena."

TRISTÁN: Por su mano se condena
quién firma lo que escribió.

Lee

ENRIQUE: "Yo tengo en Lima un hermano llamado don Juan de Herrera, que salió de aquí con don Estéban de Herrera, hermano de mi padre, veinte años ha, siendo él de siete. Nadie en Milan le conoce; y esto, y el estar mi viejo padre casi ciego, me asegura para que finjas ser este hermano mío, y que te vienes por haber muerto nuestro tío; y así, viviendo conmigo, perderás los recelos que te atormentan --Elena."

TRISTÁN: ¿Hay enredo más extraño?

ENRIQUE: ¿No fuera bueno, Tristán, A Elena y a su galán darles con su mismo engaño?

TRISTÁN: Heroica hazaña sería, si la alcanzases, señor; que dar con la misma flor es flor de la fullería.

Y digo, si esta invención consiguieses, que no fueras don Enrique de Contréras, sino otro griego Sinón.

ENRIQUE: Si de la edad la mudanza y el transcurso de los años para tan nuevos engaños a Elena dan confianza segura de que su hermano no puede ser conocido; siendo yo recién venido, y teniendo de la mano de la misma Elena escrito este papel, que ha de ser, si se viniere a saber, disculpa de mi delito, ¿quién puede mejor que yo fingir que es don Juan?

TRISTÁN: Bien dices. Los osados son felices; que los temerosos no.

ENRIQUE: ¡Qué bien sabes obligar animando y concediendo!

TRISTÁN: Yo soy criado, y pretendo servir, y no aconsejar.

ENRIQUE: Ánimo pues; que a lo menos, cuando no alcance mi amor así de Elena el favor, Impediré los ajenos.

TRISTÁN: Con eso vendrás a ser

el perro del hortelano,
y con el nombre de hermano
la podrás hablar y ver,
y gozar de los regalos
y su hacienda, aunque después,
como villano entremés,
acabe la historia en palos.

ENRIQUE: Mi seguridad, Tristan,
consiste en este papel.

TRISTÁN: ¿Cuál fue el que diste por él
al engañado galán?

ENRIQUE: Verélo.

TRISTÁN: Que puede ser
que en este fingido intento
te dañe, siendo instrumento
de venirme a conocer.

ENRIQUE: El romance en que la historia
de doña Lucrecia y mía
a don Alonso escribía,
era, si tengo memoria.

TRISTÁN: ¡Pese a mí!

ENRIQUE: Pues ¿qué recelas?

TRISTÁN: Ver que te nombras en él.

ENRIQUE: Poco freno es un papel
a quien pone amor espuelas.
Yo he de emprender--¡vive Dios!--
esta hazaña.

TRISTÁN: Y yo ayudarte.

ENRIQUE: Todo con ingenio y arte
se alcanza. Mueran los dos
a manos de su invención.

TRISTÁN: Legado a determinar,
lo que importa es madrugar
y hurtarles la bendición.

*Vanse. Salen don DIEGO, doña LUCRECIA y
HERNANDO, con una luz*

DIEGO: Lucrecia, la obligación
del que a pagar se condena
la más constante afición,
no es para el cuerpo cadena,
si es para el alma prisión.

Agradecer tu favor
es razón; mas es rigor
que pongas con duro imperio
pensiones de cautiverio
en los contentos de Amor.

LUCRECIA: ¡Ay don Diego! mi cuidado

no recela injustamente;
que un constante enamorado
solo de su prenda ausente
suele hallarse violentado.

Vuestra excusa da ocasión
a más celosa pasión,
porque presumir es justo
que falta en mi casa el gusto
a quien la llama prisión.

DIEGO: ¿No es prisión la que gozar
de la libertad me impide?
Y ¿no es rigor obligar
a un pretendiente a que olvide
sus aumentos por amar?

Viniendo yo a pretender
oficios que me han de hacer
honrado y rico, es error
atender solo al Amor,
pudiendo a todo atender.

LUCRECIA: En vano queréis valeros
de excusas; que nadie ignora
que por cortesanos fueros
se visitan a deshora
damas, y no consejeros.

DIEGO: Pues ¿solo con los oidores
se pretende? ¿No hay señores
que conviene granjear?
¿Terceros no he de obligar?
¿No he de conquistar favores?

Y hasta agora tú, en efeto,
solo esperanzas me das;
y no es intento discreto
querer por ellas no más
que viva yo tan sujeto,

LUCRECIA: Si a la posesión, te opones
con fingidas dilaciones,
diciendo que el casamiento
puede ser impedimento
de alcanzar tus pretensiones.

¿por qué te quejas aquí
de que solas esperanzas
has alcanzado de mí,
si en lo demás que no alcanzas,
te debes quejar de ti?

DIEGO: No me quejo; mas te advierto
que aunque tuvieras por cierto
que a otros gustos atendía
mientras tú no fueras mía,
no hiciera gran desacierto
cuanto más cuando el cuidado

de tu pecho receloso
debe estar asegurado
con la palabra de esposo
que mi firmeza te ha dado
y, al fin, mientras mi afición
no llega a la posesión
que en ti pretende y adora
no es el venir a deshora
exceso que dé ocasión
a un incendio tan violento.
A tu cuarto te retira,
moderando el sentimiento
con que me culpas; y mira
que apuras mi sufrimiento
con celos tan mal fundados,
que parecen afectados;
y pensaré--por los cielos--
que finges como los celos
los amorosos cuidados.

LUCRECIA: Solo falta que me arguyas,
con causas mal presumidas,
de engañosa, y que atribuyas
a mi fe culpas mentidas,
para desmentir las tuyas;
mas pues mi vista te enfada,
del mal voy desengañada
que en ser tu esposa pretendo;
que si deseada ofendo,
¿qué he de esperar alcanzada?

Vase

HERNANDO: Señor, no la dejes ir,
pues te da ocasión tan buena
para acabar de reñir,
y con tu adorada Elena
has de ir mañana a vivir.

DIEGO: Déjala con su pasión;
que la tengo obligación,
y no puedo serle ingrato,
pues con tan hidalgo trato
sustenta mi pretensión,
remediando con largueza,
como sabes, mi pobreza.

HERNANDO: ¿Luego mudas parecer
y determinas perder
la ventura y la belleza
que te ofrece la afición
de Elena, con la invencion

que esta noche habeis trazado?
DIEGO: ¿Cómo puede enamorado
 perder tan alta ocasion?
HERNANDO: Pues ¿qué has de hacer?
DIEGO: Ocultar
 de Lucrecia mi mudanza,
 mientras pueda sustentar,
 desmentir y dilatar
 mi invención y su esperanza
 hasta que habiendo logrado
 con Elena mi cuidado,
 ni tema su sentimiento,
 ni pueda impedir mi intento
 la palabra que la he dado.
HERNANDO: Dices bien; que es de temer,
 si airada se desenfrena,
 la furia de una mujer.
DIEGO: Llega la luz; que de Elena
 el papel quiero leer.

***Llega la luz HERNANDO, y abre el papel de don ENRIQUE
don DIEGO***

HERNANDO: Señor, ¿no es de la invención
 memoria?
DIEGO: Sí.
HERNANDO: Las dos son,
 y pues la lición sabemos,
 mañana la pasaremos.
DIEGO: ¿Quieres tú que un corazón
 loco, de amor, que ha alcanzado
 letras de su dulce dueño,
 sin haberlas trasladado
 al alma, le rinda al sueño,
 tranquilamente el cuidado?
 La letra no es de mujer,
 y son versos.
HERNANDO: Con leer
 saldrá tu imaginación
 presto de esta confusión.
 No te quieras parecer
 al necio que cuando da
 el reloj, pregunta la hora.
 Lee pues; que él lo dirá,
 y no discurras, agora
 que dando el reloj está.

Lee

DIEGO: "La ocupación cortesana,
don Alonso, no me deja
escribiros tantas veces
cuantas mi amistad quisiera..."

Sale doña LUCRECIA, al paño

LUCRECIA: (Mal se sosiega un agravio. **Aparte**
Ved si en vano se recela
mi pecho. Leyendo está
un billete.)

HERNANDO: Las tinieblas
de la noche te engañaron,
y en vez del papel de Elena
hallamos este romance,
descuido de algún poeta.

DIEGO: Eso es lo cierto. A buscarle
al punto importa que vuelvas.

HERNANDO: ¿Al punto?

DIEGO: Al punto.

HERNANDO: ¿No basta
buscallo cuando amanezca?

LUCRECIA: (¡Quién los pudiera entender! **Aparte**
¿Qué consultas serán éstas?
Mas, pues hablan con recato,
cierto es que son en mi ofensa.)

DIEGO: ¿No echas de ver cuánto importa?

HERNANDO: ¿Qué importa cuando se pierda,
si de memoria sabemos
cuanto contienen sus letras?

.....

LUCRECIA: (Ya me falta la paciencia.) **Aparte**

Adelántase

Enemigo, ¿qué secretos
y qué pláticas son éstas?
Suelta el papel.

Coge el papel

DIEGO: Necia estás
de celosa.

LUCRECIA: Acaba, suelta.

DIEGO: Si con eso has de dejarme,
Tómale, para que veas

tu locura en mi verdad,
y en tu engaño mi paciencia.

LUCRECIA: Yo lo veré.

HERNANDO: Mal conoces
de mi señor la fineza.

LUCRECIA: Pues vos, ¿qué habeis de decir,
alcahuete?

HERNANDO: Tomáos ésa.

Lee

LUCRECIA: "La ocupacion cortesana,
don Alonso, no me deja
escribiros tantas veces
cuantas mi amistad quisiera;
demás, que para encantar
hay aquí tantas sirenas,
que el mas prevenido Ulíses
en este golfo se anega."
¿Tantas sirenas, don Diego,
hay en Milán que os diviertan?
¿luego no soy sola yo,
ni son sin causa mis quejas?

DIEGO: Prosigue el papel, verás
cuán sin razón me condenas.

Lee

LUCRECIA: "Y porque me habeis pedido
que os dé siempre larga cuenta
de mis cosas, atended;
que aquí mi historia comienza.
Libre de amor paseaba,
cuando en Dios y en hora buena
di en una Circe en hechizos..."
Don Diego, ¿qué Circe es ésta?

DIEGO: El papel lo dirá. lee.

Lee

LUCRECIA: "...como Venus en belleza;
al fin toda me agradó."
Y tú ¿agradástela a ella?

DIEGO: El papel lo dirá. Lee.

Lee

LUCRECIA: "Seguía y supe quien era."
Claro está que no te había
de quedar por diligencia.

Lee

"Y en buen hora sea mentado,
la tal dama era doncella."
¿Qué importa? Dale palabra,
como a mí, cuando lo sea;
mas ya no debe de serlo,
pues que dices que lo era.

DIEGO: Pesada, Lucrecia estás.
¿De qué indicios argumentas
que soy quien escribe yo,
si no es aquésta mi letra,
ni en mi vida hice una copla?

LUCRECIA: El papel lo dirá. Espera.

Lee

"Era, aunque huérfana, rica,
en nombre y beldad Lucrecia."

DIEGO: ¿Cómo?

LUCRECIA: ¿Vés cómo el papel
atestigua lo que niegas?
¿En coplas anda mi nombre,
y mi fama en estafeta?

DIEGO: ¿No hay más Lucrecias que tú?

LUCRECIA: Para ti no hay más Lucrecias
donde tantas cosas juntas
te culpan y te condenan.

Aparte a su amo

HERNANDO: Señor, ¿qué puede ser esto?

DIEGO: Un confuso mar me anega.

Lee

LUCRECIA: "Admiréme, entré en su casa
honestamente compuesta,
donde una Aldonza, su tia,
era el dragón de Medea."
¿Hay más Lucrecias que yo?
¿Al fin, ni es túya esa letra,

ni has hecho verso en tu vida?
DIEGO: Prosigue el papel, Lucrecia
 sin glosarle hasta acabarle;
 qe me apuras la paciencia.

Lee

LUCRECIA: "Era una vieja Creusa
 aquello, y Dios nos defienda,
 que llamo estantigua yo,
 y que llaman otros dueña.
 Doña Claudia y doña Julia
 eran de labor doncellas;
 que ya son tambien donadas
 las familias escuderas.
 Su poco de gentilhombre
 ea jayán de la puerta,
 de la silla precursor
 y Judas de la despensa.
 Un perro braco de falda
 con collar y con guedejas
 era delicia del dueño
 y tormento de la dueña."
 ¿También de estas niñerías
 importaba darle cuenta?

HERNANDO: ¡Qué bien informado estaba
 el socarron del poeta!

Lee

LUCRECIA: "Los pasos acostumbrados
 de un pobre que galantea
 anduvo mi amor siguiendo,
 ya en visitas y ya en fiestas.
 Paró al fin en concertar
 que me casase con ella;
 que el tramposo y codicioso
 fácilmente se concertan."
 ¿Cómo es esto del tramposo?
 Don Diego, saber quisiera
 de cuál de los dos se entiende.

DIEGO: De mí, si tanto me aprietas
 y a preguntar te anticipas
 lo que es más fácil que sepas,
 Prosiguiendo, sin matarme
 con tus comentarios, la letra.

Lee

LUCRECIA: "Hícele promesa, al fin,
de esposo; que las promesas
para engañar deseosos
son poderosas terceras."
Acabóse. La celada,
don Diego, está descubierta.
¿Al fin habéis de engañarme?
¡Buena quedara de necia
si a crédito de palabras
la posesion os vendiera!
¿Así paga obligaciones,
así beneficios premia,
así a finezas se obliga
quien de tan noble se precia?

DIEGO: Dame, Lucrecia, el romance,
deja que todo lo lea.
Entendamos esta enigma.

.....

Toma a doña LUCRECIA el papel y lee

"La promesa pudo tanto,
o tanto el amor en ella,
que por no ser yo Tarquino,
Lucrecia no fue Lucrecia,
y antes de ser desposada
la hermosa infanta fue dueña.

LUCRECIA: ¿Cómo?

HERNANDO: (¡Malo!)

Aparte

DIEGO: Pues ¿qué dices,
Lucrecia? Agora comienzan
mis descargos y tus culpas,
porque yo hasta agora apenas
alcancé de tí una mano;
yesto es fuerza, pues confiesa
que alcanzó la posesión,
que de otro amante se entienda.

LUCRECIA: ¿Fundar quieres tus disculpas
en lo que fundo mis quejas?
Si antes de alcanzar te jactas
después de alcanzar, ¿qué hicieras?
¿Quién te fiara su honor?

DIEGO: Oye el papel. No pretendas
rebatir mis argumentos
con sofisticas respuestas.

Lee

"La posesion conseguida
me enseñó la diferencia
de alcanzar a desear,
pues en rozando sus prendas,
como otras veces solía,
aborrecíla y dejéla."
¿Yo, por dicha, hete dejado,
Lucrecía?

HERNANDO: (Por Dios, que aprieta **Aparte**
el argumento.)

LUCRECIA: ¡Ah, traidor!
Díceslo así porque piensas
ejecutarlo tan presto,
que ya por hecho lo cuentas.

HERNANDO: (Sola una mujer podía **Aparte**
responder tal sutileza.)

Lee

DIEGO: "Con salud, y en este estado,
don Alonso amigo, queda
en Milán para serviros
don Enrique de Contreras."

LUCRECIA: (¡Ay de mí!) **Aparte**

HERNANDO: (¡Ah, en hora mala!) **Aparte**

DIEGO: ¿Qué don Enrique, Lucrecia,
es éste?

LUCRECIA: Si estos enredos
por desobligarte inventas...

DIEGO: ¿Que aun a tan claras probanzas
buscas frívolas respuestas?

LUCRECIA: ¿Pues, don Diego, cuando fuese
esta historia verdadera,
¿no hay más Lucrecias que yo?

HERNANDO: (Darnos quiere con la nuestra. **Aparte**

DIEGO: No, con estas circunstancias
no hay en Milán más Lucrecias,
fuera de que yo, engañosa,
no es esta la vez primera
que tuve nuevas confusas,
que agora son evidencias,
de este amor de don Enrique;
y de aquí, porque lo sepas,
nació el dilatar mis bodas
y el no cumplir mis promesas.

LUCRECIA: (¡Ah, Enrique vil! ¿No bastaba **Aparte**
hacerme sola una ofensa?)

DIEGO: Quien de sí misma sabía
este delito, esta afrenta,
reñía tan rigurosa
y hablaba tan satisfecha?
Quédate, falsa, liviana;
quédate, y ya ni tu lengua
me nombre, ni en tu memoria
viva esperanza tan muerta;
que convencida tu culpa
y averiguada mi ofensa,
pues sin honor pretendías
que yo la mano te diera,
no podrás negar al menos
que es tan limitada pena
dejarte, que a mi piedad
debes gracias, y no quejas.

LUCRECIA: Aguarda, señor.

Aparte a su amo

HERNANDO: Por Dios,
que te ha venido de perlas
la ocasion para dejarla.

Vanse amo y criado

LUCRECIA: Escucha, don Diego, espera...
Mas ¿qué detengo con ruegos
a quien huye con ofensas?
¡Ah, villano don Enrique!
¡Plega a Dios que, pues me cuesta
tu engaño el honor, te cueste
a ti la vida mi afrenta!

*Vase. Salen don ENRIQUE y TRISTÁN, de camino,
y don SANCHO*

SANCHO: En tan buen hora volváis,
hijo querido, a mis ojos.
Cuantas lágrimas y enojos
con la ausencia me costais.
Volvedme a abrazar. La muerte
de don Esteban de Herrera
mi hermano, solo pudiera
con la venturosa suerte
de veros tener consuelo;
que a tantos años de ausencia

faltaba ya la paciencia.

ENRIQUE: Bien sabe, señor, el cielo
que quisiera el corazón,
para evitar tus enojos,
que me volviese a tus ojos
menos funesta ocasión.

SANCHO: Cosas son que Dios ordena.

TRISTÁN: (Hasta agora bueno va.) **Aparte**

Sale ELENA

ELENA: ¡Que vino mi hermano ya!

TRISTÁN: (Aquí es Troya.) **Aparte**

ENRIQUE: ¡Amada Elena!

ELENA: (Pero ¿qué es esto? ¡Ay de mí!) **Aparte**

ENRIQUE: ¿Es posible que te veo?

ELENA: Yo te abrazo, y aun no creo,
que tal dicha merecí.

TRISTÁN: (Eso a los bobos; que ha dado **Aparte**

vuestra invencion en vacío,
y ésta es la hora en que fío
que hubiérades vos tomado
por mas dichoso partido
que una mina reventara
y los huéspedes volara.)

Sale INÉS

INÉS: Aunque esta dicha he sabido
la postrera, no lo soy
en el gusto. Dale a Inés
don Juan, mi señor, los piés...

(Mas ¡ay!) **Aparte**

ENRIQUE: Los brazos te doy.

TRISTÁN: (Ya tengo mi quebradero **Aparte**
de cabeza también yo.)

Aparte a ella

INÉS: ¿Qué es esto, Elena?

ELENA: Llegó
el hermano verdadero
cuando aguardaba el fingido.

TRISTÁN: (A nublo tocan. Su pena **Aparte**
publican Inés y Elena.)

SANCHO: Fatigado habréis venido.
Entrad, hijo, a descansar.

ENRIQUE: Con veros he descansado.

Vase don SANCHE. Hablan aparte TRISTÁN y su amo

TRISTÁN: ¡Vive Dios, que la han tragado!

ENRIQUE: Ninguno puede alcanzar,
Tristán si no se aventura.

Ya logré el atrevimiento,
Fortuna. Logre el intento
de lograr esta hermosura.

TRISTÁN: Ya con su engaño, señor,
se engañó Elena. Confía,
que la mayor fullería
es dar con la misma flor.

Vase don ENRIQUE y hablan aparte doña ELENA e INÉS

ELENA: ¿Cómo harémos, Ines, di,
para avisar a don Diego
de este caso?

INÉS: Tu amor ciego
solo confíe de mi
tu secreto.

ELENA: Pues tomar
puedes luego, Inés, el manto;
que por lo que importa tanto
todo se ha de atropellar.

Vase

TRISTÁN: Inés...

INÉS: ¿Qué quieres?

TRISTÁN: Espera.
Yo sea muy bien venido.

INÉS: ¿Y qué se hubiera perdido
cuando mal venido fuera?

TRISTÁN: ¿Con tan necia sequedad
respondes a mis cuidados?
Mas siempre en los desposados
la primera es necedad.

INÉS: ¡Qué espacio para mi prisa!
Suelta.

TRISTÁN: Irás a calentar
agua de piernas y dar
un perfume a la camisa
para el huésped, por cumplir
con uso tan excusado.

INÉS: Ése es mi mayor cuidado.
Iré a lo ménos a huír
de un huésped tan deseoso
en todo de parecerlo,
que aun no ha dejado de serlo
en la parte de enfadoso.

Vase

TRISTÁN: ¡Ah, Inés, cómo estais cerril!
Pues, ¡ay de vos si os abrasa
amor ajeno; que en casa
se os ha entrado el alguacil!

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

*Salen don DIEGO Y HERNANDO, de
camino*

HERNANDO: En fin hoy vamos los dos,
si la tramoya no erramos,
a vivir con quien amamos?

DIEGO: Fuerza es ya.

HERNANDO: Pues dé nos Dios
la ventura de un soplón
que lo tiene por oficio,
sin que en algún beneficio
le acomoden la facción.

DIEGO: Acometamos, Hernando,
pues ya la suerte se echó.

HERNANDO: Ánimo, señor; que yo
--¡vive Dios!--que voy temblando.
Mas en una duda están
solícitos mis cuidados.

DIEGO: Di.

HERNANDO: Si por nuestros pecados
vienen cartas de don Juan
a su padre, ¿qué has de hacer?

DIEGO: No es ésa dificultad;
que con la caduca edad
tanto ha llegado a perder
la vista el viejo, que Elena
o yo le hemos de servir
de secretario, y fingir
o que la carta es ajena,
o más antigua la fecha
que mi partida. De modo
sabremos trazarlo todo,
que ni indicio ni sospecha
del engaño ha de tener.

HERNANDO: Otra duda. Si en Milán
hay quien conozca a Don Juan
o a ti, ¿cómo puede ser
no se desate el enredo?

DIEGO: Viviré tan retirado,
tan secreto y recatado,
que lo dilate, si puedo,
hasta ver de mi intencion
el efeto.

HERANDO: Bien está;
que entre tanto morirá
el leonero o el león.

DIEGO: Entremos.

HERNANDO: ¡Nombre de Dios!
Turbados muevo los pies.
Éste es el viejo.

Salen don SANCHO y TRISTÁN

SANCHO: ¿Quién es?

DIEGO: O miente el alma, o sois vos,
señor, don Sancho de Herrera.

SANCHO: Yo soy.

DIEGO: ¡Padre de mi vida!
Dadme esa mano querida.

TRISTÁN: (¡Malo!) **Aparte**

SANCHO: ¿Qué decís?

DIEGO: ¿Qué espera
vuestra mano y vuestros brazos,
que a vuestro hijo don Juan,
padre mío, no le dan
tan deseados abrazos?

SANCHO: ¿Vos sois don Juan?

TRISTÁN: (Aquí es Troya. **Aparte**
Voy a avisar a mi dueño.)

Vase TRISTÁN

DIEGO: Yo soy don Juan.
SANCHO: ¿Velo o sueño?
HERNANDO: (Errada va la tramoya.) **Aparte**
DIEGO: Si lo dudáis porque vengo
sin vuestra orden, padre mío,
con la muerte de mi tío
pienso que disculpa tengo.
SANCHO: O estoy loco o vos lo estáis,
o hay aquí muy grande engaño.
DIEGO: ¿Qué es esto? ¡Que tan extraño,
padre y señor, recibáis,
tras tantos años de ausencia,
a un hijo recién venido!
SANCHO: El seso tengo perdido,
si no pierdo la paciencia.

Salen don ENRIQUE y TRISTÁN

ENRIQUE: ¿Qué es esto, padre?
DIEGO: (¡Ay de mi!) **Aparte**
HERNANDO: (Acabóse. Padre dijo.) **Aparte**
SANCHO: Que teniendo solo un hijo,
hallo, como veis aquí,
dos que afirman que lo son.
ENRIQUE: ¿Qué decís?
SANCHO: Este galán
dice también que es don Juan.
DIEGO: Y es verdad.
ENRIQUE: ¿Hay tal traición?

Sale doña ELENA

ELENA: (¡Qué gran yerro! ¡Ay desdichada! **Aparte**
¡Que no le avisase Inés!)

Aparte a su amo

TRISTÁN: (Libra el remedio en los pies; **Aparte**
que aquí no has de ganar nada.)
ENRIQUE: ¿Sois loco o sois embustero?
DIEGO: Si el disgusto no temiera
de mi padre, yo os dijera
si lo soy con este acero;
pero de vuestra insolencia
la verdad ha de vengarme.

ENRIQUE: A mí me quita el sobrarme
tanta razón la paciencia,
y quiero daros la pena
en el campo.

DIEGO: Venid.

HERNANDO: Vamos.

TRISTÁN: (Con esto nos escapamos.) **Aparte**

Aparte a doña ELENA

DIEGO: ¡No me avisaras, Elena!

ENRIQUE: Tenerme, padre, es en vano.

DIEGO: Suelta.

ELENA: Detente, por Dios;
(Que en cualquiera de los dos **Aparte**
pierdo amante o pierdo hermano.)

TRISTÁN: (¡Que no le deje salir! **Aparte**
a escapatoria nos quita.)

SANCHO: Esta cuestión solicita
mi tierno amor decidir
como padre, y así quiero,
en duda, a entrambos llamar
mis hijos, más que arriesgar
la vida del verdadero
por castigar al fingido.

ENRIQUE: Yo no lo podré sufrir.

DIEGO: Ni yo. Dejadnos salir.

HERNANDO: Ya sospecho que han sentido
en la calle la cuestión,
y viene gente.

Salen el DUQUE y CRIADOS

DUQUE: ¿Qué es esto,
don Sancho?

SANCHO: El cielo ha dispuesto,
señor, que en tal ocasión
mi dicha os haya traído.

DIEGO: (Éste es el duque. ¡Ay de mí!) **Aparte**

DUQUE: Pasaba acaso, y oí
desde la calle el ruido,
y como os tiene mi pecho
amistad tan verdadera,
si yo mismo no subiera
no quedara satisfecho.
Contadme el caso.

SANCHO: Mi pena
Escuchad.

Hablan en secreto. Hablan aparte HERNANDO y don DIEGO, y TRISTÁN con don ENRIQUE

HERNANDO: Él andaría,
 como otras veces solía,
 rondando la calle a Elena,
 y nos ha cogido aquí
 sin podernos escapar.
 Hoy pienso que ha de vengar
 sus celos el duque en ti.

DIEGO: Él no me ha visto jamás,
 y el secreto de mi amor
 me libra de ese temor.

TRISTÁN: ¿De qué parecer estás?
 ¿Qué habemos de hacer aquí?

ENRIQUE: Lo dicho dicho, Tristán.

TRISTÁN: Mas; si fuese éste el galán
 de anoche?

ENRIQUE: Yo no le vi
 el rostro; mas es muy llano
 que no es él; que no podía
 Elena, viendo que había
 llegado a Milán su hermano,
 dejar de avisarle luego.
 Éste es, sin duda, Tristán.

Habla aparte doña ELENA a don DIEGO

ELENA: Di siempre que eres don Juan;
 que ningún daño, don Diego,
 puede resultar mayor
 que a los dos nos sucediera
 si acaso el duque viniera
 a sospechar nuestro amor.

DIEGO: Yo lo haré.

Sale INÉS, con manto

INÉS: (¡Triste de mí! **Aparte**
 que pienso que ha sucedido
 el daño que hemos temido.
 Señora...)

Aparte a INÉS

ELENA: ¡Ay, Inés! por ti
 está a riesgo de perder
 don Diego la vida, y yo
 a opinión. Ya sucedió
 cuanto mal pude temer.

INÉS: Yo fui a su casa a buscallo.
 Dijéronme que se había
 hoy mudado, y todo el día
 he andado de calle en calle,
 con más lenguas preguntando
 y mirando con más ojos
 que tienes ajora enojos;
 y al fin, ni de él ni de Hernando
 hasta agora pude hallar
 quien me diese nueva alguna.

ELENA: Trazólo así la Fortuna,
 que cuida de mi pesar.

SANCHO: Éste es el caso que ha dado
 ocasion a esta pendencia;
 y como su larga ausencia
 en mi memoria ha borrado
 las especies de su cara,
 y con la debilidad
 de mi ya caduca edad
 los órganos desampara
 de la visiva potencia
 la virtud, y haber pasado
 de niño a varón le ha dado
 tan forzosa diferencia,
 ni puedo desconocer
 ni conocer a ninguno;
 y más dando cada uno
 señas que bastan a hacer
 que les dé crédito igual.

DUQUE: ¿Quién pudo intentar mayor
 atrevimiento!

Aparte al DUQUE

CRIADO 1: Señor,
 escucha. O me acuerdo mal,
 o éste que agora llegó
 es el fingido don Juan;
 que yo le he visto en Milán
 otras veces.

CRIADO 2: Tambien yo,
 y en la calle le he encontrado
 de Elena, y aun con acciones
 de amante; que sus balcones

le vi mirar con cuidado;
y este enredo habrá emprendido
con órden de Elena.

DUQUE: Sí;
que el aborrecerme a mí
de ajeno amor ha nacido.
Elena lo habrá trazado
por poderle hablar y ver;
que es galán, ella mujer,
ciego Amor, yo desdichado.
Estoy por darle la muerte.

CRIADO 1: El nombre quieres cobrar
de tirano?

DUQUE: ¿He de pasar
por este agravio?

CRIADO 1: De suerte
te podrás hacer vengado
que padezcan él y Elena
de su delito la pena,
sin mostrarte apasionado.

CRIADO 2: Desterrarlo de Milán
es remedio y es castigo.

CRIADO 1: Tu parecer contradigo.

DUQUE: Pues ¿por qué?

CRIADO 1: Porque podrán,
quebrantando tu preceto,
verse los dos; que no es
tan corto Milán, que estés
seguro de que en secreto
No pueda en su confusión
proseguir ocultamente
su amor; y cuando él se ausente,
si es verdadera afición
la de Elena, como estás
coligiendo de este exceso,
ha de seguirle, y con eso
del todo la perderás.

DUQUE: ¿Tal error pueden hacer
mujeres que nobles nacen?

CRIADO 1: Si las comedias nos hacen
de lo que es o puede ser
viva representación,
desengañarte podía
lo que han hecho cada día
las infantas de León.

Lo segundo has de escoger
que a ninguno mal sucede
previniendo lo que puede
sin milagro acontecer.

DUQUE: Bien dices; mas, ¿qué he hacer,

si todo lo dificultas?

HERNANDO: (¿Qué saldrá de estas consultas?) **Aparte**

CRIADO 1: Escucha mi parecer.

Afirmemos que este amante
de Elena es falto de seso,
pues este mismo suceso
es información bastante,
y mandarás que en la casa
de los locos con cuidado
le tengan aprisionado
mientras el ímpetu pasa
de su furioso accidente;
y así le darás la pena
de su locura, y Elena
viendo, aunque engañosamente,
divulgada la opinión
en Milán de que es furioso,
no pudiendo ser su esposo,
le perderá la afición.

DUQUE: ¡Qué bien lo sabes trazar!

No sin razón en mi pecho,
de tu ingenio satisfecho
te doy el primer lugar.

SANCHO: El tiempo, señor, dirá
cuál es el don Juan fingido
de los dos.

DUQUE: Yo lo he sabido;
que información tengo ya,
don Sancho, de que es un loco
el que dices que llegó.

HERNANDO: (Salió la sentencia.) **Aparte**

CRIADO 1: Y yo
he sabido que no es poco,
porque yo le he visto hacer
sin número desatinos.

CRIADO 2: Locos hay por mil caminos;
mas nadie lo puede ser
tanto como este español.
Yo soy testigo que un día
que dió en que engastar quería
en una sortija el sol,
por cogerle no cesó
de dar saltos contra el cielo,
hasta que el obscuro velo
de la noche lo escondió.

HERNANDO: (¡Oigan cómo se levanta **Aparte**
Un testimonio!)

SANCHO: Su intento
confirma este pensamiento.
Mas, señor, lo que me espanta

es que informado viniese
de señas tan verdaderas,
y tan en seso y de veras
hablase, que me pusiese
en confusión tan pesada.

TRISTÁN: Escucha. Cuando don Juan
mi señor entró en Milán,
se apeó en una posada
a informarse de tu estado.

y su casa, por no andar
a caballo a preguntar
en pueblo tan dilatado.

Allí con esta ocasión
contó sus casos, y creo,
por los efecto que veo,
que se halló a la relación
este loco, y desde allí
en esta locura dio;
y aun si no me olvido yo,
me parece que le vi.

SANCHO: Éste es, sin duda, el suceso.

ENRIQUE: Claro está; que nadie fuera
tan osado, que emprendiera
sin ser loco tal exceso.

Don ENRIQUE habla aparte a TRISTÁN

Mil sopechas me ha engendrado,
Tristán, esta novedad
que has visto.

TRISTÁN: Si no es verdad,
lindamente la han trovado.

HERNANDO habla aparte a don DIEGO

HERNANDO: ¿Qué dices de esto?

DIEGO: No alcanza
mi discurso la intenció
del duque en esta invención.

ELENA: (Entre temor y esperanza **Aparte**
de un cabello estoy pendiente.)

HERNANDO: ¿No tratas de replicar?
Advierte que con callar
te confieras delincuente.

DIEGO: Bien dices. Oyendo he estado.
Señor...

DUQUE: Basta. No le oigáis
más locuras. ¿Qué aguardáis?

Haced lo que os he mandado.
CRIADO 1: Dadme la espada.
DIEGO: Apartad;
sólo al duque la daré.
DUQUE: A mí me la dad.
DIEGO: Si haré,
fiado en que mi verdad
brevemente hará, señor,
que me la mandéis volver;
y, en tanto, mandad prender
también mi competidor.
DUQUE: Acabad; llevadle.
CRIADO 1: Andad.
DIEGO: ¿Hay suceso más extraño?
¡Que tenga premio el engaño
y castigo la verdad!

Llévanle algunos criados del DUQUE

HERNANDO: (Quiero escaparme callando; **Aparte**
no me hagan también prender.)

Aparte a HERNANDO

ELENA: Sigue a don Diego hasta ver
donde le llevan, Hernando.

Aparte a INÉS

HERNANDO: ¡Oh, Inés! ¿No nos avisaras?
INÉS: Todo el día os he buscado.
HERNANDO: Si mal nos hubiera estado,
a fe que tú nos hallaras.

Vase HERNANDO

SANCHO: Hijo, la mano besad
al duque.
ENRIQUE: Los pies os pido.
DUQUE: Vos seáis muy bien venido.
Los brazos os doy; alzád.
Don Sancho, adiós, y gocéis
muchos años a don Juan.
SANCHO: Los términos de Milán
al África dilatéis.
DUQUE: ¡Oh Elena! Ya estoy quejoso

de que habiendo estado aquí
tanto tiempo, hayáis de mí
escondido el rostro hermoso.

ELENA: Del suceso de mi hermano
la turbación me ha impedido
haberos, señor, pedido
antes de agora la mano.

DUQUE: Alzad, alzad; que agraviáis
mi estimación.

SANCHO: Blasón es
nuestro el besar vuestros pies.

ELENA: Como quien sois nos honráis.

DUQUE: Vedme mañana, don Juan;
que a premiar en vos me mueve
la razón lo que le debe
a vuestro padre Milán.

SANCHO: Quien os sirve, señor, queda
premiado. (Es justo y prudente **Aparte**
el Duque.)

Vanse el DUQUE, don SANCHO y los CRIADOS del DUQUE

ENRIQUE: (Fortuna, tente. **Aparte**
Un clavo pon a la rueda.)

ELENA: (¡Ay don Diego desdichado! **Aparte**
¿Cómo vivo?)

INÉS: (Siempre yo **Aparte**
temí lo que sucedió.)

TRISTÁN: (De buena hemos escapado.) **Aparte**

Vanse todos. Salen doña LUCRECIA y RICARDO

LUCRECIA: Muy poco os debo, Ricardo.
¿No volviérades a darme
la respuesta ayer, sabiendo
los cuidados que combaten
mi pensamiento celoso?

RICARDO: Señora, acabé tan tarde
anoche la diligencia
que de mi industria fiaste,
que no quise interrumpirte
el sueño, y porque no hace
el que ha de dar malas nuevas
lisonja en apresurarse...

LUCRECIA: ¿Malas nuevas?

RICARDO: Y tan malas
como nuevas.

LUCRECIA: Hablad, dadme

el veneno de una vez;
que es más rigor dilatarle.

RICARDO: Siguiendo aquella mujer
que por don Diego tu amante
llegó a preguntar,
anduve, como mandaste,
de una iglesia en otra iglesia,
de una calle en otra calle,
que sin comer consumí
en esto mañana y tarde.
Vine a parar por la noche
a una casa, que por grande
y suntüosa ofrecía
de noble dueño señales.
Quise entrar con intención,
si pudiera, de informarme,
y hallé de gente del duque
ocupados los umbrales.
Reparé, y arriba oí
voces, que fueron bastantes,
por estar el duque dentro,
a prometer novedades.
A saberlas me detuve
curioso; y en esto sale
don Diego entre alguna gente,
que dió indicios de llevarle
preso según colegí
de esto y de que daba al aire
quejas de engaños premiados
y castigadas verdades.
Seguílos, y le llevaron
al fin--¡desdicha notable!--
a la casa de los locos,
que le aprisiona, por cárcel.
Esta mañana volví,
antes de verte, a informarme
de quién habita la casa
donde sucedió el desastre,
y supe que es un don Sancho
de Herrera su dueño, padre
de Elena, doncella en quien
celebra la fama un ángel.
Esto solo saber pude.
Mira si erré, en dilatarte
las nuevas que, si pudiese,
fuera mejor que callase.

LUCRECIA: Más cordura hubiera sido,
pues me dejan nuevas tales
más penada y más confusa
informada que ignorante.

¡Loco don Diego! ¿Qué es esto?
Cuerdo ayer, ¿perdió tan fácil
el seso? ¿Qué puede ser?
Sin duda los celos hacen
efeto en él tan violento.
Claro es pues llevaba un áspid
en el pecho, y un infierno
en la memoria, de hallarme
sin honra cuando en mi mano
fundó sus felicidades.
¿Qué mucho que enloqueciese?
¡Ah falso, ah traidor, ah infame
don Enrique! ¡Plega a Dios
que revolcado en tu sangre
me pagues tantas ofensas,
pues que de una vez quitaste
seso y esposa a don Diego,
y a Lucrecia honor y amante!
Mas entre mil confuslones
y entre mil sospechas arde
celoso mi corazón
de esta Elena, cuyas partes
celebra tanto la fama;
que entrar en su casa, hallarle
el duque en ella, y prenderlo
por loco, dificultades
son que el pensamiento anegan.
Vuelve, Ricardo, a informarte
de todas las circunstancias
de este caso; que no cabe
el corazón en el pecho.

RICARDO: Yo lo haré; mas si tomases
mi parecer, no trataras
de esto más, pues ya casarte
no puedes con él si es loco;
y si no, puesto que sabe
tu deshonor, claro está
que él no ha de querer casarse

LUCRECIA: Ricardo, todo es así;
mas dejarlo fuera darme
por vencida, y sus sospechas
confesara por verdades.
Demás que le tengo amor,
y no es posible que falte,
aunque el desengaño sobre,
la esperanza en un amante;
y así no admiréis que inquietara
de estos tan confusos lances
la verdad; que de curiosa
lo hiciera, si no de amante.

Fuera de que puede ser,
puesto que vino el romance
de don Enrique a las manos
de don Diego, que llegase
a saber por este medio
dónde está, para obligarle
a que el honor con la mano
o con la vida me pague.

RICARDO: Basta. Yo voy a servirte.

LUCRECIA: Mirad, no volvais a hablarme
Ricardo, si no venís
de todo informado. Baste
que ofensas me martiricen
y que desprecios me agravien,
sin que dudas me atormenten
y confusiones me maten.

Vanse los dos. Salen don ENRIQUE y TRISTÁN

TRISTÁN: Ya eres capitán, señor.

ENRIQUE: Tristan, ya soy capitán.

TRISTÁN: Y muy presto de Milán
has de ser gobernador,
según el amor promete
del duque; mas no es segura
ni de un tahir la ventura,
ni el honor de un alcahuete.

ENRIQUE: Pues, ¿soylo yo?

TRISTÁN: Tú deseas
no serlo; mas el señor
quiere a Elena, y de su amor
solicita que lo seas;
y así, aunque serlo no quieras,
pues con este fin te da
y tú tomas, claro está
que para con Dios lo eres;
y de esto vengo a sacar
en tu bien desconfianza,
porque quita sino alcanza,
el que dio por alcanzar.

ENRIQUE: Bien va hasta agora. Confía,
Tristán; que el que empieza bien
ha hecho lo más.

TRISTÁN: También
un filósofo decía
que, puesto que viene a ser
lo esencial el acabar,
no hace nada en comenzar
el que tiene más que hacer;

y supuesto que te opones
al deseo enamorado
del duque, y con tal cuidado
impides sus pretensiones;
en conociendo tu intento
dará contigo al través;
que ha de ser culpa después
cuanto es hoy merecimiento.

ENRIQUE: Hoy del mar en que me veo,
pienso a la orilla salir;
que no puede ya sufrir
tanto silencio el deseo
demás que importa abreviar;
que es de mi atrevido intento
un engaño el fundamento,
y poco puede durar.

TRISTÁN: ¿Determinas declararte?

ENRIQUE: Si, Tristán.

TRISTÁN: ¿No ves el daño,
que te amenaza?

ENRIQUE: El engaño,
el ingenio, industria y arte
todo lo alcanza. De modo,
antes que lo llegue a hacer,
a Elena he de disponer,
que me asegure de todo.
Y si le vengo a decir
que soy su amante, en un punto
ha de llegar todo junto,
declarar y conseguir.

TRISTÁN: ¿Y si acaso te resiste,
o entra su padre y te halla
en la amorosa batalla?

ENRIQUE: En eso mismo consiste
el fundamento engañoso
de otro medio que prevengo
para la intención que tengo
de llegar a ser su esposo;
que este papel ha de ser
de mi disculpa y mi intento
el cauteloso instrumento.

Muestra el papel

TRISTÁN: Ella viene.

ENRIQUE: Hoy has de ver
que el Amor lo alcanza todo.
Solos nos deja a los dos.

TRISTÁN: Esto es hecho. ¡Plegue a Dios

que no nos pongas del lodo!

***Retírase al paño. Sale doña
ELENA. TRISTÁN al paño***

ENRIQUE: ¿No me das, querida Elena,
la norabuena?

ELENA: No sé
Si será bien que te dé,
Hermano, la norabuena
de tu privanza y de ver
esa merced que hoy te ha hecho
el duque, cuando sospecho
que subes para caer.
No son, don Juan, los servicios
de mi padre lo que en ti
 premia el duque; amarme a mí
te negocia esos oficios;
y así es fuerza, averiguado
que su injusto fin conoces,
o que afrentado los goces,
o los pierdas castigado.

ENRIQUE: Hermana, bien sé que nace
mi privanza de tu amor;
mas no admitir el favor
y la merced que me hace
es darme por entendido
de su afición, y mostrarme
si no consiento obligarme,
de su intención ofendido.
Y fuera notorio error
el publicarme celoso;
que es el duque poderoso,
y es mi paciencia el amor;
y así mi cuidado intenta
casarte, y quitarle así
una vez la causa en ti
de su amor y nuestra afrenta.
Pero tú, hermana querida,
el esposo has de elegir;
que no quiero redimir
mi peligro con tu vida.
Dime si tienes amor;
declárame, Elena mía,
tu corazón, y confía
que no con piedad menor,
si tienes a quien querer,
juzgue y remedie tu pena,
que tú misma. Bien sé, Elena,

que aunque noble, eres mujer,
y aunque sé que eres honrada,
sé que eres moza también,
y no es culpa querer bien,
si es la afición recatada.

TRISTÁN: (¡Qué bien dispone su intento!) **Aparte**

ENRIQUE: (Prevención es importante **Aparte**
saber quién es el amante
que le ocupa el pensamiento.

Procuraré divertir
antes de él su corazón
que le diga mi intencion;
porque para introducir
segunda forma, expeler
es forzoso la primera.)

ELENA: (¡Qué buena ocasión tuviera **Aparte**

don Diego agora de ser
mi esposo, si lo pasado
no le hubiera sucedido!
Pero mi hermano ofendido,
y él en tan mísero estado,
con la opinión de furioso
divulgada, claro está
que don Juan no le querrá
por su cuñado y mi esposo.

Yo en efeto le he perdido.
Pues declarar el engaño
fuera acrecentar el daño,
y hacer del todo ofendido
al duque de su intención,
y de su injuria a mi hermano;
y, pues hablar es en vano,
calle y sufra el corazón.)

ENRIQUE: Habla, sola estás conmigo.

No dudes, no te suspendas
ni recatada me ofendas,
cuando amoroso te obligo.

ELENA: Si he de decirte verdad,

hasta agora, hermano mío,
no ha rendido mi albedrío
al Amor su libertad;
y el suspenderme, don Juan,
ni es dudar, es recorrer
la memoria para ver
qué caballero en Milán
para mi esposo me agrada;
y mirados uno a uno,
hallo al fin que con ninguno
estaré á gusto casada.

ENRIQUE: Yo no te doy a escoger

para ese efecto el mejor;
si tienes a alguno amor
es lo que quiero saber;
que no estando enamorada,
la elección me toca a mí,
y el obedecer a tí,
si el que eligiere te agrada.

ELENA: Verdad te he dicho, don Juan.

ENRIQUE: Júralo, Elena querida.

ELENA: Por tu vida y por mi vida,
que no hay hombre de Milán
que yo quiera. (Verdad juro, **Aparte**
pues que mi adorado preso
es de España.)

ENRIQUE: Pues con eso
de tu verdad me aseguro,
escucha. Si un caballero
noble y español te doy
por esposo, de quien soy
retrato tan verdadero
en talle, en rostro, en edad
y en todo, que si quisiera
decir que soy él venciera
el engaño a la verdad,
¿quisiérasle, hermana? Di.
Olvida que soy don Juan.
Mírame como a galán
que está muriendo por tí,
y examina allá en tu pecho
tu secreta inclinación.

TRISTÁN: (No va mala la invención.) **Aparte**

ELENA: (¡Válgame Dios! Ya sospecho **Aparte**
algún gran mal, y no en vano,
porque mostrarse en mirarme,
en servirme y obligarme,
siempre amante más que hermano;
preguntarme tan curioso
que amante me da cuidado;
decir que es vivo traslado
del español que mi esposo
quiere hacer, pedirme aquí
que olvidando que es don Juan
le mire como a galán
que está muriendo por mi...
Sin duda el Amor tirano
le privó de entendimiento.
Mas, ¿qué nuevo pensamiento
me ocurre? ¿Si no es mi hermano?
¿Si la invención nos hurtó?
Puede ser; porque tratando

de esto ayer, me dijo Hernando
que don Diego se dejó
 en la calle mi papel,
donde él lo buscó otro día,
y no lo halló; y ser podía
que éste hubiese hallado en él
 su instrucción y nuestro daño;
y no es menor presunción
el venir en ocasión,
que parece que al engaño
 se procuró anticipar.
Pero ¿qué estoy discurriendo,
si es tan fácil, consintiendo,
obligarle á declarar?)

ENRIQUE: ¿Qué respondes?

TRISTÁN: (La sentencia **Aparte**
 sale aquí.)

ELENA: Que no podía
 darme la ventura mía
 quien halle correspondencia
 en mi esquivo corazón
 sino él que has dicho, si de él
 eres retrato fiel
 conforme a tu relación.

ENRIQUE: (¡Hay hombre mas venturoso!) **Aparte**
 ¿Luego bien podré, seguro
 de que tu gusto procuro
 en dártelo por esposo,
 tratarlo, siendo verdad
 que aoy su traslado en todo?

ELENA: Digo que sí, y es de modo
 el gusto y conformidad
 que siento, si le pareces
 tan del todo, que he mirado
 con atención y cuidado
 antes de agora mil veces
 las partes que puso en ti
 de talle, de gentileza,
 de entendimiento y nobleza
 el cielo, y dicho entre mí,
 "¡Oh si fuera tan dichosa
 mi suerte, que mereciera
 ser de un hombre que tuviera
 iguales partes esposa!"
 Y aun... Pero callar es justo;
 que a liviandad juzgarás
 lo demás.

ENRIQUE: Di lo demás;
 no me des penado el gusto
 que recibo de saber

que es tan dichoso mi amigo
que su retrato contigo
tanto pudo merecer.

ELENA: Digo, don Juan, que mi pecho
alguna vez ha pasado
adelante, y me ha pesado
de ser tu hermana.

TRISTÁN: (Esto es hecho. **Aparte**
Declaróse, vive Dios.)

ENRIQUE: ¿Luego si yo no lo fuera,
y ser tu esposo quisiera,
estuviéramos los dos
conformes en el intento?

ELENA: De ello puedo asegurarte.

ENRIQUE: Pues, ¿que tardo en declararte,
Elena mi pensamiento?
¿Qué aguardo, que no te explico
la verdad? Dame la mano.
Tu amante soy, no tu hermano.

TRISTÁN: (Arrojóse el mancebico.) **Aparte**

ELENA: ¿Qué dices?

ENRIQUE: Dale los brazos
a tu amante y a tu esposo.

TRISTÁN: (Andarlo.) **Aparte**

ELENA: Aparta, engañoso.

ENRIQUE: Acaba.

ELENA: Dos mil pedazos
me podrás primero hacer;
que cuanto he dicho fingí,
por saber lo que de tí
me dieron siempre a entender
tus ojos.

ENRIQUE: Si tú mentiste,
ya me llegué a declarar,
y forzando he de alcanzar
si engañando prometiste.

ELENA: ¡Padre! ¡Señor!

TRISTÁN: (Voces da. **Aparte**
El negocio va perdido,
porque don Sancho ha sentido
la pendencia y viene ya.)

Sale TRISTÁN

¿Qué haceis? Advertid que viene
vuestro padre.

ENRIQUE: (De enojado **Aparte**
rabio! ¡Que me haya engañado!
Remediarlo me conviene.)

Saca un papel de la faltriquera

¡Vive Dios, que he de abrazarte!

*Salen don SANCHO e INÉS. TRISTÁN se
esconde*

SANCHO: ¿Qué es esto?

ELENA: Escucha, señor,
los engaños de un traidor.

ENRIQUE: Tienes razón de quejarte.

*Hace don ENRIQUE que le saca un papel de la manga, de
suerte que lo vea don SANCHO*

Habla, descansa.

SANCHO: (Un papel **Aparte**
de la manga le ha sacado.)

ELENA: Por fuerza, padre, ha intentado
abrazarme; que el infiel
que estás viendo, no es don Juan.

ENRIQUE: Dices verdad. ¿Qué más quieres?

SANCHO: ¿Qué? ¿Qué dices?

ENRIQUE: No te alteres.

Digo que soy un galán,
señor, que a tu hija adora.

Elena ¿qué date más
que decir?

ELENA: No; lo demás
le toca a mi padre agora.

Vase retirando hablando aparte a INÉS

Inés, tú has de llevar luego
unas cartas de mi hermano,
porque de su propia mano
las copie al punto, a don Diego.

INÉS: ¿Para qué?

ELENA: Pues la ficción
de que es don Juan cobra ya
nueva fuerza, esta será
provechosa prevención.

Vanse doña ELENA y INÉS

TRISTÁN: (¡Cielos! ¿En qué ha de parar? **Aparte**
 ¡Qué lo confesase todo!
 Mas confesar es el modo
 más astuto de engañar,
 y él sabe más que Merlín.
SANCHO: Loco estoy.
ENRIQUE: Agora atento
 escucha del fingimiento
 que has visto, señor, el fin.

Tristán me dió noticia de que ha poco
el criado de aquél que intentó osado
fingir que era tu hijo, o cuerdo o loco,
trajo a Elena un papel, y ella lo había
leído, y en la manga lo tenía.
Pues yo, como ofendido del engaño
que pretendió, y del lance tan extraño
en que me vi por él, quise informarme
por el papel, del fin y fundamento
de su engañoso intento;
Y temiendo que Elena, si entendiera
mi intención, el remedio previniera,
me pareció consejo conveniente,
para contraminarle cautamente
sus intentos, cogerle si pudiese
el billete, sin que ella lo entendiese.
Quise aquí ejecutarlo, y entre amores,
blandas caricias y requiebros, darle
un abrazo intenté para sacarle
de la manga el papel sin ser sentido.
El pecho sospechoso y ofendido,
huyó Elena, diciendo,
"¿Eres galan, don Juan, o eres hermano?"
Y al fin, el llegar tú y al mismo punto
conseguir yo mi fin, fue todo junto,
pues de la manga, sin sentirlo Elena,
le saqué este papel, que en lo que digo,
si tú lo dudas, sirva de testigo.

Muestra el papel

SANCHO: Yo te le vi sacar. (Verdad parece; **Aparte**
 mas no del todo me aseguro. Quiero
 disimular; que el tiempo y la paciencia
 darán de las sospechas evidencia.)
 ¡Qué susto tan extraño
 recibí del engaño!
 Que le juzgué evidente

viéndote confesar tan llanamente.

ENRIQUE: Eso mismo debiera
obligarte a dudarlo; que no fuera
tan necio yo, ni juzgo tan liviana
a Elena, que si no fuera mi hermana,
cometiera arrojado el amor mo,
estando en casa tú, tal desario.
Mas de esto no hay que hablar, señor. Leamos
el papel; que esto importa, y prevengamos
remedios con secreto.

SANCHO: Eso conviene.

ENRIQUE: Retírate, Tristán, donde si viene
Elena nos avises.

TRISTÁN: Descuida. (Él es otro segundo Ulises) **Aparte**

Retírase TRISTÁN y lee don ENRIQUE

ENRIQUE: "Elena, si te dueles de mis males,
si de tu amor no mienten las señales,
tú sola puedes remediar las penas
que, padezco entre locos y cadenas.
Un medio solo puedo hallar bastante
a este fin, y es que finjas que es tu amante
don Juan, y no tu hermano;
que siendo con tu padre poderoso
tanto tu amor, y acumulando indicios
que tú sabrás trazar, tengo por llano
que puesto que te tiene sospechoso
de la verdad el caso sucedido,
quedará fácilmente persuadido.
Grave es la empresa yo te lo confieso;
mas en quien ama no hay culpable exceso."
¿Qué te parece?

SANCHO: Temerario intento.

ENRIQUE: Y aun por eso esforzaba el fingimiento
agora, y con pregunta semejante
me indujo a confesar que era su amante.
Padre, peligros del honor no sufren
plazos ni dilaciones.
El duque amante ha puesto en opiniones
la opinión de mi hermana;
Y este loco, a quien es cosa tan llana
que Elena tiene amor, no obliga menos;
casémosla, señor; corra por cuenta
de su esposo el cuidado de su afrenta.

SANCHO: Bien fuera, mas al duque temo airado;
que es poderoso y es enamorado.

ENRIQUE: Escucha pues atento.
Llegando de las Indias a Sevilla,

contraje allí amistad con don Enrique
de Contreras, un jóven, por sus partes
y sangre, tal, que a Elena honrar pudiera
si ella más alta calidad tuviera.
Pasó conmigo a Italia, y está agora
en Nápoles. Yo intento
hacer con él de Elena el casamiento.
Yo mismo iré á tratarlo;
que es hacerlo por cartas dilatarlo;
y concertado o hecho por poderes,
para más brevedad, a darle efeto
mi hermana partirá con gran secreto
a Nápoles de modo
que de esta suerte se consigue todo,
que ella se casa bien, y tú, fingiendo,
lloroso y enojado,
con el duque, que Elena se ha escondido,
y que presames que él, pues la ha querido,
la oculta; harás que trate más de darte
satisfaciones, viéndote agraviado,
que de mostrarse sin razón airado.

TRISTÁN: (Señores, ¿hay quien crea **Aparte**
industria igual? ¡Por Dios, que me marea!)

SANCHO: (Mi sospecha cesó, porque si él fuera **Aparte**
su amante, y no su hermano, ni quisiera
darle otro esposo, ni le hubiera dado
el celo de mi honor tanto cuidado.)

ENRIQUE: ¿Qué dices?

SANCHO: Que me agrado, y que ya habías
de haber partido, porque el mal es grave,
y remedio súave
no ha de poder curarlo.

ENRIQUE: Mañana he de partir a ejecutarlo.

Vase don SANCHO

TRISTÁN: ¡Señor!...

ENRIQUE: ¿Qué dices?

TRISTÁN: Que me tienes loco.
¿Quién te enseñó a engañar?

ENRIQUE: En las escuelas
de Amor aprendí engaños y cautelas.
A Nápoles me parto, de allí envió
poder para casarme con Elena;
pártase de Milán, y en tierra ajena
la tengo en mi poder. Mira si puedo
dudar el fin dichoso de este enredo.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Salen doña LUCRECIA:, con manto, y RICARDO

RICARDO: Ésta, señora, que ves
 es de don Sancho de Herrera
 la casa.

LUCRECIA: Serlo pudiera
 de un gran señor.

RICARDO: Ésta es
 la de donde preso
 salió don Diego, y aquí
 donde el falso Enrique vi,
 cando de todo el suceso
 los lances vine a saber,
 como mandaste.

LUCRECIA: Subid,
 y que le aguarda decid,
 para hablarle, una mujer.
 Mas tened; que en el zaguán
 prevenciones de camino
 se me ofrecen. Ya imagino
 que se ausenta de Milán
 el traidor.

RICARDO: Lo que recelas,
 señora, se ha confirmado
 que hablando con su criado
 baja con botas y espuelas.

Sale don ENRIQUE, con botas y espuelas, y TRISTÁN

ENRIQUE: Ya sabes lo que has de hacer
 en esta ausencia, Tristán.
 Solo te dejo en Milán
 a velar, y a deshacer
 los indicios que mi enredo
 pueden descubrir.

TRISTÁN: Señor,
 pierde seguro el temor.

de todo advirtid quedo.

Confía de mi lealtad,
que mil veces moriría
antes que por culpa mía
se supiese la verdad.

ENRIQUE: Siempre ha mostrado tu amor
en las obras tus deseos.
Llega el caballo.

LUCRECIA: Teneos.

ENRIQUE: ¿Quién es?

LUCRECIA: Enrique traidor,
sin vergüenza, sin honor,
¿pensábase, di, ausentar,
dementido, sin pagar
tan justa deuda?

ENRIQUE: (¡Ay de mi!) **Aparte**
No dés voces.

TRISTÁN: (Jamás vi **Aparte**
encuentro con tanto azar.

LUCRECIA: Enrique falso...

ENRIQUE: Habla quedo.

TRISTÁN: Calla, diablo. (Voces da **Aparte**
diciendo Enrique, y está
bamboleando el enredo.)

LUCRECIA: Nunca vió la cara al miedo
la verdad, no; y ofendida
la razón es mal sufrida.
No tienes que reportarme;
que el honor has de pagarme
con la mano o con la vida.

ENRIQUE: Escúchame.

LUCRECIA: En vano son
las palabras, engañoso,
mientras la mano de esposo
no cumpla tu obligación.

ENRIQUE: Digo que tienes razón.
¿Quieres más?

LUCRECIA: Cuando te vas,
¿qué satisfacción me das
de la deuda en confesarla?

ENRIQUE: Presto volveré a pagarla.

LUCRECIA: ¿Qué sé yo si volverás,
siendo, Enrique, forastero?

TRISTÁN: (¡Darle a Enrique!) **Aparte**

Aparte a su amo

Esta mujer

nos ha de echar a perder,
Señor.

ENRIQUE: (Remediarlo espero.) **Aparte**

Lucrecia, decirte quiero
verdades que te podrán
asegurar. De Milán
soy vecino; ésa que ves
es mi casa. Don Sancho es
mi padre y yo soy don Juan
no don Enrique. Entendiendo
poderme ocultar de ti,
llamarme Enrique fingí;
mas pues en vano pretendo
ocultarme ya, en volviendo,
de ser tu esposo te doy
palabra, como quien soy.

LUCRECIA: Eso no. Necia sería
en fiar para otro día
lo que puedo cobrar hoy;
y más cuando haciendo están
informacion de que intentas
más engaños, los que inventas,
diciendo que eres don Juan;
que de algunos que en Milán
te conocen, de tu estado
y nombre me había informado
cuando me fié de tí.

TRISTÁN: (La máquina acaba aquí, **Aparte**
si don Sancho lo ha escuchado.)

Mira que es tarde, señor.
Sube.

Sale don SANCHO, observando desde la puerta

SANCHO: (¿Qué voces serán **Aparte**
las que oigo en el zaguán?)

ENRIQUE: Adiós, Lucrecia.

LUCRECIA: Traidor,
sin restaurarme el honor
no has de partir.

ENRIQUE: ¡Bueno fuera
que por tí me detuviera!
Suelta.

LUCRECIA: En Milán hay justicia
que castigue tu malicia.

Sale doña ELENA a la puerta y habla aparte a su padre

ELENA: ¿Qué es esto, señor?
SANCHO: Espera.
ENRIQUE: Pues tanto me aprietas, digo
 que ni te debo el honor,
 ni en ti hay sangre ni valor
 para casarte conmigo.
LUCRECIA: Eso merece, enemigo,
 la que de tí se ha fiado.

Aparte a TRISTÁN

ENRIQUE: Tristán, si nos ha escuchado
 don Sancho, sabe enmendar
 con mentir o con negar
 el error.
TRISTÁN: Pierde cuidado.

Vase don ENRIQUE

LUCRECIA: Traidor, fementido, parte
 huyendo, discurre el suelo;
 que el duque, Milán y el cielo
 me ayudarán a alcanzarte.

Vase doña LUCRECIA, y con ella RICARDO

SANCHO: (La causa de la cuestión **Aparte**
 no puedo bien entender;
 mas con Tristán he de hacer
 de todo averiguación.)
 Mancebo...
TRISTÁN: Señor... (¡Por Dios, **Aparte**
 que pienso que han escuchado
 todo cuanto aquí ha pasado.)
SANCHO: ¿Que esto pasa, y que sois vos
 cómplice de estos delitos?
 Llegaos, llegaos.
TRISTÁN: Ya me llego.
 (Visto nos ha todo el juego; **Aparte**
 mas tales fueron los gritos
 de aquel demonio o mujer.)
SANCHO: Todo cuanto ha sucedido,
 traidor, he visto y oído,
 y lo primero ha de ser
 que vos, que andáis de por medio
 en las maldades que veis,

la justa pena llevéis.
TRISTÁN: (Lo ha oído todo, no hay remedio.) **Aparte**

Llamando

SANCHO: ¡Inés!

Sale INÉS

INÉS: Señor...
SANCHO: Al momento
vaya un criado, y aquí
me traiga un verdugo.

Vase INÉS, y vuelve poco después

TRISTÁN: ¿A mí
qué castigo, qué tormento
quieres darme? ¿En qué he pecado?
¿Puedes con razón culpar
en un criado el callar?

SANCHO: En ayudar sois culpado.

TRISTÁN: Tampoco en eso lo he sido;
porque si loco de amor
don Enrique, mi señor,
por Elena, se ha fingido
don Juan...

SANCHO: (¿Qué escucho?) **Aparte**

TRISTÁN: ¿Debiera,
si de mí se confió,
descubrir el caso yo
aunque la vida perdiera?

SANCHO: (¡Válgame Dios!) **Aparte**

ELENA: Ya verás,
padre, que no te engañé.

SANCHO: (Más descubro que intenté. **Aparte**

pero saber lo demás
con cautela es conveniente.)
Ya yo de todo tenía
indicios; pero quería
hacer probanza evidente
de todo el caso, primero
que emprendiese la venganza.

TRISTÁN: Fácil era la probanza;
que puesto que es forastero,
hay algunos en Milán
que a Enrique en España vieron,

y en Madrid le conocieron,
donde sus padres están.

SANCHO: Pues, ¿cómo se prometía
de tanto engaño el secreto?

TRISTÁN: Con abreviar el efeto;
que por eso no salía
de casa, por excusar
que alguno le conociera
y el secreto descubriera;
mas, ¿puedes, señor, culpar
que le haya servido yo
como criado fiel?

SANCHO: No; mas decid. El papel
que de la manga sacó
a Elena...

TRISTÁN: Fué fingimiento;
que Elena no le tenía.
Don Enrique lo traía
escrito para el intento
que puedes ya colegir
del suceso. Pero ¿quién
culpará que sirva bien,
el que bien puede servir?

SANCHO: Nadie, ni fuera razón.
Pero, ¿quién es esta dama
con quien riñó?

TRISTÁN: Ella se llama
Lucrecia, y la posesión
de su persona y honor
le entregó, como has oído,
con palabra de marido
que le dió Enrique.

ELENA: ¡Ah, traidor!

SANCHO: ¿Y dónde vive Lucrecia?

TRISTÁN: En palacio, y es hermosa,
noble, rica y virtuosa;
mas Enrique la desprecia
con esperanza de hacer
con Elena el casamiento;
que a Nápoles lleva intento
de casarse con poder
desde allá con ella, y luego
que en el suyo sin defensa
la tenga en Nápoles, piensa
dar efeto a su amor ciego.
Dios sabe si lo he intentado
estorbar; mas ¿quién podrá
resistir a quien está
con amor determinado?

SANCHO: Bien decís, y ya os remito

la pena que merecéis;
mas porque no le aviséis
de que sepa su delito,
quiero que estéis encerrado
en ese aposento. Entrad.

TRISTÁN: Señor...

SANCHO: ¿Replicáis? Callad.

TRISTÁN: Servir es ser desdichado.

Enciérrale don SANCHO

ELENA: ¿Qué te parece, señor,
que esté por falta de seso,
triste, maltratado y preso
mi hermano por un traidor?
¡Y que pensases que yo
te engañaba!

SANCHO: Aun tú creyeras
que te engañabas si oyeras
los enredos que fingió.

ELENA: Pues ¿qué aguardas, que no vas
a librar de tanta pena
a mi hermano?

SANCHO: Importa, Elena,
pensarlo más.

ELENA: ¿Quieres más
que una probanza tan clara?

SANCHO: Si tantos hay que afirmaron
que le vieron y le hablaron,
antes que en mi casa entrara,
tantas veces en Milán,
y que es loco, ¡refirieron
los dislates que le oyeron,
¿he de creer que es don Juan?

ELENA: Que le vieron es muy cierto;
mas Hernando, su criado,
de la ocasión me ha informado
que a estar le obligó encubierto.

SANCHO: ¿Y fué?

ELENA: Que noticia tuvo
que el duque me pretendía
y averiguarlo quería
secreto, y por esto estuvo
rondando mi puerta y calle
muchos días recatado.
El duque está enamorado,
y debieron de encontralle
sus cuidadosas espías
mirando hácia mis balcones,

o con algunas acciones
atento a saber las mías;
y conociéndole aquí
aquella noche, informaron
de ello al duque, y le obligaron
a que celoso de mí,
creyendo que es mi galán,
por vengarse y estorbarme
que con él pueda casarme,
fingiese loco a don Juan;
y es clara esta presunción,
pues el duque y sus criados,
secretos y recatados,
maquinaron la intención.

SANCHO: Piénsolo así; que si allí
verdad sencilla trataran,
ni de mí lo recataran,
ni se escondieran de ti.

ELENA: No es la luz del sol mas clara.
Mas véle a ver, y podrás
de él, padre, informarte más;
que ni yo te aconsejara
que te arrojes sin hacello.

SANCHO: Bien me aconsejas.

ELENA: Espera;
que mejor traza pudiera
darnos evidencia dello.
Hacerle escribir, y ver
si es la letra de mi hermano.
.....[-ano]
..... [-er]
..... [-itas]

SANCHO: Dices bien.

ELENA: Pues yo prevengo
las cartas tuyas que tengo
desde las Indias escritas,
mientras tú le vas a hacer
escribir en tu presencia,
para que en esta experiencia
engaño no pueda haber.

SANCHO: Voy a ejecutarlo luego.

Vase don SANCHO

INÉS: ¡Qué prevenida has andado
en hacer que haya copiado
de letra suya don Diego
las cartas que mi señor
de tu hermano ha recibido!

ELENA: Fuera de que le han servido
para informarse mejor,
mi padre, que ya leellas,
por su edad, no ha de poder,
las ha de dar a leer;
y reconociendo en ellas
las razones de don Juan,
no recelará este engaño.

INÉS: El enredo es más extraño
que vio en mil siglos Milán.

ELENA: Atrevido es el intento;
mas, quien supiere de amor,
sabr  perdonar mi error
y alabar mi entendimiento.

Vanse. Salen el DUQUE y CRIADOS

DUQUE: Abrázame. ¿Que don Juan
es cierto que se ausentó?

CRIADO 1: Por mis ojos le vi yo,
señor, partir de Milán.

DUQUE: No puedes haberme dado
otra nueva más gustosa;
que guarda a su hermana hermosa
el necio con tal cuidado,
que la paciencia perdía.

CRIADO 1: No vi jamas forastero
tan reposado y casero,
porque no ha salido un día
siquiera a ver la ciudad.

DUQUE: Pues si puedo, antes que él vuelva
he de hacer que se resuelva
la endurecida crueldad
de Elena a aliviar mi pena;
que usando de mi poder,
P ris segundo he de ser,
pues ella es segunda Elena...
Mas su padre viene aquí.

Sale don SANCHO

SANCHO: Dadme los piés.

DUQUE: Levantad,
don Sancho. ¿Qué novedad
pudo tanto, que de mí
os acordasteis?

SANCHO: Señor,
escuchad lo que han podido

de un don Enrique atrevido
el engaño y el amor.

Hablan los dos CRIADOS aparte

CRIADO 1: Sospecho que ha de emprender
el duque algún grande exceso;
que amor le priva del seso.

CRIADO 2: Desde el decir al hacer
muy grande distancia veo.

CRIADO 1: Resuelto está.

CRIADO 2: Poco importa;
que la razón le reporta
si le enloquece el deseo.

Muchos verás que enojados
con los ardores primeros,
arrebatados y fieros
juran hacerse vengados,
y despues mudan intento,
porque el mismo amenazar
les sirve de mitigar
la furia del sentimiento.

DUQUE: ¿Hay mayor atrevimiento?
(Y más si acaso el traidor **Aparte**
tuvo indicios de mi amor.)
Julio...

CRIADO 1: Señor...

DUQUE: Al momento
en postas, en cuyos pies
las alas del viento ofendas,
has de partir, porque prendas
al falso don Juan.

SANCHO: No es
dificultoso alcanzarlo;
que hoy se partió de Milán.

CRIADO 1: ¿Y hácia donde va don Juan?

SANCHO: En el camino has de hallarlo
de Nápoles.

DUQUE: Pues ¿no vuelas?
¿Qué te detienes?

CRIADO 1: Señor,
si volar sabe el Amor,
no habré menester espuelas.

Vase

SANCHO: Agora, si sois servido,
resta que a don Juan mandéis

sacar de prisión, pues veis
que sin culpa ha padecido.

DUQUE: Advertid que ser podría
otro engañoso galán.

SANCHO: ¡Jesús, señor! Es don Juan,
si es clara la luz del día,
con que estas cartas veáis

Mira el DUQUE las cartas

que me escribió de su mano
de Lima, veréis que en vano
nuevo engaño receláis;
y con ellas cotejad
esta letra y esta firma,
que, si es la misma, confirma
claramente esta verdad,
pues agora en mi presencia
lo escribió.

DUQUE: Una misma es
la letra y firma.

SANCHO: Y después
de esta tan clara experiencia,
le examiné diligente
en cosas de que colijo
esta verdad, que mi hijo
las supiera solamente.

DUQUE: Pues, ¿cómo le vieron antes
tantas veces en Milán
mis criados, si es don Juan?

SANCHO: Por negocios importantes
anduvo en Milán secreto,
y aun el nombre se mudó;
que don Diego se llamó
por dar más seguro efeto
a su disfraz; y si allí
que era loco os refirieron,
no digo que lo fingieron,
ni cupo jamas en mí
pensamiento que ofendiese
la fe de vuestros criados.
Lo que pienso es que engañados
de alguno que pareciese
a mi hijo, lo afirmaron,
o con alguna intención,
por ventura en ocasión
que ellos presentes se hallaron,
loco don Juan se fingió.
Y puesto que si es engaño,

es para mí solo el daño,
y quiero sufrirlo yo.
Vos no me podeis negar
esta merced.

DUQUE: Bien decís,
don Sancho, lo que pedís.
Parta luego a ejecutar
ese criado con vos.

CRIADO 2: Vamos. ¡Sucesos extraños!

Vase

SANCHO: Prospere infinitos años
vuestro estado y vida Dios.

Vase

DUQUE: ¿Quédante más invenciones,
más novedades, más casos,
para impedirles los pasos,
Fortuna, a mis pretensiones?
¿o basta la resistencia
de Elena, sin aumentarme
estorbos para quitarme
la esperanza y la paciencia?
Ya de esto con causa infiero
que en Milán quiso ocultarse
don Juan para asegurarse.
..... [-ero].

*Vanse. Sale HERNANDO, por una puerta, y por otra
doña ELENA e INÉS*

HERNANDO: ¡Victoria, victoria! ¡Inés!
¡Elena!

ELENA: ¿Qué es esto, Hernando?

HERNANDO: Adelantéme volando,
señora, porque me dés
albricias de que don Diego
viene libre.

ELENA: Esta cadena
recibe.

HERNANDO: Con tal Elena,
no cante la suya el griego.

ELENA: ¡Que dieron fin nuestros daños!
¡Don Diego, que te he de ver!

HERNANDO: Tanto han podido vencer

las prevenciones y engaños.

Salen don DIEGO y don SANCHO

DIEGO: ¡Querida hermana!

ELENA: Don Juan,
¿posible es que tal deseo
he cumplido que te veo
en mis brazos?

SANCHO: (¡Cómo dan **Aparte**
sus afectos naturales
probanza de la verdad!
¡Con qué amorosa piedad
se abrazan, dando señales
la secreta simpatía
de la sangre!)

DIEGO: Ya yo olvido
la noche que he padecido,
viendo tan alegre día.

Doña ELENA habla aparte a don DIEGO

ELENA: No me des tantos abrazos;
no demos que sospechar.

DIEGO: Bien dices. Volvedme a dar
la mano, padre, y los brazos;
que no acabo de creer
que libre y con vos me veo.

SANCHO: De mi amor y mi deseo
podéis lo mismo entender.
Hoy el contento mayor
de mi vida he recibido.
Quien ser padre no ha sabido,
no ha sabido qué es amor.

INÉS: Inés también a tus pies
te da del fin de tus penas
mil alegres norabuenas.

DIEGO: Yo te lo agradezco, Inés.

SANCHO: Hijo...

DIEGO: Señor...

SANCHO: Preveníos
para ir a besar la mano
al duque luego.

ELENA: ¿Mi hermano,
cuando descréditos míos
y suyos, tan engañoso
intenta el Duque, a besarle
ha de ir la mano?

SANCHO: Obligarle
conviene; que es poderoso,
y importa disimular,
aunque nos quiera ofender;
que a quien hemos menester
es fuerza lisonjear.

Vase. Sale TRISTÁN a una ventanilla baja de reja

TRISTÁN: (Al fin por lo que he podido **Aparte**
entender de lo que hablan,
ha venido el verdadero
don Juan ya. Pero, o se engañan
mis ojos, o el don Juan es
el que la noche pasa,
porque dijo que lo era,
llevaron de esta a la casa
de los locos. ¡Qué bien dicen,
que la verdad adelgaza
mas no quiebra! ¡Oh, si en albricias
de esto me desencerraran!

DIEGO: Hernando, ¿fué don Sancho?

HERNANDO: Fuera ha salido.

DIEGO: Pues guarda
esa puerta porque avises
si volviere; que está el alma
rebosando los fervores
de dicha tan deseada.
Bella Elena, dueño mío,
¿es posible que mis ansias
salen a puerto seguro
de un confusa borrasca?

TRISTÁN: ¿Qué es esto?

ELENA: Todo lo alcanza
La constancia y la porfía
de quien tan de veras ama
como tú, don Diego mío.

TRISTÁN: (¡Vive Dios, que no es su hermana,
sino su dueño! Otra es ésta.
Entendida está la maula;
con la misma flor nos dan.
Gran dicha ha sido escucharla
pues así me ha dado el cielo
torcedor con que les haga
que de esta prisión me saquen.

DIEGO: Solo una cosa me falta
de averiguar, que con dudas
me obliga a desconfianzas.

ELENA: Dila pues.

- DIEGO: ¿Quién pudo a Enrique
darle nuestra misma traza
sino tú?
- TRISTÁN: (Agora entro yo.) **Aparte**
Yo lo diré si me sacan
de esta prisión.
- ELENA: (¡Ay de mi, **Aparte**
que Tristán nos escuchaba!)
- HERNANDO: (¡Perdidos somos!) **Aparte**
- DIEGO: Elena,
¿qué es esto? ¿No me avisaras?
- ELENA: Descuido fue.
- INÉS: ¡Hay tal desdicha!
- ELENA: No me acordé de que estaba
Tristán donde nos podía
escuchar.
- TRISTÁN: (¡Oh cuáles andan **Aparte**
con el gusano de ver
que yo he sabido la chanza!)
- DIEGO: Podrá ser que todo el caso
no haya entendido.
- TRISTÁN: ¿No acaba,
señor don Juan o don Diego?
- HERNANDO: Acabóse.
- TRISTÁN: ¿No le agrada
el concierto? Por salir
de sospechas, ¿no es barata
mi soltura? Pues no sé
quién saldrá de más pesada
prisión de los dos; que celos
son dura prisión del alma,
siendo del cuerpo la mía.
- ELENA: ¡Hay semejante desgracia!
- DIEGO: ¡Qué descuido! ¡Vive Dios!
- HERNANDO: Aquí dio fin la maraña
sin remedio.
- DIEGO: Claro está
que Tristán no ha de callarla,
si le damos libertad,
a Enrique; y él, con la rabia
de mi dicha o mi desdicha,
será lengua de la fama
con don Sancho y con el duque.
Pues si no hacemos que salga
de esta prisión, a don Sancho
le ha de decir en venganza,
y por obligarle así
a soltarle, lo que pasa.
- HERNANDO: Pienso que no fuera malo,
pues él dijo que tú estabas

loco, darle con la suya,
y hacer que goce la plaza
que en la casa de los locos
dejaste desocupada.

DIEGO: Ni tengo el poder del duque,
ni para remedio basta
acreditarle de loco;
que con tales circunstancias,
en pudiendo publicar
lo que ha oído, es cosa clara
que diera fuertes sospechas,
ya que no hiciera probanza.
Estoy por darle la muerte.

ELENA: Lo mismo hará la amenaza
que la ejecución en él.

DIEGO: ¿Caso de tanta importancia
he de fiar al temor?

ELENA: ¿Es mejor que a más desgracias
nos expongas, dando al duque
materia de venganza,
pues al fin ha de saberse?

HERNANDO: Oye, señor, una traza.

Habla bajo

TRISTÁN: (¿Qué saldrá de esta consulta?
Brava confusión les causa
ver que su secreto sé.

DIEGO: Dices muy bien.

ELENA: Extremada
industria, mientras el tiempo
mejor nos la ofrece.

DIEGO: Salga,
Tristán, de prisión.

TRISTÁN: Valióme
entenderles la maraña.

HERNANDO: Ven conmigo, Inés.

ELENA: Abrevia;
no venga mi padre.

*Vanse HERNANDO e INÉS. TRISTÁN se
quita de la reja*

DIEGO: ¿Hay ansias,
hay temores, hay cuidados
mayores que los que pasa
el que tiene de un engaño

pendientes sus esperanzas?

Sale TRISTÁN

TRISTÁN: Dejad que mi boca a besos,
pues no puedo con palabras,
a vuestros pies agradezca
tan grande merced.

DIEGO: Levanta,
y di, pues lo has prometido,
quién le dio a Enrique la traza
de hacerse hermano de Elena.

TRISTÁN: Con una linterna estaba
en la calle, y con él yo,
una noche en asechanza...

*Sigue hablando bajo. Salen HERNANDO e INÉS
con un cordel*

INÉS: ¿Un cordel ha de bastar
para servir de mordaza?

HERNANDO: Por qué no? ¿Quiéreslo ver?

*Atraviésase el cordel HERNANDO por dentro de
la boca y prueba a hablar*

No es posible hablar palabra.

TRISTÁN: Éste es el caso.

ELENA: ¿Estás ya
satisfecho?

DIEGO: Más probanza
no es menester; que el papel
que yo llevé lo declara.

TRISTÁN: Y porque no espera más,
señores, adiós.

DIEGO: Aguarda.

HERNANDO: Abrid la boca, mancebo.

TRISTÁN: ¿Así cumples lo que tratas?
¡Aquí de Dios!

DIEGO: ¡Vive el cielo,

Saca la daga

que te dé mil puñaladas
si das voces o resistes!

TRISTÁN: Pues yo, señor...

HERNANDO: Calle y abra
la boca.

DIEGO: Yo, si resiste,
se la abriré con la daga.

*Átanlo el cordel atravesado por la boca al
cerebro, como mordaza, y él da voces*

HERNANDO: Hable ahora si pudiere.

DIEGO: Quien los secretos no calla
de su dueño, de los míos
no merece confianza.

HERNANDO: Vengan las manos, y sepa

Átale las manos

el hablador, noramala,
que quien por callar no sufre,
ha de sufrir porque habla.

INÉS: Mi señor viene.

DIEGO: A buen tiempo.

Sale don SANCHO

SANCHO: ¿Qué es esto?

HERNANDO: Si antes llegaras,
te taparas los oídos.

SANCHO: ¿Cómo?

HERNANDO: Porque no le daban
libertad, este Lutero
no dejó santo ni santa
en toda la letanía
a quien no dijese infamias,
blasfemando.

SANCHO: ¡Oh mal cristiano!

INÉS: Y dijo que renegaba.

HERNANDO: Si, que renegaba dijo.

SANCHO: ¡Jesús! ¡Jesús!

DIEGO: Lo que pasa
han contado.

ELENA: Yo temí
que un rayo nos abrasara.

SANCHO: Con razón.

HERNANDO: Pues con las voces
que agora no articuladas
está dando, apostaré

que reniega con el alma,
por no poder con la boca.
SANCHO: Hagan luego una mordaza
de hierro con su candado;
y si esta pena no basta,
entradle en ese aposento,
y del cabello a la planta
dos mil azotes le dad.
¡Jesús, Jesús! ¡Dios me valga!

Vase don SANCHO

HERNANDO: Ya empiezo a desatacarle.
DIEGO: Bien se ha hecho, Elena.
ELENA: Nada
se hace bien mientras con bien
de estos peligros no salgas.
INÉS: Tristán, paciencia; que así
no estuvieras si callaras.
HERNANDO: No hay que hacer sino tascar
el freno y sufrir la carga.

Vanse. Salen en DUQUE y el CRIADO 2

CRIADO 2: Ya, señor, Julio ha llegado
con Enrique a la ciudad,
y a saber tu voluntad
antes de entrar ha enviado.
Ordena lo que ha de hacer.
DUQUE: Parte y di que a mi presencia
le traiga; que la inocencia
o culpa quiero saber
de sus labios, que ha tenido
en sus engaños Elena,
antes que darla la pena
resuelva que ha merecido.

*Vase el CRIADO 2. Sale doña LUCRECIA, con
manto*

LUCRECIA: Gran duque de Milán, de cuya espada
tiene el mundo el valor jamas vencido;
Lucrecia desdichada
el rostro a vuestros pies pone ofendido,
hasta que el desagravio le conceda
honor con que mirar el vuestro pueda
en tranquila quietud, en paz segura,

muchos bienes gozaba en pocos años,
cuando mi suerte dura,
que cuidadosa fabricó mis daños,
al ciego Amor, de quien estaba ajena,
tomó por instrumento de mi pena.
Un falso, un alevoso, un fementido,
Enrique entonces y don Juan agora,
lisonjeó mi oído
con dulce voz y lengua encantadora;
y con palabra que me dió de esposo,
solicitó, alcanzó y huyó engañoso.
De suerte se ocurrió que la esperanza
perdí de que jamás alcanzarla
remedio ni venganza.
Halléle al fin que de Milán partía,
acusé su traición, oyóme esquivo,
hablóme falso y fuése vengativo.
Éste es el caso, duque poderoso.
Mirad si es bien que cuando el mundo os llama
justiciero y piadoso,
para que se obscurezca vuestra fama
sufráis que una mujer viva ofendida
libre el delito y la razón vencida.

DUQUE: Alza, Lucrecia, y cobra confianza
de que con la cabeza o con la mano
tu honor o tu venganza
hoy satisfaga tu ofensor tirano,
que preso viene ya; y el cielo creo
que la ocasión previno a tu deseo.

Salen el CRIADO 1 y ENRIQUE, de camino

CRIADO 1: Tu mandamiento, señor,
cumplí, como ves.

LUCRECIA: ¡Ah falso!

ENRIQUE: Dame tus pies.

DUQUE: Atrevido
Enrique, Enrique villano,
que no tiene sangre noble
quien hace tales engaños,
¿cómo osaste, di, ofender
no solamente a don Sancho,
sino a mí, diciendo que eras
don Juan?

ENRIQUE: De amor abrasado.

DUQUE: ¿Y cómo a mover te atreves
esos fementidos labios?

ENRIQUE: En ese papel de Elena

Date un papel y lee el DUQUE

Verás todo mi descargo;
que mis enredos han sido
por orden suya trazados.
Y si has sabido de amor,
no solo perdón aguardo
de mi error, sino piedad.

DUQUE: (¡Ah, enemiga! Estos engaños **Aparte**
¿Quién sino tú los hiciera?
¡Vive Dios, que he de vengarlos
publicandO tu bajeza!)
Parte, Julio, y a don Sancho
di que traiga a Elena aquí;
que averiguar cierto caso
en su presencia conviene.
(Hoy la opinión y la mano **Aparte**
del que adoras perderás.
La Fortuna lo ha ordenado,
cansada de tu rigor
y ofendida de mi agravio.)
Enrique, escucha. Lucrecia...

LUCRECIA: Señor...

DUQUE: Llega.

ENRIQUE: (¡Ay desdichado! **Aparte**
Todo el mal me viene junto.

DUQUE: O no me indignes negando
la verdad, o morirás.
Mira que estoy enojado.
¿Conoces esta mujer?
¿Sabes que á darle la mano
te obliga su honor, Enrique?

ENRIQUE: Presto estoy para pagarlo.
(Tiene Lucrecia testigos. **Aparte**
Ya a Elena perdí. ¿Qué aguardo?
El confesar es forzoso.)
No puedo, señor, negarlo.

DUQUE: Pues con que su esposo seas
me verás desenojado.

ENRIQUE: Resistir fuera delito.

Vale a dar la mano

DUQUE: Detente; que a Elena aguardo,
y quiero saber si estás
a ella también obligado,
(No quiero sino quebrarle **Aparte**
los ojos.) con que la mano

le des en presencia suya
a Lucrecia.

*Salen doña ELENA, con manto, SANCHO, don
DIEGO, HERNANDO e INÉS*

SANCHO: A tu mandado
 venimos, señor, los tres.
DUQUE: Esto fue fuerza, don Sancho.
 Elena, ¿es tuya esta letra?
 Pero ya lo ha confesado
 la grana de tus mejillas.

Lee ELENA el papel

ELENA: Yo tengo en Lima un hermano
 no puedo negar que es mía.
DUQUE: Pues a Enrique has disculpado,
 supuesto que él se fingió
 por orden tuya tu hermano.
SANCHO: ¡Ah enemiga de mi honor!
DUQUE: Enrique, dadle la mano
 a Lucrecia.
ENRIQUE: Tuyo soy.
LUCRECIA: Yo tu esposa.

Aparte hablan el DUQUE y ELENA

DUQUE: Así mi agravio
 y tu liviandad castigo,
 pues te quita un mismo caso
 el amante y el honor.
ELENA: Eso no; que restaurarlo
 sabré yo, que quiero más
 que vos quedéis indignado
 que perdida mi opinión.

A todos

Ese papel de mi mano
a las de Enrique llegó,
como él dirá, por engaño,
puesto que yo le escribí
para don Diego de Castro,
que es el que tenéis presente,
y es mi esposo, y no mi hermano.

SANCHO: ¡Otro enredo!
HERNANDO: Declaróse.
DUQUE: ¡Vive Dios, que estoy rabiando
 de enojo!
DIEGO: No os admiréis,
 señor, porque a tales casos
 obliga el amor violento
 de un príncipe enamorado;
 y así, pues fue la intención
 del engaño no indignaros.
 Y sois justo, a vuestros pies
 que me perdonéis aguardo.

Aparte al DUQUE

CRIADO 1: Qué has de hacer? Pide justicia,
 y tú no has de ser tirano.
DUQUE: (Cuente el mundo entre mis glorias **Aparte**
 esta hazaña, pues alcanzo
 victoria de mis pasiones.)
 Gozadla felices años,
 don Diego.
DIEGO: Mostráis al fin
 que sois príncipe cristiano.

A don SANCHO

Vos, señor, con el perdón
me dad la mano.
SANCHO: (Casados **Aparte**
 están ya, ¿qué puedo hacer?)
 La mano os doy y los brazos.
ENRIQUE: Y yo al auditorio gracias
 y este ejemplo, en que he mostrado,
 que aunque el engaño mejor
 es dar con el mismo engaño,
 quien más enganare al fin
 quedará más engañado.

Fin de la comedia

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Quien Mal Anda En Mal Acaba

Personas que hablan en ella:

- Don JUAN
- ROMÁN Ramírez
- Don FÉLIX
- Don PEDRO
- TRISTÁN
- El DEMONIO
- Otro DEMONIO
- Doña ALDONZA
- LEONOR, criada
- Dos FAMILIARES
- CRIADOS
- MÚSICOS
- GENTE

ACTO PRIMERO

Sale ROMÁN, vestido humildemente

ROMÁN: Ni beldad ni gentileza
igual en mi vida vi.
Sin duda a sí misma aquí
excedió naturaleza.
Los miembros forma perfectos
soberana proporción,
y como la causa, son
milagro en mí sus efectos,
pues que su vista primera
tanto en mi pecho ha podido;
mas no fuera dios Cupido
si igual poder no tuviera.
Rindióme, hirióme, matóme
de una vez. ¿Quién puede haber
que tan divino poder
con humanas fuerzas dome?
¿Mas quién hay que sin ventura
se atreva a tanta beldad?
¿Cómo tendrá mi humildad
alas para tanta altura?

*Sale TRISTÁN, de camino, dirigiéndose
a un mozo que está dentro*

TRISTÁN: Sacad las mulas, mancebo.
VOZ: ¡Cuerpo de Dios con la priesa! **Dentro**
Aun no me he puesto a la mesa.
TRISTÁN: Caminando como y bebo
yo, como grulla, en un pie.
Ensillad.
ROMÁN: Mientras es hora
de partir, esa señora,
me decid, ¿quién es?
TRISTÁN: No sé.
ROMÁN: Si el oficio entre su gente
de mayordomo ejercéis,
por qué causa respondéis
un "no sé" tan secamente?
TRISTÁN: No os espante que del eco
guarde las leyes así;
que si seco respondí,

también preguntastes seco.

¿No dijérades siquiera,
"Hidalgo, saber quería,
si cabe en la cortesía,
¿Quién es esta pasajera?"

Y no, sin haber jamás
visto a un hombre, "Esa señora,
me decid, mientras es hora
de partir, ¿quién es?" Demás
que estoy con vos en pecado,
porque os he visto comer,
y ni vino os vi beber
ni tocino habéis probado;
y de hablar con vos me corro;
que quien no come tocino
ni vino bebe, es indino
de hablar ni escupir en corro.

ROMÁN: El padecer corrimientos,
de flema y calor causados,
hace para mí vedados
esos dos mantenimientos;
y si con menos razones
que debiera os pregunté,
soy hombre llano, y no sé
cortesanas invenciones.

Yo hablé con sinceridad,
y con la misma os ofrezco
mi amistad.

TRISTÁN: Yo lo agradezco;
mas porque hasta en la amistad
fuese también desdichado,
tengo el amigo primero
que he encontrado, por agüero,
que es lo mismo ser aguado.

ROMÁN: Desde hoy no lo pienso ser
si con eso os obligáis.

TRISTÁN: Pues a lo que preguntáis
es justo ya responder.

Don Francisco de Meneses,
cuanto desdichado, noble,
padre de esta hermosa dama,
que Aldonza tiene por nombre,
con ella y su casa toda
de Deza partió a la corte,
al pleito de un mayorazgo,
que hoy es ya de Aldonza el dote.
Venciólo al fin; mas no quiso
su fortuna que lo goce,
pues salió con la sentencia

la de su muerte conforme.
Aldonza, huérfana y sola
con esto, determinióse
a volver entre sus deudos
a Deza, su patria, donde
la espera ya, para ser
su esposo, don Juan de Torres,
mi señor, noble, galán,
rico y venturoso joven.
Y así, don Pedro, su primo,
que es el que veis, a la corte
se partió, para volverla
acompañando en su nombre;
que por no serle decente
antes que su mano goce,
no se atrevió a ser el mismo
precursor de sus dos soles.
Más que me habéis preguntado,
he dicho en breves razones
y adiós; que ya en la litera
la bella Aldonza se pone.

Vase

ROMÁN: ¡Ah cielos! ¿Quién vió salir
de purpúreos pabellones
pródiga el alba de rayos,
lloviendo perlas y flores;
quién tras la fiera borrasca
que formó tremenda noche
vió el hermoso Autor del día
bordar claros horizontes,
quién por capital sentencia
esperó suplicio enorme,
y en dichosa libertad
trocó las duras prisiones;
que no juzgue, bella Aldonza,
si a tu beldad las opone,
alba, libertad y día,
sombra, esclavitud y noche?

*Sale doña ALDONZA, de camino, y don PEDRO,
escudereándola, y TRISTÁN, atraviesan el teatro*

TRISTÁN: Llegad, mancebos.

Vanse doña ALDONZA, don PEDRO y TRISTÁN

ROMÁN: ¡Oh Amor!
¡Dichoso don Juan de Torres,
que ha de gozar la belleza
mayor que el mundo conoce!
¡Ay de mí! Ya para entrar
en la litera recoge
las faldas. Amor, ¿qué he visto?
¿Qué nuevo inhumano golpe,
con breves puntos de un pie,
siglos eternos dispone,
tanto a los ojos de glorias,
cuanto al corazón de ardores?
¡Perdido estoy! ¡Estoy loco!
¡Muerto estoy! Ya el sol se esconde,
que deslumbra cuando alumbra,
y ciega cuando se pone.
Ya camina. ¿Qué he de hacer?
Por valles, prados y montes
seré alfombra de sus plantas
sombra de sus resplandores.
No puedo más... No soy mío.
Miente la opinión, que pone
siempre elección de los actos
en la voluntad del hombre;
miente que no hay albedrío;
ley es todo, todo es orden
dispuesto por los influjos
de los celestes orbes.
Pues te sigo, bella Aldonza,
forzado de mis pasiones,
como el acero al imán
y como la aguja al norte;
dictándome la razón,
que el imposible conoce,
por ser nuestros dos estados
en todo tan desconformes.
¿Quién, pues, me dará esperanza
de que algún tiempo la goce,
si diabólicos engaños
no ayudan mis pretensiones?
Que según estoy, no hay cosa
que no intente, no hay desorden
que no emprenda, no hay delito
que mi atrevimiento estorbe.
¿Hay un demonio que escuche
estas quejas, estas voces,
y por oponerse al cielo
dé remedio a mis pasiones?

Sale el DEMONIO, en forma de galán

DEMONIO: Román Ramírez.
ROMÁN: ¿Quién es?
DEMONIO: Yo soy el mismo que llamas,
que de las eternas llamas
vengo en la forma que ves,
a tus voces obediente,
y dispuesto a tu favor.
ROMÁN: ¿Qué dices?
DEMONIO: Pierde el temor,
pues Amor es tan valiente.
Yo soy tu amigo, que soy
quien a tu abuelo ha servido
de familiar. Condolido.
Román, de tu pena estoy.
Pero pues de mí te vales,
pierde la desconfianza;
que o lograrás tu esperanza,
o a los reyes infernales
faltará el poder, la ciencia,
la industria, el arte y engaño.
ROMÁN: Si al inevitable daño
de esta amorosa dolencia
das fin... (Detestable medio **Aparte**
es al que me determino;
mas si del cielo me vino
la desdicha, y no el remedio,
¿en qué dudo?) Una amistad
eterna hallarás en mí,
y en el niundo solo a ti
adoraré por deidad.
DEMONIO: Pues con recíproco pacto
nos obligamos los dos:
tú a adorarme a mí por dios,
y yo, igualando al contrato,
a cumplirle, ese deseo,
y hacer que de Aldonza goces,
y que obedezca a tus voces
todo el reino del Leteo.
Riqueza, honor y opinión
de noble y sabio he de darte
y tras de todo, librate
del poder y la opresión
de las justicias, de suerte
que te valga mi amistad
eterna felicidad
en la vida y en la muerte,
pues si mi amigo leal

hubieras sido en el mundo,
..... [-undo]
te trataré como tal.

ROMÁN: Pues con esas condiciones
me pongo ya en tu poder.

DEMONIO: Atiende a lo que has de hacer
para que tus pretensiones
consigas. Tú has de mudarte,
para no ser conocido,
el nombre; que concedido
me es a mí desfigurarte,
ofreciendo en lo visible
a los ojos otro objeto,
ya que el natural sugeto
alterar no me es posible.

Con esto entrarás en Deza,
e indicios darás de que eres
hombre ilustre; di que quieres
disimular tu nobleza.

Y para hacerte opulento
en riquezas y opinión,
y disponer la ocasión
a tu enamorado intento,
médico te has de fingir;
que de él necesita Deza.

ROMÁN: ¡Cómo podrá mi rudeza,
si ni leer ni escribir
jamás supe, acreditar
esa invención?

DEMONIO: Yo al oído
lo que el físico ha sabido
más docto, te he de dictar;
y pues no son a mi ciencia
angélica reservadas,
yerbas te daré adecuadas
a sanar cualquier dolencia.

Con esto y con los engaños
que según las ocasiones
tracen nuestras invenciones,
verás el fin de tus daños.

ROMÁN: Impide pues a don Juan
con Aldonza el casamiento
antes que logre su intento.

DEMONIO: Yo te lo ofrezco, Román;
que de tal suerte los ojos
de Aldonza inficionaré
al mirarle, que le dé
una vista mil enojos.

ROMÁN: Pues ya en todo te obedezco.

DEMONIO: ¿Qué nombre te has de poner?

Y advierte que no ha de ser
de cristiano, que aborrezco
sus ecos.

ROMÁN: Pónmele tú.

DEMONIO: Demodolo desde aquí
te nombra.

ROMÁN: El tuyo me di.

DEMONIO: Yo me llamo Belcebú.
Y con esto ven, amigo,
para que el pacto confirmes,
donde con tu sangre firmes
lo que has tratado conmigo.

ROMÁN: Vamos.

DEMONIO: Tu lascivo ardor
verás presto satisfecho.

ROMÁN: Tanto han podido en mi pecho
codicia, ambición y amor.

*Vanse. Salen don JUAN, TRISTÁN, y don PEDRO,
de ciudad*

PEDRO: Ya, primo, estaréis contento,
pues Aldonza, no obligada
solo, pero enamorada,
corresponde a vuestro intento.

TRISTÁN: No pienso yo que agradó
Narciso a la ninfa más.

JUAN: ¡Estoy loco! ¿Quién jamás
tal belleza mereció?

PEDRO: En ella las gracias todas
el cielo quiso copiar;
y adiós; que voy a sacar
galas para vuestras bodas.

Vase

TRISTÁN: ¿Qué vestido piensas darme
para estas fiestas, señor?
Que yo también con Leonor
tengo de matrimoniarme.

JUAN: A tu voluntad está
la tienda del mercader.

TRISTÁN: ¿Cuándo, Fortuna, he de ser
venturoso? ¿Cuánto va
que si lo voy a sacar,
según nació desdichado,
o el mercader ha quebrado
o tú no te has de casar?

JUAN: Calla. ¿Cómo puede ser,
si Aldonza ya lo desea,
ni que mi esposa no sea,
ni que quiebre el mercader
siendo tan rico?

TRISTÁN: Porque es
mi Fortuna tan avara,
que si en zapatos tratara,
nacieran todos sin pies.
Un amo que tuve yo,
dijo, estando ya espirando,
"A Tristanillo le mando..."
y al momento mejoró.
Pero mi suerte colijo
que se engañó; que en teniendo
más aliento, prosiguiendo,
"Mando a Tristanillo," dijo,
que al punto que muera yo,
le pague todo el dinero
que me debe, a mi heredero."
Y en diciéndolo espiró.

JUAN: Pues con tales desengaños,
no te he de hacer bien jamás.

TRISTÁN: Quiéreme mal y verás
como vives dos mil años.

JUAN: Ya sale Aldonza, Tristán.

TRISTÁN: Di, señor, la que te adora.

Salen doña ALDONZA y LEONOR

LEONOR: Aquí está don Juan, señora.

Hablan las dos aparte, junto a la puerta

ALDONZA: ¡Qué dices! ¿Éste es don Juan?

LEONOR: ¿En qué lo has desconocido?

ALDONZA: O tú te engañas, o a mí
me engañó cuando lo vi,
o tengo el seso perdido.

LEONOR: Lo postrero es lo que creo.
¿Qué has visto en él que te asombre?

ALDONZA: ¿Don Juan puede ser un hombre
tan mal tallado y tan feo?
El que yo he visto, el que quiero,
el que espera ser mi esposo,
es gallardo y es airoso;
éste es desairado y fiero.

LEONOR: ¡Qué dices! ¿Estás sin seso?

¿Hay algún galán en Deza
que a su talle y getitileza
pueda igualar?

ALDONZA: Y aun por eso
me afirmo en que no es don Juan.

LEONOR: ¿Hay locura más extraña?
Dime, el que le acompaña
¿no es su criado Tristán?

ALDONZA: Sí.

TRISTÁN: ¿Qué temes? ¿Qué contrario
embistes?

JUAN: Verla tan bella
me acobarda.

TRISTÁN: Guarda que ella
te saque por el vicario.

LEONOR: Ya llega; agora verás
cuál de las dos se ha engañado.

(O está loca, o se ha mudado.) **Aparte**

ALDONZA: O estoy ciega o tú lo estás.

JUAN: ¿Cuando, bella Aldonza, harán
nuestras bodas venturoso,
al que solo en ser tu esposo
funda su gloria?

Al oído a doña ALDONZA

ALDONZA: ¿Es don Juan?

JUAN: ¿Cuándo el alma que te adora
con tan deseada unión
en dichosa posesión
se verá?

Aparte a su ama

LEONOR: ¿Es don Juan, señora?

JUAN: Advierte, mi bien, que están
juzgando las ansias mías
eternidades los días.

Aparte a su ama

LEONOR: Di ahora que no es don Juan.

ALDONZA: (¿Don Juan es, al fin! ¿Qué es esto? **Aparte**
¿Qué puede ser? O venía,
cuando otras veces le veía,
tan aliñado y compuesto,
que las faltas ha podido

encubrir que agora veo,
o me engañaba el deseo,
o después acá ha tenido
algún furioso accidente
con que se ha desfigurado,
o por dueño me ha cansado;
que se juzga diferente
el que se teme marido
que el que se estimó galán.)

JUAN: ¿No me respondéis?

Aparte al criado

Tristán,

¿Qué es aquesto?

TRISTÁN: Mi vestido.

JUAN: ¡Señora! ¿Qué novedad
es ésta, Leonor?

LEONOR: No sé.

(Si puedo lo enniendaré.) **Aparte**

Pienso que una enfermedad
que en el corazón padece
y ha muy poco que le ha dado
este disgusto ha causado
que vuestro amor no merece;
que siempre que lo ha tenido,
aunque libre del dolor,
del melancólico humor
vuelve a cobrar el sentido.

Es tan turbado y confuso,
que por gran rato no entiende,
y la pasión le suspende
de las potencias el uso.

Yo apostaré que hasta agora,
don Juan, ni os ha conocido,
ni palabra os ha entendido.
Mira que es don Juan, señora,
quien te habla.

ALDONZA: (Estoy perdida.) **Aparte**

JUAN: ¡Qué enfermedad tan crüel!

ALDONZA: (No me casara con él **Aparte**
si me importara la vida.)

JUAN: Bella Aldonza, gloria mía,
si cuantas piedras cordiales
en las regiones australes
el ligero ciervo cría;

Si cuanta persiana yerba
y odorífero semnión,
aplicado al corazón,

de pasiones lo reserva;
si cuanta perla luciente,
cuanto purpúreo coral,
antídotos de ese mal,
engendra el mar y el oriente,
alegrarte pueden, tantas
me permite que te ofrezca,
que al mundo todo empobrezca
para enriquecer tus plantas.

ALDONZA: Señor don Juan...

LEONOR: Ya ha cobrado,
pues habla, su entendimiento.

ALDONZA: Ni sin salud hay contento,
ni alegría con cuidado.

Yo me siento de tal suerte
sujeta a melancolía,
que no hay para mi alegría,
sino acercarme a la muerte;
y así, es bien que el casamiento
dilata hasta mejorar;
que poco puede durar
accidente tan violento;
y entre tanto sólo os pido
que el visitarme, don Juan,
excuséis; que sois galán
hasta ahora, y no marido.

Vase doña ALDONZA

TRISTÁN: Leonor, ¿qué ocasión ha hecho
en Aldonza tal mudanza?

LEONOR: ¿Qué pensamiento lo alcanza?
Algún demonio sospecho,
por lo que mis ojos ven,
que anda, Tristán, por aquí.

TRISTÁN: ¿Y hay demonio para ti?
¿Haste mudado también?

LEONOR: Forzoso ha de ser mudarme
si no se casan los dos.

Vase LEONOR

TRISTÁN: Nunca, Leonor, me dé Dios
otro mal que no casarme.

¡Ah señor! ¿Qué suspensión
es ésta? ¿Estás persuadido
que ha causado mi vestido

este mal de corazón?

"Tristan, ¿cómo puede ser,
si Aldonza ya lo desea,
ni que mi esposa no sea,
ni que quiebre el mercader,
siendo tan rico?" Ya es clara
del mercader la ventura;
que a ser firme esta hermosura,
era fuerza que él quebrara.

JUAN: No puede, no puede ser
que Aldonza se haya mudado.
Del corazón la ha obligado
la dolencia a proceder
con tan extraña esquivanza;
que si de mí se agradó,
si contenta el sí me dio,
si yo adoro su belleza,
si soy el mismo que fui,
si ella es la misma que ha sido,
si ni de ofensa ni olvido
se puede quejar de mí,
cosas son que contradicen
el crédito a su mudanza.

TRISTÁN: Eso ha dicho la esperanza;
entran los celos y dicen.
Si, aunque con mentira fea,
le han dicho algún mal de ti;
si después que te dio el sí
en nueva afición se emplea...

JUAN: Calla, atrevido.

TRISTÁN: ¿Es error
discurrir sin decidir?

JUAN: Sí; que ofende el discurrir
en agravio del honor.

TRISTÁN: ¿Puede ser?

JUAN: No puede ser.

TRISTÁN: ¿Qué mujer no se mudó?

JUAN: No es mujer Aldonza, no.

TRISTÁN: ¡Vive Cristo, que es mujer,
y se ha mudado, y perdido
cuanta afición te tenía!

JUAN: Pues ¿por qué ocasión podía
mudarse?

TRISTÁN: Por mi vestido;
y apostara a que esto es cierto
de ojo, a no recelar
que ella te volviera a amar
porque yo quedase tuerto.

JUAN: Necio estás.

TRISTÁN: Y tú estás ciego,

pues en el aspecto triste
de doña Aldonza no viste
que de su amoroso fuego
no hay ya ni aun cenizas frías.

JUAN: Tú quieres matarme.

TRISTÁN: Quiero,
señor, no ser lisonjero.

JUAN: ¡Vive Dios, pues que porfías,
y gustas de mi pesar,
si no es cierta su mudanza
y se cumple mi esperanza,
que a palos te he de matar.

TRISTÁN: Con eso, sí, los regalos
de Aldonza has de conseguir.

Sale LEONOR, con manto

LEONOR: Albricias vengo a pedir.

TRISTÁN: ¡Mira lo que obran los palos!

JUAN: ¿De qué, Leonor?

LEONOR: Al instante
que desconsolado y triste
de la presencia partiste,
don Juan, de tu hermosa amante,
de todo punto cobró
su acuerdo y enternecida,
amorosa y condolida
de tu pena, te escribió
los favores y regalos
que en este papel verás.

JUAN: ¿Ves, Tristán, cuán necio estás?

TRISTÁN: ¿Ves cuánto pueden mis palos?

JUAN: Por nueva tan venturosa
te da en albricias mi amor
esta cadena.

TRISTÁN: Leonor
ya no puedes ser mi esposa.

LEONOR: ¿Por qué?

TRISTÁN: Porque yo no fuera
desdichado, a merecer
hermosa y rica mujer.

JUAN: Calla; que ya, aunque no quiera
tu fortuna, pienso hacerte
venturoso, y el vestido
mejorar que he prometido.

TRISTÁN: Tente, señor; que es perderte.

Lee

JUAN: "Si os di nombre de marido,
Ya es fuerza por no matarme,
revocarlo, no casarme."
¿Qué es aquesto?
TRISTÁN: Mi vestido.
LEONOR: ¿Cómo dice?
JUAN: ¿Dónde hay pena
que iguale con mi pasión?
TRISTÁN: ¿Éstos los favores son?
Vuelve, Leonor, la cadena.
LEONOR: Vuelve, don Juan, a leer;
que el papel me leyó a mí
Aldonza, y no dice así.
JUAN: Sí dice.
LEONOR: No puede ser.

Lee

JUAN: "Si os di nombre de marido,
ya es fuerza, por no matarme,
revocarlo, no casarme."
LEONOR: O el seso todo he perdido,
o algún demonio a porfía
trueca las letras así;
que yo misma se le oí,
y tal razón no decía.
JUAN: Con industria lo habrá hecho
para engañarte, Leonor;
que viéndote en mi favor
aquel riguroso pecho,
trocó el sentido al papel;
porque si tú lo entendieras
es cierto que le impedirias
rsolución tan crüel.
Ello es cierto; yo he perdido
el bien que no merecí.
LEONOR: Prosíguela.
JUAN: Dice así,

Lee

"De mi mal ha procedido
la esquividad y novedad
que disculpar es tan justo;
pues no parta con el gusto
su imperio la enfermedad.
Doña Aldonza de Meneses."

Leonor, tan clara razón
no admite interpretación
y, aunque tú misma le oyese
lo contrario, esto que leo
viene de Aldonza firmado,
y es cierto que se ha mudado.

LEONOR: Yo lo miro y no lo creo...
Dame el papel, que estoy loca
y corrida de que a mí,
ya que te la rompa a ti,
me trate con fe tan poca.

Vase LEONOR

TRISTÁN: ¿Y la cadena? Voló.
Tú has hecho un gentil empleo.

*Sale don FÉLIX que se queda retirado,
escuchando a don JUAN*

JUAN: Bien lo debo a su deseo,
cuando a sus efectos no,
¡Pluguiera a Dios redimiera
lo menos del mal que lloro,
con cuanto rubio tesoro
produce la indiana esfera!

FÉLIX: (¿Qué escucho? Cuando es mi intento **Aparte**
pedir a don Juan, hermano
de mi Teodora, su mano
en albricias del contento
de su cumplida esperanza,
se lamenta. ¡Plega a Dios
que no nos dañe a los dos
igualmente una mudanza!)
¿Qué es esto, don Juan?

JUAN: Amigo,
sucesos de un desdichado.
Doña Aldonza se ha mudado.

FÉLIX: ¿Qué decís?

JUAN: ¿De lo que digo
dudáis, cuando es en mi daño?

FÉLIX: ¿Y qué ha sido la ocasión?

JUAN: Cierta mal de corazón,
según dice, tan extraño,
que de gusto y aun de seso
la priva.

FÉLIX: (¡Hay desdicha igual!) **Aparte**
Quiera Dios que vuestro mal

estribe, don Juan, en eso;
porque un médico extranjero
ha venido, a cuya ciencia
no hay reservada dolencia.
Llevádsela; que yo espero
no solo que librá
de ese mal su corazón,
pero que de su pasión
la causa conocerá.

TRISTÁN: ¡Oh médico celestial!

FÉLIX: (Callaré mi pretensión **Aparte**
hasta mejor ocasión;
que un triste no es liberal.)

JUAN: ¿Que es tan sabio?

FÉLIX: Eslo de suerte,
que por los pulsos y aspetos
penetra hasta los secretos
de la vida y de la muerte.

TRISTÁN: ¡Qué adivina el extranjero
por los aspetos, señor!
Mátenme si este doctor
no fuere un gran embustero.

FÉLIX: Con obras se acreditó;
que no con palabras sólo.

TRISTÁN: ¿Y llámase?

FÉLIX: Demodolo.

TRISTÁN: Miren si el nombre buscó
Famoso por lo exquisito,
por lo extraño provocante,
porque dé al vulgo ignorante
la novedad apetito.

JUAN: Félix, toda mi esperanza
pongo yo en ese doctor.
A mí me cure de amor,
si a Aldonza no de mudanza.
Busquémosle.

FÉLIX: De él espero
el fin que tu amor desea.

TRISTÁN: Yo, que su gualdrapa sea
la tumba de tu dinero.

Vanse todos. Sale doña ALDONZA

ALDONZA: Cielos, ¿qué vario accidente
causa los males que lloro?
Ausente a don Juan adoro,
y lo aborrezco presente.
La postrer vez que lo vi,
disforme me pareció;

y luego que se ausentó,
reina ya su amor en mí,
poniéndonme, porque muera
a los ojos la memoria,
la nunca igualada gloria
que hallé en su vista primera.
Quién vio tan nuevo furor,
y quién tan loco accidente,
que muera estando presente
y viva, ausente, el amor?

Sale LEONOR, con manto

ALDONZA: Leonor...
LEONOR: Vengo tan corrida
de que me hayas engañado
con el papel que me has dado,
que no olvidaré en mi vida
este agravio.
ALDONZA: No te entiendo.
LEONOR: ¡Bueno es leerme el papel,
fingiendo que llevo en él
a don Juan la vida, siendo
la sentencia de su muerte!
¡No supiera yo leer!
¡Mal haya el hombre o mujer
que da de su humilde suerte
indicios con no saberlo!
ALDONZA: ¿Qué dices? Muestra y verás,
Leonor, que engañada estás.
LEONOR: ¿Qué importa si has de leerlo
conforme a tu voluntad?
ALDONZA: Si con mi vida aseguro
tu recelo, yo la juro
de leerte la verdad.

Lee

"Si os di nombre de marido,
ya es fuerza, por no matarme,
revocarlo no, casarme.
de mi mal ha procedido
la esquivaza y novedad
que disculpar es tan justo,
pues no parte con el gusto
su imperio la enfermedad."
¿Ésta la sentencia ha sido
de muerte?

LEONOR: ¿Hay tal confusión?
Las mismas palabras son,
y no es el mismo sentido.
 ¿En qué estará? ¿Hay tal tormento
como ser de ingenio rudo?
 ¿A qué nació quien no pudo
merecer entendimiento?
 Pues muy contrario sentido
don Juan al papel ha dado,
con que se ha desesperado
tanto como yo corrido.

ALDONZA: Misterio hay, Leonor en esto,
y a lo que puedo entender,
algún divino poder,
a nuestras bodas opuesto.
 Mas dime, por vida mía,
 ¿qué te pareció don Juan?

LEONOR: Tan de buen gusto y galán,
que envidiarle el sol podía.

ALDONZA: ¿Cómo es posible que el verle
sola a mí me cause enojos?
Pues si estuviera en mis ojos
el defecto, ¿había de hacerle
 solo a don Juan, mi accidente
un agravio tan crüel,
pues a nadie sino a él
miro de sí diferente?
 No lo entiendo.

Sale TRISTÁN

TRISTÁN: Mi señor,
tan enfermo de tu mal,
que está más que tú mortal,
te trae, señora, un doctor
 de cuya infalible ciencia
huye medrosa la muerte,
y los dos ya para verte
sólo aguardan tu licencia.

ALDONZA: Entren. Por dicha mi amor
hallará de tanto daño
en don Juan el desengaño,
o el remedio en el doctor.

*Salen JUAN, ROMÁN, de doctor galán, y
el DEMONIO, de platicante*

JUAN: Aldonza, con el cuidado

de vuestra indisposición,
mi abrasado corazón
el remedio ha procurado.

El señor doctor que os viene
avisitar, no de humano,
de médico soberano
la fama y las obras tiene.

Decid vuestro mal; que creo
que tendrá fin la dolencia,
si alcanza poder la ciencia
y ventura mi deseo.

Aparte a LEONOR

ALDONZA: ¡Ay triste de mí! Leonor,
mi mal crece de hora en hora.

LEONOR: ¿Qué sientes?

ALDONZA: Don Juan agora
me ha parecido peor.
¡Qué narices!

Hablando aparte el DEMONIO con ROMÁN

DEMONIO: El objeto
falso que ofrezco a sus ojos
en don Juan le causa enojos,
y se queja de su efeto
Aldonza.

ROMÁN: Dime, ¿no fuera
mi pretensión más segura
si el hechizo en la hermosura
de Aldonza lo mismo hiciera
que en don Juan, porque él viniese
a aborrecerla también?

DEMONIO: No, Román. No te está bien,
porque si él la aborreciese,
ni cuidara de su mal
ni te hubiera menester;
y el amarla le ha de hacer
contigo tan liberal,
que goces de su riqueza
gran parte, y no es de tu intento
el más leve fundamento
para alcanzar la belleza
de doña Aldonza.

ROMÁN: Bien dices.

DEMONIO: (Lo más cierto es que pretendo **Aparte**
que don Juan pierda, sintiendo

los sucesos infelices
de su amor, el sufrimiento,
con que a delitos e injurias
le precipitan las furias
de su celoso tormento.)
¿Qué aguardas?

ROMÁN: ¿Has ya mudado
lo visible en mí?

DEMONIO: No fuera,
si alguno te conociera,
poderoso mi cuidado.
No temas.

JUAN: (Yo la he perdido. **Aparte**
Con gran disgusto me mira.)

TRISTÁN: (Ella se queja, él suspira, **Aparte**
y yo lloro mi vestido.)

ROMÁN: Si de las manos confiero
las líneas con las señales
del rostro, de vuestros males,
señora, entender espero
la verdadera ocasión.

TRISTÁN: Señor doctor, no quisiera
que esta cura adoleciera
de la santa Inquisición.

JUAN: Calla, necio.

TRISTÁN: No me vayas
a la mano, porque he oído
decir que está prohibido
adivinar por las rayas;
y yo soy, aunque me ves
en lo demás tan humano,
un católico cristiano,
testarudo aragonés;
y no tiene el mundo aceros
iguales a mi coraje
para impedir el ultraje
de mi Dios y de mis fueros,
pues tan sin dicha nací,
que siendo el más inocente,
se escapará el delincuente
y me prenderán a mí.

ROMÁN: Por docto, tengo permiso
para valerme de tales
conjeturas y señales;
que la Inquisición no quiso
prohibir tan milagrosos
misterios sino a ignorantes,
que con artes semejantes
dan luego en supersticiosos;
pero yo, que con la ciencia

física llego a alcanzar
lo que ellas pueden mostrar,
de usarlas tengo licencia.

Mandadle, señor don Juan,
dejarnos; que es peligroso
un testigo escrupuloso,
siendo ignorante.

JUAN: Tristán,
véte al punto.

TRISTÁN: Bien hacéis
en recelaros de mí,
que la leva os entendí.

Vase

ROMÁN: (Presto me lo pagaréis.) **Aparte**
Dadme el pulso.

(Oh, nieve pura, **Aparte**
como sois fuego de amor!)

JUAN: (¡Ah! ¡No fuera yo el doctor!) **Aparte**

ROMÁN: Libre estáis de calentura.

(Así lo estuviera yo.) **Aparte**
Alzad el rostro...

(¡Ay de mí! **Aparte**
Cuello hermoso, el cielo en ti
todo su poder mostró.)

Dadme la mano...
(En que adora **Aparte**
cinco saetas mi amor.)

Rehusa ella

ALDONZA: ¿La mano?

JUAN: El señor doctor
se entiende. Dadla, señora.

ROMÁN tómale la mano izquierda

ROMÁN: Su virtud le comunica
a la izquierda el corazón;
y así por su indicación
sus sentimientos publica.
Con ella apretad la mía;
que la fuerza quiero ver
que tiene.

LEONOR: (No he visto hacer **Aparte**
jamás tal anatomía.

ROMÁN: Apretadla.
JUAN: (Ya me dan **Aparte**
 celos estas experiencias.)
ROMÁN: Los misterios de las ciencias
 son muy ocultos, don Juan.

Aparte a don JUAN

Escuchadme y os diré
por no advertirla, en secreto
de esta experiencia el efeto.
(Con esto dilataré **Aparte**
 La gloria que estoy mirando.)

*Habla a don JUAN, recatándose de que le oiga
doña ALDONZA, y nunca deja su mano*

En la relacion que hiciere,
es forzoso que se altere
su corazón, en tocando
 la causa de su pasión;
y yo lo he de conocer,
porque en la fuerza ha de haber
aumento o disminución
 y haciendo luego jüicio,
según la quiromancia,
física y fisonomía,
tendré verdadero indicio
 de la secreta ocasión
de su mal, y aplicaré
el remedio, con que os dé
su mudanza admiración.

JUAN: ¡Qué sutil filosofía!

Aparte a LEONOR

ALDONZA: ¿Has advertido, Leonor,
 Qué buen talle de doctor?
LEONOR: Extraña es su bizarría!
ROMÁN: Haced lo que os he advertido,
 hermosa Aldonza.
ALDONZA: Yo siento
 lesión en mi entendimiento,
 turbación en mi sentido.
 Siento inconstante deseo,
 frágil memoria, de modo
 que juzgo diverso todo

de lo que vi lo que veo.
ROMÁN: Basta; que agora tocastes
al punto. La alteración
dio a la mano el corazón;
que en la fuerza desmayastes.

Aparte a LEONOR

ALDONZA: Dice verdad. Peregrino
es el médico.
LEONOR: ¡Hay tal cosa!
Ciencia tiene milagrosa.
JUAN: (Entendíolo. Él es divino;
que aborrecer facilmente
sin causa a quien ha querido,
muestra que le ha parecido
despues acá diferente.
ROMÁN: Señora, ya yo sospecho
vuestro mal. Hechizos son
los que en vuestro corazón
tan gran novedad han hecho.
LEONOR: ¿No lo dije yo?
ALDONZA: ¡Ay de mí!
ROMÁN: Alguno que ciego adora
vuestra hermosura, señora,
quiere asegurarla así.

*El DEMONIO habla aparte a doña ALDONZA,
colocado a espaldas de ella*

DEMONIO: ¿Quién sino don Juan sería?
ROMÁN: Indicio ofrecen notorio
del maléfico amatorio
vuestra gran melancolía,
la turbación del sentido
y variedad del deseo.
¿Cuánto va, Aldonza, que feo
alguno os ha parecido,
a quien juzgastes primero
bizarro, hermoso y galán?
LEONOR: Es verdad.
ALDONZA: Esto en don Juan
me ha sucedido, y ya infiero,
Leonor, que lo has publicado.
LEONOR: Fálteme Dios si tal hice.
(¡Loca estoy! Secretos dice **Aparte**
que entre los dos han pasado.)
JUAN: (Él lo ha entendido. Yo soy **Aparte**

quien ya le parezco mal.)

ALDONZA: (No vi jamás hombre igual.)

Aparte

ROMÁN: Si con esto, Aldonza, os doy

oportunidad para admiraros,
estos son cortos efectos;
que secretos más secretos
pienso presto declararos.

Ahora os he de mostrar
más clara la ciencia mía
que por la quiromancia
del todo he de penetrar
vuestro mal. Mostrad la palma
de la mano, que es papel
del cielo, que escribe en él
las afecciones del alma.

¡Qué oscuras líneas! En ellas
se advierte la confusión
que padece el corazón.

Bésale la palma

JUAN: Pues, ¿qué hacéis?

ROMÁN: Humedecellas;

que muestra en ellas la mano
más viveza y más color
con la humedad y calor
que les da el aliento humano.

JUAN: Aldonza pudiera hacello.

(No me puedo refrenar.) **Aparte**

ROMÁN: Señor don Juan, a pensar

que os diera disgusto en ello,
ni lo hiciera, ni mis pies
estos umbrales tocan
si en recompensa esperaran
innumerable interés.

Yo ejecuto con llaneza
los medios cuyos efectos
tocáis ya, pues los secretos
de la bella Aldonza empieza
a entender y declarar;
y cuando con la experiencia
que veis, pretende mi ciencia
lo que importan alcanzar,
me obligan vuestros celos
a desistir, porque yo
vengo a dar salud, y no
desconfianzas y celos.

El tiempo os vendrá a mostrar
que es tan secreto y profundo

su mal, que nadie en el mundo,
sino yo, lo ha de curar;
mas pues las llanezas mías
culpáis, buscad quien dilate
su enfermedad, y la mate
con purgas y con sangrías.

Vuelve las espaldas

ALDONZA: Aguardad.
ROMÁN: (Con esto quiero **Aparte**
 Mi estimación aumentar.)
 Él mismo me ha de llamar,
 y costarle su dinero.

Vanse ROMÁN y el DEMONIO

ALDONZA: Volved. Fuése. ¡Todo así
 se conjura en afligirme!
LEONOR: ¡Que se fuese sin decirme
 la buena ventura a mí!
ALDONZA: ¿Esto, don Juan, es fineza?
 ¿Esto debo a vuestro amor?
 ¿Celos formáis de un doctor?
 Éraos ya a la sutileza
 de su ingenio tan pesada,
 temiendo, si prosiguiera,
 que del todo descubriera
 que estoy de vos hechizada?
JUAN: De mí, Aldonza!
ALDONZA: Caso es llano.
 ¿Quién sino vos desconfía
 de mi amor? ¿Quién pretendía
 asegurarse mi mano
 sino vos? ¿En quién miráis
 lo que ha obrado en mí el hechizo,
 sino en vos, si bien no hizo
 la operación que intentáis,
 pues que trocando la acción,
 por dicha me perderéis
 con lo que intentado habéis
 asegurar mi afición?
 Y tras de hacerme, con medio
 tan injusto, tanto daño,
 ¡por encubrir vuestro engaño
 me quitáis a mí el remedio!
JUAN: Aldonza, juraros quiero...

ALDONZA: No por eso me aseguro;
que también dará en perjuro
quien ha dado en hechicero.

JUAN: ¿Hay tal rabia? He de perder
la vida con la paciencia.

ALDONZA: No me mintáis inocencia.
Lo que importa es deshacer
el daño, y hacer que vuelva
a remediarlo el doctor;
y mientras no, vuestro amor
no espere que me resuelva
a las bodas que desea;
que obra contra vos de suerte
el hechizo, que la muerte
no me parece tan fea.

LEONOR: (Declaróse.) **Aparte**

JUAN: Aldonza mía,
sólo por satisfaceros
el médico he de traeros,
si cuanta riqueza envía
la oriental región me cuesta.

ALDONZA: Hacedlo, y no me veáis
primero que de él sepáis
que estoy menos indispueta.

JUAN: ¡Eso más!

ALDONZA: Don Juan, no os pese;
que a vos os importa.

JUAN: ¿Quién
se vio a las puertas del bien,
que como yo le perdiese?

Vase

LEONOR: Rabioso va.

ALDONZA: Y yo, Leonor,
quedo confusa, pensando
que de don Juan voy sanando,
y enfermado del doctor.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

*Salen ROMÁN, don JUAN y el
DEMONIO*

ROMÁN: Haber conmigo mostrado
tanta liberalidad,
conociendo la verdad
de mi intento y mi cuidado,
me ha obligado a visitar
otra vez a Aldonza, y creo
que he de lograr mi deseo
porque la pienso gozar;
que presto la habéis de ver
libre de aquella pasión
que en su amante corazón
tal mudanza pudo hacer.

JUAN: ¿Son, al fin, señor doctor,
Hechizos la causa de ella?

ROMÁN: O no hay en el cielo estrella
ni en el sol hay resplandor.
Mas ni os aflija ni espante;
que, como me habéis pedido,
para saber quién ha sido
vuestro ofensor y su amante,
he levantado figura.
Pero advertid que éstas son
cosas en que la opinión
y la quietud se aventura;
y si lo que de ella infiero
os tengo de declarar,
palabra me habéis de dar
como noble caballero,
pues que os sirvo, del secreto;
que por nadie--¡vive Dios!--
lo hiciera sino por vos.

JUAN: Como quien soy os prometo
fuera de que os dejaré
hoy, por lo que os he cansado,
liberalmente pagado,
que el secreto guardaré,
contra que pierda el honor
y la vida.

ROMÁN: Pues, don Juan,

*Saca un papel de una figara levantada, y habla
mirando a él*

.....[-án]
en amistad y en amor
Fortuna adversa; y me obligo
a asegurar que os ha hecho
todo el daño el falso pecho
de vuestro mayor amigo.

JUAN: Don Félix es el mayor.
ROMÁN: Las señas os puedo dar

de él, pero no señalar
la persona. Es de color
trigueño, y es de mediana
estatura y voz süave,
ni bien sutil ni bien grave.
Goza la estación lozana
de su juventud, y tiene
negra la barba y cabello.

JUAN: Basta para conocello;
que cuánto dices conviene
con las señas claramente
de Félix.

ROMÁN: El declararos
celoso antes de informaros
será acción poco prudente.

Velad; y pues confiado
de que vos lo estáis está,
en su descuido hallará
la verdad vuestro cuidado.

Y voyme, don Juan; que es hora
de ver mis enfermos.

JUAN: Sólo
quiero saber, Demodolo,
si la que mi pecho adora,
según vuestra astrología, C
corresponde a quien me ofende.

ROMÁN: Tanto en su afición se enciende
cuanto en la vuestra se enfría.

Hablan ROMÁN y el DEMONIO

DEMONIO: Loco queda.

ROMÁN: Su furor
con Félix le precipite,
y su discordia me quite
tan fuerte competidor;
que más seguro pretendo
con su ausencia o con su olvido;
y queda tan bien perdido
matando como muriendo.

Vanse ROMÁN y el DEMONIO

JUAN: ¿Es posible que haya sido
Félix amigo traidor?
Pero las fuerzas de amor,
¿qué obligación no han rotpido?
 ¿Puede engañarse la ciencia
y mentir la astrología?
Sí; mas la desdicha mía
me niega esta contingencia.
 Sombra seré, por los cielos,
de su vida y sus acciones.
Árgos serán mis pasiones,
y linceos serán mis celos;
 y si me ofende, ha de ver
en su muerte mi venganza;
que a quien pierde la esperanza,
¿qué le queda que perder?

Sale don FÉLIX

FÉLIX: Si es cierto que la amistad
hace de dos almas una,
cierto es que en vuestra fortuna
tengo [mi felicidad.]
 Dadle pues a mi cuidado
una nueva venturosa.
¿Qué hay de vuestra prenda hermosa?
Demodolo, ¿hase afirmado
 en que nace su cuidado
de su pernicioso encanto?

JUAN: (¡Ah cielos! No ayuda tanto **Aparte**
la amistad, sino el amor.
 Quiero engañarle y fingir
que soy ya dichoso amante;
que con esto en el semblante
el pecho ha de descubrir.)
 Don Félix, el accidente
que la mudanza causó
de doña Aldonza pasó
como exhalación ardiente;
 que por ser de lo violento
tan breve la duración,
volvió a su antigua afición
fácilmente el pensamiento.
 Muy presto la norabuena
me daréis de mi alegría.

FÉLIX: Decid, don Juan, de la mía

pues no era menor mi pena.

(Si declararte codicias, **Aparte**
ésta es, Félix, la ocasión
de tu abrasada pasión
pide el remedio en albricias.

Atrévete; que el contento
jamás avariento ha sido.)

JUAN: (Por Dios, que se ha suspendido **Aparte**
mal se encubre el sentimiento.)

FÉLIX: Si nuestra firme amistad
me puede dar confianza
a una atrevida esperanza,
don Juan, licencia me dad
para poder declararos
mi intento.

JUAN: Tanto agraviáis
mi amistad cuanto dudáis
que nada puedo negaros.

FÉLIX: La hermosa doña Teodora,
vuestra hermana, en quien Amor
cifra su gloria mayor,
si por bella me enamora,
por sangre vuestra me obliga
a que, en albricias del bien
de haber vencido el desdén
de vuestra amada enemiga,
os pida su blanca mano,
pues nadie puede fundar
su esperanza ni valor
a cielo Lan soberano
con más alas que yo vuelo.
Merezca pues que en un día
vuestra ventura y la mía
celebre y envidie el suelo.

JUAN: (¡Ved si ha obrado mi ficción! **Aparte**
No es amor, sino venganza
de su perdida esperanza,
la causa de esta intención;
que no haberla declarado
hasta ahora, que he fingido
que soy de Aldonza querido,
indicio evidente ha dado
de que este medio escogió
con que su desdén castigue,
porque con celos la obligue
lo que con hechizos no.)

FÉLIX: Don Juan, ¿de qué os suspendéis?
¿No admitís mi pensamiento?

JUAN: Antes, Félix, el contento
de la merced que me hacéis

con razón me ha suspendido.
Luego propondré a mi hermana
vuestro intento, y lo que gana
con tan principal marido.

Y si admite, como espero,
nueva de tanta alegría,
sin que aguardéis a la mía,
hacer vuestra boda quiero.

(Así pretendo probar **Aparte**
la verdad de su intencion.)

FÉLIX: No, don Juan; que no es razón
que Félix lleque a alcanzar
tanta dicha sin que vos
la vuestra alcancéis tambien;
que el bien para mí no es bien
si no es común a los dos.

Fuera de que no sería
bien pensado duplicar
los gastos por no aguardar
a hacerlos un mismo día.

JUAN: (¿Ya quién duda que es venganza **Aparte**
de Aldonza el fin de este intento,
pues resiste al casamiento
hasta perder su esperanza
con verme en la posesión
de su mano? ¡Ah cielo santo!
¿Cómo se refrena tanto
mi ofendido corazón?

FÉLIX: Don Juan, ¿qué determináis?

JUAN: (Asegurarlo conviene.) **Aparte**
Quien más voluntad no tiene
que la vuestra, ¿qué dudáis
que hará vuestro gusto?

FÉLIX: Hablad Luego a la bella Teodora.

JUAN: Ni vuestras partes ignora,
ni dudo su voluntad.

FÉLIX: Si la merezco, daréis
la vida al mayor amigo.

JUAN: (Y a mi mayor enemigo **Aparte**
la muerte, si me ofendéis.)

*Vanse los dos por diferentes partes. Salen
ROMÁN y el DEMONIO*

ROMÁN: ¿Porqué dilatas mi gloria?
Tu amistad y tu poder,
¿qué Sirven, si no he de ver
tan deseada victoria?

DEMONIO: Román, la amistad enfrena

al poder, porque si usara
de él, tus artes publicara,
y te expusiera a la pena.

Por esto con tal templanza
has de remediar tu mal,
que parezca natural
el triunfo de tu esperanza.

Usa de la industria en tanto
Que provechosa te fuere;
y en lo que ella no valiere,
ocurrirás al encanto.

Por todas partes camina
felizmente tu deseo,
pues por los efectos veo
que cuanto Aldonza imagina,
es solo en la gallardía
que en tus partes le he mostrado;
y ciega de este cuidado,
Ahora a llamar te envía.

ROMÁN: Solo acreditar me falta
de principal caballero;
que éste es el medio postrero
de alcanzar gloria tan alta.

DEMONIO: Ya la invención conveniente
para ese fin he trazado.
De la corte se ha ausentado
un don Diego, descendiente
de Guzmanes, por no hacer
un casamiento a disgusto
porque a su padre era justo,
que le trocó, obedecer.
Yo trazaré cómo crea
Aldonza que este don Diego
eres tú.

ROMÁN: De tanto fuego
librarse el alma desea.

DEMONIO: De su persona las señas
finjo yo, para este efeto,
en el engañoso objeto
que tú en lo aparente enseñas.
Mas oye lo que he de hacer;
que ya Leonor ha llegado.

*Sale LEONOR, con manto, quedándose a escuchar
al paño*

LEONOR: Solo está con su criado.
Desde aquí quiero atender
a lo que los dos platican,

por ver si averiguo así
estas sospechas que en mí
por puntos se multiplican.

Hablan aparte ROMÁN y el DEMONIO

DEMONIO: Con esto has de acreditar
tu nobleza mentirosa;
que Leonor quiere curiosa
lo que hablamos escuchar.

ROMÁN: Comienza.

DEMONIO: ¿Cómo, señor,
un hombre de tu nobleza
quiere ejercitar en Deza
el oficio de doctor,
pudiendo en la corte estar,
por quien eres estimado?
¿Cómo no te da cuidado
el sentimiento y pesar
de tu padre don Fernando
de Guzmán, el noble viejo
de quien eres claro espejo?

LEONOR: ¿Qué es lo que estoy escuchando?

ROMÁN: Todo lo advierto; mas es
el casarme a mi disgusto
un tormento tan injusto,
que me obliga a lo que ves.
Por no hacerlo me ausenté,
y de lugar en lugar,
en Deza vine a parar,
donde este oficio tomé
por vivir más disfrazado,
y porque usar lo podía
como quien filosofía
y otras ciencias ha estudiado;
que si bien fue el aprendellas
entonces curiosidad,
hoy es ya necesidad
a este fin valerme de ellas.
Mudé en Demodolo el nombre
de don Diego de Guzmán,
con que mis intentos van
tan seguros, que no hay hombre
que pueda saber quién soy.

LEONOR: ¿Quién tal pensara?

ROMÁN: Y tú ves
que es tan pródigo interés
el que gano, que si voy
a este paso, no habrá cuenta

que lo sume; con que puedo
lucirme mientras no heredo
los cinco mil que de renta
goza mi padre.

LEONOR: ¡No es nada!
Luego vi que este doctor
era noble.

Aparte ROMÁN y el DEMONIO

ROMÁN: ¿Oye Leonor?
DEMONIO: Atenta está y admirada.
ROMÁN: Prosigue.

Alza la voz

DEMONIO: Todo es verdad;
 mas según tendrá deseo
 de hallarte tu padre, creo
 que hiciera a tu voluntad
 de tu esposa la elección.
ROMÁN: Que no la tengo imagino.
 Preso está, si libre vino
 a Deza mi corazón.
 Si puedo, ha de ser mi esposa
 la que adoro.
LEONOR: ¿Quién será?
DEMONIO: ¿No ves lo mal que te está?
 Que aunque es principal y hermosa
 debes aspirar, señor,
 por tu calidad y hacienda,
 a más soberana prenda.
ROMÁN: ¡Qué poco sabes de amor!
 No hay grandeza que prefiera
 a la que mi pecho adora.
LEONOR: Mas, ¿si fuese mi señora?
 ¡Que dicha tan grande fuera!
DEMONIO: Pues ¿para qué te atormentas?
 Dile quién eres; que es cierto
 que alcanzarás por concierto
 lo que por amor intentas.
ROMÁN: ¿Cómo quieres que acredite
 con ella esta novedad,
 sin que hacer de la verdad
 más probanza solicite?
 Pues haciéndola, es forzoso
 que se publique mi intento,
 y mi padre el casamiento

me ha de estorbar cuidadoso.

Fuera de que tanta gloria
quiero por mí merecer;
que cuando la da el poder,
no estima Amor la victoria.

LEONOR: No hay más que esperar.

Llégase a los dos

ROMÁN: ¡Leonor!

LEONOR: Doña Aldonza, mi señora,
a quien ha apretado agora
el melancólico humor,
os suplica que al momento,
la visitéis.

A ROMÁN, al oído

DEMONIO: Éstos son
efectos de su afición,
aunque disfraza el intento.

ROMÁN: Como debe, se apercibe
a servirla mi cuidado.

Sale TRISTÁN, con un bolsón de dinero

TRISTÁN: De mi señor, que obligado
se te confiesa, recibe,
señor, estos cien doblones.

ROMÁN: Veinte escudos te darán
el porte de ellos, Tristán.

TRISTÁN: Desde el sur a los triones
te canten mil alabanzas
por cada maravedí;
que de mi fortuna así
la primer victoria alcanzas,
pues no podrá despintarme
estos escudos que están
en mi mano.

LEONOR: Ya, Tristán,
tienes con qué regalarme.

TRISTÁN: ¿Aun no te has ido? ¡Qué presto,
porque mi desdicha arguya,
hallé quien me disminuya
la ventura! Mas, ¿qué es esto?

Vacía el bolsón, y son cuartos

En cuartos se han convertido
los doblones. Pues yo fui
quien los conté, yo los vi;
mas mi desdicha ha podido
hacer tal transformación.

ROMÁN: Yo no creyera este engaño,
de vos, Tristán.

LEONOR: ¡Caso extraño!
¿Agora das en ladrón?

TRISTÁN: ¡Bueno está! Voto no a Dios,
que por mis ojos los vi
que eran doblones.

ROMÁN: Así
atestiguáis contra vos,
porque si traéis vellón,
y doblones recibistes,
vos solamente pudistes
hacer la transformación.
Volved pues por los doscientos
escudos antes, Tristán,
que sepa el señor don Juan
vuestros bajos, pensamientos.

(Así quiero que empecéis, **Aparte**
necio, a sentir el castigo
de ser tan libre conmigo.)

Vase ROMÁN

DEMONIO: ¡Ah, Tristán! ¿Ésas tenéis?

Vase el DEMONIO

LEONOR: Pensé, Tristán, que tuvieras,
solos para regalarme,
veinte escudos; y obligarme
agora mejor pudieras
que los doscientos empuñas;
mas ya no espero tocarlos;
que tienes para guardarlos
poco amor y muchas uñas.

Vase LEONOR

TRISTÁN: ¿Aun eso más? ¿Quién se ha visto
en un lance tan confuso?

Mi propia mano los puso
en el bolso, y voto a Cristo,
que eran éstos cien doblones
de oro fino. Algún demonio
con tan falso testimonio
me solicita ocasiones
de desesperar. Yo soy
quien los conté, yo los vi
ni estaba borracho allí,
ni aquí tampoco lo estoy.

*Vuelve a vaciar el bolsón, y caen
escudos*

Pero, ¡qué miro! ¿No son
doblonos éstos que toco?
¡Válgame Dios! ¿Si estoy loco?
Sí; ¿qué mas información
que háberlos allá tenido
por cobre, y por oro aquí?
Pero lo mismo que a mí
a todos ha parecido.
Que me engaño agora creo;
mas éstos, doblones son.
No es sueño, no es ilusión;
que por mis ojos los veo.
Pues ahora, ¿qué he de hacer?
Que si al doctor se los doy,
el delito de que estoy
indiciado han de creer;
si no se los doy, también.
¿Quién vio mayor confusión?
Ya ha quedado por ladrón
sin culpa un hombre de bien.

Sale don FÉLIX

FÉLIX: Tristán, ¿qué es eso? Parece
que estás disgustado. Ahora
que ha de gozar la que adora
tu dueño, ¿qué te entristece?
TRISTÁN: ¿Gozar o qué? De su amor
muy mal sabéis el estado;
nunca tan desconfiado
se vio don Juan mi señor.
FÉLIX: ¿Cómo?
TRISTÁN: Para que lo crea,
¿no es probanza suficiente

el mandarle expresamente
Aldonza que no la vea?

Mirad cuánto desconfía
pues han podido obligalle
los celos a que en la calle
me mande estar en espía
para averiguar de quién
ha nacido su mudanza.

FÉLIX: Nunca más firme esperanza
tuvo don Juan de su bien,
si no me quiso engañar.

TRISTÁN: Industria debió de ser;
que es treta del mercader
que está cerca de quebrar
ostentar más bizarría,
porque con eso desmienta
las sospechas; que así aumenta
el crédito en quien le fía.
¿No veis los competidores
que contra sí desperara
don Juan, si no publicara
confianzas y favores?

FÉLIX: Eso no corre conmigo,
que amigo soy verdadero.

TRISTÁN: Para este fin el primero
se ha de engañar el amigo;
que engañado, como entiende
no serlo, con mas fervor
el crédito y el honor
del que le engañó defiende,
jurando una falsedad
sin perjurar; y lo hiciera
con tibieza si supiera
que no jura la verdad.

Demás que los deseosos
como los sarnosos son.

FÉLIX: ¡Notable comparación!

TRISTÁN: Siempre dicen los sarnosos,
aunque esté en mayor pujanza
la sarna, que ya se quita.
Así en los que solicita
el amor es la esperanza;
que consuelan con engaños
ellos mismos su pasión
cuando hay mayor comezón
de celos y desengaños.

FÉLIX: Yo, Tristán, he sospechado
que don Juan por excusarme
la pena que ha de causarme
con la suya, me ha engañado.

TRISTÁN: Pienso que has dado en lo cierto.

FÉLIX: Pues vive Dios, que ha de ser
doña Aldonza su mujer,
o verse a mis manos muerto
quien dio la justa ocasión
a la mudanza.

TRISTÁN: Escuchad.
puies os negó la verdad
mi señor, será razón,
ya que yo os la declaré,
que no lo sepa don Juan.

FÉLIX: Pues no le digas, Tristán,
que me has visto.

TRISTÁN: Así lo haré.

FÉLIX: (A Aldonza tengo de ver **Aparte**
e inquirir este secreto,
pues hasta que tenga efeto
el de don Juan, no he de hacer
con su hermana el casamiento.
Quizá podrá mi cuidado
descubrir quién la ha obligado
a que mude pensamiento.

Vase don FÉLIX

TRISTÁN: A nuestra tema volvamos.
¿Qué harémos, Tristán, en esto
de los dobiones, supuesto
que la opinión arriesgamos?
Mas don Juan es el que viene.
¿Qué puedo hacer? A callar
me resuelvo hasta pensar
mejor lo que me conviene.

Sale don JUAN

JUAN:
¿Diste al doctor el dinero,
Tristan?

TRISTÁN: (¿Qué diré?) **Aparte**
Señor,
oye. En casa del doctor
hallé a Leonor.

JUAN: Lo primero
de todo, Tristán, me di
si el dinero recibió.

TRISTÁN: (Mucho aprieta.) **Aparte**
Nunca yo

Afirmo lo que no vi.
Iba a llamarle Leonor
de parte de su señora...

JUAN: Eso está bien. Dime agora,
¿diste el dinero al doctor?

TRISTÁN: (Dalle.) **Aparte**

JUAN: Responde.

TRISTÁN: (Ya sé **Aparte**

con lo que me he de excusar.)

Yéndole, señor, a dar
los cien doblones, troqué
el bolso en que los llevaba
con uno de cuartos mío,
y fue tal mi desvarío,
porque de él no me acordaba,
temiendo que Demodolo
sospechase mal de mí,
que avergonzado salí,
y después, estando solo,
el bolso de los doblones
hallé; mas no me he atrevido
a llevarlos, de corrido,
hasta que con él me abones.

JUAN: Llévalos luego; y agora
dime quién ha paseado
esta calle o visitado
a la que mi pecho adora.

TRISTÁN: Ninguno de quien tu bien
no se pueda confiar,
porque solo he visto entrar
a Félix agora.

JUAN: ¿A quién?

TRISTÁN: A Félix.

JUAN: (¡Ah santos cielos!) **Aparte**

¿Hablóte o viote?

TRISTÁN: Señor,
ni me habló ni vio.

JUAN: (¡Ah traidor!
Ved si son vanos mis celos.
Mataréle, aunque ha de hacerme
su muerte quedar perdido.
Si a Aldonza pierdo ofendido,
vengado quiero perderme.

Vase don JUAN

TRISTÁN: ¡Con qué pulgas preguntó
si me habló! Por si de mí
hubiera sabido aquí

la verdad que él le negó!
¡Mal año! ¡Miren si ha sido
prevención provechosa!
No hay alhaja más preciosa
que ser un hombre entendido.

*Vase. Salen doña ALDONZA, FÉLIX y
LEONOR*

ALDONZA: Mal celebra el descontento,
Félix, las fiestas de Amor,
y yo, que de este dolor
Tan afligida me siento,
no es mucho que a la esperanza
de don Juan la ejecución
dilate; que es dilación
la que veis, y no mudanza.
Y si está en darle la mía
en daros su hermana a vos
la mano, pedidle a Dios,
don Félix, mi mejoría.

Sale don JUAN y escucha desde el paño

FÉLIX: No atribuyáis al dolor
esquiveza semejante;
que el más indispuesto amante
sana gozando su amor.
Aldonza--¡viven los cielos!--
que hace la mudanza en vos
estos efectos.

JUAN: (¡Por Dios, **Aparte**
que le está pidiendo celos,
persuadido de mi engaño
a que me ha vuelto a querer!)

FÉLIX: Mirad que aunque en la mujer
no es, señora, caso extraño
el mudarse, en las que son,
como lo sois, principales,
infaman defectos tales
su nobleza y opinión;
y habiendo ya vuestros labios
pronunciado el sí, no es justo
hacer, por leyes del gusto,
a las del honor agravios.

ALDONZA: Ya, Félix, os he afirmado
que se ha engañado y mentido
quién ha dicho o entendido
que mi pecho se ha niudado.

JUAN: (¿Satisfacciones le das?) **Aparte**

ALDONZA: Con esto podéis dejarme,
porque no pienso cansarme
en satisfaceros más.

FÉLIX: Porque ofende quien porfía,
os suplico solamente
que abreviéis, que está pendiente
de estas bodas mi alegría.

*Apártase de doña ALDONZA, y ésta
se vuelve de espaldas y habla con LEONOR*

JUAN: (Primero venganzas mías **Aparte**
Os darán muerte, traidor.)

Al retirarse don FÉLIX encuentra a don JUAN

FÉLIX: ¡Don Juan amigo?

*Hablan los dos a un lado, y doña ALDONZA con
LEONOR al otro*

ALDONZA: Leonor,
prosigue lo que decías.

FÉLIX: ¿Llegáis agora?

JUAN: Llegué
en este punto. (El cuidado **Aparte**
que le da si le he escuchado,
en la pregunta se ve.

Disimular lo que he oído
importa; que así aseguro
la venganza que procuro.)
¿Quién duda que habréis venido
a pedir a la que adora
mi abrasado pensamiento
que abrevie mi casamiento,
por llegar al de Teodora
vos más presto?

FÉLIX: Y juntamente
con eso, le vine a dar
de que os volviese a estimar
las gracias.

JUAN: (¡Qué diferente **Aparte**
es acusar su mudanza
de agradecer mi ventura!)

FÉLIX: (Pues ocultarme procura **Aparte**
el mal fin de su esperanza,
no es bien que por entendido

me dé con él de su engaño.)

ALDONZA: ¿Hay suceso más extraño?

¡Qué gran dicha hubiera sido
que fuese yo la querida
de don Diego de Guzmán,
cuando sus ojos me dan
con el veneno la vida!

Decir en la corte oí
que se ausentó. ¿Quién creyera
que a darme en Deza viniera
tan nuevo cuidado a mí?

Mas a Madrid es razón
escribir para informarme;
que no es cordura arrojarme
con liviana información.

Y en tanto importa, Leonor,
este secreto encubrir;
que el verme le han de impedir
si saben que no es doctor.

LEONOR: Cuando por ti no callara,
lo hiciera porque imagino
que don Diego es adivino
y que de mí se vengara.

FÉLIX: Adiós; que os quiero dejar
a solas; que los testigos
son del amor enemigos.

(No le quiero, avergonzar **Aparte**
con ver de Aldonza el rigor,
pues él lo encubre de mi.)

Vase

JUAN: (Sus celos pretende así **Aparte**
disimular el traidor.

¿Iréme o veréla?
¡Cielos!
Aconsejadme en tal pena;
que su desprecio me enfrena
cuanto me animan los celos.

*Salen ROMÁN y el DEMONIO. Doña ALDONZA
sigue hablando con LEONOR sin reparar en JUAN ni en los demás*

ROMÁN: Don Juan, ¿qué hacéis?

JUAN: No os espante
el verme aquí; que al temor
de Aldonza y de su rigor
es esta puerta un gigante

que el paso me impide.
ROMÁN: Entrad;
que quiero ver si en su pecho,
cierto remedio que he hecho
causa alguna novedad.

Aparte al DEMONIO

La fealdad has de aumentar
ahora a don Juan.
DEMONIO: Sí, haré.
ROMÁN: Quiero que Aldonza le dé
causa de desesperar.
JUAN: No espero que en mi favor
Aldonza se haya mudado;
que tengo ya averiguado
que es don Félix el traidor
que me ofende.
ROMÁN: Ya veréis
En mi verdad mi deseo.

Adelántanse

ALDONZA: Don Diego es éste que veo.
LEONOR: Y don Juan.
ALDONZA: ¿Qué me queréis,
don Juan? Dejadme, por Dios.

Cae desmayada en los brazos de LEONOR

ROMÁN: Perdió el sentido.
JUAN: ¡Ay de mí!
ROMÁN: Bien se echa de ver aquí
que al hechizo contra vos
la fuerza le han aumentado.
JUAN: Es cierto; que el alevoso
don Félix partió celoso;
y de mi engaño, obligado,
porque le dije que ya
ha vuelto Aldonza a quererme,
para ganarla y perderme,
nuevos conjuros hará.
ROMÁN: Idos pues, don Juan, de aquí;
que miéntras presente estéis,
ni favor alcanzaréis,
ni Aldonza volverá en sí.
JUAN: ¿Hay tal desdicha?

ROMÁN: Idos presto.

JUAN: De vuestra ciencia confío
que su remedio y el mío
tengo de alcanzar.

ROMÁN: Supuesto
que de su mudanza loca
sabéis la ocasión, haced
vos lo que os toca, y creed
que haré yo lo que me toca.

JUAN: A mí me toca el castigo
de don Félix. El traidor
muera, pues es el mayor
enemigo un falso amigo.

Vase. Hablan aparte ROMÁN y el DEMONIO

DEMONIO: Ya va resuelto a matar
a don Félix.

ROMÁN: La ventura
que pretendo me asegura
si lo llega a ejecutar.

LEONOR: Señora, ¿hay pena mayor?
Señor doctor, ¿qué aguardáis,
que el remedio no aplicáis
a este tan mortal dolor?

ROMÁN: La fuerza te mostraré
de la medicina agora.
Déme su mano. ¡Ah, señora!

ALDONZA: ¿Fuése don Juan?

ROMÁN: Ya se fue.

LEONOR: ¿Cómo te sientes?

ALDONZA: Mejor
despues que se fue, y después
que he mirado, como ves,
que está aquí el señor doctor.

ROMÁN: Siendo tan en mi favor
el remedio, no dudéis
que salud alcanzaréis;
aunque yo voy sospechando
que tengo de ir enfermando
al paso que vos sanéis.

ALDONZA: ¿Hay contagio en el humor
que causa mi mal?

ROMÁN: Y tal,
que sin pegar vuestro mal,
no sanaréis del dolor.

ALDONZA: ¿Y sentís, señor doctor,
que os toca la pena mía?

- ROMÁN: Tanto, que apostar podría
que nunca con tal exceso
os tocó a vos.
- ALDONZA: Y aun por eso
siento yo tal mejoría.
- ROMÁN: ¿Pensáis pagarme la cura?
- ALDONZA: El alma es premio pequeño.
- ROMÁN: No podréis; que tiene dueño.
- ALDONZA: Así tuviera ventura.
- ROMÁN: ¿Fáltale a tanta hermosura?
- ALDONZA: ¿Qué desventura mayor
que acrecentarme el dolor
quien cura la enfermedad?
- ROMÁN: Si le calláis la verdad,
no echéis la culpa al doctor.
- ALDONZA: Díjéralo si pensara
que estaba en esto mi bien.
- ROMÁN: ¿Pues de quién lo espera quien
al doctor no se declara?
- ALDONZA: A mi pesar me repara
la obligación del recato.
- ROMÁN: Decid solo cómo os mato
y os sano, Aldonza.
- ALDONZA: Mi mal
curáis como original,
Y causáis como retrato.
Enigma es vuestro dolor,
que mi ciencia desanima.
- ALDONZA: No os espante si es enima,
pues lo es también el doctor.
- ROMÁN: Mi confusión es mayor.
- ALDONZA: Entended, pues sois tan sabio,
lo que os encubre mi labio.
- ROMÁN: El atreverme a entender
el pensamiento es hacer
al poder del cielo agravio.
- ALDONZA: Pues yo no he de declararme.
- ROMÁN: Pues yo no os he de curar.
- ALDONZA: Aguardad.
- ROMÁN: ¿Qué he de aguardar,
si no quereis confiarme
vuestros males?
- ALDONZA: Si a sanarme
os obligáis, no os serán
ocultos.
- ROMÁN: O no tendrán
los astros cierto valor.
- ALDONZA: ¿Conocéis, señor doctor,
a don Diego de Guzmán?
- LEONOR: ¡Mal año! ¿Qué ojos le echó **Aparte**

al inocente criado!
Sin duda que ha sospechado
que el secreto descubrió.

ALDONZA: ¿Qué dudáis?

ROMÁN: Aldonza, yo
soy...

ALDONZA: ¿Vos sois?

ROMÁN: Soy extranjero,
digo, y a ese caballero
no conozco.

ALDONZA: Toda estoy
turbada con el "yo soy"
que pronunciasteis primero;
que es don Diego de Guzmán
el que por fama me mata,
y esa persona retrata
las señas que de él me dan.

ROMÁN: ¿Tan gallardo y tan galán
soy, que a parecerme llego
al que os causa amor tan ciego?

ALDONZA: Pues para que otra mas alta
que yo os estime, ¿qué os falta
mas a vos que ser don Diego?

ROMÁN: ¡Quién fuera don Diego!

ALDONZA: ¡Bien!
¡Qué falso estáis!

ROMÁN: Si yo fuera
tan venturoso, ¿estuviera
con vos falso? Aldonza, ¿quién
no gozara tanto bien
si fuera don Diego?

ALDONZA: ¿Luego
sólo eso os falta?

ROMÁN: Estoy ciego.

ALDONZA: Pues sí no lo vi jamás,
y le parecéis, ¿hay más
que fingir que sois don Diego?

ROMÁN: Tras tan claro desengaño,
fingirlo ¿qué me importara?

ALDONZA: Tal estoy, que eso bastara
para remediar mi daño.

ROMÁN: Pues si es bastante el engaño,
que soy don Diego haced cuenta.

ALDONZA: Yo estoy con eso contenta.

ROMÁN: Y yo muriendo por vos.

ALDONZA: Y yo por vos.

LEONOR: ¡Gloria a Dios,
que llegamos a la venta!

ROMÁN: ¿Seré tu esposo?

ALDONZA: No doy

favor a quien no ha de serlo.

ROMÁN: ¿Cuándo podré merecerlo?

ALDONZA: A obligarme empiezas hoy.

ROMÁN: Sí; mas si en la cumbre estoy
de tu favor, ¿ya qué resta?

ALDONZA: Aunque el alma esté dispuesta,
aun no lo está la ocasión,
si atiendo a la obligación
de cuerda, noble y honesta.

ROMÁN: La dificultad mayor
en declararse consiste.

ALDONZA: Haz cuenta, pues, que venciste
si ya te he dicho mi amor.

Hacen que se van

ROMÁN: En la esperanza hay temor;
la posesión asegura.

ALDONZA: Si has de estimar mi hermosura,
deseos te ha de costar;
que alcanzar sin desear
da desprecio a la ventura.

ROMÁN: Antes da la brevedad
al bien calidad mayor.

ALDONZA: La estimación es menor
si es mayor la calidad
demás que a decir verdd,
es templo la dilación
de tu vida o mi opinión.

ROMÁN: ¿Qué temes?

ALDONZA: Lo que dirán,
y los celos de don Juan,
de quién sabes la pasión.

ROMÁN: Presto don Juan no será
importante impedimento.

ALDONZA: ¿Cómo?

ROMÁN: Porque el sentimiento
en estado le pondrá,
si algo sé, que no podrá
ser digno de tanto bien,
aunque ablandes tu desdén.

ALDONZA: Pues con eso seré luego
tu esposa, si eres don Diego.

ROMÁN: ¿Y si no lo soy?

ALDONZA: También.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen don JUAN y TRISTÁN, de noche

- TRISTÁN: Agora te contaré,
pues ya las trasformaciones
te he dicho de los doblones,
el remedio de que usé
contra el encanto que así
infamarme solicita,
- JUAN: Dilo pues.
- TRISTÁN: De agua bendita
un vaso, señor, henchí,
y dentro de ella el dinero
entregué al doctor, seguro
de tramoyas, que el conjuro
contra su virtud es huero.
- JUAN: ¿Qué diabólica legión,
atenta solo a mis males,
de los reinos infernales
conduce al mundo Plutón?
- TRISTÁN: Todo es encanto, y es tanto,
que estoy ya flaco de miedo.
- JUAN: Con esta espada, si puedo,
he de vencer el encanto.
- TRISTÁN: Un hombre viene, señor.
- JUAN: Véte a recoger.
- TRISTÁN: Sin duda,
pues que tripulas mi ayuda,
has creído mi temor;
mas ¿cuándo Tristán ignora
tu pecho?
- JUAN: En teniendo efeto,
te descubriré el secreto
que es fuerza callar agora.
Véte.
- TRISTÁN: Si has de pelear,
el obedecerte es justo;
que en cosas más de mi gusto
no suelo yo porfiar.

Vase TRISTÁN

*Salen ROMÁN y el DEMONIO, de noche y hablan
los dos aparte*

DEMONIO: Éste es don Juan, que en la calle
de Aldonza está en centinela;
pues don Félix se desvela
con sospechas, engañalle
tu pretensión dispondrá;
que la persona fingiendo
yo de Félix, y saliendo
de cas de Aldonza, creará
su agravio.

ROMÁN: Con eso fío
que por lo menos de intento
mudará en su casamiento,
y dará lugar al mío.

DEMONIO: No puede hacer la verdad
más efecto.

ROMÁN: Hablarle quiero
para acreditar primero
su traición y mi amistad.

JUAN: (Si es Félix, aquí verán **Aparte**
sus traiciones el castigo
que merece un falso amigo.)
¡Ah, caballero!

ROMÁN: ¿Es don Juan?

JUAN: ¿Quién lo pregunta?

ROMÁN: Quien sólo
os busca para mostraros
cuánto os estima, con daros
un aviso.

JUAN: ¿Es Demodolo?

ROMÁN: El mismo y porque veáis
ya mi amistad, ya mi ciencia,
quise que a mi diligencia
el desengaño debáis;
que vuestros ojos verán
que don Félix está agora
gozando de la que adora
vuestro ciego amor, don Juan.

JUAN: Qué decís!

ROMÁN: No me ha mentido
quien me lo ha dicho jamás.
No puedo deciros más;
y si no me habéis creído,
aquí pienso acompañaros
hasta que lo averigüéis,
y a lo que determinéis,

si algo os importo, ayudaros.
JUAN: Yo estimo el ofrecimiento;
pero mal os lo pagara
si conmigo os arriesgara
en la venganza que intento.
Solamente me ayudad
en esto con el secreto.

ROMÁN: Como amigo os lo prometo.

JUAN: Recogéos pues, y dejad
lo demas a cargo mío.

ROMÁN: Pues solo queréis tomar
venganza, por no agraviar
vuestro valor, no porfio.

Habla aparte al DEMONIO

Agora es tiempo.
DEMONIO: Á cumplir
parto al punto lo que ordenas.

Vase

ROMÁN: (Con esto el fin de mis penas **Aparte**
pienso, Aldonza, conseguir.)

Vase ROMÁN

JUAN: ¿Es posible que es liviana
Aldonza, y Félix traidor?
¿Tanto en él pudo el amor,
tanto en ella la inhumana
potestad que la ha hechizado?
Mas no hay hechizos; bastó
ser ella mujer, y yo
un hombre tan desdichado.
Mas yo, ¿para qué me pierdo
por una mujer, error
que juzga por el mayor
y por sin disculpa el cuerdo?
Más, aunque de esto me acuerde,
deme el más cuerdo a entender
por qué se puede perder
quien por mujer no se pierde.
Pero mi enemiga ha abierto
la puerta, y un hombre ya
sale; esto es hecho.

Sale el DEMONIO, que ha tomado la forma de don FÉLIX

¿Quién va?
DEMONIO: ¿Quién lo pregunta?
JUAN: (Ello es cierto; **Aparte**
que su voz no me ha engañado.)
Traidor, éste es el castigo
que merece un falso amigo.

Saca la espada, y dale

DEMONIO: ¡Yo soy muerto!

Cae dentro

JUAN: Y yo vengado.

Vase. Salen LEONOR y doña ALDONZA, acabando de leer una carta

LEONOR: ¿Qué te escribe?
ALDONZA: La probanza
De mi ya segura gloria.
Dice que es cierta la historia
En que fundo mi esperanza.
Todas las señas, Leonor,
Con que retrata a don Diego,
son las que mi pecho ciego
idolatra en el doctor.
LEONOR: No tienes ya, según eso,
qué dudar ni qué temer.
ALDONZA: Solo temo ya perder
con tanta ventura el seso.
LEONOR: Él viene.
ALDONZA: A solas le harán
mis porfías declararse.
Véte.
LEONOR: (Al fin vendrá a quedarse **Aparte**
en el aire el buen don Juan.)

Vase. Sale ROMÁN

ROMÁN: Ya, Aldonza, no impedirá
don Juan nuestro pensamiento,
pues el celoso tormento
le privó de seso ya.

ALDONZA: ¿Loco está?
ROMÁN: No os lastiméis.
ALDONZA: Yo le aborrezco de suerte
 que aun diciéndome su muerte
 lastimarme no podéis.
ROMÁN: Él, pues, ha dado en decir
 que es Félix, su amigo estrecho,
 el que mudar os ha hecho;
 y que viéndole salir
 de vuestra casa a deshora,
 le dio muerte; y lo ha creído
 d modo, que retraído
 está por el caso agora.
ALDONZA: ¿Luego vive Félix?
ROMÁN: Vive
 bueno y sano.
ALDONZA: ¿Qué decís?
ROMÁN: Probar podéis lo que oís,
 si alguna duda recibe.
ALDONZA: ¿Tanto lo ha sentido? Tanto
 pudieron con él los celos?
ROMÁN: Piedades son de los cielos,
 codolidos de mi llanto.
ALDONZA: ¿Y cómo os va de don Diego?
ROMÁN: Si con el alma que os doy
 os consuelo cuanto soy,
 ¿por qué lo que soy os niego?
 Don Diego soy. Verdad es
 cuanto os han dicho de mí
 y desde la corte aquí
 la estampa de vuestros pies
 vine borrando, señora,
 con mis labios; que ésta fue
 la ocasión por que tomé
 el nombre que finjo agora.
 Quiso mi padre obligarme
 a ser de otra dama esposo,
 y por él me fue forzoso,
 como por vos, ausentarme.
 El temor de la opresión
 de mi padre si me hallara,
 hizo que el nombre mudara;
 y por tener ocasión
 de poderos dar indicio,
 bella Aldonza, de mi amor,
 tomé oficio de doctor,
 que es licencioso este oficio.
 Si ántes os negué quién soy,
 fue porque son enemigos
 del secreto los testigos;

mas ya que con vos estoy
a solas, y satisfecho,
por lo que importa a los dos,
de que está segura en vos,
la llave os doy de mi pecho.

Y puesto que la locura
de don Juan lo facilita,
vuestro amor, señora, admita
lo que ofrece la ventura.

ALDONZA: En mi firme voluntad
no pongáis duda, señor,
cuando vos sabéis mi amor,
y yo vuestra calidad.

Mas mi mudanza es forzoso
primero justificar,
publicando en el lugar
que don Juan está furioso;
pues sus deudos y los míos
se ofendieran de otra suerte,
y temo que en vuestra muerte
castiguen mis desvaríos.

ROMÁN: No temáis; que al mismo instante
que os merezca, me podré
declarar; con que seré
a refrenarlos bastante.

Mas porque el temor evite
que su indignación os da,
para hacerlo, ¿basta
que don Juan lo solicite?

ALDONZA: Claro está; mas ¿de qué modo
le obligaréis?

ROMÁN: Queréd vos;
que el Amor, señora, es dios;
su industria lo alcanza todo.

ALDONZA: Y yo de vuestra prudencia
mayores empresas fío.
Disponed de mi albedrío.

ROMÁN: Parto pues. Dadme licencia;
que cada instante es eterno
antes de la posesión.

Vase

ALDONZA: Los puntos de dilación
trueco yo a siglos de infierno.
Si es verdad, dichosa he sido.
¡Leonor!

Sale LEONOR

LEONOR: ¿Qué me mandas?
ALDONZA: Parte
 al punto a certificarte
 si está don Juan retraído.
LEONOR: ¿Retraído? Pues, ¿qué exceso
 tan grave pudo emprender
 que le obligue a retraer?
ALDONZA: Dicen que ha perdido el seso
 de celos; y da en decir
 que ha muerto a Félix, su amigo,
 porque de verse conmigo
 anoche le vio salir.
LEONOR: ¿Matóle?
ALDONZA: Falsa es la muerte
 como la causa lo fue.
 Haz lo que te digo.
LEONOR: Iré
 con alas a obedecerte.

*Vanse. Sale un DEMONIO, en figura y traje de sacristán, con
unos panecillos y una bota de vino*

TRISTÁN: Saber quisiera, sacristán divino,
 pues de esta iglesia sois el inquilino,
 si hay en ella fantasmas y visiones
 que a golpes, bofetadas, pescozones
 los retraídos huéspedes regalen?
DEMONIO: Pues, ¿qué os ha sucedido?
TRISTÁN: Toda la santa noche me han molido,
DEMONIO: (Castigos son que da a tu a trevimiento, **Aparte**
 Román, de quien yo soy el instrumento
 en la visible forma que he tomado
 de sus mágicas artes obligado.)
 Yo no sentí jamás tales asombros.
 El miedo os fingirá espíritus malos.

Mete en un arca el pan y vino, y échale la llave

TRISTÁN: El miedo asombros da, pero no palos.
 Mas, ¿qué es lo que guardáis
DEMONIO: Es pan y vino
 de una ofrenda.
TRISTÁN: A extremado tiempo vino,
 si queréis convidarme.
DEMONIO: Esto es del cura.
TRISTÁN: Nunca de vuestra mala catadura
 esperé yo más virtuoso oficio.
DEMONIO: Ser de lo ajeno liberal, es vicio.

Vase y hace caediza la llave

TRISTÁN: ¿Engañome o cayósele la llave?

Alza la llave

Sí. De su cortedad he de vengarme.
Mas ¿si vuelve? ¿Qué importa? ¿Ha de matarme?
Pues de la bota soy amante ciego,
Un chupón le he de hacer, y suplir luego
con agua el hurto, y no seré el primero
que achaca su delito al tabernero.
Abrid quedo, Tristán, porque el rüido
no descubra el delito; que andaremos
al morro el sacristán y el retraído.

*Abre el arca, y aparece un difunto; deja TRISTÁN caer la tapa
y ciérase el arca*

¿Qué es esto? *¡Verbum caro! ¡Anima Christi!*
El arca en ataúd se ha convertido,
y con el vino el muerto ha revivido.

Sale el DEMONIO, de sacristán

DEMONIO: ¿Qué es aquesto, Tristán? ¡Oh qué mal hueles!
TRISTÁN: Informan de mi miedo esos papeles.
DEMONIO: Pues, ¿de qué le has tenido?
TRISTÁN: En este punto
esa arca abrió un difunto,
y en ella se ha escondido.
La hora es ésta que el vino se ha bebido.
DEMONIO: Mal la disculpa de tu error trazaste.
Cayóseme la llave, y tú la hallaste,
y al muerto tu delito has imputado.
TRISTÁN: Por estos ojos el difunto he visto
dentro del arca, voto a Jesucristo.
DEMONIO: No jures; que me ofendes con nombrarle.
TRISTÁN: Perdona. (El sacristán es un bendito.) **Aparte**
DEMONIO: Quiérote convencer de tu delito.

Abre el arca, y no hay en ella más que el pan y el vino

¿Qué es del cadáver? ¿Ves tus invenciones?

TRISTÁN: ¿Qué me quer2is, fantasmas y visiones?

DEMONIO: Basta, Tristán. Yo quiero convidarte,
porque sin duda estás necesitado,
pues hurtar intentabas en sagrado.

Saca el pan y el vino

TRISTÁN: El cielo te lo pague; que el desvelo
desde que media noche era por filo,
me tiene, como dicen, en un hilo.

DEMONIO: Desayúnate pues.

El pan se vuelve en ceniza, y el vino en tinta

TRISTÁN: ¡Jesus mil veces!

DEMONIO: Calla ese nombre.

TRISTÁN: ¡Ah, perro! ¿Lo aborreces?
Pues mil veces Jesús.

Huye el DEMONIO. Sale LEONOR, con manto

LEONOR: Tristán, ¿qué es esto?

TRISTÁN: ¡Que no me valga a mí, por desdichado,
contra los diablos el lugar sagrado!

LEONOR: ¿Qué tienes?

TRISTÁN: ¡Ay Leonor! Dos mil demonios
esta noche, que he estado retraído
por la muerte de Félix, me han curtido,
y agora un sacristán, o yo estoy ciego,
o se ha desaparecido echando fuego.

LEONOR: Ya conozco, Tristán, tus invenciones
desde aquel cuento de los cien doblones.

TRISTÁN: ¿Hay más desdicha? ¡Que en sucesos tales
aún no merezcan crédito mis males!

LEONOR: Dejemos eso, y dime. Al fin ¿es cierto
que don Juan se retrajo porque ha muerto
a Félix?

TRISTÁN: De eso puedo yo informarte,
como quien tuve en ello tanta parte.

LEONOR: Di cómo.

TRISTÁN: Mi señor, para matarle,
no quiso que yo fuese a acompañarle
mas como soy fiel, le fui siguiendo,
y quedéme a cien pasos tras la esquina
de la calle en que tuvo la mohina.
Salió don Félix de tu casa, cierra
don Juan con él, abrázanse y en tierra

dieron los dos, mas mi señor debajo.
Yo, que puesto le miro en tal trabajo
desde la esquina donde estaba tiro
la daga a Félix... Yo propio me admiro;
pues estando abrazados, sin que un pelo
a mi señor cortase mi destreza,
le di a Félix con ella en la cabeza,
y como peje rey quedó ensartado
por las sienes, del uno al otro lado.

LEONOR: ¡Temerario mentir!

TRISTÁN: Si por ventura
sospechas que te engaño,
ves allí a mi señor.

LEONOR: (¿Hay tal locura? **Aparte**
Sin duda son hechizos que le han dado,
como a Aldonza, a don Juan y a su criado.)
Quédate a Diós, Tristán; que no venía
a saber otra cosa.

Vase LEONOR

TRISTÁN: Leonor mía,
aguarda. ¿Así te vas?

*Al irse LEONOR, le tira TRISTÁN del manto, y ella al entrar
descubre en las espaldas un figurón, cayéndosele el
manto*

¡Otra tenemos!
¡San Jorge! ¡Qué visión!

Salen don JUAN y don PEDRO

JUAN: Tristán, ¿qué tienes?

TRISTÁN: Temblando estoy. ¿No dicen que en la iglesia
no puede entrar el diablo?

PEDRO: Son consejas
de ignorantes, de niños y de viejas.

TRISTÁN: Pues como ahora con vosotros hablo
he hablado cara a cara con el diablo.

JUAN: Siempre el temor te forma esas visiones.

TRISTÁN: Vive Dios, que es verdad.

JUAN: Deja invenciones;
que no es tiempo de gracias.

TRISTÁN: En efeto,
quiero callar; que no será discreto
el que contare cosas que no espere

que las ha de creer quien las oyere.

PEDRO: Proseguid vuestro suceso.

JUAN: Sabiendo al fin, como os digo,
la traición de tal amigo,
perdi de cólera el seso;
y siendo esta noche espía
vigilante con los celos,
cuando estrellas a los cielos
y sueño al mundo esparcía,
de casa de Aldonza vi
que mi enemigo salió.
Habléle, y me respondió,
y en la voz reconocí
ser Félix; y despechado
con la ofensa, le maté;
y aunque perdido quedé,
quedé, en efecto, vengado.

TRISTÁN: Venimos a retraernos
luego a este iglesia, y barrunto
que en venganza del difunto
se han soltado los infiernos.
Y como nunca ha sabido
el demonio hacer justicia,
castiga en mí su malicia
lo que yo no he delinquido.

PEDRO: ¡Estáis cierto en que murió
Félix allí? Que hasta ahora
ni lo ha sabido Teodora,
ni la fama divulgó
en el lugar nuevas tales.

JUAN: Por no dudarlo, le di,
después que muerto le vi,
mil estocadas mortales.

Sale don FÉLIX, hablando con un CRIADO

PEDRO: ¿No es don Félix el que llega
a la iglesia?

JUAN: ¿Desvarió
o sueño?

TRISTÁN: Él es. Amo mío,
¿a mí también me la pega?

PEDRO: Qué es esto, don Juan?

JUAN: No sé.

TRISTÁN: O hay otro Sinón en Troya,
o éste es Félix de tramoya,
o el que mataste lo fué...

JUAN: ¿Quién se ha visto tan confuso

como yo?
TRISTÁN: O él, de gallina,
te dió con la mortecina,
o tú eres valiente al uso
de estos que con invenciones
se suelen acreditar.

JUAN: La vida me han de acabar
tan terribles confusiones.
Mas si es tan grande hechicero
que el seso a Aldonza quitó,
¿quién duda que se libró
por encanto de mi acero?

Al CRIADO

FÉLIX: Esto has de hacer con cuidado.
CRIADO: Siempre con él te serví.

Vase

TRISTÁN: ¿Qué habemos de hacer aquí;
que llega el resucitado?

FÉLIX: Don Juan, por haber sabido
de vuestra hermana Teodora,
yendo a buscaros agora
que estábades retraído,
vengo celoso, por Dios,
de no haber participado
del caso, y haberme hallado,
si sois mi amigo, con vos
en el suceso que pudo
causar esta novedad.

JUAN: (¡Que así me finja amistad!) **Aparte**

FÉLIX: ¿Cómo, don Juan, estáis mudo
y recatado conmigo?

JUAN: (¿Qué es esto cielos? ¿Qué haré? **Aparte**
Si anoche me declaré
por su mortal enemigo,
si me di por ofendido
cuando salió de agraviarme,
y él lo vio, ¿cómo he de darme
aquí por desentendido?)

FÉLIX: Colijiendo voy cuán poco
de mi amistad confiáis,
pues la respuesta dudáis.

PEDRO: (Don Juan sin duda está loco, **Aparte**
o es Félix Ulíses griego
en engañar y fingir.)

Aparte a don JUAN

TRISTÁN: Señor, ¿cómo has de salir
de laberinto tan ciego?

JUAN: (Ya el ingenio me ha ofrecido **Aparte**
una importante invención.
Yo he de acusar su traición
sin darme por entendido.)

De verme tan recatado,
don Félix, no os espantéis;
que en el suceso veréis
si con causa lo he callado.

Yo supe que cierto amigo
fingido, traidor, infiel,
profesando yo con él
la amistad que vos conmigo,
me ofende en la pretensión
de Aldonza. Vile salir
anoche de conseguir
por dicha la posesión.

Yo, que de agraviado estoy
loco, desnudé la espada,
y a la primer estocada
cae diciendo, "¡Muerto soy!"

Pero yo, aun no satisfecho,
aunque muerto le juzgué,
abrirle al alma intenté
muchas puertas en el pecbo.

Vine a retraerme al punto
a este templo, y he sabido
agora que ni aun herido
está cuanto más difunto;
que se libró de mi acero
por hechizos; que el traidor
tiene más de encantador
que de honor de caballero,
y muerto se me fingió
de temeroso y cobarde,
..... [-arde;]

y aunque entonces me engañó,
no presuma el hechicero
no ser vencido jamás;
que alguna vez podrá más
que sus conjuros mi acero.

(Bien se lo he dado a entender.) **Aparte**

FÉLIX: El ha sido caso extraño;
mas el autor de ese engaño
quisiera, don Juan, saber,

si fiáis de mi amistad;
que sabré morir por vos.
JUAN: (¿Hay tal fingir? ¡Vive Dios **Aparte**
que es la misma fálsead!)
 Don Féiix, solo os podré
decir, pues me preguntáis
quién es, que si lo ignoráis
vos tampoco lo sé;
 y adiós que los dos tenemos
un negocio que tratar.
FÉLIX: Adiós. (¿En qué han de parar **Aparte**
estos confusos extremos?)

Vase don FÉLIX

JUAN: Sin seso voy de corrido.
PEDRO: Y yo lo voy de admirado.
TRISTÁN: O el demonio se ha soltado,
 o mi amo ha enloquecido.

Vanse los tres. Salen ROMÁN y el DEMONIO

ROMÁN: En habiéndole propuesto
que de la injusta mudanza
de Aldonza tome venganza
con la ficción que he dispuesto,
 ponle en la imaginación
que yo la persona sea
que lo finja, si desea
ver de ello la ejecución.
DEMONIO: Poco sastisfecho estás
de que penetro tu intento.
Proponle tu pensamiento,
y déjame lo demás;
 que fuera de eso, de modo
sus sentidos turbaré,
qe entero crédito dé
y consentimiento a todo.
 Él viene.

Sale don JUAN

JUAN: Doctor amigo,
 loco estoy.
ROMÁN: Tenéis razón.
 Ya sé, don Juan, la ocasión,
 pues de su justo castigo

por encanto se ha librado
Félix.

JUAN: Vos me aconsejad,
pues que de vuestra amistad
y saber me he confiado.

ROMÁN: Don Juan, vuestro mal con vos
no puede más que conmigo,
después que la ley de amigo
hizo un alma de las dos;
y así, quiero en este intento
lo que importa aconsejaros,
y hasta morir ayudaros.

JUAN: Decid, pues.

ROMÁN Estadme atento.

Para lograr vuestro amor,
busquemos un forastero
no conocido, que sea
pobre y de vil nacimiento,
y dando a entender a Aldonza
y a sus deudos que es don Diego,
de que inducirá testigos
mi industria y vuestro dinero,
sin daros por entendido
del agravio que es ha hecho
con don Félix, le decid
que ya que vuestros deseos
desprecia, vos por mostrarle
que es vuestro amor verdadero,
en cambio de sus ofensas
solicitáis sus aumentos.
siendo un prodigio interés
de este delito el tercero,
con él habéis de tratar
que en el obscuro silencio
de la noche de sus bodas,
en cambio de él, vos el lecho
de doña Aldonza ocupéis.
Después de gozarla, el truco
desharéis, y él otro día
se ausentará porque el riesgo
de ser descubierto evite.
Mataréis a Félix luego;
que yo me obligo a trazarlo.
Descubriráse el enredo,
quedará burlada Aldonza,
cumplido vuestro deseo,
vuestro ofensor castigado,
y vos vengado y contento
o perderéis por todo,
ya que resolvéis perderos.

JUAN: Pues, Demodolo, vos sois
de cuya amistad e ingenio
la ejecución de este caso
fiar solamente puedo.
Forastero sois, y en Deza
no conocido, y no espero
que como vos pueda alguno
acreditar que es don Diego;
que con tan bizarras partes,
ya del alma, ya del cuerpo,
para serlo solo os falta
el nombre de caballero.

ROMÁN: (Ya me ruega con su dama. **Aparte**
Agora he de hacer que él mismo
me lo pague.

JUAN: Demodolo
¿dudáis?

ROMÁN: No penséis que el riesgo
me acobarda, ni el perder
las riquezas de este pueblo;
que lo que a dudar me obliga
es solo haber de perderos,
siendo forzoso ausentarme.

JUAN: No perderéis; que supuesto
que mis delitos también
me han de obligar a lo mesmo,
adonde quiera que vais
acompañaros prometo.

ROMÁN: Con eso me determino,
y luego a trazar comienzo
invenciones con que entiendan
en Deza que soy don Diego.

JUAN: Yo a juntar voy, para daros,
cuantas riquezas poseo,
y a tratar con mi enemiga
el fingido casamiento.

Vase

ROMÁN: Aldonza me dé la mano
que con sus engaños mesmos
a de engañarse don Juan.
Pues ha publicido el pueblo
que soy don Diego, han de darme
su cautela y su dinero
y mis artes fuertes armas
contra él mismo; y porque el riesgo
huya mejor, con hechizos
le he de hacer que pierda el seso,

y la vida si me importa.
Pues que me ayuda el infierno
gozaré de Aldonza bella;
y antes que descubra el tiempo
mi delito, ausentaréme,
pues por la mágica puedo
penetrar en breves horas
los más apartados reinos;
con Aldonza si me agrada,
sin ella si la aborrezco;
que no siempre son iguales
las pasiones y el deseo.
Y a lo menos rico iré
a tan remoto hemisferio,
que no siendo conocido,
viva alegre y sin recelo
de castigos ni venganzas.
Bien lo trazáis, pensamiento,
si piadosa la Fortuna
facilita los sucesos.

*Vase. Salen don JUAN, doña ALDONZA, TRISTÁN y
LEONOR*

JUAN: Hermosa Aldonza, esto he hecho
por mostrar, cuando a venganzas
me obligan vuestras mudanzas,
que atiendo a vuestro provecho.
 Y porque ninguno en Deza,
cuando no os merezco yo,
blasone que os mereció,
goce de vuestra belleza
 don Diego, que es forastero,
y os merece, y no me ofende,
pues vengo en lo que él pretende
a ser yo mismo el tercero.
 Á la corte iréis, y así
aplacaré mis enojos
con no tener a los ojos
la ventura que perdí.

Aparte a don JUAN

TRISTÁN: No te empeñes; que estás ciego,
 Y es de veras el doctor
 don Diego.

JUAN: ¡Qué loco error!

TRISTÁN: Me quemén si no es don Diego.

JUAN: Lo que obra el enredo es todo
traza del doctor y mía.

TRISTÁN: Tú pagarás tu porfía
cuando estés puesto de lodo.

ALDONZA: ¿Qué es lo que os dice Tristán?

JUAN: Viene, señora, admirado
de que el doctor disfrazado
es don Diego de Guzmán.
Dilo; que ya no es secreto,
y en eso me fundo yo.

TRISTÁN: (Estoy por decir que no, **Aparte**
para impedirle el efeto.)

ALDONZA: (Ya lo entiendo. Concertado **Aparte**
viene a la invención Tristán.
Piensa engañarme don Juan,
y es él solo el engañado.)
Ya que la suerte, a los dos
contraria, don Juan, en esto
de manera lo ha dispuesto
que no os dé la mano a vos,
daros gusto en eso es justo,
por mostrar que si no hubiera
inconveniente, os la diera
quien la da por vuestro gusto,
asegurándome vos
que es don Diego.

JUAN: Por mi cuenta
correrá, Aldonza, la afrenta
y venganza de los dos.
Cuanto más que si yo soy
don Juan, él don Diego.

TRISTÁN: ¡Y cómo!

JUAN: Y ya digo que lo tomo
yo por mi cuenta.

ALDONZA: Y yo estoy
contenta con eso, y quiero
casarme, aunque no lo fuera.

JUAN: (Como una simple cordera **Aparte**
da la garganta al acero.)

LEONOR: (¡Qué alegre está y engañado!) **Aparte**

Aparte a TRISTÁN

JUAN: Parte a llamar al doctor.

TRISTÁN: Que te despeñas, señor.

JUAN: ¿Quieres no ser porfiado?

TRISTÁN: Que es don Diego.

JUAN: Pues don Diego,
Quiero que la mano dé

a Aldonza.
TRISTÁN: Con eso iré.

Vase TRISTÁN

JUAN: Advierte que venga luego;
que importa la brevedad,
Aldonza; que publicado
que es don Diego, en lo tratado
temo alguna novedad
por la mucha diligencia
de su padre.

ALDONZA: El sí fue mío,
y ponga vuestro albedrío
lo demás.

JUAN: (¡Con qué inocencia **Aparte**
va admitiendo mi venganza!)

Aparte a doña ALDONZA

LEONOR: ¿Viste enredo más extraño?
Él se engaña con su engaño,
y tu cumples tu esperanza.

Hablan las dos aparte. Sale don FÉLIX

FÉLIX: Don Juan, amigo...

JUAN: (¡Ay de mí! **Aparte**
¿Si viene a estorbar mi intento?)

FÉLIX: Si es fin de vuestro tormento,
tendré el hallaros aquí
a gran dicha.

JUAN: (Su intención **Aparte**
entiendo.)

FÉLIX: Mas escuchad,
don Juan, una novedad
que os causará admiración.

JUAN: ¿Y es?

FÉLIX: Que el doctor es don Diego
de Guzmán.

JUAN: Más ha de un día,
Félix, que yo lo sab }a.

FÉLIX: Dicen más, que el amor ciego
de Aldonza le trajo a Deza,
de la corte.

JUAN: También sé
esa verdad.

FÉLIX: Pues él fue,
sin duda, quien su belleza
 mudable con vos ha hecho;
y es bien que sienta el castigo,
si vos queréis.

JUAN: (¡Ah enemigo! **Aparte**
Celos te abrasen el pecho.)
Ya la venganza prevengo.

FÉLIX: Él viene.

*Salen don PEDRO, ROMÁN, el DEMONIO y
TRISTÁN*

ROMÁN: Haberme llamado
don Juan con tanto cuidado,
por buen pronóstico tengo
de la ventura que espero.

JUAN: Aldonza, informada ya
de los méritos que os da
el ser tan gran caballero,
 premia vuestras penas hoy.
Solo aguarda vuestra mano.

ROMÁN: ¿Quién no envidia el bien que gano?
La mano y el alma os doy
si puedo a tal posesión
llegar sin perder el seso.

*Quando va a dar la mano, entran dos FAMILIARES del Santo Oficio,
con la insignia en el pecho, y estórbanlo y
préndenlo*

FAMILIAR 1: Roman Ramírez, sed preso
 por la Santa Inquisición.

TRISTÁN: ¿No lo dije yo?

ALDONZA: Román
 es éste?

FAMILIAR 1: El mismo que veis.

ROMÁN: ¡Ay de mi!

ALDONZA: Ved lo que hacéis;
 que es don Diego de Guzmán.

FAMILIAR 2: ¿Qué don Diego?

Aparte a ROMÁN

DEMONIO: Mi furor,
Román, no os puede valer.
Aquí dio fin mi poder

porque el del cielo es mayor.

Vase

ROMÁN: (¡Ah infiernos! ¿Cómo el concierto **Aparte**
vuestro no me favorece?)

ALDONZA: ¡Válgame el cielo! Parece
que de un gran sueño despierto.
Otro que me pareció,
me parece.

JUAN: ¡Yo estoy loco!

FAMILIAR 2: Éste es Román, el que ha poco
que en Toledo castigó,
porque la ley sarracena
guardaba la Inquisición;
que es morisco de nación.

ROMÁN: (¡Ah falso infierno! La pena **Aparte**
pago de mi desatino.)

TRISTÁN: Agora caigo en la cuenta.
Éste es el que vi en la venta
mirar de mal al tocino.

FAMILIAR 1: Andad, qué aguardáis, Román?

ROMÁN: No por ser de ley extraña,
menos que a vos me acompaña
la ley natural, don Juan.
Obligado estoy por ella
a pagar tanta amistad.
Ya que la pierdo, gozad
sin temor de Aldonza bella;
que ni es Félix falso amigo,
ni jamás os ofendió.
Engaños son que trazó
la fuerza de amor conmigo.
Con hechizos procuraba
el soberano sujeto
de Aldonza; mas en efeto,
quien mal anda en mal acaba.

Vanse con él los FAMILIARES

TRISTÁN: Allá vayas, hechicero,
donde me dejes vengado.

LEONOR: Todo se ha desfigurado
del que pareció primero.

ALDONZA: Dadme la mano, don Juan,
pues soy la misma que fui,
y vos sois ya para mí
tan gallardo y tan galán

como lo fuisteis primero
que nos mudase el encanto,
pudiendo en nosotros tanto
los artes de este hechicero.

JUAN: Pues quedo tan satisfecho,
bella Aldonza, vuestro soy,
y a Félix los brazos doy.
[como, al fin, amigo estrecho.]
.....[Leonor]
.....[casados]

TRISTÁN: Aunque van salpimentados
con casamiento, mi amor
lo estima, y tu mano espera.

LEONOR: Bien lo debo a tu afición.

JUAN: Y aquí, pidiendo perdón,
da fin esta verdadera
historia, que sucedió
año de mil y seiscientos.
En sus rebeldes intentos,
preso en Toledo murió
Ramírez, y relajado
en su estatua, por su ciego
delito pagó en el fuego
el cadáver su pecado;
llevando, pues se fiaba
de injustos medios Román,
el castigo del refrán
quien mal anda en mal acaba.

Fin de la comedia

Todo Es Ventura

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Personas que hablan en ella:

- **TELLO, galán**
- **EL DUQUE Alberto, galán**
- **Don ENRIQUE, galán**
- **EL MARQUÉS, galán**
- **MARCELO, criado del duque**
- **FABIO, criado del duque**
- **JULIO, criado del duque**
- **SANCHO, criado del marqués**
- **CASTRO, escudero de Leonor**
- **Un ALGUACIL**
- **LEONOR, dama**
- **BELISA, dama**
- **CELIA, criada**
- **UN GALÁN, que acaba luego**
- **TRISTÁN, gracioso, criado de don Enrique**
- **Un PAJE**
- **GENTE**
- **ALGUACILES**

ACTO PRIMERO

*Salen don ENRIQUE, TELLO y
TRISTÁN*

ENRIQUE: Tello...
TELLO: Señor ...
ENRIQUE: Ya ha logrado
la Fortuna su intención,
pues mi larga pretensión
me ha traído a tal estado,
que no puedo sustentar
los criados que solía.
TRISTÁN: Negocio que cada día
sucede en este lugar.

A TELLO

ENRIQUE: Grande es Madrid. Muchos buenos
con quien medres hallarás;
no puedes esperar más
ya de mí que ir siempre a menos.
Obligado estoy de ti;
conmigo te has de perder.
Ningún bien te puedo hacer
como apartarte de mí.
Sólo ya en mi compañía
quedará agora Tristán,
y según mis cosas van,
presto llegará su día.
TRISTÁN: No llegará--¡vive Dios!--
que aunque despedirme quieras
por pobre, donde tú mueras
hemos de morir los dos.
TELLO: Sin razón me has despedido;
que también moriré yo,
si está en eso.
ENRIQUE: No harás, no;
que eres tú menos sufrido.

A TRISTÁN

Yo sé bien de qué manera
te fatigas si algún día
falta el sustento. ¿Qué haría
si en un año no lo hubiera,
como de mi pobre estado
es ya forzoso temello?
Tú te ves agora, Tello,
de ese vestido adornado.

No tienes más que esperar;
porque si roto lo ves,
ni hallarás amo después,
ni yo te lo podré dar.

TELLO: Habréte de obedecer,
pues es mi fortuna escasa;
porque a "salte de mi casa"
no queda qué responder.

Yéndose don ENRIQUE

ENRIQUE: Lo que puedo asegurarte
es que si el cielo algún día
colma la esperanza mía,
tendrás en ella gran parte.

TELLO: Guárdete Dios; que lo creo
de ti todo; y quiera Amor
que con Belisa, señor,
logres tu justo deseo.

Vase don ENRIQUE

TRISTÁN: Tello, adiós.

TELLO: Tristán, adiós.

TRISTÁN: Él sabe que voy sentido
de ver que haya dividido
la Fortuna así a los dos.

Vase TRISTÁN

TELLO: ¡Bueno habéis quedado, Tello,
sin amo y sin un real,
sumado todo el caudal
en un vestido y un cuello!
Amigo no lo tenéis,
ni aun conocido en la corte;
pues si a dueño que os importe
entrar a servir queréis,
¿que poderoso señor

para ello os ha de ayudar,
si en Madrid se ha de alcanzar
hasta el servir por favor?

*Salen doña LEONOR y CELIA, con mantos,
tapadas, y un GALÁN*

TELLO: (De un coche se han apeado **Aparte**

dos damas solas, a quien
quizá, como a mí, también
saca su tristeza al Prado.

Con ellas quiero un momento
mis desdichas olvidar;
mas no teniendo qué dar,
me falta el atrevimiento.

Ya se ha llegado a coger
otro la ocasión.

GALÁN: El velo
que niega el hermoso cielo,
señora, habéis de correr;
que ninguna cosa es bella
entre la tiniebla oscura.

LEONOR: Galán, ni tengo hermosura,
ni a vos os importa vella;
y la mayor cortesía
que hacerme agora podéis,
es que solas nos dejéis.

*Sale don ENRIQUE y TRISTÁN, y hablan aparte
los dos*

ENRIQUE: En el talle y bizarría
es ella.

TRISTÁN: Como la noche
su manto empieza a tender,
no la puedo conocer;
mas puesto que partió el coche
de cas de Belisa, es llano
que es ella.

ENRIQUE: Seguir la quiero.

Al GALÁN

LEONOR: Ya os vais pasando al grosero
del límite cortesano.

GALÁN: No os espantéis; que yo os veo
tan constante en porfiar,

que habéis venido a trocar
en tema ya mi deseo.

Que estar tan endurecida
cuando yo por veros lucho
muestra que os importa mucho
no ser de mí conocida;

y eso mismo viene a ser
causa en mí de más porfía.
Perdonad, si es grosería;
que os tengo de conocer.

LEONOR: ¿Atrevéisos por estar
tan solas?

GALÁN: Lo mismo fuera
si el mundo todo viniera
a querérmelo estorbar.

Va a destaparla por fuerza

LEONOR: ¡Villano! ¡Desvergonzado!

ENRIQUE: Aquélla es ya demasía.

TRISTÁN: ¿Adónde vas? Que podría,
señor, haberte engañado
el pensamiento, y no ser
Belisa.

ENRIQUE: Aunque no lo sea,
soy noble, y basta que vea
injuriar una mujer.

TRISTÁN: Hombre de poco dinero
no lo quisiera rijoso.

GALÁN: ¡Acabad ya! ¡Qué enfadoso
resistir!

Acercándose al GALÁN y a LEONOR

ENRIQUE: ¡Ah, caballero!
No es bien hecho descubrir
una dama a su despecho.

GALÁN: Cuanto yo hago es bien hecho,
y quien osare decir
lo contrario, miente.

*Sacan los dos caballeros las espadas y
éntranse riñendo*

LEONOR: ¡Ay, Dios!

CELIA: En esto pudo parar

un tan necio porfiar.

TELLO saca la espada

TELLO: ¡Oh, que bien riñen los dos!

Éntrase TELLO; cae dentro el GALÁN

GALÁN: ¡Muerto soy! **Dentro**

CELIA: Presto pagó
su delito el desdichado.

TRISTÁN: ¿No hubiera aquí otro criado
con quien me matara yo?

A TELLO o a don ENRIQUE, que vuelven a salir

LEONOR: Mirad por vos, caballero.

ENRIQUE: La noche me ha de ayudar.

Vase don ENRIQUE y TRISTÁN con él

TELLO: La justicia ha de llegar,
y al que topare primero
ha de ser el delincuente.
quiero quitarme de aquí.

Vase TELLO

LEONOR: Ya la justicia--¡ay de mí!--
ha acudido, y diligente
buscando va al homicida.
Válgale la obscuridad.
¡Cielos, a un hombre ayudad
que me deja agradecida!

Sale el DUQUE

DUQUE: Hermosa doña Leonor,
¿qué es esto?

LEONOR: Sin duda el cielo
por fin de mi desconsuelo
os trajo agora, señor.
Un hombre aquí descortés
por fuerza verme quería

el rostro, y su demasía
otro, que no sé quien es,
con la espada castigó;
y la justicia al momento
llegó, y va en su seguimiento.
Duque, la causa soy yo.

Si es verdad que me estimáis
mostradlo agora; librad
a quien vida y libertad
arriesgó por quien amáis.

DUQUE: ¿Por dónde va?

LEONOR: Hacia la calle
de Alcalá.

DUQUE: Tu amante soy.
No te aflijas, que yo voy,
bella Leonora, a libralle.

Vase el DUQUE

LEONOR: ¡Plega a Dios que a tiempo
llegues que le valga tu favor!

CELIA: No hay cosa como un señor
por amante. No me niegues
que es gran gusto ser amada,
señora, de un hombre tal,
que pueda en un lance igual
hacer una señorada.

LEONOR: Celia, si las voluntades
no mueve la inclinación,
de poca importancia son
provechosas calidades.

De un hombre viviera yo
con gran gusto enamorada,
como el que ahora la espada
en mi defensa sacó.

¡Con qué bizarro ademán
y airosa resolución
dio en un punto información
de valiente y de galán.

CELIA: ¿Y conoceráslo?

LEONOR: No;
que aunque la luz me ayudara,
para no verle la cara
la turbación me bastó.

CELIA: ¿Si alcanzase en un instante,
sin haberlo pretendido,
éste lo que no ha podido
el duque en siglos de amante?

LEONOR: ¡Calla, necia!

CELIA: (¡Plega a Dios, **Aparte**
no conocido homicida,
que con una misma herida
no hayáis muerto a más de dos!)

*Vanse doña LEONOR y CELIA. Salen un
ALGUACIL con GENTE, asido de TELLO; luego, el DUQUE y FABIO*

TELLO: ¿No ha de valer la verdad?
ALGUACIL: ¡Eso es bueno!
TELLO: ¡Santo cielo!
A vuestra justicia apelo.

Salen el DUQUE y FABIO

DUQUE: Hidalgo...
ALGUACIL: ¿Quién es?
DUQUE: Parad.
El duque Alberto.
ALGUACIL: Señor,
¿qué me manda vueselencia?
DUQUE: Qué es esto?
ALGUACIL: De una pendencia
llevo preso al agresor,
que en este punto en el Prado
una muerte ha cometido.
TELLO: Favor, gran señor, os pido;
que el Alguacil se ha engañado.
ALGUACIL: Mirad si es causa bastante
ver que apriesa se apartaba
del lugar en que dejaba
hecho un daño semejante,
y hallar cuando le alcancé
que lleva, señor, la espada,
como veis, desenvainada.
TELLO: A poner paz la saqué.
ALGUACIL: Pues, ¿por qué íbades huyendo,
si decís verdad, de mí,
sin culpa?
TELLO: Porque temí
lo que me está sucediendo.
DUQUE: Aunque en este caso veo
que tenéis bastante indicio
para ejercer vuestro oficio
justamente, también creo
que está sin culpa este hidalgo;
mas que esté inocente o no,
ya estoy de por medio yo,

y si puedo con vos algo,
le habéis de dar libertad.
ALGUACIL: Vueselencia manda cosa,
no sólo dificultosa,
pero imposible.
DUQUE: Acabad;
que por mí lo habéis de hacer,
por más que imposible sea.
ALGUACIL: Señor, vueselencia vea
que será echarme a perder.
DUQUE: A ser vuestro defensor
me obligo.
ALGUACIL: ¡Un necio fiara
en eso, y aventurara
quietud, hacienda y honor!
DUQUE: Acabad, pues; lo que os pido
haced ya. Dejad el preso,
y advertid que vengo a eso
resuelto, si comedido;
que me lo ha mandado así
quien puede; y puesto que ya
lo intenté, fuerza será
acabar lo que emprendí.
ALGUACIL: En fin, ¿viene vueselencia
determinado?
DUQUE: Si el suelo
pidiese rayos al cielo
con que hacerme resistencia,
le ha de valer mi favor.
ALGUACIL: Pues menor inconveniente
es librar un delincuente
que indignar a un gran señor.
¡Dejadle!

Los que rodeaban a TELLO le dan paso y se van

Su espada es ésta.

Se la da

DUQUE: Sois cortesano y discreto,
y que no os pese os prometo,
si cuanto tengo me cuesta.
Y responded, si la fama
culpare este desconcierto,
que os lo mandó el duque Alberto,
y al duque Alberto una dama.
ALGUACIL: Mostráis vuestro gran valor.

Vase el ALGUACIL

DUQUE: Tu, Fabio, volando lleva
a mi Leonora esta nueva.

FABIO: Alas me dará tu amor.

Vase FABIO

TELLO: Las plantas besaros quiero.

DUQUE: Levantad, por vida mía;
que el valor y cortesía
dicen que sois caballero.

Dadme esos brazos, en quien
tiene el pecho aprisionado
el valor que hoy han mostrado.

TELLO: Aunque me estuviera bien
ser yo el autor de la hazaña
por quien pretendéis honrarme
y a esos brazos levantarme,
por Dios, señor, que se engaña
vuestra excelencia en pensar
que yo le maté.

DUQUE: ¡Esto sí!
Yo quiero el valiente así,
que sepa hacer y callar.

Solos estamos. Mirad
que mi amistad ofendéis,
y por más que lo neguéis,
sé que es ésta la verdad.

Y así pretendo saber
quién sois; que un amigo quiero
daros en mí verdadero.

TELLO: (¿Al fin tengo yo de ser
valiente por fuerza? Sí,
vaya. ¿Qué puedo arriesgar?
Quizá me viene a buscar
la Fortuna por aquí.)

Tened por cierto, señor,
que puede en mi pensamiento
más que el más grave tormento
la fe de vuestro valor;

que de un verdugo, hasta dar
el alma, pedazos hecho,
supiera callar mi pecho
lo que me hacéis confesar.

Fernán Tello de Meneses,
excelso duque, es mi nombre;
Cádiz mi patria, mis padres,

Aparte

tanto como hidalgos, pobres.
Luego que la juventud
me ciñó al lado el estoque,
fui soldado de la flota
que los indios mares corre.
Tres veces de Nueva España
pisé los preñados montes,
cuyos partos enriquecen
de plata los españoles;
y nunca de sus tesoros
vi que una parte me toque;
que también van a las Indias
las desdichas con los hombres.
Con esto determiné mudar
de mi vida el orden;
que en largas enfermedades
se han de mudar las regiones.
A Madrid vine buscando
la fortuna; conocíome
un indiano caballero
que está aquí en sus pretensiones,
y supuesto que no pierden
de su calidad los nobles
en servir, y que no tuve
otro remedio en la corte,
entré a servirle ha seis meses;
y él esta tarde sacóme
triste hacia el Prado,
y en él me dijo en breves razones
lo mismo que yo sabía,
y es que ya se ve tan pobre,
que es fuerza que de los gastos
lo más que pudiere acorte.
Quedé sin amo y sin gusto,
cuando al venir de la noche,
de un coche al Prado salieron
dos damas, solas. Llegóse
un importuno galán,
y entre promesas y amores
hizo fuerza en descubrirlas,
hasta que el manto les rompe,
hasta que le llaman necio,
hasta que riñen a voces,
hasta que en efeto falta
la paciencia a quien las oye;
que el ver damas ofendidas
y descomedido un hombre
el castigo apresuró
del poco dichoso joven,
a quien, como di la muerte

con tan justa causa entonces,
le diera la vida agora,
pues él hizo que yo goce
de haceros aquel servicio
y alcanzar estos favores.

DUQUE: ¿De modo que habiendo visto
que estimé aquella desorden,
lo negábades? ¡Qué bien
vuestro valor se conoce!
En vos, Tello, no han entrado
las costumbres de la corte;
que en ella los lisonjeros
que cercan a los señores,
diciendo lo que no hacen,
en obligación los ponen;
y vos negáis lo que hacéis
--prueba de valiente y noble.

TELLO: Vos me honráis como quien sois.

DUQUE: Levantad, y si en la corte
habéis de servir, haced
lo que la suerte dispone,
pues estos sucesos quieren
que a mí ese cargo me toque.

TELLO: Dadme la mano por quien
soy dichoso.

DUQUE: Gentilhombre
sois de mi cámara, Tello.

TELLO: El cielo esos años logre.

DUQUE: Esto es comenzar. Mercedes
esperad de mí mayores.

Vase el DUQUE

TELLO: Prosigue lo que comienzas
y acaba lo que dispones,
Fortuna, pues por tu gusto
dan este giro tus orbes.

Vase TELLO. Salen don ENRIQUE y TRISTÁN

TRISTÁN: Ni ellas supieron quién eras,
ni tú quién eran supiste;
sólo en el difunto triste
no fueron tus obras huera.
¿Sabes qué me ha parecido?
Que en este caso presente
lo mismo que al maldiciente
poeta te ha sucedido.

ENRIQUE: Di cómo.
TRISTÁN: Que porque huya
de la sátira la pena,
por más que le salga buena,
no puede decir que es suya;
y después que la memoria
y entendimiento ha cansado,
se queda con el pecado,
y no se lleva la gloria.
Pues el mismo lance echaste.
Pusiste en riesgo la vida,
fuiste de un hombre homicida,
y a nadie en ello obligaste.
ENRIQUE: Como el coche se partió
de cas de Belisa, fue
con razón si me engañé.
Ella la causa me dio;
pero, ¿qué bien por Belisa
pudo venirme?
TRISTÁN: Esta vez
de que fueras mal jüez
lo sucedido me avisa;
pues fuera sentencia aguda
que si estaba tu querella
en duda de si era ella,
a él lo matases en duda.
Mas con incierta ocasión
hacerle tan cierta injuria
más fue enamorada furia
que justa resolución.
ENRIQUE: En lugar de consolar,
¿es bueno, Tristán, reñir?
TRISTÁN: Siempre ha sido el advertir
el santelmo del errar.
Mas, dime, ¿acaso has sabido
quién era el muerto?
ENRIQUE: Yo infiero,
Tristán, que era forastero,
de que no era conocido.
TRISTÁN: Al punto lo vi, señor.
ENRIQUE: Pues, ¿en qué?
TRISTÁN: En que fue vencido
que a ser en Madrid nacido,
supiera reñir mejor.
ENRIQUE: ¡Pobre mozo! No pensé
matarle.
TRISTÁN: Como a la herida
no tomaste la medida,
vínole muy grande.
ENRIQUE: A fe

que estás de gracia.
TRISTÁN: Yo vi
que no eran al pelear
tus intentos de matar,
mas tus estocadas sí.
¿Sabes lo del vizcaíno?
ENRIQUE: Dílo, pues lo has comenzado.
TRISTÁN: Tomó un arcabuz cargado
y apuntóle a un su vecino.
Dijo el otro, dando un grito,
"Mira que me matarás."
Y él respondió, "Queda estás;
que yo tirarás quedito."
ENRIQUE: ¡Bozal vizcaino!
TRISTÁN: Creo,
señor, que no era bozal.
ENRIQUE: ¿Sino qué?
TRISTÁN: Que estaba mal
con su vecino; que veo
muchos de esta condicion.
Mas según lo que imagino,
nadie tendrá mal vecino
si él mismo no da ocasión.
Vivir bien engendra amor;
el pecado se aborrece.
Pero, ¿qué es esto? Parece
que doy en predicador.
El marqués viene.

Salen el MARQUÉS y SANCHO

MARQUÉS: Pariente...
ENRIQUE: Señor...
MARQUÉS: ¿Qué habéis cometido,
que os tiene aquí retraído?
ENRIQUE: La desdicha es delincuente,
y conociendo la mía,
temo sin estar culpado.
MARQUÉS: Decidme el caso.
ENRIQUE: En el Prado
me hallé, señor, aquel día,
habrá cuatro, que a un mozuelo
dieron muerte desdichada.
Saqué en la cuestión la espada,
y así con razón recelo
--como al punto, apresurado
huyó el agresor de allí--
que alguno me culpe a mí,
malicioso o engañado;

que las tinieblas oscuras
a confundir comenzaban
las cosas, y no dejaban
ya discernir las figuras.

Por esto en este convento
estoy, Marqués, retirado;
por esto os he suplicado
que me veáis, con intento
de encargaros que sepáis
por medio de algún amigo
si indicio, fama o testigo
hay contra mí.

MARQUÉS: Libre estáis.
No paséis más adelante.

ENRIQUE: Pues, ¿cómo sabéis, señor,
que lo estoy?

MARQUÉS: Al matador
prendieron al mismo instante,
y al alguacil lo quitó
el duque Alberto, por ser
gusto de cierta mujer
que causa a la muerte dio.

ENRIQUE: Besaros quiero los pies
por la nueva que me dais.

MARQUÉS: Pues según eso ignoráis
lo que ha pasado después.

ENRIQUE: Y me holgaré de sabello.

MARQUÉS: El caso se publicó,
y a su majestad le dio
el alguacil cuenta de ello;
y el rey le dijo, "A los dos
todos os disculparan;
que el duque anduvo galán,
y anduvistes cuerdo vos."

ENRIQUE: Tal sentencia, de tal seso.

MARQUÉS: Sólo averiguar mandó
quién fue la que le obligó
al duque Alberto al exceso;
y sabiéndose no dudo
sino que lo pase mal.

ENRIQUE. Mujer será principal
quien al duque obligar pudo.

MARQUÉS: ¡Plega a Dios no venga a ser
la que pienso!

ENRIQUE: Pues, señor,
¿os toca?

MARQUÉS: Ya en mi temor
lo podéis echar de ver.
Venid conmigo; que es bien
que me aconseje con vos,

- pues sois mi deudo.
- TRISTÁN: Por Dios,
que aunque nos está tan bien
la nueva que le ha traído
a mi amo vueseñoría,
me pesa a mi, que vivía
con gran gusto retraído.
- MARQUÉS: ¿Gusto puede haber aquí
como tener libertad?
- TRISTÓN: Si va a decir la verdad,
otro hay mayor para mí.
- MARQUÉS: ¿Cuál?
- TRISTÁN: Comer.
- ENRIQUE: Necio, ¿comienza
tu desvergüenza a afrentarme?
- TRISTÁN: Comienza, por no dejarme
acabar de tu vergüenza.
Si a un marqués deudo
y amigo niegas tus necesidades,
¿qué aguardas? ¿Te persuades
que habrá milagro contigo?
Señor, ésta es la verdad.
Después que está retraído
en la Vitoria ha vivido,
con la mucha caridad
de estos padres, en la gloria;
y sin duda que por eso
pusieron el Buen Suceso
tan cerca de la Vitoria.
Y así es grande impertinencia
irnos de aquí; que ha de ser
forzoso, para comer,
mendigar otra pendencia.
- MARQUÉS: Corrido, por Dios, estoy.
Don Enrique, ni mostráis
que por noble me estimáis,
ni que vuestro deudo soy.
- ENRIQUE: Ved, señor, que ha gracejado
Tristán, que es un hablador.
- TRISTÁN: No tiene ya mi señor,
de pobre, más de un criado,
y ése sirve de bufón;
que es lo mismo que tener
un vestido solo, y ser
con bordado y guarnición.
- MARQUÉS: Yo sé muy bien lo que pasa
un pretendiente en Madrid.
De aquí adelante os servid
de mi mesa y de mi casa.
- ENRIQUE: Señor...

MARQUÉS: A tan justo intento
la cortedad no replique.
Adereza a don Enrique,
Sancho, en mi casa aposento.
ENRIQUE: Vuestro pecho en todo muestra
el ánimo liberal.

A TRISTÁN

MARQUÉS: Pasa tú la ropa.
TRISTÁN: ¿Cuál?
¿La del huésped o la nuestra?
Porque si la nuestra, digo
lo que aquel sabio decía.
MARQUÉS: ¿Y era?
TRISTÁN: Que siempre traía
toda su hacienda consigo.

Vanse. Salen LEONOR, BELISA y TELLO

LEONOR: Aquel día desdichado
que en tu casa, amiga, estuve,
y gusto y ocasión tuve
de irme a pasear al Prado,
fue Tello el valiente autor
de la hazaña que he contado.
BELISA: Con razón ha granjeado
el del duque y tu favor
LEONOR: Al duque debo y a Tello
de dos gustos recompensa;
a Tello el vengar mi ofensa
y al duque el favorecello;
si bien me lastima en parte
castigo tan inhumano.
BELISA: Pesada tienes la mano.
¡Dios me libre de enojarte!
TELLO: Sin verla, influyó valor
en mí la hermosa Leonora.
LEONOR: (¡Quién te le influyera agora **Aparte**
para merecer mi amor!
¡Oh, nunca justos efetos
del ciego autor de crueldades!
¿Por qué igualas voluntades
en desiguales sujetos?)
TELLO: ¿Cómo te va de rigor
con don Enrique, señora?
BELISA: Tello, no ablanda el que llora
a quien no mueve el Amor.

LEONOR: ¿Quién es don Enrique, amiga?

BELISA: Un honrado caballero
que me quiere y no le quiero.

LEONOR: ¡Falso Amor, que no se obliga
de una afición verdadera!
Lo mismo que tú padezco.

A quien me quiere aborrezco.

BELISA: Querrás a quien no te quiera.

TELLO: Pues el duque mi señor,
antes que parta de aquí,
ha de recibir por mí
de tu mano algún favor.

LEONOR: Hasta aquí le he entretenido,
viéndole perder el seso,
por no obligarle a un exceso,
dándole favor fingido.

Digo favor en dejarme
servir de él con tal medida,
que ni me muestre ofendida,
ni quiera de él obligarme.

Y si le tengo de hacer
por tan honrado tercero
algún favor verdadero,
desengañarle ha de ser.

TELLO: No, señora. Si su daño
no ha de remediar así,
no pierda el gusto por mí
en que le tiene su engaño.

Sale CASTRO

CASTRO: Hermosa doña Leonor,
la justicia, sin dejar
que te viniera a avisar,
la escalera y corredor
ha pasado, y llega ya
a esta cuadra.

TELLO: (¡Soy perdido! **Aparte**
¡Sin defensa me han cogido!)

LEONOR: La justicia, ¿qué querrá
en mi casa?

Salen algunos ALGUACILES

ALGUACIL: Perdonad
que sin avisar entremos;
que para hacerlo traemos
orden, de su majestad;

y si no soy más cortés,
disculpa tiene el rigor;
que es mal ministro de amor
quien de justicia lo es.

TELLO: (Pagaré yerros ajenos.) **Aparte**

ALGUACIL: Un coche aguarda. Tomad
el manto, y perdón me dad,
Leonora.

TELLO: (Del mal, lo menos.) **Aparte**

LEONOR: ¡Yo presa! ¿Qué he cometido?
Sacadme de confusión.

ALGUACIL: Yo pienso que es la ocasión
de esto el haberse sabido
que la distes al suceso
de aquella muerte del Prado,
y que de vos obligado
quitó el duque Alberto el preso.

Y así mandan que a Alcalá
os llevemos desterrada.

LEONOR: (¿Hay mujer más desdichada? **Aparte**

¡Qué descolorido está
Tello! Mas que quiere hacer
algún desatino es llano;
que es demonio en cuerpo humano,
y me ha de echar a perder.)

¡Repórtate, por mi vida,
Fernán Tello!

Habla aparte con él

TELLO: Pues, ¿qué hago?

LEONOR: No, no, no me satisfago;
la color tienes perdida.

Yo te conozco. ¡Detente,
no me suceda peor!

TELLO: (De miedo estoy sin color, **Aparte**
y piensa que de valiente.)

LEONOR: Belisa, llégate aquí,
ayúdamele a tener.

TELLO: (¿Al fin yo tengo de ser **Aparte**
valiente por fuerza? Sí,

vaya.) No tengas temor;
mas déjame hacer siquiera
que estos dos sin escalera
bajen desde el corredor.

LEONOR: ¡Mirad si le conocí
luego en el rostro el intento!

TELLO: ¡Que tengan atrevimiento
para haberse entrado aquí!

¡Suelta!

LEONOR: ¡No te has de arriesgar,
por vida del Duque!

TELLO: ¡Tente;
que ese freno solamente
me pudiera reparar!

LEONOR: ¡Ah! ¡Qué bien sobre el valor
asienta la cortesía!
(No en balde a mi pecho envía **Aparte**
tantas centellas tu amor.)

A BELISA

Tú, si a compasión te obliga
mi desdicha...

BELISA: No habrá cosa
para mí dificultosa
si tú la quieres, amiga.

LEONOR: Porque honor y autoridad
contigo, Belisa, lleve,
pues la jornada es tan breve,
y tan larga la amistad,
me acompaña, porque así
tenga consuelo mi pena.

BELISA: Leonor, a entrambas condena
quien te ha condenado a ti,
pues un alma y una vida
es la nuestra.

LEONOR: Tuya soy.
Con eso aliviada voy.

ALGUACIL: Vamos pues, si sois servida.

LEONOR: Tello, adiós.

TELLO: Voy al momento
a dar al duque esta nueva,
si a sus ojos no me lleva
sin vida ya el sentimiento
de ver que pases por mí,
señora, tales rigores.

LEONOR: Tello, tormentos mayores
pasaré alegre por ti.

***Vanse todos. Salen el DUQUE, MARCELO, FABIO y otro
criado***

DUQUE: Este cuidadoso fuego
dentro del alma encendido,
inquietud de mi sentido,
turbación de mi sosiego,

en el mismo corazón
firmemente alimentado,
tiene el pensamiento atado
a la rueda de Ixión.

¡Tan sin piedad me fatiga
un desear importuno!

¡Hola!

FABIO: ¿Señor?

DUQUE: Cada uno
para divertirme diga
en qué ha gastado la tarde.
¡Que tenga mi amada prenda
honor que me la defienda,
y valor que me la guarde!
¡Vive Dios!... Hablad, decid,
¿qué habéis hecho?

MARCELO: Yo, señor,
salí a la calle Mayor,
Sierra Morena en Madrid,
pues allí roban a tantos
mil damas ricos despojos,
llevando armas en los ojos
y máscaras en los mantos.
Agradóme una tapada,
y al punto desenvainó
palabras con que me dio
en la bolsa una estocada.
Hízome sangre, y vertida
gran parte del corazón
--que los dineros lo son--
me dio otra mayor herida;
pues cuando yo pienso en vano
que el demás caudal me deja,
me pidió para la vieja
que llevaba de la mano.
Aquí, señor, perdí pie,
y dije, "A vos, porque os quiero,
doy, señora, mi dinero;
pero a la vieja, ¿por qué?"
Ella dijo, "No hagáis cuenta
de lo que acabáis de dar;
que quien me ha de contentar
ha de tenerla contenta."
Yo dije, "De vos me aparto;
que quiero mas, ¡vive Dios!,
no cobrar lo que os di a vos,
que dar a la vieja un cuarto."

DUQUE: ¿Donde estuvistes vosotros?

CRIADO: Yo en el Prado, y sólo vi
andar de aquí para allí

y mirarse unos a otros.

DUQUE: ¿Tu, Fabio?

FABIO: Yo en la comedia.

DUQUE: ¿Pareció bien?

FABIO: No, señor,
con ser divino su autor;
porque si no se remedia
esta nueva introducción
de los silbos, es forzoso
que pierda el más ingenioso
a los versos la afición.

DUQUE: Comedias que no agradaron,
nunca alcanzaron silencio,
porque también a Terencio
muchas en Roma silbaron.

 Cuando la comedia es buena,
nadie ofenderla podrá
que la muchedumbre da
al malicioso la pena;
 porque al vulgo cortesano,
en sabio, recto y agudo,
abatir banderas pudo
el auditorio romano.

Sale un PAJE

PAJE: Ya el camarero acabó
tan prolija enfermedad.

DUQUE: Mucho mal y mucha edad
¿que diamante no rindió?
 Téngale en el cielo Dios.

FABIO: El gobierno que tenía,
con el oficio, sería
mi remedio.

MARCELO: Y aun los dos
viviéramos descansados;
que servido por teniente,
el gobierno solamente
vale más de mil ducados.

FABIO: Y mil el ser camarero.

DUQUE: ¿Qué dices, Fabio?

FABIO: Señor,
que si algo puede el amor
tan constante y verdadero
con que tantos años ves
que he vivido en tu servicio,
el gobierno y el oficio
de camarero me des.

MARCELO: En antigüedad y amor,

en asistencia y trabajo,
yo pienso que me aventajo
a cualquiera pretensor.

CRIADO: Pues yo, señor, sólo digo
que adviertas a quién prefieres,
pues de mis servicios eres
tú mismo el mejor testigo.

DUQUE: Iguales méritos veo
y servicios en los tres,
y en mí para todos es
igual también el deseo.

Tres sois, los oficios dos.
No quisiera, y es forzoso,
dejar al uno quejoso.
Alzad dejadme por Dios,
que no es justo darme
agora más penas y confusiones
que me dan las dilaciones
y tibiezas de Leonora.

Pero, pues sabéis mi amor,
y decís que los oficios
dé a quien tenga mas servicios,
para mi será el mayor
darme alguna nueva tal
que acreciente mi esperanza,
y me prometa mudanza
de su desdén y mi mal.

Y al gentilhombre primero
que a mi pasión amorosa
haga con esto dichosa,
los oficios darle quiero.

MARCELO: Y las albricias valdrán
dos mil ducados de renta.

A MARCELO

FABIO: De modo, por esta cuenta,
que los premios no se dan
hoy, conforme fuera justo,
al que más y más fiel
ha servido, sino a aquel
que ha servido más al gusto.

MARCELO: Habiendo el señor pagado
el salario y la ración,
sale de la obligación
que le tiene a su criado.

Lo demás es equidad,
no justicia, amigo Fabio,
y no es el negar agravio

cuando el dar es voluntad.

CRIADO: Lo que importa es el favor
de Leonora prevenir;
que merecer es servir
a contento del señor.

Sale TELLO, triste

DUQUE: Vengas, Tello, enhorabuena.

TELLO: Bien venido no me des,
supuesto que no lo es
el que viene a darte pena.

DUQUE: ¿Es de Leonora? ¿Que ha habido?

Di; que el cuidado me abrasa.
¿Vienes, Tello, de su casa?,

TELLO: Sí, señor, y ha sucedido...

DUQUE: ¿Qué?

TELLO: Ya ves en los indicios
que te ha de pesar, señor.

MARCELO: (¿Mala nueva y de Leonor?
No empuñaréis los oficios.)

Aparte

DUQUE: Habla, acaba; que con eso
nuevo tormento me das,
pues paso de más a más
los temores del suceso.

TELLO: Pues la nueva desdichada
es forzoso darte, ha sido
que en este punto ha salido
para Alcalá desterrada
por el exceso del Prado
tu Leonora triste y bella
y Belisa va con ella;
que su amistad la ha obligado
a que pretenda aliviar
así la pena que lleva.

DUQUE: ¿Y ésa, Tello, es mala nueva?

Los brazos te quiero dar.
Pónganme el coche al momento,
de camino. A mi Leonora
sigamos, Tello; que agora
espero verme contento.

Éste es el medio mejor
de conseguir mi esperanza,
porque con esta mudanza
pienso verla en su rigor;
que en el camino, en la venta,
en el campo, en la posada,
vivirá menos guardada;
y estando más descontenta,

estimaré mi afición
por que sus penas consuele;
que en las desventuras suele
mudarse la condición.

tendrá ocasión de servirla
y a Belisa; que pues va
con Leonora, ella podrá
en mi favor persuadirla;
que es la mejor tercería
la de una amiga. No hubiera
suceso en que más pudiera
fundar la esperanza mía;
y pues tú diste el primero
tan feliz nueva a mi amor,
tú eres ya gobernador,
Fernán Tello, y camarero.

FABIO: ¡Bueno, por Dios!

TELLO: Esos pies
me da, señor, a besar.

DUQUE: Alza, Tello, a caminar.

A SUS COMPAÑEROS

MARCELO: ¡Buenos quedamos los tres!

FABIO: Dio Tello en la coyuntura.

CRIADO: ¡Paciencia!

TELLO: (¡En lo que entendí **Aparte**
dar pena, contento di!
Todo, en efeto, es ventura.)

Vanse

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Sale el DUQUE, TELLO, MARCELO, FABIO y JULIO

DUQUE: ¿Que no harás esto por mi?

FABIO: Señor, yo soy un peón
que en la montaña nací.
Tan caballerosa acción
en mi vida la emprendí.
Y pues del caballo infiero
que se dice el caballero,
Fernán Tello que lo es,
y está ya rico, los pies
vista de dorado acero.

DUQUE: (Ésta es invidia.) **Aparte**
Marcelo,
yo me he de valer de ti.

MARCELO: Si tú lo mandas, harélo;
mas al camarero así
causar envidia recelo,
porque siempre al más privado
empresa igual ha tocado;
y a pensar le obligarás,
si a mí ese cargo me das,
que soy de ti mas amado.

DUQUE: ¡Qué poco gusto sabéis
darme, necios, enfadosos,
cuando tan triste me veis!
(Todos están envidiosos **Aparte**
de Tello.) Presto veréis
cuán bien empleo el favor
en quien me sirve mejor.
Tello...

TELLO: Detente, y advierte
si puedo yo de otra suerte
festejar a tu Leonor.

DUQUE: ¿Has de salir?...

TELLO: No sabré.
¿Gustas de verme afrentado?
Jamás gobernó mi pie
más que el estribo quebrado
de una mula de alquilé.
Yo nací en puerto de mar,
donde es sólo navegar
lo que se pratica y sabe.
El caballo de una nave
sí me atrevo a gobernar,
cuando en líquida región
por pies lleva blancas velas,
riendas las escotas son,
el viento ministra espuelas
y presta freno el timón;
mas en públicos lugares
no quieras, sin que repares
en el riesgo en que me pones,

que con no expertos talones
hiera sentidos ijares,
y en racional sujeción
tenga de un bruto valiente
la ignorada condición,
y la incierta mano intente
poner cierto el garrochón.

DUQUE: Ágil y andaluz mancebo
eres, Tello, y yo me atrevo
a apostar que a dos liciones
que te dé solas, te pones
en los caballos de Febo.

Y el que has de llevar es tal,
tan presto, tan arriendado,
tan cierto en acción igual,
que de un bruto gobernado,
obra como racional.

Haz esto, Tello, por mí;
que estando Leonora aquí
desterrada y triste, es justo
que su pena y su disgusto
procure aliviar así,

ya que yo tengo de estar
encubierto, por seguir
mi pensamiento, sin dar
en Alcalá qué decir y
en Madrid qué remediar.

TELLO: Lo mismo fuera, señor,
si le importase a tu amor,
que yo en el coso probara
solo y a pie, cara a cara,
con el toro mi valor.

Como lo ordenares sea.

DUQUE: Por eso en ti mi afición
tan justamente se emplea.

TELLO: Mayor es la obligación
que el alma pagar desea.

Da por cumplido tu intento,
como esta facción le importe.

DUQUE: ¡Hola!

JULIO: Señor...

DUQUE: Al momento,
causando afrentas al viento,
parte a traer de la corte
tantos diamantes, que el velo
que de estrellas borda el cielo
a Tello pueda envidiar.

Vase JULIO. FABIO habla aparte con MARCELO

FABIO: De esta vez han de vacar
los dos oficios, Marcelo.

MARCELO: Eso sí, coma las duras
el que come las maduras:
pues tiene con qué curarse,
ruede; que así han de mezclarse
con desdichas las venturas.

DUQUE: En el rucio celebrado,
de mi mano alicionado,
Tello, en la plaza entrarás.

FABIO: (¡Pobre caballo! Tú irás **Aparte**
rucio y volverás rodado.)

Sale CELIA, con manto

DUQUE: ¡Celia amiga! ¿Por acá?

CELIA: A avisarte que Leonora
a gozar del campo va.

DUQUE: Di que va a ser nueva Flora
de los prados de Alcalá.
Y, ¿adónde va?

CELIA: Yo sospecho
que hacia la parte que ha hecho
fértil el undoso Henares.

DUQUE: Porque rinda Manzanares
desde agora humilde pecho,
parto a seguirla al momento.
¡Ah, Celia, amiga fiel!
Si alcanzo el fin de mi intento,
pídeme en albricias de él
cuanto pinte el pensamiento;
y hoy, pues a verla y seguilla
voy por ti, toma el diamante,

Dale una sortija

que el sol en sus rayos brilla.
¡Oh, Henares, presta a un amante
feliz tálamo en tu orilla!

Vanse el DUQUE y los CRIADOS

CELIA: Vencerás, si puedo; que es
un vivo despertador
del ingenio el interés,
y en diligencias de amor

han de ser de oro los pies.

Vase CELIA. Salen el MARQUÉS, don ENRIQUE y TRISTÁN, poniéndose un sayo caperuza de labrador

MARQUÉS: La vida nos va, Tristán.
TRISTÁN: ¡Pluguiese a Dios que en Turquía
tuviese el Rey tal espía
al lado de Solimán!
Los gustos y los enojos,
los desdenes y aficiones
infiero por las razones,
brujuleo por los ojos.
MARQUÉS: Esto importa, que en sabiendo
que el duque Alberto es amado,
dejaré, desengañado,
lo que engañado pretendo;
que los indicios que veo
mucho prueban en mi daño,
y se entra ya el desengaño
por los ojos al deseo;
que haber el Duque seguido
a Leonora me ha mostrado
que no está desesperado,
cuando no favorecido.
ENRIQUE: No concluye ese argumento,
supuesto que vos también,
aunque os trata con desdén,
venís en su seguimiento.

El MARQUÉS da un billete a TRISTÁN

MARQUÉS: Toma el papel, advertido
que Belisa no ha de ver
que lo das, ni ha de saber
que tras Leonora he venido;
porque no dudo que esté
de parte del duque, y sea,
si su vitoria desea,
la que más guerra me dé;
y mientras pretendo y sigo
ocultamente a Leonor,
ni aviso al competidor
ni despierto al enemigo;
antes, si se viene acaso
a sospechar y sentir
mi afición, he de fingir
que por Belisa me abraso;

y así lo escribo a Leonor.
ENRIQUE: Es cordura; que, en efeto,
siempre el amante secreto
es quien negocia mejor.
MARQUÉS: Por eso sin firma mía
va el billete.
ENRIQUE: De esa suerte
no hay peligro.
MARQUÉS: Al darlo, advierte
que le digas quién lo envía.

Pónese una cabellera TRISTÁN

ENRIQUE: ¿Que cabellera te pones?
TRISTÁN: Ya las cabelleras bajan
tanto, que se las encajan
los pelados más pelones.
Es disfraz acomodado
para no ser conocido;
que es un remedio aprendido
en la corte, de un letrado.

Pónese TRISTÁN un parche en un ojo

MARQUÉS: ¿Qué es eso?
TRISTÁN: Un parche, y por Dios
que sé yo quien en su casa,
para no ver lo que pasa,
tiene puestos siempre dos;
que sus poltrones resabios
ponen, trocando despojos,
la bigotera en los ojos,
los antojos en los labios.
ENRIQUE: ¡Qué bien disfrazado vas!
TRISTÁN: Pues esto es cosa de risa.
ENRIQUE: ¿Más falta?
TRISTÁN: Porque Belisa
me conoce, falta más.

Métese TRISTÁN un bodoque o bala en la boca

De esta suerte se asegura
el disfraz.
MARQUÉS: Es evidente
que es el habla diferente,
y el rostro se disfigura.
TRISTÁN: Más falta; que me he de hacer,

para descuidarlos más,
del borracho.

MARQUÉS: Bien harás.

TRISTÁN: Pues a vino importa oler;
que con eso irá del todo
la invención acreditada.

MARQUÉS: Dices bien. Toma.

Dale dinero

TRISTÁN: Animada
cada invención de este modo,
haré dos mil cada día.

ENRIQUE: Vé presto, y advierte bien
si tiene causa el desdén
con que mi ingrata porfía;
que no puedo persuadirme
sino que de ajeno amor
procede tanto rigor
y resistencia tan firme.

TRISTÁN: De vuestros bienes y daños
hoy he de ser el Colón.

ENRIQUE: Es cierto, porque Indias son
en amor los desengaños;
que no hay riqueza mayor.

MARQUÉS: Antes, Don Enrique, anegue
el mar mi vida, que llegue
a tales Indias mi amor.

Vase el MARQUÉS

ENRIQUE: Tras ti vamos.

TRISTÁN: Y no es yerro,
porque ayudéis a Tristán,
si le conocen y dan
lo que llaman pan de perro.

*Vanse todos. Sale el DUQUE, acabando de leer una
carta, y TELLO, MARCELO, FABIO y otro CRIADO*

DUQUE: Dice que sin dilación
parta a Madrid; que han notado
ya mi ausencia y comenzado
a murmurar la ocasión.

Al CRIADO

Al punto ve a prevenir
postas. ¡Hola!
CRIADO: Voy, señor.

Vase el CRIADO

DUQUE: En hablando a mi Leonor,
quiero a la corte partir.
 No haré más que parecer
 en los públicos lugares;
 que en postas parto de Henares,
 y en alas pienso volver.

TELLO: Bien harás.

DUQUE: Tú has de quedar,
 Tello, a asistir a Leonor,
 con poderes de mi amor
 para servir y guardar.
 Los engaños y traiciones
 la noche los ejecuta.
 Aun no de su triste gruta
 salga a ocupar las regiones,
 cuando ocupes tú la calle
 de Leonor. De ti me fío.
 Los átomos, Tello mio,
 a este sol has de contalle;
 las sospechas con que fidio
 me aclara.

TELLO: Déjame hacer;
 que un Argos tengo de ser
 mejor que lo pinta Ovidio.

FABIO: (Pues si os dormís--¡vive el cielo!-- **Aparte**
 que ha de ver vuestra privanza
 que no duerme mi venganza.)

Hablan aparte FABIO y MARCELO

Si tú me ayudas, Marcelo,
quiero en esta coyuntura
este valiente probar.

MARCELO: Sí, bueno será quitar
 estorbos a la ventura.

TELLO: Ya llega.

Salen LEONOR y BELISA, con mantos, y CASTRO, escudero

LEONOR: Apartad el coche,

porque sin ser conocidas
aguardemos divertidas
entre estos olmos la noche.

Siéntanse las dos

BELISA: Aquí del famoso Henares
el claro cristal gocemos,
porque con él olvidemos
la ausencia de Manzanares.

DUQUE: Tello, entretén a Belisa.

TELLO: Tiempo daré a tus amores.

Lléganse a las damas

DUQUE: Ya alegra el campo sus flores,
ya el agua aumenta su risa.

LEONOR: El duque.

Vase a levantar LEONOR, y ténela el DUQUE

DUQUE: No os levantéis,

Arrodíllase el DUQUE

si no es que al dichoso suelo
que habéis convertido en cielo,
dar queja de mi queréis.

LEONOR: Señor, no es razón que estéis
de rodillas.

DUQUE: ¡Ay, Leonor!
Cuando no os duele mi amor,
¿del cuerpo tenéis piedad?
Esa compasión guardad
para el alma, que es mejor.

El cuerpo, señora, que es
de barro humilde formado,
¿reparáis en que de estrado
sirva a vuestros blancos pies?
Y el alma, a cuyo interés
no se iguala precio humano,
¿dejáis que os adore en vano
siempre a esos pies derribada,
sin ser jamás levantada
de vuestra dichosa mano?

LEONOR: (¿Qué le puedo responder, **Aparte**
si en una misma ocasión
me enfrena mi obligación
y me obliga su poder?
Si se ausenta, no he de ver
al que causa mi tormento;
si favorecerle intento,
su poder y mi favor
darán licencia a su amor
a un injusto atrevimiento.)

Sale TRISTÁN, con el disfraz

TRISTÁN: (Hablando están dos a dos, **Aparte**
el duque a Leonor, y Tello
a Belisa. Agora es ello.
Embisto en nombre de Dios.)

Llega TRISTÁN haciendo del borracho

¡Ah, buen señor! ¿Quién sos vos?
Y vos, que humilde os adora
santa, ¿quién sos, mi señora?
CASTRO: ¡Qué borracho tan perdido!
¡Aparta!
TRISTÁN: Yo so Cupido,
que bajo del cielo agora.
TELLO: ¡Graciosa transformación!
TRISTÁN: Señora, quíerale bien
al señor; que a fe que tien
bien abierto el camisón.
DUQUE: Bien herido el corazón,
dirás mejor.
TRISTÁN: Cosa es crara,
que es de morir esa cara.
¿No os quiere?
DUQUE: No.
TRISTÁN: ¡Voto a ños,
que si yo fuera que vos!...
DUQUE: ¿Qué hicieras?
TRISTÁN: ¿Qué? La dejara.

*TRISTÁN se deja caer junto a LEONOR y
fíngese dormido*

LEONOR: (¡Ojalá!) **Aparte**
DUQUE: ¡Qué buen consejo!
CASTRO: Durmióse.
TRISTÁN: (¡Bien lo entendéis!) **Aparte**

DUQUE: Cuando el alma me tenéis,
¿cómo viviré si os dejo?
Con justa causa me quejo.

TELLO: ¡Que habiendo el duque servido
tanto a Leonor, haya sido
tan constante en su crueldad!
Belisa, a decir verdad,
yo no fuera tan sufrido.

BELISA: El que no espera no alcanza,
y lo que yo te aseguro
es que del duque procuro
ver cumplida la esperanza.

TELLO: Él tiene en ti confianza.

Sale un CRIADO

CRIADO: Prevenidas están ya
las postas.

LEONOR: Pues, ¿de Alcalá
os partís? (Ya no lo puedo **Aparte**
encubrir: sin alma quedo
si Tello también se va.)

DUQUE: Agora mal negaréis
efeto tan conocido.
Mi partida habéis sentido.
Claro está que amor tenéis.

LEONOR: ¿Yo la siento? ¿En qué lo veis?

DUQUE: No es vuestra pena muy poca,
pues al corazón os toca.
Mi bien, ¿qué color es ésa?
Lo que la cara confiesa,
¿por qué lo niega la boca?
A Madrid parto sin vida,
Tello se queda a serviros;
él podrá, Leonor, deciros
la ocasión de mi partida.
No es justo que me despida
de vos, o por no creer
que me aparto, o por saber
que pues sus alas me ha puesto
Amor, ha de ser tan presto
como el partir el volver.

LEONOR: No os fatiguéis. Lléveos Dios
con bien, señor, a Madrid.

El DUQUE habla aparte a BELISA

DUQUE: Belisa, adiós y advertid

que estriba mi dicha en vos.
BELISA: Yo espero que de los dos
esta fuerza combatida,
al fin has de ver rendida.
DUQUE: Tú sola puedes hacello.

Vanse el DUQUE y el CRIADO

LEONOR: (Como me dejes a Tello, **Aparte**
no vuelvas acá en tu vida.)
TELLO: Triste quedo.
LEONOR: (¡Qué grosero! **Aparte**
¡Triste, quedando conmigo!
¡Mal haya!... Mas, ¿qué maldigo,
si no sabe que le quiero?)
Desta súbita partida
me di la ocasión agora.
TELLO: Escribióronle, señora,
de Madrid.
CASTRO: No vi en mi vida
peña más inanímada
que este bruto.
BELISA: ¿Quién le hiciera
alguna burla que fuera
más gustosa que pesada?
TRISTÁN: (¡Bueno es esto!) **Aparte**
CASTRO: Yo imagino
que ninguna puede darle
tanta pena como aguarle
a un punto el sueño y el vino.
BELISA: Bien dices.
CASTRO: Por agua voy.
BELISA: Henares la puede dar.
CASTRO: Un vaso quiero buscar.

Vase CASTRO

BELISA: Y ven presto.
TRISTÁN: (Oyendo estoy, **Aparte**
traidores; mas proseguir
la ficción importa agora,
y lo que tratan Leonora
y Tello a solas oír;
que al bautizarme Belisa,
con su agua misma procuro,
por dejar mi vino puro,
dejar aguda su risa.)

Sale don ENRIQUE

ENRIQUE: (Pues el duque se ha ausentado. **Aparte**
ventura quiero probar;
que Tello no ha de estorbar
el remedio a mi cuidado.)
Belisa hermosa...

BELISA: ¿Qué es esto?
¿Es don Enrique?

ENRIQUE: Señora,
es quien la dicha que adora
sigue, a su fortuna opuesto.

BELISA: Tras de tantos desengaños,
¿qué pretendes? ¿Qué porfías?

ENRIQUE: Crüel, las firmezas mías
se alimentan de los daños.

BELISA: Por eso de mí te vengas
en mi honor; que en Alcalá
y en Madrid, ¿qué se dirá
de que siguiéndome vengas?
Tú quieres verme perdida;
que esto no es quererme bien.

ENRIQUE: No culpes, señora, a quien
viene buscando la vida.

LEONOR: Vaya a Madrid; que es razón
desmentir a las espías.
(Insufribles ansias mías, **Aparte**
aquí tenéis la ocasion,
pues vuestra dicha es tan poca,
acabad de reventar,
por el pecho a matar,
a dar vida por la boca.
Ya del terrible dolor
la paciencia está vencida;
callar acaba la vida,
hablar infama el valor.

Mas bien es que mi cuidado
por tales medios le diga,
que parezca que me obliga
más que amor, razón de estado.

Con más decoro encamino
mis intentos de este modo.)

TRISTÁN: (Por Dios, que me duermo todo; **Aparte**
de las suyas hace el vino.)

Duérmese TRISTÁN

LEONOR: De tu pecho principal

confiada, Fernán Tello,
si bien debajo del sello
del secreto natural,
 comunicarte el archivo
de mi corazón prevengo,
las aflicciones que tengo
y remedios que apercibo,
 pues me da esta soledad
ocasión tan deseada.

TELLO: Hablar puedes confiada,
 señora, en mi voluntad.

LEONOR: Don Bernardo de Luján
 y doña Isabel Mejía
 me dieron en su nobleza
 la ocasión de mis desdichas.
Soy única sucesora
de una casa no muy rica,
pero tal, que a un noble esposo
puede dar dichosa vida.
Viome el duque tu señor
en la Trinidad en misa
una fiesta, que me ha dado
de trabajo tantos días.
Dio en mirarme, dio en seguirme,
no sé si en amarme diga;
que tiene a veces de amor
apariencia la porfía.
Ya mis amigas granjea,
ya mis criadas obliga,
que siempre alcanzó
el poder poderosas tercerías.
Sus músicas las ventanas
de noche me solicitan,
y sus caballos la puerta
me desempiedran de día.
Al principio--esto confieso--
me tuvo desvanecida
la grandeza del amante
y la imprudencia de niña.
Parecióme--¡oh, propio amor!--
que, ciego el duque, podría
levantar a su excelencia
por mi hermosura mi dicha;
que mis locas esperanzas
ejemplares me ponían,
y disculpaban su exceso
mis presunciones altivas.
Estos engaños hicieron
que su pensamiento admita,

que su esperanza entretenga;
siempre cauta, si no esquiva;
que nunca de mí alcanzaron
sus amorosas caricias
más respuesta que escucharlas
ni más favor que admitirlas.
Mas como el tiempo y los casos
en edad más entendida
su injusto intento descubren,
mi ciego engaño averiguan;
contra su amor y poder,
que mi perdición codician,
defensas traza el temor,
trazas el honor fabrica.
Desdeñarle era irritar
a una violencia sus iras;
favorecerle era abrir
las puertas a su osadía;
y así entre los dos extremos
mi resistencia camina,
ni con favor que provoque,
ni con desdén que despida.
Tú, pues que su lado ocupas,
que en su pensamiento privas,
que su inclinación gobiernas
y su voluntad inclinas;
si piadosa alma te informa,
si noble sangre te anima,
si la razón te conmueve,
y si una mujer te obliga,
da sagrado a mis peligros,
de suerte los casos guía,
que ni al duque precipiten,
ni honrado esposo me impidan.
Por tus manos quiero el bien;
en ellas me pongo; ¡mira
cuánta obligación te pone
quien tanto de ti confía!
A tu valor se encomienda
una mujer afligida.
Ya corren por cuenta tuya
mis desgracias o mis dichas.
Y mira que puede ser
que si con honra me libras
de este naufragio, a la tuya
venga a importar algún día.

TELLO: Señora, aunque te agradezco
que en tu defensa me elijas,
ser contra mi dueño mismo
me acobarda y desobliga;

y no sé qué pueda más
importar a la honra mía
que guardar la fe al señor,
naturalmente debida.

LEONOR: (¡Qué torpe es quien no es amante!) **Aparte**
Bien fácil lo entenderías
si advirtieses lo que arguye,
si vieses qué significa
la que pone por tu cuenta
su ventura o su desdicha.

TELLO: ¡Espera!

LEONOR llama al cochera que está dentro

LEONOR: ¡Llega ese coche!
TELLO: ¡Señora!
LEONOR: ¡Tello, desvía!
TELLO: ¡Díme...!
LEONOR: Harto he dicho por hoy;
no demos nota a Belisa.
¿No vienes, amiga?
BELISA: Vamos.

Vase LEONOR

TELLO: (No creas lo que imaginas, **Aparte**
alma incapaz de tal bien;
no te mate la alegría.)

Reparando en don ENRIQUE que habla con BELISA

Mas, ¿no es don Enrique? Él es.
No estorbarle es cortesía,
darle tiempo es amistad.
Hable a su adorada esquiva
mientras veo si Leonor
lo que he entendido confirma;
que es tanto el bien, que aunque vea
y escuche clara mi dicha,
pensaré que me han mentido
los oídos y la vista.

Vase TELLO

BELISA: Perdona, que es imposible;

que el corazón no se inclina.
ENRIQUE: Pues perdona; que es forzoso
que aunque te canse te siga.
BELISA: Piensa que sigues el viento
con torpes pies; imagina
que un rayo sigues; que sigues
al sol en su esfera misma.

Vase BELISA

ENRIQUE: Bien sé yo que sigo el viento,
el rayo, el sol, enemiga;
porque todos tres se encierran
en tu condición esquiva.

*Vase ENRIQUE. Sale CASTRO, con un cántaro
de agua*

CASTRO: ¿Don Enrique en Alcalá?
¡Bueno a fe! Todos a guisa
de caballeros andantes
tras sus infantas caniman.
Sin ver lograda la burla,
se entra en el coche Belisa;
mas pues yo pasé el trabajo,
pase el cuero la mohina.

*Al revolverse TRISTÁN durmiendo se le caen
la caperuza, cabellera y parche*

¿Qué es esto? Por Dios que trae
la cabellera postiza.
Mas, ¿no es Tristanillo? Él es.
La cabellera me hacía
desconocerlo. ¿Qué enredo
tales disfraces maquinan?
Un papel tiene en el pecho.

Sácale el papel

Él me dirá estas enigmas.
Y con esto...

Échale el agua en la cara

Labrador,
despertad; que viene el día.

Vase CASTRO. TRISTÁN se despierta y hace ademanes de nadar

TRISTÁN: ¡Que me ahogo, que me ahogo!
¡San Crispín! ¡Santa Lucía!
¡Qué terrible tempestad!
¡Echa un cabo! ¡Arriba, arriba!

Sake don ENRIQUE

ENRIQUE: ¡Buenos andan los disfraces,
Tristán!

TRISTÁN: ¿Quién? ¿Quién es?

ENRIQUE: ¿Dormías?

TRISTÁN: Y soñaba que la mar
me zabucaba la vida;
que Belisa y su escudero,
creyendo lo que fingía,
trataron de remojarme;
oílo yo, y mientras iba
él por agua, quiso el diablo
hacer verdad la mentira;
pues como el que duerme sueña
lo que al dormirse imagina,
y yo me dormí pensando
en la burla prevenida,
agua y mas agua soñaba,
cuando un mar se precipita
sobre mi boca y narices,
con que de aliento me priva;
y soñando que me ahogaba,
nadaba y favor pedía.

ENRIQUE: ¡Por Dios, gentil centinela!
¿En la vigilancia misma
te duermes?

TRISTÁN: Como bebí,
y estuve haciendo la espía
tendido tan grande rato,
y ha tantas noches que sisan
su acostumbrada porción
al sueño vuestras vigílas;
la ocasión me persüade,
el verde campo me brinda,
el manso viento me arrulla,
la necesidad porfía,

despacha el vino vapores
al cerebro y a la vista,
y al fin sé rinde el cuidado
a tan poderosa liga.

Sale el MARQUÉS

MARQUÉS: Tristán...
TRISTÁN: Señor ...
MARQUÉS: ¿Qué tenemos?
TRISTÁN: No sé, por Dios, qué te diga.
El duque encarece mucho
de Leonor las tiranías;
mas ella no le desdeña,
supuesto que le resista.
Él parte agora a Madrid,
y en esta ausencia a servirla
se queda Tello, que es ya
quien más con el duque priva.
ENRIQUE: Yo me huelgo.
TRISTÁN: Todo el bien
le debe a tu despedida.
MARQUÉS: De saber que se va el duque
te debo, Tristán, albricias.
Mas después que él se ausentó,
¿qué trataban? ¿Qué decían
Tello y Leonora?
TRISTÁN: De ahí
no pasó el Evangelista.
MARQUÉS: ¿Cómo?
TRISTÁN: Dormíme a ese punto.
ENRIQUE: ¡Ved qué vigilante espía!
TRISTÁN: Flaqueza humana.
MARQUÉS: ¡Bien dieras
mi billete!
TRISTÁN: Ya verías
que nunca tuve ocasión,
pues has estado a la vista.

Buscándolo

Mas--¡por Dios!--que lo he perdido,
si no es que mientras dormía
me le sacaron del pecho.

ENRIQUE amenaza a TRISTÁN

ENRIQUE: ¿Hay tal descuido? ¡Por vida!...
MARQUÉS: Enrique, tened. ¿Qué importa,

supuesto que va sin firma?
Vamos a trazar el modo
con que Leonora y Belisa
en esta ausencia del duque
nos oigan menos esquivas.

ENRIQUE: La diligencia conviene,
pues que la ocasión convida,
aunque ninguna lo es
para quien ama sin dicha.

Vanse don ERIQUE y el MARQUÉS

TRISTÁN: ¡Válgaos Dios, amantes trasgos!
Yo apostaré que hasta el día
no se acuestan, y será
mala noche y parir hija.

*Vase TRISTÁN. Salen CASTRO y BELISA, con el
papel*

BELISA: ¿Que era Tristan?
CASTRO: Sí, señora.
BELISA: ¿Por qué se disfrazaría?
CASTRO: En el papel que traía
lo echarás de ver agora.

Lee

BELISA: "Bella Leonor, de la corte
viene siguiendo un perdido
en el mar de vuestro olvido,
de vuestra hermosura el norte;
recelo, desconfianza,
recato, duda y temor
tienen oculto mi amor
y cobarde mi esperanza;
que como guardada os veo
de otros vigilantes ojos,
temiendo vuestros enojos,
sufro los de mi deseo,
hasta que el ver, Leonor mía,
que pagáis mi voluntad,
a mi amor dé libertad
y a mi esperanza osadía.
Mientras no, pienso igualar,
sin que lo estorbe el morir,
la fortaleza en sufrir

a la firmeza en amar;
y fingiendo otros intentos,
amaré vuestros despojos,
contento con que mis ojos
os digan mis pensamientos."
Acabóse. En lo postrero
mi sospecha se confirma,
porque un billete sin firma,
ser Tristán el mensajero,
haber, siguiendo a Leonor,
venido a Alcalá, y decir
que otro intento ha de fingir
para proseguir su amor,
probanza dan verdadera
de que don Enrique ha sido
quien lo escribe, y yo he servido
a su intento de tercera.

¿Quién vio falsedad mayor?
¿Quién astucias más extrañas?
¿Vos sois Enrique?

CASTRO: Las mañas
del reloj tiene su amor.
La campana es Leonor bella,
tu eres la hora; y así
apunta la mano a ti,
y da los golpes en ella.

BELISA: (¿No es bueno que me da pena? **Aparte**
¿No es bueno que estoy celosa?
¡Ah, condición codiciosa
sólo de la dicha ajena!
Huí cuando me seguía,
desdeñando y ofendiendo,
¡y ya me da pena huyendo
quien siguiendo me ofendía!
Sí, no hay duda; yo lo siento.
O causa Amor el dolor,
o rabia de que mi amor
sirva al suyo de instrumento.
Pues no ha de pasar así.
¿Una amada, otra ofendida?
¿A Leonor para querida,
y para burlada a mí?
No es razón.) Castro, al momento
busca a Tello, y de mi parte
le llama.

CASTRO: Para agradarte
igualaré al pensamiento.

BELISA: (Don Enrique, bien podéis **Aparte**
otros medios intentar;
que impidiendo he de vengar

lo que intentando ofendéis.)

Vase BELISA

CASTRO: La centella del papel
gran incendio ha levantado,
y no se le hubiera dado
si tal entendiera de él.

*Vase CASTRO. Sale TELLO, con una capa de color
guarnecida*

TELLO: Declaróse mi ventura,
pues declarada, publica
Leonora que sacrifica
a mi humildad su hermosura;
y en edad tan breve, Amor,
no hay gigante ya que iguale
tu grandeza.

Sale CASTRO

TELLO: (Un hombre sale **Aparte**
de su casa. ¿Qué temor
la empieza a culpar? ¿Será
por dicha algún escudero
suyo o de Belisa? Quiero
certificarme.) ¿Quién va?
¿Es Herrera? ¿Es Castro?

CASTRO: ¿Es Tello?

TELLO: Sí, Tello soy.

CASTRO: El vestido
a la luna es tan lucido,
que pude reconocello.
¿No es el que el Duque os ha dado?

TELLO: Sí.

CASTRO: Con salud lo rompáis.

TELLO: Dios os guarde. ¿Dónde vais?

CASTRO: Ya donde iba he llegado.

*Habla en voz baja a TELLO. Salen el MARQUÉS
y don ENRIQUE*

ENRIQUE: Sin duda es él, pues la calle
por el duque en esta ausencia
guarda con tanta asistencia.

MARQUÉS: ¿Qué haremos?
ENRIQUE: Yo quiero hablalle
a solas, y ver si puedo
algún buen medio trazar,
y en tanto habéis de buscar
vos un criado.

MARQUÉS: ¿Qué enredo
imagináis?

ENRIQUE: Si obligalle
a ayudar vuestro cuidado
no puedo, con un recado
falso haré que de la calle
nos le lleve; que con eso
se consigue la intención.

MARQUÉS: Abreviar la ejecución
es acertar el suceso.

Vase el MARQUÉS

TELLO: Di que la iré a obedecer
en pudiendo.

CASTRO: Harélo así.

Vase CASTRO

TELLO: (Un hombre viene; hacia mí **Aparte**
se llega. ¿Quién puede ser?)

ENRIQUE: ¿Es Tello?

TELLO: ¿Quién es?

ENRIQUE: Amigo,
don Enrique soy.

TELLO: Señor,
tus pasos mueve el amor.

ENRIQUE: ¿Qué he de hacer? Mi suerte sigo.
De la tuya me he alegrado.

TELLO: Conozco tu noble pecho.

ENRIQUE: Grande rondador te has hecho.

TELLO: No te espantes, soy mandado,
y a gran cuidado se obliga
el que sirve a gran señor,
porque el descuido menor
por gran delito castiga;
y más cuando recibidas
tengo dél mercedes tales,
que no son gracias iguales
arriesgar por él mil vidas.

ENRIQUE: (Fuerte está por esta parte; **Aparte**
tentemos otro camino.)

Por eso mismo imagino
que jamás has de olvidarte
de que cuando pude fui
amparo tuyo.

TELLO: Jamás
lo olvidaré.

ENRIQUE: Pues, ¿no harás
sola una cosa por mí?

TELLO: Señor, en el alma siento
que así dudes de mi fe.

ENRIQUE: Pues negocia que me dé
Belisa audiencia un momento.

TELLO: Sabe que el duque mi dueño
partió a la corte, y a mí
me mandó velar aquí
sin dar un instante al sueño;
pues como está mi privanza
tan tiernamente nacida,
y es fuerza ser combatida
de la envidia y la asechanza,
temo que me han de espíar
mis contrarios, con intento
de abatirme, si un momento
me aparto de este lugar;
y esta ocasión me obligó
a ponerme este vestido
tan vistoso y conocido
que el mismo duque me dio,
porque puedan conocerme
claramente las espías
con la luna.

ENRIQUE: Bien podías,
si quieres, favorecerme
usando de traza.

TELLO: Di.

ENRIQUE: Pues dices que es el vestido
de todos tan conocido,
troquemos capas, y así
con la tuya engañaré
las espías.

TELLO: ¡Pensamiento
extremado!

Truecan las capas

ENRIQUE: Si a mi intento
no puedes hacer que dé
con recatos de su honor

Belisa a solas audiencia,
haz que me escuche en presencia,
Tello amigo, de Leonor,
por que la murmuración
así no pueda temer.

TELLO: Hoy, don Enrique, has de ver
si me debes afición.

Vase TELLO

ENRIQUE: Por dicha así con Leonora
una ocasion hallaré

en que le diga la fe
con que mi primo la adora;
que ya con Belisa doy
mi esperanza por perdida.

Sale LEONOR, a la ventana

LEONOR: (El que da vida a mi vida **Aparte**
es él que mirando estoy.

Sí, no pueden engañarme
las señas. ¿Qué guardas, di,
la calle? Solo de ti
tienes, Tello, que guardarme.

Quiero hablarle.) Caballero
de la capa guarnecida,
guarda fiel de una vida
que sólo por vuestra quiero,
no es justo--¡así os guarde Dios!--
que en guardarme os desveléis;
que bien guardada tenéis
a quien se pierde por vos.

ENRIQUE: (Por la capa se ha engañado, **Aparte**
y ser yo el duque ha creído.

No debe de haber sabido
que el vestido a Tello ha dado;
y piensa que o no ha partido
a Madrid o ha vuelto ya.)

LEONOR: ¿No me habláis?

ENRIQUE: (Fuerza será, **Aparte**
para no ser conocido,
responder a su intención.)

Sale BELISA, a otra ventana

BELISA: (Tello me vino a rogar **Aparte**
que a Enrique salga a escuchar.
Pidió lo que el corazón
deseaba, y no he querido
declararle mi sospecha
hasta estar más satisfecha;
que me puede haber mentido.
Aquél, conforme a las señas
que Fernán Tello me ha dado,
es Enrique.)

ENRIQUE: Mi cuidado,
Leonor, excede a las peñas
en firmeza.

LEONOR: A mi afición
lo debes.

BELISA: (¿Qué escucho, cielos? **Aparte**
No me engañaron mis celos.)

Salen MARCELO y FABIO

MARCELO: Gocemos de la ocasión.

FABIO: En el mismo sitio está
en que le dejé.

MARCELO: El vestido
del Duque es tan conocido,
que engañarnos no podrá.

ENRIQUE: Gente viene.

MARCELO: Muera aquí
este dichoso.

FABIO: Callar
conviene y ejecutar.

Sacan las espadas

ENRIQUE: ¡Ah, traidores!

*Al verse acometido, desenvaina y hace frente, y
étranse riñendo los tres*

LEONOR: ¡Ay de mí!
Criados, ¡traición, traición!
¡Salid a la calle presto!

Quítase de la ventana

BELISA: Ved cómo la ha descompuesto

con el temor la afición.
¡Qué rabia! No sé, traidor,
lo que pida aquí a la suerte.
Mis celos aman tu muerte,
tu vida quiere mí amor.

*Quitase de la ventana. Sale TELLO y luego salen
don ENRIQUE, y MARCELO*

TELLO: ¡Don Enrique! La cuestión
sin duda con él ha sido.

FABIO: ¡Muerto soy! **Dentro**

Vuelve MARCELO, retirándose de don ENRIQUE

MARCELO: (Nunca ha tenido **Aparte**
dicha la mala intención.)

TELLO: En cuanto bajé y salí
sucedió.

MARCELO: No hay quien aguarde
su furor.

Huye MARCELO

ENRIQUE: ¿Huyes, cobarde?

TELLO: Don Enrique...

Deteniénele

ENRIQUE: ¿Es Tello?

TELLO: Sí.

ENRIQUE: Sospecho que me han tenido
por ti los que me intentaron
dar la muerte; mas llevaron
la pena que han merecido.
Dame esa capa, y adiós;
que herido también estoy,

Destruedan capas

TELLO: Pues a acompañarte voy.

ENRIQUE: Si vamos juntos los dos
en gran riesgo nos ponemos,
Tello; que es muy conocida
tu capa. Guarda tu vida;

que mañana nos veremos.

Vase ENRIQUE

TELLO: ¡Ah, Dios! Que a tal coyuntura
me quitase yo de aquí,
para que hiriesen por mí
a Enrique? Todo es ventura.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

*Salen LEONOR, poniéndose el manto, y
CELIA*

LEONOR: ¿Que Belisa está celosa
de don Enrique por mí?

CELIA: De sus razones así
lo colijo.

LEONOR: ¡Extraña cosa!
Di, Celia, ¿qué puedo hacer
con que viva satisfecha?

CELIA: Será aumentar su sospecha
quererla satisfacer,
y así es lo mejor hacello
sin darte por entendida.

LEONOR: ¿Pues cómo?

CELIA: El ser tú querida
del marqués fue causa de ello,
pues dio ocasión a su engaño.
Si delante de ella das
favor al marqués, harás
más cierto su desengano;
que así verá, si contigo
Enrique procura hablar,
que es sólo para terciar
por su pariente y amigo.

LEONOR: Bien dices; que siempre ha dado
más segura información

aquella satisfacción
que no se da con cuidado.
CELIA: Ella sale ya.

Sale BELISA, con manto

LEONOR: Belisa,
¿Iremos?
BELISA: Aunque me siento
no bien dispuesta, me aliento
por ir a San Diego a misa.
LEONOR: De tu salud la esperanza
pon en el santo.
BELISA: (Mis celos **Aparte**
la ponen, falsa, en los cielos
de alcanzar de ti venganza.)

Vanse LEONOR y BELISA

CELIA: Mi intención he conseguido.
Al marqués quiero avisar,
para que vaya a gozar
de aqueste favor fingido.
Los prometidos doblones
me ofrezca, y salga después
de su engaño; que esto es
gozar de las ocasiones.
Dama hermosa y de valor
pretendida y festejada,
enriquece a una criada,
si sabe usar del favor.
A dos manos he de hacer,
¡y al Amor ciego pluguiera
dos mil galanes hubiera
que pescar y entretener!
Que es muy breve la fortuna
que se funda en la belleza,
y si la vejez empieza
me he de quedar a la luna.

Vase CELIA. Salen TELLO y TRISTÁN

TELLO: ¿Cómo le va de la herida?
TRISTÁN: Don Enrique, mi señor,
se siente mucho mejor.
TELLO: El cielo guarde su vida.
Díle que mire por sí,

del negocio descuidado;
que la justicia no ha hallado
indicio alguno hasta aquí,
y no hace ya diligencia.

TRISTÁN: ¡Gran ventura!

TEZLO: Grande ha sido.

TRISTÁN: Uno muerto y otro herido,
sepultarse la pendencia,
pocas veces sucedió.

TELLO: Valor en eso ha mostrado
Marcelo.

TRISTÁN: ¿Cómo?

TELLO: Ha negado
conocer a quien le hirió.

TRISTÁN: Negarálo de corrido.
¿Quédaste en San Diego?

TELLO: Sí;
que tengo un negocio aquí.

TRISTÁN: Habrás sin duda venido
con ofrendas a obligallo,
y pedirle que te guarde
de los toros esta tarde;
que has de salir a caballo,
según dicen.

TELLO: Y ha de ser
forzoso, por gustar de ello
el duque.

TRISTÁN: Dios quiera, Tello,
no nos des en qué entender,
y envuelto en polvo y en miedo
no vengas rodando a dar
tanta risa a este lugar
como el gracioso de Olmedo
a toda la corte, cuando
en el entremés entró
a dar lanzada, y salió
sin calzas y cojeando.

Vase TRISTÁN

TELLO: ¿También Tristán se conjura
a agüerarme mal suceso?
¡Plega a Dios, Tello, que en eso
no descontéis la ventura!

Salen LEONOR, BELISA y CELIA, con mantos y el MARQUÉS

TELLO: (Ya ha llegado mi Leonor, **Aparte**

y el Marqués con ella. ¡Cielos!
¡No tanto incendio de celos!
¡Basta abrasarme de amor!
Mas sin ser visto pretendo,
por satisfacerme, oílla.
La reja de la capilla
favorece lo que emprendo.)

Éntrase en una capilla a escuchar

MARQUÉS: En mil años no escucharas
de mi boca mi afición,
si tu gusto o tu opinion
por oírme aventuraras.

LEONOR: Después que de vuestro primo
vuestras penas escuché,
agradezco vuestra fe,
y vuestro recato estimo;
y a permitir más licencia
la obligación de mi estado,
en mi pecho hubiera hallado
vuestro amor correspondencia.

MARQUÉS: Por eso os beso los pies;
con ella premiado quedo.

LEONOR: De que tengo la que puedo,
vivid seguro, Marqués.

TELLO: (¿Qué infierno se enciende en mí?) **Aparte**

LEONOR: Con esto, señor, me haced,
si es que me estimáis, merced
de no dar más nota aquí.

MARQUÉS: Leonor, en sólo serviros
funda su gloria mi amor.

LEONOR: Adiós.

MARQUÉS: Con sólo un favor
descontastes mil suspiros.

Habla CELIA aparte con el MARQUÉS

CELIA: ¿Vas contento?

MARQUÉS: Celia mia,
por ti vivo, tuyo soy.

CELIA: Leonor va a los toros hoy.

MARQUÉS: Será de mis ojos día.

Vase el MARQUÉS

LEONOR: ¿Qué te parece?
CELIA: Has tocado
 el punto con gran primor.
BELISA: (Si no es cautela este amor, **Aparte**
 mis celos me han engañado.)

Sale TELLO de la capilla

LEONOR: Tello, ¿aquí estás?
TELLO: Leonor, sí;
 que, ¿dónde sino en San Diego
 hallar pudo vista un ciego,
 tan ciego, falsa, por ti?
 ¿Dónde pudo a la verdad
 reducirse un engañado?
 ¿Dónde un loco aprisionado
 cobrar seso y libertad?
LEONOR: ¿Qué dices?
TELLO: Finge inocencia
 cuando he visto tus traiciones;
 comiencen tus invenciones
 cuando acaba mi paciencia.
LEONOR: Que te están oyendo advierte.
 No nos echas a perder.
TELLO: ¿Qué tiene ya que temer
 quien ha llegado a perderte?
 No ponga freno a mis labios
 quien no enfrena sus flaquezas;
 sepa el mundo tus bajezas,
 pues obligan tus agravios.

Sale el DUQUE que se queda escuchando

TELLO: Yo lo he visto y no lo creo.
 ¿En qué te obligó el Marqués,
 para que tan presto des
 esperanza a su deseo?
 Si por señor, ¿eslo más
 que el duque? Pues si su amor
 no merece su favor,
 ¿por qué al Marqués se le das?
DUQUE: (Celos le pide por mí. **Aparte**
 ¡Qué fe y amor de criado!)
LEONOR: Mira que te has engañado.
 No te arrojes, vuelve en ti.

TELLO: ¡Vive Dios, si no temiera

el disgusto y el rigor
con que el duque mi señor
el castigo a entrambos diera,
que yo solo con mis manos
lo remediara de modo,
que sabiendo el mundo todo
tus pensamientos livianos,
en descuento y recompensa
del sentimiento que ves,
con la sangre del marqués
lavara tu injusta ofensa.

DUQUE: (¡Qué valor y qué lealtad!) **Aparte**

Bajo a TELLO

LEONOR: El duque nos oye.
(¡Cielos! **Aparte**
Él ha entendido mis celos.
¡Perdido soy!)

DUQUE: Escuchad,
Leonor. (Disimularé **Aparte**
lo que he oído.)

LEONOR: Vuecelencia
advierta con la indecencia
que en este lugar podré.
Para mejor ocasión
el escucharle remito.

Vase LEONOR

DUQUE: ¡Ah, falsa! ¡Cómo el delito
huye el rostro a la razón!

BELISA: Duque, adiós.

DUQUE: Belisa mía,
ya veis mis penas.

BELISA: Las dos
estamos, señor, por vos.

CELIA: Tuya soy, sigue y confía.

Vanse BELISA y CELIA

TELLO: (Aquí es mi muerte.) **Aparte**

DUQUE: A Leonor
quiero seguir. Ven conmigo,
y cuenta mientras la sigo
qué fue esto.

TELLO: Nada, señor.

(Todo lo ha oído.) **Aparte**
DUQUE: ¿No vienes?
TELLO: (Sin duda quiere sacarme **Aparte**
de la iglesia a castigarme.)
DUQUE: Acaba. ¿Qué te detienes?
TELLO: Dijéronme que ha tenido
la justicia indicios hoy
de mi delito, y estoy,
señor, aquí retraído
hasta asegurarme.
DUQUE: Tello,
quien lo ha dicho se ha engañado.
Yo lo sé bien; que he tratado
hoy con un ministro de ello.
No tienes qué recelar;
conmigo vienes seguro.
TELLO: (¡Que por más que lo procuro, **Aparte**
no he de poderme escapar)
Mejor será no ponerte,
señor, en ese cuidado.
DUQUE: Necio, viniendo a mi lado,
¿quién ha de osar ofenderte?
Y más cuando la razón
tan clara llevas contigo,
pues diste justo castigo
a tan infame traición.
TELLO: (No hay remedio.) **Aparte**
DUQUE: Acaba, di.
¿Por qué con Leonor reñías?
TELLO: ¿Yo reñir? Te engañarías
si tal pensaste de mí.
DUQUE: ¡Ah, buen Tello, ejemplo extraño
de prudencia y de valor,
pues sin que sienta el dolor
quieres remediarme el daño!
Dame esos brazos. Bien vi
que con Leonora reñías,
y enojado le pedías
celos del marqués por mí.
TELLO: (De vida soy.) **Aparte**
Sí, señor;
con él la vi, y--¡vive el cielo!--
que a no enfrenarme el recelo
de que le diera a tu amor
el saber la causa enojos,
que yo hiciera que el marqués
donde tú pones los pies
no pusiera más los ojos.
DUQUE: El valor es conocido
de tu brazo y de tu pecho,

Tello amigo. Bien has hecho;
que sin hacerme entendido
quiero proseguir mi intento,
y el del marqués estorbar.

Yéndose

TELLO: Siempre al fin viene a alcanzar
quien ama con sufrimiento.

Vase el DUQUE

De buena hemos escapado.
Quiero avisar a Leonor
de que el duque mi señor
la historia no ha penetrado.
¡Caso extraño! Mi locura
ha aplicado a su afición;
que aun con la misma traición
sabe obligar la ventura.

Vase TELLO. Salen BELISA y TRISTÁN

TRISTÁN: Si va a decir la verdad,
estar tú sola penando
cuando todo el pueblo holgando,
o es locura o necedad.
Un sabio a todos tenía
la condicin tan opuesta,
que siempre entraba en la fiesta
cuando la gente salía;
y el fin de esto preguntado,
era por dar a entender
que los sabios no han de hacer
lo que el vulgo, siempre errado.
Si en tales caprichos das
tú tambien por ser famosa,
no comas, Belisa hermosa,
porque comen los demás.
Cuando vienen a la fama
de las fiestas que hace Henares
de comarcanos lugares
tanto galán, tanta dama;
cuando puebla los caminos
gente a caballo y a pie,
carros, mulas de alquilé,
coches, rocines, pollinos;

cuando en la confusa plaza
la variedad es de suerte,
que la atención se divierte
y el sentido se embaraza;
cuando el toro embravecido
entre la turbada plebe,
si como el rayo se mueve,
como el trueno da el ruido;
y del pueblo alborotado,
todo alegre y todo junto,
tantos ojos lleva un punto,
tantos pechos un cuidado.

¡Estás tú, Belisa hermosa,
sola en casa y retirada,
en tu tristeza ocupada,
y en tu ocupación ociosa.

Los toros los ha de ver
aquél que más se desvía
de fiestas, porque en tal día
no hay otra cosa que hacer;
y más en esta ocasión
que entra Tello a torear,
y sus lances han de dar
o risa, o admiración.

BELISA: Tristán, no me canses más;
que si la causa alcanzaras,
yo sé cierto que aprobaras
lo que reprobando estás;
y díme, ¿cómo no has ido
tú a los toros?

TRISTÁN: ¡Eso es bueno!
Si tu reclusión condeno,
ésa la ocasión ha sido.
Seguirte es mi ocupación,
y como no estás en ellos,
me he quedado yo sin vellos
por gozar de esta ocasión;
que como los viera yo,
soy de condición tan buena,
que en mi vida me dio pena
que el otro se huelgue o no.
Que no es de aquéllos Tristán
de vana fineza llenos,
que estiman su gusto en menos
que el que a sus ninfas les dan.
¡Agudas impertinencias,
sutilezas insufribles,
buscar en gustos sensibles
mentales correspondencias!
Yo más a lo material

califico el mal o el bien.
Lo que me sabe, esta bien;
lo que me duele, está mal;
y para con Dios remito
las finezas; que en mi son
católica la razón
y epicúreo el apetito.

BELISA: En poco estimas, Tristán,
las mujeres, según eso.

TRISTÁN: Señora, aunque no profeso
ceremonias de galán,
no reina en mi corazón
otra cosa que mujer,
ni hay bien, a mi parecer,
más digno de estimación.

¿Qué adornada primavera
de fuentes, plantas y flores,
qué divinos resplandores
del sol en su cuarta esfera,
qué purpúreo amanecer,
qué cielo lleno de estrellas
igual a las partes bellas
del rostro de una mujer?

¿Qué regalo en la dolencia,
en la salud, qué contento,
qué descanso en el tormento
puede haber sin su presencia?

Cercano ya de su fin
un monje santo, decía
que sólo mejoraría
oyendo el son de un chapín.

¡Y era santo! ¡Mira cuál
será en mí, que soy perdido,
el delicado sonido
de un órgano de cristal!

¿Sabes lo que echo de ver?
Que el primero padre quiso
más perder el paraíso
que enojar una mujer.

¡Y era su mujer! ¿Qué hiciera,
si no lo fuese? ¡Y no había
más hombre que él! ¿Qué sería,
si con otro irse pudiera?

Porque con la competencia
cobra gran fuerza Cupido.

BELISA: ¡Triste de mí, que he tenido
de esa verdad experiencia!

TRISTÁN: Según eso, ¿cómo quieres
que yo, que tanto las precio,
entre en el uso tan necio

de injuriar a las mujeres?

Que entre enfados infinitos
que los poetas me dan,
no es el menor ver que están
todos en esto precitos.

BELISA: ¿Que te dan muchos enfados?

TRISTÁN: Pues, ¿a quién no ha de cansar
uno que da en gracejar
siempre a costa de casados?

Dacá el sufrido, el paciente...
Hermano poeta, calla,
y mira tú si en batalla
mataste moro valiente.

La murmuración afean,
y están siempre murmurando;
siempre están enamorando,
e injurian a quien desean.

¿Que es lo que más condenamos
en las mujeres? ¿El ser
de inconstante parecer?

Nosotros las enseñamos;
que el hombre que llega a estar
del ciego dios más herido,
no deja de ser perdido
por el *troppo variar*.

¿Tener al dinero amor?
Es cosa de muy buen gusto,
o tire una piedra el justo
que no incurre en este error.

¿Ser fáciles? ¿Qué han de hacer
si ningún hombre porfía,
y todos al cuarto día
se cansan de pretender?

¿Ser duras? ¿Qué nos quejamos,
si todos somos extremos?
Difícil, lo aborrecemos,
y fácil, no lo estimamos.

Pues si los varones son
maestros de las mujeres,
y sin ellas los placeres
carecen de perfección,

¡mala pascua tenga quien
de tan hermoso animal
dice mal ni le hace mal,
y quien no dijere--Amén!

BELISA: En obligación te están
las mujeres, y no hubiera
fiesta, si alegre estuviera,
como escucharte, Tristán.

TRISTÁN: ¿Qué tienes? ¿No me dirás,

señora, de tanto enojo
la ocasión?

BELISA: Es un antojo
que tú cumplirme podrás.

TRISTÁN: Di, pues.

BELISA: ¿Haráslo?

TRISTÁN: Si haré.

BELISA: El disfraz de labrador
y el papel para Leonor
me has de decir cómo fue.

TRISTÁN: (¡Pese a tal!) **Aparte**

BELISA: ¿Dudas?

TRISTÁN: Señora,
¿qué disfraz o qué papel?

BELISA: ¡Basta! (¡Ay, Enrique cruel! **Aparte**
Tu traición confirmo ahora.)

TRISTÁN: (Callarlo el marqués mandó, **Aparte**
gran riesgo corro si hablo
contra; ¡que me lleve el diablo
si lo descubriere yo!)

BELISA: ¿Al fin niegas?

TRISTÁN: Ni lo he hecho,
ni sé qué dices, señora.

BELISA: ¿Enrique dónde está ahora?

TRISTÁN: Sin salud ocupa el lecho.

BELISA: (¡Ah, falso! ¡Mirad si fue **Aparte**
vana la experiencia mía!
Por ver si a Leonor seguía
o a mí, no la acompañé,
y fingiéndome indispueta,
sola en casa me he quedado;
y él, tras su oculto cuidado,
secreto asiste en la fiesta,
y por no verme ha fingido
lo que yo por que me vea.
¿Qué es esto, cielos? ¡Que sea
traidor quien es bien nacido!
Con esto he probado que es,
para encubrir su traición,
cautelosa la afición
que a Leonor muestra el Marqués.)
¡Vete, embustero, de aquí!
¡Vete, y di a tu dueño ingrato
que ya su alevoso trato,
ya mi agravio conocí!
¡Que siga sus pretensiones,
sin que imagine el traidor
con la capa de mi amor
encubrir otras pasiones!
¿Que ha visto en mí? ¿Soy yo menos,

para que sus desvaríos,
a costa de agravios míos,
conquisten gustos ajenos?

TRISTÁN: ¿Qué dices?

BELISA: ¿Hay tal cautela?

¡Fingirse enfermo por dar
a sus intentos lugar!

¿Quién le guarda? ¿Quién le cela?

TRISTÁN: Señora, ¡viven los cielos
que está enfermo mi señor,
y en la cama!

BELISA: Sí, de amor,
como yo lo estoy de celos.

TRISTÁN: ¿No me crees?

BELISA: Sé que ha ido
a los toros.

TRISTÁN: ¡Vive Dios,
que está, para entre los dos,
pues que me aprietas... ! (Herido **Aparte**
iba a decir, y romper
tan importante secreto.
¡Guarda fuera! Que, en efeto,
aunque es tan noble, es mujer.)

BELISA: ¿Qué te arrepientes?

TRISTÁN: Quería
decirte claro su mal,
y he reparado que es tal,
que oírlo te ofendería.

BELISA: ¡Que me quieras de ese modo
engañar! ¡Vete!

BELISA se dirige a su cuarto

TRISTÁN: Si así
me aprietas, traerélo aquí,
señora, con cama y todo.

Vase BELISA

TRISTÁN: ¡Qué nueva mudanza ha habido
en Belisa! ¡Extraña cosa!
¿Como se queja celosa
quien nunca amor ha tenido?

Mirando hacia la puerta de la calle

Mas doña Leonor es ésta.

¿Tan presto a su casa viene?
Misterio sin duda tiene
no acabar de ver la fiesta.
¡Buena ocasión se ha perdido
el marqués de ver y hablar!
Procuraréle avisar.
Por dicha no lo ha sabido;
que éste es camino real
para medrar un sirviente,
porque el gusto solamente
hace al señor liberal.

*Vase TRISTÁN. Sale LEONOR,
quitándose el manto y CELIA*

CELIA: Pues tan temprano, señora,
de los toros te has venido,
mucho Belisa ha podido.

LEONOR: Y aun me confieso deudora
de la obligación de haber
dejado a Madrid por mí.

CELIA: Si ama a Enrique y está aquí,
¿qué le quedas a deber?

Sale BELISA

BELISA: Leonora...

LEONOR: Belisa mia...

BELISA: ¿Cómo la fiesta has dejado?

LEONOR: Tu mal me daba cuidado,
tu ausencia melancolía;
y ya que a los toros fui,
por ser tan forzoso y justo
hacer al duque este gusto,
para agradecerle así
los excesos que su amor
tan liberal quiso hacer
en esta fiesta...(Por ver **Aparte**
a Tello diré mejor.)
...de esta manera cumplí
contigo, amiga, y con él,
pues parte he visto por él,
y parte dejo por ti.

Díme ya, ¿cómo te sientes?

BELISA: No sé qué diga, Leonor.
Crece y mengua mi dolor
con mil varios accidentes.

CELIA: El duque ha entrado, señora,

en casa.

LEONOR: ¡Qué atrevimiento!
No me dejéis un momento
sola con él.

BELISA: (¡Ah traidora! **Aparte**
Si le tratas con desdén,
y en tu inquietud y cuidado
tener amor has mostrado,
¿a quién puedes querer bien
sino a Enrique, pues mil casos
lo prueban?)

Sale el DUQUE

DUQUE: Como a la aurora
sigue el sol, bella señora,
siguen tus plantas mis pasos;
y como todo el lugar
está en los toros, y hallé
la calle sola, tomé
esta licencia de entrar.
Perdona excesos de amor,
cuando ya se ve rendida
al sentimiento la vida,
y la paciencia al dolor.

LEONOR: De vuestra nobleza fío
que por más ciego que estéis,
siempre, duque, miraréis
por la fama y honor mío.

LEONOR habla aparte a la criada

Celia, ¿volvióse la gente
a los toros?

CELIA: Al instante.
Ésta que tienes delante
hay en casa solamente.
Sin guarda alguna has quedado;
pues la ocasión te convida,
págale al duque

LEONOR: ¡Atrevida,
calla!

CELIA: (El diablo me ha engañado.) **Aparte**

LEONOR: (Divertir y entretener **Aparte**
con industria me conviene
al duque en tanto que viene
quien me pueda defender;
que ayudan las dos su intento,

y temo alguna violencia;
que suele la resistencia
despechar el sufrimiento.)

Supuesto que habéis entrado
sin ser de nadie sentido,
duque, seáis bien venido;
que a ocasión habéis llegado
en que deseaba el pecho
agradeceros, señor,
la fiesta que vuestro amor
hoy por obligarme ha hecho,
e intentaba relatar
a Belisa lo que vi
de los toros, porque así
su dolor pueda aliviar.

DUQUE: Será con eso doblada
la fiesta de hoy para mí.

BELISA: Di, pues, y veréla así
en tu boca mejorada.

LEONOR: El sol hermoso en movimiento leve
la tercer parte comenzaba al día,
y presurosa la alterada plebe
confusamente alegre concurría.
Según que toda se baraja y mueve,
juzgaras que la plaza se movía,
compitiendo el bullicio y el rüido
en divertir la vista y el oído.

Quando un ligero toro, que no olvida
en Henares los pastos de Jarama,
carbón del cuerno al pie, porque despida
humo el aliento, si la vista llama,
alta cerviz, cerdosa y recogida,
sale furioso, y vengativo brama,
y a un mancebo que ve, ciego arremete,
de la cola erizado hasta el copete.

Hurtóse al golpe el joven con destreza;
y aunque volver quisiera el toro airado,
obedece a su misma ligereza,
y contra sí se mueve arrebatado,
hasta que de encontrar con la cabeza
en un mármol, cayó desatinado,
donde probó el tumulto embravecido
cuánto corta la espada en un rendido.

El segundo salió, cuya belleza
al robador de Europa dio recelo,
que lo excede en blancura; en ligereza,
al Toro vence que da signo al cielo.
Tres manchas en el anca, hombro y cabeza
negros lunares son del blanco velo,

y de color bermejo rodeadas
espesas nubes de Titán bordadas.

En breve rato en una y otra vuelta
el término cercado discurría,
dando a la mal segura turba, envuelta
en temor y alboroto, la alegría;
cuando un impulso de intención resuelta
la fiera en curso arrebatado guía
a la fuente, que está dando a la plebe
contra el toro y la sed andamio y nieve.

Arrojóse veloz, y saltó dentro
tras uno que seguro le llamaba;
a tres o cuatro arrebató de encuentro
el ímpetu violento que llevaba.
Todos visitan con el golpe el centro,
y el toro entre ellos sólo procuraba
salir, y el agua, de su humor teñida,
sepulcro de coral hizo a su vida.

En esto comenzó súbitamente
una cuestión de fieras cuchilladas,
y amontonado el pueblo diligente,
brillan al sol desnudas mil espadas.
Crece el marcial ardor, y de la gente
dos escuadras se forman encontradas.
Ésta apellida al natural Henares,
aquélla al forastero Manzanares.

Sueltan un toro, medio ya postrero
contra la lucha y cólera encendida;
era barroso y grande, aunque ligero,
corto de cuello y cuernos, escondida
en un cerdoso remolino fiero
la frente, abierta la nariz hendida,
negro de extremos, y de hocico romo,
de negra cinta dividido el lomo.

Tello, airoso, galán, gentil mancebo,
al mismo tiempo entró por otra parte,
confianza al amor, envidia a Febo,
amor a Venus y temor a Marte;
pardo el vestido; mas con modo nuevo
de diamantes tal copia le reparte,
que un diamante juzgaras el vestido
y que estaba de pardo guarnecido;

en un rucio andaluz, pisador, bello,
de grande cuerpo en proporción formado,
al ancho pecho igual el corto cuello,
de alta, corva cerviz hermoheado,
riza la crin, la cola y el cabello;
el breve rostro alegre y sosegado,
anchas las ancas, de barriga lleno,
presto a la espuela y obediente al freno.

Y parece que el toro, de ofendido
de que el pueblo por él lo desampara,
parte invidioso, y entra embravecido
al experto caballo cara a cara;
mas Tello, reportado y prevenido,
así el rejón a la cerviz prepara,
que se encontraron en la misma herida
a entrar el hierro y a salir la vida.

DUQUE: Vuestros sutiles pinceles,
Leonor, la fiesta dibujan
de suerte, que habéis vencido
la verdad con la pintura.

BELISA: ¡Que Tello matase el toro!

CELIA: ¿Qué mucho? Dióle en la nuca
como le pudiera dar
en un pie. Todo es ventura.

LEONOR: (¡Ay, Tello, de cuántas flechas **Aparte**
hieren mi pecho las puntas!)

CELIA habla aparte con BELISA

CELIA: ¡Oh, qué necio anda en perder
el duque esta coyuntura!
Sin defensa está Leonor,
nosotras de parte suya,
y la vecindad sin gente
que a impedir su intento acuda.

BELISA: Bien dices.

CELIA: ¿Cómo le puedo
advertir, sin que descubra
Leonora que desleal
doy favor a sus injurias?

BELISA: Extremada es la ocasión.
Algún medio, Celia, busca;
que así de Enrique me vengo
y mis celos se aseguran.

CELIA: Si por senas no me entiende,
no hay remedio.

Hace señas al DUQUE por detras de LEONOR

¿Qué rehusas
gozar la ocasión, cobarde?
DUQUE: (Celia me dice sin duda **Aparte**
que me atreva. Corazón,
¿qué recelas? ¿Qué te turbas?
Intenta, que a los osados
favorece la Fortuna.)

Ya, mi bien, que esta ocasión
el fin de mi mal anuncia,
pues no hay aquí quien impida
tu favor y mi ventura,
den principios tus alientos
a inspirar auras segundas,
y los astros de tus ojos
más benignamente influyan.
Dulces favores en premio
de tantas penas tributa,

Tomándole la mano

y a mis manos comuniquen
rayos de cristal las tuyas.
LEONOR: Duque, mirad...

Aparte a CELIA

BELISA: Entendiólo;
mas advierte con qué industria
al duque animo, fingiendo
que doy a Leonor ayuda.

LEONOR, como quien pide auxilio

LEONOR: ¡Belisa!
BELISA: ¡Duque, soltad!

*Despártelos; pero aprieta la mano al duque
en señal de inteligencia*

DUQUE: ¿Tú mis intentos repugnas?
BELISA: Si a emprender atrevimientos
os anima por ventura
ver que no hay hombres en casa
que a darnos socorro acudan

CELIA: (Bien le advierte.) **Aparte**

BELISA: Si el estar
en la plaza toda junta
la villa os pone osadía
para hazañas tan injustas,
valor tenemos las tres
para impedir vuestra injuria.
Frágiles son nuestros brazos;
mas no nuestras lenguas mudas.

Voces daremos al viento...

CELIA: (Al viento.) **Aparte**

BELISA: ...que el cielo escucha
si los humanos oídos
las fiestas agora ocupan.

DUQUE: (No hay que esperar; que Belisa **Aparte**
con sus razones agudas
del poco riesgo me advierte
mientras de osado me acusa,
y en tanto que me amenaza,
me anima con señas mudas;
que apretándome la mano
desmiente lo que pronuncia.)
Belisa, a un rigor tan largo,
a una condición tan dura,
ni hay amor que la resista
ni paciencia que la sufra.

Llégase a LEONOR para abrazarla

Y así, pues eres discreta,
no te espante que reduzga
a violenta ejecución
dilaciones tan injustas.

LEONOR: ¿Qué es esto, duque? ¡Escuchad!
¡Belisa!

BELISA: ¡Qué gran locura!

LEONOR: ¡Celia, ayudadme las dos!

DUQUE: En vano remedios buscas.

BELISA habla aparte a CELIA

BELISA: Yo me finjo desmayada,
Celia, por no darle ayuda;
tú finge otra cosa.

CELIA: ¡Vaya!

***BELISA, fingiendo que se desmaya, se retira
haciendo extremos, y se deja caer fuera de la escena***

LEONOR: ¡Ah, traidoras! ¡Que ninguna
me socorre!

CELIA llega como a ayudar a LEONOR

CELIA: Desmayada

Belisa la tierra ocupa;
pero yo basto. ¡Apartad!

*Apártase ella poniéndose las manos en
los ojos*

¡Muerta soy! ¡Qué desventura!
¡Con los dedos me ha quebrado
los ojos! ¡Ay, triste! ¡Nunca
te diera favor! (Por Dios, **Aparte**
que habéis de beber la purga.)

LEONOR: ¡Favor!

CELIA: ¡Confesión!

*LEONOR se entra huyendo del DUQUE, que la persigue; CELIA se
va también por otro lado. Sale don ENRIQUE, sin espada y
con un brazo sostenido en una banda y TRISTÁN*

ENRIQUE: ¡Ay, cielos!
Doña Leonor pide ayuda.
Dame esa espada.

Sácale la espada a TRISTÁN y éntrase

TRISTÁN: ¡Que siempre
has de andar en aventuras!

*Sale LEONOR, con las faldas recogidas, huyendo y
TELLO, que le sale al encuentro*

LEONOR: ¡Ay de mí!

TELLO: Leonor, ¿qué ha sido?

LEONOR: Vencerme el duque intentó
por fuerza, y Enrique entró
a tiempo que lo ha impedido.

*Salen el DUQUE y don ENRIQUE, acuchillándose, y BELISA
y CELIA deteniéndolos*

DUQUE: ¿Sabeis dónde habéis entrado?

ENRIQUE: (¡El duque es!) **Aparte**

DUQUE: ¿Sabeis quién soy?

ENRIQUE: Bien lo sé; pero ya estoy
con justa causa empeñado.

DUQUE: ¡Muera el que se me ha atrevido!
LEONOR: ¡Viva el que guardó mi honor!
TELLO: (Si es el uno mi señor, **Aparte**
 el otro también lo ha sido.
 Uno mi dama ha guardado,
 a otro debo lo que soy.)

Sale el MARQUÉS

MARQUÉS: ¿Que es lo que mirando estoy?

TRISTÁN le habla al oído al MARQUÉS

TRISTÁN: ¡A qué buen tiempo has llegado!
 Da favor a tu pariente.

Saca la espada el MARQUÉS

MARQUÉS: Duque, enfrenad el furor.
DUQUE: ¿Aquí estáis vos? Mi rigor
 es fuerza que se acreciente;
 que pues mi amor no ignoráis,
 habéis de ver--¡vive Dios!--
 que es vedada para vos
 esta casa que pisáis.
MARQUÉS: Yo he de servir a Leonor
 si al mundo todo pesare.

Acuchíllanse

DUQUE: Si mi espada no cortare
 las alas a vuestro amor.

Métese en medio LEONOR

LEONOR: ¡Duque, marqués, reportad
 el furioso desatino,
 o por mi pecho el camino
 para los vuestros buscad!
 ¿Qué es aquesto? ¿Por ventura
 es quererme, es obligarme
 destrüirme e infamarme
 con tan extraña locura?
 ¿Así me estimáis? ¿Acaso
 sois alguna parte aquí?

¿Como litigáis por mí
sin consultarme en el caso?
El fin de vuestra porfía,
el conquistar mi beldad,
¿está en vuestra voluntad,
o ha de nacer de la mía?

ENRIQUE: Dice bien.

BELISA: Tiene razón
doña Leonor, y era justo
que fuese solo su gusto
júez de esta disensión.
Ella declare su intento,
y al que escoja la podrá
servir.

LEONOR: Lo demás será
coger en redes el viento.

DUQUE: (Pues esto ha de ser al fin, **Aparte**
ganar por la mano es justo
en obligarla.) Tu gusto
tiene mi amor por su fin.
Leonor, tu sentencia espero;
en mis servicios me fío.

MARQUÉS: En tu gusto vive el mío.
(Con esto obligarla quiero. **Aparte**
Demás que voy confiado,
pues hoy me ha favorecido,
y el duque es aborrecido,
si Celia no me ha engañado.)

LEONOR: De modo que prometéis
que a mi gusto y elección,
sin hacer contradicción,
ambos obedeceréis.

¿Cumpliréislo así los dos?

MARQUÉS: Que lo cumpliré aseguro
como quien soy.

DUQUE: Yo lo juro,
Leonor, al cielo y a vos.

LEONOR: Pues tan confiada estoy
supuesto que es ley forzosa
vuestra palabra, de esposa
a Tello la mano doy.

MARQUÉS: Es engaño.

Aparte al MARQUÉS

LEONOR: Yo he de ser
del duque si lo impedís.

DUQUE: ¡Leonor!...

Aparte al DUQUE

LEONOR: Si contradecís,
al marqués he de escoger.
MARQUÉS: (Tello la goce marido, **Aparte**
y no el duque vencedor.)
DUQUE: (Dársela a Tello es mejor **Aparte**
que ser del Marqués vencido.)
Dale la mano.
TELLO: Señor...

Aparte a TELLO

LEONOR: Dala, o al marqués escojo.
DUQUE: O apercíbete a mi enojo,
o a lo que manda Leonor.

Aparte a TELLO

LEONOR: Bien con esto se asegura
tu celoso devaneo.
TELLO: (¡Que a lo mismo que deseo **Aparte**
me obliguen! Todo es ventura.)

Dale la mano

La mano a Leonora doy,
y los pies al duque pido.
DUQUE: Levanta.
ENRIQUE: Amigo querido,
de tu dicha alegre estoy.
TELLO: Pues a ti la debo, es justo.
ENRIQUE: Tú, pues, Tello, y tú, Leonora,
pues sabes que me es deudora
de tu vida y de su gusto,
con Belisa habéis de hacer
que galardone mi amor.
BELISA: A no haber sido traidor
no lo hubieras menester.
ENRIQUE: ¿Yo traidor?

BELISA le muestra un papel

BELISA: ¿Quién escribió

este billete?

ENRIQUE: El marqués
a Leonora, y Tristán es,
Belisa, quien lo llevó.

BELISA: ¿Cuatro noches ha, infiel,
no la requebraste?

ENRIQUE: Sí;
mas ser el duque fingí,
porque me hablaba por él.

BELISA: ¿Cómo a verme no has venido,
no yendo a los toros hoy?

ENRIQUE: Porque, pues lo viste, estoy
desde aquella noche herido.

BELISA: Basta; satisfecha quedo.

LEONOR: Acaba, Belisa mía.

TELLO: Haz ya del todo este día
venturoso.

BELISA: Ya no puedo
resistir. La mano doy.

ENRIQUE: Yo el alma y la mano.

MARQUÉS: Y yo,
duque, os la doy, pues cesó
ya la ocasión.

DUQUE: Vuestro soy.
Y pues serviros procura
el autor, noble senado,
si hoy no os hubiere agradado,
dirá que todo es ventura.

Fin de la comedia